

**CHLOE
SANTANA**



La promesa de
HELENA

BILOGÍA COMPLETA

LA PROMESA

DE Helena

CHLOE SANTANA

© Por el texto, Chloe Santana

© Por el diseño de portada, Susana León

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Contenido

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[16 de septiembre de 2015](#)

[1](#)

[19 de septiembre de 2015](#)

[2](#)

[23 de septiembre de 2015](#)

[3](#)

[30 de septiembre de 2015](#)

[4](#)

[15 de octubre de 2015](#)

[5](#)

[31 de octubre de 2015](#)

[6](#)

[23 de diciembre de 2015](#)

[7](#)

[1 de enero de 2016](#)

[8](#)

[24 de enero de 2016](#)

[9](#)

[29 de junio de 2015](#)

[10](#)

[15 de julio de 2016](#)

[11](#)

[27 de julio de 2016](#)

[12](#)

[6 de octubre de 2016](#)

[13](#)

[7 de noviembre de 2016](#)

[14](#)

[8 de noviembre de 2016](#)

[15](#)

[26 de noviembre de 2016](#)

[16](#)

[30 de noviembre de 2016](#)

[17](#)

[15 de diciembre de 2016](#)

[18](#)

[12 de enero de 2017](#)

[19](#)

[23 de enero de 2017](#)

[20](#)

[6 de junio de 2017](#)

[21](#)

[16 de junio de 2020](#)

[22](#)

[8 de septiembre de 2020](#)

[23](#)

[19 de septiembre de 2020](#)

[24](#)

[27 de septiembre de 2020](#)

[25](#)

[29 de octubre de 2020](#)

[26](#)

[6 de noviembre de 2020](#)

[27](#)

[9 de noviembre de 2020](#)

[28](#)

[26 de noviembre de 2020](#)

[29](#)

[1 de diciembre de 2020](#)

[30](#)

[5 de diciembre de 2020](#)

[31](#)

[8 de diciembre de 2020](#)

[32](#)

[10 de diciembre de 2020](#)

[33](#)

[10 de diciembre de 2020](#)

[34](#)

[12 de diciembre de 2020](#)

[35](#)

[17 de diciembre de 2020](#)

[36](#)

[17 de diciembre de 2020](#)

[37](#)

[Epílogo](#)

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia está escrita alternando capítulos en tercera persona y pasado, y capítulos en primera persona y presente. En ambas partes, la protagonista de la historia es Helena. La razón de haber intercalado la narración entre la tercera y la primera persona se debe a que deseaba incluir el punto de vista de un personaje fundamental en los hechos que se refieren al pasado y consideré que hacerlo en tercera persona era lo más adecuado. De ese modo se hace justicia con ambos personajes y se ofrece un punto de vista más imparcial para el lector. (Aunque al principio la lectura pueda resultar más confusa).

Espero que disfrutéis de la historia tanto como yo lo he hecho al escribirla. Por favor, no hagáis spoilers en los comentarios acerca del final, y si os apetece comentarla, podéis contactarme a través de mis redes sociales. ¡Estaré encantada de recibir vuestras opiniones! Espero que disfrutéis la historia tanto como yo lo he hecho al escribirla.

Bienvenidos a Chicago. Érase una vez la historia de dos jóvenes universitarios que lo tenían todo para ser felices.

Bienvenidos a Paradise Lake, Texas. Donde una chica de ciudad y un vaquero con malas pulgas se encuentran sin estar preparados el uno para el otro.

Es un placer presentaros a Josh, Helena y Blake. Ya son vuestros.

“Nunca confeso abiertamente su amor, pero sí es cierto que los ojos hablan y hasta un idiota se habría dado cuenta de que estaba locamente enamorada.”

Emily Brontë
Cumbres Borrascosas

Parte I.
Amistad platónica.

16 de septiembre de 2015

Helena era una experta en llegar tarde. Nadie la creería por mucho que ella dijera que no lo hacía a propósito. La realidad era que siempre le surgían contratiempos que la ralentizaban en contra de su voluntad. Por ejemplo, aquella mañana había sido bastante precavida al despertarse con dos horas de antelación. Le había dado tiempo a darse una ducha larga, pelearse un buen rato con el armario hasta escoger el jersey azul cielo que según su madre hacía juego con sus ojos, desayunar un bol de cereales e incluso se había acordado de ordenar la habitación para causarle una buena impresión a su compañera. Para ella tenía mucho mérito porque era un desastre con patas (o eso afirmaba su padre). Pero la vida constantemente la bendecía, nótese la ironía, con percances que la retardaban. Y esa mañana no contaba con aquella anciana de la parada del autobús que estaba visiblemente desorientada. Si Helena hubiera sido otra clase de persona, se habría limitado a esperar el bus como el resto de los pasajeros. Pero Helena era una mujer empática por naturaleza y siempre tenía una sonrisa para todo el mundo. Como decía su abuelo: «nunca dejes de sonreír porque no sabes a quién puedes alegrarle el día con tu sonrisa». Ella creía en los pequeños gestos y la habían educado para ser amable con los demás, así que se interesó por la octogenaria y descubrió que se había equivocado de parada. Ni corta ni perezosa, se subió con ella en un autobús que la alejaba de su destino y le indicó cuál era la parada correcta. Al fin y al cabo, le hubiera gustado que alguien hiciera lo mismo por su abuelo.

¿Por qué la gente iba a lo suyo en un mundo que giraba demasiado deprisa? No pudo responderse a sí misma porque le sucedió lo de siempre: llegaba tarde. Había vuelto a confiarse y su buena voluntad le había jugado una mala pasada.

Era su primer día en la universidad. Se había matriculado en humanidades en la universidad de Chicago con la intención de graduarse en periodismo. O quizá en escritura creativa. Aunque Lengua y literatura inglesa le ofrecía bastantes posibilidades en el mercado laboral. Todavía no lo tenía claro pero sabía que su gran pasión eran los libros. Y como llegase tarde a aquella primera clase tendría un inicio académico de lo más catastrófico. Corrió a toda prisa por los pasillos de la universidad mientras buscaba su aula. Además de ser impuntual era despistada. La clase de persona que olvidaba donde había dejado las llaves de casa e ignoraba que su clase de literatura universal se encontraba en el edificio anexo. Le costó diez minutos y preguntar a un montón de alumnos dar con el sitio exacto. Estaba empapada en sudor y tenía la respiración acelerada cuando llegó al aula magna. Sentía tal euforia que abrió la puerta de par en par y todos se volvieron hacia ella. Por lo visto había hecho un poco de ruido. Tragó con dificultad e intentó mimetizarse con la pared, pero su maldito jersey celeste resaltaba demasiado sobre el muro de hormigón blanco.

¿Algo que Helena no soportase? Ser el centro de atención. Ella prefería ir a lo suyo porque pensaba que destacar solo le traía problemas a una chica que había sido bendecida con una belleza de la que no se sentía orgullosa. Apretó la carpeta contra el pecho y deseó ser invisible. Centenares de ojos se posaron en ella mientras subía las escaleras con la cabeza gacha y la

intención de ocultarse en el fondo del aula.

—Empezaremos la clase cuando la señorita impuntual se sienta. Tranquila, no tenemos prisa. Si Víctor Hugo tardó diecisiete años en escribir *Los miserables*, nosotros podemos esperar unos minutos a que usted le apetezca escoger un asiento —la autoritaria voz del profesor de literatura universal arrancó las risas maliciosas de un puñado de alumnos.

«Vaya, pues sí que me ha visto».

Un calor abrasador le subió por las mejillas cuando todo el mundo empezó a mirarla. Algunos lo hacían con cierta compasión y otros con impaciencia. Hubo cuchicheos y miradas de desaprobación. Seguro que pensaban que a la rubia tonta le encantaba llamar la atención —para su desgracia, era la imagen que solía provocar en los demás—. Se sentó en el primer asiento libre. Le temblaban las piernas y el corazón se le iba a salir del pecho por culpa de la carrera y la vergüenza.

—Menos mal. Ha tardado lo suyo. Esperemos que no sea igual de lenta para todo... —la broma de mal gusto del profesor la obligó a mirarlo a la cara para encajar el golpe. Era un hombre alto, canoso y de mirada desabrida. Tres segundos en clase y ya se había ganado su antipatía—. Muy bien, señorita...

—Helena Jones —su voz sonó estrangulada.

—Señorita Jones, ya que ha interrumpido mi clase, no le importará hacer la introducción del primer epígrafe del temario sobre Los orígenes de la literatura. La escuchamos.

«Mierda».

A Helena le empezaron a sudar las manos. ¿Una exposición sobre Los orígenes de la literatura? Si ni siquiera le había dado tiempo a comprar el libro. Pensaba hacerlo aquella misma tarde porque ayer su prima Martha la llamó llorando desconsolada porque su novio había roto con ella y claro, ¿cómo iba a decirle que no podía escucharla porque tenía que ir a la librería? Ante todo, Helena era impuntual y buena amiga.

—Yo... esto... Señor... —intentó recordar el nombre del profesor. Uf, se estaba luciendo. Además de impuntual y buena amiga, tenía memoria de pez. ¿Cómo se llamaba el profesor de introducción a la literatura universal? Recordaba haber leído su nombre en aquel temario que se había manchado de café cuando se quedó dormida viendo por enésima vez *Pretty Woman*. La culpa de todo la tenía Richard Gere—. Disculpe, Señor...

El profesor le dedicó una mirada irritada.

—Ya sé que no soy Shakespeare, pero no le vendría mal aprenderse mi nombre.

Más risas maliciosas. Se acababa de labrar una reputación de imbécil que la perseguiría durante todo el curso. Qué bien empezaba.

—Llega tarde, no se sabe el temario y desconoce el nombre del profesor. En lugar de haberse matriculado en la universidad, debería volver a prescolar para que le enseñaran las nociones básicas sobre cómo comportarse en público.

Helena notó como todo el peso de la vergüenza caía sobre sus hombros. A partir de ahí, la clase fue a peor. El Señor Foster, que así se llamaba el susodicho, no dejó pasar la oportunidad de ridiculizarla cada vez que explicaba algún tema.

«Así que no sabe quién escribió *Desesperación*. Supongo que usted se quedó en *Lolita*. O quizá es mucho pedir que la haya leído»

«Señorita Jones, ¿podría explicarnos la diferencia entre la lírica renacentista y el petrarquismo? ¿No tiene ni idea? Vaya, no sé de qué me sorprende.»

«Última oportunidad, Señorita Jones, o de lo contrario creeré que viene usted de otro planeta. El humor de Rabelais. Deléitenos con su sabiduría y me caeré de espaldas del gusto. ¿Nada? ¿Se ha quedado muda?»

Helena se sintió tan humillada que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar o huir de la clase. El profesor había encontrado al blanco perfecto de sus burlas y por lo visto no iba a soltarlo. Hasta que una voz masculina y socarrona se impuso entre las risas de sus compañeros:

—Yo tampoco lo sé.

El señor Foster levantó la cabeza del libro y buscó al propietario de aquella voz masculina tan enérgica.

—¿Disculpe?

—Josh Sackler —dijo con orgullo el alumno—. Le decía que yo tampoco sé la diferencia entre la lírica renacentista y el petrarquismo. No tengo nada en contra de la señorita Jones, pero me parece fatal que monopolice la clase. Si va a darle clases particulares a la señorita Jones, también me apunto. He notado que tiene cierta predilección por ella y no soporto los tratos de favor. Tampoco iba a desperdiciar la oportunidad de hacerme notar, para qué mentir. —todo el mundo se volvió hacia él con los ojos abiertos de par en par. Helena lo miró entre sorprendida y aliviada por dejar de ser el centro de atención—. Por cierto, esta noche doy una fiesta y estáis todos invitados. Quizá no sea tan interesante como esta apasionante clase de literatura, pero nos merecemos disfrutar de una buena juerga antes de que la presión académica nos asfixie.

Al Señor Foster se le cambió la expresión. Arrugó la frente y puso mala cara cuando la mitad de la clase rio las gracias de aquel joven. A Helena no le pasó desapercibida la seguridad que desprendía. A diferencia de ella, estaba encantado siendo el protagonista. De lejos pudo apreciar que era la clase de universitario atractivo y descarado que tendría bastantes admiradoras.

—En fin, ya tenemos al gracioso de turno. No será el más listo de la clase pero seguro que es el

alma de la fiesta. Gracias por su intervención, Señor Sackler.

—De nada, Señor Foster

Hizo una reverencia antes de sentarse y casi toda la clase se partió de risa. Menos ella. Estaba demasiado abochornada para sonreír. Se pasó el resto del tiempo tomando apuntes para ponerse al día, mientras se juraba que aquella misma tarde iría a la biblioteca para pedir prestado el libro y enterraría la cabeza dentro hasta absorber todo el temario. Así le demostraría al Señor Foster que no era una completa idiota.

Cuando la clase terminó, buscó a su salvador para darle las gracias. Era lo mínimo que podía hacer porque había sido el único que le había echado un cable. Los demás se limitaron a mirar para otro lado, agradecidos de no ser ella, o a reírse en voz alta de su mala suerte.

Josh estaba de espaldas y charlaba animadamente con un grupo bastante numeroso de alumnos. Parecía el líder, algo impropio de un alumno de primero. A lo mejor no había sido tan desinteresado como ella pensaba y había montado aquel numerito para destacar. A partir de ahora sería conocido como aquel alumno de primero que se había atrevido a contradecir en público a un profesor. Todos hablarían de él.

«¿Y qué más da? Aunque no lo haya hecho por mí, tengo que darle las gracias porque le debo una».

—Hola.

Helena tuvo que levantar la voz para hacerse notar. Él estaba demasiado encantado pavoneándose delante de un par de chicas que la miraron con fastidio cuando ella le tocó el brazo. Josh se volvió hacia ella con una amplia sonrisa que se ensanchó cuando la reconoció. No era atractivo, era guapísimo. De pelo negro, ojos verdes y piel tostada por el sol. Intentó adivinar de qué parte de Estados Unidos sería antes de que él hablase.

—Hola, señorita Jones.

Del sur. California, Los Ángeles, Arizona... tal vez Texas.

—Hola, señor Sackler —le siguió el juego—. Solo quería que supieras que agradezco mucho lo que has hecho por mí. Te debo una.

Él la miró con interés y ella captó la clase de mirada que le dedicaba. Solía provocar aquel efecto en los hombres. Lo odiaba. Cuando eras guapa los demás siempre sacaban conclusiones precipitadas y creían conocerte. Lo que veían era el envoltorio, pero el envoltorio jamás definía quién eras.

—Hecho. Ven esta noche a la fiesta que se celebra en mi fraternidad. Así estaremos en paz.

«Va a saco. Este no se corta».

Helena sabía cómo quitarse de encima a aquella clase de tipos. Se haría la tonta, que era lo que esperaban de ella, y luego le diría lo que quería oír. Era la única estrategia para salir airosa de la situación.

—Pues... no sé. La verdad es que todavía tengo que instalarme y hacer algunas compras de última hora.

—Me gustaría mucho que vinieras —él insistió con una seguridad que la arrojó. Estaba convencido de que ella daría su brazo a torcer. Era muy predecible.

—Me lo pensaré —respondió, y se apartó el pelo de la cara para demostrar unos nervios que no sentía. Tenía ganas de quedarse a solas y llorar sobre la almohada por lo sucedido con su profesor. Pero debía provocar la impresión equivocada si quería quitárselo de encima. En la vida se había topado con suficientes Josh Sackler para saber cómo actuar—. Será mejor que me vaya. Tengo clase y no quiero llegar tarde. Otra vez.

—Adiós, señorita Jones.

A ella le gustó su voz. Suave, confiada y varonil. Le ofreció una media sonrisa y se alejó a paso ligero. El resto del día transcurrió con normalidad. Llegó puntual a todas las clases, fue a la biblioteca y consiguió el último manual de literatura universal y cenó un sándwich de queso mientras leía *Desesperación*. Lo había escrito Vladimir Nabokov y se quedó dormida con la intención de demostrarle al Señor Foster que no era una estúpida. No fue a la fiesta.

En un recóndito lugar de Texas. Presente.

Mantengo la mano izquierda sobre el volante e intento cambiar de emisora de radio con la derecha. Me doy por vencida cuando lo único que logro sintonizar es una emisora local de música country. Odio la música country. Yo soy más de Adele, Sia o Dua Lipa. Bajo el volumen pero la dejo encendida. Llevo casi cuatro horas al volante y no quiero quedarme dormida. El sol de principios de marzo se refleja en el parabrisas delantero y tengo ganas de echar una cabezadita. No soy una imprudente, pero quién habría imaginado que lo único que vería durante cientos de kilómetros serían surtidores abandonados, una carretera eterna y un horizonte de pastos dorados. Menos mal que llené el depósito hace cuatro horas, porque de lo contrario no sé qué habría sido de mí. El gps del móvil me ha abandonado y mi única guía es un mapa anticuado que adquirí en la gasolinera por cuatro dólares.

La semana pasada estaba convencida de que mi vida no podía ir a peor. Arruinada, sola, con una excedencia y amargada. Entonces tomé la decisión de embarcarme en esta locura de viaje con la intención de revertir mi situación. Me dije: «ya nada puede ir a peor», pero como diría Murphy: «la tostada siempre se me cae por el lado de la mantequilla». Y ahora cabe la posibilidad de que me quede sin gasolina y deambule deshidratada por una carretera solitaria hasta desmayarme de agotamiento y ser devorada por los buitres. Menudo final tan patético.

Tengo ganas de gritar, pero en lugar de ello subo el volumen cuando suena una canción decente. Shania Twain canta que se siente como una mujer y que va a salir de fiesta. Mi fiesta perfecta sería encontrar una habitación de hotel decente y darme una ducha de agua fría. El aire acondicionado del coche que he alquilado no funciona —un detalle sin importancia que se le olvidó comentar al de la agencia—, y fuera hace tanto calor que sospecho que en el asfalto podría freírse un huevo. Aunque llamar «asfalto» a un camino polvoriento y lleno de baches es ser demasiado considerada. Bajo la ventanilla para refrescarme y me veo obligada a subirla cuando el interior del vehículo se llena de un polvo amarillento y denso que está a punto de asfixiarme. Me entra un ataque de tos y los ojos se me llenan de lágrimas.

Odio la música country.

Odio los viajes largos.

Odio Texas.

Es la primera vez que estoy aquí y ya me he labrado una opinión precipitada. Texas representa todo lo que aborrezco. Es el segundo estado más grande de Estados Unidos por detrás de Alaska. Supera el índice promedio nacional de la tasa de criminalidad y la mitad de las ejecuciones del

país tienen lugar aquí. Es un bastión republicano y hace más de medio siglo que en Texas no gana ningún candidato demócrata —concretamente desde Jimmy Carter—. Kennedy fue asesinado en Dallas y es el estado con un mayor número de armas de fuego registradas además de ser la cuna de la cultura cowboy, el petróleo y las minas de carbón. Para una demócrata contraria a la pena capital, vegetariana y ecologista, es algo así como el paraíso. Nótese la ironía.

Sin embargo, nadie pudo quitarme la idea de la cabeza cuando decidí emprender este viaje. Ni siquiera mamá y sus: «te has vuelto loca». O Penny y sus: «te estás dejando llevar por la culpabilidad y te vas a arrepentir». Sí, las dos tenían razón. Este último año me ha hecho perder el juicio y sentirme tremendamente culpable. Por eso estoy aquí. En un intento desesperado por solucionar mis problemas y cumplir una promesa. Quizá de paso mi vida cobre ese sentido que perdió hace quince meses.

El coche se hunde en un socavón y agarro el volante con las dos manos para no perder el control. Todo sucede demasiado deprisa. El impacto me hace saltar del asiento y las ruedas derrapan hasta que escucho un chirrido. Freno y tengo el presentimiento de que acabo de pinchar una rueda. Cómo no, la vida demostrándome que incluso en los peores momentos siempre puede llover sobre mojado. Me bajo del coche e inspecciono las cuatro ruedas. Resoplo al comprobar que la rueda trasera derecha se ha pinchado. Apoyo las manos sobre el maletero y las aparto de golpe porque la carrocería está ardiendo. Debe hacer por lo menos treinta y tantos grados. A mi alrededor solo hay un vasto horizonte de pastos áridos y semidesérticos. Algún que otro cactus, yucas y arbustos secos que no han visto el agua desde hace mucho tiempo. Estoy sola y me las tengo que apañar como pueda. Nada de pedir ayuda. Hace una hora y media descubrí que no tengo cobertura.

Abro el maletero, me cruzo de brazos y miro con determinación la rueda de repuesto. Es la primera vez que cambio una rueda. Tampoco puede ser tan difícil. Como diría mi abuelo: «las primeras veces son emocionantes». No voy a venirme abajo por un pequeño contratiempo, ¿no?

Sí.

Joder.

Veinte minutos después, estoy sudando a mares y maldigo mi mala suerte en todos los idiomas que conozco. Tampoco son muchos: inglés y un español mediocre. He agotado mi repertorio de palabrotas cuando a lo lejos diviso la silueta de un hombre a caballo. Ni siquiera me lo pienso. Hace unas horas me habría dado pánico entablar conversación con un completo desconocido en mitad de la nada. En fin, es increíble lo mucho que puede cambiar el punto de vista de una persona en un momento de desesperación.

—¡Ayuda! —le hago señas con los brazos para que me vea—. ¡Necesito ayuda!

El jinete se acerca cabalgando. Empiezo a arrepentirme en cuanto la distancia me permite evaluarlo. Es un tipo enorme. El típico vaquero con sombrero de cowboy. Moreno, intimidante y con expresión severa. Lo juro, no lo digo por decir. Su cara de mala leche me asusta. Se detiene a

unos metros y me observa sin decir nada. Tengo que ponerme la mano a modo de visera para protegerme del sol. No lo veo del todo bien. Él no dice nada y me entra un cosquilleo nervioso en el estómago cuando creo observar la empuñadora de una pistola en el cinturón de sus pantalones. Mierda, ¿y si intenta hacerme daño? Consigo encontrar mi voz y decido que, de ser un criminal, ya me habría atacado. No me queda otra opción.

—He pinchado una rueda. ¿Podría ayudarme? —pregunto con un hilo de voz.

El vaquero no responde. Durante unos segundos creo que no me ha oído, hasta que se baja del caballo y se acerca al maletero sin decir nada. Ni siquiera me mira cuando pasa por mi lado. Lo observo con prudencia en busca de algún gesto amenazador que me obligue a encerrarme en el coche. He dejado el espray de pimienta en el bolso y estoy dispuesta a usarlo si se pone en plan agresivo.

—Gracias —le digo, cuando se agacha para cambiar la rueda.

Tiene una espalda poderosa y rondará el metro noventa. Es de esos que debe tener músculos hasta en el dedo meñique del pie. El sombrero le cubre la mitad del rostro y apenas puedo verlo. Maneja con destreza el gato y me fijo en los poderosos bíceps de sus brazos. Unos brazos enormes y con los que podría estrangularme con gran facilidad. Retrocedo un par de pasos y busco un tema de conversación. Es lo que hago cuando me pongo nerviosa.

—¿Tiene sed? Tengo agua y refrescos en el coche. Los compré en la última gasolinera que vi.

No responde. ¿Será mudo? Me mordisqueo la uña del dedo pulgar mientras lo observo trabajar. A lo mejor es un tipo parco en palabras o ha tenido un mal día. Decido no molestarlo porque no quiero tentar a la suerte. Apenas tarda un par de minutos en cambiar la rueda. Se levanta y se sacude las manos en los pantalones. Ahora puedo verlo mejor. Tiene la piel tostada por el sol, el cabello castaño, la mandíbula cuadrada y un par de ojos huraños que me observan con frialdad cuando me pillan mirándolo. Le ofrezco una sonrisa tímida cuando él me dedica un repaso rápido. Lo que ve no le gusta. Lo sé porque apenas me concede cinco segundos de evaluación. Desde mis shorts vaqueros hasta mi camiseta de tirantas color frambuesa. Frunce el ceño y vuelve a poner mala cara.

¿A este qué le pasa?

—¿A dónde vas? —tiene una voz potente y formula la pregunta como si fuera una orden.

—La herradura.

—Veinte minutos y todo recto —me indica con sequedad, y luego mete un pie en el estribo, se sube al caballo con agilidad y toma las riendas. Su expresión es impasible y me ofrece una mirada gélida antes de calarse el sombrero—. Este no es tu sitio. Vuelve a tu casa, rubia.

Me quedo tan sorprendida que me cuesta reaccionar. ¿Qué no es mi sitio? ¿Rubia? ¿Ha tenido la poca vergüenza de llamarme rubia? Se aleja galopando cuando tengo la respuesta adecuada para

semejante cretino.

—Clint Eastwood de pacotilla...

19 de septiembre de 2015

Josh estaba charlando con Samantha cuando la vio. No habían vuelto a coincidir en ninguna clase desde que el profesor de literatura la acorraló en público. «El muy gilipollas». Samantha le tocó el brazo y se rio con descaro. Josh supo que iba a tener que ser tajante para que ella entendiera que lo suyo había sido un polvo de una noche. Estaba desesperado por quitársela de encima y abordar a esa preciosidad rubia. No es que Samantha no fuera atractiva, pero él estaba en la universidad y pensaba exprimir su soltería al máximo. Le puso la primera excusa medio convincente y la dejó allí plantada. La señorita Jones era más interesante. Estaba delante de la máquina expendedora con cara de cabreo. Josh contempló cuál era la mejor forma de abordarla. Es lo que hacía siempre. El numerito de la clase de literatura también fue calculado, por supuesto. Ahora era Josh Sackler, el alumno de primero al que conocía todo el mundo. Él no había ido a la universidad a pasar desapercibido. Ni hablar. De allí saldría con contactos, algún que otro amigo y muchas experiencias sexuales.

—Hola, Señorita Jones.

Ella se sobresaltó. Acababa de darle una patada a la máquina. Se volvió hacia él con gesto sorprendido y un visible fastidio. Josh la había calado desde el principio. Supo que ella no iba a ir a la fiesta y decidió no insistir para no quedar como el típico pesado.

«Pero ésta no se me escapa».

—Hola, Señor Sackler —le siguió el juego, pero pudo notar por el tono sonrosado de sus mejillas que no estaba del todo cómoda en su presencia.

Podía entenderla. Era guapa, sensata y desconfiada. A él le gustaban las que tenían dos dedos de frente. Ya se ganaría su confianza. Era un hombre paciente.

—No me lo digas. Se ha quedado con tu dinero.

—Ajá.

—Déjame intentarlo —zarandeó la máquina y no sucedió nada. Él le dedicó una mirada de circunstancia y ella se encogió de hombros. Jodidamente preciosa. Una rubia de ojos azules y cara de barbie a la que tenía que mirar varias veces para constatar que no tenía ningún defecto —. ¿Qué ibas a tomar?

—Un café.

—Hecho. Me invitas a uno en la cafetería y así estamos en paz.

Ella lo miró sorprendida y se lo pensó. No era mala señal.

—Tengo clase dentro de veinte minutos —le estaba poniendo una excusa.

—Yo no tardo tanto tiempo en tomarme un café, ¿y tú?

—Evidentemente no —respondió, algo irritada por no encontrar una salida—. De acuerdo, un café.

Caminaron el uno al lado del otro en dirección a la cafetería. Helena era de las difíciles. No parecía interesada en su atractivo ni en lo que él pudiera ofrecerle. Pero a Josh le encantaban los retos.

—No fuiste a la fiesta.

—Estaba agotada y me quedé dormida muy temprano.

Él sabía que estaba mintiendo.

—Tampoco te perdiste nada. Lo más emocionante fue ver como uno de tercero vomitó sobre una alfombra. Y qué quieres que te diga: menuda decepción. Creí que mi primera fiesta en la universidad sería más prometedora.

Helena no dijo nada. Él maldijo para sus adentros. ¿De qué podía hablar con ella? Quería impresionarla para que le entrasen ganas de conocerlo.

—Lenguas y civilizaciones de Asia oriental —leyó el título del libro que ella llevaba en la mano y soltó un silbido—. Suena interesante.

—Tenía que completar los créditos y no sabía qué elegir.

—Entiendo. Yo las llamo asignaturas de relleno. Yo tengo unas cuantas. La más prometedora de todas: Introducción a la ciencia de los datos. Tiene pinta de ser apasionante, ¿a qué sí?

A ella se le escapó una media sonrisa.

—Guau, ¿eso es una sonrisa? —él frenó y ella se quedó tan aturdida que lo imitó—. Espera, ¿puedes volver a repetirlo? No me puedo creer que te haya hecho sonreír. Había llegado a la conclusión de que me tomabas por un idiota con el que aceptabas un café por compromiso.

—El café es por compromiso —admitió con naturalidad—. Pero tampoco te conozco tanto para juzgarte.

—Bien —Josh reemprendió la marcha y ella lo siguió mientras lo miraba de reojo—. Eso tiene remedio. Conozcámonos. Tenemos dieciocho minutos.

Respiro aliviada cuando aparco delante del único motel del pueblo. La herradura es el típico lugar que una cree que solo existe en las películas. Un pueblo del sur de los Estados Unidos. Un puñado de casas desperdigas, un pequeño supermercado que también sirve de farmacia y ferretería, una gasolinera que ha visto tiempos mejores y un motel cafetería donde un puñado de tipos barbudos beben cerveza como si fuera su último día en la tierra. Si utilizo la palabra «deprimente» me quedo corta.

Hago acopio de valor cuando cruzo la puerta del motel y todos se me quedan mirando. Estoy más que acostumbrada a generar esta impresión en el género masculino. Sé lo que están pensando. Probablemente lo mismo que el Clint Eastwood de pacotilla que me cambió la rueda, con la salvedad de que él no pareció sentir ni una pizca de interés sexual por mí.

Esta soy yo: la rubia tonta y guapa que no pinta nada en La herradura, un pueblo del noroeste de Texas ubicado en las llanuras altas. Ignoro las miradas de lascivia y me acerco a la camarera, una mujer de mediana edad que me observa con una mezcla de recelo e incredulidad.

—Buenas tardes.

Está secando un vaso y me observa con tanta curiosidad que estoy a punto de espetarle que está siendo una maleducada. Por suerte me controlo. No quiero armar una bronca en un lugar donde estoy en desventaja.

—¿Qué quieres?

Por lo visto aquí todos son así de simpáticos. Quizá lo del señor Eastwood es contagioso y a todos les ha picado el mismo virus. Vete a saber.

—Quería una habitación si fuera posible. Gracias.

Ella arruga la frente y me observa como si hubiera perdido el juicio. No va desencaminada. El juicio lo perdí cuando decidí marcharme de Chicago con lo poco que me quedaba.

—¿Una habitación? ¿Para qué?

—Para alojarme —respondo, y contengo mi lengua porque me gustaría añadir: «obviamente». ¿Para qué otra cosa iba a pedir una habitación?

Ella deja el vaso sobre la barra y se acerca a mí. Doy un respingo cuando me agarra del brazo y me arrastra hacia el fondo de la cafetería. Noto que todas las cabezas masculinas se giran hacia nosotras.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?

—Disculpa —le dedico tal mirada iracunda que ella me suelta—. No es asunto tuyo. ¿Tienes una habitación disponible o no?

—No te lo tomes a mal, niña —su voz se suaviza—. No quiero ser entrometida, pero por más que te miro no entiendo que hace una mujer como tú en un lugar como este. ¿Estás de paso?

No le voy a contar lo que he venido a hacer aquí a la primera persona con la que me cruce. Es demasiado personal para hablarlo con un desconocido e incluso me ha costado tratar el tema con los míos.

—¿Tienes una habitación o me voy a dormir al coche?

—Diablos, no. Menudos humos que te gastas.

Cinco minutos después, estoy instalada en una habitación que está más limpia de lo que imaginaba. No es el Hilton, pero he de reconocer que es un sitio decente. Los muebles son viejos y la decoración austera, el colchón está en buen estado, el baño huele a lejía y no hay polvo en las equinas. Me dejo caer sobre la cama, extenuada por el largo viaje. A una parte de mí le gustaría coger un avión y refugiarse en casa de mis padres. La idea me tienta y ellos estarían encantados. Pero sé que jamás conseguiré pasar página si no hago esto. Es como si hace quince meses me hubieran arrebatado un trozo de mí que me impide ser yo misma. Estoy anclada en ese maldito diecisiete de diciembre que revivo constantemente en mi cabeza mientras me pregunto las decisiones que podría haber tomado para evitarlo. Rebusco dentro del bolso hasta dar con mi cartera y saco ese trozo de papel que siempre me infunde ánimos. Es una foto arrugada de nosotros. Él me da un beso en la mejilla y yo sonrío a la cámara. No éramos perfectos... ni de lejos. Lo nuestro fue intenso, caótico, doloroso y especial. Y sé de sobra que jamás volveré a sentir lo mismo por otra persona. Por eso cuando lo miro sé que estoy haciendo lo correcto y me siento repentinamente mejor.

Me quedé profundamente dormida después de darme una ducha. Ni siquiera el calor bochornoso me privó del sueño. Estaba tan agotada que caí rendida cuando me tumbé debajo de las aspas del ventilador. Ahora estoy delante de un plato de nachos con queso y una coca cola con hielo. No puedo culpar a Wendy de las escasas opciones vegetarianas de su cafetería. La clientela habitual es amante de las hamburguesas grasientas y mi llegada la ha pillado desprevenida. A ella y al resto de clientes que no me quitan la vista de encima.

Wendy resulta ser una mujer de cincuenta y largos que intenta hacer por todos los medios que me sienta cómoda. La juzgué mal en un principio. Después de que me haya espantado a varios babosos, he comprendido que su mirada huraña era en realidad un gesto de protección. Ya le he dicho que no tiene de qué preocuparse porque sé apañármelas sola. Ella se ha reído y luego ha

sacudido la cabeza antes de meterse en la cocina. Cree que La herradura es un sitio demasiado peligroso para una chica de ciudad como yo. Pero si las cosas salen como yo espero, volveré a Chicago dentro de muy poco.

—Antes de que me digas que no es asunto mío... —Wendy me rellena el vaso de coca cola sin que yo se lo pida y me pone delante un generoso cuenco de ensalada de repollo—. No me mires así. No pienso permitir que te mueras de hambre si te alojas bajo mi techo. Como iba diciendo, no quiero que pienses que soy una chismosa, pero podría hacerte un buen precio si te quedas durante una temporada. Los pocos huéspedes que recibo se alojan un día antes de reemprender la marcha hacia otro sitio. A ti te reduciría la tarifa por día. Es lo justo.

—Gracias, pero no sé cuánto tiempo voy a quedarme.

Wendy se apoya en la barra y se cruza de brazos.

—Qué misteriosa eres. ¿No puedes darme una pista? Te advierto que este es un pueblo pequeño. La mitad de los clientes del bar ya se están preguntando lo que haces aquí, y la otra mitad te ha echado el ojo.

—¿Qué sabes de Paradise Lake?

—Paradise Lake —repite sorprendida—. Es un rancho que está a las afueras del pueblo. ¿Por qué te interesa?

—Negocios —respondo, y no es del todo mentira.

—Negocios —ella chasquea la lengua y vuelve a reírse—. ¿Vienes en representación de alguna agencia inmobiliaria? ¿Es eso? Ahora me cuadra que estés aquí. No eres la primera que le hace una oferta, ni serás la última. El rancho es enorme y más de uno le ha echado el ojo.

—¿Ah, sí? —me intereso.

—Tengo entendido que le han hecho ofertas muy generosas. Son casi doce mil hectáreas de terreno. Si yo fuera él, ni siquiera me lo pensaría. Eso te soluciona la vida y te quita de trabajar.

Así que el dueño de Paradise Lake ha recibido varias ofertas que ha rechazado... La cosa mejora por momentos.

—Míralo, ahí está. Es raro porque se prodiga poco por aquí.

—¿Quién?

—Quién va a ser. El propietario de Paradise Lake. ¿No querías hacerle una oferta por el rancho? Pues ahí lo tienes. El señor Sackler en persona. El que lleva una camiseta blanca, mide casi dos metros y lleva un sombrero de cowboy —Wendy baja la voz y me dedica una mirada cómplice—. Es un hueso duro de roer y no es demasiado simpático. Luego no digas que no te lo advertí.

Buena suerte, tesoro.

Estaba terminando la ensalada de repollo cuando lo dice. Me limpio la comisura de los labios con una servilleta de papel y me vuelvo hacia él. Estoy a punto de caerme de espaldas por culpa de la impresión. No puede ser. Solo hay un hombre que vista una camiseta blanca, mida casi dos metros y lleve un sombrero de cowboy. Y lo conozco. Es el vaquero de pocas palabras. El Clint Eastwood de pacotilla.

Mis ilusiones de acercarme a él se desvanecen. Está discutiendo acaloradamente con una mujer muy atractiva. Desde aquí no puedo escuchar lo que dicen, pero intuyo que no son palabras amables. Ella lo empuja y él no se mueve del sitio. Normal, es un armario empotrado. Ahora ella está llorando y él la mira como si fuera un problema que está tratando de resolver. Su expresión irritada me dice que está al límite de su paciencia. Menudo neandertal. Quiero gritarle que se deje de tonterías y la abrace.

«¿No ves que ella necesita un jodido abrazo?».

Pero el Clint Eastwood neandertal hincha el pecho y sus hombros se tensan. Está incómodo y furioso. Ella echa a correr en dirección al servicio.

«Vamos, síguela. Demuéstrame que no eres un completo idiota».

En lugar de seguirla, se vuelve hacia mí cuando nota que alguien lo observa. Me quedo congelada y mantengo la compostura. Él frunce el ceño cuando me reconoce. Su expresión pasa del desconcierto a la desaprobación. Es una mirada que dura cinco segundos y se me queda grabada en el estómago para siempre. Una mirada poco amigable y que dice: «no me gustas». Le da un trago a la cerveza y camina con paso decidido hacia la salida. Me quedo absolutamente chafada cuando se marcha. Mi esperanza de presentarme con elegancia y caerle bien se ha ido al traste. Porque el vaquero con cara de pocos amigos es Blake Sackler. Mi cuñado.

23 de septiembre de 2015

La residencia de estudiantes en la que Helena se alojaba estaba a diez minutos en autobús de la universidad. Su compañera de habitación se llamaba Penny y era estudiante de segundo curso. Era parlanchina, rebosaba un buen humor contagioso y era el alma de las fiestas. Literalmente. Hicieron buenas migas desde que se conocieron, y desde entonces Penny intentaba arrastrar a Helena a alguna de las fiestas universitarias.

—¿No te animas a venir? —insistió por enésima vez mientras se arreglaba delante del espejo.

Penny era bajita, curvilínea y tenía una cascada de bucles castaños. Desprendía una seguridad arrolladora en sí misma que Helena envidiaba desde el primer momento que la conoció.

—Tengo que hacer un trabajo de clase y ponerme al día con una asignatura que se me atraganta —fue del todo sincera. No es que no le apeteciera ir a una fiesta y relacionarse con el resto de los alumnos, es que le resultaba del todo imposible porque ella no era ningún cerebritito. Helena era buena estudiante porque no le quedaba otra. Necesitaba tres horas para memorizar algo que a otros les habría bastado con una. Helena era consciente de que su inteligencia era limitada y se fustigaba por ello. Había sido bendecida con una belleza increíble, sí. Pero tenía que esforzarse el doble que los demás para demostrar que no era tonta. Para ella era un castigo que intentaba paliar enterrando la cabeza en los libros.

—Te vas a perder los mejores años de tu vida. Todo el mundo estudia un par de semanas antes para los exámenes.

Ella no era como los demás. Suspendería si estudiaba con un par de semanas de antelación, y de hecho sospechaba que no sacaría buena nota ni aunque hincara los codos todos los días.

—Pásatelo bien.

—Que te sea leve —se despidió Penny.

Dos horas después, Helena terminó el trabajo para la clase del Señor Foster. Lo había corregido tantas veces que ya no sabía si el resultado la satisfacía. Era una persona insegura por naturaleza y sabía que eso jugaba en su contra. Tenía la cabeza hecha un lío y decidió dar una vuelta por los jardines de la residencia para tomar el aire antes de volver a enterrar la cabeza en los libros.

Entonces lo vio. El señor Sackler. No había vuelto a hablar con él desde que se tomaron aquel café que ella aceptó por compromiso. Tuvo que reconocer que su opinión sobre Josh mejoró después de aquello. Sí, lo tenía calado. Era extrovertido, insolente y un conquistador nato al que le encantaba ser el protagonista. Pero también descubrió a un tipo inteligente, hablador y con un gran sentido del humor. Le contó que era del norte de Texas y que quería especializarse en periodismo. Los quince minutos se le pasaron volando y le sorprendió que su reticencia inicial se

hubiera esfumado. Luego coincidieron un par de veces en clase del señor Foster y se saludaron de lejos con una sonrisa. Él siempre estaba rodeado de gente y ella prefería sentarse en la primera fila, tomar apuntes y que nadie la distrajesen. No eran del mismo rollo.

No pudo evitar pararse delante de él cuando lo vio enfrascado en la lectura de un pesado manuscrito. Tenía la espalda apoyada sobre el tronco de un árbol y su expresión era de concentración. Era sábado y a ella le extrañó que él no estuviera por ahí. Ya había llegado a sus oídos que Josh era el alma de la fiesta. Penny y él se llevarían bien.

—Hola.

Él levantó la cabeza del libro y la miró sorprendido, hasta que sus ojos verdes se iluminaron por el placer de volver a verla.

—Señorita Jones, qué sorpresa.

—Lo mismo digo. Creí que estarías en esa fiesta de la fraternidad.

Él le mostró el manual de introducción a la literatura universal y torció el gesto.

—Ya me gustaría. Soy de los que dejan los trabajos para última hora. Apuesto a que el tuyo ya está encuadernado.

—Casi.

—No sabía que te alojases en esta residencia. Menuda coincidencia.

—Es barata y está al lado de la universidad.

—Es decir, que los dos somos pobres y prácticos.

Los dos se rieron porque era la pura verdad.

—Menudo plan para un sábado por la noche...

—Te propongo algo —respondió él, y captó la atención de Helena—. Estoy a punto de terminar mi trabajo. Me leo el tuyo y tú haces lo mismo con el mío. Tenemos que ser sinceros, ¿qué te parece?

Helena se lo pensó durante un instante. Era insegura y no le apetecía que Josh leyera su trabajo, pero el lunes el profesor Foster lo tendría en su escritorio. ¿Qué tenía que perder?

—Ahora vuelvo.

Cinco minutos después, Josh estaba enfrascado en la lectura de su ensayo mientras ella lo miraba expectante y nerviosa. Seguro que pensaba que era mediocre y simple. Llevaba una semana

preparándolo y no estaba del todo satisfecha. Estaba sentada a su lado y la rodilla de Josh rozaba la suya. Lo miró de reojo solo para constatar que era guapísimo. No solo eran sus ojos... sino el conjunto de todo. Una boca carnosa y de sonrisa ladina, unos ojazos verdes y rasgados, su piel morena y su metro setenta y cinco. La desenvoltura con la que se comportaba en público y ese encanto arrollador que conquistaba a todo el mundo, especialmente a las mujeres. Helena se prometió que nunca cruzaría la línea con Josh. Era la clase de distracción que ella no podía permitirse. No le habría importado intimar con otro, pero Josh tenía la palabra «problemas» grabada en la frente.

Él se quedó pensativo cuando leyó la última página. Helena lo miró preocupada y le tocó el brazo cuando él no dijo nada.

—¿Qué? Vamos, di algo.

Josh se volvió hacia ella y la miró de una forma distinta. Ella estaba acostumbrada a que se la comiera con los ojos. A esa mirada de «quiero echar un polvo pero lo disimulo para que creas que soy un buen tío». Pero ahora la miraba de una forma enigmática e intensa.

—¿Qué quieres que te diga?

—Pues... tu opinión. Sé sincero, por favor. No me mientas para que me sienta mejor.

—Puf... —Josh agachó la cabeza y ella se vino abajo. Le había parecido una porquería y estaba buscando las palabras adecuadas para suavizarlo. Fijo—. Me parece que voy a tener que rehacer mi trabajo después de haber leído el tuyo. Es una pasada. La forma en la que está escrito, el tema, la documentación... todo. Enhorabuena.

—¿En serio?

—¿Tengo pinta de estar bromeando? —Josh puso cara de circunstancia—. Ahora soy un tipo que está en un serio problema. Creí que podría entregarle al Señor Foster cualquier cosa para salir del paso. No contaba con que una alumna de primer curso tuviera tal nivel de la asignatura. Desde luego, qué poca vergüenza tienes. ¿Te das cuenta de que los profesores comparan los trabajos de sus alumnos antes de poner nota? Por tu culpa la mitad de la clase se llevará un suspenso.

—¡No digas tonterías! —Josh apartó sus apuntes cuando ella intentó alcanzarlos—. Venga, no puede estar tan mal. Lo que pasa es que lo has dejado para el último momento. Déjame que le eche un vistazo.

—Ni de coña.

—Vamos, Josh...

Ella se le echó encima para arrebatárle el trabajo y Josh forcejó con ella. Helena se empezó a reír porque la situación era surrealista. De repente tenía unas ganas tremendas de saber lo que él había escrito. Josh le hizo cosquillas para que parase y ella terminó jadeando encima de su

cuerpo. Le entró la risa floja cuando él la miró consternado e inseguro. No era el señor Sackler al que la tenía acostumbrada y le gustó. Los dos respiraron con dificultad y se miraron a los ojos. Él suspiró y echó la cabeza hacia atrás. Ella le miró los labios una fracción de segundo antes de recobrar la compostura.

—Debería estar estudiando.

Josh le cogió la mano y su cuerpo se encendió varios grados.

—No te vayas —le pidió con voz ronca—. Voy a necesitar tu ayuda, señorita Jones. Resulta que además de guapa eres muy lista. ¿Me echas un cable? Por favor, estoy perdido.

Helena no se marchó y tampoco supo por qué se quedaba. Se dijo a sí misma que lo hacía porque el contenido de aquel trabajo la intrigaba. Era mentira. En realidad se quedaba porque acababa de sentir un chispazo difícil de asimilar. Tiempo después descubriría que la fuerza de la atracción es imparables. Porque una carga negativa y otra positiva se atraen irremediabilmente. La ley de cargas. Porque no había nada más fascinante en el mundo que una persona que era diferente a ti y despertaba tu interés. Ellos no lo sabían, pero se habían convertido en dos polos opuestos que desprendían magnetismo. Y la fuerza de la atracción era demasiado poderosa para ignorarla.

Todavía no me he recuperado de la impresión de que Blake Sackler, alias el Clint Eastwood de pacotilla, también conocido como el neandertal, sea mi cuñado. He de reconocer que venía con un plan bien definido que se acaba de venir abajo. En mi cabeza todo parecía muy sencillo. Llamaba a su puerta, le causaba buena impresión y le explicaba lo que quería. Apelaba a su buen corazón y él se ablandaba. Así de fácil. Tenía que ser así. Éramos familia política.

Pero no contaba con ganarme su desaprobación. En mi plan no nos conocíamos por casualidad, sino que hacía una entrada muy estudiada y me ganaba su confianza. ¿Cómo me planto delante de su rancho y le digo la verdad? Por lo poco que lo conozco, no parece un hombre muy razonable. Por no hablar de esa mirada de desprecio que no sé a cuento de que viene.

Aparco en las inmediaciones del rancho sin saber muy bien qué hago aquí. Quiero recorrerlo a pie y ojear la propiedad para conocer su valor. Doce mil hectáreas, casi nada. Son las diez de la mañana y el sol brilla con fuerza sobre un cielo despejado. El calor es seco y abrasador. Me sobra toda la ropa a pesar de llevar una camiseta y unos pantalones cortos. Me siento como en una película del Viejo Oeste. El paisaje es árido y repleto de tonos ocre, dorados y rojizos. A los lejos se divisan montañas escarpadas que se funden con el cielo azul, y los pastos son praderas secas con arbustos dispersos sobre un suelo arenoso. Estoy en el límite norte del rancho porque he decidido empezar por la zona más alejada del pueblo para pasar desapercibida. Una valla de madera a la altura de mi cintura separa la propiedad de la carretera comarcal. Hay un par de carteles con el aviso: *Propiedad privada. No llamamos al 911. No traspasar.* Por si el mensaje fuera demasiado sutil, hay dibujada una pistola. Retrocedo un par de pasos por mera prudencia. No sé de qué me extraño. La primera vez que vi a Blake llevaba un revolver. Ahora estoy segura. Por lo visto, mi cuñado es uno de esos pistoleros que cree que puede arreglar sus problemas sin llamar a la policía. O sea, un bruto.

Me coloco las gafas de sol y lamento no haber metido protección solar en la maleta. Mi piel pálida se va a achicharrar si permanezco bajo este sol ardiente durante mucho tiempo. Me doy la vuelta para regresar al coche y coger la botella de agua que he dejado dentro. Se me escapa un grito cuando me tropiezo con un animal. Es una vaca enorme que está pastando junto al coche. ¿De dónde ha salido?

La vaca está rumiando forraje justo delante de la puerta del conductor. El coche es un destartado Ford Capri de dos puertas cuya puerta del pasajero está estropeada —otro detallito que se le olvidó comentar al de la agencia de alquiler de coches—. Es decir, que estoy atrapada hasta que la vaca se aparte. Me cruzo de brazos y pongo mala cara. En serio, ¿todo me tiene que pasar a mí?

—¡Fus! ¡Fus! —hago un aspaviento con las manos y la vaca ni se inmuta.

Echo la cabeza hacia atrás y murmuro una maldición. La vaca me mira de reojo y me entra el

pánico. Es un animal enorme y de pelaje castaño rojizo. Una bestia que podría matarme de una embestida. Pero las vacas son animales mansos y los peligrosos son los toros ¿no? En realidad, no tengo ni idea.

—Soy vegetariana —le digo, por si consigo ganarme su confianza.

La vaca me da la espalda y continúa arrancando el pasto que hay junto a la rueda delantera. Joder, lo que faltaba. ¿De verdad voy a morir deshidratada por culpa de una puñetera vaca? Rebusco en el interior de mi mochila para encontrar algo que capte su atención. Cojo una chocolatina derretida y se la enseño.

—Uy, chocolate. Uhm... ¡qué rico! Nada que envidiarle a esa hierba tan seca.

La vaca muge y yo me desespero. Le doy una patada al suelo y levanto una polvareda. Me entra un ataque de tos y tengo ganas de llorar porque la situación es surrealista. Es entonces cuando noto su presencia. Lo veo reflejado en el cristal de la ventanilla del coche. Me sobresalto cuando nuestras miradas se cruzan. La suya es gélida. La mía de puro terror.

—¿Ibas a darle chocolate a mi vaca? —su tono es incrédulo y furioso.

Me vuelvo hacia él mientras escondo la chocolatina detrás de mi espalda. Maldita sea, ¿por qué no puedo dejar de hacer el ridículo cada vez que me lo encuentro? La palabra imponente se queda corta para definir a Blake Sackler. Es un hombre enorme y de aspecto musculoso. Tiene la mirada más huraña que he visto en mi vida. Me impone. No en plan de que se me caigan las bragas al suelo de lo atractivo que es, sino en plan: podría partirme el cuello y me da un poco de miedo tenerlo delante.

—Ese ejemplar vale más de tres mil dólares y tú ibas a envenenarlo —su voz es airada y sus ojos desprenden chispas de hostilidad.

—No iba a darle chocolate —me aparto el pelo de la cara, pongo los ojos en blanco y me hago la digna. Luego añado con tono molesto—: obviamente. Solo quería llamar su atención porque está bloqueándome el acceso al coche.

—Estás en mi propiedad.

—Estoy detrás de la valla —utilizo el mismo tono categórico de él, o por lo menos lo intento. He de admitir que con mi voz no causa el mismo efecto. Me cruzo de brazos y finjo una seguridad que no tengo—. ¿O me vas a decir que la carretera también es tuya?

—No me gusta que husmeen en mi propiedad. La gente curiosa no cae bien por estos lares.

Me lo está advirtiendo. Me echo a un lado cuando él se acerca para atrapar a la vaca. Tira de ella en dirección a la valla. A lo lejos hay un rebaño de reses, un caballo suelto que debe ser el suyo y un par de vaqueros que no me quitan la vista de encima. Genial, a la porra lo de pasar desapercibida. Blake obliga a la vaca a cruzar por un hueco que hay entre los tablones de madera.

Debe haberse escapado por ahí. Justo cuando creo que va a marcharse, se da la vuelta y camina hacia mí con tanta determinación que no sé cómo logro mantenerme en pie. Lo que de verdad me gustaría es montarme en el coche y pisar el acelerador hasta que su imagen solo sea un borrón en la carretera.

«No dejes que te intimide».

Elevo la barbilla y lo miro porque no quiero darle la impresión de ser una pusilánime. Él me evalúa. Echa un vistazo a mis deportivas y una sonrisa socarrona asoma a sus labios. Dura un segundo. No es una sonrisa amistosa, sino más bien despectiva. Grosera. Arrugo la frente cuando me mira a los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me espeta. Su tono es autoritario, exigente y me saca de mis casillas. ¿Quién se cree que es para pedirme explicaciones?

—Dar un paseo.

—Tú no tienes pinta de dar paseos por zonas como estas.

—No me conoces, y que yo sepa vivimos en un país libre y no tengo por qué darte explicaciones.

—¿Conoces a Harry Walton?

—¿Quién? —pregunto extrañada.

Blake se pasa la mano por su barba de tres días. El asomo de la duda brilla en su semblante durante unos segundos, hasta que se recompone y su expresión vuelve a ser arisca y recelosa. Por lo visto es su seña de identidad.

—Casi me convences.

—No te sigo.

—Dile a Walton que me deje en paz o se atenga a las consecuencias.

—Díselo tú. No conozco a ese tal Walton y no sé a qué te refieres.

—Ya... —lo pone en duda—. Reconozco que al principio no las tenía todas conmigo. Supongo que esta es otra de sus tretas. Ahora envía a una muchacha rubia para que baje la guardia. Será mejor que te largues.

—¿O si no qué? —me cruzo de brazos con actitud desafiante. Esto es el colmo. ¿Cómo se atreve a amenazarme? ¿Se cree que puede ir por la vida con esa actitud de cowboy del siglo pasado? Conmigo la lleva cruda.

—No te conviene cabrearme, rubia. La paciencia no es una de mis virtudes.

—No me llames rubia. Tengo un nombre.

Blake me mira con aire fanfarrón y dice:

—Rubia.

—Mira, John Wayne —me pongo las manos en las caderas y su sonrisa se esfuma cuando escucha como lo llamo—. He conocido a muchos tíos como tú. Pero en lugar de ir a caballo, conducían un deportivo. Te crees que puedes intimidarme porque tienes el cuerpo para ello, pero te aseguro que hace falta algo más que un vaquero obsoleto y con cara de malas pulgas para conseguirlo. No me impresionas.

La contestación habría sido épica de no ser por la serpiente. Bajo la cabeza cuando algo escamoso me roza el tobillo. No entiendo nada de serpientes, pero esta es enorme y de rayas marrones. Suelto un alarido y estoy a punto de desmayarme. Lo siguiente sucede a toda velocidad. Yo, dando saltos y chillando como una histérica. Blake, resoplando y agachándose para coger la serpiente y lanzarla por los aires. Literalmente. La coge como si fuese un palo y la arroja con fuerza al otro lado de la carretera. Abro los ojos de par en par y me quedo muda por culpa de la impresión. Joder con John Wayne.

—Hazte un favor y vuelve a la ciudad. Las rubitas como tú no pintan nada en un lugar como éste —se cala el sombrero y se aleja en dirección al cercado. De repente frena, se da la vuelta y señala mis zapatillas con la cabeza y los ojos repletos de desdén—. Y por el amor de Dios, ponte unas botas.

Estoy tan afectada por el susto con la serpiente que no digo nada. En lugar de ello me limito a mirarme los pies. Tiene razón. No me vendrían mal unas botas en el paraíso de las serpientes y demás bichos asquerosos. El primero de la lista es él. Entrecierro los ojos y observo cómo se monta en el caballo y se aleja galopando con el resto de vaqueros que lo ayudan a arrear el ganado. Se levanta una polvareda que se los traga y deseo con todas mis fuerzas que se caiga del caballo para que se le bajen esos humos.

Rubia.

Aprieto los dientes y pongo mala cara cuando recuerdo cómo me ha llamado. No podría ser más sexista ni aunque naciera dos veces. Qué energúmeno. Ahora comprendo por qué no respondió a la carta que le envié hace quince meses. Blake Sackler es un tipo despreciable.

Wendy me da una palmadita en la espalda cuando remuevo el tenedor con desgana sobre el plato de macarrones con queso. He perdido el apetito después de un día que preferiría olvidar. La cafetería está abarrotada de clientes que beben cerveza, juegan al billar y escuchan música country. Aun así, ella coge un taburete y se sienta a mi lado. Entiendo la impresión que le he causado. Soy la clase de persona derrotada que necesita un poco de consuelo. No es para menos. Vine a Texas con la intención de solucionar todos mis problemas. Me dejé llevar por un arrebató.

Yo, la persona más racional sobre la faz de la tierra, confié con los ojos cerrados en el buen corazón de un hombre que no conocía de nada.

—¿Un mal día, tesoro?

—Uf... —eso lo resume a la perfección.

Ella me frota la espalda para infundirme ánimo. Wendy es buena persona. Trata a todos los clientes como si fueran su familia y se desvive por hacer funcionar su negocio. Ni siquiera me conoce y ya ha elaborado una carta vegetariana para complacerme.

—¿Quieres hablar de ello? Dicen que se me da bien escuchar. Cuando trabajas detrás de una barra, terminas haciendo un poco de psicóloga.

¿Por qué no? Contarle mis problemas a una extraña. ¿Qué podría salir mal en una vida donde ya nada funciona?

—Me he encontrado con Blake y no ha salido como esperaba. No le caigo bien. He viajado más de mil ochocientos kilómetros para nada. Soy un fracaso.

Apoyo la cabeza y los brazos en la barra. Si no me hubiera quedado sin lágrimas hace un tiempo, ahora rompería a llorar. Detesto a la gente que te dice: «no llores», como si llorar fuera algo de lo que avergonzarse. Llorar es catártico, liberador y limpia tu alma. A veces llorar es la única solución para un mal momento. Llorar no es de débiles. Llorar es un signo real, humano y sincero.

—No te lo tomes como algo personal. Seguro que no tiene nada en contra de ti. Ni siquiera te conoce. Ya te dije que Blake puede ser una persona complicada.

—Complicada —repito confundida—. ¿En qué sentido?

—En el sentido de que no es una persona que se deje conocer. No es mala gente. Un poco difícil de tratar. Eso es todo.

«Un poco difícil de tratar» es quedarse corto. Es antipático, grosero y un chulo de tres pares de narices.

—¿Qué sabes de él?

—¿Y ese interés tan repentino?

—Por... negocios.

Wendy me mira como si no me creyera del todo. No puedo contarle la verdad. Y en cierto modo sí que he venido a hacer negocios con él.

—¿Quién era la mujer con la que estaba discutiendo el otro día? ¿Quién es Harry Walton?

—Para el carro —responde un tanto molesta, y se baja del taburete cuando la llama un cliente—. No soy ninguna chismosa.

—Pero...

Ella me ignora y vuelve al trabajo. Resoplo porque no puedo hacer otra cosa. Hay un tipo sentado al otro extremo de la barra y me percató de su presencia cuando carraspea para hacerse notar. Lo miro de reojo y le dedico mi expresión de: «no soy accesible». A él le da igual. Arrastra el taburete hasta colocarlo a medio metro de mí. Genial, lo que faltaba.

—Quiero estar sola —le espeto.

—No he podido evitar oír tu conversación.

Que no lo ha podido evitar. Ya, claro. Y yo soy prima de Madonna. Anda que...

—Te invito a una cerveza.

—No.

—¿No quieres saber cosas sobre Blake y Harry Walton?

Me vuelvo hacia él con una curiosidad espontánea. Él sonrío de oreja a oreja. Es un tipo calvo, barrigón y que me sacará por lo menos veinte años. Me dan ganas de decirle que podría ser su hija, pero entonces tendría que renunciar a saber más cosas sobre Blake.

—De acuerdo, una cerveza.

—¡Wendy! —pega un golpe en la mesa y aprieto los dientes—. Una cerveza para mi amiga y otra para mí.

Le doy un tímido sorbo a la cerveza cuando Wendy la deja sobre la barra y me lanza una mirada acusadora. Sabe lo que estoy haciendo, pero me trae sin cuidado. Si ella no va a ayudarme, me conformaré con Barnie. Le encanta hablar de sí mismo. Así descubro que está divorciado, tiene un hijo de mi edad y trabaja en una mina.

—Que vida tan interesante —digo por educación—. Y ahora háblame de Blake y Harry Walton.

—Esos dos no se pueden ni ver. El señor Walton es mi jefe. El mío y el de medio pueblo. Es el propietario de una mina de carbón. Los Walton son la familia más rica de La herradura y llevan detrás de Paradise Lake un buen tiempo.

—¿Y eso?

—Corren rumores de que en la propiedad de los Sackler hay reservas de carbón. Una mina no es eterna y en la de Walton están desapareciendo los recursos. Yo lo único que sé es que le ha hecho varias ofertas a Sackler para comprarle la propiedad.

—¿Por qué no la vende?

—Ni idea. Eso se lo tendrías que preguntar a él. Un tipo orgulloso ese tal Blake. No digo que sea mala gente, pero si yo fuera él, cogería el dinero y me largaría de este sitio.

—Cállate, Barnie. ¿No deberías estar ya en casa? Seguro que Linda te está esperando —interviene Wendy.

—Me dijiste que estabas divorciado.

—Por ti me divorciaría sin dudar —se ríe, antes de acabarse la cerveza de un trago—. Tienes razón. Esa bruja me estará esperando para echarme la bronca. Un placer, preciosa. Me ha encantado charlar contigo.

En cuanto Barnie se larga, Wendy se acerca a mí con cara de pocos amigos.

—Te vas a meter en problemas si sigues haciendo preguntas.

—¿Por qué?

—Todo el mundo conoce la enemistad entre Blake y la familia Walton. No te conviene meterte en medio.

—No me quiero meter donde no me llaman —no le digo que en realidad tengo todo el derecho del mundo a hacer preguntas. Porque Blake es mi cuñado. Porque en cierto modo, Paradise Lake también es un poco mío—. Solo quería entender por qué Blake me tomó por una especie de espía de ese tal Walton.

—Madre mía... —Wendy se lleva las manos a la cabeza—. Ten mucho cuidado.

—¿Por?

—Porque Blake defendería su rancho de cualquiera que intentara arrebatárselo. Ese rancho ha pertenecido a su familia durante generaciones. Es su vida.

—Solo una pregunta...

No me da tiempo a formularla, porque ella se esfuma cuando la llama otro cliente. Me quedo pensando en lo que ha dicho con tanta vehemencia: el rancho es su vida. No lo entiendo. No es más que un lugar polvoriento. Un lugar no significa nada. Son las personas las que dan sentido a nuestra vida. Yo lo sé muy bien y por eso estoy aquí. Para cumplir una promesa. Aunque tenga que enfrentarme a Blake para cumplirla.

30 de septiembre de 2015

Josh la buscó cuando terminó la clase. Necesitaba agradecerse. Había sacado un notable en el trabajo y no lo habría conseguido de no ser por ella. Sus correcciones mejoraron un ensayo simple y de lo más común. Helena era preciosa, inteligente y él se sentía cautivado por ambas cualidades. Y si a eso le sumabas que ella lo evitaba... provocaba su interés de una forma casi obsesiva. La interceptó antes de que saliera por la puerta. Tenía una larga cabellera de ondas doradas que le llegaba hasta la cintura. Era inconfundible.

—¡Ey!

—Hola —ella forzó una sonrisa.

—¿Va todo bien?

—Sí.

Estaba mintiendo. Josh no insistió porque la iba conociendo. Sabía que era de esas personas que se encerraban en sí mismas y necesitaba tiempo para confiar en los demás.

—Gracias por lo del otro día.

—No hay de qué. Ya te dije que no tenía importancia. Tú me salvaste una vez del señor Foster y yo... espero haberte ayudado.

—Y tanto. Notable alto. De no haber sido por ti... —la expresión sorprendida de ella lo confundió. Recibió la noticia como si le hubiera gastado una broma pesada—. Espera, ¿qué nota has sacado?

—Déjalo.

Estaba irritada y él no debería insistir. Sabía cómo tratar a las mujeres y qué hacer para ganárselas, pero con ella era distinto. No podía evitarlo.

—¿Tan mal ha ido?

Helena suspiró y murmuró de mala gana:

—Un aprobado.

—Venga ya —ahora era él quien creía que le estaba tomando el pelo, hasta que se percató de su expresión seria—. No puede ser. Era un trabajo de sobresaliente. De hecho, los dos sabemos que yo no habría sacado un notable de no haber sido por tus correcciones.

—Eso díselo a Foster.

—Pues claro que se lo voy a decir. Ese tío es imbécil. No hay que ser muy ágil para saber que te ha cogido manía. No es justo.

Helena lo agarró del brazo cuando él hizo ademán de acercarse a su escritorio. Foster estaba charlando con un grupo de alumnos. No era un farol. Josh tenía la intención de gritarle un puñado de verdades aunque le costara la expulsión. Le daba igual. ¿Por qué tenía que ser tan cabrón con Helena? La ignoraba cada vez que ella levantaba la mano cuando él formulaba una pregunta que nadie sabía, y la ridiculiza en público cuando ella exponía con timidez alguna teoría bien fundamentada. Se había estado mordiendo la lengua porque ya se había señalado una vez. En ese momento le daba igual. Quería hacer justicia y no se reconocía.

—Josh —ella le dio un tirón y lo miró de tal forma que él se quedó inmóvil. Fue una mirada implacable y repleta de determinación—. No necesito que nadie me defienda. No soy una cría en apuros. Yo misma lidiaré con Foster y te agradecería que te quedases al margen. Primero por orgullo, y segundo porque vas a arruinar tu año en la universidad.

—Vale.

Ella lo soltó cuando se calmó. Qué guapa era. Tenía la cara más bonita que había visto en su vida. Le costaba creer que fuera real.

—Tengo clase dentro de diez minutos, pero te agradecería que te tomaras un café conmigo y que me escucharas en silencio mientras pongo a parir a Foster. Necesito desahogarme con alguien. ¿Podrás hacer eso por mí?

—¿Qué? —se quedó embobado mirándole los labios. Estaba convencido de que ella se había dado cuenta. Helena no era tonta. Era consciente del efecto deslumbrante que causaba en el sexo contrario. No podía culparlo por querer llevársela a la cama. Era un tío heterosexual. Cualquiera en su lugar desearía lo mismo—. Eh, sí. Claro.

—¿Te vas a estar calladito? ¿En serio? —ella enarcó una ceja—. Sé que te encanta hablar, pero quiero que me escuches sin rechistar. Mutismo absoluto, ¿entendido? Y de vez en cuando me das la razón. Es todo lo que necesito.

—Sí, claro.

—Eso es.

Ella se colgó de su brazo y lo arrastró hacia la cafetería. A él se le fue toda la sangre al mismo sitio. Qué básico era.

—Lo que tú digas.

—Vaya, lo haces francamente bien —ella se rio. Una risa amplia y cantarina. Seguro que no era

consciente de la risa tan seductora que tenía. Esas cosas no se provocan—. Como te iba diciendo, nuestro querido profesor Foster es un completo estirado y me tiene harta...

—Totalmente.

—¿Me vas a dar la razón como a los locos?

—Sí.

Ella le dedicó una sonrisa amplia y sus ojos se iluminaron como dos trozos de cielo despejado. Jodidamente preciosa.

—Así me gusta. Tú y yo vamos a llevarnos bien, Señor Sackler.

He llegado a la conclusión de que debo ganarme la confianza de Blake antes de revelarle quién soy y cuáles son mis intenciones. Seguro que hay alguna forma de que nos entendamos y en el fondo no puede ser tan malo como parece, ¿no? Necesito creerlo, porque de lo contrario no sé qué hago aquí y me vendré abajo. No lo dejé todo atrás y puse mis esperanzas en este viaje para que un vaquero con malas pulgas arruine mis planes. De eso nada.

¿Y qué mejor manera de demostrarle que no soy ninguna amenaza que ser una más de La herradura? Wendy me explica que todos los lunes hay un mercado con los productos de todas las granjas de los alrededores. Los puestos se colocan en la calle principal del pueblo y es un punto de reunión para los vecinos. Me pongo unos vaqueros, una camiseta blanca y espero que este look informal cause mejor impresión en Blake, que a todas luces me ve como una chica de ciudad superficial e imprudente que no sabe dónde ha ido. Si hiciera el esfuerzo de no juzgarme, entendería que me preocupo poco por mi aspecto y que en realidad soy una persona que tiene un poderoso motivo para estar aquí. Lograré metérmelo en el bolsillo. Tengo que hacerlo.

La feria está compuesta por seis puestos que ofrecen productos originarios de sus fincas. Huevos de gallinas criadas en libertad, calabazas enormes que podrían competir en una exposición, tomates tan rojos que parecen manzanas, frutas de temporada... a Penny le encantaría este sitio porque es amante de lo ecológico. Doy un paseo e ignoro las miradas de curiosidad que despierto en la gente. Es lo normal. La herradura es un pueblo pequeño y soy la nueva. Dejarán de hablar de mí cuando se acostumbren a mi presencia. Me paro delante de un puesto de ungüentos caseros que me llama la atención. Hay tarros de cremas, pastillas de jabón y perfumes caseros. El olor es tan agradable que incluso despierta el interés de alguien tan poco presumida como yo. Cojo un frasco y leo la etiqueta escrita a mano: *crema hidratante con aceite de girasol*. La observo con escepticismo. Jamás he escuchado que el aceite de girasol tuviera propiedades cutáneas. Seguro que es un timo. Lo dejo justo donde estaba.

—¿No te fías de los bálsamos de una anciana?

La voz es jocosa y un tanto orgullosa. Levanto la cabeza del mostrador de cosméticos y me encuentro con la mirada curiosa de una mujer mayor. No sabría decir qué edad tiene. Por su expresión es la viva imagen de la experiencia y tiene una larga cabellera blanca recogida en una trenza que le cae sobre la espalda. Pero su rostro es tan terso que me cuesta creer que sea una anciana. Ha debido ser una mujer muy hermosa porque los recuerdos de su belleza se insinúan en unas facciones muy delicadas. Su atuendo es de lo más peculiar. Un vaporoso vestido lleno de flecos y motivos étnicos. Me causa una simpatía espontánea porque me gustan las personas raras.

—Perdone, solo estaba mirando —respondo avergonzada, al darme cuenta de que puedo haberla ofendido al soltar la crema.

—El aceite de girasol tiene un alto contenido nutritivo. Su grasa es rica en omega 6, que es un

ácido graso que sirve para hidratar y proteger la piel. Es perfecto para las personas con tendencias acnéicas. ¿No me crees? —frunce el ceño cuando lee mi recelo a pesar de que intento ocultarlo—. Pregúntale a la hija de Mary, la del puesto de las calabazas. Esta maravilla consiguió lo que no pudieron hacer los médicos: acabar con sus granos.

—La creo. De verdad —respondo agobiada, porque no quiero que la buena mujer se enfade conmigo—. ¿Sabe? Me la llevo. Me vendrá bien para hidratar mi piel. Aquí hace mucho calor...

—No —me la quita de las manos y me deja a cuadros—. Tienes una piel perfecta. Llévate la de rosas silvestres. Es rica en vitamina c, que es justo lo que necesita una piel tan blanca como la tuya. Te protegerá de la sequedad y la irritación. Es la que yo usaba para las arrugas. Ochenta y cuatro primaveras y mira que bien estoy.

—¿Tiene ochenta y cuatro años? —pregunto sin dar crédito.

—Haz el favor de no tratarme de usted. ¿Cómo te llamas?

—Helena —respondo con una sonrisa.

—Sophia.

Ella me ofrece su mano y el apretón es fuerte para una mujer de su edad. Sus ojos me resultan familiares. Castaños y repletos de motitas doradas. Sé que he visto esos ojos en alguna parte y no logro recordar dónde.

—Eres preciosa, querida. Seguro que alguien como tú lo ha oído muchas veces y en el fondo estás harta de que te lo digan. Eres nueva en el pueblo y vas a despertar el interés de muchos hombres. Ándate con ojo. Si fuera una cotilla te preguntaría qué diantres hace una jovencita como tú en un sitio como éste, pero no soy una vieja metomentodo —introduce algunos productos en una bolsa de papel y me los entrega sin que pueda negarme—. Un regalo de bienvenida. No acepto un no por respuesta.

—Pero... —estoy tan desconcertada por su amabilidad que no sé cómo reaccionar—. Me gustaría pagarle. Por favor.

—No me lles la contraria —me advierte muy seria—. Tengo edad para hacer y decir lo que me dé la gana, muchachita. Es la ventaja de hacerse vieja.

—Yo... vale —musito, sin saber qué otra cosa puedo decir—. ¿Cómo podría agradeceréselo?

—¿Te gustan los girasoles?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Pues... sí.

—Hecho. Mañana visitarás el campo de girasoles de mi familia.

A lo mejor es uno de esos campos de girasoles a los que acuden los turistas para hacerse fotos y cortar algunas flores por un puñado de dólares. Supongo que no puedo negarme. No veo otra razón para que me invite y es lo mínimo que puedo hacer para agradecer su regalo.

—Allí estaré.

—Después tomaremos una merienda. Espero que no te importe acompañar a una vieja aburrída. Me gusta conocer a gente nueva. Tú tienes pinta de ser muy interesante.

—Uy, la verdad es que...

—Calla —me ordena, y cierro la boca de inmediato. Luego se vuelve hacia la furgoneta que hay de espaldas al puesto y le hace un gesto al hombre que hay dentro cargando cajas—. ¡Muchacho, ven aquí! Quiero que conozcas a alguien. Mañana tenemos una invitada en el rancho.

—Abuela, ¿a quién has puesto en un compromiso esta vez?

Esa voz... No me da tiempo a escaquearme. Blake sale de la furgoneta y se acerca a la anciana con una sonrisa radiante que se esfuma en cuanto me ve. No sabía que pudiera sonreír. De hecho, es un gesto tan fugaz que tal vez lo he soñado. La anciana se cuelga de su brazo y él no tiene escapatoria. Ninguno de los dos la tenemos. Él tuerce el gesto para demostrarme que no se alegra de verme. Qué novedad.

—Hola, John Wayne —me anticipo, porque esta vez no estoy dispuesta a quedar como una pusilánime—. Volvemos a vernos.

Sophia suelta una carcajada cuando escucha cómo lo llamo. Blake aprieta la mandíbula y pone cara de querer estrangularme. Sus ojos echan chipas y mi sonrisa es la viva imagen de la falsa inocencia. La verdad es que me siento más segura delante de esa anciana que parece manejarlo a su antojo.

—¿Os conocéis? Qué sorpresa. No me habías hablado de ella —le da un codazo a Blake.

—No había mucho que contar —responde él con desdén.

—Me gusta que mi nieto me informe de todo lo que sucede en La herradura porque aquí casi nunca pasa nada emocionante. A las viejas como yo nos gusta estar entretenidas para cuatro ratos que nos quedan.

Mi corazón se acelera cuando descubro el parentesco que los une. Sophia es su abuela. La abuela de Josh. De repente me siento tan apenada que me cuesta disimularlo. Parece una mujer encantadora y no quiero herir sus sentimientos, pero no me quedará más remedio cuando me toque ser sincera con ella. Tiene derecho a saber la verdad.

—Su nieto fue muy amable y me ayudó cuando pinché una rueda —le cuento, y la sutil ironía de mi voz es algo que solo comprendemos él y yo.

—Qué calladito te lo tenías —le recrimina su abuela.

Blake me fulmina con la mirada y yo sonrío de oreja a oreja. Que se fastidie.

—Ella está de paso y no creí que fuera importante comentarlo.

—Todavía no he decidido cuanto tiempo voy a quedarme.

A Sophia se le ilumina la expresión. Él me mira sorprendido durante un instante. Al siguiente, su expresión se convierte en esa máscara gélida a la que me tiene acostumbrada.

—Decidido. Mañana mi nieto te recogerá para llevarte al rancho.

—¿Qué? —se queja él.

Su abuela le da un tirón del brazo y tengo que hacer un gran esfuerzo para contener la risa. Él medirá dos metros y tendrá pinta de duro, pero está claro que aquí la que dirige el cotarro es ella.

—Te recoge mañana a las tres. ¿Dónde te alojas?

—En el motel de Wendy.

La cara de Blake desprende una rabia tan visceral que me veo obligada a despedirme para dejar que lo asimile. No lo entiendo. ¿Por qué me odia? Ya sé que la palabra «odio» es muy fuerte, pero es lo que creo que le provocho cuando me observa como si fuera su peor enemigo. Ganármelo va a ser más difícil de lo que pensaba. Pero él no me conoce. No me conoce en absoluto.

Sonrío sin poder evitarlo cuando leo la tarjeta que Sophia escondió dentro de la bolsa. No sé en qué momento se las apañó para escribirla. La abuela me ha causado una impresión muy grata. Ojalá su nieto se le pareciera un poco.

Para mi nueva amiga Helena,

Espero que estos productos cuiden tu piel.

Besos, Sophia.

Me embadurno en la crema de rosas silvestres y me echo un par de gotas del perfume de Sophia. Es una fragancia deliciosa que huele a grosellas, bergamota y lirio. Luego bajo a cenar dispuesta a dar buena cuenta del nuevo invento culinario de Wendy. Hoy toca «hamburguesa Helena». La ha bautizado así en mi honor. Lleva lechuga, cebolla, tomates, pepinillos, una salsa especial y pan tostado. La termino en cuatro bocados porque estoy famélica después de una larga caminata en la que he recorrido todos los rincones de La herradura.

—¿A qué hueles? —Wendy me está rellenando el vaso y entierra la nariz en mi cuello—. Así que ya has conocido a la vieja Sophia. Seguro que te ha liado para que te lleves un montón de potingues. Sus manos son oro puro. A Bernie le curó la soriasis, y a Jenny el acné.

—Es una mujer encantadora.

—Aquí todos la adoramos. Tiene un gran corazón.

—Me pregunto por qué su nieto no habrá salido a ella.

—No seas tan dura con él —Wendy es demasiado comprensiva con todo el mundo. Lo sé porque tiene una paciencia infinita con sus clientes—. Blake es un buen hombre. Lo que pasa es que tuvo que madurar antes de tiempo cuando sus padres murieron en aquel accidente. Se hizo cargo de su hermano y del rancho cuando tenía dieciocho años. Es el cabeza de familia y está acostumbrado a dar órdenes.

Se me atraganta el último bocado de patatas fritas cuando ella nombra a Josh. Bebo un poco de coca cola y finjo no sentirme afectada. Por suerte, Wendy no se percata de mi malestar. Blake no es tan buena persona como ella cree. Estoy convencida de que es un mal hermano. De lo contrario, hace quince meses habría respondido a mi carta. Yo soy hija única y siempre quise tener un hermano, así que sé la clase de comportamiento que habría tenido de estar en su lugar. Para empezar, habría respondido a la carta. Pero él no se ha preocupado por su hermano porque es una persona horrible y tiene un corazón de piedra. Lo siento, pero no me cabe otra explicación. Sé que me estoy dejando llevar por la pésima opinión que ya me he forjado de él, y en el fondo me gustaría que mañana me demostrase lo contrario. Supongo que estoy pidiendo un imposible.

Estoy agotada y sé que mañana será un día duro, por lo que decido irme a dormir más temprano de lo normal. Un hombre rubio ataviado con un sombrero de cowboy y un traje azul oscuro me corta el paso. Está apoyado en la barandilla de la escalera y lo hace a propósito.

—Disculpe, ¿me permite?

—Por supuesto.

Se echa a un lado para que pueda pasar. Es un tipo joven y atractivo que me mira de reojo cuando subo los dos primeros peldaños.

—Ha llegado a mis oídos que una mujer rubia fue a molestar a Blake Sackler en los límites de su propiedad. Hay que tener agallas para vérselas con un tipo tan poco razonable.

La frase me obliga a pararme. Me vuelvo hacia él con una mirada repleta de recelo. Su sonrisa es blanca y perfecta y su cabello es de un rubio californiano que me resulta ridículo en un hombre. No es de mi estilo.

—¿Qué quiere? —voy directa al grano. No me gusta que me hagan perder el tiempo y es evidente que quiere llamar mi atención.

—Steve Walton.

Me tiende una mano que estrecho por compromiso. Walton. Genial. Acabo de inmiscuirme en una guerra que no es asunto mío. Debe de ser el hijo de Harry Walton porque es demasiado joven para ser el dueño de la mina. Él me mira expectante. No voy a decirle cómo me llamo porque seguro que ya lo sabe. Quiero dejarle claro que no me interesa lo que sea que vaya a decir. Estoy convencida de que está relacionado con Blake y no quiero ser parte de esto.

—¿Trabajas para alguna inmobiliaria?

—Disculpa, pero estoy muy cansada...

Steve me coge del brazo cuando hago ademán de subir las escaleras. Le lanzo tal mirada airada que él esboza un gesto de disculpa y me suelta.

—Perdona, no quiero causarte una impresión equivocada. No sé para quién trabajas, pero mi familia está dispuesta a mejorar la oferta si consigues cerrar un trato con Blake. Estamos muy interesados en comprar su rancho y seremos muy generosos con quien consiga hacerlo cambiar de opinión —mete la mano dentro del bolsillo interior de su chaqueta y me tiende un papelito—. Ahí tienes mi número. Piénsatelo y llámame si cambias de idea. Buenas noches, Helena.

Sabe cómo me llamo y no me gusta su manera de pronunciar mi nombre. A pesar de su falsa educación, soy lo suficiente perspicaz para notar esa manera tan sibilina de intento de manipulación. Steve Walton me da mala espina y algo me dice que debo tenerlo lejos. Subo las escaleras con un creciente cabreo. Ahora todos piensan que soy la representante de alguna empresa que quiere comprar el rancho de Blake. Lo que faltaba para empeorar la opinión que ya tiene sobre mí. Me dejo caer sobre la cama y cierro los ojos. Tres segundos después, me pica la curiosidad y abro el papelito. La cifra hace que se me escape un silbido. Es una cantidad desmesurada de dinero. Una suma que solucionaría todos mis problemas y que me obliga a replantearme mis reticencias respecto a Steve Walton. Porque necesito ese dinero. Porque, tal vez, no me quede otra opción si no consigo convencer a Blake.

15 de octubre de 2015

Para algunos la universidad era la mejor época de sus vidas. Para Helena, aquel iba a ser un viaje caótico y especial. Un subidón de inestabilidad y desenfreno. De amor, celos, inseguridad, dudas, felicidad y dolor. Helena no creía en el destino. Era una persona demasiado racional para creer que su vida no solo dependía de sus propias decisiones, aciertos y errores. Para ella las casualidades eran fruto del azar y no le daba demasiada importancia al amor o a la pasión. El mejor ejemplo era su familia y ella aspiraba a algo tan seguro y estable como lo que tenían sus padres. El matrimonio de sus padres era algo así como un contrato entre dos amigos que habían tenido una hija y se respetaban. Ella no aspiraba a más porque no creía en el amor de las películas. No tenía ni idea de que, a veces, un choque accidental con otra persona puede cambiar la vida de ambas y que la voluntad no tiene nada que ver en ello. Algunos lo llaman amor cuántico. Para ella empezó siendo una amistad.

Los cafés con Josh se convirtieron en una rutina. También los paseos por el campus, las bromas y las horas muertas en el jardín de la residencia. Se buscaban porque conectaban. Se escuchaban. Hablaban casi de cualquier cosa. Se entendían. A ella le gustaban sus chistes malos, su ironía y la paciencia que tenía para escucharla. A él le gustaba todo de ella. Eran dos amigos entre los que había atracción y aquello lo hacía más especial porque ninguno de los dos daría un paso que podía estropear lo que tenían. Ella sabía que un hombre como Josh destrozaría su estabilidad. Él se conformaba porque intuía que ella no le permitiría ir más allá.

Josh tenía la cabeza apoyada en su regazo mientras hacía un crucigrama. Ya estaba más que acostumbrada a su ceño fruncido, señal inequívoca de concentración. Ella estaba leyendo *El lobo estepario*, una novela que siempre se le atragantaba y de la que tenía que escribir un ensayo.

—¿Cómo voy a escribir una opinión sobre un libro que no entiendo? —se quejó en voz alta.

—Busca un resumen en internet. Es lo que hace todo el mundo.

—Eso es trampa.

—Dudo que a Foster le importe. Seguro que tira los exámenes al vuelo y aprueba a los que caen bocarriba —ella se rio porque sospechaba que cabía esa posibilidad—. Según un estudio, los estudiantes leen menos cuando llegan a la universidad porque los atosigan con libros que nadie quiere leer. Eso ratifica mi teoría de que solo hay que leer por placer.

—¿Qué estudio?

—Vale, me has pillado. Me lo acabo de inventar.

Helena le dio un tirón del pelo y luego se echó a reír. Lo peor de todo era que él hablaba totalmente en serio. A Josh no le gustaba perder el tiempo con cosas que no despertaban su

interés.

—A ver, listilla. Siete palabras. Fatuo, simple.

—Uhm... —ella tardó cinco segundos en resolverlo—. Alelado. Esa era fácil.

—Llevo diez minutos dándole vueltas. Gracias por hacer que me sienta como si fuera retrasado —respondió con un tono tan afectado que a ella se le escapó la risa floja—. Nueve letras. Empieza por A. Azadilla, garabato.

—Uhm...

Helena se estrujó el cerebro para encontrar la respuesta. No le gustaban los crucigramas. Tenía que buscar la respuesta si se quedaba con la duda porque entonces se iba a la cama y no paraba de darle vueltas a la cabeza.

—¿No la sabes?

—Espera.

—Me debes veinte dólares y ser mi pareja en la fiesta de disfraces si no la aciertas en tres, dos...

—¡Espera! ¡Eso no vale!

—Uno...

—¡Almocafre!

—¿Esa palabra existe? —lo puso en duda.

—Por supuesto. No soy una tramposa como tú.

Josh comprobó que cabía en la casilla y utilizó la última letra para resolver «trazar, idear un proyecto». Escribió «elaborar» y se sintió un poco menos imbécil. Era imposible ganar a Helena. Josh sospechaba que debajo de la almohada escondía un diccionario y que todos los días memorizaba un puñado de palabras nuevas. A otro hombre le hubiera intimidado su inteligencia, pero a él le resultaba muy atractiva.

—De todos modos has perdido. Estaba fuera de tiempo.

—Qué morro tienes... —Helena siempre caía en la trampa de jugar con él a los crucigramas—. No pienso darte veinte dólares. Sabes que estoy pelada.

—Pobre y guapa. Todo no lo ibas a tener.

—Qué tonto eres —le acarició el pelo y él entrecerró los ojos.

—Uf... sigue. Esto es casi mejor que un orgasmo.

—Me apunto a lo de la fiesta de disfraces.

Josh echó la cabeza hacia atrás para mirarla muy sorprendido.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué no? Todo el mundo va a ir a esa fiesta de Halloween y no quiero ser la chica rara que se queda en su habitación. Penny ya va a ir disfrazada con su nuevo ligue, así que...

—Me estás diciendo que soy tu segundo plato —dijo con tonillo ofendido—. Por lo menos podrías cortarte.

—A ver, ¿de qué quieres ir?

—De Joker y Harley Quinn.

—De eso irá todo el mundo. Demasiado evidente.

—Ash Ketchum y Pikachu.

—Imagino que tú serás Pikachu.

—Todas las rubias sois malas —Josh se devanó los sesos para encontrar un disfraz original. Era la primera vez que Helena iría a una fiesta y no quería dejar pasar la oportunidad de ser su acompañante—. Leia y Han Solo.

—Ese me gusta.

Josh respiró aliviado. Ahora solo tenía que enfrentarse a otro problema: apartar a todos los babosos que se le echarían encima.

Un par de horas más tarde, Helena y Penny estaban viendo Sexo en Nueva York en la habitación. Penny acababa de anunciarle que iría disfrazada de Harley Quinn. Lo sabía, era un disfraz demasiado común, y Josh y ella no tenían nada de común.

—Yo iré de Leia.

—Espera... —Penny pausó el portátil—. ¿Vas a ir a la fiesta?

—Sí, ¿qué tiene de raro? Has puesto la misma cara que Josh.

A Penny se le cambió la expresión. De la emoción a la suspicacia.

—¿Vas a ir con él?

—Sí, ¿por qué pones esa cara?

—Porque Josh tiene reputación de ser un mujeriego. Ya le ha bajado las bragas a la mitad de la universidad. Yo que tú utilizaría condón o corres el riesgo de que te pegue una ets.

—Penny —la censuró, irritada porque hablara así de él—. Josh y yo solo somos amigos.

—Tía... —su compañera de habitación le sostuvo la mano con cariño—. Ningún hombre querría ser tu amigo. Siento decírtelo de esta manera, pero eres demasiado guapa para que un tío solo quiera tu amistad. Es la gran putada de ser guapa y tú deberías saberlo mejor que nadie. Ese está deseando echarte un polvo.

Helena sabía que él quería acostarse con ella, pero también que Josh valoraba su amistad y que la respetaba demasiado para estropearla de esa manera. Confiaba en él. Y sintió el poderoso impulso de defenderlo.

—Josh no es así.

—Puf... —Penny sacudió la cabeza y puso cara de: «ya me darás la razón con el tiempo»—. Eso díselo a las demás. Mira, yo te he avisado. Esas relaciones de amistad siempre se van a pique. Luego no quiero que me vengas llorando.

Helena se acostó enfadada con Penny. Se le pasaría en un par de días, pero jamás olvidaría sus palabras. Porque ella apreciaba a Josh y no quería renunciar a él. Qué sabría Penny. Ni siquiera lo conocía.

Me tiemblan las piernas cuando espero a John Wayne. Ups, quería decir; mi queridísimo cuñado Blake. Estoy que me subo por las paredes y ya me he mordido todas las uñas de la mano derecha. ¿Qué puedo decir? Me intimida y me siento muy pequeñita en su presencia. No me impone en plan: «guau, está tan bueno que babeo por sus huesos». Si no más bien: «es muy incómodo estar delante de alguien que te mira como si fueses un grano en el culo». Respiro profundamente cuando una ranchera de color rojo aminora la velocidad y aparca delante del motel. Es Blake. Con su característico sombrero de cowboy y su amplia sonrisa, nótese la ironía. Ni siquiera se baja del coche para saludarme.

—¿Subes o qué? —me espeta con impaciencia.

Es la amabilidad en persona. Me pregunto cómo es capaz de soportarse a sí mismo. Debe ser una tarea muy difícil. Me siento a su lado y el ambiente se tensa. Él conduce con una mano sobre el volante y el brazo izquierdo apoyado sobre la ventanilla. Me abstengo de comentar que está malgastando combustible y debería subir las ventanillas y encender el aire acondicionado. No quiero que me tire del coche en marcha. Sé que sería capaz.

En la radio suena Johnny Cash. Es previsible. También me lo imagino disparando al aire como aquel vaquero chalado de Los Simpson. Seguro que en sus ratos libres huele a cenicero y juega a los pistoleros con sus amigos de la Asociación nacional del rifle. Fijo. Tiene toda la pinta.

Después de diez minutos de tenso silencio en el que solo suena la voz grave y ronca de Johnny Cash, empiezo a ponerme nerviosa. Lo miro de reajo. Tiene la vista clavada en la carretera. Sus gafas de sol me impiden verle los ojos, pero seguro que en ellos no hay ni una pizca de alegría. Para él soy una carga impuesta por su abuela y sé que debería mantener la boca cerrada, pero entonces seguiríamos en el mismo punto de partida y así jamás me ganaré su confianza.

—Estoy convencida de que la serpiente del otro día era una serpiente rata —le digo, en un intento por romper un silencio que me incomoda. Su mandíbula se contrae y sé que me está escuchando. Lo busqué en internet y era la más parecida a las fotos—. Es una serpiente no venenosa e inofensiva para los humanos. De hecho, no hay que matarla porque es beneficiosa para el entorno y cumple un papel muy importante al comer roedores.

Blake no dice nada. Se limita a mantener la vista fija en la carretera. Me muerdo el labio inferior porque estoy desesperada por arrancarle un par de palabras. Tampoco pido tanto. Lo justo para iniciar una charla trivial entre dos personas y demostrarle que no soy... lo que sea que está pensando.

—Seguro que ya lo sabías. No creo que la hubieras lanzado por los aires de ser venenosa —continúo hablando sola—. Ayer estuve buscando unas botas, pero en el pueblo no hay ninguna tienda. ¿Conoces alguna?

Nada. Silencio. Si no supiera que puede hablar, creería que está sordo. No entiendo por qué tiene que ser tan maleducado y está empezando a sacarme de mis casillas.

—Eres poco hablador, eh...

Sus hombros se tensan. El sol se refleja en los mechones de pelo que sobresalen del sombrero. No tiene el cabello marrón, sino de un tono rubio castaño aclarado por el sol. Debe pasar largas horas en el exterior subido a un caballo. Hay un hoyuelo en su barbilla del que no me había percatado antes. Me pilla mirándolo y pone mala cara. Resoplo y giro la cabeza para contemplar el paisaje. No es culpa mía. Es muy incómodo respirar el mismo aire que una persona que no te dirige la palabra. ¿Él no se siente violento?

Una emoción intensa se apodera de mi estómago cuando cruzamos la puerta de Paradise Lake. Lo observo todo con una curiosidad desmedida porque este es el hogar en el que se crio Josh. Un camino de mezquites da sombra al sendero que conduce al rancho. Al fondo hay una enorme casa de madera blanca y de una sola planta con el tejado inclinado y de tejas grises. Me recuerda al rancho de la serie Dallas, pero me abstengo de hacer un comentario que no sería bien recibido. Unos metros alejada de la vivienda familiar hay una construcción que doy por hecho que son las cuadras porque hay varios caballos pastando al aire libre. El rancho es inmenso y está cubierto por praderas verdes y bien cuidadas que nada tienen que ver con los pastos áridos y dorados que vi el otro día. Supongo que es enorme y esta es la parte más bonita y acogedora.

Sigo a Blake cuando se baja del coche sin mediar palabra. Pasamos por delante de una niña que se está columpiando sobre una rueda atada a la rama de un álamo. La niña lo saluda y él se lleva una mano al ala del sombrero para devolverle el saludo. Ella se ríe y le saca la lengua. ¿Será la hija de algún empleado? Me cuesta creer que una niña pequeña no salga huyendo cuando ve a semejante bestia. A lo mejor no es tan malo como parece y reserva la artillería pesada para mí. Vete a saber.

—¿A dónde vamos? ¿Se supone que tengo que seguirte? —acelero el paso cuando él camina como si no me tuviera detrás—. Se acabó. No voy a moverme del sitio hasta que no me dirijas la palabra.

Pongo los brazos en jarra y me quedo parada. Tengo poca paciencia y ya me he cansado de intentar agradarlo. Blake no tiene más remedio que detenerse cuando se percata de que no lo sigo. Me da la espalda y no dice nada. Esto es el colmo. Va listo si cree que voy a ceder.

—¿Por qué tienes que ser tan desagradable? —le recrimino.

Se vuelve con gesto iracundo y me trago lo siguiente que iba a decir. No puedo ver sus ojos, pero tampoco hace falta. Sé que detrás de las gafas hay una mirada que echa chispas. Su cuerpo es la viva imagen de la ira. Tenso, musculoso y arrogante. Tiene los puños cerrados y creo que podría partir nueces con la mandíbula.

—Voy a llevarte con mi abuela y fingiré que no me sacas de mis casillas. Y después de hoy,

espero no volver a verte. Puedes seguirme o puedes volver andando al motel. Haz lo que te dé la gana. Me trae sin cuidado.

Es humillante, pero me veo obligada a seguirlo porque no me queda otro remedio. Si no fuera mi única esperanza, hace mucho tiempo que lo habría mandado a la mierda. Solo espero que el hecho de dejar mi orgullo a un lado merezca la pena. Ya tendré tiempo de bajarle esos humos. Por desgracia, ahora no es el momento.

Sophia está sentada sobre una manta de cuadros bajo la espesa sombra de un árbol. A lo lejos se divisa un enorme campo de girasoles. El tono amarillo de sus flores brilla con intensidad bajo un sol resplandeciente. Ella ensancha la sonrisa cuando me ve.

—Disculpa que no me levante, pero hoy hace demasiado calor para una anciana a la que ya le pesan los años.

—Abuela, deberías quedarte en la casa —le dice su nieto con tono preocupado.

—¿Quiere que entremos? Me encantaría pasar un rato con usted. Seguro que podemos dejar la visita para otro día. —intercedo intranquila.

—Ya te he dicho que no me trates de usted. Voy a quedarme aquí mientras mi nieto te hace una visita guiada por el campo. Luego nos tomaremos una limonada.

Los hombros de Blake se enderezan cuando la escucha. Es obvio que no le hace ni pizca de gracia ser mi guía.

—Abuela, tengo mucho trabajo.

—No admito un no por respuesta —le hace un aspaviento para que se acerque y él obedece sin rechistar. Sophia le susurra algo al oído y me guiña un ojo. Por último añade en voz alta—: sé buen anfitrión.

Me extraña que Blake no proteste, pero es evidente que tiene predilección por su abuela y ella se aprovecha de ello. Me hace un gesto para que lo siga hacia el campo de girasoles. Es un paraíso de flores doradas y tallos verdes. Como un mar de oro. Los girasoles son tan altos que sobresalen por encima de mi cabeza.

—El nombre científico de los girasoles es *Helianthus annuus*. Proviene de la palabra griega *helios*, que significa sol, y *anthus*, que significa flor. Se llama girasol porque gira para buscar el sol, lo que se conoce como heliotropismo. Son muy organizados y buscan en todo momento la luz solar, por eso acabarán por torcerse para encontrar el sol incluso aunque estén plantados en medio de otra vegetación —me explica con tono mecánico, y no me da tiempo a formularle ninguna pregunta porque prosigue con rapidez—. Si te fijas bien, cada girasol está compuesto de miles de pequeñas flores llamadas florecillas. Los pétalos amarillos y los centros marrones son

en realidad flores individuales. Un girasol puede llegar a tener hasta dos mil florecillas.

—No tenía ni idea —acaricio los pétalos y me fijo en lo que me ha explicado—. Entonces...

—El girasol es oriundo del suroeste de los Estados Unidos, aunque hay quien dice que los primeros cultivos tuvieron origen en México —me interrumpe con aspereza, y no me queda otra opción que cerrar la boca—. Florecen en verano y la época propicia para visitarlos va desde junio hasta octubre. Tiene múltiples usos. En el mundo culinario, las semillas negras se utilizan para producir aceite de calidad, y las blancas para hacer alimento. El aceite de girasol es uno de los más consumidos del mundo y sus semillas se pueden consumir tostadas, frescas o para hacer harina. Sus semillas aportan múltiples beneficios como vitaminas A, B, calcio... ¿te estoy aburriendo?

—¿Qué? No —estaba acariciando el tallo de una planta cuando su tono irritado me atraviesa la espalda—. Te estaba escuchando. Puedo hacer dos cosas a la vez.

—Impresionante —responde con sequedad, y me entran ganas de golpearlo—. Llegan a crecer tres metros aunque algunos alcanzan los cinco. El girasol más alto y documentado llegó a superar los ocho metros de altura.

—¿Con qué utilidad cultiváis este campo?

—Lo vendemos a una empresa que se encarga de utilizar los rastros que quedan tras la producción del aceite para producir harina que se utiliza para la alimentación del ganado. Se acabó la excursión guiada. Puedes hacerte fotos o cortar algunas flores. Todo tuyo.

—Espera —lo agarro de la camisa para que no se me escape. Blake clava la vista en mi mano y arruga la frente. Quiero ganarme su confianza y necesito buscar algún tema de conversación que despierte su interés. Digo lo primero que se me viene a la cabeza—. Dicen que los girasoles absorben las radiaciones nucleares y que por eso se plantan cerca de centrales nucleares. Tengo entendido que después del accidente de Fukushima se cultivaron girasoles en la zona para absorber la radiación. ¿Sabes si es verdad?

—Ni idea —responde con un deje de irritación—. ¿Me puedes soltar?

—Sí, claro —me siento tan tonta que intento arreglarlo con algún comentario que despierte su simpatía—. Dicen que observar un campo de girasoles tiene múltiples beneficios para el ser humano. Por lo visto aumenta la creatividad, tonifica los músculos, genera buen humor y una sensación de relajación. ¿Te importa que me quede aquí un rato?

—Haz lo que te dé la gana.

Blake me da la espalda y se aleja con paso ligero. Resoplo y comprendo que la teoría de los girasoles es falsa. Este no tendría buen humor ni aunque le metieran un girasol por el culo. Voy a necesitar algo más que desparpajo y encanto para ganármelo. Algo así como un milagro, como mínimo.

—¿Qué tal la visita guiada por el campo de girasoles? —se interesa Sophia.

No puedo decirle que su nieto es un hombre antipático y desagradable porque no quiero desilusionarla, así que opto por ser educada.

—He descubierto cosas muy interesantes sobre los girasoles.

—Unas flores preciosas y que desprenden optimismo. Todos deberíamos ser como un girasol, que incluso en los días nublados se mantiene erguido y busca la luz del sol.

Tomamos limonada y pastas caseras mientras mantenemos una conversación animada. Disfruto de su compañía porque es la abuela de Josh y una mujer muy especial. Habla un poco de todo y la escucho con gran interés hasta que me hace la pregunta de rigor.

—No quiero ser entrometida, pero ¿qué hace una joven como tú en un sitio como éste? No me respondas si no quieres. Has despertado mi curiosidad y seguro que la de un montón de gente.

Detesto no poder ser sincera con ella, pero no puedo serlo hasta que lo hable con Blake. Es un tema demasiado delicado para decírselo sin más.

—Necesitaba alejarme de todo.

—Estás huyendo de algo... o de alguien —intuye comprensiva—. Ignora lo que te digan los demás. Este es un lugar maravilloso para empezar de nuevo. Aquí conocí a mi marido, vivimos nuestros mejores años y formamos una familia. Sé por experiencia que las personas somos capaces de sobreponernos incluso a los sucesos más dolorosos y antinaturales.

Sé a lo que se refiere porque Josh me contó que sus padres fallecieron en un accidente de coche cuando él era un niño. Sus abuelos los criaron hasta que la enfermedad se llevó al Señor Sackler. Sophia es una mujer fuerte.

—¿Estás buscando trabajo?

La pregunta me pilla desprevenida. No estoy buscando trabajo, pero tal vez sea la oportunidad perfecta para acercarme a Blake.

—Me vendría bien trabajar —respondo ilusionada.

—Decidido. A partir de mañana me ayudarás con el puesto del mercado. Cada día me cuesta más esfuerzo agacharme para cortar flores y preparar las cremas. Me vendrá bien un poco de ayuda.

Estoy ilusionada porque necesito tener la cabeza ocupada y trabajar con Sophia será el

pasatiempo perfecto. Además es la ocasión que estaba esperando para introducirme en Paradise Lake y ganarme la confianza de Blake. Sé que podemos llegar a ser amigos y tengo que allanar el terreno antes de contarle la verdad.

Como era de esperar, Blake no me dirige la palabra en el trayecto de vuelta. Me toco el pelo y pienso durante todo el viaje en la forma adecuada de abordar el tema. No quiero que me tome por una especie de espía que ha venido a su rancho para perturbar su paz y utiliza a su abuela para ello. Lo último que necesito es que se ponga a la defensiva.

—Ya hemos llegado —me informa con frialdad.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera me percaté de que ha aparcado delante del motel. Me mira expectante. Se ha quitado las gafas y sus ojos destilan impaciencia. Está deseando perderme de vista. Le encantaría bajarme del coche de una patada y no quiero tentar a la suerte, así que me armo de valor y le suelto:

—Tú y yo tenemos que llevarnos bien.

Él enarca una ceja.

—No veo por qué.

—Porque voy a trabajar para tu abuela. Mañana empiezo.

Blake recibe la noticia como si le hubieran tirado encima un cubo de agua fría. Sus ojos son dos llamaradas de rabia. Todavía está digiriendo la noticia y me mira como si fuera un auténtico calvario para él. No me dejo intimidar por su expresión disgustada.

—Te vas a tener que acostumbrar a mi presencia. No te queda otra.

—Eso parece —se recuesta en el asiento y deja escapar un suspiro de desagrado—. ¿No te vas?

—No soy la representante de ninguna empresa que intente comprar tu rancho, ni tampoco una enviada de los Walton. Me has juzgado mal y el tiempo me dará la razón: no soy ninguna amenaza. Te dejo que lo asimiles. Seguro que dentro de unos días sabrás pedirme disculpas. Soy una persona paciente y tú no puedes ser tan orgulloso como pareces.

—Sigue soñando —suelta con arrogancia.

Resoplo y abro la puerta del coche porque estoy harta de él. Blake me pilla desprevenida cuando se inclina hacia mí y su brazo me roza el vientre. No lo hace a propósito pero me invade una emoción violenta y cálida para la que no estoy preparada. Huele a gel de baño y a tierra. Me

sobresalto por el contacto y porque él agarra la manilla del coche para impedirme salir. Está demasiado cerca y lo percibo como una amenaza.

—¿Y entonces qué haces aquí? —exige saber, y me mira a los ojos con una intensidad que me hace sentir incómoda.

—Quiero salir del coche.

Blake empuja la puerta y se echa hacia atrás. Prácticamente me bajo de un salto porque de repente no soporto respirar el mismo aire que él. Me vuelvo hacia él con gesto alterado porque quiero demostrarle que nadie me intimida. Él se limita a observarme. No con la furia habitual, sino con un interés que hace que se me atasquen las palabras en la garganta.

—Walmart —dice después de terminar la evaluación visual—. Hay uno a treinta kilómetros a las afueras. Allí podrás comprar unas botas. No te vendría mal un sombrero y algo de protección solar si quieres sobrevivir en este sitio.

Blake cierra la puerta y acelera. Me quedo mirando el coche hasta que desaparece en el horizonte. Siento un cosquilleo raro en el estómago. No me ha gustado que me toque. No quiero que vuelva a hacerlo. Acabo de descubrir que Blake Sackler es peligroso.

31 de octubre de 2015

La fiesta de Halloween se celebraba en un pub cercano al campus. Todos los estudiantes iban disfrazados por parejas y había un premio de quinientos dólares para el mejor dúo. A Josh se le atragantó la emoción en la garganta cuando la vio. Helena llevaba un vestido blanco con una abertura en la pierna derecha que le llegaba hasta el muslo. Llevaba el característico peinado de trenzas de la princesa Leia y una ametralladora que sujetaba con actitud desafiante. Le apuntó y dijo:

—Arriba las manos, Señor Sackler.

Menos mal que no había elegido el disfraz de Leia esclava, porque de lo contrario a él le habría dado un infarto. No era el disfraz más provocativo de la fiesta, ni de lejos, pero ella era una mujer que despertaba pasiones allá donde iba. Josh empezó a arrepentirse de haberle pedido que fuera con él porque supo que no iba a poder fingir que le daba igual que los demás tíos se le acercaran. ¿Y qué iba a decirle? Solo era su amigo y no tenía derecho a ponerse celoso.

—¿A qué viene esa cara, Han Solo?

—Estoy un poco traumatizado después de ver a Fiona y Shrek. Ella es clavadita a la de la película. ¿Es maquillaje o llevará una máscara?

—¡Josh! ¡Qué te va a oír! —ella le tapó la boca y se echó a reír—. Eres lo peor. Al final va a ser verdad que eres tan malo como dicen.

Él frunció el ceño.

—¿Quién dice eso?

—Todo el mundo.

—Tú eres demasiado lista para dejarte llevar por las habladurías.

—Será que por eso soy tu amiga.

—¿Te apetece beber algo?

—Una coca cola light.

—Eres el alma de la fiesta.

Ella puso los ojos en blanco y él la dejó hablando con Penny. Al final ella tuvo razón como en el noventa y nueve por ciento de las veces. Los Joker y Harley Quinn se multiplicaban en una fiesta donde las conejitas de play boy jugaban a las miraditas entornadas con los héroes de Marvel.

Josh regresó con las bebidas y la encontró charlando con un tipo vestido de Capitán América. Le sonaba su cara. Le costó tres segundos recordar que era aquel idiota de tercero que se las daba de listo.

—Tu bebida.

—Gracias. ¿Conoces a Ben? —se lo presentó.

Josh tuvo que contener la lengua. Ben era un pijo que veraneaba en los Hamptons y que iba andando por los pasillos con una actitud de perdonavidas que lo enervaba. Muy poco para ella. Josh tuvo que hacerse a un lado cuando ellos se enzarzaron en una conversación sobre arte contemporáneo. Tuvo la esperanza de que ella se diera cuenta de que aquel tipo era un cretino. Helena era demasiado inteligente para no percatarse de que a Ben se le iban los ojos a sus piernas y que pasaba del arte contemporáneo, pero fingiría ser la clase de buen tío que ella encontraba interesante para llevársela a la cama.

Josh decidió prescindir de su pareja porque no era un perrito faldero que fuera rogando su atención. En aquella fiesta había un montón de universitarias dispuestas a hacerle caso. Jessica Rabbit era una pelirroja teñida y de lo más morbosa. Él se olvidó de Helena y le siguió el juego. No le costó entender que los dos buscaban lo mismo. Sonaba Bruno Mars y bailaron pegados. Josh levantó la cabeza para ver cómo se las apañaba Helena. Se había deshecho de Ben y ahora fingía estar cómoda con Batman. Él la cogió por la cintura y ella se apartó con una sonrisa de circunstancia. Josh la conocía lo suficiente para saber que la cosa no iba bien.

—¿Nos vamos a un sitio más tranquilo? —le preguntó al oído Jessica Rabbit con voz melosa.

Josh apretó los dientes cuando aquel cretino se tambaleó y le derramó algo de cerveza encima del vestido. Sabía que Helena era capaz de apañárselas sola pero... suspiró cuando Jessica Rabbit le lamió el cuello. Menudo momento más inoportuno para ponerse cariñosa. Tuvo ganas de besarla y olvidarse de Helena. Era tan fácil como llevársela al servicio, bajarle las bragas y follársela contra la puerta. Se lo pasarían bien. Un impulso se apoderó de él cuando vio que Batman se estaba disculpando y Helena no sabía dónde meterse ni qué hacer para quitárselo de encima. Josh se apartó de la pelirroja cuando esta le rozó la entrepierna.

—Perdona, tengo que irme.

Ella se quedó de piedra. Josh, también. No entendió por qué iba sorteando a los universitarios hasta que consiguió llegar hasta Helena. Ella lo miró aliviada cuando él se metió en medio.

—Me ha llamado tu madre. Emergencia familiar. Siento cortaros el rollo —Josh cogió la mano de Helena y la arrastró fuera. Batman puso mala cara y Josh le guiñó el ojo—. Venga tío, lo superarás. Las madres siempre son lo primero.

Helena aferró su mano y lo siguió hasta la puerta del bar. Su expresión tensa cabreó a Josh. Helena no se lo estaba pasando bien en la fiesta y ahora él entendía por qué las evitaba. No era justo que los tíos se le echaran encima porque fuera preciosa. Ella era demasiado educada para

mandarlos a la mierda.

—Debe ser agotador que todos los tíos intenten ligar contigo —bromeó para hacerla reír.

—Josh, no estoy de humor.

—En serio, si yo fuera tú, querría pegarme un tiro. Primero el Capitán América, luego Batman... ¿qué será lo próximo? ¿Lobezno?

Una sonrisa débil asomó a sus labios. Josh comprendió que ella iba a marcharse. La conocía lo suficiente para saber que el accidente con aquel universitario borracho fue la gota que colmó su noche de Halloween. Él podía pedirle un taxi y regresar a los brazos de Jessica. Habría sido la decisión más sensata respecto a una chica que solo lo veía como un amigo.

—Esta fiesta es un rollo. Vámonos.

Helena lo miró con una mezcla de suspicacia e ilusión. Fue todo lo que él necesitó. Ella quería estar con él y divertirse. Él podía dárselo.

—¿Y Jessica Rabbit?

«Menuda sorpresa. Así que no soy el único que ha estado pendiente de lo que hacía su acompañante. ¿Estará celosa?».

Josh la observó y no vio un ápice de celos en su cara. Menuda decepción. Quizá ella no quería arruinarle la noche y sentía la obligación de echarse a un lado.

—Han Solo jamás saldría con Jessica Rabbit. Él estaba loco por Leia. Bah, lo superará. Ven.

Josh tiró de ella y paró un taxi. Haría que la primera fiesta de Helena en la universidad fuera memorable. Ella lo miró sorprendida cuando se dirigieron a las afueras de la ciudad y el taxi se detuvo en una calla residencial. Los niños iban de puerta en puerta acompañados por sus padres y amigos.

—Me han dicho que hay un pub de cervezas artesanas cerca de aquí —le mintió, porque no tenía ni idea de qué hacer para mejorar la noche. Cogió el móvil para fingir que buscaba la ubicación y se alejó unos metros para acercarse a un crío vestido de pirata. Se le había ocurrido una idea y aprovechó que Helena se estaba haciendo una foto con una niña vestida de Padmé Amidala para llevarla a cabo—. Eh, chaval. ¿Te quieres ganar cinco pavos?

El niño se apartó el parche y lo miró con recelo.

—Mejor que sean diez.

«Joder con el capitalismo a edades tempranas».

Un minuto después, Josh se acercó a Helena con un niño cogido de la mano y vestido de pirata que estaban llorando a mares. Él puso cara de circunstancia y ella lo miró preocupada.

—¿Se ha perdido?

—Qué va. Sus amigos lo han dejado tirado porque dicen que su disfraz es una porquería.

El niño le dio un pisotón y Josh le revolvió el pelo. Más le valía a aquel enano no estropearle el plan.

—Le he dicho que podíamos pedir caramelos con él...

Los ojos de ella se iluminaron y cogió al pequeño pirata de la mano libre.

—¡Por supuesto! —exclamó emocionada—. Hace años que no pido caramelos. Será como volver a tener diez años. ¿Cómo te llamas?

—Daniel —respondió compungido, y se sorbió las lágrimas.

«Joder, qué bien actúan los niños», pensó Josh.

—Nos lo vamos a pasar en grande, Daniel —ella le dio un beso en la mejilla y Daniel sonrió de oreja a oreja.

Recorrieron las calles y se hartaron de pedir caramelos. Helena se lo pasó en grande y él supo que había merecido la pena largarse de esa fiesta e ignorar las atenciones de Jessica Rabbitt. Ella se estaba comiendo una moneda de chocolate cuando Daniel se paró delante de la puerta de su casa.

—Tengo que irme. Ya son las doce.

—Adiós, Daniel —ella se agachó y le dio un abrazo—. Espero que te lo hayas pasado muy bien.

—Ha estado guay —reconoció el niño, y luego se volvió hacia Josh y extendió el brazo—. Tío, ¿y mis diez dólares?

Helena se puso de pie y miró a Josh con los ojos abiertos de par en par. Él buscó la cartera y fulminó con la mirada a aquel crío. Menudo enano traidor. ¡Uno ya no se podía fiar ni de un niño!

Helena y él caminaron por las calles desiertas de aquel barrio residencial. A ella todavía le lloraban los ojos por culpa de aquel ridículo tan estrepitoso. Compraron dos perritos calientes en

un puesto de comida rápida y llegaron andando hasta un parque donde se tumbaron sobre el césped.

—En serio, Josh, no tienes vergüenza —ella se partió de risa.

—Pensé que te haría ilusión lo de pedir caramelos...

—Me ha hecho ilusión —reconoció encantada, y se tumbó de lado para apoyar la cabeza en su pecho—. Y sigo creyendo que tienes mucho morro. La vida te ha arrebatado diez dólares por ello.

—Le he quitado un puñado de caramelos antes de que se fuera. Se lo tiene merecido por ser un bocazas. Así aprenderá que los tratos entre hombres hay que cumplirlos hasta el final.

—¡Eres peor que un niño!

Él apartó la mano cuando ella intentó robarle un caramelo.

—¿Quién es ahora el infantil de los dos?

Helena se apoyó sobre su pecho y lo miró a los ojos. Tenía la sonrisa más bonita del mundo. El corazón de Josh latió con fuerza y le apartó un mechón de pelo de la cara que se había escapado de la trenza. Ella se estremeció y trató de ocultarlo poniendo los ojos en blanco. Jodidamente preciosa. Jodidamente especial. Sabía que jamás conocería a otra mujer como ella porque era única.

—El azúcar es malo para los niños. Lo leí... en alguna parte —ella le arrebató una nube cuando él bajó la guardia. Volvió a recostarse sobre su pecho y le acarició el brazo como si fuera lo más normal del mundo—. Gracias por escaparte de aquella fiesta aunque lo estuvieras pasando bien. Dirás que soy tonta, pero es lo más bonito que alguien ha hecho por mí. Siempre te querré por ello, señor Sackler.

—Eres la tía más guay que he conocido en mi vida.

Helena levantó la cabeza y le puso una mano en la frente.

—¿Tienes fiebre?

—Lo digo en serio —Josh atrapó su mano y se la llevó a los labios. Ella se quedó embobada cuando le dio un casto beso en los nudillos. Un beso cargado de afecto y ternura—. Los que no lo ven son unos gilipollas. Eres estupenda. Tengo suerte de que seas mi amiga y te prometo que jamás haré algo que pueda estropearlo. Somos como Clark Kent y Louis Lane.

—Esos dos acabaron casados.

Josh torció el gesto.

—Siempre le tienes que poner una pega a todo. Vale, pues como Batman y Robin.

—Bisexuales.

—Acabas de arruinar mi infancia. ¿Harry y Hermione?

—En el fondo, esos dos se gustaban.

—Mira, como nosotros —él le tapó la boca cuando ella intentó protestar—. Légolas y Gimli y no admito un no por respuesta. Tú eres Gimli, obviamente.

Helena se echó a reír y luego intentó hacerle cosquillas para vengarse de él por haberla comparado con el enano de El señor de los anillos. Fue la mejor noche de Halloween de sus vidas.

Llego puntual al rancho. No esperaba que Blake fuera a buscarme y en el fondo me alivia no tener que compartir otro silencioso viaje en coche. Alquilé el Ford Capri durante un par de semanas y soy lo bastante independiente para moverme sin la ayuda de un vaquero que me hace sentir incómoda. Sí, lo que sentí el otro día fue incomodidad. Blake me produce rechazo y mi cuerpo se puso enfermo cuando él me tocó. He de ser justa: él no me tocaría ni con un palo y me rozó sin querer. Eso me tranquiliza. Nuestra antipatía es mutua y espero llegar a un entendimiento con el paso del tiempo. Creo que fui demasiado ambiciosa al aspirar a una amistad. Ahora me conformo con tener una relación cordial con mi cuñado. Esa es mi meta.

No lo veo durante las primeras horas de la mañana. Sophia está sentada frente a la mesa de la cocina y tiene un ramillete de flores en la mano. Me explica sus usos y me pide que le traiga salvia de Texas, una flor de un intenso color lavanda que sirve para tratar la piel y el cabello grasos debido a sus propiedades microbianas. También me pide algunas flores de girasol. Me anima a montar un caballo para moverme por el rancho, oferta que declino porque jamás me he subido encima de uno.

—Dile a Blake que te enseñe. Está mal que lo diga porque es mi nieto, pero es el mejor jinete que hay por estos lares.

Sí, a Blake. Antes prefiero pedirle ayuda al mismísimo diablo. Le prometo a Sophia que lo tendré en cuenta y termino yendo a pie. Encontrar los girasoles no me resulta complicado porque recuerdo el camino. Utilizo los guantes y las tenazas y corto los tallos tal y como ella me ha explicado. Dar con la salvia de Texas es más complicado porque tengo que caminar varios kilómetros bajo un sol abrasador. El rancho es enorme y me voy alejando hacia un paisaje árido en cuyo horizonte pastan los animales. Sigo las indicaciones de Sophia y me coloco la mano a modo de visera. El sol es tan cegador que las gafas de sol apenas me cubren. No puedo creer que vaya a decir esto. Yo, la mujer que aborrece la cultura cowboy, necesita hacerse con un sombrero y unas botas lo antes posible.

—A ver...

Me paro en mitad de la nada, dejo la cesta de girasoles en el suelo y oteo el horizonte. No puede ser tan difícil encontrar la salvia. Sophia me dijo que crece a espaldas de las caballerizas y que debía andar en línea recta durante diez minutos. «La reconocerás en cuanto la veas». Seguro que me la he pasado. Doy media vuelta y acelero el paso porque no quiero quedar como una inútil. Estoy tan preocupada por dar con la dichosa planta que no miro por donde piso. Mis piernas se entierran en una masa viscosa y húmeda que me sube por los muslos.

Dios mío, que no sea mierda de vaca...

Es barro, pero el alivio inicial da paso a una oleada de pánico cuando mis piernas se van

enterrando en el lodo y no puedo hacer nada por evitarlo. Empeoro la situación cuando me muevo. Me entra la angustia. Acabo de caerme a un lodazal y me voy enterrando más cada vez que forcejeo para salir de esta trampa. Bien, no he de entrar en pánico. Tengo que buscar algo a lo que agarrarme para salir de aquí. Busco a mi alrededor y empiezo a perder los nervios cuando el fango me sube por la cintura. Tengo ganas de llorar y gritar de impotencia. Estiro los brazos para sujetarme a unas raíces que hay en la tierra y maldigo en voz alta cuando lo único que consigo es arrancarlas de cuajo.

—¿Dándote un baño para mitigar el calor?

Es la voz fanfarrona de Blake y creo que es la primera vez que me alegro de escucharla. Va subido a caballo y se acerca trotando. Se toma su tiempo. Está disfrutando de la situación. Elevo la barbilla y lo contemplo con una mezcla de orgullo y rabia. No voy a permitir que esta situación tan humillante pueda conmigo.

—¿Te vas a quedar ahí o vas a ayudarme? —exijo con tono ofendido.

—En realidad sería muy fácil dejar que ese lodazal te tragara. Todos creerían que es un accidente y yo me libraría de tu presencia.

Lo miro con los ojos abiertos de par en par. ¡No puede estar hablando en serio! Vuelvo a moverme con total desesperación y lo oigo resoplar. Esto es el colmo.

—Deja de moverte. Lo estás empeorando.

—¡Eres la peor persona que me he echado a la cara! —estoy a punto de echarme a llorar y lo odio por ello—. ¡Bruto! ¡Patán! ¡Animal!

—¿Ya has acabado el repertorio? —no se ofende ni una pizca por mis palabras.

—¡Sácame de aquí!

—Estate quieta.

Mi alivio se queda en saco roto cuando veo que coge el típico lazo de vaquero y lo hace girar por encima de su cabeza. No, por ahí sí que no paso. No soy una maldita vaca a la que va a atrapar con ese lazo corredizo.

—Ni se te ocurra utilizar ese trasto conmigo.

—Como quieras —Blake deja de girarlo—. ¿Sabes la cantidad de bichos que viven en el barro? Gusanos, larvas, avispas alfareras...

¿Qué coño es una avispa alfarera? Me lo pienso mejor porque solo hay algo peor que ser tratada como una vaca: ser devorada por un montón de insectos.

—¡Vale! Date prisa.

Blake tiene buena puntería y el lazo me atrapa a la primera. Espolea el caballo y soy arrastrada hacia el exterior en cuestión de segundos. Respiro con dificultad y me pongo de pie con el orgullo herido. Estoy hecha un asco. Jadeo, estoy cubierta de barro y la cesta con las flores se ha estropeado. Blake me observa con una mirada burlona desde lo alto de su caballo. En su rostro brilla el asomo de una sonrisa. Estupendo. Para una vez que lo veo sonreír, es a mi costa. Me cruzo de brazos y pongo mala cara. No estamos en igualdad de condiciones. Él, subido a su caballo y con sus músculos brillando bajo el sol. Yo, con la ropa y el pelo hechos un asco.

—Ten cuidado con los lodazales. En esta época del año hay lluvias torrenciales e imprevistas que crean trampas como estas. Mira mejor por dónde vas.

—Gracias —respondo entre dientes—. Y adiós.

No voy a dejarme vencer por un pequeño percance. Voy a regresar con las flores que me ha pedido Sophia y esto se quedará en una simple anécdota.

—¿A dónde vas?

Qué sorpresa. Hoy está hablador. Justo en el momento que menos me apetece mantener una conversación porque estoy que me subo por las paredes. Blake espolea al caballo y se coloca a mi lado. Aprieto los dientes cuando lo miro de reojo y compruebo que la sonrisa burlona sigue en sus labios. La verdad es que es muy atractivo cuando sonrío. El hoyuelo de su barbilla se acentúa y la arruga de su frente se hace casi imperceptible. Pero sigue siendo un idiota. Y me cae fatal.

—A recoger salvia.

—Vas en la dirección contraria. A unos cincuenta metros detrás de las caballerizas. Sigue el sendero de piedra.

El sendero de piedra, se me había olvidado.

—Cómprate un sombrero y unas botas —me ordena, y tira de las riendas de su caballo. Su tono autoritario me saca de mis casillas. ¿Quién se cree que es para darme órdenes? —. Y mira por dónde vas, rubia.

—No me llames rubia. Tengo un nombre. Helena.

Blake se cala el sombrero y en sus ojos brilla la arrogancia. Son dos gemas resplandecientes del color del ámbar. Su postura es erguida y orgullosa. La típica de un hombre que está acostumbrado a que no lo contradigan. La lleva clara conmigo. Le sostengo la mirada antes de que se aleje galopando y levante una inmensa polvareda. Es la última vez que me llama rubia. Lo prometo. A mí nadie me llama rubia, y menos un vaquero insolente y soberbio que no me conoce de nada.

Estoy regresando con la cesta de flores cuando una mujer joven y de sonrisa sincera me atrapa antes de que pueda cruzar la puerta. Se muerde el labio e intenta aguantar la risa cuando me echa un vistazo rápido. Se me escapa un suspiro irritado porque estoy al límite de mi paciencia.

—Tú debes de ser Helena.

—Sí.

—Soy Hannah.

Me tiende la mano y siento cierto reparo al ver que estoy perdida de barro.

—Perdona, estoy hecha un asco.

—¡No te preocupes! —Hannah la estrecha con fuerza y me ofrece una mirada amable—. Soy la cocinera. Aunque en realidad debería decir que hago un poco de todo.

Me guiña un ojo y me cae bien de inmediato. Hannah es de esas personas tan transparentes y extrovertidas que causan una simpatía espontánea en los demás.

—Blake me ha pedido que te indique donde está el servicio y te preste algo de ropa.

¿Blake me ha echado un cable? Menuda sorpresa.

—Debería llevarle la cesta de flores a Sophia. He tardado bastante en dar con ellas y seguro que se está preguntando dónde estoy.

—Tranquila, yo se las llevo mientras te das una ducha —se cuelga de mi brazo sin importarle que esté cubierta de barro. Nos adentramos en la casa por la puerta trasera y me lleva hasta el cuarto de baño—. Te he dejado algo de ropa sobre el lavabo. Es mía. Espero que no te importe que te quede un poco grande.

—No, para nada. Eres demasiado amable conmigo. Te la devolveré limpia.

—¡No te preocupes por eso! Tómame el tiempo que necesites. Voy a llevarle las flores a Sophia. Ah, encantada de conocerte. Me encanta tener a una mujer joven por aquí.

Para mi tranquilidad, el día transcurre sin más contratiempos después de mi accidente en el lodazal. Ayudo a Sophia a preparar las cremas y la buena mujer no comenta nada sobre mi nuevo aspecto. Sophia es habladora y el tiempo se me pasa volando a su lado. Está atardeciendo cuando

me invita a quedarme a cenar. No quiero forzar las cosas y decido declinar la invitación porque no quiero imponerle mi presencia a Blake más de lo necesario. De camino al coche, vuelvo a encontrarme con Hannah.

—¿Quieres que te acerque al pueblo? —le pregunto, porque quiero devolverle el favor.

—¡Qué va! Yo vivo aquí con el resto de los trabajadores.

—¿En alguna casa de huéspedes?

Me mira extrañada.

—No, en el rancho. Aquí todos somos una gran familia.

Me cuesta creer que Blake permita a los empleados alojarse en el rancho. Esa forma de actuar no tiene nada que ver con la imagen altiva y desagradable que me he forjado de él.

—Será mejor que me vaya. No conozco muy bien la carretera y no quiero que me pille la noche. Hasta mañana.

—¿Te gustaría quedarte algún día de estos? —me pregunta ilusionada.

Me pilla tan desprevenida que la miro sin saber qué decir. Apenas hemos cruzado tres palabras y lo veo algo forzado.

—Aquí no hay muchas chicas de mi edad... —se disculpa avergonzada—. Tranquila, no quiero ponerte en un compromiso.

—No, no —me apresuro a decir—. Me encantaría quedarte contigo. ¿Qué tal si nos tomamos algo en La herradura?

—El único lugar que merece la pena es la cafetería de Wendy.

—La conozco de sobra.

Las dos nos reímos. Me despido de ella y conduzco pensativa hacia el pueblo. Todo lo que tiene que ver con Blake me descoloca. Su mutismo, su repentina amabilidad, el trato que profesa a sus empleados... A lo mejor me he creado una imagen apresurada de él y debería conocerlo mejor. No tengo ningún problema con ello. Es mi cuñado y me gustaría que tuviéramos buena relación. La parte complicada vendrá cuando tenga que contarle la verdad.

23 de diciembre de 2015

Para Helena la navidad era una de las épocas más felices del año. Volvería a Iowa para pasar aquella fiesta acompañada de los suyos. Le encantaba dar un largo paseo sobre la nieve con su padre, adornar el árbol de navidad con su madre e ir de compras con el abuelo y terminar en alguna cafetería de la ciudad tomando un delicioso chocolate caliente. Para ella la familia era hogar, paz y seguridad. Se sentía a salvo bajo los muros de aquella casa residencial a las afueras de la ciudad donde todos estaban más que acostumbrados a su aspecto y nadie la juzgaba más allá que por la huella que dejaba en sus corazones. En Iowa el mayor grupo étnico lo componían los alemanes. Ella era nieta de emigrantes de Düsseldorf, de ahí su cabello rubio y los ojos azules que había heredado de su madre, y esta a su vez de su abuela. Estaba deseando visitar a su familia. De hecho, eligió la universidad de Chicago porque no estaba demasiado lejos de casa.

Josh, sin embargo, detestaba la navidad. Apenas hablaba de su familia y sabía, por lo poco que le había contado, que tenía un hermano y una abuela a la que adoraba. Vivía en un rancho en Texas y aquel viaje lo hacía por compromiso.

—Vamos, Josh —trató de animarlo, porque no le entraba en la cabeza que alguien prefiriese pasar la navidad en el campus—. Seguro que te alegras cuando estés allí. Hace mucho que no los ves.

—Me alegraré de reencontrarme con mi abuela. Mi hermano es harina de otro costal. Como se nota que tú no lo conoces.

Josh habló con un resentimiento impropio de él. Ella sabía que sus padres habían fallecido porque él le contó que su única familia eran su hermano mayor y su abuela. Pero no tenía ni idea de lo que le había sucedido a sus padres, o de por qué Josh tenía aquella relación tan tirante con su hermano. Josh era un bromista por naturaleza y siempre estaba de buen humor, pero ella sospechaba que bajo aquella coraza existía un hombre vulnerable que se negaba a hablar de sí mismo incluso con su mejor amiga. Porque eso eran. Después de unos meses se habían convertido en uña y carne. Eran amigos inseparables y se lo contaban prácticamente todo. Sus miedos, inseguridades, sueños y amoríos pasajeros.

—Cierra los ojos.

—No —Helena se zafó cuando él intentó cubrirle la cara con una mano—. No me fío de ti.

—Te va a gustar.

—¿Seguro? —preguntó con una ceja enarcada.

—Segurísimo.

Helena cerró los ojos y él le cogió las manos. Ella sintió un cosquilleo nervioso en el estómago. Intentaba mantener a raya sus emociones cuando él la tocaba. Lo que sentía por Josh era demasiado intenso para ser clasificado en una categoría social. Amistad, deseo, aprecio, afecto, ilusiones... un poco de todo. Algo demasiado caótico para dejarse llevar y admitir que, tal vez, podían ser algo más que amigos. Porque conocía mejor que nadie a Josh Sackler y no pensaba ser otra más de su larga lista de conquistas efímeras. Ellos tenían algo especial y que merecía tanto la pena que no iba a estropearlo por un par de polvos. Le temblaron las manos cuando él puso algo encima.

—Ya puedes abrirlos. Feliz navidad.

Era un paquete envuelto con un papel estampado rojo de renos. A ella se le iluminaron los ojos.

—Pero... yo no te he comprado nada.

—Da igual. Otra afrenta que sumar a mi lista sobre lo pésima amiga que eres.

Ella se echó a reír y rasgó el envoltorio. El corazón le latió con fuerza. Solo alguien que la conociera muy bien podría hacerle un regalo tan personal. Era un ejemplar de una preciosa edición coleccionista de *Norte y Sur* de Elizabeth Gaskell, una de sus novelas románticas favoritas.

—¡Me encanta! —se echó a sus brazos y le dio un fuerte achuchón. Enterró la nariz en su cuello y esperó que él no se diera cuenta de que lo olía como una quinceañera con las hormonas revolucionadas. Josh siempre olía como si fuera una apetitosa tarta de manzana y ella tuviera que hacer un gran esfuerzo para no hincarle el diente—. Gracias, Josh.

—Te he escrito una dedicatoria. Espero que no te importe que haya estropeado la primera página. Espera, no la leas hasta que me haya...

No lo dejó terminar la frase porque sabía lo que iba a decir. Ella abrió el libro y la leyó con curiosidad. Iba listo si creía que ella iba a leerla cuando él se hubiera ido.

Para Helena,

Porque tu sonrisa me alegra en los días grises,

Tu inteligencia me abrumba aunque finja estar a la altura,

Y tu amistad es una parte indispensable de mi vida.

Gracias por aceptarme tal y como soy.

Josh.

—Ay, Josh, me encanta cuando te pones sensible. Eres tan adorable...

—Como se lo digas a alguien, te mato —le advirtió un tanto avergonzado.

Ella buscó dentro de su bolso y le entregó un paquete envuelto. Había tardado varios días en encontrar el regalo perfecto para él. Josh se lo arrebató de las manos y dijo con fingida seguridad:

—Sabía que me habías comprado algo.

—Es una tontería —se justificó, insegura por si no le gustaba.

Josh se partió de risa cuando vio aquel perro de peluche con la gorra de los Texas Rangers, su equipo de beisbol. Él le había contado que todavía seguía algo traumatizado porque de pequeño jamás le permitieron tener un perro en un rancho poblado de animales. Lo consideraba una injusticia.

—Creo que ya has madurado lo suficiente para tener uno.

—Qué graciosa.

—Apriétalo.

Josh lo estrujó y sonó una grabación con la voz de ella:

«Soy la voz de tu conciencia. Ponte a estudiar, Señor Sackler».

Josh la miró con una mezcla de incredulidad y regocijo mal disimulado. Solo alguien como ella le podría regalar algo así. Josh se colocó la gorra de los Texas Ranger y le dio un beso en la mejilla.

—Lo apretaré cada vez que te eche de menos. Es la primera vez que vamos a pasar tanto tiempo separados desde que nos conocemos.

—Ay, Josh... no te pega ser un moñas.

—Cállate, Gimli. Lo decía porque no sé qué vas a hacer sin mí.

—Sobreviviré. Por cierto, ni se te ocurra tirarlo a la basura cuando me dé la vuelta. Lo sabré.

—Qué dices. Lo colocaré encima de mi cama. Es un lugar privilegiado, ¿no crees?

«En lo alto de su cama para que el pobre perro de peluche sea testigo de todas las universitarias que él se tira», pensó con amargura. Ella puso los ojos en blanco y él aprovechó para darle un

abrazo que la dejó confundida. Un abrazo repleto de verdades que no se atrevía a decirle a la cara.

—No te olvides de felicitarme el año nuevo. Sabes que soy un rencoroso de mucho cuidado y te lo tendré en cuenta.

—Te voy a echar de menos —ella se despidió con un beso en la mejilla, y se dio cuenta de lo acostumbrada que estaba a él cuando comenzó a alejarse con aquel libro que aferraba con fuerza contra su pecho.

Me extraña no ver a Sophia en la cocina. Su mecedora de madera amarilla pintada de flores coloridas está vacía. Hannah llega en ese momento con una cesta repleta de ropa sucia. Arrugo la nariz porque sospecho que ahí dentro deben estar los gayumbos de Blake.

—No pongas esa cara, mujer —se ríe al ver mi expresión asqueada—. Es la ropa de un montón de hombres sudados después de una larga jornada de trabajo bajo el sol. ¡Qué sexy!

—Se me está revolviendo el estómago.

Hannah deja la cesta sobre la encimera y entiendo a qué se refirió cuando me dijo que hacía un poco de todo. Cocina para la familia y los empleados, limpia la casa y da de comer a los animales sin perder la sonrisa. Su trabajo es extenuante.

—¿Dónde está Sophia?

—Ay, casi se me olvida. Tengo tantas cosas en la cabeza que ya no me acordaba de lo que me ha dado —mete la mano en el bolsillo delantero del peto y me ofrece un trozo de papel—. Se encuentra indispuesta y está descansando en su habitación. Ahí tienes una lista con las tareas que te ha dejado encargadas.

—¿Está enferma? —pregunto preocupada, y mi inquietud es desmedida para ser una anciana a la que conozco de hace pocos días. Pero es la abuela de Josh y él apenas tiene familia...

—No, tranquila. Es este calor. No le viene bien para la tensión y el médico le ha mandado reposo. Blake la ha obligado a quedarse en la cama y ella se ha llevado un disgusto. ¡Qué par de cabezotas! No te preocupes, Sophia es una mujer fuerte y con una salud de hierro y sospecho que nos sobrevivirá a todos —me ofrece una sonrisa mientras va introduciendo la ropa en el tambor de la lavadora—. ¿Quieres algo de beber?

—No, muchas gracias.

La amabilidad de Hannah me hace sentir algo incómoda porque no trabaja para mí. Yo solo soy otra empleada más. Al menos de momento. Lo mismo a Blake le da por despedirme sin contemplaciones cuando averigüe quién soy.

La carta de Sophia contiene algunas tareas de lo más sencillas. Tengo que etiquetar varios botes de cremas, rellenarlos y machacar algunas flores para preparar ungüentos siguiendo sus instrucciones. No es el trabajo de mis sueños, pero he de reconocer que mantiene mi mente ocupada y la mitad de la mañana se me pasa volando.

—¡El pony! —me levanto de un salto cuando recuerdo la extraña petición de la abuela. Me ha

pedido que le dé de comer a su pony a las doce de la mañana. Es raro que confíe en mí para semejante tarea, pero Sophia es una señora muy peculiar y no quiero llevarle la contraria.

Hannah me mira extrañada cuando salgo corriendo. No es para menos. Seguro que piensa que soy un desastre con patas. Desde que estoy aquí no dejo de sufrir accidentes que me dejan en evidencia, normalmente delante de Blake. Tengo que ponerle remedio si no quiero que dé por hecho que soy una inútil.

¿Qué comerá un pony? Sophia no me lo ha especificado y yo no tengo ni idea. Alguien carraspea a mi espalda y me vuelvo hacia Blake. Su expresión es la viva imagen de la impaciencia. Lleva una camiseta blanca de manga corta y sus bíceps parece que van a reventar la tela.

—Llegas tarde.

Uf, cómo se pone por cinco minutos de nada. No creo que el animal se vaya a morir de inanición por recibir el almuerzo con un poco de retraso. Seguro que ha venido a vigilar que cumpla con mis obligaciones. Ni que yo fuera una irresponsable.

—Se me ha echado la hora encima y me he olvidado por completo del pony.

—Es un caballo.

—No, es un pony.

—Caballo.

—Pony.

—Solo los niños pueden montar a un pony. ¿En qué mundo vives?

—Espera —pongo las manos en alto cuando la conversación toma un rumbo surrealista—. Creo que no estamos hablando de lo mismo. Vengo a dar de comer al pony de tu abuela.

Blake me mira como si hubiera perdido un tornillo.

—¿De qué pony hablas?

Resoplo. ¡Qué hombre tan exasperante!

—¡Del pony de tu abuela!

—Aquí no tenemos ningún pony.

—Pero... —me llevo la mano al bolsillo trasero del pantalón y descubro que no he cogido la lista—. Tu abuela me ha escrito una lista de tareas. Me dijo que tenía que estar aquí a las doce para darle de comer a su pony. ¿Me puedes decir dónde está?

—Joder... —Blake se frota la cara y masculla una maldición que no llego a escuchar del todo—. Otra encerrona de las tuyas...

—¿Cómo? —pregunto sin entender nada.

Blake tuerce el gesto.

—Mi abuela me pidió que te enseñara a montar a caballo. Dijo que tú estabas deseando aprender y que no te atrevías a pedírmelo porque te daba vergüenza. Insistió mucho y yo no pude negarme. No sé si te habrás dado cuenta de que soy incapaz de negarle nada.

—¿Qué? —se me escapa una carcajada atónita. Menuda emboscada. Sophia es de lo más rebuscada cuando quiere salirse con la suya—. O sea, que nos ha engañado a los dos.

—Eso parece.

—Vale, no te preocupes. Me voy.

—¿A dónde?

—Todavía tengo que empaquetar varias cremas para algunos pedidos que hay que enviar por correo postal. Seguro que tú también estás muy ocupado.

—La verdad es que me he tomado la mañana libre para tu clase de equitación.

Está siendo del todo sincero y no hay ni una pizca de irritación en su voz. No lo entiendo. ¿A éste qué mosca le ha picado? Seguro que su abuela ha insistido para que sea amable conmigo y él se está esforzando para agradarla. Debe de costarle lo suyo.

—Da igual. No quiero ponerte en un compromiso.

—No es ningún compromiso. Insisto.

Ahí está. Ese tono categórico que me saca de mis casillas. Blake se muestra inflexible. No solo se trata de Sophia. Por alguna razón que no logro entender en este momento, él se ha propuesto que yo aprenda a montar a caballo. Genial. Subirme encima de una bestia mientras otra bestia de dos patas me ladra órdenes como si fuera un sargento. Paso.

—Eh... no. Gracias, pero prefiero declinar tu oferta.

—¿Por qué? —exige saber.

—Porque no tengo ninguna intención de aprender a montar a caballo. Simplemente no está en mi lista de prioridades vitales.

—No puedes trabajar en un rancho sin saber montar a caballo.

—¿Por qué no? ¿Lo pone en el manual del buen vaquero?

—Es lo mejor.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo.

«Él».

Resoplo y me aparto un mechón de pelo de los ojos. Que lo dice él. Pues resulta que me importa tres pimientos lo que diga el señor de las cavernas. Yo soy una mujer independiente y que va a lo suyo. No acepto órdenes de cualquiera, y menos de un macho alfa que se cree que todos tienen que obedecerlo porque mide casi dos metros y tiene los brazos del tamaño de un par de troncos.

—No quiero discutir —digo, con tono firme y conciliador—. No me apetece subirme a un caballo y punto. Espero que sepas respetar mi opinión.

—Dame una razón de peso para no aprender a montar a caballo y te dejaré en paz.

—¿Necesitas una razón de peso? ¿No te basta con mi cara de mala leche?

Blake contiene el asomo de una sonrisa.

—Sí y no.

—Muy bien —me cruzo de brazos y sostengo todo mi peso sobre la cadera izquierda. Yo también puedo jugar a esto—. Dame tus razones de peso para que deba aprender a montar a caballo. Y no me vale: «porque lo digo yo». Esa me trae sin cuidado.

—El lugar más seguro en un rancho es subido a lomos de un caballo. Cuando estás en el exterior debes enfrentarte a múltiples amenazas casi invisibles para el ojo humano hasta que es demasiado tarde: escorpiones, serpientes, reptiles... y algunos podrían inyectarte un veneno tan letal que te mataría en cuestión de horas. Por no hablar de que caminar varios kilómetros bajo un sol abrasador hará que te deshidrates. Desplazarte en coche no es una opción porque no hay caminos asfaltados y la mayor parte del terreno es inaccesible excepto para un caballo. Por cierto, los caballos conocen el terreno, son listos y evitan caerse en los lodazales.

—¿Me estás diciendo que soy más tonta que un caballo? —me enervo.

—Te digo que estás siendo irracional —Blake corta la distancia que nos separa y me mira con tanta severidad que se me hace un nudo en la garganta—. Tienes miedo, lo entiendo. Un caballo es un animal muy imponente y a priori puede parecer peligroso. Te prometo que no tienes nada que temer conmigo. Te doy mi palabra.

Por alguna extraña razón, lo miro a los ojos y lo creo. Desprende una seguridad tan arrolladora

que me quedo embobada contemplando las motitas doradas de sus ojos. Blake extiende el brazo y me ofrece la mano. No me atrevo a estrecharla, así que añade con una voz inesperadamente suave:

—Confía en mí.

—¿Tendrás paciencia conmigo? —expongo en voz alta mi mayor temor.

Blake se lo piensa durante un largo instante antes de responder de mala gana:

—Sí. Palabra de vaquero.

Estrecho su mano. Tiene una mano enorme y áspera que cubre la mía. El apretón es corto, fuerte y me provoca una sensación difícil de asimilar. Física. Cálida. Que me hace sentir vulnerable. Porque me impone. Muchísimo. Y deseo con todas mis fuerzas que no se me note.

Blake elige una yegua gris y mansa con la que mantengo la distancia mientras él la ensilla. Me explica que se llama Daisy y me ofrece algunas nociones básicas sobre la montura. La estructura recibe el nombre de arzón y debe adaptarse al caballo para ofrecer una buena sujeción. Sobre el arzón se fijan las diferentes capas de cuero que unen los brazos del fuste con la silla. Conduce a la yegua hacia la salida del establo y camino a su lado con un creciente nerviosismo. No sé que me intimida más, si el caballo o Blake.

—¿Ahora es cuando me toca subirme encima? —bromeo en un intento por aparentar calma.

—Lo primero es conocer al caballo antes de montarse. Puedes peinarlo, hablar con él, acariciarlo... Debes transmitirle confianza para que se fie de ti.

Que yo debo transmitirle confianza. Estupendo. Blake me ofrece un cepillo y lo acepto de mala gana. Estoy a punto de pasarlo por la crin cuando la yegua relincha y yo me sobresalto. Retrocedo por instinto y Blake me agarra la muñeca. Mi cuerpo experimenta una sacudida de súbito calor y me pongo tensa. Si lo nota, ni se inmuta. Sostiene mi muñeca con firmeza y la acerca al lomo del caballo.

—Es importante que no perciba tu miedo. Los caballos son animales muy inteligentes y advierten las emociones del jinete.

—Pues estoy asustada. ¿Qué quieres que haga? —replico, y contengo el impulso de zafarme de un manotazo porque no quiero ser maleducada. Sus dedos relajan el agarre y siento un alivio instantáneo cuando me suelta.

—Daisy es una yegua muy mansa y le encantan las caricias. No reaccionará mal si cree que lo

haces con cariño. ¿A ti no te gusta que te acaricien?

—Deja de compararme con un caballo.

Lo miro de reojo y observo el amago de una sonrisa que se evapora antes de que exista.

—Quería que te pusieras en su piel. Obviamente Daisy no es tan contestona como tú.

—Qué gracioso estás hoy —respondo irritada, y me tiembla la mano cuando cepillo la crin. La yegua ni se inmuta. Mi miedo va disminuyendo a medida que la cepillo. Blake tiene razón. Es una yegua muy mansa.

—Puedes acariciarla. Te gustará la sensación. Algunos dicen que relaja.

Sigo su consejo y la acaricio con timidez. El pelaje es hirsuto y de un precioso tono plateado. Me encantaría que Josh estuviera aquí conmigo para que me viera hacer esto. Josh... cuando pienso en él una punzada de tristeza me oprime el pecho.

—¿Estás bien? —pregunta con suavidad.

—Sí —miento, y aparto la cabeza para que no se percate de mis ojos húmedos. Seguro que se ha dado cuenta, pero tiene la gentileza de no mencionarlo—. ¿Puedo subir ya?

—Me parece que ya os habéis conocido lo suficiente. Tienes que subir siempre por el lado izquierdo del caballo. Coloca el pie izquierdo en el estribo y sujeta las riendas con la mano izquierda. Usa como apoyo el pie izquierdo, date impulso y pasa la pierna derecha por encima de la grupa. Cuando lo consigas, coloca el pie derecho en el estribo.

Lo dice como si fuera fácil. Respiro profundamente y coloco el pie izquierdo dentro del estribo. Uf, el caballo es enorme. Blake se coloca a mi lado y le sujeta la cabeza.

—No te preocupes si el caballo se mueve un poco cuando intentas subir. Las primeras veces es lo normal.

Qué maravilla. Le añadimos emoción a la tarea. Estoy a punto de darme impulso cuando Daisy sacude la cabeza y me sobreviene el pánico. Me quedo congelada.

—¿Quieres que te ayude a darte impulso? —se ofrece Blake.

—No.

Lo que me faltaba, que ponga sus manazas sobre mi cuerpo y demuestre que no soy lo suficiente fuerte para subirme a un caballo.

—Tranquila. Va a salir bien.

—¿Y si me caigo?

—No te vas a caer.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque estoy detrás de ti y te cogeré si pierdes el equilibrio.

Sí que está detrás de mí. Enorme y físicamente imponente. Su cuerpo exuda calor y es lo que me da fuerzas para subirme al caballo. El hecho de poner distancia entre nosotros porque no soporto tenerlo tan cerca.

—Puedes agarrarte al faldón con la mano derecha para ayudarte a subir.

Sigo su consejo y me resulta más sencillo. Me doy impulso y consigo pasar la pierna derecha por encima de la grupa. Me agarro con fuerza a las riendas cuando me doy cuenta de lo alta que estoy. Guau, desde aquí arriba se observa todo con un sentimiento de autoridad que me llena de energía.

—Bien hecho —me felicita complacido, y lo miro de reojo porque creo estar soñando. No conozco a este hombre. Lo digo en serio. ¿Qué ha hecho con el vaquero hosco y distante al que estaba acostumbrada? —. Adopta una postura relajada. Tu cuerpo es la forma que tienes de conectar con el caballo. Desde la oreja al talón debe haber una línea recta. Eso es. Ahora relaja las rodillas y los tobillos. Coloca la puntera dentro del estribo, mantén el talón hacia abajo. Rodillas flexionadas y apoyadas sobre el caballo. Las piernas que miren hacia dentro. Bien, le estás pillando el tranquilo.

Soy como una especie de robot que sigue sus instrucciones sin rechistar. Reconozco que tener al lado a un jinete con tanta experiencia como Blake me tranquiliza. Acaricia la cabeza de la yegua y parece controlar la situación en todo momento.

—Coge las riendas con ambas manos. Nada de movimientos bruscos. Las riendas conectan con la boca del caballo y podría confundirse. No tienes nada que temer si la tratas bien. Daisy necesita sentir que tú eres su guía y que la respetas.

—La respeto. Lo juro —respondo, aterrorizada por la mínima posibilidad de que la yegua malinterprete alguno de mis gestos.

—Espoléala con suavidad.

Me emociono cuando Daisy comienza a trotar. Estoy más ilusionada que una niña pequeña en el día de reyes. Blake camina a nuestro lado y me va guiando. Es una experiencia preciosa. Subida a la yegua me siento poderosa y libre. Blake me lee el pensamiento.

—Te sientes de maravilla.

—Dios, sí.

—¿Preparada para acelerar el ritmo?

—Pues... —dudo, porque no sé si es demasiado arriesgado para una principiante—. Creo que estoy bien así.

—Como quieras.

Quince minutos después, me muero de ganas por probarme a mí misma. Le estoy cogiendo el gustillo a esto de montar a caballo y confío en Daisy. Y lo que es más surrealista: confío en Blake. Ni siquiera hemos hablado durante estos quince minutos, pero no me siento igual de incómoda que otras veces. Hay una paz silenciosa y que no tengo ganas de perturbar. Me animo a acelerar el ritmo cuando siento que voy cogiendo soltura.

—Ya veo que has cambiado de opinión.

Él se queda atrás cuando la yegua trota con más rapidez. Estamos dando un paseo por el camino de mezquites y estar bajo la sombra es muy agradable. Espoleo a la yegua para que corra más. Oigo a Blake respirar con dificultad detrás de mí.

—No vayas tan deprisa.

—¿Por qué? —giro la cabeza hacia él y descubro que está corriendo en un intento por alcanzarnos.

—Porque es peligroso para alguien inexperto. Una cosa es aumentar el ritmo y otra muy diferente jugar a las carreras de caballo —se está cabreando. Uf, ya sabía yo que lo bueno duraba poco.

—¿Qué hago para que pare?

—Tira de las riendas.

Creo que Daisy nota mi nerviosismo porque no me obedece. Me estoy angustiando y me vuelvo hacia Blake en busca de ayuda. Todo sucede en una fracción de segundo. No sé cómo lo hace, pero consigue alcanzarnos, se agarra al faldón y se sube de un salto al caballo. Me pongo rígida cuando lo noto detrás de mí. Me abraza para tomar las riendas y me roza las manos.

—So, Daisy —le ordena con voz potente.

La yegua aminora el paso cuando él tira de las riendas con firmeza. Debería estar más tranquila, pero un subidón de adrenalina me recorre las venas cuando el cuerpo de Blake se aprieta contra el mío. No lo hace a propósito. Lo sé. Es imposible que no estemos pegados porque vamos subidos encima del mismo caballo. Me lo imaginaba como el típico vaquero sudado y maloliente, pero lo que percibo detrás de mí no tiene nada que ver con ello. Blake huele a limpio

y a tierra. Mi espalda roza su pecho y me agarro al fuste para tensarme y apartarme de él todo lo que puedo. Esto no está bien. Tengo que mantener la distancia.

—No te voy a morder —dice con tono ofendido cuando percibe mi reticencia.

Estoy siendo del todo injusta. Se ha subido al caballo porque no le quedaba otra y se está comportando como un hombre íntegro. No quiero que piense que soy la típica mujer con aires de diva que se da importancia, así que digo:

—Es una experiencia nueva para mí. Primero montar a caballo y ahora hacerlo acompañada.

—¿Estás más tranquila?

—Sí. Perdona por lo de antes. No lo he hecho a propósito. Me he dejado llevar por la emoción y no creía que Daisy fuera a correr tanto.

—No pasa nada.

Blake se baja del caballo en cuanto vuelvo a tener la situación controlada. Me siento como una tonta por haber malinterpretado sus intenciones. Es evidente que no me ve de esa manera y me alegro por ello. Aunque él no lo sepa, somos cuñados y me alivia que no se comporte conmigo como lo hacen otros hombres.

El paseo dura casi dos horas en las que me evado de casi todo. Me sorprende la paciencia infinita que Blake ha mostrado conmigo. Creí que me arrepentiría de haber aceptado que me enseñara a montar a caballo y he descubierto una experiencia preciosa y que quiero repetir. Lo ayudo a quitar la silla a Daisy y me animo a darle un cepillado para agradecerle lo buena que ha sido conmigo.

—Es una yegua preciosa.

—Es toda tuya a partir de ahora. Utilízala siempre que lo necesites.

Se me ilumina la expresión.

—¿En serio?

—Casi nunca bromeo.

No hace falta que lo jure. Caminamos de regreso a la casa y experimento una paz inusitada que no sentía desde hace quince meses. Hasta hace poco estaba muerta en vida. Es curioso que el hogar de Josh me esté ayudando a reconciliarme conmigo misma. Lo necesitaba.

—Será mejor que me ponga con los pedidos por correo. Se nos ha echado la tarde encima y ni

me he dado cuenta.

—No tengas prisa. Deja para mañana lo que no te dé tiempo. No quiero que conduzcas de noche por esa carretera.

Me llevo una mano al pecho y sonrío.

—Uy, casi haces que me caiga de espaldas. ¿Te estás preocupando por mí?

Blake se tensa y maldigo para mis adentros. No debo bromear con él. No lo conozco demasiado y podría tomarse a mal alguno de mis comentarios.

—Será mejor que me vaya. Tengo mucho trabajo por delante.

—Claro. Que tengas un buen día —respondo, un tanto decepcionada porque sospecho que acabo de meter la pata.

Blake está a punto de darse la vuelta, pero de repente me mira y se queda callado. Me encantaría saber qué hay dentro de esa cabeza tan dura. Es un enigma. No sé lo que piensa cuando me mira de esa forma tan misteriosa e inaccesible.

—¿Lo que me contaste sobre los girasoles y la radiación nuclear era verdad?

La pregunta me pilla completamente desprevenida. Lo que hay en sus ojos es interés. No me lo explico. Creí que nada de lo que pudiera decirle le interesaba porque todo lo que salía de mi boca le resultaba banal.

—Estuve investigando sobre el tema. Por lo visto los girasoles se utilizaron en Chernobyl para extraer el cesio radiactivo de las zonas contaminadas. Y respecto a Fukushima, los científicos japoneses han llevado a cabo pruebas que demuestran que los girasoles son muy útiles en la lucha contra la radiación. Por lo visto las plantas desarrollan mecanismos para sobrevivir en entornos muy agresivos y consiguen absorber metales pesados e isótopos radiactivos porque los almacenan en partes desechables como los tallos y las hojas.

—Vaya... —Blake se rasca la barbilla con aire distraído—. Me quedo más tranquilo sabiendo que vivo rodeado de un escudo protector. La central nuclear más cercana está a trescientas millas.

¿Eso ha sido una broma? Guau, eso parece. Me quedo impresionada cuando él se cala el sombrero a modo de despedida.

—No te vayas tarde. Y cómprate unas botas, rubia.

—No me llames así.

Se que está sonriendo cuando se aleja. La esperanza se apodera de mí cuando comprendo que existe la pequeña posibilidad de que seamos amigos. No todo está perdido. Ahora sé que hice

bien en venir a Texas.

1 de enero de 2016

Habían transcurrido siete minutos del nuevo año cuando Helena subió a su habitación para escribir un mensaje de texto. La cena consistió en el famoso roast beef asado de su madre y en las batallitas del abuelo. Después observaron el espectáculo de fuegos artificiales y brindaron con champán.

La navidad transcurrió con la normalidad de siempre. La visita obligada al centro comercial, el día de patinaje en la pista de hielo y la posterior merienda en la pastelería que tenía aquellos pretzel bañados en chocolate, y una noche buena en la que Papá Noel trajo libros para toda la familia. Para ella, el último de Joël Dicker.

Durante aquella fecha no pudo evitar preguntarse qué estaría haciendo Josh. Le costó lo suyo convencerlo para que viajara a Texas y él cedió de mala gana, con toda probabilidad para no escucharla porque ella podía ser muy insistente. Le dijo que su abuela merecía pasar la navidad acompañada de sus dos nietos y Josh se sintió culpable. Ahora ella se arrepentía porque había jugado una baza muy chantajista. Desconocía por qué Josh se llevaba tan mal con su hermano y no debía interpretar un papel que no le correspondía.

Releyó el mensaje un par de veces antes de enviarlo.

***Helena:** feliz año nuevo, Señor Sackler. Espero que no hayas comido demasiada tarta de manzana. Te conozco y eres un hombre muy preocupado por su aspecto que luego me obligará a salir a correr para bajar los kilos de más porque a él le da pereza madrugar para hacer deporte. Espero que me hayas echado mucho de menos y que los crucigramas no se te hayan atragantado en mi ausencia. Yo he echado en falta tus chistes malos, tus ojillos suplicantes cuando quieres que te acompañe a ver una nueva película de Marvel —sabes que no me gustan y que lo hago por ti—, y ponernos morados de chocolatinas reeses mientras vemos por enésima vez Friends y debatimos sobre qué debe estar más rico: el bocadillo de albóndigas de Joey o los macarrones con queso de Chandler en Acción de gracias. Sigo apostando por el bocadillo. Tu amiga que te quiere y que te soporta como no lo haría nadie más ❖❖*

A ella se le iluminó la expresión cuando recibió su respuesta tres minutos después.

***Josh:** en primer lugar, te encantó La era de Ultrón y nos pasamos horas discutiendo sobre por qué el Capitán América es el mejor vengador. Te recuerdo que yo me tragué por ti aquella película coreana en versión original subtitulada y que todavía no me he recuperado de la*

impresión. Si eso no es amistad, que baje Dios y lo vea. Respecto a los crucigramas, me quedé atascado en: “es el exponente de cada letra. Termina en O. 13 palabras”. Creo que no hay debate posible respecto a Friends: los macarrones con queso son un pilar fundamental de la gastronomía estadounidense. ¿Me vas a acompañar a hacer footing? Teniendo en cuenta las proporciones preocupantes que está adquiriendo mi barriga... creo que cabe la posibilidad de que vuelva rodando a Chicago. Por tanto, la respuesta es sí. ¿Te he echado de menos? Joder, obviamente. Muchísimo. Con toda mi alma.

Helena leyó las últimas palabras con un regocijo desconcertante. *Obviamente. Muchísimo. Con toda mi alma.* Josh la había echado de menos y ella comprendió que estaban muy acostumbrados el uno al otro. A las tardes de cine, los maratones de series, las cervezas en aquel pub tan cutre mientras se aconsejaban sobre alguna asignatura y los paseos por el campus en los que hablaban de todo.

Helena: *la solución al crucigrama es «grado relativo». Y respecto al footing... ya veremos. Sabes que soy una pésima deportista. ¿Qué tal tus vacaciones?*

Josh: *grado relativo. Joder, es verdad. Eres la mejor. Y mis vacaciones... solo te diré que ya me habría vuelto de no ser por mi abuela.*

Helena: *no puede ser tan horrible. Estás en un rancho. Naturaleza, caballos, noches estrelladas...*

Josh: *¿me lo dice la chica de ciudad que lloró a lágrima viva cuando se encontró un saltamontes encima de la cama? Cariño, no sobrevivirías aquí ni un día. Hoy me he encontrado una araña del tamaño de una rata mientras desayunaba. Cabe la posibilidad de que me convierta en Spiderman. ¿Me seguirás queriendo?*

Helena: *era un saltamontes enorme y lo sabes. ¿Lo de la araña es verdad? Eres muy fantasioso. Lo mismo era una de esas arañitas minúsculas... ❖❖*

Josh: *júzgala tú misma.*

Josh le envió una foto de una tarántula enorme, peluda y negra. A ella se le revolvió el estómago.

Helena: *dios mío. ¿Qué hiciste con ella?*

Josh: *¿yo? Nada. Ni muerto me acerco a semejante bicho. Mi hermano estuvo a punto de*

matarla de un disparo. Es un bruto.

A ella se le escapó la risa floja. No conocía a su hermano, pero por las pocas anécdotas que Josh le había contado, cabía la posibilidad de que no estuviera bromeando.

Josh: *Stuart la metió en un tarro de cristal para llevarla al centro de control de plagas. Es una araña violinista con un potente veneno necrótico. Me podría haber picado. ¿Qué harías si te faltó? Lo sé. No imaginas tu vida sin mí* ❖❖

Helena: *¿por qué te querré tanto con lo tonto que eres?*

No le dio tiempo a leer la respuesta de Josh porque su madre asomó la cabeza por la puerta de su habitación.

—He preparado chocolate caliente y bizcocho de zanahoria, tu favorito. Vamos a salir al porche mientras el abuelo cuenta por enésima vez cómo conoció a tu abuela. ¿Te apuntas?

—Sí. Dame un minuto.

—¿Quién es el chico?

Helena la miró extrañada porque no sabía a cuento de qué venía aquella miradita acusadora de su madre.

—Un amigo.

—¿Uno de esos amigos con derecho?

—¡Mamá! —exclamó horrorizada, y le entró la risa nerviosa porque no le gustaba hablar con su madre de ciertos temas—. Un amigo. A secas. Se llama Josh. Es mi mejor amigo de la universidad.

—Uhm... —su madre se quedó pensativa durante unos segundos—. Lo he dicho porque últimamente los jóvenes ponéis adjetivos muy rebuscados para no llamar a las cosas por su nombre. Entonces, ¿ese tal Josh no te gusta?

—No. O sea, me encanta Josh. Como amigo.

—Pues sonreías como una boba cuando le estabas escribiendo.

—Porque me cae bien y siempre me hace reír cuando hablamos —sintió la necesidad de justificarse.

—Ya es más de lo que tienen muchas parejas. A veces el amor empieza con una amistad, y el paso de convertir esa amistad en algo más profundo da miedo, porque sientes que puedes perder la confianza si la relación no funciona.

—No es lo que nos pasa a nosotros —respondió enfurruñada.

—¡Vale! ¡Vale!

Helena respiró aliviada cuando su madre la dejó en paz. También había tenido que escuchar la misma cantinela por parte de Penny. ¿Acaso un hombre y una mujer no podían ser amigos? De acuerdo, quizá se sentía un pelín atraída por Josh, pero podía controlarse porque valoraba demasiado lo que tenían. Ellos eran amigos. En mayúsculas. Jamás pasarían la línea. Leyó su mensaje y se echó a reír.

Josh: *¿porque soy un tonto con gracia?*

Ella le respondió antes de dejar el móvil en la mesita de noche.

Helena: *puede ser. Mi tonto favorito* ❖❖

El sábado es mi día libre y lo aprovecho para ir a Walmart. Después de media hora, he llenado el carrito con unas botas estilo cowboy de color camel, un sombrero del mismo tono, un par de pantalones vaqueros, camisetas básicas y varios botes de protector solar factor cincuenta. Nunca he sido demasiado coqueta ni me ha preocupado ir a la moda, pero reconozco que este no es mi estilo. Penny haría algún comentario burlón si me viera con las botas, y probablemente lloraría de la risa cuando me pusiera el sombrero. Se podría decir que mi estilo era casual y sport: jerséis anchos, camisetas de mis grupos de música favoritos, zapatillas cómodas, cazadoras vaqueras... Y que ahora me estoy renovando porque después del accidente con la serpiente no voy a volver a ponerme unos pantalones cortos mientras permanezca en Texas.

Estoy a punto de pasar por caja cuando mi madre me llama por teléfono. Me lo pienso antes de descolgar porque sé lo que va a decirme. Es la misma cantinela de siempre y a estas alturas no tengo fuerza para escucharla.

—Hola, cariño.

Debería alegrarme de escuchar su voz. Antes era un bálsamo para un mal momento. Ahora no hay nada que me alegre. Ni un buen libro, ni una canción, ni siquiera un capítulo de Friends.

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás?

—En Texas. Sabes de sobra que estoy aquí —respondo con tono irritado, y sé que no debería pagar mi frustración con ella—. Haciendo unas compras.

—¿Qué tal te van las cosas? Tu padre y yo esperábamos una llamada para que nos pusieras al corriente. Sabes que no soy esa clase de madre agobiante y que intenta imponer su opinión, pero me preocupo por ti.

—No os llamé porque no hay mucho que contar.

—Tonterías. ¿Cómo te llevas con la familia de Josh? ¿Cómo te han recibido?

—Eh... bien.

—¿Bien? ¿Eso es todo? Cielo, sabes que puedes volver a casa en cualquier momento. Tu padre irá a buscarte si no te encuentras con fuerzas para volver. Solo tienes que pedirlo.

—Mamá, para. No voy a volver a casa. Me largué de Chicago con un propósito. No tengo pensado volver, y mucho menos refugiarme en Iowa.

—Aquí estarías en paz.

«En paz». Tuerzo el gesto porque la mera idea me resulta ridícula. Jamás estaré en paz hasta que cumpla la promesa que hice. Sé que es lo que necesito para subir un escalón. Hace quince meses que estoy estancada en el mismo punto de partida y no estoy dispuesta a permitir que la soledad, la pena y la autocompasión vuelvan a apoderarse de mí. No me sirven de nada.

—No sé cómo puedes fiarte de un hombre que le dio la espalda a su hermano cuando más lo necesitaba. No respondió a tu carta. Con eso debería haberte bastado. Sabes que nosotros podemos ayudarte.

—Ya me habéis ayudado bastante —me echo a un lado para permitir que un hombre pase delante de mí—. Estoy convencida de que Blake tiene buen corazón. Solo necesito un poco de tiempo.

—Tú siempre crees que todo el mundo tiene buen corazón. ¿Qué razones te ha dado para haber ignorado tu carta?

—Ninguna.

—¡Ninguna!

—Porque todavía no le he explicado quién soy. Pensaba hacerme su amiga antes de abordar el tema. Ya sabes que es bastante delicado y no quiero que se ponga a la defensiva.

—Por todos los dioses, Helena. ¿Me estás diciendo que ese hombre no sabe quién eres? ¿Has perdido el juicio? —lo pregunta con un tono de voz tan alto que sé que está muy preocupada. Ella es una mujer serena y raras veces saca a relucir su carácter—. Cariño, ya sé que lo tuyo con Josh era muy especial. Pero ir a Texas ha sido una locura. Tú no tuviste la culpa de lo que sucedió. No tienes que ir a rogarle a su familia solo porque...

—¡Sí que tuve la culpa!

Lo grito tan fuerte que todos los clientes del supermercado se vuelven para mirarme. Respiro con dificultad y oigo la voz lejana de mi madre a través del altavoz del teléfono. No soy capaz de moverme. De repente mi cabeza se traslada a aquel fatídico diecisiete de diciembre de dos mil veinte y revivo lo sucedido con tal intensidad que me convierto en una muñeca temblorosa y de ojos vidriosos. *Josh*. Apoyo la espalda en la estantería de los cereales y contengo a duras penas las lágrimas. *Josh*. Sí que fue culpa mía. Yo podría haberlo evitado. Pero estaba demasiado furiosa y dolida para entrar en razones. Ahora estoy demasiado furiosa y dolida conmigo misma por haber sido tan estúpida. Fui injusta. Fui cruel. Y no me lo perdonaré en la vida. *Josh*. *Josh*. *Josh*. Me llevo las manos a ambos lados de la cabeza y aprieto con fuerza en un intento desesperado por apartar las últimas palabras que me dijo. No quiero oírlas. No puedo. Una mujer me pone una mano sobre el hombro y me sobresalto. La gente me mira preocupada. Otros cuchichean. Acabo de montar un espectáculo. No es el primero. Es el último de muchos.

—¿Estás bien?

Me trago las lágrimas y agarro con debilidad el carrito de la compra. No estoy bien. Nunca volveré a ser la misma. Es como si me hubieran arrancado un pedazo de mi alma y tuviera que andar por el mundo aferrándome a los restos de aquello en lo que me he convertido. La fastidié y tendré que cargar con ello durante el resto de mi vida. Pero voy a arreglarlo. Y Blake no lo sabe, pero va a ayudarme.

Estoy tan desecha que aparco delante del Motel y en lugar de entrar, dejo las compras en el maletero y voy a dar un paseo por el pueblo. Caminar me relaja. O por lo menos lo hacía. Me pongo los auriculares y subo el volumen para no oír mis propios pensamientos. Suena Radiohead. Es la canción perfecta para hundirme en mi miseria. No sé por qué no la quito. Quizá porque me siento identificada con la letra.

But I'm a creep (soy un gusano)

I'm a weirdo (un bicho raro)

What the hell am I doing here? (no sé qué demonios estoy haciendo aquí)

I don't belong here (no pertenezco a este lugar)

Tiene razón. No pertenezco a este sitio. Y, a veces, no sé qué demonios estoy haciendo aquí. Quizá mamá tiene razón y he cometido una locura al venir a este lugar. Me pudo la esperanza y la melancolía. Pero este es el hogar de Josh y es lo único que me queda de él. La soledad te obliga a aferrarte a los recuerdos de las personas que más quieres. La nostalgia es un ancla que te impide avanzar porque prefieres aferrarte a los instantes de lo que fue. A los buenos momentos en los que nunca creías que aquello pudiera faltarte. Incluso a los malos, porque las reconciliaciones eran alucinantes y ni siquiera lo valorabas.

Quiero llorar, pero no puedo. Durante quince meses lloré tanto que sospecho que me he quedado vacía. El vacío no es agradable. Prefiero la rabia o la pena porque al menos me sentía viva como hace un momento en el supermercado. Acelero el paso cuando observo por el rabillo del ojo que un coche aminora la velocidad y se coloca a mi lado. Su manera de abordarme es tan descarada que me vuelvo hacia el conductor con cara de pocos amigos. Es un hombre maduro, apuesto y de pelo canoso.

—Es peligroso que una mujer tan atractiva camine sola por un lugar que no conoce. ¿La acerco a alguna parte?

Esa voz. Su tono. La falsa amabilidad. Sé que la he escuchado en alguna parte. Echo a andar y el coche me sigue. Arrugo la frente y suspiro.

—Me gusta caminar.

—Ya conoció a mi hijo y me gustaría saber si ha pensado en la oferta que le hizo.

Freno y me vuelvo hacia él. Él detiene el coche. Así que estoy delante del famoso Harry Walton. Lo observo con el mismo descaro que él utiliza conmigo. Ahora me percató de los detalles que al principio me han pasado desapercibidos: la mirada engreída y la sonrisa de lobo hambriento. No me da buena espina.

—No tengo nada que pensar.

—¿Está usted segura? —su sonrisa vacila y me percató de que no es lo que quería oír. Ni siquiera se lo esperaba. Debe de ser de los que creen que todo se compra con dinero. De hecho, me hace mucha falta. Pero no a cualquier precio.

—No soy la representante de ninguna empresa que esté interesada en adquirir la propiedad del Señor Sackler. Se han equivocado de persona.

—Has empezado a trabajar para él.

Me pilla desprevenida que lo sepa. Es un pueblo pequeño y aquí todos tienen oídos. No sé quién le habrá ido con el cuento. No me gusta la fanfarronería que desprende. La típica de un cacique que se cree el dueño y señor de La herradura.

—Ve al grano —le espeto, y le dedico una mirada impasible para que sepa que no puede intimidarme.

Harry Walton se quita las gafas y me ofrece una sonrisa de dientes perfectos. Una sonrisa que es una advertencia y que hace que se me revuelva el estómago.

—Trabajas para un hombre que tiene algo que yo quiero. Seguro que una mujer tan atractiva como tú tiene maneras de convencer a un tipo como él. Soy generoso con las personas que me ayudan a conseguir lo que quiero. Puedo mejorar la cifra que te ofreció mi hijo.

—No me gusta lo que está insinuando —la voz me tiembla por la impotencia.

—A las chicas guapas les conviene jugar en el bando correcto.

—No soy una chica. Soy una mujer —le espeto furiosa—. Y no voy a jugar en ningún bando, Señor Walton. Se equivoca conmigo y acaba de insultarme.

—Será mejor que te lo pienses. Veo que te he pillado desprevenida y me parece que deberías consultarlo con la almohada. Podrías arrepentirte de tomar una mala decisión.

Tenso la espalda y retrocedo por instinto. Su sonrisa de depredador se ensancha. Sé que es una amenaza y siento como una mezcla de pánico y rabia me corre por las venas. Harry Walton es un

hombre peligroso y acaba de hacerme una pregunta: ¿eres mi aliada o mi enemiga?

24 de enero de 2016

Josh lo había preparado todo con antelación. Avisó a los amigos de Helena y los citó en el pub al que solían ir para que ella no sospechase. Ella estaba bastante agobiada con los estudios y le dijo que no le apetecía celebrar su cumpleaños. Josh admiraba su tenacidad y sabía que ella llegaría muy lejos, pero no podía pasar por alto el cumpleaños de su mejor amiga y decidió hacer algo al respecto.

—Una y nos vamos —le dijo, antes de cruzar la puerta del pub.

Le había costado convencerla para que se dejara arrastrar hasta allí.

—¿Cuándo te he engañado?

—Uy, ¡no me hagas hablar! La última vez me llamaste a las siete de la mañana para pedirme que te llevara al médico porque estabas muy enfermo, y cuando llegué me dijiste que había sucedido un milagro, te encontrabas perfectamente y que como estaba vestida, podía acompañarte a hacer footing. Te encanta salirte con la tuya.

—No recuerdo que fuera así...

Josh empujó la puerta y le pidió que se sentaran al fondo porque quería tener más intimidad.

—¿Y eso? ¿Hoy estás en plan tímido?

—Llevamos cuatro días sin vernos y te quiero prestar toda mi atención. Soy un sol. ¿A qué sí?

Helena puso los ojos en blanco. Él se fue acercando al lugar indicado y se rascó con disimulo el hombro. Era la señal.

—He estado estudiando para un examen. Por eso apenas nos hemos visto.

—En la vida no todo es estudiar.

—Lo dice el que tiene una facilidad increíble para memorizar cien páginas. Así cualquiera.

Josh habló de manera atropellada para distraerla.

—Habló el cerebritito de los crucigramas. Podrías presentarte a uno de esos programas de talentos raros. Si ganas vamos a medias. Seré tu mánager y nos forraremos bajo el eslogan: «la guapísima rubia que resuelve crucigramas en menos de tres segundos». Piénsalo bien. Al infierno la universidad.

—Si te tomara en serio cada vez que hablas...

De repente, Penny y los demás salieron de su escondite. Exclamaron un sonoro: «¡sorpresa!» que pilló a Helena completamente desprevenida. Ella se sobresaltó y agarró el brazo de Josh. Su expresión pasó del desconcierto al sonrojo, y del sonrojo a la felicidad. Josh supo que había merecido la pena y se relajó. Helena era una persona muy reservada y su círculo de amistad era muy reducido. Pero cuando te incluía en su vida, lo hacía de corazón. Estaba Penny, su compañera de habitación. Freddy, que compartía un par de clases con ella, y Zoey, una cerebrita de la química bastante tímida y con la que Josh sospechaba que Helena se relacionaba por pura compasión.

—Felicidades —le susurró al oído cuando todos terminaron de felicitarla.

Él notó como ella se estremecía por el contacto de su boca sobre el lóbulo de su oreja. Luego se volvió hacia él con una mezcla de agradecimiento y acusación.

—Josh... ¡te dije que no quería celebrarlo! —exclamó, sin poder disimular su alegría.

—No podía permitirlo —le dio un abrazo que prolongó durante más tiempo del necesario porque le encantaba su olor, el tacto de su pelo y la suavidad de su piel. En definitiva, todo de ella—. Soy tu mejor amigo.

—¿Quién dice que eres mi mejor amigo? —lo picó.

—Eh... yo. No lo dudo. Somos como...

—¿Légolas y Gimblis? —lo interrumpió divertida.

—Chandler y Rachel.

Ella arrugó el ceño. Por lo visto, no estaba para nada conforme con la comparación. Josh sabía que su personaje favorito era Mónica. Lo había dicho a propósito.

—Yo no me parezco en nada a Rachel.

—Vale, punto para ti. Somos como Josh y Helena. Creo que nadie podría ser como nosotros. Jamás encontraría a otra persona que se supiera de memoria párrafos de *Orgullo y prejuicio*, pero no fuera capaz de recordar que la ropa de color y la ropa blanca no pueden mezclarse en la lavadora. Eres única.

Helena le dio un empujón y él le agarró las muñecas. Forcejearon durante unos segundos y acabaron riéndose como de costumbre.

—Eres lo peor. Me prometiste que no me recordarías lo de tu camiseta de AC/DC. Fue sin querer y sabes que lo pasé fatal cuando te lo conté.

—Es rosa.

—El rosa es un color muy bonito.

—Creo que lo hiciste a propósito para quedártela. Querías tener algo mío y no sabías cómo pedírmelo. Reconoce que es de primero de acosadora.

—La utilizo para dormir.

—Así piensas en mí por las noches.

Le guiñó un ojo y se partió de risa cuando ella lo insultó en un torpe español. A saber lo que le había dicho. Las clases de español se le atragantaban y siempre se quejaba de que no dominaba el acento. Josh la escuchó despotricar incluso cuando se acercó a la barra para pedir una ronda. Allí se encontró con Penny. La ignoró a propósito porque no tenía ganas de gresca.

—Hola, Josh. ¿Vas a seguir fingiendo que no existo durante el resto de la noche?

—Perdona, ¿tú eres?

Penny lo fulminó con la mirada.

—La mejor amiga de Helena y la que puede conseguir que dejéis de llevaros tan bien. Ah, y la que te tiraste el primer día de clase. ¿O ya se te ha olvidado?

«Cómo olvidarlo». De haber sabido que ella iba a ser la compañera de habitación de Helena, él se habría buscado a otra con la que divertirse.

—Que yo sepa, los dos buscábamos lo mismo —respondió irritado. No entendía por qué Penny lo trataba de aquella forma tan hostil y por eso la evitaba siempre que coincidían. Lo hacía sentir incómodo. Sabía que era importante para Helena y no quería crearse una enemiga.

—Exacto. Por eso no voy a permitir que juegues con Helena.

Él se puso automáticamente a la defensiva.

—No te sigo.

—Ella no es como yo. Helena es buena persona, tiene un corazón de oro y no merece que un tipejo como tú juegue con sus sentimientos. Los dos sabemos qué es lo que buscas y qué es lo que pasará cuando lo consigas.

—No tienes ni idea de lo que siento por ella.

—Pero ¿no sois solo amigos? —lo puso en duda con ironía.

—Lo que yo sienta por Helena no es asunto tuyo.

—Ya... —Penny torció el gesto y lo miró con desprecio—. Lo que tú sientes por mi amiga se limita a lo que tienes entre las piernas. Si le tienes un mínimo aprecio, la dejarás en paz.

—¿Por qué no se lo has contado? —preguntó con recelo.

—Porque no quiero hacerle daño. Sé que le dolería descubrir que sus dos mejores amigos tuvieron un lío de una noche. Es mejor así.

—Totalmente.

—A ti te viene de lujo.

—No me conoces.

—Te tengo calado. ¿O me vas a decir que te conformas con su amistad y que no sueñas con tirártela? ¿Por qué no eres sincero con ella? Ya te lo digo yo. Porque finges que eres el bueno de su amigo Josh mientras esperas la mínima oportunidad para follártela. Un bajón, un mal resultado en un examen, un novio que le rompa el corazón... y ahí estará el bueno de Josh para consolarla. Y, de paso, echar un polvo. Es lo que siempre has querido.

Penny lo apartó con el hombro y Josh trató de encajar el golpe. Penny no tenía ni idea. Sí, él sentía algo más que una amistad por Helena. Algo demasiado intenso para resumirlo en un impulso físico. Algo que lo desconcertaba porque no sabía enfrentarse a sus sentimientos. Y, cuanto más pensaba en ello, más aterrorizado se sentía de perderla. Porque él no era un cobarde y se sentía como uno cuando la tenía delante y debía fingir que era el bueno de su amigo Josh. Qué coño sabría Penny.

Josh eligió la canción y cogió el micrófono del karaoke. Era el rey del espectáculo y no tenía ningún problema en ser el centro de atención. A su amiga le brillaron los ojos cuando lo vio. Llevaba tres cervezas encima y estaba algo achispada. Los primeros acordes de *Friends Will be Friends* comenzaron a sonar.

—Esta canción se la quiero dedicar a mi mejor amiga. Hoy es su cumpleaños. La primera vez que la vi pensé que era la chica más guapa que había visto en mi vida. Luego cruzamos un par de palabras y comprendí que también podía ser la chica con más mal genio que había conocido en mi vida. —la gente se empezó a reír y Helena fingió mosquearse—. Para mí la universidad no sería lo mismo sin ella y por eso quiero que suba a cantar esta canción conmigo. Se lo pido en público porque de lo contrario no la convencería. Vamos, Helena. Ya tendrás tiempo de darme una paliza.

A ella se le cambió la expresión y sacudió la cabeza cuando todos corearon su nombre. Intentó resistirse, pero Freddy y Zoey la empujaron hacia la pista mientras Penny observaba la escena con mala cara.

—Te voy a matar —le susurró al oído cuando llegó hasta él—. Me muero de vergüenza. Canto fatal.

—No te adjudiques el mérito. Todavía no me has oído.

—Ay, Josh... Te odio.

Él le pasó un brazo por los hombros y le acercó el micrófono. Ella temblaba y tenía las mejillas sonrojadas. Josh se quedó embobado mirándole los labios y se preguntó cómo sería besarla. Dejarse llevar. Confesarle que sentía algo más que una amistad. Algo que lo desconcertaba y aterrorizaba a partes iguales.

—Josh, te estoy hablando.

Él recobró la compostura.

—¿Qué?

—Te decía que no te voy a perdonar el mal trago que me vas a hacer pasar.

—Hacer el ridículo sienta bien. La vergüenza está sobrevalorada en un mundo donde todos son políticamente correctos. Tú déjate llevar. He elegido esta canción porque habla de nosotros. Será nuestra canción.

A ella se le iluminaron los ojos cuando lo escuchó. Él hablaba en serio. Su canción. La canción que hablaba sobre ellos. Sobre las tardes tomando el sol en el jardín de la residencia, las horas muertas jugando al trivial, las confidencias sobre sus primeras veces y los debates pueriles sobre cualquier tema.

—Another red letter day... So the pound has dropped —cantó él, y la miró expectante para que ella siguiera.

A Helena le tembló la voz y le costó un gran esfuerzo continuar.

—And the children are creating... the other half run away.

Medio minuto después, ambos cantaban en voz alta hasta casi desgañitarse. Puede que fuera el efecto del alcohol o la adrenalina de haberse despojado de la vergüenza, pero Helena tuvo que darle la razón en algo: hacer el ridículo sentaba bien. Sobre todo cuando te daba igual lo que los demás pensarán de ti.

—Friends Will be Friends! —cantaron desafinando—. When you're in need of love... They give you care and attention... Friends will be Friends!!!

Queen cantaba que los amigos serán amigos hasta el final. No hablaba de amigos que se buscaban a todas horas y confundían sus sentimientos. Ni de amigos tan conectados que se

entendían con una sola mirada. O de amigos que vistos desde fuera parecían pareja. Mucho menos de amigos tan compenetrados emocionalmente que su conexión superaba los límites de la amistad socialmente comprendida como tal.

Estaban exhaustos y eufóricos cuando acabaron de cantar. Helena se dio cuenta de que tenían las manos entrelazadas y sintió que encajaban de una forma extraña y casi perfecta. También sintió que nadie la conocía tan bien como Josh y no supo cómo sentirse al respecto. Penny llegó en ese momento con una tarta con el número diecinueve. Era una tarta en forma de bocadillo de albóndigas. Supo quién había sido el culpable y se volvió hacia él. Estaban tan cerca que le rozó la barbilla con la boca. Un estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies y trató de ignorarlo. Jamás había sentido lo mismo al tocar a un hombre.

—Algún día alguien escribirá una tesis sobre nuestra obsesión con Friends.

—Es de chocolate —le dijo, y a ella se le hizo la boca agua porque era su sabor favorito—. Pide un deseo.

Helena cerró los ojos, sopló las velas y pidió el deseo. Sintió la mano de Josh sobre la parte baja de su espalda y supo que aquel cumpleaños no habría sido lo mismo de no ser por él. Se sintió afortunada de tenerlo en su vida. Había deseado que aquella amistad tan especial y contradictoria no se estropeará. Que ambos supieran conservarla, cuidarse el uno al otro y estar ahí para siempre. En los momentos buenos, regulares y malos. No tenía ni idea de que, a veces, los deseos se cumplen.

La mañana en el rancho transcurre con una normalidad que me tranquiliza. Me quedé con mal cuerpo después de mi encuentro con Harry Walton. Pensé en contárselo a Wendy, pero al final decidí guardármelo para mí porque todavía no sé en quién puedo confiar. Es evidente que alguien le fue a Walton con el chisme de que trabajo para Blake porque es un tipo muy importante en La herradura. Bernie me contó que es el jefe de la mitad del pueblo. Es decir, un hombre muy poderoso e influyente. Por si me quedaba alguna duda, la conversación me aclaró que tengo que andarme con cuidado con él.

—¡Alto ahí!

Una niña con una preciosa melena de tirabuzones azabaches me corta el paso. Estaba a punto de entrar en la casa y llevo una cesta con flores recién cortadas. Ya no he vuelto a perderme e incluso me he animado a montar a caballo para desplazarme por la propiedad. Observo a la niña con la misma curiosidad que ella me dedica. Tiene un hoyuelo en cada mejilla y una mirada insolente y algo impropia para una niña que no pasará de los ocho años.

—¿Quién eres? —pregunta con los brazos en jarra.

Su tono autoritario me hace bastante gracia e intento no réirme porque sospecho que la enfurecería. Acabo de reconocerla. Es la niña que vi el día que vine a visitar el campo de girasoles. La misma que le sacó la lengua a Blake.

—Helena, ¿y tú?

—No tengo por qué responder a esa pregunta —responde con la barbilla levantada, y me deja a cuadros—. Soy la dueña de la propiedad. Aquí las preguntas las hago yo.

Se me escapa una risilla atónita. Menuda fiera. ¿De dónde habrá salido? Ella infla las mejillas cuando se percata de que no la estoy tomando en serio.

—Quiero un vaso de agua.

No comprendo que es una orden hasta que me doy cuenta de que me mira expectante. Por lo visto es una pequeña insolente. Me pregunto dónde estarán sus padres y por qué no son capaces de enseñarle modales.

—Lo siento, jovencita. Pero tengo por costumbre no acatar órdenes de niñas menores de edad. Vuelve a pedírmelo cuando cumplas los dieciocho y tal vez te traiga el vaso de agua si me lo pides por favor.

—¡Algún día esto será mío y tendrás que hacer lo que yo te diga!

—Probablemente yo no esté aquí cuando eso suceda.

Su expresión altiva se viene abajo porque acabo de dejarla sin argumentos. Entrecierra los ojos, arruga la nariz y me mira con un fastidio infantil que vuelve a hacerme gracia. Contengo las ganas de echarme a reír porque no quiero enojar a semejante fierecilla. Por lo que veo es de armas tomar.

—¿No me vas a decir cómo te llamas? —le pregunto con suavidad.

Ella arruga la frente y se lo piensa durante un instante porque no se fía de mí.

—Avery —responde de mala gana.

—Es un nombre muy bonito.

—No me gusta que me hagan la pelota —responde, y vuelve a dejarme atónita—. Es un nombre horrible. Me gustaría llamarme Autumn. Es el nombre que eligió papá, pero mamá siempre se sale con la suya.

No sé qué responder a eso, así que opto por la vía diplomática en un intento por ganármela. Me encantan los niños. Son mi perdición. Mi instinto maternal aflora cuando tengo a uno cerca.

—Podría haber sido peor. No te quejes. Yo tengo una amiga que se llama Josephine.

Ella hace el amago de sonreír. Es una niña preciosa. Con unos enormes ojos castaños que destacan en un rostro ovalado. Me encantaría tener una hija y trato de mantener a raya mis emociones porque no quiero asustarla. Es como si de repente un montón de recuerdos dolorosos me abotargaran el cerebro. Le hablo con falso entusiasmo en un intento por enterrar esa parte de mi memoria.

—¿Sabes qué te sentaría genial? Una trenza de espiga. Así podrás jugar sin que el pelo te moleste.

Le quito una ramita que lleva enredada en el pelo y sus ojos me miran ilusionados durante un segundo. Al siguiente lo hacen con recelo y me pregunto cómo es posible que una cría tan pequeña resulte tan combativa.

—¿Quieres que te la haga?

—Bueno...

Es un sí con la boca pequeña. Es todo lo que necesito. Me agacho para quedar a su altura y comienzo a trenzarle el pelo. Huele a fresas silvestres y parpadeo con rapidez porque me pican los ojos. No lo entiendo. Creí que ya no era capaz de llorar y de repente me vengo abajo por cruzar un par de palabras con una niña. Estoy fatal.

—¡Listo! Déjame que te vea. ¡Guau! Te queda genial.

Ella se pone de puntillas para mirarse en el cristal de la ventana y su media sonrisa me confirma que está encantada con el resultado. Es una monada. Tiene un puñado de pecas doradas sobre la naricilla y unas mejillas sonrosadas que me encantaría pellizcar. Contengo las ganas porque sé que la molestaría. Es una muñeca.

—¿Te gusta?

Le acaricio la trenza y ella se aparta de golpe.

—Bueno...

Es un hueso duro de roer, pero estoy convencida de que podré ganármela con el paso del tiempo. Soy persistente y todos mis primos pequeños me adoran. Siempre he tenido buena mano para los niños y esta no se me va a resistir. Estoy a punto de preguntarle por sus padres cuando ella mete la mano en la cesta de flores, coge un puñado y sale disparada.

—¡Oye!

La veo desaparecer detrás de un árbol con la trenza ondeando de lado a lado sobre sus hombros. Cojo la cesta y entro en la casa. Me encuentro con una reunión inesperada al llegar a la cocina. Sophia está sentada en la mecedora, Hannah remueve con energía una olla enorme y tres vaqueros imponentes charlan en voz alta sentados en torno a la mesa. Observo a Blake sin dar crédito. Se está riendo y los ojos le brillan por algo que le ha contado el más mayor. El sonido de su risa es grave y sincero. Sé que es una tontería, pero tenía la impresión de que era la clase de hombre frío e implacable que jamás soltaba una carcajada. De repente el más joven se percata de mi presencia y noto como le da una patada al más mayor por debajo de la mesa. Qué disimulado. Los dos dejan de reírse y me examinan con una mezcla de curiosidad y recelo a la que ya empiezo a acostumbrarme. La sonrisa de Blake se esfuma cuando me ve. Vuelve a ser el tipo de gesto hosco y ceño fruncido al que me tiene acostumbrada. ¿Y ahora qué he hecho? Ni siquiera he abierto la boca.

—Por mí no os cortéis.

Dejo la cesta de flores encima de la mesa y Sophia coge un ramillete de salvia que empieza a deshojar con energía.

—Estos muchachos no tienen educación. Perdona que sean tan brutos, pero están bastante sorprendidos con tu presencia y no saben disimularlo porque son unos zoquetes. —utiliza un tono severo y que va dirigido especialmente a su nieto porque solo lo mira a él.

—Abuela... —le pide Blake.

—Ni abuela ni leches —Sophia está furiosa y sospecho que voy a averiguar el motivo—. Estos mentecatos han apostado que no durarás ni dos semanas en el rancho. ¿Qué te parece?

No me extraña. Noté cómo me miraban desde aquel accidente con la vaca. Seguro que ya se han forjado una opinión sobre mí. Ni siquiera hemos cruzado un par de palabras y ya se atreven a juzgarme. Lo típico de siempre.

—Vaya, ¿en serio? —me hago la sorprendida.

Los dos vaqueros parecen incómodos y se miran el uno al otro sin decir nada.

—Yo he apostado a tu favor —me revela la abuela, y añade con tono cómplice—. No me falles. Estos dos zoquetes son Stuart y Bill.

—Encantado, señorita —Stuart se levanta, se quita el sombrero y me ofrece la mano.

Bill lo imita y me observa compungido.

—Señorita, espero no haberla ofendido.

—Para nada. El único problema es que vais a perder. ¿Cuánto habéis apostado?

—Cincuenta dólares —responde Stuart.

—Habéis tirado cincuenta dólares a la basura. Lo siento por vosotros.

Me percató de que Blake rumia algo en voz baja. Me vuelvo hacia él con las cejas enarcadas. Seguro que él ha sido la cabeza pensante de semejante apuesta. No me importa. Pienso demostrarles que se equivocan conmigo. Sobre todo a él.

—¿Tú también has apostado que no duraré ni dos semanas?

Blake se reclina en la silla y me mira sin vacilar. Es la primera vez que lo veo sin sombrero. Su cabello corto y ligeramente enmarañado le otorga un aspecto salvaje y fiero. Es la viva imagen de la arrogancia. Pero no la clase de arrogancia de un tipo que te invita a una copa y da por hecho que vas a aceptar porque es muy atractivo. No. Es una arrogancia con la que ha nacido. Una actitud real y desafiante que le va de lujo a un físico en el que la palabra imponente se queda corta.

—No.

Su respuesta me ilusiona porque me pilla desprevenida. No ha apostado que voy a durar menos de dos semanas. No me esperaba que me concediera el beneficio de la duda. Estoy a punto de agradecersele cuando añade con tono engreído:

—He apostado que no llegarías al martes.

Aprieto los labios. Eso es pasado mañana. ¿Me tiene en tan baja estima? Menudo cretino. Blake me dedica una mirada retadora que le devuelvo con creces. Sus ojos son dos llamaradas ámbar.

En su boca hay el asomo de una sonrisa burlona que me enerva.

—Muy bien. Supongo que yo también puedo entrar en la apuesta —respondo indignada.

—Helena, no hace falta que...

Le hago un gesto con la mano a Hannah porque no quiero que interceda a mi favor. Quiero apostar para ponerlo en su sitio. Es lo mínimo que se merece alguien como Blake. Seguro que es de los que se acuesta pensando que siempre lleva razón y se despierta encantado de la vida por descubrir que la tiene. Se equivoca conmigo. Es hora de que se dé cuenta. Es necesario que alguien lo ponga en su sitio.

—Dos semanas. Doscientos dólares.

Sé que lo hace a propósito. Es una cifra alta para achantarme. No me conoce. Estoy tan cabreada que aceptaría el triple.

—Hecho —estiro el brazo para sellar la apuesta.

—Espero que hayas traído suficiente efectivo. No soy de los que perdonan las deudas.

—Lo mismo te digo, John Wayne —Stuart y Bill se ríen atónitos cuando escuchan cómo lo llamo. Blake aprieta la mandíbula y me dedica una mirada furiosa que no me intimida—. No llores cuando te desplume, vaquero. Es hora de que alguien te ponga en tu sitio.

—Y ese alguien vas a ser tú... —murmura con escepticismo, y estrecha mi mano con una seguridad aplastante—. Tranquila, rubia. Nadie te culpará cuando te vayas. Este lugar no está hecho para la gente como tú.

¡La gente como yo! El apretón dura dos segundos porque aparto la mano. Él se levanta y sus empleados lo imitan sin necesidad de que él se lo ordene. Uf, no lo soporto. ¿De qué va? ¿A qué ha venido ese comentario? Blake pasa por mi lado y me roza el hombro sin querer. Me tenso por el contacto y le dedico una mirada furiosa que él ignora de manera deliberada.

—Explícame lo de la gente como yo —le exijo, y me doy de bruces con su espalda musculosa.

Todos nos miran boquiabiertos. Menos la abuela. Sophia está a lo suyo etiquetando unas cremas y lo prefiero así. Blake se da la vuelta y su expresión es tan soberbia que tengo ganas de arrebatarse el lazo corredizo y estrangularlo con él. Es lo mínimo que se merece.

—No quieres oírlo.

—Sí quiero. ¿O también me vas a decir lo que quiero y lo que no?

—No te va a gustar —me advierte de mala gana.

—Me gusta que me digan las cosas a la cara.

Blake tiene la poca vergüenza de suspirar como si yo lo estuviera poniendo en un aprieto. Me cruzo de brazos y lo miro expectante.

—La gente como tú. Las niñas ricas y aburridas de una vida que no las llena porque están acostumbradas a tener todo lo que se les antoja sin asumir un mínimo esfuerzo. Un día se despiertan con la absurda fantasía de vivir una aventura emocionante. Algunas se irán al Sáhara y otras buscarán el rancho más recóndito de Texas porque quieren fingir que son especiales y aguerridas. La tontería les dura dos días antes de volver a su vida de comodidades en la gran ciudad.

Es como si me hubiera abofeteado. Me siento tan insultada que no logro responder. Todas las respuestas se atascan en mi garganta porque quieren salir a la vez para gritarle que es un miserable con demasiados prejuicios. Blake se pone el sombrero y se da la vuelta. Sigo sus pasos con la mirada hasta que desaparece. Solo entonces llega la rabia. Una rabia poderosa y turbulenta que me impulsa a ir detrás de él.

—Sophia, ¿te importa que salga un momento? —le pregunto con tono agitado.

La abuela sabe lo que voy a hacer. Lo lee en mis ojos y me sorprende que no me frene.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Gracias.

Echo a caminar con resolución. Sé dónde buscarlo. Me dirijo a las caballerizas y lo encuentro ensillando un caballo. Su espalda es la de un armario empotrado. Enorme y llena de músculos. Antes me habría infundido respeto, pero ahora estoy tan furiosa que no mido mis palabras. No podría hacerlo ni aunque me esforzara.

—Eres un idiota prejuicioso y que se atreve a juzgarme cuando ni siquiera me conoce. Yo también tengo una opinión de ti desde el día que te conocí. Pero tuve la delicadeza de guardármela porque le ofrezco a todo el mundo el beneficio de la duda. ¿Y sabes qué? Siempre que creo que no puedes ser tan malo como pensaba, te esfuerzas en demostrarme que realmente eres tan obcecado, simple y desagradable como ya imaginaba.

El corazón está a punto de salirse del pecho y respiro con dificultad porque estoy muy alterada. Blake ni siquiera se da la vuelta para mirarme a los ojos. Sus hombros emanan tensión y sé que me ha oído. Me responde con una voz gélida y desprovista de emoción.

—Ponte a trabajar si ya has terminado. Vete al pueblo antes de que oscurezca. Es una orden.

Se sube al caballo y lo espolea. Pasa por mi lado y ni siquiera me mira. Observo su rostro de refilón. La expresión adusta y la mandíbula apretada. Que finja lo que le dé la gana. Sé que mis palabras le han afectado tanto como a mí las suyas. Pero su orgullo es tan descomunal que jamás

lo admitiría. Ya empiezo a conocer al verdadero Blake.

Hannah me mira con los ojos abiertos de par en par. Su cara de asombro me hace tanta gracia que estoy a punto de atragantarme con la cerveza. Estamos en el bar de Wendy porque le debía tomarnos algo. Le he contado lo sucedido con Blake porque ella me ha preguntado.

—¿De verdad le dijiste que era un idiota prejuicioso, simple, obcecado y desagradable? — pregunta impresionada.

Ahora que lo repite en voz alta, me doy cuenta de lo mal que suena. No me siento culpable. Él me llamó cosas peores. Me catalogó como una niña rica y aburrida que no se esfuerza para conseguir nada. Lo que me faltaba por oír. Proviengo de una familia humilde y trabajadora y nadie me ha regalado lo poco que tengo. Nuestra relación está en un punto tan crítico que no puedo contarle la verdad, pero seguro que cerraría esa boca tan crítica si supiera el motivo que me ha llevado hasta aquí. No tiene nada de frívolo ni de soñador. Y mucho menos responde a una aventura absurda y carente de sentido. Menudo imbécil.

—Y creo que me quedé corta —le doy un trago a la cerveza que me sabe muy amargo.

Tenía la esperanza de llevarme bien con mi cuñado. ¿Tan ilusa soy? Creí que habíamos avanzado un par de pasos después de nuestra clase de equitación. No lo entiendo. No sé a qué viene su hostilidad. Blake me tiene completamente desconcertada. Es un misterio al que no sé cómo acercarme.

—Nadie se atreve a hablarle así. Menos en público. No sé si decirte que eres muy valiente o una insensata.

—Blake no me da miedo. El león no es tan fiero como lo pintan.

—Te doy toda la razón. En el fondo Blake es puro corazón. Lo que pasa que es un hombre muy difícil de conocer.

—Ya... y yo soy Gandhi—bromeo sin darle crédito—. Entiendo que es tu jefe y no puedes hablar mal de él. No te voy a poner en semejante compromiso.

—No lo digo porque sea mi jefe. Blake le ofreció trabajo a mi madre cuando mi padre falleció. El banco nos embargó la casa y no teníamos a dónde ir. Él llamó a nuestra puerta y le dijo a mi madre que allí tendríamos un techo y un trabajo con el que ella podía ganarse la vida. A mí me costaba mucho estudiar y Blake pagó a un profesor particular para que pudiera acabar el instituto. Se comportó conmigo como lo haría un buen hermano mayor. No tenía por qué. Unos años más tarde mi madre se tuvo que mudar para cuidar de su hermano y Blake me dijo que yo podía quedarme si era lo que de verdad quería. El rancho es mi hogar desde que tenía dieciséis años. Ni siquiera lo pensé. Allí me siento como si fuera mi casa. Los Sackler son una familia maravillosa.

—Siento lo de tu padre.

—No pasa nada.

Me quedo pensando en lo que me ha contado. Hay un comentario que se me ha quedado grabado: «se comportó conmigo como lo haría un buen hermano mayor». Sé que la relación entre Josh y Blake no era buena. Quiero preguntarle a Hannah por Josh, pero no sé cómo hacerlo sin ponerme en evidencia. Al final lo descarto.

—¿Tú también crees que no voy a durar aquí ni un suspiro?

—No me gusta juzgar a las personas. Cuando iba al instituto todos creían que era una idiota porque me costaba aprobar los exámenes. Sacarme el graduado fue una verdadera odisea y me sentí muy herida cuando comprendí que lo que para mí había sido un orgullo, otros se lo tomaban como la pequeña aspiración de una chiquilla mediocre. Sé lo que se siente cuando te juzgan. Por eso no lo hago con nadie.

—No creo que seas mediocre, Hannah. Es ridículo que todos tengamos las mismas aspiraciones. Las personas pueden ser muy crueles y rara vez se ponen en la piel del otro. Quizá debería haber ignorado el comentario de Blake, pero me sentó fatal porque estoy harta de que todos se formen una opinión de mí sin ni siquiera tomarse la molestia de conocerme.

—Sophia y yo estamos muy contentas de que estés en el rancho. A lo mejor deberías quedarte con las opiniones buenas.

—Puede que tengas razón.

—Nunca he tenido una amiga —me confiesa con una sonrisa insegura que me causa mucha ternura—. En el instituto era de todo menos popular. Este es un pueblo pequeño donde todos me conocen y hay poca gente joven, y en el rancho todos me tratan como a una hermana. Así que...

—¿Te molesta que te traten como a una hermana? —pregunto, intuyendo que me está ocultando algo.

—No me importa que Blake y Stuart me vean de esa manera. En realidad me encanta. Pero Bill... —se le escapa un suspiro soñador—. Estoy colada por él desde que nos conocemos.

—¿En serio? —pregunto ilusionada, y ella asiente ruborizada—. No pongas esa cara. A ver, ¿Bill tiene novia?

—No.

—¿Le has confesado lo que sientes?

—¡No! —exclama aterrada, y agarra mis manos con ansiedad—. Por favor, ¡no se lo digas! Me moriría de la vergüenza y no podría mirarlo a la cara.

—Tranquila, no es algo que me corresponda a mí. Que te vea como a una hermana es bueno porque significa que te tiene aprecio. A veces la amistad es el comienzo de algo más serio.

—Lo dudo. La amistad entre un hombre y una mujer significa que uno de los dos no ve al otro de esa manera.

Me muerdo el labio. Me encantaría explicarle que yo estuve en su lugar. Lo que sentí era tan fuerte y desconcertante que todavía me cuesta asimilarlo.

—No lo sabes. ¿Y si Bill siente lo mismo que tú y ninguno de los dos se atreve a dar el primer paso?

—Nadie se fijaría en mí. Soy una chica mediocre. Es lo que todos decían en el instituto. Ojalá fuera tan guapa como tú.

Me da pena que se vea de esa manera. Me ahorro contarle que la belleza no lo es todo en la vida. Simplemente parecería una chica guapa restándole importancia porque puede hacerlo. Ser guapa no es algo de lo que me sienta orgullosa. De hecho, a veces me ha complicado la vida y le ha dado a los demás motivos para tratarme de una forma diferente.

Hannah no es fea. Tiene una frondosa mata de pelo castaño, una sonrisa amable y unos ojos que desprenden vitalidad. Sé que podría sacarse partido con un corte de pelo y algo de maquillaje.

—¿Quieres que te ayude a renovar tu look? Podemos ir un fin de semana al centro comercial. Así tendrás la seguridad que necesitas para acercarte a Bill. ¿Qué te parece?

—Me parece que eres maravillosa.

Hannah me da un abrazo tan fuerte que me cuesta respirar. Le explico lo que tengo pensado y ella se emociona cuando escucha la palabra «peluquería». Hannah es un verdadero amor. Cariñosa, alegre y cercana. Me levanto para ir a la barra a pedir dos cervezas y me tropiezo con una mujer muy atractiva. Llevo las dos jarras casi vacías y le salpico un poco de líquido en la blusa.

—Lo siento —me disculpo avergonzada—. Creo que tengo un pañuelo en el bolso. Si me dejas que vaya a buscarlo...

—Qué asco —observa la mancha con expresión disgustada y luego clava la mirada en mí. Enarca las cejas porque lo que ve la sorprende. Sé lo que está pensando sin necesidad de que abra la boca. Para algunos hombres soy un polvo deseado, y para otras mujeres soy una rival—. Mira por dónde vas, bonita.

Admito que no me esperaba semejante salida de tono. Me echo a un lado cuando ella se marcha con un movimiento de cabello de lo más engreído. Tiene una cascada de tirabuzones negros que le llega por debajo de la cintura, y unas curvas generosas que realza con un vestido rojo y ceñido. La reconozco cuando sale del bar. Es la mujer con la que Blake estaba discutiendo aquel día. Me

puede la curiosidad cuando vuelvo con las dos cervezas y Hannah me mira preocupada. Sé que lo ha visto todo.

—Ten cuidado con ella.

—¿Quién es?

—Stella.

—Hace unos días la vi discutiendo con Blake.

La expresión de Hannah se ensombrece y no dice nada. Estoy tan intrigada que no puedo dejarlo estar.

—¿Debería saber quién es?

Hannah se lo piensa antes de hablar. Al final se encoge de hombros y murmura de mala gana:

—Supongo que tarde o temprano te vas a enterar porque cabe la posibilidad de que te la cruces en el rancho. Es la madre de Avery.

¡Avery! Vaya, acabo de averiguar de quién ha heredado el genio y esa preciosa melena de bucles azabaches.

—Conocí a la niña esta mañana. ¿Stella trabaja en el rancho?

Hannah se ríe como si acabara de contarle un chiste.

—Stella odia el rancho con todas sus fuerzas. Solo lo pisa cuando va a recoger a Avery. Pensé que lo sabías. Avery es la hija de Blake.

Se me desencaja la expresión y estoy a punto de caerme de la silla. ¡Blake tiene una hija! Me llevo las manos a la boca porque necesito digerir esta noticia. Josh tiene una sobrina. ¿Por qué nunca me habló de ella? Estoy tan impresionada que no sé cómo sentirme al respecto. Él apenas hablaba de su familia y se negó a presentármela. Pero... ocultar que tenía una sobrina...

—Es una niña preciosa. Ha salido a su madre.

Hannah tuerce el gesto.

—No me gusta hablar mal de los demás, pero ojalá solo hubiera sacado de ella la parte física. Es una niña muy difícil.

—Los niños son niños —le resto importancia—. En el fondo será un amor. Como todos.

—Que conste que solo te lo cuento porque cabe la posibilidad de que te veas involucrada y no

quiero que la situación te pille desprevenida —me dice con tono misterioso. La miro sin comprender a qué se refiere. ¿Por qué iba a verme involucrada? ¿A qué se refiere? No me da tiempo a preguntárselo porque sigue hablando—. Será mejor que te mantengas alejada de Avery. La discusión que viste en el bar no es la primera ni será la última. Blake y Stella se llevan a matar y desgraciadamente Avery está en medio. Te lo digo como amiga. Mantente al margen porque podrías verte salpicada por un conflicto muy desagradable.

—No lo entiendo —respondo con naturalidad—. No soy amiga de Blake y tampoco conozco a Stella. ¿Por qué iba a verme salpicada? Tendrás que ser más explícita.

—Porque se llevan a matar y discuten por todo lo que tiene que ver con Avery. Su educación, su forma de vestir, la custodia... absolutamente todo. He visto como ella te ha mirado. Stella se pondrá hecha una furia cuando averigüe que trabajas en el rancho.

—¿Por qué?

Hannah pone los ojos en blanco como si fuera demasiado evidente. Sigo sin entenderlo. ¿Qué tengo yo que ver con esos dos? Blake me detesta y a ella ni siquiera la conozco. Estoy al margen. No quiero problemas.

—¿Porque eres preciosa! —exclama con los brazos extendidos—. Y ella era la mujer más espectacular del pueblo hasta que tú has llegado. Y ahora Blake es tu jefe. ¿De verdad que no ves lo que eso significa?

—¿Me estás diciendo que me acabo de crear una enemiga? —pregunto alucinada.

—Eso creo —me mira con cierta compasión y añade en voz baja—: Stella sigue enamorada de Blake. Da igual que tú no estés interesada en él. Te va a ver como una amenaza. Y esa mujer puede ser verdaderamente odiosa cuando alguien se interpone en su camino. Sé de lo que hablo. Me hizo la vida imposible cuando estábamos en el instituto. Es una arpía.

Me reclino en la silla e intento asimilar todo lo que me ha contado. Blake tiene una hija. Avery es mi sobrina. Josh me la ocultó. Blake tiene una relación complicada con su ex. Dios mío, ¡tengo una sobrina! Una niña preciosa y un pelín rebelde. Apenas la conozco y ya la quiero con toda mi alma.

—Tranquila, me voy a mantener al margen —le aseguro, y estrecho su mano porque me conmueve que se muestre tan preocupada—. Ya no estás en el instituto, Hannah. No tienes por qué temer a esa mujer.

29 de junio de 2015

Helena corrió por el pasillo de la universidad. Acababan de publicar las notas y todavía le quedaba por saber su calificación en Introducción a la literatura universal, la clase de su “apreciado” profesor Foster. Un montón de alumnos se agruparon delante del tablón de anuncios. Se puso a la cola y esperó su turno con una creciente ansiedad. Seguro que había suspendido. Por más que se esforzaba, siempre aprobaba los trabajos de Foster con un suficiente raspado. Él se la tenía jurada.

«Señorita Jones, deje de levantar la mano. Todos hemos visto que se cree una eminencia en El trabajo isabelino, pero su ensayo demuestra lo contrario».

«Señorita Jones, mediocre como siempre».

«Señorita Jones, leer uno de sus ensayos es más trágico que leer una novela de Shakespeare».

Foster la despreciaba. Al menos ya se había hecho a la idea de que iba a suspender. Así no se llevaría un disgusto. Respiró profundamente cuando se enfrentó al tablón de anuncios. Buscó su apellido con el dedo y lo guio hacia la nota. Cruzó los dedos porque la esperanza era lo último que se perdía.

«Summa Cum Laude».

Se llevó las manos a la boca y tembló de emoción. No podía ser. Lo estaba soñando. Tal vez se había equivocado con otro estudiante. Llevó el dedo hacia su nombre y lo desplazó hacia la nota. Las tres palabras mágicas seguían allí.

«Summa Cum Laude».

—¡Joder! —exclamó eufórica y sin poder creérselo.

—¿Satisfecha, Señorita Jones?

La voz de Foster la sobresaltó. Utilizó un tono amigable y completamente distinto al habitual. Ella se volvió hacia él y vio, por primera vez, la sonrisa de su profesor de literatura. Una media sonrisa que lo decía todo.

—Enhorabuena, Señorita Jones.

—Pero yo... creí que usted... —balbuceó sin encontrar las palabras.

—Se lo merece. Disfrute del verano.

Foster le guiñó un ojo y se marchó por el pasillo. Helena apoyó la espalda contra la pared y se

echó a reír como una histérica. Llevaba todo el curso creyendo que Foster la odiaba y acababa de descubrir que él solo le había puesto las cosas difíciles para que diera el máximo de sí misma. A pesar de lo mal que se lo había hecho pasar, Helena siempre le estaría agradecida por ello. Y años después recordaría con cariño al mejor profesor que había tenido en la universidad.

Necesitaba contárselo a Josh y sabía dónde encontrarlo. Su amigo estaba tomando el sol sobre el césped del campus. Sin camiseta. Tenía eclipsadas a un grupo de estudiantes que lo señalaban y murmuraban entre sí con risillas llenas de lujuria. Leyó los labios de una de ellas: «está más bueno que comer con los dedos». Helena pensó que no le faltaba razón. Durante aquel primer año, Josh se había labrado una reputación de conquistador bien merecida. Necesitaba muy poco para llevarse a una chica a la cama. Un par de frases hechas, una miradita y ya la tenía en el bote. No es que Helena fuera virgen, pero lo de Josh era puro vicio. Y en ocasiones tuvo que reconocer que se ponía algo celosa cuando Josh repetía más de una vez con la misma chica.

Tonterías sin fundamento. Lo que ellos tenían era mejor que el sexo. Porque el paso del tiempo agotaba la llama de la pasión y entonces solo quedaba la amistad. Ellos se habían ahorrado complicar la ecuación y se habían quedado con lo que de verdad merecía la pena. La confianza, el cariño, una amistad tan sólida que nada ni nadie podía romperla. Solo que... cuando se paraba a mirarlo sin que él se percatara, ella se daba cuenta de lo guapísimo que era y se le escapa un suspiro soñador. ¿Cómo sería acostarse con él? Dejarse llevar con el único hombre que la conocía casi tan bien como ella misma. Llevar la complicidad un paso más cuando se quitaran la ropa. Se lo comió con los ojos. El torso bronceado y fibroso. El vello oscuro que se perdía por debajo de la presilla de los pantalones. Se le secó la boca y apartó la mirada porque se sintió culpable por pensar en Josh en aquellos términos. Su amigo. Era sagrado. Y punto.

—¡Eh, Gimli! —la llamó él—. ¿Me vas a decir ya que nota has sacado? Y de paso me dices la mía.

—¿Estás demasiado ocupado tomando el sol para mover el culo?

Fue hacia él y Josh se cubrió los ojos para observarla. Solo cuando se percató de la expresión radiante de Helena se incorporó para sentarse.

—No fastidies. ¿En serio? ¡Te lo dije! ¡Te dije que ibas a bordarlo! Suéltalo ya. ¿Sobresaliente? ¿Matrícula de honor?

Helena se sentó a su lado.

—Summa Cum Laude.

—¡La hostia!

Josh se abalanzó sobre ella y la tiró encima del césped. Todos los miraron. El grupo de chicas puso mala cara porque creyó que eran pareja. Helena se partió de risa cuando él comenzó a hacerle cosquillas justo donde sabía que las tenía.

—¡La que iba a suspender!

—¡Para! Josh, ¡por favor! —lloró de la risa.

—A este paso te van a enmarcar en el pasillo de la universidad.

—No seas exagerado.

Josh dejó de hacerle cosquillas y se tumbó a su lado. Ella hizo lo mismo. Josh apoyó un codo en la hierba y se sostuvo para mirarla de aquella forma que tanto la ruborizaba. Con sus ojos verdes diciéndole un puñado de verdades que jamás se atrevía a decir en voz alta. Debería estar prohibido que un hombre mirara a una mujer como lo hacía él con ella. A los ojos. Sin pestañear. Casi comiéndosela con los ojos y prometiéndole un montón de cosas que para ellos eran imposibles.

—Tú has sacado un notable alto.

—Que mediocridad. Después de tu nota es como si me hubieran vomitado encima.

—Venga ya —puso los ojos en blanco, aunque su interior no pudo evitar regocijarse. La verdad era que había sacado unas buenas notas. El esfuerzo había merecido la pena. Y Josh también lo había bordado. La diferencia era que él se esforzaba lo justo y ella se pasaba la mitad del día con la cabeza enterrada en los libros—. Esta noche quiero salir a celebrarlo.

—Hecho. Sabes que soy el rey de las fiestas. ¿Qué harás este verano?

—Ni idea. Supongo que lo pasaré en casa de mis padres. ¿Y tú? ¿Viajarás a Texas? Me encantaría visitar el rancho. Tiene que ser tan bonito...

—Ni de coña —respondió con vehemencia—. Me voy a California.

—¿California?

Josh le tendió un folio. Era una solicitud de inscripción para el programa de verano de la universidad. Ofrecían alojamiento y trabajo en prácticas en empresas asociadas con la universidad. El salario era irrisorio pero tenían la posibilidad de hacer cursos y formarse.

—Vente conmigo. Sol, arena, mar... Trabajar será lo de menos. Lo pasaremos bien.

—No sé... Creo que debería pasarlo con mi familia.

—Yo creo que deberías pasar el verano conmigo. Mira —le cogió la mano y se la llevó hasta el pecho—. Me lo dice el corazón.

—¡Eres tonto!

Josh tenía la piel cálida y suave. Tuvo ganas de acariciarle todo el cuerpo y acarrear con las consecuencias. Terminó apartando la mano.

—Cualquier día me lo voy a creer —se hizo la víctima—. Piensa en todas las ventajas. Nos van a pagar, tendremos experiencia y nos bañaremos en la playa. Son casi unas vacaciones gratis. Y tomaremos el sol. Mucho. Te hace más falta que a mí. Pareces sacada de Crepúsculo.

—Soy descendiente de alemanes, imbécil. Sabes que cuando tomo el sol me pongo como la estrella de mar de esos dibujos infantiles tan horribles.

—¿Patricio?

—Ajá.

Josh se partió de risa y ella le dio un codazo.

—Te llevaré a todos los sitios donde se rodó Californication. No sé qué le ves a David Duchovny, pero por ti me sacrifico.

—Sigue intentándolo.

—Una palabra: Hollywood. Buscaremos la estrella de Jack Nicholson y luego subiremos a la colina para hacernos una foto delante del famoso cartel de Hollywood. A eso no puedes resistirte.

—El cartel está vallado y hay cámaras de seguridad.

Josh resopló porque ella era un hueso duro de roer.

—Vale. A esto sí que no podrás resistirte. Disneyland. Ahorraré para llevarte.

A Helena se le iluminaron los ojos. Qué bien la conocía. Llevaba toda la vida soñando con ir a Disneyland.

—No juegues con mis sentimientos —le advirtió muy seria—. Sabes que mi sueño desde niña es conocer al Pato Donald.

—Yo soy más de Mickey Mouse, pero te acompañaré de todos modos.

—¿En serio?

—Depende. ¿Te vienes conmigo a California?

Helena se mordió el labio y pensó en las consecuencias de pasar todo un verano con Josh. Sin la presión de los exámenes para alejarla de semejante distracción carnal. Sin la universidad para frenar sus impulsos. Sin Penny para advertirle que no se fiara de él.

—La secretaría cierra dentro de diez minutos y hoy se acaba el plazo para presentar lo solicitud...

—¡Vale!

Rellenó el papel y Josh le dio la mano para que se incorporara. California. Allá iban.

La mañana se me pasa volando. Me desplazo por el rancho para cortar flores y ayudar a Sophia con la preparación de las cremas. Hoy he recorrido varias millas para encontrar rosas silvestres para emplear en un perfume. Montar a caballo me facilita el desplazamiento y cada vez me siento más segura a lomos de Daisy. No es mérito mío. Daisy es una yegua mansa y me lo pone muy fácil.

Antes de salir de la cuadra me paro delante de un enorme caballo negro. No sé por qué lo tienen siempre ahí encerrado. Es un ejemplar precioso.

—Hola. Eres increíblemente guapo.

Estiro el brazo para acariciarlo y dudo cuando el caballo relincha. Dejo el brazo en el aire y le pido permiso con la mirada. Desde que estoy aquí, tengo la impresión de que los caballos son animales inteligentes y muy perceptivos. Daisy y yo nos comunicamos sin necesidad de hablar. Ella aminora el ritmo cuando me siento insegura y yo le agradezco lo buena que es con un cepillado. Jamás me habría imaginado que esto fuera posible. Antes les tenía demasiado respeto a los animales y ahora me encuentro hablando con un caballo. Si Josh me viera...

—¿Puedo acariciarte? —le pregunto con cautela—. Te prometo que no voy a hacerte daño.

El caballo inclina la cabeza y me lo tomo como un sí. Le paso la mano por la crin y noto como se tranquiliza.

—Buen chico.

Le ofrezco una zanahoria. Las llevo dentro del cesto porque descubrí que a Daisy le encantan.

—¿Por qué te tienen aquí encerrado? ¿Es una especie de castigo o algo por el estilo? —lo miro a los ojos y siento que me comprende. Bajo la voz por si John Wayne está por aquí cerca. No quiero que me escuche criticarlo—. Te prometo que intentaré convencer a tu dueño para que me deje dar un paseo contigo. Haré todo lo posible. Ya sabes cómo es. Es un hueso duro de roer pero yo puedo ser muy pesada. Ese no me conoce.

Me paso un buen rato acariciándolo, hasta que recuerdo que todavía tengo trabajo por hacer y me despido de él dándole un beso en el hocico. A Daisy le encanta que le haga carantoñas y me está ayudando a perderle el miedo a los animales. Estoy llegando a la casa cuando me cruzo con Avery. Está escuchando música bajo la copa de un mezquite. Se quita un casco y corre hacia mí cuando me ve. Mi sobrina. Mi corazón da saltitos de emoción. Luego recuerdo lo que me ha dicho Hannah. Le prometí que me mantendría al margen, pero creo que no hago nada malo si le presto algo de atención. Al fin y al cabo es mi sobrina. Tengo derecho a relacionarme con ella, ¿no?

—Hola.

—Hola, Avery.

—¿Eres rubia natural o estás teñida?

La pregunta me deja a cuadros.

—Natural.

Entrecierra los ojos y se pone de puntillas para tocarme el pelo. Me aguanto la risa como puedo. Menuda niña.

—¿De qué estás operada?

—¿Perdona? —me cruzo de brazos y la observo con un falso enfado—. No puedes preguntarle eso a nadie. Es de mala educación.

—¿Por qué?

—Porque es algo personal y algunas personas podrían ofenderse. Además, no hay que darle importancia al aspecto físico de los demás. Lo importante es lo que hay dentro.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta con cierto temor.

—No.

—Estoy escuchando a Ariana. ¿Te gusta?

—Me encanta.

—Dime tu canción favorita.

Sé que me está poniendo a prueba para saber si le miento. Respondo sin vacilar.

—Stuck with you.

—¡La mía también! —exclama ilusionada—. Lucy dice que es Thank u, next. Es la que dice todo el mundo. Pero Lucy es tonta.

—¿Quién es Lucy?

—Una amiga del cole.

—Pues no hables así de ella. De las amigas solo se pueden decir cosas positivas en público. Es la gran norma de la amistad, ¿no lo sabías? —ella me mira indecisa—. A ti no te gustaría que ella dijese lo mismo de ti, ¿verdad?

—No —admite de mala gana.

—Mi abuelo suele decir: trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti.

—¿Tu abuelo es tan viejo como mi abuela?

—No puedes llamar viejo a la gente.

Ella resopla.

—¿Por qué no?

—Porque es grosero. Haremos una cosa. Si tú me prometes que no volverás a llamar tonto o viejo a nadie, yo te prometo que te haré el peinado de Ariana Grande.

Ella abre los ojos de par en par y me mira impresionada.

—¿Sabes hacerlo?

—Por supuesto. No te lo prometería de no poder cumplirlo.

—¿El de la coleta?

—El mismo.

—¿Y cómo sabrás si yo cumplo la promesa? Podría mentirte.

Una sonrisa traviesa le ilumina la cara. Intento meterme en mi papel y le ofrezco una mirada severa.

—Lo sabré. Tengo un don para captar mentiras. Si me mientes lo sabré. ¿Trato hecho?

—¡De acuerdo!

Avery sale disparada hacia el columpio de la rueda. Me saluda con la mano cuando se sube encima y le devuelvo el saludo. No tengo remedio. Llevo dos minutos a su lado y ya le he cogido cariño. Si Josh estuviera aquí, pondría los ojos en blanco.

Termino la jornada y Sophia me pide que lleve un jarrón con lavandas a las cuadras porque dice que relaja a los caballos. Es la primera vez que lo escucho y me parece raro, pero desde que trabajo con ella estoy aprendiendo mucho sobre las propiedades de las plantas y opto por no contradecirla porque sé que se enfadaría. Escucho unos relinches y una voz autoritaria cuando me voy acercando. Es Blake. Y está tirando de las riendas del caballo al que estuve acariciando. El animal se niega a obedecerlo y comienza a encabritarse. Estoy a punto de dar media vuelta

cuando me pilla en el acto.

—¿Qué haces con eso?

—Tu abuela me ha pedido... —dejo la frase sin acabar cuando me doy cuenta de lo ridículo que es. Sophia lo ha hecho a propósito para forzar mi encuentro con Blake. Hoy lleva todo el día insistiendo en que debería conocer mejor a su nieto porque no sé lo que me pierdo. Ya ves tú. Pobre mujer. Tiene la esperanza de emparejarlo con alguien y debe creer que yo soy una buena opción. Me abstuve de decirle que a Blake no lo soportaría ninguna mujer con dos dedos de frente—. Nada. Da igual.

Dejo el jarrón encima de una mesa llena de trastos y me doy la vuelta. El caballo relincha y oigo a Blake maldecir en voz baja. Observo la escena por encima del hombro con disimulo. El caballo se enfurece y levanta las patas delanteras. Brake tira de las riendas en un intento por doblegarlo. Suspiro. Ya sé que no debería intervenir, pero...

—Lo estás poniendo nervioso.

Su mirada furiosa se clava en mí.

—¿Eres experta en caballos?

—No, pero...

—Entonces no me digas como hacer mi trabajo. Llevo toda la vida encargándome de ellos. Sé lo que tengo que hacer.

—Vale. Lo pillo —tengo la intención de ir hacia el coche y regresar al motel. Lo juro. Pero entonces el caballo golpea con furia el suelo y tira un cubo de agua de una patada. No me puedo resistir—. Yo creo que está un pelín estresado porque lo tenéis todo el santo día encerrado.

—¿Crees que nadie ha intentado darle un paseo? ¿Y qué crees que se supone que intento hacer? ¿Pegarle una paliza? ¿Por alguien así me tomas?

—Oye, para el carro —le espeto irritada—. Yo no te tomo por nada. El que emite juicios deliberados eres tú.

—Lo tenemos encerrado porque he intentado varias veces domarlo sin éxito. Todavía es un caballo salvaje. Es peligroso. Para las personas y para el resto de los caballos. El otro día tiró a Stuart de la montura. Ni siquiera sé por qué te doy tantas explicaciones.

Ignoro su último comentario porque yo sí lo sé. Me las da porque se ha sentido atacado por lo que le he dicho. Ahora sabe lo que se siente cuando alguien te juzga.

—¿Peligroso? —repito sin dar crédito—. Hace un rato lo he estado acariciando y se ha dejado.

Blake ignora al caballo por un segundo y se centra en mí. Me mira de una manera tan indescifrable que me muero por saber lo que está pensando. Desgraciadamente, tardo tres segundos en averiguarlo.

—No hace falta que te las des de valiente para impresionarme.

Aprieto los labios y contengo la rabia. Dios, esto es el colmo.

—Además de creer que soy una niña rica y aburrida, también das por hecho que soy una mentirosa. Vaya, la cosa mejora por momentos. Dímelo todo de una vez. Así me ahorras disgustos.

Blake se percata de mi enfado y vacila. Su ceño fruncido se desdibuja hasta que lo único que hay en su gesto es desconcierto.

—¿Lo dices en serio?

—Piensa lo que te dé la gana.

Estoy cansada de sus pullas injustificadas y de tanta suspicacia. Estoy a punto de darme la vuelta cuando dice con un tono inusualmente calmado:

—¿Te atreves a volver a acariciarlo? Quiero probar una cosa. Si no te importa, claro.

Me encojo de hombros. No pienso quedar como una embustera. Me acerco al caballo, que relincha con energía. Utilizo el mismo tono meloso de antes y estiro el brazo con determinación.

—Hola, precioso. ¿Me dejas acariciarte? No te haré daño. Antes te gustó. Si me dejas, te recompensaré con una zanahoria.

—Ten cuidado —me advierte Blake—. No lo acaricies si se pone nervioso.

—Sé lo que me hago.

—Helena.

Es la primera vez que dice mi nombre. O por lo menos, yo no recuerdo que lo haya mencionado con tanta vehemencia. Blake tira de la cuerda y el caballo se remueve inquieto. No sé por qué me expongo, pero una parte de mí necesita demostrarle que no soy una inútil. Ni una niña caprichosa que esté aburrida de su vida en la gran ciudad.

—Helena, ten cuidado. No lo acaricies si no estás segura.

—Precioso, mírame e ignora a ese bruto —noto que Blake se tensa detrás de mí. El caballo se relaja cuando le hablo—. Eso es... buen chico. Eres increíblemente bonito. Te voy a acariciar, ¿vale?

Acerco el brazo a su morro y permito que me huela unos segundos antes de pasarle la mano por la cara. El caballo entrecierra los ojos y se deja hacer. Me atrevo a extender la caricia y pasar la mano por el lomo. Busco una zanahoria dentro del bolso y se la ofrezco. Cuando me vuelvo hacia Blake, él está completamente atónito. Resisto una sonrisa de suficiencia porque no quiero quedar como una creída. Pero... cómo disfruto. Por dentro lo disfruto como aquella vez que gané al ajedrez a mi abuelo después de un montón de derrotas incontables.

—Adiós, bonito. Ojalá que algún día pueda montarte —le doy un beso en el morro y luego paso por el lado de Blake sin mirarlo.

Me largo de allí con la cabeza bien alta. Estoy llegando al coche cuando escucho unos pasos acelerados detrás de mí.

—Helena.

Su voz es potente y autoritaria. Abro la puerta del coche y lo oigo gruñir. Se va a tener que ir haciendo a la idea de que no soy uno de sus empleados. Al menos yo estoy convencida de que trabajo para Sophia y no debo rendirle pleitesía.

—Helena —insiste, y añade con tono modesto—: ¿Tienes un segundo?

Vaya, eso ha debido costarle un riñón. Como mínimo. Me vuelvo hacia él con una expresión imperturbable. Por dentro estoy furiosa pero no pienso demostrarle que ha herido mis sentimientos.

—Siento haber dudado de ti.

—No has dudado de mí. Me has llamado mentirosa. No es lo mismo.

—De acuerdo —admite de mala gana—. Te he llamado mentirosa y me arrepiento de ello. Aunque si te sirve de algo, lo habría hecho con cualquiera que me hubiera dicho que se había acercado a ese caballo.

—No me sirve de nada.

Blake se pasa la mano por la barbilla y masculla una maldición que no logro entender. Parece tan nervioso como el caballo hace un rato. Es evidente que no está acostumbrado a dar su brazo a torcer.

—Te pido disculpas por haberte llamado mentirosa.

Me mira a los ojos cuando lo dice. Sé que le ha costado un gran esfuerzo. Lo sé porque me mira impaciente y un tanto inseguro.

—Las acepto.

—Bien.

—¿Cómo se llama el caballo?

—No tiene nombre.

—¿Por qué?

—Aquí tenemos una tradición. Los bautizamos cuando son domados. Es el domador quien elige el nombre. Con este llevamos intentándolo casi un año. Sus padres fueron criados aquí y nadie se explica por qué es un caballo tan tozudo.

—Habrá salido a ti.

Juro que me sale sin pensar. Blake cuadra los hombros y su cara vuelve a convertirse en esa máscara gélida. Genial, acabo de cabrearlo. Podría sacar matrícula de honor en esto. Se me da de lujo.

—¿Te gustaría ayudarme a domarlo?

Estoy tan asombrada que no sé qué decir. Esperaba que se diera la vuelta y se marchara destilando furia. ¿Quiere que yo lo ayude en algo? Casi estoy a punto de pedirle que me repita la pregunta por si no lo he oído bien.

—No creo estar preparada para semejante trabajo, la verdad... —admito con humildad.

—Solo quiero que le hables mientras yo intento domarlo. Tu voz lo tranquiliza. Es como si hubieras formado un vínculo con ese caballo. Le caes bien —al ver que no respondo, añade sin acritud—. No quiero ponerte en un compromiso. Solo si te apetece. No te veas obligada a decirme que sí. Lo entenderé.

—Vale.

—Mañana a las siete. Puedo pasar a recogerte si...

—Vendré en mi coche —no lo dejo terminar.

—Como quieras. Ten cuidado con la carretera. Ya casi va a atardecer.

Asiento y estoy a punto de montarme en el coche, pero de repente me acuerdo de Avery y siento la necesidad de sacar el tema. Somos familia. Tarde o temprano tendré que decírselo.

—El otro día conocí a Avery. No sabía que tienes una hija.

Su expresión se endurece.

—Porque no es asunto tuyo.

Debería estar más que acostumbrada a sus salidas de tono, pero reconozco que me deja con dos palmos de narices cuando se larga después de espetarme semejante frase. Entro en el coche y cierro de un portazo. Aprieto el volante, arranco y piso el acelerador. De verdad, no lo entiendo. Estoy poniendo todo de mi parte para llevarme bien con él, pero me lo pone tan difícil...

15 de julio de 2016

Si la cabeza de Josh tuviera banda sonora, la canción de cabecera sería California Dreamin. Porque Helena y él estaban pasando un verano inolvidable en Santa Bárbara. Sí, también tenían que trabajar. Pero él se había integrado a la perfección en un periódico local y ella estaba muy contenta en aquella pequeña editorial especializada en libros de poesía moderna. Hicieron turismo cada vez que el tiempo libre se lo permitía. Fueron a Los Ángeles y se sintieron como estrellas de cine recorriendo el paseo de la fama de Hollywood y buscando a Jack Nicholson y Steven Spielberg. Subieron al Monte Lee para fotografiarse con el famoso letrero y ella estuvo a punto de estrangularlo cuando él fingió que iba a saltar la valla. El cartel impresionaba de cerca porque las letras medían catorce metros de alto. Se bebieron dos bud ligh calientes mientras Helena le contaba que Peg Entwistle, una actriz, se suicidó en 1932 saltando desde la letra H. Josh lo buscó en internet unas horas más tarde y confirmó lo que ya sabía: Helena tenía un cerebro lleno de datos curiosos e insólitos que siempre lo dejaban impresionado. El programa de verano de la universidad los relacionó con estudiantes de los sitios más variopintos del mundo. Por las noches iban a la playa y hacían fiestas en torno a una hoguera. Había alcohol, desenfreno y juventud en su máximo apogeo. A Josh no le faltaban chicas con las que pasárselo bien. Y Helena...

Torció el gesto cuando se acordó de aquel idiota. Todo sería casi perfecto de no ser por él. Will. Un surfero de la costa este que había ido a California para surcar las olas y tocarle los cojones. Supo que le traería problemas en cuanto lo vio. Josh pensó que aquel viaje sería la oportunidad perfecta para acercarse a Helena. Conseguiría que ella se dejara llevar porque por fin estaban lejos de la universidad y el agobio de los exámenes. A vivir la experiencia no como amigos, sino como aquello que estaban destinados a ser en realidad. Porque él lo tenía clarísimo. Estaban hechos el uno para el otro. Ella era su mejor amiga, su confidente y la persona que mejor lo conocía. Su Helena. ¿Por qué no dar un paso más y dejarse de tonterías? Las demás no significaban nada para él. Distracciones pasajeras con las que fingir que no estaba loco por su mejor amiga. Estaba convencido de que ella sentía lo mismo. Lo veía en sus ojos y en esa manera tan especial de mirarlo cuando creía que él no se daba cuenta.

Entonces apareció el maldito Will. Con la típica melena rubia y los ojos azules. Joder, si casi parecía su hermano. Y Will decidió que tenía que conquistar a Helena porque era la chica más guapa de todas. Porque si de algo estaba seguro Josh, era de que aquel necio no veía nada más allá de la apariencia de Helena. No se percataba de su manera de apartarse el pelo cuando estaba concentrada. Tampoco de su inteligencia y de lo complicado que era estar a su altura. Ni siquiera de su talento para los crucigramas o de su pasión por Friends y Harry Potter. De lo entregada que era como persona, del valor de su amistad y de las sonrisas sinceras que le dedicaba a todo el mundo. Porque Helena era belleza, sí. Eso podía verlo cualquiera. Pero para él era algo más que un físico pasajero. Helena era un hogar cálido en el que refugiarse cuando afuera reinaba la tempestad. Helena era lealtad y un compromiso que iba más allá de lo razonable. Helena lo era todo.

Hasta que el imbécil de Will llegó para joderle el plan. Empezó con miraditas furtivas y tocando la guitarra en la playa. El Kurt Cobain del tres al cuarto. Escuchándola embobado mientras fingía que de verdad le interesaba lo que ella le contaba. Josh lo miraba con mala cara. Sobre todo cuando intentaba apartarla de él a la menor oportunidad. Will y él no se tragaban. ¿Y qué hizo él cuando Helena empezó a hacerle un poco de caso a aquel surfero con ínfulas de ser el próximo Mick Fanning? Dejarse llevar por el orgullo. Acostarse con la mitad de las universitarias en un intento por poner celosa a su amiga. Y Helena le prestó la misma atención de siempre: ninguna. Porque Helena no le daba importancia a la actitud mujeriega de su amigo. O eso pensaba él. Si hubiera sabido que a ella se la comían los celos cada vez que lo veía coquetear con otra...

—¿Quién soy?

Ella le tapó los ojos y se colocó detrás de él. En el parque de atracciones reinaba el caos. Solo a ellos les podía parecer buena idea visitar Disneyland un fin de semana. Aquello estaba abarrotado de críos. A Josh no le gustaban los críos.

—¿Rapunzel?

—¿Qué? —replicó indignada. Apartó las manos y él se volvió hacia ella—. Luke, yo soy tu padre. Qué decepción. Creí que me conocías mejor.

Josh le hizo una foto con aquella máscara de Darth Vader. Seguro que el cretino de Will tampoco lo habría acertado. Por el amor de Dios, ¡le había regalado una rosa roja! ¿Se podía ser más cutre y simple? Helena no era de rosas. En todo caso le gustaban las margaritas y los regalos personales.

Helena lo miraba todo con los ojos de una niña de seis años. Lo obligaba a repetir en las atracciones más cursis y él soportaba el trago con entereza porque se lo había prometido. Helena era como una enciclopedia parlante. Lo mismo le explicaba el año de rodaje y la técnica utilizada para la película de La sirenita, que le contaba que Mickey estuvo a punto de llamarse Mortimer y que fue la esposa de Walt Disney quien lo convenció a última hora de cambiarle el nombre al famoso ratón. ¿De dónde se sacaba aquellos datos? Ni idea. Pero la curiosidad de su amiga no tenía límites y él la adoraba por aquellas peculiaridades que la hacían tan diferente.

—¡Josh, mira! —ella señaló ilusionada a El Pato Donald. Estaba delante del castillo de La bella durmiente. Había una cola de chiquillos que esperaban emocionados para hacerse una foto con él—. ¿Crees que pareceré una inmadura si me pongo en la cola? Ya sé que no tengo edad, pero...

—Estás en Disneyland. Puedes ser todo lo inmadura que quieras.

Ella echó a correr y esperó su turno detrás del grupo de niños. Se puso a charlar con una cría como si la conociera de toda la vida. Helena era así. Le encantaban los niños y Josh estaba convencido de que sería una gran madre. Ella sonrió de oreja a oreja cuando le tocó posar con Donald. Josh le hizo varias fotos y se echó a reír porque la retrató de las maneras más ridículas. Helena tenía el ceño fruncido cuando fue a buscarlo.

—La última es para enmarcarla. ¿Y esa cara?

Helena bajó la voz para que nadie los oyera.

—Creo que El Pato Donald me acaba de tocar una teta a propósito.

—¿En serio?

—Sí —respondió compungida—. ¡Me acaba de arruinar la infancia!

—¿Quieres que vaya a partirle las piernas?

Helena se aguantó la risa. Ya volvía a estar de buen humor.

—Tampoco hace falta que traumaticemos a los pobres niños.

—¿Quién crees que habrá debajo del traje?

—Uhm... se llama Bob o Jeremiah. Tiene casi cincuenta años, está soltero y vive con su madre. Ella le sigue preparando los sándwiches de mantequilla de cacahuate sin corteza y todavía le plancha los calzoncillos.

—Que va. En realidad se llama Wesley, es divorciado y los fines de semana va a jugar al pádel con sus amigos mientras se queja de que su ex le arrebató sus mejores años de juventud. Se irá a la cama pensando en ti porque eres lo mejor que le ha pasado hoy y con toda seguridad se hará un apaño con la mano.

—¡Josh, qué asco!

Josh le pasó un brazo por encima de los hombros cuando ella intentó golpearlo. Recorrieron el parque mientras ella lo observaba todo con una ilusión infantil y contagiosa. Llevaba una diadema con las características orejas de Mickey Mouse. Su pelo de ondas rubias le caía sobre los hombros y su boca era un sueño erótico al que últimamente le costaba resistirse. Ojalá pudiera encontrar las palabras adecuadas para confesarle lo especial que era para él. Helena lo pilló mirándola y le dio un beso en la mejilla que a él le supo a poco.

—Gracias por venir conmigo. Sé que no te hacía especial ilusión y que lo has hecho por mí. Tengo tanta suerte de tenerte...

Ella apoyó la cabeza en su hombro y él la abrazó. Helena olía como lo haría el amor de su vida. Olía a los helados de vainilla y nueces de pecan que se comían mientras veían un maratón de El príncipe de Bel Air y él fingía estar lleno porque quería regalarle el último bocado. Olía a los brownies recién hechos de la cafetería de las afueras de la ciudad a la que iban cuando uno de los dos tenía un mal día. Y a las palomitas dulces de aquel cine que solo emitía películas antiguas y en versión original.

—Me muero de hambre —le soltó, y se odio por ser la clase de cobarde que arruinaba una oportunidad de oro.

Helena se apartó unos centímetros para mirarlo con los ojos entrecerrados. A él se le aceleró el pulso porque tuvo la impresión de que ella le estaba leyendo la mente.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Eh... sí —se le secó la boca y se dijo que era ahora o nunca. Se armó de valor y murmuró—: ¿Pizza o hamburguesa?

Ya está. Definitivamente era un caso perdido.

Después del día en el parque de atracciones, regresaron exhaustos al edificio de apartamentos que compartían con otros estudiantes. Ellos se alojaban en un apartamento de cuatro habitaciones con un estudiante alemán y otro de Canadá. Estaban cruzando la esquina cuando ella señaló el destartado cartel de neón de aquel estudio de tatuajes.

—Siempre he querido hacerme uno.

—Háztelo.

—Nunca he encontrado el tatuaje perfecto o el momento indicado. El dolor me aterra. ¿Y si no lo soporto?

—No sé qué decirte. Nunca me he hecho uno.

Helena lo miró con ojillos suplicantes y él intuyó lo que se avecinaba. Sacudió la cabeza y se apartó de ella. Helena lo persiguió con las palmas de las manos unidas.

—Josh... por favor.

—No.

—Josh...

—Ni hablar.

—Josh... uno pequeñito. Un símbolo de nuestra amistad y de este verano en California. Los amigos se hacen tatuajes. Mi prima Martha se hizo uno con su mejor amiga. ¿Por qué nosotros no?

—Porque me dan pánico las agujas.

—¡No seas gallina!

Ella intentó empujarlo hacia la entrada del estudio. Él se agarró a una farola con todas sus fuerzas.

—No me voy a tatuar porque tengas un capricho.

—No es ningún capricho. Es una idea que lleva rondándome la cabeza durante muchos años. Creo que eres la única persona con la que me haría un tatuaje. Nunca he encontrado un buen motivo para hacerme uno porque quería un tatuaje que tuviera algún significado. ¿Qué mejor significado que el de simbolizar nuestra amistad?

—Me estás haciendo chantaje emocional.

—Es casi una declaración de amor. Josh Sackler, suelta esa farola y entra en esa tienda de tatuajes ahora mismo.

—No.

—¡Vamos, Josh! —ella se mordió el labio y buscó un buen motivo que pudiera convencerlo. De repente recordó otra de las tantas cosas que tenían en común—. ¿Cuál es tu película favorita de dibujos animados?

—Sabes que es Toy Story.

—¿Y cuál es la mía?

Josh puso los ojos en blanco.

—Toy Story.

—¿Y qué tienen en común Buzz y Woody?

—¿Qué ninguno obligó al otro a tatuarse?

—¡Qué son amigos! —Helena lo sacudió para hacerlo entrar en razón porque ella lo veía clarísimo. Era el tatuaje perfecto para ellos—. ¡Hasta el infinito y más allá! Seis palabras. Un tatuaje muy pequeño.

—Me da igual el tamaño. Lo digo en serio.

—Si lo piensas es una señal. Venimos de Disneyland. Nuestra película favorita de dibujos animados es Toy Story. Siempre he querido hacerme un tatuaje. Somos los mejores amigos. Y la tienda de tatuajes cierra dentro de... diez minutos.

—Helena...

—Pensaré en ti cuando lo mire.

Josh soltó la farola y suspiró.

—Eso no es justo.

—¿Por qué?

—Porque me pasará lo mismo.

Helena ni siquiera supo cómo fue capaz de convencer a Josh. El tatuador apenas tardó cinco minutos. Josh apartó la cara cuando le clavó la aguja en la piel. Ella pensó que era el único hombre capaz de hacer semejantes locuras por ella. Él eligió la parte interna del brazo. Ella eligió la muñeca. El dolor no fue para tanto. Su primer tatuaje. Con Josh. Jamás lo olvidaría. Había sido del todo sincera. Cada vez que lo mirase se acordaría de él.

Salieron del estudio de tatuajes. Tenía la muñeca hinchada y enrojecida. Leyó la frase con una sonrisa: *Hasta el infinito y más allá*. Porque eso eran ellos. Un infinito de posibilidades. Y pasara lo que pasara, ella siempre llevaría a Josh en su piel. Él la miró y se entendieron sin decir nada. Igual que hacía unas horas en el parque de atracciones. Porque Helena sospechó lo que él no se atrevió a confesarle y por un instante deseó que él le echase valor. Ella nunca tendría la valentía necesaria para decírselo a la cara. Demasiadas veces se preguntaba si era posible que solo fueran amigos. Aunque la pregunta correcta no era si existía la amistad entre un hombre y una mujer. La pregunta era si existía la posibilidad de que ellos fueran solo amigos. Porque siempre existiría ese algo más que lo cambiaba todo. Algo más que amigos. Helena y Josh. Uña y carne. Confidencias. Atracción. Intimidad. Conexión. Y entre toda aquella algarabía de sentimientos confusos, un único pensamiento claro: a ella le aterraba la posibilidad de perderlo. De iniciar juntos otro camino y llegar a la conclusión de que no funcionaban como ese algo más. Porque entonces todo se estropearía. La confianza se esfumaría y acabarían distanciados. El fin de su amistad. ¿De verdad quería eso? ¿Le merecía la pena arriesgarse?

Estoy cruzando la puerta de las caballerizas a las siete en punto de la mañana. Blake ya está allí. Desnudo de cintura para arriba. Freno de golpe y me lo quedo mirando como si fuera la primera vez que veo a un hombre desnudo. Él no me ve. Está de espaldas mientras apila montones de heno con una horca. Sus hombros se tensan por el esfuerzo y los músculos de su espalda se contraen. Tiene la piel bronceada y una estela de pecas le cruza los omoplatos como una constelación caprichosa. Es impresionante. Cualquier mujer con dos ojos en la cara lo miraría como lo hago yo. No me siento culpable por observar a un hombre muy atractivo. Me siento culpable porque una emoción violenta me oprime el estómago cuando comprendo que mi cuñado es uno de los hombres más atractivos que me he echado a la cara. Es lo que pasa cuando llevas más de quince meses sin acostarte con nadie. Que hasta los patanes brutos te resultan atractivos.

—Buenos días.

Blake deja el rastrillo apoyado sobre la pared y se vuelve hacia mí. El rostro ligeramente perlado por el sudor y los ojos brillantes a causa del esfuerzo. Son las siete de la mañana y ya está trabajando como una bestia. ¿A qué hora se despierta?

—Buenos días. No te he oído llegar. Perdona, ahora mismo me visto.

Lo dice como si pudiera molestarme verlo sin camiseta. Tiene gracia. Sus palabras sí que resultan ofensivas. Tiene un concepto de educación de lo más extraño.

Blake se coloca la camiseta con rapidez y me priva de la vista de su abdomen. Tiene más abdominales que una tableta de chocolate y sospecho que está tan duro que podría rayar queso encima.

—¿Has desayunado?

—No.

—Será mejor que comas algo antes de empezar con la jornada. Vamos.

Ni siquiera espera a que lo siga porque da por hecho que voy a hacerlo.

—Nunca desayuno. Por las mañanas no me entra nada.

—Estás muy delgada.

Su comentario está fuera de lugar y me resulta humillante. Ya sé que a él le gustan más curvilíneas. Como su ex. Tampoco es que me importe, pero me indigna que se crea con derecho a opinar sobre mi aspecto. Es de mal gusto.

—No tengo hambre.

—Yo sí —insiste con impaciencia—. Seguro que el olor te abre el apetito.

—Lo dudo.

Lo sigo de mala gana porque no pienso discutir a las siete de la mañana. Es demasiado temprano para mí. Que desayune lo que le dé la gana y me deje en paz. Nos cruzamos con Bill y Stuart cuando entramos por la puerta de la cocina. Ellos ya se marchan y me saludan con un comedido gesto de cabeza. ¿A qué hora se despierta aquí todo el mundo?

—Siéntate. ¿Café? ¿Té? ¿Zumos?

—Ya te he dicho que no quiero nada.

Me siento y observo impresionada el descomunal despliegue de comida. Hay huevos revueltos, bacon recién hecho, tostadas, bizcocho de chocolate, cruasanes salados e incluso fruta cortada en rodajas. Reconozco que el banquete me abre el apetito porque no estoy acostumbrada a tener el desayuno preparado. Para que luego me llame niña rica y caprichosa. A ver quién es el señorito de los dos.

—¿Café solo o con leche?

—Con leche —cojo un pedazo de sandía y lo miro de reojo cuando una sonrisa de suficiencia asoma a sus labios porque se ha salido con la suya. Pongo mala cara y le doy un bocado. Está tremendamente dulce.

Blake se sienta a mi lado y me ofrece una taza de café.

—Gracias —digo con sequedad.

—¿Estás enfadada por algo?

—No.

—¿He dicho algo que te haya ofendido?

Resoplo y cojo otro pedazo de fruta. Esta mañana está hablador. ¡Qué sorpresa!

—Me ofendes una de cada tres veces que abres la boca. Has dicho que estoy muy delgada.

Blake me mira desconcertado.

—¿Y eso es malo? —lo pregunta totalmente en serio.

—Mejor vamos a dejarlo.

—Como quieras —llena su plato con la mitad de lo que hay en la mesa. Engulle como un animal famélico. Tampoco me extraña. Necesita alimentar a todos esos músculos—. Prueba el bacon. No te alimentes solo de fruta. El desayuno es la comida más importante del día. Vamos a trabajar con caballos y vas a gastar mucha energía.

—¿Tengo pinta de tener diez años? —replico irritada—. Deja de darme órdenes como si fuera uno de tus lacayos.

—Que yo sepa trabajas para mí —su tono es molesto.

La cosa comienza a caldearse. Estupendo. Ya vuelve a ser el Blake que conozco y en el fondo me siento más cómoda. No lo soporto cuando se hace el amable porque al final me desconcierta hasta que termina cagándola.

—Trabajo para tu abuela.

Cojo un trozo de bizcocho de chocolate. Él apoya los codos sobre la mesa y respira profundamente. ¿Una respiración para controlarse? Vaya, vaya... esto se pone interesante. Qué poco necesito para sacarlo de sus casillas.

—Aquí todos trabajáis para mí.

—Sí, amo.

—Soy el dueño del rancho.

—Lo que tú digas, amo.

Aprieta la mandíbula cuando le vacilo por segunda vez. Cojo un trocito de bizcocho con el tenedor y me lo llevo a la boca con expresión angelical. Blake me mira a los ojos sin inmutarse. Pero puedo notar el tic de su ceja izquierda, señal inequívoca de que le estoy tocando la moral.

—¿Me estoy alimentando bien, amo?

—Ya vale —me advierte con una calma peligrosa.

—Como quieras, amo.

Blake expulsa el aire mientras sus ojos echan chispas. Desayuno sin inmutarme. Él sería capaz de doblar el tenedor por la mitad si aprieta un poco más la mano. De repente apoya la espalda en la silla y me mira con todo el descaro del mundo. El juego de las miradas, ¡guau! Le sostengo la mirada con el mismo atrevimiento porque no soy ninguna pusilánime a la que pueda intimidar.

—¿Qué te pasa? —exige saber.

—¿Estás seguro de que quieres hablar de ello?

—Maldita sea... —sé que está haciendo un gran esfuerzo por controlarse—. Sí. Hablemos.

—Me tienes hasta la coronilla, Blake Sackler. Entiendo que puedo caerte mal y es algo con lo que supongo que debo lidiar porque no se elige causar una buena o mala impresión en los demás. Ni siquiera espero que nos llevemos bien. Ya me he hecho a la idea de que tienes una pésima opinión sobre mí —está a punto de rebatirme y le hago un gesto para que no me interrumpa. Sorprendentemente, vuelve a cerrar la boca y me escucha atentamente—. Estoy harta de tus salidas de tono y de tus pullas injustificadas. Creo que no me las merezco. ¿De verdad es mucho pedir que seas un poco más amable conmigo? ¿A qué diantres vino que me dijeras que tu hija no es asunto mío? ¿Por qué tienes que ser tan desagradable cuando yo intento con todas mis fuerzas tener una relación cordial contigo? ¿Te gusta sentirte superior? ¿Sientes la necesidad de ponerme en mi sitio cada vez que me tienes delante? Explícamelo, Blake. Porque yo no lo pillo.

—Admito que a veces soy injusto contigo.

La confesión me sorprende. Mi actitud corporal se relaja y bajo la guardia. No me lo esperaba. Estaba preparada para una batalla dialéctica y no sé cómo reaccionar a esto.

—¿Por qué?

—Me pongo a la defensiva cuando se trata de Avery. Lo hago con todo el mundo. No estuvo bien decirte aquello.

—Vale, ¿y lo demás?

—Creo que no encajas aquí —responde con total sinceridad.

Por eso le caigo tan mal. Lo sabía.

—Dame el beneficio de la duda.

—Como quieras.

—¿Lo dices en serio? —pregunto con recelo—. ¿Se acabaron las respuestas cortantes y los comentarios desagradables?

—Sí.

—Bien.

Terminamos de desayunar en silencio. Sé que es inútil alargar la conversación porque él es un hombre muy cerrado. Debo conformarme con el puñado de palabras que he conseguido arrancarle. Supongo que es mejor que nada.

Domar al caballo es más difícil de lo que pensaba. Me fijo en los movimientos de Blake. Seguros y a la vez prudentes. Repletos de respeto hacia el animal. Comprendo que lo entendí mal la primera vez, porque domarlo no significa dominar al caballo, sino enseñarlo a que te acepte al crear una relación repleta de confianza, lealtad y respeto. Blake siempre se acerca al animal por el lado izquierdo y mirándolo a los ojos. Comprendo que un movimiento brusco podría asustar al caballo. A Blake le cuesta casi una hora y media lograr ensillarlo mientras que yo sigo sus instrucciones para tranquilizarlo. Lo acaricio y le doy de comer para distraerlo. Nos ganamos su confianza hasta que está lo suficiente preparado para llevarlo al exterior. Blake lo conduce al corral mientras yo le hablo con delicadeza. Utiliza el ramal para darle varias vueltas hasta que el caballo se relaja.

—Necesito que salgas. Voy a montarlo.

Lo miro insegura. Sé que él es el experto y que tiene la situación controlada. De lo contrario no se arriesgaría.

—Ten cuidado —le pido angustiada.

—Tranquila. Saldrá bien —responde con una seguridad aplastante.

Observo la escena desde la valla con un nudo en el estómago. Puede que nuestra relación sea muy tensa, pero no quiero que le suceda nada malo a mi cuñado. Muy en el fondo le tengo aprecio porque estoy convencida de que no es tan duro ni fiero como aparenta. Me agarro a la valla cuando el caballo se resiste las tres primeras veces que él intenta subirse. Me muerdo el labio y observo la escena como si viera una película de miedo. Blake es un hombre persistente y no se da por vencido. Lo contemplo con una mezcla de pánico y fascinación. Trata al caballo con una paciencia y un respeto que me sorprende. Jamás hubiera imaginado que podía ser tan...

Ahogo un grito cuando consigue subirse a la montura y el caballo levanta las patas delanteras. El corazón me late con fuerza y guardo silencio para no desconcentrarlos. Blake se aferra al fuste con las dos manos y soporta los saltos del caballo. Me tapo los ojos con las manos porque no puedo mirar. Se va a caer. Ay... madre mía...

—Ya puedes abrir los ojos.

Su voz potente me obliga a abrir los ojos. Está subido a lomos del caballo y lo cabalga con una seguridad cautivadora. Se me escapa una risilla eufórica y él esboza una media sonrisa de triunfo.

—¡Lo has conseguido!

Blake espolea al caballo y le da algunas vueltas por el corral. Los observo maravillada. La parte difícil ha sido cosa suya, pero yo también me siento un pelín orgullosa. Hacen una buena pareja. Los dos son tozudos, orgullosos y sospecho que se van a llevar muy bien a partir de ahora. Contemplar a Blake montar a caballo es un auténtico espectáculo. Me recuerda al Clint Eastwood

de las películas de vaqueros que le encantan a mi abuelo. Rudo y arrogante. Con un halo de misterio que lo hace más interesante. Me quedo un buen rato observándolo hasta que supongo que mi trabajo aquí ya ha terminado. Debería ir con Sophia. Me dirijo hacia la casa cuando Blake me adelanta con el caballo y se interpone en mi camino.

—¿Quieres montarlo?

Si no supiera que él nunca bromea, creería que me está tomando el pelo.

—¿En serio? —pregunto sin poder ocultar mi ilusión.

Blake me ofrece una mano.

—Sube.

Mi sonrisa se esfuma.

—Espera, ¿contigo?

—Por supuesto. ¿No creerías que te iba a dejar montar sola? —estoy a punto de protestar y él añade con tono indiscutible—: Es demasiado peligroso para una jinete inexperta. No te estoy subestimando. Te dije que se acabaron los comentarios desagradables y soy un hombre que cumple las promesas. ¿Quieres dar un paseo?

—Pues...

Dudo. Me encantaría subirme al caballo, para qué nos vamos a engañar. Pero el hecho de ir agarrada a la cintura de Blake le resta atractivo a la propuesta. No me gusta estar físicamente tan cerca de él. Hace que me sienta incómoda. Supongo que por el hecho de que somos familia y aún no se lo he contado.

—¿Subes o qué?

—No.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

«El problema eres tú. Nosotros». Pero, obviamente, no se lo digo. En lugar de ello, me limito a aceptar su mano sin pensarlo demasiado. Blake tira de mí y consigue subirme con una facilidad que me impresiona. Menuda fuerza se gasta. Se me acelera el pulso cuando me escurro contra su espalda. Desde abajo parecía más fácil mantener la distancia.

—Agárrate fuerte —me ordena. Y cuando no lo hago, añade con tono bromista—. Tranquila. No voy a creer que te has enamorado de mí.

Vaya, ¿eso ha sido una broma? No me da tiempo a digerirla. Me abrazo a su cuerpo y le palpo sin querer el abdomen. Lo juro. Está más duro que una piedra. Lo abrazo con tanta fuerza que temo asfixiarlo. Él no se queja. Se me acelera la respiración cuando espolea el caballo y salimos disparados. El viento me revuelve el pelo y una suave brisa me acaricia las mejillas. Cabalgar a esta velocidad es una experiencia alucinante. Me siento como en una película del lejano oeste. La sensación de velocidad recorriendo el paisaje árido hace que se me escape un suspiro soñador. Aflojo el agarre cuando me siento más segura.

—Agárrate fuerte —la mano de Blake aprieta la mía y un súbito calor me invade el cuerpo—. No quiero que te caigas.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo haces.

Su mano permanece sobre la mía y no la aparta hasta que vuelvo a abrazarlo con fuerza. El corazón me late desbocado y sospecho que estoy tan nerviosa que él puede sentirlo. Comprendo que me está dando un paseo por la propiedad para enseñármela. El rancho es enorme y todavía no lo he recorrido al completo. Las praderas verdes se mezclan con los paisajes áridos. En el horizonte las montañas rocosas se funden con el cielo más azul que he visto en mi vida. Paradise Lake es un lugar salvaje y repleto de contrastes. De repente nos encontramos con un sendero de árboles frondosos y cabalgamos bajo la sombra, y al segundo estamos cruzando un camino polvoriento bajo un sol abrasador. Quizá es su manera de firmar la paz. No tengo nada que objetar. Lo estoy disfrutando.

No sé durante cuánto tiempo cabalgamos sin rumbo. Pueden ser minutos u horas. El tiempo se me pasa volando y, cuando quiero darme cuenta, tengo la mejilla apoyada sobre su espalda y los ojos abiertos de par en par porque no quiero perderme ningún detalle. Tenso la espalda cuando me doy cuenta del exceso de cercanía. Por suerte, estamos llegando a la casa y el viaje se ha terminado. Blake se baja primero y me ayuda a descender. Todavía me falta experiencia y desmontar sigue siendo una odisea. Estoy a punto de perder el equilibrio cuando meto el pie en el estribo. Blake me agarra de la cintura y me baja muy despacito. Le ofrezco una tímida sonrisa de agradecimiento y mi nariz roza su barbilla. Su respiración cálida me acaricia la frente cuando mis pies tocan el suelo.

—¿Lo has disfrutado?

Lo pregunta con verdadero interés.

—Ha estado bien —admito, un tanto excitada por el cúmulo de sensaciones que experimenta mi cuerpo—. Aún no me has dicho qué nombre le has puesto al caballo.

—No me corresponde a mí.

Lo miro extrañada.

—Dijiste que el domador elegía el nombre del caballo.

—Por eso te corresponde a ti.

Blake está hablando totalmente en serio. No lo entiendo. No entiendo nada. ¿Está intentado ser amable conmigo por la conversación que mantuvimos en la cocina? ¿Es eso?

—Pero... yo no he hecho nada. Básicamente lo has hecho todo tú.

—Ya había perdido la cuenta del número de veces que intenté domarlo. Ni siquiera conseguía sacarlo de las cuadras. Si lo he conseguido ha sido gracias a ti. Le inspiras confianza. Domar a un caballo es una tarea que requiere paciencia, respeto y cariño. Hoy lo has demostrado con creces. No lo habría logrado de no ser por ti —al ver mi expresión pasmada, añade sin inmutarse—. No te estoy regalando los oídos. No es mi estilo.

Sé que es absurdo, pero no quiero decepcionarlo. Quiero ganarme el respeto de Blake porque significa mucho para mí. Además, el caballo se merece un buen nombre. Por eso tardo unos segundos en estrujarme el cerebro para encontrar uno que le haga justicia.

—Balder.

—¿Qué significa?

—Es el dios nórdico de la luz, la verdad y la paz.

—Balder —repite mientras le acaricia el lomo—. Me gusta. Es un buen nombre.

—Será mejor que me vaya a trabajar. Sophia me estará esperando. Que tengas un buen día, Blake.

—Igualmente.

Echo a caminar hacia la entrada de la casa y caigo en la cuenta de que aún me queda algo por saber. Nunca recuerdo preguntárselo a nadie y me pica la curiosidad.

—¿Por qué se llama Paradise Lake?

Blake ya está subido a lomos de Balder cuando responde.

—Te lo enseñaré esta tarde —y al ver mi gesto reticente, se apresura a matizar—. Es mejor que lo veas con tus propios ojos.

Espolea el caballo y se aleja galopando y levantando una enorme polvareda. Balder y Blake. El dios de la paz y el vaquero que no es tan malo como aparenta. Sí. Hacen una buena pareja.

27 de julio de 2016

Helena y Josh estaban sentados en la orilla de la playa. La brisa de la noche de verano era muy agradable. Ella se había quitado las sandalias y la espuma del mar le mojaba los pies. La mano de su amigo rozaba la suya. Josh se reía por una tontería que ella acababa de contarle. Una anécdota sin importancia sucedida en la editorial de poesía en la que estaba haciendo las prácticas. La risa de Josh siempre conseguía estremecerla. Él se reía con una sinceridad muy atractiva. Como si ellos fueran las únicas personas de la playa, a pesar de que estaba atestada de gente. Ella era consciente de que Will estaba a pocos metros detrás de ellos. Y Sasha, la camarera del chiringuito, no le quitaba el ojo de encima a Josh. Helena sabía que Sasha y Josh acabarían enrollados. Del mismo modo que intuía que Josh estaba irritado por la inesperada aparición de Will. El surfista era encantador y guapo. En cierto modo le gustaba. Pero ¿cómo explicarle a su amigo que ningún hombre superaría el efecto demoleador que él provocaba en su interior? Que jamás miraría a otro hombre como lo miraba a él porque lo suyo era demasiado intenso para clasificarlo dentro de una categoría social.

Por las noches se quedaba embobada mirando el tatuaje de su muñeca. Acariciaba los trazos de tinta y se daba cuenta de algo aterrador. Sus sentimientos por Josh la desbordaban. No era amistad. No era un flechazo. Ni siquiera era la atracción acumulada después de más de un año. ¿Era amor? Porque hasta ese verano no se lo había planteado. Deseo, ganas contenidas y tensión sexual. Podía asumirlo. Pero abordar aquello era como subirse sin cinturón de seguridad a una montaña rusa llena de curvas. Se ha escrito mucho sobre el amor. Se han rodado grandes películas sobre el amor. Y, sin embargo, ella se sentía completamente perdida cuando se enfrentaba a sus sentimientos por Josh. Porque el amor puede ser fuego, atracción, química y piel erizada. Pero también asusta, da vértigo y te hace estar a la deriva. Ella tenía la impresión de que se podían escribir cientos de páginas sobre su historia y que después de leerlas jamás llegaría a la misma conclusión. Porque lo que sentía por él era demasiado amplio para reducirlo a una palabra.

No podía ser amor.

Ella no quería que fuera amor.

Porque el amor lo complicaba todo. Porque el amor estropearía una relación que era perfecta. Una amistad insuperable e indestructible donde ellos siempre serían más. En la que podían contar el uno con el otro. No se juzgaban. Se entendían. Jamás se exigían demasiado porque no eran una pareja.

—¿En qué piensas?

Josh le dio un leve empujón con el codo. Helena flexionó las rodillas contra el pecho y apartó los pies del agua. La piel se le puso de gallina y él lo notó. Le pasó un brazo por encima de los hombros y le frotó los brazos. Helena entró en calor de manera automática. Era lo que le sucedía

cada vez que él le ponía las manos encima.

—¿Quieres mi chaqueta?

—Gracias.

Él se la echó por encima de los hombros y Helena se arrebujó dentro. Estaba más que acostumbrada al olor de su amigo. Le encantaba. Hugo Boss. La había olido en otros hombres, pero ninguno olía como Josh. Ninguno le producía aquella sensación de vértigo en el estómago.

Josh le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. Se la quedó mirando durante un buen rato hasta que ella le devolvió la mirada. Vio algo diferente y tuvo miedo de que él abordara el tema sin tapujos. Josh era más valiente que ella.

—¿Te imaginas lo guapo que serían nuestros hijos? —le soltó sin venir a cuento.

Helena suspiró.

—Josh, no empieces.

—Tendrían los ojos verdes o azules —la ignoró de manera deliberada. Helena lo miró con una mezcla de escepticismo y diversión. Lo conocía lo suficiente para saber cómo terminaría aquel relato—. La piel blanca o morena. Mi pelazo negro o tus ondas doradas. Creo que sería un pecado privar al mundo de una criatura tan atractiva, ¿tú no? Ya sé lo que me vas a decir —le tapó la boca a pesar de que ella no había hecho amago de hablar—. Somos amigos y eso complicaría las cosas. Porque tendríamos que hacer el amor apasionadamente... no sé, una, dos, tres veces, puede que cuatro si no estuviéramos muy concentrados en el objetivo. Pero ya sabes que soy un hombre muy decidido y que siempre consigue lo que quiere. Merecería la pena.

Josh apartó la mano para que ella pudiera responder.

—¿Me puedes recordar por qué somos amigos? Cuando dices semejantes tonterías se me olvida.

—Soy el único con el que puedes ser tú misma.

Puso los ojos en blanco y él volvió a taponarle la boca cuando ella quiso protestar.

—Intenté conquistarte hasta que perdí la cuenta del número de veces que me rechazaste sin contemplaciones y decidí conformarme con tu amistad.

—No me suena.

—Creo que te sentías deslumbrada por mi descomunal atractivo y decidiste ser mi amiga porque era más fácil.

—¡Josh! —se le echó encima porque tenía muy poca vergüenza. Se cayeron sobre la arena—.

¿Por qué tienes que ser tan idiota?

Josh apoyó las manos en sus caderas. Estaban muy cerca. A pocos metros, Will observaba la escena con mala cara y Sasha, la camarera, suspiraba resignada por ver como su próximo ligue estaba coqueteando con aquella rubia delante de sus narices. No percibieron que a Helena le temblaba el pecho cuando terminó tirada encima del cuerpo de Josh. Ni que a él se le fueron los ojos a su boca y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no besarla.

—Vale, vale. Pero si lo piensas fríamente, tener un hijo con tu mejor amigo solo tiene ventajas. Nunca tendríamos que enfrentarnos a un posible divorcio ni nos pelearíamos por el mando de la tele porque a los dos nos gustan los mismos programas. Nuestro retoño se criaría en un entorno amigable y estable. Ya es más de lo que tienen otras familias, ¿no?

—Dios, Josh... —ella puso los ojos en blanco—. ¿Eso te funciona con alguien?

—Ni idea. Es la primera vez que lo intento. Dímelo tú.

Helena estaba tumbada encima de él. Las manos sobre su pecho. Las piernas entrelazadas. Las manos de Josh aferrando sus caderas. Estaban excitados y no era como otras veces porque ninguno de los dos hizo el intento de apartarse. Percibió el deseo visceral de sus ojos verdes. Su necesidad. La nuez de su garganta subir y bajar porque respiraba con dificultad. Quiso dejarse llevar y acostarse con él en aquella playa. Delante de todo el mundo. Qué más daba. Al fin y al cabo, para todos era evidente que se gustaban.

—Tú no quieres tener hijos.

—Pregúntamelo dentro de diez años.

—No quieres. Te conozco.

Helena se apartó de golpe y de repente se sintió furiosa consigo misma. Los dos se sentaron y los envolvió un tenso silencio. No podía ser. Quería... pero era del todo imposible. No estaba dispuesta a estropear su amistad. Sabía que funcionaban como amigos, pero sospechaba que jamás lo harían como pareja. No querían las mismas cosas. Se destrozarían hasta tal punto que no quedaría nada de todo lo bueno que tenían.

—Helena...

Ella se sobresaltó cuando él le tocó el brazo. Se volvió hacia él con los ojos vidriosos. Josh apretó los labios. Había una determinación en sus ojos que no le había visto nunca.

—Helena.

—Josh, para.

—No.

Se inclinó hacia ella y le rozó la barbilla con la boca. Ella se estremeció por completo. Su cuerpo se convirtió en un torbellino de emociones intensas. Entrecerró los ojos y dudó. Las manos de Josh ascendieron por sus brazos y la acercó a él. Helena no se resistió. Lo quería con todas sus fuerzas. Llevaba tanto tiempo resistiéndose que ya no se veía capaz de ponerle trabas.

—Míranos. Somos perfectos —le suplicó él.

Ella abrió los ojos y vio a su amigo tal y como era. Atractivo a rabiar. Seductor. Carismático. Sexo en estado puro.

—Somos perfectos como amigos. Eso es todo —musitó con un hilo de voz.

—No lo sabes.

—Lo sé.

—Yo lo mandaré todo a la mierda con tal de estar contigo.

—¿Mandarías a la mierda nuestra amistad?

—Sí —respondió sin vacilar.

Helena apartó la cara cuando él intentó besarla. La boca de Josh le acarició el pómulos. A ella se le escapó un suspiro tembloroso. Le besó la barbilla. El cuello. Un reguero de besos cortos y calientes le aceleró el pulso. Él la estaba tentando. Descubriéndole un mundo de posibilidades en la piel.

—Para —le suplicó agobiada.

—No puedo. No quiero. Eres la única persona con la que quiero estar. Pídemelo y me quedaré contigo en esta playa. Para mí no hay mejor lugar que estar a tu lado.

Josh se apartó unos centímetros para mirarla a los ojos. El corazón de ella latió con fuerza. Miró a su alrededor. Allí estaba Sasha poniendo mala cara. Como el resto de las chicas que él se había tirado. Ella no sería una más. Ella tenía el suficiente sentido común para priorizar su amistad.

—Has bebido demasiado —clavó la vista en el mar y habló con un tono frío y estudiado—. Se te pasará el calentón. La camarera te está esperando.

—Joder, Helena. No es un calentón. Lo sabes.

—Lo único que sé es que por un instante casi se me olvida que eres mi amigo.

—¿Estás segura?

Ella asintió y Josh la miró decepcionado. Helena quiso seguirlo cuando se levantó de un salto.

Jamás lo había visto tan furioso. Josh casi nunca se enfadaba. Los enfados le duraban tres minutos. Aquel rechazo, sin embargo, se le quedaría grabado en el alma para siempre. Helena se volvió para mirarlo y lo que vio la devastó. Porque Josh no estaba enfadado. Estaba dolido. Destrozado por su rechazo. Y las personas pueden cometer grandes errores cuando se dejan llevar por el dolor...

—Tu chaqueta —ella hizo el amago de quitársela y Josh puso las manos en alto.

—Quédatela. Te vendrá bien cuando te tires a Will. Te está esperando. Te queda bien —la voz le tembló de rabia.

—Josh...

Él se marchó hacia el chiringuito y Helena supo que, si alguna vez existió la mínima posibilidad de que ellos fueran algo más que amigos, ella acababa de arruinarla. Supo que Josh pasaría aquella noche follando con Sasha y los celos la carcomieron por dentro. No tenía derecho a sentirlos. Al fin y al cabo, ella lo había empujado a los brazos de la camarera. Pero si hay algo cierto sobre los celos es que son irracionales. Se levantó para regresar al apartamento y se cruzó con Will. El surfero la saludó con la mano y ella ni siquiera se lo pensó cuando a lo lejos vio a Josh tocándole la pierna a Sasha mientras ella le seguía el juego. Se acercó a Will y fingió que él podía darle lo mismo que Josh.

Hannah está cocinando algo delicioso cuando termino mi jornada. Lo sé porque huele de maravilla. Como de costumbre, el día se me pasa volando mientras ayudo a Sophia. Las tres mantenemos una charla animada sobre temas triviales y me alegra descubrir que aquí encajo sin necesidad de fingir que soy otra persona. El aprecio que sentimos es mutuo. Blake ya me está esperando cuando salgo por la puerta. Está apoyado sobre la barandilla del porche mientras le da una calada a un cigarro. De nuevo, me viene a la cabeza la imagen de un atractivo y enigmático Clint Eastwood, esta vez fumando un puro en alguna película de vaqueros. El sol se está poniendo y sus últimos rayos perfilan las facciones de Blake. No resulta tan intimidante si lo observas cuando no se da cuenta. Está relajado y en su mundo. Expulsa una bocanada de humo y me mira de reojo cuando se percató de mi presencia.

—No sabía que fumabas.

—Un mal vicio.

—¿Tienes uno?

—No deberías fumar.

Empecé a hacerlo hace catorce meses. Antes el olor me provocaba náuseas. Ahora es lo único que me relaja. Es como si la nicotina desconectase la parte de mi cerebro que se encarga de los recuerdos. Me gusta la sensación de olvidarme de todo.

—Qué generoso. Te preocupas más por mi salud que por la tuya.

Blake me tiende el cigarro.

—Es el último que me queda.

—Así que estabas siendo egoísta...

El amago de una media sonrisa asoma en sus labios. Dura tres segundos. Ni siquiera me lo pienso cuando acepto el cigarro. Pienso en lo raro que es llevarme a la boca algo que antes ha estado en la suya. Desecho ese pensamiento porque es ridículo. Le doy una calada. Solo es un cigarro. No sabe a él.

—El sitio está un poco alejado. ¿Prefieres ir en coche o a caballo?

—A caballo. ¿Me dejarás montar a Balder?

—No.

Me encojo de hombros y le devuelvo el cigarro.

—Tenía que intentarlo.

Diez minutos después, estamos subidos a lomos de Daisy y Balder. Si Blake ya resultaba imponente galopando a su anterior caballo, ahora es la autoridad elevada a su máxima potencia. Sé que mantiene un ritmo normal por mí. Espoleo a Daisy para adelantarlo y él sacude la cabeza sin decir nada. Intuyo lo que está pensando. A veces no es tan inescrutable como él se cree. Acelero el ritmo porque confío ciegamente en Daisy. Blake también acelera hasta que cabalga a mi lado.

—No corras riesgos.

—Me gusta la sensación. Voy bien. La controlo. ¿De ahora en adelante siempre montarás a Balder?

—Sí.

—¿Y qué hay de tu otro caballo? Es injusto que lo relegues a un segundo plano.

—Rayo tiene veintisiete años. Le tocaba jubilarse. Ahora disfrutará de una vejez tranquila. No vas a montar a Balder, listilla.

Veintisiete años. Su caballo me supera en edad. No le pregunto hasta que edad es conveniente montar a un caballo. Le estoy cogiendo cariño a Daisy y me gustaría cabalgarla durante el resto de mi vida. Por desgracia, es algo del todo imposible. Mi obligación es volver a Chicago. El rancho solo es una parada provisional y necesaria. Eso es todo.

Tiro de las riendas cuando Blake hace lo mismo. A lo lejos hay una depresión cubierta por árboles. Blake desmonta del caballo y lo ata al tronco de un mezquite. Antes de que pueda poner un pie en el estribo, ya está a mi lado para ayudarme a bajar.

—Puedo sola.

—Insisto.

Resisto el impulso de resoplár y acepto su mano. Blake me agarra con fuerza y me pregunto si empleará la misma energía en todo lo que haga. Algo me dice que sí. La imagen de él sin camiseta y apilando montones de heno se me viene a la cabeza sin que pueda evitarlo. Le pongo las manos sobre los hombros cuando coloco un pie en el estribo y él me agarra de la cintura para bajarme. Lo que siento es físico. Desconcertante. Abrumador. Y no me gusta. O no debería gustarme. Me aparto de él en cuanto me deja en el suelo.

—Es mejor que sigamos a pie. Bajar a caballo sería una locura. Sígueme.

Nos adentramos en los árboles y vamos descendiendo con cuidado por el barranco. Tengo que

agarrarme a los troncos porque el suelo es un terreno resbaladizo y peligroso. Arena, ramas y rocas. Estoy a punto de caerme cuando me tropiezo con la raíz retorcida de un árbol. Blake me agarra del brazo para que no pierda el equilibrio.

—Dame la mano.

—No hace falta.

—Insisto.

Esta vez sí que resoplo. No lo puedo evitar. Me desespera que sea tan considerado porque en el fondo su exceso de preocupación responde a una verdad que me enerva. Ya me lo dijo en la cocina: «creo que no encajas aquí». No soy ninguna damisela en apuros. De eso nada.

—Puedo sola.

—No conoces el terreno. Es un camino lleno de obstáculos.

—Tendré cuidado.

Ahora es él quien deja escapar un suspiro cargado de irritación.

—¿Por qué tienes que discutirlo todo?

Si no lo preguntara con ese tono cargado de cansancio, casi me haría gracia. Porque lo que dice es ridículo.

—No soy yo la que discute por todo.

—Lo que tú digas.

Antes de que pueda protestar, Blake me da la mano y su apretón es tan firme que no soy capaz de zafarme. No será porque no lo intento. Ya ha decidido por los dos. Me supera que sea tan autoritario. Sé que es parte de su personalidad y que no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo. Pero, maldita sea, me saca de mis casillas que actúe como si debiese tener la situación controlada en todo momento. No dejo de protestar durante todo el camino y él se limita a arrastrarme en silencio. Más de una vez tiene que darme un tirón cuando pierdo el equilibrio. Por supuesto, el hecho de que mi torpeza me deje en evidencia me enerva todavía más. Mis quejas se esfuman cuando llegamos al destino. Blake me suelta y se me escapa el aire por la boca.

—Es...

Me faltan las palabras para describir lo que veo. Es un pequeño lago rodeado de espesa vegetación. Enredaderas de flores, arbustos que se adentran en la orilla y un bosque de árboles que lo rodean y le otorga un aspecto etéreo y mágico. Está atardeciendo y un cielo de tonos púrpuras y rojos tiñe el agua de un color dorado. El agua parece oro líquido. El sol se esconde en

el horizonte y los últimos rayos de sol brillan sobre las hojas de los árboles. Una estela de libélulas vuela por encima de nuestras cabezas como diminutas estrellas.

—Mi bisabuelo fue el primero en descubrir el lago. Lo bautizó como Paradise Lake cuando le pidió matrimonio a mi bisabuela. No le faltaba razón. Es un paraíso.

—Imagino que ella aceptó.

—¿Tú no habrías aceptado?

—Depende del hombre —respondo con una sonrisa—. Es un lugar de cuento. Supongo que lo hace inolvidable cuando se trata de la persona correcta.

—Desde entonces se forjó una tradición. Todos los hombres de la familia se declaran al amor de su vida en este lugar. Así sucedió con mis abuelos. Mi padre hizo lo mismo cuando conoció a mi madre.

Me vuelvo hacia él con un interés irresistible.

—¿Y tú?

—Todavía no he encontrado a la mujer indicada.

Pienso en la madre de su hija. ¿Ni siquiera entonces tuvo la impresión de que ella era la indicada? Un hijo es un poderoso vínculo con otra persona. Los hijos se tienen por amor. Sería lo ideal, pero supongo que no siempre es así. Tampoco me atrevo a preguntárselo porque no es asunto mío.

—¿Tienes frío?

Lo pregunta cuando me cubro los brazos porque sopla una brisa fresca que me eriza la piel.

—No hace falta que... —me quedo callada cuando él se quita la cazadora vaquera y me la ofrece sin más. Supongo que no tengo otra opción que aceptarla. De lo contrario sería una maleducada —. Gracias.

Me queda enorme. Huele a Blake. A tierra y a caballos. No es un olor desagradable. Me aborda el recuerdo de Josh y yo en aquella playa. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no echarme a llorar. Blake no es Josh. Nunca lo será. Nadie podrá cubrir el enorme vacío que me ha dejado.

—¿Estás bien? —pregunta con suavidad cuando percibe mi malestar.

—Sí —me borro el rastro de una lágrima traicionera—. Solo... me he acordado de algo. Es un lugar precioso. Ideal para los corazones melancólicos. Gracias por enseñármelo.

—¿Quieres que te cuente una historia que te pondrá de buen humor?

—¿Qué? —arrugo la frente y me vuelvo hacia él bastante extrañada. No lo tengo por la clase de hombre que es capaz de contar anécdotas divertidas—. Vale.

—Mi madre era la hija de una familia bien avenida y estaba con sus padres de paso en La herradura. Se les estropeó el coche cuando iban de camino a Arizona. Jamás se habrían conocido de no ser por semejante casualidad. Su llegada coincidió con las fiestas locales y decidieron quedarse a pasar el fin de semana. Mi padre se enamoró de ella nada más verla. Dice que fue un flechazo en toda regla. Ella estaba tirando en un puesto de escopetilla porque se había encaprichado de un enorme oso de peluche. Tenía una pésima puntería. Mi padre se atrevió a abordarla después del décimo intento. Le consiguió el oso de peluche y la invitó a dar un paseo. Ella aceptó porque se sentía en deuda con él. Unas horas más tarde, estaban perdidamente enamorados y se escaparon al rancho para montar a caballo. Mi padre sabía que tenía poco tiempo para convencerla de que aquel viaje de paso podía ser un viaje para toda la vida. La trajo hasta aquí y siguió la tradición de su padre y su abuelo. Estaba tan nervioso que el pobre se cayó al agua antes de encontrar las palabras. Ella lo salvó de morir ahogado porque era un pésimo nadador.

Se me escapa una carcajada atónita. Él también está sonriendo al narrar la historia de sus padres.

—¿Y qué pasó?

—Ella le dijo que no. Temía decepcionar a sus padres y creía que era una locura entregar su corazón a un hombre con el que apenas había estado unas horas. Se marchó a Arizona con su familia tal y como tenía previsto.

—¡No puede acabar así! —exclamo apenada.

Blake se encoge de hombros.

—¿Crees en los flechazos?

—Pues... —pienso en mi historia con Josh. Definitivamente sería absurdo reducirlo a un flechazo. Lo nuestro fue algo más complicado—. No lo sé. Tal vez. Vamos, no me dejes así. ¿Qué pasó? ¿Me vas a decir que su historia acabó de esa manera?

Él sonrío de medio lado. Una media sonrisa de lo más atractiva y fascinante.

—Mi padre ya se había hecho a la idea de que no volvería a verla. Tres meses después, ella llamó a su puerta y le dijo que no había podido olvidarlo. No se lo había podido quitar de la cabeza durante todo aquel tiempo. No volvieron a separarse nunca más.

—Que historia tan bonita.

Blake no dice nada. Está sumido en sus propios pensamientos y sospecho que tienen que ver con sus padres. Lo sé porque su mirada está perdida en el horizonte. Josh apenas hablaba de sus padres. Quizá porque el dolor es una emoción tan profunda y sincera que es difícil compartirla

con los demás.

—Debes echarlos mucho de menos.

—Sí —admite con tono reservado, y sé que es todo lo que voy a sacarle sobre el tema.

—Un momento —digo con tono bromista, en un intento por sacarle una sonrisa—. ¿No me habrás traído hasta aquí para declararte?

Blake me mira muy serio. Me mira de una forma indescifrable y profunda. Me mira como si quisiera decirme algo más y no se atreviera a pronunciarlo en voz alta. Abro los ojos de par en par cuando no responde. Estoy a punto de retroceder.

—No eres mi tipo, rubia.

Solo entonces me río. Él hace otro intento de sonrisa. Al final va a resultar que tiene sentido del humor.

—No sabía que fueras capaz de hacer una broma.

—Mi sentido del humor es bastante limitado.

—Yo creo que lo reservas para las ocasiones especiales —respondo de buen humor—. Debería irme, ya casi ha anochecido.

—No te vas a ningún sitio.

Enarco una ceja y me cruzo de brazos.

—¿Me lo vas a impedir?

—Dios me libre de impedirte nada. No soy ningún kamikaze. Prefiero emplear la vía diplomática. Te estoy invitando a cenar. Hannah está preparando una cena deliciosa y sería un anfitrión sin modales si te privara de probarla. Luego te acercaré al motel. Podemos pasarnos un buen rato discutiendo sobre ello y te aseguro que no llegaremos a ningún punto en común. Mi abuela dice que soy un cabezota irremediable. Definitivamente no voy a permitir que te vayas al motel con el estómago vacío, y menos que conduzcas de noche por una carretera carente de iluminación y que apenas conoces.

—Por lo visto no tengo demasiadas opciones.

—Exacto.

La invitación me seduce porque quiero pasar más tiempo con ellos. Para eso estoy aquí. Es la oportunidad perfecta para ganármelos. Incluso me atreveré a contarle que somos familia si la ocasión me lo permite. Solo espero que no reaccione con brusquedad cuando le explique los

motivos que me han traído hasta aquí. Necesito que me entienda. Necesito su ayuda.

Parte II.

Calma peligrosa

6 de octubre de 2016

Habían transcurrido casi tres meses de la conversación que mantuvieron en la playa. Desde entonces, su relación se había convertido en una amistad donde la ausencia física pesaba demasiado. Se acabaron los abrazos y los besos en la mejilla. Habían construido un muro entre ambos en el que Josh colocó la primera piedra. Él estaba demasiado dolido por el rechazo de Helena para fingir que podían tener la misma complicidad de antes. Aunque actuaran como si lo sucedido en la playa no hubiera existido. Porque nunca volvieron a hablar del tema. Lo apartaron porque a los dos les mortificaba a su manera. A ella le escocía que Josh hubiera saltado de cama en cama durante aquel verano. Y a él se lo comían los celos cuando ella tuvo un lío de verano con el surfero. Josh creyó que cuando volvieran a la universidad los dos dejarían atrás lo sucedido en California. Pero Helena mantuvo una relación a distancia con Will y Josh lo tuvo claro: se acabó el contacto físico. A partir de entonces cada uno iría a lo suyo, que básicamente consistía en que él se tirara a todo lo que llevaba bragas y ella quedara algún que otro fin de semana con Will cuando el surfero volaba hasta Chicago. No volvería a abrazarla con el deseo contenido de otras veces. No volvería a mirarla con la esperanza de que ella lo hiciera de la misma forma. A ambos les dolía la ausencia física porque se necesitaban. Los dos eran demasiado orgullosos para admitir que cada uno se había equivocado a su manera.

Para Josh no cabía otra opción. Helena lo había rechazado. Punto. Y por qué solo lo sabía ella. En el fondo a él no le importaban sus razones. Josh se había quedado con el sabor amargo de aquel rechazo y todo lo demás le sobraba. No era imbécil. Se percató de como ella se estremeció cuando lo tocó. De sus suspiros trémulos cuando comenzó a besarla. Ella sentía lo mismo pero le ponía freno al deseo. Josh no volvería a intentarlo. Su orgullo no podía soportar hacer de nuevo el ridículo.

Josh estaba tumbado sobre la hierba leyendo *El ruido y la furia*, un libro que le había recomendado ella. Helena llegó hacia él con la expresión rebosante de alegría. Se agachó para leer el título que él sostenía sobre el regazo.

—Al final te has animado a leerlo.

—Apenas llevo cincuenta páginas, pero me tiene atrapado.

Ella se sentó a su lado con una sonrisa difícil de disimular.

—¿Quieres que te deje leer en paz?

Josh cerró el libro. Puede que su relación no estuviera pasando por el mejor momento, pero la quería con locura. Adoraba a su amiga. Eso no había nada, ni nadie, que pudiera arrebatárselo.

—Suéltalo ya. ¿A qué viene esa sonrisa? Estás deseando contármelo.

—¿Te acuerdas de mi profesor de escritura creativa?

La expresión de Josh se ensombreció de golpe. Por supuesto que se acordaba de aquel tipo. Le dijo a Helena que se anduviera con cuidado porque le habían llegado rumores de que a cierto profesor le encantaba llevar la teoría más allá de la práctica con sus alumnas.

—Sí.

—Me ha ofrecido formar parte de un proyecto extracurricular. Una antología de relatos en el que participaran quince estudiantes seleccionados por él. La antología es sin ánimo de lucro y lo recaudado se dona a alguna organización benéfica. La patrocinan varias editoriales y se publicaría en todo el país. Creo que es una oportunidad de oro para darme a conocer. No me puedo creer que quiera contar conmigo. Necesitaba contártelo —Helena dejó de sonreír cuando se percató de su expresión escéptica—. ¿Por qué pones esa cara?

—Te dije que tuvieras cuidado con Elijah White.

—No te sigo. Ya sé lo que me dijiste, pero yo no lo veo nada de raro. Solo porque circulen rumores absurdos sobre que se acostó con una estudiante de postgrado, no voy a cambiar mi concepto sobre él. Es un gran profesor y el resto son acusaciones sin fundamento.

—Conozco la antología. ¿Sabes a cuántos estudiantes de segundo curso se la ofrecen?

—No.

—A ninguno. En la antología solo participan algunos estudiantes de tercero. La mayoría son de cuarto.

Helena se puso automáticamente a la defensiva. No le gustaba lo que Josh estaba insinuando.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Sabes de sobra lo que te estoy diciendo.

—Sé más explícito.

Josh suspiró. Sabía que ella se pondría hecha una furia y aun así no pudo evitarlo. Quería que ella abriera los ojos. Elijah White era un cerdo y ella se merecía saberlo.

—Te está engatusando. Ya he visto cómo te mira y cómo te habla cuando os cruzáis por los pasillos. Esa actitud tan cercana no es propia de un profesor universitario.

—Elijah es así con todos los estudiantes...

—Vaya, ¿ahora lo llamas por su nombre de pila?

—Josh, qué dices. Así lo llama todo el mundo. Es un profesor muy campechano. No hay más. Te estás equivocando.

—Eres tú la que se está equivocando. Solo te ha elegido porque se la pones dura. Eres la mujer más lista que conozco, ¿por qué no lo ves? Sal de ahí antes de que sea demasiado tarde. Rechaza el proyecto.

—A ver si lo he entendido... —Helena se puso de pie con el rostro contraído por la ira—. ¿Me estás diciendo que no soy lo suficiente válida para esa antología? ¿Qué Elijah solo ve en mí un par de tetas? ¿Qué soy así de simple?

—Joder... —Josh se frotó el rostro. No se incorporó. Estaba cansado de seguirla como un perrito faldero. Estaba siendo un buen amigo. La clase de amigo que se preocupaba por ella y le decía la verdad en un intento por protegerla—. Así es como él te ve. Yo sé que tienes talento, pero dudo que a Elijah le interese otra cosa que no sea echarle un polvo.

—Vete a la mierda, Josh.

Helena se fue de allí con un sabor agridulce. No entendía por qué su amigo era incapaz de alegrarse por ella. Estaba cansada de que los demás la juzgaran por su aspecto. De que el resto del mundo creyese que no tenía nada más valioso que ofrecer que una cara bonita. Josh lo sabía de sobra. ¿Por qué jugaba aquella baza? ¿Por qué le daba donde más le dolía? Al final iba a ser verdad que las personas que mejor te conocían eran las que tenían el poder de hacerte más daño. Ella llevaba toda la vida tropezando con las mismas personas. Falsas amigas que le clavaban una puñalada a la mínima de cambio. Chicos que fingían ser sus amigos y que a la mínima oportunidad intentaban llevársela a la cama. Pero ella se negaba a creer que Josh fuera así. Él la quería, de eso estaba segura. La quería del mismo modo que ella lo quería a él. Su amistad fue sincera hasta aquel maldito día en la playa. Ojalá ella pudiera borrarlo de su memoria para que los dos volvieran a ser los mismos de antes.

Por eso había empezado a salir con Will. En un intento absurdo por quitarse a Josh de la cabeza. Lo suyo no era nada serio, pero era mejor que Josh creyera que Helena veía al surfero como una relación a largo plazo. Era la manera de demostrarle que lo suyo no podía ser algo más que una amistad. Pero ella no contaba con que Josh se tomara aquel rechazo de una manera tan personal. Ahora tenía que lidiar con las consecuencias y se daba cuenta, muy a su pesar, de que lo echaba dolorosamente de menos. Ni siquiera se entendía a sí misma. ¿Cómo era posible tener en frente a una persona y echarla de menos porque no podía darte justo lo que tú necesitabas de ella? ¿Cómo era posible desear un abrazo con una intensidad que la rompía por dentro? ¿Cómo era posible querer tanto a una persona y renunciar a la parte más prometedora porque las consecuencias te aterraban? Helena tenía demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

Iban juntos a la clase de Ficción corta del siglo xx. La impartía el profesor Foster y era de las pocas asignaturas que tenían en común. El camino de Helena se decantaba más hacia la literatura y el de Josh hacia el periodismo. Los dos escogieron dicha asignatura con entusiasmo porque en el fondo creían que Foster era un gran profesor. Helena lo vio sentado en el mismo sitio de

siempre y optó por buscar asiento unas filas detrás. Josh la buscó con la mirada y sacudió la cabeza cuando la vio. Helena lo ignoró de manera deliberada porque estaba demasiado molesta y la discusión era muy reciente. La clase de Foster transcurrió de manera atípica para ella. Apenas prestó atención y no levantó la mano a pesar de conocer todas las respuestas. Como era de esperar, Josh la abordó en cuanto terminó la clase. Estaba saliendo por la puerta cuando él la adelantó.

—¿Todavía estás enfadada?

Ese era su estilo. Josh no era de los que se iban por las ramas.

—¿Tú qué crees? —Helena aferró la carpeta contra el pecho.

No estaba enfadada. En realidad, se sentía demasiado dolida para admitirlo. Es curioso lo irracional que convierte el orgullo herido a una persona. Ella estaba deseando hacer las paces con él y olvidar el tema, pero su dignidad la obligaba a hacerse la dura y exigir algún tipo de disculpa.

—Sigo pensando lo mismo.

Helena lo miró sin dar crédito y echó a caminar por el pasillo. Josh la siguió hasta que se colocó a su lado.

—Si no vas a disculparte, será mejor que me dejes en paz.

—¿De verdad vamos a sentarnos en extremos opuestos de clase porque te ha molestado que sea sincero contigo?

—Maldita sea, Josh —ella se paró de golpe para enfrentarlo—. No es justo. No puedes esperar que me comporte como si tuviera que estar agradecida por tu sinceridad. A veces la sinceridad sobra, ¿no te lo han dicho nunca? No puedes soltarme que se la pongo dura a un profesor y esperar que yo reciba el comentario con una sonrisa de agradecimiento. No funciona así. Al menos déjame unos días para asimilarlo. Necesito mi espacio.

—Cualquier otro te habría felicitado por ello. Yo no soy cualquier otro. Soy tu mejor amigo. Soy el que te dice lo que nadie se atrevería a decirte y lidia con las consecuencias porque te quiere demasiado.

—Entonces yo también puedo ser sincera.

—Faltaría más —replicó con ironía.

—Desde que volvimos de California estás diferente conmigo y aprovechas la mínima oportunidad para atacarme.

—Estás sacando las cosas de quicio.

—En absoluto. Me tratas con frialdad desde que empecé a salir con Will.

Josh apretó los dientes cuando escuchó su nombre.

—No sé de qué te quejas porque en realidad te estoy dando lo que tú querías: una amistad en toda regla. Sin caricias ni dobles sentidos que puedan malinterpretarse. ¿No es lo que querías?

—No —musitó ella, y le costó un horror admitirlo en voz alta—. No es lo que quiero. Te echo terriblemente de menos. Me gustaría resolver tus crucigramas mientras tú apoyas la cabeza en mi regazo y yo te acaricio el pelo. Me gusta cuando ganamos una partida al billar y nos abrazamos como si nos hubiera tocado la lotería. Ahora te apartas de mí cuando intento tocarte.

—Will podría molestarse —murmuró con acritud.

Helena resopló.

—Déjalo ya. No le tengo que dar explicaciones a Will.

—¿No es tu novio?

—Vamos a dejar el tema —respondió con desgana, porque no quería iniciar otra discusión—. ¿Tanto te cuesta disculparte por lo que me has dicho?

—Sí. Sería un hipócrita si te pidiera disculpas simplemente porque quieres oírlas. Sigo pensando lo mismo sobre Elijah. Parece mentira que no me conozcas. No me puedo creer que pienses que te lo he dicho solo porque quería atacarte. Nunca te haría daño a propósito y lo sabes. A lo mejor no he utilizado las mejores palabras. Ya sabes cómo soy.

Helena se mordió el labio. Era incapaz de enfadarse con él cuando él se sinceraba de aquella manera. Optó por jugar otra baza.

—El tiempo me dará la razón.

—Ojalá que estés en lo cierto. No quiero que sufras.

Ella esbozó una media sonrisa. Adoraba a Josh porque lo decía totalmente en serio. Se había dejado llevar por la rabia al pensar que él se lo había dicho para desquitarse. Josh no era así. Él había sido sincero porque pensaba de verdad aquellas barbaridades sobre Elijah. Supuso que no podía culparlo por advertirla con su mejor intención. En eso se basaba la amistad. Él tenía razón.

—¿Quieres jugar unos dardos y que te invite a una bud ligh para firmar la paz? —le ofreció ella.

—No sé. Siempre te doy una paliza y acabas de un humor de perros. Prefiero no tentar a la suerte.

—Acabo de perfeccionar mi técnica. El otro día vi un reportaje sobre los mejores jugadores de

dardos del mundo. Te voy a machacar.

—Eres rara, ¿no te lo han dicho nunca?

—Tú. Demasiadas veces.

Ella supo que volvían a ser los mismos de siempre cuando él le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en el pelo. Adoraba sus besos en el pelo. Josh la besaba con fuerza. No quería ni imaginar lo que sería que la besara en los labios. Mejor dicho, no debía imaginarlo. Caminaron por el pasillo de la universidad abrazados y de buen rollo. A él le resultó irresistible evitar el contacto físico. Y a ella... qué podía decir. Se mordió el labio cuando olió su colonia de Hugo Boss. Porque ningún hombre olía como Josh. Porque él siempre sería su talón de Aquiles.

Todos me reciben con los brazos abiertos cuando me siento a la mesa. Sobre todo Sophia, que está encantada con mi presencia y no puede disimularlo. Avery está muy sorprendida y prácticamente me obliga a sentarme a su lado. Tampoco me importa. Apenas la conozco y ya le he cogido cariño a la pequeña granuja que tengo por sobrina. Intuyo que Hannah es una cocinera excelente sin necesidad de probar bocado. El desayuno de esta mañana estaba delicioso y la cena huele de maravilla. Hay estofado de verduras, ensalada de repollo, costillas asadas, chili con carne y aros de cebolla. Me sirvo un poco de todo excepto de la carne e intento integrarme en la conversación. Me lo ponen muy fácil. Bill y Stuart están bromeando sobre la primera vez que Blake intentó subirse a lomos de Balder. Me sorprende que él no se lo tome a mal y se encoja de hombros cuando lo miro divertida por ser el blanco de sus burlas.

—Tendrías que haberlo visto —me dice Bill con los ojos brillantes—. Creo que duró menos de un segundo a lomos de Balder. El caballo lo tiró por los aires en cuanto puso un pie en el estribo. Pasaron varias semanas antes de que volviera a intentarlo. Por suerte salió ileso de la caída, pero su orgullo quedó bastante afectado.

—Podrías haberlo intentado tú —replica Blake de buen humor. Tiene una montaña de huesos de costillas en el plato. Es un hombre enorme y come como una bestia. Algo lógico teniendo en cuenta que lleva gastando energía desde las siete de la mañana—. Mucho burlaros de mí, pero nunca os atrevisteis a montar a Balder.

—Admito que me equivoqué. Yo daba por hecho que a ese caballo no lo domaría nadie. ¿Cómo lo has hecho? —pregunta Stuart.

Tardo unos segundos en comprender que se está dirigiendo a mí. Por lo visto Blake se lo ha contado. Creí que aquello quedaría entre nosotros y me sorprende que no haya querido llevarse el mérito. Cada vez que tengo la impresión de que lo conozco, actúa de una forma que me descoloca.

—No lo sé —respondo con humildad—. Supongo que me acerqué a él sin saber que era un caballo tan peligroso y por eso me aceptó. Nos hicimos amigos. La verdad es que no sé nada sobre caballos. La suerte del principiante.

—No seas modesta —interviene Blake—. Helena tiene una conexión especial con los caballos. Aprendió a montar a Daisy en un par de horas y ya cabalga como si llevara toda la vida subida a lomos de un caballo.

Me sube un calorillo reconfortante por las mejillas. No puedo creer que me haya hecho un cumplido. Finjo estar muy concentrada en el estofado de verduras cuando todos me miran con interés. No me gusta ser el centro de atención. Josh, por el contrario, habría disfrutado del momento. Intento borrarlo de mi cabeza porque no quiero venirme abajo. No sé qué es lo que

diría si me viera tan cómoda con su familia.

—Entonces está desperdiciando su talento conmigo —resuelve Sophia.

Dejo la cuchara sobre el cuenco y la miro alarmada.

—¿Qué? ¡No! Me encanta trabajar contigo. Estoy aprendiendo mucho sobre las propiedades de las plantas.

—Está decidido. A partir de ahora trabajarás con los muchachos. Seguro que Blake puede encontrar alguna tarea para la que seas útil.

A él se le cambia la expresión. Está comiendo un aro de cebolla y por poco se atraganta. Por lo visto no le hace ni pizca de gracia trabajar conmigo. He de reconocer que yo tampoco me siento del todo cómoda con la idea. Una cosa es que nuestra relación vaya avanzando, y otra muy distinta que tengamos que entendernos durante la jornada. Sé que vamos a chocar.

—Abuela, no creo que... —Blake deja el aro de cebolla sobre el plato. De repente ha perdido el apetito. Sé que está intentado encontrar una excusa que convenza a Sophia—. Es un trabajo de hombres. Demasiado duro para ella.

Enarco las cejas. ¿Cómo? ¿Un trabajo de hombres? ¿Demasiado duro para mí? Pero ¿en qué siglo vive? ¿Hemos regresado a la época de las cavernas y yo no me he enterado? Este no me conoce. Soy de las que piensan que las mujeres podemos ejercer los mismos puestos de trabajo que los hombres. Lo dicho: Blake nunca dejará de sorprenderme.

—Tu cabeza sí que es demasiado dura.

Bill y Stuart dejan escapar una carcajada atónita. Hannah me mira con los ojos abiertos como platos. Avery se parta de risa y Sophia me observa satisfecha. Blake arruga la frente y me atraviesa con la mirada. Me cruzo de brazos y se la sostengo sin dejarme intimidar.

—Vas a perder la apuesta como sigas por ese camino —me advierte, y es evidente que está molesto porque no se esperaba que yo fuera a rebatirlo. Yo tampoco contaba con ello, pero no soporto ese tonillo machista y condescendiente. Vivimos en el siglo XXI. Ya va siendo hora de que él se haga a la idea.

—No voy a perder.

—El trabajo de un vaquero es muy duro. No haré concesiones contigo.

—No espero que tengas tratos de favor conmigo.

—Lo vas a pasar mal. Eres una novata. Te falta cuerpo, experiencia y agallas.

—Agallas es lo que me sobra para aguantarte.

Todos se ríen sin dar crédito. Incluso Hannah se suma a las carcajadas. Blake aprieta la mandíbula y me mira como si quisiera estrangularme. Seguro que se contiene porque tenemos público.

—Luego no digas que no te lo advertí. Empezamos a las seis de la mañana.

Se me cae el alma a los pies. Ni siquiera estoy segura de que el sol haya salido a esa hora. Intento mantener la compostura porque no quiero darle la razón a la mínima de cambio. Sophia aplaude satisfecha cuando se sale con la suya. No he empezado a trabajar para Blake y ya me estoy arrepintiendo de ser una bocazas. ¿Por qué no podré estarme calladita?

—Come un poco de carne. Vas a necesitar energía para mañana —Hannah me ofrece el plato y me veo obligada a rehusar con una sonrisa de circunstancia.

—Soy vegetariana.

—¿Ni siquiera una cucharada de chili? —pregunta Sophia.

—No puedo comer carne.

—¿Y pescado?

—Tampoco.

Ella me mira como si hubiera perdido el juicio. No se lo tengo en cuenta porque es una señora mayor. Mis padres son más jóvenes y todavía siguen insistiendo en que debería olvidarme de «esa dieta tan rara» cuando acudo a una de sus barbacoas y me conformo con las hamburguesas de soja texturizada.

Una sonrisa ladina cruza el semblante de Blake. Sé lo que está pensando sin necesidad de que abra la boca. Por si acaso, tiene la necesidad de sacarme de dudas.

—Lo vas a pasar genial cuando marquemos al ganado. Lo que yo diga: ni dos semanas. Ya iré pensando en qué voy a gastar los doscientos dólares que vas a pagarme.

No sé lo que es marcar al ganado. Tampoco lo pregunto porque no quiero quedar como una ignorante. Esta noche pienso pasarla empollando en internet. No hay nada que no puedas encontrar en la red. Seguro que trabajar para Blake no puede ser tan difícil. Solo debo mentalizarme de que escucharé sus ladridos autoritarios durante unas horas. Podría buscar unos tapones para los oídos...

—¡Gástalos en mí, papá! —sugiere Avery ilusionada—. ¡Quiero operarme el pecho!

Blake se atraganta con la comida. Tengo que taparme la boca para no escupir el refresco. Bill y Stuart se ponen colorados porque se aguantan la risa. Hannah disimula una sonrisa y Sophia sacude la cabeza mientras mira al techo. Esta niña es un caso.

—¿De dónde te has sacado eso? —le pregunta alarmado.

—Del reality de las Kardashian. ¡Cuando sea mayor voy a ser influencer! O modelo como Kendall Jenner. Todavía no lo he decidido.

A Blake se le descomponen la expresión y se bebe la cerveza de un trago para asimilarlo. Hago un gran esfuerzo para no reírme. Blake se frota la cara y suspira con pesadez.

—Sabes que no me gusta que veas esos programas.

—Mamá me deja.

—Ya hablaré con tu madre. Se acabó la tele mientras estés aquí.

—Pero... ¡papá!

Avery hace un puchero y su padre le dedica una mirada tan severa que la niña resopla y descarta el intento sentimental. Es una cría muy espabilada. Por suerte, Stella no está aquí para ver la expresión furiosa de Blake. Ahora entiendo lo que me contó Hannah. Intuyo que los padres de Avery no son capaces de ponerse de acuerdo sobre la educación de la niña. Es una pena que todavía no hayan encontrado un punto en común. Los niños no deberían sufrir las desavenencias de sus padres.

Estoy a punto de reventar cuando terminamos de cenar, pero no puedo negarme a probar un pedazo del brownie de chocolate y nueces. Hannah es una cocinera excepcional. Intento encontrar alguna mirada de complicidad entre ella y Bill. Un gesto del vaquero que me confirme que siente lo mismo que ella. Por desgracia, Bill es muy parlanchín y se relaciona con todos por igual. Ya es muy tarde y estoy a punto de levantarme para despedirme, pero Avery se planta a mi lado con una sonrisa pícara.

—He cumplido mi promesa. Ahora tienes que hacerme el peinado de Ariana.

Blake nos mira desconcertado, así que me veo en la obligación de aclarárselo.

—Le prometí que le haría el peinado de su cantante favorita si ella me aseguraba que dejaría de llamar tonta a su amiga.

—Y vieja a la abuela —añade ella.

—¡Jovencita! —exclama Sophia, y luego se vuelve hacia mí con un gesto cómplice—. He de reconocer que no ha vuelto a llamarme vieja. Esa parte la ha cumplido.

—No te fíes de mi pequeña tunante. Lo de cumplir las promesas se le da regular —me explica Blake.

—¡Papá! —gimotea Avery—. Te prometo que me he portado bien. ¡Lo juro!

—Uhm... —la miro a los ojos y ella se pone muy seria. Tengo que hacer un gran esfuerzo para aguantarme la risa—. A ver... yo diría que me estás diciendo la verdad.

—¡Sí!

—¿Tú qué dices, Blake?

Su padre se hace el duro y se rasca la barbilla con aire pensativo. Avery junta las manos y lo mira con ojillos suplicantes.

—Seguiré el consejo de alguien y le daré un voto de confianza.

Se me escapa una sonrisa cuando comprendo que se refiere a mí.

Avery está encantada cuando termino de peinarla. Nos hace un pase de modelos y Blake pone cara de circunstancia cuando me mira. Sospecho que porque cree que la niña me está aburriendo y estoy siendo educada. No sabe cuánto se equivoca. Podría pasar horas con Avery y el tiempo se me pasaría volando. Me encantaría tener una hija. O dos. Siempre he soñado con ser madre y ahora que disfruto de la compañía de mi sobrina tengo que hacer un gran esfuerzo para no pensar en el tema. Todavía me escuece demasiado.

Blake no puedo disimular el orgullo cuando mira a su hija. Se le cae la baba. Por un instante deja de ser el vaquero intimidante y se convierte en un padre entregado que aplaude a la niña cuando da una vuelta. Se nota que la quiere con locura. Me dan tanta envidia...

—A la cama, señorita.

—¡Nooooo! —protesta ella—. Un ratito más. Quiero enseñarle a Helena mi colección de discos de Ariana Grande.

—Helena está muy cansada.

—Un ratito.

Cojo su manita y Blake se rinde cuando ella me arrastra hacia su habitación. Está pintada de rosa y hay un montón de muñecas desperdigadas sobre una alfombra de estrellas. Es el típico dormitorio infantil. Predominan los tonos rosas pastel, las barbies y los peluches de Disney. Se pone de puntillas para coger los discos que hay en la estantería. Tiene la colección completa.

—Está firmado por Ariana. Papá me llevó a su concierto. No sé cómo consiguió que ella lo firmara —me cuenta emocionada.

—Seguro que tu padre tiene sus contactos.

—¿Tú crees? —pregunta emocionada—. Lucy me dijo que papá me había engañado y que era imposible que Ariana me hubiese firmado el disco. Me puse muy triste y estuve varios días llorando. ¡Lucy es tonta!

Se tapa la boca con las manos cuando se le escapa. Le ofrezco una mirada severa que me dura tres segundos. No sirvo para reprender a un niño. En el fondo me muero de ganas de achucharla y meterla en la cama, pero tampoco puedo tomarme una licencia que no me corresponde. No sé si a Blake le molestaría.

—Haremos una cosa. Cada vez que digas una palabrota o insultes a alguien, tendrás que echar una moneda en la hucha.

—¡Es una idea fantástica! ¡Me haré rica!

Obedece sin rechistar y va hacia su mesita de noche para rebuscar un centavo dentro de una cajita de cristal.

—Me lo dio la abuela el otro día. ¿Ves cómo ya no la llamo vieja? —echa el centavo en la hucha con forma de cerdito que tiene sobre el escritorio—. ¡Ya está!

—Bien hecho —me agacho para estar a su altura y le digo con tono cómplice—: A veces nos enfadamos cuando los demás nos dicen cosas que nos ofenden. Pero no por ello debemos ser crueles. Estoy segura de que Lucy se arrepiente de haberte dicho que tu padre te mintió.

—¿Tú crees que papá me mintió?

—Por supuesto que no. Tu padre es un buen hombre. Él jamás te mentiría. Seguro que los guardaespaldas de Ariana se asustaron cuando vieron que un hombre tan grande y fuerte le pedía un autógrafo.

Avery se parte de risa.

—¡Mi padre es enorme! ¿A qué sí?

—Sí.

Entrecierra los ojos y baja la voz.

—¿Eres su novia?

—No.

—Menos mal. A mamá no le gustaría que lo fueras.

No sé qué responder a eso. Regreso al salón con ella cogida de la mano y descubro que todos se han ido a dormir. Allí está Blake, mirándonos de una forma indescifrable cuando nos ve. No sé si

está complacido, descolocado, receloso... o un poco de todo.

—Se acabó la fiesta. Es muy tarde. Mañana tienes que ir al colegio.

—¡Oh!

Avery suelta mi mano y va directa hacia su habitación, pero de repente se da la vuelta, corre hacia mí y me da un tímido abrazo.

—¡Te quiero, Helena!

El gesto es tan espontáneo y sincero que me pican los ojos. Por suerte, entierro la cabeza en su pelo, le devuelvo el abrazo y logro disimularlo.

—Buenas noches, Avery. Yo también te quiero.

Ella sale disparada hacia la habitación con su coleta de caballo ondeando sobre los hombros. Es para comérsela. Blake me pilla mirando a la niña con un instinto maternal y difícil de ocultar.

—Tengo que acostarla. Tardo poco, lo juro. Luego te acerco al motel.

—Tranquilo. Tómate el tiempo que necesites.

Aprovecho que me quedo sola para cotillear sin que nadie me vea. En la sala de estar hay un mueble repleto de libros. Ojeo los títulos y algo capta mi atención. Son varias fotografías enmarcadas. Las observo con interés. Una joven y bella Sophia junto a su marido y con un bebé en brazos. Una pareja que deben ser los padres de Blake porque el hombre se le da un aire. Blake y Josh. Contengo el aliento y cojo la foto sin poder evitarlo. Blake es un adolescente desgarbado y Josh es un chiquillo de cuatro años. Sus ojos verdes son inconfundibles. En otra foto Blake le pasa un brazo a su hermano por encima de los hombros con aire protector. En esa época sus padres acababan de fallecer. Aún estaban muy unidos. ¿Qué sucedió para que se distanciaran? Hay varias fotografías más. Blake, Josh y sus abuelos. Todos juntos y aparentemente felices. Josh deja de aparecer en las fotos con su hermano mayor cuando se convierte en un adolescente. Sí posa con sus abuelos, pero no hay ninguna con su hermano. Es evidente que se evitan.

—Ese es mi hermano Josh.

La foto está a punto de caérseme al suelo. Blake me ha pillado con las manos en la masa, nunca mejor dicho. Es una fotografía de un apuesto y joven Josh. Tendrá dieciséis años. Nosotros nos conocimos cuando teníamos dieciocho.

—Perdona, no quería cotillear —dejo la fotografía justo donde la he encontrado y me muerdo el labio. No lo puedo evitar. La curiosidad es demasiado grande para ignorarla—. Tienes un hermano.

—Sí. Es mi hermano pequeño.

Si hay acritud o resentimiento en su voz, lo disimula muy bien. Lo miro a los ojos y no encuentro ni rastro de la rabia que brillaba en Josh cuando conseguía arrancarle un puñado de palabras sobre su hermano. Ahora sí que estoy confundida.

—¿Dónde está?

—En Chicago.

Está diciendo la verdad. O al menos, es una verdad a medias. Porque la realidad es demasiado dolorosa para admitirla en voz alta y yo soy una completa desconocida a la que no va a revelársela.

—Se te dan muy bien los niños —me da la impresión de que lo comenta para evitar el tema de su hermano. Lo entiendo. Tiene mucho que callar. No estoy dispuesta a olvidar que no respondió a mi carta. Su comportamiento dice mucho de él y no puedo dejarme engañar por las apariencias.

—Me encantan.

—Se nota —no puede disimular una sonrisa que lo hace más humano y atractivo. Debería sonreír más a menudo—. Le has caído bien a Avery. Es raro porque es muy desconfiada.

—Tiene a quién salir.

Blake no dice nada. Sabe que tengo razón.

—Creo que debería marcharme.

—Sí, respecto a eso... —Blake se rasca el codo, visiblemente incómodo—. Se avecina una tormenta de arena y no me parece muy prudente coger el coche. Para colmo, mi abuela me ha amenazado con retirarme la palabra si te llevo al motel a estas horas de la noche. Dice que seríamos unos pésimos anfitriones y le encantaría que te quedaras a pasar la noche. Ya sé que te estoy poniendo en un compromiso y te pido disculpas. No es mi intención.

—No quiero molestar... —murmuro abochornada—. Creo que ya he abusado bastante de vuestra hospitalidad.

—En realidad me estás haciendo un favor. Si mi abuela descubre mañana por la mañana que no te has quedado a pasar la noche, me las tendré que ver con ella. La tienes encandilada. Te has ganado a Balder, a mi hija, a mi abuela... ¿Cómo lo haces?

Lo pregunta totalmente en serio. Tiene una profunda arruga de confusión en la frente. Como si tratara de discernir un misterio que lo tiene muy desconcertado. Qué curioso. Me sucede lo mismo con él. Blake me confunde a un nivel tan aterrador que despierta mi curiosidad.

—Me queda el hueso más duro de roer.

—No te quepa la menor duda.

Asiento resignada. Sé que no me lo va a poner fácil. Mañana será un día duro y me estoy mentalizando para ello.

—Al final me acabarás cogiendo cariño —le aseguro con un repentino ataque de confianza—. Ya lo verás. Estoy segura de que podemos ser amigos.

Blake me mira con una intensidad que me traspasa. ¿Conoces esa sensación de vértigo en el estómago cuando te subes por primera vez a un avión y despegas? Es justo lo que siento. No lo controlo. El cosquilleo en el vientre, la incertidumbre, el pánico.

—Tú y yo no vamos a ser amigos.

Se me seca la boca y aparto la mirada sin poder evitarlo. No soy capaz de enfrentar lo que hay en sus ojos. Porque me aterra intuir que, por un instante, me mira con un deseo tan salvaje que es incapaz de disimularlo. Dura una fracción de segundo. Pero el efecto que me provoca persiste incluso cuando me voy a la cama y me pregunto si no habré cometido un error al no contarle a Blake que soy su cuñada.

7 de noviembre de 2016

Will visitó a Helena por sorpresa aquel fin de semana. Ella tuvo que hacer malabares para repartir su tiempo entre él y Josh. Era ridículo que ambos no pudieran coincidir, pero no se soportaban y ninguno de ellos hacía el mínimo intento de fingir lo contrario. Aquel sábado por la tarde llevaba varias horas remoloneando en la cama del hotel en el que se alojaba Will. Lo había recibido con más excitación de lo normal porque necesitaba quitarse a Josh de la cabeza. Y Will, por supuesto, estaba encantado con su exceso de cariño. Pero la lujuria de ella respondía a un motivo que tenía poco que ver con el surfero. Últimamente le costaba mantener a raya sus sentimientos. Tuvo que largarse de una fiesta cuando vio a Josh enrollándose en mitad de la pista de baile con aquella pelirroja de primero. Sí, los ligues de Josh nunca pasaban de una noche y a ella jamás le habían afectado. Pero entonces sucedió lo de la playa y se dio cuenta de que su amigo le producía un millón de sensaciones vertiginosas en la piel. Algo que, por desgracia, no había experimentado con Will ni con ningún otro hombre.

—¿Te apetece ir a cenar esta noche a un japonés? —le propuso Will, y añadió cuando ella se revolvió incómoda—: No tengo ningún inconveniente en pasar la noche en la habitación. Si quieres pedimos sushi.

—Esta noche es el cumpleaños de Josh.

Will resopló y se apartó de ella. Al principio había disimulado sus celos por Josh, pero ya no los ocultaba. Tampoco era la primera vez que discutían por la relación que ella tenía con su amigo. Helena empezaba a hartarse de darle explicaciones. No era su novio. Era un chico con el que se lo pasaba bien de vez en cuando.

—He viajado desde California para verte. ¿De verdad no puedes pasar de él ni un fin de semana?

—El día de su cumpleaños desde luego que no —respondió con tono categórico.

Josh y ella siempre hacían planes para sus cumpleaños. Esa noche habían quedado para ver un maratón de películas de Tarantino en un cine antiguo y luego irían a inaugurar la pista de patinaje con un montón de caídas porque los dos eran muy torpes. Cenarían en aquel hindú que les chiflaba y ella aprovecharía el postre para darle su regalo: un funko de Hagrid. Josh tenía una colección de funkos con los personajes de sus películas favoritas y ella llevaba tiempo detrás de aquella figura descatalogada. Sabía que a él le haría ilusión.

—Podéis celebrarlo la semana que viene. Yo me voy mañana.

No soportó su chantaje emocional. Ella no tenía la culpa de que él se hubiera presentado sin avisar. Si le hubiera preguntado, le habría dicho que aquel fin de semana le venía fatal. Iba de culo con un trabajo, tenía pendiente el relato para la antología y no podía fallar a Josh.

—Lo siento, Will.

—Vamos, Helena. No sé cuándo volveremos a vernos. ¿De verdad que no significa nada para ti que haya cogido un vuelo?

Al principio a ella le resultó muy atractiva la tenacidad de Will. Sus esfuerzos constantes por conquistarla a cualquier precio. Ahora, por el contrario, la agobiaba que no fuera capaz de respetar sus decisiones. No paraba de preguntarle lo que eran. Sobre los planes de futuro. Exigiéndole algo que ella jamás le había prometido porque siempre fue del todo sincera con él. Quedaban para divertirse. Para follar. Eso era todo.

—Deja de hacerme sentir culpable. Yo no te pedí que vinieras.

Will se levantó con una rabia difícil de disimular.

—Esa relación que tienes con tu amigo no es ni medio normal.

—No te he pedido opinión.

Ella también se levantó. Su bolso estaba en la mesita de noche y comenzó a meter dentro sus pertenencias. Will la contempló resignado. Ya no había nada que pudiera hacer para detenerla y no tuvo motivos para guardarse lo que pensaba.

—¿Qué clase de amigos son esos que casi se enrollan en una playa? Os vi aquella noche. Pensé que no tenía nada que hacer. Luego me di cuenta de que estabas conmigo porque él se había follado a la mitad de Santa Bárbara. Me dio igual porque me encantabas. Pensé que eras lista y que ya se te pasaría la tontería con Josh. Al fin y al cabo me habías elegido a mí y a él lo tratabas como a un amigo. En el fondo os hacéis daño. No es una amistad sana.

—Y tú qué sabes —le espetó indignada.

Helena cogió el bolso y él la siguió hasta la puerta de la habitación. Puso una mano en la puerta cuando ella intentó abrirla. Ignoró su mirada llameante.

—Sé que los amigos no se miran de esa forma. Visto desde fuera parecéis pareja. No puedes pedirme que no me cabree. Da igual que me cambies por otro. Ningún hombre toleraría la relación que tienes con Josh. Te tiene atrapada y no te das cuenta. Vuestra relación es tóxica.

—No sabes de lo que hablas —a ella le tembló la voz y su rostro se tiñó de rojo—. Somos buenos amigos. No voy a tolerar tus celos. No somos pareja.

—Adiós, Helena —Will le abrió la puerta y se echó a un lado para que pudiera pasar—. Espero que seas sincera contigo misma. Estás enamorada de él y te conformas con su amistad porque sabes que él no merece la pena como pareja. El día que te des cuenta te vas a llevar una hostia de realidad.

Helena ni siquiera le respondió. Salió del hotel con las mejillas enrojecidas y el pulso disparado. Will no tenía ni puñetera idea de la relación que ella tenía con Josh. Era demasiado complicada para que una mente tan simple pudiera comprenderla. ¿Cómo iba a hacerlo cuando ni ella misma entendía lo que le pasaba cuando estaba cerca de Josh?

Unos días más tarde, Helena seguía sin poder quitarse de la cabeza la conversación que mantuvo con Will. El cumpleaños de Josh fue perfecto y a él le encantó su regalo. Pasaron una noche en la que ella casi mandó al garete las palabras del Will. Hasta que regresaron caminando hacia la universidad y con las manos entrelazadas. Entonces comprendió que Josh y ella siempre serían algo más que amigos. Algo profundo, desconcertante y no del todo sincero.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Penny.

Estaban de compras en el centro comercial y ella se había quedado embobada mirando un vestido de color coral.

—Nada. Solo miraba el vestido.

—Odias ese color.

Penny se la llevó hasta un banco y la observó con curiosidad. Se conocían demasiado bien y casi se lo contaban todo. Helena evitaba hablarle de Josh porque sabía que su amiga no veía con buenos ojos aquella relación.

—¿Qué te pasa? —insistió.

—Nada. Lo he dejado con Will.

—No era nada serio, o eso me dijiste. ¿Me vas a hacer creer que estás así por haber roto con el surfero?

Helena suspiró.

—Me lo pasaba bien con él. Pero entonces se puso celoso y todo se fue a la mierda.

—A ver si lo adivino... —murmuró Penny con tono irónico—. Se puso celoso de Josh.

—Sí. Penny, no empieces.

—¿Sabes cuánta gente me ha preguntado si sois pareja? Muchos tíos ni siquiera se te acercan cuando estás con él porque dan por hecho que es tu novio. Es como si fueras suya. Te tiene absorbida.

—No digas tonterías. Se podría decir lo mismo de mí respecto a él. Y lo de que los tíos me aborden en las fiestas sabes que no va conmigo. En el fondo Josh me hace un favor.

—Lo vuestro no es ni medio normal y algún día os terminará explotando en la cara. Falta que otro entre en la ecuación para que se os caiga el chiringuito. Uno de los dos se sentirá traicionado y vuestra amistad se irá a la mierda. Antes de que me contradigas, ¿me vas a negar que nunca te has puesto celosa cuando él se enrollaba con otra? Mírame a la cara y dime que no llevo razón. Entonces te diré que sois unos buenísimos amigos y que no veo nada de malo en esa amistad porque es pura, sincera y casta. Venga, mírame a la cara y dime que estoy equivocada.

Helena era pésima mintiendo y fue incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Lo ves? Y a él le pasa lo mismo. Por eso no podía ni ver a Will. Ya te lo dije. Quiere acostarse contigo. Lo lleva deseando desde el día en el que te conocí.

—Josh no es así —lo defendió—. Puede que los dos sintamos cierta atracción, no voy a negarlo. Pero él me aprecia de corazón. Somos amigos de verdad. Siempre está cuando lo necesito.

—Me prometí que no te lo iba a contar, pero... ahí va.

Helena la miró intrigada y Penny lo soltó de carrerilla porque de lo contrario se arrepentiría.

—Nos acostamos. Fue hace mucho tiempo y no significó nada. Conozco a los tíos como él. Van buscando una sola cosa. Luego se comportó como si no hubiera pasado. Josh no merece la pena. Lo tienes idealizado porque a ti solo te enseña su mejor versión. Pero ese te le dará tarde o temprano. Si no es hoy, será mañana. Te juro que lo tengo super calado.

Helena se la quedó mirando como si le hubiera gastado una broma. Josh y Penny. No podía ser verdad. Joder, ahora comprendía por qué no se soportaban y porque fingían lo contrario delante de ella. Se sintió estúpida y utilizada. Manipulada por su mentira.

Penny le leyó la mente. Cualquiera podría haberlo hecho. A Helena se le había descompuesto la expresión y en sus ojos brillaba el desconcierto y un dolor mal disimulado.

—Si realmente fuera tu amigo, te daría igual lo que pasó entre nosotros.

—Me da igual —replicó con voz temblorosa, y ni siquiera se lo creyó—. Me molesta que no me lo contaseis. Odio que me mientan.

—No te lo conté porque sabía que te haría daño. Es hora de que abras los ojos. Josh no te conviene. Ni como amigo, ni como pareja... ni como nada. Hoy has renunciado a Will, pero mañana podrías renunciar a un hombre que de verdad merezca la pena porque estás absolutamente perdida en esa relación. Nunca podrás iniciar una relación con otro hombre hasta que él salga de tu vida. Tenderás a compararlos con Josh. Correrás a los brazos de Josh cuando metan la pata. No puedes depender emocionalmente de una persona que significa tanto para ti. Es absurdo y a la larga saldrás muy herida.

Helena se quedó hecha una mierda. Porque era más fácil pensar en Josh con otra cuando la desconocida no significaba nada para ella. Josh y Penny. No podía quitarse aquella idea de la cabeza. Sus dos amigos. Juntos. Se sentía asqueada de solo imaginarlo.

No puedo pegar ojo. Doy varias vueltas en la cama hasta que me doy por vencida y me destapo de un tirón. No me siento del todo cómoda en esta casa. Ahora me arrepiento de no haberles contado la verdad. ¿Con qué cara los miro y les digo que soy la mujer de Josh? Dios, esto se me ha ido de las manos. Tengo que poner distancia entre Blake y yo porque no quiero que él me vea de otra forma. Quizá estoy sacando las cosas de quicio. Él no me soporta. Me trata con una hostilidad que no se puede fingir. Pero entonces actúa de una forma que me desconcierta y no sé qué pensar. Todo se acabaría si le revelase el parentesco que nos une. Él se cabrearía, lo sé. Pero luego me dejaría explicarme y entendería mis motivos. No es tan terrible como parece. Sé que es un buen hombre.

Me siento en el borde de la cama. Llevo un camisón de Hannah que me queda enorme porque ella tiene más pecho. Necesito un cigarro. Abro el cajón de la mesita de noche. Está vacío. La habitación es impersonal y sobria. El típico cuarto de invitados. Me pregunto qué pensaría Josh si supiera donde estoy. Lo conozco lo suficiente para saber que se pondría a la defensiva. Le pedí muchas veces viajar a Texas para conocer a su familia. En los últimos tiempos prácticamente se lo exigí. Le recriminé que él sí conocía a mis padres. Ahora me arrepiento de haber sido tan dura. Fui una inmadura. Fui irracional. Fui una imbécil. He deseado tantas veces viajar al pasado y cambiar todas las decisiones que nos alejaron...

Sé que es ridículo desear algo imposible. Y, sin embargo, no puedo parar de imaginar cómo sería nuestra vida de haber tomado otras decisiones. Puede que siguiera siendo el mismo caos al que nos habíamos acostumbrado. Puede que el dolor y la rabia nos hubieran encontrado de todos modos. Quién sabe. Estoy en Texas porque hice una promesa que pienso cumplir. Es lo único que importa. Lo único que me mantiene cuerda y me obliga a permanecer de pie a pesar de que hace más de quince meses que no levanto cabeza.

Salgo de la habitación caminando de puntillas. No quiero hacer ruido porque son las doce y media de la madrugada. No enciendo la luz y me oriento en la oscuridad en dirección a la cocina. Con suerte encontraré algún paquete de tabaco. Necesito fumar. La primera vez que le di una calada a un cigarro me entró un ataque de tos. La segunda fue relajante. La tercera me enganchó. Antes odiaba el olor del tabaco y ya no puedo vivir sin él. Cuando doy una calada me olvido de todo. Ahora entiendo a los que me decían que no podían dejarlo porque les relajaba. Me burlaba de Penny cuando me contaba que fumar era lo único que le impedía volverse loca en la temporada de exámenes. Penny me echaría la bronca si supiera que no le he contado la verdad a la familia de Josh. Diría algo así: «eres una jodida experta en complicarte la vida. Con lo lista que eres, y lo tonta que puedes llegar a ser». En lo referente a mi vida, Penny acierta el noventa y cinco por ciento de las veces. Me da rabia que me conozca tan bien.

—¡Ay!

Me choco con algo duro y enorme cuando estoy a punto de entrar en la cocina. Unas manos me

agarran de los brazos cuando pierdo el equilibrio. Me sujetan con firmeza. Reconozco el olor de Blake. Es el olor de un hombre que se ha dado una ducha después de una larga jornada de trabajo. Siento un calor abrasador que me sube por todo el cuerpo. Sus manos me agarran con esa actitud autoritaria hasta que se asegura de que no voy a caerme. Entonces me suelta.

—¿Helena?

—Sí.

Blake enciende la luz. Va sin camiseta y los ojos se me van irremediabilmente a su cuerpo. Sus abdominales son más impresionantes vistos de cerca. No hay ni un gramo de grasa ni imperfección. Solo un torso moreno y algo velludo. Me digo que no es culpa mía cuando aparto la mirada para clavarla en sus ojos. ¿Quién no miraría a un hombre que va medio desnudo?

—¿Por qué no enciendes la luz?

—No quería despertar a nadie. ¿Y tú?

—Conozco de sobra la casa. ¿Necesitas algo?

—No —me lo pienso mejor porque no quiero cotillear en una casa ajena—. En realidad me muero por un cigarro. No puedo dormir y fumar me relaja.

Blake se adentra en la cocina y lo sigo con ansiedad. Hay un paquete de Marlboro sobre la mesa.

—Eres clásico hasta para fumar.

—¿Por qué dices que soy clásico?

—Escuchas a Johny Cash, fumas Marlboro, vistes Levis, saludas a la gente con el sombrero, llevas un reloj de cuero, conduces con la ventanilla bajada y una sola mano en el volante...

Blake deja el brazo en el aire cuando está a punto de ofrecerme un cigarro. En sus ojos hay una chispa divertida.

—No me conoces tanto como crees.

—Seguro que tengo razón.

—¿Quieres o no quieres un cigarro?

—Por favor —se lo arrebato antes de que pueda guardárselo—. Te tengo calado, Blake.

—Lo dudo.

Me acompaña al exterior y se me escapa un silbido de impresión al ver el porche cubierto de

arena. Es como si estuviéramos en mitad del desierto del Sáhara. Los cristales de las ventanas están mugrientos y no se puede ver el interior de la casa. Mi coche de alquiler está enterrado bajo una montaña de arena.

—Las tormentas de arena son muy frecuentes por aquí. Ya te acostumbrarás.

—¿Qué pasaría si una tormenta de arena me pilla en el exterior?

Blake se acerca para darme fuego. De nuevo me invade esa sensación de exceso de intimidad. Es como si fuera tan grande que acaparase demasiado espacio. Como si me privara del lugar que me corresponde y lo hiciera suyo por completo. No me gusta la sensación de desasosiego que produce en mi cuerpo. Hace que me sienta confusa y pequeña. Me considero una mujer de estatura media, pero me siento minúscula cuando lo tengo delante. Me saca más de una cabeza. Sería increíble levantarse un día con su aspecto y ser consciente de que produces un efecto tan devastador en las personas. Me parece una injusticia.

—Tu visibilidad se reduciría a cero y no lograrías mantenerte en pie. Es imposible avanzar durante una tormenta de arena. Lo más prudente es buscar un refugio y cubrirse los ojos, la nariz y la boca si te pilla en el exterior. Estarías muerta si eres asmática y aspiras el polvo.

—Así que hemos hecho bien en quedarnos en casa...

Le doy una calada al cigarro y sacudo la barandilla del porche para apoyarme. Blake me mira de reojo sin decir nada. Me pone tan nerviosa que siento la necesidad de romper el silencio. Con él todo es demasiado intenso para dejarlo estar.

—¿Qué pasa, vaquero?

—Ya te has forjado una opinión sobre mí.

—Lo dices como si tú no hubieras hecho lo mismo conmigo.

—Touché —admite, porque sería ridículo que lo negara—. Dispara. Estoy abierto a las críticas.

Ahora soy yo quien lo mira de reojo. Dudo. No sé si debería ir por ese camino. Me muerdo el labio y él me observa con expectación. Me encojo de hombros. Él lo ha querido. Que se atenga a las consecuencias.

—Eres un hombre reservado, serio y muy celoso de su intimidad. Casi te entiendes mejor con los caballos que con las personas. En el fondo no eres tan duro como aparentas, pero sientes la necesidad de demostrarle a los demás quién manda en el rancho porque significa mucho para ti. Crees que debes prolongar el legado familiar y no te perdonarías que cayera en las manos de una persona ajena a tu familia. Por eso te pusiste a la defensiva cuando me tomaste por una enviada de Walton. Proteges a los tuyos porque sientes que es tu deber y serías capaz de hacer cualquier cosa por ellos. Tu hija es tu gran debilidad. Y tu relación con su madre es muy tensa porque... ella sigue enamorada de ti y te está poniendo las cosas muy difíciles.

Blake me mira sin decir nada. Tiene la espalda rígida y su rostro es una máscara inescrutable. Está digiriendo mis palabras. No sé por qué no mantengo la boca cerrada. Debería estarme callada, pero la tentación fue muy fuerte para resistirla.

—Eres demasiado orgulloso para admitir que he dado en el clavo.

—Te has acercado bastante —admite para mi sorpresa—. Pero hay ciertos detalles que has pasado por alto. A decir verdad yo también he hecho ciertas conjeturas sobre ti.

Se me escapa una sonrisa sarcástica. Me lo veo venir.

—¿Soy una pija superficial, insulsa y malcriada?

—Eres una mujer que ha llegado hasta aquí porque huye de algo... o de alguien.

Expulso una bocanada de humo y me aparto de él bastante irritada. Este juego ha dejado de hacerme gracia.

—Te he cabreado.

—Qué perspicaz.

—Para que luego digas que soy un orgulloso. Me lo he tomado mejor que tú.

—Yo no te he pedido que dijeras nada —replico con los dientes apretados—. No me conoces en absoluto. No tienes ni idea.

—Tengo la impresión de que vamos a conocernos.

Un cosquilleo nervioso me sube por la espalda. Doy gracias por estar apoyada en la barandilla.

—Porque vas a hacer todo lo posible por ganar la apuesta —concluye.

Respiro aliviada cuando comprendo que en su frase no había doble sentido. Soy una malpensada. Por suerte, no le intereso en ese sentido. Me alegro de no ser su tipo.

—Eres tozuda, luchadora y crees que vas a ponerme las cosas difíciles. Lamento comunicarte que no va a servir de nada. La vida de un vaquero no está hecha para todos los hombres.

—¿Nunca te han dicho que eres un machista? —le suelto sin poder contenerme.

Blake ni siquiera se inmuta.

—No se trata de distinguir entre hombres y mujeres. Me he visto obligado a despedir a muchos hombres que no valían para el trabajo. Es duro y exigente. No tienes el físico necesario para ello.

—Ya veremos.

Estoy a punto de añadir algo más para ponerlo en su sitio cuando veo una estrella fugaz. Lo agarro de la muñeca y la señalo ilusionada. Hace muchísimo tiempo que no veía una.

—¡Una estrella fugaz! —cierro los ojos—. Venga, pide un deseo. No vale que pidas que pierda la apuesta. Eso sería jugar sucio.

—No he pedido tal cosa.

—Las estrellas fugaces dan buena suerte, o eso dice la tradición porque es muy difícil ver una. Si observas el cielo fijamente durante más de una hora, la probabilidad de ver una estrella solo alcanza el once por ciento. Supongo que porque viajan a más de doscientos mil kilómetros por hora y sus diminutas partículas se desintegran cuando entran en contacto con la atmósfera terrestre. Son más pequeñas que un grano de arena. Es curioso que algo tan diminuto brille con una intensidad tan deslumbrante, ¿no crees? —Blake está callado y me maldigo por ser la misma sabelotodo de siempre. No lo puedo evitar. Es un rasgo de mi personalidad que intento ocultar porque la gran mayoría de las personas no lo soporta. De pequeña caía antipática porque mi curiosidad era vista como una actitud repelente. Estoy más que acostumbrada a que los hombres me escuchen con desinterés. Josh era el único que encontraba fascinantes mis explicaciones—. Perdona, te estoy aburriendo.

—Para nada.

No intento averiguar si está siendo sincero o educado. Me percató de que sigo aferrándole la muñeca y aparto la mano con una mirada de disculpa. Él ni se inmuta.

—Mi madre solía contarme una historia sobre las estrellas fugaces. Lo hacía cuando no podía dormir. Quizá te sirva. ¿Quieres escucharla?

Lo miro como una chiquilla ilusionada con la llegada de Papá Noel. Me encantan las historias. Blake habla con esa voz grave y ronca que lo caracteriza.

—Cuenta la leyenda que había un joven pastor de vacas que un día sorprendió a unas hadas bañándose en un río. El pastor era muy travieso y decidió robar sus ropas. Las hadas se reunieron y decidieron que debía ser la más joven quien fuera a recuperar sus ropas. Niulang, que así se llamaba el hada, se vería obligada a casarse con el joven pastor en cuanto éste la viera desnuda. Lo que empezó siendo un matrimonio por compromiso se convirtió en un matrimonio donde existía un intenso amor. Y fue tanta la pasión que ambos descuidaron sus obligaciones. Zhinu, el joven pastor, no era un pastor cualquiera. Se encargaba de un rebaño de estrellas que poblaban el cielo. Y Niulang era el hada encargada de tejer las nubes. Sus descuidos enfurecieron a la madre del hada, que era la diosa del cielo. Rasgó el cielo para separarlos y formó la vía láctea, convirtiendo a los dos enamorados en dos estrellas muy alejadas. La diosa del cielo se apiadó de ellos y pidió a los cuervos que una vez al año formasen un puente para que los dos enamorados pudieran verse. Las estrellas fugaces son las plumas de los cuervos que se desprenden con el batir de sus alas. Y esto sucede en agosto, la noche de...

—Las perseidas —respondo asombrada. Nunca había escuchado esta leyenda—. Es una historia preciosa.

—Mi madre contaba historias muy buenas. Estudió historia en la universidad y le encantaban las leyendas. Te habría caído bien.

—Mis padres también estudiaron historia. Qué casualidad.

—¿Y tú?

—¿Das por hecho que he ido a la universidad? Pensé que era una boba del tres al cuarto con pocas neuronas.

—Suéltalo ya.

—Lengua y literatura inglesa.

—Te pega.

—¿Sí? —respondo con un deje de ilusión.

—Hablas por los codos.

Se me escapa una sonrisa porque tiene razón. Luego me pregunto por qué Josh nunca se animó a contarme alguna historia. Él sabía que me encantan. ¿Por qué le costaba tanto hablar de su familia?

—Cuéntame otra.

—Tal vez otro día —lo miro decepcionada—. Mañana madrugamos. Tienes que estar levantada dentro de cuatro horas.

—Dijiste a las seis.

—Yo que tú no me perdería el desayuno. A las cinco y media.

A las cinco y media debería estar roncando como un lirón. Dudo que a mi estómago le entre algo que no sea un vaso de agua. Es inhumano. Me hago la dura porque no quiero causarle mala impresión. Seguro que mañana se encarga de hacérmelo pasar mal y me arrepiento de haber venido hasta Texas.

Blake apaga el cigarro y me da una palmadita amistosa en el brazo.

—No te acuestes tarde. Buenas noches, Helena.

—Buenas noches, Blake.

Me vuelvo para mirarlo justo cuando entra en la casa. Una constelación de pecas le cruza los omoplatos. Puede que Zhinu y Niulang estén en cada hombro deseando llegar al centro de su espalda. Hay que reconocer que es una espalda muy masculina y poderosa. Le doy una calada al cigarro y pienso en lo que ha dicho sobre mí: «eres una mujer que ha llegado hasta aquí porque huye de algo... o de alguien». Pero yo no me siento necesariamente como alguien que huye. En realidad soy alguien intentando encontrar el camino. Encauzando su vida. Buscando respuestas. Tratando de arreglar lo que hizo.

8 de noviembre de 2016

Josh tenía los auriculares puestos cuando la vio venir desde lejos. El rostro enrojecido por la ira, la boca tensa en una línea de disgusto y los ojos brillantes de agitación. Estaba escuchando a los Red Hot Chili Peppers. Se despidió de su tranquilidad y se preparó para la guerra porque supo que estaba furiosa. La conocía muy bien. Algo había hecho para cabrearla. Vete a saber qué. Tardó muy poco en averiguarlo. Ella se lo soltó cuando los separaban dos metros.

—¿Te acostaste con Penny?

Mierda. Aquella zorra se había ido de la lengua. Era de esperar. Se la tenía jurada desde el día que lo vio con Helena.

—Baja la voz —le pidió cuando se dio cuenta de que eran el centro de todas las miradas del campus.

—¿Sí o no?

—Sabes de sobra cuál es la respuesta.

Helena sacudió la cabeza sin dar crédito. En su expresión brillaba la decepción. Josh se puso de pie y no supo cómo enfrentar la situación. Le parecía absurdo tener que darle explicaciones por algo que no la incumbía. Era surrealista. Pero ¿desde cuándo su relación era lógica?

—Claro que la sé. Imagínate la cara que se me ha quedado cuando Penny me lo ha contado.

—¿La misma de querer matarme que tienes ahora? —intentó bromear.

Helena lo fulminó con la mirada. Josh ni siquiera se atrevió a tocarla. Sabía que era la clase de persona que necesitaba su espacio cuando la decepcionaban. Porque más que enfadada, Helena estaba dolida con él. Lo supo sin necesidad de preguntárselo.

—Pasó hace bastante tiempo. El primer día que llegué a la residencia. Tú y yo ni siquiera nos conocíamos. No significó nada. No había nada que contar.

—¿Si no significó nada por qué me lo ocultaste?

—Porque sabía que te pondrías hecha una furia —Josh suspiró y se tapó la cara con las manos durante unos segundos. Necesitaba encauzar la situación porque sospechaba que se le iba a ir de las manos. Joder, ya se les había ido de las manos hace demasiado tiempo—. ¿Por qué debería habértelo contado?

—Porque nos lo contamos todo. Porque sois mis amigos. Porque me he sentido estafada cuando

me he enterado. No entiendo por qué me lo ocultasteis. Hacéis que sea peor de lo que parece. O puede que os hayáis estado enrollando todo este tiempo a mis espaldas mientras fingíais que no os soportabais. Eso me cuadra más.

Josh se rio sin dar crédito. Aquello era el colmo. Lo que le faltaba por oír.

—Estás sacando las cosas de quicio.

—Estoy sacando mis propias conclusiones porque tú me lo has ocultado.

—Pero ¿tú te estás oyendo? —él perdió los nervios. Estaba cansado de andar de puntillas para que nada la molestase. No habían vuelto a ser los mismos desde lo sucedido en la playa—. ¿De verdad me estás pidiendo explicaciones? ¿Desde cuándo nos pedimos explicaciones sobre con quién nos acostamos? ¿Me he perdido un capítulo? No te entiendo, Helena. Me dejaste muy claro que solo me querías como amigo. No seas inmadura, joder.

Ella se sobresaltó por el comentario. A Josh le trajo sin cuidado porque era lo que pensaba. A él jamás se le habría ocurrido inmiscuirse en su relación con aquel surfero del tres al cuarto. Le aliviaba que se hubiera acabado, para qué se iba a engañar. Pero de ahí a montarle una escenita en público había una gran diferencia.

—No soy inmadura. Lo que no soporto es que entre nosotros haya mentiras. Creí que podíamos ser sinceros el uno con el otro.

—Unas cuantas sí que hay —respondió con ironía—. No pongas esa cara. Los dos actuamos como si lo que pasó en la playa no hubiera sucedido.

—¡Porque tú te cabreaste y me trataste como si tuviera la peste!

—No es para menos. Me rechazaste, Helena. ¿De verdad quieres que hablemos de ello? ¿Se supone que me tengo que emocionar porque de repente actúes como una cría celosa y caprichosa? Sácame de dudas.

—No estoy celosa. Y deja de insultarme —le advirtió con voz temblorosa.

—No soy yo el que te está montando un numerito en público. De ser así, ya me habrías mandado a la mierda.

Ella miró a su alrededor para comprobar que un montón de estudiantes los miraban con interés. Puso mala cara y contuvo las ganas de gritarles que se metieran en sus asuntos.

—Tienes razón —musitó con frialdad—. No voy a volver a meterme en tu vida. No tengo ningún derecho. Acuéstate con quien te dé la gana. Hazlo con Penny. Me trae sin cuidado.

Helena se tumbó sobre la hierba, se puso los auriculares y cerró los ojos. Acababa de dar por zanjada la conversación. Josh la observó atónito. Era evidente que estaba celosa y era demasiado

orgullosa para admitirlo. En su interior no pudo evitar regocijarse. Sí, ella lo rechazó en la playa. Pero en el fondo estaba tan frustrada como él. Se tumbó a su lado y le quitó un auricular. Helena apretó los labios.

—Josh, para.

Él se llevó el auricular a la oreja. Ella estaba escuchando a U2.

—No puedo vivir ni contigo ni sin ti... —tarareó la letra, y le dedicó una mirada cargada de intenciones—. Muy apropiada para el momento.

—Psh... ¿tú crees?

—Shhh, mi parte favorita —Josh le tapó la boca e ignoró su mirada llameante. Cantó como el sinvergüenza que era—: A través de la tormenta alcanzamos la orilla. Tú lo das todo, pero yo quiero más...

Helena se apartó y Josh la miró con descaro.

—Obviamente, se refiere a mí cuando dice que soy el que lo da todo. Tú eres la que pone las cosas difíciles.

—Difícil es aguantarte cuando haces el tonto.

—Ahí no te quito razón.

Helena intentó mantener el enfado cuando él se llevó una mano al pecho. Resopló. Era imposible seguir cabreada con él cuando cantaba por Bon Jovi para metérsela en el bolsillo. En el fondo sabía que no tenía motivos para enfadarse con él y eso la cabreaba más porque la dejaba en evidencia. No volvería a pasar. Se prometió que jamás le pediría explicaciones a Josh sobre con quién se acostaba.

—Lo siento —musitó muy bajito—. No sé por qué lo he hecho. Me pilló desprevenida lo tuyo con Penny.

—Lo mío con Penny —repitió él, haciendo que sonara ridículo en voz alta—. Solo fue una noche. Agua pasada. Te lo habría contado de haber sido algo más importante.

—Me preocupa que algún día te eches novia y ella intente alejarte de mí porque no vea con buenos ojos nuestra relación. Will no la entendía.

Josh se puso de lado y le acarició la mejilla con un dedo. Sintió como ella se estremecía. Podría pasar horas tocándola y jamás tendría suficiente. Helena era maravillosa. Él quería ser el único que la tocara. Tenía que hacerle entender que estaban hechos el uno para el otro. Que se compenetraban de una forma tan deliciosa y perfecta que resultaba ridículo que buscaran la misma complicidad en otra persona.

—Will es imbécil.

—Habrá otros Will. Habrá otras chicas.

Josh contuvo una decena de palabrotas. No si él podía evitarlo. Se quedó corto cuando le dijo que mandaría a la mierda su amistad con tal de tener algo más con ella. Helena estaba asustada. Él también. Él le demostraría que ese *algo más* merecería la pena. Él haría que mereciera la pena.

—Que intenten separarnos. Los mataré a todos.

Ella se echó a reír. Josh la observó fascinado. Lo amaba todo de ella. Incluso sus enfados absurdos. Porque no puedes amar a una persona sin aceptar sus peores partes. Y él las aceptaba todas. Las zonas luminosas, las grises e incluso las más oscuras. Estaba dispuesto a lidiar con ellas con tal de estar con Helena.

—Voy a por un café. ¿Quieres algo?

—Una chocolatina reese.

—No deberías comer tanto chocolate.

—Menos mal que tú no me quieres por mi físico.

—Por tu personalidad tampoco. Seguro que es por pena.

Josh se partió de risa cuando ella se levantó. Se deseaban. Lo pasaban muy bien juntos. Tenían complicidad. Era el clímax de las relaciones. La jodida lotería. Se tumbó bocarriba para seguir escuchando a U2. La canción se paró cuando ella recibió un mensaje. Josh cogió el móvil para reanudar la reproducción y leyó sin querer un mensaje de Will.

«El surfero de los cojones».

Will: *Siento mucho lo que te dije. Me excedí porque estaba dolido. Me gustaría verte y pedirte disculpas a la cara. Sé que puede funcionar. Respóndeme y cogeré un vuelo a Chicago*

Josh apretó el móvil contra la palma de su mano. Miró a su alrededor. No había rastro de Helena. Ni siquiera lo pensó. Se dejó llevar por los celos y el pánico. «Tu tren ya pasó, surfero», pensó antes de borrar el mensaje. No se arrepintió. Creyó que les estaba haciendo un favor eliminando a Will de la ecuación. Su relación era cosa de dos y los surferos con ínfulas de exnovios arrepentidos no tenían cabida. Unos días más tarde se preguntó cómo era posible que los celos convirtieran a alguien en un ser tan carente de escrúpulos. Para entonces ya sería demasiado tarde.

Tengo ganas de vomitar. Estoy mareada. Un sudor frío me corre por la nuca. Estoy exhausta después de haber apilado una decena de montones de heno. Blake hacía que pareciera fácil, pero cada montón pesa demasiado para mis brazos enclenques. El día se me está haciendo eterno a pesar de que intuyo que no me ha encargado las tareas más difíciles. Hace un rato he visto pasar a Bill y a Stuart con las piernas embarradas hasta las rodillas y los rostros congestionados por el esfuerzo. Me siento una inútil. Lo único que he hecho es pasar un par de horas bañando y cepillando a los caballos. Al principio me sentí afortunada porque era un trabajo precioso que acabó convirtiéndose en un calvario cuando Balder se encabritó y pateó un cubo de agua que fue directo a mi cabeza. Ahora estoy empapada, tiritando y me siento bajo el sol abrasador para secarme. Estoy agotada y famélica y solo son... compruebo el reloj de mi muñeca y se me cae el alma a los pies: ¡las once de la mañana!

Dios, no sé cómo lo soportan. Es normal que Blake no sonría. Yo estaría de un humor de perros si todos mis días fueran como éste. Me quito el sombrero y suspiro agotada. Aprovecho que no hay nadie a la vista para tomarme un respiro. Necesito un descanso porque tengo la impresión de que las piernas no me sostienen. Me rugen las tripas. Blake tenía razón. Debería haber empezado el día con una comida contundente, pero no estoy acostumbrada a desayunar por las mañanas. Lo único que llevo en el cuerpo es un miserable café con leche. Para colmo la ropa húmeda se me pega al cuerpo. Balder debió pensar que un poco de agua no me venía mal para refrescarme porque hace un rato estaba ardiendo. Pero el contraste de temperatura me ha dejado tiritando como un pajarillo que se cae en un cubo de agua.

La sombra de un hombre me cubre del sol. No necesito levantar la cabeza para reconocer a Blake. Lleva toda la mañana dando vueltas por las cuadras. Supongo que para echarme la bronca si me pilla escaqueándome de mis tareas. Justo lo que estoy haciendo en este momento.

—Tienes mala cara —dice preocupado—. ¿Estás bien?

Necesito una aspirina, una ducha y una cama con urgencia. Recuerdo la apuesta. Recuerdo la promesa. Me levanto de un salto y me cuesta un gran esfuerzo mantenerme en pie.

—Sí.

No se lo cree y arruga el ceño cuando me repasa de arriba abajo. Sé lo que está pensando. No me he mirado en el espejo pero sé que tengo un aspecto lamentable.

—Solo necesitaba un respiro.

—De eso nada —responde categórico—. Se acabó la jornada. Vete a casa, date una ducha y come algo.

Sacudo la cabeza y me remango las mangas de la camisa que me ha prestado Hannah.

—Puedo con esto.

Para demostrárselo, me dirijo a la montaña de heno y cojo la horca. La herramienta es de hierro y el simple hecho de sostenerla ya me cuesta un gran esfuerzo. Blake suspira resignado y sacude la cabeza. Me observa como si fuera un auténtico problema con el que tiene que lidiar. Se supone que estoy aquí para ser útil y no para distraerlo de sus obligaciones. Me siento ridícula porque le aseguré que yo podía con esto. No quiero tragarme mis palabras. Hincó la horca en el suelo, respiro profundamente y cojo un montón de heno. Blake se coloca a mi lado sin decir nada y coge otra pala. Me ayuda porque intuye que soy demasiado orgullosa para abandonar el trabajo. En el tiempo que yo tardo en apilar dos montones, él consigue hacer lo mismo con seis y sin inmutarse. El Capitán América a su lado se queda en pañales.

—Espera —se coloca detrás de mí y me pone las manos en la cintura—. Es más maña que fuerza. Flexiona las rodillas y clava la horca en el suelo. Evitarás hacerte daño en la espalda.

Sus manos agarran mi cintura con delicadeza. Trago con dificultad e intento ignorar la sensación tan intensa que me sube por el vientre. Es fiebre. Es calor. No es ni medio normal y me irrita no ser capaz de controlar las emociones que produce en mi cuerpo. Estoy tan agobiada que me cuesta obedecer a sus explicaciones. Soy patética. Él está actuando con profesionalidad y yo me dejo llevar por algo incontrolable y que no debería sentir. Me pongo rígida cuando su mano derecha se coloca en mi antebrazo.

—Coloca los pies uno delante del otro. Las manos más abajo, así te costará menos esfuerzo. Se trata de hacer palanca. Te resultará más fácil cuando le cojas el tranquillo.

Blake guía mis movimientos y hago un gran esfuerzo para centrarme en el trabajo. Me emociono cuando la montaña de heno vuela por los aires y cae sobre el resto. Tiene razón.

—Ya puedo sola —le digo, deseando quitármelo de encima.

Blake se aparta y a pesar de que tengo la situación medio controlada, me ayuda a acabar el trabajo. Es un buen tipo. Terminamos en cuestión de minutos y me seco el sudor de la frente. Respiro con dificultad y tengo el rostro acalorado. Vuelvo a estar agotada.

—¿Qué te ha pasado? —señala mi ropa.

—Un accidente con Balder.

—Y has dado por hecho que la mejor forma de secarte era sentarte a pleno sol. Podría haberte dado un golpe de calor. Debes estar hidratada y cubrirte el rostro. No te quites el sombrero cuando estés fuera. ¿Estás utilizando protección solar?

Pongo la misma cara que emplearía una cría a la que le está cayendo un rapapolvo. No son malos consejos, lo admito. Y en el fondo valoro que se preocupe por mí. Pero me saca de mis casillas

ese tono autoritario y un tanto recriminatorio. Siempre consigue hacerme sentir como una imbécil que no sabe dónde se ha metido.

—Estaba empapada y quería entrar en calor. Ya sé que ha sido una decisión absurda. Estoy utilizando protección. No tengo cinco años.

—Entra en casa a cambiarte de ropa. Luego nos tomaremos un descanso y comeremos algo. Lo necesitas.

—Con tus vaqueros no haces concesiones. ¿O me vas a decir que también los obligas a comerse un bocadillo?

Blake me mira como si estuviera al límite de su paciencia y yo lo estuviera agotando.

—Mis vaqueros me obedecen sin rechistar. Primera norma del trabajo: hacer siempre lo que yo te diga.

Pongo los ojos en blanco. Eso ya lo veremos.

—Pues menuda regla tan...

—Segunda regla: no poner caras cuando hablo —me corta irritado.

Resoplo y contengo el impulso de poner los ojos en blanco. Otra vez. Me sale sin querer cuando me suelta una de las suyas. Sé que lo exaspero, pero él ejerce el mismo efecto en mí. Somos como dos meteoritos viajando a una gran velocidad y que van a colisionar de manera irremediable, porque los dos son demasiado duros para que uno de ellos desplace su trayectoria. Me pregunto qué sucedería si los dos chocamos. Si nos rompiésemos en un millón de partículas diminutas y lo único que dejásemos a nuestro paso fuera polvo estelar, rabia y mal rollo. Supongo que es lo más probable.

—Yo no soy como uno de tus vaqueros.

—No me digas.

—No me gusta que me den órdenes.

—Te vas a tener que aguantar si quieres trabajar para mí.

—Eres mi jefe, no mi amo. La Edad Media se acabó hace más de quinientos años.

—Mejor para ti. Tengo entendido que a las brujas las quemaban en la hoguera.

Blake sonrío de medio lado cuando le lanzo una mirada asesina. Por lo visto tiene un sentido del humor de lo más peculiar y lo saca a relucir en las ocasiones más insospechadas.

—Al final va a resultar que eres un gracioso.

—Vamos —me hace un gesto para que lo siga y veo que esconde una sonrisa. Es muy apuesto cuando sonrío. Se le iluminan los ojos y su expresión se relaja. Que pena que lo haga tan poco a menudo. Que coraje que encuentre en mí al blanco perfecto de sus burlas—. Rubia, mueve el trasero. Podemos pasar horas discutiendo y al final llegaríamos a la misma conclusión.

—¿Cuál? —pregunto sin moverme del sitio.

—Aquí el que manda soy yo.

Lo sigo de mala gana porque en el fondo estoy fatigada por culpa del hambre. Paso de discutir. No tengo fuerzas. No quiero desmayarme y darle otro motivo para que dude de mí.

—No te estoy obedeciendo —le aclaro enfurruñada—. Voy a la cocina porque estoy muerta de hambre. Y no me llames rubia, John Wayne.

Veinte minutos después, me he cambiado de ropa y me estoy zampando la tercera rebanada de pan tostado con mantequilla. Blake me rellena el vaso de zumo de naranja y me lo bebo sin protestar. Me siento infinitamente mejor. Hannah es tan atenta que he encontrado ropa limpia y doblada sobre la cama de invitados sin necesidad de pedírsela. Supongo que ella es más previsiva y sabía que me podía ver involucrada en algún accidente laboral.

Blake está comiendo bacon y huevos revueltos. Hace unas horas desayunó como si fuera su último día en la tierra. Es enorme y no hay ni un gramo de grasa en su cuerpo. Lo sé porque ya lo he visto un par de veces sin camiseta. Si Penny lo viera me daría un codazo y exclamaría: «¡menudo espécimen!». No le faltaría razón. Blake es la clase de hombre que tienes que diseccionar para conocerlo del todo. Siempre me descoloca.

—¿Cuándo te hiciste vegetariana?

—Hará unos cuatro años.

—¿Por qué?

No es la típica pregunta malintencionada a la que estoy acostumbrada. Lo pregunta con sincera curiosidad.

—Porque vi un documental sobre un matadero de cerdos. Me llevé tal impresión que fui incapaz de cenar una hamburguesa cuando Jo... —consigo frenar justo a tiempo. Por poco se me escapa el nombre de Josh—. Cuando fui con un amigo a Foster Hollywood. Fue ver la hamburguesa y se me vinieron a la cabeza las imágenes del matadero. No pude evitarlo. Corrí al servicio y

vomitó a pesar de que no había probado bocado. Desde entonces no como carne.

—¿Y no te has parado a pensar que estás en un rancho ganadero? —lo pregunta con suavidad y no para picarme.

—Pues... sí. Pero aquí no los sacrificáis, ¿no?

—No.

Su respuesta me alivia y él lo nota.

—Pero será mejor que no estés presente el día que marquemos al ganado.

—¿Qué significa?

Blake se rasca la barbilla y duda. No soy ninguna cría impresionable a la que tenga que proteger. Estoy en el país de las barbacoas y la industria ganadera. Hasta hace poco era una carnívora convencida a la que le chiflaban los chuletones de ternera.

—Capturamos a los animales con una soga y les marcamos la piel con un fierro ardiente.

Ay, Dios, para qué pregunto. No me lo quiero ni imaginar.

—¿Por qué les hacéis eso?

—Para identificarlos y demostrar quién es el propietario. De lo contrario sería imposible. No lo hacemos por gusto. El marcaje es obligatorio por ley porque es un mecanismo administrativo y sanitario para garantizar la calidad del ganado, su salud, la alimentación que reciben... Es un trabajo estresante para los animales y peligroso para los vaqueros. Es habitual que los animales se rebelen y que suframos accidentes. Estás liberada de presenciarlo.

No sé cómo sentirme. Realmente no me siento preparada para presenciar algo así, pero tampoco quiero que me trate de una forma diferente porque crea que soy débil.

—Pero les pondréis anestesia o algo...

—Sí, y luego les damos un masaje y un baño con sales —sacude la cabeza sin dar crédito—. Será mejor que tampoco presencias la castración de los ejemplares que no son válidos para aparearse.

Se me revuelve el estómago y pierdo el apetito. Esto es peor que el documental. Esta es la vida real de un rancho en el que no voy a encajar por mucho que me esfuerce. Blake me lee la mente y se sirve una ración de salchichas mientras me habla con tono condescendiente.

—Estás a tiempo de retirarte. Te perdono los doscientos dólares. Haz las maletas y vuelve a tu casa.

—Ni hablar.

—Como quieras.

Blake está a punto de llevarse el tenedor a la boca cuando Hannah entra en la cocina con Avery protestando. La niña enmudece en cuanto ve a su padre. Se esconde detrás de Hannah y pone cara de querer salir corriendo. Hannah la conoce de sobra y la atrapa por el dobladillo del vestido.

—¿Por qué no estás en el colegio? —por el tono con el que formula la pregunta, tengo la impresión de que no es la primera vez que sucede.

—La han expulsado —le explica Hannah—. Estaba haciendo la compra en el pueblo cuando me han llamado por teléfono. El director no lograba contactar con Stella y tu móvil salía apagado. Me han llamado a mí.

—Siempre me olvido de encender ese cacharro.

Es oficial: Blake Sackler no vive en el siglo XXI.

—¿Se puede saber qué has hecho esta vez? —Blake se levanta y se frota el rostro con las manos. Es un gesto que me resulta familiar porque se lo he visto a hacer a Josh. Un gesto de estar absolutamente superado por la situación.

Avery se encoge de hombros y clava la vista en el suelo.

—Nada... ¡lo juro!

—A tu habitación. Vamos a hablar.

Avery obedece y lo sigue resignada. Hace un puchero cuando pasa por mi lado. Menuda actriz. Me pregunto qué habrá hecho para ganarse una expulsión. Hannah se sienta en el borde de la mesa cuando nos quedamos a solas. Nos miramos con complicidad.

—Te dije que es una niña un poco complicada.

—Yo creo que solo intenta llamar la atención.

No quiero restarle importancia a una expulsión, pero sé que Avery es una niña muy dulce y cariñosa. Seguro que su rebeldía tiene algún motivo que puede solucionarse.

—Al final te has puesto la ropa —señala mi vestimenta. Se le escapa una risilla porque los vaqueros me quedan largos y le he dado varias vueltas a las mangas de la camisa—. ¿Qué te ha pasado?

—Un accidente con Balder.

—Pobrecita —se compadece de mí—. No sé cómo has podido aceptar ese trabajo. Bill y Stuart son los únicos hombres que han soportado las pruebas de Blake. Ya he perdido la cuenta del número de candidatos que desechó después de unos días.

—Me lo está poniendo más fácil que al resto —le confieso avergonzada.

—No hay nada de malo en que te tienda una mano.

—Lo hace porque soy una mujer y me ve débil.

—Tonterías. Blake no es machista. Seamos realistas. Mírate. ¿Dónde están tus músculos? ¿Qué clase de hombre sería si no se preocupara por ti?

—Ya... supongo que tienes razón.

—¿Quieres algo más de comer?

—No, gracias —me acaricio el vientre—. Estoy llenísima. Será mejor que salga a terminar el trabajo. Todavía tengo que bañar a tres caballos.

—Que te sea leve.

—Igualmente.

Hannah ya está cargando una cesta de ropa sucia y tiene un montón de cacerolas por fregar sobre la encimera de la cocina. Admiro que nunca pierda esa sonrisa que me hace sentir tan bien. Su trabajo es muy sacrificado y poco agradecido. Me cruzo con Sophia antes de dirigirme a las cuadras. Me absorbe durante varios minutos en los que disfruto de nuestra conversación. Luego me doy cuenta de que se me está echando el tiempo encima y me disculpo avergonzada. Estoy bajando los escalones del porche cuando me encuentro con Blake. Está fumando con la mirada perdida en el horizonte. No sé si es un buen momento para hablar con él. Entiendo que necesita su espacio y decido ignorarlo. Me mira de reojo cuando paso por su lado.

—¿Te apetece un cigarro?

—Nunca digo que no a uno.

Acepto el cigarro que me ofrece y me da fuego.

—Deberíamos dejarlo —le digo, a pesar de que no tengo la mínima intención de hacer el esfuerzo.

—Lo dejaré cuando tú lo dejes.

—Vas listo. Fumarás hasta el día que te mueras.

—¿Tú no eras la mujer que nunca se da por vencida?

—Me relaja.

—A mí también. Deberíamos encontrar otras formas de relajarnos.

Se me ocurren unas cuantas que nos involucran a los dos. Menos mal que no tiene ni idea de lo que se me pasa por la cabeza. Soy lo peor. Iré directa al infierno por tener semejantes pensamientos libidinosos con mi cuñado. ¿Dónde quedó mi moral? Seguro que en algún rincón del apartamento que abandoné en Chicago.

—Dispárale a un cojín. Lo vi en una película. Una terapia peligrosa. Es de Robert De Niro.

—¿Nunca te han dicho que eres rara?

—De pequeña me lo decían mucho. Al final te acostumbras.

—Tienes pinta de haber sido popular en el colegio.

—¿Por qué soy rubia y mona? Si yo te contara...

—Porque eres encantadora. Qué se yo. Aquí te los has ganado a todos.

Cree que soy encantadora. Un calorcillo reconfortante me sube por las mejillas porque me alegra que me vea así. Tengo la impresión de que puedo ganármelo. Blake le da una calada al cigarro. Está más pensativo de lo normal, y ya es mucho viniendo de él. De repente se vuelve y me mira consternado.

—A veces no sé cómo actuar como padre. Siento que la paternidad me supera y que da igual lo que haga porque voy a equivocarme.

—No tienes que darme explicaciones.

—Necesito hablar con alguien —me confiesa agobiado, y me sorprende que quiera hacerlo conmigo—. Si no te molesta escucharme, claro.

—Por supuesto. Pero yo no soy madre. No sé si podré ayudarte.

—Se te dan bien los niños. A mi hija le caes bien.

—Soy la novedad —le resto importancia.

—Ser padre es el trabajo más difícil de mi vida porque nunca sé si lo estoy haciendo bien. No es la primera vez que la expulsan por problemas de conducta. Primero opté por castigarla. Luego por echarle la bronca. Incluso le hablé como si fuera una adulta. Se me da fatal y tengo la impresión de que no soy lo que ella necesita.

—No digas eso...

No puedo reprimir el impulso de tocarle la espalda. Blake no se aparta. Lo acaricio en un intento por infundirle ánimos. Apenas lo conozco, pero estoy convencida de que es un buen padre. Sus dudas me lo confirman.

—Quieres a Avery. Eso es todo lo que importa.

—¿Por qué no hablas con ella? —pregunta esperanzado.

Esto sí que no me lo esperaba. Aparto la mano y pongo cara de circunstancia. Avery es mi sobrina y me encanta pasar tiempo con ella, pero...

—¿Yo? No sé si es lo correcto. ¿Qué puedo decirle?

—Avery quería verte cuando fui a hablar con ella. Te tiene en un pedestal. Teme que te hayas enfadado con ella porque no quiere defraudarte. Me harías un gran favor si hablastes con ella. Le vendrá bien.

—Sí, claro —no soy capaz de negarme—. Veré qué puedo hacer.

—Helena —Blake me llama cuando estoy subiendo las escaleras del porche—. Gracias.

—No hay de qué.

Me sorprende que Blake me vea capaz de corregir el comportamiento de su hija. Supongo que lo habrá probado todo y está tan desesperado que recurre a la nueva. En realidad me halaga que confíe en mí porque significa que me ve con buenos ojos. A pesar de nuestras discusiones y nuestros piques. Es un gran paso.

Avery está sentada en la cama cuando llamo a la puerta de su habitación. Tiene la cabeza gacha y está haciendo un puchero. Esta vez es real. Me mira con timidez cuando me acerco a ella. Me agacho para quedar a su altura y ella se aparta los tirabuzones negros de la cara. Me inspira tanta ternura que le doy un abrazo que ella recibe confundida. Tiene los ojos vidriosos cuando me aparto.

—¿No estás enfadada conmigo? —pregunta con temor infantil.

—No, tesoro. ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque prometí que iba a echar monedas en la hucha si insultaba a alguien, pero me han expulsado por pegarle a un chico. Necesitaré un billete de los grandes para mi hucha.

—Vaya... —le froto los brazos para que confíe en mí—. ¿Qué ha pasado? No voy a juzgarte. Solo quiero saber la verdad.

—¡Ese bobo...! —se lleva las manos a la boca y no hace falta que le diga nada. Se levanta de la cama, va hacia su mesita de noche y echa una moneda en la hucha. Luego vuelve a su sitio—. Ese chico me estaba diciendo unas cosas horribles. Intenté ser buena y no responderle porque quería que te sintieras orgullosa de mí. Pero entonces empezó a burlarse de mí. Me dijo...

Rompe a llorar y la abrazo hasta que ella se tranquiliza. Consigue hablar entre hipidos.

—Dijo que mis padres no me quieren y que por eso tengo que vivir en dos casas. Que ellos no me soportan y que me van pasando como si fuera una pelota. Y dijo que mamá está muy ocupada saliendo por ahí y que soy una cría estúpida que le estorba. Que si me quisiera de verdad no dejaría que me criase en un rancho mugriento y lleno de animales.

Siento un nudo en el corazón cuando la veo tan afectada. Yo también fui una niña vulnerable y con la que se metían en el colegio. Pero en vez de utilizar a mis padres, se burlaban de mi afición por los libros y mi timidez exacerbada.

—¿Por qué te han expulsado?

—Porque cogí una piedra para que dejase de llamarme piojosa y salvaje. Yo solo quería que se callara, ¡lo juro! Le he hecho un chichón. La directora dice que la violencia no está permitida en el cole. Me han expulsado una semana.

—¿Y qué le ha pasado al chico? —intento que no se me note el enojo.

—También lo han expulsado una semana.

¡Me alegro! Pero no se lo digo porque soy la adulta y se supone que debo ser un ejemplo a seguir.

—La directora tiene razón. La violencia nunca es la solución a los problemas. Ya sé que te dijo cosas horribles y que te sentiste muy mal por ello —ella asiente compungida y con las mejillas húmedas por las lágrimas—. Si vuelve a meterse contigo, debes respirar profundamente, darte la vuelta e ignorarlo. Luego buscas al profesor más cercano y le cuentas lo sucedido.

—¿Por qué se mete conmigo? ¡Yo no le he hecho nada!

—A veces los niños pueden ser muy crueles. Lo sé porque mis compañeros de clase se metían conmigo cuando tenía tu edad.

Ella me mira asombrada.

—¿Por qué? Eres muy guapa.

—¿Crees que estaría bien que se metieran conmigo si fuera fea?

—No...

—Da igual como te vean los demás. Lo que importa es como tú te ves a ti misma. Ese chico no te conoce. No conoce a tus padres. Lo que dice no te define a ti, sino a él. Eres muy afortunada de tener dos padres que te quieren tanto que desean pasar el tiempo contigo. Por eso vives en dos casas. Porque los dos te quieren muchísimo. Las opiniones que deberían importarte son las de la gente que te quiere.

Avery se borra las lágrimas y entierra la cabeza en mi pecho. Huele a fresas silvestres y a inocencia infantil. Me invade una sensación difícil de afrontar. Siempre he querido ser madre. Ha sido un anhelo constante en mi vida. Avery me despierta un instinto maternal tan profundo que me desgarras.

—¿Tú me quieres, Helena?

—Por supuesto, ratita.

—Ratita —se ríe a carcajadas—. Yo también te quiero, Helena.

Unos minutos más tarde, salgo de su habitación con la incipiente necesidad de estar sola. Agradezco no encontrarme con nadie porque me invaden un millón de sensaciones. Sobre todo pienso en Josh. En nosotros. En todo lo que sucedió. En todo lo que perdí por culpa de las decisiones irracionales. No volveré a cometer el mismo error. Le contaré la verdad a Blake esta semana. Porque si cabe la mínima posibilidad de que él me vea de otra manera, tengo que asegurarme de que antes sepa que soy su cuñada. Es lo mejor para todos.

26 de noviembre de 2016

A Helena se le revolvió el estómago cuando el camarero dejó el plato sobre la mesa. Era una cheeseburger al punto y con extra de queso. Su hamburguesa favorita. Le llegó el olorcillo de la carne chamuscada y recordó las imágenes del matadero. Los chillidos de los animales y la sangre. Los abusos y el maltrato del que nadie hablaba cuando comprabas una bandeja de carne en el supermercado. Las pinzas eléctricas que utilizaban los empleados para aturdirlos antes de...

Helena se levantó y salió corriendo en dirección al servicio. Josh la siguió con la mirada y el ceño fruncido. Ella regresó unos minutos después con el rostro pálido. Apartó el plato hacia un lado con cara de asco.

—¿Significa eso que me la puedo comer?

—No pienso volver a comer carne —decidió en voz alta—. Me entran náuseas si pienso en llevarme un pedazo a la boca.

—¿Estás hablando en serio? —Josh estuvo convencido de que su vena vegetariana le duraría tres días. Ella era de las que se chupaba los dedos después de devorar una ración de costillas a la barbacoa—. ¿A qué viene semejante cambio?

—El otro día vi un documental sobre un matadero y... mejor te ahorro los detalles.

—Sí, por favor. Algunos queremos seguir siendo carnívoros insensibles. Seguro que era un documental sesgado y promovido por alguna asociación animalista. Tengo entendido que los mataderos están sujetos a normativas muy estrictas de bienestar animal.

—Los van a matar. ¿Qué bienestar puede haber en ello?

«El de ir directo a mi estómago», pensó Josh.

—Como familiar de ganaderos te diré que se crían en libertad y llevan una buena vida durante muchos años. Reciben aire puro, pastos verdes, se aparean... Por si te sirve de consuelo —Josh contempló la hamburguesa con ojos hambrientos—. ¿Me la puedo comer o me vas a clavar un tenedor en la yugular?

—Que yo sea vegetariana no quiere decir que vaya a obligar a los demás a serlo.

—Menos mal —Josh agarró la hamburguesa con las dos manos—. Creí que íbamos a sumirnos en un debate moral y absurdo sobre la industria cárnica. No lo habría soportado.

Ella esbozó una media sonrisa temblorosa. A pesar de todo, él siempre conseguía quitarle importancia a todos los temas que la preocupaban. Siempre hacía que se sintiera mejor.

Helena picoteó de la ensalada y se dio el gustazo con un batido de oreo, sirope de chocolate y nata. Mientras tanto Josh estaba leyendo su relato para la antología del profesor White. Él tardó más de lo normal y ella supo que iba a recibir una valoración sincera. Era justo lo que necesitaba. Penny le dijo que era «ideal» y continuó leyendo Crónicas Vampíricas. Los vampiros le parecían más interesantes que el relato humanístico de su amiga.

—¿Y bien?

Helena le dio un tímido sorbo a la pajita. La opinión de Josh le importaba muchísimo porque ambos estudiaban humanidades y eran dos lectores voraces. Se fiaba de su criterio.

—Yo le rebajaría el tono. No hace falta que emplees un lenguaje tan rebuscado para que cale el mensaje. Por lo demás, reconozco que me ha atrapado y que la idea es muy buena. Dale un repaso antes de entregárselo a White. Le va a encantar.

—¿En serio?

No dio saltitos de dicha porque estaba sentada. De no haber estado en aquel Foster Hollywood se habría puesto a gritar como una histérica.

—¿Recuerdas que te dije que el profesor White solo te eligió porque quería llevarte a la cama?

Helena puso mala cara.

—Cómo olvidarlo.

—Exacto. Olvídalo. Eres muy válida. Tienes talento. Nunca dejarás de sorprenderme.

—Ay, Josh... te daría un morreo si no fueras mi amigo.

—Por mí no te cortes.

Él le dedicó una mirada provocativa y ella se echó a reír. Josh le cogió las manos por encima de la mesa. Se las sostuvo con tanta complicidad que ella resistió el deseo de besarlo. Josh era perfecto. Josh siempre le daba lo que ella necesitaba y lo hacía de una forma tan natural que ella estaba convencida de que era sincero. Se compenetraban. Compartían algo más profundo y real de lo que tenían muchas parejas.

—Quizá me equivoqué con White. A partir de ahora seré más cauto con mis juicios de valor.

—Ya está olvidado.

Josh le acarició los nudillos y la miró a los ojos de una forma diferente a como lo hacen los amigos.

—Algún día serás una gran escritora y yo estaré ahí para verlo. Firmarás libros y los lectores

harán cola en la librería mientras yo me pavoneo y les cuento que somos amigos desde que íbamos juntos a la universidad.

—¡Ni siquiera sé si quiero ser escritora!

—O una editora con una intuición desbordante para captar a nuevos talentos y al próximo best seller. Ambos sabemos que tu camino está ligado al mundo de las letras.

—Y tú serás redactor para algún periódico que tolere tu estilo cínico y tus titulares sensacionalistas.

—Joder, cómo me conoces. Has dado en el clavo.

Se soltaron las manos cuando llegó la cuenta. Pagaron a medias porque era la costumbre y dieron un paseo por Hyde Park hasta llegar a un parque donde los dueños jugaban con sus mascotas y los niños correteaban bajo la atenta mirada de sus padres. Se sentaron en un banco y a ella le rugieron las tripas. Josh se partió de risa.

—Vas a tener que buscar información sobre una equilibrada dieta vegetariana. No te veo sobreviviendo a base de lechuga.

Josh se metió la mano en el bolsillo y le ofreció una chocolatina reese.

—En serio, deberías controlar tu adicción al azúcar —lo sermoneó con la misma cantinela de siempre—. No te pienso aguantar si te conviertes en un anciano con diabetes. Me dan miedo las agujas. Tendrías que buscarte a otra.

—Eres mala.

Helena le dio un bocado a la chocolatina y saboreó el intenso sabor del chocolate mezclado con la mantequilla de cacahuetes.

—Me encantaría vivir aquí.

—¿En Chicago? —Josh estaba sorprendido—. Creí que querías instalarte en Iowa para estar cerca de tus padres.

—Iowa no ofrece tantas oportunidades como Chicago. Me gusta Hyde Park. Es un buen barrio para criar a mis futuros hijos y labrarme una carrera profesional.

—Tus futuros hijos... —repitió divertido mientras pensaba que sus prioridades no podían ser más distintas. Él quería viajar, salir de fiesta y escalar en la cima del periodismo. Cambiar pañales no entraba en sus planes—. Déjame adivinar. Una parejita. Brayden y Cora.

—Samuel y Scarlett.

—Olvidaba que te flipan Samuel L. Jackson y *Lo que el viento se llevó*.

—¡Por Samuel Beckett!

Josh la miró sin inmutarse.

—¿Debería conocerlo?

—Es un escritor irlandés. Te gustaría por su sentido del humor tan crítico.

Josh se lo apuntó en su eterna lista de libros pendientes. Las recomendaciones de Helena nunca fallaban.

—Samuel y Scarlett. Y yo seré el tito Josh.

«Si no puedo evitarlo», pensó para sus adentros. Antes la convencería de que el plan de la familia feliz podía esperar unos años. Ellos harían grandes cosas juntos y ella todavía no estaba preparada para oírlas. Viajarían a Europa y darían rienda suelta a la pasión en alguna habitación de hotel del barrio rojo de París. Conseguirían grandes éxitos profesionales y brindarían con una bud light para celebrar el triunfo del otro. Podía vislumbrar sus vidas después de la universidad. Juntos. Perfectos. Tan ellos. Josh no tenía ni idea de que a veces los sueños se cumplen y que la realidad se encarga de moldearlos hasta convertirlos en algo tangible, mediocre y doloroso.

Los días se me pasan volando en el rancho. No es fácil trabajar bajo un sol abrasador y todos los días acabo agotada. Pero he de reconocer que estoy aprendiendo mucho sobre caballos y que me siento muy útil cuando reduzco la carga de trabajo de los vaqueros. Blake me encarga las tareas más sencillas: alimentar, bañar y cepillar a los caballos, ir a la tienda a por provisiones, llamar al veterinario, sacar de las cuadras a los caballos que tienes menos trasiego para que no se estresen... Definitivamente mi parte favorita del trabajo es montar a caballo porque más que un trabajo es un auténtico regalo. Y mientras se me va la mañana entre caballos y montones de heno, los veo arrear al ganado y regresar a las pocas horas para cambiar de montura. Blake y Balder son inseparables. El caballo está en su máximo esplendor y juntos hacen una pareja formidable. Le he pedido a Blake que me enseñe a arrear el ganado y me he ganado una mirada dubitativa seguida de un: «ya veremos si más adelante te veo preparada». No ha sido un no. Me lo estoy ganando.

Hannah y yo acabamos de salir de la peluquería. Yo solo me he cortado las puntas, pero a ella le han hecho un cambio de imagen que le sienta genial. Ahora luce un corte de pelo juvenil y por encima de los hombros y se ha dejado aconsejar por el estilista para echarse unas mechas de un tono caramelo que le iluminan las facciones. Está muy favorecida y se ha quitado varios años de encima. Hannah apenas llega a los treinta y su anterior look era el de una mujer más madura.

—¿Crees que Bill se fijará en mí? —pregunta esperanzada cuando nos subimos al coche.

—Doy por hecho que todos se van a fijar en ti. Estás muy guapa.

Hannah se observa en el espejo retrovisor con una tímida sonrisa.

—Tonterías... tú sí que eres guapa. Yo solo me he sacado un poco de partido. Ojalá sea suficiente para Bill.

—Eh... — le digo con suavidad mientras arranco el coche. Lo estoy aprovechando porque me quedan pocos días para devolverlo—. Tú no tienes que conformarte con ser suficiente para nadie. Eres una mujer con un corazón de oro y que alegra la vida de todos los que la conocen. Me has hecho más fácil mi estancia en el rancho. No será el fin del mundo si Bill no se fija en ti. Hay otros hombres. Si no es Bill, algún día encontrarás al hombre que te quiera como tú mereces.

—¿Y qué hay de ti?

—No sé a qué te refieres.

—¿No hay nadie que tiente tu corazoncito?

No respondo. Hacerlo sería hablar de Josh y antes tengo que explicárselo a Blake. Hannah se

toma mi silencio como una negativa.

—Es una pena. Sophia tiene la esperanza de que Blake y tú os hagáis pareja.

—¿Qué? —mi voz suena estrangulada—. Es del todo imposible. Blake y yo. ¡Menuda locura!

—¿Por qué? —pregunta con total sinceridad.

Aprieto el volante con más fuerza de la necesaria. Porque es mi cuñado. Y aunque no lo fuera, nosotros no tenemos nada en común. Somos como el agua y el aceite. Es demasiado evidente para tener que explicárselo.

—Porque no me gusta. Ni yo a él tampoco.

—No sé qué decirte...

La miro de reojo. Hannah parece pensativa.

—Llevo muchos años conociendo a Blake y nunca estoy del todo segura de lo que hay en su cabeza.

Eso me suena.

—Seguro que su cabeza está ocupada por el trabajo, su abuela y su hija.

—Blake tuvo que hacerse cargo del rancho cuando todavía era demasiado joven. Nunca he conocido a una persona tan sobreprotectora. Es muy cerrado y se hace el fuerte porque cree que debe ocuparse de todos nosotros. Por eso Sophia te ha recibido con los brazos abiertos. Cree que serás una buena influencia para él.

—¡Ni que Blake tuviera quince años!

—Una buena influencia en el sentido de que lo distraerás un poco de sus obligaciones. Sophia quiere que su nieto sea feliz y que no todo en su vida sea trabajo. Estoy convencida de que piensa que tú puedes ser esa chispa que le faltaba.

—Ay madre... —sacudo la cabeza sin dar crédito—. ¿Es lo que te ha contado?

—No, y ni falta que hace. Conozco a Sophia. Desde que te conoce intenta arrastrarte a los brazos de Blake. No me digas que no te has dado cuenta.

—Pues sí... pero no le daba demasiada importancia. Supuse que ya se le pasaría la absurda idea de emparejarnos. Di por hecho que era un capricho tonto y sin fundamento.

—Esa mujer siempre consigue lo que se propone. Era su intención desde el día que te vio en el mercado del pueblo. Ella sabía lo que tenía que decir el día de la cena para que tú y Blake

reaccionarais de la forma adecuada. Se salió con la suya y ahora trabajas para Blake.

—Trabajar para Blake es una cosa. Salir con él es otra muy distinta. Eso no va a pasar. Nunca — mi tono es categórico.

Hannah casi parece aliviada.

—En el fondo me alegro. Ya tiene suficientes problemas con su ex. Si tú entrases en la ecuación ella se pondría furiosa...

Hannah y yo paramos en la cafetería de Wendy para tomarnos esa cerveza que nos debíamos. Me sorprende encontrar a Blake, Bill y Stuart sentados en una mesa del fondo. Es la segunda vez que veo a Blake en el bar y me extraña porque se prodiga poco por aquí. Bill y Stuart vienen de manera más asidua. Me llevo bien con ellos y a veces nos tomamos una cerveza después de terminar la jornada de trabajo. Son buenos tipos.

Hannah me agarra del brazo con un nerviosismo muy palpable.

—Allí está Bill —me susurra al oído—. ¿Qué hago? ¿Deberíamos acercarnos?

—Quedaría muy raro que no lo hiciéramos. Actúa con normalidad.

—Me va a dar un ataque.

Consigo arrastrarla hasta la mesa. Blake no parece del todo satisfecho cuando me ve. Es surrealista porque sabe que me alojo aquí. ¿Acaso esperaba librarse de mí? Recuerdo que Hannah le comentó que iríamos a la peluquería y entonces lo tengo claro. Por supuesto que contaba con mi ausencia. Por eso ha venido al bar. Porque creía que yo no estaría aquí. Me siento un pelín traicionada cuando averiguo el motivo de su gesto contrariado. No lo entiendo. Creí que empezábamos a entendernos.

—Hola, chicos.

Bill coge dos sillas para que nos sentemos con ellos. Blake sostiene la jarra de cerveza y le da un largo trago. Tiene la vista clavada en la mesa y los hombros tensos. Su reticencia es palpable y casi estoy tentada de largarme. Me quedo por Hannah y también porque no lo entiendo. Quizá nunca logre desentrañar el misterio que supone Blake Sackler.

—¿De dónde venís? —me percato de que Bill observa a Hannah con extrañeza. Es buena señal —. Te veo distinta.

Ella se toca el pelo en un gesto coqueto.

—Hemos ido a la peluquería.

—Te queda bien.

Ella sonrío ilusionada. Blake se levanta en cuanto me siento. No me extrañaría que se largara sin dar explicaciones. Le pega ser un grosero.

—¿Qué queréis de beber? —lo pregunta en plural, pero su mirada va dirigida en exclusiva a Hannah.

—Coca cola.

—Una cerveza.

Me mira durante una fracción de segundo antes de marcharse. A lo mejor piensa que las mujeres no podemos beber cerveza. Vete a saber. Es tan indescifrable que de él me puedo esperar cualquier cosa.

—¿Qué le pasa? —pregunta extrañada Hannah.

Al parecer no soy la única que se ha percatado de su irritabilidad. Bill se encoge de hombros y Stuart se rasca la nuca. Los dos están igual de perplejos.

—Ni idea —responde Stuart—. Hace un minuto estaba bien.

«Soy yo lo que le pasa. Mi presencia le molesta y me encantaría saber por qué».

—¿Qué tal vuestro día, chicos? —me intereso por su jornada.

—Nada del otro mundo. La tormenta de arena dejó algunos desperfectos en la valla y hemos pasado la mitad de la jornada arreglándola. Luego un ternero se ha escapado y por poco se despeña por un precipicio —me cuenta Bill. Blake llega en ese momento y deja las bebidas sobre la mesa—. Menos mal que teníamos a Blake para solucionarlo. Ha descendido por el barranco como si fuera Tarzán. Stuart ya no está para esos trotes y a mí me dan vértigo las alturas. Pero nuestro jefe no le teme a nada. Siempre he pensado que Hannah le echa vitaminas de más en el café. Confiérame tu secreto, tío duro.

Todos nos reímos excepto él. Blake le da otro trago a la cerveza y no dice nada.

—Lo de que no estoy para esos trotes lo dirás tú —protesta Stuart—. Ya me gustaría verte a ti con mi edad. Cincuenta primaveras y estoy hecho un chaval. ¿A que sí, Helena?

—Por supuesto —alzo la cerveza para celebrar un brindis—. ¡Por los vaqueros que se conservan tan bien!

Todos chocamos los vasos. Blake levanta la cerveza de mala gana. Es el alma de la fiesta. Uf, no

sé ni cómo se aguanta.

—¡Helena!

Bernie se acerca hacia nosotros dando tumbos. Ya estoy más que acostumbrada a él. Por las noches me cuesta conciliar el sueño y me quedo charlando con Wendy y Bernie hasta las tantas de la madrugada. En el fondo agradezco la compañía porque me impide pensar en otras cosas más dolorosas. Bernie no es mala persona, pero a veces se excede con el alcohol y se pone un poco pesado. Entonces Wendy le quita las llaves del coche y lo manda derecho a su casa. Me compadezco de él porque es un hombre agradable cuando está sobrio.

—Hola, Bernie.

—Hoy estás con tus amigos —tiene los ojos vidriosos y las mejillas y la nariz sonrosadas por culpa del alcohol. No me pasa desapercibida la mirada despectiva que Blake le dedica. Bernie me pone una mano sobre el hombro y esboza una mueca dolorida porque apenas se tiene en pie y echa la mitad de su peso encima de mí—. ¡Me alegra verte acompañada! Helena es una chica estupenda, ¿a qué sí, caballeros?

Bill y Stuart asienten con educación. Blake deja la cerveza en la mesa y aprieta los puños. Su mirada está fija en la mano que Bernie apoya sin maldad sobre mi hombro. Bernie jamás me haría sentir incómoda a propósito. Lo averigüé después de coincidir un par de veces con él en la barra del bar. Solo es un hombre triste y absorbido por un matrimonio que lo hace muy infeliz. Busca la compañía de cualquiera y cuenta unos chistes malísimos. Nada que no pueda soportar. Le doy una palmadita afectuosa a la mano que apoya sobre mi hombro.

—¿Por qué no te sientas? —le pregunto preocupada al ver que está a punto de perder el equilibrio—. Le diré a Wendy que te traiga una coca cola.

—¡Ya estoy servido! —zarandea la jarra de cerveza y me salpica un poco de espuma sobre los vaqueros. Blake lo atraviesa con la mirada—. Y no quiero molestaros.

—Es justo lo que estás haciendo —le espeta Blake.

Bernie se tambalea hacia atrás y su rostro se convierte en el de un niño arrepentido.

—Lo siento, Señor Sackler. Helena me conoce y sabe que soy de fiar. ¿Verdad que soy un buen hombre?

No me da tiempo a responder.

—Ella está siendo educada. Estás borracho y apestas a cerveza. ¿Por qué no te largas a casa con tu mujer?

Lo miro boquiabierta. ¿De qué coño va? ¿De verdad no se da cuenta que Bernie es inofensivo y solo busca un poco de compañía? No me puedo creer que sea tan poco empático. Me levanto

para intermediar y ayudar a Bernie a llegar hasta la barra. Blake se interpone entre nosotros cuando Bernie intenta aferrarme del brazo.

—Blake, ¿qué haces?

—Quitarte de encima a este energúmeno —responde con la vista clavada en Bernie.

—Te conozco desde que eras un chaval y no voy a permitir que... —Bernie pierde el equilibrio y me arroja la cerveza encima—. Dios mío, Helena. ¡Cuánto lo siento! Deja que...

Coge un puñado de servilletas para secarme la camiseta. Blake le da un empujón que casi lo tira de espaldas. Lo agarro del brazo para tirar de él y ni siquiera lo muevo un centímetro del sitio. Los ojos de Blake son dos llamas furiosas. Nunca lo he visto así. Nunca me ha dado miedo. Nunca me he sentido tan furiosa ni tan defraudada por su culpa.

—Aléjate de ella —le advierte señalándolo con un dedo.

—Yo... no era mi intención... Helena, tú sabes que... —Bernie me mira avergonzado y muy agobiado.

Me pongo delante de Blake cuando da un paso amenazante hacia Bernie, intuyo que con la intención de sacarlo del bar a la fuerza. Se acabó. Esto es el colmo. Me va a oír y me trae sin cuidado que todos los clientes del bar nos estén mirando.

—¿Qué haces? ¿Has perdido la cabeza?

—Ese hombre te está molestando y alguien debería ponerlo en su sitio.

—El único que me está molestando eres tú. Para de una vez. Deja de comportarte como un abusón con un hombre que no puede defenderse.

Blake me mira atónito. Su rostro es una máscara de rabia.

—¿Eso es lo que piensas?

—Es lo que he visto —me acerco a Bernie y lo ayudo a levantarse. Nadie nos echa un cable. No los necesito. El pobre Bernie aúlla como un animal herido y masculla algunas palabras de perdón. Lo aferro por los brazos y lo conduzco hacia la salida ante la mirada iracunda de Blake—. Vamos, Bernie. Será mejor que te vayas a casa.

—Helena.

Ignoro la llamada autoritaria de Blake. Es lo que faltaba. Alguien tiene que arreglar su salida de tiesto. Blake me sigue y estoy a punto de volverme hacia él para gritarle que se meta en sus asuntos y deje en paz al pobre Bernie. No me da tiempo. Una mujer morena y furiosa le da un empujón. Es Stella. Reconozco su mata de pelo azabache y la mirada repleta de odio que me

profesa antes de centrarse en Blake.

—¿Esta es tu nueva amiguita? —le chilla con voz aguda. Vaya, eso va por mí—. No sabía que te fueran las zorritas rubias.

—Stella, ahora no.

—¡Ahora sí!

Se enzarzan en una discusión que no me apetece oír. Conduzco a un lloroso y arrepentido Bernie al aparcamiento. No para de pedirme disculpas y yo de asegurarle que el accidente con la cerveza no tiene importancia. Uno de los clientes del bar se ofrece a llevar a Bernie a casa. Me despido de él y le repito que no estoy enfadada. Al menos no lo estoy con él. Maldito Blake. Me va a oír. ¿Quién se cree que es para actuar como un neandertal? Voy directa hacia él y freno de golpe. Será mejor que lo deje para otro momento. Está discutiendo acaloradamente con Stella en el aparcamiento del motel. Están delante de la puerta de acceso y me verían si intento entrar. Algo me dice que no es buena idea dejarme ver. Ella le está montando un espectáculo al que solo le faltan los fuegos artificiales. Sospecho que tiene que ver conmigo.

—¿Quién es esa guarra? —le grita. Lo empuja otra vez.

Perfecto. Esa guarra soy yo. Decido apoyarme en un coche y encender un cigarro hasta que terminen de discutir. Luego entraré en el hotel, me despediré de Hannah y los chicos y fingiré que no la he oído insultarme. Mi conversación pendiente con Blake puede esperar para otro día.

No oigo lo que le responde Blake. Él se dirige a ella en un tono más calmado y frío. Ella se revuelve. Le golpea el pecho. Lo insulta. Blake respira profundamente y mira al cielo cuajado de estrellas como si esperase una ayuda divina. La lleva clara.

—La quiero lejos de mi hija, ¿me oyes? ¡No voy a permitir que las tías que te follas se acerquen a mi hija!

Joder. Está hablando de Avery. Mi sobrina. Tengo ganas de hacer una aparición estelar y explicarle que no me estoy follando a su ex. O lo que quiera que sean. Me da que esos dos tienen algo pendiente. Pero soy consciente de que eso le complicaría la vida a Blake y a la pequeña Avery y es lo último que quiero. Odio tener que hacer esto, pero me escondo entre dos coches para ocultarme de Stella. No lo hago porque sea una cobarde. Lo hago porque quiero ahorrarle sufrimiento a mi cuñado y a mi sobrina. Por ellos me trago mi orgullo y escucho con los dientes apretados como me llama: «zorra, rubia de bote y putilla de ciudad». Stella se larga cuando se queda satisfecha. Solo entonces salgo de mi escondite, tiro el cigarro al suelo y lo apago de un pisotón.

Blake parece estar en su peor momento. Camina dando vueltas. Está muy alterado. Se le cambia la expresión cuando me ve llegar. Parece avergonzado.

—Supongo que lo has oído todo —mi silencio le da la respuesta. Está demasiado abochornado

para ocultarlo—. Te pido disculpas en su nombre.

—Me da igual lo que ha dicho de mí. Ni siquiera la conozco. No me importa.

Blake no lo deja estar.

—No es justo que te insulte. Puedo tolerar que pague su rabia conmigo, pero tú no tienes nada que ver con toda esta mierda. Joder... hasta me cuesta mirarte a la cara. Lamento que hayas tenido que oírlo.

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene —replica ofuscado. Está nervioso y afectado. No es el Blake que conozco—. No sé qué decir para arreglarlo.

—Mejor no digas nada.

No puedo evitar compadecerme de él. No debe ser fácil lidiar con los arrebatos públicos de la madre de tu hija. Lo he visto contenerse delante de ella y respirar profundamente. Me imagino lo que debe sentir y no pienso torturarlo por ello. Las palabras de Stella me resbalan.

—¿Has venido solo en coche?

La pregunta lo desconcierta.

—Con Bill y Stuart.

—Será mejor que conduzca uno de ellos. Tú estás muy nervioso. Buenas noches, Blake.

Él se interpone en mi camino cuando hago el amago de entrar en el motel. Lo miro irritada. No estoy para tonterías. El único motivo por el que no le recrimino en este momento su actitud es porque sospecho que ya ha tenido suficiente guerra con su ex. Mañana será otro día.

—Estás enfadada conmigo.

—No hagamos esto ahora.

—Quiero zanjar el tema ya. No voy a disculparme por tener que salvarte de un tipo como Bernie.

—Por tener que salvarme... —repito sin dar crédito—. ¿Te estás oyendo? El único hombre peligroso y que me ha intimidado ahí dentro eras tú.

Blake se sobresalta cuando me escucha. No se lo esperaba. En sus ojos brilla el desconcierto y digiere mis palabras sin decir nada. Me cruzo de brazos y espero impaciente a que se haga a un lado. Estoy deseando perderlo de vista. Lo que ha sucedido dentro del bar me ha ofrecido una visión muy negativa de él.

—Ese hombre se estaba sobrepasando y yo no podía quedarme al margen —se defiende. Está dolido por lo que le he dicho. Blake, el hombre más duro que he conocido en mi vida. Mi opinión le importa y me sorprende muchísimo.

—Bernie es inofensivo. Lo sé porque todas las noches me quedo charlando con él. Si te limitaras a conocer a las personas antes de juzgarlas, te llevarías grandes sorpresas. Te voy a hacer un favor. Voy a darte la oportunidad que tú no le has dado a Bernie. Recapacita esta noche y mañana tendremos esta conversación. Espero que para entonces hayas tomado conciencia de lo mal que te has portado con él.

Me choco con su pecho cuando él no se aparta. Me pongo rígida y le hago un gesto para que se haga a un lado de una vez. Me mira agobiado. Me mira como si quisiera decirme muchas cosas y no fuera capaz de pronunciarlas en voz alta. Nos miramos. Reconozco a un hombre roto y perdido que me asusta porque no es el vaquero intimidante y arrogante al que me tiene acostumbrada. Este Blake es real. Este Blake tiene sentimientos. Este Blake es humano. Su mano roza la mía. Es un roce tímido y superficial que causa una oleada de confusión en mi cuerpo para la que no estoy preparada.

—Helena.

—Buenas noches.

Me aparto de él. Blake no se mueve del sitio. No sé lo que quiere de mí. No quiero saberlo. Me entra el pánico y le doy un empujón. Blake se aparta de mala gana e intenta tocarme. Echo el brazo hacia atrás antes de que logre ponerme la mano encima.

—Helena, mírame.

Desde luego que no lo hago. Empujo la puerta del motel y subo las escaleras de dos en dos en dirección a mi habitación. El corazón se me va a salir del pecho. Estoy agobiada y confundida. Ni siquiera me acuerdo de Hannah y los chicos cuando me encierro dentro. Apoyo la espalda en la puerta y respiro con dificultad. ¿Qué demonios ha sido eso?

30 de noviembre de 2016

Helena se sintió incómoda en el despacho del profesor White. La había citado después de clase por algo relacionado con la antología. Helena no lo entendía porque esa misma tarde tenían una reunión con el resto de los alumnos que habían sido seleccionados. Acudió a su despacho con la impresión de que algo terrible iba a suceder. Quizá Elijah quería hacerle algunas correcciones a su relato y se tomaba la molestia de comentárselas en privado porque no quería avergonzarla. Seguía sin entender por qué tenía aquel trato de favor, pero no pudo negarse porque él era su profesor y había sido muy amable con ella.

Elijah se sentó en el borde del escritorio.

—Tienes mucho talento, Helena.

—Gracias.

—¿Nunca te has planteado escribir un libro?

Helena notó que él le miraba las piernas. Aquella mañana se había puesto una falda que le llegaba por encima de las rodillas. Apretó los muslos por puro instinto.

—Eh... no lo sé. Tal vez algún día. Por ahora estoy centrada en formarme.

Helena era inteligente y sabía cuándo alguien la elogiaba falsamente. A ella todavía le quedaba mucho por aprender. Su relato estaba bien, pero era el simple debut de una principiante.

—Una chica lista.

Elijah White se sentó a su lado. Tuvo el descaro de arrimar la silla a la suya. Ella empezó a agobiarse. Comprendió que había malinterpretado el exceso de cercanía de su profesor como el gesto cómplice y humilde de un profesor enrollado. Comprendió demasiado tarde que Elijah White no la había seleccionado por su talento y se odió por ser tan ingenua.

—A las chicas listas siempre les va bien. Me pregunto hasta dónde podría llegar una universitaria tan preciosa e inteligente.

Ella hizo el amago de levantarse y él le puso una mano encima del muslo. Se quedó bloqueada y se arrepintió de llevar falda como si el largo de su ropa determinara lo que a otros les daba derecho a hacer con su cuerpo. Elijah White le acarició el muslo y una sonrisa lasciva le cruzó los labios. Helena tuvo ganas de llorar.

—Será mejor que me vaya —su voz sonó estrangulada. Ella quería imponerse y se sentía como un cervatillo acorralado por una bestia enorme.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —él intentó meter la mano entre sus muslos y ella apretó las piernas. Elijah puso cara de fastidio—. Tengo contactos con las mejores editoriales del país. Te conseguiría un contrato para tu primer libro si eres un poco cariñosa conmigo.

—¡Quítame las manos de encima!

Helena no supo de dónde sacó la fuerza para gritarle. Se levantó con tanta rabia que tiró la silla al suelo. La cara de su profesor de escritura creativa, siempre jovial y accesible, adoptó su verdadera expresión: la del despotismo más despreciable.

—No sé por qué tienes que ser tan mojigata. Solo te estoy pidiendo una mamada. A cambio tendrías un sobresaliente y tu nombre en la portada de algún librito absurdo. ¿No creerías que te elegí porque ibas a ser la próxima Virginia Wolf? Lo único que tienes que ofrecerle al mundo es un coñito rubio.

—Eres un puto monstruo —le tembló la voz de impotencia y caminó hacia la puerta con pasos temblorosos.

Elijah White se rio con crueldad.

—Ten mucho cuidado con no irte de la lengua. Solo tengo que descolgar el teléfono y te arruinaré la carrera. Soy un hombre poderoso y con mucha influencia. No trabajarás de recepcionista ni en el periódico más cutre de un pueblucho olvidado.

Helena huyó despavorida de su despacho. Las lágrimas le impedían ver con claridad y se tropezó con algunos estudiantes que le preguntaron si se encontraba bien. Estaba aterrada. Jamás había estado tan muerta de miedo. Se sentía tan humillada que corrió hacia la residencia y rezó para que Penny no estuviera en su habitación. No quería que nadie la viera. No quería contarle a nadie lo ocurrido. Era surrealista que se sintiera tan asqueada por lo sucedido que quisiera enterrarlo en el fondo de su memoria para siempre. ¿Cómo era posible que un cerdo se hubiera intentado propasar con ella y se sintiera tan avergonzada? ¿Por qué se culpaba de lo sucedido? Su mente era un hervidero de pensamientos que la desgarraban: «tendría que haberlo visto venir, yo me lo he buscado, le he dado pie a ...».

—¡Helena!

Josh la agarró por los brazos cuando ella estuvo a punto de caerse de espaldas. Acababa de tropezarse con la única persona con la que podría sentirse segura en aquel momento. Él la sostuvo con firmeza y la miró sin entender nada.

—Josh, sácame de aquí, por favor...

Josh no necesitó más explicaciones. La arrastró por el pasillo y se encerraron en la habitación de él porque les pillaba más cerca. Josh la abrazó con fuerza y le acarició el pelo. Helena enterró la cabeza en su pecho y se quiso morir.

—Estás temblando.

—No me sueltes. No me dejes sola.

—Nunca. Te lo juro. Ven aquí —él la estrechó con un cariño que traspasaba las fronteras de la amistad. Le destrozaba el corazón verla así—. Tranquila. Estoy aquí.

Helena no supo cuánto tiempo pasó llorando y empapándole la camiseta de Nirvana. Se aferraba a él como si fuera el único salvavidas que podía mantenerla a flote. Josh la consoló en silencio. Sin preguntas. Era justo lo que ella necesitaba. Él era el bálsamo perfecto para una herida que tardaría mucho tiempo en cicatrizar. Cuando se separó para mirarlo con la vista nublada por las lágrimas estaban sentados en la cama.

—Tenías razón —musitó con la voz estrangulada por las lágrimas.

Josh tembló de rabia. No necesitó que le dijera más.

—Lo voy a matar.

Lo dijo con tanta vehemencia que ella volvió a tener miedo. Helena se aferró a su camiseta para que él no cometiera ninguna locura. Ahora era el cuerpo de Josh el que temblaba de impotencia.

—¿Te ha puesto una mano encima?

—Él quería... —no consiguió pronunciar la palabra «felación»—. Da igual. Me largué antes de que la cosa fuera a mayores.

—No da igual. Debe pagar por lo que ha hecho. Maldito hijo de puta.

—Me ha prometido que va a destrozarme mi carrera si abro la boca y yo lo he creído. Sé que sería capaz. Es un profesor y un escritor muy influyente.

—Que se vaya a la mierda. Diré que yo lo he visto todo.

—Josh... —Helena le acarició la mejilla porque él estaba fuera de sí—. No nos creerían. Nos destrozaría a los dos.

—¡No puedo mirar para otro lado! No me pidas que mire para otro lado...

—Pediré el cambio de profesor. Es lo mejor.

Josh se levantó y le pegó una patada a la silla. Jamás lo había visto tan cabreado. Ese no era su amigo. Ese era el Josh que la quería con toda su alma y sufría por culpa de la injusticia que se estaba cometiendo con ella. Era el hombre que estaba loco por ella y mandaría sus sueños a la mierda con tal de protegerla. A Helena se le empañaron los ojos y él creyó que ella volvía a llorar por el cerdo de White. Se puso de rodillas y le cogió las manos con delicadeza.

—Odio tener razón.

—Lo sé.

—Odio que te sientas como si tú tuvieras la culpa de algo.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Josh la borró con su pulgar y ella se estremeció. Le confesó todo lo que sentía porque creía que se pudriría por dentro si no lo compartía con alguien. La humillación era enorme, pero el dolor era demasiado intenso para soportarlo.

—He sentido muchísima vergüenza. Todavía la siento. Y lo peor es que creo que soy una tonta porque tú me lo advertiste y no quise escucharte. Pensé que me había elegido porque me lo merecía. Me dejé llevar por el ego.

—Cariño, eres la persona menos egocéntrica que conozco.

Josh se sentó a su lado y le dio un beso en la frente.

—Hasta he creído que yo he avivado ese acercamiento por ser simpática con él. Dios mío, ¿cómo me puedo sentir así?

—Te sientes así porque eres buena persona y has sufrido un abuso. Deberías denunciarlo. Ese cabrón debería pagar por lo que te ha hecho.

—Déjalo, Josh —se odió por ser tan débil. Ella siempre insistía en que las mujeres debían denunciar las agresiones sexuales y ahora que le ocurría a ella prefería actuar como si no hubiera sucedido. Pero estaba aterrada y convencida de que Elijah White cumpliría su amenaza. Se sentía demasiado minúscula para hacerle frente—. ¿Dónde está tu compañero de habitación?

—Se ha ido a pasar el fin de semana con sus padres.

—¿Puedo quedarme a pasar la noche contigo?

—Sabes que sí.

Helena se hizo un ovillo en su cama y él le echó una manta por encima de las piernas. A él le partía el alma verla así y quería tirar abajo de una patada la puerta del despacho de aquel miserable. Si no lo hacía era porque respetaba la decisión de Helena y era a ella a quien le correspondía tomar la decisión de denunciarlo.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Dame la mano. Solo eso. No quiero estar sola.

Josh se tumbó a su lado y entrelazó sus dedos con los de ella. La almohada estaba húmeda por sus lágrimas silenciosas. Josh la quiso más, si es que acaso era posible. Se dio cuenta de que la

quería de una forma irracional cuando ella se quedó dormida y él no sintió ganas de acostarse con ella porque estaba demasiado afectado por su dolor.

Mi jornada en el rancho transcurre sin incidentes. Desayuno en compañía de los vaqueros y Blake se muestra tan taciturno como de costumbre. Si no fuera por las miraditas furtivas que me dedica cuando cree que no me doy cuenta, diría que nuestra relación está estancada en el mismo punto donde la dejamos. Pero hoy está más distante de lo normal e incluso envía a Stuart para darme instrucciones. Sé que me evita a propósito porque se siente incómodo. Al principio creí que estaba enfadado conmigo, pero su ceño fruncido y sus miradas de reojo me confirman que en realidad está buscando la forma de acercarse a mí. No sabe que soy una persona muy accesible y que lo único que quiero escuchar es un: «me equivoqué». Eso me bastaría para creer que no es el tipo violento y cruel de la otra noche.

Lo estoy esperando durante todo el día. Me encantaría descubrir que no es tan orgulloso y que es capaz de disculparse cuando mete la pata. Pero me doy por vencida cuando termino mi jornada y no da señales de vida. Estoy saliendo de las cuadras cuando me encuentro con Bill.

—¿Ya te vas?

—Sí, ¿hace falta que haga algo más?

Tengo el pelo manchado de barro, las mejillas sonrosadas y necesito urgentemente una ducha. Estoy deseando llegar al motel y Bill lo sabe porque me da una palmadita afectuosa en la espalda.

—Tranquila, no vengo a pedirte que hagas horas extras —se ríe cuando se me escapa un suspiro de alivio—. Hoy es mi cumpleaños y voy a celebrarlo con los demás. Me preguntaba si te apetece venir.

—¿En serio? —no puedo disimular mi ilusión porque me gusta sentir que me estoy adaptando y que todos, o mejor dicho casi todos, me están aceptando—. Cuenta conmigo.

—Esperaba que dijeras eso. Creí que igual me ponías alguna excusa porque no querías coincidir con Blake.

—Seguro que él me lo pone muy fácil y continúa ignorándome —respondo con ironía.

Bill pone cara de circunstancia.

—Sé que no soy el primero que te lo dice, pero Blake es un buen hombre al que cuesta conocer. Cambiarás de opinión con el paso del tiempo.

—No creo que sea mal tipo, pero es una persona muy complicada.

—Todos somos muy complicados a nuestra manera —responde, y ahí no puedo objetar nada—. Te recogemos sobre las siete. Me alegra tenerte aquí, Helena. Puede que Blake no sea capaz de admitirlo, pero todos estamos muy contentos de que trabajes en el rancho. Te estás esforzando mucho y de haberlo sabido habría apostado a tu favor.

—Gracias, Bill.

Sus palabras significan mucho para mí. Jamás me habría imaginado trabajando en un rancho y hay momentos en los que me apetece tirar la toalla. Mi mundo siempre ha transcurrido en la seguridad de las páginas de un libro y el trabajo físico me abrumba. Pero entonces Daisy me acaricia con el hocico cuando me siento superada, o me detengo para contemplar una impresionante puesta de sol y me quedo maravillada por la belleza del rancho. Estoy llegando al coche cuando Blake se acerca cabalgando. Se interpone en mi camino y tira de las riendas de Balder.

—¿Tienes un momento?

Me enerva que su pregunta casi parezca una exigencia. Me coloco la mano a modo de visera porque los últimos rayos de sol me dificultan mirarlo a la cara. Es como si lo hiciera a propósito para intimidarme.

—Depende. ¿Para qué?

—Solo quiero hablar.

—¿De qué?

—De lo que pasó el otro día —Blake desmonta del caballo y lo deja pastando libremente alrededor del coche. Está visiblemente incómodo y se rasca la barbilla. Se queda a unos metros de mí como si intuyera que debe guardar la distancia—. Necesito que lo aclaremos.

—Eres tú el que tiene que aclararme tu comportamiento. Yo no hice nada de lo que me arrepienta.

—Maldita sea, Helena. Ya sé que tú no te arrepientes de nada.

—Si vamos a discutir será mejor que me vaya.

Blake me agarra del brazo cuando intento montarme en el coche. Lo hace con delicadeza y en su expresión hay una lucha de voluntades. Respira profundamente y me mira a los ojos.

—Espera.

—Te escucho.

Blake me suelta y se pasa una mano por la mandíbula. Me cruzo de brazos y lo miro expectante.

Sé que le está costando un mundo encontrar las palabras. No es un hombre de disculpas. No es un hombre que suela admitir sus errores. Al menos es lo que me ha demostrado desde que lo conozco.

—Anoche solo pretendía defenderte. Creí que Bernie te estaba molestando y que eras demasiado educada para ponerlo en su sitio. Por eso intervine. Pensé que necesitabas ayuda.

—Me sé defender sola.

—No lo parecía.

Lo miro resignada porque está siendo muy sincero. Él juzgó a Bernie como una amenaza y por eso intervino. Esta conversación va a ser más complicada de lo que yo pensaba.

—Bernie es incapaz de hacerle daño a una mosca —le hago un gesto para que se calle cuando está a punto de rebatirme. Sorprendentemente, mantiene la boca cerrada y me deja explicarme—. Es un hombre triste y que a veces se pone un poco pesado cuando bebe porque en el fondo busca la compañía de cualquiera. Pero jamás me ha hecho sentir incómoda, cosa que tú sí hiciste la otra noche.

—Joder... —Blake retrocede como si quisiera demostrarme que no es peligroso—. Reconozco que anoche me excedí. Creí que no eras capaz de quitarte a Bernie de encima e intervine porque no podía mirar para otro lado. Me sentí como una auténtica basura cuando me miraste de aquella forma.

—Te pasaste tres pueblos.

—Los tipos como Bernie se transforman cuando se beben tres cervezas.

—Él no es así. Podrías haberme preguntado si necesitaba ayuda. Nos habríamos ahorrado un malentendido. ¿Por qué tienes que decidir por mí?

—Esa no era mi intención.

—Pero querías mantenerme al margen de algo que solo me incumbía a mí. Aunque te cueste creerlo, soy capaz de tomar mis propias decisiones y sé cuidar de mí misma. Ya tengo un padre. Tu actitud paternalista me sobra.

—Solo quería protegerte.

—No te necesito, Blake —le espeto indignada—. Me da igual que sientas la necesidad de cuidar de los tuyos porque desde que llegué me has demostrado que jamás seré uno de vosotros. Crees que me halagas con tu comportamiento, pero te equivocas. No quiero tu protección, quiero tu respeto.

—Mi respeto ya lo tienes.

—Mentira.

Blake respira profundamente. Lo miro sin inmutarme. Tengo la impresión de que no vamos a llegar a un punto en común mientras él intente justificarse a toda costa.

—¿Por qué crees que no te respeto? —pregunta con suavidad.

—Porque me demuestras constantemente que no me quieres aquí y me ofreces los trabajos más sencillos porque piensas que no puedo con el resto.

—Casi no te tienes en pie. No entiendo por qué te molesta que me preocupe por ti. ¿Te gustaría que te enviara a sacar del barro a un ternero que se ha quedado atrapado? ¿O a arrear al ganado cuando no tienes ni idea y puedes sufrir un accidente? Conmigo no cuentes, Helena.

—Vale —concedo de mala gana—. Puede que todavía no esté preparada para el trabajo. Pero lo estaré.

—Si llega el momento, te prometo que no haré concesiones de ningún tipo.

—Bien.

—Sigues enfadada.

Pongo los ojos en blanco. No sé en qué mundo vive.

—Tenía la esperanza de que me pidieras perdón por tu comportamiento. Estuvo fuera de lugar y nos cortaste el rollo a todos. Nadie se atrevió a decirte nada porque te tienen demasiado respeto. Me encantaría creer que ayer te pilló en un mal momento y que por eso reaccionaste de una forma tan desmedida. No puedes esperar que te trate con normalidad después de lo que hiciste.

—¿De verdad te hice sentir incómoda? —su tono adopta un cariz preocupado.

Asiento de mala gana porque no voy a fingir lo contrario. Es lo que hay.

—No soporto que me tengas miedo —le tiembla la voz y noto su vulnerabilidad. Está agobiado y no es el hombre distante y seguro de sí mismo al que me tiene acostumbrada—. Yo jamás te lastimaría.

—Lo sé.

—¿Y entonces por qué me miras como si quisieras salir huyendo? —pregunta con suavidad.

—No lo sé —respondo con total sinceridad—. No lo controlo. A veces... me incomodas.

—No es mi intención.

—Me cuesta acercarme a ti. No me pones las cosas fáciles y cuando te miro no sé si me detestas, me odias o no me soportas. Tus cambios de humor me descolocan.

—Helena, por Dios, yo no te odio.

Hay una emoción temblorosa en su voz. Creo que es la conversación más honesta que hemos tenido desde que nos conocemos. Me encojo de hombros para restarle importancia.

—Nunca sé lo que estás pensando.

—Tú tampoco eres un libro abierto.

—Soy más fácil de tratar que tú.

—Eso no lo niego. No me siento orgulloso por mi comportamiento de anoche y te pido disculpas si te hice sentir incómoda o si me tuviste miedo. Te doy mi palabra de que jamás te heriría a propósito. Lo que he dicho antes iba en serio. No soporto que me mires como si fuera un animal. Dime qué puedo hacer para arreglarlo.

—Nada... es decir, acepto tus disculpas.

—¿No habrá mal rollo entre nosotros? —se teme.

—No.

—Bien.

Blake se rasca el codo y me mira sin saber qué más decir. Su incomodidad es palpable y sé que le ha costado un gran esfuerzo dejar su orgullo a un lado para pedirme disculpas.

—Hasta dentro de unas horas —me despido y abro la puerta del coche.

—¿Vienes al cumpleaños de Bill? —pregunta sorprendido.

—Sí. A no ser que tengas algún inconveniente.

—No.

No sé si está siendo del todo sincero. Me cuesta entender a Blake y algo me dice que mi presencia lo irrita por un motivo que no se atreve a confesarme. Quizá cree que no soy válida para el trabajo y se teme que sufra algún accidente que le complique la vida. Me monto en el coche y me alivia separarme de él. Yo tampoco he sido del todo sincera.

Nos desplazamos hacia Amarillo porque Bill quiere salir de La herradura para celebrar su cumpleaños en un lugar diferente. Estoy en el asiento de en medio y a veces mis ojos se encuentran con los de Blake en el espejo retrovisor. Los dos hacemos un intento por fingir que todo anda bien entre nosotros. Yo quiero que se respire paz en el cumpleaños de Bill, y él... no lo sé. Para mí sigue siendo una incógnita.

—Saltaré del coche en marcha si pones de nuevo a George Strait. Lo digo en serio —bromea Bill.

Llevamos veinte minutos de insoportable repertorio. Shania Twain, Johnny Cash, Dolly Parton, George Jones... en los que confirmo mis sospechas de que Blake es un amante de la música country. Todos se enzarzan en una discusión sobre cuál es la mejor voz masculina del country.

—Que desempate la nueva —dice Stuart.

—¿Qué quieres escuchar?

Me sorprende que Blake pida mi opinión. Por desgracia voy a decepcionarlo.

—No me gusta la música country.

El coche se llena de un montón de exclamaciones de decepción. Me pilla desprevenida que Blake se ría con gravedad. Busco su mirada a través del espejo retrovisor y enarco las cejas porque no entiendo nada.

—Os dije que no le gustaba la música country —Blake extiende el brazo hacia Stuart y me quedo atónita cuando este le entrega sin rechistar un billete de veinte dólares—. No es de las nuestras. Ella es más de Ariana Grande.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos indignada. Por lo visto van a apostar sobre todo lo que tenga que ver conmigo.

—Pon Jace Everett. Me gusta Bad Things —le digo para que deje de reírse.

Stuart le arranca el billete antes de que se lo guarde en el bolsillo.

—Dijiste que no conocería a ningún cantante de música country.

Blake mira el espejo y se encuentra con mi mirada burlona. Eso le pasa por apostar sobre cosas que no sabe.

—No tengo nada de Jace Everett.

—Sabía que eres un clásico. Seguro que tienes la guantera llena de cedés de Johnny Cash. Te lo dije.

Todos se ríen y Blake se lo toma con sorprendente buen humor. Efectivamente, la voz ronca de Johnny Cash nos acompaña hasta que llegamos al pub. Después de un par de cervezas estoy más que integrada en el grupo y casi me he olvidado de mi conversación y el mal rollo con Blake. Hoy no hay rastro del Blake callado y antipático de la otra noche. Bromea con todos y responde con ironía a las burlas de Bill. Casi diría que no lo conozco.

—¿Unos dardos? —sugiere Bill.

—No juego. Siempre os reís de mí porque no le doy a la diana —se niega Hannah.

—No será peor que la última vez.

—La última vez metió el dardo en la cerveza de un tipo que no se lo tomó nada bien —me cuenta Stuart.

Me da un ataque de risa y estoy a punto de atragantarme con la mía. Bill es el primero en tirar. Blake se coloca a mi lado y los dos observamos la partida. Blake tiene buena puntería y obtiene una puntuación de ciento veinte. Me pongo delante de la diana cuando es mi turno y él se acerca antes de que pueda tirar los dardos.

—Un consejo —me dice, y apoya sus dedos en mi codo para corregir mi postura—. Tensa el brazo y apunta con la pluma.

—¿Por qué das por hecho que se me da mal?

Él se me queda mirando sin saber qué decir. Lanzo el primer dado y obtengo un veinte triple. El segundo cae a escasos centímetros del primero. El tercero da en el centro. Acabo de hacer ciento setenta puntos. Hannah me aplaude desde la barra y me pide que los machaque. Stuart suelta un silbido y Bill frunce el ceño. Blake no es capaz de disimular su sorpresa. Acabo de pillarlo con la guarda baja.

—¿Quieres que te dé un consejo? —replico con tono orgulloso—. No juzgues a un libro por su portada, vaquero.

Blake me mira fijamente a los ojos.

—Me tendré que leer el libro para saber si merece la pena.

—A lo mejor el argumento te sorprende.

—Puede.

Se acaba la cerveza de un trago y la deja sobre la barra. Le entrego los dardos y nuestros dedos se rozan. Tengo tanto calor que lo achaco al alcohol y me aparto para que la partida continúe. Blake pone todo su empeño en ganarme e incluso algunos curiosos se animan a acercarse para ver cómo va la partida. Me saca veintisiete puntos de ventaja porque el dardo que iba al veinte

triple ha caído en el número uno. El veinte triple es el número más complicado. Puedo remontar. Me he puesto nerviosa cuando se ha colocado detrás de mí. Su respiración me hacía cosquillas en la nuca.

—No te pongas tan cerca. Me desconcentras.

—Excusas —se está picando porque por lo visto es el mejor jugando a los dardos. O mejor dicho: lo era.

—Quita.

Le hago un gesto con la mano para que me deje espacio. Blake no se mueve del sitio. Tiene los ojos clavados en la mano con la que sostengo el dardo.

—Tiras de una forma muy rara. Me causa curiosidad.

—Y más curiosidad vas a sentir cuando te machaque.

Stuart y Bill se parten de risa. Me sudan las manos porque tengo demasiado público. La mitad del bar nos está mirando. Soy la mejor jugando a los dardos y pienso demostrárselo. Perfeccioné mi técnica en la universidad después de un centenar de partidas con Josh. Este no me conoce. Se va a enterar de por qué no debe ir por la vida subestimando a los demás.

Me quedan treinta puntos. Un veinte y un diez. Es muy simple. Llevo cuatro cervezas y entrecierro los ojos porque me bailan los números. De haberlo sabido no habría bebido. Puedo hacerlo. Lanzo el dardo y se clava justo en la línea que separa el número veinte del uno. Blake se ríe detrás de mí. Aprieto los labios. Todavía puedo ganar. Deja de reírse cuando doy en el veinte. Necesito un nueve. Respiro profundamente y apunto con el dardo.

—Se van a llevar una decepción cuando pierdas.

—¿Intentas ponerme nerviosa?

—Ya estás nerviosa.

Sostengo el dardo con una mano temblorosa. El doce y el catorce bailan delante del nueve. Estaría chupado si estuviera en plenas facultades, pero estoy algo achispada y los números de la diana se mueven. Sostengo el dardo con firmeza.

—Te recuerdo que solo me queda un tres.

—Te recuerdo que me queda un dardo.

—Tranquila, Robin Hood.

Sé que lo está haciendo a propósito para desconcentrarme y lo peor es que funciona. Apunto al

número nueve. Le voy a dar una lección. Blake está tan cerca que parece mi sombra. Podría volverme y clavarle un dardo en la yugular para que aprendiese a no meterse conmigo. Pero nada mejor que darle una paliza a los dardos y delante de los suyos para ponerlo en su sitio.

—Aunque quizá llamarte Robin Hood sea excederme demasiado, porque él era un hombre y era el mejor en lo suyo.

Vale, se acabó. Apunto al número nueve y ni siquiera me lo pienso cuando lanzo el dardo con rabia. Estoy a punto de recoger los dardos para dárselos a Blake, pero entonces todos exclaman mi nombre y abro los ojos de par en par. Lo he clavado en el nueve.

—¡He ganado! —exclamo ilusionada, y automáticamente me vuelvo hacia Blake con una euforia que no pienso disimular. Es hora de restregárselo en la cara—. Ya sabes lo que dicen: detrás de todo hombre hay una gran mujer. Seguro que Robin Hood estaba rodeado de buenas arqueras.

Blake se lo toma con deportividad y me tiende la mano.

—Enhorabuena. Bien jugado.

—Igualmente.

Estrecho su mano y vuelvo a sentir ese torrente sanguíneo que me alborota todo el cuerpo. Corto el apretón y busco mi cerveza para darle un trago. Blake me observa con un interés que no disimula.

—¿Cómo aprendiste a jugar a los dardos?

—Viendo un documental. Al principio era malísima y era demasiado competitiva para dejarlo estar. Gané varios torneos de la universidad cuando aprendí a corregir la trayectoria aprendiendo de mis errores. Allí todos me apodaban Katniss.

No le cuento que gané varios torneos por pareja con Josh. A él tampoco se le daba nada mal y puso la misma cara que su hermano cuando le gané por primera vez. Hombres...

—¿Katniss?

—La protagonista de Los juegos del hambre. Ella es la mejor con el arco.

—Ni idea.

Él es más de Tarantino. Fijo.

—¿Y tú como aprendiste?

—Mi padre me llevaba a los campos de tiro y allí entrené la puntería.

—Yo nunca he disparado un arma.

—Déjame adivinar: estás en contra de la tenencia legal de armas. Es un derecho constitucional, rubia.

Pongo mala cara cuando escucho cómo me llama.

—La constitución está repleta de normas arbitrarias. Es ridículo tener un arma cuando ya tenemos un cuerpo de policía que nos defiende.

—¿Y si el policía encargado de defenderte no llega a tiempo?

—¿Dispararías un arma si ese fuera el caso?

—¿Qué clase de hombre sería si no lo hiciera para defender a los míos?

No puedo entender su postura porque me han criado con otros principios. En mi casa jamás ha entrado un arma porque vivíamos en un barrio residencial muy pacífico donde podías dormir con la puerta abierta sin tener miedo de que algún intruso te robara. De todos modos La herradura me parece un lugar seguro. Es como si me leyera la mente.

—Tranquila, nunca he disparado a una persona. No soy tan inhumano.

—Yo no he dicho... —dejo la frase sin acabar cuando suena *Shake it off* de Taylor Swift—. ¡Me encanta esta canción! Vamos a bailar.

Blake se aparta de mí como si le diera alergia.

—No bailo.

—¡Es country! —intento empujarlo hacia la pista de baile y él se resiste con todas sus fuerzas.

—Si eso es country, me pego un tiro.

—Aburrido.

Hannah y los chicos me siguen sin rechistar. Blake nos observa desde la barra. Me ve hacer el payaso y esboza una media sonrisa. Pienso en lo diferentes que son Josh y él. Josh no habría dudado ni un segundo en seguirme a la pista de baile. Habríamos hecho el tonto sin importarnos las miradas de los demás. Me perco de que Blake no me quita la vista de encima y me pongo colorada. Por suerte, lo estoy dando todo y nadie podría darse cuenta de que la mirada de mi cuñado me intimida. Intento ignorarlo y sigo a lo mío. Hacía demasiado tiempo que no me divertía. Estoy tan acalorada que salgo del pub cuando termina la canción. Blake está en la puerta fumando y no me ve llegar.

—Hoy vengo servida —le digo cuando me planto a su lado—. Deberíamos dejarlo. Podríamos

formar un club de apoyo. «Vaqueros libres de humo». ¿Qué te parece?

Me enciendo un cigarro y le doy una calada. Blake está en su mundo. Encerrado en esa parte inaccesible de su mente. Vuelve a ser el tipo reservado al que estoy acostumbrada. Menos mal que yo hablo por los codos.

—Realmente Taylor Swift sí es cantante de country. Al principio se inspiraba en artistas como Shania Twain y las Dixie Chicks. En sus inicios ganó un Horizon Award a la mejor artista nueva de la Asociación de Música Country. Fue telonera de George Strait y Faith Hill. No hay discusión al respecto.

—Lo que tú digas.

—Mira que eres cabezota.

—No menos que tú.

—*The story of us*. Si esa canción no es country...

—Cántala. Defiende tu teoría.

—Tú no bailas y yo no canto —se me viene a la mente la canción y la tarareo porque no soy capaz de estarme calladita. Soy lo peor.

Blake se apoya en la pared, expulsa el humo y se ríe con gravedad. Es jodidamente atractivo cuando se ríe. Con ese pelo castaño rubio que hoy no esconde bajo el sombrero y esa mirada arrogante de ojos ámbar.

—Eres imposible.

—Hoy no llevas sombrero.

—¿Te crees que lo llevo hasta para irme a la cama?

—No me extrañaría. Te pega. Eres como John Wayne pero en su versión más antipática.

—Que graciosa te pones cuando te bebes tres cervezas.

—Cuatro.

En realidad se parece más a Clint Eastwood. Con el puro en la boca y su característica expresión desconfiada. Ojos entrecerrados, cara de mala leche y sexy a rabiar. Pero no se lo digo porque no quiero que se venga arriba. Clint Eastwood era el hombre más atractivo de su generación.

—¿Sabías que John Wayne se llamaba en realidad Marion Robert Morrison? El director que lo descubrió le cambió el nombre porque el suyo sonaba demasiado femenino para las películas del

oeste en las que tenía que hacer de tipo duro.

—No lo sabía —apaga el cigarro con ese aire rebelde y arrogante de Clint Eastwood—. ¿De dónde te sacas todos esos datos?

Me encojo de hombros. Curiosidad, libros, internet... un poco de todo. Suelo guardarme la mayoría porque aprendí hace demasiado tiempo que a la gente no le gustan las sabelotodo. Tengo la impresión de que él recibe mis anécdotas con sincero interés. O eso espero.

—Podrás cantar por Taylor Swift en el karaoke.

—Mi sentido del ridículo tiene un límite.

—Yo voy a cantar.

Estoy a punto de caerme de espaldas. Lo está diciendo en serio. No veo a Blake poniéndose delante de un micrófono. No es su estilo. Esboza una sonrisa arrebatadora cuando se percata de mi sorpresa.

—¿No eras tú quien decía que no hay que juzgar a un libro por su portada?

Apago el cigarro y lo sigo hacia el interior del pub.

—Esta actuación no me la pierdo...

Me siento con los demás y observo a Blake sin dar crédito. Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, diría que estoy soñando. Quizá lo del karaoke le venga de familia y le encante desafinar en público. A Josh le apasionaba. Hannah me ofrece la quinta cerveza de la noche. Debería echar el freno porque el alcohol se me está subiendo a la cabeza.

—Blake canta muy bien.

—¿En serio?

—Ya lo verás.

Se me acelera el pulso cuando suenan los primeros acordes de la canción. La reconozco de inmediato. Es *Bad Things* de Jace Everett, el único cantante de música country que me gusta. Recuerdo nuestra conversación en el coche y mi alusión al cantante. Su elección no es casualidad. Me mojo los labios con la cerveza porque tengo la boca seca. Lo miro y tengo la impresión de que me está lanzando un mensaje que no sé si quiero entender.

Blake tiene una voz grave y ronca. Soy consciente de que todas las mujeres del pub lo miran con lascivia. A la mayoría le encantaría pasar la noche con él y estoy convencida de que él daría la talla. Sobre todo cuando lo escucho cantar. Me está mirando. Me cuesta sostenerle la mirada y un súbito calor me sube por las piernas porque la letra de la canción es demasiado explícita para

ignorarla. Sobre todo cuando el cantante me mira a los ojos sin pestañear.

When you came in the air went out / Cuando llegaste, el aire se apagó

And every shadow filled up with doubt/ Y cada sombra se llenó de dudas

I don't know who you think you are, / No sé quién te crees que eres

But before the night is through, / pero antes de que termine la noche

I wanna do bad things with you / quiero hacer cosas malas contigo.

Me acabo la cerveza de un trago y pido otra porque siento un calor sofocante y que me impide pensar con claridad. Observo la actuación y me percato de que Blake continúa mirándome. Parece que me está cantando algo que le gustaría decirme a la cara. Parece... que le gusto. Parece que me está follando con la voz.

I don't know what you've done to me, / No sé qué me has hecho

But I know this much is true:/ Pero sé que esto es cierto

I wanna do bad things with you. /Quiero hacer cosas malas contigo

I wanna do real bad things with you/ Quiero hacer cosas realmente malas contigo.

Ya está. Se acabó. Tengo una mente enferma y que está delirando por culpa del alcohol, la letra de una canción y la voz ronca de mi cuñado. Me levanto del taburete y corto el contacto visual. No me vuelvo para mirarlo, pero tengo la impresión de que Blake me sigue con la mirada cuando me encierro en el baño para echarme agua en la cara. Porque si algo tengo claro es que la situación se ha descontrolado y todo es culpa mía por no haberle contado que soy su cuñada.

Blake aparca delante del motel a la una de la madrugada. Me ha entrado la risa floja porque Bill acaba de contar un chiste malísimo. Me peleo con el cinturón de seguridad y consigo desabrocharlo después del segundo intento. Abrir la puerta es una tarea más difícil. Hannah se

parte de risa y me susurra que soy una borracha. La verdad es que todos estamos la mar de contentos excepto Blake. Él solo se ha bebido una cerveza porque es el conductor. Sale del coche y me abre la puerta con una mirada que lo dice todo. Me despido de Hannah y los chicos y me bajo del coche con las manos en alto.

—Estoy bieeeeeeen.

—Ya lo veo. Te acompaño a tu habitación.

—Puedo sola.

Enderezo la espalda y camino haciendo eses. Blake se coloca a mi lado y me agarra del brazo cuando me tropiezo con el bordillo. No es culpa mía. Soy una persona decente, pero no había otra manera de enfrentar la situación que bebiendo para olvidar que Blake y yo somos familia y que cabe la pequeña posibilidad de que las cosas se estén desmadrando. Eso sí es culpa mía.

Blake me ayuda a subir las escaleras con una paciencia infinita. Las paredes se mueven. Todo me da vueltas. Lo único estable es el brazo al que me aferro para no perder el equilibrio. Blake no huele como Josh y no sé si eso es bueno. Porque Blake huele a sexo y hace más de quince meses que no me acuesto con ningún hombre. Soy una mujer que tiene necesidades y negarlo sería tan ridículo como ignorar que mi cuñado está como un tren.

—No sabía que cantabas tan bien.

—Pensé que no te había gustado mi actuación.

—Sabes que lo has bordado. El grupito de adolescentes sin edad para beber vitoreaban tu nombre.

—Las prefiero de mi edad —me ayuda a subir el último escalón y señalo la habitación del fondo —. ¿Por qué te has ido mientras cantaba?

—Emergencia femenina.

—Haré que me lo creo.

Me da la mano para llegar hasta mi habitación. Luego me quita la llave y abre la puerta. Me mira como si quisiera decirme muchas cosas. Me mira como si fuera a hacerme todas esas cosas malas que cantaba. Y por un instante deseo que haga lo que quiera conmigo porque estoy cansada de estar rota por dentro.

—Helena.

—Uhm...

Estoy mareada y me tambaleo un poco. Blake se pasa la mano por el pelo y duda. Está nervioso.

Es lo que hacía Josh cuando estaba nervioso. *Josh*. Cuando me acuerdo de él se me parte el alma y siento que soy una persona horrible. Blake no es y nunca será Josh.

—Helena, yo...

Me apoyo en la puerta y me muerdo el labio. Debería pedirle que se fuera. Estoy aturdida y no soy dueña de mí misma. Mañana lo veré todo con más claridad pero ahora estoy absolutamente perdida en sus ojos ámbar. En las motitas doradas que se expanden como llamaradas cuando me mira con tanta intensidad.

—Nada, déjalo —se rinde. Me mira contrariado y se da la vuelta—. Buenas noches.

Sigo sus pasos con la mirada hasta que baja las escaleras. Solo entonces cierro la puerta y se me escapa un suspiro trémulo. Me pregunto qué ha estado a punto de decirme. Me pregunto qué es lo que habría sucedido entre nosotros si hubiera sido valiente.

15 de diciembre de 2016

Helena solicitó el cambio de profesor para la asignatura de escritura creativa. No volvió a intercambiar una palabra con el cerdo de Elijah White. Lo vio de lejos por el pasillo y fingió que no existía. Enfrentó la situación de la única forma que para ella era posible: haciendo como si no hubiera sucedido. A pesar de que tuvo que enfrentarse a las preguntas incómodas de Penny por su inesperada salida de la antología y de la clase de White. Ella aludió a discrepancias artísticas y se cerró en banda a hablar del tema cuando Penny no la creyó. El único que conocía la verdad era Josh y suficiente tenía con aguantar sus intentos de convencerla para que denunciara al profesor. Helena no quería saber nada del tema. Era muy triste ser consciente de que si lo denunciaba sería ella la que debería enfrentarse a un proceso donde muchos la juzgarían y otros la pondrían en duda. Su carrera literaria, que todavía no había empezado, se iría a pique por la influencia de White, y su paso por la universidad quedaría opacado bajo la sombra de aquella estudiante de segundo curso que ponía en un aprieto a uno de los profesores más queridos. Se odiaba por ser tan débil e hizo lo único que la calmaba: enterrar el tema en lo más profundo de su memoria.

Ese sábado se había apuntado a un torneo de dardos por pareja con Josh. El primer premio eran quinientos dólares y ella sabía que podían ser suyos. Era la mejor en los dardos desde que se tragó aquel documental de cuatro horas y media. Después de anotar las técnicas de los mejores jugadores y jugar diez partidas en solitario para ponerlas en práctica. Pero en la cafetería no había rastro de Josh y fue a buscarlo a su habitación porque sospechó que se había quedado dormido. La otra noche se recogió a las tantas y a su amigo siempre se le pegaban las sábanas. Ni siquiera llamó cuando empujó la puerta de su habitación. Sabía que el compañero de Josh solía pasar los fines de semana en casa de sus padres y se imaginó que estaba tumbado bocarriba y roncando a pierna suelta. Lo iba a despertar de un almohadazo porque ya había decidido en qué iba a gastar su parte del premio. Pero Josh no estaba durmiendo y frenó de golpe cuando lo vio discutiendo por teléfono. Estaba fuera de sí.

—Eres un cabrón —le gritó a la persona que había al otro lado—. ¡Tú eres el maldito egoísta! ¿Qué yo que...? Venga ya...

Le dio una patada a la mesita de noche y la tiró al suelo. Helena lo miró atónita y se quedó inmóvil. Tenía la impresión de estar presenciando algo muy íntimo y sin embargo no podía moverse del sitio.

—Vete a la mierda, Blake. No puedes llamarme a estas alturas y exigirme nada —Josh respiraba de manera agitada y su voz era un aullido de rabia—. Y tanto que es mi última palabra... ¿disculpa? ¡Qué te jodan!

Josh estrelló el móvil contra el cabecero de su cama y Helena se sobresaltó. Estaba tan impresionada que no hizo ningún ruido hasta que escuchó los gemidos entrecortados de Josh. No podía ser. Josh estaba llorando. Era la primera vez que lo veía llorar. Se mordió el labio y se acercó a él con una prudencia extrema.

—Josh, ¿estás bien?

Su amigo se apartó de golpe cuando ella le puso una mano en el hombro. No se volvió para mirarla. Ella intuyó que no quería que lo viera en ese estado.

—¿No sabes llamar a la puerta? —le espetó con la voz quebrada.

—Pensé que estabas dormido.

—Ya ves que no.

Helena no supo cómo acercarse a él. Quería abrazarlo y ofrecerle consuelo. Quería reconfortarlo del mismo modo que él había hecho con ella. Porque la amistad consistía en compartir los mejores y los peores momentos de uno mismo. Porque ellos eran y siempre serían algo más que amigos. Algo tan complicado que ella no se largaría de allí aunque él intentara echarla por las malas.

Le apretó el brazo y Josh se tensó por el contacto. Respiraba de manera violenta y estaba completamente fuera de sí. Helena le frotó el brazo y su amigo se vino automáticamente abajo. La miró avergonzado y con los ojos vidriosos. Estaba roto. Era como si le hubieran arrebatado al hombre divertido y jovial que le alegraba los días en la universidad y en su lugar le hubieran dejado a un extraño. No lo reconocía e hizo lo único que a ella le hubiera servido: lo abrazó con todas sus fuerzas. Josh ocultó el rostro en su cuello y se aferró a Helena como si fuera lo último que le quedaba. Ella notó su pánico y se le partió el alma porque intuía que no lo conocía del todo. Que Josh se guardaba una parte de sí mismo porque lo aterraba mostrarse tal cual era. Que en el fondo aquella careta de seductor y juerguista era una armadura bajo la que esconderse.

—Ay, Josh... dime que te pasa. Sé que estabas hablando con tu hermano. Quizá podrías desahogarte conmigo. Soy tu mejor amiga y no voy a juzgarte. Ya deberías saberlo.

Él no dijo nada. Se limitó a refugiarse en su cuerpo mientras se aguantaba las lágrimas. Helena quiso gritarle que no era más hombre por guardárselas. Que a esas alturas lo adoraba y que no saldría huyendo por verlo venirse abajo.

—Te necesito —murmuró con voz temblorosa.

Helena levantó la cabeza y lo miró con ternura.

—Claro que necesitas a una ami...

Él la besó y no la dejó terminar la frase. Helena se quedó tan aturdida que no lo apartó. Sintió que el universo estable en el que habían construido aquella amistad se derrumbaba como lo haría un castillo de naipes. Josh la besó con una necesidad que escapaba de toda lógica. La besó superando las expectativas que había colocado en él. La besó como habría hecho en los sueños de los que siempre se despertaba murmurando que aquello era una locura. Y ella sintió que todas sus convicciones saltaban por los aires cuando la boca de Josh rozó la suya. Suave, exigente,

cálida. Helena suspiró contra su boca y él le apartó el pelo de la cara. Sus manos sostenían su rostro con firmeza para demostrarle, por si le quedaba alguna duda, que no iba a dejarla escapar.

—Josh, ¿qué haces? —musitó contra sus labios.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Josh volvió a besarla y a ella le dio un vuelco el corazón cuando la lengua de él encontró la suya. Entonces todo explotó. Sexo en estado puro. Ganas contenidas desde hace demasiado. Desenfreno. No tenía ni idea de que se podía follar con un beso hasta que él la besó de aquella manera. La atrapó con aquella boca experimentada y hábil de la que no quería despegarse. Sintió que se moría cuando Josh le mordió el labio y luego la volvió loca al pasar la lengua por su labio inferior. Lo que sucedió escapó del control de ambos y Helena respondió a aquel beso con una lujuria que no sabía que poseía. Josh colocó una mano en su nuca para dirigir el beso tal y como a él le gustaba. Helena le puso una mano en el pecho y lo acarició por encima de la ropa. Fue un contacto superficial y tímido. Sin embargo, ambos suspiraron contra los labios del otro. Era demasiado bueno. Demasiado intenso. A Helena se le agolpaban todas las ideas en la cabeza y estaba muy confundida para decir algo coherente. Intentó protestar cuando la boca de él recorrió su mejilla, la barbilla... la piel sensible de su cuello.

—Se te está yendo la cabeza porque estás enfadado... y creo que no deberíamos dejarnos llevar por...

Josh le puso un dedo en los labios y le mordió el cuello. A ella se le escapó un gemido. Un intenso placer se coló entre sus piernas cuando él fue intercalando besos cortos y pequeños mordiscos.

—Dejarme llevar contigo sería lo mejor que he hecho en mi vida.

La tocó por encima de la ropa y ella volvió a gemir. Helena lo miró a los ojos. Fue como si se vieran de verdad por primera vez. Ninguno necesitó nada más para dar rienda suelta a lo que llevaban tanto tiempo guardándose. Helena lo agarró de la camiseta y buscó sus labios con desesperación. Él le acarició los pechos por encima del jersey y notó el tacto del sujetador de encaje y la firmeza de una tetas redondas y pequeñas que se la pusieron dura sin necesidad de mirarlas. Su otra mano le dio un suave tirón de pelo.

—Helena... joder... te voy a hacer de todo. Te voy a arrancar ese sujetador con la boca.

Ella le agarró la erección y Josh soltó un gruñido. Su respuesta no tardó en llegar. Metió la mano dentro de sus vaqueros y la tocó por encima de la ropa interior. Helena le mordió el hombro e hizo lo mismo con él. Se masturbaron por encima de la ropa y durante unos segundos lo único que se escuchó en la habitación fue la fricción de sus manos sobre la tela y sus gemidos entrecortados. Josh fue un paso más allá cuando la penetró con un dedo. Ella estaba empapada y supo que tardaría muy poco en llegar al orgasmo. Sospechó que a él le pasaría lo mismo cuando agarró su erección. Estaba duro. Enorme. Ella conseguiría que se corriese en cuestión de

segundos. Tendrían tiempo de sobra para hacer de todo. Josh la cogió en brazos para subirla encima del escritorio. Una postura mucho más cómoda y explícita cuando ella separó las piernas. Se miraron a los ojos cuando se tocaron. Sin tapujos.

—¿Tienes condones?

—Joder, Helena... —Josh aceleró el ritmo cuando ella lo masturbó más deprisa—. Sí, supongo. No me hagas pensar justo ahora...

—No pienses. Tú solo... fóllame.

A Josh se le fue la sangre a la única parte del cuerpo que no controlaba. Helena tenía las mejillas encendidas y los labios hinchados. Era el mejor sueño erótico de toda su vida. Grabó aquella imagen en su retina y supo que se masturbaría pensando en ella. La penetró con dos dedos y ella echó la cabeza hacia atrás. Se le escapó un suspiro. Musitó su nombre. Josh la contempló como si fuera la primera vez que masturbaba a una mujer. Y perdió la cabeza cuando ella le hizo la mejor paja de su vida y tuvo que concentrarse para no correrse en su mano.

Alguien llamó a la puerta. Los dos estaban demasiado excitados para responder. Josh se inclinó para besarla y ella le apretó la polla. Él apoyó la frente contra la suya. Sus dedos la atormentaron de una manera deliciosa. Gimieron. Se besaron. Ignoraron los golpes de la puerta.

—¡Josh, imbécil! Os estoy oyendo. Solo necesito mi mochila y me piro. No me hagas abrir la puerta y ver algo que no me apetece.

Josh resopló y Helena lo abrazó con las piernas para retenerlo. Josh la agarró del cuello y le dio un beso que le supo a poco. Luego se apartó y se abrochó la bragueta. Ella se quedó vacía y fría cuando la dejó encima del escritorio con una mirada de disculpa.

—Es el idiota de Brenton. No va a largarse.

—Date prisa.

Helena se encerró en el baño antes de que Josh abriera la puerta. No tenía ganas de que Brenton, el compañero de habitación de Josh, le dedicara una mirada burlona y que pudiera devolverla a la realidad. No lo soportaba. Brenton era un bocazas y ella había perdido la cabeza. Estaba más excitada que en toda su vida. Necesitaba los dedos de Josh dentro de ella. Lo necesitaba todo de él y esta vez no iba a conformarse con las migajas de una amistad que ya le sabía a poco. Oyó a Josh echar a Brenton por la fuerza y al otro murmurar que aquella también era su habitación y que habían acordado que allí dentro no meterían chicas. Puso los ojos en blanco. Aquello iba para largo. El móvil le vibró dentro del bolsillo y lo sacó para ponerlo en silencio.

Will.

El que faltaba.

No habría respondido a su mensaje de no ser porque la discusión entre Josh y Brenton se alargaba y el contenido la dejó confundida.

Will: *por lo menos podrías haberme respondido.*

Helena: *¿a qué te refieres?*

Will: *el mensaje que te envíe.*

Helena: *¿qué mensaje?*

Josh tardó tres minutos en echar a Brenton de la habitación. Si hubiera tardado un minuto menos, ella no habría leído la respuesta de Will. Una que la enfrió por completo. Una que la llenó de furia cuando él abrió la puerta del baño.

—Sigamos por donde lo habíamos dejado.

Ella le dio un empujón que lo dejó boquiabierto. Josh ladeó una sonrisa traviesa porque confundió sus intenciones.

—No sabía que te fuera el sexo duro, pero por mí no hay problema. Contigo me adapto a todo.

—¡Borraste un mensaje de mi ex! —le gritó, y le enseñó la pantalla del teléfono—. ¿Cómo has podido ser tan miserable?

A él se le borró la sonrisa y no necesitó mirar el contenido de aquella conversación. Intentó buscar una solución que los llevara al momento en el que él le quitaba las bragas y ella se corría del gusto. No la encontró. No hubo excusas porque sabía que la había cagado. La clase de error que ella jamás pasaría por alto.

—Me arrepentí en cuanto lo hice.

—¡Pues hábemelo contado! De lo único que te arrepientes es de que te haya pillado.

Lo empujó con el hombro para salir del baño. Él la siguió e intentó detenerla cuando ella quiso abrir la puerta. Forcejearon durante unos segundos hasta que él se dio por vencido y lo único que pudo hacer fue dedicarle una mirada suplicante. Ella abrió la puerta y le devolvió una mirada rabiosa.

—Helena, por favor. Vamos a hablarlo. Sé que cometí un error. No te vayas justo cuando tú y yo estábamos a punto de...

—¿Follar? —lo interrumpió con aspereza—. Te vas a quedar con las ganas. Es lo único que te interesa de mí, ¿no? Por eso borraste el mensaje de Will. Para quitártelo de encima.

—No reduzcas lo que ha pasado hace un momento a un simple polvo.

—Lo que ha pasado no se va a repetir —le espetó.

Josh no la siguió cuando ella desapareció por el pasillo. Sabía que era inútil intentar que entrara en razones. Helena estaba furiosa y la conocía lo suficiente para concederle su espacio. Ya tendría tiempo de explicarle que lo que ellos tenían no era algo que se pudiera resolver con un simple polvo.

Hago una pausa después de un extenuante día de trabajo en el que me he pasado la mayoría del tiempo evitando a Blake. He decidido que le contaré que soy su cuñada cuando termine la jornada. Es lo mejor para todos. Anoche estaba demasiado borracha para poner distancia entre nosotros. Ya ha pasado casi un año, me siento sola y el único consuelo que recibe mi cuerpo es el de mis propias manos. Es normal que se me revolucionen las hormonas cuando un hombre tan atractivo como Blake me presta un poco de atención. Soy una mujer adulta y a estas alturas no voy a negar que entre nosotros hay una atracción sexual difícil de ocultar. No la he buscado. No la quiero. Ni siquiera la controlo. Es ridículo que me sienta culpable porque entre nosotros la cosa no va a ir a más. Y si antes creía que me lo estaba imaginando, su comportamiento de anoche me ha aclarado que él también la siente. Nada como explicarle que soy la mujer de su hermano para que a él se le pase el calentón. Es algo físico y pasajero. Tiene solución. Lo voy a arreglar.

—¡Avery! —saludo a la niña cuando la veo esconderse detrás de un árbol. Me termino la barrita de cereales en dos bocados y voy a buscarla—. ¿Estás jugando al escondite?

—No.

Avery sale disparada hacia el otro extremo del árbol cuando intento atraparla.

—¿Qué te pasa? —pregunto al percatarme de que está huyendo de mí.

—¡Nada!

—Uy, ¿qué mosca te ha picado?

—¡Déjame!

Avery me da un empujón y echa a correr hacia el siguiente árbol. Quizá está llevando peor de lo que me imaginaba la expulsión del colegio. Voy hacia ella con la intención de animarla y ella me lanza una mirada airada.

—¡Te he dicho que me dejes!

—Solo quiero hablar contigo, ratita. ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa?

—No me llames ratita —responde enfurruñada.

—Creí que te gustaba.

—No me gusta —dice con la boca pequeña—. Lárgate.

—Me iré cuando me lo pidas con educación. Porque es lo que quieres, ¿no?

Avery asoma la mitad de la cara y sus ojos castaños me miran con una mezcla de duda y temor. No sé qué le sucede, pero es evidente que tiene algo que ver conmigo.

—Sí...

—Uhm... ¿y eso? Pensé que éramos buenas amigas. Las amigas se lo cuentan todo.

—Se lo dirás a papá.

—Te guardaré el secreto —respondo. Cierro la mano derecha y saco el dedo meñique—. Promesa de amiga.

No puede resistir la tentación y enreda su dedo meñique con el mío. Su expresión es una mezcla de temor y suspicacia que no debería tener una niña tan pequeña. Solo tiene siete años.

—No me gusta cuando papá y mamá discuten por mi culpa. No lo soporto.

—No discuten por tu culpa, ratita. Lo que pasa es que a veces a los adultos nos cuesta ponernos de acuerdo. Ya lo entenderás cuando seas mayor. Tú no tienes la culpa de que tus papás discutan.

—Pero si hablo contigo, mamá se enfadará.

La confesión me pilla totalmente desprevenida y no logro ocultar mi cara de sorpresa. No me lo puedo creer. ¿Stella le ha pedido que no me hable? Por eso Avery se siente tan culpable y rehúye mi contacto. No entiendo cómo un adulto puede manipular la mente inocente de un niño de esa manera. Estoy que me subo por las paredes y me cuesta controlar el temblor de mi voz.

—¿Tu mamá te ha pedido que no hables conmigo?

—Sí —hace un puchero y se me parte el alma—. Yo quiero que seamos amigas y que me peines como Ariana. Pero ella dice que por tu culpa mi papá y ella no volverán a estar juntos. Y que si quiero que volvamos a ser una familia tengo que ignorarte.

—Haremos una cosa —le digo con suavidad, porque es lo único que se me ocurre para salir de un enredo en el que no me gusta verme involucrada—. Hablaré con tu papá y lo solucionaremos. ¿Qué te parece?

—¡Me has prometido que no se lo ibas a contar!

—Lo sé. Y no lo haré si tú no me dejas. Pero tampoco podemos ser amigas a espaldas de tu mamá. No quieres mentirle, ¿verdad?

—No —vuelve a hacer un puchero.

—Seguro que tu papá y yo podemos convencerla.

Ella me mira con recelo y suspira.

—Papá y mamá siempre discuten por todo. No creo que esta vez sea diferente.

—Tú confía en mí —le guiño un ojo—. ¿Quieres que te haga un peinado muy chulo? Mi madre me lo hacía cuando yo tenía tu edad.

—¡Vale!

Se sienta sobre la hierba y sus ojos se iluminan de felicidad. Al menos ya se le ha pasado el disgusto. Por desgracia, yo estoy demasiado afectada para dejarlo estar. Me hierva la sangre por la actitud de Stella. ¿Cómo es capaz de utilizar de esa manera a su hija? Me queda la esperanza de que Stella me permita acercarme a Avery cuando descubra que es mi sobrina. Quizá deje de estar celosa cuando comprenda que entre Blake y yo no va a suceder nada. Y hablando de Blake... lo veo llegar a las cuadras, quitarse la camisa y refrescarse con la manguera. Le estoy trenzando el pelo a Avery y finjo no inmutarme con esa impresionante anatomía que se gasta. El agua le resbala por un pecho moreno y ligeramente velludo. Sigo el recorrido de las gotitas de agua. Una de ellas desciende por su pectoral hasta llegar al costado. Otra es más afortunada y sigue el sendero de vello castaño claro que se pierde bajo la presilla de sus vaqueros. Se me seca la boca porque mirarlo debería ser un pecado.

—¡Ay! Me estás tirando del pelo.

—Ya estoy terminando.

Devuelvo la vista hacia el peinado de Avery. Por el rabillo del ojo me percató de que Blake nos está observando. No le devuelvo la mirada porque sospecho que los ojos se me irían a sus abdominales y no quiero dejarme en evidencia. Sería patético. Me tomo más tiempo del necesario para trenzarle el pelo a Avery con la esperanza de que él se haya largado cuando termine. Sigue estando ahí cuando acabo de peinar a su hija. Está apoyado en la puerta de las cuadras y nos mira embelesado. Menos mal que se ha puesto la camisa. No hay ni rastro del vaquero duro y huraño. Solo es un padre al que se le cae la baba viendo como una mujer le trenza el pelo a su hija. Nos saluda con la mano. Avery se pone de pie y da una vuelta sobre sí misma para que su padre la vea.

—Voy a mirarme en el espejo.

—Eres una presumida.

Avery sale disparada hacia la casa y no me queda más remedio que dirigirme hacia las cuadras. Todavía tengo que cepillar a un par de caballos y no puedo escaquearme de mis obligaciones. Aunque enfrentarme a Blake sea lo último que me apetece. Supongo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Que sea lo que Dios quiera.

—Hazte así —bromeo en un intento por fingir que todo es normal entre nosotros—. Tienes un poco de baba en la barbilla, papá orgulloso.

—Se te dan muy bien los niños.

Me encojo de hombros para restarle importancia. Blake me sigue y de repente el ambiente de la cuadra me resulta asfixiante. Me comporto como si él no estuviera detrás de mí. Algo ridículo porque su presencia es demasiado imponente para ignorarla. Cojo el cepillo, el champú y los dejo sobre la mesa.

—Avery te adora.

—Hablando de eso... —me muerdo el labio y me vuelvo hacia él con cara de circunstancia. Ni siquiera sé cómo empezar esta conversación, pero lo único que tengo claro es que no puedo dejarlo estar. De lo contrario podría buscarle un problema—. Me ha contado que Stella no quiere que se relacione conmigo. Y yo lo último que quiero es meterte en un lío o buscarte un problema con la madre de tu hija.

A él se le cambia la expresión.

—No te preocupes por eso —responde con voz queda. Sé que está haciendo todo lo posible por controlarse, pero puedo leer a través de las capas de su piel. Ya lo voy conociendo.

—Cómo no me voy a preocupar. Para mí es una situación muy violenta y no sé cómo lidiar con ella. Me encanta pasar tiempo con tu hija. Me ha robado el corazón. Y me dolería en el alma tener que alejarme de ella porque su madre no me ve con buenos ojos. Pero tampoco quiero que te metas en un lío por mi culpa.

—No es culpa tuya —zanja con voz grave—. Hablaré con Stella. Olvídate del tema.

—Pero...

—No quiero que te alejes de Avery.

—No lo hagas por mí. Sé que la relación con tu ex no es buena y no quiero ser el detonante de otra discusión.

—¿Te sentirías mejor si te digo que lo hago por el bien de Avery? Te ve como un ejemplo a seguir y se está portando mejor desde que tú estás aquí.

Me rasco el brazo con inquietud. No sé qué responder a eso. La verdad es que no soportaría alejarme de Avery porque le estoy cogiendo mucho cariño, pero supongo que estoy a tiempo de construir una barrera entre nosotras antes de que la situación se descontrole.

—¿Estás seguro de que puedes hablar con Stella?

—Sí.

Detesto que sea tan parco en palabras cuando no le interesa hablar de algo.

—Quizá debería mantenerme alejada hasta que lleguéis a un entendimiento.

—No.

—¿Me vas a responder con monosílabos?

—No.

Blake esboza una media sonrisa cuando frunzo el ceño.

—Siento que te veas involucrada por segunda vez en mi relación con mi ex. Sé que no es justo y haré todo lo que esté en mi mano para que no vuelva a suceder. Sé cómo lidiar con Stella. Entrará en razón, te lo aseguro.

No estoy del todo convencida y él lo nota. De repente mete la mano en la cartera y me entrega dos billetes de cien dólares.

—Hoy han pasado dos semanas desde tu llegada. Un trato es un trato.

Acepto los billetes y se me escapa una sonrisa de satisfacción. Ni siquiera me acordaba. Ya llevo dos semanas en Paradise Lake. El tiempo se me ha pasado volando. Me guardo el dinero en el bolsillo trasero del pantalón.

—Tengo una duda. ¿Te has quedado para llevarme la contraria o por que de verdad te gusta este sitio?

—Ambas.

Sé que le complace mi respuesta por la forma en que me mira. Hasta que su mirada se clava en mis labios y se me acelera el pulso. Todas mis convicciones saltan por la borda cuando Blake me mira como si quisiera de mí más de lo que yo puedo darle.

—¿Cabe la posibilidad de que te quedes aquí durante una larga temporada?

Su tono esperanzador me asusta y hace saltar todas mis alarmas.

—No lo sé.

—Me gustaría que te quedaras.

Su voz es categórica y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Creí que me querías muy lejos —me tiembla la voz.

—Algo ha cambiado.

No me muevo del sitio cuando Blake da un paso hacia mí. Estamos demasiado cerca. Sus dedos me rozan el brazo derecho y mi corazón se salta un latido. Mierda, ¿qué está pasando? Su dedo índice me acaricia el antebrazo. Es una caricia tímida. Es como si me estuviera pidiendo permiso. Estoy tan agobiada que me cuesta encontrar mi propia voz.

—Blake, hay algo que no te he contado.

—Estoy seguro de que puede esperar.

Blake me atrapa por la cintura. El apretón es fuerte y decidido. Se me escapa un gemido de sorpresa y estoy tan aterrada que ni siquiera me muevo. Su cuerpo es cálido. Sus manos enormes. Una de ellas sobre la parte baja de mi espalda. La otra en mi cintura. Sus ojos clavados en mis labios. Le pongo una mano en el pecho y él se lo toma como una invitación. Nada más lejos de la realidad porque quiero quitármelo de encima de la forma más delicada posible. No quiero herir sus sentimientos. Mi cuerpo se revoluciona cuando la mano que tiene sobre mi cintura asciende por mi costado y me roza el lateral del pecho. Entonces Blake me estrecha contra su cuerpo con la más que evidente intención de besarme. Dios mío, esto no puede estar pasando. Pero, sorpresa, está pasando. Y tengo que enfrentarme a ello.

—Blake, para. Esto no está bien.

No sé si me escucha. Su boca me acaricia la barbilla. Se le ha ido la cabeza. Los dos hemos perdido el juicio.

—Helena...

Aparto la cara cuando Blake me roza los labios. Le doy un empujón. Él está tan excitado que sigue estrechándome entre sus brazos. Tengo calor, estoy alterada y le grito lo único que sé que va a separarlo de mí. Las palabras se me escapan de la boca cuando él vuelve a hacer el amago de besarme.

—¡Soy tu cuñada!

Blake me mira desconcertado y durante unos segundos no se mueve. Me mira como si le estuviera gastando una broma pesada. Hay una profunda arruga de confusión en su frente. En sus ojos brilla la perplejidad. No sé ni cómo le sostengo la mirada. Blake está tan aturdido que no despega los ojos de mi cara. Lo está digiriendo. Lo asimila sin pestañear. Hasta que me suelta de golpe como si mi piel le quemara. Retrocede impactado, se pasa una mano por el pelo y me da la espalda. Respira profundamente y estoy tan asustada por su reacción que no me atrevo a decir nada. Ni si quiera me atrevo a tocarlo. Me da miedo respirar por si hago algún ruido. Blake tarda un buen rato en reaccionar. Me da la espalda y no puedo verle la cara, pero por su expresión corporal y a la defensiva me la puedo imaginar.

—¿Te he oído bien? —pregunta atónito.

—Sí.

—Eres la mujer de Josh —repite sin dar crédito.

—Sí.

—Mierda —se frota el rostro y masculla algo que no llego a entender. Entonces se vuelve hacia mí con los ojos repletos de ira—. Maldita sea. Dime que es una puta broma.

No sé ni cómo logro encontrar mi voz.

—No.

—¿A qué cojones estás jugando? —me ladra.

—Te lo puedo explicar... —musito agobiada.

—Vete de mi rancho.

Estoy a punto de seguirlo cuando pasa por mi lado sin dirigirme una mísera mirada. Al ver que no me muevo, le da una patada a un cubo de agua que sale disparado por los aires. Su voz es un rugido de rabia:

—¡Lárgate!

Estoy temblando cuando sale de las cuadras. Contengo a duras penas las ganas de echarme a llorar. Porque me ha mirado como si yo lo hubiera planeado desde un principio. Porque Blake cree que he jugado con sus sentimientos y no lo soporto. Necesito explicarle a qué he venido y tengo la impresión de que ya es demasiado tarde.

12 de enero de 2017

Helena y Josh llevaban casi un mes sin dirigirse la palabra. Ni siquiera se escribieron por navidad. Él guardó el regalo que tenía preparado para ella: un osito teddy con la camiseta de la selección alemana porque sabía que ella deseaba conocer el país de su familia materna. En el cuello del oso de peluche había un collar con una cadena de plata de la que colgaba una piedra de lapislázuli en forma de media luna que a él le recordó al color de sus ojos cuando pasó por delante del escaparate de aquella joyería vintage. Por su parte, Helena le regaló a Penny las dos entradas para ver la semifinal de los Chicago Bulls. No le hacía ilusión ir al partido con otra persona que no fuera Josh porque él era el verdadero aficionado del baloncesto y ella llevaba varios meses ahorrando para darle el gusto a su mejor amigo. Ambos estaban en los dos extremos de una cuerda llena de nudos. Los nudos eran el resentimiento, los celos, el enfado y el orgullo. Josh tenía la esperanza de hacer las paces. Y Helena estaba demasiado decepcionada para dar su brazo a torcer. Se sentía herida y traicionada por una persona en la que confiaba ciegamente. Will le importaba un comino, pero le dolía que Josh hubiera sido capaz de comportarse de una forma tan rastrera porque ella lo tenía por un hombre decente. Quizá Penny tenía razón y su amigo no era tan íntegro como ella pensaba. Pero le dolía tanto haberse separado de él...

—Será mejor que nos vayamos. Esta fiesta apesta.

Penny intentó arrastrarla hacia el exterior. Helena se resistió porque le apetecía pasárselo bien. Josh era el que solía integrarla en las fiestas y echaba de menos olvidarse de la universidad por unas horas.

—Quiero bailar.

Penny, que era el alma de la fiesta, no se movió del sitio cuando ella hizo el amago de ir hacia la pista. Comprendió que algo iba mal y miró a su alrededor hasta que averiguó de qué se trataba. O mejor dicho: de quién. Josh estaba apoyado en la barra y charlaba animadamente con un grupo de estudiantes. Una chica rubia le acariciaba el muslo y, aunque él no le prestaba demasiada atención, se dejaba querer. A Helena la corroyeron los celos e hizo todo lo posible para que Penny no se lo notara.

—Me da igual. No lo voy a estar evitando toda la vida —habló con una frialdad falsa y estudiada.

Penny no la creyó del todo. Unos días antes, Helena sintió la necesidad de desahogarse con alguien y le contó lo sucedido con Josh. Su amiga puso los ojos en blanco cuando Helena le explicó que estuvo a punto de acostarse con Josh, y su posterior bronca después de que se enterase de que él borró el mensaje de Will. Entonces Penny montó en cólera y soltó frases del tipo: «te lo dije, ese va a lo que va, sabía que no era de fiar». Y Helena se sintió como una mierda y decidió no volver a sacar el tema porque en el fondo siempre sentía el impulso de

defender a Josh a toda costa. Ahora lo tenía delante de sus narices, haciéndose arrumacos con aquella rubia, y se la llevaron los demonios. Ella no se había acostado con nadie desde entonces porque pensaba a todas horas en Josh. En sus manos, en su boca sobre la delicada piel de su cuello, en sus dedos acariciando su sexo y a punto de hacerla llegar al orgasmo. Seguro que él había pasado página en los brazos de la primera que le hubiera hecho un poco de caso. Él era así.

—Si quieres nos vamos. Conozco un buen sitio que está a cinco minutos en taxi —Penny le apretó el brazo.

—Paso de él.

Helena se hizo la digna y comenzó a moverse al ritmo de la música. Acompañó la voz de Jason Derulo con unos movimientos sensuales. Ella no era la clase de persona que actuaba de manera deliberada para poner celoso al hombre que le gustaba, pero se sintió encantada de la vida cuando se le acercó un universitario cachas y que no era para nada su tipo. Bailaron pegados. Se rio como si él le hubiera contado el mejor chiste del mundo. Ni siquiera se apartó cuando él le tocó el pelo y le preguntó si le apetecía irse con él a un lugar más tranquilo. No contestó. Se volvió hacia la barra y se encontró con la mirada sombría de Josh. Tenía mala cara y ni siquiera se esforzaba en ocultarlo. Se lo estaban comiendo los celos y se apartó malhumorado de la chica rubia. Helena se disculpó con el universitario y fue hacia el servicio femenino para quitárselo de encima. Había conseguido su objetivo, que no era otro que fastidiar a Josh y cortarle el royo. Se bebería un par de copas e intentaría olvidarse de él. Alguien la cogió del brazo cuando salió del servicio y la empujó hacia el baño de minusválidos. Era Josh. Ella resopló y se apartó el pelo de la cara.

—¿Qué estás haciendo? —le recriminó con aspereza.

—¿Qué estás haciendo tú? —replicó ella con tono engreído—. ¿A qué viene que me encierres aquí?

—Te estás poniendo en evidencia y ese no es tu estilo. ¿O me vas a hacer creer que te gusta el tanoréxico ese adicto a los esteroides? Venga ya, Helena.

—Para un rato me vale cualquiera.

Josh se pasó la mano por la barbilla y la miró completamente fuera de sí. Josh rara vez perdía los nervios y ella se sintió descolocada. Poderosa. Y muy excitada. En sus planes no entraba encerrarse en un baño con Josh y darse cuenta de que no era dueña de sus emociones porque su cuerpo lo echaba dolorosamente de menos.

—¿Querías ponerme celoso? Vale, lo has conseguido. Estoy que me subo por las paredes. Pero al menos podrías tener mejor gusto, joder. ¿O pretendes hacerme creer que te vas a ir de aquí con ese tío?

—¿En serio me lo estás preguntando? —Helena sacudió la cabeza. No sabía de qué se extrañaba porque a estas alturas ya sabía de lo que él era capaz para salirse con la suya. El mensaje se lo

había dejado muy claro—. Ni siquiera sé de qué me sorprende. Eres un puto egoísta. Por eso borraste el mensaje de Will.

—¡Ahora resulta que Will era el amor de tu vida!

—¡Y eso qué más da! ¿Qué derecho tenías a meterte en mi vida? Has sido rastrero y cobarde. No te reconozco.

—Pues este soy yo —extendió los brazos y la miró consternado—. El tío que la caga cuando la chica que le gusta recibe un mensaje de su ex. Joder, no me siento orgulloso. ¡Me arrepentí en cuanto lo hice! Siento no estar a tu altura moral, maldita sea. Es lo que sucede cuando estás loco por tu mejor amiga desde el día que la conociste. Estoy cansado de fingir, Helena. No soporto darte un abrazo y poner buena cara cuando lo que de verdad quiero es acostarme contigo. Me partiste el corazón en aquella playa y desde entonces no te puedo mirar como un simple amigo.

Ella apretó los labios y se vino abajo. Pero se aferró a sus dudas cuando él intentó tocarla. Estaría perdida si Josh le ponía una mano encima. Su cuerpo era demasiado débil para resistir la tentación.

—Seguro que te lo has pasado muy bien en mi ausencia. Esa rubia podría consolarte. O cualquier otra.

—¿Qué quieres de mí, Helena? —le preguntó con voz cansada—. Renunciaría a todas las tías con tal de pasar una noche contigo. ¿Quieres que te diga que no significan nada para mí? Lo sabes de sobra. Pero no me pidas que te espere eternamente porque me estoy volviendo loco. ¿Te sentirías mejor si te digo que no me he acostado con nadie desde que discutimos? Porque cada vez que intento acercarme a alguna mujer les pongo a todas tu cara. ¿Es eso lo que necesitas de mí? ¿Fidelidad? ¿Confianza? Te juro que te lo daría todo y no lo echaría de menos.

Josh estiró el brazo y le acarició los labios con el pulgar. Ella se estremeció. Era increíble que un simple roce le revolucionara todo el cuerpo. Le cogió la mano para apartarla y Josh se la llevó a los labios. Le besó los nudillos. Uno a uno. Mirándola a los ojos.

—No va a funcionar —musitó con un hilo de voz.

—¿Qué es lo que no va a funcionar?

Josh entrelazó sus dedos y su mano libre la agarró del cuello. La empujó contra la pared y su boca se deslizó por su barbilla. Sintió la erección de Josh contra la parte baja de su estómago. Él fue intercalando besos y pequeños mordiscos que la pusieron a mil por hora. Helena entrecerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Estaba tratando de recordar la respuesta que tenía guardada para él.

—Nosotros.

—¿Por qué no? —preguntó sin dejar de besarle el cuello.

—Porque queremos cosas diferentes. Porque la vida va más allá de la universidad. Porque nos vamos a hacer mucho daño.

—Haremos que funcione.

Helena fue incapaz de objetar nada más cuando él capturó sus labios. Fue un beso exigente y hambriento. Nada de cariño o ternura. Un beso primitivo que le demostró lo mucho que la necesitaba. Helena se olvidó de todas sus dudas cuando respondió al beso. No podría haberse marchado ni aunque lo hubiera intentado con todas sus fuerzas. Josh era su debilidad. Josh era su vicio. Josh la besaba como si supiera exactamente como a ella le gustaba. Y joder, acertaba de pleno. Estaba tan excitada y fuera de sí que poco le importó que él la tocara en el lavabo de aquella discoteca. Que le subiera la falda y su mano la acariciara por encima de las bragas de encaje. Ella entrelazó las manos alrededor de su cuello y buscó de nuevo sus labios. Josh sonrió contra su boca. Eufórico. Encantado de conseguir lo que quería. Su mano libre se enterró en su pelo y tiró de él. Le murmuró al oído que olía como el mejor sueño erótico de toda su vida. Ella buscó a tientas su erección y lo masturbó por encima de la ropa. Se tocaron como dos adolescentes cachondos e inexpertos. Como dos chavales con las hormonas revolucionadas que no podían parar.

—Estás muy mojada...

Josh le mordió el lóbulo de la oreja y ella gimió.

—Haz que me corra.

—¿Aquí?

—Sí.

Helena estaba fuera de sí y Josh la miró maravillado. Su amiga. Su Helena. La chica por la que llevaba tanto tiempo suspirando. Con los labios hinchados, las pupilas dilatadas, las mejillas sonrosadas y el pelo enmarañado. Se grabó aquella imagen en la retina y se agachó lentamente. Ella respiraba con dificultad y se mordió el labio cuando él le bajó las bragas. Josh se las guardó en el bolsillo trasero del pantalón y antes de que ella pudiera protestar, metió la cabeza entre sus muslos y le fue dando besos cortos. Ella separó las piernas y él se lo tomó como una invitación. Apoyó la lengua en su clítoris y ella sollozó de placer. Jugó con su hendidura. Primero lamiéndola muy despacio. Luego penetrándola con un dedo. Hasta que Helena comenzó a retorcerse de placer y sus manos lo agarraron del pelo. Entonces Josh se la folló con la boca y ella tardó pocos segundos en desinflarse como un globo.

Josh salió de entre sus piernas con una sonrisa ladina. Le dio un mordisco en el muslo. Ella tenía la espalda apoyada en la pared de azulejos y se tapaba la cara con las manos. Josh temió que se estuviera arrepintiendo, pero ella volvió a sorprenderlo cuando lo agarró de la camiseta para que se pusiera de pie. Josh obedeció como si fuera un perrito faldero. Haría cualquier cosa por aquella mujer que lo volvía loco. Pero entendió lo que ella buscaba cuando lo miró con aquellos

ojos azules y traviosos. Josh apoyó la cabeza en la pared y le recogió el pelo con una mano. Ella se puso de rodillas y le desabrochó la bragueta.

—No voy a tardar ni dos segundos —le advirtió con voz ronca.

Ella le cogió la erección y a Josh se le escapó un gruñido. Aquello era demasiado bueno para ser verdad. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado a Helena haciéndole una mamada. La mejor de su vida. Lo supo antes de que ella se la llevara a la boca. Cuando su lengua le lamió la punta y una de sus manos le cogió los testículos con suavidad. Josh apretó los dientes e intentó estar a la altura. Mandó su hombría al infierno cuando ella apoyó sus labios en el glande. Ya tendrían tiempo para jugar. Enredó las dos manos en su pelo y le ordenó lo que quería. Se le fue la vida por la boca cuando ella se la chupó. Y Josh tardó, literalmente, once segundos en correrse. Soltó un gruñido, se agarró la polla y se apartó de ella. Helena se puso de pie y le mordió la barbilla.

—¿Por qué no te has corrido en mi boca? —le preguntó con voz melosa.

A él se le fue toda la sangre al mismo sitio al escucharla. Le gustaba esa versión de Helena. La que no se cortaba en pedir lo que quería o decir lo que le gustaba.

—Porque prefiero correrme en tus tetas.

La cogió por la cintura, le dio un beso rápido y se cerró la bragueta. Luego le dio la mano para arrastrarla en dirección a la puerta. Ya estaban tardando en largarse de allí y buscar un sitio más discreto. Salieron de la discoteca entre besos y caricias por encima de la ropa. Helena se pegó a él cuando sonó *Californication* de los Red Hot Chili Peppers. Ni siquiera se dio cuenta de que el cachas al que había dejado plantado se bebía la cerveza en dos tragos y se iba en busca de otra cuando la vio besándose con Josh en mitad de la pista. Tampoco se percató de que Penny dejaba de coquetear con su nuevo ligue y abría los ojos de par en par cuando observaba a Josh apretar el trasero de su amiga. Estaban demasiado excitados para saber lo que sucedía a su alrededor. Porque aquel momento les pertenecía solo a ellos y el mundo podía seguir girando mientras tanto. Porque las manos de Josh sabían cómo tocarla y le arrancaban gemidos que quedaban camuflados bajo la voz del vocalista de la banda.

Helena estaba fuera de sí y jamás podría echarle la culpa al alcohol. En el cuerpo llevaba una cerveza y un orgasmo que la había dejado con ganas de más. Porque Josh era tan adictivo y hábil con las manos que ella se sentía fuera de sí. No conocía a aquella versión de sí misma a la que le daba igual que se le fuera la cabeza delante de los demás. Y fue él quien tuvo que arrastrarla hacia la salida de la discoteca mientras le preguntaba que a dónde iban.

—¿A tu habitación?

—Penny podría volver en cualquier momento.

—A la mía.

Helena ni siquiera preguntó por su compañero de habitación cuando se montaron en el taxi. El

taxista se quedó alucinado por la actitud exhibicionista de aquel par de tortolitos y tuvo que carraspear un par de veces para llamarles la atención. Al final optó por subir el volumen de la radio para no escuchar los gemidos. Sacudió la cabeza y fijó la vista en la carretera. Lo último que vio fue la mano de aquel universitario sobre el pecho de la rubia. «Un tipo con suerte», pensó. Y luego concluyó que aquellos dos debían llevar algún chute de lo último que se pusieran los pijos de la universidad. Lo que no sabía es que Helena y Josh estaban completamente sobrios de todo menos de ellos mismos. Que se necesitaban de una forma casi enfermiza. Se tocaron por encima de la ropa hasta que el taxista los dejó delante de la residencia. Josh metió la mano en el bolsillo del pantalón y le entregó un billete arrugado de veinte dólares. La carrera eran ocho. Le dio igual. Estaba demasiado absorto en la piel de Helena. Y su olor... aquel olor embriagador y que le hacía perder la cordura. Porque ella olía al mejor polvo de su vida. Porque ella olía a sábanas arrugadas, sexo, piel desnuda y sudor. Llegaron jadeando a su habitación y Josh agradeció a todos los dioses en los que no creía que el idiota de Brenton no estuviera allí. Demasiado tarde para poner freno a algo que iba por delante de ellos mismos.

Josh le agarró las muñecas cuando ella comenzó a quitarse la ropa. Helena inclinó la cabeza hacia un lado, confundida. Él se sentó en el borde de la cama y le subió la camiseta muy despacio. Le besó el borde de la cadera y ella se estremeció. Luego otro beso debajo del ombligo. En el borde del sujetador. Hasta que a ella se le aceleró la respiración y él le quitó la camiseta mientras la miraba a los ojos. Intuyó lo que escondía el sujetador de encaje negro. Se imaginó sus tetas y su erección se sacudió dentro de los pantalones. La tela negra del sujetador resaltaba sobre una piel marfileña. Ella se mordió el labio cuando él le bajó un tirante. Después otro. La observó sin pestañear y notó que a ella se le erizaba el vello de los brazos. Le desabrochó el sujetador con una mano y ella lo dejó caer al suelo. Josh clavó los ojos en sus pechos. Pequeños, firmes y redondos. Las tetas más deliciosas que había visto en su vida. Y él, para qué iba a mentir, había visto muchas tetas. Helena echó la cabeza hacia atrás cuando él le pellizco un pezón. El otro se lo llevó a la boca. Primero lo succionó. Después lo mordió con delicadeza y ella suspiró. En aquel instante Helena decidió tomar la iniciativa y él averiguó que a ella no le gustaba quedarse al margen. Se sentó a horcajadas encima de él y los dos gimieron por el contacto. Josh le apretó los pechos y ella se movió encima de su erección. Gimieron de nuevo. Josh tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tumbarla en la cama, penetrarla y correrse a la tercera embestida. Apoyó su frente contra la de ella y le apretó las tetas con la presión justa para que ella gimiera. Helena apoyó las manos en sus hombros y lo folló por encima de la ropa. La fricción era increíble. Era demasiado bueno para ser verdad. Y, sin embargo, los dos respiraron y esa fue la señal de que no lo estaban soñando. Durante unos segundos lo único que se escuchó en la habitación fueron sus respiraciones entrecortadas. Josh le apartó el pelo de la cara y la besó con la delicadeza que no tuvo en el baño. Una de sus manos ascendió por su costado y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Eres absolutamente perfecta —se apartó para besarle el cuello y sintió el pulso acelerado de Helena—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Helena creyó que él exageraba porque estaba demasiado cachondo para decir algo coherente. Tampoco le importó. Se puso de pie para quitarse la falda y Josh aprovechó aquel momento para darle la vuelta y agarrarla por la cintura. Ella no entendió lo que él pretendía hasta que Josh le

separó las piernas y la sentó encima de él. Era una postura muy explícita, sexual y que no dejaba nada a la imaginación. Ella echó los brazos hacia atrás cuando una de las manos de Josh le acarició los pechos. La otra fue directa a sus muslos. Josh deslizó un dedo por su hendidura y Helena sintió que tocaba el cielo con las puntas de los dedos. Estaba delante de la puerta y el corazón le dio un vuelco cuando se percató de algo.

—¿Has echado el pestillo? —se alarmó.

—Ni idea.

—¡Josh!

Él le mordió el hombro y apoyó el pulgar sobre su clítoris. Helena echó la cabeza hacia atrás y su protesta se quedó en un gemido. Aquello era una locura. Su compañero de habitación podía entrar en cualquier momento y pillarlos infraganti. Sobre todo encontrarla a ella en una postura muy vergonzosa.

—Dios, Josh... ¿y si entra alguien?

—Eso me pone más. ¿A ti no?

Helena no pudo contestar porque la caricia de él se hizo más profunda. Su mano le daba justo lo que necesitaba. La tocaba donde a ella le gustaba. Estaba empapada, perdida en el placer y más excitada de lo que había estado en toda su vida. Josh se detuvo justo cuando ella comenzó a temblar.

—Todavía no —le dijo con voz ronca, y ella tuvo ganas de matarlo.

Se apartó de ella para quitarse la ropa y Helena no lo dejó terminar. Prácticamente le arrancó la camiseta y le bajó los pantalones mientras él se quitaba los zapatos. Helena se recreó en aquella erección que conocía de sobra. Lo masturbó mirándolo a los ojos y Josh hizo lo mismo con ella. Estaban de rodillas en el colchón. De frente. Mirándose mientras jadeaban por culpa de las manos del otro. Josh le dio un empujón cuando ella estuvo a punto de lograr que se corriera.

—Espera.

—Deja de darme órdenes.

—Te va a gustar.

Helena lo miró expectante cuando él se agarró la polla con una mano y la frotó contra su sexo. Clavó las uñas en las sábanas y se retorció de placer. Aquello era otro nivel. Josh deslizó su miembro por la hendidura y justo cuando ella creía que iba a penetrarla, continuó atormentándola. Helena arqueó las caderas, pidiendo más. Josh apoyó la punta del glande contra su vagina y la penetró unos centímetros. Ella sollozó de placer y masculó una protesta cuando él la sacó. Durante unos segundos Josh jugó con su cuerpo y la atormentó hasta que él tampoco

pudo más. Entonces estiró el brazo hacia la mesita de noche y abrió el cajón para buscar un preservativo. Helena le dio un empujón cuando él intentó tumbarse encima de ella. No estaba dispuesta a quedarse en un segundo plano y a él le encantó verla tomar la iniciativa cuando ella se puso encima. Helena se sentó encima de su erección y él la penetró de un solo movimiento. Los dos se quedaron rígidos. Ella necesitó un par de segundos para acostumbrarse a la sensación. A la intensidad que le sobrevino cuando lo tuvo dentro. Porque encajaban de una forma jodidamente perfecta.

—Fóllame, Helena. Haz lo que quieras conmigo.

Ella se lo tomó al pie de la letra y comenzó a moverse. Al principio adoptó un ritmo lento. Le acarició el pecho y él colocó las manos en sus caderas. Se dio cuenta muy pronto que los dos estaban al borde del abismo. Ya tendrían tiempo para experimentar o probar cosas nuevas. Porque en aquel instante sus cuerpos no daban más de sí y ella estaba a punto de llegar al orgasmo. Ella se agarró al cabecero de la cama y aumentó el ritmo. Él abrió los ojos una sola vez para ver a la mujer que lo cabalgaba. Una cascada de pelo rubio, unos labios hinchados y la imagen fugaz de su polla entrando y saliendo de ella fue todo lo que necesitó para correrse. Josh la apretó contra su cuerpo y ella se dejó caer exhausta. Los dos respiraban como si acabaran de correr un maratón. Helena se apartó y él se quitó el preservativo. Por si acaso, se levantó para ir hacia la puerta y se quedó a cuadros cuando descubrió que no había echado el pestillo. Él no solía correr esos riesgos, pero con Helena se le había ido la cabeza de una manera brutal. Echó el pestillo y regresó a la cama. Helena estaba tumbada de lado y lo miraba de una forma muy extraña. Se acojonó de inmediato.

—No me digas que te arrepientes —le pidió angustiado.

—En realidad estaba pensando... —estiró el brazo y le acarició la barbilla—. Que deberíamos haber hecho esto hace mucho tiempo.

—A mí no me mires.

Ella se echó a reír. Josh le besó la mano y la abrazó cuando ella apoyó la cabeza sobre su pecho. Se sentía el tío más afortunado de la universidad. O de Chicago. Incluso del mundo. Él era de los que se vestía después de echar un polvo y ponía alguna excusa para largarse. Allí, con Helena abrazada a él, quiso que ese momento fuera eterno. Y buscó las palabras adecuadas para que ella sintiera que había tomado una buena decisión.

—Ha sido...

—¿Alucinante? ¿Increíble? ¿Perfecto? —le vaciló ella—. ¿Por qué los tíos tenéis la necesidad de decir algo después de follar?

Él se sintió como un tonto. Helena no era la clase de persona que necesitaba que le regalaran los oídos o que calificaran algo que los dos sabían que era insuperable.

—Siento haber borrado aquel mensaje —optó por ser sincero.

Helena se puso rígida y él intuyó que había metido la pata.

—No saques el tema justo ahora.

—No quiero dejarlo aparcado y que tú me lo eches en cara cuando tengamos alguna discusión. Prefiero zanjarlo ya.

Helena se apartó un poco para mirarlo a los ojos.

—Muy bien, te escucho.

—Ya sé que me comporté como un cobarde cuando borré ese mensaje. Te juro que jamás volveré a hacer algo así. Me da vergüenza haber actuado de esa forma y si pudiera dar marcha atrás... en fin, creo que sería el mismo idiota que se dejó llevar por los celos. Creí que todo sería más fácil si borraba a Will de la ecuación. No soy perfecto, Helena.

—Yo tampoco.

—¿Qué te pasa? —le acarició el brazo cuando se percató de su malestar.

—Yo quiero algo más, Josh. No quiero ser la amiga con la que te acuestas. Me llevarían los celos cuando te viera con otra.

—Eh... —le sostuvo la barbilla con delicadeza—. ¿Crees que yo quiero ser el amigo al que llamas cuando tienes un calentón?

—Tú te follas a todo lo que se mueve.

—Eres demasiado lista para no saber que estoy loco por ti.

—Estar loco por mí y ser fiel son dos cosas muy diferentes.

Josh comprendió que ella sentía lo mismo cuando notó su vulnerabilidad. Helena estaba asustada y él no podía culparla.

—Nunca le he pedido salir a nadie. ¿Cómo se hace? ¿Tengo que ponerme de rodillas o algo por el estilo?

—¡No te burles de mí! —le pegó.

Él la miró muy serio y a ella le entró la risa floja.

—Señorita Jones, me tienes absolutamente cautivado. No voy a dejarte escapar tan fácilmente. Por desgracia para ti vas a tener que aguantar mis chistes malos.

—Antes has dicho que soy lo mejor que te ha pasado en la vida.

—Estaría delirando.

—¡Josh!

Él la besó para callar sus protestas y se separó de ella cuando Helena se ablandó. Tuvo que contener las ganas de volver a besarla y sospechó que podría pasarse toda la vida pegado a aquellos labios. Porque estaba enamorado de ella y había sido absolutamente sincero al decirle que era lo mejor que le había pasado en la vida. Helena todavía no lo entendía porque para él, ella significaba familia, hogar y calma. Algo demasiado profundo para mirarla a los ojos y confesárselo a la primera. Ya tendría tiempo de decirle que era la mujer que le había robado el corazón y que no pensaba soltarla porque sin ella se sentía completamente perdido.

Estoy tumbada bocarriba en la cama de la habitación del motel. Hoy no he ido al rancho porque sospecho que no sería bien recibida. En realidad «sospechar» es un eufemismo demasiado amable para la clase de recibimiento que Blake me regalaría. Sé que necesita tiempo y espacio antes de que tengamos esa conversación. Ha estado a punto de besarme y yo lo he rechazado después de gritarle que soy su cuñada. El pobre lo estará asimilando y no puedo culparlo por su reacción. Si pudiera volver atrás, le habría explicado el parentesco que nos une. Pero me dejé llevar por el miedo y actué como una intrusa. Ahora tengo que enfrentarme a las consecuencias y sé que cabe la posibilidad de que él no me perdone.

Las paredes del motel son de papel y ni siquiera me inmuto cuando escucho unas pisadas furiosas subir las escaleras. Reconozco la voz alterada de Wendy y entonces sí que me incorporo con inquietud. Los pasos y los gritos de Wendy se van acercando a mi habitación. Sé de quién se trata antes de que Blake abra la puerta de par en par. Me mira como si fuera un auténtico problema al que ha decidido enfrentarse. La pobre Wendy lo está agarrando del brazo e intenta sacarlo por la fuerza. No lo mueve ni un centímetro.

—Será mejor que te vayas, Blake. No me obligues a llamar al sheriff —le pide agobiada.

—No pasa nada, Wendy —la tranquilizo, y me sorprende lo calmada que estoy—. Blake y yo tenemos que hablar a solas.

Wendy me mira dubitativa. Blake ha debido montar un buen escándalo porque ella está aterrada.

—¿Estás segura?

Ella suelta a Blake cuando asiento. Se marcha tras lanzarme una mirada intranquila y cierra la puerta. Blake está rígido y permanece inmóvil en el mismo sitio. Sé que está furioso a pesar de que su rostro es una máscara gélida e inexpugnable.

—¿Dónde está tu alianza?

Me acaricio el dedo anular en un acto reflejo. No es la pregunta que me esperaba, pero también la entiendo.

—La perdí.

Sé que no es la respuesta que él quiere oír, pero en realidad es la pura verdad. Perdí mi alianza y no tengo ganas de explicarle cómo sucedió. Es demasiado doloroso para entrar en detalles y sé que él no me comprendería.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? ¿Por qué no me contaste la verdad? ¿A qué estás jugando?

Me pongo de pie porque me siento minúscula sentada en la cama. No sé a qué pregunta responder primero.

—No estoy jugando a nada.

—No tienes ni idea de lo que me ha costado venir hasta aquí. —me advierte con una calma peligrosa—. Lo único que quiero es la verdad.

—Te responderé con la verdad si tú prometes no ponerte a la defensiva cada vez que abra la boca.

—A lo mejor no estaría a la defensiva si me hubieras dicho desde un principio quién eras.

—No puedo cambiar el pasado, pero puedo explicarme.

Blake exhala profundamente y se cruza de brazos.

—Te escucho.

—Te escribí una carta.

—No vayas por ahí —me corta irritado.

—Pero es la verdad. Te escribí una carta para contarte lo sucedido y tú ni siquiera me respondiste. No tenía otra forma de contactar con la familia de Josh porque no sabía vuestro número de teléfono. Encontré la dirección entre las pertenencias de Josh y creí que lo mejor sería informarte. Nunca me imaginé que no recibiría ni una mísera respuesta.

—¿Me estás echando la culpa de esto? —pregunta atónito y furioso, y la calma con la que se había vestido se disipa por completo.

—No quiero echarle la culpa a nadie. Solo espero que me entiendas. Josh apenas me habló de vosotros y sabía que la relación con su familia era... escasa —escojo las palabras adecuadas porque no quiero que se sienta atacado—. No sabía cómo presentarme aquí. No sabía cómo me recibiríais. Y entonces tuvimos aquel encontronazo y tú me ayudaste a cambiar la rueda. Creí que no volvería a verte y luego Wendy me explicó que eras el dueño de Paradise Lake. No me podía creer que fueras mi cuñado. Cada vez que intentaba acercarme a ti actuabas como si me odieras. Pensé que podía ganarme tu confianza antes de contarte quien era para que así no me recibieras con tanta hostilidad. Cuando no me respondiste a la carta me enviaste un mensaje. Fue como decirme que Josh te importaba una mierda.

—No tienes ni puta idea.

—Tienes razón —musito de mala gana—. No sé qué pasó entre vosotros. No me puedo ni imaginar lo que sucedió. Tuvo que ser muy grave, porque de lo contrario no me explico que no respondieses a una carta en la que te contaba que Josh había sufrido un accidente que lo ha

dejado en coma.

Blake aparta la mirada y aprieta los puños. Parece avergonzado y dolido. No quería que sonara como una acusación, pero tampoco puedo maquillar la realidad. Josh está en coma y durante estos quince meses su hermano ni siquiera se ha interesado por él.

—¿Entiendes ahora por qué tenía tantas dudas? No sabía lo que me iba a encontrar cuando viniera a Texas...

—¿Qué demonios haces aquí? —exige saber, y no me deja acabar la frase—. Tú lo has dicho. Mi hermano está en coma. Yo no soy médico. No hay nada que yo pueda hacer por él. Pero estoy seguro de que tú estás aquí por una razón. ¿Qué quieres? ¿Dinero? ¿Es eso?

Tengo que controlarme para no ir hasta él y cruzarle la cara de una bofetada. ¿Cómo se atreve?

—No quiero tu maldito dinero.

—Vas a tener que ser más directa. Vienes a mi rancho, te haces pasar por otra persona y te ganas el cariño de todos. Si no es dinero, ¿qué es lo que quieres?

—Ayuda —respondo de mala gana, y me arrepiento en cuanto la palabra sale de mi boca porque me gano una mirada recelosa—. Necesito ayuda. Estoy desesperada y no sabía a quién recurrir. Te aseguro que no estaría aquí de no ser por Josh.

De repente, algo capta la atención de Blake y él cruza la habitación como un vendaval. Coge el papelito que hay sobre la mesita de noche y una emoción violenta y peligrosa se instala en su rostro.

—¿Qué es esto? —me enseña el papel de Steve Walton. Lee la cifra y sacude la cabeza con una sonrisa sarcástica—. A ver si lo adivino: te ha pedido que me convenzas de vender el rancho.

—Te estás equivocando conmigo. Ni siquiera recordaba dónde lo había dejado.

—Por eso pediste trabajo en el rancho —se pasa la mano por la barbilla, arruga el papel y lo tira al suelo con desprecio—. Querías ganarte mi confianza. Hacerte amiga de mi hija, engatusar a mi abuela, ganarte el afecto de Hannah, Stuart y Bill. Los has utilizado a todos.

—Para —me tiembla la voz porque me siento muy insultada—. Para, por favor. No tienes ni idea de lo que dices. Te estás equivocando.

—Me pica la curiosidad. ¿Cuál era tu estrategia? ¿Cómo pensabas convencerme? ¿Hasta dónde estabas dispuesta a llegar?

Lo que intenta dar a entender me pone enferma.

—Eres un capullo.

—Es una buena cifra —señala con la cabeza el papel tirado en el suelo—. Ahora que no tienes a nadie que te caliente la cama, dormirías más a gusto con un puñado de dólares.

—Ha sido un error venir a Texas —le doy la espalda y me borro el rastro de las lágrimas porque no quiero que me vea llorar. No se lo merece—. Ahora entiendo por qué Josh no te podía ni ver. Eres un hombre despreciable y me equivoqué creyendo que tú podrías ayudarme.

—No te hagas la víctima.

—Sal de mi habitación.

Cuando no lo escucho moverse, me doy la vuelta y abro la puerta de par en par. Estoy tan cabreada que consigo sacarlo a empujones. Solo entonces asoma en sus ojos el rastro de la duda.

—Helena.

Blake apoya la mano en el quicio de la puerta cuando estoy a punto de cerrarla. Me siento tan humillada y asqueada por sus palabras que ni siquiera lo miro a la cara. No puedo soportarlo. Lo que más me duele es darme cuenta de que no es el hombre que yo creía.

—No quiero volver a verte en mi vida.

Aparta la mano antes de que yo cierre de un portazo. Echo la llave y apoyo la espalda en la puerta. Estoy temblando.

23 de enero de 2017

Helena y Josh estaban en una nube. Pasaban juntos todo el tiempo libre que tenían y aprovechaban los instantes de intimidad para dar rienda suelta a la pasión que llevaban tanto tiempo conteniendo. No se cansaban. Helena bebía los vientos por él y Josh estaba loco por ella. A ella le daban igual las advertencias de Penny. Por primera vez se estaba dejando llevar con Josh y no se arrepentía ni un ápice. Ella, tan prudente y responsable, no pensaba en el futuro ni en lo que les depararía la vida. Se limitaba a sentir porque aquello era demasiado bueno para dejarlo escapar. Tenían por delante dos años de libertad universitaria. Ya tendrían tiempo para agobiarse con su futuro y plantearse la posibilidad de tomar caminos separados.

Quería aquello.

Quería a Josh.

Y lo único que la asustaba era que a él se le pasara el calentón y se aburriera de ella. Porque rara vez hablaban de sus sentimientos. Ellos eran más de bromear y follar a todas horas. De caer exhaustos sobre la cama con una sonrisa boba en los labios. Aunque tenía que admitir que durante aquellas dos semanas Josh pasó, literalmente, del resto de las universitarias. Solo tenía ojos para ella y no parecía interesado en otra compañía femenina que no fuera la suya. Penny le decía que él estaba fingiendo y que los hombres como él no cambiaban. Pero Helena quería creer que lo suyo era demasiado especial para que él pudiera compartir aquella intimidad con otra persona.

Josh le estaba acariciando la espalda. Estaban en la habitación de Helena porque Penny se había ido al cine. La escasez de intimidad los obligaba a buscarse a la menor oportunidad. Helena apoyó la mejilla sobre la almohada y cerró los ojos. No se cansaba de él. Josh sabía cómo tocarla para despertar sus instintos más primitivos.

—Ocho letras. Croqueta siciliana. Empieza por *a* y termina por *i*.

—Eso es trampa.

—¿Te has quedado tan relajada que no puedes pensar?

—Casi —le sucedía lo mismo cada vez que Josh le ponía las manos encima. Era incapaz de actuar con racionalidad y le daba igual enrollarse con él en los lavabos de una discoteca o meterse mano bajo el pupitre de una clase atestada de gente. No se reconocía—. Uhm... ¡cicheti! No, espera. Empieza por *a*. ¡Arancini!

Josh se levantó de la cama y rebuscó dentro de su mochila. Ni siquiera sabía si esa palabra existía. Pero resultó que ella estaba en lo cierto y «arancini» era la palabra que le faltaba para resolver aquel crucigrama que llevaba atormentándolo toda la tarde. Se acabó lo de pensar en

croquetas sicilianas y ahora pasó a preguntarse cómo era posible que Helena conociera aquel término si nunca había estado en Sicilia. Seguro que ella tenía un motivo de lo más insólito para saberlo. Sacó el oso de peluche y lo colocó sobre la espalda desnuda de Helena. Ella abrió los ojos y se dio la vuelta.

—¿Y esto? —preguntó ilusionada.

—Un premio para la señorita.

—¡Me encanta! —lo abrazó contra el pecho—. ¡Qué mono! Lleva la camiseta de la selección alemana. ¿Y este colgante?

Helena observó fascinada la piedra en forma de media luna. Era lapislázuli. Josh tenía un gusto exquisito.

—¿Te reirás de mí si te digo que lo compré porque me recordó al color de tus ojos?

Helena se puso seria e hizo todo lo posible por aguantarse la risa. Josh resopló.

—Eres una cabrona.

—Y tú un poquito cursi —le tomó el pelo, y luego se inclinó para besarlo—. Pero me gusta cuando te pones en plan romántico. Es precioso. Gracias.

Ella se recogió el pelo para que él le colocara el collar.

—Era mi regalo de navidad. Estaba esperando el momento perfecto para dártelo.

Ella se mordió el labio.

—Yo te compré unas entradas para ir a ver a los Chicago Bulls. Al final las aprovechó Penny.

—Genial. Se las distes a la única de tus amigas que me odia. Eso me ha dolido —se hizo el ofendido.

—Solo quiere protegerme.

—Hace bien.

—¿En serio? —lo contradijo divertida y con una ceja enarcada.

Josh se abalanzó sobre ella y comenzó a mordisquearle el cuello. A ella se le aceleró el pulso de inmediato.

—Porque solo te quiero para mí.

—¡Josh! ¡No me hagas cosquillas!

—Y hablando de tu amiga... ¿Cuánto dura la película?

—Creo que dos horas.

—O sea... que todavía nos quedan treinta minutos.

A ella se le escapó un suspiro cuando él fue intercalando besos y mordiscos. A los pocos segundos ella ya estaba mojada y caliente. Nunca le diría que él era el único hombre con el que jamás había fingido un orgasmo porque era un fanfarrón de mucho cuidado. Pero también era el amante menos egoísta y más entregado con el que había estado y por eso decidió aprovechar aquellos treinta minutos al máximo.

Blake ha estado llamando a la puerta durante un buen rato. Es un hombre insistente y acostumbrado a conseguir todo lo que quiere, así que supongo que dio por hecho que al final se saldría con la suya. Media hora después, estaba cansada de escucharlo y decidí darme una ducha muy larga. No soportaba mirarlo a la cara después de lo que me había dicho. Insinuar que estaba allí para sacarle dinero era igual o peor que un insulto. Tardó casi una hora en desistir.

Me siento aliviada cuando abro la puerta y asomo la cabeza por el pasillo. No hay rastro de Blake por ninguna parte. Decido bajar al bar para comprar tabaco en la máquina. Necesito urgentemente un pitillo porque estoy que me subo por las paredes. Mi mente es un hervidero de preguntas: «¿y ahora qué? ¿Regreso a Chicago? ¿Debería volver a hablar con Blake?» Se me retuerce el estómago de solo imaginarlo. No, ni hablar. Estaba dispuesta a arrastrarme y suplicar su ayuda, pero ahora ni siquiera sería capaz de tenerlo delante. Wendy me intercepta cuando cojo el paquete de tabaco.

—Cielo, ¿estás bien?

Mi cara debe de ser un poema y no tengo fuerzas para forzar una sonrisa.

—No —opto por ser sincera.

—¿Qué os ha pasado? Las voces se escuchaban desde aquí abajo. ¿No estaréis...? —junta los dedos para dar a entender que estamos liados.

Tuerzo el gesto.

—No es eso —se me escapa un suspiro pesaroso. Wendy es de fiar y no es ninguna chismosa que vaya a irse de la lengua. Supongo que puedo contárselo—. No fui del todo sincera con él. En realidad, no fui sincera con nadie. Blake es mi cuñado y acaba de enterarse.

—Ay... madre.

Wendy se deja caer en un taburete y se lleva las manos a la cara. Su expresión es tan trágica que si no estuviera tan hecha polvo casi me arrancaría una carcajada.

—¿Eres la mujer de Josh? —pregunta sin dar crédito.

—Sí.

—Dios mío, ¡lo siento muchísimo! —se pone en pie de un salto y me abraza con fuerza—. Me enteré de lo del accidente. Pobre muchacho. Lo siento, Helena. No me quiero ni imaginar por lo que estás pasando.

Me aparto de ella con los labios apretados. No me gusta hablar del tema. Josh está en coma y una parte de mí se quedó con él en aquel accidente. Es como si fuera la ficha de un parchís que se ha quedado atascada en mitad del tablero y el destino se negara a tirar los dados. No puedo avanzar. No puedo retroceder. Desde hace casi un año soy una mujer que echa dolorosamente de menos a su marido mientras contempla su cuerpo inerte sobre una cama de hospital.

—Gracias.

—No lo entiendo. ¿Por qué no le contaste quién eres?

—Porque Blake y Josh no se hablaban y he venido hasta aquí para pedirle ayuda a mi cuñado. Todo se me fue de las manos. Tenía pensado contárselo en cuanto me ganara su confianza. Ahora él cree que he jugado con todos y que quería convencerlo de vender el rancho. Piensa que estoy aquí por el dinero.

—¡Qué barbaridad! —pone el grito en el cielo—. Cualquiera que te conozca un poco sabe que no eres esa clase de persona.

—Por lo visto él sí lo cree.

Wendy arruga la frente y noto que quiere decirme algo.

—¿Qué?

—Nada, cosas mías.

—Wendy.

—Ah, ¡está bien! —se da por vencida—. Quizá Blake se lo ha tomado tan mal porque desearía que su cuñada fuera cualquier mujer en el mundo menos tú.

—Quieres decir que no me soporta.

—Quiero decir que eres demasiado lista para que tenga que explicártelo. Tú ya me entiendes. Sois dos personas jóvenes y atractivas. ¿Tengo que hacerte un croquis?

—No —respondo irritada—. Sé lo que estás dando a entender. Pero mi corazón ya está ocupado.

—Él no lo sabía.

—Pues ya lo sabe —saco un cigarrillo y me dirijo a la puerta. Freno antes de abrirla y me lo pienso mejor—. ¿Se ha marchado?

—Lo vi salir hará media hora.

—Menos mal.

Estoy a punto de abrirla cuando Wendy me dice:

—Para Blake la familia es lo primero.

Salgo del bar sin entender a qué viene ese comentario. Si la familia fuera lo primero para él, me habría respondido a la carta en la que le conté que su hermano había sufrido un accidente que lo dejó en coma. Pasé meses esperando una respuesta. Ni una mísera visita. Ni siquiera unas líneas de cortesía. Blake es lo peor. Lo sabía antes de poner un pie en Paradise Lake y lo acabo de confirmar hace un momento. Lo demás son palabras vacías.

Acabo de encender el cigarro cuando descubro la camioneta de Blake aparcada delante de la puerta del bar. Me sobresalto y lo busco a mi alrededor. Ni lo pienso. Me doy la vuelta para regresar al motel y se me escapa un grito de sorpresa cuando me lo encuentro de bruces. Me recompongo en cuestión de segundos y le dedico una mirada fría. Blake tiene el pelo despeinado y una profunda arruga de consternación en la frente. No es el mismo hombre furioso que estuvo en mi habitación.

—Quiero hablar contigo.

—No.

—Helena.

—Aparta de mi camino.

Blake no se mueve del sitio y me veo en la obligación de rodearlo. Se echa a un lado para cortarme el paso. Me exaspero cuando lo intento por la derecha y vuelve a interponerse en mi camino. Esto es el colmo. Blake tiene la firme determinación de hablar del tema y sé que no me va a dejar escapar. De todas formas resoplo y me pongo automáticamente a la defensiva.

—No quiero hablar contigo.

—Eres mi cuñada.

—Me da igual.

—A mí no.

—Haberlo pensado antes de insultarme —le doy una calada al cigarro y él percibe el temblor de mi mano. Lo odio por convertirme en una persona tan vulnerable—. Sé que no he hecho las cosas bien y asumo mi parte de culpa, pero ¿cómo te atreves a insinuar que he fingido ser otra persona para sacarte dinero?

—Estaba enfadado —responde de mala gana.

—Mala suerte, vaquero. Ahora la que está enfadada soy yo.

—No tiene ningún sentido que no seamos capaces de mirarnos a la cara y hablar las cosas.

Le devuelvo una mirada airada. La de él es neutral. En su expresión hay una mezcla de desconcierto y curiosidad. Y algo más profundo y cercano a la tristeza que sospecho que tiene que ver con Josh. Me cuesta sostenerle la mirada porque de repente me invaden un montón de recuerdos que me oprimen el pecho. Le doy otra calada al cigarro y agacho la cabeza. Me entran unas ganas tremendas de llorar y me pican los ojos. Abro los ojos y trato de reprimirlas.

—Helena...

—¡Déjame!

Me aparto de él cuando intenta tocarme. Le doy la espalda y contengo las lágrimas a duras penas. Ojalá Josh estuviera aquí para consolarme. Echo de menos su olor y sus brazos acogedores. Ahora me contaría un chiste malo y yo lo golpearía por hacerme reír y llorar al mismo tiempo. Me vengo abajo cuando Blake me pone una mano sobre el hombro. Él no es y nunca será Josh. Pero ese contacto cálido y sincero es todo lo que necesito para derrumbarme como un castillo de naipes. Se me escapa un sollozo y tiro el cigarro al suelo para taparme la cara con las manos. Odio llorar delante de la gente. Y me siento imbécil haciéndolo delante de Blake.

Todo sucede en una fracción de segundo y me cuesta asimilarlo. De repente, Blake me abraza y mi cuerpo se amolda al suyo. Mi cabeza sobre su pecho y sus brazos fuertes y protectores alrededor de mi espalda. Quiero apartarme. Gritarle que no necesito su consuelo. Pero entonces rompo a llorar y mis lágrimas le mojan la camisa. Blake no huele como Josh. Blake huele a tierra y loción de afeitado. Y encuentro un refugio inesperado y cálido en sus brazos.

—No estaría aquí de no ser por Josh —musito, y se me escapa un hipido.

—Tranquila —dice con una voz inusualmente calmada y grave. Una de sus manos sube por mi espalda y me acaricia el pelo como si fuera una niña—. No voy a dejarte sola. No tienes que enfrentarte a esto tú sola.

No sé por qué lo dice. Ni siquiera sé si está siendo sincero. Pero me siento inesperadamente mejor cuando lo escucho. Me aparto de él con los ojos vidriosos. Estoy bastante avergonzada por haberme echado a llorar en sus brazos. Blake todavía me tiene sujeta y me mira a los ojos con preocupación.

—¿Estás mejor?

Asiento porque en realidad estoy más calmada después de haber derramado algunas lágrimas. Solo entonces me suelta y me percató de nuestra cercanía. Me aparto unos centímetros y él me tiende un cigarro que acepto sin rechistar. Luego me da fuego y se enciende otro.

—Será mejor que empieces por el principio.

—No quiero hablar del accidente. Tienes los detalles en la carta.

—Seguro que te estás preguntando por qué no te respondí —no digo nada y él expulsa una bocanada de humo—. Doy por hecho que no estás al tanto de lo que sucedió entre mi hermano y yo.

Me mira de reojo y casi parece aliviado por mi ignorancia. Supongo que los dos tenemos secretos de los que nos arrepentimos. No tengo ni idea de lo que sucedió entre ellos, pero a juzgar por su expresión grave, debió de ser muy gordo.

—Tampoco sirve de nada que ahonde en el tema a estas alturas. Lo que quiero decir es que nuestra relación era nula cuando recibí tu carta. Quise responderte e incluso barajé la posibilidad de hacerle una visita. Lo descartaba cada vez que recordaba mi última conversación con Josh. Pensé que no tenía derecho a reconciliarme con él porque de estar consciente, Josh jamás me habría dirigido la palabra. Fui un cobarde. En realidad no quería verlo tumbado en la cama de un hospital y enfrentarme al hecho de que la última vez que nos vimos discutimos y nos dijimos cosas terribles. No quiero que pienses que durante todo este tiempo no he pensado en él. Me he sentido como una auténtica mierda.

No sé ni qué decir. Yo tampoco soy la más indicada para juzgar a nadie. Llevo casi un año sintiéndome culpable por el accidente. Fue culpa mía y tendré que vivir con ello durante el resto de mi vida.

—Has dicho que estás aquí porque necesitas mi ayuda —Blake me mira avergonzado—. No lo mencionaste en la carta. De haber sabido que necesitabas mi ayuda, habría cogido el primer vuelo a Chicago. Jamás dejaría tirado a Josh. Supuse que estaba en manos de los médicos y que yo no podía hacer por él otra cosa que no fuera rezar.

—Las cosas han cambiado. Te escribí la carta hace más de un año porque creí que debíais saberlo.

Aparto la mirada y no sé cómo continuar. Él me echó en cara que estoy aquí por su dinero y ahora no sé cómo pedirle ayuda. Quizá crea que soy una aprovechada que está utilizando las circunstancias.

—Haré lo que sea por él —me promete al notar mi recelo—. Haré lo que sea por ti.

—Necesito dinero —le suelto de carrerilla y sin mirarlo a los ojos. Y luego me apresuro en matizar—: No es para mí. No quiero tu dinero. Nunca lo he querido. Es para Josh. Su tratamiento es muy costoso.

—¿Cuánto necesitas?

Su disposición me pilla desprevenida y aun así me siento en la obligación de explicarle los detalles.

—Me he quedado arruinada después de pagar el excedente del seguro, los copagos y el resto de las terapias que no incluye el seguro médico. He vendido lo poco que tenía, le he pedido dinero

prestado a mis padres, a mis amigos, he agotado la indemnización del seguro de vida de Josh... —numero agotada y completamente resignada—. Eres la última persona a la que quería acudir. Te juro que no estaría aquí si no estuviera desesperada.

—No tienes que darme explicaciones.

—Quiero dártelas —lo miro a los ojos con una determinación renovada—. Antes has insinuado que estaba aquí por tu dinero. No quiero que pienses que me estoy aprovechando de la situación. Tengo todas las facturas y puedo demostrar lo que digo.

—Helena, joder... —Blake se frota el rostro y me mira consternado—. He sido un capullo al insinuar semejante tontería. Estaba furioso y no he medido mis palabras. Olvídate del tema, por favor.

—Quiero que estés al tanto de todo. Trabajaré para devolverte hasta el último centavo. No quiero que me regales nada.

—Déjame ser el hermano que él se merece. La cagué al no responder a esa carta. Necesito enmerdarlo. No tienes que trabajar en el rancho para devolverme nada. Deberías estar con Josh y no soportando al bocazas de su hermano mayor.

No le explico que necesitaba alejarme de Chicago porque no soportaba mirar con impotencia a Josh postrado en esa cama. Hablarle con la esperanza de que él me respondiera y escuchar resignada el diagnóstico pesimista de los médicos. Me sentía como una inútil que no estaba haciendo todo lo posible para ayudarlo. Por eso estoy aquí.

—No quiero engañarte. Los médicos dicen que hay pocas probabilidades para un hombre que lleva en coma tanto tiempo como él. Dicen que incluso en el hipotético caso de que él despertase, lo haría con unas graves secuelas físicas y psíquicas. Pero yo no puedo rendirme. He estado investigando y nuestro seguro médico no cubre terapias más avanzadas que tal vez podrían ayudarlo. Hay una unidad de neuro recuperación para pacientes en coma en un hospital privado de Nueva York —rebusco en el bolso hasta dar con el folleto informativo y se lo entrego—. Josh estaría atendido por los mejores médicos y recibiría la atención médica que se merece.

—Pagaré hasta el último centavo. No necesito leerlo.

Blake hace ademán de devolvérmelo y no se lo acepto. Tiene que entender lo que le estoy pidiendo.

—¿Sabes cuánto vale una semana de cuidados en un hospital para un paciente en coma?

—No.

Se me escapa un suspiro.

—Una barbaridad. Es el triple de lo que gana una auxiliar de editorial como yo —le explico

resignada—. Por eso tenía la esperanza de venir a Paradise Lake y convencerte de que me compraras la parte del rancho que le corresponde a Josh. Con eso podría ir tirando durante un tiempo. Soy su mujer y tengo poderes notariales. Creo que sería lo más justo. A Josh nunca le interesó el rancho y con el dinero podría pagar el tratamiento en el hospital de Nueva York. Y tú tendrías el cien por cien de la propiedad. Por eso no te conté quién era. Creí que te pondrías a la defensiva porque no me conocías de nada y que me tomarías por una aprovechada o algo por el estilo.

—No voy a comprarte la parte de Josh —se niega de manera rotunda.

—Pero...

—No es justo —me interrumpe antes de que pueda bombardearlo con un montón de réplicas—. No me voy a aprovechar del estado de mi hermano para comprarle su parte. Ni hablar.

—Lo estarías ayudando.

—Lo ayudaré pagándole el tratamiento.

—No tienes tanto dinero.

—Tengo algunos ahorros. Servirá para unos meses.

—¿Y después?

—Trabajaré duro. Está La exposición de ganado y rodeo de Houston. Hay un primer premio para el mejor vaquero de rodeo. Son más de cien mil dólares. Los conseguiré.

Lo dice con tanta seguridad que casi lo creo. Está dispuesto a pagar el tratamiento de Josh sin pedir nada a cambio. No es lo que esperaba. Dios, es mejor de lo que esperaba. Y ni siquiera sé cómo sentirme porque mi plan consistía en hacerle una oferta por la parte del rancho de Josh y que todos saliéramos beneficiados de la situación.

—Voy a estar en deuda contigo.

—No me debes nada —me aclara, y al ver mi expresión repleta de dudas, repite con voz tajante —: Nada.

No sé ni qué decir. Entonces recuerdo el papel que encontró sobre la mesita de noche y siento la necesidad de explicarme.

—Cuando cogí el papel de Steve Walton lo hice en un arranque de desesperación. Jamás me planteé la posibilidad de hacer nada a tus espaldas. No soy esa clase de persona.

A él se le cambia la expresión. Aprieta la mandíbula y sus hombros se tensan. Es una actitud defensiva.

—Harry Walton y su hijo son hombres muy peligrosos. Ten cuidado con ellos. Te conviene tenerlos muy lejos. Sé de lo que hablo.

—Me lo puedo imaginar. La primera vez fue su hijo quien me abordó. La segunda vez, su padre me interceptó desde su coche cuando iba paseando. Me tomó por la representante de alguna empresa que estaba interesada en el rancho y me aseguró que me convenía estar de su lado. Fue muy desagradable.

Blake masculla una maldición y se pasa la mano por la barbilla. Parece fuera de sí y me da miedo que vaya a cometer alguna locura. Sé lo sobreprotector que puede llegar a ser con los suyos. Ahora llevo su apellido y eso lo cambia todo.

—No hagas ninguna tontería.

—Lo voy a matar si vuelve a acercarse a ti.

Lo dice con tanta vehemencia que le cojo la mano para apaciguarlo. Blake respira de manera agitada y le acaricio los nudillos. Tiene una mano enorme y áspera por el trabajo duro. No es la mano de Josh. No es la mano suave y atrevida de mi marido. Pero es la mano de mi cuñado y la aferro con una inesperada punzada de cariño.

—Prométeme que no te vas a poner en peligro. Ya he perdido a alguien. No soportaría que otro Sackler acabara en un hospital.

—Josh todavía respira —me recuerda con suavidad.

Blake me pilla desprevenida cuando alarga el brazo y me borra con su pulgar una lágrima que se desliza por mi pómulos. Es un gesto espontáneo y repleto de ternura. El contacto me estremece y tengo que controlarme para no aferrar su mano y mantenerla pegada sobre mi mejilla. Echo muchísimo de menos que alguien me toque. Anhele las caricias de Josh y a veces tengo la tentación de cerrar los ojos y fingir que cualquier otro podría ser él. Sé que es absurdo.

—Los médicos dicen que su pronóstico no es bueno. Su neurólogo me dijo que él no está consciente y que no hay ni un diez por ciento de probabilidades de que despierte. Dice que lo único que le funciona es la parte del sistema autonómico que se encarga de controlar acciones involuntarias como la salivación o la dilatación de las pupilas y que por eso es frecuente que mueva los ojos o tenga espasmos. También que yo me aferro al mínimo gesto para tener esperanza y que por eso quiero mantenerlo con vida. Me animó a desconectarlo e incluso me dejó caer que Josh está utilizando una cama de hospital que podría ser para otra persona que la necesite más. En su estado se le atrofian los músculos, la piel y hay un deterioro inmunológico tan severo que lo hace susceptible de contraer infecciones. Hace tres meses por poco murió de una neumonía. Así que, para serte sincera, no sé si Josh está vivo o me estoy aferrando a él porque soy demasiado egoísta para dejarlo marchar. Lo único que sé es que no puedo tomar la decisión de desconectarlo hasta agotar todas las posibilidades médicas. Y si tenía que venir hasta aquí para arrastrarme o suplicarte tu ayuda... en fin, estaba dispuesta a hacerlo.

—Lo siento, Helena —la voz de Blake suena estrangulada y por un instante sospecho que está a punto de derrumbarse. Entonces se guarda el folleto informativo en el bolsillo trasero del pantalón y entrelaza sus dedos con los míos—. Siento que me haya mantenido al margen. Lamento haber sido un cobarde. Pero ahora estoy aquí, y si me lo permites, permaneceré a tu lado y cuidaré de ti en ausencia de Josh. Es lo mínimo que puedo hacer por vosotros.

«Cuidar de mí».

Suena francamente bien y al mismo tiempo me parece egoísta por mi parte desear que lo haga. Es Josh quien necesita que cuiden de él. Y, sin embargo, hace tanto tiempo que me había olvidado de mí misma que por un instante me veo tentada de aceptar su ofrecimiento. Quizá porque Paradise Lake es ese refugio que llevaba tanto tiempo añorando y en él me siento querida e, inexplicablemente, encajo en este lugar. O tal vez porque la familia de Josh es lo único que me queda de él y siempre nos aferramos al pasado porque la posibilidad de mirar hacia adelante resulta aterradora.

6 de junio de 2017

Helena y Josh llevaban casi cinco meses saliendo. Fue una época de dulce vorágine sexual. Casi nunca discutían, y cuando lo hacían disfrutaban al máximo de las reconciliaciones. Compartían horas de estudio en la biblioteca, siestas en el jardín de la residencia y fines de semana donde aprovechaban la ausencia de alguno de sus compañeros de habitación. Estaban en ese momento en el que todo les parecía demasiado bonito para ser verdad. No se cansaban de pasar todo el tiempo en compañía del otro, e incluso Penny tuvo que recordarle con cierto retintín a Helena que el resto de sus amigos también existían. Ella siempre se había burlado de las parejas empalagosas y asfixiantes y ahora resultaba que ellos se habían convertido en un dúo de lo más excluyente con todo lo que no tuviera que ver con ellos.

—¿Vendrás al cumpleaños de Penny? —le preguntó.

Estaban en la playa de North Avenue disfrutando de los primeros rayos de sol del verano. Necesitaban poco para ser felices. Una toalla, una mochila con sándwiches y cervezas y escaparse de una aburrida clase de literatura medieval. Todavía no habían descubierto que las relaciones estaban llenas de altibajos y que a veces querer a una persona era algo más complicado que pronunciar un simple «te quiero».

—No.

—¡Josh! —Helena lo zarandeó y él tuvo la poca vergüenza de hacerse el muerto. Se le tumbó encima de la espalda y le tiró del pelo hasta que él se rindió—. ¿Por qué no? Te ha invitado. Ha insistido mucho.

—Por quedar bien. No me soporta.

—Quiero que os llevéis bien. A ella le caes mejor.

—Porque se ha tenido que tragar sus palabras. Seguro que te dijo que yo solo te quería para un rato.

Helena se mordió el labio y no dijo nada. Josh aprovechó su despiste para darse la vuelta y ella perdió el equilibrio. La tumbó bocarriba y se colocó encima de ella inmovilizándole las muñecas. A ella se le aceleró la respiración.

—Iré —concedió de mala gana—. Solo por ti.

Helena cerró los ojos cuando él la besó en los labios. Cinco segundos después, el beso se convirtió en algo no apto para el horario infantil. Ella tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para frenarlo. Josh protestó y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Josh, tenemos público.

Él giró la cara y vio a los dos niños que jugaban en la orilla con un cubo y una pala. Estaban haciendo un castillo de arena.

—¿Crees que sus padres les habrán hablado sobre la biología humana?

—Eres lo peor.

—Les podríamos dar una clase adelantada sobre...

—¡Para!

Ella le dio un manotazo cuando él intentó desabrocharle la parte superior del bikini. Él puso cara de pena, levantó las manos y se incorporó para sentarse a su lado. Ella hizo lo mismo y apoyó la mejilla en su hombro. Estaba atardeciendo y la puesta de sol era una auténtica maravilla.

—Ojalá este momento fuera eterno.

—Imposible. Hemos gastado un bote de protección solar para que no te conviertas en Patricio.

—Serás idiota... —le entró la risa floja—. Me refiero a la universidad. A nosotros planteándonos el futuro y todas sus posibilidades mientras disfrutamos de la seguridad de ser dos estudiantes que solo tienen que aprobar los exámenes.

—¿Te parece poco?

—Me parece perfecto —respondió ensimismada, y lo que no le dijo fue que el futuro la aterraba. Cabía la posibilidad de que tomaran caminos separados. Quizá sus profesiones los llevaran a ciudades distintas y los dos acordaran quedar como amigos porque las relaciones a distancia estaban abocadas al fracaso. O eso pensaba ella.

—Tengo una idea. Repitamos curso para alargar la experiencia. Ya que te preocupa convertirte en una persona adulta y cargada de responsabilidades... —bromeó él.

—Me preocupa no saber lo que quiero o hacerme demasiadas ilusiones. Quizá aspire demasiado alto y mis sueños se queden en nada.

—Entonces vivamos el presente y olvidémonos del mañana. Ya tendrás tiempo para pensar en tu futuro. Todavía te quedan dos años.

—Me parece bien.

Josh le pasó un brazo por encima de los hombros porque empezó a refrescar. Contemplaron la puesta de sol y ella intentó seguir su consejo: no pensar en el futuro. Tenían dos años de libertad. Dos años para vivir un noviazgo en el que las discusiones eran sobre problemas banales y

frívolos del tipo: «¿por qué tienes que elegir tú la película?». Josh tenía razón. Ya tendrían tiempo para complicarse la vida. Pero...

—Yo también —le dijo él.

Helena lo miró a los ojos sin saber a qué se refería.

—¿Tú también qué?

—Yo también te quiero.

Helena lo evaluó por si acaso le estaba tomando el pelo. Josh era un bromista irremediable y rara vez sabía cuándo estaba hablando en serio. Él estaba tranquilo y la miraba a los ojos sin vacilar. Y tanto que la quería. Lo supo cuando él le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Alguno de los dos tenía que decirlo primero.

Tiró de ella y la besó con ternura. Helena recibió el beso con su corazón dando saltitos de emoción. A la mierda el futuro. Ella tenía a Josh. La universidad. Y un puñado de buenos amigos. Estaba enamorada y era correspondida. El futuro y la incertidumbre podían esperar porque a ellos les tocaba disfrutar del ahora. Ya tendrían tiempo de enfrentarse a todo lo demás.

Ha pasado un día desde mi conversación con Blake y regreso al rancho con la intención de ponerme a trabajar con normalidad. Sé que él necesita tiempo para asimilar lo que le he pedido. En un principio se mostró más que dispuesto a ayudarme, pero tal vez se dejó llevar por la compasión y recapacite después de leer el folleto informativo del hospital de Nueva York. A media mañana, me encierro en el cuarto de baño para llamar al hospital de Chicago en el que Josh se encuentra ingresado. A una parte de mí le gustaría estar a su lado, cogerle la mano y leerle algún libro. Se convirtió en mi rutina desde que sufrió el accidente. Pasaba horas delante de su cama y sentía que me consumía mientras él continuaba allí, con los ojos cerrados mientras yo me preguntaba si cabía la posibilidad de que me estuviera escuchando. Si estoy aquí es porque en el fondo estoy convencida de que puedo ayudarlo más quedándome en Paradise Lake. Josh no necesita mi compañía. Josh necesita los cuidados del equipo de neuro recuperación más avanzado del país y yo voy a conseguir el dinero necesario para la terapia. Blake habló de La exposición de ganado y rodeo de Houston. Anoche lo busqué en internet. Es el gran espectáculo al que acuden todos los ranchos ganaderos de Estados Unidos. Hay un primer premio para el mejor vaquero de rodeos. Mis conocimientos sobre el funcionamiento de la industria ganadera son nulos. Lo mío es corregir manuscritos y buscar a nuevas promesas literarias. Pero lo mínimo que puedo hacer por Blake es arrimar el hombro y trabajar como uno más para ayudarlo a ganar la competición de rodeo. Con el primer premio pagaríamos un año completo de estancia en el hospital de Nueva York. Josh tendría acceso a las terapias más punteras y dejaría de preocuparme durante un año por las facturas pendientes y las llamadas agresivas de los acreedores. Un año en el que podría limitarme a contemplar a Josh sin este sentimiento de culpa que me está pudriendo por dentro.

—Lo siento, Señora Sackler. No hay novedades en el estado de su marido —me informa su médico.

«Señora Sackler».

A veces siento que soy una impostora cuando alguien me llama así. Desde que llegué a Paradise Lake me acostumbré a ser Helena a secas. Josh y yo estábamos tan lejos el uno del otro cuando ocurrió el accidente que no sé si merezco ser la Señora Sackler. Lo único que tengo claro es que si pudiera dar marcha atrás cambiaría tantas decisiones... Es surrealista que dos personas que se quieren tanto sean capaces de hacerse un daño tan profundo. Pero supongo que en eso consiste el amor: te enamoras de alguien sin pensar en las consecuencias y cuando las enfrentas comprendes que el amor es algo más complicado que pronunciar un te quiero. El amor toma lo mejor y lo peor de uno mismo. El amor saca lo mejor y lo peor que llevas dentro. En mi caso, para qué engañarnos, sacó lo peor de mí.

Cuelgo el teléfono completamente hecha polvo. Estoy saliendo del servicio y lo primero que veo son las miradas lastimeras de Bill y Stuart. Blake les ha contado quién soy y llevan toda la

mañana tratándome con una consideración que me hace sentir incómoda. Tengo ganas de gritarles que sigo siendo yo. La misma Helena con la que bromeaban y se tomaban una cerveza después del trabajo. Ser la mujer de Josh no me convierte en otra persona, pero por lo visto ellos no piensan lo mismo. Me pregunto si la cosa cambiaría de no estar Josh en coma. Porque si hay algo que no soporto despertar en los demás es lástima. He de reconocer que me sentí bastante aliviada cuando llegué a Paradise Lake y nadie sabía quién era. Permanecer en Chicago era llevar la mochila de la esposa abnegada y testaruda que no era capaz de asumir la realidad. Cuando salía del hospital quería evadirme de lo sucedido, pero entonces mi jefe y mis compañeros de la editorial me quitaban trabajo de encima para hacerme un favor porque me veían muy débil y se apiadaban de mí. Y Penny aparecía por sorpresa en casa con una tarrina de mi helado favorito y una película de Disney. O mis padres se cogían un vuelo para pasar el fin de semana conmigo con la excusa de que me echaban mucho de menos. Y yo agradecía esas muestras de cariño, por supuesto, lo que pasa es que una era incapaz de avanzar cuando todos la trataban de manera diferente.

—¿Te ayudo? —se ofrece Hannah.

Estoy arrastrando un saco de veinte kilos de pienso para alimentar a los caballos. Antes de que pueda responder, ella ya se ha agachado para quitármelo de las manos.

—Gracias, pero puedo sola.

—No es molestia.

—Hannah —respondo después de contar hasta tres porque no quiero pagar mi frustración con nadie—. Puedo sola. En serio. Llevo dos semanas cargando sacos de pienso. Por favor, no me trates de una forma diferente solo porque sea la mujer de Josh.

El saco de pienso se le escapa de las manos y pone cara de no saber dónde meterse. Sé que debe ser incómodo para ellos. A todo el mundo le sucede lo mismo. No saben cómo tratarme y creen que deben andarse con pies de plomo por si me tomaré a mal alguna broma o tergiversaré algún comentario hecho sin maldad.

—Perdón.

—No me pidas perdón —le resto importancia—. Sé que todos lo hacéis con buena intención, pero me encantaría que siguierais tratándome de la misma forma.

—Es que saber que eres la mujer de Josh nos ha dejado perplejos—su expresión lo dice todo—. No me malinterpretes, entiendo que tuviste tus razones para mantenerlo en secreto. Es solo que... nos ha pillado desprevenidos. Tú no te preocupes. Les diré a los chicos que no quieres ningún trato de favor. Al principio les costará asumirlo porque piensan que todos debemos protegerte.

—¿Os lo ha pedido Blake? —intuyo.

—Bueno... no directamente. Nos ha dicho que fuésemos amables contigo y que nadie hiciera algún comentario que pudiera hacerte sentir incómoda. Y nos ha advertido que nadie te juzgara por haberlo mantenido en secreto. Eso último ha sido una chorrada. Te aseguro que a ninguno de nosotros se nos habría ocurrido juzgarte. Me pongo en tu piel y sé que debe ser muy complicado reunir el valor para venir hasta aquí.

Hannah es un cielo. Ojalá Bill se fije en ella porque los dos harían una bonita pareja. Me sale del corazón darle un abrazo que ella recibe encantada.

—Gracias, Hannah. Significa mucho para mí que sigas siendo la misma amiga con la que iba a la peluquería.

—¡No renunciaría a ello por nada del mundo! —me guiña un ojo—. Te dejo con los animales. Me queda por delante un apetitoso estofado de verduras y un montón arrugado de ropa

Sé que lo del estofado de verduras es por mí. Supongo que un pelín de trato de favor sí que puedo soportarlo. Me pongo los auriculares y elijo una de mis cientos de listas de reproducción de Spotify. La voz de Lana del rey me relaja mientras lleno los comederos de los caballos. Luego abro la puerta de la cuadra de Balder para preparar su cama. Desde que estoy aquí he aprendido mucho sobre los cuidados de un caballo. La cama hay que prepararla todos los días para asegurar el descanso de los animales y se debe emplear una técnica en la que ya soy toda una experta porque de lo contrario se podrían producir lesiones en las articulaciones y extremidades del caballo. Tarareo la letra de la canción mientras amontono la paja limpia contra las paredes del box. Después remuevo la parte sucia con el horcón y la cargo en la carretilla. Por último barro el fondo, compruebo que no está húmedo, vuelvo a colocar la paja que he amontonado y añado más paja hasta conseguir un espesor lo suficiente cómodo para el caballo. Me doy la vuelta para salir de la cuadra y hacer lo mismo con el resto de los habitáculos. Estoy cantando *Summertime Sadness* y tan concentrada en el trabajo que me doy de bruces con Blake. Su cuerpo es una roca de casi dos metros y tiene que sujetarme por los brazos porque estoy a punto de caerme de espaldas. Me dice algo que no logro entender. Me quito los auriculares y él me suelta.

—Te estaba llamando.

—No te he oído.

—¿Qué escuchas?

—Lana del rey.

Pone cara de haber olido algún excremento. Es un hecho: sus gustos musicales y los míos no tienen nada que ver. Somos tan diferentes que podríamos escribir una libreta de más de cien páginas y creo que nos quedaríamos cortos.

—He leído el folleto.

—¿Y? —lo miro expectante.

—Demos un paseo.

Lo sigo hasta la salida de las cuerdas y toma un sendero que se aleja de la casa. Camino a su lado y permanecemos en silencio durante unos metros. Quiere que estemos a solas antes de abordar el tema. Se anima a hablar en cuanto estamos lo suficiente lejos para que los demás no nos escuchen.

—No te voy a engañar. Hay tantos tecnicismos médicos que apenas me he enterado de nada. Lo único que he comprendido es que la terapia es muy cara y que debe de ser muy buena.

Es muy cara. Uf, ahora viene la parte en la que me dice que no puede hacerse cargo de ella y yo le suplico que lo reconsidere porque es la última posibilidad de Josh.

—Tengo treinta mil dólares. Son tres meses de tratamiento. Ya sé que no es mucho, pero todavía nos queda La exposición de ganado y rodeo de Houston.

—¿En serio?

—Sí —responde con naturalidad—. Te dije que te ayudaría.

—Lo sé... es solo que... es mucho dinero. Son todos tus ahorros.

—Es mi hermano —dice con gravedad—. Encárgate de tramitar el traslado al hospital de Nueva York. Mañana me llegaré al banco y haré la transferencia. ¿Cuándo vuelves a Chicago?

—¿Quieres que me vaya?

La verdad es que no me esperaba que él fuera a echarme en cuanto solucionase el tema de su hermano. Quizá no me quiere aquí y piensa que por mi culpa el ambiente está más tenso.

Blake me mira a los ojos y responde sin vacilar:

—No.

El alivio se me nota en la cara y él parece extrañado.

—Lo has dado por hecho —le digo.

—Pensé que era lo que querías. Estar al lado de Josh mientras recibe el tratamiento.

—No me malinterpretes, ya sé que mi lugar está al lado de Josh. Pero tú mismo has dicho que solo son tres meses de tratamiento. Allí no soy útil. Tenía la esperanza de quedarme aquí y ayudarte con los preparativos para el torneo. Faltan dos meses. Ya sé que soy una completa ignorante, pero haré todo lo que pueda para ayudarte. Y luego me iré a Nueva York. Si te parece bien.

Blake está desconcertado y durante unos segundos se queda en silencio, sopesándolo. Temo que vaya a ponerme alguna excusa educada.

—La verdad es que toda ayuda es poca. Necesitamos ganar ese torneo. He hecho los cálculos. Si ganamos el primer premio, pagaríamos un año completo de estancia en el hospital de Nueva York.

No puedo ocultar mi ilusión. Por fin veo luz al final del túnel. Josh va a recibir la mejor atención médica y las técnicas más avanzadas de neuro recuperación. En el hipotético caso de que Blake gane el torneo.

—¿Cuántas probabilidades tienes de ganar?

—Ganaré.

Pongo los ojos en blanco y él frunce el ceño. Sé que lo saco de quicio cuando lo hago, pero no puedo evitarlo. O es el tío más seguro de sí mismo que conozco, o es un arrogante de tres pares de narices. No tengo ni idea.

—No has respondido a mi pregunta.

—Ganaré —insiste convencido—. Tenemos dos meses para prepararnos. Si hay algo que tenemos en común es que los dos somos igual de tozudos.

—Habla por ti —bromeo, porque en realidad sé que ha dado en el clavo. Ese es nuestro punto en común. Nuestra fortaleza. Lo haremos por Josh—. Debería volver al trabajo.

—En realidad deberíamos hablar de lo que sucedió entre nosotros el otro día.

Me pilla desprevenida que sea tan directo. Sé que deberíamos abordarlo o de lo contrario no podré tratarlo con normalidad. Pero, uf, es demasiado incómodo para enfrentarlo. Estuvo a punto de besarme. Tuvimos ese momento. ¿Qué se supone que vamos a decir que pueda solucionarlo?

Blake nota mi reticencia y arruga la frente. Él tampoco parece demasiado emocionado con la idea de aclarar las cosas.

—Si vas a trabajar en el rancho, necesito que aclaremos lo sucedido. Tienes que hacerte a la idea de que vamos a pasar mucho tiempo juntos a partir de ahora. No quiero mal rollo entre nosotros, Helena.

—No lo habrá —le prometo avergonzada—. Eres mi cuñado.

—Intenté besarte.

Me pongo colorada cuando lo dice en voz alta. Soy tan blanca que seguro que me lo nota en la cara. Me encantaría cavar un hoyo y esconderme dentro. ¿Por qué no podemos hacer como si no

hubiera sucedido?

—Está olvidado.

—No lo está —replica de mala gana—. Ni siquiera puedes mirarme a la cara.

Levanto la barbilla para contradecirlo y me vengo abajo cuando mis ojos se encuentran con los suyos. Me tiemblan las piernas y siento un cosquilleo nervioso en el estómago. Blake está inusualmente tranquilo y eso me pone todavía más histérica.

—Vale... admito que me siento un poco violenta con todo este tema.

—No volverá a suceder.

Resoplo. Eso no hace falta que lo jure.

—Interpreté mal las señales.

Enarco las cejas.

—¿Qué señales?

Ahora es él quien parece avergonzado. Se rasca la coronilla y sé que está haciendo un gran esfuerzo para ser sincero. Borro mi expresión airada e intento ser comprensiva. No es su culpa. Si alguien tiene la culpa de todo este lío entre nosotros, esa soy yo. Nada de esto habría pasado si le hubiera explicado desde un primer momento quién soy.

—Llevo mucho tiempo soltero y creí que tú también te sentías atraída por mí —se justifica con aspereza—. Jamás lo habría intentado de haber sabido que eres mi cuñada.

Aprieto los labios para contener lo que no puedo decirle. Eso solo complicaría más las cosas entre nosotros. No interpretó mal las señales. Por desgracia, yo también me sentí atraída físicamente hacia él. Y me siento como la peor persona del mundo porque él es el hermano de Josh.

—Ahora eres una más de mi familia. Puedes contar conmigo para cualquier cosa. Voy a tratarte como la mujer de mi hermano. Y punto. Siento haberte hecho sentir incómoda, Helena. Ojalá me hubieras dicho quién eres. Nos habríamos ahorrado este momento tan embarazoso para los dos.

—Yo también lo siento, Blake.

—Solo te pido una cosa. Mi abuela no sabe que Josh está en coma. Tiene el corazón muy débil y una noticia así temo que podría conllevar un gran riesgo para ella. El médico que la trata me ha dicho que debemos evitar los sobresaltos. Por eso no se lo conté.

—No quieres que le diga quién soy... —digo desanimada.

—Hannah, Bill y Stuart ya están al tanto. Nadie meterá la pata. No te lo pediría si no creyese que su salud está en riesgo.

—Lo entiendo. ¿Y Avery?

—Tiene siete años y no sabe guardar un secreto. Si se lo digo, mañana todo el pueblo sabrá que eres mi cuñada.

Me había hecho a la idea de tener una sobrina de la que presumir en público y abrazar a Sophia sin ocultarle quién soy en realidad. Blake me lee el pensamiento.

—Eso no significa que no puedas relacionarte con ellas. Avery y mi abuela te adoran.

—Gracias por ser tan amable conmigo, Blake. Creo que voy a tener que empezar a conocerte mejor. En el fondo somos dos auténticos desconocidos.

—Tiene arreglo. Tenemos dos meses de sobra para conocernos.

16 de junio de 2020

El tiempo pasó muy rápido para Helena y Josh. Fueron dos años de noviazgo universitario en los que Helena se decantó por especializarse en Lengua inglesa y literatura y Josh en Periodismo. Ella aprovechó al máximo su beca universitaria para ser la mejor estudiante y se convirtió en un referente para los demás universitarios —que se rifaban sus apuntes— y en la alumna predilecta de los profesores. Josh tuvo que buscar un trabajo los fines de semana porque con la cuantía de la beca no le daba para cubrir los gastos de la carrera y la estancia en la residencia. Helena le preguntó varias veces por qué no le pedía ayuda a su familia. Sabía de sobra que Josh provenía de una familia de ganaderos y que la mitad de la propiedad le pertenecía. Sin embargo, Josh evitaba hablar del tema y así fue como ella se hizo a la idea de que la relación con su hermano mayor era más complicada de lo que ella había imaginado en un principio. El último año ni siquiera visitó a su familia por navidad y aceptó de buena gana la invitación de los padres de Helena para pasar las fiestas con ellos. A Helena la apenaba la situación, a pesar de haber disfrutado las fiestas con él y sentirse encantada porque sus padres y su abuelo adoraban a Josh. Él era como uno más de la familia y se había ganado a su padre, el más reticente, con un par de chistes malos y el amor incondicional que le profesaba a su hija.

Helena estaba locamente enamorada de él y todos podían verlo. Incluso Penny tuvo que tragarse sus palabras y admitió que Josh no era ese mujeriego irremediable que la veía como un simple polvo. Al final Penny y Josh aprendieron a soportarse y Helena comprendió que los celos que sintió una vez al saber que ellos se habían acostado no tenían ningún sentido.

Helena y Josh se apoyaban en todo. Unían sus fuerzas en la temporada de exámenes y se animaban mutuamente cuando uno de los dos sentía la tentación de tirar la toalla. Sobre todo Josh. Helena lo entendía porque no debía ser fácil compaginar los estudios y el trabajo nocturno en aquel pub universitario. Para ella habría sido imposible, pero a Josh no le quedaba otra si quería graduarse. Así que durante aquellos dos años, ella madrugó más de lo normal para pasar sus apuntes a limpio y echarle un cable con las asignaturas que a él se le atragantaban. Josh le pedía que se centrara en sus estudios y ella bromeaba diciendo que de ese modo podría sacarse una doble titulación. Incluso Penny admitió que los envidiaba porque formaban un gran equipo. El único “pero” que Helena le veía a aquello era tener que lidiar con las chicas que intentaban ligar con Josh cuando trabaja en la barra de aquel pub. Más de una vez se la llevaron los celos y hasta Penny tuvo que decirle que Josh no tenía la culpa de revolucionar las hormonas femeninas de las clientas. Porque Josh había cumplido su promesa: ser fiel. No tenía ojos para otra que no fuera ella. Y Helena tuvo que trabajar en su autoestima para no dejarse llevar por unos celos que no le traían nada bueno.

Josh, por su parte, estaba orgulloso de ella. Helena era la clase de mujer que cualquier hombre habría querido tener a su lado. Era preciosa, lista, divertida y poseía un gran corazón. Lo apoyaba en los malos momentos y durante aquellos dos años él tuvo unos cuantos. Se negó a pedirle ayuda a Blake cuando se le acabó el dinero de la beca. Antes muerto que recurrir a aquel imbécil.

No habían vuelto a dirigirse la palabra desde aquella discusión que lo cambió todo. Incluso se negó a pasar las navidades con su familia porque no soportaba sentarse en la misma mesa que su hermano mayor. Lo sentía por su abuela, a la que adoraba y no tenía la culpa de nada. Pero Josh estaba dolido y Blake no había descolgado el teléfono para otra cosa que no fuera recriminarle su actitud egoísta. ¡Había que joderse! Si había una persona egoísta esa era su hermano. Pero durante esos dos años también hubo cosas buenas. Helena estuvo ahí para apoyarlo y él hizo todo lo que pudo para obtener una nota decente en la carrera mientras se mataba a servir copas e ignoraba las insinuaciones descaradas de las clientas. Porque él estaba enamorado de Helena y jamás cometería un error que pudiera alejarlo de ella. Helena era su mundo. Sin exagerar. Helena era la mejor parte de la universidad y nunca imaginó que lo que empezó como una amistad se convertiría en algo tan intenso. Incluso se animó a conocer a sus padres. Él, que siempre se burlaba de los tíos que cedían a semejante petición porque significaba abandonar la soltería para siempre. Pero si algo había asumido con el paso del tiempo era que prefería una vida con ella que mil vidas con cientos de mujeres diferentes. Porque ninguna le daría lo que Helena conseguía con una simple sonrisa.

—No puedo hacerlo —le dijo ella en voz baja.

Era el día de su graduación y ella llevaba un vestido de gasa azul cielo. El pelo semi recogido en unas ondas de sirena que le llegaban hasta la cintura. Era como tener delante a Helena de Troya, la mujer por la que se habían librado guerras y se habían escrito epopeyas. Helena había sido la primera de su promoción y era la encargada de dar el discurso estudiantil. Lo había reescrito más de diez veces y seguía sin estar satisfecha con el resultado. Era una perfeccionista de mucho cuidado y él sospechaba que su novia llegaría muy lejos. Todo el mundo veía su belleza, pero él admiraba aquella inteligencia fruto de una tenacidad fuera de lo común.

—Lo vas a hacer bien —le estrechó la mano—. Límitate a leer el discurso. Puedes hacerlo.

—Me va a dar un ataque.

Helena se ablandó cuando él le dio un beso en la mejilla. Sus padres estaban sentados unos metros detrás con el resto de los familiares. No había ni rastro de la familia de Josh y sospechaba que él no los había invitado. El rector pronunció su nombre y ella estaba tan nerviosa que ni siquiera lo escuchó.

—Te toca —le susurró Josh.

—Deséame suerte.

—No la necesitas. La suerte es para los que no tienen talento. A ti te sobra.

Helena lo miró agradecida y él le frotó el brazo antes de que se encaminara hacia el escenario. Subió las escaleras con un nudo en la garganta y se acercó al atril con pasos indecisos. Le tembló la voz al pronunciar las primeras palabras de su discurso. No estaba acostumbrada a hablar en público y tenía miedo escénico. Nunca se libraría de aquella necesidad insana de agradar a los

demás. Buscó la mirada de Josh entre el público y se sintió aliviada cuando él le hizo un gesto de ánimo para que continuara. Ni siquiera supo cómo consiguió terminar el discurso. El público la ovacionó y la mayoría de los estudiantes y profesores se pusieron de pie para aplaudirla. Sus padres y su abuelo estaban eufóricos. Penny gritó su nombre y le dijo a todo el mundo que aquella rubia era su amiga. Cuando bajó del escenario tuvo que enfrentarse a un montón de halagos que recibió ruborizada.

—¡Cariño! —su madre la abrazó como si siguiera siendo su niña pequeña—. Estamos muy orgullosos de ti.

—¿Os ha gustado?

—Ha sido un gran discurso —respondió su padre.

Helena siempre buscaba la aprobación de sus padres. Los dos eran profesores de instituto y habían sembrado en ella el amor por los libros. Su abuelo sacó la cámara de fotos para immortalizar el momento y ella se disculpó para buscar a Josh. Lo encontró charlando animadamente con su grupo de amigos. Ella sería la mejor alumna de la carrera de Lengua inglesa y literatura, pero él se marcharía de la universidad con la reputación de ser el juerguista con más contactos de todo el campus. La gente adoraba a Josh.

—Disculpa que interrumpa tu momento de gloria, Señor Sackler —bromeó, y le colocó bien la pajarita—. Pero toca foto familiar.

—¿Debo ponerme al lado de tu padre o de tu madre?

—Qué más da. Sabes que todos te quieren como a un hijo.

Josh se puso la mano en el pecho.

—Me lo he ganado a pulso. Me dejé ganar tres partidas de ajedrez para que tu abuelo no me cogiera manía.

—Te dio una paliza porque eres malísimo.

—No recuerdo que fuera así.

Josh la cogió de la cintura antes de que llegaran hacia su familia. Se la comió con los ojos y le entraron ganas de arrancarle aquel vestido. Jamás se acostumbraría a la sensación de hacerle el amor. Helena era adictiva. Su piel era la mejor droga que había probado en la vida y siempre se quedaba con ganas de más.

—Josh, no empieces... —adivinó sus intenciones.

—¿Sabes lo que he pensado cuando estabas en el escenario dando el discurso?

—No.

—Esa es mi chica. Esa rubia guapísima, inteligente y que tiene a toda la audiencia cautivada es mi novia. Y me he sentido el tío más afortunado de toda la universidad. No habría sido lo mismo sin ti, Helena. Estuve a punto de elegir Austin. ¿Te lo puedes creer? No creo en el destino, pero bendita la hora en la que abrí la carta de admisión de Chicago justo cuando estuve a punto de firmar los papeles para entrar en Austin. De lo contrario no estaría ahora delante tuya para decirte que estoy muy orgulloso de ti.

A ella le brillaron los ojos. Josh siempre conseguía sorprenderla cuando pensaba que ya se lo habían dicho prácticamente todo.

—Habrías estado cerca de tu familia.

—Tú eres mi familia.

A Helena se le aceleró el corazón cuando él se arrodilló. Miró a su alrededor sin dar crédito y supuso que era otra de sus bromas. Josh era el hombre con menos sentido del ridículo que había conocido.

—Josh, ¿qué haces? Nos está mirando todo el mundo.

—Que miren lo que quieran.

Entendió que él iba en serio cuando se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y cogió una cajita de terciopelo negro. Aquello no podía estar sucediendo. Ella jamás habría imaginado que él fuera a pedírselo el día de su graduación. Helena se llevó las manos a la cara. A su alrededor hubo murmullos de impresión. Josh abrió la cajita y le mostró un anillo de oro rosa con un topacio engarzado y salpicado de pequeños diamantes. Era una sortija sencilla y muy elegante. Él conocía sus gustos. Era el anillo de compromiso más bonito que había visto en su vida.

—Cásate conmigo, Helena.

—Josh, no bromees —le pidió angustiada.

—Te estoy hablando en serio —él le acarició el dorso de la mano y la miró a los ojos con un afecto infinito—. Tú eres mi familia. No imagino mi futuro sin ti, Helena. Quiero una vida contigo. Quiero cumplir mis sueños estando a tu lado. Lo quiero todo contigo. ¿Qué me dices?

—Ay... Dios mío, ¡sí!

—¿Sí? —respondió ilusionado y a la vez aliviado.

—¡Sí!

Josh le puso el anillo y ella se abalanzó sobre él antes de que pudiera levantarse. Los dos se cayeron sobre la hierba y se escucharon aplausos a su alrededor. A ella le dio igual montar un espectáculo porque no cabía en sí de la alegría. Helena creyó ver a su madre llorando por el rabillo del ojo antes de besar a Josh. Y a Penny hiperventilar por culpa de la impresión.

—Casémonos en Las Vegas. Aprovechemos el verano para hacer ese viaje por la ruta 66 que llevamos tanto tiempo planeando —le dijo él.

—La gente normal se casa y tiene la luna de miel después de encontrar un trabajo, comprar una casa...

—Nosotros no somos como los demás.

Helena volvió a besarlo y no tuvo nada que objetar. Josh tenía razón.

Parte III.
Naufragio

Dos días antes

Hice un viaje exprés desde Texas a Chicago para organizar el traslado de Josh desde el hospital de Chicago hasta el de Nueva York. Los médicos de Chicago me recibieron primero sorprendidos porque estaban acostumbrados a verme todas las noches junto a la cama de Josh y no se figuraban que había vuelto para llevármelo. Y luego me despidieron con escepticismo cuando firmé los papeles del traslado y me ofrecieron comentarios hipócritas y educados porque ninguno se atrevía a decirme a la cara que estaba buscando un imposible. Me dio igual.

Tuve la certeza de que estaba haciendo lo correcto cuando crucé la puerta del hospital privado Elizabeth Mellon de Nueva York. Era una persona obsesiva y tenaz y después del accidente compré libros de neurología, busqué en internet, vi documentales y reuní toda la información posible hasta crear una lista con los mejores hospitales con una planta especializada de neuro recuperación en todo el país. El hospital Elizabeth Mellon era el primero de la lista después de haber investigado a fondo sobre el tema y las diferentes terapias utilizadas para pacientes en coma. También era el más caro.

Si había un lugar donde todavía quedara esperanza para Josh, era en aquel sitio. Si había un lugar donde Josh pudiera mejorar, era en la habitación de aquel hospital. Me alimenté de aquella certeza durante el tiempo en el que decidí que debía viajar a Paradise Lake para convencer a su hermano. Lo supe cuando leí los testimonios de los pacientes que se habían recuperado en aquel lugar después de un accidente cráneo encefálico. El hospital contaba con un sistema integral de servicios de rehabilitación de lesiones cerebrales que había sido diseñado específicamente para prevenir y minimizar las complicaciones secundarias de una lesión cerebral traumática. Allí acudían millonarios, famosos y políticos. El programa servía específicamente para pacientes en coma que no podían responder por completo a ningún estímulo o podían exhibir una respuesta generalizada al reaccionar a los estímulos de una manera no específica. También era uno de los pocos centros que ofrecía un programa integral de recuperación neurológica que incluía componentes de diagnóstico, tratamiento y educación.

La mayoría de los pacientes que pasaban por el programa de neuro recuperación se recuperaban lo suficiente para poder pasar a la rehabilitación aguda, y durante esa etapa podían recuperar importantes capacidades cognitivas y funcionales. Josh entraría dentro de aquella mayoría. Josh se recuperaría. Tenía que hacerlo. Necesitaba que abriera los párpados y sus ojos verdes me miraran con amor. Yo tenía que decirle que lo sentía. Decírselo mientras estaba en coma en una cama de un hospital era cobarde y mezquino.

Cogí la mano de Josh y respiré profundamente. No reconocía al hombre delgado y consumido que estaba tumbado en aquella cama. Mi marido era un hombre alegre, en forma y que solo se hacía el dormido porque detestaba madrugar. Contuve las ganas de zarandearlo y gritarle que despertara de una vez. Por eso no podía quedarme allí. A Josh no le serviría de nada que le leyese un libro o le agarrase la mano. A Josh solo lo salvarían los cuidados de los médicos y yo

debía hacer todo lo posible para prolongar el tratamiento. Debía volver a Paradise Lake y ayudar a Blake a ganar el torneo.

—Señora Sackler —me llamó la doctora.

Meredith Mallon era una eminencia en el campo de la neurología. Era la nieta de la fundadora del hospital y se estaba dejando la piel para llevar muy lejos el legado de su abuela. Confiaba ciegamente en esa mujer.

—Sé que tiene puestas muchas esperanzas en este tratamiento —empezó diciendo con esa frialdad tan característica de los médicos a la que ya me había acostumbrado. Quizá fuera un mecanismo de defensa para que no les influyera el dolor de sus pacientes y familiares—. Tiene que entender que el coma es un estado de protección del cerebro donde disminuye la actividad cerebral y quedan activas funciones como la actividad cardiovascular o respiratoria. En el caso de Josh, no responde a estímulos externos, ni verbales, sensoriales o físicos. Cuando el coma dura más de cuatro semanas el pronóstico para un paciente es muy pesimista. Y después de un año el paciente sufre un severo desacondicionamiento físico, atrofia muscular, disfunción de la movilidad articular, atrofia de la piel, vascular, deterioro inmunológico...

—Todo eso ya lo sé —respondí, intuyendo que me estaba allanando el terreno para una noticia que no iba a gustarme.

—Entonces sabrá que en el hipotético caso de que su marido despierte, no volverá a ser el mismo.

«En el hipotético caso». Tuve que hacer un gran esfuerzo para gritarle que Josh no era ningún hipotético caso. Que Josh iba a despertar. Que ella debía hacer todo lo posible para que así fuera. Que yo no podía vivir sabiendo que Josh envejecería en la cama de un hospital porque jamás podría perdonármelo.

Respiré profundamente y me limité a decir:

—Sí.

—No quiero darle falsas esperanzas sobre la recuperación de su marido.

—Me he estado informando —capturé su expresión irritada. Seguro que ya se había enfrentado a los familiares de pacientes que se creían unos expertos en neurología por leerse un par de libros—. Si el origen del coma es una lesión traumática y el paciente es menor de cuarenta años, el pronóstico es más favorable. Josh entra dentro de las estadísticas.

—Josh lleva más de un año en coma, Señora Sackler. Puedo prometerle que en nuestro centro recibirá la mejor atención médica del país. Contamos con técnicas avanzadas de imágenes estructurales y funcionales para identificar las redes cerebrales cuya conectividad es esencial para la restauración de la conciencia, una atención personalizada las veinticuatro horas del día con todo el apoyo adaptativo y necesario para prevenir complicaciones secundarias, terapias de estimulación sensorial que a su vez incluyen terapias táctil, visual, sonora, de movimiento y aroma... al mismo tiempo que trabajamos para preservar la condición física y empleamos medicamentos para estimular el cerebro —enumeró mientras yo asimilaba todos aquellos datos. Luego me miró a los ojos y volvió a convertirse en la doctora de voz mecánica que daba malas

noticias sin despeinarse—. Pero tengo que serle brutalmente honesta, Señora Sackler. Incluso con todos estos cuidados, su marido no tiene prácticamente ninguna posibilidad de salir del coma. Creo que es justo que lo sepa antes de gastar miles de dólares en una terapia que no será la cura que usted está buscando. Porque los milagros no existen en el campo de la medicina.

—¿Le diría lo mismo a uno de sus clientes millonarios o me lo advierte solo a mí porque sabe que soy pobre y solo puedo pagar tres meses de tratamiento? —repliqué hecha una furia. La doctora se quedó atónita—. Conseguiré el dinero, no se preocupe.

—Para mí todos mis pacientes son igual de importantes. Que no le quepa la menor duda. Haremos todo lo posible para ayudar a su marido. Y sí, le aseguro que tengo esta conversación con todos los familiares independientemente del dinero que tengan en su cuenta corriente.

La doctora Mallon abandonó la habitación y me arrepentí de inmediato por haberme encarado con ella. Esa era yo cuando volvía a mi vida de habitaciones de hospital. Me convertía en una persona hostil y llena de rabia y la pagaba con cualquiera que quisiera recordarme que cabía la posibilidad de que Josh no despertara del coma. Cualquiera era digno de convertirse en mi adversario: los médicos, Penny, mis padres, mi jefe y compañeros de trabajo. No quería ni oír hablar del tema. Porque Josh despertaría del coma. Josh abriría los ojos, me regalaría una de sus sonrisas cautivadoras y le prometería que jamás volveríamos a separarnos. Me importaban una mierda todos nuestros problemas, las discusiones y las razones por las que habíamos llegado a un punto en el que llegué a preguntarme si lo amaba de verdad. Si quererlo poseía otro sentido que no fuera el de hacerme daño.

—Josh —apreté su mano y le hablé con dulzura—. Si hay algo que se te da bien en esta vida, es llevarle la contraria a los demás. Despiértate. Levántate de esta cama, por favor. Todo es más difícil si tú no estás a mi lado.

Josh permaneció dormido. Sus párpados cerrados. Su respiración mecánica gracias a la máquina que lo mantenía con vida.

—He visitado Paradise Lake. Te prometí que lo haría. Me he reconciliado con tu hermano porque sé que es lo que te habría gustado. Es un lugar precioso. He conocido a tu sobrina. Tu abuela es una mujer encantadora y la quiero como si fuera la mía. Y Blake es... complicado. Pero te prometí que él vendría a visitarte y voy a conseguirlo. Todavía necesita su tiempo. Le da miedo verte en esta cama y tiene que hacerse a la idea. Pero él te quiere. Te quiere muchísimo y no sé qué pasó entre vosotros, pero quiero que hagáis las paces. Quiero que tengas suficientes motivos para abrir los ojos.

Apoyé mis labios en su frente y le di un beso. ¿Cómo podía dolerme tanto el contacto físico? Supongo que porque anhelaba una respuesta que jamás llegaba y no podía conformarme con el hombre dormido que ni siquiera sabía si me estaba escuchado.

—Te quiero, Josh.

Salí de la habitación y rompí a llorar en cuanto cerré la puerta. Jamás me venía abajo en su presencia. Él tenía que entender que yo seguía luchando por él. Era lo mínimo que se merecía después de lo que le hice.

Presente

—Rubia, estás muy pensativa.

La voz de Blake me saca de mi ensimismamiento. Llevo un par de días más callada de lo normal y todos se han dado cuenta. He perdido el apetito, me escondo para que no me vean llorar y no me río con las bromas de Bill y Stuart. Tenía todas mis esperanzas puestas en la terapia del hospital de Nueva York y no me esperaba la sinceridad de la doctora. Me había imaginado que ella recibía a Josh con los brazos abiertos y me aseguraba que allí conseguirían que él mejorase. No estaba preparada para aquel choque de realidad.

—Estaba en mi mundo —me disculpo avergonzada.

—Deberíamos dejarlo por hoy.

Apenas son las siete de la tarde y no hemos avanzado casi nada con los preparativos para el torneo. Sé que no estoy siendo de utilidad y me siento demasiado responsable para dejarlo estar. Se supone que estoy aquí, y no haciéndole compañía a Josh, porque quiero ayudarlo a conseguir algún premio.

—Todavía es muy temprano.

—Mañana será otro día.

Blake me arrebató el rastrillo antes de que pueda protestar. Me limpio el sudor de la frente y dejo escapar un suspiro. No puedo pasarme todo el tiempo compadeciéndome de mí misma. Es injusto para todos.

—No te estoy siendo de gran ayuda. Lo siento.

—Estás haciendo lo que puedes —le resta importancia y me ofrece una botella de agua—. Ya le irás cogiendo el tranquillo. Todavía tenemos tiempo.

—Eres demasiado amable conmigo. Los dos sabemos que durante estos dos días he estado muy distraída. Hasta Bill y Stuart me rehúyen y no puedo culparlos. A nadie le gusta relacionarse con una zombie que no le dirige la palabra.

Blake se quita la camiseta que está empapada en sudor y coge la que está colgada sobre el armario que hay en las caballerizas. Me fijo en la cicatriz que le sube por el costado izquierdo y se pierde por su espalda y me pregunto cómo se la habrá hecho. Es la primera vez que la veo. Me pilló desprevenida que se cambie delante de mí y me ruborizo sin poder evitarlo. Joder, soy humana. Y él es un hombre muy atractivo como para fingir que no tengo ojos en la cara. De todos modos mantengo la compostura y trato de actuar con normalidad. Él se ha tomado al pie de la letra lo de tratarme como su cuñada. Se comporta conmigo con la familiaridad que tendría un hermano.

—Sé que estás cabizbaja desde que llegaste de Nueva York. Intuyo que no te dieron buenas noticias y no he querido presionarte. También sé que no me has contado toda la verdad porque temías que me fuera arrepentir de pagar la terapia de Josh —Blake me pone una mano sobre el hombro y siento como el ambiente a nuestro alrededor se caldea de inmediato—. Soy un hombre de palabra. Me trae sin cuidado la opinión de los médicos. Confío en tu criterio. Si crees que lo mejor para Josh es estar ingresado en ese hospital, yo confío en ti.

Me siento tan aliviada que no soy capaz de responder nada. Blake nunca dejará de sorprenderme. Lo acompaño hasta su camioneta para que me lleve de regreso al motel. Tuve que devolver el coche de alquiler y Blake ha insistido en que no le importa ser mi chófer. Tampoco es que me apetezca llevarle la contraria porque sé que nos sumiríamos en una de nuestras discusiones eternas. Enciende la radio y la voz de Johnny Cash nos acompaña durante todo un camino repleto de baches y polvo amarillo.

—Le estoy cogiendo cariño a tu música country.

—Nada como compartir coche con un hombre de Texas para que mejore tu gusto musical.

—Porque no me dejas muchas opciones. Estuviste a punto de bajarme del coche cuando te pedí escuchar a Miley Cyrus. Pon *God's gonna cut you down*.

Blake me mira de reojo y sonrío de medio lado. Jodidamente atractivo se queda corto para definirlo cuando sonrío de esa manera. Sé que sus ojos brillan debajo de las gafas de sol.

—Es mi canción favorita —dice.

—No lo sabía.

Blake enciende el reproductor de cd y me abstengo de decirle que existe algo llamado Spotify. La última vez que le pregunté por la contraseña del wifi me observó como si le estuviera hablando en chino. Blake es así. Lo suyo con las nuevas tecnologías es peor que cuando traté de explicarle a mi abuelo el funcionamiento de WhatsApp.

Bajo la ventanilla, apoyo los brazos y saco la cabeza. Me he acostumbrado a la brisa cálida y a los paisajes áridos. Tiene su encanto. Los cactus más altos que un hombre, los pastos dorados y un cielo azul que lo cubre todo. Los carteles destartalados y los caminos polvorientos al estilo del salvaje oeste. Es como estar en una de esas películas que mitifican el sur de los Estados Unidos.

—Había pensado... —noto que Blake me observa de reojo y evalúa mi reacción. Tengo los ojos entrecerrados y estoy distraída con la voz ronca y grave de Johnny Cash—. No quiero que te pongas a la defensiva antes de permitir que me explique.

—Puf... ese eres tú.

—Lo que tú digas.

Se me escapa una sonrisa victoriosa.

—¿Lo ves?

Blake afloja el agarre sobre el volante cuando comprende que me está dando la razón con su actitud.

—Había pensado que podrías instalarte en el rancho.

—¿Qué? —me vuelvo hacia él con el ceño fruncido.

Blake mantiene la vista clavada en la carretera.

—Es una tontería que malgastes dinero en una habitación de motel. Nos ahorraríamos tiempo, gasolina y dinero. Creo que estarías más cómoda en el rancho y tenemos espacio de sobra.

—No sé si... —es lo único que se me ocurre decir.

—Mi abuela estaría encantada. En realidad todos lo estarían.

—¿Y tú?

—Te lo estoy pidiendo porque me gusta torturarme con tu presencia —responde con una ironía a la que ya me estoy acostumbrando—. Somos tu familia. Estarás bien con nosotros. A no ser que prefieras seguir en el motel. Es tu decisión.

—Vale.

—¿Vale? ¿No opones resistencia ni me bombardeas a réplicas? —responde extrañado.

—No soy tan combativa como te piensas —le digo de mejor humor—. Además, me gusta el rancho. Es un lugar precioso.

Blake aparca delante del motel y acordamos que pasaré la noche allí antes de resolver mi cuenta pendiente con Wendy y hacer las maletas. Estoy abriendo la puerta del coche cuando él me habla.

—¿Te apetece ir al minigolf esta noche?

La petición me sorprende y presupongo que se refiere a una invitación global.

—¿Por qué no? —respondo animada—. ¿A qué hora habéis quedado?

—En realidad voy con Avery. A ella le encanta —al ver mi expresión sorprendida, añade con tono prudente—: Creí que te vendría bien distraerte. Lo pasaremos bien. Luego iremos a algún restaurante de comida rápida donde mi hija se peleará con el resto de los niños porque se hará la

dueña de la zona de juegos infantiles. Luego me tocará lidiar con un montón de padres cabreados a los que tendré que pedir disculpas, le echaré la bronca a mi hija y ella me convencerá para que le compre un helado porque siempre se sale con la suya.

—Suena bien.

—No vengas por compromiso. He dado por hecho que te gustaría salir por ahí con nosotros. No voy a tomármelo mal si prefieres quedarte en el motel.

No puedo resistir la tentación de pasar tiempo con la niña y en el fondo necesito evadirme de esa habitación de hospital en la que sigo anclada desde hace dos días. Es una quedada con mi cuñado y mi sobrina. Somos familia, él mismo lo ha dicho.

—¿A qué hora me recoges?

—A las ocho y media.

—Hasta pronto, John Wayne.

—No me llames así.

—Dejaré de hacerlo cuando tú no me llames rubia.

—Sigue soñando.

Cierro la puerta y me rio mientras me alejo del coche. Muy en el fondo he de admitir que me gusta que me llame así.

8 de septiembre de 2020

Helena y Josh se casaron en Las Vegas. Fue una boda en la que ella se disfrazó de Mia Wallace: camisa blanca, pantalones negros y la característica peluca negra con flequillo recto. Josh fue vestido de Vincent Vega y entró bailando *You never can tell* con los icónicos movimientos de Travolta en la película. Tuvieron la boda que los dos querían y poco les importó las críticas de sus amigos y familiares. Fue una boda íntima y alocada. Tan íntima que solo ellos fueron los invitados y eligieron de testigo al fotógrafo que inmortalizó el momento. Luego perdieron cien dólares jugando en la ruleta, se emborracharon de chupitos de tequila y tuvieron una noche de sexo apasionado dentro del jacuzzi de la habitación. Helena recordaba su boda como el mejor día de su vida. Y la luna de miel recorriendo la mítica ruta 66 como el mejor viaje de su vida. A veces dormían en el coche y se quedaban hasta las tantas observando las estrellas. Otras elegían los moteles más cutres y baratos y dormían encima de la colcha porque ella se negaba a destapar las sábanas. Fueron felices con lo poco que tenían y Helena creyó que en realidad eran muy ricos al tenerse el uno al otro.

Y después del verano volvieron a la vida real. Alquilieron aquel apartamento de una habitación que era lo mejor que podían permitirse. Estaba alejado del centro y en la zona conocida como South Chicago. No era Hyde Park ni uno de los barrios residenciales donde los padres paseaban a sus hijos en el cochecito. Pero era el lugar más seguro y económico que habían encontrado después de descartar cientos de anuncios. Era un edificio de cinco plantas y ellos se alojaban en la cuarta. No tenía ascensor. Pero a Helena le gustaron las vistas que ofrecía la única ventana del apartamento. Era un edificio viejo y ruidoso. Se escuchaba el silbido de las cañerías y la caldera se estropeaba un mínimo de dos veces por semana.

Josh no encontró a Helena en el apartamento cuando llegó aquella tarde. Acababa de incorporarse a un periódico online y sensacionalista. No era, ni de lejos, el trabajo de sus sueños. Pero el sueldo era decente y tenía la posibilidad de aspirar a un puesto de más responsabilidad que el de redactor adjunto. No estaba mal para ir tirando. En el fondo se sentía afortunado de haber encontrado un empleo de lo suyo. Ojalá Helena corriera la misma suerte que él. Ella estaba desanimada porque la habían descartado en seis entrevistas. Josh intentaba animarla porque la realidad era que vivían una crisis editorial en la que cada vez se vendían menos libros. Era normal que le costara encontrar empleo en alguna editorial y era demasiado obcecada para que él la convenciera de aspirar a otro trabajo. Porque Helena soñaba con trabajar en alguna de las mayores editoriales del país y él no era nadie para quitarle la ilusión. Lo que pasa es que él era más realista y se conformó con el empleo de redactor en aquel periódico de noticias tendenciosas porque sabía que debía tragar, coger experiencia y buscarse otro empleo cuando hiciera algunos contactos. Así funcionaba el mundo.

—¿Helena? —dejó las bolsas de la compra sobre la encimera de la cocina.

Ella tenía una entrevista de trabajo para una de las editoriales de mayor prestigio del país. Era

una gran oportunidad. Ofrecían un puesto de becaria para el que ella estaba más que capacitada. Su currículum académico daba pruebas de ello.

La vio de espaldas y sentada sobre el alfeizar de la ventana. Eligieron aquel apartamento por las vistas que ofrecía del barrio. El poyete de la ventana medía exactamente cuarenta y cinco centímetros en los que Helena se empeñaba en hacer malabarismos para fingir que tenían una terraza y no una ventana que carecía de rejas porque el constructor quiso ahorrar en el presupuesto.

—Ey, estás aquí —Josh asomó la cabeza por la ventana. Tenía vértigo y se le retorció el estómago al ver que ella estaba sentada con las rodillas contra el pecho. Un mal movimiento y podría perder el equilibrio—. Ten cuidado. Podrías caerte.

—Me encanta este sitio —dijo distraída y con la mirada perdida en el horizonte desde el que se divisaba la silueta del lago Michigan.

Josh supo que la entrevista había ido mal. De lo contrario, ella no estaría sentada y con el ceño fruncido. Habría comprado comida china para celebrarlo y estaría medio desnuda bailando por la sala de estar. La conocía de sobra.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —se obligó a hacerle la pregunta de rigor.

Ella volvió la cara hacia él y le mostró sin tapujos su frustración. El cartel de neón del edificio de enfrente le perfilaba las facciones con los tonos de una conocida marca de refrescos. Por las noches tenían que correr la cortina si querían tener un poco de intimidad.

—Mal.

—Lo siento —Josh le masajeó las cervicales—. La próxima vez será.

—Siempre dices lo mismo —respondió desanimada.

—Alguien sabrá apreciar tu talento.

—Me siento como una estúpida. A ti te cogieron a la segunda. Todos mis amigos de la universidad ya están trabajando. Penny me acaba de llamar para decirme que la han contratado como becaria en ese despacho de abogados. Sé que debería alegrarme por vosotros. Te juro que me alegro por vosotros. Pero al mismo tiempo, no puedo evitar pensar: ¿qué estoy haciendo mal?

—Nada.

—Los de recursos humanos no deben pensar lo mismo —replicó combativa. Josh le dio la mano para que ella se pusiera de pie y entrara en la sala de estar. Respiró aliviado cuando la vio pisar terreno seguro—. Estoy harta de las mismas preguntas. ¿Por qué les interesa si estoy soltera o si voy a tener hijos? ¡No es asunto suyo! ¿A ti te lo preguntaron?

Josh la miró con total naturalidad.

—No.

—¿Lo ves?

—Soy un hombre. Tú siempre lo tendrás más difícil para acceder a los mismos puestos que yo.

—Es injusto.

—Lo sé.

Helena suspiró y Josh intentó morderse la lengua. Entendía que Helena era una mujer de carácter y que jamás se doblegaría en una entrevista para conseguir un puesto. Él era diferente. Él se metía a los entrevistadores en el bolsillo y les decía exactamente lo que querían oír. Por eso consiguió el puesto de redactor para aquel periódico. Supo que tenía que trazar otra estrategia cuando se encontró siendo el último mono de una larga lista de candidatos con mejor currículum académico que el suyo. Josh era un experto en caer bien. Josh bromeó con el entrevistador, un tipo que fumaba con un cosaco y por el que sintió una antipatía espontánea. Le mostró lo que el tipo iba buscando y se hizo con el puesto. Así funcionaba la vida.

—¿Qué le has dicho? —preguntó con cautela.

—Le he dicho que si estaba casada o si quería tener hijos no era asunto suyo y que seguro que podía hacerme otras preguntas más profesionales y relacionadas con el puesto.

—Y te extraña que no te hayan contratado.

Helena se puso automáticamente a la defensiva.

—¿Qué quieres decir?

—No solo tienes que demostrar que eres válida para el puesto. También tienes que caerles bien. Así funciona. Por eso Penny y los demás han encontrado trabajo.

—Quieres decir que mienta.

—Omitir la verdad no es mentir.

—Yo no soy así. Tengo principios. No puedo ser feminista e ir por la vida agachando la cabeza cuando otros intentan pisotear los derechos que un montón de mujeres luchadoras consiguieron para mí. Parece mentira que no me conozcas, Josh.

—Oye... no te enfades conmigo —le dijo con suavidad—. Solo intento ayudarte.

—Intentas cambiarme —replicó ella con aspereza—. Yo no soy como tú.

Josh se tensó.

—¿Y cómo soy yo?

—Extrovertido y encantador. Tienes mucha labia. Sabes cómo caer bien. No te costó ni dos minutos ganarte la confianza de mis padres.

—O sea, que soy un oportunista.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas, que es peor.

—Al menos uno de los dos trae un sueldo a casa. Deberías sentirte orgulloso.

—Me sentiría más orgulloso si mi mujer no lo pagara conmigo porque los demás no la valoran. Francamente, es muy complicado estar a tu altura moral.

Josh la miró decepcionado. Pero Helena estaba demasiado decepcionada con el mundo para aceptar que había herido sus sentimientos. Josh sacudió la cabeza, masculló una palabrota y se encerró en el cuarto de baño para darse una ducha. Necesitaba perderla de vista porque tenía la impresión de que a veces ella era muy injusta con él. Josh había intentado ayudarla y ella se lo agradecía tildándolo de ser un farsante. Lo que faltaba. Él estaba deseando llegar a casa después de un día de trabajo que le resultaba ingrato porque se pasaba horas buscando el titular más tendencioso y que le reportara más visitas a la página web del periódico, y olvidarse del tema al abrazar a su mujer y hacerle el amor. Maldita sea, ¿qué había hecho mal?

Se tomó más tiempo del normal en ducharse y afeitarse porque no tenía ganas de enfrentarse a ella. Al final se vio obligado a cruzar la sala de estar para ir hacia el dormitorio. Helena lo interceptó antes de que él se acostara sin cenar. Tenía sujeta la foto de su boda en el que él la abrazaba por la cintura y a ella le brillaban los ojos de felicidad. Josh se vino abajo y contuvo las ganas de estrecharla entre sus brazos. Ella había metido la pata. Que tomara la iniciativa.

—Lo siento —se disculpó con total sinceridad y dejó el marco sobre la barra americana de la cocina—. Tienes razón. La he pagado contigo porque he tenido un día de mierda.

—Yo no quiero cambiarte, Helena. Solo pretendía que vieras la realidad. Me enamoré de ti siendo tal y como eres.

—Lo sé —ella entrelazó sus brazos alrededor de su cuello—. No pretendía ofenderte. No eres un oportunista. Eres inteligente y sabes jugar muy bien tus cartas. Debería aprender de ti. Me iría mejor.

—No digas eso.

Josh le rozó los labios y ella se estremeció de placer. Su cuerpo jamás se cansaría de él.

Encajaban como la última pieza de un puzle. Era increíble que todo lo que no eran capaces de decirse con palabras, pudieran pronunciarlo con caricias. Se entendían con el mínimo contacto. El cuerpo de ella se emocionó cuando él la cogió en brazos y la trasladó hacia la habitación. La tiró encima de la cama y le besó el cuello.

—Nuestra primera discusión como casados —bromeó, y le mordió la barbilla—. Qué emoción.

—Eres tonto... —a ella se le escapó la risa floja cuando él suspiró contra el lóbulo de su oreja. Qué bueno era y qué bien la conocía. Sabía cómo derretirla en cuestión de segundos.

Josh metió las manos por dentro de su camiseta y la miró a los ojos con un hambre feroz que le aceleró el pulso.

—Ahora viene nuestra primera reconciliación como casados. Me muero por saber cómo termina.

Se olvidaron de todo lo que se habían dicho cuando él la besó. Puede que no fueran la pareja perfecta, pero eran los mejores amantes y en la cama se entendían muy bien. Ojalá todas las discusiones se hubieran solucionado con el sexo. Porque estaban a punto de descubrir que había palabras tan crueles que la herida que producían no podía curarse con una tirita.

Escojo una camiseta de Nirvana, unos vaqueros que me quedan holgados porque he perdido un par de kilos desde que trabajo en el rancho, me ato los cordones de las zapatillas y cojo una cazadora vaquera porque la noche aventura ser fresca. Me apetece tener una noche de diversión con mi cuñado y mi sobrina, ¿por qué no? Mi mente necesita evadirse, aunque sea por unas horas, del diagnóstico pesimista de los médicos. Así podré centrarme en lo que me ha traído hasta aquí: ayudar a Blake a ganar el torneo de monta de toros. Luego regresaré a Nueva York, revocaré la excedencia que he pedido en la editorial y le comentaré a mi jefe la posibilidad de trabajar a distancia. No me separaré de Josh hasta que abra los ojos.

Bajo las escaleras del motel y me despido de Wendy con la mano porque está muy ocupada detrás de la barra. Wendy es encantadora y me ha hecho una rebaja muy sustancial en el precio de mi estancia a pesar de que le he repetido que no tenía por qué hacer concesiones conmigo. Wendy no ha cedido. Supongo que he de acostumbrarme al exceso de amabilidad ahora que algunas personas saben quién soy.

—Señorita Jones —Harry Walton se coloca delante de la puerta para impedirme el paso.

Por suerte, Wendy es una persona muy discreta y no me ha hecho falta rogarle que mantuviera en secreto quién soy. Tengo la impresión de que Walton lo utilizaría en mi contra porque sospecho que es un hombre despreciable.

—Señor Walton, tengo un poco de prisa —respondo irritada.

—Imagino que no quiere hacer esperar al Señor Sackler —su sonrisa agresiva se ensancha—. Está aparcado delante del bar con su encantadora hijita sentada en el asiento trasero. Una estampa de lo más tierna.

Aprieto los puños y mi corazón se acelera cuando menciona a Avery. Es un ser despreciable. No me equivocaba.

—¿Qué quiere?

—Saber si se ha replanteado mi oferta.

—Ya le dije que no tenía nada que pensar.

—Lástima.

—¿Puede hacer el favor de apartarse de la puerta o tengo que montar un espectáculo? Tenemos mucho público en el bar. Seguro que les encantará presenciar como un hombre tan respetable como usted intenta intimidar a una mujer como yo.

—Señorita Jones —Walton se lleva una mano al pecho y se hace el ofendido—. No es mi intención intimidarla. Solo quería manifestarle mi decepción porque ha escogido el bando equivocado. Creí que era más lista.

Walton se aparta de la puerta y me sigue con la mirada cuando la abro. Desde aquí puedo ver la camioneta de Blake. Por suerte, está charlando con la niña y no se percata de lo que sucede. Es mejor así. No me quiero ni imaginar lo que haría si viera a Walton cerca de mí.

—Supongo que todo lo malo se pega porque es igual de bravucona que el bueno de Blake —murmura con una mezcla de ironía y sutil desprecio—. Él tampoco sabe lo que le conviene.

Debería salir del bar y dejarlo con la palabra en la boca, pero no logro controlarme. Me hierve la sangre cuando escucho esa advertencia velada.

—¿Lo está amenazando?

—¿Sabe la diferencia entre Blake Sackler y yo?

—Querrá decir las diferencias.

—Él tiene principios y es un buen hombre —ignora mi comentario—. Por eso sigue anclado en el pasado y no le saca el máximo provecho a su propiedad. Se conforma con jugar a los cowboys y sobrevivir. Yo no sobrevivo. Yo siempre consigo lo que quiero y me trae sin cuidado si debo aplastar a un montón de gente para tenerlo. Y quiero ese rancho. Paradise Lake será mío algún día y si tengo que llevarme por delante a Blake Sackler y a toda su estirpe que así sea.

—Entonces tendrá que llevarme por delante a mí también, maldita sabandija —me tiembla la voz por culpa de la impotencia.

Walton se ríe de una manera tan ruin que me pone los pelos de punta. Es obvio que no me ve como una amenaza. Me doy la vuelta y salgo del bar con un nudo en el estómago y una opresión en el pecho. Intento serenarme mientras me acerco al coche porque no quiero que Blake y Avery noten mi malestar. Estoy convencida de que Blake mataría a Walton con sus propias manos si le cuento lo que acaba de suceder.

—¡Hola, Helena! —exclama Avery.

—Hola, ratita. ¿Quién te ha peinado así de guapa?

—¡Papá!

Avery lleva dos trenzas desaliñadas que le caen por encima de los hombros. Blake me mira como diciendo que ha hecho todo lo que ha podido. Sonrío a la niña y me abrocho el cinturón. Blake me observa de reojo sin decir nada. Contengo mi desasosiego y hablo por los codos para fingir que todo va bien. Soy una pésima actriz y creo que Blake percibe mi malestar. Espero que lo achaque a mi tristeza o de lo contrario sospecho que él podría salir en todos los informativos del

país y Walton dejaría de ir por ahí amenazando a la gente. No me callo hasta que llegamos al minigolf. Avery sale disparada hacia la pista en cuanto Blake aparca el coche.

—Avery, no te alejes —le pide él mientras la vigila con la mirada. Me hace la pregunta de rigor en cuanto la niña no puede oírnos—. ¿Va todo bien?

—Sí, ¿por qué lo dices?

Lo dicho. Menos mal que no me dio por ser actriz, porque no habría tenido futuro.

—En el coche tenía la impresión de que te pasaba algo.

—No me pasa nada.

—De acuerdo —concede de mala gana, y me parece que lo deja estar porque cree que mi malestar tiene que ver con Josh—. Solo quiero que sepas que puedes hablar conmigo siempre que lo necesites.

—Vale.

Alquilamos tres palos de golf y una bolsa de pelotas y vamos hacia el primer hoyo. Es sábado y el minigolf está repleto de familias con sus hijos. Sé que no es la primera vez que Blake lleva a Avery a este sitio porque la niña tiene buena puntería. Todo lo contrario de mí, que primero arranco un trozo de césped y consigo golpear la pelota al sexto intento. Avery se parte de risa cuando la pelota sale disparada y la cuelo dentro de la capucha de la sudadera de un hombre que está en el siguiente hoyo y me dedica una mirada asesina.

—Uy, perdón —me disculpo avergonzada.

—Lo que has hecho es más difícil que colarla en el agujero —bromea Blake, y se coloca detrás de mí—. Flexiona un poco las rodillas e inclina ligeramente la espalda hacia delante.

Blake me pone una mano en la espalda y con la otra corrige la posición de mis brazos. Una oleada de calor me invade y trato de mantener mis emociones a raya. Lo achaco a mi soledad y a las necesidades físicas que tengo como cualquier mujer. Intento no darle mayor importancia.

—Las rodillas, las caderas y los pies deben estar en paralelo. Imagínate que estás en la vía de un tren. Tu cuerpo está en el primer rail y la bola está en el segundo raíl y apunta al objetivo. Es mejor hacerlo en dos golpes. Te será más fácil.

Me es difícil concentrarme cuando lo tengo tan cerca y sus manos continúan tocándome. Blake se toma su tiempo en corregir mi postura y se da por satisfecho después de unos segundos. Sigo sus instrucciones y consigo meter la bola en tres golpes. Estoy emocionada por mi pequeño avance. Avery sacude la cabeza y resopla.

—Qué torpe eres.

—Y tú eres una listilla.

La persigo hacia la segunda pista mientras ella se va riendo. Soy peor que una niña y me lo paso en grande jugando con ella. Dejo la competitividad a un lado cuando comprendo que no tengo nada que hacer contra esos dos expertos en minigolf. Así que me limito a mejorar mi técnica y a jugar al pillar con Avery cuando le toca tirar a Blake, que se lo toma más en serio. Al final Blake deja ganar a la niña y ella se pasa un buen rato restregándonoslo por la cara.

—¡He ganado! ¡He ganado! —exclama mientras va dando saltitos de alegría—. ¡Me toca elegir el restaurante!

—Lo habrías elegido de todos modos —se burla su padre.

—¡Quiero McDonald's!

—Que Dios se apiade de los pobres niños que estarán jugando en el parque de bolas —me susurra Blake.

Avery se vuelve hacia él con el ceño fruncido que ha heredado de su padre.

—¿Qué has dicho, papi? —pregunta enfurruñada.

—Nada, tesoro. Pórtate bien.

—¡Qué síiiii!

Sé que la niña se meterá en un lío en cuanto se quita los zapatos y entra como una fiera escalando por el tobogán en lugar de hacerlo por la entrada del parque infantil.

—¿Qué quieres de cenar? Aquí no hay muchas opciones para vegetarianos.

—Me conformaré con una ensalada.

—¿Te importa vigilar a Avery mientras hago el pedido?

—Déjame pagar a mí.

—No —Blake me interrumpe cuando estoy a punto de protestar—. No te servirá de nada quejarte. Hoy pago yo.

Pongo los ojos en blanco y él frunce el ceño.

—Como quieras.

Me siento en una mesa cercana a la zona de juegos y a los cinco minutos pierdo la cuenta del número de veces que he reprendido a Avery. Se ha hecho la dueña y señora del parque y los

demás críos le rinden pleitesía. Pongo cara de circunstancia cuando algunos padres me atraviesan con la mirada. Madre mía, ahora entiendo a Blake. Regresa al cabo de quince minutos con una bandeja repleta de hamburguesas que supongo que serán para él, un happy meal para la niña, la ensalada, demasiadas patatas fritas para una persona y una ración de palitos de mozzarella.

—He pensado que te quedarías con hambre.

—Gracias —cojo un palito de mozzarella mientras aliño la ensalada.

Blake consigue que Avery obedezca y se siente a cenar después del quinto intento. Cuando se trata de su hija tiene más paciencia que un santo. La niña hace una montaña de ketchup y moja las patatas fritas mientras nos cuenta emocionada que en su colegio van a hacer un concurso de disfraces sobre las tradiciones de América y que ella quiere ganar el primer premio. Me pregunto a quién habrá salido siendo tan competitiva...

—No sé de qué disfrazarme y mamá dice que debería comprar el disfraz. Yo no quiero comprarlo. ¡Eso sería hacer trampa!

—Yo podría ayudarte —me arrepiento en cuanto lo digo porque tal vez me haya excedido teniendo en cuenta que su madre no me ve con buenos ojos. Así que me apresuro en añadir—. Si a tus padres no les importa.

—¡Sí! ¡Por fa! ¡Por fa!

—No sabes lo que has hecho —bromea Blake—. Si pierdes, te echaré la culpa.

—¡Mentira! —exclama con las manos unidas—. ¡Te prometo que voy a portarme bien! ¿Me ayudarás, Helena?

—Claro que sí.

—¡Bieeeeeen! ¡Es dentro de siete semanas! Tenemos tiempo de sobra para pensar en el mejor disfraz del mundo.

Avery se levanta para darme un abrazo que recibo encantada de la vida. La estrecho con fuerza y entierro la nariz en su pelo. Huele a fresas silvestres. Sé que suena ridículo, pero a veces desearía que fuera mi hija. Me pasaría el día trezándole el pelo y contándole cuentos. La arroparía por las noches y no me sentiría como una intrusa cuando la abrazo sin querer que ella me suelte.

Terminamos de cenar y Avery se empeña en ir a la feria ambulante que hay a medio kilómetro del minigolf. Le compro un globo en forma de unicornio y Blake me dice que la estoy consintiendo demasiado.

—Es mi sobrina aunque ella no lo sepa —le digo en voz baja—. Tengo todo el derecho del mundo a consentirla.

—¡Mira, papi! ¡Mira, Helena!

Avery señala a un hombre estatua que está vestido de hojalata y corre hacia nosotros para que le demos una moneda. Le ofrezco dos dólares y ella los echa sobre la gorra repleta de monedas. Da un respingo y se agarra de manera instintiva a mi camiseta cuando el hombre de hojalata le hace una reverencia.

—No seas tímida —le doy un empujoncito para que se acerque—. ¿Te quieres hacer una foto con él?

Me da la mano para que la acompañe.

—Las dos juntas. Papá, haznos una foto.

La niña se abraza a mi cintura y posamos delante del hombre de hojalata que se quita el sombrero y lo coloca sobre la cabeza de Avery. Blake saca su móvil para inmortalizar el momento y sonreímos a la cámara.

—Qué feas salís.

—¡Mentiroso! —Avery le quita el móvil para observar la foto y se lo devuelve cuando le da la aprobación—. Yo no soy fea porque soy tu hija, y Helena es super guapa. ¿Cuándo le vas a pedir salir? Si no te das prisa, te la quitarán de las manos.

Blake va sorbiendo la pajita de un refresco y se atraganta cuando escucha a su hija. A mí me entra la risa floja. Los niños son demasiado espontáneos para guardarse lo que piensan. Le doy una palmada en la espalda para que se recomponga. Blake tiene el rostro congestionado por la vergüenza.

—Helena y yo somos amigos.

—Pues vaya —responde disgustada.

Sale disparada hacia un grupo de malabaristas y nos deja solos con ese momento de «tierra, trágame». Digo lo primero que se me ocurre en un intento por distender la tensión que acaba de formarse entre nosotros.

—Al menos le caigo bien.

—Eso parece.

Avery aplaude emocionada porque le encanta el espectáculo de malabares. La miro embobaba. Blake se da cuenta de mi expresión y me encojo de hombros.

—Siempre he querido tener hijos.

—Yo nunca sentí ese deseo hasta que tuve a Avery en brazos por primera vez. Entonces entendí lo que significa el amor a primera vista y supe que haría cualquier cosa con tal de proteger a la pequeña criatura que tenía en mis brazos. Avery no fue buscada. Creí que Stella me había arruinado la vida cuando se quedó embarazada. No entraba en mis planes ser padre con una mujer de la que no estaba enamorado. —me cuenta con toda la sinceridad del mundo—. Intenté que lo nuestro funcionara porque supuse que era lo mejor para Avery. Con el paso del tiempo llegué a la conclusión de que había cometido un gran error al prometerle algo que no podía darle. Desde entonces trato de enmendarlo. No es fácil.

—¿Lleváis siete años de idas y venidas? —me escandalizo.

—Sí, y no solo es culpa suya. Durante los primeros años lo intentamos. Le di esperanzas. Nos separamos hará cosa de cinco años y no voy a negar que hemos tenido nuestros más y nuestros menos desde entonces. No soy ningún santo. Es lógico que ella siga teniendo esperanzas. Debería haber sido tajante desde el primer día. No creas que intento justificarme, pero la baza de la familia feliz me atraía demasiado para no intentarlo.

—Lo hiciste por Avery.

—También por mí —añade con voz queda—. Aspiraba a un matrimonio como el de mis padres. Creí que podría tener algo similar con Stella.

—El matrimonio es complicado.

—Stella y yo no estuvimos casados.

—Lo he dado por hecho.

—El único Sackler casado es Josh. Reconozco que me sorprendió mucho cuando nos contó que se había casado. Le eché en cara que no hubiera invitado a nuestra abuela a la boda. Mi invitación ya la daba por perdida y no podía culparlo.

—No hubo invitados.

—¿En serio? —pregunta desconcertado.

—Nos casamos en Las Vegas. Los dos solos. ¿Diste por hecho que os había excluido?

Blake suspira resignado.

—Sí. Joder. Ahora me siento como una auténtica mierda. Le dije cosas terribles aquel día.

—Podrías ir a visitarlo al hospital para explicarle como te sientes... —le sugiero esperanzada.

Blake entrecierra los ojos y se pone rígido.

—Helena, no me pidas eso.

Mi mano roza la suya sin querer. Sé que Blake tiene una coraza llena de capas que debo ir quitándole poco a poco. Lo lograré con el tiempo. Le prometí a Josh que conseguiría que su hermano fuera a visitarlo al hospital. Quiero que se reconcilien. Quiero que Josh esté en paz con su pasado.

De repente, una mujer se pone a bailar al ritmo de *I gotta feeling* de los Black Eyed Peas. Un par de señoras que hay sentadas en un banco comienzan a dar palmas y se ponen en pie. El chico del puesto de los perritos calientes se une a la coreografía. A ellos se suman varios más. Cojo la mano de Blake sin poder evitarlo. No me lo puedo creer. Es la primera vez que observo un *flash mob* en directo. Avery se queda alucinada y se une a la coreografía a pesar de que no se la sabe. Blake entrelaza sus dedos con los míos y contemplamos ensimismados el espectáculo. Me ruborizo cuando termina y me doy cuenta de que le había cogido la mano. Lo suelto para aplaudir y los dos lo hacemos hasta que nos duelen las manos. Ha sido increíble e inesperado.

—Nunca había visto uno.

—Yo tampoco.

—¿Sabías que el primer flash mob fue en 2003 en Nueva York en una tienda de Macy's?

—No tenía ni idea.

—Los flash mob siempre me han recordado a lo que se conoce como coreomanía —le cuento, y no puedo evitar obsequiarlo con una de mis charlas—. En el siglo XVI en Estrasburgo una mujer llamada Frau Troffea comenzó a bailar durante una semana. Al cabo de unos días se unieron más personas, y después de un mes había más de cuatrocientas personas bailando. Las autoridades estaban tan preocupadas que llegaron a montar un escenario y a contratar músicos pensando que se cansarían de un momento a otro. En realidad la gran mayoría terminaron muriendo de agotamiento. Luego se descubrió que durante los siglos XVI y XVII hubo situaciones parecidas y diseminadas por toda Europa. Algunos historiadores apuntaron a una intoxicación por cornezuelo, que es una sustancia presente en el centeno y que provoca alucinaciones. Otros dijeron que pudo ser la histeria debida a la hambruna colectiva. El fenómeno alcanzó tal magnitud que hoy en día, cuando alguien está de pie, inquieto y no para de moverse, se lo conoce como «El baile de San vito» y es una expresión que también alude a la coreomanía. San Vito fue un mártir que según una leyenda logró curar la epilepsia del hijo del emperador Diocleciano — me percató de que Blake me está mirando de una forma muy enigmática y comprendo que he vuelto a acaparar la conversación. Probablemente a él no le interesen mis divagaciones. Debería aprender a estarme calladita—. He hablado demasiado. No lo puedo evitar. Creerás que soy una pedante.

—No.

Enarco una ceja.

—¿No?

—Me resultas cautivadora.

Me ruborizo de la cabeza a los pies y no me da tiempo a pedirle que me explique ese comentario porque Avery llega en ese momento. Damos un paseo por la feria y me percató de que Blake me observa de reojo cuando cree que no me doy cuenta.

«Solo ha sido amable», me digo. Sabe que estoy de bajón e intenta animarme de la mejor forma que sabe.

Blake conduce de regreso al hotel y apaga la radio cuando Avery se queda dormida. Son casi la una de la madrugada cuando aparca delante del motel. Se baja del coche para acompañarme hasta la puerta a pesar de que repito que no es necesario. Cierra la camioneta con llave y he de reconocer que me quedo más tranquila cuando me sigue hasta la puerta porque temo que Walton pueda estar asechando a mi alrededor. Vigilo la camioneta desde la distancia y él se da cuenta de lo que hago.

—La he cerrado con llave y estamos a cincuenta metros.

—Ya...

—¿Qué te pasa?

—Nada —aprieto los labios—. Debería subir a mi habitación. Mañana nos toca madrugar.

Blake me mira intrigado y empiezo a agobiarme. Una parte de mí cree que lo mejor para todos es que me guarde lo sucedido con Walton. La otra piensa que es mejor advertirlo para que él esté preparado en caso de que a ese hombre tan odioso le dé por hacer de las suyas. Opto por dejarme llevar por el pánico.

—Pensé que sería mejor callármelo para no preocuparte, pero no quiero que haya secretos entre nosotros y me da que ese tipo no va a dejarnos en paz —le digo angustiada y los músculos de Blake se tensan. Demasiado tarde para recular. Lo suelto de carrerilla porque así es más fácil—. Tuve un encontronazo con Harry Walton antes de subir al coche.

—Por eso tenías esa cara.

—Dijo que quería ser el dueño de Paradise Lake y que no iba a parar hasta conseguirlo.

—Por encima de mi cadáver —lo dice con tanta vehemencia que lo creo.

—Fue una amenaza en toda regla.

—Ya me sé todas sus tretas. No es la primera vez que lo intenta.

—Creo que quería que te lo dijera para que tú perdieras los nervios y cometieras alguna locura. De todos modos deberíamos estar alerta. Por si acaso.

—Y tú deberías mudarte mañana mismo al rancho. Es un cobarde. Se atreve a amedrentarte cuando no tienes a nadie cerca que te proteja.

—Blake... —le pongo una mano en el brazo y lo miro preocupada—. Tengo miedo.

—Te juro que no te va a tocar ni un pelo.

—No tengo miedo por mí, tengo miedo por vosotros —el pánico que hay en mi voz me delata cuando mis ojos ruedan hacia la camioneta en la que está durmiendo Avery—. Sois mi familia. No soportaría que os sucediera nada. Quizá deberías aceptar su oferta y vender el rancho. Ese hombre es un veneno.

—Eh... —Blake sostiene mi barbilla con un dedo y me obliga a mirarlo. Sus ojos están repletos de una determinación y una seguridad tan aplastante que es imposible no sentirme segura cuando lo tengo cerca—. Sé lo que me hago. Confía en mí. Harry Walton no va a tocarle un pelo a nadie de mi familia. Tú eres parte de mi familia, Helena. Por si te quedaba alguna duda.

—Dios... vale. Pensarás que soy una histérica —me rio con debilidad.

Blake me deja sin palabras cuando me da un beso en la frente. Es un beso casto y profundo. Un beso que me deja desconcertada y que no soy capaz de descifrar porque esconde tantas cosas que me da miedo saberlas.

—Creo que Josh es afortunado de tenerte en su vida. Buenas noches, Helena.

Blake se aleja de mí y espera a que abra la puerta del bar.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. Lo necesitaba —le confieso—. Buenas noches, Blake.

Entro en el bar y voy directa a la barra en lugar de subir las escaleras en dirección a mi habitación. Wendy está secando un vaso y sabe lo que necesito sin necesidad de pedírselo. Me sirve una cerveza bien fría que me acabo en dos tragos.

—¿Qué tal la noche, cielo?

—Demasiado bien.

Y es la pura verdad. No debería encariñarme con Blake y Avery. Dentro de dos meses tendré que despedirme de ellos y no es justo que me acomode en Paradise Lake. No es mi hogar. Mi hogar

está junto a Josh y no puedo olvidarlo.

19 de septiembre de 2020

Helena encontró trabajo después de media docena de entrevistas fallidas. No era el empleo de sus sueños, pero siguió el consejo de Josh y admitió que era mejor que nada. El techo del pequeño apartamento se le caía encima y estaba harta de ejercer de ama de casa. Empezaría como correctora ortotipográfica y lectora filtro para una editorial especializada en manuales de todo tipo: libros de cocina, ganchillo, lettering, papiroflexia, manualidades... No era un trabajo que la apasionara y se alejaba por completo de la clase de libros que a ella le hubiera gustado editar. Pero se lo tomó como una oportunidad para ganar experiencia y aspirar con el paso del tiempo a otro puesto en una editorial que comercializara libros de narrativa. Además, su jefe era un hombre de sesenta y largos que llevaba toda la vida dedicada al mundo editorial y habían congeniado de inmediato. Le agradó la sinceridad de ella y la contrató porque ella le dijo que quería aquel empleo para ampliar su currículo profesional y le aseguró que se dejaría la piel en su trabajo. Ella esperaba aprender mucho de la dilatada trayectoria de un hombre que había trabajado para las mejores editoriales hasta crear la suya propia, y él esperaba beneficiarse de las ganas de comerse el mundo de una pupila de lo más prometedora. Los dos salían ganando.

Helena telefoneó a Josh por tercera vez. Había esperado durante todo el día para darle la buena noticia porque quería llamarlo a la hora del almuerzo, que era cuando él libraba treinta minutos. Se moría de ganas por contárselo.

«Quizá esté ocupado», pensó. Josh estaba distraído desde que había empezado a trabajar para aquel periódico online. Solía echar horas extras y se implicaba de manera exagerada en un trabajo que lo tenía amargado. Helena sabía que él lo hacía con la idea de aspirar cuanto antes a algo mejor. No podía culparlo. En su lugar, ella habría hecho lo mismo y Josh contaba con la ventaja de que el periódico para el que trabajaba pertenecía a un grupo comunicativo que poseía otros periódicos y una cadena de televisión. Josh era ambicioso y esperaba hacerse un hueco en alguno de esos medios como un periodista más serio. Por eso buscaba a toda costa agradar y sorprender a sus jefes.

Helena optó por enviarle un mensaje que él pudiera leer cuando tuviera un hueco.

«¡Me han cogido! Empiezo mañana».

Josh la llamó al cabo de diez segundos.

—Enhorabuena, cariño. Te dije que lo conseguirías.

Helena notó el cansancio de su voz. Josh trabaja más de nueve horas y cuando llegaba al apartamento se quedaba dormido después de que ella le diera un masaje.

—¿Sigues en la oficina?

—He aceptado un encargo de última hora. No me daba tiempo a redactarlo a menos que me saltara el almuerzo.

Helena se ahorró decirle que trabaja demasiado. Lo único que Josh necesitaba de su parte era el máximo apoyo posible.

—Gracias por llamarme a pesar de que estás muy ocupado.

—Nena, no me des las gracias. Somos un equipo.

—¿Te apetece cenar esta noche en el restaurante italiano que hay junto al parque? —sugirió ilusionada—. Ya sé que es muy caro y que se nos va de presupuesto, pero quiero celebrar mi pequeño triunfo contigo.

Josh se quedó callado durante unos segundos y ella pensó que él le diría que andaban mal de dinero. No era mentira. Pero estarían más desahogados en cuanto ella empezara a trabajar para la editorial. Ya no tendrían que depender de un solo sueldo.

—Hoy salgo más tarde. ¿Puedes coger el último turno de cena?

—Podemos dejarlo para otro día.

—No. Te mereces celebrarlo. Tienes razón. Y hace mucho tiempo que no salimos juntos a ningún sitio. Nos vemos esta noche. Tengo que colgar.

—Te quiero.

—Y yo —lo vio ojeroso y sonriente al otro lado de la línea—. Ponte el vestido rojo. Estás preciosa con él.

Helena llamó por teléfono al restaurante para reservar mesa y fue al armario para buscar el vestido rojo. Lo extendió sobre la cama y lo observó con cariño. Josh lo compró en una tienda vintage de segunda mano cuando iban paseando por El muelle de Santa Mónica. Ella se enamoró a primera vista de aquel vestido palabra de honor y descartó comprarlo cuando leyó el precio de la etiqueta. Estaban al final de su luna de miel y todavía debían arrendar un apartamento en Chicago. Josh la sorprendió cuando estaba tomando el sol en la playa. Le entregó un paquete envuelto y ella rasgó ilusionada el envoltorio. Era el vestido rojo. Entonces Josh le dijo que sabía de sobra que ella estaría preciosa con aquel vestido y que le había parecido un pecado no comprarlo. Solo se lo había puesto una vez para ir a cenar a un japonés cuando él consiguió el puesto en el periódico.

Helena comprobó la hora en el teléfono móvil. Las nueve en punto. Hacía más de cuarenta

minutos que había quedado con Josh y ya estaba empezando a impacientarse. Se sintió ridícula esperándolo en aquella mesa junto a la ventana. Ya llevaba dos copas de vino y el camarero ni siquiera se acercaba a preguntarle si quería tomar algo porque intuía su incomodidad.

¿Dónde demonios se había metido Josh?

Cogió el teléfono para escribirle un tercer mensaje. Él ni siquiera se había dignado a responder los anteriores. Helena no entendía nada porque aquel desplante no era típico de Josh. Al menos podría haberla avisado de que se retrasaba. A las nueve y cinco, decepcionada y hambrienta, no pudo esperar más y levantó el brazo para llamar al camarero. Quería largarse al apartamento y olvidar aquella cita frustrada. Ni siquiera tenía ganas de discutir con Josh. Ya tendría tiempo para echárselo en cara.

Estaba a punto de pagar la cuenta cuando recibió un mensaje de Josh.

«*Voy de camino. Lo siento*».

Helena suspiró y pidió otra copa de vino. Apoyó los codos en la mesa y se sostuvo la cara con las manos. No era la clase de celebración que ella había imaginado. Josh llegaba casi una hora tarde y ella se sentía estúpida. La humillación era demasiado grande para dejarla estar. Josh apareció por la puerta cuando ella ya se había bebido la copa de vino. «A buenas horas», pensó disgustada, y deseó que al menos tuviera una buena excusa. Josh puso cara de aflicción y se acercó hacia ella con un ramo de rosas blancas en la mano. Eran sus flores favoritas.

—Lo siento —se disculpó avergonzado—. He acabado más tarde de lo que me esperaba.

Helena aceptó las flores y él le dio un beso en los labios. Saboreó el reconocible gusto del alcohol en la boca de su marido y frunció el ceño. La segunda sorpresa de la noche. ¿De dónde venía? ¿Por qué había estado bebiendo?

—Podrías haberme llamado —le dijo irritada.

—Ni siquiera he mirado el móvil. Me he dado cuenta de la hora que era cuando he visto tus mensajes.

Parecía sincero y al mismo tiempo Helena se lo imaginó en la barra de algún bar en compañía de vete a saber quién. No, Josh no era de esos. Josh jamás se olvidaría de una cita con su esposa mientras disfrutaba en los brazos de otra. Pero ella sabía que no le había contado toda la verdad y se enojó por ello.

—Editora asistente. Suena bien.

—De manuales de todo tipo —le restó importancia.

—Tienes veinticuatro años. Pocos llegan a ser editores a tu edad. Ya tendrás tiempo de elegir el contenido de los libros que editas. Y trabajarás bajo la supervisión de Jace Petterson. Eso son

palabras mayores.

—No te he dicho que fuera a trabajar para él.

—He estado investigando la editorial. Ese tipo fue responsable de comunicación de Marker Publishing y trabajó como editor jefe para Dolphin house y J.F Press. El verdadero logro es trabajar para él. Dicen que es un hueso duro de roer. ¿Cómo lo has conseguido?

—Nos hemos caído bien.

Josh acaparó la conversación y la hizo reír un par de veces a pesar de que tenía ganas de matarlo. Jamás había desconfiado de él y no quería empezar a hacerlo aquella noche. Pero no pudo olvidarse de su tardanza y del rastro de alcohol que había saboreado en sus labios. Tampoco fue capaz de decírselo a la cara porque no quería enfrascarse en una discusión por culpa de sus celos. Fue la primera vez que guardó silencio y no le habló de sus sentimientos. Ellos, que eran un equipo y siempre se lo contaban todo. Josh, ajeno a su malestar, habló por los codos y bromeó sin parar. Helena le rio las gracias mientras algo en su interior le retorció el estómago. El matrimonio era una carrera de fondo y ellos ni siquiera le habían dado la primera vuelta a la pista. Helena se preguntó qué clase de vida les depararía si ya empezaban a guardarse secretos. Y por un instante anheló ser aquella joven universitaria cuya mayor preocupación era aprobar los exámenes y buscar un lugar discreto en el que poder acostarse con su novio. Qué tiempos aquellos.

Me he instalado en el rancho y todos me han recibido con los brazos abiertos. Sophia no disimula su alegría y en cierto modo sospecho que es por los motivos equivocados. Creo que tiene la esperanza de que su nieto y yo seamos algo más que amigos y me encantaría explicarle que en realidad ya estoy casada con su otro nieto. Hoy el médico le ha hecho una visita y se ha llevado una bronca porque no hace caso de sus recomendaciones. Tiene el corazón más débil de lo que imaginaba y el doctor le pide que no haga demasiados esfuerzos físicos. Pero Sophia es una mujer a la que le encanta dar paseos por el rancho y agacharse a recoger flores silvestres. No soporta verse incapacitada y uno de sus mayores placeres es montar el puesto del mercado y pasarse horas de pie y atendiendo a los vecinos del pueblo. No hay nadie que la saque de sus trece.

Sophia despidió al médico con un aspaviento y éste sale de su habitación sacudiendo la cabeza.

—Intenta hacerla entrar en razón —me pide resignado.

—Su nieto no puede y yo solo soy una empleada.

—A lo mejor a ti te hace caso. Te ha cogido bastante cariño.

No puedo resistir la tentación de intentarlo. Sophia, que es más lista que el hambre, pone los ojos en blanco cuando cruzo la puerta de su habitación. Me tiene calada antes si quiera de que consiga abrir la boca. Pone una mano en alto y dice con tono orgulloso:

—Ya sé lo que te ha pedido ese matasanos. Ni lo intentes, muchachita. Ya tengo edad para hacer lo que me dé la gana y no pienso pasar el poco tiempo que me quede postrada en una cama.

—Nadie te pide que estés postrada en una cama.

Está recostada en la cama con la espalda apoyada sobre varios almohadones y junto a la cama está la bombona de oxígeno de la que pende la mascarilla que se ha quitado para hablar conmigo. Hoy se le ha bajado la tensión y no tenía fuerzas ni para ponerse en pie. Está más pálida y agotada de lo normal. Nos ha dado un susto de muerte. Por lo visto, Blake y los demás ya están más que acostumbrados. Ella dice que son achaques de la edad, pero en realidad sufre de una insuficiencia cardíaca que afecta al lado derecho del corazón y se agrava con el paso del tiempo. Su corazón no puede bombear suficiente sangre para llegar a los pulmones y el fluido regresa a éstos, los pies, los tobillos y las piernas. Por eso se siente tan cansada y le falta el aliento. Las transfusiones de sangre y la botella de oxígeno se han convertido en una constante en su vida que ella se niega a aceptar. Sophia tiene ochenta y siete años y unas ansias de vivir la vida cuyo cuerpo no acompaña. Pero el médico nos ha explicado que a su edad solo puede ofrecerle un tratamiento poco invasivo para prolongar su vida y mitigar el dolor. Ahora entiendo por qué Blake se negó a contarle que Josh está en coma y prefiere que ella ignore quién soy. Una noticia

así le destrozaría un corazón que ya está demasiado débil.

—No has comido nada —señalo el bol de sopa de pollo que hay sobre la mesita de noche.

Sophia pone cara de asco. La insuficiencia cardiaca le quita el apetito y el sueño. Hoy ha pasado una noche terrible y he entendido que la situación era grave cuando ha sido Bill quien me ha recogido en el motel. Blake se quedó en el rancho para atender al médico y salió disgustado de la habitación cuando le dieron un diagnóstico tan pesimista.

—No tengo hambre.

—Solo un poco. Lo justo para que puedas tomarte la medicación —la animo, y le ofrezco una cucharada de sopa.

Sophia resopla.

—Puedo comer sola. Todavía no soy una anciana indefensa y que no pueda valerse por sí misma. Lo de hoy ha sido un simple sofoco. Es el calor.

Me suena esa actitud orgullosa y le acerco la bandeja para que coma algo. Resisto el impulso de ayudarla cuando sostiene la cuchara con manos temblorosas.

—No deberías darnos esos sustos. Sobre todo a mí. ¿No querrás privarme tan rápido de tu presencia ahora que me he instalado en el rancho?

—Mucho has tardado —toma cuatro cucharadas de sopa y me hace un gesto para que le acerque las pastillas.

—Dos más.

Sophia me atraviesa con la mirada y accede de mala gana. Entonces le doy las pastillas y el vaso de agua.

—Tranquila, todavía me queda mucha guerra que dar. Esta anciana no se va de este mundo sin ver a Blake casado.

—No deberías hacerte ilusiones. Blake y yo solo somos amigos.

—¿Quién ha dicho que sea contigo? —replica con tono mordaz—. Quien se pica, ajos come. Ahí lo dejo.

Me entra la risa floja. Es lo que no hay. Sabe cómo llevarse la conversación a su terreno y me ha dejado callada.

—Mi otro nieto ya está pillado. Es un chaval guapísimo y de ojos verdes casado con una mujer a la que no conozco. Me consuela saber que está muy enamorado de ella.

Mi corazón se acelera al escucharla. Está hablando de mí sin saberlo. Está hablando de Josh. Intento no fingir un interés excesivo para no ponerme en un aprieto.

—Nunca me habías hablado de él.

—Se llama Josh. Su lugar no está aquí. Él nunca se sintió cómodo entre caballos, no es como su hermano —me cuenta sin un ápice de rencor—. Tiene un humor muy agudo y es un chico muy inteligente. Se ha graduado en periodismo. Hasta hace un año y pico me llamaba todos los fines de semana. Blake dice que no tengo que preocuparme porque está trabajando en Europa. Qué sabrá él. Me duele en el alma no tenerlo cerca. Antes me consolaba con sus llamadas y ahora me consuelo con su recuerdo.

—Seguro que te llamará pronto —le miento para que se sienta mejor. No puedo hacer otra cosa. No puedo explicarle que Josh ha dejado de llamarla no porque se haya olvidado de ella, sino porque está en coma. Eso la destrozaría.

—Si tú lo dices... —responde resignada—. Ojalá se llevaran bien. Blake cree que no me entero de nada. Cuando llegues a mi edad y te hagas vieja, te darás cuenta de que la gente más joven te trata como si fueras idiota. ¡Vivir tanto para esto! Mi nieto piensa que me chupo el dedo y que no sé que discutió con su hermano. Antes se adoraban. Menudos zoquetes.

—Blake solo intenta protegerte porque te quiere con locura.

—No lo defiendas —responde enfurruñada, y tengo que aguantarme una sonrisa. Me dedica una mirada socarrona y añade con tono guasón—: Voy a creer que te gusta y entonces no pararé hasta veros juntos.

—Me gusta como amigo.

—Bah...

—Prométeme que te portarás bien —le pido cogiéndola de la mano—. No nos des más sustos. Tómate la medicación y utiliza el andador.

—Ni muerta me agarro a ese cacharro.

—Sophia... por favor —insisto acariciándole el dorso de la mano arrugada por el paso del tiempo—. Los paseos bajo el sol se han acabado o de lo contrario me marchó. Le puedes pedir a cualquiera de nosotros que vaya a por todas las flores que necesites. Sé que te gusta tenerme aquí y no quiero ponernos en ese aprieto, pero ya veo que eres una tozuda de mucho cuidado.

—No me hagas chantaje emocional, señorita.

—Si no atiendes a razones...

—Bueno —accede de mala gana—. Pero seguiré yendo al mercado. Eso no me lo quites.

—Utilizarás una silla para atender a los clientes.

—¡Me vas a matar de un disgusto!

—No digas eso ni en broma.

—Te quedarás aquí, ¿trato hecho?

—Dos meses —le explico, porque soy incapaz de mentirle para salirme con la mía.

—¿Por qué dos meses? —pregunta extrañada.

—Por La exposición de ganado y rodeo de Houston. Voy a ayudar a Blake con los preparativos y luego tengo que hacer un viaje —le digo sin poder entrar en detalles.

—Demonios, ¡ese muchacho se ha vuelto loco! ¡No puede ir a ese puñetero torneo!

Su actitud me deja desconcertada porque creí que ya estaba al tanto. A lo mejor he hablado de más, pero ahora me veo en la obligación de preguntar por qué Blake no puede ir al torneo. Me quedo de piedra cuando Sophia me cuenta el motivo y descubro cómo se hizo la horrible cicatriz que tiene en el costado.

—¡Blake! —salgo de la casa con el corazón desbocado—. ¡Blake!

Hannah está tendiendo la ropa y me observa sorprendida. Estoy que me subo por las paredes y no me puedo creer que él me ocultara algo tan grave. Se va a enterar en cuanto lo pille. ¿De qué va?

—¿Has visto a Blake? —le pregunto a Hannah.

—Depende —responde de mala gana—. ¿Lo buscas para discutir?

—¿Lo has visto o no? —pierdo la paciencia.

Hannah suspira y coge una camisa que extiende sobre el tendedero. Por las dimensiones de la espalda no puede ser de otra persona que no sea Blake. Hannah me ignora de manera deliberada y me cruzo de brazos sin moverme del sitio para hacerle entender que no me voy a ir hasta que me diga lo que quiero.

—Creo que está en las caballerizas —dice, y añade cuando salgo disparada—: No seas muy dura con él.

«Ya veremos», pienso cuando cruzo la puerta de las cuadras. A primera vista no hay rastro de él.

A saber dónde se ha metido.

—¡Blake!

—Estoy aquí. Un momento.

Su voz proviene de la parte trasera de las cabellerizas. Ni siquiera me lo pienso cuando me acerco con decisión hacia el pequeño baño que sirve para el aseo de los vaqueros. Es un baño exterior y construido con tablones de madera compuesto por una manguera y un retrete. Abro la puerta y me encuentro a Blake en calzoncillos y con el torso húmedo. Estoy demasiado cabreada para fijarme en otra cosa que no sean mis propios sentimientos. Blake se sobresalta cuando me ve.

—¿Por qué no me constaste que te caíste de un toro la última vez que competiste en una competición de bull riding? —le ladro.

—Veo que has hablado con mi abuela.

—¡No te vayas por las ramas! Llevas siete años sin subirte a un toro. ¿Has perdido la cabeza?

—Helena, estoy medio desnudo.

Entonces sí reparo en su cuerpo. Los boxers se ciñen a unas pantorrillas musculosas y morenas y la escasez de vestuario deja poco a la imaginación. Tiene unos oblicuos marcados y un abdomen repleto de músculos. Su pecho está poblado de un vello castaño claro por el que resbalan las gotitas de agua. Se me seca la boca y le doy la espalda completamente ruborizada.

—Vístete.

—En eso estaba.

Tengo tanto calor que no sé si se debe a lo que acabo de ver o a lo que Sophia me ha contado. Quizá es una mezcla de ambas. Lo único que sé es que no puedo permitir que Blake vuelva a subirse a lomos de un toro salvaje. La última vez tuvo un accidente que le costó cuatro semanas de rehabilitación, un collarín y un par de costillas rotas. Lo acredita la cicatriz que le envuelve el costado.

—Ya.

Me doy la vuelta y descubro que solo se ha puesto los vaqueros. Lo de ir sin camisa se está convirtiendo en una costumbre.

—Ponte una camiseta.

—Hace calor y suelo ir así. A Hannah no le importa.

—Yo no soy Hannah.

—Eres mi cuñada. No creo que te vaya a asustar un poco de carne. A la playa también voy así.

Resoplo. Se está llevando la conversación por otros derroteros porque es muy listo. No voy a permitir que esquive el tema.

—¿Cuándo pensabas contarme cómo te hiciste esa cicatriz?

Al fijarme con más atención me percató de que es una cicatriz horrible. Le cruza el costado derecho y se pierde por la parte baja de su espalda.

—Nunca —responde con toda la calma del mundo—. No creo que sea asunto tuyo.

—¡Lo es porque vas a subirte a ese toro por mi culpa!

—Voy a subirme a ese toro para pagar el tratamiento de mi hermano. Tú no tienes nada que ver en ello.

—Mentiroso.

Blake enarca las cejas.

—Te estás pasando —me advierte con una calma peligrosa.

Me trae sin cuidado que pierda los nervios. Ya lo he visto en su peor versión y no me asusta ni un ápice. Puedo con él. La pregunta es si él podrá conmigo. Tengo genio de sobra y éste no me ha visto enfadada.

—No competirías en el rodeo de Houston si yo no hubiera aparecido en tu vida. Ten la valentía de mirarme a los ojos y negarme que es cierto.

Blake me sostiene la mirada sin inmutarse. Es un hombre que posee una seguridad arrolladora en sí mismo y por un instante casi me lo creo. Pero empezamos a conocernos lo suficiente para intuir lo que se esconde en las motitas doradas de sus ojos. En las pupilas que se dilatan y en los iris que se han convertido en dos llamaradas doradas. A mí no me engaña.

—No te lo voy a permitir.

Blake arruga la frente al oír mi comentario y, de repente, se ríe. Es una risa grave y seductora que me obliga a apretar los dientes. Lo que faltaba. No estoy de humor para aguantar al vaquero fanfarrón.

—¿Qué no me lo vas a permitir? —replica con tono arrogante.

—Exacto —respondo sin dejarme amilanar.

—Me parece que ya soy mayorcito para tomar mis propias decisiones. Tengo treinta y seis años.

—Y yo veintiséis —pongo los ojos en blanco—. Y por lo visto tengo mejor juicio que tú aunque me saques unos años de ventaja.

—Anoche firmé la inscripción y esta mañana la envíe por correo postal.

—No te presentes.

—Lo tengo más que decidido.

—¡Qué cabezota eres! ¡Me sacas de quicio!

—Helena —Blake está perdiendo la poca paciencia que le quedaba y se pasa las manos por el pelo—. Soy perfectamente capaz de subirme a lomos de un toro bravo. Si lo he estado evitando durante estos últimos siete años es porque no tenía ningún motivo para arriesgarme o darle un disgusto a mi abuela. No ha sido por miedo.

—Me da igual por lo que haya sido —extiendo el brazo y sin pensármelo le acaricio la cicatriz. Blake se sobresalta y por un instante creo que va a apartarse. Entrecierra los ojos y noto que se estremece cuando mi dedo índice recorre el camino de su cicatriz—. Lo único que tengo claro es que no quiero que vuelva a repetirse. No tenía ni idea de lo peligroso que podía ser subirse a lomos de un toro hasta que tu abuela me ha contado que por poco te pisó la cabeza. Un animal que puede pesar hasta una tonelada. Por Dios, Blake. Me da pavor de solo pensarlo.

Me imagino la escena. Blake tratando de mantener el equilibrio a lomos de un toro salvaje y con la única ayuda de una cuerda que puede sujetar con una sola mano. Entonces sale disparado por los aires y el animal embravecido le pisa la cabeza. El resto me lo supongo y es más macabro que una película de Tarantino.

—Solo son ocho segundos.

—¡Ocho segundos en los que podría pasar de todo! —exclamo fuera de mí—. Ocho segundos que se me harían eternos.

Blake guarda silencio cuando se me quiebra la voz. Se limita a observarme mientras asimila mi angustia. No puedo permitir que participe en el torneo de monta de toros. No ahora que estoy al tanto de las consecuencias.

—Podemos conformarnos con la feria de ganado —le digo, esperanzada porque cambie de opinión.

—No es suficiente.

—Conseguiremos el dinero de otra forma.

—Helena...

Me alejo de él cuando intenta tocarme. Ha perdido el juicio y por lo visto no hay nada que yo pueda hacer para que se retire. Me siento impotente. Es como si hubiera aterrizado de golpe en la habitación del hospital en la que se encuentra Josh y tuviera que enfrentarme a la culpabilidad que me engulle desde que sufrió el accidente. Blake me pilla con la guarda baja cuando me acaricia la mejilla con extremada ternura y pregunta con voz suave:

—¿De qué tienes tanto miedo?

—No quiero que te pase nada —admito en un susurro.

—Estaré bien. Conseguiré el dinero. No te preocupes por mí.

—No te atrevas a prometerme nada que no sabes si puedes cumplir.

Me aparto airada y él deja caer el brazo. Me mira con prudencia y no se atreve a acercarse a mí. Hace bien. No voy a permitir que vuelva a tocarme porque me olvido de todo cuando lo hace.

—Todo esto es culpa mía. A ti no se te habría ocurrido lo del torneo de no haberte pedido el dinero.

—Me pediste ayuda para mi hermano. Lo demás corre de mi cuenta. No te adjudiques una decisión que no te pertenece.

—Ya me siento demasiado culpable por lo que le sucedió a Josh. ¿Por qué no eres capaz de entenderlo? —lo miro resignada y él se queda boquiabierto—. Ya tengo suficiente con un Sackler en el hospital.

—Un coche lo atropelló. No fue culpa tuya, Helena.

—Estábamos discutiendo —le cuento, y me da igual si me juzga por ello. Yo lo hago conmigo misma desde más de un año y podría entender su ira.

—Eso da igual.

—¡No! —exclamo compungida—. Tienes que saber la clase de persona que soy. ¿Quieres saber cómo perdí mi alianza? Se la devolví. Él fue en mi búsqueda y entonces aquel coche apareció de la nada y... el resto ya lo sabes. Si no te lo he contado antes es porque soy una cobarde.

Blake se queda callado y durante unos segundos asimila mis palabras. Y justo cuando creo que va a gritarme que soy una miserable, se limita a responder:

—No te culpo.

—Pues deberías hacerlo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado importante para Josh —responde sin una pizca de resentimiento, y añade mirándome a los ojos—. Porque eres demasiado importante para mí.

Hago un gran esfuerzo para contener las lágrimas. No merezco que me vea de esa manera. Desde que estoy aquí solo le he complicado la vida. Blake me pilla desprevenida cuando me abraza. Me derrito bajo sus brazos y acepto el consuelo que él me ofrece. Su piel es un refugio acogedor y de lo más cálido y entierro la cabeza en su pecho. Huele a tierra y a gel de baño. Uf, es una combinación que me encanta y no sabría decir por qué. Es como pisar tierra firme después de haber viajado durante una tormenta en un barco que se hundía. Y no lo entiendo. No debería sentir esto, pero no soy dueña de mis sentimientos y me aferro a él porque en el fondo me siento tremendamente bien cuando me sostiene con esos brazos tan fuertes y protectores.

—Estamos apañados. No nos vamos a poner de acuerdo —me quejo.

—Sí que estamos de acuerdo en algo.

Levanto la cabeza para mirarlo y él me ofrece una media sonrisa confiada que me resulta cautivadora precisamente porque es de lo más sincera y espontánea. Es extraño. Siempre tengo la impresión de que las cosas saldrán bien cuando estoy a su lado. Me hace sentir segura. Me gusta la sensación porque llevaba demasiado tiempo sintiéndome perdida y aterrada.

—Vamos a conseguir el dinero para el tratamiento de Josh.

—Vale —asiento algo más calmada, y añado con los restos de un enfado que todavía no se ha disipado—. Te mataré si te caes del toro. Más te vale agarrarte fuerte y salir ileso, John Wayne.

—Para serte sincero... tú me das más miedo que un toro salvaje, rubia.

27 de septiembre de 2020

Josh estaba agobiado por todo. El trabajo lo tenía amargado y apenas le permitía respirar. Tenía que hacer malabarismos para compartir el poco tiempo libre que le quedaba con Helena, y la mitad de las noches se quedaba dormido en cuanto caía rendido sobre el sofá. Aquella semana la había visto un total de una hora y media —si descontaba las horas de sueño y los minutos en los que fingía escucharla mientras sucumbía al sueño—. Helena parecía comprenderlo y siempre lo recibía con una cena caliente —se le daba fatal cocinar y hacía lo que podía—, y con algún conjunto de lencería que él estaba demasiado agotado para quitarle. Llevaban más de una semana sin acostarse y eso era muy raro viniendo de ellos. No es que no la deseara. Josh podría pasarse toda la vida acostándose con su esposa y siempre le parecería la mujer más sexy sobre la faz de la tierra. Pero el trabajo le quitaba las ganas hasta de echar un polvo. Porque cuando no estaba en la oficina redactando un puñado de bazofia de noticias, se veía arrastrado hacia algún antro de mala muerte en el que compartir unas copas con sus jefes para agradecerlos. Se dio cuenta muy pronto que el camino para conseguir un ascenso no se basaba en sus méritos profesionales, sino en lo simpático que les cayera al director y al redactor jefe del periódico. Por eso aceptaba de mala gana las invitaciones de Martin y Jack. Se habían hecho asiduos a clubs de Striptease y bares de copas donde se codeaba lo más granado de la sociedad de Chicago. Josh estaba haciendo contactos a una velocidad apabullante y desplegaba su encanto para escapar, cuanto antes mejor, de aquellas noticias tendenciosas que le provocaban arcadas. Pero el camino hacia el éxito estaba lleno de peldaños y él los subiría todos. Incluso si tenía que apartar la mirada cuando una stripper le ponía el culo en la cara y él le entregaba un billete de veinte dólares para que se fuera a molestar a otro.

«¿Quieres compañía, guapo?»

«No, gracias».

Y Josh se sentía como una auténtica basura porque estaba engañando a Helena. No le estaba siendo infiel, pero ocultar sus tejemanejes en el trabajo lo tenía asqueado. Se sintió como una mierda cuando llegó tarde a la cita en el restaurante italiano. Martin se puso a hablar sobre la NBA y él tuvo que aguantar con estoicidad cuando se llevó la conversación por otros derroteros y comenzó a quejarse de su primera exmujer. Intentó largarse varias veces en las que su jefe regresaba con otra copa. Josh sabía que Martin era un idiota volátil y que su ascenso dependía de mantener su confianza. Al final le dieron las tantas y tuvo que ponerle la excusa de que Helena lo había llamado por un fuerte dolor de cabeza y él debía llevarla al médico. Así consiguió quitárselo de encima. Luego llegó al restaurante y se encontró con el rostro tenso de Helena. La decepción de ella le dolió más que nada en el mundo. Pero a ver quién era el valiente que le explicaba a Helena que la había dejado tirada porque había estado trabajando en su ascenso con sus jefes en un club de striptease. Helena se pondría hecha una furia y él no podía culparla. Ellos se lo contaban todo. En la universidad eran muy sinceros el uno con el otro y se burlaban de aquellas parejas que salían a escondidas para no disgustar al otro. Creían estar por encima de

esos celos absurdos y de esa posesividad tan insana. No eran una pareja tóxica. Eran jóvenes, modernos y se querían bien. Y ahora, sin embargo, él le ocultaba lo de las horas extras en el trabajo y ella fingía que confiaba en él.

—¿Le gustaron las flores a tu novia? —preguntó Tracy.

La secretaria del periódico era una veinteañera atractiva y de enormes pechos que se empeñaba en coquetear descaradamente con él. Josh era lo suficientemente educado para no mandarla a la mierda, y lo suficientemente tajante para aclararle que a él no le interesaba de otra forma que no fuera una relación redactor/ secretaria. De todos modos, Tracy insistía por aquello de ligarse al nuevo.

—A mi esposa —la corrigió—. Y sí, le encantaron. Gracias por hacerme el favor de comprarlas. No me daba tiempo de ir a la floristería y fuiste muy amable. Te debo una.

—No hay de qué —Tracy se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con un gesto presumido y de lo más revelador. Entornó los ojos y se mordió el labio inferior—. Estoy aquí para cualquier cosa que necesites.

—Eh... gracias —respondió sin saber dónde meterse—. Perdona, estoy tremendamente liado con este artículo.

—Claro, te dejo trabajar.

Josh respiró aliviado en cuanto ella se largó hacia su escritorio. Como si no tuviera suficiente estrés, ahora también tenía que lidiar con Tracy. No, gracias. Su corazón ya estaba ocupado y Josh había decidido hace bastante tiempo que le pertenecía por completo a Helena. Sí, Tracy estaba de muy buen ver. Pero ya no era el Josh juerguista y soltero que se acostaba con cualquier mujer. Le había sido fiel a Helena desde que empezaron a salir juntos y su intención era seguir siendo la clase de hombre en el que ella podía confiar con los ojos cerrados. Cuestión aparte su secretillo sin importancia del trabajo. Pronto se quedaría en una anécdota cuando consiguiera el ascenso.

Recibió un mensaje de Helena cuanto estaba poniendo el punto final a un artículo titulado: *Los pedos de las vacas podrían acabar con la vida humana*. «Vomitivo». Lo peor era que aquellas noticias absurdas y carentes de rigor periodístico eran las más leídas del periódico por encima de la sección de actualidad política o el reportaje sobre *La caza furtiva en Zimbabue*. Josh se sentía como un estafador cuando sus jefes le daban la enhorabuena porque sus noticias reportaban una gran cantidad de clics al periódico. Si le hubieran dicho en la carrera que se iba a dedicar a escribir sobre las flatulencias de las vacas, se habría pegado un tiro o se habría matriculado en económicas. Pero al menos le quedaba la esperanza de que aquello fuera un mero trámite hasta conseguir un puesto para el New York Times o el Usa Today. Soñar era gratis.

Disfrutó de su minuto de paz hasta que le encargaran otra noticia mediocre y leyó el mensaje de Helena. Ella sí que tenía talento para resultar ingeniosa. Su pluma mordaz se quedaba en pañales

al lado de la de ella.

Helena: *ey! ¿qué te cuentas? Tengo que elegir entre estas dos portadas para un libro que trata sobre el maravilloso arte de la papiroflexia. ¿Cuál te gusta más?*

Josh observó las dos imágenes. Una era la típica gruya de papel y la otra una mariposa. Quizá le segunda estaba menos vista.

Helena: *la verdad es que no hay mucho que corregir en un libro cuyo contenido es un noventa y nueve por ciento de imágenes y un uno por ciento son instrucciones. Además dentro de una hora y media tengo una reunión con un prometedor escritor de una guía de viajes por la Europa del Este que cree que lo hemos engañado con las regalías que estipula su contrato. ¿Por qué no había ninguna asignatura en la universidad que me preparase para esto? ❖❖*

Josh se echó a reír. Ella tenía razón. La universidad no te preparaba para la vida real y ahora los dos tenían que lidiar con un trabajo que no era el de sus sueños. Él confiaba en que el esfuerzo y el sacrificio merecieran la pena. Él no se merecía acabar sus días escribiendo noticias basuras. Y Helena, desde luego, no había sido la mejor de su promoción para trabajar en la edición de libros de papiroflexia por muy amenos que le pudieran resultar al público.

Josh estaba a punto de responderle cuando Jack, el jefe de redacción, lo llamó a su despacho. Josh se olvidó de Helena y guardó el móvil dentro del primer cajón del escritorio. El deber lo llamaba por muy cutre que fuera. A ver qué nuevo y apasionante tema —nótese la ironía—, le tenían preparado.

Helena suspiró resignada. No tenía por qué engañarse a sí misma y la pura verdad era que se había quedado bastante chafada después de que Josh no respondiera a su mensaje. Sabía de sobra que editar un libro de papiroflexia no era el trabajo más emocionante del siglo, pero esperaba que él le respondiese con alguna de sus bromas ocurrentes porque siempre conseguía ponerla de buen humor. Pero Josh estaba demasiado ocupado. Últimamente siempre lo estaba. Demasiado ocupado para mantener una conversación con ella. Demasiado ocupado para ver alguna película de Woody Allen y comentarla con ella. Demasiado ocupado para hacerle el amor. Y ella, por más que intentaba disculparlo, comenzaba a estar harta de vivir sola.

Penny entró con su característica sonrisa en aquella cafetería tan céntrica. Hacía bastante que no se veían y se fundieron en un abrazo. Penny irradiaba felicidad y Helena se sintió mejor nada más verla. La había citado para almorzar porque las dos trabajan muy cerca la una de la otra y tenían tiempo libre para comer.

—¿Qué es eso que tienes que contarme? —le preguntó impaciente y deseando escapar de su rutina—. Tienes buena cara. Suéltalo ya.

—He conocido a alguien.

Helena la miró extrañada. Viniendo de Penny, ese alguien debía ser muy importante para ella. Porque su mejor amiga huía de las relaciones estables como de la peste.

—Ay, Dios, ¿cómo se llama el afortunado?

—Crystal.

Helena no pudo disimular su sorpresa. Crystal era nombre de mujer. Ella se consideraba muy abierta y jamás hubiera juzgado a nadie por su orientación sexual. Pero conocía de sobra a Penny y su amiga tenía un largo historial de conquistas masculinas. Jamás se lo hubiera imaginado. Penny se rio al ver su expresión.

—Has puesto la misma cara que mi hermano.

—No sabía que fueras...

—Bisexual —la corrigió antes de que pronunciara la palabra equivocada—. Ni yo tampoco lo sabía. Conocí a Crystal en una discoteca y me cambió todos los esquemas. No entendía lo que me estaba pasando. Es la primera vez que me siento atraída por una mujer. ¿No te sentirás incómoda siendo mi amiga?

—¡Qué dices! —exclamo, todavía un tanto perpleja—. Lo que me siento es muy feliz por ti. Estás radiante. Te gusta de verdad. Estoy deseando conocerla.

—Tiempo al tiempo. Por ahora estamos yendo despacio. Todo es nuevo para mí. Tener pareja, salir con una mujer... ya tendrás tiempo de conocerla. Crystal es maravillosa. Guapísima, divertida, me soporta que ya es mucho. Te caerá bien.

—Ya me cae bien porque se nota que te hace muy feliz.

—¿Y a ti qué te pasa? —Penny le cogió la mano y la miró con interés. Se conocían desde hacía muchos años y era la segunda persona que mejor la entendía en el mundo. La primera era Josh—. Tienes cara de preocupación. Eres de esas personas que no puede disimular lo que siente. He sabido que te pasaba algo desde que he entrado por la puerta.

Helena se desahogó con Penny sin dudarle. Su amiga siempre era sincera y necesitaba una segunda opinión. Penny la escuchó sin pestañear hasta que ella se quedó a gusto y sintió que no le quedaba nada dentro.

—Ay, cielo... ¿eso es todo?

—¿Te parece poco?

Penny le dedico una mirada entre tierna y burlona.

—Lleváis dos años juntos. Acabáis de casaros. Se acabó el cuento de hadas.

—¿Me estás diciendo que ahora viene lo peor? —preguntó perpleja.

—Te digo que ahora viene enfrentarnos a la realidad. La universidad no cuenta. La universidad fue ese sitio donde todos podíamos vivir la vida a tope. Teníamos libertad, muy pocas obligaciones y un montón de sueños.

—Y yo estaba deseando que se acabara...

—Bienvenida al club de la hostia de realidad —respondió con ironía—. Yo tengo que hacer horas extras que no me pagan y mi jefa, que por cierto, es odiosa, me recuerda constantemente que debo dar gracias por estar trabajando de lo mío. No llego a fin de mes con mi sueldo de mierda y tengo que compartir piso con un idiota al que no soporto. Pero *C'est la vie!* Nadie dijo que fuera fácil. Solo espero que merezca la pena.

—Me estás embajonando.

—Oye... si te sirve de consuelo, y fíjate que nunca creí que sería yo quien te diría esto: veo a Josh incapaz de ponerte los cuernos. Seguro que tuvo una buena excusa para fallarte ese día y que si le das la oportunidad de explicarse te quedarás más tranquila. Te mira como si fueras lo mejor que le ha pasado en la vida. Me costó hacerme a la idea de que lo vuestro tenía futuro, pero lo entendí cuando comprendí que os queríais con locura. Jamás te perdonaré que no me invitaseis a la boda, pero...

—Está más distraído de lo normal. Es que lo siento tan lejos...

—Quizás estás un poco celosa porque estás acostumbrada a ser lo primero para él.

—Dios mío, ¿tú crees? —a Helena se le cayó el alma a los pies. No se había planteado aquella posibilidad.

—Ya no estamos en la universidad. Josh tiene un trabajo y no se va a saltar una clase para estar contigo porque has tenido un mal día. Las relaciones evolucionan. Los matrimonios tienen buenos y malos momentos. ¿O pensabas que todo iba a ser un dulce camino por el paraíso? Tesoro, bienvenida al mundo real.

—Mierda, tienes razón. He sido demasiado dura con él.

—Dile como te sientes. No te lo guardes. La base de cualquier relación sana es la comunicación. Sin ella no hay confianza.

—Madre mía, pareces toda una gurú. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga la eterna soltera?

—Es una frase de Crystal.

Helena envidió el enamoramiento que había en la cara de su amiga. Era justo la sensación que

había tenido ella con Josh durante los primeros años de su relación. Como probar la droga más adictiva. Quizá ahora se estaba desintoxicando y empezaban a verse tal cual eran. Imperfectos. Reales. Con aristas. Podía con ello. Al fin y al cabo estaba enamorada de él y eso era más de lo que tenían muchos matrimonios.

Los días en el rancho son tremendamente duros y todas las noches caigo rendida en la cama. Jamás he dormido mejor en mi vida. Comenzamos la jornada antes del amanecer con un copioso desayuno al que ya no hago ascos porque de lo contrario caería desfallecida antes de las diez de la mañana y me ganaría una mirada irritada de Blake. Paradise Lake es un rancho de doce mil hectáreas y tenemos que arrear las más de cien cabezas de ganado desperdigas por la propiedad. Estoy aprendiendo sobre el trabajo de un cowboy a pasos agigantados y he llegado a la conclusión de que es una vida salvaje y no apta para cualquiera. Aquí no hay escritorios, aire acondicionado, ordenadores portátiles o el estrés de la ajetreada vida de la ciudad.

El amanecer es un espectáculo de tonos púrpuras, azules lúgubres y destellos dorados en el que reina un silencio sepulcral de vez en cuando roto por el ulular del búho cornudo, cuyo alcance de la vista es legendario según me ha explicado Blake. Pero lo que más me preocupa son los animales que no pueden verse a simple vista: los escorpiones rayados que se ocultan bajo las rocas, las serpientes, las viudas negras, las lagartijas espinosas... La lista es tan interminable y Blake me ha metido tal miedo en el cuerpo que ahora entiendo por qué me dijo que el lugar más seguro para un vaquero es a lomos de su caballo.

Daisy y yo nos hemos hecho inseparables. La cabalgo como si llevara media vida haciéndolo y me adapto lo más rápido que puedo en un intento por resultar útil. El rancho de Blake se especializa en la raza bovina beefmaster, que es un tipo de ganado originario de Texas con un característico pelaje castaño rojizo y muy cotizado en el mercado. A priori parecen ejemplares mansos, pero las hembras pesan hasta ochocientos kilogramos y los machos pueden llegar a alcanzar los mil trescientos. Nunca hay que subestimarlos porque son animales salvajes y su reacción depende del entorno. Nuestra tarea es arrear al ganado alrededor de un área semidesértica donde el aprovechamiento de los recursos es esencial, porque de lo contrario los pastos crecerían sin control en los montes y una simple chispa podría desatar un incendio. Blake me explica que el rancho debe enfrentarse a las condiciones variables del tiempo: heladas, sequías, tormentas de arena... así como a las nuevas regulaciones que lo hacen todo más complicado. Cada día es diferente y siempre debemos enfrentarnos a un nuevo problema: una máquina que se estropea, una vaca que enferma... o el ganado que se extravía y corre el riesgo de morir atropellado en alguna carretera secundaria. No es fácil, pero se nota que a Blake le apasiona su trabajo y ha nacido para ello. Por eso algunos propietarios de viejos ranchos optan por venderlos a nuevos ricos que los compran como pasatiempo y no tienen la intención de hacerlos funcionar como rancho. Sé que a Blake le produce urticaria de solo imaginarlo.

El arreo del ganado es harina de otro costal. Nunca sabes cómo van a reaccionar los animales en función de las decisiones que se toman cada día. Stuart, Bill y Blake son unos expertos en el manejo del lazo y atrapan a los ejemplares más conflictivos cuando éstos se niegan a obedecerlos. Trabajamos bajo un sol abrasador durante varios kilómetros, por eso debemos mantener un ritmo tranquilo para evitar los golpes de calor. La parte más complicada y peligrosa

del trabajo es encerrar a las reses en el corral porque son claustrofóbicas por naturaleza. A veces los caballos se asustan y se encabritan y Blake se empeña en mantenerme al margen en ese momento. Pero yo soy tozuda e insisto en probarme a mí misma porque no quiero ser ningún lastre. Esta mañana Stuart se ha caído de su montura y nos hemos llevado un buen susto. En realidad he sido yo la que se ha asustado. Blake apenas se ha inmutado y Bill se ha burlado del mayor de los vaqueros diciéndole que le pesaba el culo. Stuart se ha incorporado con el orgullo herido y el brazo dislocado. Ni siquiera un vaquero curtido y con tanta experiencia como Stuart puede confiarse, y me ha tocado llevarlo al médico para que le recolocaran el hombro.

El día ha continuado con normalidad —si es que llego a acostumbrarme a semejantes accidentes laborales—, y hemos recibido la visita del veterinario para desparasitar a los ejemplares. Ha sido un momento bastante tenso y estresante para el ganado porque tocaba separar a los terneros de sus madres. Entonces he comprendido por qué ser vaquero está considerada como una de las profesiones más peligrosas de Estados Unidos. Blake tenía que seleccionar a los ejemplares más fuertes, que es a los únicos que se les permite reproducirse según la regulación estatal. El resto te lo puedes imaginar. Se me ha empezado a revolver el estómago y él se ha acercado galopando hacia mi montura. En ese momento Bill ha recibido la patada de un ternero al que intentaba sujetar y ha dejado de reírse tanto.

—¿Te importa pedirle a Hannah que nos prepare limonada? Nos vendrá bien refrescarnos y hacer una pausa.

No he puesto objeciones porque sé que me estaba haciendo un favor para liberarme de una escena que no me apetecía ver. Es cierto que a lomos de Daisy me siento liberada y como si estuviera en una película del Lejano Oeste. Pero también es cierto que a veces determinadas tareas me superan y que no estoy a la altura de los demás. Es lo que tiene ser vegetariana y trabajar en un rancho ganadero. Gajes del oficio. Estoy galopando con el viento de cara y me siento inesperadamente mejor. Echaré de menos montar a caballo mientras el aire cálido me revuelve el pelo. El paisaje es de una belleza sobrecogedora e indómita. No es el típico bosque verde y de cuento de hadas que aparece en las películas. Los pastos son cortos y el suelo arcilloso está salpicado de mezquites, yucas, cactus, enebros y álamos. El sol brilla con fuerza y el cielo es del tono más azul y despejado que he visto en mi vida. Texas no es para cualquiera. Paradise Lake es un paraíso escarpado de carreteras interminables, horizontes áridos y caminos polvorientos. Entiendo perfectamente lo que Blake siente por este lugar. Su necesidad de protegerlo y de salvaguardarlo de malas manos porque es un rancho auténtico y salvaje. Porque es su hogar.

Dejo a Daisy atada al poste del porche, le doy de beber y le regalo una zanahoria que se zampa en tres bocados. Es un premio más que merecido para una yegua maravillosa. Luego entro en la casa para ayudar a Hannah con la limonada. Preparamos algunos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de fresa mientras se me hace la boca agua. Nunca he tenido un apetito tan voraz como desde que estoy trabajando en el rancho. Ella me pregunta qué tal me ha ido el día. Le soy sincera y ella se parte de risa cuando le cuento que he estado a punto de vomitar al ver que estaban seleccionando a los ejemplares que debían ser castrados. Sé que siguen escrupulosamente la regulación estatal y en el fondo me consuela contemplar de primera mano

que el ganado lleva una buena vida en el rancho y no crece hacinado en jaulas como he visto en varios documentales. Estoy cortando el último sándwich cuando llaman a la puerta. Supongo que es el herrero y voy a recibirlo. Toca herrar a los caballos porque las herraduras se desgatan cada poco tiempo y hay que reemplazarlas para evitar lesiones en los cascos. Puedo encargarme de ello mientras Blake y los demás terminan de trabajar con el ganado. Pero, cuando abro la puerta, no tengo delante al simpático y bonachón herrero, sino a una furiosa Stella que entra en la casa sin que nadie la invite.

—Tú —doy un respingo cuando me señala con una uña pintada de fucsia—. ¿No te da vergüenza poner en riesgo la vida de Blake por un puñado de miles de dólares?

Estoy tan confundida que me cuesta encontrar mi voz. Quizá porque no me esperaba este ataque y desearía enfrentarme a cualquier persona en el mundo que no fuera la madre de Avery.

—Creo que deberías hablar con él —respondo con tono educado—. Está al llegar. ¿Quieres que te sirva algo de beber?

Stella me repasa con unos ojos cargados de desprecio y tuerce los labios. No es la clase de persona que disimula lo que siente por los demás. Por el rabillo del ojo veo que Hannah se asoma por la puerta de la cocina y se encoge de terror como si fuera esa chiquilla de instituto a la que Stella le hacía la vida imposible. Tengo que contenerme para no sacarla a empujones. Si no lo hago es porque aprecio demasiado a Blake para meterlo en problemas con la madre de su hija.

—Conmigo no te sirve esa actitud de mojugata. Te tengo calada, bonita.

—Deberías marcharte —le pide Hannah con voz débil.

—Tú no te metas, ridícula. Limítate a lavar calzoncillos que para eso te pagan.

—Oye —aprieto los dientes porque no pienso tolerar que se meta con Hannah—. No le faltes el respeto. Si tienes algún problema, será mejor que lo hables con Blake. Nosotras no tenemos por qué aguantarte.

—Ya vas sacando tu genio... —aplaude a escasos centímetros de mi cara y siento que me hierve la sangre—. Eres una zorra. Sé lo que pretendes. Obligar a Blake a subirse a un toro que por poco lo mató hace siete años. Seguro que ya te has planteado lo que hacer con el dinero. ¿Unas tetas nuevas? Buena falta te hacen. ¿Te crees que me chupo el dedo? ¿Te crees que voy a permitir que pongas en peligro la vida del padre de mi hija?

—Te equivocas conmigo —me limito a responder, porque no puedo explicarle quién soy en realidad o en qué va Blake a emplear el dinero. Tampoco creo que sea asunto suyo.

—¿Sabes quién estuvo a su lado cuando se estaba recuperando en un hospital? ¡Yo! No sé qué es lo que te habrá contado, pero Blake y yo nos queremos y no voy a permitir que una niña rubia y con cara de no haber roto un plato me lo quite solo porque está interesada en su dinero.

—Stella.

Blake entra en la casa como un vendaval. Es evidente que ha escuchado todo lo necesario para hacerse una idea de lo que está pasando. Contempla a Stella con furia mal contenida y ella se viene automáticamente abajo. Bill y Stuart se mantienen en un discreto segundo plano. Todos estamos demasiado incómodos para abrir la boca.

—Blake, yo solo quería protegerte... —musita ella con los ojos anegados de lágrimas.

—Te acompaño a la salida —le pide él sin dejarse impresionar.

—¿Por qué no ves que esa zorra te quiere solo por tu dinero? —le recrimina chillando, y se zafa de su agarre cuando él la coge del brazo.

Blake se tensa cuando la escucha insultarme.

—No vuelvas a insultarla. Se acabó, vamos fuera —se enerva cuando ella no se mueve del sitio —. Stella, no me lo pongas más difícil.

Blake consigue atraparla y ella se revuelve como una fiera. Bill y Stuart se apartan de la puerta para dejarlos pasar. Blake está que se sube por las paredes y hace todo lo posible para que no se le note. A pesar de que actúa con una calma y una frialdad muy estudiadas, la rabia que siente por dentro es difícil de camuflar. Hannah sacude la cabeza y regresa a la cocina. Bill la sigue visiblemente incómodo y entiendo que todos vamos a hacer como si no hubiera sucedido. Es lo mejor. Hasta que Stuart se acerca y me da una palmadita afectuosa en el brazo.

—Olvídate de ella —me pide, leyéndome el pensamiento.

Soy una persona muy transparente y mi malestar es demasiado visible para ocultarlo.

—Lo último que quiero es causarle problemas a Blake.

—Ya los tenía antes de que tú llegaras. Ella siempre encontrará un motivo para liársela. Hoy eres tú. Mañana será por otra cosa. No te atormentes por algo que no te concierne.

—¿Y si tiene razón y Blake se está poniendo en peligro por mi culpa?

—Blake es un adulto capaz de tomar sus propias decisiones. Haría cualquier cosa por su hermano. La culpabilidad lo atormenta y es demasiado grande para ignorarla. Créeme. En el fondo tú eres la oportunidad que estaba esperando para redimirse.

No sé a qué se refiere y tampoco me atrevo a preguntar. Ojalá Blake se anime a ser sincero y me explique que fue eso tan grave que lo alejó de su hermano. Seguro que tiene solución. Seguro que puedo convencerlo de que vaya a hacerle una visita al hospital.

Hago una pausa después de ver a Blake entrenando para el torneo de monta de toros. Después de haber presenciado el entrenamiento, las palabras de Stella calan en mi conciencia más de lo que me gustaría. Hasta ahora no sabía nada sobre el bull riding y ayer estuve investigando. Es un deporte de riesgo e incluso hay una asociación a nivel estatal que regula las normas. La raza Plummer ha sido creada para este deporte y Blake tiene contactos a los que les ha pedido varios ejemplares con los que ir entrenando. Para que te hagas una idea: un ejemplar de piel blanca, mil kilos y cuernos puntiagudos llamado Diablo es el encargado de tirar a Blake cuatro veces seguidas. El quinto intento consigue aguantar cuatro segundos. Debe durar ocho segundos a lomos del toro. Aparto la vista cada vez que lo veo morder el polvo y levantarse con dificultad.

Me va a dar un infarto y me siento impotente porque no puedo hacer nada por ayudarlo salvo sufrir por él.

Debe mantenerse montado sobre el toro con una sola mano sin soltar la cuerda que lo ata al animal y aguantar ocho segundos de saltos y giros bruscos en los que el toro hará todo lo posible para zafarse de él. No puede utilizar la violencia para someter al animal y se requiere de una gran técnica. Nada de emplear fustas, espuelas con filo o choques eléctricos. Es la destreza del vaquero contra un animal salvaje en un deporte con estrictas reglas que velan por el bienestar del animal. Los ochos segundos más peligrosos del deporte. Ocho segundos en los que su vida pende de un hilo y competirá con grandes leyendas de este deporte que, para qué engañarnos, entrenan todos los días y no llevan siete años sin subirse a un toro.

Aparto la vista cuando Blake vuelve a morder el polvo. Decido que ya he visto suficiente y entro en la casa. Hannah está en la cocina preparando algo que huele delicioso y no puedo resistir el impulso de hablar con ella mientras voy a buscar el botiquín. Me temo que Blake va a necesitarlo.

—No deberías permitir que Stella te hable así.

Ella se encoge de hombros. Es demasiado humilde para enfrentarse a ella y tiene un gran corazón.

—Es la madre de Avery.

—Lo dices como si eso lo justificara.

—Tú tampoco la has puesto en su sitio.

—Me habría encantado —admito mosqueada—. Si no lo he hecho es porque no quiero causar más peleas entre Blake y ella. De lo contrario me habría oído. Pero tú no tienes que soportar sus insultos. Ya no estás en el instituto.

—Al menos Bill ha sido muy amable conmigo... —responde ilusionada.

—¿Qué tal os va?

—Creo que me voy a declarar. Te haré caso. No puedo esperar toda la vida a que él se fije en mí.

—¡Esa es mi chica!

La alegría me dura poco. Sacudo la cabeza cuando Blake sale disparado por los aires y, nada más aterrizar en el suelo, vuelve a ponerse en pie y se acerca con determinación a Diablo.

—Buena suerte —me dice Hannah al intuir mis intenciones—. A cabezota no lo gana nadie.

—Uy, ni a mí tampoco.

Blake está a punto de subirse encima del toro —he perdido ya la cuenta—, cuando lo intercepto. Me acerco a él sin dejarme intimidar por su cara de malas pulgas. Está cubierto de polvo y tiene el pómulo izquierdo inflamado.

—Se acabó por hoy.

—Todavía no ha atardecido.

Lo agarro del brazo cuando hace el amago de volver a entrar en el corral. Blake me atraviesa con la mirada y ni me inmuta. Él tendrá genio, pero yo también. Y de hecho me sobra para enfrentarme a un vaquero testarudo que no sabe cuáles son sus límites.

—Estás sangrando.

—Puedo seguir.

—Mañana será otro día —le digo con suavidad—. Como tú me decías a mí cuando estaba empezando.

No sabe qué objetar a mi réplica y opta por acompañarme de mala gana bajo la sombra de un frondoso árbol. Lo observo con los labios apretados. Una hilera de sangre le gotea por la mejilla y tiene la camisa desgarrada. Intuyo los moratones que hay debajo de la tela sin necesidad de quitársela.

—Estás hecho un asco.

—Muchas gracias.

Empapo el algodón en agua oxigenada y Blake atrapa mi muñeca antes de que pueda desinfectarle la herida. Se gana una mirada irritada de mi parte. Entrecierra los ojos y me observa con curiosidad. Resoplo. ¿Y ahora qué?

—¿Por qué tengo la impresión de que estás enfadada conmigo?

—No estoy enfadada —respondo con voz queda, y añado de mala gana—: Pero me prometiste que sabías lo que hacías y que no te pasaría nada. Me has engañado.

—Solo son unos rasguños. El entrenamiento no está libre de dolor. «Hay que soportar los golpes sin dejar de avanzar. Así es como se gana». ¿Sabes quién lo dijo?

Pongo los ojos en blanco.

—No te hagas el gracioso conmigo.

—Rocky Balboa.

—Muy bien, Rocky —aprieto el algodón contra su pómulo y él suelta una maldición—. No te quejes. Tienes que soportar los golpes.

—¿No puedes ser un poco más cariñosa? —pregunta con tono socarrón.

Evito su mirada y me pongo colorada sin remedio. Va a ser que no. No puedo ser cariñosa con él ni aunque lo esté sugiriendo en broma. El contacto físico entre nosotros va a limitarse a lo estrictamente necesario. Es lo mejor para los dos.

—Quítate la camiseta —le ordeno con voz ronca, y añado por si las moscas—: por favor.

Blake obedece sin rechistar y se me escapa un quejido de impresión. Es peor de lo que imaginaba. Debe dolerle por mucho que se haga el duro. Sé que acabo de decir que el contacto físico entre nosotros está prohibido, pero no puedo resistir el impulso de tocarle el hematoma que le recorre las costillas. Blake se sobresalta.

—No hagas eso.

—Voy a ponerte una pomada analgésica. Lo haré con todo el cuidado que pueda.

Blake no dice nada y se pone completamente rígido cuando le extiendo una generosa capa de pomada con toda la delicadeza posible. Contiene el aire y clava la mirada en el horizonte. Me pregunto qué estará pensando. La piel de su abdomen es suave y bronceada por las largas horas que pasa trabajando bajo el sol. Decir que está más duro que una piedra es quedarse corta.

—Gracias —responde cuando termino.

—Quizá podrías tomarte unos días de descanso mientras te curas.

—No.

Se me escapa un suspiro. Es tontería discutir. Los dos somos un par de cabezotas y me da que él me gana por goleada. Apoyo la espalda en el tronco del árbol y le rezo a todos los dioses para que lo mantengan a salvo. Ojalá que lo peor que pueda pasarle entrenando sean algunos

moratones.

—Lo siento.

Abro los ojos y lo miro sorprendida. Blake me mira avergonzado y entiendo a qué se refiere. Sonrío con debilidad. No puede estar hablando en serio. Jamás lo culparía por el comportamiento de su ex.

—No es culpa tuya.

—Me siento como una mierda cuando te insulta. Claro que es culpa mía. La habría echado a patadas de no ser la madre de mi hija. Da igual las veces que lo hable con ella. Al cabo del tiempo vuelve a ser la misma de siempre.

—Me creeré que el accidente de Josh no es culpa mía cuando tú dejes de culparte por el comportamiento de Stella. ¿Trato hecho?

—Tramposa.

Blake se recuesta sobre el tronco del árbol muy cerca de mí. Su hombro y su pierna izquierda rozan los míos. Intento ignorar el calor abrasador que me sube por el estómago. Pone una mano sobre mi muslo y la deja allí como si fuera lo más normal del mundo. Debería serlo. Un simple contacto cariñoso entre dos cuñados que se llevan bien.

—Me da igual lo que diga Stella —me dice muy cerca del lóbulo de mi oreja. Su aliento me hace cosquillas en la piel—. Sé que te ha dejado tocada. Por favor, ignora su lengua viperina. De lo contrario los dos nos sentiremos fatal. Lo único que quiero es que disfrutes de tu estancia en el rancho durante el tiempo que estés con nosotros. Daría lo que fuera por verte sonreír. Tienes una sonrisa preciosa, Helena.

—No puedo sonreír. Hace mucho tiempo que siento que no me lo merezco.

—No digas eso —Blake me mira apenado—. Algo habrá que pueda hacerte feliz. Déjame regalarte eso. Nos harías felices a los dos.

—Una fogata con malvaviscos.

—¿En serio?

—Sí —sonrío con debilidad—. De pequeña me encantaba hacerlas cuando mis padres me llevaban de acampada. Debe ser increíble hacer una fogata bajo una noche estrellada. Eso es todo lo que quiero. Y que te cuides, Blake. Puedo soportar hacer de enfermera, pero no que acabes en el hospital.

—No voy a acabar en el hospital —responde convencido, como si eso dependiera de él—. No voy a privarte tan rápido de mi compañía ahora que estás empezando a cogerme cariño, rubia.

Me río sin poder evitarlo. Ojalá cariño fuera lo único que siento por él. Porque la realidad es demasiado complicada para asimilarla y me siento muy culpable cada vez que comprendo que mis sentimientos por Blake son, cuanto menos, ambiguos.

29 de octubre de 2020

A pesar de que no era el trabajo de sus sueños, Helena se sentía más que integrada en la editorial. Era una empresa pequeña y con pocos empleados en la que se respiraba compañerismo y buen rollo. Estaba Freddy, el diseñador gráfico y maquetador. Wendy, encargada de la contabilidad. Max, el traductor de las obras extranjeras. Lizzy, responsable de marketing, redes sociales y prensa. Jace, el director. Y luego estaba Helena, que se encargaba un poco de todo: editar, seleccionar las obras que pasaban por el filtro final de Jace, corregir... así que aunque trabajaba para una editorial pequeña, desde luego no se aburría. Y se sentía muy valorada en un entorno donde todos la respetaban y escuchaban sus ideas con entusiasmo. Era la nueva. Sangre fresca. Y Jace estaba loco por ella porque le recordaba a él cuando era un chaval con ganas de comerse el mundo.

Aquella mañana la llamó a su despacho. Helena estaba corrigiendo un manual de fotografía para principiantes y el contenido era tan interesante que hasta le dieron ganas de comprarse una cámara. En la universidad se hubiera llevado las manos a la cabeza de saber que se encargaría de editar manuales de todo tipo, pero en el fondo debía admitir que su trabajo se veía recompensado por las ventas y el beneplácito de su jefe.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Jace.

Jace Petterson había fundado Petterson Publishing después de dimitir de su puesto de editor en una de las mayores editoriales del país. Helena jamás se había atrevido a preguntarle por qué había tomado aquella decisión, pero si algo tenía claro era que una carta de recomendación de Jace Petterson la ayudaría a encontrar empleo en cualquier editorial.

—Entretenido. Tengo el email abarrotado de propuestas y le he echado el ojo a una guía de autoayuda para manejar las emociones que tengo la impresión de que será todo un bombazo.

—Me encanta ver que te desempeñas tan bien en tu puesto. No me equivoqué contigo. Lo supe en cuanto te vi.

—Gracias —respondió con humildad.

—Ya sé que no lo ves como un trabajo definitivo. Si estudiaste literatura fue para editar libros de narrativa y entiendo que esto es un trampolín para buscar otra cosa... —comenzó diciendo Jace—. ¿Sabes por qué abandoné Dolphin House?

—No. Siempre me lo he preguntado pero no quería parecer una cotilla.

Jace aflojó una sonrisa. Helena era la hija que a él le hubiera gustado tener. Lista, trabajadora y bondadosa. Para él sus hijos eran los libros que había editado durante su larga trayectoria profesional y ahora se conformaba con aquel retiro que le aseguraba la jubilación mientras

cuidaba de su colección de bonsáis. Pero la ambición y el amor por los libros de su nueva pupila le habían hecho recuperar la ilusión. ¿Y por qué no confiar en ella para llevar a cabo esa iniciativa?

—Lo dejé porque tenía orden de editar libros comerciales y que triplicaran en beneficios lo que se había invertido en ellos. Toda una vida dedicada a la edición, y de repente me vi hastiado y editando libros en los que ni yo mismo creía. Por eso me largué y fundé esta editorial. Supe que no podía sobrevivir editando narrativa y compitiendo contra los grandes gigantes de la edición, y opté por los manuales porque son fáciles de vender. Quería asegurarme la jubilación y ser fiel a mí mismo. Nada de editar basuras comerciales que se vendían como churros.

—Vaya...

—Sí, vaya —admitió con ironía—. Sé que quieres una carta de recomendación y me comprometo a escribirte una cuando lleves un año trabajando para mí. Pero ¿y si te propusiera ser la editora jefa de la nueva línea de la editorial?

—¿Vas a sacar una nueva línea?

—No entraba en mis planes, pero este año las ventas han ido mejor que nunca y confío ciegamente en ti para seleccionar los títulos. Los elegirías en función de su calidad y no de su viabilidad comercial. Tendrás carta blanca. Sé que no trabajarás para una gran editorial, pero tendrás la libertad que ellos jamás podrán ofrecerte. Editora jefa de nuestra colección de narrativa. ¿Qué me dices?

Helena se quedó tan impresionada por la propuesta que las palabras se atascaron en su garganta. Sobre todo se sentía muy halagada porque apenas llevaba un mes trabajando en la editorial y el mismísimo Jace Petterson le confiaba semejante responsabilidad. Pero también implicaba abandonar sus planes y centrarse en una pequeña editorial donde el sueldo y la notoriedad no serían los mismos. Estaba en una encrucijada y le pidió tiempo para pensarlo. Jace se lo concedió.

Estaba deseando llegar a casa para contárselo a Josh y pensó que aquella noche utilizaría el libro de «Las cien recetas para triunfar» que saldría a la venta la semana que viene. Prepararía aquella merluza al horno con salsa de naranja que tenía tan buena pinta. Quería sorprender a Josh más allá de sus tostadas quemadas o sus sopas de sobre. Los dos se merecían tener una cenita romántica porque últimamente lo más bonito que se decían era un triste: «buenas noches».

Josh llegó agotado del trabajo. Eran más de las nueve de la noche cuando cruzó la puerta del apartamento. Llevaba más de doce horas fuera de casa y lo único que le apetecía era tirarse en la cama y olvidarse de noticias de mierda y los chistes machistas y homófobos del capullo de Jax. Fingir que le caía simpático era peor que una patada en el estómago. Casi tan vomitivo como malgastar mil quinientas palabras escribiendo un artículo cuyo título era: «¿A qué huele un

orgasmo?». Le empezaba a pesar demasiado luchar por un ascenso rodeado de tanta mediocridad. Sus jefes, las jornadas maratónicas, el poco tiempo que pasaba con Helena, el estrés porque sus artículos consiguieran la mayor cantidad de clics, la competencia insana con el resto de los redactores del periódico... Aquel día por poco había acabado con él y tuvo ganas de tirarse por la ventana cuando le llegó un tufillo a comida quemada.

—¿A qué huele? —arrugó la nariz y pensó que Helena tenía talento para cualquier cosa que no fuera meterse entre fogones. De todos modos, ella seguía intentándolo y lo obsequiaba de vez en cuando con comidas que él ingería por no hacerle un feo.

Ella asomó la cabeza por encima de la barra americana. Llevaba una camiseta suya de los AC/DC repleta de manchurroneos naranjas y Josh se abstuvo de decirle que al menos podría haber utilizado un delantal. Lo último que le apetecía era discutir. Quizá las manchas salieran con desengrasante. Quizá el estrés del trabajo le estaba afectando al carácter porque últimamente se gastaba un humor de perros.

—He quemado el pescado —respondió compungida—. En el libro de recetas parecía más fácil. He pedido pizza.

—No pasa nada. Tampoco tengo mucha hambre.

Helena le dio un beso en los labios y él la recibió derrotado. Tenía a la mujer más increíble del mundo esperándolo en casa después de trabajar y él solo quería tumbarse en el sofá. Se sintió miserable y trató de corresponder al beso. El cansancio lo arrastraba hacia la cama y Helena lo notó. Se apartó de él visiblemente decepcionada y Josh intuyó que creía que la rechazaba por los motivos equivocados.

—Lo siento. Estoy muerto —se disculpó, le sostuvo las mejillas y añadió con tono cansado—. Te quiero.

Helena se ablandó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Trabajas mucho.

—Lo sé.

Cenaron en silencio y Josh apenas probó bocado a pesar de que ella había pedido pizza de pepperoni, su favorita. Últimamente no tenía fuerzas ni para saborear los gestos cariñosos de ella. Pensó que ya se lo recompensaría cuando el ascenso fuera suyo. La llevaría a cenar a un sitio carísimo, harían algún viaje y él le haría el amor hasta que a los dos les temblara el cuerpo.

—Jace me ha propuesto ser la nueva editora de su línea de narrativa. Tiene pensado crearla dentro de unos meses. ¿Te lo puedes creer? —le contó emocionada.

Josh la miró extrañado.

—Pero tú quieres trabajar para alguno de los grandes, ¿no?

—Eh... sí —respondió, y Josh comprendió por su tono que no era la reacción que ella esperaba oír. Así funcionaban ahora. Él la decepcionaba incluso cuando ni siquiera se percataba de ello—. Pero no me esperaba una propuesta como ésta. Tendría total libertad para seleccionar los títulos. Ya sé que no es Dolphin House, pero...

—Tú puedes aspirar a más —le dijo categórico, y un tanto furioso con ella porque se conformase con tan poco. Por el amor de Dios. Tenía veinticuatro años y unas credenciales académicas que ya las quisiera él para sí. ¿Por qué tiraba la toalla y aceptaba lo primero que le ofrecían?

—Ya sé que puedo aspirar a más —replicó un tanto irritada—. La cuestión es si quiero. Y, francamente, no lo sé. Lo he estado pensando. Ese trabajo tendría todo lo que amo y por lo cual decidí estudiar literatura.

—Seguro que el sueldo también será por amor al arte.

—No esperaba que me montases una fiesta, pero esto...

—Estoy mirando por ti. Por la chica que estaba en la universidad y quería comerse el mundo. ¿Qué has hecho con ella?

—¡Ni siquiera he dicho que sí!

—Pero te lo estás pensando.

—Cielo santo, Josh... —Helena se incorporó de un salto y lo miró sin dar crédito—. Mis sueños también son importantes aunque sean menos ambiciosos que los tuyos. Ya te he dicho que me lo estoy pensando, pero cuando Jace me lo ha propuesto me he sentido valorada y feliz. Pensé que te haría ilusión.

—Lo que me haría ilusión es que aguantaras un año antes de tirar todos tus sueños por la borda.

—Tú ni siquiera sabes cuales son mis sueños. Lo que menos me importa es el sueldo. No soy como tú. No quiero un empleo que no me llene y acabar agotada todos los días mientras la vida se me va escapando.

Josh torció el gesto. Aquel dardo envenenado y certero le dolió demasiado para esquivarlo.

—Algunos tenemos que luchar más que otros porque nuestras notas universitarias son mediocres, ya que tuvimos que trabajar duro para pagarnos los estudios. No tuvimos unos padres que nos pagaban todos nuestros caprichos.

Josh se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. Helena lo atravesó con la mirada y se fue hacia el dormitorio. A él no le quedó más remedio que seguirla.

—No pagues tus frustraciones conmigo —le recriminó dolida—. Sabes que hice todo lo que pude para ayudarte.

—Lo siento...

Helena se apartó cuando él intentó tocarla.

—Ha sido un golpe bajo.

—Lo sé —admitió desconsolado—. Estoy estresado y lo he pagado contigo.

—Pues sí...

Helena se estremeció cuando él se acercó y le acarició el cuello con los labios. A ella se le escapó un suspiro trémulo y comprendió que lo echaba dolorosamente de menos. Necesitaba a su marido. Pero, sobre todo, necesitaba a Josh. Al Josh cariñoso y ocurrente que siempre veía el lado bueno de todo. Al que era capaz de encenderla con un simple beso y se desvivía por hacerla feliz en todos los sentidos. Pero Josh se apartó cuando ella le tocó la entrepierna.

—Lo siento, estoy agotado. Otro día, ¿vale?

Helena asintió de mala gana y recibió irritada el beso que él le dio en la mejilla. «Otro día». Siempre era otro día. Ellos solían burlarse de las parejas que se quedaban atascadas en la rutina y ahora se veía a sí misma como una mujer que casi le rogaba un poco de cariño físico.

Josh se tumbó en la cama y ella le dio la espalda. Quiso zarandearlo y explicarle cómo se sentía. Penny tenía razón. Debería haber hablado con él de sus sentimientos porque ocultarlos era como formar una montaña grano a grano. Al principio era un puñado de tierra que podías ignorar. Pero cuando te dabas cuenta, la montaña era tan grande que la arena se desparramaba por todos lados. No quería sentirse resentida. No soportaba albergar ese tipo de sentimiento hacia su mirado.

—Al menos podrías fingir que me sigues encontrando interesante —le recrimino con aspereza.

Nada. Silencio. Helena se dio la vuelta y lo encontró dormido. Le entraron ganas de matarlo. Ella atormentándose con sus pensamientos mientras él era capaz de dormir a pierna suelta. Se levantó, agarró la almohada y se fue directa al sofá. Estaban echando una reposición de Gossip Girl a la que apenas prestó atención. Estaba demasiado abrumada por sus propias dudas. Fue la primera vez que se planteó su relación con Josh, y la aterró ser consciente de que hubiera preferido no amarlo con toda su alma porque así él no tendría el poder de hacerle daño.

Si le preguntabas a cualquier persona qué superpoder le gustaría tener, la gran mayoría respondería ser invisible, volar o tener una fuerza sobre humana. Pera Helena, sin embargo, en ese momento se resumía en algo más simple y a la vez imposible: elegir de quién enamorarse. Ella lo habría tenido muy claro. No quería el típico amor pasional y tortuoso de los libros que la hacían suspirar. Ni siquiera experimentar una atracción tan intensa que le nublara el juicio. Ella deseaba un amor pausado y sin sobresaltos. Una relación sana y a ratos aburrida. Un hogar al que

regresar después del trabajo. Un amigo que celebrara con entusiasmo sus pequeños éxitos. Un compañero de vida con el que llevarse bien. La clase de relación que jamás tendría con Josh porque ellos se querían de una forma irracional. Con él era todo o nada. ¿Se podía querer demasiado a una persona? Ella no tenía ni idea. Pero sí sabía lo que era querer a alguien de una forma tan profunda e irreflexiva que no había término medio. Si el viento soplaba a su favor eran la pareja perfecta. Y si el viento soplaba en su contra se desataba un naufragio. No podía seguir viviendo de aquella manera porque tenía la impresión de que se estaban acostumbrando a hacerse daño. Y ahora vivía con el temor de hundirse en uno de aquellos naufragios.

Por la noche asamos malvaviscos en una fogata bajo la luz de las estrellas. Me encantaría que Avery estuviera aquí para reírse con los chistes malos de Bill y los piques entre éste y Stuart. Pero hoy le toca estar con su madre y ni siquiera sugiero la posibilidad de hacer una excepción porque lo de esta tarde me ha dejado claro que Blake y ella se llevan a matar. O peor aún, que ella todavía sigue enamorada de él mientras Blake trata de rehacer su vida lejos de una mujer que se empeña en complicársela. En el fondo no sé cuál de los dos me causa más pena.

Pincho un malvavisco y lo acerco al fuego. Hannah no para de buscar la mirada cómplice de Bill, pero él está demasiado ocupado burlándose de la barriga fondona de Stuart.

—Está llena de chuletones y costillas a la barbacoa —se la acaricia con orgullo—. La culpa la tiene Hannah.

—¡Será posible! —se queja ella.

—Ey, no te atrevas a culpar a mi Hannah —replica Stuart, y ella se ruboriza cuando escucha el apodo cariñoso que le dedica—. Aquí todos comemos lo mismo y ninguno tiene esa barriga cervecera.

—Me voy a tener que hacer vegetariano —me guiña un ojo.

—Lo que me faltaba. Más platos de lechuga en la mesa —responde contrariado Blake.

—Oye —le digo divertida—. ¿Tienes algo en contra de mis platos de verduras?

—Sí —se pone serio—. Desde que estás aquí, Hannah nos obliga a comer verde por tu culpa.

—Pues no lo entiendo... tú tienes cara de acelga desde antes de que yo llegara.

Bill y Stuart se parten de risa. Hannah abre los ojos de par en par y observa la reacción de Blake. Él se limita a observarme con gesto circunspecto, y justo cuando creo que se ha cabreado por mi comentario, suelta una carcajada y le brillan los ojos.

—Muy buena —concede.

—Es la pura verdad —dice Bill—. Aquí todos lo llamamos Blake el cascarrabias.

—Yo tengo otro apodo —les cuento, e ignoro la mirada suplicante de Blake para que mantenga la boca cerrada—. John Wayne.

Los tres se ríen y Blake resopla. Se va acostumbrado a ser el blanco de nuestras burlas y me sorprende que tenga tan buen sentido del humor. Siempre he pensado que las personas que saben

reírse de sí mismas son muy inteligentes.

—Yo la llamo rubia.

—Bah, no hay parangón —responde Bill.

—El suyo es más bueno —dice Stuart.

—La consentís porque es la nueva. Ya os meteréis con ella cuando lleve más tiempo.

«Más tiempo».

Podría adaptarme a este tipo de vida y me sorprende no echar de menos la rutina de la editorial. Mi amor por los libros sigue intacto, pero ya era muy infeliz antes de que sucediera el accidente. Había perdido la ilusión por el trabajo y supongo que en parte se debía a mis problemas con Josh. Nunca imaginé que un rancho perdido en Texas y montar a caballo fueran todo lo que necesitaba para desconectar. Sé que puedo ser feliz aquí. El problema es que este no es mi sitio. Ya les he cogido cariño a todos y a la familia que forman. No debería acostumbrarme a las charlas con Hannah, las bromas con los chicos, el olor a fresas silvestres del pelo de Avery, las sonrisas de Sophia... y, muchísimo menos, a la compañía de Blake.

—¿A qué te dedicabas en Chicago? —me pregunta con interés Stuart.

—Era editora de libros —le explico sin entrar en detalles, porque realmente no me apetece hablar de mi vida en Chicago.

—¿Y no te echan de menos allí?

—He cogido una excedencia.

—Menudo cambio de aires —dice Hannah—. Pero te has adaptado bien. ¿Qué clase de libros editabas?

Blake nota mi malestar y cambia de tema para ahorrarme una conversación que no me apetece.

—Podrías tocar la armónica —le pide a Stuart—. Creo que es un buen momento para que deleites a Helena. Ya va tolerando la música country. Le estoy educando el oído.

Bill comienza a tocar los primeros acordes de una canción que reconozco. Es *Bad Things*. La canción que Blake cantó en el karaoke. Creo que nunca podré escucharla sin sentir algo especial.

—Vamos, Blake, ánimo a cantar —le pide Hannah.

Blake se hace el difícil y ella lo zarandea. Al final cede porque Bill y ella se ponen muy pesados. La voz grave y ronca de Blake se funde con la melodía de la armónica. Esta vez canta sin mirarme pero tengo la impresión de que me dedica la letra. Le doy un bocado al malvavisco y

disfruto de su voz. Es atractivo, un buen padre, canta bien, se preocupa por mí... En este momento no consigo sacarle algún defecto más allá de un carácter un tanto huraño y al que me he terminado acostumbrado. Sobre todo porque ya no lo exhibe tanto.

—¡Bravo! —aplaudo, y los demás se suman—. Quien diría que un cascarrabias podía cantar tan bien.

—Hoy estás graciosa.

—Será el azúcar de los malvaviscos.

Stuart es el primero en retirarse. Bill le dice que está hecho un abuelo y él se limita a despedirse con el dedo corazón. Me parto de risa porque son de lo que no hay. Hannah se despide a la media hora y Bill se levanta como un resorte. Le pasa un brazo por encima de los hombros y los dos suben las escaleras del porche la mar de acaramelados. Los sigo con la mirada y una sonrisa complacida. Blake me está mirando de reojo con el ceño fruncido.

—¿Te lo pasas bien haciendo de celestina?

—Sí —admito sin tapujos—. Hacen buena pareja, ¿no crees?

—Eso depende. Hacen buena pareja como amigos si es a lo que te refieres. No me gustaría que Hannah saliera herida. La conozco desde que era una niña y la aprecio mucho.

Lo miro alarmada.

—¿Tú crees que a él no le gusta?

—No de esa manera.

—Pero... las miradas cómplices, los abrazos, la forma en la que él la busca a todas horas... —le enumero las señales.

—Bill es gay.

Lo miro sin pestañear por si acaso me está gastando una broma, pero Blake permanece serio hasta que comprendo que me está diciendo la pura verdad.

—Ay, madre... —me llevo las manos a la cabeza—. Hannah no tiene ni idea.

—Es lógico. A él le cuesta hablar del tema. Me lo confesó un día y me pidió que no se lo contara a nadie. Llegó al rancho hace unos años huyendo de una familia y un entorno que no lo aceptaban. Le da miedo que Stuart y los demás lo juzguen.

—Qué tontería. Stuart es un buen tío. Lo aceptará sin más.

—Eso le he dicho, pero Bill ha pasado por mucho. Su carácter alegre es solo una fachada. No le digas que te lo he contado.

—Ay, Dios... ¡he animado a Hannah a declararse! La que he liado...

—Hannah es tímida. Todavía estás a tiempo de solucionarlo.

—Puf... —es todo lo que puedo decir. Eso me pasa por meterme donde no me llaman. No pude resistirlo. Siento la necesidad de ayudar a los demás cuando creo que les falta ese empujoncito para ser felices.

—No es para tanto. Se sentirá mejor cuando sepa que él no la rechaza porque no le guste. En realidad la adora. Va a tener un amigo para toda la vida.

—Viéndolo así... —observo a Blake y me muerdo el labio. Cada día lo voy conociendo más. No es ese hombre antipático y grosero por el que lo tenía. En realidad es un hombre muy sensible y que se preocupa por todos los que le importan. Yo soy una de ellos—. Gracias por haberme echado un cable antes.

—No hay de qué —le resta importancia—. He intuido que no querías hablar del tema.

—Me cuesta hablar de todo lo que tenga que ver con Chicago. Lo relaciono inmediatamente con mi matrimonio.

—Pero tú quieres a Josh.

—Sí —respondo categórica, y casi me molesta que haya sonado como si lo estuviera poniendo en duda—. Pero nuestro matrimonio era complicado.

—Tengo entendido que todos lo son.

—Nos hicimos mucho daño —apoyo las rodillas contra el pecho y cierro los ojos—. Es increíble que dos personas que se quieren sean capaces de hacerse tanto daño. Cuando estábamos en la universidad éramos un equipo. Nos lo contábamos todo. Desde haber tenido un mal día hasta los sueños que nos quedaban por cumplir. Y entonces nos casamos y todo cambió. No estaba preparada para ese choque de realidad. No podía concebir que nos guardáramos secretos. Los últimos meses fueron horribles.

—No sé qué decir.

—Mejor no digas nada —respondo arrepentida de haber hablado demasiado—. Es tu hermano. Quizá no lo conocía tan bien como yo creía. Ni siquiera sabía que tenía una sobrina. No debería hablar de él contigo.

Blake no dice nada. Vuelve a ser ese misterio indescifrable. La luz de las estrellas le ilumina las facciones. Es tan atractivo que debería ser un pecado mirarlo. No se parece en nada a Josh. Ni

físicamente ni en la personalidad. Josh es un morenazo de ojos verdes y pelo negro que podía derretirme con una sonrisa. Blake es un hombre apuesto y de pelo castaño rubio con los ojos ámbar más cautivadores que he visto en mi vida. Josh es atrevido, rebelde y ocurrente. Blake es reservado, protector y tenaz. Josh es mi debilidad. Blake es un misterio sin resolver repleto de aristas. Los dos me producen tantos sentimientos que me siento muy perdida para enfrentarme a ellos. Me tumbo bocarriba sobre la hierba y contemplo el manto de estrellas. Brillan con fuerza sobre un cielo azul oscuro.

Blake se tumba a mi lado y su brazo roza el mío. Ya debería estar más que acostumbrada a la calidez que despierta en mi cuerpo. Pero el chispazo de electricidad me deja igual de abrumada que otras veces.

—Hoy Andrómeda se ve mejor que otras noches.

Señala al cielo y sigo con la mirada el recorrido de su dedo.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto con recelo, pues soy una ignorante de la astronomía.

—No. Mira —se acerca a mí y coge mi mano para guiarla hacia una línea de estrellas difusas—. Es la que tiene forma de una doncella atada.

—Yo solo veo un borrón de estrellas.

—Fíjate bien —guía mi mano hacia un par de estrellas difusas—. Esa es la cabeza. Luego está el tronco, las manos y los pies. Está formada por más de cuarenta estrellas y la mitad son visibles a simple vista. ¿Lo ves?

—Uhm... —frunzo el ceño y trato de imaginar la figura femenina. Consigo verla después de unos segundos—. ¡Es verdad!

—Andrómeda era la hija del rey de Etiopía. Su madre Casiopea afirmó que ellas eran más bellas que las Nereidas, las hijas del mar. El rey del mar se puso furioso y envió a un monstruo marino para inundar el reino. Así que el rey no tuvo más remedio que entregar a Andrómeda al monstruo y la ató a unas rocas cerca del mar. Pero Perseo, que había derrotado a Medusa, se enamoró de la joven y decidió rescatarla. Para ello utilizó la cabeza de Medusa y convirtió al monstruo en un coral. Luego se casó con Andrómeda y engendraron varios hijos. Cuando Andrómeda murió, la diosa Atenea la convirtió en la constelación que ves en este momento.

—Vaya... —me doy cuenta de que tengo la cabeza apoyada en su hombro. Ninguno de los dos se aparta—. ¿Le contabas la misma historia a todas las chicas para ligar con ellas?

—Se la cuento a las rubias deslenguadas que no saben cuándo callarse.

—Eso me ha dolido —bromeo, y cojo su mano para guiarla hacia otro puñado de estrellas—. ¿Y esas tienen algún significado?

—Pegaso —me cuenta, e intento encontrar en vano al caballo alado—. Con la cabeza mirando hacia el sur y las patas plegadas.

—¡Lo veo!

—Dicen que nació cuando Perseo le cortó la cabeza a Medusa y su sangre se derramó sobre la espuma del mar. Zeus lo convirtió en constelación para que fuera eterno.

—La constelación de un caballo mágico en un rancho repleto de caballos. ¿Dónde aprendiste tanto sobre constelaciones?

—Mi madre nos contaba las leyendas de las constelaciones a Josh y a mí. Me podía quedar horas y horas escuchándola embobado.

Otra gran diferencia entre ellos. A Blake no le cuesta hablar de sus padres y Josh apenas mencionaba a su familia. Incluso se negó a presentármelos cuando se lo pedí encarecidamente. Cierro los ojos y le pido a Blake que me siga hablando sobre las constelaciones. Me está contando la historia de la constelación de un dragón a la que no presto atención porque su hombro es una almohada la mar de cómoda. Se me cierran los ojos y él me zarandea con suavidad.

—Te estás quedando dormida.

—Qué no.

—Eres peor que un bebé.

—Tengo los ojos abiertos —le miento, y él se ríe.

—Te llevaría en brazos, pero estoy hecho polvo.

—Por lo menos lo admites —se me escapa un bostezo y me acomodo sobre su hombro—. No te necesito, John Wayne.

—Vamos, levanta. O mañana tendrás dolor de espalda y no podrás tenerte en pie.

Él me ayuda a levantarme y lo acompaño medio sonámbula a la casa. De no ser por él me habría metido en la primera habitación que hubiera encontrado. Blake abre la puerta de mi habitación y me empuja con cuidado. Caigo en la cama y se me cierran los ojos. Mi último recuerdo es él echándome una manta por encima de las piernas.

6 de noviembre de 2020

Helena y Josh estaban dando un paseo por la orilla del lago Michigan. Solían aprovechar los fines de semana para pasar el tiempo juntos porque entre semana apenas coincidían en el apartamento. Las jornadas maratónicas de Josh les impedían verse y ella también había empezado a echar horas extras en la editorial más por aburrimiento que por necesidad. Detestaba encerrarse bajo el techo del apartamento y echarlo de menos. Era incapaz de comprender que se podía echar de menos a alguien incluso teniéndolo a escasos centímetros. Que la compañía iba más allá de permanecer por inercia al lado de una persona y que en ocasiones había ausencias que dolían más que las físicas. Tampoco podía sincerarse con él porque últimamente discutían por todo. Cualquier tontería era digna de iniciar una pelea: desde el cartón de leche que ella se olvidaba fuera del frigorífico—era un auténtico desastre y Josh siempre le echaba en cara que fuera tan desordenada—, hasta el hecho de que Josh eligiera una película y se quedara dormido a los tres segundos. Se sacaban de quicio y sobrevivían en una convivencia que casi parecía una guerra. Helena no lo entendía. Se querían con locura. ¿Qué les estaba pasando? ¿Quién era el hombre que dormía a su lado todas las noches y por qué a veces tenía la sensación de que él era un extraño?

—¿Qué vamos a hacer este año por Acción de Gracias? —le preguntó.

—Podemos ir a visitar a tus padres.

—¿Y en navidad?

—También.

Helena se agachó para coger una piedra blanca con forma de corazón que utilizaría como pisapapeles. No quería iniciar otra pelea, pero era su esposa y sentía la necesidad de conocer a su familia. Aquella tarde los dos estaban de buen humor después de haber ido al cine a ver la nueva película de Tarantino y almorzar en un japonés que los dejó empachados. Por eso estaban dando un paseo. Quizá era el momento de pedírselo.

—Podríamos viajar a Texas y pasar la navidad con tu familia. Creo que es lo justo. Nunca los visitamos. Mis padres sabrán entenderlo.

Josh se detuvo de golpe y se volvió a mirarla con una expresión que no avicinaba nada bueno. Siempre se ponía a la defensiva cuando abordaban el tema de su familia y ella se sentía muy desplazada.

—No finjas que lo haces por un acto de justicia. En realidad te mueres de ganas de conocerlos. Al menos sé sincera.

—Está bien —admitió sin tapujos—. ¿Qué tiene de malo?

—Que no respetas mi decisión. Ya te dije que no me apetece reencontrarme con mi hermano.

—¿Ni siquiera con tu abuela?

—No juegues esa baza.

Josh reemprendió la marcha y ella se vio obligada a seguirlo. No entendía nada. ¿Qué podía haber sucedido entre ellos para que Josh fingiera que no tenía un hermano? A ella le rompía el corazón que pudiera ser tan frío porque no era el joven afectuoso del que se había enamorado.

—Nunca me has contado lo que os pasó.

—No quiero hablar del tema.

—Soy tu mujer. Si no puedes ser sincero conmigo, ¿qué clase de matrimonio somos?

—Tuvimos una bronca monumental. Él no me respeta. Tú no lo conoces. Ya está, Helena. Déjalo estar.

Josh hablaba con tanta acritud que ella no se atrevió a seguir intentándolo. Cuando abordaban el tema de su familia era como discutir con una pared. Josh se cerraba en banda y terminaba por explotar si ella insistía más de la cuenta.

—Deberías estar contenta. Jamás te haré elegir entre tu familia y la mía. Podrás pasar todas las fiestas con ellos.

—Si te oyeras... —replicó resignada—. No quiero que te sientas solo. Para mí tener una familia es algo fundamental. Puede que algún día te arrepientas de ser tan tajante.

—Eh... —Josh la atrajo hacia sí y le acarició los hombros. La miró con una ternura que desde hacía un tiempo le dedicaba muy poco. Pero en sus ojos brillaba una emoción sincera e intensa. Helena supo que él la amaba con toda su alma y se sintió ligeramente reconfortada. Podían enfrentarse a todo siempre y cuando les quedara el amor—. Tú eres mi familia. Ya te lo dije cuando te pedí matrimonio. No necesito a nadie más en mi vida. Te lo juro.

Sus palabras deberían haberla emocionado, pero se sintió un tanto decepcionada cuando Josh la besó. No podía creer que él diera de lado a los suyos. A su único hermano. A la mujer que lo había criado cuando sus padres fallecieron en aquel accidente. Josh le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí mientras caminaban. Helena se preguntó qué había dentro de un corazón que no le abría del todo. Siempre había tenido la impresión de que se conocían muy bien el uno al otro, y ahora empezaba a sospechar que Josh no se había abierto por completo a ella.

—El miércoles de la semana que viene es el quinto aniversario de la editorial y vamos a celebrarlo en la oficina —le dijo, por cambiar de tema y sentirse mejor—. Será una reunión bastante íntima. Estará todo el personal y sus parejas. Cuento contigo, ¿no?

—El miércoles que viene.

—Sí.

Helena se apartó de él cuando vio que se lo estaba pensando.

—Josh, quiero que vengas. Les he hablado mucho de ti. Jace está deseando conocerte. Me llevo genial con mis compañeros y me gustaría que vieras donde trabajo.

—Me encantaría ir —se excusó, y ella tuvo la impresión de que no estaba siendo del todo sincero—. Pero el miércoles he quedado con Jack y algunos colegas del trabajo para ir a ese garito de moda.

—¿En serio? —Helena se detuvo y lo miró contrariada—. Te estoy diciendo que significa mucho para mí, Josh.

—Y yo te estoy diciendo que iría de no ser porque me coincide con mis planes.

—No quiero parecer agresiva o dominante, pero prácticamente quedas con tus colegas del trabajo todos los días —murmuró la palabra «colegas» con tono despectivo y él lo notó—. ¿De verdad no puedes hacer una excepción ni aunque sea por una sola noche?

—¿Te crees que me gusta soportar a esos idiotas? —se quejó irritado.

—No lo sé. Dímelo tú. Me estás dejando de lado por ellos.

—Joder, Helena... no me puedo creer que seas tan ridícula.

—No te atrevas a insultarme.

—No pretendía... —Josh se pasó las manos por el pelo. Estaba nervioso y no sabía cómo explicarse—. Sabes que si llego más tarde de lo normal a casa es porque estoy trabajando en un ascenso.

—Curiosa forma de trabajar en un ascenso —replicó con ironía—. ¿También estabas trabajando en tu ascenso el día que llegaste tarde a nuestra cita y venías apestando a alcohol?

—Lo tenías bien guardado, eh.

—Pues ahora que lo dices, ¡sí! La verdad es que me sentí bastante humillada.

—Solo me retrasé unos minutos.

—¡Casi una hora!

—Ya te he dicho que estaba trabajando.

—Di mejor: «bebiendo con tus jefes». Es la realidad.

—Joder, Helena. Parece mentira que no me conozcas. Te acompañaría a la celebración de tu editorial si no creyera que la quedada con mis jefes no es importante para mi carrera. Te lo juro.

—¿Y qué hay de mi carrera, Josh? —le preguntó decepcionada—. A veces tengo la sensación de que no valoras mi trabajo.

—Quizá la que no lo valora lo suficiente eres tú. Te has conformado con un puesto mediocre en una editorial del tres al cuarto porque te da miedo aspirar a más.

Helena retrocedió dolida y Josh ni si quiera se inmutó. Los dos estaban en los extremos opuestos de una tabla y estaban saltando para tirar al otro. Helena no quería caerse. Él tampoco. Los dos querían mantenerse a flote incluso a riesgo de ser cruel con el otro. Se habían olvidado de que una de las partes fundamentales de un matrimonio sólido era saber ponerse en el lugar del otro incluso cuando no compartieras sus motivos.

—Tienes razón, soy una puta conformista. Para aspirar a todo lo alto y pisar todas las cabezas que se interpongan en tu camino ya estás tú, ¿no?

Josh encajó sus palabras con rabia.

—Siento que haberte casado conmigo te haya decepcionado tanto —le soltó con los brazos extendidos—. Pero es lo que hay, cariño. Este soy yo.

Helena sacudió la cabeza con los ojos vidriosos.

—No te reconozco.

Ella se dio la vuelta y caminó sin rumbo. Él no la siguió. Helena pensó en todo el dolor que se causaban cada vez que discutían y llegó a una conclusión: era curioso que dos personas que se amaban tanto fueran capaces de causarse un daño tan profundo. Comprendió que el amor podía ser cruel, egoísta e irreflexivo. Y que en ocasiones querer a alguien implicaba herir sus sentimientos de una manera inevitable.

Los días transcurren deprisa y las jornadas son tan agotadoras que no tengo tiempo ni de pensar. Me viene bien. Trabajar mantiene mi mente ocupada y alejada de la habitación de hospital en la que se encuentra Josh, salvo por los momentos en los que hago una pausa a mitad del día para llamar a la doctora Mallon. Entonces sus palabras me devuelven de golpe a la realidad porque el pronóstico es pesimista: «lo siento, Señora Sackler. No hay evolución favorable en el estado de su marido». En ese momento me vengo abajo y me escondo durante unos minutos para desahogarme gritando hasta que me quedo vacía. Son unos minutos en los que me odio a mí misma y me pregunto si no estaré siendo una maldita egoísta por aferrarme a un cuerpo que respira gracias a una máquina. Sé lo que opinaba Josh al respecto. Sé que jamás me hubiera perdonado haberlo mantenido con vida y, sin embargo, necesito agarrarme a esta última posibilidad antes de enfrentarme a una decisión que es irrevocable. Antes de plantearme siquiera la posibilidad de desconectarlo y cumplir con su voluntad. Luego regreso al trabajo y finjo que sigo siendo la misma mujer que puede con todo.

Todavía no ha amanecido y tengo delante un copioso desayuno que me hace la boca agua. Hannah se empeña en engordarme a base de dulces porque sabe que jamás probaré el bacon o las judías con tocino. Así que se ha convertido en una excelente repostera que me consiente a base de bizcochos de arándanos y tartas de manzana. Sinceramente, no tengo nada que objetar. Sé que había perdido mucho peso y tengo la impresión de que estos kilos de más me sientan bien. O al menos, me hacen sentir más fuerte para enfrentarme a otra jornada de trabajo duro.

—Ahora os alcanzo —le digo a los chicos cuando se levantan de la mesa.

Necesito hablar con Hannah y nunca encuentro el momento adecuado. Básicamente porque yo le he dado alas respecto a Bill y ahora no sé cómo recular. Ya han pasado dos semanas desde la noche de la fogata y no puedo seguir posponiéndolo.

—Hannah, ¿tienes un momento?

Se seca las manos en el delantal que lleva atado a la cintura y me mira con su jovialidad habitual. Me temo que voy a partirle el corazón y no sé ni cómo empezar.

—Claro, ¿qué pasa?

—Quería hablarte de Bill.

—Ya sé lo que vas a decirme —se le escapa una risilla eufórica—. De hoy no pasa que le declare mis sentimientos. Ya basta de ser una pusilánime. ¡Voy a coger el toro por los cuernos!

—Pues verás... —retuerzo mi sombrero con nerviosismo—. No es eso.

Hannah frunce las cejas.

—Creí que querías hablarme de Bill.

—Así es —enfático, y ella se muestra cautelosa al ver mi expresión compungida—. No puedes declararte.

—¿Por qué? —pregunta sin entender nada.

—Porque... tengo la impresión... —no sé cómo decirlo sin destapar a Blake y opto por soltar una mentira piadosa—. De que a lo mejor a Bill no le gustas de ese modo.

—No te entiendo —murmura con la cabeza gacha y el gesto sombrío—. Dijiste que veías química. Tú me animaste a decirle lo que siento.

—¡Ya lo sé! —exclamo avergonzada—. Y sí que vi química, pero tal vez me dejé llevar por la emoción y en realidad era una química más relacionada con la amistad. Creo que él te ve más como una hermana.

—Basta.

Hannah me da la espalda y comienza a fregar los platos con energía. Sé que acabo de herirla y es demasiado buena para demostrármelo. Me acerco a ella y le toco el brazo con suavidad.

—Prométeme que no le contarás esto a nadie.

—No soy ninguna chivata.

Tiene razón y supongo que merece saberlo. Es lo mejor para ella.

—A Bill le gustan los hombres.

Hannah se aparta de mí y uno de los platos se le cae al suelo y se hace añicos. Voy a buscar el cepillo y recojo los platos mientras ella clava la mirada en los azulejos con flores pintadas. No reacciona.

—Hannah, ¿estás bien? —pregunto con suavidad.

—¿Estás segura?

—Sí —respondo de manera categórica—. No puedo explicarte cómo lo sé, pero es la verdad. Él no quiere que lo sepamos. Supongo que tampoco debe ir pregonándolo por ahí si no le apetece. Al fin y al cabo yo no me voy presentando a los demás diciéndoles que soy Helena, la heterosexual.

—Vaya...

Hannah coge otro plato y lo frota con el estropajo. No tengo ni idea de lo que se le está pasando por la cabeza y me asusta haberle hecho daño.

—Hannah...

—Estoy bien —me asegura sin pestañear—. Es solo que no me lo esperaba. Parece tan viril...

—Los gays no tienen por qué ser afeminados. Son estereotipos de las películas. Lo que importa es que él te quiere de verdad. Puede que no como a ti te gustaría, pero siente un afecto muy sincero por ti.

—Y yo por él —responde con énfasis—. Es solo que no me puedo creer que me haya colado por un hombre al que no le gustan las mujeres.

De repente se le escapa una risilla nerviosa y la miro preocupada. Está asimilando demasiada información y es lógico que tenga sentimientos encontrados.

—Estoy bien.

—¿En serio?

Hannah suspira, se apoya en la encimera de la cocina y me mira sin contemplaciones. Es una emoción de lo más sincera.

—Reconozco que lo que más me preocupaba era no gustarle físicamente. Siempre me he sentido fea y desde que estás aquí he ganado en autoestima. Reencontrarme con Stella fue volver de golpe al instituto y ser la chica entrada en carnes y con un ridículo corte de pelo de la que todos se burlaban —me cuenta sin tapujos, y me espanta el concepto que tenía de sí misma—. Creerás que soy una frívola, pero en cierto modo me alivia que él no pueda rechazarme por mi aspecto. Estaba aterrada de resultarle fea.

—Aquí todos te vemos como la mujer cariñosa y de sonrisa contagiosa que siempre tiene una palabra amable para todo el mundo. Yo no sabría qué hacer si tú no estuvieras en el rancho. Cuando llegué me sentí apabullada y tú conseguiste que este sitio me resultara menos intimidante. Tienes un don. Haces que los demás se sientan a gusto cuando estás cerca.

Hannah me estrecha entre sus brazos y las dos nos emocionamos. Huele a masa de galletas y a bondad. Lo que he dicho ha sido sincero y no para que se sintiera mejor. Nos apartamos moqueando y luego nos echamos a reír.

—Este sitio también es un lugar mejor desde que tú estás aquí. No sé si tienes pensado quedarte, pero te echaré de menos en el caso que decidas que este no es tu hogar. Nunca había tenido una amiga.

—Me tendrás siempre.

—Lo sé —vuelve a coger el estropajo—. Anda, vete. Te estarán esperando. Alguien debe velar porque esos tres no se abran la cabeza compitiendo por ver quién es el más duro.

—Si necesitas hablar...

—Estoy bien —insiste, y tengo la impresión de que es una persona fuerte y que se recompone con facilidad—. Bill es mi amigo. Estaré ahí cuando decida abrirme su corazón. Es todo lo que importa.

Salgo de la cocina y me dirijo hacia las caballerizas para ensillar a Daisy. Hannah tiene razón. Lo importante es estar ahí cuando la otra persona te necesita. Ojalá Josh y yo no hubiéramos sido tan cabezotas. Quizá si ambos hubiéramos abierto nuestro corazón al otro habríamos encontrado algo más que ira, resentimiento y decepción. Algo lo suficiente grande para que yo no le hubiera tirado la alianza a la cara después de haberle pedido el divorcio.

Cabalgo a toda velocidad cuando observo una humareda negra en el horizonte. Espoleo a Daisy mientras mi corazón sufre por las consecuencias de lo que sin lugar a duda es un incendio. Pero lo que más me preocupa es que Blake y los chicos estén bien. Jamás he cabalgado tan veloz y tengo que sujetar las riendas con fuerza. Intento orientarme a pesar del humo y los busco sin resultado. Daisy se encabrita y he de tirar de las riendas para retroceder. Hay varios kilómetros de pasto quemado y me duele en el alma ver a un par de vacas tiradas en el suelo. Han muerto a causa del humo.

—¡Blake! ¡Bill! ¡Stuart! —los llamo asustada.

—¡Helena!

Reconozco a mi espalda la voz de Stuart y cabalgo hacia él. Me cuesta orientarme por culpa del humo y me tapo la boca con el pañuelo que llevo atado al cuello. Stuart tiene el rostro cubierto de ceniza y los dos nos quedamos aliviados al reconocer al otro.

—¿Y los demás? —pregunto angustiada.

—Intentando sofocar el incendio. Necesito que lleves a los animales hasta un lugar más seguro. Yo tengo que encargarme de los que han huido despavoridos por culpa de las llamas. ¿Podrás hacerlo?

Es la primera vez que me encargo yo sola de arrear el ganado. Es una tarea que se lleva a cabo entre varios vaqueros. Pero sé que la situación requiere de mi ayuda y no dudo en asentir con determinación. Espoleo a Daisy e intento reunir al ganado utilizando las técnicas que me han enseñado. Algunos ejemplares se resisten a obedecerme y Daisy se encabrita. Estoy a punto de perder el equilibrio un par de veces y tengo ganas de llorar por culpa de la impotencia. Quizá

porque los animales están aterrorizados por el humo o porque el destino quiere darme un respiro, me las apaño para reagruparlos y consigo conducirlos hacia un cercado lo bastante alejado de la humareda. Respiro aliviada cuando me bajo del caballo y echo el pestillo. Sé que no es momento para perder el tiempo y vuelvo a montar en Daisy para buscar a los demás. Los encuentro a varios kilómetros descargando cubos de agua de la furgoneta de Blake para sofocar el fuego. Blake tiene el rostro lleno de hollín y apenas repara un segundo en mi presencia.

—Vete a la casa.

—Aquí soy de ayuda.

Ignoro su tono categórico porque sé que está preocupado por mí. Voy directa a la furgoneta para cargar un cubo de agua.

—Bill, encárgate de los animales —le pide Blake.

—Ya lo he hecho yo. Stuart está buscando a los que han huido del incendio.

Blake vacila por un instante y luego se recompone para vaciar dos cubos de agua sobre las llamas. No tenemos tiempo que perder y entre los tres conseguimos apagar el incendio después de treinta minutos en los que sudamos a mares e inhalamos demasiado humo. Bill acaba tendido sobre la hierba y comienza a toser de una forma preocupante. Me acerco a él y le ofrezco una botella de agua que se acaba en dos tragos.

—¿Estás bien?

—Sí —se limpia el sudor de la frente y lo ayudo a incorporarse.

Blake evalúa los daños y sacude la cabeza con pesar. Se han quemado varios kilómetros de pastos que han dejado de ser útiles. Todavía no sabemos cuantos ejemplares se han extraviado o han muerto. Se tapa la cara con las manos y masculla una maldición. Stuart llega en ese momento y nos informa de que ha conseguido reagrupar a casi todos los animales perdidos. En total han muerto cinco. Sé que algo explota en el interior de Blake cuando se vuelve hacia ellos con una mirada repleta de furia.

—Ha sido un incendio provocado.

—Blake, no hagas ninguna tontería —le pide Stuart.

—Tú también has olido el rastro de la gasolina. Llevo suficiente tiempo en esto para diferenciar un incendio espontáneo de uno provocado —Blake camina con determinación hacia la furgoneta —. Encargaos de los daños.

—Te vas a buscar un problema —insiste desesperado Stuart en un intento por detenerlo.

—Sé lo que me hago —Blake arranca la furgoneta y añade antes de pisar el acelerador—: Es una

orden.

Creo que me he perdido algo, porque no entiendo nada de lo que acaba de suceder. Me vuelvo hacia Stuart a la espera de que él me explique lo que se me escapa. Él se limita a decir:

—Ya lo habéis oído.

—Se va a formar una buena —responde Bill cabizbajo.

—¿Qué está pasando? ¿A dónde ha ido?

—A buscar a Walton. Blake cree que ha sido él quien ha provocado el incendio —me explica Bill.

—¿Qué? —musito con un hilo de voz—. No os quedéis ahí. Tenemos que hacer algo.

—No deja de ser nuestro jefe —murmura Stuart de mala gana—. Ya has oído sus órdenes.

—¡Me dan igual sus órdenes! ¿Habéis visto su cara? ¡Va a cometer alguna locura!

—Puede que sea lo mejor. Harry Walton merece que alguien le pare los pies y Blake le tiene muchas ganas —se enfurece Bill.

—Chico, no digas eso ni en broma —lo reprende Stuart—. ¿Tú en qué mundo vives?

—¿Y qué hacemos? ¿Nos limitamos a permitir que nos intimide para que Blake le venda el rancho?

Los dejo allí discutiendo y me subo a lomos de Daisy para frenar esta locura. No puedo permitir que Blake se destrozase la vida plantándole cara a un hombre tan despreciable. Es justo lo que Harry Walton espera de él. Le ha declarado la guerra y sabe que Blake tomará represalias. Es un hombre poderoso y no dudará en denunciarlo cuando Blake lo agarre del pescuezo. Estoy segura de que es lo que se le ha pasado por la cabeza cuando ha salido disparado.

No logro convencer a Hannah para que me deje las llaves del coche de Stuart y me explique donde está la casa de Harry Walton. Ella se muestra reticente y me dice que Blake sabe arreglárselas por sí solo. Al final termino perdiendo los nervios y le grito que Blake va a acabar en la cárcel como alguien no le pare los pies. Es Sophia quien me entrega las llaves del coche después de conseguir arrastrarse con el andador hacia la cocina. Con toda la serenidad del mundo, me explica el trayecto hacia la casa de Walton y termina diciendo:

«No permitas que mi nieto haga alguna tontería».

Le prometo que lo traeré de vuelta y luego voy directa al coche. Ahora estoy conduciendo por una carretera sinuosa y repleta de baches sobre los que impactan las ruedas porque voy al máximo de velocidad. Se me va a salir el corazón del pecho por culpa de la ansiedad. Ni siquiera presto atención al imponente camino repleto de cámaras de vigilancia cuando accedo a la propiedad de Walton. Qué casualidad, pese al increíble despliegue de seguridad, seguro que Blake se ha encontrado el portón abierto. Es lo que Walton quiere. No me puedo creer que Blake sea tan imbécil.

Lo que veo hace que pegue un frenazo y salga disparada del coche. No me llama la atención la impresionante construcción de estilo sureño, el cuidado jardín de setos podados en forma de figuras imposible ni la fuente de estilo griego que adorna la entrada. Lo que ven mis ojos es a Blake agarrando a Walton de la camisa mientras su hijo intenta interponerse entre ellos y acaba llevándose un puñetazo. Steve Walton sale disparado por encima de la escalinata del porche.

—Suelta a mi padre —balbucea un lloroso Steve, y se limpia la sangre que mana de su labio.

—Estás acabado, Blake —le asegura Walton y se ríe cuando Blake lo coge de las solapas de la camisa y lo levanta unos centímetros del suelo—. Te voy a destrozarte la vida.

—No te vas a reír tanto cuando te desfigure la cara.

La expresión de Walton titubea y por el rabillo del ojo veo que un par de guardias de seguridad esperan su señal para intervenir. Blake no tiene nada que hacer contra él. Acaba de caer en la trampa de Walton y estoy convencida de que la policía viene de camino. Tenemos que largarnos ya.

—Blake.

Él se sobresalta cuando escucha mi voz y deja de sujetar a Walton con tanta firmeza.

—Helena, ¿qué haces aquí?

—Evitar que eches tu vida a perder.

—Vete a casa.

—No hasta que regreses conmigo.

—Qué escena tan tierna... —se burla Walton—. ¿Ya te la has follado? Yo en tu lugar no habría perdido el tiempo. Aquí hay unos cuantos que estarían encantados de beneficiársela.

—No hables de ella —le espeta con furia.

Blake lo empuja contra la pared y a Walton se le escapa un gruñido de dolor. Los guardias están a punto de intervenir y les hace un gesto para que esperen. Blake lo percibe y pone cara de asco.

—Eres un cobarde. A mí no me importa ir a la cárcel.

—Blake, por favor —le pido angustiada, y subo las escaleras del porche ignorando la mirada lastimera de Steve Walton—. Le he prometido a Sophia que vendrías conmigo.

—No deberías haberlo hecho —responde más furioso de lo que lo he visto en mi vida, y con Walton todavía sujeto.

—No seas estúpido. Te está tendiendo una trampa en la que acabas de caer. Vámonos. Todavía estamos a tiempo.

—Helena, lárgate.

—Te necesito —le digo con un hilo de voz, a sabiendas de que es lo único que puede detenerlo—. No me hagas esto. Si no es por ti, hazlo por mí. Sabes que no puedo hacerlo sin ti.

—Qué momento tan patético... —se burla Walton para provocarlo—. No te tenía por un calzonazos.

Me atrevo a acercarme a Blake y le pongo una mano en el brazo. Él respira con dificultad. Sus ojos son dos fogonazos de ira. Sé que se debate entre partirle la cara a Walton u ofrecerme la ayuda que me había prometido. Al final le pesa más la conciencia y lo suelta asqueado. Sabe que si le toca un pelo jamás podrá participar en el torneo ni pagar el tratamiento de Josh.

—Vámonos.

Hace el amago de volverse hacia Walton con los puños apretados cuando éste se ríe y comienza a insultarlo. Entonces le doy la mano y le suplico con la mirada que me siga. No sé cómo consigo arrastrarlo hacia su furgoneta, pero respiro aliviada cuando los dos nos subimos a cada coche y nos alejamos de esa mansión llena de lujos que me produce tanta repulsión.

9 de noviembre de 2020

A Josh le iba a explotar la cabeza mientras buscaba alguna pastilla en los cajones de la cocina. Llegaba tarde a la cena con sus compañeros de trabajo y había parado antes en el apartamento para cambiarse de camisa porque un idiota le había derramado una taza de café mientras hacía una fotocopia. No esperaba encontrarse con Helena, a la que ya hacía en la celebración del quinto aniversario de la editorial. Josh quería enfrentarla y explicarle que si no iba a la fiesta no era porque fuese un marido de mierda, sino porque él también tenía sus propias prioridades y debía elegirse a sí mismo si quería ser alguien el día de mañana. Allí estaban. Tres malditos días sin dirigirse la palabra y acostándose en la misma cama sin regalarse un mísero «buenas noches». Josh no podía más con aquella situación y sospechaba que ella tampoco.

¿Por qué le costaba tanto dar el primer paso? Antes cualquiera de los dos habría tomado la iniciativa. Luego se habrían tomado una cerveza en aquel pub cutre y habrían bromeado hasta las tantas sobre lo sucedido. Pero ya no eran aquellos universitarios que se preocupaban por aprobar los exámenes y convivían en habitaciones separadas de la residencia. Al menos él ya no era aquella persona. Joder, no quería seguir siendo el mismo pringado que trabajaba por las noches para pagarse los estudios. ¿Por qué ella no podía entenderlo? ¿Por qué lo miraba como si fuera una persona horrible? Josh se sentía igual de decepcionado que ella pero por diferentes razones. Ella creía que él no miraba por ella. Él llevaba mirando por ella desde que se conocían y ahora le tocaba su turno de brillar. Él quería sentir el orgullo de su esposa y por el contrario recibía sus continuos reproches. Iba caminando de puntillas bajo la oscuridad y con miedo de hacer algún ruido por si ella se lo echaba en cara. No quería seguir viviendo así. No podía seguir viviendo así. Y, sin embargo, perderla era su mayor miedo. Porque la quería con locura y había sido completamente sincero cuando le dijo que ella era su familia.

—¿Estás bien? —ella se lo preguntó en un tono preocupado.

Josh apoyó las manos en la encimera de la cocina y agachó la cabeza. Respiró profundamente. Estaba para el arrastre. Al menos ella no venía en plan combativo.

—Me duele la cabeza.

—Creo que tengo un analgésico en el bolso.

Helena rebuscó dentro de su bolso hasta dar con los analgésicos. Josh la miró agradecido cuando le entregó un vaso de agua. Se tomó dos pastillas y ella se guardó decirle que era una dosis demasiado alta. Lo veía hecho polvo y no quería meter el dedo en la llaga. Josh sentía como si la cabeza le fuera a explotar y esperaba que los analgésicos se tragarán el insoportable dolor.

—Gracias.

—Son tus cervicales. Fijo.

Él se masajeó el cuello por inercia. Notó la rigidez que le subía hasta el cráneo y comprendió que ella tenía razón. Trabajar tantas horas con el ordenador lo estaba matando.

—Pues ahora que lo dices...

—Te vendrá bien un poco de calor.

Helena se puso de puntillas para abrir el armario donde guardaban el botiquín. Josh le miró el trasero embutido en aquel vestido azul de un tono muy parecido al de sus ojos. Llevaba el cabello semirecogido sobre la espalda y un maquillaje donde resaltaban unos labios pintados de un apetecible tono cereza. Tuvo ganas de besarla. Tuvo ganas de empotrarla sobre la encimera y correrse dentro de ella. Justo ahora. Cuando no podían mirarse a la cara y llevaba semanas rehuyendo su contacto físico. Se sintió como una mierda al comprender que la estaba apartando sin darse cuenta. Conocía a Helena. Era una mujer vulnerable y tremendamente sensible. Su actitud le estaba haciendo daño.

—Aquí está —ella le enseñó la pomada y Josh se sintió como un miserable cuando ella le pidió permiso con la mirada para tocarlo—. Si tienes un segundo, te unto un poco de pomada sobre las cervicales. Te vendrá bien para aliviar el dolor.

Josh se desabrochó la camisa y le dio la espalda. Se le escapó un gemido ronco cuando ella le extendió una capa de crema desde la nuca hasta los hombros. Sus manos eran el mejor bálsamo. Cerró los ojos y se sintió automáticamente aliviado por el calor que invadió la zona dolorida. O quizá fueran las manos de su mujer. Cariñosas. Gentiles. Diciéndole sin palabras lo mucho que lo quería.

Josh atrapó una de sus manos y se la llevó a los labios. Podría haberle dicho muchas cosas. Podría haberle dicho que lo sentía. Que no creía que ella fuera una conformista. Que echaba de menos el sonido de su risa o sus labios hinchados cuando llegaba al orgasmo. Pero se limitó a decir:

—Estás preciosa.

Ella dejó la pomada sobre la encimera y se apartó de él. A Josh le preocupó no ver resentimiento ni decepción, sino una profunda tristeza que ella no era capaz de disimular.

—Tengo que irme —se despidió de él—. Pásalo bien con tus compañeros. No sé a qué hora llegaré. Pediré un taxi.

Josh llegó a la cena pero no estuvo. Se rio por compromiso de los chistes de trogloditas de Martin y Jack. Se relacionó con sus compañeros para dejarse ver e ignoró a los que no podían reportarle ningún beneficio. Se codeó con los más influyentes. Hizo comentarios elocuentes y estratégicos. Mostró su mejor cara de hipócrita. Incluso se animó a bailar con Tracy porque todos se la rifaban en el periódico y no quiso quedar como un pelele. Martin le dijo más de una vez que no sabía por qué perdía el tiempo con el bombón del periódico y que allí nadie le iría con el cuento a su mujer. Luego le guiñó un ojo y añadió con tono jocoso: «todos echamos una cana al

aire de vez en cuando, eh».

Martin le caía como una patada en las pelotas. Le resultaba vomitivo que su ascenso dependiera de un tipo tan odioso. Era machista, narcisista, clasista, homófobo y a ratos exudaba un tufillo racista y que a Josh lo sacaba de quicio. Tenía que tragar, se dijo. No le quedaba otro remedio porque nadie escogía a su jefe. Pero lo peor era ser consciente de que en el fondo era el nuevo capricho de Martin. Lo llamaba «colega» y lo invitaba a su club de pádel. Le ofrecía puros cubanos mientras ponía a parir a la mitad de la redacción y los tildaba de inútiles. O lo invitaba a las reuniones con el grupo de inversores y lo halagaba en público. Josh se sentía como un estafador. Estaba deseando escapar de aquel periodicucho, pero sobre todo estaba deseando perder de vista a un tipo tan miserable como Martin.

—¿Qué bebes? —le preguntó Tracy demasiado cerca del oído.

Es cierto que la música estaba muy alta, pero también era cierto que Tracy no perdía la oportunidad de acercarse a él.

—Nada.

—No pareces tan aburrido.

—Lo soy.

Tracy hizo un mohín. Era una mujer exuberante y charlatana que habría podido tener a cualquiera con tal de chasquear los dedos. Josh creyó que el hecho de llevar una alianza lo hacía más inaccesible. Por eso lo buscaba. Tracy era la clase de persona que quería todo lo que no podía tener. Y lo quería a él.

—Mentiroso —le dio con el dedo en la barbilla. Iba bebida—. Que suerte tiene tu chica.

—Mi mujer —la corrigió irritado.

Josh contempló el reloj de su muñeca y luego barrió el local con la vista. No pintaba nada en aquel sitio. Lo que de verdad le apetecía era disfrutar de la compañía de Helena y conocer aquella editorial que la tenía tan cautivada. Seguro que Martin no lo echaba de menos ahora que había hecho acto de presencia.

—Eh, Josh, ¿a dónde vas? —le preguntó Tracy cuando salió de la pista.

—Me ha surgido una emergencia. ¿Me disculpas con los demás?

Tracy suspiró decepcionada.

—Claro.

Fue todo lo que él necesitó para salir pitando a la calle y parar un taxi.

Helena se lo estaba pasando francamente bien. Tenía mucho en común con sus compañeros de trabajo y sentía que la pequeña editorial se estaba convirtiendo en un lugar donde se sentía muy cómoda. Para ella era casi tan importante como el sueldo o el prestigio de la empresa para la que trabajase. Lo único que echaba en falta era ir acompañada de Josh. Los demás disfrutaban de la velada con sus parejas y ella se sentía agotada de buscar una atención que no recibía porque Josh estaba demasiado ocupado con su propia vida.

—¿Y tu marido? —le preguntó Jace.

—Tenía un compromiso laboral.

—Lástima. Me habría encantado conocerlo.

—A él también le habría gustado conocerte —respondió, y no estuvo segura de que así fuera—. Otra vez será.

Helena se enfrascó en varias conversaciones que le sacaron una sonrisa. El marido de Jace era un hombre encantador y le dijo que su jefe estaba deseando que aceptara su oferta. Helena todavía no le había dado una respuesta. No quería precipitarse. Necesitaba aclarar sus ideas y ordenar sus prioridades. No quería arrepentirse o atarse a un trabajo que tal vez no la convenciera. Y entonces lo vio. Josh apareció por la puerta y la buscó con la mirada. Ella no pudo disimular su sorpresa cuando sus ojos se encontraron. Josh pareció aliviado de verla y cortó la distancia que los separaba.

—Has venido —musitó ilusionada.

—Mejor tarde que nunca —respondió, y la besó antes de que ella pudiera decir nada. Helena estaba tan aturdida que correspondió al beso con unas ganas demasiado efusivas para estar en público. Se separaron ruborizados porque no era el momento ni el lugar para una reconciliación tan pasional—. Lo siento.

Helena se colgó de su brazo y lo miró agradecida.

—Y yo también —admitió sin tapujos—. Voy a presentarte a los demás. Ya tendremos tiempo de hablar.

Salieron de la fiesta con varias copas de más. Helena se partió de risa cuando él le contó cuál había sido el título de su último artículo. Josh la empujó hacia un callejón y la tocó por encima de la ropa. Respiraron con dificultad. Se echaban tanto de menos que no sabían por dónde empezar. Ojalá se entendieran tan bien en todo lo demás como lo hacían en el sexo.

Helena echó la cabeza hacia atrás cuando él le besó el cuello. Ella enterró las manos en su pelo

mientras la lengua de Josh le lamía la garganta. Besos, mordiscos, todo le parecía poco para una abstinencia que a ambos les pesaba demasiado. Josh tenía ganas de ella y la erección le iba a reventar los pantalones. A ella se le escapó un suspiro cuando él le mordió el lóbulo de la oreja. Metió la mano en aquel semirecogido de ondas rubias y tiró del pasador. El pelo le cayó por encima de los hombros y a él le resultó la mejor fantasía erótica de toda su vida. Una mujer preciosa y de ojos azules que ardía por culpa de sus besos. Se tocaron por encima de la ropa y los gemidos inundaron el callejón. Josh la agarró de las caderas y apretó su erección contra su estómago. Helena buscó sus labios con desesperación. Eran fuego. Química brutal. Algo demasiado bueno para describirlo con palabras. Los dos llevaban varias copas encima y eran incapaces de pensar con claridad.

Helena separó las piernas cuando él introdujo la mano dentro de su vestido. Estaba empapada antes de que él la tocara. Se mordió los labios cuando él le bajó las bragas y recorrió su hendidura con un dedo. Ella buscó su entrepierna y le desabrochó el botón de los pantalones. Josh le mordió la barbilla.

—Estoy tan cachondo que quiero hacértelo aquí mismo.

—Hazlo.

Helena lo atrajo hacia sí y él se abrió la bragueta. Con una mano le subió el vestido y con la otra se agarró la polla. La penetró de una embestida y contra la pared de un callejón en el que no sabían si alguien los estaba viendo. Josh se agarró a sus caderas y apoyó la frente sobre la de ella. Helena entrecerró los ojos y gimió. Él llevo una de sus manos hacia sus pechos y lo agarró por encima de la tela del vestido. Ella volvió a gemir. Eran como dos animales hambrientos y que habían perdido el juicio.

—No pares —le pidió con la respiración entrecortada.

—No puedo, nena...

Helena echó la cabeza hacia atrás y se mordió el labio. Él aumentó el ritmo justo en el momento perfecto. Ella llegó al orgasmo al cabo de unos segundos y él se corrió dentro. Josh apoyó un brazo en la pared y la mejilla sobre el pecho de su mujer. A ella le iba el corazón a mil por hora y él lo notó. Los dos se rieron porque había sido una auténtica pasada. Corto. Intenso. Agotador.

Necesitaron unos segundos para recomponerse y Josh permaneció dentro de ella hasta que Helena lo empujó con suavidad. Empezaba a recobrar el sentido común y no quería que ningún compañero de trabajo los viera en una actitud tan comprometida. Estaban a tres calles de la editorial. Josh se subió los pantalones y ella recuperó las bragas y se bajó el vestido.

—Vámonos a casa.

—No me canso de ti —le dijo él. Le pasó un brazo por encima de los hombros y le besó el cuello —. Vamos a parar un taxi.

—Somos un par de pervertidos.

Helena se atusó el pelo y él le devolvió el pasador. Lo metió dentro del bolso mientras él se acercaba a la carretera para parar un taxi. El viaje de vuelta a casa estuvo repleto de miraditas traviesas y tocamientos sutiles. Ella le apartó la mano cuando él intentó meterla dentro de sus muslos. No estaban en la universidad. No quería escandalizar al pobre taxista que le había tocado trabajar en el turno de noche. Bajaron del taxi y se metieron mano en cuanto cruzaron la puerta del portal. Subieron las escaleras hasta la cuarta planta entre beso y beso. Él le desabrochó la cremallera del vestido en cuanto abrió la puerta del apartamento. Helena le quitó la camisa cuando llegaron a la cocina. Ella se despojó de la ropa interior antes de cruzar la puerta del dormitorio. Él la tiró sobre la cama mientras se quitaba los pantalones. Volvieron a hacerlo. Aquella vez con calma. Se tomaron todo el tiempo del mundo para mirarse a los ojos y hacer el amor. Josh la acarició y se empleó a fondo en demostrarle lo mucho que la amaba. Ella correspondió a sus caricias con la misma pasión de su marido. Terminaron derrotados sobre las sábanas enredadas. Sus piernas entrelazadas y tumbados de lado mientras se miraban a los ojos. Josh le acarició la mejilla y la besó con ternura.

—Te he echado de menos —le confesó, perdido en el océano de sus ojos y con el corazón bombeándole con fuerza—. No sabes cuánto. Me duele en el alma no haber estado a la altura de lo que esperabas de mí.

—No digas eso —Helena le acarició la barbilla con un dedo—. Los dos nos hemos equivocado. Volvemos a ser nosotros.

—Sí —Josh respiró aliviado y la abrazó justo como sabía que a ella le gustaba. Con cierto énfasis protector en el que ella se regocijó—. Me ha gustado conocer a tu jefe. Es un buen tipo.

—Creo que a él también le has caído bien.

Josh la apartó con delicadeza para ir al servicio. Ella se tendió en la cama con una sonrisa de complacencia difícil de disimular. Josh la observó maravillado antes de salir de la habitación. Aquella mujer tan increíble estaba casada con él. Era afortunado. Jamás volvería a ignorarla por mucho que él trabajo le pesara.

A Josh le sonó el móvil cuando estaba en el baño. Lo había dejado sobre la mesita de noche. Escuchó el timbre y resopló. Merecía tomarse un descanso. No era la primera vez que Martin le enviaba algún mensaje relacionado con el trabajo a aquellas horas de la madrugada.

—¡Ponlo en silencio! —le pidió desde el baño.

Helena extendió el brazo para coger el móvil. Desactivó el sonido y le saltó una notificación de WhatsApp. Ni siquiera tuvo tiempo de bloquear el móvil. Ella jamás le había espiado el teléfono. Pero el nombre de Tracy fue casi tan revelador como el contenido de aquel mensaje.

Tracy: *¿dónde te has metido? Me has dejado con las ganas.*

Helena se sintió enferma y dejó el móvil sobre la mesita de noche antes de que él regresara. Notó una pulsación sobre el ojo derecho. Trató de controlar los celos. Fue inevitable preguntarse quién diantres era Tracy y por qué le enviaba aquel mensaje tan sugerente. Quizá era una broma entre amigos. Quizá lo estaba malinterpretando. Pero la carcomieron las dudas mientras se acordaba de que Josh no le había hablado de Tracy. Y tuvo tanto miedo de recibir una respuesta desagradable que se tapó con la sábana y se hizo la dormida cuando él se tumbó a su lado.

Detengo el coche cuando la ranchera de Blake aparca a un lado de la carretera. Temo que se haya arrepentido y quiera regresar a por Walton para partirle la cara. Él se baja de la camioneta, apoya las manos sobre el capó y emana tanta tensión que comprendo que se siente absolutamente superado por lo ocurrido. Me acerco a él sin saber si debería tocarlo u ofrecerle alguna palabra de aliento. Todavía debe afrontar los daños materiales y económicos que ha sufrido el rancho. No es, ni de lejos, el mejor momento para enfrentarse a un inconveniente semejante. Trabajamos a contrarreloj para presentarnos a La exposición de ganado y rodeo de Houston y este percance va a retrasarnos. Él lo sabe y supongo que se está haciendo a la idea de que jugamos con desventaja.

—No puedo presentarme en el rancho en este estado. No quiero que mi abuela ni los demás me vean así. Además, Avery estará al llegar y lo último que quiero es asustarla.

—Descuida —le pongo una mano en la espalda y él ni se inmuta—. Le enviaré un WhatsApp a Hannah para que se queden tranquilos.

Vuelve la cara hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Un qué?

Madre mía, lo pregunta totalmente en serio. Blake está tan centrado en su trabajo y los caballos que apenas se ha enterado de que ya estamos en el siglo veintiuno. Me abstengo de sonreír porque sé que lo cabrearía.

—Un mensaje de texto —le explico, y tecleo con rapidez en el móvil: «Estamos bien. Solucionado. Me lo llevo a dar una vuelta hasta que se le pase el cabreo». Luego pulso enviar—. Ya está.

Blake respira profundamente e intenta tranquilizarse. Mantiene las manos sobre el capó del coche y la espalda completamente rígida. Su rostro está demudado por una mezcla de consternación y vergüenza. Está tan superado por la situación que ya ni siquiera queda espacio para la rabia. Es lógico que se sienta así. No siempre puede ser el vaquero seguro de sí mismo que controla todo lo que sucede a su alrededor. Es humano. Tiene fortalezas y debilidades como todo el mundo. A veces uno también necesita sentirse protegido y que le echen un cable. Está de más decir que yo estaré ahí para apoyarlo. Es lo mínimo que puedo hacer por él.

—Quería matarlo —murmura con la voz estrangulada.

—Lo sé.

—No sé lo que habría pasado si no llegas a aparecer.

—No pienses en eso. Estabas nervioso. Todos lo estábamos después de habernos enfrentado al incendio.

—Pero tú no has ido a por Walton —se vuelve hacia mí visiblemente turbado—. Por poco lo mato. Ni siquiera he pensado en mi hija o en Sophia. Se me ha ido la cabeza. Menos mal que tú me has parado los pies.

—Eh... —le froto la espalda para infundirle ánimo—. No vamos a fingir que no se merece una buena paliza. Pero tenemos que ser más inteligentes que él. Es lo que iba buscando.

—Lo sé —se aparta de la camioneta y sacude la cabeza—. He sido un imbécil. Espero no haberte asustado. Ojalá no me hubieras visto en semejante estado.

—No me das miedo, Blake —le digo sin tapujos—. En realidad haces que me sienta segura. Creo que todo puede salir bien cuando estoy a tu lado. O al menos tengo la impresión de que todavía queda esperanza.

Parece más aliviado cuando me escucha.

—Por un instante he estado a punto de cagarla y tirarlo todo por la borda —me mira a los ojos y añade más tranquilo—: Pero no volverá a suceder. Conseguiremos el dinero para el tratamiento de Josh.

—Tú lo conseguirás —respondo, y me siento como una auténtica inútil—. Yo solo te echaré un cable. Es todo lo que puedo ofrecer.

—No me puedo creer que te veas a ti misma de esa forma —Blake extiende el brazo y me deja sin palabras cuando me acaricia la mejilla con su pulgar. Hay un cariño tan honesto en un gesto tan simple que me estremezco por completo—. Yo no lo hago.

No me atrevo a preguntarle cómo me ve. En lugar de ello, sonrío con debilidad y le cojo la mano para apartarla de mí. Blake me mira sin decir nada y se traga mi rechazo. No podemos dejarnos llevar porque cabe la posibilidad de que no midamos las consecuencias.

—Podemos ir a tomar un helado —sugiero de repente.

Blake me mira de reojo.

—La heladería más cercana está a media hora en coche.

—Tú mismo has dicho que no quieres que te vean así. Te vendrá bien relajarte. Puede que te parezca una tontería, pero mi abuelo me llevaba a tomar helado cuando tenía un bajón. Al principio lo hacía para verme sonreír porque lo pasé fatal en el colegio. Se metían conmigo y yo era demasiado débil para plantarles cara. Así que me llevaba a mi heladería favorita y me compraba un helado de pistacho y chocolate. Luego se convirtió en una costumbre cada vez que tenía un mal día. Al menos conmigo funcionaba. Él suele decir que las penas con dulce saben

mejor.

—¿Te importa conducir?

—No.

Me acerco a su ranchera y veo que él vacila. Vaya, quiere que conduzca pero que ni me acerque a su coche. La verdad es que me encantaría ponerme al volante de este gran clásico. Supongo que es de esos hombres para los que su coche es algo así como su niño mimado. A veces los tíos pueden ser muy previsibles.

—¿Me dejas tu coche?

—¿No irías más cómoda en el de Stuart?

Me cruzo de brazos y echo la cabeza hacia un lado. De mala gana, Blake se mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón y me entrega las llaves. Me fijo en el llavero. Es una figura de plata en forma de casa con una foto incrustada. Aparecen un joven Blake y un Josh que rondará los nueve años. Su madre abraza a Josh y el padre le echa los brazos por encima a Blake. Es una familia feliz. Blake se percató de lo que estoy observando.

—La foto se tomó unos meses antes del accidente en el que murieron —me explica con naturalidad—. Josh me regaló el llavero un par de años después. Lo hizo por el día de mi cumpleaños. Siempre lo llevo conmigo.

—Josh nunca me habló de vuestros padres. Más allá de contarme que murieron en un accidente de tráfico. Jamás conseguí sacarle ni una palabra.

—Cada uno se enfrenta al pasado como puede. Él lo pasó fatal. Yo tenía diecinueve años cuando mis padres murieron y Josh apenas había cumplido los diez. A mí me gusta recordarlos hablando de ellos. Creo que a Josh le dolía demasiado hablar del tema. Unos años después murió nuestro abuelo y volvió a enfrentarse a otra pérdida. Yo era lo más parecido a un padre para él. Intenté hacerlo lo mejor que pude y la cagué.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—No quiero hablar de algo que es cosa de dos.

—Vale —me rindo, porque sé que acaba de ser todo lo sincero que puede conmigo y tampoco quiero agobiarlo—. Solo quiero que sepas que yo no te juzgaría. Todos cometemos errores. Lo sé de sobra.

Me pongo al volante de su ranchera y a Blake se le escapa una sonrisa burlona cuando tengo que acercar el asiento al volante. No tengo la culpa de que él sea un mastodonte y deje una distancia abismal entre el volante y el asiento del conductor. Es una ranchera roja y que parece haber sido diseñada para un tipo como él. Con los asientos de cuero y un reproductor de cd digno para las

almas retro como la suya. Un auténtico clásico.

—Tú me indicas.

—Todo recto.

Arranco, piso el embrague y se me cala cuando levanto el pie para pisar el acelerador. Me doy cuenta de cómo me mira y aprieto los dientes. No es culpa mía. Es la primera vez que conduzco un coche diésel y es más suave de lo que imaginaba. Consigo hacerlo andar al tercer intento. Piso el acelerador y Blake se agarra al asidero del techo en la primera curva. Su expresión es trágica.

—No seas miedica.

—Vas muy deprisa.

—Tú también conduces rápido.

—No es lo mismo.

—No pasa nada por no controlar la situación en todo momento, ¿sabes? A veces es bueno dejarse llevar y que otros tomen el relevo.

—Si tú lo dices...

Blake no suelta el asidero durante los treinta y cinco minutos que tardamos en llegar a nuestro destino. No para de quejarse por mi manera de conducir y me pone de los nervios. Terminamos teniendo una discusión en la que le grito que es un neandertal que cree que las mujeres conducimos peor que los hombres. Él me responde sin cortarse que no cree que las mujeres conduzcan peor que los hombres, pero que yo sí lo hago como el culo. Es totalmente falso, por supuesto. No conduzco tan mal. ¡Lo juro! Lo que pasa es que se me ha cruzado un coyote y mi acto reflejo ha sido dar un volantazo y por poco nos salimos de la carretera. En mi defensa diré que no es fácil conducir mientras un imponente vaquero de mirada desaprobadora te vigila durante todo el trayecto. Intimida más que el examinador de la autoescuela que me aprobó por pesada.

—¿Lo ves? —replico cuando termino de aparcar—. Tampoco ha sido para tanto.

Blake me arrebató las llaves del coche.

—A la vuelta lo llevo yo.

—Exagerado.

—Valoro mi vida y me apetece vivir hasta los ochenta años.

Pongo los ojos en blanco y él me sostiene la puerta para que entre en la heladería. Es un local de

esos de la América profunda. El típico que te encontrarías en Chicago a modo de imitación. Con su suelo de baldosas de cuadros, las paredes en tonos pastel, el cartel retro de coca cola, un televisor de culo de botella sobre la barra, sofás de cuero y la camarera vestida con un uniforme rosa y una cafetera en la mano. Pero este sitio es tan auténtico y clásico como lo es Blake. Incluso hay una gramola que debe tener más de cincuenta años.

—¿Sueles venir aquí a menudo?

—A veces traigo a Avery. Le encantan los gofres con chocolate. ¿Te gusta el sitio?

Escojo una mesa que hay pegada a la ventana. El local está abarrotado de familias con niños y adolescentes que comparten batidos de helado y coquetean mientras sorben de las pajitas. Es como la cafetería de la serie Riverdale.

—Sí.

Me siento en el sofá y me sorprende que Blake tome asiento a mi lado en lugar de escoger el sofá de enfrente. Nuestras piernas se rozan y él me mira con un interés que no se esfuerza en disimular.

—¿En Chicago hay sitios como este?

—Hay imitaciones. Se lleva el rollo vintage. Pero este lugar es auténtico.

La camarera se acerca para preguntarnos qué vamos a tomar. Blake pide una ración de tortitas con sirope de arce, patatas fritas, un batido de fresa y una copa de helado de vainilla y galletas. Le preguntaría si está esperando a alguien más para semejante cantidad de comida, pero lo conozco de sobra y sé que para él es un aperitivo. Yo me decanto por mi sabor favorito: pistacho con chocolate.

—Ni se te ocurra... —pongo cara de asco cuando moja las patatas en el batido. Demasiado tarde
—. Eres asqueroso.

—Deberías probarlo.

—Ni muerta.

Me entra la risa floja cuando lo veo atacar las tortitas como si llevara un siglo sin comer. Apuesto a que le sobra espacio en el estómago para dar buena cuenta del helado.

—¿Qué?

—Me pregunto dónde echas toda la comida... —cojo una cucharada de helado y entrecierro los ojos. Está delicioso—. ¿Quieres probarlo?

Blake mete la cuchara en mi helado y me roba un buen pedazo.

—¡Eh!

—Algunos no comemos como un pajarito.

Me ofrece el suyo y comprendo que me he equivocado de sabor cuando lo pruebo. Acabo de tener un flechazo.

—¿Me lo cambias?

—No —me arrebatara el helado antes de que pueda apropiármelo—. No tengas morro.

—¿No te han enseñado a compartir la comida?

Blake levanta el brazo y le pide a la camarera otra copa de helado de vainilla y galletas con pepitas de chocolate.

—No pienso comer tanto helado. Me dará una indigestión.

—Para eso inventaron la sal de frutas. Tampoco te vendría mal coger unos kilos.

—Hablar del físico de los demás es maleducado —replico, un tanto ofendida. Ya sé que a él le van las mujeres exuberantes y curvilíneas como Stella y que yo soy un palo de escoba. No hace falta que me lo recuerde.

—No te enfades.

Blake me mancha la nariz de helado.

—¡Eh! No seas crío.

—Pensé que tenías más sentido del humor.

Cojo la cuchara y le mancho la frente antes de que pueda reaccionar. Los dos forcejamos como si fuéramos un par de chiquillos que inician una pelea de comida en el instituto. Blake se abalanza sobre mí para detenerme cuando intento mancharle el pelo. Se me escapa una carcajada cuando hunde los dedos debajo de mis costillas. Es justo mi punto débil.

—¡No me hagas cosquillas!

Acabo acorralada contra el ventanal y con las piernas entrelazadas con las suyas. Los dos respiramos con dificultad y nos miramos a los ojos. Los suyos brillan de diversión y de algo más intenso cuando se percata de nuestra postura. A mí se me va a salir el corazón del pecho cuando soy consciente de la forma en la que su cuerpo se amolda al mío. De repente el ambiente se enrarece y le miro involuntariamente la boca. Blake hace el amago de apartarse de mí, pero se mantiene a escasos centímetros de mi rostro y frunce el ceño. Sabe que debe alejarse. Los dos lo sabemos. Pero su cuerpo es como un imán que se atrae con el mío. Es en ese momento cuando

soy consciente de que no se puede luchar contra la atracción porque es una fuerza de la naturaleza demasiado poderosa para ignorarla. No eliges de quién enamorarte. Del mismo modo que no eliges de quién sentirte atraída por mucho que esa persona sea tu cuñado y esté prohibido para ti.

—El hotel está en la acera de enfrente —nos espeta la camarera.

Los dos nos apartamos de golpe y ella deja la copa de helado sobre la mesa. Nos dedica una mirada censuradora antes de largarse sacudiendo la cabeza. Los dos ponemos cara de circunstancia y nos sentamos en cada extremo del sofá.

—Ha sido culpa tuya —musito indignada y para romper el hielo—. Tú has empezado la guerra de helado.

—Asumo mi responsabilidad —dice, llevándose la mano al pecho. Luego se inclina hacia mí y no puedo evitar echarme hacia atrás—. Tienes un poco de helado en la mejilla.

Me quedo muy quieta cuando Blake me limpia el helado con su dedo. Se me escapa el aire por la boca y trato de mantener la compostura. Luego hace algo tremendamente erótico y espontáneo. Sé que no es a propósito, pero sigo el recorrido de su dedo cuando se lo lleva a los labios.

—¿Está rico? —pregunto con la boca seca.

—Delicioso —admite, robándome la copa de lado—. Al final me quedo con el de pistacho para hacerte un favor.

—Qué cara tienes...

Terminamos de comer el helado y acabo medio echada sobre el sofá. Me acaricio la barriga con una mano y tengo la impresión de que voy a explotar. Blake se levanta para pagar y regresa con dos vasos de agua. Me bebo el mío de un largo trago.

—Siempre me he preguntado por qué el helado da tanta sed.

—Porque el helado contiene una gran cantidad de azúcar, sal y aminoácidos que se absorben a través del torrente sanguíneo. La sensación que se produce en nuestro cuerpo es similar a la de estar deshidratado y por eso se emite una señal al hipotálamo. El azúcar se apodera del agua que hay en las células y entonces los osmorreceptores que hay en el cerebro detectan la disminución de sangre y envían una señal a los riñones. Por eso bebemos agua. Para regular los niveles de azúcar en la sangre y así poder eliminarnos.

Blake me mira impresionado durante unos segundos. Luego coge su vaso de agua y se lo acaba sin pestañear.

—¿Cómo sabes tanto sobre un montón de temas que no tienen nada en común?

—Curiosidad —le resto importancia—. Libros, documentales, internet... recuerdo que de pequeña siempre tenía una pregunta para todo. Te puedes imaginar la cara que pusieron mis padres cuando tenía seis años y les pregunté cómo se hacían los bebés. Había visto un episodio de «Érase una vez el cuerpo humano» y tenía mis dudas. Me puse furiosa cuando averigüé que a los niños no los traía la cigüeña.

—Menos mal que a mi hija todavía no le ha dado por cuestionarse la biología humana... —murmura agobiado, y me provoca una sonrisa. Gajes del oficio de ser padre: responder a preguntas incómodas cuando tus hijos se van haciendo mayores—. Antes me has dicho que tu abuelo te llevaba a comer helado cuando tenías un mal día en la escuela.

—No fui muy popular.

—Es curioso. La primera vez que te vi tuve la impresión de que serías la animadora del instituto por la que todos los chicos suspiraban y por la que competían las chicas para tener su amistad.

—Estoy acostumbrada a generar una primera impresión equivocada en los demás.

—Ser guapa es tu castigo.

—¡No te burles de mí! —le doy un empujón y los dos nos reímos—. Ya sé que parece una tontería. Pero te cansas cuando todo el mundo te juzga sin tomarse la molestia de conocerte.

—Te comprendo —responde más serio—. Es justo lo que yo hice contigo. Pensé que eras una descerebrada que no sabía dónde se metía cuando te ayudé a cambiar la rueda. Me puse furioso. Tuve ganas de gritarte que alguien como tú no podía ir sola por semejantes carreteras.

—¡Muchas gracias!

—Me has callado la boca —admite sin cortarse—. Eres más fuerte de lo que yo creía. Eres más fuerte de lo que tú piensas. Me has dejado a cuadros al reunir a los caballos tú sola.

—Suerte de principiante.

—No te quites mérito.

—El ganado estaba aterrorizado y me siguió con la esperanza de que los condujera a un lugar seguro. Me parece la hipótesis más correcta.

—Siento haberte juzgado sin conocerte de nada —se disculpa, y vuelve a sorprenderme que no sea ese hombre arrogante al que le cuesta admitir en voz alta que se equivoca.

—No pasa nada. Yo también me formé una opinión precipitada de ti.

—¿Qué pensabas?

—Que eras un gilipollas.

A él se le cambia la expresión y yo no puedo evitar soltar una carcajada. Es la pura verdad. Cada vez tenemos más confianza y a estas alturas me atrevo a ser sincera con él. O mejor dicho: casi sincera. Blake arroja la servilleta sobre la mesa y se lo toma con sentido del humor.

—Vale, eso me ha dolido. Espero que tu opinión sobre mí haya cambiado.

—Por supuesto. Ahora pienso que eres menos gilipollas que antes.

—No me vaciles, rubia.

Pongo cara de inocencia y lo sigo hasta la puerta. A pesar del incendio y de lo sucedido con Walton, me siento inesperadamente mejor y no quiero que este momento se acabe. Creo que él piensa lo mismo.

—No sé por qué te hago caso.

Blake se quita la ropa con cierto pudor cuando ve que yo me desprendo de la camiseta. Tiene gracia. Va descamisado por el rancho y presumiendo de abdominales y ahora se pone melindroso.

—Porque soy tu cuñada favorita.

—Ya.

Ladea una sonrisa irresistible y me lanza la camisa a la cara. Huele a él. Ignoro la sacudida de mi estómago. Solo es un baño. Hace un calor horroroso y me apetecía darme un chapuzón en el lago del rancho. Al final lo he convencido después de un porrón de «por favor» y unos ojos suplicantes a los que no ha podido resistirse. No quería irme de aquí sin nadar en el lago. La primera vez que me trajo hasta aquí me pareció un auténtico paraíso y supe que solo por esto, el rancho merecía el nombre con el que lo habían bautizado.

Me quito los pantalones y me quedo en ropa interior. Es como estar en bikini y sé que no debería darle importancia. Blake se despoja de la ropa y se acerca a la orilla. Su trasero está cubierto por unos bóxer que le quedan como un guante. Le doy un vistazo rápido porque está de espaldas y no puede verme. Definitivamente es de esos a los que la ropa no le hace justicia. Blake mete el pie en el agua y me salpica.

—¡Está helada! —protesto.

—¿No te irás a echar atrás?

—Pensé que estaría más templada...

—Te voy a meter a rastras si no vienes ya hacia la orilla. Hace media hora me decías que hacía un calor insoportable y que no querías encerrarte en la casa sin darte un chapuzón. Me has obligado a venir.

—Métete primero. Me cuesta entrar en el agua cuando está tan fría. Lo haré muy despacio.

—De eso nada.

La mirada traviesa de Blake se cruza con la mía y adivino sus intenciones. Retrocedo con las manos en alto.

—No.

—Pasarás el mal trago de golpe. Es lo mejor.

—¡Blake! —lo esquivo cuando se acerca a mí—. ¡Ni se te ocurra!

—Te la debo por el mal rato que he pasado cuando ibas al volante.

Salgo disparada hacia el bosque y él corre detrás de mí. Me escondo detrás de un árbol con la respiración acelerada. Somos como dos críos. Primero la pelea de helado y ahora esto. Su mano roza la mía y suelto un grito. Me desplazo hacia el lado izquierdo y él me atrapa por la cintura. Forcejamos durante unos segundos en los que comprendo que no tengo nada que hacer. Es enorme, está lleno de músculos y tarda medio minuto en reducirme. Se me escapa un chillido cuando me coge en brazos y me carga encima de su espalda como si fuera un saco de patatas. Le golpeo la espalda con los puños y lo único que consigo es que suelte una carcajada.

—¿Me estás pegando o haciendo un masaje? —bromea con tono chulesco.

—¡Bájame, idiota!

—Uhm... no. Acabo de recordar que hace un rato me llamaste gilipollas.

Me agarro a la rama de un árbol y termino arrancando algunas hojas. Blake continúa acercándose peligrosamente a la orilla. Es injusto. No tengo nada que hacer contra este gigante.

—Medio gilipollas.

—Será posible...

—¡Blake, por favor! —intento trepar por su espalda cuando comienza a meterse en el agua—. ¿Y si me da un corte de digestión? ¡Jamás te lo perdonarías!

—Tranquila, yo te salvaré en ese caso.

Estoy a punto de gritarle que no es medio gilipollas, sino un cretino integral, cuando nos

zambulle a los dos en el agua. No está fría. ¡Está congelada! Saco la cabeza y boqueo como un pez. Blake me frota los brazos cuando comienzo a tiritar.

—¡Idiota! —lo salpico.

—¿Quieres jugar a eso? Te advierto que soy un excelente nadador.

Doy unas brazadas para alejarme de él. No quiero tentar a la suerte. Es muy competitivo y sospecho que sería capaz de ahogarme para demostrar lo buen nadador que es.

—Nada un poco. Se te quitará el frío. El agua está deliciosa.

—Sí, deliciosa...

Blake se tumba bocarriba y flota en el agua. Nado para desentumecer los músculos. Me fastidia admitir que tiene razón. Al cabo de unos minutos entro en calor y disfruto del chapuzón. No puedo resistir el impulso de acercarme a él nadando a brazas y con el máximo sigilo. Se va a enterar. Antes de que pueda descubrirme, le hundo la cabeza con todas mis fuerzas. Blake saca la cabeza y comienza a toser. Me preocupo cuando comprendo que ha tragado agua y le palmeo la espalda.

—No sabía que fueras tan vengativa...

—¿Estás bien?

—Sí —se vuelve hacia mí y me atrapa por las muñecas—. Solo estaba fingiendo para devolvértela.

—¡Ay! —me retuerzo como una lagartija e intento escapar de su agarre—. ¡Vale! ¡Vale, Michael Phelps! ¡Lo he pillado!

—¿Te rindes?

Me pega contra su cuerpo húmedo y mi pecho se aprieta contra el suyo. Puedo sentir su pulso acelerado bajo la piel. Respiro con dificultad. Él me tiene sujeta y a flote. Nuestros ojos se encuentran. Sé que los dos sentimos lo mismo. Es como la chispa que prende una cerilla. Una reacción automática y combustible que no puede frenarse. Tengo calor a pesar de estar metida en el agua. Blake me mira los labios y sé que está deseando besarme. Su deseo es tan intenso y honesto que por unos segundos me inclino hacia él y dejo que lo único que nos separe sean unos milímetros por los que ni siquiera puede pasar el aire. Debo alejarme de él. Y, sin embargo, le rozo la barbilla con la boca. La sensación es tan intensa y lo que ambos sentimos se descontrola de tal manera que los dos suspiramos. ¿Cómo controlar lo inevitable? ¿Cómo resistir el impulso de besarlo y averiguar si es tan bueno como imagino? Tengo ganas de mandarlo todo al infierno y acarrear con las consecuencias. Pero no puedo. Sé que sería una locura y que no puedo asumir semejante riesgo. La imagen fugaz de unos ojos verdes me recuerda que el hombre del que estoy enamorada no merece que lo traicione de esta forma.

Me zafo de su agarre y lo salpico en la cara. Luego nado lejos de su alcance y evito su mirada. Bonita forma de romper la magia. Fingir que estábamos de broma para que ninguno de los dos se sienta incómodo. Unos minutos después y cuando los dos logramos recomponernos, él es el primero en salir del agua. Lo sigo hacia la orilla.

—Espera. Voy a por una toalla. Te vas a congelar.

Le hago caso porque fuera está refrescando. Así es el tiempo en Texas. Durante el día hace un calor terrible y por las noches hay una suave brisa de lo más agradable que de repente se convierte en un desierto en el que bajan las temperaturas.

Blake regresa con una toalla que tenía guardada en el maletero. Salgo de la orilla y me escurro el pelo. Él me envuelve los brazos con la toalla de algodón.

—¿Y tú?

—Me secaré al aire libre.

—De eso nada.

Abro la toalla para recibirlo y Blake se muestra reticente. Sabe que mi fuerte no es la paciencia y se acerca a mí. Compartimos la toalla y nos sentamos sobre la hierba para secarnos.

—Estás helada.

—Estoy bien.

Blake hace caso omiso a mi mentira y me frota los hombros para que entre en calor. Me pego a él y me pregunto cómo es posible que esté tan caliente. Él nos envuelve a ambos con la toalla y no puedo resistir el placer de apoyar la cabeza en su hombro. Estoy en la gloria.

—No te quedes dormida.

—Qué noooo.

—Hacía mucho tiempo que no me daba un baño en el lago.

—¿En serio? Yo vendría a este sitio casi todos los días si no estuviéramos tan liados.

—La mitad de los días acabo agotado y no tengo tiempo ni de pestañear.

Comprendo lo que dice. Él lleva aquí toda la vida y yo hay días que me levanto sin fuerzas. El trabajo de un vaquero es duro y no concede tregua. El ganado no entiende de fines de semana ni de vacaciones.

—¿Sabías que si Texas fuera una nación independiente sería la décimo quinta potencia más

grande del mundo?

—No tenía ni idea —le confieso.

Blake me pasa un brazo por encima de los hombros y me atrae más hacia él. Si acaso es posible. Estamos muy pegados y no sé dónde empieza su piel y donde acaba la mía. Encajamos de una forma extraña y desconcertante. No debería suceder, pero así es.

—Es la segunda economía más grande del país por debajo de California. Esto se debe a la abundancia de recursos naturales. Texas es una potencia agrícola, ganadera y mineral. En el subsuelo hay petróleo, gas natural y depósitos de carbón —me explica orgulloso de su tierra—. Por eso Walton quiere hacerse con Paradise Lake. Ha estudiado el terreno y cree que hay reservas de petróleo.

—¿Y tú qué crees?

—No tengo el menor interés en saberlo. Este es el hogar de mi familia. Mi bisabuelo compró estas tierras y construyó la casa cuando no había ni carreteras asfaltadas que condujeran a este sitio. Le prometí a mi padre que continuaría con el legado familiar. No quiero verlo convertido en una reserva petrolífera, si es que Walton está en lo cierto. Es el hombre más ambicioso que he conocido en mi vida. No quiero que el hogar de mi familia caiga en sus manos. Jamás me lo perdonaría.

—No vamos a permitirlo.

Noto que Blake me mira de reojo y sonrío.

—Agallas no te faltan, rubia.

Contemplamos el atardecer. El crepúsculo de tonos violetas y anaranjados que envuelve el lago y crea una atmósfera de cuento de hadas. Las libélulas revolotean a nuestro alrededor y el bosque se convierte en un denso follaje impenetrable y repleto de sombras. Es un lugar precioso. Un paraíso.

—Ojalá Josh estuviera aquí...

—Vamos a hacer todo lo posible para traerlo de vuelta.

Levanto la cabeza de su hombro para mirarlo a los ojos. Lo que leo en ellos es una honestidad tan brutal que comprendo que, a pesar de nuestra atracción, Blake desea con todas sus fuerzas que Josh despierte del coma. Quiere a su hermano. Es indiscutible. Me aparta un mechón húmedo que me cae sobre la frente y me lo coloca detrás de la oreja.

—Te lo prometo.

26 de noviembre de 2020

Josh y Helena viajaron a Iowa para pasar Acción de Gracias con la familia de ella. De nada sirvió que Helena le recordara que él también tenía una familia. Josh no quiso ni oír hablar del tema y ella se rindió después de varios intentos. Tampoco estaba por la labor de comunicarse con su marido. Seguía inquieta por haber leído el mensaje de la tal Tracy y no se atrevía a sacar el tema por si él creía que ella le había espiado el móvil a propósito. En el fondo hubiera preferido no haber descubierto aquel mensaje. Ahora entendía por qué algunas mujeres preferían vivir en la inopia y hacían caso omiso a las señales de una infidelidad. Una no podía mirar para otro lado cuando averiguaba algo así. Porque entonces te entraban las dudas y te preguntabas si realmente conocías a la persona con la que te habías casado.

La comida en casa de sus padres fue abundante y deliciosa. Su madre preparó el típico pavo con verduras y patatas asadas y su abuelo los deleitó con las mismas historias de siempre. Josh lo pasó bien. Se integraba en la familia de Helena y todos le tenían bastante aprecio. Pero a Helena la sacó de quicio que él se pasara todo el día pegado al teléfono. Ni siquiera era capaz de desconectar en Acción de Gracias. De ser más desconfiada, ella habría temido que se estuviera mensajando con Tracy. Pero conocía lo suficiente la ambición de su marido para comprender que en realidad él había estado hablando con sus jefes. A Helena no le habría importado de no saber que más que el trabajador perfecto, lo que a Josh le interesaba era ser el colega al que invitaban a jugar al golf mientras hacían chascarrillos. Y Helena, por desgracia, no reconocía aquella parte de su marido. El que era capaz de todo con tal de escalar posiciones.

Su madre la encontró tumbada en la cama de su dormitorio juvenil. Con las paredes repletas de posters de Nirvana y las estanterías llenas de libros de Jane Austen y Las hermanas Brontë. Era como regresar a la época en la que fue una adolescente despreocupada, adicta a la música rock y una estudiante responsable que rara vez le daba quebraderos de cabeza a sus padres.

—Cielo, ¿estás bien?

Su madre se sentó en el borde de la cama y le acarició el pelo como solía hacer cuando era una niña. No tenían la clase de relación en la que se lo contaban todo. Sus padres jamás habían sido como los padres de esas compañeras de clase que se esforzaban en ser unos padres guais y enrollados. Unos amigos. Pero su madre la conocía de sobra y era una persona muy razonable con la que podía sincerarse cuando lo necesitaba.

—Un poco cansada.

Josh había salido con su padre a dar un paseo y su abuelo estaba jugando al solitario. Podía hablar del tema con su madre, pero a ella le costaba admitir en voz alta que su matrimonio no era el paraíso que ella se había imaginado.

—¿Va todo bien entre Josh y tú?

Helena levantó la cabeza de la almohada y la miró sorprendida.

—¿Cómo lo has sabido?

—Una madre se da cuenta de esas cosas.

—Estamos... —Helena buscó la palabra adecuada porque no quería poner a su madre en contra de Josh—. No sé cómo estamos. Ese es el problema.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Es como si estuviéramos a kilómetros de distancia. Creí que volvíamos a estar bien, pero al final terminamos discutiendo por todo.

—El matrimonio no es el camino de rosas que se narra en las películas. A veces es complicado. Sobre todo si los dos nadáis con rumbos diferentes. De vez en cuando hay que ceder si quieres que la relación funcione.

—Pero papá y tú siempre habéis querido lo mismo. Trabajar en un instituto, formar una familia y vivir en un barrio tranquilo. ¿Y si Josh y yo queremos cosas diferentes de la vida?

—¿Eso crees? —su madre la miró con complicidad—. Tu padre soñaba con dirigir alguna exposición arqueológica y estuvo a punto de aceptar un trabajo en Europa.

Helena se quedó a cuadros después de semejante revelación. Había dado por hecho que sus padres tenían las mismas metas.

—No tenía ni idea. ¿Qué pasó?

—Me contrataron en el instituto y le dije que no estaba dispuesta a continuar una relación a distancia. Yo quería ser profesora, llevar una vida tranquila y no quería alejarme de mis padres. No se me había perdido nada en Europa y así se lo dije. Creí que sería nuestro fin. Pero entonces él miró por los dos y descartó el puesto que le ofrecieron. Terminó aceptando un trabajo como profesor en un instituto porque le pesó más nuestra relación. Durante nuestro matrimonio los dos tuvimos que hacer concesiones. Primero cedió él, luego lo hice yo. Jamás imaginé que podría vivir con mi suegro, pero supe que debía abrirle las puertas de mi casa para facilitarle la vida a tu padre. Ahora no puedo vivir sin tu abuelo. De eso se trata el matrimonio. Tenéis que ser un equipo para que funcione.

Sin embargo, Helena tenía la impresión de que Josh y ella jugaban en equipos diferentes. Rara vez se ponían de acuerdo excepto para acostarse o admitir que se amaban. En todo lo demás, diferían de una manera abismal.

—Me han ofrecido un puesto en Nueva York —le contó a su madre.

Todavía no se había atrevido a contárselo a Josh porque la oferta había sido inesperada y ni

siquiera sabía si quería aceptarla. Aún se planteaba la oferta laboral de su jefe. El email para el puesto de editora para Nueva York le llegó hacía cinco días. Chicago y Nueva York estaban a doce horas en coche.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Mejor dicho, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé —admitió apesadumbrada—. No tengo ni idea de lo que quiero.

—Quizás hablar con Josh te aclararía esas dudas. Es tu marido. ¿Por qué no buscas su consejo?

Josh se despidió de sus suegros y les prometió que tendría cuidado al volante. Se llevaba bien con la familia de Helena. Su padre era un tipo agradable y su abuelo era un gran jugador de ajedrez. Notó que Helena estaba más pensativa de lo normal cuando llevaban media hora de trayecto. Pensó que sus problemas se esfumarían después de haber ido a la fiesta de su editorial y haberse acostado, pero en realidad la notaba más distante de lo normal. Tenía la impresión de que ella le estaba ocultando algo.

—¿Qué te pasa?

Helena tenía la cabeza apoyada sobre la ventanilla y miraba distraída el paisaje. Josh tenía la impresión de estar casado con una incógnita. En la universidad se conocían muy bien. Él sabía qué película elegir para ponerla de buen humor, o a qué puesto de perritos calientes vegetarianos llevarla cuando había tenido un mal día. ¿Qué cojones les estaba pasando?

—Me han hecho una oferta para trabajar en la sucursal que Dolphin House tiene en Nueva York.

Josh se quedó impresionado porque no se lo esperaba. Su primer impulso fue felicitarla porque se merecía aquel puesto. Su segundo impulso fue recriminarle que se lo hubiera ocultado. Ganó el segundo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Cinco días.

—¿Y me lo dices ahora?

—Estaba valorando la oferta.

—Creí que querías quedarte a trabajar con Jace.

—Y yo creí que te alegrarías por mí.

Josh apretó el volante y respiró profundamente. No quería discutir. Es lo que sucedía siempre. Terminaban convirtiendo cualquier tema de conversación en un campo de batalla.

—Me alegro por ti —le aseguró más calmado—. Creo que es una gran oportunidad. Pero no entiendo por qué me lo has ocultado.

—Porque si acepto estaremos separados.

—¿Y tú quieres aceptar?

—No lo sé.

Josh no quería ser egoísta. Deseaba que ella brillara con luz propia y estaba dispuesto a aceptar su decisión. Jamás la amarraría de esa manera. Aunque no le hiciera ni pizca de gracia vivir separado de su mujer, la apoyaría fuera cual fuera su decisión. Para eso se habían casado.

—No tomes la decisión pensando en mí. Tienes que mirar por ti. Encontraremos la manera de que funcione si aceptas el puesto.

—Estamos casados. Claro que pienso en ti. ¿Tú no lo harías?

Josh la miró de reojo y guardó silencio. Ella torció una sonrisa cínica.

—Pues claro que no. Tú no tardarías ni dos segundos en responder a esa oferta. Te traería sin cuidado vivir alejado de tu mujer.

Josh paró en un semáforo. Se volvió hacia ella y puso mala cara. Lo que faltaba. Ya empezaba con las malditas recriminaciones cuando él solo la estaba apoyando.

—¿Por qué lo conviertes todo en una pelea? ¿Preferirías que fuera el típico marido posesivo y absorbente que te impide luchar por tus sueños?

—No es eso.

—Pues dime lo que es. Sinceramente, Helena, no te entiendo. ¿Qué cojones te pasa conmigo? Tengo la impresión de que estás cabreada y que esto solo es una excusa para echármelo en cara.

—No estoy enfadada contigo.

—Algo te pasa.

—¿Quién es Tracy? —le preguntó a bocajarro.

El semáforo se puso en verde y el conductor de detrás le pitó. Josh se quedó fuera de juego. ¿Por

qué Helena conocía la existencia de Tracy? Helena lo miró furiosa cuando él no contestó. Josh se vio obligado a pisar el acelerador para que dejaran de sonar los cláxones.

—Una compañera de trabajo.

—Nunca me has hablado de ella.

—Porque no tiene importancia.

—¿Te parece normal que te envíe mensajes de madrugada en los que te dice que la has dejado con las ganas?

—Maldita sea... —Josh detuvo el coche a un lado de la autopista porque no quería tener un accidente. Se volvió hacia ella con una mirada iracunda—. ¿Me has espiado el móvil?

—No —respondió tajante—. Me pediste que lo pusiera en silencio. Saltó el mensaje. Lo leí sin querer.

—Es lo mismo.

—No te lo conté porque sabía que te pondrías a la defensiva y me echarías en cara que había mirado el móvil sin tu permiso.

—Es lo que has hecho.

—¡No es verdad! —exclamó indignada—. ¿Ves lo que estás haciendo? Esquivas el tema echándome la culpa. Eres un manipulador.

—Y tú una celosa de cojones.

—¡Ni siquiera me lo estás negando!

—Porque no hay nada que negar. Tracy es una compañera de trabajo que a veces se pone un poco pesada. Jamás he flirteado con ella. No la veo de esa forma.

—¿Se supone que debo quedarme tranquila? —pregunto atónita—. Yo te lo hubiera contado si un compañero de trabajo se pone en plan baboso conmigo. Nos hubiéramos reído de ello. Le habríamos restado importancia.

—Como si tú y yo habláramos últimamente...

—Es complicado hablar con alguien que está las veinticuatro horas del día pegado al móvil.

—Sí, échame la culpa —Josh arrancó el coche y reemprendió la marcha—. Es lo que haces siempre. Seguro que ya has tomado una decisión respecto al trabajo en Nueva York. Haz el favor de no echarme la culpa si decides no aceptarlo. No finjas que lo haces por mí. Sería el colmo.

Helena tensó los hombros y volvió la cabeza hacia la ventanilla para que él no le viera la cara. Por supuesto que él era una parte fundamental de su decisión. De hecho, ella jamás aceptaría ese trabajo de creer que su relación dependía de ello. ¿Por qué era incapaz de verlo? ¿Por qué era tan rematadamente egoísta?

Helena concluyó desanimada que ellos no eran como sus padres. Ellos no eran un equipo. Jamás lo serían cuando jugaban en porterías distintas y frenaban los lanzamientos del otro. Ya se había hecho a la idea de que podían ser muy crueles el uno con el otro. Pero lo que jamás pensó hasta ese mismo momento fue que tal vez no estaban hechos el uno para el otro. Porque a veces creías que estabas hecho para otra persona. Te tragabas esa idea hasta que la digerías y acababa por convertirse en una convicción irrefutable. Quizá porque en un mundo repleto de miles de millones de personas era complicado encontrar a un ser humano con el que conectaras de esa forma tan especial. Y, cuando lo encontrabas, no querías soltarlo porque sabías que había surgido la magia. El premio gordo. El uno entre un millón. Luego la vida os ponía a prueba y os enfrentabais a la realidad. Una realidad que en ocasiones desdoblaba los caminos y para la cual era complicado encontrar un punto en común. Y entonces te preguntabas si sería verdad aquello de que el amor todo lo podía, o por el contrario había relaciones abocadas al fracaso precisamente porque el amor pesaba demasiado.

A Helena, por desgracia, el amor que sentía por Josh le pesó demasiado en aquel instante.

Al día siguiente volvemos a la vida real. Blake debe enfrentarse a la pérdida de cinco cabezas de ganado que podrían haberle granjeado miles de dólares de beneficio, a dos kilómetros de pasto quemado e inservible y a reponer varios metros de la valla que se estropeó con el incendio. Sé que podría haber sido peor, pero no puedo evitar que me carcoma la rabia. Lo he convencido para poner una denuncia y el sheriff se ha comprometido a investigar los hechos. Blake dice que no sirve de nada porque Walton es un hombre poderoso y que tiene comprado a la mitad del pueblo y al cuerpo de policía. La otra mitad le tiene tanto miedo que agacha la cabeza y mira para otro lado cuando hace de las suyas. Harry Walton emplea a muchos padres de familia de La herradura en su mina de carbón, y es el arrendador de algunos locales en los que se regentan negocios locales. Sube el alquiler sin ningún miramiento a los que le recriminan su actitud déspota e incluso llega a desahuciarlos. Es un auténtico cacique y me alivia saber que el motel de Wendy no se encuentra bajo su yugo.

Ayudo a Bill a reponer la valla de madera mientras Stuart y Blake arrear el ganado. Aprieto los dientes cuando contemplo la ceniza que tiñe lo que antes fue un prado dorado. Ahora soy yo a quien le entran ganas de partirle la cara a Walton. Comprendo perfectamente la reacción violenta de Blake. Este es su hogar, y no un simple negocio del que vive su familia. Aquí vivieron sus bisabuelos, Sophia, su marido y sus padres. Aquí se está criando su hija y hombres como Bill están echando raíces. Paradise Lake tiene algo especial y es demasiado hermoso para permitir que caiga en las manos de un ser tan despreciable como Harry Walton.

—No lo pienses más —me aconseja Bill.

Extiende la mano para que le pase un puñado de clavos. Sostengo el tablón de madera mientras él apuntala el primer extremo.

—Ayer Hannah estuvo hablando conmigo.

—¿Y eso? —me hago la sorprendida.

—Ya sabes por qué. Deduje que le pasaba algo por la forma en la que me miraba. Se ha enterado de que soy gay.

—¿Eres gay?

Bill me mira de reojo y esboza una mueca burlona. Comprendo que no hace falta que siga fingiendo. Él sabe que yo lo sé. Supongo que Blake se lo ha contado.

—Temía perderla. Hannah es mi mejor amiga y no sé qué haría sin ella. Su madre es una mujer muy tradicional y pensé que ella se sentiría asqueada si averiguaba que me gustan los hombres.

—Entonces te sentirás aliviado.

—Me he quitado un gran peso de encima —admite con naturalidad—. Es complicado enfrentarte a quién eres cuando provienes de una familia de granjeros de Oklahoma que tildan a las personas como tú de maricas y aberraciones de la naturaleza.

—Dios mío, Bill... —murmuro horrorizada. Comprendo lo que me dijo Blake. El por qué su carácter alegre y burlón es un mecanismo de defensa para ocultar sus heridas—. No tenía ni idea de que lo habías pasado tan mal. Lo siento muchísimo. Nadie debería pasar por eso. La familia debería estar en las buenas y en las malas. Es lo que me han enseñado a mí.

—La familia no se escoge. Tuve mala suerte.

—¿No te hablas con ninguno de ellos?

—A veces llamo a mi madre. Ella me coge el teléfono a escondidas. Mi padre le montaría un pollo si supiera que sigue manteniendo el contacto con el maricón de su hijo. Es lo que hay en una familia de seis hermanos donde todos están casados como buenos heterosexuales blancos de América.

No hay resentimiento en su voz. Tan solo una profunda y sincera pena que se aleja por completo del Bill dicharachero al que estoy acostumbrada. No me puedo ni imaginar lo que debe suponer para alguien que los de su propia sangre le den la espalda. La familia es el refugio donde uno debería sentirse seguro cuando las cosas van mal.

No puedo resistir el impulso de abrazarlo. Bill responde a mi abrazo con un achuchón fuerte y sincero.

—Eres un tipo increíble, Bill.

—Venga, me vas a hacer llorar y echarás a perder mi reputación de tipo duro —. Se aparta ruborizado y me guiña un ojo—. Todavía nos queda mucho trabajo por hacer.

—¿Se lo vas a contar a Stuart?

—Tal vez algún día.

—Él no te rechazaría. Stuart es buena persona. Más abierto de mente de lo que tú crees.

—Cuando has sufrido tantos rechazos, confiar en los demás es un deporte de riesgo.

Estoy segura de que para él es una verdad como un templo. Sin embargo, Paradise Lake me ha enseñado que abrirse a los demás es el mejor bálsamo para las heridas. Porque de repente puedes encontrar un refugio en el lugar y en el momento más inesperado. A pesar de todo.

Blake entrena todas las tardes para el campeonato de bull riding. Diablo es el encargado de hacerlo volar por los aires y de que mi corazón se salte un latido cada vez que lo veo morder el polvo. Es cierto que con el transcurso de los días va cogiendo más destreza y que comprendo por qué Hannah y los demás, a excepción de Sophia, están tan tranquilos. Hannah dice que Blake era el mejor vaquero de rodeos de su generación y me ha enseñado una vitrina repleta de los trofeos que ganó en las competiciones en las que participó. Por lo visto es toda una leyenda.

¿O debería decir «lo era»?

Soy incapaz de permanecer más de unos minutos viéndolo entrenar y siempre busco una excusa para ausentarme. Hoy ha sido la de recibir al representante de la empresa encargada de recolectar el campo de girasoles. Me he llevado las manos a la cabeza cuando he descubierto que pagan una cantidad irrisoria de dinero. Blake me ha pedido que le echara una ojeada al contrato porque no estaba seguro de estar haciendo un buen negocio con los girasoles.

Estoy dando un paseo por el campo de girasoles mientras les busco alguna utilidad que pueda reportarnos mayores beneficios. En el fondo me parece una lástima desperdiciar algo tan hermoso. Me adentro en el campo y deambulo por el laberinto de girasoles. Algunos me sacan varias cabezas. Los pétalos son de un amarillo intenso y se orientan hacia el sol que brilla en el cielo. Me siento diminuta enterrada bajo un paisaje de tonos verdes y amarillos. Como si la brocha de algún pintor me hubiera capturado por casualidad en una estampa digna de una preciosa postal con su llanura de girasoles infinitos y el horizonte plagado de montañas que se funden con un cielo azul cristalino e imposible de encontrar en la gran ciudad. Al final va a ser verdad que observar un campo de girasoles estimula la positividad, porque de repente me invade un repentino buen humor.

—¿Helena?

Reconozco la voz de Blake. Supongo que habrá hecho un descanso para unirse a la reunión con el representante de la empresa. Se va a llevar un buen chasco.

—¡Estoy aquí!

—¿Dónde?

—¡Aquí! —doy un salto para buscarlo y trato de orientarme sin éxito—. ¿Me ves?

—¡No!

—¡Aquí! —vuelvo a saltar y diviso de refilón una figura imponente a varios metros de distancia—. ¡Sigue mi voz!

—Parecemos idiotas —refunfuña.

—Habla por ti.

—¿Qué?

—¡Que hables por ti!

Camino hacia su voz y los dos nos chocamos antes de reconocernos. Blake me atrapa por los brazos e impide que me caiga de espaldas. Luego me suelta y tira de una de mis trenzas.

—¡Eh!

—Tienes una ramita enredada en el pelo —dice, y me quedo quieta para que él meta sus dedos en mi trenza e intente quitármela—. Vaya, está bastante enredada. ¿Puedo soltarte la trenza?

—¿Podrás volver a peinarme?

—Por supuesto. Soy el padre de una niña de siete años.

—A la que peino yo porque tú eres un inútil.

—Eso me ha dolido —me da un leve tirón de la trenza y luego comienza a deshacerla con suma delicadeza. Hay que reconocer que me impresiona que un hombre con semejantes manazas muestre tal miramiento. Debe ser muy consciente de la fuerza que se gasta—. Ya está.

Es una brizna de hierba de varios centímetros de largo con la que me hace cosquillas en la mejilla.

—Voy a volver a peinarte.

—No hace falta que... —resoplo cuando comienza a trenzarme el pelo como si fuera una niña pequeña. Entrecierro los ojos porque me causa un enorme placer que me toquen el pelo. Es mi gran debilidad—. Uhm... ¿podrías seguir así durante el resto de mi vida?

—Así que te gusta que te toquen el pelo...

—Uf, no sabes cuánto...

Blake me da un suave tirón y se gana una mirada lastimera cuando me deja con las ganas. Luego se ríe, sacude la cabeza sin dar crédito y se toma más tiempo del necesario para trenzarme el pelo. Son unos segundos que me saben a gloria.

—Ya está.

—Seguro que estoy hecha un adefesio.

—Eso es imposible. Eres preciosa.

Lo dice con tal naturalidad que me ruborizo sin poder evitarlo. Creo que ni siquiera se ha dado cuenta de lo que ha dicho.

—No deberías caminar sola por aquí. No serías la primera que se pierde.

Lo sigo hasta la salida y acaricio por inercia los pétalos.

—Es un lugar precioso. Estaba pensando...

—¿Y el representante de la empresa? —me corta.

—Lo he despachado. Antes de que me echés la bronca —le tapo la boca cuando está a punto de protestar. Me ganó una mirada asesina que ignoro de manera deliberada—. No pagaba lo que valen estos girasoles. Estoy segura de que podemos hacer un negocio mejor con ellos.

Aparto la mano muy despacio. Blake entrecierra los ojos y me mira con curiosidad.

—Te escucho.

—Algunas granjas de girasoles consiguen miles de dólares ofreciendo excursiones para turistas. La Herradura está de paso hacia Dallas. Seguro que les apetece hacer una parada en una carretera que no ofrece demasiadas distracciones.

—No quiero el rancho lleno de curiosos.

—El campo de girasoles está bastante alejado de la casa. Serían visitas guiadas por las tardes. Puedo encargarme de ello porque a esa hora ya hemos terminado de arrear el ganado.

—Te perderías mi entrenamiento.

—No sé por qué me gustaría perderme semejante espectáculo —replico con ironía—. A no ser que me necesites. No veo para qué podría serte de ayuda, la verdad.

—¿Te estás escaqueando porque no soportas verme morder el polvo?

—Puede —admito de mala gana—. Pero es una buena idea y nos reportará beneficios que no le vendrían mal al rancho después del incendio. Le pediré a Hannah que prepare limonada y yo atenderé a los clientes. Podría anunciar la granja en internet. A la gente le encantan los girasoles. Pagarían por hacerse fotos con ellos e incluso por escoger el girasol que cortarían con sus propias manos y luego se llevarán a casa de recuerdo. He visto granjas similares por todo el país y funcionan bastante bien. Déjame intentarlo.

Blake sopesa mi idea. Sé que no le apetece tener el rancho abarrotado de gente desconocida.

—Vigilaré que nadie te moleste. Lo prometo.

—Vale.

—¿En serio? —pregunto alucinada. No me puedo creer que haya sido tan fácil convencerlo.

—Me fío de ti.

—¡No te arrepentirás! —salto a sus brazos y le doy un abrazo—. Lo prometo.

Por la noche me encierro en mi habitación para trabajar en el anuncio de internet. También tengo pensado colocar varios carteles en la carretera que indiquen la dirección hacia el rancho. «Ven a visitar el campo de girasoles más bonito de Texas», o algo por el estilo. El marketing no es mi fuerte y tal vez debería pedirle consejo a Lizzy, la responsable de prensa de la editorial. También sería un buen momento para responder a los mensajes de Jace y agradecerle su preocupación por mí. Nunca me imaginé que pudiera sentirme útil haciendo otra cosa que no fuera editar libros y en el fondo me siento un pelín inquieta porque dentro de un mes se me acaba la excedencia que solicité. Estoy terminando el banner cuando llaman a la puerta. Avery asoma la cabeza y me ofrece una sonrisa mellada. Acaba de perder un incisivo de leche y tiene una cara de pícara y de lo más graciosa cuando sonrío. Está para comérsela.

—¿Puedo pasar?

—Claro que sí, ratita.

—Hoy no has venido a darme las buenas noches —musita enfurruñada.

Dejo el portátil sobre la mesita de noche para prestarle atención. Avery y yo tenemos una rutina cuando le toca dormir en el rancho. Yo le leo un cuento antes de dormir y luego le doy un beso en la frente. Lo hago después de que Blake la acueste y a él no le importa. Sabe que la niña es mi punto débil y propicia que tengamos una buena relación. A pesar de su madre, nadie me va a quitar la conexión tan especial que tengo con mi sobrina.

Avery viene hacia mí con un paquete envuelto en papel celeste con unicornios estampados.

—Ábrelo —me pide ilusionada.

Rasgo el papel y descubro un conejito rosa de peluche.

—¿Cómo se llama?

—Señor Bigotitos.

—Me encanta el nombre.

—Es para ti.

Lo abrazo contra mi pecho y aspiro el inconfundible olor a fresas silvestres. Esta niña es un amor y me va a costar un mundo despedirme de ella. Creo que no estoy preparada para decirle adiós a Paradise Lake. Este lugar y la gente que lo habita ha calado en mí más hondo de lo que imaginaba. Tiene gracia. A veces desearía que los viajes con billete de regreso fueran eternos.

—Así tendrás algo que te recuerde a mí cuando te vayas. Papá dice que te irás dentro de unas semanas... —hace un puchero y entierra la cabeza en mi regazo—. No quiero que te vayas, Helena...

—Podemos hacer videollamadas.

Ella no se muestra demasiado conforme.

—Vendré a visitarte cuando pueda.

—¿Prometido?

Saca la cabeza de mi regazo y me ofrece su dedo meñique.

—Prometido.

—Tienes que cuidar del Señor Bigotitos.

—Lo juro —me llevo una mano al pecho con solemnidad.

Ella me evalúa durante unos segundos como si tratara de averiguar si voy a ser una dueña digna del Señor Bigotitos. Al final se queda más tranquila.

—Mamá dice que puedes quedártelo. Creí que se enfadaría, pero dice que soy libre de regalarle El Señor Bigotes a quien me apetezca.

Fuerzo una sonrisa. No me puedo creer que Stella haya tenido semejante buen gesto. Algo no me cuadra. Ya sé que no debería ser tan desconfiada, pero la última vez que la vi me llamó «zorra» y otras cosas peores. No entiendo nada.

Avery se mete dentro de mi cama y pone tal cara de buena que soy incapaz de mandarla a su habitación. Ya la llevaré en brazos a su cama cuando se quede dormida. Me mira expectante y comprendo lo que quiere. Es la hora del cuento.

—Había una vez una princesa guerrera llamada Isabella. Su belleza era casi tan incuestionable como su valentía. Vivía en un reino muy lejano, rodeado de grandes montañas y un océano infinito. Pero el reino estaba amenazado por el monstruo de los siete tentáculos, un enorme y malvado pulpo que se tragaba a todos aquellos incautos que se acercaban a la orilla. Así que nadie se atrevía a nadar en el mar, ni los pescadores a zarpar en sus barcos para alimentar al

pueblo. Isabella no podía permitirlo y trazó un plan con la ayuda de Bastian, su mejor y más leal amigo... —Avery bosteza y se abraza a mi cintura. Me parece que esta vez el cuento tendrá un final precipitado.

Regreso caminando por el pasillo después de haber acostado a Avery en su cama. Se ha quedado dormida antes de que pudiera narrarle el final de mi historia improvisada. Por supuesto, la princesa Isabella consigue derrotar al malvado pulpo y se convierte en una reina bondadosa, justa y aclamada por su pueblo. En mis cuentos no hay doncellas desmayadas ni princesas que esperan a que el príncipe azul las salve. Gracias a Dios la literatura ya no tiene tantos clichés machistas y simplones que reducen a las mujeres a un mero papel secundario.

Me cruzo con Blake cuando estoy a punto de entrar en mi habitación. Huele a tabaco y tiene cara de sueño.

—Tu hija no perdona su cuento, y tú no perdonas el cigarro de antes de irte a la cama, eh —me burlo de él.

—¿Otra vez se ha metido en tu cama? —adivina lo que ya se ha convertido en una costumbre.

—Porque alguien le ha dicho que me iré dentro de unas semanas.

—Será mejor que se haga a la idea. Esa piltrafilla no tiene remedio. Sigue consintiéndola y se esconderá en tu maleta.

—Me la comería con patatas. A lo mejor soy yo quien la mete en mi maleta porque la voy a echar terriblemente de menos. Buenas noches, Blake.

Él se hace a un lado para que pueda pasar y me roza el brazo sin querer. Contengo un suspiro. No me puedo creer que un simple roce me provoque tantas sensaciones contradictorias.

—Que descanses, Helena.

Me encierro en el dormitorio con el corazón acelerado y agradezco que nos separe la puerta. Solo entonces dejo de contener el aliento. Comprendo que Blake será una debilidad a la que deberé enfrentarme durante el resto de mi vida. Hago bien en poner tierra de por medio. Aunque me duela marcharme de Paradise Blake, es lo mejor para todos.

Estoy profundamente dormida cuando me despierta una sacudida de intenso dolor. Siento como si un clavo ardiendo me atravesara la piel. Mi primera reacción es abrir los ojos y chillar aterrorizada. La segunda es que me invada el pánico y el desconcierto porque no entiendo nada. Estoy a oscuras y trato de encontrar el interruptor de la luz. Noto un calambre en la pierna izquierda y un calor sofocante me sube por los muslos. El corazón se me va a salir del pecho por

culpa del susto. No sé si lo he soñado, pero he sentido un picotazo en el tobillo. De no ser real, ha sido una pesadilla de lo más terrorífica.

—¡Helena!

La luz de la habitación se enciende y Blake cruza el dormitorio como un vendaval. Tiene los párpados hinchados y me mira preocupado. Acabo de despertarlo y me siento ridícula por haber armado semejante escándalo. Seguro que mi chillido de damisela en apuros ha despertado a toda la casa. ¡Y yo dándomelas de narradora feminista!

—Perdón, creo que he tenido una pesadilla... —murmuro avergonzada. Estoy sudando a mares y me tiembla el cuerpo.

Blake se acerca a mí y coge mi mano con delicadeza.

—Estás pálida y sudorosa. ¿Qué has soñado?

—No lo sé... —respondo confundida y algo mareada. De repente me cuesta pronunciar las palabras y mi voz se convierte en un balbuceo—. Ha sido muy real...

—¿Qué has sentido?

Noto que Blake me toma el pulso e intento mantener los ojos abiertos. Me invade el sueño y sé que algo muy raro me está sucediendo. Tengo la boca seca y me siento terriblemente fatigada.

—Como un pinchazo... una picadura.

Blake destapa las sábanas y me coge del brazo. Estoy tan débil que ni siquiera me muevo.

—Sal de la cama —al ver que no me muevo, pasa un brazo por mi cintura, el otro por debajo de mis piernas y me saca de la cama. No entiendo nada. Lo único que quiero es pedirle que me deje en paz porque tengo mucho sueño. Pero estoy tan débil que lo único que sale de mi boca es un farfallo ininteligible. Blake me sacude con cierta brusquedad—. Helena, no te duermas. ¿Dónde te ha picado?

Me cuesta un gran esfuerzo pronunciar la palabra.

—Tobillo...

Blake me deposita en el suelo, evalúa mi tobillo izquierdo y luego el derecho. Lo oigo mascullar una maldición y llamar a gritos a alguien. Bill, Stuart... no lo sé. Pero una sombra borrosa entra en la habitación y me da una cachetada para obligarme a abrir los ojos. Otra sombra enorme se dirige a la cama mientras la voz de Bill, o puede que sea la de Stuart, le pide que tenga cuidado. Oigo una exclamación y la palabra «escorpión» seguida de un montón de juramentos de la inconfundible y potente voz de Blake.

—Helena —me llama con voz grave. Sé que es Blake quien vuelve a cargarme en brazos porque aspiro el inconfundible olor a tierra, gel de baño y tabaco. Me está sacando de la habitación y a mi alrededor todo son sombras difusas—. No te duermas.

Blake me acuna en sus brazos con una ternura infinita. No logro ver su expresión porque su rostro es una mancha borrosa. Pero su voz está quebrada mientras me aprieta contra su pecho. Creo que alguien conduce y vamos en el asiento trasero del vehículo. Se me cierran los párpados y Blake me pellizca la mejilla. Luego me sacude y murmura mi nombre con preocupación.

—No me...

—Eso es, háblame —me pide con desesperación mientras me abraza—. Quédate conmigo, por favor. No me dejes solo. Helena, eh. ¡Date prisa, Stuart! Maldita sea, no vamos a llegar nunca. El hospital está a cuarenta minutos. Ve más rápido, joder.

—No discutas con Stuart... —me quejo con voz pastosa.

—Eso es rubia... di algo. Lo que sea. Bombardéame con tus datos hasta que sienta que me va a explotar el cerebro porque no puedo estar a tu altura. Pero ni se te ocurra dejarme, Helena. Te lo prohíbo.

Intento aferrarme a él y por primera vez desde que nos conocemos siento el impulso de obedecerlo. Blake me abraza con impotencia. Una de sus manos me acaricia el pelo como sabe que me gusta. Lo último que recuerdo antes de que se me cierren los ojos es escuchar mi nombre en sus labios como una letanía ronca y desesperada.

Me despierto en la cama de una aséptica habitación de hospital. Lo sé por el goteo intravenoso que hay junto a la cama. Frunzo el ceño y sigo con la mirada la vía que se hunde en la vena de mi brazo. Odio las agujas y mi primer impulso es arrancármelo de un manotazo. Blake es más rápido y atrapa mi muñeca. El alivio en su rostro es tan profundo que me quedo paralizada por la impresión.

—Vuelves a ser tú —su pulgar me acaricia la palma de la mano y noto esa vulnerabilidad que tanto se empeña en ocultar a los demás. El pánico no lo ha abandonado del todo y se resiste a soltarme por si pudiera volver a caer en las garras de Morfeo—. Menudo susto me has dado.

«Le he dado». Y *no* «les he dado un susto de muerte». Está hablando por él y solo por él. Recuerdo vagamente al hombre que me estrechaba entre sus brazos y murmuraba mi nombre con desesperación. Jamás me había enfrentado a una versión tan frágil y humana de Blake y no estoy segura de estar satisfecha de desencadenar en él unos sentimientos tan intensos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto confundida.

—No sabemos cómo, pero un escorpión de corteza rayada se coló dentro de tu cama y te picó en el tobillo —me explica con la voz estrangulada y sin dejar de acariciarme la mano—. Stuart atrapó al escorpión para que lo trajésemos al hospital y pudieran inyectarte el antídoto correcto. Lo que te están administrando ahora es un medicamento para el dolor. Tienes que pasar la noche en el hospital. Dicen que estás fuera de peligro, pero los médicos quieren asegurarse de que evolucionas favorablemente al tratamiento.

—Pero...

—No protestes, por favor —me pide con una debilidad que no es propia de él—. A mí también me gustaría estar en cualquier otro sitio que no fuera éste. La noche ya ha sido bastante movidita. No me voy a mover de aquí y tú tampoco.

—Odio los hospitales —es todo lo que puedo decir después de un año viviendo en la habitación de uno—. Pero gracias por cuidar de mí.

Me sobreviene un intenso dolor de cabeza. Ya puedo añadir otra aventura a mi lista de cosas que me quedaban por vivir en Texas. También he tachado de mi lista la de sentir una atracción prohibida por mi atractivo cuñado.

—¿Estás bien?

Blake está a punto de pulsar el botón que llama a los enfermeros y extendiendo el brazo para detenerlo. Seguro que tienen pacientes más graves a los que atender. Lo mío es un simple dolor de cabeza pasajero.

—Sí. Es la cabeza. Ya se me está pasando.

—¿Segura?

—Sí.

—Es un efecto de la picadura. Gracias a Dios lo más grave ya ha pasado —Blake traga con dificultad y me mira sin tapujos ni máscaras—. Pensé que te perdía.

—¿Y perderme tu regreso por todo lo alto al mundo de los rodeos? —bromeo con debilidad—. Ni muerta.

Blake se inclina hacia mí y me mira con una ternura infinita y que no se esfuerza en disimular. Su mano libre me acaricia con delicadeza el nacimiento del pelo. Sus ojos ámbar son como un océano de miel y whisky. Dulces y a la vez demasiado peligrosos para enfrentarlos.

—Lo digo muy en serio.

—Ya ha pasado.

—No —Blake sacude la cabeza con resignación—. Me prometí que aquí estarías bien. No puedo entender cómo ha podido suceder algo así. El rancho debería ser un lugar seguro para todos. Yo quiero que sea un lugar seguro para ti. Es todo lo que esperaba cuando te pedí que te mudaras a casa. Ofrecerte un refugio en el que pudieras ser feliz.

—Eh... no ha sido culpa tuya. Los accidentes existen.

—Seguro que puedo hacer algo para que te sientas mejor. Pídeme lo que sea.

Me muerdo el labio y lo miro dubitativa. Es ahora o nunca.

—¿Lo que sea?

—Sí —responde sin vacilar.

—Visita a Josh.

Blake se queda momentáneamente desconcertado y se aparta un poco de mí. Es obvio que no se lo esperaba. Justo cuando creo que va a decirme que no, suspira con pesadez y asiente de mala gana.

—De acuerdo, Helena. Iré a visitar a mi hermano.

1 de diciembre de 2020

Helena salió más temprano de lo normal de la editorial. Se sentía fatigada y con dolor de cabeza. Lo achacó al estrés y le restó importancia. Acababa de tomar una decisión crucial para su carrera profesional y esperaba no arrepentirse en un futuro. Además llevaba varios días sin dirigirse la palabra con Josh más allá de un puñado de monosílabos cortantes. Él hacía horas extras para no tener que verle la cara. Ella fingía que estaba demasiado enfadada con él como para echarlo de menos. En realidad se sentía dolida. Y decepcionada. Le importaba una mierda la tal Tracy porque dudaba que Josh fuera capaz de serle infiel. Pero le fastidiaba que él le guardara secretos y ni siquiera se pusiera en su lugar por un momento. Era como si su relación hubiera dado un giro de ciento ochenta grados después de casarse. Como si el amigo fiel y que siempre estaba para ella se hubiera convertido en un marido conformista porque sabía de sobra que ella jamás lo abandonaría. Helena detestaba ser una persona tan emocionalmente dependiente. Odiaba haber construido su vida alrededor de un hombre. La enfurecía que su ambición y sus sueños dependieran de tener al lado a su marido. Porque sabía de sobra que Josh jamás la tendría en cuenta para tomar una decisión que afectara a su carrera y ella se sentía en desventaja. Ninguneada por sus propios sentimientos. Y, para ser sincera, no podía echarle la culpa a Josh de sus propias inseguridades. Solo tenía una cosa clara: si aquello era el amor, no lo quería en absoluto. No quería amar a alguien más que a sí misma. No quería sentirse débil y exhausta la mayor parte del tiempo.

Josh la encontró tumbada bocarriba en el sofá cuando llegó de trabajar. Tenía un paño húmedo sobre la frente y los ojos cerrados. Estaba pálida y tenía mala cara. Dejó el maletín sobre la encimera de la cocina y se acercó a ella con repentina culpabilidad. A veces uno estaba tan preocupado por sus propios sentimientos que se olvidaba de las necesidades de la persona que tenía al lado. Hasta ese momento no fue consciente de que el malestar de su mujer no se debía a un simple enfado. Llevaba días deambulando por el apartamento como un alma en pena y se acostaba más temprano de lo normal.

—¿Estás bien? —Josh le acarició la mano.

Ella se sobresaltó porque no lo había oído llegar. Apartó la mano con cierta brusquedad y a él le dolió su rechazo.

—Estoy un poco fatigada. Será algún virus.

—¿Quieres que te prepare algo de cenar?

—No —Helena puso cara de asco y se incorporó con dificultad. Josh no se atrevió a volver a tocarla—. Voy a darme una ducha y luego me iré a la cama.

—¿Quieres que te lleve al médico?

—No.

—Como quieras... —Josh vaciló cuando ella caminó hacia el baño con paso renqueante. Al final se adelantó para abrirle la puerta—. ¿De verdad no quieres que te ayude?

—Déjame en paz, Josh —le espetó irritada por el malestar físico. De repente le sobrevino una arcada y lo apartó con el hombro. A él no le dio tiempo a sujetarle el pelo cuando ella vomitó—. Cierra la puerta.

Josh vaciló durante unos segundos. Su primer instinto fue cogerla en brazos, darle una ducha y llevarla hasta la cama. Su segundo instinto fue obedecer para no desencadenar su ira. Cerró la puerta con delicadeza y se quedó más tranquilo cuando escuchó correr el grifo de la ducha. Preparó una sopa de pollo mientras ella se duchaba por si se le abría el apetito. Helena salió del baño con las mejillas sonrojadas por el agua caliente. Tenía mejor aspecto.

—He preparado un caldo. Quizá te venga bien para asentar el estómago.

Ella arrugó la nariz cuando le vino el olor. Adoraba la sopa de pollo de Josh y de repente el olor le resultó agrio y de lo más desagradable. Se le revolvió el estómago de solo imaginar que se llevaba una cucharada a la boca. Seguro que era uno de aquellos virus de gastroenteritis que te dejaban hecho polvo, pensó para sí.

—No, gracias. —le ofreció una sonrisa débil porque no quería pagar su malestar con él—. Perdona lo de antes. Me pongo de malhumor cuando estoy enferma.

—No pasa nada.

—Voy a acostarme.

Josh fue hacia el dormitorio para destapar las sábanas. Ella se tumbó en su lado de la cama. Él la tapó hasta la cintura con el edredón y no pudo resistirse a darle un beso en la frente que a ella le supo a gloria. Se derretía cuando Josh tenía aquellos gestos tan dulces. De repente se olvidaba de todos los problemas que tenían y le entraban unas ganas tremendas de abrazarlo y prometerle que todo se solucionaría.

—Descansa... —Josh le acarició el pelo con cariño—. Estoy al otro lado de la puerta por si necesitas algo.

—Vale —Helena cerró los ojos y lo escuchó alejarse. Se lo pensó mejor y abrió los ojos—. He renunciado al puesto en Nueva York. Al final he aceptado dirigir la línea de narrativa que me ofreció Jace.

—¿Estás segura?

Ni emoción, ni agradecimiento, ni alivio. A Helena le decepcionó su reacción porque no era la que ella habría tenido de estar en su lugar. ¿Tan difícil era que él se mostrara contento porque

ella iba a permanecer a su lado? ¿Era esperar demasiado?

—Sí —respondió sin vacilar, y añadió con cierto resquemor—: Tú no has tenido nada que ver en mi elección. Ha sido una decisión muy meditada. Espero que estés satisfecho.

—Helena, no me malinterpretes, por supuesto que me alegro de que te quedes en Chicago.

—Pues no lo parece.

—Simplemente me inquieta que a la larga puedas arrepentirte de haber descartado una oportunidad como la de Nueva York. Trenes como ese solo pasan una vez en la vida. Eso es todo. Me preocupo por ti.

«Y yo me preocupo por nosotros», pensó ella con aflicción.

—Me gusta trabajar para Jace.

—Bien —él no estaba convencido del todo pero lo dejó estar. Lo que no dejó estar fue aquel tema al que llevaba dándole vueltas durante los últimos días—. Tracy no significa nada para mí.

Ella se crispó al escuchar su nombre.

—Ni la menciones.

—Solo quiero que sepas que no tienes motivos para desconfiar de mí.

—No lo entiendes, Josh —replicó, de nuevo irritada—. No estoy furiosa porque una compañera de trabajo haya intentado coquetear contigo. Estoy decepcionada porque tú tenías miedo de contármelo. Porque nos prometimos que siempre seríamos sinceros el uno con el otro.

Josh agarró el pomo de la puerta y respondió con amargura:

—Nos prometimos muchas cosas que no hemos cumplido, Helena.

Cerró la puerta y dio la conversación por zanjada. Helena trató de conciliar el sueño y se sintió enferma por los motivos equivocados. Unos que tenían que ver con el declive de su matrimonio y la razón por la que ambos eran incapaces de encauzarlo. Josh cenó en silencio y se preguntó por qué lo único que podía hacer con su mujer era discutir o follar como si fuera su último día en la tierra. No encontró la respuesta que andaba buscando.

Es evidente que Blake esperaba que le pidiera cualquier cosa menos ir a visitar a Josh al hospital. Pero significa mucho para mí y tengo la esperanza de que las palabras de aliento de su hermano mayor lo ayuden a salir del coma. Quiero que Josh tenga otro motivo para luchar.

—¿Por qué es tan importante para ti? —pregunta al fin.

Debo ser sincera con él porque es lo mínimo que se merece después de haber aceptado sin rechistar. Respiro profundamente antes de encontrar las palabras. Me cuesta hablar del tema porque implica hurgar en un pasado del que todavía no me he repuesto. Tengo la impresión de que nunca lo haré.

—Le hice una promesa a Josh. Fue justo antes de viajar a Texas. Los médicos no me daban ninguna esperanza y estaba completamente rota. Ya te he dicho que me siento tremendamente culpable por lo que le sucedió a tu hermano. Acabábamos de tener una discusión y sé que jamás habría sufrido ese accidente si no me hubiera seguido —Blake me escucha en silencio y me alivia que no me juzgue. Sería demasiado difícil sincerarme si notara una pizca de incriminación por su parte—. Durante los quince meses que viví pegada a su cama en el hospital no podía quitarme aquella idea de la cabeza. Aquello era culpa mía. Josh estaba en coma por mi culpa. No habría sucedido de no haberle devuelto la alianza. Josh estaría bien si no le hubiera pedido el divorcio. No solo tuve que enfrentarme al coma de mi marido, sino a todas las decisiones que nos llevaron hasta ese punto. Nos hicimos mucho daño. La cagué, Blake. Al final de nuestro matrimonio ni siquiera reconocía quienes éramos.

—No sabía que le habías pedido el divorcio —hay una sorpresa muy sincera en su rostro.

—Te dije que le devolví la alianza.

—Pensé que había sido en el contexto de la típica discusión de pareja.

Aparto la cabeza porque soy incapaz de seguir mirándolo a los ojos. Sí, le pedí el divorcio a Josh. Y ni siquiera estoy segura de arrepentirme de haber tomado esa decisión. Pero ojalá las cosas hubieran sucedido de otra manera. Ojalá Josh no estuviera en coma ni me atormentara la culpa.

—Qué más da.

—No da igual —responde con tono severo—. Sabes que no da igual. Tomaste la decisión de divorciarte.

—Yo quiero a tu hermano —le aclaro con tono tajante.

Blake suspira profundamente.

—No estoy diciendo lo contrario —me tranquiliza, y me mira a los ojos de una manera extraña y que no sé discernir—. Es evidente que estás enamorada de él. De lo contrario no estarías luchando para que él despertara. Pero no me dijiste que cabe la posibilidad de que no sigas con Josh en el caso de que él despierte...

—No quiero hablar de eso —replico un tanto molesta y ni siquiera sé por qué. Quizá porque su tono es vacilante y sorprendido y no quiero que Blake albergue esperanzas sobre nosotros—. Eso es asunto de Josh y yo. Tenemos una conversación pendiente.

—Por supuesto.

—Le prometí a Josh que viajaría al hogar en el que se crio y que conseguiría el dinero para pagarle el mejor tratamiento que la medicina pudiera ofrecerle. También le prometí que haría todo lo posible para que se reconciliara con su hermano mayor. Quería darle motivos suficientes para despertar. Pensé que tal vez algo se removería en su conciencia si escuchaba tu voz...

Blake sopesa mis palabras con calma. Sé que en su interior hay un batiburrillo de emociones confusas. Sé que no quiere ver a Josh postrado en una cama de hospital y solo él conoce los motivos. En el fondo me siento aliviada ahora que no le escondo nada. La pelota está en su tejado.

—Yo no he conseguido sacarlo del coma. Durante un año y tres meses le hablé, le puse sus canciones favoritas, le leí los libros que sabía que le encantaban... y no he conseguido nada. Quizá tú consigas lo que yo no pude.

—Tienes muchas esperanzas puestas en mí —responde con aspereza.

—¿Por qué no? —digo con suavidad—. Me has demostrado que eres mejor de lo que pensaba. Ya sabes lo que dicen: «la esperanza es lo último que se pierde». Si no tuviera esperanza hace mucho tiempo que habría seguido el consejo de los médicos.

—Necesito salir un momento.

Blake me muestra un cigarro y yo hago como que me creo que tiene mono. Los dos sabemos que necesita su espacio. Tiene que digerir todo lo que le he contado y hacerse a la idea de que va a reencontrarse con su hermano. Hace casi dos años que no se ven. No va a ser fácil. El hombre que se encontrará dormido en una cama no es el tipo jovial y lleno de vida al que yo estaba acostumbrada. Blake regresa al cabo de media hora y sé por su actitud que no vamos a volver a hablar del tema. Al menos por ahora.

—Necesito que hagas memoria de lo que hiciste anoche.

Lo miro extrañada.

—Es para averiguar cómo un escorpión pudo colarse dentro de la casa.

—Entraría por alguna ventana...

—Imposible —responde convencido—. Hay mosquiteras en todas las ventanas y en la puerta delantera y trasera. Bill las ha estado revisando y no hay ninguna rota. También hay trampas e insecticida. Lo que quiero decir es que tomamos muchas precauciones y jamás había sucedido algo semejante y pienso averiguar por qué.

—No hice nada especial anoche.

—¿Las botas?

—Las revisé antes de entrar en casa y las dejé en el porche. Desde que estoy en el rancho sigo escrupulosamente tus instrucciones para evitar este tipo de accidentes.

—No te estoy echando la culpa —me tranquiliza—. Por favor, haz memoria. Es importante.

—Primero cené y luego me duché, estuve trabajando durante un par de horas en la habitación, y luego Avery vino a que le leyera un cuento. Ya te he dicho que no hice nada especial. Yo tampoco me explico cómo pudo entrar un escorpión en mi cama. Pero estamos en Texas. Los accidentes existen, ¿no?

—Le leíste un cuento a Avery, ¿qué más?

Pongo los ojos en blanco. Esto no nos lleva a ninguna parte y los dos lo sabemos. No puede controlarlo todo. Pero Blake es sobreprotector hasta la extenuación y no quiere que nada escape de su control. Tiene que entender que a veces las personas que queremos sufren accidentes que no dependen de nosotros. Yo lo averigüé hace un año.

—¿Qué más? —insiste con voz grave.

—Se quedó dormida a mitad del cuento y la llevé hasta su habitación. Luego me quedé dormida y abrazada al Señor Bigotitos.

—¿El señor Bigotitos?

—Es un conejito de peluche que me ha regalado Avery. Una monada.

A él se le cambia la expresión. Se echa hacia atrás en la silla y tensa los hombros. Lo miro expectante y sé que algo terrible se está urdiendo en su cabeza. Pero es demasiado escabroso y me niego a creerlo.

—Blake, ¿qué pasa?

Él masculla una maldición y se pone de pie como un resorte. Se pasa la mano por la barbilla

mientras se va encendiendo. Conozco esa reacción. La de la cerilla que se prende e incendia todo lo que hay a su alrededor. Fue la reacción que tuvo conmigo cuando le conté que era su cuñada. Fue la reacción que tuvo con Walton cuando él incendió el rancho. Es una reacción peligrosa y que avecina lo peor.

—Blake, no estarás pensando...

Me deja con la palabra en la boca y sale de la habitación echando humo. No hace falta que diga nada. Sé lo que está pensando. Ambos sabemos quién es el culpable de que un escorpión apareciera en mi cama. Y mucho me temo que Blake no va a dejarlo pasar y va a tomar cartas en el asunto.

Estoy un tanto decepcionada cuando Stuart viene a recogerme a la mañana siguiente. Esperaba que Blake hiciera acto de presencia, pero no he vuelto a verlo desde anoche. Mi cara es tan expresiva que Stuart bromea al respecto.

—También puedo ser un conductor divertido —dice para animarme—. Bah, te dejo que elijas la música. Nada de canciones country por hoy. Si te soy sincero, yo soy más de los Guns N´Roses.

—No es eso —respondo abatida—. ¿Dónde está Blake?

Stuart aprieta los labios y sé que no quiere hablar del tema. Probablemente porque Blake se lo ha pedido para no preocuparme. Pero tengo derecho a saberlo teniendo en cuenta que he pasado la noche en un hospital por la picadura de un escorpión. Me parece que es lo mínimo que me merezco.

—Stuart, no me hagas ponerme en plan pesada. Te advierto que puedo ser extenuante.

—No me cabe duda —hace una larga pausa y añade con tono cauteloso—: No te ofendas, pero Blake me da más miedo que tú.

—Pues no debería. Además de pesada soy un poco loca —me mira de reojo y con evidente recelo, así que me marco un farol y agarro el pomo de la puerta—. Saltaré del coche en marcha. Va en serio. ¿Te apetece pasar la tarde en el hospital?

—Los dos sabemos que no vas a saltar del coche. Pero supongo que te vas a enterar tarde o temprano. El idiota de Bill no sabe mantener la boca cerrada y Hannah te quiere demasiado para ocultarte algún secreto. Ojalá no fuera yo quien tuviera que decírtelo —mantiene la vista clavada en la carretera y habla con cierto malestar—. Blake llegó a la casa y fue directo a tu habitación. Ninguno sabíamos lo que estaba haciendo y fui a echar una ojeada. Lo encontré inspeccionando el conejito de peluche que te regaló Avery. Tenía una minúscula incisión. Él está seguro de que Stella lo colocó allí para que te picara.

—Pero no puede ser... —siento la necesidad de salir en su defensa porque no puedo imaginar tanta maldad en una persona—. Su hija me dio el peluche. ¡Podría haberle sucedido algo horrible a Avery!

—Es la única hipótesis.

—Stella no sería capaz de poner en riesgo a su propia hija para hacerme daño... —me niego a creerlo.

—Sinceramente, la veo capaz de eso y mucho más. Tú no la conoces. Hace unos meses, Blake contrató a la hija de un amigo para hacerle un favor a éste. La chica debía ayudar a Hannah con la cocina, la limpieza de la casa... Era una chica joven, guapa y alegre. Para Stella: una enemiga. Blake y ella no tuvieron nada, pero a Stella le trajo sin cuidado. Se puso como una loca y le montó un numerito en público.

—¿A Blake?

—A esa pobre chica. Tenía dieciocho años, por el amor de Dios. Blake jamás saldría con una adolescente. Stella la llamó de todo y le tiró una cerveza a la cara en mitad de la feria del pueblo. La pobre criatura rompió a llorar y jamás volvió a pisar Paradise Lake. De nada sirvió que Blake se disculpara con ella y tuviera una bronca de órdago con Stella.

—Madre mía... —es todo lo que puedo decir.

—Figúrate hasta dónde llega la ira de esa mujer que esa chica no se atreve a mirarla cuando se cruzan por La herradura. Pero ahí no acaban sus episodios de celosa psicótica. Hará cosa de un año tuvo una discusión monumental con la profesora de Avery porque pensaba que estaba coqueteando con Blake. Él tuvo que pararle los pies porque ella quería cambiar de colegio a la niña. Por no hablar del pánico que le tiene Hannah.

—Ya me he dado cuenta —me enervo de manera automática.

—Stella le hizo la vida imposible en el instituto. La acorralaba por los pasillos y la llamaba gorda. Todavía sigue burlándose de ella.

—Joder... —me frotó la cara con las manos porque es una información difícil de asimilar. No pensaba que Stella fuera tan... agresiva. Por decirlo suavemente—. No lo entiendo. ¿Qué pudo ver Blake en ella?

—Eso tendrás que preguntárselo a él —responde con desagrado—. Solo espero que esta vez sea la definitiva y consiga pararle los pies. Es lo mínimo que se merece esa bruja.

—No la llames así. Es la madre de Avery.

—Helena, por Dios. Por poco te mata.

—He investigado el veneno del escorpión rayado. No es letal y raras veces provoca complicaciones graves en las personas. Estoy segura de que solo quería asustarme. Pensaría que la picadura de un escorpión me alejaría de Texas. Sé lo que piensa de mí. Cree que soy una mujer frívola y que va detrás del dinero de su ex.

—¡Da igual lo que piense de ti! ¿Qué clase de persona hace algo así?

Se me escapa un suspiro pesaroso porque lo tengo bastante claro.

—Una que está enamorada. O mejor dicho: obsesionada.

Cuando llegamos al rancho, me paso todo el día trabajando en el proyecto de los girasoles para mantener la mente ocupada. No hay rastro de Blake por ninguna parte. Estoy sentada frente a la mesa de la cocina mientras Sophia deshoja flores. Nadie le ha contado la verdad. Le han dicho que ayer me picó un escorpión mientras estaba fumando fuera de la casa. Es mejor así. No tiene por qué saber que la madre de su nieta está como una cabra.

—¿Qué te parece? —le enseño la pantalla del portátil para que me dé su veredicto sobre el cartel que he diseñado para anunciar el campo de girasoles.

—Me gusta —asiente satisfecha—. Tienes buenas ideas. El rancho se llenará de gente gracias a ti.

—Le prometí a Blake que los mantendría alejados de la casa.

—Mi nieto es un zoquete. Las visitas traen alegría.

—Ya sabes que él es un poco reservado.

—Me recuerda a mi difunto marido.

—Nunca me has hablado de él.

—Era la viva imagen de Blake. Un hombre de carácter e ideas firmes. Si algo se le metía en la cabeza, no podías hacer nada para remediarlo. Menos yo, por supuesto. Yo era su gran debilidad, ¿sabes? Sentía que el mundo se detenía cuando él me miraba a los ojos. ¿Alguna vez lo has sentido?

—Sí.

Con Josh. Él hacía que me olvidara de todo lo que había a mi alrededor. De todo lo malo. Pero también de todo lo bueno. Con Josh era o todo o nada. Nuestra relación era como subirse a una montaña rusa llena de subidas, bajadas y curvas de trescientos sesenta grados.

—El amor no debería doler, jovencita —murmura leyéndome la mente.

—El amor es más complicado de lo que nos cuentan.

—Complicado, sí. Doloroso, no. Si la persona con la que estás te hace daño, significa que no es para ti.

—Pero ¿y si yo también le hiciera daño? ¿Y si yo fuera tan culpable como él?

—Creo que ya sabes la respuesta —me da una palmadita afectuosa en la mano—. El agua y el aceite no se mezclan porque tienen densidades diferentes. No importa lo mucho que hagan por entenderse. No está en su naturaleza que sean la mezcla perfecta. A veces nos pasamos la vida intentando encajar con otra persona porque nos negamos a creer que los moldes con los que nos forjaron son diferentes.

—¿Y si el agua y el aceite se quieren con toda su alma?

—Mi madre me dijo una vez que amar es dejar ir a la otra persona cuando lejos de ti le esperan cosas mejores. El amor es incondicional y generoso. El amor no debería ser egoísta. Lo aprendí con nueve años. Mi perro Romeo se cayó del tejado de la casa. Yo quería salvarlo a toda costa pero sus heridas eran demasiado graves. No quería despedirme de él. No quería vivir sin él. Con el paso de los años comprendí que la decisión de mi madre fue un verdadero acto de amor hacia un perro que llevaba toda la vida con nosotros.

—Lo sacrificó.

—Romeo estaba sufriendo. Fue un acto de generosidad. Si el amor no saca lo mejor de ti, ¿para qué lo quieres? ¿De qué te sirve?

—¿De qué habláis? —Blake aparece de golpe en la cocina.

—Cosas nuestras —responde Sophia con tono misterioso.

Blake enarca las cejas y la mira con curiosidad. Su abuela se hace la sueca y continúa deshojando flores. Me levanto de la silla con la intención de aclarar lo sucedido. Ya voy conociendo a Blake y sé que su actitud despreocupada es impostada porque rehúye mi mirada cuando lo busco. No estoy dispuesta a dejarlo estar y cojo el paquete de tabaco para tener una excusa con la que quedarnos a solas.

—¿Te apetece uno?

Blake me sigue hacia el porche y le ofrezco un cigarro. Le doy fuego y fumamos en silencio durante unos instantes bajo la luz de las estrellas. Lo observo de reojo y percibo su malestar. Sé que no está pasando por su mejor momento y tengo la impresión de que acaba de tomar una decisión muy drástica. Es un hombre de ideas fijas, su propia abuela me lo ha contado.

—¿Qué ha pasado con Stella? —pregunto al fin.

—Helena, de verdad, no quiero hablar de eso —su tono es firme y agotado.

Me doy la vuelta y apoyo los codos sobre la barandilla de madera del porche para mirarlo sin contemplaciones. Entiendo su malestar. Se trata de la madre de su hija y por mucho que le pese va a seguir vinculado a ella de por vida.

—Estoy involucrada en este asunto aunque que me pese. Creo que tengo derecho a conocer los detalles. De lo contrario te aseguro que no me metería donde no me llaman.

—Ya lo sé —admite resignado. Expulsa una bocanada de humo con un amplio suspiro—. La he denunciado a la policía. Luego he estado hablando con mi abogado y me ha dicho que lo mejor sería pedir unas medidas cautelares para que no pueda acercarse a Avery hasta que se resuelva el tema de la custodia. Creo que mi mayor error fue llegar a un acuerdo amistoso y extrajudicial con ella. Debería haber pedido la custodia completa de Avery desde el principio.

Estoy tan impresionada por lo que me acaba de contar que no sé qué decir. Blake imita mi postura y se coloca a mi lado. Nuestros codos se rozan por inercia. Trato de encontrar un punto en el que nadie salga perjudicado. Por más que me devano los sesos, no doy con él.

—Blake... es la madre de tu hija —es todo lo que puedo decir.

—Con más razón. Podría haberle sucedido a Avery. ¿Qué clase de madre pone en peligro la vida de su hija para vengarse de otra mujer por sus malditos celos? —una ira repentina y peligrosa invade su tono. Le tiembla la voz cuando vuelve a hablar—. ¿Se supone que tengo que mirar para otro lado porque es la madre de mi hija? ¿En qué clase de persona me convertiría si lo hago? La simple idea de que Avery vuelva a pasar un solo segundo en su compañía me aterra. Jamás había llegado tan lejos. Nunca utilizó a Avery para sus tejemanejes. Pensé que al menos era buena madre y acaba de demostrarme que su orgullo le importa más que nuestra hija. No voy a permitir que vuelva a verla.

—Le vas a romper el corazón a Avery.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —se vuelve hacia mí con una mezcla de agobio y furia—. Parece que tienes una idea para todo. Dímelo tú. Por lo visto eres perfecta y no te dejas llevar por las emociones. Deberías estar cabreada e ir a denunciar a Stella. Yo no te lo impediría.

—No lo pagues conmigo —respondo, desconcertada por su pulla—. Si no la denuncio es precisamente porque es la madre de mi sobrina.

Blake apaga el cigarro y agacha los hombros. Luego me mira avergonzado y completamente hecho polvo.

—Perdona.

—No pasa nada. Entiendo que debe ser muy difícil para ti.

—No quería pagarlo contigo.

Blake me pilla desprevenida cuando me pasa un brazo por encima de los hombros y me atrae hacia sí. Me aprieta contra él y me invade una oleada de emociones confusas e intensas. Su olor es como el de un refugio del que no quiero marcharme. Es extraño porque somos dos personas rotas y atrapadas por sus propias circunstancias. Y, sin embargo, en ese instante encajamos de una forma casi perfecta. Me quedo allí, pegada a su cuerpo y sin decir nada. Reconfortada por un abrazo fuerte y un cuerpo cálido que sé que siempre intentaría protegerme de todo.

—Casi me muero cuando te desmayaste —me confiesa con la voz ronca. Su boca me acaricia el lóbulo de la oreja y me hace cosquillas en la piel.

—No recuerdo nada —musito con un hilo de voz.

—Haré que me lo creo.

Apoyo la cabeza en su hombro y me muerdo el labio. La mano de Blake permanece sobre mi brazo. La mía se apoya distraída sobre su muslo. Sé que debo cortar el contacto porque esto no está bien. Me esfuerzo en formular una pregunta que nos separe.

—¿Qué viste en Stella? No puedo entender que un hombre como tú se fijara en alguien como ella.

Blake afloja el agarre y se pone rígido. He dado en el clavo. Es la pregunta perfecta para enfriar el ambiente.

—Te lo diré si tú me hablas de tu matrimonio.

—Me parece justo —respondo, a pesar de saber que me estoy metiendo en un terreno muy pantanoso. Pero la curiosidad me puede demasiado para dejarlo estar.

—La herradura es un pueblo muy pequeño y aquí nos conocemos todos. Le saco tres años a Stella y no coincidimos en el instituto. Pero conocía su reputación y me mantuve alejado de ella cuando coincidíamos de vez en cuando. Todo cambió el día que falleció mi abuelo. Sabía que tenía que hacerme el fuerte delante de mi familia y me permití un día de flaqueza antes de convertirme en el cabeza de familia. La abuela y Josh me necesitaban. Así que me planté en un bar y me emborraché como una cuba. La idea era ahogar mis penas por última vez antes de echarle valor a la situación. Stella me abordó cuando ya había perdido la cuenta del número de cervezas que llevaba encima. Lo primero que vi fue a una mujer muy atractiva y que iba buscando lo mismo que yo. Lo segundo que vi fue a alguien con quien aliviar mi dolor. Pensé que se acabaría después de aquella noche, pero durante los primeros meses ella fue una especie de salvavidas al que aferrarme. Incluso llegué a creer que las personas que hablaban mal de ella era porque la juzgaban sin conocerla y ya sabes cómo es la gente en un pueblo pequeño. No voy a decir que me engatusó. Los dos nos utilizamos. Ella me daba justo lo que necesitaba y yo debería haber parado cuando la cosa fue a mayores. Luego empezaron las discusiones y supe que no teníamos ningún futuro cuando la conocí mejor. Estaba a punto de dejarla cuando me dijo que

se había quedado embarazada. Me dije que debía apoyarla y estar con ella en un momento tan delicado. Fue el peor error que cometí. Debería haberle dicho que sería un buen padre pero que no quería seguir con ella. Avery nació y las cosas se complicaron todavía más. Intenté por todos los medios que lo nuestro funcionara porque quería que nuestra hija tuviese una familia en la que crecer. Lo dejábamos, volvíamos... fue una relación intermitente y turbulenta. Hace varios años que hacemos vidas separadas, pero Stella no quiere aceptarlo porque piensa que tarde o temprano volveremos. En el fondo es culpa mía. La acostumbé a las segundas oportunidades. El resto ya lo sabes.

—Está enamorada de ti.

—Stella no sabe lo que es el amor. Espero que un día lo encuentre y abra los ojos.

—¿Y tú tampoco has estado enamorado de ella?

—No —responde tajante—. La obsesión y el amor son dos cosas diferentes. Menos mal que lo aprendí hace bastante tiempo. Lo que teníamos era una relación tóxica y que no nos hacía ningún bien. Pero Stella quiere todo lo que no puede tener. Ese es el problema.

—Te guste o no, vas a estar unido a ella de por vida. Es la madre de tu hija. ¿Cómo vas a explicarle a Avery que no puede ver a su madre?

—Encontraré la forma.

—Pero...

—Helena —dice mirándome a los ojos con cierta dureza—. Sé que quieres a Avery y buscas lo mejor para ella. Pero yo soy su padre y tengo que protegerla aunque me duela en el alma separarla de su madre.

—Tienes razón.

—Te toca.

Apago el cigarro y pongo mala cara. Un trato es un trato. Blake me mira con un interés que no se esfuerza en disimular ni un ápice. ¿Qué se supone que puedo decir? ¿Le cuento que Josh y yo llegamos a un punto en el que no sabíamos vivir sin hacernos daño?

—Éramos perfectos hasta que todo se fue a la mierda.

—Bonito resumen.

—Empezamos siendo amigos en la universidad. Luego nos casamos. No sabría decirte cuándo se torcieron las cosas. Decir que nuestro matrimonio era complicado sería quedarse corto. Nos sobraba el amor, ¿te lo puedes creer? ¿A quién le puede sobrar el amor? Era lo único que nos unía. Cuando pienso en nuestra historia lo hago como si fuera un narrador que lo observa desde

lejos. Creo que es lo más sensato. Quince meses de ausencia y arrepentimiento sentada en la silla de un hospital te dan para poner las cosas en su sitio y no buscar culpables. Siento que todo es más justo si la historia la cuenta otra persona. Así no me pongo de parte de nadie. Me focalizo en nuestros errores y comprendo que los dos la cagamos tanto que es ridículo culpar a uno solo de nuestro fracaso.

—¿Qué fue lo que os pasó?

—Queríamos cosas diferentes.

Siento un nudo en la garganta y me cuesta seguir hablando. No soy capaz de contarle cuál fue el detonante. No quiero hurgar en una herida que todavía no ha cicatrizado. Es algo con lo que voy a convivir durante el resto de mi vida y en el fondo sigo resentida con Josh y conmigo misma. Ojalá pudiera librarme del rencor porque me está pudriendo por dentro.

—Ey —musita con suavidad y me pone una mano en el hombro—. No hace falta que sigas hablando.

Pero las palabras brotan de mis labios con una facilidad pasmosa y toda la amargura, el resentimiento y el dolor salen a raudales sin que pueda remediarlo.

—Quiero querer a alguien con todo mi corazón y que el amor que siento no me deje rota por dentro. No quiero sentir que el amor se lleve todo lo bueno y lo malo que tengo. No quiero ser esa persona horrible que es capaz de gritar los insultos más crueles cuando le hacen daño. Ser esa persona me destruyó. Y, sin embargo, daría lo que fuera por tener a Josh a mi lado si tuviese que revivir todas y cada una de nuestras discusiones. En eso te convierte el amor. En alguien irracional y estúpido.

—No digas eso... —Blake me acaricia la mejilla con su pulgar.

Lo miro a través de mis ojos vidriosos. Conteniendo las lágrimas y la respiración. Y entonces lo veo tal y como es. No es un refugio. Es una luz de esperanza al final de un largo túnel de oscuridad. Estoy cansada de sentir este vacío. Estoy cansada de cargar con esta pena. Estoy cansada de no sentir nada y por eso lo beso sin pensar en las consecuencias.

Todo estalla cuando mi boca roza la de Blake. Él me recibe aturdido y no reacciona, pero tampoco se aparta. Lo agarro de las solapas de la camisa y lo atraigo hacia mí con una desesperación que me quema por dentro. Es un beso ansioso, primitivo e inesperadamente cálido. Los labios de Blake son suaves y lo que esperaba que fuera rudo se convierte en un beso cauto y delicado. Durante unos segundos, aprieto mi boca contra la suya casi rogándole en silencio que se lleve todo el dolor que me oprime. Blake está tenso e inmóvil. Hasta que su brazo se desliza por mi costado y gruñe contra mis labios. Rodea mi cintura con el brazo derecho y su mano izquierda asciende por mi cintura rozándome el pecho. Me invade una oleada de lujuria difícil de asimilar. Estoy a punto de tocar el cielo cuando su mano acaricia mi mejilla y toma definitivamente el control. Blake corresponde a mi beso con una autoridad que me vuelve loca.

Decidido y tierno. Estaba preparada para besar a un hombre rudo y pasional, pero su ternura me pilla completamente desprevenida. Porque besar a Blake no es como me lo imaginaba y supera todas las expectativas que había depositado en una fantasía que estaba prohibida... hasta ahora.

Me derrito como el caramelo a fuego lento cuando él me reclama por completo y abre la boca para encontrar mi lengua. Si no me sostuviera con tanta firmeza me vendría abajo, porque me tiemblan las piernas cuando nuestras lenguas se enredan. De repente me sobra toda la ropa y me convierto en una marioneta que responde a todos sus movimientos. Blake acuna mi rostro con ternura y me besa como si no hubiera besado jamás a otra mujer. Como si fuera su último día en la tierra. Como si esto fuera más allá de una atracción prohibida y difícil de asimilar.

Su otra mano se apoya en la parte baja de mi espalda y me aprieta contra su cuerpo. No hay ni un resquicio de espacio entre nosotros por donde pueda pasar el aire. Todo es tan intenso que pierdo la noción del tiempo y de lo que nos rodea. Solo somos nosotros. Un hombre y una mujer que se desean contra todas las normas establecidas. Contra su propia voluntad. Y mis sentimientos me sobrepasan de una manera que se me escapa un suspiro cuando levanta mi barbilla con dos dedos para ahondar en el beso. En su boca hay necesidad y unas ganas tan contenidas que se desparrraman por todos lados. Me arde la piel cada vez que me toca. Tengo los labios hinchados, estoy confundida y absolutamente excitada. Blake me envuelve con los brazos y me levanta del suelo como si no pesara nada. Me sienta sobre la barandilla de madera y separo las piernas cuando vuelve a buscarme. A los dos se nos escapa un gemido cuando su erección roza mi vientre. Respiramos con dificultad y volvemos a besarnos. Blake me agarra del trasero y envuelvo su cintura con mis piernas. Noto que su erección palpita bajo sus vaqueros cada vez que nos tocamos. Solo nos rozamos por encima de la ropa, pero es suficiente para que ambos sepamos que podemos corrernos sin necesidad de llegar a más. Tal vez sea eso lo que lo detiene, porque se aparta con brusquedad y me mira con los ojos nublados de deseo contenido. El ceño fruncido y el rostro congestionado por la confusión.

—¿Qué estamos haciendo? —habla con dificultad y apoya su frente contra la mía. No me suelta. Sé que no quiere hacerlo. Mantiene una lucha consigo mismo entre lo que quiere y lo que debe hacer.

—No lo sé —murmuro avergonzada.

Blake percibe mi vergüenza y cree que es arrepentimiento. En realidad es algo más complicado. Quiero volver a besarlo y dejarle que haga conmigo lo que se le antoje. Pero sé que jamás me perdonaré el convertirme en esa clase de persona. Blake respira profundamente y acaricia mis mejillas con un cariño que me desconcierta.

—No puedo, Helena —dice finalmente, y añade con voz queda—: No puedo permitirme el lujo de enamorarme de ti.

—Lo siento muchísimo.

Me tapo la cara con las manos y rompo a llorar. No me puedo creer que yo haya tomado la

iniciativa.

—No pasa nada.

Me bajo de la barandilla y me aparto de él cuando intenta tocarme. Evito su mirada. No soportaría que mis ojos se encontraran con los suyos. No quiero que me vea como yo me veo ahora mismo.

—Soy una persona horrible.

—Eres humana.

—No sé por qué lo he hecho.

Blake se acerca a mí e intenta tocarme, pero se lo piensa mejor y deja caer el brazo. Aprieta los puños y me mira consternado. No sabe qué hacer y no lo culpo. Es un momento embarazoso y complicado para los dos. Qué ironía. Hace un momento compartíamos una intimidad brutal y ahora no podemos ni mirarnos a la cara.

—Lo has hecho porque me deseas tanto como yo a ti. No le des más vueltas —habla con una frialdad falsa.

—Será mejor que me vaya a mi habitación —le doy la espalda y hablo sin mirarlo—. No voy a volver a besarte. No sé ni qué decir para justificarme. Se me ha ido la cabeza.

Entro a toda prisa en la casa y recorro el pasillo con la esperanza de que nadie nos haya visto. Me encierro en la habitación, voy directa al baño y abro el grifo del lavabo para que amortigüe el sonido de mis sollozos.

5 de diciembre de 2020

Helena se levantó de la silla y sorteó a trompicones los escritorios de sus compañeros de trabajo para llegar al baño. Vomitó en el inodoro y ni siquiera le dio tiempo de cerrar la puerta. Había sido el olor de la bolsa de patatas fritas que se estaba comiendo Freddy. No lo entendía, ¡le encantaban las patatas fritas! Pero llevaba varios días con el estómago revuelto y las náuseas la invadían en el momento más inesperado. La gastroenteritis la estaba dejando hecha polvo, algo bastante raro en ella porque era de esas personas que jamás enfermaban.

Alguien llamó con suavidad a la puerta. Era Lizzy, su compañera de trabajo. Le dedicó una mirada cómplice y que Helena interpretó como un gesto de preocupación.

—¿Estás bien?

—Mejor después de haber vomitado —tiró de la cadena y abrió el grifo para lavarse las manos. Luego se refrescó la nuca y contempló su mala cara en el espejo. Era como si un fantasma le hubiera chupado la energía. Estaba más pálida y ojerosa de lo normal—. Es la gastroenteritis.

—¿Estás segura de que es gastroenteritis?

—Sí —Helena se secó las manos y la miró extrañada—. No paro de vomitar.

—Te he visto arrugar la nariz cuando Freddy ha abierto la bolsa de patatas. Tres segundos después estabas aquí. Me pasó lo mismo hace dos años. Me di cuenta de que estaba embarazada cuando mi marido preparó pizza de pepperoni. Es mi favorita. Fue olerla y vomitar. Los primeros meses no podía hacer otra cosa que echar la pota y sentirme asqueada por cualquier olor que antes me resultaba agradable.

—No estoy embarazada.

—¿Segura?

Estuvo a punto de responderle que sí, pero entonces hizo memoria y recordó la fiesta de la editorial. Josh y ella se acostaron un par de veces y no tomaron precauciones. ¿Estaba ovulando aquella semana? Podría ser. La verdad es que ambos estaban tan excitados que ninguno pensó en las consecuencias.

—¿Cuándo tiene que venirte la regla?

—Pues... —había estado tan hecha polvo que ni siquiera se preocupó por el retraso. Tampoco era raro viniendo de ella. Sus ciclos menstruales eran irregulares y en épocas de estrés llegaban a retrasarse hasta una semana. En su época de exámenes universitarios fue una constante en su vida—. Hace tres días.

—Creo que deberías hacerte una prueba de embarazo.

Helena se pasó la mano por la cara. Estaba aturdida y le costaba hacerse a la idea de que podía estar embarazada. Ella quería tener un hijo con toda su alma, pero no en aquel momento. Josh y ella estaban peor que nunca y eran demasiado jóvenes para ser padres.

—Yo tampoco lo planeé cuando me quedé embarazada. Pero me sentí la mujer más afortunada del mundo cuando nació Matt. Ver su carita fue amor a primera vista.

—No estoy embarazada —insistió de mala gana—. Mi ciclo menstrual es muy irregular.

—Tal vez tengas razón. Un retraso de tres días no significa nada.

Pero Helena le dio vueltas a la cabeza durante el resto del día. Apenas pudo centrarse en editar aquel libro de *Iniciación a la meditación* por más que se decía que un retraso de tres días era del todo normal. Pero luego se acordaba de que no habían tomado precauciones en sus días fértiles y le entraban las dudas. Lizzy volvió a abordarla cuando cogió el ascensor para salir de la oficina.

—Me he tomado la libertad de comprarte uno. Será mejor que salgas de dudas cuanto antes, ¿no?

Helena supo lo que había dentro de la bolsa de farmacia sin necesidad de abrirla. Lo metió dentro del bolso y le dio las gracias a Lizzy. Era una tontería. Era una mujer adulta y podía acudir a una farmacia a comprar un test de embarazo. Pero estaba cagada de miedo y el simple hecho de cruzar la puerta de una farmacia la aterraba. Tenía que hablar con Josh. O quizá debía hacerse la prueba para salir de dudas. ¿Para qué inquietarlo si no sabía el resultado?

Lo primero que hizo cuando llegó al apartamento fue coger el paquete e ir directa al baño. Pero se encontró con algo inesperado. Josh había llegado antes del trabajo y se había encerrado en el baño para hablar por teléfono. Pensaba que estaba solo y hablaba tan alto que ella pudo escuchar toda la conversación.

—Abuela, no te pongas así —le pidió Josh.

Solía aprovechar la ausencia de Helena para hablar por teléfono con su abuela. Lo hacía porque sabía de sobra que su mujer insistiría en conocer a su abuela si lo pillaba hablando con ella. Helena creía que Josh pasaba de su abuela, pero en realidad la llamaba un par de veces a la semana. No era tan insensible como pensaba su mujer. Aquella tarde había salido antes del trabajo para cambiarse de ropa porque tenía que acompañar a su jefe a una de esas reuniones informales que tanto odiaba. Le tocaría hacerse el gracioso —otra vez—, y reír los chistes de mal gusto del capullo Martin. Lo de siempre.

—Me prometiste que me presentarías a tu mujer —le recriminó Sophia.

Si Josh no había viajado con ella hasta Texas era por un cúmulo de circunstancias. La primera y la más importante era que no podía ni ver a Blake. Le entraban ganas de pegarle un puñetazo si lo tenía delante. Y luego... Helena y él estaban pasando un bache. ¿Cómo iba a presentarse con

ella en Paradise Lake si últimamente no hacían otra cosa que no fuera discutir?

—Ya la conocerás en su debido momento.

—¿Cuándo?

—Estoy desbordado de trabajo y ella también está muy ocupada —le mintió—. Es difícil cuadrar nuestras agendas para hacer un viaje.

—Quiero conocer a la mujer que te ha robado el corazón. ¿Le has hablado de mí? ¿Le has hablado de Avery?

—Sí —mintió, porque no había mencionado a su sobrina a sabiendas de que a Helena le encantaban los niños y tendría otro motivo más para presionarlo en ir a visitar a su familia.

—Quiero nietos.

—Abuela, ya sabes lo que pienso de ese tema —se puso de malhumor porque no era la primera vez que hablaban del tema. Intentó sonar categórico para que lo dejara en paz—. No quiero ser padre.

—Me vas a matar de un disgusto.

—No juegues la baza chantajista conmigo. Ya conoces mis motivos. Lo de ser padre no va conmigo. No quiero tener hijos. Ese tipo de vida no es para mí.

Josh se enzarzó en una pequeña discusión con su abuela y no se percató de la presencia de Helena. Al otro lado de la puerta, ella se quedó congelada por el descubrimiento. Josh no quería ser padre. Una verdad que le sentó como un jarro de agua fría porque puede que ella no quisiera serlo en aquel momento, pero siempre había soñado con formar una familia. Quería tener hijos. Era uno de sus mayores deseos. Él lo sabía. ¿Por qué se lo había ocultado? Apretó el test de embarazo contra la palma de su mano e hirvió de rabia. Fue hacia la cocina, recogió el bolso y salió del apartamento porque no soportaba mirarlo a la cara. Él leería la decepción en su rostro. Pero Helena se sentía demasiado traicionada para mostrársela. ¿Cómo se había atrevido a mentirle? ¿Cómo había podido ser tan mezquino? ¿Con qué clase de hombre se había casado?

Cuando me despierto por la mañana sé que debo enfrentarme a lo que sucedió anoche. No va a ser fácil mirar a la cara a Blake después de habernos besado. Lo que ocurrió entre nosotros fue tan intenso y devastador que me cuesta asimilarlo. Por eso me hago la remolona en la cama durante unos minutos más de lo normal. Pero al final me visto de mala gana porque no me queda otra. Encuentro una nota que alguien ha deslizado debajo de la puerta cuando estoy a punto de salir.

Voy a Nueva York a visitar a Josh. Mi vuelo sale a las ocho de la mañana. Es algo que debo hacer solo. Creo que a los dos nos vendrá bien tomar distancia. Es lo mejor para todos.

Blake

Son las seis y media de la mañana. Blake debió de salir hacia el aeropuerto hace unas horas, así que no habrá dormido nada. Rompo la nota en varios pedazos, voy al cuarto de baño y la tiro al inodoro. Este es el Blake que conozco. El hombre noble y que hace lo que debe. El que respeta a su familia y toma la iniciativa de alejarse porque, tal y como ha dicho: «es lo mejor para todos». Debería alegrarme por ello. Nos ha puesto las cosas fáciles y no voy a tener que mirarlo a la cara. Me moriría de vergüenza después de haberlo besado. Pero en realidad me siento confundida y desanimada porque mis sentimientos son demasiado intensos para ignorarlos. Quiero a Josh, eso lo tengo claro. Estoy enamorada de mi marido y por eso vine a Paradise Lake. Pero no puedo olvidar que le pedí el divorcio y ni siquiera estoy segura de que seguiría casada con él en el caso de que no hubiera sufrido el accidente. Estaba decidida a divorciarme de Josh. Nos habíamos hecho tanto daño que ya no quedaba un futuro en el que pudiéramos ser felices juntos. O, por lo menos, yo no lo veía. Estaba cansada de estar decepcionada y de ver el desencanto en los ojos de Josh. Estaba agotada de las miradas de soslayo repletas de rabia y los silencios incómodos. Y, justo cuando decidí poner fin a nuestro matrimonio, sufrió el accidente. Lo echo de menos con toda mi alma y sé que siempre lo querré. Pero quizá Sophia tiene razón y el amor no es suficiente para permanecer al lado de otra persona. No lo sé. Lo único que tengo claro es que no contaba con Blake. Mi cuñado ha entrado en la ecuación y ha desestabilizado mi vida más de lo que estaba. Ha hecho saltar todas mis convicciones por los aires. Se ha tragado el dolor cuando creía que no volvería a ser feliz. Me ha ofrecido un hogar en el que me siento cómoda y del que, por mucho que me pese, no quiero marcharme.

¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

Fácil, ¿no?

Largarme dentro de unas semanas cuando Blake compita en La exposición de ganado y rodeo de Houston. Agarrar la mano de Josh y pedirle por última vez que se recupere. Rezar. Creer en los milagros.

Es fácil.

Era mi plan.

Quiero que mi marido despierte. Quiero traer de vuelta al hombre de ojos verdes y sonrisa contagiosa. Al mismo que me pedía que resolviese crucigramas y me llevaba a un cine antiguo a ver películas en versión original porque le encantaba hacerme feliz. A mi amigo de la universidad. Quiero mirar a Josh a los ojos y preguntarnos si tenemos una oportunidad. Quiero hablar sobre nuestro matrimonio. Quiero hablar sobre nuestro divorcio. Quiero que nos pidamos perdón por todo el daño que nos hicimos.

A todos les pilla desprevenidos la ausencia de Blake. Él les ha dicho que va a estar fuera un par de días por negocios. Nadie se ha atrevido a preguntarle por qué, pero Bill y Stuart me miran de reojo porque saben que tengo algo que ver. Sophia es la única que no parece sorprendida, como si en el fondo supiera el verdadero motivo del viaje repentino de Blake. Algo completamente imposible porque le hemos ocultado que Josh está en coma.

Después de ayudar a los chicos a arrear el ganado, me tomo una pausa antes de centrarme en iniciar el proyecto del campo de girasoles. Se nota la falta de Blake a pesar de que Stuart es un vaquero con gran experiencia. Hoy todos estamos más extenuados de lo normal porque Blake es quien se echa encima la responsabilidad del trabajo más pesado. De todos modos, logramos acabar la jornada y me queda algo de energía después de zamparme un sándwich de huevo frito y queso fundido cortesía de Hannah. Cojo prestada la furgoneta de Stuart y me dedico a colgar carteles a lo largo de toda la carretera comarcal. Mañana es la gran inauguración y espero atraer a los primeros clientes. Lo cierto es que me hace mucha ilusión conseguir algo de dinero extra por mi cuenta. Siento que Blake está haciendo demasiado y que yo solo soy una ayudante que hace lo que puede. Estoy colocando la última de las pancartas cuando un lujoso deportivo aparca detrás de la furgoneta. Pongo cara de asco cuando veo de quién se trata. Es Steve Walton. Al ver mi expresión tirante, pone las manos en alto cuando se acerca a mí. Tiene el rostro magullado y me alegro de que todavía le quede un buen recuerdo de los puños de Blake.

—Vengo en son de paz.

—Permíteme que no me fíe de los tipejos como tú.

—Un campo de girasoles para turistas —lee el cartel con las gafas de sol puestas—. Tienes mucha influencia en Blake. Primero lo convences para que le quite las manos de encima a mi padre, y luego llenas de gente desconocida su rancho. Sabía que no te había infravalorado.

—¿Qué quieres? —le espeto, cansada de que me haga perder el tiempo. Steve me produce casi tanta antipatía como su padre, pero no me intimida porque sé que no es tan peligroso como Harry.

Él se hace a un lado cuando cojo la pancarta para amarrarla a un extremo de la valla. Está a punto

de ayudarme, pero le dedico tal mirada asesina que se abstiene de mover ni un músculo.

—Convence a Blake para que le venda el rancho a mi padre.

Suelto un bufido. Esto es el colmo.

—Qué poca vergüenza tienes... —sacudo la cabeza sin dar crédito y tengo ganas de estrangularlo con la cuerda que utilizo para amarrar el cartel—. Aunque no sé de qué me sorprende. Llegasteis muy lejos al quemar el rancho.

—Eso fue cosa de mi padre —responde de mala gana—. Yo no estoy de acuerdo con todos sus métodos, pero tienes que entender la clase de hombre que es.

—Un tirano ricachón que cree que puede tener todo lo que se le antoje porque nadie le ha parado los pies.

—Paradise Lake será suyo tarde o temprano. Mi padre tiene mucha influencia y poder. Sé que sientes aprecio por Blake. O tal vez algo más. Lo vi en tus ojos aquel día. ¿Por qué no evitar que se meta en un problema? Sería inmensamente rico si vende el rancho. Ya no tendría que trabajar para vivir. Y tú también te llevarías una buena tajada.

—A él no le importa el dinero —lo miro directamente a las gafas de sol—. A mí tampoco.

—Todo el mundo tiene un precio.

—Te equivocas con Blake. No es como vosotros.

—Lástima —Steve casi parece lamentarlo—. Porque he venido a advertirte para que la cosa no vaya a mayores. He sido sincero cuando te he dicho que venía en son de paz. Sé que mi padre está tramando algo, pero no me lo ha contado.

—¿Eso es todo?

—Tienes que escucharme.

Steve me coge del codo e intento zafarme. En ese momento se aproxima por la carretera un coche que no reconozco. Forcejamos durante unos segundos y me suelta cuando el coche aparca detrás del suyo. Se baja la última persona que esperaba ver. Stella. La que faltaba.

—Pues ya estamos todos... —murmuro con ironía.

—¿Qué pasa? —ella va directa hacia Steve y nos mira de manera alternativa. En sus ojos brilla la curiosidad y el recelo hasta que se clavan con desdén en Steve—. Tú, lárgate. No sé qué has venido a hacer aquí, pero sé que el incendio fue cosa vuestra.

—De mi padre.

—Es lo mismo.

Steve se aleja de mí y la mira con deseo. Ella le sostiene la mirada con aburrimiento. Vaya, por lo visto el pobre Steve está colado por Stella. Alguien debería decirle que es más venenosa que un escorpión. Puede que ya lo sepa y en el fondo le ponga. Vete a saber. Es lo que sospecho después de ver la expresión de perrito faldero que le dedica cuando ella le hace un gesto desdeñoso con la cabeza para que se largue. Sorprendentemente, él obedece, se monta en el coche y acelera. Nos quedamos a solas y no sé que es peor. Enfrentarme a Steve o a Stella. Son igual de odiosos. Tal para cual. No me dan ningún miedo.

—¿Te estaba molestando?

Se me escapa una carcajada atónita.

—Lo de hacerte mi amiga para que no te denuncie no va a colar.

—No quiero ser tu amiga.

—¿A qué has venido?

—Sé que me pasé tres pueblos con lo del escorpión —admite ligeramente ruborizada, y añade con todo de disculpa—: Solo quería asustarte.

—Eres una psicópata.

—Estoy enamorada de Blake —lo dice como si eso la justificara.

—La próxima vez tírame de un precipicio o manipula los frenos del coche. ¿Debería pedir una orden de alejamiento?

Ella resopla y se cruza de brazos. Se pone a la defensiva y lo hace porque se siente avergonzada. Es lo que hay detrás de esa expresión arrogante y falsa. A mí no me engaña por mucho que intente ir de diva. Cuando los demás te juzgan por tu aspecto, aprendes a ser observadora para saber lo que hay en el interior de cada persona.

—No creo que seas mala persona.

—Hay que joderse... —replico, completamente atónita—. ¿Me estás hablando en serio? ¡Eres tú la que le dio a su hija un conejito de peluche con un escorpión escondido dentro!

—De ser mala persona habrías aprovechado la oportunidad para malmeter a Blake en mi contra. O me habrías denunciado. Es lo que yo habría hecho de estar en tu lugar.

—Eso no sería de ser mala persona. Sería lo justo.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Por Avery.

Su fachada se viene abajo. Le tiembla el labio inferior y se le empañan los ojos. Me da la espalda para que no la vea llorar y me siento tan incómoda que tengo ganas de arrancar el coche y dejarla allí tirada. No sé por qué me quedo a escucharla.

—Lo creas o no, quiero a mi hija.

—Me cuesta creerlo. La pusiste en peligro para hacerme daño.

—Sé que cometí un error terrible —admite con un hilo de voz—. Pero no dejes que Blake me separe de mi hija. Es lo único que tengo. Por favor, dile que me deje verla. Haré lo que sea para ser una buena madre. Iré a terapia.

—No pienso interceder en tu favor.

Se vuelve hacia mí con el rostro repleto de lágrimas y algo se remueve en mi interior. Sé que no debería compadecerme de ella. Es una madre pésima y ha puesto en peligro a Avery. Pero cuando la miro veo mi anhelo de la maternidad reflejado en sus ojos. Respiro profundamente y mantengo la compostura.

—¿Tienes hijos?

—No.

—Entonces no sabes lo que significa una hija para su madre... lo que se siente cuando te la quitan.

—Nadie te la ha quitado. Tú la has perdido. Renunciaste a ella cuando la pusiste en peligro para hacerme daño.

—Tienes razón —admite compungida—. Pídele perdón a Blake de mi parte. No quiere escucharme y no me coge el teléfono. Me alejaré durante una temporada. Voy a ir a terapia para controlar mi ira. Regresaré siendo una mejor persona para merecer el amor de mi hija. Solo espero que lo convezas de recibirme cuando eso suceda.

No espera mi respuesta. Camina hacia su coche y abre la puerta del conductor. Se vuelve hacia mí antes de cerrar la puerta.

—¿Estás enamorada de él?

—No es asunto tuyo.

—Ojalá me hubiera mirado una sola vez como te mira a ti. No sabes lo afortunada que eres.

Estoy a punto de decirle que se equivoca con nosotros, pero cierra la puerta, arranca el coche y

pisa el acelerador. Se la traga un remolino de polvareda amarilla. Primero Steve y luego Stella. Blake y yo tenemos más cosas de las que hablar cuando regrese. No sé si reírme o echarme a llorar.

Avery viene a buscarme en cuanto llega del colegio. Me da un abrazo enorme y su pelo me hace cosquillas en las mejillas. Es inevitable pensar en Stella y lo que debe echar de menos estrechar a su hija. Sé que no quería hacerle daño. Sé que quería pagar su despecho conmigo. Sé que no es seguro dejar a Avery al cuidado de una mujer tan inestable. Pero también sé que Avery necesita el amor de una madre y me parte el alma que no vaya a tenerlo.

—¿Tienes que ayudarme a preparar el disfraz para el concurso del cole! Me prometiste que me ayudarías hoy.

—Es verdad —se me había olvidado por completo porque he estado muy ocupada—. ¿Qué has elegido?

—No sé. Pero quiero ganar el primer premio. ¡Tiene que ser algo fabuloso!

Me hace gracia que sea tan competitiva porque es la viva imagen de su padre.

—¿Un perrito caliente?

—¡No! Seguro que la mitad de los niños de mi clase irán disfrazados de eso.

—¿Una tarta de manzana?

—¡Nooooo!

Me devano la cabeza para buscar un disfraz original y que represente el espíritu de los Estados Unidos. Debe ser algo típico y a la vez especial. No quiero defraudarla porque ha confiado en mí para que la ayude.

—Podríamos envolverte en un cactus. Es típico de Texas y los demás niños no se te acercarían. Seguro que te dan el primer premio por miedo a los pinchazos.

—¡Helena! —Avery se parte de risa—. ¡No te lo estás tomando en serio!

—Vale, vale... a ver...

De repente se me ocurre una idea estupenda. Es difícil y yo no tengo ni idea de coser, pero estoy segura de que Hannah puede echarnos una mano con la máquina de coser. Avery aplaude entusiasmada cuando se la cuento y las dos corremos a por todos los trozos de telas y mantas viejas que encontramos por la casa. Ojalá Blake estuviera aquí para ver lo bien que nos lo estamos pasando.

8 de diciembre de 2020

A pesar de que Helena estaba furiosa con Josh, decidió acompañarlo a la cena que todos los años organizaba el periódico para el que trabajaba. Josh sabía que le pasaba algo. Tampoco había que ser un lince para intuir que ella estaba cabreada. Algo más que añadir a la lista. Se preguntó qué diantres habría hecho aquella vez para molestar a su exigente esposa. ¿Tal vez respirar? ¿Tirarse un pedo mientras dormía? Lo tenía hasta los cojones. El trabajo lo asfixiaba y estaba luchando con uñas y dientes para ganar un ascenso. Lo único que deseaba cuando llegaba a casa después de un día de mierda redactando noticias cutres era encontrarse con una mujer cariñosa. Con la chica alegre, divertida e ingeniosa de la que se había enamorado en la universidad. Pero entonces abrió la puerta y se encontraba con aquella mujer de ceño fruncido y mirada hostil. Como si él fuera su enemigo en lugar de su esposo.

«Al menos ha venido», se resignó.

Era una cena para los trabajadores y sus familias. Martin iba colgado del brazo de su esposa, que ignoraba que su marido era adicto a las prostitutas y la cocaína. Y Josh tenía ganas de presumir de mujer. Sabía que Helena podía cautivarlos a todos con su belleza e inteligencia. Con ella a su lado terminaría de ganarse a Martin y a Jack. Puede que incluso lo envidiaran por estar casado con una mujer tan preciosa. Josh quería ser la clase de hombre que causaba envidia en los demás, ¿por qué no? Estaba cansado de ser el universitario que servía copas en un pub para pagarse los estudios, o el redactor al que todos le encargaban los artículos que nadie quería. No iba a ser un don nadie. De eso nada.

Posó la mano sobre la espalda de su mujer y la arrastró hacia sus jefes. Martin la miró sorprendido y alabó su belleza. Ella sonrió por educación y Josh notó su tirantez. Rechazó la copa que le ofreció Jack y ni siquiera hizo el esfuerzo de reír sus bromas, que delante de sus esposas eran más recatadas de lo habitual. Josh se disgustó y tuvo que contenerse para no llevarla a un sitio aparte y pedirle que fuera más amable. Él había sido encantador con sus compañeros de trabajo, ¿por qué no podía hacerle ella el mismo favor? Sabía lo mucho que significaba aquel trabajo para él. ¿Por qué tenía que ser tan obstinada y egoísta?

—Josh nos ha hablado mucho de ti, pero jamás comentó que estaba casado con una mujer tan atractiva —volvió a elogiarla Martin, y le dio un codazo a Josh—. ¿Tenías miedo de presentárnosla, chaval?

A Helena le costó disimular su repulsión y bebió un sorbo de refresco.

—¿A qué te dedicas?

—Soy editora.

—Guapa y lista. Si no estás a gusto con tu trabajo, siempre tendrás un hueco en el periódico.

—Estoy muy cómoda en mi trabajo.

—Una pena. Le alegrarías la vista a todo el mundo.

Martin se rio en voz alta y todos le siguieron el rollo. Josh la miró de reojo y supo lo que estaba a punto de suceder. Le suplicó con la mirada que mantuviera la boca cerrada cuando Martin dejó de reírse y la miró perplejo.

—¿No te habré molestado?

—Pues ahora que lo dices, preferiría que dejases de hacer comentarios sobre mi aspecto.

Martin soltó un silbido.

—Los tiene bien puestos —le guiñó un ojo a Josh—. Seguro que no te aburres con ella.

Helena se quedó atónita cuando Josh no dijo nada. Él puso cara de circunstancia y aquello fue el colmo para ella. Tiró la servilleta encima de la mesa y se levantó sin importarle la impresión que pudiera causar. Martin volvió a reírse y Josh tuvo ganas de hundirle el puño en el estómago.

—¿No se habrá ofendido?

—Ha tenido un mal día —intentó justificarla.

—¡Cómo son las mujeres!

Helena se encerró en el baño, se apoyó en el lavabo y respiró profundamente. Iba a tener que hacer gala de todo su autocontrol para sobrevivir a aquella cena. El jefe de Josh era un cretino y lo que más la enervaba era que él le reía las gracias. No reconocía a Josh. Aquel no era su marido. El tipo que bromeaba con sus jefes y compañeros de trabajo y exponía una actitud tan censurable. Sabía que él estaba actuando, pero lo que más le dolía era que Josh fuera capaz de renunciar a sus principios para conseguir un ascenso. El corazón le dio un vuelco cuando comprendió que se sentía avergonzada de él.

Estaba avergonzada de su marido.

Estaba decepcionada de su marido.

Estaba furiosa con su marido.

Y ni siquiera se atrevía a mirarlo a la cara y confesarle sus sentimientos porque aquello implicaba aceptar que tal vez se había equivocado al casarse con él. Llevaba tres malditos días buscando el momento adecuado para gritarle que era un mentiroso. Quería mirarlo a la cara y preguntarle cómo había sido capaz de ocultarle que no quería tener hijos. Si había ido a aquella

cena de empresa era para concederle una segunda oportunidad. Quería ver a Josh en su terreno para justificarlo porque tenía la esperanza de que trabajara para alguien decente y que lo inspirara a ser mejor. Así las horas extras, el mal carácter y el comentario de los niños cobrarían sentido. Porque ella quería creer que Josh lo había dicho en un arranque de malhumor y que en realidad sí quería tener hijos. Acababa de conocer una nueva versión de su marido y no le gustaba en absoluto. Quería sacarlo a rastras de aquella cena y traer de vuelta al chico humilde y divertido de la universidad. Quería zarandearlo y reprenderlo por haberse convertido en otro hombre.

—Hola.

Una mujer morena y atractiva salió del aseo y se colocó en el lavabo de al lado. La miró de reojo con una curiosidad que no se esforzó en disimular. Helena no tuvo que preguntar quién era. La caló de inmediato.

—Hola.

—No nos han presentado. Qué pena que no hayamos coincidido en la misma mesa. Tú debes de ser Helena. Soy Tracy.

—Encantada —respondió con sequedad.

—Josh habla mucho de ti —le dijo batiendo las pestañas con fingida inocencia, y Helena se preparó para lo que intuyó que sería un golpe bajo—. Por ejemplo, sé que tus flores favoritas son las rosas blancas. Yo me encargué de comprar las flores. ¿Te gustaron?

—Mucho —Helena apretó los dientes y se secó las manos—. Si me disculpas...

—Josh tiene mucha suerte de que seas tan comprensiva.

Helena se volvió hacia ella cuando estaba a punto de salir del servicio. Le picó la curiosidad y no pudo dejarlo estar.

—Yo me habría puesto hecha una furia si mi marido hubiera llegado tarde a una cena conmigo porque estaba pasándose en grande en un local de striptease con sus jefes. Se nota que eres muy moderna y estás por encima de los celos absurdos. Lo dicho, Josh es un afortunado.

Helena salió mareada del baño. No daba crédito a las palabras de aquella arpía. Josh no era de los que frecuentaban esa clase de sitios. Pero tampoco era el hombre ambicioso y que agachaba la cabeza cuando alguien menospreciaba en público a su mujer. Fue directa a la mesa y recogió su abrigo del respaldo de la silla. Josh se quedó atónito.

—Cariño, ¿qué haces? —le susurró al oído y la cogió de la muñeca.

—Ya he tenido suficiente por hoy.

—Helena, por favor. Me estás dejando en evidencia.

—Para eso te bastas tú solo —le respondió en voz baja y mirándolo a los ojos. Se soltó de su agarre de un tirón y añadió con resquemor—: Vete a un club de striptease a celebrarlo ahora que me largo. Tienes vía libre.

Helena caminó con paso ligero hacia la salida y escuchó como Josh la disculpaba por un supuesto repentino dolor de cabeza. Menudo falso estaba hecho. Era un hipócrita de la peor calaña. Capaz de mentir a sus jefes, a su abuela e incluso a su propia mujer. Helena estaba hirviendo de rabia cuando él consiguió alcanzarla en el primer paso de peatones. Se estaba poniendo la chaqueta y la miraba entre furioso y confundido.

—No sé lo que te habrá contado Tracy, pero...

—Ahórratelo —le espetó, y cruzó el paso de peatones cuando el semáforo se puso en verde. Buscó un taxi con la mirada y no encontró ninguno. Josh la agarró del brazo cuando siguió caminando—. ¡Déjame en paz!

—Hablemos de esto en casa.

—¿De qué quieres hablar? ¿De que me dejaste tirada mientras te lo pasabas en grande en un club de striptease?

—Fue por trabajo. Sabes de sobra que no me gustan esos sitios.

—¿Debería hacerme una analítica por si me has transmitido alguna enfermedad venérea?

—Qué coño dices —Josh se pasó las manos por el pelo—. No te he sido infiel, Helena.

—Te prostituyes con tus jefes. No sé que es peor.

—¿Tú te estás oyendo? —le preguntó fuera de sí y con los brazos extendidos. Alzó la voz y no le importó que los oyeran—. ¡Me has dejado en evidencia delante de mis jefes!

—Pobre Josh... —ironizó ella y levantó el brazo para parar un taxi—. Has tenido que tragar mucha mierda para que yo lo tire todo por la borda. Seguro que encuentras la manera de arreglarlo y vuelves a ganarte su beneplácito. Por lo que he visto se te da muy bien lamer culos.

—No te permito que me hables así.

—¡Ni siquiera has abierto la boca cuando tu jefe se estaba comportando como un cretino machista conmigo!

—Solo te ha dicho lo guapa que eres, ¿qué problema tienes?

—Tú —le escupió con resentimiento—. Tú eres el problema.

Ella se montó en el taxi y le pidió que arrancara. El taxista no fue lo suficiente rápido y Josh

consiguió subirse. Compartieron un viaje tenso y repleto de miradas repletas de rencor. Helena estaba que se subía por las paredes y no veía el momento de gritarle todo lo que pensaba de él. Josh quería recriminarle que lo hubiera perjudicado en público de aquella manera. Cada uno estaba dolido con el otro. El taxista notó la ira que flotaba en el ambiente y subió el volumen de la radio. La voz de Bob Dylan los acompañó durante todo el trayecto hacia el apartamento. Helena se bajó del taxi en cuanto aparcó y Josh le entregó un billete al taxista sin esperar el cambio.

—Tú y yo no hemos terminado.

—No estoy huyendo de ti —le aseguró ella mientras cruzaba la puerta del portal—. Pero no quiero montar un escándalo.

—Delante de mis jefes no te ha importado.

—Tus jefes son unos capullos. Los vecinos me caen mejor.

—¡Bienvenida al mundo real, princesa! Los pobres no elegimos a nuestros jefes.

—Los pobres podemos tener principios —ella subió las escaleras y metió la llave en la cerradura—. Lo que pasa es que a ti se te ha olvidado.

—¿Crees que disfruto trabajando para ellos? ¿Riéndoles las gracias?

—No lo sé, Josh. Se te veía muy cómodo. Estabas en tu salsa.

—Hay que joderse...

Helena entró en el apartamento, él la siguió y cerró de un portazo. Se retaron con la mirada hasta que Helena no pudo soportarlo más y apartó la cara. Josh se sintió como una auténtica basura cuando comprendió su rechazo. Su primer instinto fue ponerse a la defensiva.

—Hago lo que puedo para tener una vida mejor.

—Maldita sea, Josh. ¡Tú no eres así! ¡Yo no quiero que seas así!

—¡Pues esto es lo que hay, Helena! Este soy yo. Te aseguro que también era así cuando me conociste en la universidad, pero tú no supiste verlo porque no te dio la gana.

—Eres un puto mentiroso.

—Y tú una ingenua de narices que se permite el lujo de juzgar a los demás porque se cree mejor que nadie.

—Yo al menos no te dejo tirado para divertirme en un club de striptease. ¿Te salió muy cara la fiesta?

—Hago lo que hace falta para que tengamos una vida mejor. Lamento que tú no me lo agradezcas. Si quieres reducimos todos nuestros problemas a ese maldito club de striptease que solo he pisado una vez en mi vida. Sabes de sobra que solo tengo ojos para ti y que no hice nada que pudiera avergonzarte.

—Ya me has avergonzado suficiente hoy. Y haz el favor de no incluirme en tu ambición de tener una vida mejor.

—¿Te sientes avergonzada de mí? —le preguntó dolido.

—¿Tú qué crees? —ella no reculó porque era lo que sentía—. Te ríes de sus chistes machistas, homófobos... tú no eres así. Pero eres igual de culpable que ellos si les sigues el juego.

—Soy un marido de mierda, eh. Supongo que debería sentirme agradecido por haberme casado con una mujer con unos valores tan altos como los tuyos. Así me sentiré mejor cuando mañana me enfrente a las miradas de soslayo de mis compañeros de trabajo y mis jefes me pregunten por qué me largué de la cena. Muchísimas gracias por dejarme con el culo al aire.

—¡Muchísimas gracias por mentirme!

—Ya te he dicho que lo del club de striptease...

—Le has dicho a tu abuela que no vamos a visitarla porque nuestras agendas están muy apretadas y no podemos coincidir —lo interrumpió—. ¿Cómo puedes ser tan mezquino?

Josh se quedó momentáneamente desconcertado y luego se echó a reír sin dar crédito.

—Guau. Primero lees mis mensajes y luego espías mis conversaciones de teléfono. ¿Por qué no me pones un microchip como a los perros para tenerme localizado?

—Eres un manipulador. En el fondo lo entiendo. Es tu estrategia para no asumir que me has mentido.

—Tengo mis motivos para no visitar a mi familia.

—Tú siempre tienes tus motivos para todo. Seguro que también los tenías para ocultarme que no quieres tener hijos. Un pequeño detalle sin importancia que se te olvidó comentarme, ¿no?

Josh no supo qué decir cuando ella sacó el tema. Ella lo observó con la esperanza de que él la rebatiera. Pero Josh agachó los hombros y la miró desolado. Helena asintió y aguantó las lágrimas como pudo. Aquello era el colmo. La peor de las mentiras.

—Sabes lo importante que es para mí tener un hijo. ¿Cómo has podido engañarme? ¿Por qué me pediste matrimonio si me ibas a negar algo que es fundamental para mí? ¿Cómo has podido ser tan egoísta?

—Porque te quiero.

—Tú solo te quieres a ti mismo.

—No digas eso, por favor. Te quiero. Te quiero tanto que no fui capaz de renunciar a ti.

—Pues deberías haberlo hecho.

Helena se apartó cuando él intentó tocarla. Aquello era demasiado para ella. En aquel momento sentía tanto resentimiento hacia su marido que las palabras brotaron de sus labios sin que las midiera.

—Ojalá no te hubiera conocido. Ojalá no me hubiera casado contigo. Me has destrozado la vida.

—¿Qué te he destrozado la vida? —a él le tembló la voz—. ¿Tú te estás oyendo?

—Es lo que siento. Podríamos haber escrito un libro precioso pero tú lo has llenado de mentiras. No sé quién eres. Ya ni siquiera te reconozco.

Josh se dejó caer sobre el sofá y dejó que el resentimiento también hablara por él.

—Ya tengo un título para tu puto libro: Cómo arruinar tu vida y la de todos los que te rodean. En él yo soy el protagonista de todas tus desgracias porque tú eres una santa y no eres responsable de nada.

—¿En serio, Josh? Me has decepcionado tanto que ya no puedes hacerme daño con comentarios mezquinos. Ahí va otro título para la comedia mediocre en la que se ha convertido tu vida: Cómo dejar de hablarse con toda tu familia porque eres un cobarde.

—Vete a la mierda.

—Estoy en la mierda desde que te conocí —le espetó, y añadió con tono rabioso—: Ojalá nunca te hubieras cruzado en mi vida. Ojalá te hubieras quedado sentado aquel día de clase. Pero tenías que ligarte a la rubia guapa e incluso te hiciste su amigo con tal de llevártela a la cama. Eres patético.

Helena se encerró en la habitación y pensó en lo crueles que habían sido el uno con el otro. Pero no se arrepentía en absoluto porque acababa de descubrir que se había casado con un hombre mentiroso y egoísta que era incapaz de asumir sus actos.

Por su parte, Josh le dio una patada al cojín y soltó una maldición. Sí, era patético. Se había casado con una mujer que lo detestaba y él no estaba seguro de no sentir lo mismo por ella en aquel instante. Deseó dar marcha atrás y no haberle pedido matrimonio. Era evidente que a los dos les habría ido mejor por separado.

Hoy he puesto en marcha la iniciativa del campo de girasoles y se han acercado un par de familias. No está mal para empezar y sé que poco a poco se irá corriendo la voz. Ahora estoy en el salón de actos del colegio para ver la exposición de disfraces. Sophia no ha podido venir porque tenía la tensión baja y el médico le ha recomendado reposo. Ha formado una buena por perderse el espectáculo de su nieta y no se ha quedado tranquila hasta que le prometí que iría al colegio para que Avery no se sintiera sola. Supongo que es lo mínimo que puedo hacer por mi sobrina ahora que su madre está lejos.

Me he sentado algo apartada para pasar desapercibida, pero aun así pillo a algunas personas mirándome de reojo. Soy la nueva y todos se preguntan qué hago aquí. Seguro que ya se ha corrido la voz de lo sucedido con Stella. Solo espero que Avery no se entere porque no quiero que sufra. El desfile de disfraces empieza con los alumnos de primer curso. La verdad es que hay disfraces muy buenos. Uno de mis favoritos es el de un crío vestido de barbacoa con un sombrero de hamburguesa y unos guantes en forma de bote de ketchup y otro de mostaza en cada mano.

—Hola.

Doy un respingo cuando Blake toma asiento a mi lado. Pensé que no vendría y no disimulo mi sonrisa porque Avery se merece que su padre no se pierda el espectáculo.

—El vuelo ha salido con retraso y pensé que no llegaba. No me lo habría perdonado. Imagínate mi sorpresa cuando he visto una mata de pelo rubio entre el público. Ya me sentía el peor padre del mundo porque mi hija fuera la única niña que venía sin acompañante.

—Jamás lo permitiría.

—Gracias por venir —me ofrece una sonrisa cansada y sé que no ha dormido nada. Ha hecho un viaje exprés para visitar a Josh y ha corrido todo lo posible para estar aquí—. ¿De qué va disfrazada?

—Tu pequeña exigente es un hueso duro de roer. Ya lo verás.

—Seguro que a esa cabecita tuya se le ha ocurrido algo que la ha dejado satisfecha. Ya me han chivado que la idea del campo de girasoles ha sido todo un éxito.

—Tus fuentes exageran. Si todo un éxito es que vengan un par de familias...

—Es el primer día. Me parece increíble que hayas captado la atención de algunos turistas en tan poco tiempo.

—Mira.

Le aprieto la mano cuando Avery sale al escenario. Va disfrazada de Estatua de la libertad con una capa con todas las banderas de los estados. La antorcha es un ramillete de girasoles enredado alrededor de una linterna, una idea de Bill. Hannah ha cosido la capa, Sophia ha diseñado el ramo, Stuart nos ha prestado un pesado libro que hemos forrado como la declaración de la independencia, y yo me he encargado del maquillaje y el vestido para el que he usado una vieja bata gris. Todos hemos colaborado para que Avery tenga su gran día y la verdad es que estoy muy satisfecha del resultado. Miro de soslayo a Blake, al que le brillan los ojos de orgullo al ver a su hija. La niña despliega una pancarta que ha dibujado con sus propias manos e interpreta la actuación que habíamos ensayado.

—¡Me llamo Libertad! —anuncia con voz firme—. Me despojé de las cadenas de la opresión y soy un símbolo de unión y democracia para mis compatriotas. Soy la esperanza para los inmigrantes que cruzan el océano atlántico en busca de una vida mejor. Mi antorcha ilumina los corazones estadounidenses y con mi mano izquierda sostengo la declaración que cambió el curso de nuestra nación un cuatro de julio de 1976. ¡Soy la estatua de la libertad!

Avery extiende el brazo derecho y la antorcha se ilumina. El público aplaude entusiasmado y ella nos busca con la mirada. Sonríe de oreja a oreja cuando reconoce a su padre y luego me saluda con la manita. Blake entrelaza sus dedos con los míos y un cosquilleo me sube por el estómago. Aproxima su boca a mi oreja y susurra en voz baja:

—Eres increíble.

Avery queda en segundo lugar y obtiene un trofeo que exhibe orgullosa y un vale para canjearlo por un refresco en la cafetería de Wendy. No cabe en sí de la alegría a pesar de no haber ganado el primer premio. El primer puesto ha sido para Andy Parker, un chico de sexto curso que iba disfrazado de Madonna en la Superbowl. La verdad es que ha sido muy merecido y todos nos hemos ido muy contentos a celebrar el segundo puesto en la cafetería de Wendy. Ella ha obsequiado a Avery con un pedazo de tarta de manzana y ella se ha subido a la barra —a petición popular—, para repetir por segunda vez la actuación.

—¿Por qué mamá no ha venido a verme? —pregunta con inocencia cuando se acaba el trozo de tarta.

A Blake se le cambia la expresión y busca alguna excusa. Me muerdo el labio porque no quiero meterme donde no me llaman. De repente, Avery hace un puchero y le digo lo primero que se me ocurre porque no quiero que su momento de felicidad se arruine.

—Me dijo que se iba de viaje durante una temporada.

Ella me mira con cierto recelo.

—¿A dónde?

—A visitar a sus tíos de Memphis —Blake me sigue el juego.

—Podemos hacerte una foto y enviársela —sugiero.

Blake saca el móvil y Avery se queda más tranquila cuando posa sonriente frente a la cámara y exhibe el trofeo. Algo se resquebraja en mi interior y me pregunto si no debería interceder en favor de Stella. Si está bien separar a una madre de su hija aunque la primera no sea, ni de lejos, perfecta.

Blake llama a la puerta de mi habitación. He estado esperando el momento porque sabía que debíamos hablar de su viaje a Nueva York. Por eso no me había puesto el pijama y estaba tumbada leyendo en la cama a sabiendas de que el momento llegaría tarde o temprano.

—¿Vienes a dar un paseo?

—Claro.

Cojo el paquete de tabaco que hay sobre la mesita de noche y lo sigo hasta la calle. Fuera sopla una brisa suave y de lo más agradable. Caminamos bajo el sendero de árboles y me enciendo un cigarro. Blake sacude la cabeza cuando le ofrezco uno. Tiene las manos metidas en los bolsillos y el gesto pensativo.

—Pensé que sería como verlo dormido.

Sé a qué se refiere. Le doy una calada al cigarro y no digo nada. Josh se ha ido consumiendo poco a poco en la cama del hospital. Al principio sí que parecía estar durmiendo una larga siesta. Pero luego fue adelgazando y palideciendo como un enfermo en sus últimos días. Le salían escaras en una piel que antes estuvo bronceada y ningún corte de pelo arreglaba el tono deslucido de su cabello negro. Es como si la máquina que lo mantiene con vida le estuviera chupando la energía.

—No me esperaba verlo tan demacrado. Tan diferente. Tan... muerto.

Blake frena con brusquedad y sus hombros tiemblan. No me atrevo a tocarlo porque es la primera vez que sospecho que va a echarse a llorar. Ver a su hermano en ese estado habrá sido un duro golpe de realidad. Tiro el cigarro al suelo y espero una reacción que no llega. Al final se recompone a duras penas y me habla con la vista clavada en el horizonte.

—Los médicos dicen que no ha mejorado.

—Lo sé. Hablo con su neuróloga todos los días.

—¿Por qué lo mantenemos con vida? —Blake se vuelve hacia mí con la expresión desconsolada —. Creí que había esperanza para él, pero verlo en ese estado me ha partido el alma. Hasta recé para que se despertara y me echara en cara todo lo que le diera la gana. Ojalá lo tuviera delante y discutiéramos como dos imbéciles. Pero ese no es Josh. El hombre que he visto en la cama de ese hospital no es mi hermano.

—No me pidas que renuncie a él.

—Yo tampoco quiero renunciar a él —replica avergonzado—. Te dije que confiaba en ti para tomar esa decisión, pero en realidad no te habría permitido desconectarlo sin haber intentado todo lo posible para que despertase. Josh y yo tenemos mucho de lo que hablar. No quiero ser la clase de cobarde que le pide perdón a un hombre que no sé si puede escucharme. Él no puede irse sin saber que lo siento.

—A veces me pregunto si estoy siendo egoísta por no dejarlo marchar.

—Puede que los dos lo seamos. Quizá deberíamos hacer caso a los médicos. Pero tuve una corazonada cuando sostuve su mano. Creerás que estoy loco, pero en lo más profundo de mi alma tengo la sospecha de que Josh va a despertar. Conozco a mi hermano. Es demasiado testarudo para darle la razón a los médicos. Volverá.

—Eso espero.

—Ahora sí que necesito un cigarro —dice con bastante desesperación.

Metó la mano en el bolsillo trasero del pantalón y le ofrezco el paquete de tabaco. Es el último cigarrillo. Blake lo enciende, le da una calada y me lee la mente. Es nuestro vicio. Me pasa el cigarro y le doy otra calada. El cigarro sabe a él. Lo sé porque ya nos hemos besado.

—Hay algo que tengo que decirte.

—Sobre nosotros.

—No.

Me mira de reojo y parece desconcertado. No quiero hablar del beso. Hacerlo sería reabrir el tema y no estoy preparada para ello. No cuando compartir un cigarro con él me afecta de esta manera tan surrealista.

—Sobre Steve y Stella.

—En otro momento.

—Es importante.

—Por favor —me pide agotado—. Han sido dos días de mierda y ya he tenido suficiente.

Cuéntamelo mañana.

—Vale.

—¿Sabes lo único bueno que me ha pasado en estos dos días?

—No.

—Besarte.

—Fui yo quien te besó.

—Eso lo hizo todavía mejor.

Blake tira el cigarro al suelo y se acerca a mí. El pulso se me acelera y siento un calor abrasador que me sube por las piernas. ¿Qué demonios está haciendo? No debería acercarse a mí. Yo no debería permitirselo. Sin embargo, no me aparto cuando extiende el brazo y me roza la mejilla. Su pulgar se arrastra por mi pómulo con una delicadeza que me abruma y me deja con ganas de más.

—Hiciste bien en escribirme aquella nota y largarte sin avisar.

—Lo sé —admite de mala gana, y clava la mirada hambrienta en mis labios—. Pero no ha funcionado, Helena.

—Blake... —coloco mi mano sobre la suya para apartarla. No lo hago. Algo intenso me sobreviene cuando nos tocamos—. No puede ser.

—Ya sé que no puede ser. Ya sé que no está bien. Ya sé que eres mi cuñada y que no debería desearte de esta forma porque me estoy volviendo loco —admite sin tapujos y sin apartar los ojos de mis labios—. Resistirme a ti es lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Me muero de ganas de besarte. Te besaría a todas horas durante el resto de mi vida. No hay una noche en la que no me acueste pensando que debería ir a tu habitación y hacerte el amor porque es una puta broma que nos separen unos metros y una relación política que mandaría a la mierda con tal de estar contigo. No sé qué has hecho conmigo, Helena. La primera vez que te vi supe que me traerías problemas y mi primer instinto fue alejarme de ti. Ojalá nunca me hubieras contado que eres la mujer de mi hermano porque habría sido feliz creyendo que entre nosotros existía una mínima posibilidad. Quiero que sepas que si Josh estuviera despierto hablaría con él y le diría sin tapujos lo que siento por ti. Dejaría que me partiera la cara y luego lucharía por ti porque me tienes absolutamente cautivado.

Lo miro boquiabierto. Me ha dejado sin palabras y lo único que puedo hacer es mirar a ese océano de ojos ámbar en el que me ahogo. Su pulgar me acaricia los labios y sé que se contiene para no besarme. Lucha con todas sus fuerzas para no dejarse llevar y yo no sé si quiero que lo haga. Cierro los ojos cuando sostiene mis mejillas y me besa en la frente. Es un beso casto y repleto de significado. Uno que me dice todo lo que necesito saber y que me derrite como el

caramelo. Luego se aleja caminando y me deja con el corazón temblando de dudas.

10 de diciembre de 2020

Josh y Helena estaban más lejos el uno del otro de lo que habían estado en toda su vida. Él dormía en el sofá y pasaba el mayor tiempo posible fuera de casa para no cruzarse con ella. Ella estaba destrozada y no sabía cómo afrontar una situación que la estaba matando lentamente. Todavía tenía la prueba de embarazo guardada dentro del bolso y tenía pánico de conocer el resultado. Josh estaba harto de las miradas furtivas y los silencios incómodos. Se armó de valor y decidió abordarla aquella mañana antes de que los dos se fueran a trabajar. Helena se había preparado un té y a él no le pasó desapercibido que llevaba varios días sin apenas probar bocado.

—Deberías comer algo más.

—Soy una adulta capaz de alimentarme.

—No lo parece.

Helena arrojó al fregadero la mitad del líquido que quedaba dentro de la taza, cogió el abrigo y se dirigió hacia la puerta. Josh le cortó el paso antes de que pudiera escapar.

—Tenemos que hablar.

—Llego tarde al trabajo.

—No puedo más —él la miró con una brutal honestidad—. No quiero seguir durmiendo en el sofá. No soporto llegar a casa y compartir mi vida con una extraña.

—Supongo que ninguno de nosotros nos conocemos tanto como creíamos.

—Helena, no estoy discutiendo contigo. No convirtamos esto en otra competición.

—Lo que tuvimos hace un par de días fue peor que una discusión.

—Los dos nos dijimos cosas terribles.

—No, Josh —ella dejó el bolso sobre la encimera de la cocina y se dispuso a afrontar la situación. Él tenía razón. Era ridículo que se estuvieran evitando. Sus problemas no iban a evaporarse porque ellos se hicieran los ciegos. Al final terminarían engullendo su matrimonio y los dos saldrían más heridos de lo que ya estaban—. Fuimos terriblemente crueles el uno con el otro. No me puedo creer que cruzáramos ese límite. ¿En qué clase de matrimonio nos hemos convertido?

—Todos los matrimonios discuten.

—Nos insultamos —lo corrigió con dureza—. Me da vergüenza recordarlo. Tú y yo no somos

así, o por lo menos no lo éramos.

—Es evidente que a los dos nos perdió el orgullo, pero...

—Pero nada.

Josh se sobresaltó por su tono tajante y de repente le entró el pánico.

—Helena, ¿qué me estás queriendo decir? —acunó su rostro como solía hacer otras veces y la miró con desesperación—. No somos perfectos, pero nos queremos muchísimo. Podemos arreglarlo. Lo sé.

Ella se apartó de él porque no quería venirse abajo. Josh era su gran debilidad. Solo tenía que tocarla para que sus convicciones flaquearan. Había estado dándole vueltas a la cabeza durante un par de días. Se había refugiado en Penny y había llorado amargamente sobre el regazo de su amiga. Solo tenía una cosa clara: no quería volver a ser la mujer furiosa y de lengua viperina que se desquitaba con su marido. Ella no era así. Ella no quería ser así.

—Nos hemos faltado el respeto, Josh —le dijo con una profunda tristeza—. Una pareja puede sobrevivir a la rutina, a la pasión que se esfuma e incluso a una infidelidad. Pero nosotros hemos cruzado un límite terrible y nos hemos hecho daño de tantas formas que no me reconozco cuando me miro en tus ojos.

—Para mí sigues siendo la chica de la que me enamoré —le aseguró él sin pestañear—. Te quiero.

—A veces el amor no es suficiente.

Helena cogió el bolso, abrió la puerta y salió del apartamento. El mundo de Josh saltó por los aires cuando comprendió que la estaba perdiendo y no podía hacer nada para remediarlo. Pero ¿no podía o no quería hacer nada para remediarlo? No lo tuvo tan claro cuando, en lugar de seguirla escaleras abajo y pedirle que se dieran una segunda oportunidad, cogió el maletín del trabajo y esperó a que ella saliera del portal.

Helena no le contó a Josh que se pidió la mañana libre en el trabajo porque necesitaba refugiarse en casa de una amiga. Penny la forzó a realizarse la prueba de embarazo para salir de dudas. Esperó agobiada el resultado y no tuvo valor para mirar el predictor. A su amiga se le escapó una exclamación ahogada cuando contempló las dos rayitas.

—Estás embarazada.

—No puede ser.

Helena sostuvo el predictor solo para comprobar que Penny estaba en lo cierto. Se derrumbó sobre la taza del inodoro y se llevó las manos a la cabeza. De repente las náuseas, los dolores de cabeza, el cansancio y la pérdida de apetito cobraron sentido. Recordó la conversación que había

mantenido con Josh hacía una hora y le entró el pánico. Iba a tener un hijo. Estaba embarazada mientras su matrimonio se iba a pique. Penny le colocó una mano sobre el hombro y le hizo la pregunta de rigor.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Deberías contárselo a Josh.

—Josh no quiere tener hijos —musitó aterrada—. Y yo siento que no puedo hacer esto sola.

—Razón de más para contárselo. No te has quedado embarazada tú sola. Conozco a Josh. Te quiere. Te apoyará si es lo que necesitas.

—No lo sé —Helena agachó la cabeza y dejó escapar un suspiro—. Ya no sé quién es mi marido.

Josh llegó al periódico y Martin lo hizo llamar para darle una noticia que estaba a punto de tambalearse —más aún— su vida. Josh creyó que iba a volver a tomarle el pelo por la espantada de Helena en la cena. Su paciencia pendía de un hilo y empezaba a estar harto de las bromas de mal gusto sobre el carácter de su esposa. Pero Martin se frotó las manos y se limitó a decir.

—La oportunidad que esperabas acaba de llamar a tu puerta.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el humilde. Sé que estabas buscando un ascenso y no te culpo por ser un tipo ambicioso. A tu edad yo pisé muchas cabezas para llegar hasta donde estoy.

A Josh no le cupo la menor duda de ello.

—Hay una vacante para el puesto de redactor jefe y les he hablado de ti. ¿Qué te parece, chaval? Redactor jefe a tu edad. Yo tardé muchos años en labrarme una carrera.

Josh no pudo disimular su alegría y estuvo convencido de que todo lo que había tenido que tragar había merecido la pena.

—¿Para qué periódico?

—El Daily Mirror. Casi nada.

Martin sacó un par de puros y a Josh se le enfrió el cuerpo. No pudo aceptar el puro y Martin se rio porque creyó que estaba abrumado por la noticia. En realidad estaba abrumado por el destino.

—Eso es Londres.

—Europa —Martin extendió la palabra con las manos—. Increíble, eh. Te vas a Europa y apenas tienes veinticinco años. Has ganado, chaval.

—Pero yo aspiraba a un puesto en Estados Unidos.

Martin expulsó una voluta de humo.

—Ya tendrás tiempo de volver. No desperdicies una oportunidad como esta. Es un consejo de jefe y amigo.

—No me malinterpretes, Martin. Sé que es una gran oportunidad, pero estaré lejos de mi esposa y...

—¿Quién lleva los pantalones en casa?

—Con el debido respeto, deja de bromear sobre mi mujer. No me hace ni puñetera gracia.

Martin tosió un poco de humo y una risa perpleja.

—No te ofusques, chaval. Sé que tienes que asimilarlo. Te doy una semana de plazo para pensarlo. Hay una larga lista de candidatos que están deseando aceptar el puesto. Lo hago porque eres tú. Háblalo con tu mujer. Seguro que entiende que tu carrera es lo primero.

Josh salió mareado del despacho de su jefe. Tenía que decidir si aceptaba un puesto en Londres que cambiaría su carrera para siempre. Tenía que hablar con Helena justo en el momento en el que su matrimonio pendía de un hilo. Decir que estaba cagado de miedo era quedarse corto.

La mañana resulta tan ajetreada y agotadora como de costumbre, y por la tarde estoy tan ocupada en atender a los turistas que se acercan al campo de girasoles que apenas tengo tiempo de respirar. Hoy han venido un total de quince personas que se han ido fotografiándolo todo y subiéndolo a las redes sociales tras mi insistencia. Estoy contando los beneficios cuando regreso al rancho tras terminar el horario de visitas. Blake tenía razón. Lo de ayer fue el comienzo y el negocio ya empieza a dar sus frutos. Voy directa al campo de entrenamiento para darle la buena noticia y el corazón me da un vuelco cuando lo veo subido a lomos de un toro enorme y que hace todo lo posible por librarse de él. Gira bruscamente sobre sí mismo y se encabrita. Da vueltas alrededor del ruedo y siento como la bilis me sube por la garganta. No es Diablo. Este toro es más grande y tiene aspecto de estar más furioso que el anterior. Blake está a punto de perder el equilibrio un par de veces. Stuart va contando los segundos y Bill lo anima a voces.

—Diez, once, doce...

Blake se baja de un salto antes de que diga el número trece. No me lo puedo creer. Ha aguantado trece segundos a lomos de un toro salvaje. Estoy tan angustiada que ni siquiera me acerco para felicitarlo.

—Un nuevo récord —Stuart le estrecha la mano—. Vas mejorando. A este paso estarás más que preparado para el torneo. Ya vuelves a ser el que eras.

Ojalá Stuart no se equivoque. Blake sale de la zona de rodeo y evalúo sus nuevas magulladuras. Un cardenal bajo el pómulo derecho y el pelo cubierto de tierra. Me pregunto cuántas veces habrá mordido el polvo esta vez.

—¿Qué tal ha ido el día? Hannah me ha contado que las jarras de limonada se han agotado.

—Quince personas.

—Me alegro de que tu iniciativa esté dando sus frutos. No me mires así.

—No te estoy mirando de ninguna forma —me enfurruño.

—Claro que sí. Me miras como si no supiera lo que me hago cuando me subo encima de Satán. Ya has oído a Stuart: he mejorado mi propia marca.

—¿Quién les pone los nombres a los toros? —pregunto horrorizada.

—Bill. Se cree muy original.

No puedo evitarlo. Meto las manos en su pelo y le sacudo la tierra. Blake se queda inmóvil

mientras lo toco.

—Satán te ha hecho morder el polvo algunas veces. Eso no lo cuentas, John Wayne.

—Una.

Entorno los ojos y él suspira.

—Dos —admite con una sonrisa socarrona—. Dos no es un mal número. Mañana será uno. Pronto no me caeré.

—Porque sabes lo que te haces.

—Exacto.

—Haremos una cosa. No fumarás hasta que cumplas tu promesa, ¿qué te parece? Se acabaron los cigarrillos hasta que dejes de morder el polvo.

—Eres perversa.

—Yo me sumaré a tu causa —meto la mano en el bolsillo de mi pantalón y le ofrezco un paquete de chicles de menta—. Mi padre dejó de fumar mascando chicle. Podríamos intentarlo.

—Yo no quiero dejar de fumar.

—Pero ¿tú no eras un deportista sano y que sabe lo que se hace?

Blake esboza una media sonrisa irresistible, acepta el chicle y se lo mete en la boca.

—Lo que tengo que hacer por ti, rubia...

Damos un paseo por el rancho y mascamos chicle como si fuéramos un par de cuñados que solo se llevan bien. Pero a estas alturas la atracción que sentimos el uno por el otro es tan intensa que nos cuesta disimularla hasta cuando estamos en público. Hoy me puse nerviosa a la hora del desayuno porque Blake me rozó sin querer el brazo cuando cogió una tostada. Así andan las cosas entre nosotros desde que me confesó que me besaría durante el resto de su vida.

—Steve Walton vino a verme el otro día.

Blake frena de golpe y me mira con el rostro encendido.

—¿Qué quería ese miserable?

—Tranquilo —intento calmarlo—. Vino en son de paz. No es tan peligroso como su padre, o al menos no me lo parece.

—Nunca te fíes de un Walton.

—Me pidió que te convenciera de vender el rancho. Dijo que quería evitarnos un problema porque sabe que su padre está tramando algo.

—Ya hemos instalado la alarma de seguridad y las cámaras de vigilancia. No es la primera vez que Harry Walton intenta una de las suyas. Lleva años detrás del rancho. A mi padre también intentó comprárselo en su día. Lo de siempre.

—No lo sé, Blake. Yo creo que deberíamos estar alerta. Steve parecía preocupado de verdad.

—Estaré atento —me asegura muy sereno—. Pero no respondo si ese idiota vuelve a abordarte.

—No seas zoquete. Me sé defender yo sola.

Blake frunce el ceño.

—¿Cómo me has llamado?

—Zoquete —le repito divertida—. Un zoquete que cree que necesito que un hombre me defienda porque no sé hacerlo yo sola. Típico de un tío.

—Dios me libre de creer que no tienes carácter, rubia. En todo caso solo soy un zoquete que se preocupa por ti.

—Stella también vino a verme.

El rostro de Blake se ensombrece.

—No sé si quiero escucharlo.

—Me dijo que había intentado hablar contigo pero que no le cogías el teléfono.

—Así que ahora su estrategia es dar pena...

—Me pidió que intercediera por ella para que no la alejes de Avery. Estaba destrozada. Dijo que iría a terapia para controlar su ira y que se mantendría alejada durante un tiempo hasta que se convirtiera en una persona mejor.

—¿Eso te dijo? —Blake se enfurece y sacude la cabeza sin dar crédito—. Es una mentirosa. Te está manipulando porque sabe que tienes buen corazón.

—¿Y si está diciendo la verdad?

—Helena, no seas ingenua.

—Solo digo que tal vez deberías darle un voto de confianza si regresa dentro de unos meses convertida en una persona diferente.

—La gente no cambia. Las segundas oportunidades nunca funcionan. ¿Sabes cuántas oportunidades le he dado a Stella para que cambie? Joder, demasiadas para contarlas. Se acabó. He solicitado la custodia completa de Avery y sabe que lo tiene perdido en un tribunal cuando el juez sepa que puso en peligro a su propia hija.

—Pero piensa en Avery. Ya viste como se puso cuando su madre no estuvo en el acto de su colegio. No se merece crecer sin madre. Podrías pedir la custodia y al mismo tiempo hablar con algún trabajador social que vigile las visitas de Stella. No la hagas crecer sin madre.

—Basta —me ordena malhumorado. Se planta delante de mí con una mirada dura y que no deja opción de réplica—. Se acabó. Deja de meterte donde no te llaman. Avery no es tu hija.

Me quedo tan hecha polvo por la dureza de tu tono y sus palabras que asiento sin decir nada y me doy la vuelta. Blake tiene razón. Avery no es mi hija y no debería meterme donde no me llaman solo porque me gustaría con toda mi alma ser su madre.

Blake y yo no nos dirigimos la palabra durante la cena. Evito su mirada porque en realidad estoy dolida por sus palabras. Sé que Avery es su hija y que tiene derecho a tomar las decisiones que considera más correctas. Pero podría haberse ahorrado hablarme de esa forma y estoy demasiado avergonzada para explicarle que me ha hecho daño porque ha tocado un tema que me escuece. Por eso no me espero que llame a la puerta de mi habitación cuando son las diez y media de la noche. Estoy tumbada en la cama y leyendo el último libro de Nora Roberts.

—¿Puedo pasar?

—Sinceramente, preferiría que me dejases sola.

Blake hace caso omiso a mi petición y entra en la habitación. Cierra la puerta con suavidad y se aproxima a los pies de mi cama. Resoplo y hago como que estoy muy interesada en la lectura.

—¿Qué lees?

—Si dejas de interrumpirme, *Todo lo que no ves*. Un libro de Nora Roberts.

—¿De qué va?

—Suspense romántico —dejo el libro sobre la mesita de noche y lo miro indignada—. ¿Qué quieres? Suéltalo ya y vete.

—Venía a pedirte perdón. Pero si es un mal momento, puedo intentarlo mañana. Solo quería que supieras que me arrepiento de haberte hablado así.

Me siento en el borde de la cama y soy incapaz de guardarle rencor. Me gusta que sepa reconocer sus errores y llame a mi puerta sin amilanarse. No es el vaquero orgulloso que conocí

en un principio.

—Nunca es mal momento para pedir disculpas. Ya sé que no debería haberme metido donde no me llaman. Solo quiero lo mejor para Avery y te daba mi opinión. Tú eres libre de hacer lo que quieras, por supuesto.

—No es justo que te deje involucrarte en su vida y luego te pida que te apartes cuando tu opinión difiere de la mía. Sé que solo intentabas ayudar. Suele suceder cuando eres buena persona. ¿Puedo sentarme?

Me encojo de hombros y él se sienta a mi lado. Pesa el doble que yo y aplasta el colchón de tal forma que me atrae hacia él. Nuestros hombros se rozan y acabo pegada a su cuerpo.

—No sé si estaba siendo buena persona, ¿sabes? —le confieso, y él me mira extrañado—. En realidad me estaba imaginando lo que sentiría si no me dejaran ver a mi hija. Me puse en la piel de Stella y lo pasé fatal. Lo hice porque deseo ser madre con toda mi alma. Por eso me vuelco tanto en Avery. A veces me encantaría despertarme en una realidad en la que ella es mi hija. Lo sé, es ridículo. No debería desear ser la madre de mi sobrina y no quiero suplantar a Stella. Pero no puedo evitarlo. Supongo que por eso me meto donde no me llaman.

—Eres la mejor tía que Avery podría desear y no sabes lo afortunado que me siento de que hayas entrado en su vida. Algún día serás una madre maravillosa. No me cabe la menor duda.

¿Conoces la sensación de explotar una burbuja con el dedo? Es justo lo que me sucede. Las palabras de Blake hacen que aflore un secreto que solo conoce Josh. Algo que ni siquiera le he contado a mis padres o a Penny porque no quiero causar lástima en los demás. No soportaría que me miraran como si hubiera algo defectuoso en mí. Como si no fuera lo suficiente mujer para albergar una vida en mi interior. Porque así es como llevo sintiéndome todo este tiempo.

—No, Blake. No puedo tener hijos.

Siento que me quito un enorme peso de encima cuando lo digo en voz alta. Y al mismo tiempo que las palabras salen de mi boca, las lágrimas brotan de mis ojos en un llanto silencioso y reparador. Blake me estrecha entre sus brazos sin decir nada. Es justo lo que necesito. No soportaría palabras de consuelo. No soportaría miradas compasivas. Lo único que quiero es el abrazo sincero de alguien.

No sé si pasan minutos u horas. Solo sé que con Blake siempre encuentro ese refugio que andaba buscando. Como si durante todos estos meses hubiera andado perdida por el desierto y de repente hubiera llegado a un oasis de paz. Es justo lo que necesito. Es justo lo que quiero. Es justo lo que no puedo tener. Pero a Blake le trae sin cuidado cuando su boca roza la mía. Un roce tímido. Superficial. Cálido. Me tiembla el cuerpo y lo miro a través de los ojos vidriosos. Su boca se desliza por mi barbilla. Me besa. Me acaricia la mejilla y vuelve a besarme. Me hace cosquillas sobre la nariz y besa mi otra mejilla. Me mira a los ojos y tira de mí para que me tumbe a su lado.

—Ven aquí.

Obedezco sin rechistar. Sé que no vamos a acostarnos. Sé que él jamás se aprovecharía de mi vulnerabilidad. Solo es un ser humano cuidando de otro ser humano que lo necesita con desesperación. Apoyo la mejilla en su pecho y me tranquilizo cuando escucho los latidos acompasados de su corazón. Blake entierra una mano en mi pelo y deja la otra sobre mi espalda.

—Todo saldrá bien —me promete. Cierro los ojos y quiero creer que tiene razón—. Somos tu familia. Paradise Lake es tu hogar. Nunca lo olvides.

Me puede el cansancio y me quedo dormida tras escucharlo.

10 de diciembre de 2020

Josh se encontró a Helena sentada en el sofá cuando llegó del trabajo. La tele no estaba encendida ni había puesto música. Solo estaba sentada y con gesto pensativo. Se volvió hacia él cuando lo vio llegar y por primera vez en dos días Josh no vio una expresión combativa en su rostro. Parecía aterrada. Josh creyó que debían ser sinceros el uno con el otro si querían que su matrimonio tuviera futuro. Así que dejó el maletín en el suelo, se acercó a ella y se sentó a su lado. Ella se sobresaltó cuando él le cogió las manos y la miró a los ojos con determinación.

—Me han ofrecido un ascenso.

Ella pasó de la sorpresa a la alegría en cuestión de segundos y luego lo abrazó. Josh estuvo en la gloria durante los segundos que duró el abrazo. Enterró el rostro en el pelo de su mujer y aspiró aquel olor que lo volvía loco.

—Es una gran noticia.

—Sí —él se apartó para mirarla a los ojos y leyó su miedo. Creyó que era debido a que estaban muy lejos el uno del otro. Josh inspiró profundamente y le contó el resto de la noticia—. Redactor jefe para el Daily Mirror. Es una gran oportunidad.

Helena le soltó las manos.

—Londres.

—Sí. Ya sé que está lejos, pero...

—Está en otro continente. A más de diez horas en avión. ¿Has aceptado?

—Antes quería hablarlo contigo.

—Bien —ella se relajó un poco—. ¿Quieres aceptar?

Josh decidió ser honesto porque era la única forma de hacer viable un matrimonio que hacía aguas por todos lados. Le había estado dando vueltas a la cabeza durante todo el día y creía haber encontrado una solución perfecta para ambos.

—Al principio no quería. Martin me ha dado una semana de plazo para responder y no tengo por qué tomar una decisión todavía. Pero lo he estado pensando. No es un destino definitivo. Volveríamos a Estados Unidos dentro de un par de años y yo lo haría con la experiencia suficiente para optar a otro puesto.

—Josh... para.

—No, escúchame —le pidió emocionado—. Tú no tendrías por qué renunciar a tu trabajo. Puedes trabajar a distancia desde Londres. Jace lo entendería y estoy convencido de que no te pondría ninguna traba. Empezaríamos de nuevo en Londres. Los dos necesitamos alejarnos de Chicago porque no nos ha hecho ningún bien.

—Nuestro problema no es Chicago. Somos nosotros.

—Nos irá mejor en otro sitio.

—Te irá mejor a ti en otro sitio. Es lo que querías.

—¡Sí! ¿Y qué tiene de malo? Llevo todo este tiempo luchando por un ascenso que por fin ha llegado.

—Yo renuncié al puesto de Nueva York para estar contigo.

Josh la miró confundido. Aquello sí que no se lo esperaba.

—Me dijiste que renunciaste al puesto porque preferías trabajar para Jace y que yo no había tenido nada que ver en ello.

Helena se puso colorada.

—Te mentí. Quería estar contigo. Esa es la gran diferencia entre nosotros. Yo te antepongo a todo lo demás, y tú me dejas de lado en cuanto te sale una oportunidad laboral. Ya lo sabía cuando tomé la decisión y ahora me toca acarrear con las consecuencias.

Josh sacudió la cabeza sin dar crédito.

—Eso no es justo.

—Es la pura verdad.

—Te pedí que pensaras en ti. Te dije que te apoyaría si elegías irte a Nueva York. Yo no te corté las alas. Jamás me lo habría perdonado. ¿Por qué lo haces conmigo?

—Estoy embarazada.

Josh la miró como si acabara de gastarle una broma pesada. Pestañeó confundido cuando ella lo miró sin vacilar. Helena parecía aterrada y a él le entró el pánico de inmediato. No podía ser. Ella no debía estar embarazada. Un hijo no entraba en sus planes. Él no quería ser padre.

—De cinco semanas.

—Qué...

Josh se levantó del sofá y se pasó la mano por la barbilla. Dio una vuelta alrededor del salón del minúsculo apartamento. Maldijo para sus adentros. Helena lo miró decepcionada. No esperaba que él la abrazara ni que saltaran juntos de alegría. Pero necesitaba a su marido y creyó que lo encontraría bajo el traje del hombre en el que se había disfrazado. Pensó que Josh estrecharía su mano y le prometería que estarían juntos en aquello.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Me he enterado hace unas horas.

—Mierda.

—Josh, estoy embarazada.

—¡Ya lo sé! —exclamó nervioso.

—Soy tu mujer. Es cosa de dos. No actúes como si esto fuera culpa mía.

Él se volvió hacia ella con una mirada recriminatoria.

—Deberíamos haber tomado precauciones aquel día. ¿Por qué no me dijiste que estabas en tus días fértiles? Joder, Helena.

—¡Un embarazo es cosa de dos! —le gritó estupefacta y se levantó para plantarle cara. No podía creer que Josh le estuviera echando la responsabilidad de aquello—. Te recuerdo que los dos estábamos igual de excitados. Los dos fuimos igual de irresponsables. No te atrevas a actuar como si yo me lo hubiera buscado, Josh. No te atrevas.

—Vale... —admitió compungido—. Perdona. Tienes razón.

Helena fue hacia la cocina, cogió un vaso y abrió el agua del grifo. Se bebió el agua en dos tragos y dejó el vaso en el fregadero. Quería arrojárselo a Josh a la cara por ser tan miserable. Penny se había equivocado. Josh no la apoyaría porque estaba demasiado ocupado luchando por sus sueños. Su ambición era lo único que tenía cabida en su vida. Lo supo en cuanto lo miró a los ojos y le dio la noticia. Estaba sola en aquello. Pero, de todos modos, se esforzó por creer en él una última vez.

—¿Me vas a apoyar o no?

Josh la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Tú quieres tenerlo? —le preguntó sin dar crédito.

Fue ella quien no dio crédito. Helena bufó y lo miró como si definitivamente no lo reconociera.

—Por supuesto que quiero tenerlo. Porque a diferencia de ti, yo siempre fui sincera sobre lo que

quería en la vida. Yo quiero tener hijos.

—¿Ahora? —la rebatió.

—Estoy de acuerdo en que ahora no es el momento adecuado. Ninguno de los dos lo ha querido, pero... —Helena se llevó las manos al vientre de manera inconsciente—. No quiero abortar.

—Cariño... —Josh se acercó a ella y le cogió la barbilla con dos dedos—. No es el momento para que tengamos un hijo. Piensa en tu carrera profesional. Mira el apartamento cutre en el que nacería. Yo me voy a ir a Londres. ¿Qué hay de tus sueños? ¿De todas las metas que te propusiste? Un hijo es una responsabilidad enorme que no debería reducirse a un simple error. Un hijo hará que nos estanquemos y estoy seguro de que ninguno de los dos quiere eso.

Helena apartó la cabeza.

—No me manipules, Josh. Tú no quieres tener hijos, ¡ese el problema! Nunca será el momento. Ni hoy, ni mañana, ni en un futuro. Me estás pidiendo que aborte. Al menos ten lo que hay que tener y llama a las cosas por su nombre.

—Yo hago planes a corto plazo. Podríamos hablarlo en un futuro...

—¡Mentiroso! —le grito con rabia—. Dime la verdad, Josh. Dime que no quieres ser padre. Dime que estoy sola en esto.

Josh se apoyó en la encimera de la cocina con ambas manos y respiró profundamente. El corazón se le iba a salir del pecho. Aquello no podía estar pasando. Él no quería ser padre en el momento más crucial de su carrera. En realidad, puede que nunca quisiera serlo y solo él conocía los motivos. Empezó a agobiarse y solo encontró una salida. Helena lo miró alucinada cuando lo vio coger el abrigo y dirigirse hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—Necesito tomar el aire.

—Increíble...

Josh ni siquiera terminó de escuchar su última queja. Bajó las escaleras a toda prisa y buscó con angustia el aire que le negaban sus pulmones. Salió mareado del portal y ni siquiera el aire gélido de principios de diciembre consiguió despojarlo de aquel repentino sofoco. Helena no lo entendía. Helena jamás lo entendería. Helena no podía llegar a comprender que él jamás sería un buen padre. Se apoyó contra una farola y contó hasta tres. Le estaba entrando un maldito ataque de pánico. Él quería largarse a Londres y aceptar el puesto, pero también quería permanecer al lado de su esposa, la mujer de la que estaba profundamente enamorado. Él quería poner su carrera por encima de todo, pero también quería celebrar los éxitos con el amor de su vida.

Necesitaba una copa. Quería emborracharse y olvidarse de todos sus problemas. Por eso cruzó la

puerta del primer pub que se encontró abierto mientras Helena lo observaba desde la acera de enfrente. Lo había seguido en un impulso porque quería saber a dónde se dirigía. Josh entró en el local y se acercó a la barra. La música ensordecedora lo obligó a pedir a gritos un chupito de whisky. Y luego otro. Se bebió tres chupitos en cuestión de medio minuto. Alguien le tocó el hombro y él se volvió irritado para espetarle que lo dejara en paz. Torció el gesto cuando vio de quién se trataba.

—¡Para el carro, Josh!

—Tracy.

Ella le dio dos besos y se sentó a su lado. Josh la sujetó del brazo cuando estuvo a punto de caerse del taburete. Estaba borracha. Era lo que le faltaba para coronar un día de mierda.

—¿Has venido solo?

No respondió. Tracy hizo un mohín y señaló hacia un grupo de jóvenes de su edad al que Josh no se molestó en mirar.

—Yo he venido con mis amigas. Luego te he visto y he pensado: ¡voy a saludarlo! —lo evaluó con los ojos entornados—. ¿Y tu novia? ¿Problemas en el paraíso?

—Mi mujer —la corrigió, perdiendo la poca paciencia que le quedaba con aquella arpía—. El amor de mi vida. La misma a la que intentaste poner en mi contra porque eres una niña caprichosa y que no asume que mi importa una mierda.

Tracy abrió los ojos de par en par y se tambaleó. De repente sus ojos se llenaron de lágrimas y Josh suspiró agotado. Lo que faltaba.

—Lo siento... yo no quería... es que pensé que tal vez nosotros...

—De nosotros nada —le espetó con voz tajante.

Tracy asintió e hizo el intento de levantarse. Josh se vio obligado a sujetarla cuando estuvo a punto de caerse al suelo. Tracy apenas se sostenía en pie. De mala gana, la arrastró hacia la salida y pensó que al menos haría algo bueno por alguien. Le pediría un taxi que la dejara en su casa antes de que algún baboso sin escrúpulos se aprovechara de su situación. Por mucho que le cayera como el culo, no era tan cabrón como para mirar hacia otro lado. Tracy se colgó de su cuello cuando salieron del pub.

—Eres un tío estupendo.

—¿Dónde vives?

—¿Te vienes a casa conmigo? —preguntó entusiasmada.

—Te vas a casa sola.

—Vaya... —ella se empezó a reír y le pellizcó la mejilla mientras él buscaba un taxi donde empujarla. Estaba deseando perderla de vista—. Siempre he creído que te hacías el fuerte pero que en el fondo estabas deseando follarme. He visto como me miras. Te pongo cachondo. ¿Por qué no te dejas llevar? Sé mantener la boca cerrada... lo pasaríamos bien...

Josh la sujetó por los brazos y le miró los labios de manera involuntaria. Sí, tenía ganas de echar un polvo. Tracy era muy atractiva y él era un hombre de instintos. Sería muy fácil ahogar su dolor en el cuerpo de aquella mujer. Y, por un instante, vaciló. Por una fracción de segundo pensó que tal vez su matrimonio con Helena no merecía la pena porque estaba demasiado asustado para afrontar la situación. Una fracción de segundo que lo cambió todo.

Josh paró un taxi y apartó a Tracy con firmeza. Jamás lo tiraría todo por la borda por un polvo de mierda. Desde la acera de enfrente, Helena tuvo ganas de vomitar y por primera vez no fue por el embarazo. Creyó que Josh estaba a punto de meterse en aquel taxi con Tracy y sintió que se la llevaban los demonios. Ni siquiera se lo pensó cuando cruzó la calle. Él le estaba dando al taxista la dirección de Tracy y estaba a punto de cerrar la puerta cuando Helena lo abordó por sorpresa.

—Encima de ser un cobarde resulta que eres un cabrón infiel. ¡Me alegro de haberlo visto con mis propios ojos!

Josh se quedó momentáneamente desconcertado porque no sabía lo que estaba sucediendo. Luego cerró la puerta del taxi y corrió detrás de Helena. Sabía lo que se estaba imaginando su mujer. Quizá no podía culparla porque se había comportado como un auténtico capullo. Él jamás la traicionaría. No de aquella manera. No con una mujer que no significaba nada para él.

—¡Helena!

—¡Vete a la mierda!

—¡Helena, espera! —Josh consiguió alcanzarla antes de que ella cruzara un paso de peatones—. No sé lo que crees que has visto, pero solo le estaba pidiendo un taxi para que la llevara a su casa.

—Y supongo que también te ibas con ella para acostarla. Eres tan bueno...

—¿Qué? ¡No!

Helena cruzó el paso de peatones y Josh no supo cómo justificar algo que no había sucedido. Sabía de sobra que Helena tenía motivos para desconfiar de él porque había huido aterrorizado del apartamento después de que ella le contase que estaba embarazada. Había metido la pata hasta el fondo y debía acarrear con las consecuencias.

—Te juro que solo quería una copa.

—Y un revolcón.

—Contigo —la atrapó por la cintura y la miró a los ojos sin vacilar—. Siempre contigo. No tengo ojos para otra mujer.

—Eres un mentiroso y ya no me fío de ti —se zafó de su agarre y continuó caminando—. Le has mentido a tu abuela, me has mentido sobre tener hijos, te has largado cuando más te necesitaba...

—¡Soy humano!

—¡Yo también! —Helena llegó jadeando hasta el portal—. Por eso quería que mi marido me apoyara. ¿Era esperar demasiado de ti? ¿En serio, Josh?

—Lo siento... —fue todo lo que pudo decir—. Siento no ser el marido perfecto que tú querías.

—Yo no quiero un marido perfecto. Pero tampoco quiero a alguien que huya de mí cuando las cosas se complican.

—No huyo de ti. Eres tú quien me aparta. Es difícil acercarte a una persona cuando te empuja lejos.

—Es increíble que intentes hacerme creer que has estado a punto de enrollarte con Tracy porque yo te empujé a sus brazos. No te tenía por la clase de hombre que justifica una infidelidad bajo el pretexto de que en su casa no le dan lo que necesita.

Josh apretó los dientes. Estaba harto de justificarse por algo que no había sucedido.

—No te he sido infiel. Estás sacando las cosas de quicio. Como siempre.

—Me pregunto qué habría pasado si no me hubieras visto. Quiero creer con todas mis fuerzas que te habrías dado la vuelta para regresar a casa conmigo. Pero no lo sé, Josh. Te miro y solo veo a un hombre que estuvo a punto de besar a su compañera de trabajo porque salió acojonado de casa.

—Tienes razón —respondió irritado—. Estaba acojonado y lo sigo estando. Pero jamás te sería infiel. Es una de las pocas cosas en las que no voy a decepcionarte. Respecto a lo demás... ya sabes lo que pienso.

Josh empujó la puerta del portal y esperó a que ella entrara. Helena lo miró resignada y supo que no había nada que hacer. Josh no quería ser padre. Estaba sola.

Los días en el rancho transcurren tan deprisa que apenas me hago a la idea de que el torneo de bull riding está a la vuelta de la esquina. Por las mañanas arreamos el ganado y nos cercioramos de que todos los ejemplares están en perfectas condiciones. Por la tarde me dedico a atender a los turistas en el campo de girasoles, que cada día va atrayendo a más visitantes. Las ganancias se triplican y obtenemos beneficios suficientes para reemplazar la valla de madera de todo el rancho. Llevaba años sin cambiarse y la madera se estaba pudriendo por algunos sitios. Por su parte, Blake cumple su promesa y deja de morder el polvo. En palabras de Stuart: vuelve a ser el mejor vaquero de rodeos que han visto sus ojos. Aguanta a lomos de cada toro salvaje más minutos de los que exige la competición y ya apenas tiene magulladuras. A veces me animo a visitar su entrenamiento cuando el tiempo libre me lo permite. Mi corazón se salta un latido cuando está a punto de perder el equilibrio y los músculos de sus brazos se contraen al sostener la cuerda con firmeza.

No hemos vuelto a hablar sobre lo que le conté. Agradezco que Blake no saque el tema y también que me abrazara aquella noche. Fue todo lo que necesitaba. Aunque luego me sintiera tremendamente culpable por haber dormido con él. No hicimos nada más que dormir abrazados y cuando me desperté a la mañana siguiente Blake ya se había marchado. Pero estaba tan avergonzada que llamé a Penny por teléfono y le confesé todo lo que estaba sucediendo.

—¿Me estás diciendo que te has besado con tu cuñado? —Penny estaba hablando a gritos.

—Es más complicado que eso...

—Ay, cielo. Tu vida siempre es complicada. Fuiste a Texas para pagar el tratamiento de Josh. ¿Me puedes explicar qué te está pasando?

—No lo sé —me vine abajo al notar el tono acusador de mi mejor amiga—. Te juro que no lo he buscado. Te juro que trato de alejarme de él. Pero Blake hace que me sienta infinitamente mejor cuando estoy a su lado.

—Infinitamente mejor —repitió con voz suave—. Te vi hecha polvo cuando estabas en Chicago. No recibías a nadie. No respondías mis llamadas. Te alejaste de todos los que intentábamos ayudarte porque te sentías culpable. ¿Quieres saber lo que pienso de todo esto?

—Sí.

—Que me alegro de que por fin te hayas liberado de una culpa que no te pertenecía. Lo que le sucedió a Josh fue un accidente y culparte ha sido el mayor error que has cometido. Él tampoco se portó bien contigo. Te dio la espalda cuando más lo necesitabas. ¿Hace falta que te recuerde

que le habías pedido el divorcio? Técnicamente no estabais juntos cuando...

—Ya sé lo que estás haciendo —la corté porque la conocía de sobra—. Estás intentado que no me sienta culpable por sentirme atraída por Blake. No cuela, Penny. Soy una persona horrible.

—No, cielo. Eres humana. Y no deberías sentirte culpable porque te atraiga tu cuñado. Nadie elige de quién se enamora o con quién tiene ganas de echar un polvo. Lo que te estoy diciendo es que no deberías sentirte culpable por querer dar ese paso con un hombre que, por lo que me cuentas, te está haciendo mucho bien. La vida son dos días, Helena. Deja de construir tu mundo alrededor de Josh. No te hizo ningún bien en el pasado, y no te hará ningún bien en el futuro. Me parece estupendo que luches porque reciba el mejor tratamiento médico, pero nada te obliga a atarte a un marido del que ya habías decidido divorciarte. No es justo para ti. Tampoco creo que sea justo para él.

La conversación con Penny me dejó más confundida de lo que ya estaba. La había llamado con la esperanza de que ella me diera un tirón de orejas y me gritara que me estaba comportando como una completa egoísta. Pero Penny siempre ha sido un alma libre y no cree en los convencionalismos sociales. Penny es de las que toma todo lo que la vida le ofrece y jamás pide disculpas por disfrutar al máximo del presente. Yo no soy como Penny. Yo no seguiré el consejo de mi amiga porque entonces no habrá marcha atrás. Pero, cuando miro a Blake a los ojos, se me olvidan todas mis promesas y tengo ganas de dejarme llevar con un hombre que es mi ancla y a la vez mi mayor pérdida.

—¿En qué piensas?

Blake y yo hemos salido a dar un paseo en nuestra última noche en el rancho. Al menos será la mía. Mañana saldremos hacia Houston para participar en La exposición de ganado y rodeo. Después yo regresaré a Nueva York y permaneceré al lado de Josh. Era mi plan.

—Estaba pensando que si nos lo proponemos, podemos dejar de fumar. ¿Sabías que los síntomas de abstinencia son mayores durante las primeras cuarenta y ocho horas? Luego se reducen de manera paulatina a partir de las tres semanas.

—Ahora me explico por qué mataría por fumar un cigarro.

Los dos nos reímos.

—Toma un chicle.

De mala gana, Blake acepta el chicle de menta y se lo mete en la boca. La verdad es que pensé que llevaría peor lo del síndrome de abstinencia. Me entran ganas de decirle que dejar de fumar es casi tan complicado como ignorar mis ganas de volver a besarlo.

—Empecé a fumar con dieciséis años —me cuenta—. No me puedo creer que tú me hayas

obligado a dejarlo después de veinte años.

—Yo empecé a fumar hará cosa de un año y pico.

—Cuando Josh sufrió el accidente —adivina.

—Sí. Al principio no soportaba ni el olor del tabaco. Fue lo único que mantenía a raya mi ansiedad.

—Yo empecé a fumar porque mis amigos también lo hacían. Supongo que me acabas de dejar en ridículo. Ahora que lo pienso, los chicles de menta tampoco están mal.

—No te tenía por la clase de hombre que sigue a los demás.

—Una crisis de adolescencia pasajera —me confiesa avergonzado—. Miedo me da cuando Avery sea una adolescente a la que ya no le apetezca pasar tiempo con el plasta de su padre.

—Su tía la reprenderá llegado el momento —le aseguro divertida.

—Pobre criatura. No sabe lo que le espera.

—¿Insinúas que tengo mal carácter? —replico con los brazos en jarra.

—No lo insinúo, lo afirmo. Eres la rubia con más mal carácter que he conocido en mi vida —antes de que pueda protestar, saca un paquete que llevaba escondido detrás de su camisa—. Un regalo.

—¿Por qué?

—Porque me da la gana.

Pongo los ojos en blanco y él sonrío de medio lado.

—No sabía que tenía que buscar alguna excusa para hacerte un regalo. Anda, ábrelo. Es tu último día en Paradise Lake y quiero que te lleves un buen recuerdo.

Rompo el envoltorio y descubro un marco de fotos de cristal en cuyo interior hay girasoles secos. Avery yo salimos posando delante de la cámara con el hombre de hojalata detrás de nosotras. Fue el día que estuvimos en la feria y Blake nos hizo aquella fotografía. Es sencillamente perfecto. Lo estrecho contra mi pecho y me muerdo el labio.

—Me va a costar despedirme de todos.

—Lo sé.

Blake me frota el hombro y añade con voz ronca:

—Pero no es una despedida, es un hasta luego. O eso espero.

Despedirme de todos antes de marcharnos a Houston es terriblemente doloroso. Sé que es la última vez que voy a verlos, o al menos no sé cuándo volveremos a encontrarnos. Sophia dice que detesta las despedidas tristes y se despide de mí con un simple: «hasta la próxima, jovencita». Bill me guiña el ojo y Stuart me revuelve el pelo como si fuera su hermana pequeña. Hannah me estrecha con fuerza y me asegura que allí siempre tendré una amiga. La parte más difícil es despedirme de Avery. Me pide que cuide de El señor bigotitos y luego rompe a llorar cuando me subo al coche. Viene corriendo, abre la puerta y me pide que jamás me olvide de ella porque de lo contrario no me dirigirá la palabra. Apoyo la cabeza en la ventanilla y cierro los ojos cuando Blake arranca el coche. No soy capaz de mirar por última vez Paradise Lake. Una parte de mi corazón se queda aquí para siempre.

El viaje hacia Houston dura una hora y media en coche en la que Blake me obsequia con su repertorio favorito de música country. A la media hora le pido cambiar de música y él amenaza con tirarme del coche en marcha si le pongo a Dua Lipa. No tiene remedio. Moriré siendo un clásico y venerando a Johnny Cash.

La exposición congrega a visitantes de más de cincuenta países y reúne a doce mil voluntarios. Casi nada. No es un espectáculo apto para agorafóbicos y me dejo arrastrar por Blake. No es la primera vez que visita La exposición de ganado y rodeo de Houston y me lleva hacia los lugares más interesantes. La diversión está asegurada sea cual sea tu interés. Hay distracciones para todos los públicos. Visitamos una subasta de ganado y él me explica que una parte de las ganancias van destinadas a becas educativas que benefician a miles de estudiantes de Texas. Hay actuaciones musicales, malabaristas y espectáculos rancheros. Blake se ofusca cuando una cowgirl lo atrapa de la cintura con el lazo corredizo y le guiña un ojo. Luego le suelta que ha pescado un buen ejemplar y él masculla en voz baja que deberíamos haber ido directos al hotel. Me parto de risa y lo obligo a hacernos una foto con la vaquera.

—Es parte del espectáculo. No seas aburrido.

—No te reías tanto cuando hemos visitado el concurso de especialidades culinarias a la barbacoa y te han dado a probar una ración de costillas.

—Ni me lo recuerdes.

Ahora es el quien se ríe. La verdad es que lo he pasado francamente mal cuando nos hemos tropezado con ese concurso de especializadas a la barbacoa y un hombre la mar de desagradable ha intentado meterme a la fuerza en la boca una costilla tras asegurarme que jamás habría probado una exquisitez semejante. Blake me ha rescatado a tiempo y me ha arrastrado hacia una carpa donde había una competición canina de chihuahuas. Por poco muero de amor. Sobre todo

cuando un travieso perrito ha salido disparado hacia Blake para llenarlo de lametazos. Él lo ha cogido en brazos y me lo ha tendido diciendo que aquello era antihigiénico. Bah, en el fondo se estaba haciendo el duro y es más blando de lo que parece.

Después de almorzar en un puesto de comida mexicana vegetariana al que arrastro a un poco convencido Blake, pasamos por delante del estadio de fútbol americano sede de los Houston Texas. Es una impresionante construcción con capacidad para setenta mil personas y un techo retráctil. Me quedo boquiabierto cuando el cartel anuncia un concierto de Miley Cyrus para inaugurar la Exposición de ganado y rodeo. Blake se ríe por lo bajo.

—Cómo no. Te encanta Miley Cyrus.

—¿Qué tiene de malo? Su padre es un gran cantante y compositor de música country. ¿Eso no le da puntos según tu opinión? —Blake pone cara de no estar muy de acuerdo—. Bah, es igual. Las entradas están agotadas. De haberlo sabido...

—¿Tanto te gustaría asistir a ese concierto?

—Sí... —respondo con sinceridad—. Pero da lo mismo. Las entradas están agotadas y dudo que quieras gastarte una fortuna en la reventa para un concierto al que no te apetece asistir. Deberíamos ir al hotel y descansar para mañana.

—Ahora vuelvo.

Blake se aleja hacia la taquilla donde se expone un cartel de AGOTADO. Lo miro sin saber lo que trama cuando se pone a hablar con el taquillero, saca el teléfono móvil y luego se lo pasa. Frunzo el ceño y no comprendo nada de lo que está sucediendo. Unos minutos después, Blake se acerca con una sonrisa enigmática en los labios.

—Es la primera vez que voy a ir a un concierto. Espero que merezca la pena.

—¿Qué? Pero... ¿En serio? —me voy ilusionando poco a poco mientras lo miro perpleja—. No lo entiendo, ¿vamos a entrar al concierto?

—Sí —responde con naturalidad.

—¿Cómo lo has conseguido?

—A los participantes del torneo nos regalan entradas para el concierto. No fui a recoger las mías porque no tenía ni idea de que cantaba Miley Cyrus. No lo habría dudado de saber que te gustaba.

—Ay, Dios. ¿En serio te vas a tragar un concierto de tres horas por mí?

—¿Dura tres horas? —casi parece replanteárselo.

Lo agarro del abrazo para que no pueda echarse atrás y nos ponemos detrás de la numerosa cola que accede a la puerta que nos corresponde. Elegimos sentarnos en las gradas porque tampoco quiero que a Blake le dé un infarto. Por mí me habría unido a la avalancha de fanáticos que lo están dando todo en la pista. Aunque he de reconocer que desde donde estamos sentados se aprecia muy bien el escenario.

—Soy muy fan desde que veía la serie de Hannah Montana.

—¿Qué?

Blake tiene que gritar para hacerse oír entre la marabunta de gente.

—Da igual.

Me pongo eufórica cuando Miley Cyrus sale al escenario. Chillo como si fuera una colegiala y él me mira entre sorprendido y divertido. Me sé todas las canciones. Canto hasta desgañitarme. Creo que Blake está más pendiente de mí que del concierto. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. Lo zarandeo para que baile y consigo arrancarle un par de pasos. Parece un robot.

—¿Me tengo que creer que no sabes bailar? —grito para hacerme entender.

Él se encoge de hombros.

—Piensa lo que quieras. Ya te lo dije. Lo mío no es el baile.

Le doy un empujón con el hombro. Él sonrío de medio lado. Le doy otro. Sabe lo que pretendo. Estoy intentado sacar a relucir su parte más fiestera porque sé que la tiene. Blake me agarra de la mano para que pare. Lo único que consigue es que tire de él y lo obligue a darme una vuelta. Intenta hacerse el disgustado pero se acaba riendo. Doy otra vuelta. Me pasa el brazo por la cintura, se coloca a mi espalda y sigue mis movimientos. No me puedo creer que estemos bailando. Tampoco me puedo creer que lo que sienta contra mi trasero sea su erección. Echo la cabeza hacia atrás y su boca me roza la mejilla.

—Lo siento... es una reacción espontánea... —murmura con la voz estrangulada.

Miley Cyrus interpreta una versión de Jolene. Los dos respiramos con dificultad. Su aliento cálido contra mi nuca. Intento ignorar su erección. Blake apoya las manos sobre la barandilla y finge estar muy interesado en el concierto. La voz ronca de Miley canta por Dolly Parton de una forma magistral.

—¿Te gusta? —le pregunto con un hilo de voz.

—Sí.

—A mí también.

Blake presiona su cuerpo contra el mío. Estoy tan acalorada que me cuesta entender lo que estamos haciendo. Aquí, en mitad de un concierto. Rodeados de miles de personas. Blake me besa el cuello y se me escapa un suspiro.

—El concierto tampoco está mal.

—¿Qué?

Vuelvo la cara hacia él y me besa. Me estremezco de placer. De repente, la voz de Miley Cyrus deja de sonar y lo único que escucho son los latidos acelerados de mi corazón. Pum, pum, pum. La boca de Blake se siente tan bien contra la mía que respondo al beso. No sé lo que estamos haciendo, pero me gusta muchísimo. Sus manos agarran la barandilla como si no quisiera dejarme escapar. Me doy la vuelta para besarlo con mayor comodidad. Blake gruñe contra mis labios. Lo complace mi reacción. Dios, nos estamos enrollando en un concierto.

Dios.

Dios.

Dios.

¿Por qué se siente tan bien? ¿Por qué parece como si fuera la primera vez que lo beso? No tengo ni idea. Lo único que sé es que no quiero separarme de él cuando la canción llega a su fin y comienzan a sonar los primeros acordes de *Party in the U.S.A.* Los dos estamos excitados y hambrientos del otro. No sé durante cuanto tiempo nos besamos. Lo único que tengo claro es que seguimos haciéndolo cuando el concierto llega a su fin y el público comienza a abandonar el estadio. Entonces nos separamos avergonzados y sin saber qué decir.

Un rato después, Blake y yo nos dirigimos caminando hacia el hotel. Los dos sabemos que antes se nos ha ido la cabeza. Podría decir que el culpable ha sido el alcohol porque llevábamos algunas cervezas encima. Pero en realidad él ha tomado la iniciativa y yo no lo he rechazado porque estaba encantada de la vida. Todavía tengo el sabor de sus labios en mi boca.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi? —me pilla desprevenida cuando lo pregunta.

Tardo un buen rato en reaccionar y al final asiento. Me aparto un mechón de la frente. Estoy sudando.

—Sí. Me lo dijiste. Pensaste que era una descerebrada que no sabía dónde se metía y...

—No fui del todo sincero —responde sin cortarse—. Pensé que eras la mujer más hermosa que había visto en toda mi vida. Me sentí impresionado y reaccioné como un capullo porque tuve miedo. Lo supe desde el primer instante que te vi. Me dije: «esta mujer me va a traer problemas y tengo que mantenerme alejado de ella si no quiero complicarme la vida». Por eso aparentaba que me caías mal y era un borde contigo. Sabía que Stella se pondría hecha una furia en cuanto te viera porque me conocía lo suficiente para notar que estaba colgado de ti. Hasta Stuart se atrevió

a decírmelo poco después de que empezarás a trabajar para mi abuela. Me dijo que me dejara de tonterías y que te confesara que no podía dejar de pensar en ti.

—Así que todo se resume a que para ti soy una tía buena... —murmuro con tono desabrido en un intento por fingir que sus palabras no me han afectado.

—Dios, Helena. No has entendido nada de lo que te he dicho. Tal vez sea mejor así —Blake se detiene cuando llegamos al hotel. Está mosqueado porque acabo de herir sus sentimientos—. Me voy a dar una vuelta. Buenas noches.

No lo sigo para decirle que acabo de mentirle porque lo nuestro no puede ser. Soy la mujer de su hermano y eso no hay nada que pueda cambiarlo. Lo del concierto no puede repetirse.

12 de diciembre de 2020

Helena decidió hablar con Josh un par de días después de la discusión. Se había tomado el tiempo de serenarse antes de volver a abordarlo. También se refugió en Penny porque necesitaba el consejo de una buena amiga que no le dijera lo que ella quería oír. Pero Penny fue absolutamente honesta y le dijo que no se merecía tener a su lado a un hombre que no se hacía responsable de un embarazo. Helena necesitaba saber por qué Josh no quería ser padre. Sabía que en su interior se había guardado algo que, después de todos aquellos años, no se había atrevido a compartir con ella. Helena pensaba que tal vez su miedo a la paternidad se debía a aquel secreto. Ella era su mujer. Quería escucharlo sin juzgarlo. Quería hablarle sobre sus propios sentimientos. Quería hablar con Josh sin terminar discutiendo como dos brutos que no atendían a razones.

Él ya la estaba esperando cuando ella apareció aquella tarde. La noche anterior la pasó en casa de Penny porque era incapaz de verle la cara a su marido. La distancia la ayudó a poner las cosas en perspectiva. Sabía de sobra que Josh jamás la engañaría con Tracy, pero se sentía traicionada por un motivo todavía más doloroso: su cobardía. La incapacidad de su marido para hacerse responsable de algo que era cosa de dos. Porque para Helena un embarazo era algo maravilloso y que se estaba gestando en su interior fruto del amor de dos personas que se querían con una intensidad arrolladora. Le dolía tanto que él no lo viera de la misma forma...

—Por fin apareces —le recriminó nada más verla entrar por la puerta.

Josh también estaba dolido por unos motivos que no tenían nada que ver con los de su mujer. Le fastidiaba que ella hubiera huido —con toda seguridad a casa de Penny—, y que ni siquiera se hubiera molestado en responder a sus mensajes. Al principio se preocupó y estuvo a punto de poner una denuncia en la policía cuando ayer no la vio regresar del trabajo. Luego comprendió que ella recibía sus mensajes y que si no los respondía era porque no le daba la gana. Josh detestaba que Helena se hiciera la digna y lo humillara de aquella manera. Lo que Josh no entendía era que Helena no había pretendido humillarlo y que en realidad se había distanciado para tomar una decisión. Una que dependería del transcurso de aquella conversación que iba a cambiarlo todo sin que ellos lo supieran o estuvieran preparados.

—Me quedé a dormir en casa de Penny.

—Seguro que os habréis quedado a gusto poniéndome a parir.

—Josh... —Helena suspiró y se acercó a él con la intención de discutir como dos personas civilizadas—. Quiero que hablemos sin recriminarnos nada el uno al otro. Te prometo que voy a escucharte y quiero que tú hagas lo mismo conmigo.

—Bien.

Helena lo miró a los ojos con total honestidad.

—Quiero tener este hijo —dijo, y se llevó las manos al vientre—. Sé que no ha sido buscado y que no es el mejor momento para ninguno de nosotros. Pero me conoces lo suficiente para saber que no podría abortar. Me pasaría el resto de mi vida pensando en cómo sería su rostro, en lo feliz que podría haberme hecho, en lo orgullosa que me habría sentido al verlo dar sus primeros pasos...

Josh no dijo nada y Helena reunió el valor necesario para continuar. Lo mínimo que se merecían era ser sinceros el uno con el otro y esperaba recibir lo mismo a cambio.

—No creo que el problema sea este embarazo que ha llegado sin que lo hubiéramos planeado. En realidad el problema es que los dos queremos cosas diferentes. Yo siempre he querido ser madre, tener un trabajo estable y vivir al lado de un hombre que me quiera y me respete. Tú no quieres tener hijos y por alguna razón que no puedo llegar a entender me lo ocultaste. Solo te pido una oportunidad para la familia que podemos formar. Sé que podríamos ser muy felices si hacemos el esfuerzo por entendernos. Dime por qué no quieres tener hijos. Sé que hay una razón para el miedo que veo en tus ojos.

—¿Debería haber una razón? Simplemente no quiero... por el momento. Creo que somos muy jóvenes para asumir semejante responsabilidad.

—Me estás mintiendo —le dijo convencida—. Tú no quieres tener hijos. Ni ahora, ni mañana, ni en un futuro lejano. ¿Por qué me mientes, Josh?

—Podría cambiar de opinión en un futuro... —murmuró agobiado. Él lo único que deseaba era mantener a Helena a su lado a toda costa y no sabía cómo lograrlo sin ceder. Josh tenía sus motivos para no ser padre y ella jamás los entendería. Tampoco podía obligarla a abortar. Se veía atrapado en un callejón sin salida—. Tú y yo ya lo teníamos todo antes de que estuvieras embarazada. Éramos perfectos en la universidad. El trabajo, los malentendidos, el estrés del día a día... nos ha cambiado. Pero sé que podemos ser felices si nos alejamos de esta ciudad y empezamos de nuevo en Londres. Tendré un trabajo bien pagado y aspiraremos a una vida mejor. Puede que dentro de unos años me replantee la paternidad cuando tenga una vida mejor que ofrecerle a nuestro futuro hijo.

—¿De verdad crees que tú y yo éramos perfectos en la universidad? ¿Sabes por qué me daba miedo dar el primer paso cuando éramos amigos? Porque sabía de sobra que en el fondo éramos muy distintos, y estaba tan enganchada a ti que si cruzaba la línea que separaba nuestra amistad ya no habría marcha atrás —lo rebatió con tristeza—. Esto no se trata de acabar tus crucigramas o de relajarnos bebiendo cerveza después de una semana estresante de exámenes. Ni siquiera nuestra química sexual podría salvarnos porque un matrimonio implica trabajar en equipo. Pero no puedes trabajar en equipo con alguien que tiene un proyecto diferente al tuyo.

—Helena, no vayas por ahí... —le pidió desesperado.

Pero ella no lo dejó estar. Por primera vez decidió ser sincera y enfrentarse a la realidad de lo que les estaba sucediendo.

—Un matrimonio es algo más profundo que tener en común una serie de televisión o las películas de Woody Allen. Creíamos que éramos perfectos el uno para el otro porque jamás discutíamos sobre qué película ver en el cine o sobre lo mucho que nos gusta Stephen King. Es ridículo que una relación se sustente sobre unos gustos tan frívolos. Para ti lo más importante siempre será tu carrera. No quieres tener hijos. ¿Cómo vamos a sobrevivir a un matrimonio que nos lleva por caminos separados?

—Tendría hijos por ti.

—¡No quiero que los tengas por mí! ¡No quiero que cambies por mí! Quiero que desees con toda tu alma formar una familia conmigo. Seamos honestos, eso no va a suceder nunca. Estás deseando largarte a Londres y yo te freno. No es justo para ninguno de los dos.

—Tú eres mi familia.

—Deja de decir eso —ella recogió el bolso y fue hacia la puerta. Josh se interpuso en su camino—. Josh, por favor. No lo hagas más difícil.

—No te vayas, Helena —la miró con los ojos repletos de lágrimas y añadió con voz ronca—: Por favor.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Obligarte a ser el padre de un hijo que no deseas?

Josh se quedó callado y ella aprovechó para esquivarlo y agarrar el pomo de la puerta. Josh reaccionó demasiado tarde cuando ella ya iba bajando las escaleras. La siguió a toda prisa y la agarró del brazo para que no se marchara.

—Helena, no puedes irte. Vas a tener un hijo mío.

—Deberíamos divorciarnos —ella no se atrevió a mirarlo porque de lo contrario le habría sido imposible pronunciar aquellas palabras—. Le pediré a Penny que venga a por mis cosas. Es lo mejor para los dos. Espero que seas muy feliz en Londres. Lo digo en serio.

—Helena, ¿qué dices?

Josh forcejeó con ella porque ni podía ni quería dejarla escapar. Ella era el amor de su vida. Ella era su familia. Ella era la única mujer por la que se replantearía todos sus miedos. Intentó explicárselo mientras ella no lo escuchaba. Los dos se pusieron a gritar como dos locos. Ella le pidió que la soltara. Josh le pidió una segunda oportunidad para demostrarle que podía ser todo lo que ella necesitaba. A la mierda Londres. A la mierda sus miedos. A la mierda todo con tal de permanecer a su lado.

—¡Josh, suéltame! —Helena intentó zafarse de su agarre como una fiera—. ¡Te he dicho que me

sueltes!

Josh la obedeció y se percató, demasiado tarde, de que ella tenía el pie derecho apoyado sobre el saliente del escalón cuando él acababa de soltarle las muñecas. Helena perdió el equilibrio e intentó agarrarse a la barandilla. Su mirada angustiada fue lo último que vio Josh antes de abalanzarse sobre ella para intentar atraparla. No le dio tiempo. Helena cayó rodando escaleras abajo mientras Josh gritaba su nombre. Acabó tirada en el suelo del rellano y se apretó el vientre cuando una hilera de sangre le corrió por los muslos. Helena comenzó a chillar y a llorar como una niña asustada. Lo supo sin necesidad de que nadie se lo hubiera explicado. Y Josh no pudo hacer nada para consolarla cuando llamó a la ambulancia y rezó para que el bebé que ella llevaba en su vientre estuviera sano y salvo.

Lo que Helena no sabía después de salir del quirófano era la noticia devastadora que iba a darle una ginecóloga de bata blanca y semblante profesional. Helena estaba profundamente dormida cuando salió del quirófano. Josh no se despegó de su lado. Se tapó la cara con las manos cuando la ginecóloga le explicó que a su mujer le habían extirpado una trompa de falopio y un ovario porque había sufrido daños irreparables tras la caída. Era prácticamente imposible que pudiese quedar embarazada de manera natural. Josh se encerró a llorar en el baño después de recibir la noticia. Josh estuvo aterrado cuando Helena se despertó de la anestesia un par de horas después y murmuró su nombre con la voz pastosa. Josh le dio la mano y la miró angustiado porque sabía que aquella noticia la destrozaría.

—Josh...

Ella trató de incorporarse y él se lo impidió. Helena agachó la cabeza y miró su vientre, cubierto por aquella bata blanca que le impedía ver la cicatriz de la operación.

—Me duele...

—Llamaré a la doctora.

Josh pulsó el botón que avisaba al médico y salió al pasillo a buscar a algún enfermero. Volvió a la habitación cuando escuchó a Helena llamarlo.

—El bebé...

Josh sacudió la cabeza y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Apartó la cara para no mirarlo y clavó la vista en la ventana donde parpadeaban las luces de la ciudad. Deseó estar fuera y ser una más de aquellas caras anodinas que permanecían ajenas a las tragedias que sucedían dentro de un hospital.

La ginecóloga llegó en aquel momento y le preguntó a Josh si le había dado la noticia. Josh

sacudió la cabeza y se acercó a la camilla. Cogió la mano de Helena y miró a la doctora en busca de ayuda. Ella asintió con gesto serio.

—Señora Sackler, hemos tenido que realizarle una cirugía de urgencia para salvarle la vida. Uno de los ovarios y una de las trompas de falopio estaban muy dañados y nos hemos visto obligados a extirparlos.

A Helena se le secaron las lágrimas y en sus ojos brilló la confusión.

—No entiendo... quiere decir... —buscó la mirada avergonzada de su marido y lo entendió de golpe. Le soltó la mano y él supo que acababa de perderla para siempre—. ¿Me está diciendo que no voy a tener hijos?

—Es imposible saberlo a ciencia cierta. Un embarazo natural es muy improbable. Pero las técnicas de fecundación in vitro están muy avanzadas y si la trompa de falopio y el ovario que quedan funcionan perfectamente, cabría la posibilidad de...

Helena cerró los ojos y desconectó del diagnóstico de la doctora. No quería escucharla. Tampoco podía. Le habían arrancado un trozo de su cuerpo y acababa de perder a su bebé. Jamás volvería a ser la misma y aquella cicatriz sería el recuerdo de su esterilidad. Desconectó de todo lo que había a su alrededor y se centró en el odio que la invadió de golpe. Fue una sensación nueva y peligrosa. Lo supo cuando Josh la miró a los ojos y trató de llegar a ella, pero lo único que recibió fue una mirada vacía. Penny llegó media hora más tarde y corrió a abrazarla. Helena habló con una voz fría, calmada y no supo de dónde sacó fuerzas para decir:

—Por favor, dile que se vaya.

Penny y Josh se miraron incómodos y él fue el primero en reaccionar.

—Penny, creo que deberías dejarnos solos. Helena necesita descansar.

—Eres tú quien debe marcharse —le espetó su mujer con todo el odio que por fin brotó de sus entrañas—. Vete, Josh. Sal de mi vida para siempre.

—Helena...

Penny agarró a Josh del brazo y lo obligó a salir con suavidad. Cerró la puerta de la habitación y lo miró con compasión.

—Creo que deberías marcharte. Al menos hasta que ella lo asimile.

—Me culpa de lo sucedido —Josh se derrumbó sobre una silla y se tapó la cara con las manos—. Puede que tenga razón. Le he destrozado la vida.

—No digas eso. Hablaré con ella. Ahora está desconcertada y triste.

Josh salió del hospital odiándose a sí mismo. Lo primero que hizo fue llamar a su jefe y decirle que renunciaba al puesto de Londres. Lo segundo fue buscar una salida porque sabía que acababa de perder a Helena. Solo esperaba estar a tiempo de recuperarla porque había visto el odio visceral en sus ojos.

Estoy en la quinta fila y desde aquí no me pierdo ningún detalle del torneo de bull riding. No sé si sentirme afortunada o huir hacia la salida. Hace unos segundos se me ha escapado un grito de terror cuando el participante que iba delante de Blake ha salido despedido por los aires y el toro ha estado a punto de pisarle la cabeza. Ha sido una escena dantesca y en la que el público ha gritado enardecido como si estuviéramos en un combate de gladiadores de la Antigua Roma. Por lo visto les encanta apostar sobre cuánto aguantarán los vaqueros y el participante anterior era uno de los favoritos para alzarse con la victoria.

Es la primera ronda y el público enloquece cuando se anuncia el nombre de Blake en la pantalla. Una breve biografía lo define como: «el famoso vaquero de rodeos que regresa por todo lo alto después de una jubilación anticipada e inmerecida». Los comentaristas se preguntan qué habrá llevado al gran Blake Sackler de vuelta a los ruedos.

—¿Falta de dinero, tal vez?

—La monta de toros es un deporte muy adictivo. Seguro que Sackler echaba de menos sus ocho minutos de fama y de gloria —responde el otro en tono jocoso.

No tienen ni idea, pienso para mis adentros. Blake ha regresado por su hermano y no se rendirá hasta conseguir el primer premio. Pero no estoy preparada para la avalancha de aplausos cuando entra en el box y se prepara para subirse al toro. Está concentrado y agradezco que no me busque con la mirada. No necesita distracciones y no quiero que vea el terror que hay en mis ojos. Un grupito de chicas que hay sentadas delante de mí lo señalan y se dan codazos las unas a las otras. Es el grupo de animadoras que sale en los descansos a alentar al público pese a que con tanto alcohol y ganas de sangre no lo necesitan.

—Dios, no me digáis que no está como un queso.

—No me importaría hacerle un favor —responde otra.

—Mira ésta, ¡ni a mí! —exclama con codicia la que parece llevar la voz cantante—. Podríamos ir a buscarlo a los camerinos y que él decida con quien le apetece pasar un buen rato.

—Cómo eres, Mindy...

—Tengo entendido que tiene una hija y está pillado—les suelto, con tal de cortarles el rollo.

No sé por qué lo hago, lo juro. De repente me invaden unos celos irracionales y siento el impulso de alejar a Mindy y sus amigas de Blake. Me digo que lo hago para evitarle distracciones, pero en realidad lo estoy haciendo por una razón puramente egoísta. No me reconozco.

—¿En serio? —Mindy se queda pensativa y añade con tono jocoso—. ¡Qué mono! Un padre cañón. Eso lo pone más interesante, ¿verdad, chicas?

Aprieto los dientes y me olvido automáticamente de ellas cuando la puerta del box se abre y el toro sale disparado. Blake agarra la cuerda con una sola mano. La espalda tensa. Las piernas abrazando con fuerza los costados del toro. Abro los ojos de par en par y por primera vez no pierdo detalle de la actuación. Blake está glorioso. Soberbio. Incluso tiene el descaro de agarrar el sombrero con la mano libre y arrojarlo con chulería hacia las gradas. Mindy chilla como una adolescente en un concierto de Justin Bieber cuando atrapa el sombrero de su ídolo. El público enloquece cuando la bocina suena para indicar que han terminado los ocho segundos. Los cuatro jueces exhiben la puntuación en los carteles. Se me escapa un gemido de impresión. Blake acaba de quedar segundo en la clasificación a tan solo cinco puntos del primero de la tabla. Esto no ha hecho más que empezar. El público corea su nombre y comprendo por qué estaba tan seguro de sí mismo. Puede hacerlo. Blake va a ganar el torneo.

—¡En solo ocho segundos héroes y leyendas nacen y renacen en el deporte más arriesgado de Estados Unidos! Y, ¡Señores y Señoras! Blake Sackler, antigua leyenda del mundo del rodeo, ¡ha vuelto por todo lo alto! —exclama el comentarista por megafonía.

Es la primera vez que asisto a un torneo de monta de toros y me pierdo cuando busco la zona en la que descansan los vaqueros. Blake se ha calificado para las semifinales y ha tenido un pequeño percance con el quinto toro. Nada grave. Ha perdido el equilibrio durante un par de segundos y ha conseguido terminar el número con elegancia. Va tercero y mañana es la semifinal. Quiero darle ánimos y decirle que confío a ciegas en él. Cuando por fin lo encuentro, Mindy y sus amigas se me han adelantado y lo han acorralado contra la puerta de su camerino. Él parece incómodo. Me muerdo el labio cuando Mindy le pide que le firme el escote y Blake accede de mala gana. Se están haciendo una foto con él cuando nuestras miradas se encuentran y me hace un gesto para que me acerque. Parece aliviado de verme.

—¡Hola!

—Si me disculpáis... —Blake se aparta de ellas y su mirada se ilumina cuando se acerca a mí—. ¿Dónde te habías metido?

—Me he perdido.

—Pero si te conseguí un asiento justo encima de los camerinos...

Pongo cara de circunstancia y él se ríe. Los dos sabemos que mi sentido de la orientación es nulo. Estoy a punto de preguntarle si le apetece ir a cenar cuando Mindy vuelve al ataque y se interpone entre nosotros. Se cuelga del brazo de Blake y me atraviesa con la mirada cuando me reconoce.

—Señor Sackler, ¿le gustaría venir con nosotras al concierto privado que da George Strait en la carpa de las animadoras? —ella se atusa el pelo y espera su respuesta.

Genial, un concierto privado de George Strait. El rey del country y una de las mayores leyendas

vivas de este país. Le encanta ese cantante. Lo sé porque estoy harta de escuchar sus canciones cuando vamos en el coche.

—Gracias por la invitación —responde con educación, y acto seguido atrapa mi mano—. Pero mi novia y yo nos vamos a descansar antes del gran día.

La sonrisa de Mindy se esfuma cuando escucha la palabra «novia». Blake no me suelta la mano hasta que Mindy y sus amigas se alejan decepcionadas. Lo miro entre divertida y sorprendida por su trola

—Tu novia —me parto de risa.

—Era un asunto de vida o muerte.

—Es muy guapa.

—Las prefiero de mi edad.

No le digo que eso es mentira teniendo en cuenta que me saca casi diez años, ¿o puede que conmigo esté haciendo una excepción? No sé si quiero saberlo.

—¿De verdad quieres perderte un concierto de George Strait? Podrías ir con ellas. Lo entendería. Tienes derecho a pasártelo bien antes de tu gran día.

Blake me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Prefiero estar contigo —lo dice con toda la naturalidad del mundo y frena cuando se percata de que no lo sigo—. ¿Vienes o qué?

Lo sigo sin rechistar. A veces hay que aceptar que te han elegido. Además, no tengo ganas de que Blake se divierta con Mindy por mucho que sea un tipo soltero y no tenga que darme explicaciones de lo que hace con su vida. Supongo que Penny tenía razón en algo: no elegimos de quién sentirnos atraídos, del mismo modo que tampoco se puede hacer nada por evitar los celos cuando estos te invaden.

Cielo santo, ¡estoy fatal! Tengo celos de las mujeres que se acercan a mi cuñado. Definitivamente he perdido el juicio.

Blake se para frente a un puesto de perritos calientes y me abstengo de recordarle que soy vegetariana. Sé que está muerto de hambre después de semejante despliegue de energía y testosterona y merece darse un homenaje. Pide dos perritos calientes, una jarra de cerveza y luego se vuelve hacia mí.

—¿Me lo sostienes?

Enarco una ceja.

—¿En serio?

—Solo será un momento.

Pongo cara de asco cuando me llega el olor de las salchichas. Blake me deja con los perritos y cruza hacia el puesto de sushi donde un japonés vestido con un kimono negro está cortando salmón.

—¿Tienes preparado lo mío?

—Aquí lo tiene, señor —el vendedor de sushi le entrega una bolsa de papel—. Que lo disfrute y mucha suerte para mañana.

—Gracias.

Blake regresa y señala un banco.

—¿Nos sentamos?

Me siento a su lado y le entrego los perritos calientes. Blake se ríe entre dientes cuando percibe mi expresión aliviada.

—Eres la única persona que conozco a la que no le gustan los perritos calientes.

—En Chicago hay un puesto de perritos calientes vegetarianos que están hechos a base de legumbres y arroz.

—Qué apetitoso... —ironiza, y luego le hinca el diente a uno de los perritos—. Eres la persona menos norteamericana que conozco.

—Será porque soy medio alemana.

—¿En serio? —me observa sin despegar los ojos de mi cara y vuelve a reírse—. Ahora me explico porque usas factor de protección cincuenta. La primera vez que te vi pensé que eras una de esas guiris que resplandecían bajo el sol. Como uno de los vampiros de esa película tan famosa que le gusta a mi hija... ¿cómo se llama?

—Crepúsculo —respondo con cara de zeta.

Blake se parte de risa y se termina el primer perrito caliente. Después me entrega el paquete que ha comprado en el puesto de comida japonesa.

—Los vegetarianos no comemos carne ni pescado.

—Los vaqueros no somos tan tontos como parecemos, listilla. Es sushi vegetariano. No me pidas que te explique lo que lleva porque no tengo ni idea. Lo encargué para ti.

Abro el paquete y me encuentro una bandeja repleta de makis de pepino y aguacate, nigiris de mango y mis favoritos; unos rollitos con queso crema y zanahoria. Se me hace la boca agua antes de probarlo. Es increíble que se haya tomado la molestia de encargarme la cena teniendo en cuenta que debería centrarse en la competición.

—Gracias.

Blake se encoge de hombros para restarle importancia y me ofrece un trago de su cerveza. Comemos en silencio y se me escapa la risa floja cuando se zampa el segundo perrito en dos bocados. Es un animal.

—¿Quieres? —me queda más de la mitad de la bandeja. Es enorme y se ha pasado tres pueblos. Supongo que cree que todos comemos como él—. No seas melindroso. El de mango está riquísimo.

—No como cosas raras.

—Te va a encantar.

De mala gana, coge los palillos como si fuera una abuelita que va a hacer punto de cruz. Se me escapa una carcajada cuando se le caen al suelo antes de atrapar el nigiri. Blake refunfuña que las personas normales comen con cubiertos y se da por vencido.

—Cógelolo con los dedos. No creo que me vayas a pegar nada malo...

—Qué graciosa estás hoy.

Blake cierra los ojos cuando se lleva el nigiri a la boca. Lo saborea sin decir nada y sé que le ha encantado.

—No está mal.

—Anda, ayúdame a terminar con esto —pongo la bandeja sobre el banco y no acepto sus reservas—. No seas bobo. No he sido yo quien ha aguantado como un campeón sobre cinco toros salvajes.

—El quinto se me ha resistido.

—Lo has hecho bien. Es decir... no entiendo de este deporte, pero el público estaba enloquecido contigo. ¡Hasta has firmado una teta!

—Por favor, no me lo recuerdes —replica ruborizándose.

—No sabía que fueras tan vergonzoso —me meto con él.

—Lo que soy es un hombre con principios. ¿Qué edad crees que tendrían esas criaturas?

—¿Un par de años menos que yo?

—Dudo que pasaran de los dieciocho. Unas chiquillas recién salidas del cascarón.

—¿Así es cómo me ves a mí?

Blake me mira como si hubiera perdido el juicio.

—Tú eres toda una mujer —se levanta para tirar la bandeja vacía en la papelera—. Vamos a por el postre.

Estoy a punto de reventar cuando me levanto.

—¿Dónde metes toda esa comida?

Blake se acaricia el estómago con orgullo y pongo cara de recelo. Es imposible. Lo he visto sin camiseta y no tiene ni un gramo de grasa.

—Quizá tienes una taenia dentro. Quién sabe.

—¿Una qué?

—Una de esas lombrices que se comen todo lo que engulles y por eso no engordas. Pueden ser ingeridas por accidente al comer carne mal cocinada. ¿Sabías que hace poco se puso de moda consumir taenias para bajar de peso? Se llama la dieta de tapeworm o la dieta de los gusanos. Las vendían en portales de internet y muchas personas acabaron en urgencias después de consumirlas.

—La gente puede ser idiota.

—Te puedes morir si ingieres una por accidente. Así que supongo que en realidad lo que tienes es una genética agradecida.

Los dos nos reímos.

—Pues menos mal —Blake señala un puesto de tartas caseras donde hay una cola enorme—. Mi genética me pide algo de postre antes de irme a la cama.

—Qué genética tan sabia la tuya...

Tardamos un buen rato en esperar la cola y bromeamos sobre las dietas milagros de las que hemos escuchado hablar. La gente hace barbaridades peores que comerse un gusano para bajar de peso. Cuando es nuestro turno, se me hace la boca agua al ojear el mostrador. Blake me recomienda la tarta de calabaza y entiendo que ya ha estado antes allí cuando la mujer que regenta el puesto de tartas caseras suelta un grito de sorpresa.

—¡Madre del amor hermoso! Pero ¡si es mi vaquero favorito de rodeos! ¡Blake!

No se corta en salir del puesto y estrecharlo entre sus brazos. Es una mujer que rondará los sesenta años y que esboza una sonrisa sincera y contagiosa. Blake también se alegra de verla. Lo sé porque hablan con familiaridad y bromean sobre los viejos tiempos en los que él era un joven vaquero de rodeos que iba a probar suerte al torneo.

—¡No me lo podía creer cuando vi el cartel! ¡Ya te hacía retirado!

—Formalmente lo estaba.

—Muchos se habrán llevado un disgusto al ver que vuelves a los ruedos. ¡No sabes cuánto me alegro! —se vuelve hacia mí para mirarme con una curiosidad espontánea—. ¿Quién es?

Blake se lo piensa durante unos segundos antes de responder:

—Una amiga.

Ella entorna los ojos.

—Ya... una amiga —lo pone en duda y vuelve al interior del puesto—. ¿Qué os pongo? Invita la casa. ¡Por los viejos tiempos!

—Le he recomendado la tarta de calabaza.

—Excelente elección.

Ella nos ofrece un pedazo de tarta de calabaza y otro de pastel de limón y nos despedimos de ella. Rozo el cielo con las manos cuando le doy un bocado a la tarta. Está deliciosa. Blake ha acertado.

—Una amiga —bromeo mientras nos acercamos al hotel—. Pues sí que te lo has pensado.

—Es difícil catalogar de amiga a alguien que te mueres de ganas de besar.

Blake me deja sin palabras cuando extiende el brazo y pasa el pulgar por mi labio. Me está limpiando un resto de glaseado de azúcar. Sigo con la mirada el recorrido de su pulgar cuando se lo lleva a la boca. Se me acelera el pulso y de repente me sobreviene un intenso calor que me quema en el estómago.

—¿Nos vamos al hotel? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí.

¿Conoces esa sensación de estar a punto de cometer una locura y no ser capaz de evitarlo? Es justo lo que siento cuando entramos en el ascensor y las puertas se cierran. Estamos solos en un

lugar minúsculo. La atracción flota entre las cuatro paredes y es tan intensa que me cuesta respirar. Blake me mira de reojo y se apoya en la pared. Sé que también está luchando para no cometer una locura.

—¿Estás nervioso por la final? —le pregunto por decir algo.

—No —responde sin un ápice de duda—. ¿Y tú?

—Sí... un poco. Bastante. Demasiado. Cada vez que te veo subir a lomos de un toro es como si quisiera salir huyendo no vaya a ser que...

Blake no me deja acabar la frase. Me empuja contra la pared, apoya las manos sobre mis hombros y aplasta su boca contra la mía. ¿Conoces esa sensación de estar en una montaña rusa justo cuando llega el momento de descender a toda velocidad? Es justo lo que siento cuando Blake me besa con una intensidad que traspasa todas las fronteras de lo que es correcto. Mi estómago experimenta una sacudida de placer y mis muslos arden de deseo. Mi cuerpo grita: ¡sí, sí, sí! Y mi mente dice: *dios, ¿qué estamos haciendo?* Apoyo las manos en el pecho de Blake y apenas lo aparto unos centímetros. Él respira con dificultad contra mis labios y me mira como si fuera la primera vez que me ve.

—Blake... si sigues no habrá marcha atrás...

—Solo será una noche —me promete, con una urgencia que lo carcome por dentro—. Te necesito.

Blake presiona su cuerpo contra el mío. Su mano derecha sobre mi hombro. Su mano izquierda apoyada sobre el cristal y al lado de mi cabeza. Me gustaría fingir que no tengo escapatoria porque es un hombre enorme e intimidante. Pero en realidad no quiero ir a ningún sitio, estar con otro cuerpo o ser besada por otros labios. Porque yo también necesito a Blake y estoy cansada de mentirme a mí misma. Blake emite un gruñido de satisfacción cuando le devuelvo el beso. Su boca sabe a pastel de limón y al deseo contenido de varios meses. Yo no sé a qué saben mis labios, pero por la desesperación con la que me besa diría que a él le encanta. Blake me atrapa por la cintura como si quisiera asegurarse de que no voy a escapar. Me fascina su forma de besarme porque me dice sin palabras que soy suya. Suya. Solamente suya. Y yo no quiero ser de nadie más cuando nuestras lenguas se enredan y una sensación avasalladora me sube por el estómago. Se me escapa un gemido cuando aprieta su cuerpo contra el mío y me aplasta contra la pared del ascensor. Estamos tan pegados que debería faltarnos el aire, pero lo único que me falta es tenerlo dentro de mí.

—Fóllame —le pido cuando me besa la garganta.

—A ti solo sabría hacerte el amor... —murmura contra el pulso acelerado de mi cuello, y añade con voz ronca—: pero te juro que te va a encantar.

Blake me está lamiendo la base de la garganta cuando las puertas del ascensor se abren de par en par y una pareja de jubilados nos miran boquiabiertos. Estamos tan excitados que salimos a

trompicones del ascensor y Blake me arrastra por el pasillo hacia nuestra habitación. Consigue abrir la puerta al tercer intento. Luego la cierra de una patada, me coge en brazos y me sube encima del aparador que hay en el vestíbulo. Enredo mis piernas alrededor de su cintura y los dos gemimos cuando su erección se presiona contra el interior de mis muslos.

—Joder... —Blake apoya la frente contra la mía, me agarra del trasero y vuelve a rozarse conmigo por encima de la ropa. Da igual. Es casi tan intenso como si me estuviera follando de verdad. Me acaricia la mejilla con el pulgar y me mira a los ojos—. ¿Por qué contigo todo es tan bueno?

No me da tiempo a responder y tampoco sabría qué decir. Blake mete la mano por dentro de mi falda y me acaricia la rodilla. Vuelve a besarme y tengo la impresión de que jamás me cansaré de él. Estoy mareada por un deseo que me consume y me arde todo el cuerpo cuando la mano de Blake asciende por mi muslo. Me atrevo a tomar la iniciativa y le acaricio los bíceps. Un segundo después le estoy sacando la camiseta por la cabeza y me lo como con los ojos.

—No eres real... —musito, porque es demasiado atractivo para serlo.

Blake esboza una sonrisa socarrona y sus ojos se iluminan como el caramelo que se derrite a fuego lento. Tira de mis bragas de encaje y escucho el desgarrar de la tela. Acaba de arrancarme las bragas sin dejar de mirarme a los ojos. Dios, es lo más sexy que me ha pasado en la vida.

—Te voy a demostrar lo real que soy.

El corazón se me va a salir del pecho cuando su mano derecha sube con lentitud por mi muslo. Se toma su tiempo. Me acaricia con parsimonia mientras su otra mano asciende por mi costado y me roza el lateral del pecho. Me muerdo el labio cuando me desabrocha la blusa con los dedos. Tengo que ayudarlo porque no es zurdo y Blake me mira a los ojos mientras lo hago. Se le escapa el aire por la boca cuando tiro la blusa al suelo y ve mi sencillo sujetador de encaje. Sus pupilas se dilatan cuando su mano izquierda busca el broche de mi sujetador y forcejea durante unos segundos. Primero me baja un tirante. Luego el otro. Es como si quisiera grabarse a fuego este momento. No tiene prisas. Lo sé cuando me despoja del sujetador y se queda un rato observando mis pechos. Es increíble que una mirada sea capaz de calentarme de este modo.

—Eres absolutamente preciosa.

Es la primera vez que lo siento de verdad. Me lo han dicho tantas veces que los halagos se convirtieron en palabras vacías. Pero siento que Blake me ve y me acepta tal cual soy. Me siento hermosa cuando me veo reflejada en sus ojos, y sé que esto no se limita a una atracción por un físico, porque para él no soy la rubia guapa y a la que echar un polvo. Soy algo más.

Pierdo la cordura cuando me pellizca un pezón y acto seguido se lo lleva a la boca. Entonces la mano que estaba en mi muslo se acerca a mi sexo y acaricia la hendidura. Estoy a punto de correrme y apenas me ha tocado. Él lo sabe y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Estás muy mojada.

Tres palabras que me excitan más de lo que ya estoy. Como si fuera posible. Le desabrocho la bragueta y él traga con dificultad cuando sabe lo que me propongo. Le bajo los pantalones y atrapo su erección con la mano derecha. Blake deja escapar el aire que estaba conteniendo.

—Sigue... Helena... no pares...

No me hace falta pedirle lo mismo cuando me masturba mientras succiona mis pezones. Nos tocamos mirándonos a los ojos. Eso lo hace más erótico. Aunque supongo que los dos estamos tan excitados que el simple roce sobre la piel del otro ya conseguiría encendernos. La erección de Blake es enorme y cálida. Él murmura mi nombre mientras yo estallo en pequeños gemidos cuando comienza a masturbarme más deprisa. Sabe que estoy a punto de rendirme y frena. Me coge en brazos, se sienta en el borde de la cama y yo lo hago a horcajadas sobre su regazo. Los dos suspiramos cuando su polla roza mis muslos. Podríamos pasar horas así, jugando y atormentándonos mutuamente. Pero los dos necesitamos lo mismo y me siento lentamente sobre su erección hasta que me penetra. Me quedo rígida y me acostumbro a la sensación de tenerlo dentro de mí. Blake se agarra a mis caderas y masculla algo que no llego a entender. Comienzo a moverme cuando el dolor se mezcla con el placer. Mis pechos rozan su torso y sus manos agarran mi trasero. Me vuelvo loca y me dejo caer ligeramente hacia atrás con las manos apoyadas sobre sus rodillas. Blake pasa un brazo por mi cintura y su otra mano me aprieta el pecho derecho.

—Ah...

—Voy a correrme... —me advierte.

Le doy un empujón para tumbarlo en la cama y busco sus labios. Quiero que se corra dentro mientras me besa. Necesito demostrarle que para mí esto es algo más que un polvo. Sé que para él también lo es. Lo descubro cuando me aparta el pelo de la cara y me mira con una mezcla de anhelo y ternura. Como si nunca pudiera tenerme del todo y aun así se hubiera atrevido a desafiar las leyes de la razón. Los dos llegamos al orgasmo con unos segundos de diferencia. Primero yo. Luego él. Acabo derrotada sobre su pecho y él me acaricia la espalda. No consigo moverme hasta que los latidos de mi corazón se estabilizan. Me echo a un lado y busco su mirada con cierto miedo porque no sé lo que voy a encontrarme. Pero Blake está inusualmente tranquilo y me mira como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida. Yo lo miro como si no creyera lo que acabamos de hacer.

Alarga el brazo, coge mi mano y se lleva los nudillos a la boca.

—¿Sabes cuándo alguien supera todas tus expectativas y te deja con ganas de más? —me dice con total franqueza—. Es lo que tú acabas de hacer conmigo. Me pasaría horas en esta cama haciéndote el amor y siempre buscaría una excusa para justificarme.

Blake no me deja responder. Me abraza con instinto protector y apoyo mi mejilla en su pecho. Los latidos de su corazón me relajan.

—Eres adictiva —me confiesa, y luego me besa la frente—. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido en mi vida.

17 de diciembre de 2020

Helena recibió el alta cinco días después. Durante su estancia en el hospital se negó a recibir a Josh y se puso hecha una furia cuando él logró convencer a su padre para que lo dejara pasar. La enfermera que la estaba atendiendo se asustó tanto de su reacción que echó a Josh del hospital y le advirtió que lo denunciaría si volvía a poner un pie en aquella habitación. Todo el mundo intentó consolar a Helena en vano. Sus padres, Penny, los médicos... y ella empezó a hacerse la dormida fingiendo que los calmantes la afectaban demasiado. En realidad no había calmante que pudiera quitarle aquel dolor que la carcomía por dentro.

Había perdido a su bebé.

Le habían extirpado una parte de su cuerpo.

No podría quedarse embarazada de manera natural y sus posibilidades de quedar embarazada por fecundación in vitro se reducían. Ni siquiera sabía si la trompa de falopio y el ovario que le quedaban estaban dañados a raíz del accidente.

Porque había sido un accidente.

Josh no lo había hecho a propósito. Josh había intentado atraparla antes de que ella cayera. Josh le había rogado que se quedara y por eso lo odiaba tanto. En aquel momento, Helena sentía un odio visceral y repugnante por su marido. ¿Cómo eras capaz de pedirle a alguien que se quedara a tu lado si le exigías que renunciara a lo que la hacía feliz? ¿Cómo había sido capaz de ser tan egoísta?

Su marido era mentiroso. Egoísta. Un cobarde. Y el amor que sentía hacia él se convirtió en rabia y resentimiento. No lo culpaba de su aborto. Ni siquiera lo culpaba de su infertilidad. Se culpaba a sí misma de haber permanecido a su lado cuando sabía que su matrimonio se estaba hundiendo. También se culpaba a sí misma de haber rechazado el puesto de Nueva York. Y sobre todo, se culpaba de haber cruzado la línea que separaba su amistad porque había perdido a un amigo y había ganado a un marido al que ya ni siquiera soportaba mirar a los ojos.

Porque jamás podría volver a mirar a los ojos a Josh sin recordar todo el daño que se habían hecho. El dolor y el rencor le pesaban más que el amor que seguía sintiendo por él. ¿Cómo era posible que el amor doliese de aquella forma? Helena no lo sabía, pero supo que el fin de su matrimonio había llegado y por eso decidió abordarlo de la manera menos dolorosa para los dos. Le pidió a sus padres y a Penny que no informaran a Josh de su alta y fue a su apartamento cuando creyó que Josh estaría trabajando. Quería recoger algunas pertenencias y alojarse en casa de Penny unos días mientras el abogado preparaba los papeles del divorcio. Ella y Josh no tenían por qué verse las caras. Sería más fácil para ambos.

Cruzó la puerta del apartamento e intentó no fijarse en los platos sucios del fregadero o en la

cama sin hacer. Cogió una maleta, metió algo de ropa dentro y salió a toda prisa porque no soportaba pasar ni un minuto dentro de aquel apartamento en el que un día creyó que serían muy felices. Lo último que esperaba encontrarse era a Josh saliendo del baño. Él estaba sin afeitarse, despeinado y con unas enormes ojeras. Tenía un aspecto demacrado y dejado. No había ido a trabajar. Helena sintió el impacto del daño que se habían hecho y de repente todo el odio se evaporó. Lo que sintió fue una inmensa tristeza porque los dos estaban hechos polvo.

—¿Qué haces? —Josh se lo preguntó a pesar de que sabía la respuesta.

Helena aferró la maleta con brazos temblorosos.

—Me voy a casa de Penny. No sé lo que haré después. Le pediré a alguien que venga a por el resto de mis cosas. Ya te llegarán los papeles del divorcio —habló como una automática que no lo sentía, pero las lágrimas resbalaron por sus mejillas y la traicionaron.

Josh no podía decir que no se lo esperaba, pero le dolió de todos modos. Sintió que su corazón se resquebrajaba cuando Helena arrastró la maleta hacia la puerta.

—Helena, no te vayas —le pidió desesperado—. Quédate conmigo.

—No puedo —ella respiró profundamente, se quitó la alianza y la dejó sobre la encimera de la cocina—. Tampoco quiero.

Helena abrió la puerta y bajó las escaleras con la maleta a cuestas. Josh la observó con impotencia y no tuvo otro remedio que ayudarla cuando la escuchó aullar de dolor por culpa de los puntos de la operación. Aquella vez no intentó retenerla porque no quería que ella sufriera otra caída por su culpa. Todavía no se lo había perdonado y llevaba cinco días vagando por el apartamento como un alma en pena. No había ido a trabajar. Renunció a la oferta de Londres. Su jefe le ofreció una semana de cortesía y Josh pensó que necesitaría una vida entera para recuperarse de aquella culpabilidad que lo atormentaba. Llamó día y noche al hospital. Llamó a sus suegros para conocer el estado de su esposa. Se peleó por teléfono con Penny cuando ella le pidió que dejara de insistir y le concediera a Helena el espacio que necesitaba.

Helena apartó la mirada cuando él le arrebató la maleta y la acompañó escaleras abajo. Josh buscó a toda costa una mirada de complicidad que no llegó. Buscó los ojos azules de ella y rezó para que ocurriera un milagro. Ella no podía irse sin más. Su mujer no podía sufrir las consecuencias de un aborto que les concernía a ambos. Había sido un miserable al reaccionar a la noticia del embarazo, pero ahora quería ser el hombre que ella merecía tener a su lado. Le abrió la puerta del portal y ella recuperó la maleta. El taxi ya la estaba esperando al otro lado de la acera.

—Helena, déjame estar a tu lado.

—Josh... —ella se permitió un instante de debilidad y lo miró a los ojos. Le acarició la mejilla en la que crecía una incipiente barba y él atrapó su mano—. Tenemos que dejar de hacernos daño.

—Perdóname —le rogó con los ojos llenos de lágrimas—. Perdóname, Helena.

—No ha sido culpa tuya —musitó.

—¿Y por qué no puedes mirarme a los ojos?

—Porque ya no me reconozco en ellos cuando te miro. Se acabó, Josh. Para siempre. Tienes que entenderlo.

—No puedo —él intentó devolverle la alianza que en un impulso había recuperado de la encimera de la cocina—. ¿Recuerdas lo que dice nuestro tatuaje? ¿Recuerdas lo que nos prometimos el día que nos casamos?

Helena no aceptó la alianza y terminó cayéndose al suelo. Josh se agachó para buscarla y ella cruzó la acera sin mirar y con los ojos anegados de lágrimas. Tenía que subirse a aquel taxi o de lo contrario jamás abandonaría a Josh. Era lo mejor para ambos. Josh gritó su nombre y fue tras ella. Tampoco miró antes de cruzar. Ninguno de los dos vio el Ford focus que se saltó el semáforo en rojo, esquivó a un niño que iba pedaleando en su bicicleta y atropelló a Josh antes de que este fuera consciente de lo que estaba sucediendo. Helena lo vio todo reflejado en la ventanilla del taxi. El rostro esperanzado de Josh gritando su nombre. Su cuerpo inerte y saltando por los aires. La expresión sorprendida y aterrada en sus ojos. El impacto de su cabeza contra el asfalto.

Helena tardó varios segundos en reaccionar. El conductor del coche se estrechó contra una farola. El niño que iba pedaleando en su bicicleta fue rescatado por los brazos de una madre que volvió a nacer. Los vecinos se asomaron a las ventanas. Alguien llamó a la ambulancia. El taxista le tocó el hombro. Ella despertó del shock. Corrió hacia Josh. Él tenía los ojos cerrados y su cuerpo estaba cubierto de sangre. Helena comenzó a gritar y a llorar al mismo tiempo. Lo llamó sin obtener respuesta y buscó con desesperación su alianza como si al ponérsela pudiera arreglarlo todo. Su mundo se desmoronó por completo.

La final del torneo es un torbellino de adrenalina, alcohol y apuestas ilegales. Las animadoras capitaneadas por Mindy se marcan una coreografía con *Thank U, Next*, de Ariana Grande. A Avery le habría encantado el número. Los comentaristas charlan por megafonía y animan a un público enardecido. Anuncian el nombre de los vaqueros que han llegado a la final y tengo la impresión de que el público enloquece al escuchar el nombre de Blake Sackler, la vieja leyenda del mundo del rodeo. Por Dios, tiene treinta y seis años, ¡ni que fuera un abuelo! Pero no sabía que Blake tuviera una legión de fans tan incondicional cuando se retiró hace unos años.

Sé que debería estar emocionada por todo lo que sucede a mi alrededor. El espectáculo de fuegos artificiales es precioso y el estadio está abarrotado. No cabe ni un alfiler. Incluso Mindy y sus amigas se sientan a mi lado —sin mal rollo—, y me desean suerte para Blake.

—Seguro que lo hace fenomenal —me tranquiliza Mindy al ver mi expresión pálida—. Tu novio es un tipo duro.

«Mi novio».

Debería corregirla, pero ya no sé lo que somos. Es imposible ponerle una definición a lo nuestro cuando ayer cruzamos una línea muy peligrosa y que lo cambió todo. Blake y yo estuvimos toda la noche haciendo el amor hasta que perdí la cuenta. En la cama, sobre la mullida alfombra, por última vez en la ducha hasta que caímos agotados sobre el colchón. Le dije que debía descansar si quería rendir encima de un toro. Me dijo que yo era más adictiva que aquellos ocho segundos de gloria y peligro de los que todo el mundo hablaba.

Fue maravilloso. No debería haber sido tan increíble porque me muero de ganas de repetirlo. Maldita sea, debería sentirme terriblemente culpable de lo que ha sucedido entre nosotros. Pero...

—Ahí va el primero —me dice Mindy.

Me alegra ver el torneo con alguien porque necesito que me chiven lo que sucede cuando aparto la cara si temo que va a suceder algo terrible. Al final resulta que Mindy tiene diecinueve años —Blake tiene buen ojo para la edad de los demás—, es la líder de las animadoras de la universidad de Texas y es más maja de lo que pensaba. Nunca juzgues a los demás sin conocerlos de nada. Es justo lo que me sucedió con Blake y míranos ahora.

El primer participante termina con una puntuación de sesenta. No está mal. Mindy entiende más que yo sobre el bull riding y me cuenta que en realidad ha sido una actuación muy mediocre.

—Tiene que acompañar los movimientos del toro. De eso se trata. Deberían fundirse en uno solo. Él ha hecho trampas y ha intentado dominar al toro en todo momento. No sé cómo los jueces no

lo han descalificado. Por eso a todos nos gusta tanto Blake. Se nota que respeta al animal.

Entiendo lo que dice. Blake adora su trabajo. Lo he visto trabajar con el ganado y con los caballos. Los trata con un respeto casi reverencial. Es curioso porque antes de llegar a Texas pensaba que los ranchos ganaderos eran un lugar de tortura donde los animales vivían hacinados. Supongo que por desgracia hay sitios así, pero Paradise Lake no es de ese estilo.

El segundo participante obtiene una puntuación de sesenta y cinco puntos. Mindy me cuenta que es uno de los grandes favoritos.

—No ha estado mal. Aunque el toro no se lo ha puesto tan difícil como al anterior. Por eso los jueces han puntuado tan bajo al toro.

—¿Le dan puntos al toro?

Mindy me mira como si no supiera de dónde me he escapado.

—Claro. ¿Te parecería justo que dos vaqueros recibieran la misma puntuación cuando el toro de uno de ellos se lo ha puesto más fácil? Los jinetes pueden obtener puntos extra si el toro se lo hace pasar muy mal. Por eso reciben puntuación incluso si no aguantan ocho segundos. Porque también se puntúa al toro. Hay cuatro jueces. Dos de ellos valoran el desempeño y el esfuerzo del toro de cero a cincuenta puntos. Los otros dos jueces puntúan al jinete, su técnica, su destreza... luego todos los puntos se suman y se dividen entre dos para obtener la puntuación final. La puntuación máxima es de cien, aunque rara vez algún jinete la consigue. Una puntuación excelente se considera a partir de ochenta puntos.

El tercer participante lo pasa francamente mal a lomos del toro. El toro sale hecho una furia de la rampa de troncos y entra en la arena como una bestia rabiosa. Cabecea, da vueltas sobre sí mismo y se levanta sobre sus patas traseras. El jinete sale despedido por los aires y aterriza junto a la valla. Los payasos de rodeo, que son los toreros encargados de distraer al toro cuando suceden este tipo de accidentes, comienzan a despistar al toro para que el vaquero pueda salir ileso de la arena. Tiene que ser atendido por el equipo médico y sale en una camilla levantando el dedo pulgar. El público aplaude y ovaciona su nombre. Yo tengo ganas de vomitar y un sudor frío me recorre la nuca. Ha sido terrible.

—Tranquila —Mindy me frota la espalda cuando intuye lo que estoy pensando—. Sigo la trayectoria de tu novio desde que mi padre me ponía sus vídeos. Lo hará bien. Es un gran vaquero.

—Ojalá tengas razón... —señalo la pantalla en la que se expone la puntuación del vaquero—. Le han dado cuarenta puntos aunque no ha sonado el timbre.

—Claro. Es porque el toro sí ha recibido puntos por lo mal que se lo ha hecho pasar. Con esa puntuación está fuera de los tres primeros clasificados, pero es mejor que nada. Por eso me encanta la monta de toros. Es un deporte muy justo.

Si justo significa que un toro de más de mil kilos puede aplastarte la cabeza, entonces tiene razón...

Blake es el último participante y el público corea su nombre. Me muerdo la uña del dedo pulgar. Mindy y sus amigas se levantan para gritar su nombre. Me tiembla el cuerpo y tengo ganas de vomitar. El primer clasificado ha obtenido una puntuación de ochenta. Blake va a tener que hacer una puntuación casi perfecta si quiera superarlo.

—Vamos —Mindy me agarra del brazo y me pone de pie con un fuerte tirón—. Va a necesitar que le des ánimos.

Tiene razón. Blake se está jugando la vida y yo estoy lloriqueando como una idiota. Merece mi apoyo. Hago un gran esfuerzo para no taparme los ojos con las manos. No voy a perderme el espectáculo. Meto el índice y el pulgar en la boca y doy un silbido.

—¡Vamos, Blake! ¡Puedes hacerlo! ¡Estoy contigo! —chillo a pleno pulmón.

Mindy y sus amigas se unen a mis gritos. El estadio corea su nombre. Aprieto con fuerza la mano de Mindy cuando comienza la cuenta atrás y contengo el aire. Si le pasa algo me muero. Quiero cerrar los ojos y esperar que terminen los ocho segundos más angustiosos de mi vida. Pero no puedo dejarlo solo en esto.

Tres...

Dos...

Uno...

El toro sale disparado hacia la arena y Blake agarra la cuerda con una sola mano. Su rostro tenso y concentrado. El animal da vueltas y vueltas sobre sí mismo en un intento por librarse del jinete. Se encabrita y resopla. El sombrero de Blake sale volando por los aires por culpa de los movimientos del toro. Él apenas se inmuta. El toro levanta las patas delanteras y patalea con las traseras. Es una bestia furiosa y que se mueve enloquecida. Después de un puñado de movimientos bruscos y giros cerrados y rápidos, el timbre señala el final. Blake consigue desmontar del toro y los payasos de rodeo se lo quitan de encima. Sale de la arena saludando al público con una mano. Está agotado. Ha sido increíble. Ha sido...

—Perfecto —murmura Mindy, que sigue dándome la mano—. Guau...

Los jueces exhiben los carteles. Veinte y veinticinco puntos para el toro, veinte y veinte puntos para Blake. En total, una puntuación de ochenta y cinco puntos. Eso significa...

—¡Ha ganado! —exclamo enloquecida, y por primera vez me convierto en una más de esa masa de gente que grita como si fuera su último día en la tierra. Mindy y yo nos abrazamos como si fuéramos las mejores amigas—. ¡Ha ganado! ¡Ha ganado!

—Deberías ir a felicitarlo a los camerinos. La escalera de la derecha y todo recto por el pasillo. Luego es la primera curva a la izquierda. No tiene pérdida —bromea, porque sabe que ayer me perdí.

—¿Te apetece venir conmigo? —le pido, a sabiendas de que admira a Blake.

—¡Me encantaría!

Mindy y yo corremos escaleras abajo y sorteamos a la gente que hay amontonada en el pasillo. Blake está saliendo del camerino y me busca con la mirada. Sé que me está buscando a mí. Lo averiguo cuando nuestros ojos se encuentran y sonrío satisfecho. Está eufórico. Los dos lo estamos cuando corro hacia él y me arrojo a sus brazos. Blake me estrecha con fuerza y me da una vuelta por los aires. Nuestros labios se rozan y mi cuerpo se estremece por completo.

—¡Lo has conseguido!

—Me ha servido de mucho escuchar a cierta persona gritar mi nombre como una loca.

—¿Me has oído? —pregunto avergonzada.

—Todo el estadio —me asegura Mindy—. Enhorabuena, Blake. Ha sido increíble. ¿Volveremos a verte en los ruedos el año que viene?

Él se lo piensa antes de responder y lo miro intrigada. Creo que la adicción por el rodeo ha vuelto a su vida sin que él se lo esperara.

—No lo sé —admite sin más—. Deberíamos ir a celebrarlo.

—Deberías ir a recoger tu trofeo. Te están llamando por megafonía —le dice Mindy.

Blake se sobresalta, y antes de salir disparado hacia el escenario, se me queda mirando un segundo de una manera en la que sobran las palabras. Es una mirada cautivadora y cargada de significado para ambos. Estoy ruborizada cuando lo veo marchar.

—Qué suerte tienes —me dice Mindy con envidia sana—. Te mira como si fueras el mejor trofeo que ha ganado en su vida. Ojalá un hombre me mire así algún día.

Mientras Blake recoge el trofeo, concede varias entrevistas, firma autógrafos y se hace fotos con los numerosos fans que lo acorralan en el pasillo, aprovecho para llamar a Stuart y contarle la buena noticia. Todos se ponen locos de alegría y Sophia me pregunta si su nieto vuelve con un trofeo e ileso. Lo segundo es lo único que le importa. Le aseguro que sí y se queda más tranquila. Una hora después, Blake se reúne conmigo en su camerino. Tiene rastros de carmín rojo en las

mejillas y en el cuello y alguien le ha colocado una gorra de los Houstons Texas en la cabeza. Se me escapa una risa floja cuando se deja caer con un suspiro ronco sobre el sofá del camerino. Le ofrezco un pañuelo para que se limpie los rastros de carmín.

—Es de una jubilada que quería salir conmigo —me cuenta, y los dos nos partimos de risa—. Los guardias de seguridad me han dicho que hay una puerta trasera.

—¿No quieres disfrutar del calor de tus fans?

Blake pone cara de haber tenido suficiente. Él es así. Nunca será la clase de hombre que disfruta siendo el centro de atención. Blake no es como Josh. No es el universitario que se levantó en mitad de una clase para llamar la atención del resto de los alumnos.

—Oye... —Blake me coge de la muñeca y de un tirón me sienta sobre su regazo. Una sacudida de calor invade mi cuerpo. Su boca me roza el cuello y se me escapa el aire por la boca—. Lo de antes iba en serio. Escuchar tu voz me ha infundido el valor que me faltaba para montar al toro.

—Qué va. Eres el hombre más valiente que he conocido en mi vida.

—¿Entonces por qué estoy acojonado desde que te conozco? —Blake me aparta el pelo de la cara y me mira a los ojos sin vacilar—. Sé que debería decir que me arrepiento de lo que sucedió anoche entre nosotros. Pero no es la verdad, Helena. Te mentí cuando te dije que solo sería una noche. Quiero estar contigo durante el resto de noches de mi vida. ¿Tan malo sería?

—Blake... —me muerdo el labio y aparto mi mirada porque de lo contrario flaquearía—. Sabes que no puedo.

—Te mereces ser feliz —insiste, sosteniendo mis mejillas con firmeza para que vuelva a mirarlo—. Vi tu cicatriz. Sé que tu matrimonio con Josh no era perfecto. Sé que estás rota por dentro. Sé que los dos podríamos ser felices juntos si nos damos una oportunidad.

De repente, la cicatriz que hay en mi abdomen me escuece. Es el recuerdo de todo lo que sucedió entre Josh y yo y me acompañará de por vida. Blake la vio anoche y la besó como si pudiera ahuyentar todos mis demonios.

—¿Y qué hay de Josh? —pregunto con tristeza—. ¿Qué clase de persona soy si lo abandono cuando más me necesita?

—Una que por primera vez se elige a sí misma.

Pienso en lo que dice y me sumerjo en un mar de dudas. Vine a Texas en un intento desesperado por salvar a Josh. Nunca imaginé que en este viaje encontraría a la persona que también pudiera salvarme a mí.

17 de diciembre de 2020

El 17 de diciembre fue el día en el que la vida cambió por completo para Helena. Penny y sus padres intentaron consolarla en la sala de espera del hospital mientras Josh se debatía entre la vida y la muerte. Helena no podía borrar aquella imagen de su cabeza. Los ojos sorprendidos y aterrados de su marido cuando el coche lo atropellaba. El sonido de su cuerpo al aterrizar sobre el asfalto. Su grito desgarrador cuando lo llamó sin obtener respuesta. La sangre que manaba a borbotones del cráneo de Josh.

Estaba en estado de shock. Ni siquiera reaccionó cuando una pareja de policías la interrogó sobre lo sucedido. Le contaron que el conductor del Ford focus se había saltado un semáforo porque iba hablando por el móvil. Había dado negativo en la prueba de alcoholemia y de drogas. Helena sabía que aquel conductor jamás pisaría la cárcel, o como mucho estaría algunos meses entre rejas. Pero ¿de qué le servía a ella? ¿Para qué culpar a un extraño cuando sabía de sobra que la culpa la tenía ella? Porque Josh jamás habría cruzado la carretera sin mirar de no haberla seguido. O quizá no la hubiera seguido si ella no le hubiese devuelto la alianza. ¿O simplemente no la aceptó cuando él intentó ponérsela? Ya no lo recordaba. Lo único que recordaba era el impacto de su cuerpo contra el suelo y la mirada asustada de su marido cuando supo lo que iba a suceder.

Helena le preguntó a los médicos si habían encontrado la alianza. Estaba tan desesperada por recuperarla que hasta Penny y su padre se acercaron al lugar del accidente para tratar de encontrarla en vano. Creía que se sentiría mejor si se ponía la alianza y fingía ser la esposa perfecta que lloraba por su marido.

Su madre la ayudó a ponerse de pie cuando el cirujano salió del quirófano. Tenía el semblante adusto y profesional con el que parecen graduarse en la carrera de medicina. El de una persona que estaba a punto de darle una mala noticia y ya estaba tan acostumbrado a lidiar con los familiares que llevaba el discurso estudiado.

—Lo siento, Señora Sackler. Hemos hecho todo lo posible por su marido, pero el traumatismo craneoencefálico es muy grave y ha quedado en coma.

Helena se mareó y terminó derrumbada sobre la silla. Su madre estaba llorando. Ella estaba tan aturdida que no le salían las lágrimas.

—¿Se va a despertar?

—Es prácticamente imposible formular un diagnóstico en este momento. Las primeras veinticuatro horas son cruciales para determinar su evolución.

Las primeras veinticuatro horas.

Las primeras cuarenta y ocho horas.

La primera semana.

El primer mes.

Después de treinta días, los médicos abandonaron toda esperanza y le dijeron que no había nada que hacer. Solo cabía esperar un milagro, y los milagros rara vez existían en medicina. De nada sirvió que sus padres intentaran hablar con ella o Penny tratara de consolarla. Se puso hecha una furia cuando le pidieron que pensara en lo que Josh hubiera deseado. Pero Helena no podía hacerlo porque sabía que Josh jamás hubiera querido vivir conectado a una máquina.

Ella no se separó de su cama durante el primer mes. Le pidió perdón todos los días. Le prometió que también lo perdonaba porque el aborto no había sido culpa suya. Le rogó que se despertara. De nada sirvió.

Un mes y medio después, vivía pegada a la cama del hospital. Dormía en una silla. Leía para él. Le hablaba con la esperanza de que él la estuviera escuchando. Se pidió la baja en el trabajo y la habitación se amontonó de ramos de flores. Como si Josh estuviera muerto. Como si todo el mundo esperara que ella se diera por vencida.

Nunca olvidaría la primera vez que se fumó un cigarro. Estaba en la azotea del hospital y había una mujer de su edad que lloraba en silencio mientras le daba una calada al cigarro. Helena había aprendido a rodearse de personas que estaban pasando por una tragedia porque eran las únicas que la entendían. Sus padres, Penny, sus compañeros de trabajo... todo el mundo la miraba con una mezcla de compasión e incomodidad, como si ella fuera otra persona y no supieran como tratarla.

—¿Quieres uno? —le preguntó la mujer.

—Vale.

Helena tosió cuando le dio la primera calada.

—Mi hijo tiene leucemia y yo tengo la esperanza de que el tabaco me mate. Ningún padre debería sobrevivir a un hijo. Es antinatural.

—Mi marido está en coma por mi culpa.

Aquella mujer apenas se inmutó.

—Lo siento.

—Yo también siento lo de tu hijo.

Fumaron sin volver a dirigirse la palabra hasta que la mujer se despidió de ella con un escueto

«adiós». Helena se volvió adicta a los cigarrillos y a la autocompasión. Durante un año vivió pegada a la cama de un hospital e imaginó todas las cosas que le diría a Josh cuando él despertara. Hasta que un día no pudo más, decidió hacer la maleta y buscó un milagro a miles de kilómetros de distancia.

Blake y yo compartimos un silencioso viaje en coche hasta el aeropuerto de Houston. Acaba de hacer la transferencia al número de cuenta del hospital para pagar los costes del ingreso de Josh. Mi vuelo sale dentro de dos horas. Después embarcaré en el avión y trataré de olvidarme de él. Pero sé que es imposible porque una parte de mí se quedará en Texas y recordará lo que sucedió cuando ambos nos rendimos a la pasión.

Blake no ha vuelto a pedirme que me quede. Ha aceptado mi decisión con resignación y la voz de Dolly Parton nos acompaña durante la media hora de trayecto. Me gustaría decir que estoy absolutamente convencida y que esto es lo mejor para todos, pero en realidad estoy siguiendo mi plan. Sigo enamorada de Josh, pero mi corazón también pertenece a Blake y no hay nada que pueda hacer para remediarlo. Nunca imaginé que se pudiera amar a dos hombres a la vez. Con Josh todo era más intenso y turbulento. Con Blake todo es más dulce y seguro. Con Josh era todo o nada. Cuando lo tuvimos todo, fue sencillamente perfecto. Cuando nos quedamos sin nada, fue terriblemente doloroso. Con Blake nunca sabré lo que podría haber sido, pero tengo la sospecha de que él tiene razón. Cabe la posibilidad de que hubiéramos sido muy felices juntos. Él me habría ofrecido la familia que siempre he anhelado. Habría encajado en Paradise Lake. Envejecería al lado de un hombre que siempre me respetaría y me antepondría por encima de todo. Pero...

Está Josh.

Y lo quiero.

A pesar de todo el daño que nos hemos hecho.

—Ya hemos llegado.

Blake sale del coche y abre la puerta del maletero para coger mi equipaje. Tardo varios segundos en seguirlo hacia la terminal del aeropuerto. Blake se detiene cuando vislumbra a lo lejos el control de seguridad. Suelta las maletas y se vuelve hacia mí. Me mira por primera vez desde que nos montamos en el coche. Está desesperado y sé que haría cualquier cosa para que me quedase a su lado.

—Vuelve conmigo a Paradise Lake —me pide por última vez—. Juntos construiremos un hogar. Te haré tan feliz que no querrás irte de mi lado.

Agarro las maletas y agacho la cabeza mientras contengo las lágrimas. Quiero a Josh. Lo repito una y otra vez. Quiero a mi marido. Entonces ¿por qué me resulta tan difícil dejar atrás a Blake? ¿Por qué deseo con toda mi alma refugiarme en sus brazos y que me arrastre de vuelta hacia Paradise Lake?

—Helena, mírame —me ordena con ese tono autoritario que antes me sacaba de mis casillas.

Lo miro a los ojos y contengo el aliento.

—No te vayas sin saber que estoy...

—No lo digas —le pido, porque saberlo me impediría marcharme—. Adiós, Blake.

Arrastro las maletas y camino deprisa hacia el control de seguridad. No puedo mirar atrás. Si lo hiciera me encontraría con la mirada derrotada de Blake. Ignorar mis sentimientos es lo más difícil que he hecho en mi vida. Sé que él me ama y no necesito escucharlo de sus labios. ¿De qué me serviría?

Paso el control de seguridad y busco el panel de vuelos con los ojos vidriosos. Nunca imaginé que separarme de Blake pudiera dolerme tanto. Debo estar con Josh. Lo sé. Pero quiero la segunda oportunidad que me ha regalado la vida y me permito un minuto de flaqueza para llorar apoyada contra un pilar. Un niño que va agarrado de la mano de su madre me señala con un dedo.

—¿Tú también estás triste porque se te han acabado las vacaciones? —pregunta con inocencia.

Me sorbo las lágrimas para no asustarlo. Su madre está hablando por el móvil y no se percata de la situación.

—Sí. Voy a echar mucho de menos a una persona.

—No te preocupes. Mi mamá dice que podemos volver el año que viene. Seguro que esa persona te esperará durante un año.

—Jacob, no molestes a la señorita —su madre lo aleja de mí y me dedica una mirada prudente—. ¿Te encuentras bien?

—Está triste porque se han terminado sus vacaciones —le cuenta Jacob.

—Vaya... —me mira comprensiva y me tiende un pañuelo de papel—. Espero que encuentres tu destino. Buena suerte.

Mi destino.

No tengo ni idea de cuál es mi destino. Lo único que sé es que la puerta de embarque de mi vuelo se cierra dentro de quince minutos. Debería darme prisa si quiero coger ese avión. Pero ¿quiero coger ese avión? Pienso en lo que me ha dicho el pequeño Jacob y algo en mi interior se resquebraja.

«Seguro que esa persona te esperará durante un año».

Dios.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Blake no va a esperarme el año que viene. Blake y yo solo tenemos una oportunidad. Él tiene razón. Merezco ser feliz. Me doy la vuelta y corro a toda prisa porque ya sé cuál es mi destino. Voy a seguir los dictados de mi corazón y no voy a permitir que nada me frene.

Estoy jadeando cuando llego a mi destino. Él está allí. De espaldas y fumando un cigarro. El traqueteo de las ruedas de mi maleta me delata cuando cruzo la acera. Blake se sobresalta y el cigarro se le cae al suelo. Me mira sorprendido.

—Creí que habíamos prometido dejar de fumar.

—Helena, si esto es una broma...

—¿Tú crees que dos personas tan rotas como nosotros tienen un futuro juntos? —le pregunto emocionada.

Blake corta la distancia que nos separa, me atrapa por la cintura y me besa mientras repite contra mis labios: *sí, sí, sí*. Y yo sé que he tomado la decisión correcta cuando mi corazón se acelera porque sabe que por fin ha encontrado su destino. Lo tengo justo delante. Pegado a mis labios. Besándome con una intensidad que traspasa todos los límites de la cordura.

—Rotundamente sí —responde categórico, y vuelve a besarme para demostrarme que no se equivoca—. Dios, Helena... me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Blake y yo nos montamos en el coche y hablamos sobre nuestros planes de futuro. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos. Estoy sonriendo. Mi sonrisa se ensancha todavía más cuando me doy cuenta de que soy tremendamente feliz. Blake habla por los codos. Habla sobre ser sinceros con Sophia y Avery porque no quiere construir una relación cimentada en las mentiras. Habla de todos los proyectos que podemos llevar a cabo en Paradise Lake. Habla de irnos de vacaciones con Avery a la playa. Habla de adoptar un bebé. Habla de ser padres. Mi corazón se estremece de placer al escucharlo. Ser padres. Sé que seríamos unos buenos padres. Sé que Paradise Lake es un lugar maravilloso para criar a un hijo.

Y durante el tiempo que transcurre mientras él habla y yo lo escucho ilusionada, todo el dolor y la culpa que sentía se evaporan porque soy tan feliz que no me queda espacio para albergar otro tipo de sentimiento. Hasta que suena mi móvil y recibo una llamada que sé que va a cambiarlo todo. Lo sé cuando veo el nombre en la pantalla.

Meredith Mallon.

Es la neuróloga de Josh. Ha sucedido algo. Siempre soy yo la que llama. Ella me tiene dicho que jamás me llamaría a no ser que sucediera algo importante. Me tenso como si mi cuerpo se preparara para recibir una mala noticia. Puede que Josh haya empeorado. Tal vez me llama para informarme de que...

—¿Qué sucede?

—Es del hospital de Nueva York.

Blake detiene el coche a un lado del arcén. Los dos nos miramos preocupados. Me tiembla la mano cuando descuelgo el teléfono y respondo con un hilo de voz.

—Doctora Mallon, ¿qué sucede?

—Señora Sackler —la voz de la doctora suena más enérgica de lo normal—. ¡Un milagro! Josh ha despertado del coma. Pregunta por usted. Está deseando verla.

Epílogo

Josh.

Lo primero que experimento cuando abro los ojos es una sacudida de pánico. Es como si hubiera regresado al momento exacto en el que aquel coche me atropelló. Quiero gritar o echar a correr. Pero no puedo gritar porque tengo un tubo metido por la tráquea y una sonda por la nariz. Tampoco puedo correr porque me siento tremendamente cansado y las extremidades no me responden. Me invade el miedo y mi primer impulso es arrancarme el tubo que ahora me impide respirar. Una sombra borrosa aparece en la habitación y me obliga a permanecer quieto. De repente, el lugar se llena de más sombras que hablan a toda velocidad. No entiendo lo que dicen. Logro escuchar algunas palabras sueltas.

«Milagro»

«Más de un año».

«Increíble»

«Que alguien avise a la doctora».

Doctora.

Estoy en la habitación de un hospital. Mis ojos se acostumbran poco a poco a la luz. Alguien me ilumina las pupilas con una linterna y me quejo. O por lo menos lo intento. Lo único que me sale es un resuello.

—Tranquilo, Josh. Vamos a extubarte.

Es fácil decirlo, pero estar tranquilo es lo último que me apetece en este momento. Busco a mi alrededor una cara conocida. Los recuerdos me invaden de golpe. He estado flotando en una densa oscuridad y a lo lejos vislumbraba un halo de luz. Corría para alcanzarlo y no me movía del sitio. Ha sido una puta tortura. También recuerdo la voz suave de Helena. Me leía a Kafka y a Tolstói. A veces su voz se quebraba por el llanto y yo quería pedirle que no llorara por mí porque la estaba escuchando. Me invadía la angustia porque no era capaz de abrir los ojos. El último libro que me leyó fue *El amor en los tiempos del cólera*.

«Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados».

Entonces quise decirle a Helena que nosotros no éramos dos amores contrariados. Simplemente

nos convertimos en dos personas que se hicieron tanto daño que por un instante dejaron el amor de lado. Pero podemos sobrevivir a todo lo que nos ha sucedido, del mismo modo que yo he sobrevivido a este sueño del que acabo de despertarme.

—¿Cuánto tiempo he estado en coma? —pregunto cuando por fin me quitan ese incómodo tubo que antes me mantenía con vida.

No son mis primeras palabras. Al principio han sido unos gorgoritos débiles y llevo casi una hora intentando hablar. No reconozco mi voz.

—Casi un año y medio —la doctora me evalúa como si fuera un caso extraordinario que no se explica.

Miro a mi alrededor. Estoy confundido y la doctora me ha explicado que es normal que no sepa discernir entre lo que es real y lo que ha sido fruto de mi imaginación. Me pide que no me agobie. Para ella es fácil decirlo. Quizá por eso no me explico por qué recuerdo —con una claridad inusual—, la visita de mi hermano.

«Vamos tío, despierta de una puta vez. No puedes hacernos esto. Josh, joder. No pienso pedirte perdón hasta que abras los ojos y me mires a la cara. No soy tan cobarde».

Ya tendré tiempo de preocuparme por Blake. Si ha venido a visitarme, es evidente que tenemos una conversación pendiente. Pero por ahora, busco con desesperación a la única persona que quiero ver. Me asusto cuando no la encuentro porque sé que no se ha despegado de mi cama. ¿Dónde está? ¿Por qué se ha marchado?

—¿Dónde está mi mujer?

—En un viaje de negocios —me informa, y luego me ofrece una mirada tranquilizadora—. Ya la he avisado. Viene de camino.

CONTINUARÁ...

LA ELECCIÓN

DE Helena

CHLOE SANTANA

© Por el texto, Chloe Santana

© Por el diseño de portada, Susana León

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Contenido

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[JOSH](#)

[BLAKE](#)

[HELENA](#)

[JOSH](#)

[BLAKE](#)

[HELENA](#)

[JOSH](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

JOSH

HELENA

BLAKE

JOSH

HELENA

BLAKE

JOSH

HELENA

BLAKE

JOSH

HELENA

BLAKE

JOSH

HELENA

BLAKE

JOSH

HELENA

JOSH

BLAKE

HELENA

JOSH

BLAKE

HELENA

JOSH

BLAKE

HELENA

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[HELENA](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[JOSH](#)

[HELENA](#)

[BLAKE](#)

[Epílogo](#)

[JOSH](#)

[BLAKE](#)

[HELENA](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

JOSH

Dos semanas antes...

«¿Qué se siente al estar en coma?».

Supuse que no me quedaba más remedio que acostumbrarme a la dichosa pregunta. Para los médicos era un caso extraordinario. En palabras de la neuróloga Elizabeth Mallon: «uno entre un millón». Y luego añadió que debería sentirme agradecido por la segunda oportunidad que me había brindado la vida. En realidad me sentía completamente hecho polvo. Como si un tren me hubiera pasado por encima y estuviera tratando de recomponer todas las piezas de mi cuerpo que no funcionaban.

«¿Qué se siente al estar en coma?».

No era una pregunta fácil de responder. Confusión, angustia, miedo y a ratos un poco de calma. «El cerebro humano es de lo más complejo». Eso también me lo dijo la doctora Mallon. No la contradije porque mi cerebro llevaba días flotando en una neblina de calmantes, euforia y cansancio. A veces tenía ganas de saltar de la cama y arrancarme todas las vías intravenosas. Otras estaba tan cansado que lo único que quería era cerrar los ojos e ignorar el ruido ensordecedor que había a mi alrededor. Nada del otro mundo, para qué engañarme. El típico trasiego de un hospital que me ponía de los nervios. No podía dormir. Era un cansancio físico y extremo que no tenía nada que ver con el sueño. Tampoco es que me apeteciera echar otra cabezadita porque tenía la impresión de que no volvería a despertar. Me daba pánico sucumbir al sueño porque —ahí va una respuesta de lo más sincera—, estar en coma no era para nada agradable.

«¿Qué se siente al estar en coma?».

La última persona en preguntármelo fue la joven residente con pinta de recién salida de la facultad de medicina. Le ofrecí una mirada desabrida y desistió. No era el maldito conejillo de indias de nadie y más les valía hacerse a la idea. No había vuelto a este mundo para soportar las gilipolleces de los médicos.

¿Querían saber qué cojones se sentía al estar en coma? Bien, ahí iba un pequeño resumen:

Tu cuerpo y tu mente desconectaban por completo. No era igual que un sueño. De los sueños te despertaba la alarma del móvil o los primeros rayos de sol que se colaban por la ventana. Era más bien como una fantasía retorcida. Imagínate estar prisionero del universo de *Alicia en el país de las maravillas*. Con el gato que habla, el conejo loco y todo ese rollo digno de un yonqui al que le da por mezclar estupefacientes, alcohol y antidepresivos. O tal vez debería llamarlo *Josh en el país de las pesadillas*. Mientras que estuve en coma viví atrapado en una fantasía creada por mi subconsciente. No era del todo conocedor de lo que sucedía a mi alrededor. Mezclaba

recuerdos concretos y difusos. El roce de una mano. La voz suave de mi mujer. De repente escuchaba los fragmentos de *El principito* y estaba contemplando una puesta de sol en una playa paradisiaca. Eran buenos momentos. Sabía que Helena estaba leyendo para mí pero no podía verla. Sus palabras eran como versos escritos que flotaban en el horizonte. Hasta que la fantasía se convertía en una pesadilla aterradora y de la que no podía escapar. Mi cuerpo se retorció en una posición incómoda y dolorosa. Después de despertar del coma me explicaron que eran las manos del fisioterapeuta moviendo mis articulaciones para evitar futuras lesiones o un deterioro físico en el hipotético caso de que despertara. Joder, fue horrible. Ya se lo podían haber ahorrado. Mi mente no sabía lo que estaba sucediendo pero padecía el dolor y lo transformaba en angustia. En aquel momento empezaba a correr por un laberinto sin salida tratando de escapar de mi perseguidor. Notaba su aliento podrido en la nuca. Estaba cagado de miedo.

Estar en coma era una mierda. Resumiendo.

Estar en coma no era un puto sueño del que uno pudiera elegir despertarse. Por mucho que alguien cogiese tu mano y te dijera: «por favor, Josh. Abre los ojos. Tienes que hacerlo por mí».

Estar en coma fue una broma macabra y de mal gusto. Quise gritar cuando escuché a los enfermeros decir en voz alta que alguien debería desconectarme porque estaba sufriendo. Pero yo quería vivir. Vivir. Vivir. Y me sentí desamparado y aterrorizado cuando temí que Helena hiciera caso a los médicos porque no podía protestar en voz alta. Quería dar un puñetazo en la mesa y gritarles que yo seguía vivo y coleando. Pero ¿acaso podía culparla si ella cumplía mi voluntad? ¿No le dije después de casarnos que yo jamás soportaría vivir conectado a una máquina?

Estar en coma era un bucle enfermizo. La playa significaba calma. El laberinto significaba dolor. La voz de Helena me envolvía y me obligaba a seguir luchando. Las agujas que se hundían en mi piel eran como monstruos con largos tentáculos que me perseguían por el laberinto sin salida. Entonces rezaba a todos los dioses en los que no creía para que pusieran fin a aquella tortura.

Recordaba con total nitidez estar en Alaska. Un paisaje de tonos azules y violetas. La aurora boreal flotando en el cielo. Las montañas cubiertas de nieve imponiéndose sobre los fiordos. Caminar por un bosque de Tongass hasta llegar a un acantilado. Hacía un frío que me calaba hasta los huesos. Había un Alaskan Malamute tumbado sobre el manto de nieve. Nos miramos. Me pregunté si tendría algo que hacer contra el oso pardo; el depredador por excelencia de Alaska. Tuve la impresión de que el perro y yo éramos la misma persona y llegué a la conclusión de que estábamos jodidos si nos encontrábamos con el oso. No iba desencaminado. Estuve a punto de morir por una infección. Me pusieron bolsas de hielo por todo el cuerpo para bajar la fiebre. Estaba delirando. No volví a Alaska porque logré superar la septicemia. Al final el Alaskan Malamute no se cruzó con el oso pardo. La doctora Mallon tenía razón: el cerebro es muy complejo.

Todo el mundo me preguntaba lo que se sentía al estar en coma, pero nadie se atrevía a preguntar qué fue lo que me trajo de vuelta. Los entendí. Los médicos son los profetas de la ciencia. Son escépticos por naturaleza. Decían que mi caso era digno de ser estudiado en las universidades de medicina y no querían ni oír hablar de una luz blanca y cegadora.

Pero la luz existía. Yo la había visto. Yo, el tío más ateo sobre la faz de la tierra, se sintió atraído por una poderosa luz que salió de un vitral. Una luz blanca y que irradiaba algo fuera de lo común. Una sensación tan extraordinaria e indescriptible que no podía ser de este mundo. La luz se fue acercando lentamente hasta que se paró frente a mí. Y luego, de golpe, me engulló. Me invadió una paz sobrecogedora y me desmayé. Estaba a punto de caer al suelo cuando sentí — con total claridad—, los brazos de una persona que me atraparon para devolverme al mundo de los vivos. Fue lo más fuerte que he experimentado en toda mi vida.

Abrí los ojos.

Comencé a ahogarme porque el tubo que tenía metido por la tráquea me ponía nervioso. Supe que estaba en una habitación de hospital. Y me pregunté a quién pertenecía la voz de aquella mujer que me había susurrado al oído: «despierta, Josh. Este no es tu lugar».

Varios días más tarde y cuando me bajaron la dosis de calmantes, tuve la suficiente lucidez para reconocer a la propietaria de la voz. Era mi abuela Sophia. Sus oraciones me habían encontrado hasta traerme de vuelta al mundo de los vivos.

La primera vez que me miré en un espejo resultó decepcionante. No, esa no era la palabra adecuada. Para ser sincero no sabía lo que esperar después de un año, cinco meses, tres semanas, dos días y catorce horas sumido en un profundo estado de inconsciencia. La palabra que estaba buscando era: irreconocible.

«Este no soy yo».

Pero ¡sorpresa!, sí lo era. Un tipo cadavérico y de aspecto enfermizo. Los ojos apagados y el cuerpo consumido. Un puto saco de huesos. He de reconocer que la imagen que me devolvió el espejo fue un duro golpe para mi orgullo. Demacrado. Pálido. Delgado. Tan débil que ni siquiera era capaz de levantar el brazo porque pesaba una tonelada. Me sentí patético articulando un puñado de gorgoritos. No era capaz de hablar. No podía moverme. Un fuerte dolor de cabeza me presionó la nuca cuando intenté protestar.

Lo único que me salvó de volverme loco fue verla a ella. Tardó casi cinco horas en llegar que se me hicieron eternas. Tenía muchas preguntas que formularle. «¿Dónde estabas?» «Sé que no te separaste de mi cama, entonces ¿por qué tengo la impresión de que te largaste durante los dos últimos meses?» «Lo sé porque lo único que había a mi alrededor era un vacío desolador» «¿Me diste por perdido?». Pero cuando intenté decir algo, las palabras se quedaron atascadas en mi garganta y lo único que logré farfullar fue un débil:

«Hena».

Quise decir *Helena*. Ella lo entendió y se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba paralizada en el

umbral de la puerta y me miraba como si yo fuera un fantasma. Tan preciosa como la recordaba y más bronceada de lo normal. Mi mujer temblaba de la cabeza a los pies. Se llevó una mano a la boca. Una mano en cuyo dedo anular no había ninguna alianza de bodas. Se me hizo un nudo en el estómago y me puse enfermo al recordar. A ella se le cayó el bolso al suelo cuando corrió a los pies de mi cama.

—¡Josh! ¡Oh, Dios mío, Josh! —enterró la cabeza en mi regazo y rompió a llorar como una niña pequeña—. Los médicos dijeron que tú nunca... Cuando me llamaron no podía creer...

Tardó casi una hora en calmarse. Luego me lo contó todo. Había estado en Texas visitando a mi familia para convencer a Blake de pagarme el tratamiento del hospital de Nueva York. Por eso estaba ingresado en Nueva York y no en Chicago. Recordé los fragmentos de una conversación en la que ella me prometía que lograría que me reconciliara con mi hermano. Todo era demasiado confuso para poner los pensamientos en orden. Mis recuerdos del coma iban y venían como las olas del mar.

Los primeros días fueron estresantes y ella no se separó de mi lado. Después de horas de esfuerzo conseguí verbalizar palabras sueltas y me sentí frustrado. Intentaba comunicarme con mi mujer y ella me pedía con voz suave que me tranquilizara. A mí lo único que me tranquilizaba era que ella me diera la mano porque me sentía como un chiquillo que se perdía en mitad de un supermercado repleto de desconocidos.

—Josh, no te agobies. Tenemos todo el tiempo del mundo para hablar. Por favor, no hagas esfuerzos innecesarios.

Y yo, por supuesto, me afanaba en llevarle la contraria. Me sentía vulnerable. Era humillante necesitar ayuda para todo. No podía comer y tragar los pures insípidos del menú era peor que una tortura. Sentí que perdía toda la dignidad cuando me pusieron aquellos pañales de adulto porque no podía ir por mi propio pie al baño. Me puse hecho una furia y traté de llevarles la contraria incorporándome de la cama. No me caí al suelo porque mi mujer me sostuvo justo a tiempo. Las enfermeras pusieron los ojos en blanco y se ganaron mi antipatía para siempre. Helena las despachó con amabilidad porque sabía lo avergonzado que me sentía. Luego me miró a los ojos y dijo con naturalidad:

—No hay nada que no haya visto antes, Señor Sackler.

«Señor Sackler».

Se me escapó una sonrisa débil. Ella era la única persona que podía aliviar mi tormento en aquellos días de incertidumbre. Porque realmente es lo que fueron. Me sentía superado por la situación y me frustraba no ser dueño de mi propio cuerpo. El orgullo me carcomía por dentro y no lloraba por vergüenza.

Helena estuvo a mi lado cuando intenté sorber agua de la pajita y tiré el vaso de papel de un manotazo torpe.

Helena estuvo a mi lado cuando intenté encontrar mi voz para decirle que la amaba y mascullé un montón de gruñidos inentendibles.

Helena estuvo a mi lado y eso fue todo lo que me importó.

Fueron días duros y grises. Nadie te preparaba para despertar de un coma. La doctora Mallon me explicó —con aquella frialdad profesional que me sacaba de mis casillas—, que me quedaba un largo camino por recorrer en el que debía ser paciente. «Un coma puede acarrear secuelas físicas, psíquicas, psicológicas y emocionales. La clave para recuperarse de una lesión craneoencefálica es no tirar nunca la toalla».

Pero la doctora Mallon no contaba con mis ansias de superación.

Yo no estaba dispuesto a vivir postrado en una cama.

Yo no estaba dispuesto a depender de nadie.

Yo no estaba dispuesto a inspirar compasión en los demás.

Por eso durante la primera semana trabajé con el logopeda para aprender a volver a hablar. Me enfurecí cuando me trató como a un bebé que necesitaba las palabras de aliento de su madre y un puñado de felicitaciones absurdas cuando lograba algún pequeño avance. Y, al cabo de una semana, los dejé a todos boquiabiertos cuando conseguí recuperar el habla. Mi voz sonaba distinta y cada palabra me desgarraba la garganta. Pero guardé todas mis fuerzas para cuando Helena salió del baño. Entonces le dije:

—Te he echado de menos.

Ella asintió y se le humedecieron los ojos. Su reacción no me extrañó porque era una mujer extremadamente sensible. Lo que me desconcertó fue la duda que percibí en su semblante cuando respondió:

—Yo también te he echado de menos, Josh.

No mentía. Sé que me había echado de menos con toda su alma. Pero la conocía lo suficiente para intuir que se estaba guardando algo. De todos modos, estaba a mi lado y puede que los dolores de cabeza y los calmantes me estuvieran jugando una mala pasada. Porque Helena se había ausentado durante dos meses para buscar financiación en Texas y brindarme el mejor tratamiento médico en uno de los hospitales más punteros del país. Estaba casado con una mujer maravillosa. Le pregunté cómo se había llevado con mi familia. Ella respondió con un escueto «bien». Me costaba hacerme a la idea de que ella había estado cerca de Blake, Avery y mi abuela. Tuve la impresión de que no estaba siendo del todo sincera. Yo tampoco lo había sido con ella cuando me preguntó:

—¿De verdad que no te acuerdas de nada?

—No —le sostuve la mirada como el perfecto mentiroso que era.

Ella apretó los labios. Luego me dio la mano y giró el rostro hacia la ventana. Supe que estaba sumida en un mar de dudas y que no sería fácil volver a ser los que éramos antes de embarcarnos en un matrimonio que nos destrozó por completo. Pero esta vez yo haría todo lo posible para convertirme en un Josh diferente. Porque ahora era el marido que había despertado del coma y no se acordaba de nada. Nos merecíamos otra oportunidad. La vida me estaba regalando la ocasión de empezar de nuevo.

Contemplé a Helena y comprendí que me estaba ocultando algo. No podía juzgarla. Yo era el primero que le había mentido. Supuse que todos teníamos nuestros propios secretos. No tenía ni idea de que había secretos que pesaban más que otros y que dentro de un tiempo descubriría el sabor del más amargo de los desengaños.

HELENA

Josh está despierto.

Josh está vivo.

Y eso es todo lo que importa.

Pero... me acosté con su hermano.

¿Cómo te enfrentas a eso? ¿Hay un manual de instrucciones para sobrellevar una situación semejante? Debería comentárselo a Jace, mi jefe. Sería un auténtico bombazo: *Cómo lidiar con tu marido recién salido del coma y contarle que te tiraste a su hermano*. Definitivamente, el libro se convertiría en un éxito de ventas.

Sé que soy una persona horrible y por eso me esfuerzo en ser la clase de esposa que Josh necesita a su lado. Han sido dos semanas agotadoras y caóticas. El estado anímico de Josh es como una montaña rusa de lo más peligrosa. No puedo culparlo. Nadie te prepara para afrontar las secuelas de un coma prolongado. Pero él es un luchador y los ha dejado a todos sin palabras después de merendarse al logopeda. El fisioterapeuta tampoco ha podido con él. Me siento aliviada cuando nos confirman que no ha sufrido un daño cerebral irreversible. Las lesiones físicas son las más evidentes y sé que verse impedido le ha tocado el orgullo. Por eso tiene tantas ganas de largarse del hospital y me convence para pedir el alta voluntaria cuando la neuróloga admite —de mala gana—, que puede continuar con la rehabilitación en casa.

Las secuelas que más me preocupan son, en realidad, las psicológicas. Porque Josh ha perdido la memoria y los meses previos al accidente se han borrado de su cabeza. Dice que sus últimos recuerdos son los relativos a instalarnos en Chicago. Antes de que todo se fuera a la mierda. Mi intención era hablar con él de todo lo sucedido. Enfrentar nuestro matrimonio, los problemas, las faltas de respeto, las discusiones y el aborto. Hablar sobre el hecho de que le pedí el divorcio.

Pero...

No contaba con su amnesia.

Y Josh está muy delicado. Me necesita. En estos momentos no se vale por sí mismo y se ha convertido en un hombre muy frágil y dependiente. Además, sobra decir que me siento tremendamente culpable de lo que sucedió con Blake. Porque todavía estoy enamorada de mi marido aunque nuestro matrimonio fuera un completo fracaso.

Pero...

Estoy en el despacho de la Doctora Mallon porque no quiero que Josh escuche nuestra conversación. Sé que se pondría hecho una furia porque ya ha dejado claro que detesta que lo traten como a un niño. Las enfermeras, los médicos y el fisioterapeuta ponen los ojos en blanco cuando él se exige que no se comporten con él como si fuera un imbécil que no se entera de nada. Para Josh las muestras de amabilidad, las palabras de aliento y la compasión se han convertido en una afrenta.

—Doctora Mallon, Josh no se acuerda de los meses previos al accidente. ¿Cabe la posibilidad de que recupere la memoria?

—Josh padece un cuadro de amnesia retrógrada, que es algo muy frecuente después de sufrir un traumatismo craneoencefálico. Me encantaría darle una respuesta concreta, pero en realidad cada caso es único y no responde de la misma forma. Algunos pacientes recuperan la memoria después de unas semanas o meses, y otros no lo hacen nunca. Es normal que ahora se sienta confuso o alterado si se le habla de sucesos que no recuerda. Debe tener mucha paciencia y tacto con él.

—¿Debería ayudarlo a recordar? —pregunto dubitativa—. Sucedieron cosas muy... complicadas antes de que a Josh lo atropellara aquel coche.

—A título personal, le diré que es una decisión que solo le corresponde a usted. Si me pide mi opinión profesional, me veo en la obligación de explicarle que Josh está en un estado muy delicado física y emocionalmente. Los familiares siempre tienen la esperanza de que el paciente despierte del coma, pero desconocen que volver a la vida tras permanecer varios meses en coma es la primera parte de un largo camino. Será un reto para usted y para Josh. Va a iniciar un proceso de rehabilitación muy lento que puede durar meses o incluso toda la vida. Josh ha perdido diversas facultades físicas y motrices y la integración social será un auténtico desafío. Lo más complicado serán los altibajos anímicos. Habrá momentos en los que le cambie la personalidad y usted no reconozca al hombre con el que se casó. Es fundamental que Josh reciba el apoyo de su familia y que se altere lo menos posible.

Asiento resignada porque no es lo que quería oír.

—Es decir, que no debería contarle cosas que podrían hacerlo sufrir.

—Señora Sackler —la doctora me ofrece una mirada dura y honesta. Es la primera vez que la veo despojarse de esa actitud profesional y fría—. No sé que la llevó a alejarse del hospital durante varios meses y le aseguro que no quiero saberlo. Pero Josh necesita a su lado a alguien que esté con él de manera incondicional. Si no puede ofrecerle lo que él necesita, será mejor que les pida ayuda a sus familiares y se aleje de él. De lo contrario, la rehabilitación de su marido será un completo fracaso.

Salgo mareada del despacho de la neuróloga. «Pedirles ayuda a sus familiares», ni de coña. Josh no es un trasto del que me deshago porque ya no me sirve. Josh es mi marido y voy a estar a su lado. Pero este secreto me está pudriendo por dentro y me cuesta mirarlo a los ojos sin sentirme

una miserable.

No quiero pensar en *él*.

No me permito ni un minuto de debilidad.

No quiero recordar nuestra última conversación porque ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. Una parte de mi corazón se quedó en Texas y sintió que se estaba traicionando a sí misma cuando embarcó en aquel avión con destino a Nueva York. La otra permanece junto a su marido y sabe que no puede volver a abandonarlo porque está enamorada de él.

Solo puedo desahogarme con una amiga y me encierro en el cuarto de baño del pasillo para llamarla por teléfono. Es la única persona que sabe lo que sucedió entre nosotros. Penny es mi mejor amiga y me alivia que no me juzgue porque de lo contrario no podría soportarlo.

—¿Qué tal estás? —pregunta en cuanto descuelga el teléfono.

—He hablado con la neuróloga de Josh. Dice que lo último que le conviene es alterarse y que su estado es muy delicado.

—Helena... —mi amiga guarda silencio durante unos segundos—. No sé qué decirte. Tengo la impresión de que esta situación te salpicará en la cara tarde o temprano. Ojalá me equivoque. Un secreto tan gordo no lo puedes guardar eternamente.

—Yo no quiero engañar a Josh. Pero ¿qué hago? ¿Le cuento la verdad y le destrozo la vida? ¿Y si por mi culpa sufre una recaída? Jamás me lo perdonaría.

—No lo sé, Helena. Quizás deberías esperar a que él se recupere antes de contárselo.

—Tal vez.

—No me gustaría estar en tu lugar. ¿Has hablado con Blake?

Escuchar su nombre provoca que mi corazón se salte un latido.

—No.

—Helena...

—No quiero hablar de él —digo con voz tajante—. Para mí no existe.

—No digas tonterías.

No es ninguna tontería. Ella no estuvo en aquel coche. No escuchó lo que nos dijimos. Penny no puede hacerse a la idea de lo que sucedió entre nosotros porque es demasiado duro para recordarlo.

—¿Sabes que nadie te obliga a permanecer al lado de Josh?

—¿Qué estás diciendo? —mi voz es un temblor de ira.

—Lo que has oído. Le habías pedido el divorcio. Decidiste que lo vuestro se había terminado.

—Él no se acuerda de nada y yo no estoy segura de querer que se acabe.

Penny resopla.

—Helena, ¡por favor! —exclama fuera de sí—. ¿De verdad necesitas volver a pasar por lo mismo? ¿No tuviste suficiente con vivir un matrimonio tóxico y sufrir un aborto? Puedes estar a su lado como su amiga, pero darle una segunda oportunidad a algo que no te hace ningún bien no es digno de una de las mujeres más inteligentes que conozco.

—Tengo que colgar.

Guardo el teléfono dentro del bolso y salgo del cuarto de baño. Recorro el pasillo en dirección a la habitación y escucho a Josh discutir con alguien. «Otra vez no», suplico para mis adentros. La Doctora Mallon se ha quedado corta respecto a los cambios de humor. Josh es un hombre encantador y con un extraordinario don para caer bien a los demás, pero se está ganando a pulso el ser un paciente difícil. Respiro profundamente antes de entrar. Le está montando otra escena al fisioterapeuta.

—Tienes que entender que es tan perjudicial no hacer nada, como esforzarte más de la cuenta. No puedes llevar a tu cuerpo al límite. Has estado más de un año en coma. Tienes los músculos atrofiados. No quieras volver a ser el mismo de siempre en cuestión de unos días.

—Puedo seguir —insiste irritado—. Conozco mis límites.

Llamo a la puerta antes de entrar.

—Hola.

El fisioterapeuta parece aliviado de verme.

—Ya hemos terminado la sesión de hoy. A partir de mañana enviaremos a alguien a tu casa. Enhorabuena por el alta, Josh.

—No veo el momento de largarme de este maldito hospital.

El fisioterapeuta me dedica una mirada empática antes de salir de la habitación. Me quedo a solas con Josh. Soy la única persona con la que él todavía no ha discutido. Tengo la impresión de que se muestra cauteloso porque tiene miedo de perderme. Josh está sentado en la silla de ruedas y ha perdido mucho peso. Es un hombre débil y que utiliza la rabia para demostrar lo contrario. No me quiero ni imaginar lo vulnerable e indefenso que ha de sentirse. No tiene nada de lo que

preocuparse. Yo voy a estar a su lado. Penny se equivoca. No lo hago porque me sienta obligada, lo hago porque me da la gana.

—¿La doctora Mallon ha firmado ya el alta? — pregunta esperanzado.

—Sí. Muy a su pesar.

—Quiere que sea su conejillo de indias.

—Solo prefiere que sigas la rehabilitación en el hospital.

—No veo por qué. Detesto los hospitales. Huelen a lejía y a enfermedad. Me encontraré mejor en cuanto salga de aquí.

—¿Significa eso que a partir de ahora vas a estar de mejor humor? —bromeo para que se relaje.

Josh hace el amago de sonreír y por un instante percibo el reflejo del joven de ojos verdes con el sentido del humor más arrollador que he conocido en mi vida. Sé que está dentro de él y voy a hacer todo lo posible para resucitarlo.

—Significa que a partir de ahora las enfermeras no lo van a echar a suertes para ver quien me trae la comida.

Me muerdo el labio y me agacho para darle un beso en la mejilla. Josh vuelve la cabeza y me besa en la boca. Siento un torbellino de emociones en el estómago. Durante mucho tiempo eché de menos besarlo. Quiero besarlo durante el resto de mi vida porque somos perfectos cuando lo hacemos. Siempre hemos funcionado en el sexo porque la razón no tenía nada que ver en ello. Josh me besa con cariño y devoción y tengo ganas de llorar. Las lágrimas me atenazan la garganta. Me estremezco de placer cuando muerde mi labio inferior y murmura con voz ronca que solo por este beso ha merecido la pena despertarse. Luego se separa respirando con dificultad y me aparto de él para mirarlo con preocupación.

—Necesito... una pausa —la voz de Josh es más grave de lo normal.

—Nos lo tomaremos con calma.

Me siento como una idiota porque debería haberlo frenado. Para Josh cualquier mínimo esfuerzo físico es una odisea. Él busca mi mano y se la lleva a los labios para depositar un casto beso.

—No llevas puesta la alianza.

—La perdí en el accidente.

Josh se queda confundido durante unos segundos y de repente sus ojos se oscurecen. Tengo la impresión de que acaba de recordar algo que le duele. Lo observo con cautela.

—¿No recuerdas nada?

—Recuerdo nuestra boda en las Vegas —dice, y sus ojos se iluminan—. Ibas vestida de Mia Wallace. La peluca te quedaba fatal. El negro no es tu color.

—¿Cuál es tu último recuerdo antes del accidente?

—Conseguiste un empleo en aquella editorial. Yo estaba estresado en el trabajo y...

Josh se lleva una mano a la cabeza y esboza una mueca dolorida. Le aprieto la mano con ternura. Me acaba de quedar muy claro que no puedo seguir el consejo de Penny. No puedo forzarlo a revivir un episodio traumático que podría desestabilizarlo. La Doctora Mallon tiene razón.

—Ya te irás acordando —lo tranquilizo, y añado con voz suave—: Tenemos todo el tiempo del mundo para ponernos al día.

—¿Sabes que es lo que me gustaría hacer en cuanto salgamos del hospital? Cruzar la puerta de la primera joyería que encontremos y pedir que te hagan una nueva alianza con la fecha grabada de nuestra boda.

—Vale.

—Eh, ¿estás bien?

Josh hace un gran esfuerzo al alargar el brazo para tocarme la mejilla. Le tiembla la mano y tengo que aferrarla para que me toque. El contacto de sus dedos sobre mi piel me reconforta.

—Sí —le miento, y espero que no se me note—. No me puedo creer que estés aquí conmigo.

—No me voy a ir a ningún lado. No quiero estar en otro sitio que no sea contigo. Estamos hechos el uno para el otro. Lo sé porque ni siquiera un coma ha conseguido alejarme de ti.

Deseo con todas mis fuerzas que esté en lo cierto. Cuando nos casamos prometimos estar juntos hasta el fin de nuestros días. En la salud y en la enfermedad. Como dice nuestro tatuaje: *hasta el infinito y más allá*. Sé que va a ser complicado y supongo que algún día tendré que contarle la verdad. Mientras tanto, voy a ser justo lo que él necesita: su esposa. Eso no hay nada ni nadie que pueda arrebatarlo.

BLAKE

Agosto ha llegado a Paradise Lake por todo lo alto. Una fuerte tormenta de arena ha sembrado el caos a su paso. No es como si fuera la primera tormenta de arena que sufrimos. Soy un sureño de Texas y estoy más que acostumbrado a lidiar con las inclemencias del tiempo, pero este imprevisto me ha tocado los cojones de una manera fuera de lo normal. Hoy estoy de un humor de perros y nadie me aguanta. Por eso todos me rehúyen y nadie me ha dirigido la palabra. A excepción de mi hija, que no me tiene miedo.

Hay arena por todas partes. Hannah está barriendo el porche por tercera vez. Mi abuela está fregando los cristales a pesar de que ya he perdido la cuenta del número de veces que le he pedido que se quede en la cama. Cualquiera le lleva la contraria. Sobra decir que ella tampoco me teme, pero es lo suficiente sabia para no decirme nada. Bill está limpiando las caballerizas y Stuart lavando la camioneta.

Me saco las botas y dos montañitas de arena caen al suelo. Acabo de rescatar a una vaca que se había extraviado del rancho por culpa de la tormenta. Nadie sabe cómo se ha podido escapar del establo. Yo sí lo sé. Seguro que a Bill se le olvidó echar el pestillo. Es un desastre y el único motivo por el que no le he echado la bronca es porque sé que me pasaría tres pueblos. Estoy que me subo por las paredes.

No quiero pagar mi frustración con nadie.

Subo a lomos de Balder y lo espoleo. Cabalgar me relaja, o por lo menos lo hacía. El intenso sol de agosto se refleja sobre el pasto dorado. El cielo es de un azul turquesa y está desprovisto de nubes. A lo lejos se divisa la silueta imponente de las montañas rocosas. El viento cálido me acaricia la cara. No quiero pensar en nada. Cabalgo a toda velocidad y Balder resopla. Soy un privilegiado por vivir en un sitio como éste. Josh nunca lo valoró lo suficiente, pero Josh y yo no nos parecemos en nada. El rancho es mi hogar, ¿por qué de repente se me antoja un lugar tan inhóspito?

Porque me falta *ella*.

Se ha largado con mi hermano. No quiero ser un egoísta. Debería alegrarme porque Josh está vivo. Me alegro de que Josh esté vivo, joder. Me alegro con todo mi corazón. Cuando fui a visitarlo al hospital se me cayó el alma a los pies y recé para que sucediera un milagro. Es solo que...

Agito las riendas y Balder acelera el ritmo. «No pienses en ella, por lo que más quieras. Es tu cuñada. La mujer de tu hermano pequeño». Sabía que era una locura en cuanto ella me lo confesó. Demasiado tarde. Me hice ilusiones. Albergué esperanzas. Es difícil no tenerlas cuando

el corazón te palpita con fuerza porque aparece en tu vida una mujer que te rompe los esquemas. Cuando te acojonas porque no la intimidas y ella responde a tus pullas con una valentía que te desarma.

Yo no quería sentirme atraído por ella.

Yo no quería acostarme con ella. Dios, sí que quería. Deseé acostarme con ella desde el primer momento en el que la vi tirada en la carretera. Con el cabello rubio y la cara más bonita que he visto en mi vida. Con esa mirada combatiente y esa inteligencia que me dejaba alucinado.

Sabía que me causaría problemas desde el principio. Intenté alejarla de Paradise Lake. La puse a prueba y las superé todas. Me comporté como un capullo arrogante con la esperanza de que ella desistiera. Me desarmó. Me cautivó. Jamás me había sentido igual. Y justo cuando decidí dar el paso... ella me confesó que era mi cuñada. El resto ya es historia.

Hace demasiado calor y tiro de las riendas para regresar al rancho. Ayer me quedé dormido escuchando una canción de Dua Lipa. Vamos, no me jodas. Esto es el colmo. No me reconozco. Yo soy de Johnny Cash y George Strait. Música para hombres de verdad. No me puede haber dejado tan tocado. Balder aminora el ritmo y llegamos trotando hasta las cuadras. Bill suspira mientras termina de limpiar. Le pido que se tome un descanso y que yo lo relevo. Me apetece estar solo. Estoy quitándole la montura a Balder cuando recuerdo la primera vez que Helena se quedó a dormir en el rancho. Sus ojos abiertos de par en par cuando observó el resultado de la tormenta de arena.

—¿Qué pasaría si una tormenta de arena me pilla en el exterior?

Me acerqué para darle fuego y se me cortó la respiración. Noté que ella se sentía intimidada y maldije para mis adentros la impresión que le causaba. Seguro que me veía como a un vaquero bruto e ignorante. Le había pedido que se quedara a pasar la noche bajo el pretexto de que mi abuela no consentía que ella se largara en mitad de una tormenta de arena. Mentí. Fue una excusa para tenerla cerca.

—*Tu visibilidad se reduciría a cero y no lograrías mantenerte en pie —le expliqué con naturalidad para ganarme su confianza—. Es imposible avanzar durante una tormenta de arena. Lo más prudente es buscar un refugio y cubrirse los ojos, la nariz y la boca si te pilla en el exterior. Estarías muerta si eres asmática y aspiras el polvo.*

—*Así que hemos hecho bien en quedarnos en casa...*

Ella le dio una calada al cigarro y sacudió la barandilla del porche para apoyarse. Intenté no sonreír. Estaba hecha una remilgada de mucho cuidado, y aun así era tan cabezota que se empeñaba en demostrar lo contrario. Ella me pilló mirándola de reojo y enarcó una ceja.

—¿Qué pasa, vaquero?

Vaquero. John Wayne. ¿Por qué no podía limitarse a llamarme por mi nombre? ¿Tanto rechazo le producía? Aunque, para ser sincero, me lo había ganado a pulso con aquella actitud de sobrado.

—*Ya te has forjado una opinión sobre mí.*

—*Lo dices como si tú no hubieras hecho lo mismo conmigo.*

«*Dios, si tú supieras...»*

—¡Papi! —Avery se abraza a mis piernas y me saca de mis recuerdos—. ¡Aquí estás! ¿Dónde te habías metido? Son las vacaciones de verano y me prometiste que haríamos cosas juntos.

—Lo sé, cielo. Pero la tormenta de arena nos ha obligado a trabajar más de lo normal.

Avery se cruza de brazos y frunce el ceño. Ojalá no se pareciera tanto a mí porque es demasiado tozuda para su edad. Aunque prefiero que saque lo peor de mí antes que tener una pizca de la maldad de madre. Para qué engañarnos.

—Hoy todos han trabajado menos tú. Saben que te has escaqueado para ir a montar a caballo pero nadie te lo dice porque eres el jefe.

—¿Y tú por qué lo haces?

—¡Porque soy tu hija y no puedes despedirme!

Se le escapa una risilla que consigue ablandarme. Me agacho para quedar a su altura y Avery se cuelga de mi cuello como si fuera un mono. La cojo en brazos y la llevo hasta la parte trasera de las cuerdas. Luego le pregunto si quiere ayudarme a bañar a Balder y ella responde entusiasmada que sí. De vez en cuando la salpico con la manguera de agua fría y ella se parte de risa. Mi pequeña. La quiero con toda mi alma y haría cualquier cosa por ella. Ojalá el tiempo pasara más despacio porque me aterra que crezca tan rápido.

—Papi —me dice cuando terminamos de bañar a Balder—. Echo mucho de menos a mamá. ¿Cuándo volverá de su viaje?

Mi expresión se ensombrece y no sé dónde meterme. Ojalá Helena estuviera aquí para echarme un cable. A ella se le daba fenomenal lidiar con Avery. Tiene un don para los niños. Tiene un don para calar en el corazón de los demás. Por eso todos la echan tanto de menos.

Helena.

¿Por qué todo me recuerda a ella? Soy el padre de Avery y no la necesito para educar a mi hija.

—No lo sé.

Me parece la respuesta más apropiada porque explicarle que no voy a permitir que la demente de su madre se acerque a ella es demasiado cruel. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ocultó un escorpión en su conejito de peluche para asustar a Helena. ¿Qué clase de madre hace algo así? Por el amor de Dios, podría haberle picado a Avery.

—¿Podemos hacerle una videollamada a Helena? —pregunta esperanzada, y el cuerpo se me termina de cortar—. Ella me dijo que podía llamarla siempre que quisiera. No sé por qué no me ha llamado. ¿Tú crees que se ha olvidado de mí? ¡Ojalá cuide bien del Señor Bigotes!

—Seguro que sí.

—¿La vamos a llamar?

—No.

—¿Por qué? —insiste enfurruñada—. ¡Quiero hablar con ella!

—Está muy ocupada y no podemos molestarla.

—Yo creo que se pondrá muy contenta si la llamamos. Vamos, papi, por fa. ¡Quiero hablar con ella!

—En otro momento.

—¡Ahora!

Avery patalea en el suelo e infla las mejillas. Estoy al límite de mi paciencia.

—No.

—¡Sí!

—Avery, para.

—¡Quiero hablar con Helena!

—¡Qué te he dicho que no!

Le pego tal grito que a ella se le llenan los ojos de lágrimas. Contiene un hipido y sale disparada. Me froto la cara con las manos. Soy gilipollas. ¿Qué cojones me pasa?

—Avery, espera...

Estoy a punto de seguirla cuando me doy de bruces con Stuart. Por su expresión, sé que ha visto lo suficiente. Yo jamás pierdo la paciencia con Avery. Nunca. Hago todo lo posible por ser un

buen padre. Adoro pasar tiempo con mi hija y cuento hasta tres antes de darle una mala contestación. No sé qué me ha pasado.

—¿Qué quieres, Stuart?

Stuart no dice nada. Se limita a mirarme con esa expresión censoradora que me saca de mis casillas. La tiene desde que llegué de *El gran rodeo de Houston*. Cómo si no tuviera suficientes problemas.

—No me mires así.

—Pues no pagues tu malhumor con nadie.

—Cuando quiera un consejo, te lo pediré.

—No me intimidas, Blake. Puede que a Hannah y a Bill los tengas asustados, pero yo casi te doblo la edad y antes de trabajar para ti, lo hice para tu abuelo. Cuando llegué aquí no eras más que un chiquillo que pretendía demostrarle a todo el mundo que ya era un hombre hecho y derecho que podía encargarse del rancho —Stuart me mira sin inmutarse cuando lo atravieso con la mirada—. Deberías haberle pedido que se quedara. Todavía estás a tiempo de descolgar el teléfono.

—No sé de qué me hablas.

—A mí no me engañas —Stuart me da una palmadita en el hombro—. ¿Qué le dijiste para que se largara?

—Te repito que no sé de qué me hablas. Si te refieres a Helena, te recuerdo que es la mujer de mi hermano. Se largó a Nueva York tal y como tenía pensado.

—Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que tú la empujaste a marcharse cuando te enteraste de que Josh había despertado del coma?

Soy incapaz de responder. Stuart suspira y me mira como el amigo que es.

—Has sido un cobarde. Tuviste miedo de que ella no te eligiera. No me quiero ni imaginar lo que le dijiste para empujarla a los brazos de tu hermano.

—Está casada con él —respondo de mala gana, y cojo la manguera para seguir con el trabajo y tener la mente ocupada—. Lo que haga con su vida no es asunto mío.

JOSH

—¿Desde cuándo fumas?

Me quedo anonadado cuando Helena sale a la terraza y enciende un cigarrillo. Se vuelve hacia mí con gesto avergonzado como si la hubiera pillado cometiendo un delito. Sé que es una mujer adulta y no tiene por qué darme explicaciones, pero me cuesta asimilar su nuevo vicio porque antes ella detestaba el tabaco. Se ponía furiosa si íbamos a cenar a algún restaurante y le llegaba el humo del de la mesa de detrás.

—Desde el accidente. He intentado dejarlo, pero no puedo.

«Mierda».

Helena le da una calada al cigarro. Está distraída desde que nos hemos instalado en este apartamento con ascensor. De lo contrario, no podría subir hasta el séptimo piso porque estoy en silla de ruedas. Por el momento. No me voy a quedar postrado en este cacharro de por vida. Quiero follar con mi mujer. Quiero desvestirla y correrme dentro de ella. Quiero ser su marido, y no un lastre del que ella se ve obligada a cuidar.

No me quiero ni imaginar por lo que ha pasado. Lo aterrada que debió sentirse para viajar a Texas y pedirle ayuda a mi hermano. *Blake*. Detesto estar en deuda con él. Recuerdo vagamente su visita al hospital cuando estaba en coma. Me pregunto cómo consiguió ablandarlo. Helena apenas habló del rancho y tengo la impresión de que me está ocultando algo. ¿Puedo culparla? Desde luego que no. Yo he fingido una amnesia para mantenerla a mi lado porque me aterra la posibilidad de que ella se siga planteando el divorcio. Estoy convencido de que la vida me ha dado una segunda oportunidad para estar con ella. No puedo desperdiciarla. Esta vez lo haré bien.

—Todavía no me explico cómo convenciste a mi hermano para que pagara el tratamiento.

Ella se sobresalta al escucharme y el cigarro está a punto de caérsele de las manos. Nos hemos instalado a las afueras de Nueva York. Todo pagado por Blake. El dinero para el ingreso en el hospital lo empleamos ahora para pagar los costes de la rehabilitación. ¿He dicho ya que detesto sentirme en deuda con Blake?

—Simplemente se lo pedí y él aceptó.

—¿Así sin más?

Helena apaga el cigarro en el cenicero. Parece crispada. Sé lo gilipollas que puede ser mi hermano. Sé lo cabezota que puede resultar Helena. Seguro que lo puso contra las cuerdas y él se vio obligado a aceptar para que lo dejara en paz. Quizá él se comportó como un energúmeno y por eso Helena no quiere mencionarlo en voz alta. Se cree que pondré el grito en el cielo, pero conozco de sobra a mi hermano y sé lo neandertal que puede llegar a ser. A estas alturas ya nada me sorprende.

—Sí.

—No quiero deberle dinero —le digo con orgullo.

—No es un préstamo.

—Por supuesto que no lo es. Él jamás se rebajaría a pedirme que le devuelva el dinero. En cuanto me libre de esta maldita silla, me pondré a trabajar y le devolveré hasta el último centavo. Tú también deberías regresar al trabajo. No quiero que tu vida se resuma en cuidar de un inválido.

—¡Josh!

Helena está horrorizada y yo ni me inmuta. Es la pura verdad. Los dolores de cabeza y las secuelas físicas son terribles. La rehabilitación me duele como si miles de agujas me atravesaran la piel. Estoy de los «debes tener paciencia» y «deberías sentirte agradecido» hasta los huevos. ¿Debo dar las gracias porque me atropellara un coche? Pues nada, muchas gracias.

Helena coge una de las sillas de mimbre de la terraza y se sienta a mi lado. Apoya la cabeza en mi hombro y su mano derecha se entrelaza con mi mano izquierda. Es la única persona que consigue calmarme. Hoy le he gritado al fisioterapeuta porque me ha impedido hacer más de diez flexiones. También estoy hasta los huevos de la compasión y la sobreprotección.

—No vuelvas a decir algo así.

—He dicho muchas cosas.

—Sabes a qué me refiero —me aprieta la mano con suavidad como si temiera hacerme daño—. Tú no eres ningún inválido, y si lo fueras no tendría ningún problema en cuidar de ti durante el resto de mi vida. En la salud y en la enfermedad. Estamos casados, Señor Sackler.

—Por desgracia para ti.

—Josh...

—Mira el lado positivo: si discutimos, puedes empujarme por una rampa.

—Al menos tu cerebro sigue funcionando, porque sigues teniendo el mismo humor irónico de antes...

—¿Sabes lo que también funciona? Mi corazón. Todavía se emociona cuando estás cerca.

Helena aferra mi mano y sé que voy por el buen camino. No le he mentado —al menos, no en esto último—, porque mi corazón sigue latiendo por ella con la misma intensidad de antes. La quiero con locura. Estoy enamorado de mi mujer y haré lo que haga falta para seguir casado con ella.

—Y espero que mi polla recobre la fuerza cuando me respondan las piernas.

—¡Josh! —intenta sermonearme, pero le entra un ataque de risa—. Eres lo peor...

—Pero te has reído.

—Porque soy de risa fácil.

Me aparto de ella para mirarla a los ojos. No sé lo que hay en los suyos. Sé que Helena me quiere, puedo sentirlo. Pero también sé que tomó la decisión de divorciarse porque nos hicimos mucho daño. Necesito llegar a ella y convencerla de que todavía podemos ser felices. No quiero que se quede conmigo por lástima. Jamás lo soportaría. Quiero ser el mismo hombre que la hacía suspirar. El mismo por el que renunció a un puesto de trabajo y con el que quería ser madre.

—Te queda bien.

Me refiero al anillo que hemos elegido en la joyería. Es una sencilla alianza de oro blanco que he comprado con los escasos ahorros de mi cuenta bancaria. Lo que me faltaba era que Blake pagara la alianza de mi mujer. Tiene la fecha grabada de nuestra boda.

—Gracias por no haberme desconectado.

A ella se le cambia la expresión y sus ojos se vuelven vidriosos. Aprieta los labios y durante unos segundos no dice nada.

—No quiero hablar de eso.

—Me siento en deuda contigo. Nunca perdiste la esperanza. Estoy vivo porque te negaste a aceptar el diagnóstico de los médicos. Cuando nos casamos te dije que yo no quería vivir conectado a una máquina. Está de más decir que nunca pensé que me vería en una situación semejante. Menos mal que no me hiciste caso.

—Pensé que estaba contradiciendo tus deseos... me sentí culpable y egoísta.

—Yo lo escuchaba todo. El último libro que me leíste fue *El amor en los tiempos del cólera*. Quería despertarme para consolarte. Ojalá hubiera podido. Me angustiaba que un día siguieras el consejo de los médicos. Estaba aterrado.

—Ay... Josh...

Ella esconde la cabeza en mi pecho y le acaricio el pelo como solía hacer cuando estábamos en la universidad. Ojalá pudiera dar marcha atrás. Al momento exacto en el que ella se subió al escenario para dar su discurso mientras yo pensaba cómo pedirle matrimonio. Tendría que haber sido sincero con ella desde el principio. Hablarle de mis prioridades y del hecho de que no quería tener hijos. Fui ambicioso y cobarde. Me aferré a ella porque lo que teníamos era demasiado bueno para dejarlo escapar.

—¿Te puedes creer que cuando me desperté del coma sentí la voz de mi abuela? —le confieso, un tanto avergonzado porque no creo en el Más allá—. Es como si ella supiera que necesitaba su ayuda.

—No creo que eso sea posible.

—Ya conoces a mi abuela. Es una mujer increíble. Debería llamarla para tranquilizarla. Lo habrá pasado fatal. ¿Me puedes dar el móvil? Yo me acercaría, pero me tropiezo con todos los muebles. Debería haberme sacado el carnet de inválido. Lo mismo me apunto a la autoescuela.

Helena se aparta de mí y se muerde el labio.

—Josh, tu abuela no sabe que estabas en coma.

—¿Qué? —me pongo rojo de ira en cuanto sospecho el motivo—. Ha sido cosa de Blake, ¿no? Seguro que prefería que ella pensara que soy una mierda de nieto que la ha ignorado durante un año y medio.

—No, Josh —Helena vuelve a cogerme la mano—. Tu abuela está delicada del corazón y el médico aconsejó a Blake que no se lo contara. Temían que la verdad pudiera afectarla demasiado.

—Joder... —suelto la mano de Helena porque me estoy empezando a agobiar. Mi abuela es una mujer fuerte y con una salud de hierro. Siempre ha cuidado de todos nosotros—. Pero ¿está bien?

—Por el momento sí.

—Tengo que hablar con ella —me desespero cuando Helena no me entrega el teléfono—. No soy idiota. No le diré que he estado en coma. Ya me inventaré alguna excusa a riesgo de quedar como un insensible. Solo necesito oír su voz.

Helena no mueve ni un músculo.

—Helena, me arrastraré por el suelo si hace falta. Tú verás si quieres ver a tu marido reptar como un gusano.

—Vale —se da por vencida—. Pero llama primero a tu hermano, por favor. Deberías darle las gracias por todo lo que ha hecho por ti. Y ya de paso le explicas que vas a hablar con tu abuela.

Pongo mala cara, pero marco el número de teléfono de Blake porque ella tiene razón. Si mi abuela está delicada de salud, lo mejor es que Blake hable primero con ella antes de que yo la llame por teléfono. No quiero que tenga una recaída por mi culpa. El contestador de Blake salta después de la llamada. Le devuelvo el teléfono a Helena, aunque lo que en realidad me apetece es lanzarlo por los aires.

—Cómo no. ¿Para qué me iba a coger el teléfono? Solo he estado en coma quince meses. Pensaré que no es urgente.

—Lo habrás pillado ocupado...

—¿Qué te apuestas a que no me devuelve la llamada?

Helena no responde. Es mejor así. Cómo se nota que no conoce a Blake. Es tan arrogante que incluso siente la necesidad de darle una lección al inválido de su hermano pequeño.

HELENA

Me prometí que no volvería a hablar con Blake, pero la situación lo requiere. Josh está cabreado y temo que pueda cometer alguna locura. El estado de salud de Sophia es muy delicado y no quiero que su llamada le pueda causar un sobresalto. Josh ha estado despotricando de Blake un buen rato mientras yo intentaba tranquilizarlo en vano.

«Es un capullo».

«No le importo».

«Lo hace para darme una lección».

Me horroriza que Josh vea a su hermano mayor de esa manera. Sobre todo cuando se jugó la vida para conseguir el dinero de su tratamiento. No tengo ni idea de lo que sucedió entre ellos y no creo que sea el momento de preguntárselo. Y por si las cosas no fueran lo bastante tensas entre ellos, me acosté con Blake. Si cabe la posibilidad de que ellos se reconcilien, yo lo estropearé si le confieso a Josh lo que sucedió entre nosotros.

Me encierro en el cuarto de baño para enviarle un mensaje a Blake. Un sms de los de toda la vida porque él no tiene WhatsApp. El vaquero alérgico a las nuevas tecnologías. Durante unos minutos pienso en lo que escribir porque no quiero que me malinterprete. Todavía sigo dolida con él por todo lo que me dijo. ¿Cómo fue capaz de ser tan cruel conmigo? Sé porque lo hizo. Sé que me mintió. Pero me escoció de todos modos porque tomó una decisión irrevocable. Supongo que nunca terminas de conocer a una persona. Mi abuelo me dijo una vez que a las personas las conoces de verdad en los malos momentos. Frente a las adversidades muestran su verdadera cara y es imposible ocultar lo que son en realidad. Porque la cobardía, el orgullo, el miedo o la rabia es fácil mantenerlas a raya en los buenos momentos.

¿No conozco a Blake? Me gustaría creer que sí lo hago. Pero me ha decepcionado tanto que juré guardar la distancia con él. Primero por Josh. Segundo por mí. Josh y yo somos un matrimonio en el que no hay espacio para segundas personas. No merece la pena que me torture con algo que no tiene ningún sentido. Blake me lo dejó muy claro.

Al final me decido por un mensaje corto y directo en el que no caben los segundos sentidos. Es lo mejor.

“Por favor, cógele el teléfono a tu hermano”.

Me sorprende que la respuesta de Blake no se haga de rogar. Mi pulso se dispara antes de leerlo. Es increíble que pueda afectarme de esta manera a pesar de que está a miles de kilómetros de distancia.

“¿Qué es lo que quiere?”

Dios, no me puedo creer que sea tan obcecado. «Tu hermano ha estado en coma casi un año y medio. ¿Qué va a querer, pedazo de zoquete? ¡Hablar contigo!». Respiro profundamente antes de perder los nervios y enviarle un mensaje del que luego me arrepentiría.

“Quiere hablar con Sophia. Sabe que está mal. Le he dicho que primero debía llamarte para que allanaras el terreno”.

“¿Por qué le has contado que mi abuela está enferma? Josh no necesita preocupaciones en este momento. Debe centrarse en recuperarse”.

Vale, es el colmo. No me puedo creer que tenga la poca vergüenza de explicarme lo que es mejor para mi marido. Se acabó lo de ser diplomática.

“¿Y tú qué sabes lo que necesita tu hermano si ni siquiera has hablado con él?”

Diez minutos después, llego a la conclusión de que Blake no va a responderme. Entiendo que se siente culpable por lo que sucedió entre nosotros. Los dos estamos en el mismo punto. Pero a mí no me queda otra que dar la cara porque Josh es mi marido. Me gustaría creer que Blake se niega a cogerle el teléfono a Josh porque está avergonzado. El Blake que conozco se preocupa por su hermano y no le da la espalda a la mínima de cambio. Yo no me acosté con un capullo insensible. Lo sé.

Salgo del cuarto de baño y me encuentro a Josh peleándose con el cubo de basura para tirar un ramo de flores. No consigue accionar la palanca que abre la tapadera porque está hecha para los pies. Los médicos le han dicho que volverá a caminar, pero sus músculos están atrofiados después de haber permanecido tanto tiempo en coma y la rehabilitación es un proceso muy lento. De todos modos, Josh intenta levantar la pierna porque es demasiado orgulloso para darse por vencido.

—¿Qué haces?

—Es un regalo de los compañeros del periódico. Martin me ha llamado hace un momento para decirme que el puesto sigue siendo mío y que me tome todo el tiempo necesario para regresar con las pilas cargadas. No veo el momento de volver al trabajo.

—No te preocupes ahora por eso.

Le arrebató el ramo antes de que consiga tirarlo a la basura.

—No las quiero —se enerva—. Las flores son para los muertos. ¿A quién se le habrá ocurrido?

—Es un detalle muy bonito.

Leo la tarjeta escrita con una pulcra letra femenina y siento un resquemor en el estómago. De repente me entran ganas de tirar las flores a la basura, pero me controlo porque Josh está delante. El pasado acaba de regresar para recordarme por qué le pedí el divorcio. La nota es de Tracy.

Querido Josh,

Todos te echamos mucho de menos. Sabíamos que eres un luchador y que no te darías por vencido. Te esperamos con los brazos abiertos.

Cuídate,

Tracy

—¿Qué dice la nota?

—Que te echan mucho de menos, eres un luchador y te esperan con los brazos abiertos —le resumo, ignorando de manera deliberada el nombre de Tracy. No lo hago porque esté celosa, sino porque la Doctora Mallon me explicó que el estado anímico de Josh es clave para su recuperación. Tracy es solo uno de los muchos problemas que tuvimos. No quiero hurgar en la herida.

—Qué originales. La mayoría seguro que se alegró cuando me atropelló el coche. Uno menos con el que competir para ganar un ascenso.

—Josh, por Dios...

—Es la pura verdad.

Josh me arrebató las flores y abrió el cubo de la basura con la mano para tirarlas dentro. Consigo salvar el ramo en el último momento y él resopla. Son preciosas y no voy a permitir que se deshaga de ellas. Sería un pecado. Hay peonías, claveles, solidagos y flor de cera. Me encantan las flores porque me recuerdan a Sophia y a todos los momentos que vivimos juntas. Busco un jarrón para meterlas en agua y las coloco sobre la mesa de la sala de estar.

—Jamás volveré a aparcar en un estacionamiento de minusválidos. No tenía ni idea de que su vida fuera tan complicada.

—No me gusta que hagas ese tipo de bromas.

—Habló la que acaba de salirse con la suya porque no me funcionan las piernas.

Ignoro su comentario irónico porque sé que forma parte de su carácter. Josh siempre tuvo un humor un tanto sarcástico y sé que ahora lo utiliza para fingir que lo de la silla de ruedas no le afecta. Es su mecanismo de defensa. Lo conozco demasiado bien para que me engañe.

El intenso color amarillo del solidago me recuerda a los girasoles. Me pregunto si alguien se estará ocupando de mi iniciativa del campo de girasoles para turistas. Supongo que Blake habrá llamado a la empresa que se encargaba de recolectarlos. Es una pena. Me encantaba charlar con las familias que se acercaban hacia el rancho y explicarles las propiedades de las plantas. Todos se iban muy contentos.

—A mi abuela le encantan las flores.

—Lo sé.

—Me parece increíble que la hayas conocido. ¿Te llevaste bien con ella?

—Es una mujer encantadora. Gracias a ella aprendí mucho sobre las flores.

—¿Te preguntó sobre mí?

—Josh... tu abuela nunca supo quién era yo en realidad.

A él se le cambia la expresión.

—Cómo no. Blake te lo impidió.

—¿Cómo le iba a explicar que era tu mujer y que tú no estabas allí conmigo?

—Mi abuela es más fuerte de lo que él piensa. Perdió a un hijo y luego a su marido. Blake no la conoce si cree que ella se habría venido abajo por enterarse de que estuve en coma. De hecho, fue ella quien me trajo de vuelta. Estoy seguro de que en el fondo sabía que me había sucedido algo terrible. Antes de sufrir el atropello, la llamaba todas las semanas y ella sabe que solo habría dejado de hacerlo si hubiera tenido un accidente.

Me quedo callada porque no quiero hacerle daño. Josh tiene derecho a pensar que fue su abuela quien lo sacó del coma. Pero la realidad es que la pobre mujer se sentía abandonada por él y lo achacaba a la enemistad de sus dos nietos.

—¿Por qué nunca me hablaste de Avery?

No debería habérselo preguntado, pero me ha salido sin pensar. Es una pregunta que lleva mucho tiempo rondándome la cabeza. No entiendo que Josh me ocultara que tenía una sobrina.

—Sabía que harías todo lo posible por conocerla y no quería reencontrarme con mi hermano — responde con total sinceridad—. Supongo que te habrás enamorado de ella. Te encantan los niños.

—Sí.

—Y supongo que Blake tampoco te permitió acercarte a ella como lo que eres: su tía. Todo se tiene que hacer a su modo. Es un déspota de tres pares de narices.

—Vamos a dejarlo, Josh —le pido, porque no me apetece que todas nuestras conversaciones desemboquen en su hermano.

—Tengo curiosidad. ¿Cómo consiguió el dinero?

—Ganó un torneo de bull riding.

—¿Qué?

Josh parece desconcertado y su expresión a la defensiva se desvanece. Le tiembla la barbilla y la confusión brilla en sus ojos. Su reacción me sorprende porque no es propia de él.

—¿Por qué te extrañas?

—Blake llevaba siete años sin subirse a un toro. No me entra en la cabeza que lo hiciera por mí. No tiene ningún sentido.

—Tu hermano te quiere.

—Mi hermano es...

Josh deja la frase sin terminar y sacude la cabeza. Hay una profunda arruga en su frente. De repente se convierte en un hombre vulnerable y la coraza de «me importa un bledo» con la que se ha disfrazado se viene abajo. Me pregunto qué sucedió entre ellos. No lo entiendo.

—Josh, ¿estás bien? —le pregunto con suavidad.

—Blake sufrió un accidente hace siete años —me cuenta con voz estrangulada—. Estuvo en el hospital y nos prometió a todos que no volvería a competir. Avery solo tenía unos meses y la relación con la madre de su hija era muy complicada. Discutieron antes de que él se largara al torneo y ella le aseguró que jamás volvería a ver a la niña. Sé que mi hermano estaba muy tocado cuando se subió a aquel toro. No estaba concentrado y sufrió las consecuencias. El toro lo lanzó por los aires. Se pasó algunos meses en el hospital. Estuvo a punto de morir, no exagero. Hasta aparqué a un lado nuestras diferencias para hacerle una visita. Y ahora me dices que mi hermano volvió a arriesgarse por mí...

No tenía ni idea. Sabía que Blake llevaba unos años retirado del mundo del rodeo por culpa del accidente, pero jamás me contó los motivos. Por eso entiendo la reacción de Josh cuando se viene abajo y me acerco para consolarlo. No me da tiempo porque lo llaman por teléfono. Él enarca una ceja, visiblemente sorprendido, y me enseña la pantalla.

Blake.

—Hablando del rey de Roma.

Josh hace rodar la silla y se dirige hacia la habitación. Me acaba de dejar muy claro que esa conversación es privada. Tampoco me apetece escuchar la voz de Blake y por eso cierro la puerta para concederle intimidad. Pero una punzada de dudas me atraviesa el pecho. ¿Y si Blake le cuenta lo que sucedió entre nosotros? ¿Cómo voy a mirar a mi marido a la cara?

JOSH

Estoy nervioso. Me gustaría decir que a estas alturas mi hermano me importa un bledo, pero tenía que hacerse el héroe y jugarse la vida para salvar la mía. Cómo no. Típico de él. Blake demostrando que es un machote capaz de sacrificarse por su hermanito pequeño. ¿De qué va? ¿Por qué no podía limitarse a pedir un préstamo? Su espíritu abnegado y paternalista me saca de mis casillas. Es difícil estar a la altura de un hombre que siempre lo hace todo a lo grande. Que te deja por los suelos incluso cuando estás en coma y lo único que puedes hacer para defenderte es intentar no palmarla.

Respiro profundamente antes de descolgar el teléfono porque no quiero que note lo afectado que estoy. Antes muerto que demostrarle que sigue siendo importante para mí. No pienso rebajarme de esa manera.

—¡Has tardado dos semanas en llamar! —le grito, porque necesito tener la primera palabra para manejar la conversación—. ¿Debería sentirme agradecido? La última vez fueron seis meses porque tuve la osadía de mandarte a la mierda.

Lo oigo resoplar al otro lado del teléfono. Seguro que tiene la mandíbula apretada y esa expresión de cabreo con la que tuvo que nacer. Es de los que intimida con una simple mirada desabrida.

—Yo también me alegro de escuchar tu voz —responde crispado.

—Antes no me cogiste el teléfono. Ni una puta llamada. Llevo dos semanas despierto. ¿A ti qué te pasa?

—No quiero discutir —es una advertencia.

—Yo tampoco.

—No lo parece.

—¿Por qué no me has llamado?

—No quería molestarte.

—Molestarme —repito con incredulidad—. Tienes razón. La vida de un enfermo ingresado en la uci es de lo más ajetreada. Chequeos, resonancias, tacs cerebrales, rehabilitación... estaba muy

liado para hablar con mi hermano mayor.

—Mira, Josh, si vas a empezar a despotricar, será mejor que cuelgue.

—¡No, no! Por favor, tengo muchas ganas de escucharte.

Estoy indignado. Un minuto y ya quiere librarse de mí. Antes tenía más aguante. Al menos tardábamos más tiempo en insultarnos.

—No sabía cómo ibas a reaccionar si te llamaba. Pensé que lo último que te convenía era alterarte después de despertar del coma. Supuse que me llamarías si lo creías conveniente.

Es decir, quería que yo diese el primer paso porque él es demasiado orgulloso para rebajarse. Esto ya me suena.

—Hace unas horas no te pude coger el teléfono —es mentira y ambos lo sabemos—. Nunca llevo el móvil encima. Ya sabes lo que pienso de ese cacharro. Estaba arreando el ganado y te he llamado en cuanto he visto la llamada perdida.

Guardo silencio y él se limita a esperar mi respuesta. Puede que tenga razón. Mi hermano vive anclado en la prehistoria. Para él internet es como hablarle de brujería a un caballero de la edad media. Intento serenarme porque no pretendo que nuestra primera charla después de tanto tiempo sea un campo de batalla. No me viene bien estresarme, ha dado en el clavo. Las migrañas se intensifican cuando me irrito. Un latido sordo en la sien izquierda me obliga a calmarme.

—¿Qué tal está la abuela?

—Mejor.

No me lo creo. Estoy seguro de que lo ha suavizado para que no me preocupe.

—Quiero hablar con ella.

—¿Qué le vas a decir? Lleva mucho tiempo preguntando por ti. Si le explicas lo que te pasó, se va a llevar un disgusto y luego me echará la bronca porque se lo oculté. No quiero que se altere. Es lo que me ha recomendado el médico.

—No soy imbécil.

—Yo no he dicho que lo seas.

—Ya me inventaré algo —lo corto exasperado—. Pásamela.

Me muero de ganas de hablar con ella. Mi abuela siempre ha sabido entenderme. Ha sido como una madre para mí y jamás me perdonaré haber estado tanto tiempo separado de ella. Debe haberse sentido muy traicionada.

—¿Qué tal estás?

La pregunta me sorprende porque Blake es demasiado duro para preocuparse abiertamente por mí. Al menos desde hace unos años. Antes éramos uña y carne y él era mi ejemplo a seguir. Me enseñó a montar a caballo y a conducir. Me echó una charla sobre anticonceptivos y me regaló una caja de condones para que no dejase a ninguna chica embarazada. Fue a mi graduación del instituto y me guiñó un ojo cuando subí al escenario. No paraba de decirme lo orgulloso que estaba de mí.

—Regular —admito de mala gana—. Odio estar postrado en esta maldita silla. Me hago el fuerte delante de Helena para que ella no se venga abajo.

Blake no dice nada. Me pregunto cómo se habrá llevado con mi mujer. Tengo la impresión de que se han caído fatal. Para Blake no debió de ser plato de buen gusto que ella se plantara en el rancho para recriminarle que estaba siendo un mal hermano. Seguro que pensó que era una rubia superficial y tonta. No me extraña que Helena evite hablar de él.

—¿Me pasas con la abuela o qué?

—La está visitando el médico. Ya estará al marcharse. Espérate.

—Me has dicho que estaba mejor.

—Es una visita rutinaria.

Está mintiendo otra vez. Sé que lo hace por mi bien, pero me saca de mis casillas que me trate como si fuera un imbécil. El latido de mi sien palpita con fuerza. Los médicos dicen que el dolor de cabeza aumenta con las preocupaciones. Me han recomendado la meditación. Yo lo único que sé es que necesito hablar con mi abuela.

—¿Qué tal está Avery?

—Pregunta mucho por ti y le expliqué que estabas de viaje por Europa. No sabía qué otra cosa decirle. He pedido su custodia. Es lo mejor.

—¿Stella sigue dándote problemas?

La madre de mi sobrina nunca le puso las cosas fáciles a mi hermano. No aceptó que su relación hubiera llegado a su fin. Aunque para ser sincero, él tampoco se lo dejó del todo claro. Siempre le daba segundas oportunidades porque pensó que ella cambiaría. Blake es un iluso.

—Ya sabes cómo es.

—Sí, una puta loca.

—Josh...

—Te va a hacer la vida imposible —le aviso para que se haga a la idea—. Primero se hará la víctima e intentará ir de buena. No cedas. Y luego sacará la artillería pesada cuando vea que no le haces caso.

—Hace mucho tiempo que Stella y yo estamos separados. Lo sabrías si me lo hubieras preguntado en su día.

—Ya... como hablábamos tanto.

—Eres tú el que se largó a Chicago.

—Para estudiar una carrera.

—Podrías haberte quedado en Texas.

—No te voy a decir que me arrepiento de haber puesto tierra de por medio. ¿Te recuerdo lo que me dijiste cuando te conté que quería estudiar periodismo?

Blake no dice nada. Es lógico que no lo haga porque si le queda un mínimo de sentido común, se sentirá avergonzado.

—No me arrepiento de haberme largado a Chicago. Conocí a una mujer increíble y me casé con ella.

Blake sigue callado. Me encantaría que dijese que llevo razón. Ha conocido a Helena. Sabe que ella vale oro. Y si no se ha dado cuenta es porque es un orgulloso de tres pares de narices. Seguro que todos en el rancho la adoran.

—El médico acaba de irse. Te paso a la abuela. Ten tacto.

—Oye... Blake —le digo de mala gana, porque no quiero quedar como un desagradecido—. Gracias por pagar mi tratamiento. Te devolveré el dinero cuando empiece a trabajar.

—No me tienes que devolver nada.

—Insisto.

—No lo pienso aceptar.

Como le encanta llevar la última palabra, me dice que va a pasarme a la abuela y da el tema por zanjado. Lo escucho decirle que alguien muy importante la ha llamado. Ella responde con tono irónico que no piensa atender al papanatas del cura porque no ha hecho nada de lo que deba arrepentirse. Se me escapa una sonrisa cuando escucho su voz enérgica.

—¿Quién es?

—Tu nieto.

—¡Josh! —exclama fuera de sí—. ¡Mi querido Josh! Pensé que no me llamarías nunca. No sabes cuánto tiempo llevo soñando con oír tu voz...

Le sobreviene un ataque de tos y se me parte el alma cuando tarda más tiempo del normal en recuperarse.

—Abuela, ¿estás bien? —pregunto preocupado.

—¡Sí, sí! Perfectamente —le resta importancia—. No sé qué te habrá contado tu hermano, pero todavía me queda mucha guerra por dar. No estaba dispuesta a morirme hasta que te viera con mis propios ojos.

—Te pido perdón por no haberte llamado durante tanto tiempo. Estaba... de viaje...

No se me ocurre que otra cosa puedo decir.

—De viaje —repito con tono suspicaz—. ¿Sabes que es lo peor de hacerse vieja? Que todos creen que te pueden engañar y te tratan como si no te enterases de nada. Soy vieja y lista, jovencito. Cuando eras pequeño te cambiaba los pañales y te echaba la bronca porque te comías todas las galletas antes de cenar y luego tenías la poca vergüenza de mirarme a la cara y asegurar que tú no habías sido.

—Abuela, estaba de correspondencia en una zona de África donde no había cobertura. Ya sé que debería haber buscado la forma de contactar contigo, pero...

—Josh Sackler —me corta exasperada—. Tú estabas en el hospital. Lo sé todo.

—¿Qué?

—Quiero que vengas ahora mismo al rancho o de lo contrario no volveré a dirigirte la palabra. Necesito verte con mis propios ojos. Quiero abrazarte antes de morir.

Estoy en shock y me cuesta buscar alguna excusa convincente porque lo único que puedo pensar es: «¿cómo diantres se ha enterado de que estaba en coma?». Blake se va a caer de espaldas cuando se entere de que ella lo sabía desde el principio. Nunca subestimes a mi abuela. Es la voz de la experiencia y siempre fue más lista que todos nosotros.

BLAKE

Estoy cabizbajo cuando le entrego el teléfono a mi abuela. Ni siquiera quiero saber qué excusa se habrá inventado Josh para contentarla. Cojo el paquete de tabaco y salgo de la casa. Me siento como una auténtica basura y la nicotina no me ayuda a relajarme. Le he mentado cuando le he dicho que no le cogí el teléfono porque no lo llevaba encima. En realidad me acojonaba la idea de enfrentarme a él. Porque, ¿qué le dices a tu hermano pequeño después de haberte acostado con su mujer?

Maldita sea.

Le doy una calada al cigarro y clavo la vista en el sendero de mezquites. Los árboles necesitan una poda con urgencia. Al menos tendré la mente ocupada en algo durante un tiempo. No soporto que Josh se sienta en deuda conmigo. Lo conozco lo suficiente para saber que es justo lo que le pasa. Por eso me ha cogido el teléfono y no se ha mostrado tan combativo como de costumbre. Ojalá me hubiera gritado que soy un miserable. Escucharlo darme las gracias ha sido peor que recibir una puñalada en el estómago.

Y el mensaje de Helena...

“¿Y tú qué sabes lo que necesita tu hermano si ni siquiera has hablado con él?”

De no ser por ella, no me habría animado a devolverle la llamada a Josh. No sé qué es lo que no entiende. A Josh le va mejor sin mí. A ella también le va mejor sin mí. No soportaría volver a verla porque se me nota en la cara que estoy loco por ella. Seguro que mi hermano se daría cuenta. Pero Josh la necesita. Se me ha partido el alma cuando me ha contado que está en silla de ruedas.

Cometí un error al dejarme llevar con Helena. Sabía desde el principio que ella no era para mí. Me repetía constantemente que era la mujer de mi hermano y trataba de mantener la distancia. Pero no sirvió de nada porque Helena llegó a mi vida como un huracán dispuesto a arrasarse con todas mis convicciones. Jamás he conocido a alguien como ella. Tengo la impresión de que no volveré a sentir lo mismo por otra mujer.

Me acosté con ella porque pensé que Josh nunca despertaría del coma. Lo sé, soy una persona horrible. Tenía la esperanza de que podríamos construir un futuro juntos. Casi me caí de espaldas cuando ella regresó del aeropuerto y me preguntó:

¿Tú crees que dos personas tan rotas como nosotros tienen un futuro juntos?

Lo tenía tan claro...

Porque yo no me sentía roto cuando estaba a su lado. Me sentía vivo. Completo. Feliz. Estaba convencido de que podíamos formar una familia. Lo veía con tanta claridad que me pareció absurdo dejarla escapar. Helena, Avery, yo... y los niños que vendrían con el paso del tiempo. Pensé en la adopción porque no quería negarle la posibilidad de ser madre. Me fascinó la idea de envejecer en el rancho con una mujer por la que mi corazón latía desbocado.

Apago el cigarro y enciendo otro. Sé que no debería hacerlo, pero me permito el lujo de pensar en los momentos que vivimos en aquella habitación de hotel. Cuando dimos rienda suelta a la pasión y ninguno de los dos pensó en las consecuencias.

Estábamos metidos en la bañera llena de espuma. Helena tenía la cabeza apoyada en mi pecho y yo todavía respiraba con dificultad por culpa de lo que habíamos hecho hacía un rato en la cama. Dios, me había acostado con ella. Me sentía como si fuera un pardillo al que acababan de desvirgar. ¿Por qué todo era nuevo y excitante cuando ella estaba a mi lado?

—Prométeme que mañana no te vas a caer del toro.

—Conseguiré el primer premio.

—No me importa el dinero —me aseguró con voz trémula—. El que me preocupa eres tú porque no soportaría que sufieras ningún daño.

—Eh...

Ella se giró y me empalmé cuando el agua dejó de cubrirle los pechos. Helena era mejor que cualquier fantasía erótica que hubiera podido imaginar. Aquella mujer no sabía hasta qué punto me enloquecía. Quizá fuera mejor así. No quería que supiera el poder que tenía sobre mí. Le había entregado mi corazón en bandeja y ella no tenía ni idea.

—Nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida.

Me refería a nosotros, pero ella creyó que hablaba del torneo. Soné vehemente porque estaba hablando muy en serio. Acababa de decidir que le pediría que se quedase conmigo al día siguiente. Pagaría el tratamiento de Josh y luego le explicaría por qué no podía irse de mi lado. Estábamos destinados a encontrarnos. Ahora lo sabía.

—¿Y si te pasa lo mismo que hace siete años?

—En aquel momento no estaba concentrado.

—A lo mejor yo te desconcentro.

—No he estado tan centrado en toda mi vida —la miré a los ojos sin vacilar y la obligué a sentarse encima de mí. Los dos gemimos cuando mi erección le rozó los muslos—. Tú le das sentido a todo.

—¿Yo?

—Sí.

—Has bebido demasiado.

—Un par de cervezas. Sé lo que me digo.

Helena intentó contradecirme y la callé con un beso. Me excitaba que fuera tan combativa. En ella siempre encontraría una rival digna de una buena conversación. Me encantaría reducir lo que sentía a un simple físico, porque entonces habría sido más fácil alejarme de ella. Pero era la mujer más fascinante que me había echado a la cara. Dulce, inteligente, tenaz y con un corazón tan puro que se había ganado el afecto de todos. ¿Cómo iba a dejarla escapar?

La besé para decirle sin palabras lo que sentía. Ella correspondió a mi beso con una entrega que me enloqueció. El agua se desparramó por la bañera cuando la cogí de la cintura para que se sentara sobre mi erección. Los dos contuvimos la respiración cuando la penetré. Ella apoyó sus manos en mi pecho. Estaba temblando.

—Somos dos personas horribles.

Una de mis manos se deslizó por su costado y fue directa a su barbilla. La obligué a mirarme.

—Algo tan bueno no puede ser malo.

No era malo, era peor. Solo un canalla se acostaba con la mujer de su hermano. Solo un hombre sin principios encontraba mil excusas para justificarse porque desde el momento en el que la conoció se moría de ganas de hacerle el amor. Menos mal que recobré la cordura en el último momento. Le hice daño para alejarla de mí y surtió efecto cuando ella me miró con los ojos anegados de lágrimas y dijo con la voz impregnada de rabia: «no quiero volver a verte en mi vida».

Hannah ha preparado una cena que más bien parece un banquete. Hay costillas a la barbacoa, arroz con chili, patatas hasselback y mazorcas asadas con mantequilla. En otro momento daría buena cuenta de la comida, pero hoy apenas tengo apetito y me limito a picotear un poco de arroz con chili. Debería estar contento porque por fin nos hemos despedido de las ensaladas y las

cremas de verduras con las que Hannah obsequiaba a Helena. Detesto comer verde. Pero me faltan las risas y nuestros piques verbales. Es como si se hubiera llevado toda la alegría con ella.

—¿No tienes hambre? —la abuela me lanza una mirada suspicaz.

—Tengo el estómago revuelto.

—Yo creo que papi echa mucho de menos a Helena porque eran buenos amigos.

El comentario inocente de Avery hace que todos pongan cara de circunstancia. Estupendo. Nadie se atreve a hablar de ella porque saben lo mucho que me afecta. Se supone que no tienen ni idea de lo que sucedió entre nosotros, pero tengo la impresión de que sospechan que Helena y yo éramos algo más que cuñados. Stuart ya me ha dejado claro lo que opina al respecto.

—Hoy he hablado con Josh —dice mi abuela para cambiar de tema—. Ojalá venga pronto a visitarnos.

Se me corta el cuerpo de solo imaginarlo. Menos mal que mi abuela no tiene ni idea de que Josh estuvo en coma. Por suerte, mi hermano ya está al tanto del estado de salud de nuestra abuela y sabe que no puede presentarse en el rancho porque ella se llevaría un disgusto si lo ve en silla de ruedas. Al menos puedo estar tranquilo. Helena y Josh deben quedarse en Nueva York. Es lo mejor para todos.

—¿Con el tito Josh? —pregunta ilusionada mi hija—. ¿Te ha dado saludos para mí?

—¡Está deseando verte!

—¡Bieeeeeen! ¡Lo he echado mucho de menos! Le voy a hacer un dibujo para cuando venga a visitarnos.

—Josh está muy ocupado con su trabajo. No puede venir —intervengo para dar el tema por zanjado.

Avery hace un puchero y mi abuela me mira con los ojos entornados. A veces tengo la impresión de que sabe más de lo que dice. Obviamente es imposible porque todos se lo hemos ocultado.

—¿Por qué no llamas al tío Josh y le pides que nos haga una visita? —insiste esperanzada mi hija.

—Porque no.

—¡Siempre hay que hacer lo que tú digas!

—Porque soy el adulto.

—¡Eres un dictador!

—Avery, se acabó.

—Seguro que todos quieren ver al tío Josh menos tú. ¿A qué sí, abuela?

Mi abuela deja los cubiertos encima de la mesa. Está inusualmente tranquila y es extraño porque suele alterarse cuando hablamos de Josh. No paraba de insistir para que llamara a mi hermano hasta que Helena llegó a nuestras vidas. Supuse que la inesperada aparición de Helena fue una distracción para mi abuela. Hasta entonces, yo solía evadir el tema con alguna excusa poco convincente y ella se daba por vencida no sin antes quejarse de mi cabezonería.

—Tu tío Josh ya es mayorcito. Seguro que toma la decisión acertada y se anima a hacerle una visita a su familia —me dedica una mirada enigmática y que no sé a cuento de qué viene—. La familia siempre es lo primero. A veces hay que tomar decisiones difíciles, pero los lazos de sangre nunca pueden destruirse. A la familia se le perdonan cosas que jamás se le disculparían a un amigo. Esa es la diferencia entre un hermano y un amigo.

Por un instante me entra el pánico porque parece estar hablando de mí. Pero sé que es imposible porque mi abuela desconoce quién es Helena en realidad. Tampoco sabe que hubo algo entre nosotros. Menos mal. No quiero que se lleve un disgusto por mi culpa.

—Si el tío Josh viene a visitarnos, le daré un abrazo enorme.

—El tío Josh no va a venir —respondo exasperado—. Ya os he dicho que está muy ocupado.

Antes de que Avery pueda protestar, le hago un gesto para que me siga hacia el dormitorio. Ya son más de las nueve y debería estar acostada. Ella me acompaña de mala gana mientras murmura que el tío Josh la dejaría quedarse despierta hasta la madrugada. Pero Josh no es su padre. Ni siquiera sé por qué Avery le tiene tanto cariño. A Josh le dan alergia los niños y solía huir de su sobrina en cuanto ella buscaba su atención. Un día lo pillé mandándola a jugar al escondite mientras él se montaba en el coche para irse de fiesta con unos amigos. Así es mi hermano.

—Papi, ¿me cuentas un cuento?

—Claro.

Voy hacia la librería y ella resopla.

—¡No, papi! ¡Invéntate uno!

—No me sé ningún cuento. Antes siempre te leía uno antes de dormir.

—Helena se inventaba unos cuentos súper chulos. Me contaba historias de princesas que luchaban contra pulpos gigantes. Yo quiero un cuento nuevo y no uno que ya está escrito. Me los sé de memoria.

—No tengo tanta imaginación como ella.

—¿Y por qué no la llamas por teléfono para que me cuente uno?

—No puedo. Helena está muy ocupada.

—¡Todos están muy ocupados! —se queja indignada—. El tío Josh, Helena, mamá... ¿Por qué se han olvidado de mí y nadie me quiere?

—Eh... granujilla —me siento en el borde de la cama y ella se tapa la cara con la sábana para no mirarme—. Que no estén aquí con nosotros no significa que no te quieran. Ya sé que soy un papá un poco bruto y cascarrabias, pero te quiero con todo mi corazón. ¿Yo solo no te valgo?

—Bueno... —Avery asoma la cabeza por encima de la sábana. Está contrariada—. Tú eres el mejor papá del mundo, pero me gustaría que mamá o Helena estuvieran aquí conmigo. Ya sé que mamá no es perfecta, pero es la única que tengo. Al menos no la echaba tanto de menos cuando Helena me contaba una de sus historias.

Me quedo hecho polvo cuando la escucho hablar con esa inocencia que la caracteriza. No sé cómo voy a explicarle que a partir de ahora va a criarse conmigo. Se acabó lo de pasar una semana en casa de papá y otra en casa de mamá. Stella ha demostrado ser un peligro y no pienso permitir que vuelva a acercarse a nuestra hija. El juez ha interpuesto medidas cautelares mientras se resuelve la custodia. Mi abogado me ha asegurado que después del incidente con el escorpión, ningún juez le daría la custodia a Stella.

—A ver... —intento salir airoso de la situación inventándome una historia. No es sencillo. Helena tiene un don para contar cosas interesantes. Desde que la conocí intentaba estar a su altura porque me impresionaba que su cerebro estuviera repleto de datos tan fascinantes. Me estrujo la cabeza para contentar a Avery—. Érase una vez un caballero que cabalgaba a lomos de su fiel corcel...

—¡No, papi! —exclama enfurruñada—. ¡Yo quiero que la protagonista sea una chica! Helena dice que las mujeres ya no necesitamos príncipes azules que nos salven.

«Por qué será que no me extraña».

—Érase una vez un hada que...

—¿Por qué no puede ser una guerrera? Antes era un caballero y ahora la conviertes en hada. ¿No puede ser una guerrera? ¿O una pirata?

Joder, me estoy agobiando.

—Érase una vez una guerrera pirata que...

—Déjalo, papi —Avery sacude la cabeza como si yo fuera un caso perdido—. Se te da fatal

inventar historias. Léeme el cuento de *El flautista de Hamelín*.

Respiro aliviado y me levanto de la cama para ir hacia la librería. Cojo el cuento, comienzo a leer y me quedo más tranquilo cuando Avery se duerme antes de llegar al final. Me acerco a ella con cuidado de no despertarla y le doy un beso en la frente.

—Buenas noches, tesoro.

Salgo de su habitación y cierro la puerta con suavidad. He dejado el móvil cargando sobre la mesita de noche de mi dormitorio. Detesto ese cacharro y el único motivo por el que le echo cuenta es para estar al corriente del estado de salud de Josh. Sé que Helena se comunicaría conmigo si hubiera alguna novedad importante.

No hay mensajes suyos. Es normal. Me comporté como un auténtico capullo con ella. Le dije cosas horribles para apartarla de mi lado. Ahora me toca lidiar con las consecuencias. Por eso no quiero volver a verla. No sé qué sería más duro: aceptar que está con mi hermano, o enfrentarme a su rechazo.

Hay un mensaje de Stella. Tuerzo el gesto cuando lo leo.

¿Cómo está Avery? Por favor, dile que su mamá se acuerda mucho de ella. Sé que estás haciendo lo mejor para nuestra pequeña y te agradezco de corazón que seas un buen padre. Tienes que creerme cuando te digo que me voy a esforzar para ser una persona mejor. Estoy yendo a terapia. Le demostraré al juez, y sobre todo a ti, que he cambiado. Porque no sé vivir sin mi hija. Avery es lo único bueno que hay en mi vida.

Dejo el móvil sobre la mesita de noche. «No cuela, Stella. Te he dado tantas oportunidades que ya he perdido la cuenta. Pero esta vez no se trata de nosotros, sino de Avery. No voy a permitir que ella sufra tu ira». Por primera vez, me temo que voy a darle la razón a Josh. Estoy convencido de que este mensaje es una treta de Stella para tratar de embaucarme y ganarse mi compasión. Me pregunto qué hará cuando vea que no me ablando. No me lo quiero ni imaginar. Menos mal que Helena está lejos para no sufrir sus represalias.

HELENA

Estoy fumando el quinto cigarrillo del día porque es lo único que mantiene a raya mi ansiedad. Me cuesta mirar a Josh a la cara porque tengo la impresión de que sabe que le estoy ocultando algo. Ni siquiera puedo hablar sobre Paradise Lake sin ponerme nerviosa. Josh me necesita. Fin de la historia. Hacemos bien en quedarnos en Nueva York y poner tierra de por medio con Texas y Chicago. Tengo la esperanza de que la rehabilitación dé pronto sus frutos. Ojalá recupere la memoria y podamos mantener una conversación civilizada en la que dos personas adultas afrontan los errores que cometieron en el pasado.

Le doy una calada al cigarro. Y pensar que lo dejé durante unos días. Recuerdo los chicles de menta y los paseos con Blake. «No, no pienses en Blake». Expulso una bocanada de humo. Me encantaría que borrarlo de mi cabeza fuera tan fácil como deshacerse de una voluta de humo. Apoyo las manos en la barandilla de la terraza y cierro los ojos. No quiero pensar en Blake. El roce de su boca sobre la piel de mi cuello. Sus manos aferrando mis caderas. La forma en la que me miraba como si fuera lo mejor que le había pasado en la vida. Su confesión después de llegar al orgasmo: *«¿Sabes cuándo alguien supera todas tus expectativas y te deja con ganas de más? Es lo que tú acabas de hacer conmigo. Me pasaría horas en esta cama haciéndote el amor y siempre buscaría una excusa para justificarme»*. Luego me impidió responder y me abrazó con ese instinto protector que tanto me gustaba. *Apoyé la mejilla en su pecho y los latidos de su corazón me relajaron. «Eres adictiva —murmuró antes de darme un beso en la frente—. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido en mi vida»*.

«Vete a la mierda, Blake».

Debería estar prohibido conocer a alguien como Blake Sackler. Debería haber un manual sobre los peligros de caer en las redes de un vaquero de mirada arrogante que no es lo que parece. Seguro que sería un bombazo. Podría comentárselo a Jace. Hablando de mi jefe, tengo que llamarlo para volver al trabajo. Puedo trabajar a distancia y me vendrá bien tener la mente ocupada.

Pero hay algo que me carcome por dentro y a lo que no puedo evitar darle vueltas. Jamás le perdonaré a Blake que no me permitiese tomar una decisión. Me arrebató la posibilidad de elegir. Primero me hizo ilusiones y me prometió una vida juntos. Y luego me empujó hacia Nueva York sin preguntarme qué es lo que yo quería. Porque, ¿qué es lo que quiero? Nunca he tenido tantas dudas. Ni siquiera pude planteármelo porque todo sucedió muy deprisa. Estábamos en el coche de camino al rancho, y de repente...

Blake estaba hablando por los codos. Era la primera vez que lo escuchaba cacarear sin parar. Algo impropio de él y que sabía que se debía a lo feliz que estaba. Yo tenía la cabeza apoyada en su hombro y los ojos cerrados. Sonreía como una idiota porque era imposible no hacerlo cuando un hombre te hablaba tan ilusionado del futuro. Me dijo que debíamos hablar con Sophia y Avery porque no quería construir una relación cimentada sobre mentiras. Habló de irnos de vacaciones con Avery a la playa. Me confesó que quería volver a ser padre y que le gustaría adoptar un hijo conmigo. Mi corazón se estremeció de placer ante la posibilidad de formar mi propia familia.

Y entonces me sonó el móvil y aquel instante de felicidad se resquebrajó por completo. Era Meredith Mallon, la neuróloga de Josh. Supe que había sucedido algo porque la doctora Mallon jamás me llamaba por teléfono. Ni siquiera me pude sentir culpable porque me invadió el pánico.

—¿Qué sucede?—preguntó Blake.

—Es del hospital de Nueva York.

Blake detuvo el coche a un lado del arcén. No fue necesario que se lo pidiera. Los dos nos miramos preocupados. Los dos nos temimos que Josh hubiese empeorado, o tal vez algo peor, mientras nosotros hacíamos planes de futuro. Estaba temblando cuando descolgué el teléfono y respondí con un hilo de voz.

—Doctora Mallon, ¿qué sucede?

—Señora Sackler —la voz de la doctora sonó más enérgica de lo normal—. ¡Un milagro! Josh ha despertado del coma. Pregunte por usted. Está deseando verla.

Salí mareada del coche. El teléfono se me cayó al suelo. La cabeza me daba vueltas. Me invadieron un millón de emociones. Todas demasiado intensas para hacerles frente. Incredulidad, alegría, sorpresa, alivio, pánico, culpabilidad, dudas. Blake se acercó a mí y me puso una mano en la espalda. Me sobresalté por su contacto. La llamada acababa de cortarse. Me llevé las manos a la cara y rompí a llorar. Blake se alejó de mí y comenzó a caminar de un lado a otro de la carretera. Estaba maldiciendo en voz alta. Yo lloraba. Él se acercó de nuevo y me zarandeó por los hombros para que reaccionara.

—Helena, ¿qué le ha pasado a Josh? —me preguntó aterrado—. ¿Está muerto? Helena, por el amor de Dios, dime algo. ¿Qué le ha pasado a mi hermano?

Lo miré a través de los ojos vidriosos. Había confundido mis lágrimas de alegría con lágrimas de tristeza.

—Josh ha despertado del coma.

—¿Qué?

Blake me miró confundido. Asentí con una sonrisa y las mejillas húmedas por las lágrimas. Blake echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y suspiró aliviado. Acto seguido me estrechó entre sus brazos con fuerza. No sé cuánto tiempo duró aquel abrazo. Solo éramos dos personas que estaban celebrando una noticia maravillosa. Una que cambiaría el curso de sus vidas. Lo supe cuando Blake se apartó de mí y me miró a los ojos. Su expresión era diferente.

—Blake...

—Será mejor que te vayas —dijo con voz fría, como si de repente se hubiera convertido en aquel vaquero impasible que me ayudó a cambiar la rueda del coche—. Te acercaré al aeropuerto.

—Blake, escúchame.

—No —se apartó y evito mi mirada—. Tienes que irte. Mi hermano te necesita.

—¿Y qué hay de lo que tú y yo necesitamos? —pregunté en un susurro.

—Sigues enamorada de él —casi sonó como una acusación—. Debes estar a su lado.

—Todo es... demasiado intenso en este momento. Necesito pensar. Ni siquiera sé si...

—Vete.

Su orden me secó las lágrimas. Busqué su mirada sin éxito. Quise encontrar un gesto de complicidad.

—Si no subes al coche, pediré un taxi que te lleve de regreso al aeropuerto.

—No puedes estar hablando en serio —respondí atónita—. Los dos deberíamos ir a Nueva York y visitar a tu hermano. Hablar con calma cuando nos hagamos a la idea de todo lo que hemos vivido.

—¿Y qué le decimos? —me gritó fuera de sí—. ¿Qué nos hemos acostado?

—Un día me dijiste que si Josh estuviera despierto le dirías sin tapujos lo que sentías por mí. —Le recordé dolida—. Ahora tienes la oportunidad de cumplir tu palabra.

—No hablaba en serio.

Me vine abajo porque no lo reconocía. Blake no era un cobarde. Ni un mentiroso. Aquel no era el hombre con el que me había acostado y por el que no sabía lo que sentía.

—Dime que estás muerto de miedo y entonces podré entenderte... —él se alejó de mí cuando intenté acercarme. Su rechazo me dolió en el alma—. Hace un momento estabas planeando una vida conmigo. Decidí no subirme a ese avión porque me pediste que me quedara a tu lado.

—Pensé que Josh no se despertaría nunca.

—¡Se ha despertado!

—¡Sí, Helena! Y eso lo cambia todo, maldita sea.

—Tus sentimientos no pueden cambiar. Entiendo que quieras proteger a tu hermano. Yo... ni siquiera sé lo que quiero hacer. Pero lo que estás haciendo conmigo es injusto. Esta decisión nos corresponde a los dos y tú me estás manteniendo al margen.

—Tú quieres a tu marido.

—Sí, pero...

«Creo que también te quiero a ti».

—Pero nada —me cortó con aspereza—. Será mejor que te pida un taxi.

—No estás hablando en serio...

Blake se apartó de golpe cuando le toqué el brazo. Me mordí el labio y no lo intenté de nuevo.

—¿Por qué me has hecho promesas que no estabas dispuesto a cumplir? —le recriminé en un susurro.

—Te he mentado —me miró a los ojos y extendió los brazos—. No te quiero, Helena. Jamás podría enamorarme de la mujer de mi hermano. Me acosté contigo porque pensé que Josh jamás despertaría del coma. Me quedó muy claro cuando hablé con los médicos del hospital de Nueva York. Todo este tiempo no he sido sincero contigo. Cualquier hombre se sentiría tentado por ti porque eres preciosa. Ha sido solo una atracción. Para mí solo has sido un polvo. Pensé que debía cuidar de ti en ausencia de mi hermano. Pensé que se lo debía porque tú eres parte de nuestra familia. Lo hice por lástima.

—Qué coño dices... —me tembló la voz y los ojos se me llenaron de lágrimas—. Solo lo dices porque quieres alejarme de ti. Sé que estás mintiendo...

—No significas nada para mí —insistió con desdén—. Te llevabas bien con Avery, te ganaste el cariño de mi abuela y trabaste amistad con mis empleados. Pensé que encajarías en el rancho y serías una buena madre para mi hija. No quería dejar tirada a la mujer de mi hermano y supuse que él querría que yo cuidara de ti en su ausencia. Estabas hecha polvo. Me diste pena.

Retrocedí impactada. Ni siquiera sé de dónde saqué fuerzas para coger el móvil del suelo, abrir el maletero y recoger mi equipaje. Me temblaron las manos cuando busqué la aplicación para pedir un taxi. Tenía el sabor de la bilis en la garganta. Blake hizo el amago de arrebatarme la maleta y entonces reaccioné. Toda la rabia, el dolor y la humillación manaron a raudales de mi interior.

—No quiero volver a verte en mi vida.

Quise abofetearlo, pero lo único que me salió fue dedicarle una mirada repleta de odio. Arrastré mi maleta lejos de él y recé para que el taxi llegara lo antes posible. No soportaba estar cerca de él. Jamás volvería a mirarlo a los ojos. Para mí Blake estaba muerto.

JOSH

—¡Helena! —me asusto cuando no reacciona—. Helena, eh. ¿Estás bien?

Ella se sobresalta cuando me escucha. Endereza los hombros y me mira avergonzada. Se limpia las lágrimas y me ofrece una mirada abochornada. Llevo un buen rato llamándola. Me he asomado a la terraza para preguntarle si quería pedir algo de cenar y me la he encontrado llorando a mares.

—Perdona... —ella se aparta el pelo de la cara y se muerde el labio—. No sé qué me ha pasado. Estoy muy contenta de que estés bien. Me ha podido la emoción.

—Eh...

Maldita silla. Me encantaría levantarme y darle un abrazo para consolarla, pero lo único que puedo hacer es estirar el brazo para estrechar su mano. Está helada. Me parte el corazón que haya estado sola durante tanto tiempo. La conozco lo suficiente para saber que se echó la culpa por lo del accidente. Seguro que durante estos meses se ha estado martirizando. Por eso fue a Paradise Lake. En busca de un milagro.

—No me voy a ningún lado —le aseguro, y le acaricio el dorso de la mano con el pulgar—. Todo está bien.

—No quería que me vieras llorar.

—Tú también tienes derecho a derrumbarte.

—No es justo. Tengo que apoyarte.

—Ya lo estás haciendo. No sé qué haría sin ti. ¿Quieres que te prepare una tila?

—No, yo la hago.

—Eh... —tiro de su mano con suavidad—. No me trates como si fuera un inútil. A pesar de la silla de ruedas, sigo siendo el mismo de siempre.

—Dios mío, Josh. Ya lo sé. No me malinterpretes.

—Me las sabré apañar.

Giro las ruedas y maniobro para salir de la terraza. Por suerte, la encimera de la cocina no es muy alta y Helena ha tenido la delicadeza de dejarlo todo a mi alcance. Enchufo el hervidor de agua e intento abrir un cajón para coger la bolsita de té. Tardo casi diez minutos en conseguirlo porque me cuesta desplazarme con la silla. Abrir un cajón nunca fue tan complicado. Helena me observa desde el sofá sin decir nada. Sé que se muere de ganas de ayudarme, pero tiene que entender que necesito valerme por mí mismo o de lo contrario mi orgullo saldrá muy tocado de esta situación.

Consigo colocar la bandeja sobre mis piernas y pongo encima las dos tazas de té y un cuenco repleto de galletas de chocolate porque sé que ella es muy golosa. Helena me quita la bandeja de encima y la coloca sobre la mesita auxiliar ignorando mi mirada cargada de irritación. No me hace ni pizca de gracia que me eche un cable.

—¿Estás mejor?

—Sí —responde después de darle un sorbo al té. Coge una galleta y le da un mordisco—. Están ricas.

—No tanto como las que hace Hannah.

—Hannah es un amor.

—Y la mejor cocinera que conozco. ¿Qué dijeron cuando les contaste que eres vegetariana?

—Nada.

—¿Mi hermano no se echó las manos a la cabeza ni te regaló una charlita de las suyas?

—No.

—A él le encanta decirle a los demás lo que tienen que hacer. Me extraña que no se tomara semejante licencia contigo.

Ella no dice nada. Sé que no va a hablar mal de Blake porque quiere que nos llevemos bien. Helena no es la clase de persona que mete baza entre dos hermanos.

—¿No quieres saber de lo que hemos hablado?

—Pensé que era una conversación privada —responde con desgana—. Tú nunca me hablas de tu familia.

—Las cosas han cambiado. Ya los conoces.

—Solo estuve allí por un tiempo y obligada por las circunstancias.

—¿Y si fuésemos al rancho durante una temporada?

—¿Qué?

A ella se le descompone la expresión y la taza se le cae de las manos. El líquido le salpica los pantalones y se levanta como un resorte. Va a la cocina a por un paño para secarse y me habla dándome la espalda.

—No podemos ir al rancho. Tú tienes la rehabilitación en Nueva York.

—Podría contratar a un fisioterapeuta en Texas.

—¿Y las revisiones?

—Seguro que la doctora Mallon puede derivarme a un neurólogo de Houston. Ya oíste lo que dijo. No he sufrido daño cerebral.

—Estás amnésico.

—¿Y qué? —frunzo el ceño porque no me explico su reacción. Siempre quiso conocer a mi familia. Pensé que le haría ilusión pasar tiempo con los míos—. Quiero estar con mi familia.

—Tu abuela se va a llevar un susto de muerte cuando te vea aparecer en silla de ruedas. No es conveniente para su arritmia. El médico dijo que debe evitar los sobresaltos.

—Mi abuela ya sabe que estuve en coma —pongo las manos en alto cuando ella está a punto de recriminarme que me haya ido de la lengua—. No me preguntes por qué ha fingido lo contrario durante todo este tiempo. No tengo ni idea. Me inventé una excusa para justificar mi ausencia y ella me dijo que sabía que había estado en coma. Por lo visto se enteró cuando se puso a buscar entre las pertenencias de Blake y encontró una carta que le escribiste en la que le explicabas la situación. Dice que estaba harta de que Blake no le contara la verdad y que sabía de sobra que yo jamás llevaría tanto tiempo sin dar señales de vida a no ser que me hubiera pasado algo horrible.

—Madre mía... —Helena se apoya en la encima y se lleva las manos a la cara—. ¿Sabía desde un principio quién soy?

—Que yo sepa no. Aunque no te extrañe que se lo haya olido. Mi abuela siempre va un paso por delante de todo el mundo. Quizá se hizo la tonta porque no quería que la compadecierais. Qué se yo.

—No creo que sepa quién soy...

—¿Por qué?

—Porque... —Helena me mira abochornada—. Ella quería emparejarme con tu hermano.

Se me escapa una carcajada. Helena y Blake. Qué ridiculez. La abuela siempre ha querido que él sentara la cabeza y vio con malos ojos a Stella. Bueno, ninguno la soportábamos porque es una

arpía. Supongo que intentó echarle el lazo a Helena porque sabe que ella es maravillosa.

—Entonces no sabía quién eras. Se va a llevar una gran sorpresa cuando vuelva a verte. Es justo lo que necesita. Una alegría.

—Josh, no vamos a ir.

—¿Por qué no? —replico incrédulo—. Ya te he dicho que mi abuela está al tanto de lo que me sucedió. No veo el motivo de estar alejado de ella. Me necesita. No me perdonaría que se fuera de este mundo sin verla por última vez. Ella misma me lo ha echado en cara.

Helena se muerde el labio porque acabo de tocar su lado sensible.

—¿Tu hermano lo sabe?

—No tengo que pedirle permiso para ir a mi casa —me enervo sin poder evitarlo—. Faltaría más.

—Creo que deberías enviarle un mensaje avisándolo de tu llegada.

—Oye... —me acerco a ella—. No te preocupes por Blake. Sé que te puso las cosas difíciles pero no permitiré que te haga sentir incómoda. Tienes mi palabra.

Helena está consternada. Sabe que acabo de tomar una decisión irrevocable. Necesito ver a mi abuela. Lo de antes iba en serio. La he notado muy débil y jamás me perdonaría no haberme despedido de ella.

—Una visita corta —me hace prometer—. Quiero que continúes con tu rehabilitación en Nueva York.

—Descuida. Dentro de poco me libraré de esta silla.

Le guiño un ojo y ella no sonrío. Está nerviosa.

—Quizá debería quedarme aquí. He pensado volver al trabajo y...

—Puedes trabajar a distancia. ¿Qué diferencia hay entre hacerlo desde Nueva York o desde Texas? —la interrumpo—. Me gustaría presentarte a mi abuela como es debido. No me dejes solo.

—Vale —se da por vencida.

—¿Puedes agacharte?

—¿Para qué?

—Para darte un beso. Me muero de ganas de besar a mi mujer. Ojalá pudiera levantarme de la silla y llevarte en brazos hasta la cama.

Helena se inclina y siento que todo encaja cuando nuestros labios se rozan. Sostengo su rostro con las manos. Está temblando. «Maldito seas, Blake. ¿Qué le has hecho para que te tenga tanto miedo?». Borro a Blake de mi cabeza y la beso con una urgencia que me deja con ganas de más. Detesto no tener fuerzas para hacerle todo lo que me gustaría. Ahora mismo le arrancarí la ropa y me comería su piel a besos.

—Eres perfecta —me aparto de ella y respiro con dificultad. No me puedo creer que un simple beso me haya dejado exhausto.

—No lo soy.

—Yo tampoco —me encojo de hombros y ella se ríe con debilidad. Luego la miro a los ojos y añado totalmente convencido—: Pero somos perfectos cuando estamos juntos.

Corro por los pasillos del laberinto sin salida. Siento el aliento podrido de mi perseguidor en la nuca. Estoy muerto de miedo. Quiero gritar y lo único que sale de mis labios son murmullos estrangulados. No me siento lo suficiente hombre. Soy un cobarde que huye del monstruo. Ni siquiera me atrevo a mirar atrás. Seguro que perdería el equilibrio y él me daría caza. Por el rabillo del ojo veo la silueta de sus tentáculos alargados.

«Corre».

«Lucha por tu vida».

«Que no te atrape».

No hay salida. Las paredes del laberinto están cubiertas de enredaderas puntiagudas. Me arañó el brazo con la púa de un rosal cuando doblo la esquina. Aúllo de dolor. La sangre brota de mi piel. No quiero llorar como si fuera un puto crío. No soy ningún niño.

—¡Josh!

El suelo se parte en dos y un remolino de arena me engulle. Me cuesta respirar y extendiendo los brazos para agarrarme a algo. Voy a morir. No quiero morir.

—Josh, despierta.

Pataleo y suplico por mi vida. La arena me entra en la boca. El monstruo de los tentáculos se acerca.

—Josh, solo es una pesadilla. No es real. Josh...

Abro los ojos y me encuentro con la expresión angustiada de Helena. Me está zarandeando con suavidad. Dios, ha sido una puta pesadilla. Como si volviera a estar en coma y luchara por mi vida. Estoy sudando y tengo ganas de llorar. Me controlo porque mi mujer está delante. No quiero parecer un pusilánime, aunque supongo que ya es demasiado tarde.

—¿Estás bien?

—Agua.

Helena se levanta de la cama y regresa al cabo de unos segundos con un vaso de agua que me acabo de un trago. Tenía la garganta seca. Como si me hubiera tragado un puñado de arena. No lo entiendo. Ha sido un sueño de lo más real y terrorífico. No era capaz de distinguir realidad y ficción. Ha sido como estar en coma y revivir una pesadilla de lo más macabra. Solo consigo calmarme cuando Helena me abraza. Debería ser yo quien la abrazara a ella, pero su contacto me reconforta. El olor de su pelo me tranquiliza y mi pulso vuelve poco a poco a la normalidad.

—Haz las maletas. Mañana nos vamos a Paradise Lake.

Ella no dice nada. Sabe que lo necesito. Tengo que poner tierra de por medio con mis pesadillas. Los recuerdos del coma son tan terribles que no me veo capaz de compartirlos con nadie. Ni siquiera con mi mujer. Creo que en el fondo tampoco hace falta. Helena acaba de leer el pánico en mis ojos y sabe que lo único que puede calmarme es regresar a mi casa.

BLAKE

Todos han intentado hacerme cambiar de opinión, pero estoy harto de tener el rancho repleto de familias escandalosas. Se acabó lo del campo de girasoles para turistas. Fue bonito mientras duró y nos reportó beneficios extras. No voy a negar que era una gran idea. Lo era mientras Helena se encargaba. Pero Hannah se ocupa de la casa, Bill y Stuart me ayudan con el ganado y yo no tengo ganas ni tiempo de lidiar con los turistas. El don de gentes nunca fue lo mío.

Durante estas semanas se han ido turnando para continuar con el proyecto. Incluso la abuela propuso contratar a alguien porque una idea tan bonita no podía caer en el olvido. Sí, lo que me faltaba, un nuevo empleado.

Arranco el cartel de la valla y al hacerlo es como si me quitaran una parte de Helena. Es ridículo. Helena está a miles de kilómetros de distancia. Con mi hermano. Porque yo fui tan miserable que le dije cosas horribles para apartarla de mi lado. Me duele en el alma que se largara pensando que la utilicé, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Pedirle que se quedara conmigo? ¿Abandonar a Josh a su suerte? Además, tuve el valor que a ella le faltó para tomar una decisión sensata. Porque lo vi en sus ojos: Helena sigue enamorada de Josh. De hecho, jamás se habría acostado conmigo si Josh hubiera estado despierto. Fui un salvavidas al que se aferró cuando estaba perdida. No voy a ir de víctima porque la verdad es que no me importó ser su segundo plato. Estaba convencido de que ella me amaría con el paso del tiempo. Quizá había empezado a hacerlo, qué se yo. Pero Josh se despertó del coma y mis planes de formar una familia con ella se truncaron.

Hice lo que tenía que hacer.

Así es la vida, ¿no? Constantemente tomamos decisiones difíciles por el bien de las personas a las que queremos. Es lo que me enseñaron. Mi abuelo me hizo prometer antes de morir que cuidaría de Josh. Estoy cuidando de mi hermano. Me digo que también estoy cuidando de Helena. Eso es lo único que importa.

Me sacudo las manos en los pantalones. Este era el último cartel que quedaba en la carretera comarcal. Lo estoy cargando en el maletero cuando diviso un lujoso deportivo a lo lejos. Reconozco el ostentoso coche de Steve Walton. Aprieto la mandíbula cuando aparca detrás de mi camioneta. Me quito las gafas de sol cuando él se baja del coche y se acerca a mí con paso dubitativo. Sé que me tiene miedo. Hace bien. No sé de lo que sería capaz si él o su padre hacen otra de las suyas.

—¿Qué quieres?

Steve se detiene a una distancia prudencial.

—Quiero hacer esto por las buenas. No sé si Helena te transmitió mi mensaje.

—Helena ya no está aquí.

—¿Le ha pasado algo?

—No es asunto tuyo.

—Me caía bien —responde con sinceridad—. Parece buena chica.

Steve mete la mano dentro del bolsillo interior de su camisa y me ofrece lo que parece un cheque. No lo cojo. Me limito a dedicarle una mirada cargada de desprecio y él suspira.

—No tiene una cifra. Ponla tú. Dime cuánto quieres por tu rancho.

—¿Qué parte de *no está en venta* no has entendido?

—Mi padre...

—Tú y tu padre podéis ir al infierno —le ladro, y no puedo resistir el impulso de acercarme a él y cogerlo de la solapa de la camisa. Su rostro se contrae en una mueca de pánico cuando lo levanto un palmo del suelo y lo empujo contra el capó de mi camioneta—. Y te juro que os enviaré yo mismo si vuelves a insultarme con tu maldito dinero.

—Intento hacer las cosas bien... —dice con la voz estrangulada—. Sé que mi padre está tramando algo.

Lo suelto asqueado y Steve respira aliviado. Se acaricia el cuello y me mira con una mezcla de resentimiento y temor.

—Tú veras —se sacude el polvo de la camisa y se aleja en dirección a su coche—. Ya te lo he advertido. No puedo hacer otra cosa. Yo no soy como él.

—Eres peor que él. Una sabandija que vive del dinero de su padre mientras reniega de él porque en el fondo se cree mejor.

Steve se sube al coche y baja la ventanilla para responderme. Una sonrisa burlona asoma a mis labios. Es tan cobarde que solo se atreve a plantarme cara cuando está protegido.

—Y tú eres un chulo que jamás valoró a la mujer que tenía a su lado.

Ni siquiera me tomo la molestia de responderle porque no merece la pena. Sé que Steve lleva toda la vida colado de Stella. Tengo entendido que fueron novios en el instituto hasta que ella pasó de él. Por eso Steve siempre me ha tenido una ojeriza mal disimulada. Se la regalo. Harían

buena pareja. Son tal para cual. Lástima que ella nunca lo haya encontrado interesante porque estaba demasiado ocupada haciéndome la vida imposible.

Estoy a punto de subirme al coche cuando me suena el móvil. Maldito cacharro. Odio las nuevas tecnologías. El otro día Avery se cabreó porque no le permití que me hiciera un perfil de Facebook. Ya es lo que me faltaba. Tener Facebook y ser la clase de imbécil que busca a Helena en una red social porque la echa de menos. Hablando de ella... el mensaje es suyo. Mi corazón se salta un latido antes de leerlo. Pero la euforia me dura poco.

“Josh no sabe que te he escrito. Vamos a Paradise Lake. Quiere ver a tu abuela y no he podido sacarle la idea de la cabeza. Ella sabe que estuvo en coma. Leyó la carta que te escribí. Solo quería avisarte para que nuestra llegada no te pille por sorpresa”.

Joder.

Maldita sea.

Esto no puede estar pasando.

El mundo se me viene encima de golpe. Le doy una patada a la rueda del coche y lanzo el teléfono por los aires. Luego apoyo las manos sobre el capó y respiro profundamente. Helena viene de camino. ¿Qué se supone que voy a hacer?

HELENA

Estoy muy preocupada por Josh. Todas las noches tiene pesadillas de las que se despierta muy alterado. Sé que tienen que ver con su experiencia al estar en coma, pero él se niega a hablar del tema. Siempre responde un «no me acuerdo de nada» cuando le pregunto. Detesto no poder ayudarlo y me duele que no sea capaz de confiar en mí, pero ¿acaso puedo quejarme? Yo tampoco le he contado toda la verdad y me justifico alegando que le rompería el corazón. Por supuesto que le rompería el corazón. Es obvio. Pero algún día tendré que ser sincera con él, ¿no? No podemos vivir eternamente en una mentira.

—Josh —lo zarandeo con suavidad para que se despierte.

Estamos a bordo de un avión con destino a Houston. El único motivo por el que avisé a Blake fue porque no quería que reaccionara mal al vernos. Sí, estoy aterrada. No me he podido librar de acompañar a Josh porque él me necesita.

—¡No! —exclama asustado, y extiende los brazos para luchar contra lo que hay dentro de su cabeza—. Déjame... no...

Algunos pasajeros miran en nuestra dirección y me tengo que contener para no gritarles que se metan en sus asuntos. ¿Nunca han visto a un hombre teniendo una pesadilla? Le aprieto el brazo con delicadeza y le hablo con voz firme.

—Josh, despierta. Solo es un sueño.

—No... por favor... no...

—Josh, cariño. Estoy aquí. Abre los ojos.

Josh se sobresalta y su primer impulso es darme un empujón. Luego me mira avergonzado y un tanto confundido cuando comprende dónde estamos. Le acaricio el muslo para hacerle saber que todo va bien.

—He dado un espectáculo. Para que luego digan que los vuelos en clase turista son aburridos.

—Qué va. Nadie se ha dado cuenta —le miento para que no se martirice.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Treinta y cinco minutos.

Josh se despereza. A pesar de su pérdida de peso y de masa muscular y de la palidez de su piel, sigue siendo el mismo hombre guapísimo del que me enamoré. Con esos ojos de un intenso verde esmeralda y la sonrisa arrebatadora y masculina.

—Me encantaría estirar las piernas, pero al menos viajar en silla de ruedas tiene sus ventajas. No hay nadie en el asiento delantero que pueda molestarte.

—Josh...

—Ya lo sé —pone los ojos en blanco y esboza una sonrisa socarrona—. No quieres que haga esas bromas.

—Son de mal gusto.

—Y tú tienes buen gusto. Por eso te casaste conmigo.

Me da un beso que consigue callar mis protestas. Josh siempre ha tenido un don para besarme. Me pregunto si parte de su éxito con las mujeres se debía a lo buen besador que es. Sigue oliendo a Hugo Boss y me encanta que poco a poco vuelva a ser el que era. El hombre encantador y seguro de sí mismo por el que suspiraba. Sigo suspirando por él. Sí, es solo que...

—Me muero de ganas por ver la cara que ponen todos cuando nos vean aparecer.

Me levanto con la excusa de ir al baño. Me encierro en el minúsculo aseo y abro el grifo para echarme agua en la cara. Fuerzo una sonrisa. Puedo hacerlo. Solo tengo que fingir que Blake me resulta indiferente. Josh piensa que nos llevamos fatal. Es mejor así. Porque cuando nuestras miradas se crucen no voy a poder disimular la rabia que siento.

Estoy que me subo por las paredes mientras conduzco. En el aeropuerto alquilé un coche porque es la única manera de llegar a La herradura. El transporte público está sobrevalorado para un pueblo perdido de las altas llanuras texanas. Por fin logro sintonizar una emisora de música country cuando me adentro en la carretera comarcal. El calor abrasador y la carretera llena de baches me dan la bienvenida. Esta vez no me han dado gato por liebre y he conseguido un coche que tiene aire acondicionado. De lo contrario tendría que bajar las ventanillas y correríamos el riesgo de morir asfixiados por la polvareda amarilla que levantan las ruedas del coche. Suenan los primeros acordes de *I cross my heart* de George Strait. Esta vez no voy a perderme ni me hará falta la ayuda de un vaquero parco en palabras y de mirada desabrida. Me sé el camino de sobra.

—Uf, odio la música country —se queja Josh, y manipula la radio para dar con una emisora de su gusto—. Supongo que es lo mejor que vamos a encontrar por estos lares. Blake estaría encantado. Es un amante de Johnny Cash.

«Lo sé».

Aprieto el volante con fuerza y trato de mantenerlo alejado de mi cabeza. Maldito Blake. Ni siquiera he puesto un pie en el rancho y ya me está atormentando. Recuerdo su voz grave y seductora cantando *Bad Things* mientras me miraba a los ojos sin pestañear. Debería estar prohibido que un hombre con su aspecto tuviera semejante voz.

—¡Por fin algo decente! —exclama satisfecho cuando sintoniza una emisora de rock. Josh comienza a tararear *Highway to Hell* de AC/DC.

Menuda canción tan propia para la ocasión. *Estoy en la autopista al infierno*. Y tanto. Pero mi cuñado no es el mismísimo diablo, sino el hombre más atractivo y traicionero que me he echado a la cara. Para mi desgracia.

—I'm on the highway to hell... Highway to hell —canta Josh a viva voz—. Vamos, Helena, canta conmigo.

—No tengo ganas.

—No te recordaba tan aburrida. Tú y yo nunca hemos tenido vergüenza.

Clavo la vista en la carretera y se me escapa un suspiro cargado de irritación. En eso tiene razón. No tengo vergüenza. De lo contrario no me habría acostado con mi cuñado. Pero Josh sigue a lo suyo y desafina cuando pasamos de largo el destartalado cartel que da la bienvenida a La herradura. Se me hace un nudo en el estómago e intento ignorar mis ganas de vomitar. Lo único que me apetece es dar un volantazo y regresar al aeropuerto. Demasiado tarde.

—Hogar, dulce hogar... —murmura Josh, y parece inusualmente contento de regresar al rancho. Es irónico. Durante mucho tiempo traté de convencerlo para que me presentara a su familia, y ahora me gustaría estar en cualquier sitio menos aquí. Josh baja la ventanilla y me contengo de decirle que no lo haga. Saca la cabeza y disfruta del paisaje. En el cielo brilla un sol resplandeciente y que se refleja sobre los pastos dorados e infinitos—. El primer desvío a la izquierda.

—Conozco el camino.

—Tienes razón. Todavía me cuesta asumir que estuviste aquí.

«A mí también».

Levanto el pie del acelerador cuando tomamos la carretera llena de baches. Apenas voy en segunda y los amortiguadores del coche sufren el desnivel de la carretera. Josh se agarra al asidero de su puerta para mantener el equilibrio. Me entran ganas de decirle que no conduzco tan mal ni tengo la culpa de que la carretera esté hecha un asco. Pero sé que solo lo haría porque me recuerda a Blake y al día que me puse al volante de su preciada ranchera. A Blake por poco le dio un infarto y pasó todo el camino quejándose. Pero luego estuvimos en aquella heladería y

terminamos el día dándonos un baño en el lago. Estuvimos a punto de besarnos.

Me encantaría que lo que sucedió entre nosotros se redujera a una simple atracción porque entonces sería más fácil. Pero sé que jamás me habría acostado con él de ser así. Fue algo más intenso y a lo que me aterra ponerle nombre. Mis sentimientos nunca me habían dado tanto miedo. Ojalá pudiera ignorar el cosquilleo nervioso que me sube por el estómago cuando cruzamos las puertas del rancho. Nada ha cambiado, pero es lo normal porque solo han transcurrido un par de semanas desde que me marché. El sendero de mezquites recién podados y a lo lejos la construcción de una planta al estilo de Dallas. Hay una niña de tirabuzones azabaches columpiándose sobre una rueda atada al tronco de un árbol. Mi corazón se estremece de placer porque no puedo evitar alegrarme cuando la veo.

Mi ratita.

Avery.

Solo por ella merece la pena haber regresado.

Aparco el coche delante de la casa y abro la puerta. Respiro profundamente antes de salir y voy directa al maletero. Si no lo pienso es más fácil. Cojo la silla de ruedas, la despliego y la coloco junto a la puerta del copiloto.

—¡Helena!

No me da tiempo a ayudar a Josh porque una voz infantil viene corriendo hacia mí. Solo puedo agacharme para recibirla. Sus rizos me hacen cosquillas en las mejillas. Avery huele a fresas silvestres y escondo la cabeza en su pelo para que no vea lo emocionada que estoy. La niña me estrecha con fuerza y le doy un beso en la frente.

—¡Has vuelto! —exclama ilusionada—. Ahora entiendo por qué papá no me dejaba llamarte. Me tenía preparada una sorpresa, ¡yuju!

«Así que Blake no la dejaba llamarme. Vaya, vaya...».

—Gracias por tu ayuda. Ya puedo solo.

Me vuelvo hacia Josh con gesto de disculpa. Me había olvidado de él. No sé cómo se las ha apañado, pero ya está sentado en la silla de ruedas. Avery se aparta de mí y lo mira con los ojos abiertos de par en par.

—Tío Josh, ¿por qué estás sentado?

—Porque vengo muy cansado del viaje.

Avery se acerca a él y le da un pellizco en las piernas. Creo que lo hace para comprobar si las siente. Josh se sobresalta y ella se parte de risa.

—¿Cuándo te vas a levantar?

—Dentro de muy poco —le guiña un ojo.

—¿Qué haces aquí? Papá tampoco me dejó llamarte porque decía que estabas muy ocupado y que no debía molestarte.

—He venido de visita —me señala con la cabeza y añade—: Con tu tía.

Avery se vuelve hacia mí con expresión confundida. Durante unos instantes es la viva imagen de la inocencia infantil y me produce mucha ternura. Nos mira sin entender nada hasta que sus ojos se iluminan de alegría.

—¿Tú y Helena estáis saliendo juntos?

—Estamos casados.

—¡Guau! —comienza a saltar de felicidad—. ¡Helena es mi tía! ¿Por qué no me lo habíais dicho?

—Porque...

—Era una sorpresa —es lo único que se me ocurre.

—¡Es la mejor sorpresa de la historia!

Se acerca a darme un abrazo y acto seguido se olvida de mí para subirse encima del regazo de su tío. Estoy a punto de quitársela de encima porque me preocupa que pueda hacerle daño, pero Josh me hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Cómo funciona? ¿Con pilas?

—Con las manos.

Josh hace rodar la silla y Avery se engancha a su cuello.

—¡Qué rollo! ¿Por qué no te compras una que funcione con gasolina? Así podríamos conducirla juntos e iríamos más deprisa.

—Pero ¿tú te has sacado el carnet?

—¿Hace falta? —pregunta con inocencia.

—Por supuesto. Yo me lo saqué a la primera. Por ahora puedes ir de copiloto.

—Oh...

—¡Helena! ¡Josh!

Hannah es la segunda persona en recibirnos. Baja a toda prisa las escaleras del porche mientras se limpia las manos en el delantal que lleva atado a la cintura. Me abraza con tanto ímpetu que está a punto de asfixiarme. Luego me mira sin dar crédito y estalla en una sonora carcajada.

—¡No sabes lo feliz que acabas de hacerme!

—Hola —carraspea Josh a su espalda—. Ejem... el inválido soy yo. Te recuerdo que nos conocemos desde que éramos unos críos.

—Ay, ¡Josh! —ella se queda un tanto cortada cuando lo ve en silla de ruedas. Se recompone al cabo de dos segundos y se agacha para darle dos besos—. No sabes cuánto me alegro y lo mucho que recé por ti.

—No debes saberte el padre nuestro, mira cómo me han devuelto.

—¡Josh Sackler! —lo censura Hannah—. Sigues siendo el mismo bribón de siempre.

—¿Me vas a hacer brownies de chocolate como en los viejos tiempos?

—Solo si dejas de hacer esas bromas.

—Lo suyo es un caso perdido —le digo.

—¿Por qué rezaste por él? —pregunta desconcertada Avery.

—Porque...

—¡Mira quién ha venido! —exclama Bill, que se acerca galopando a lomos de su caballo seguido por Stuart. Baja de su montura y echa a correr en mi dirección. Me levanta del suelo y me da una vuelta en el aire antes de darme dos sonoros besos en las mejillas. Luego se vuelve hacia Josh y le guiña un ojo—. Perdona, tío. Las mujeres primero.

—No te culpo. Es más guapa que yo.

—Y que lo digas —Bill y Josh se estrechan la mano—. Te he echado de menos.

Josh le ofrece una sonrisa sincera. Stuart es el más sorprendido y no sabe ocultarlo. Primero se acerca a mí y me frota la espalda con afecto, y después le revuelve el pelo a Josh como si fuera un crío. Miro a nuestro alrededor sin encontrarlo. Me pregunto dónde estará. Todos se han comportado con naturalidad y me alivia que nuestra llegada no haya trastocado sus vidas. Pero sé que la reacción de Blake será diferente y solo espero que Josh no lo note.

—¡Dichosos los ojos! —exclama una eufórica Sophia. Está apoyada sobre la barandilla del porche y se ha quitado la mascarilla de oxígeno para hablar. A su espalda hay una botella de

oxígeno sostenida por un carrito con ruedas. Por el raballo del ojo me doy cuenta de que la expresión de Josh se descompone al ver el estado físico de su abuela—. No pongas esa cara, muchacho. Todavía me queda mucha guerra por dar. ¡Qué alguien me ayude a bajar estas escaleras para abrazar a mi nieto!

Me apresuro a subir las escaleras sin pensarlo. Sophia me mira con los ojos entornados cuando le ofrezco mi brazo. No sé ni cómo logro sostenerle la mirada. Pensaré que soy una impostora.

—Hola, querida. ¿O debería llamarte nieta?

—Como tú quieras está bien... —respondo abochornada.

—No seas tonta —me da una palmadita en la mano antes de agarrarse a mi brazo—. Entiendo por qué me lo ocultaste.

Me quedo más aliviada cuando no percibo ningún reproche en su tono. No soportaría decepcionar a Sophia. La ayudo a bajar las escaleras y ella respira con dificultad. Josh aprieta los labios y sé que odia estar postrado en esa silla porque le encantaría ponerse de pie y ayudar a su abuela. Sophia se endereza cuando llega hacia él.

—Josh... cariño, no sabes la alegría que acabas de darle a esta anciana —lo mira con ternura y añade sin dudar—: Los dos sabemos que vas a tardar muy poco en librarte de esa silla. Eres un Sackler. Eres fuerte.

Entre Hannah y yo logramos sostener a Sophia para que pueda besar a su nieto. Él tiene los ojos vidriosos cuando se apartan. Ahora no me arrepiento de haber venido a Paradise Lake. Se harán mucho bien el uno al otro. Josh tenía razón: no se lo habría perdonado si no se hubiera despedido de su abuela. Ni yo tampoco.

—¿Dónde está ese cabezón que tengo por hermano? —pregunta Josh, mirando a su alrededor.

—Salió esta mañana muy temprano —responde Stuart, y su mirada se cruza con la mía para informarme que está al tanto de todo.

La felicidad me dura poco. Sé que Blake nos está evitando. Sabía que llegábamos hoy y se ha quitado de en medio. Pero los dos sabemos que tarde o temprano tendrá que aparecer. Ojalá se tomara unas vacaciones y me privara de su presencia. Lo que le dije iba totalmente en serio: no quiero volver a verlo en mi vida.

JOSH

No me esperaba ver a mi abuela en semejante estado físico. Estoy acostumbrado a verla pulular por el rancho de un lado para otro. Es la mujer con más energía que conozco. Le encanta cortar flores y preparar ungüentos que vende los lunes en el mercado del pueblo. Siempre ha estado hecha un portento. Tanto física como mentalmente. Sobrevivió a su hijo —algo que no debería vivir ninguna madre—, y nos crio a Blake y a mí. Sobre todo a mí. Por aquel entonces Blake ya era un joven de diecinueve años demasiado arrogante para admitir que necesitaba la ayuda de alguien. Y después tuvo que enfrentarse a la muerte de su marido. Nunca la vi venirse abajo. No sé de dónde sacó la fuerza para ser la matriarca de la familia. Jamás se quejó. No hubo un día en el que la viera lamentarse de su suerte o quejarse de lo mal que la había tratado la vida. Siempre dijo sentirse afortunada de vivir en el rancho y tener dos nietos de los que se sentía muy orgullosa.

Me pregunto dónde diantres se habrá metido Blake. Sé que la abuela está deseando que nos reconciliemos y por ella estoy dispuesto a agachar la cabeza. Además, le debo una. Arriesgó su vida para conseguir el dinero del tratamiento, y de no ser por él, no podría continuar con la rehabilitación. ¿He dicho ya que odio estar en deuda con Blake? Seguro que sí.

Echo un vistazo a la sala de estar. El aparador está repleto de fotos familiares. Noto una opresión en el pecho cuando contemplo las imágenes de mis padres. Éramos una familia feliz. Deberíamos haberlo seguido siendo. Pero mi camino y el de mi hermano se separaron y ninguno ha puesto de su parte para abrir paso a una reconciliación.

¿Qué puedo decir? No es fácil vivir bajo la sombra de *El gran Blake Sackler*, nótese la ironía. Se vio obligado a madurar a pasos agigantados e hizo de hermano mayor, e incluso a veces de padre. El problema es que se lo tomó demasiado en serio y me recriminó cosas que no venían a cuento. Cosas demasiado crueles para olvidarlas.

—Eres la viva imagen de tu madre —dice mi abuela.

Observo la foto de mis padres. Ella está peinando a un caballo y él la observa como si fuera la mujer más hermosa que ha visto en su vida. No me parezco en nada a ella. Era una mujer de cabello castaño y ojos almendrados que mi hermano recibió como herencia. Y mi padre era un hombre corpulento y de mirada fiera, cualidades con las que también se ha quedado Blake. Cómo no, él siempre reservándose la mejor parte de la genética. En lo único que me parezco a ellos es en la forma en la que se miran. Es justo como yo miro a Helena. La clase de mirada cómplice que nos dedicamos el día de nuestra boda. Al menos en algo he salido ganando.

—No me parezco a ella.

—Físicamente no. Pero tienes su carácter. Blake es clavadito a vuestro padre. Serio, protector y huraño. Pero tú tienes la misma personalidad arrolladora de tu madre. Era la mujer con más sentido del humor que he conocido. Sabía apreciar un chiste mejor que cualquiera y levantaba pasiones allá donde iba.

—Yo lo único que levanto con esta silla es polvo.

—¿Lo ves? Siempre bromeando. A ella le pasaba lo mismo.

—Tengo que pedirte un favor, abuela.

—No me vayas a pedir que no me muera, porque sabes que por mí seguiría dando guerra durante el resto de vuestras vidas.

—No te enfades con Helena. Ella no te contó quién era porque Blake se lo impidió.

—Ah... así que es eso —mi abuela se queda pensativa durante un momento—. No estoy disgustada con tu esposa. Es una buena mujer. Tiene un corazón de oro.

—Menos mal.

—Yo también tengo que pedirte algo.

—Lo que sea.

—No te enfades con tu hermano. Él te quiere y haría cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

—¿Por qué iba a enfadarme con él? —respondo extrañado. Ya estaba enfadado con él, pero no me ha dado nuevos motivos para que mi resentimiento aumente—. Ya sé que haría cualquier cosa por mí. Ese es su problema. Tiene un instinto de padre que saca lo mejor y lo peor de él.

Mi abuela arruga los labios y no dice nada, algo muy impropio de ella porque siempre tiene preparada la réplica perfecta. Pero lo de antes iba en serio: voy a poner todo de mi parte para llevarme bien con Blake. Sé que no será fácil porque nuestras personalidades chocan, pero mi hermano se merece una segunda oportunidad después de lo que ha hecho por mí.

Hannah cumple su palabra y prepara sus famosos brownies de chocolate. Tiene un talento extraordinario para la cocina y ha dispuesto una copiosa comida con múltiples opciones vegetarianas para Helena: hay estofado de verduras, ensalada de repollo, aros de cebolla, costillas en salsa y patatas asadas. Me sorprende que Blake no dé señales de vida y mi abuela

dice que no lo esperemos para cenar. Aquí todos le hacemos caso porque ella es la que manda, a pesar de que Blake crea ser quien lleva la voz cantante. Menudo iluso. Stuart y Bill bromean sobre la prominente barriga del primero. Me parto de risa con ellos e intervengo para picar a Stuart. Hannah le explica a Helena los platos que ha preparado sin carne y mi mujer le dice que no debería haberse molestado, pero luego devora el estofado como si llevara días sin probar bocado. Avery está cantando una canción de Ariana Grande para llamar la atención. Me siento como en los viejos tiempos, cuando no huía del rancho porque cada vez que ponía un pie aquí me peleaba con Blake y la abuela sufría por nuestra culpa.

—¿Dónde se habrá metido? —pregunto preocupado—. No es propio de él ausentarse a la hora de la cena. Jamás se pierde una buena comida.

—Tu hermano ya es mayorcito.

Ignoro el comentario de Helena porque se nota que no lo conoce. Blake es la clase de hombre que valora los momentos en familia. Para él la familia siempre ha sido lo primero. Me lo echaba en cara tantas veces que ya me sé la cantinela de memoria. Primero la familia, segundo la familia y tercero la familia. «Porque Paradise Lake es nuestro hogar y debemos protegerlo de los que no llevan nuestra sangre». Me pregunto si el capullo de Harry Walton seguirá empeñado en hacerse con el rancho. Por lo visto cree que hay reservas petrolíferas en la propiedad, pero yo lo único que veo son montañas de arena y vacas por todas partes.

—Yo lo llamaría al móvil, pero nunca lo lleva encima —dice Bill.

—La verdad que es raro que no dé señales de vida... —admite Hannah.

—¿No te ha dicho a dónde iba? —le pregunto a Stuart.

—No.

Stuart se mete una costilla en la boca y murmura que habrá salido por ahí con algún amigo. No me quedo del todo convencido porque Blake tiene pocos amigos. Es un hombre muy reservado y sus mejores amigos son Bill y Stuart. Yo soy el extrovertido de la familia. Blake se ponía de los nervios cuando traía a algún compañero del instituto a casa porque odiaba recibir visitas. Creo que un perro rabioso puede ser más encantador que mi hermano. Con eso lo digo todo.

—Tu hermano sabe lo que se hace —dice la abuela—. Todos a comer. Ya volverá cuando tenga que volver.

«Cuando tenga que volver». A veces mi abuela puede ser una mujer de lo más enigmática. Me encojo de hombros porque supongo que tiene razón. Blake es un hombre hecho y derecho que sabe cuidar de sí mismo. Seguro que tiene un buen motivo para ausentarse.

Después de cenar, Avery se sube encima de mis piernas y le pide a Helena que le cuente un cuento antes de dormirse. Yo hago todo lo posible por librarme de mi sobrina porque no me gustan los niños. A ver, para un rato no está mal. Pero al cabo de unas horas ya he tenido

suficiente y estoy harto de ser su taxi particular. Pero se nota que a Helena se le cae la baba con ella y me veo obligado a seguirlas hacia el dormitorio infantil para contentarlas. Ella la tapa con la sábana y luego se sienta en el borde de la cama.

—No te voy a pedir que me cuentes un cuento porque he llegado a la conclusión de que los hombres no servís para eso —me dice la niña con tono sabihondo.

—¿Y cómo has llegado a semejante conclusión? —soy incapaz de no entrar al trapo.

—Papá no sabe —habla muy bajito por si él pudiera escucharla.

Así que hay algo en lo que puedo ser mejor que Blake. Dios, no puedo desperdiciar esta ocasión. Sé que es muy pueril por mi parte competir con mi hermano, pero...

—Érase una vez una pequeña sirena llamada Avery a la que le encantaba jugar con todos los peces del mar...

—¡Se llama como yo! —exclama entusiasmada.

«Ja, chúpate esa, Blake. Solo han hecho falta dos segundos para que me la gane».

—La sirenita Avery era la más rápida surcando las olas. Su padre, el rey del mar, estaba tan orgulloso de ella que le encomendó una importante misión: viajar hasta la ciudad de Atlantis con un regalo. Pero la sirenita Avery iba a tropezarse en el camino con un montón de enemigos que intentarían arrebatarle el valioso tesoro...

Avery se queda dormida antes de que pueda narrarle el final, en el que la sirenita Avery logra derrotar al malvado calamar gigante y los habitantes de Atlantis hacen una fiesta en su honor. Helena me mira embelesada y con una media sonrisa en los labios.

—¿Qué?

—¿Intentas arrebatarme el primer puesto como contadora de historias?

—Dame tres días —le guiño un ojo.

—Pensé que no te gustaban los niños.

—No me gustan —bajo la voz para que mi sobrina no me escuche—. Pero no se lo digas. Soy su tío preferido.

Salimos de la habitación de Avery y vamos directos a nuestro dormitorio. Blake sigue sin aparecer por casa. La preocupación se me pasa cuando Helena regresa del cuarto de baño vestida con un simple camisón de seda que le cubre por encima de los muslos. Tengo una erección automática y me alivia descubrir que esa parte de mi anatomía sigue funcionando con normalidad. Pero por desgracia, estoy demasiado hecho polvo para intentar un acercamiento

sexual. Me muero de ganas por acostarme con mi mujer, pero no quiero quedar como un inútil incapaz de satisfacerla sexualmente. Antes tengo que recobrar las fuerzas y volver a ser el Josh que le arrancaba suspiros de placer. No quiero que se vea obligada a fingir un orgasmo. Terminaría con la poca hombría que me queda.

Lo que sí puedo hacer es atraerla hacia mi pecho cuando nos tumbamos en la cama. Le acaricio el pelo como sé que le gusta. Nunca me cansaré de decir que huele a gloria. Lo juro. Helena huele a rosas y a vainilla. Pero también a seguridad, cariño y sexo. Estoy tan enamorado de ella que haría cualquier cosa por mantenerla a mi lado. Incluso fingir una amnesia para no tener que afrontar nuestros errores del pasado. El divorcio no entra en mis planes. Y menos ahora que la vida nos ha regalado una segunda oportunidad para empezar de nuevo. Ya lo dice nuestro tatuaje, el mismo que me hice porque hubo un momento de nuestras vidas en el que no era capaz de decirle que no: *hasta el infinito y más allá*. Es lo que vamos a dibujar juntos: un infinito de posibilidades. Me levantaré de esta silla y seré el marido que ella se merece. Puede que no podamos volver a ser aquellos estudiantes de universidad que vivieron el mejor noviazgo de sus vidas, pero estoy dispuesto a dar lo mejor de mí para encauzar nuestro matrimonio. No me falta amor. Ni ganas. Ni compromiso.

—Te quiero —le doy un beso en la frente y a ella se le escapa un suspiro—. Nunca lo olvides. Eres lo mejor que tengo.

BLAKE

Ya he perdido la cuenta del número de cervezas que llevo en el cuerpo. Sí, soy un cobarde. He huido de mi propia casa para no verles las caras. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No pretendía ahogar mis penas en el alcohol. Tan solo quería beber un par de cervezas antes de recuperar el valor suficiente para hacerles frente. Pero me he sentido inesperadamente mejor después de la tercera. Y a la cuarta todo me importaba una mierda. Con la quinta me he olvidado de por qué estaba aquí. Ahora entiendo a los que se emborrachan para no afrontar sus problemas. Yo nunca fui uno de esos, pero hay que reconocer que el alcohol consigue que todo te resbale.

—Eh, Blake, ¿me invitas a una cerveza?

Barney me pasa un brazo por encima del hombro izquierdo. O mejor dicho, el alcohol consigue que te resbale casi todo. No le puedes pedir peras al olmo.

—Lárgate.

—Me he dejado la cartera en casa. Hoy por ti y mañana por mí. Helena a veces me invitaba.

Me vuelvo hacia él con el rostro contraído por la rabia. Lo último que necesito es que la mencione.

—¿Tengo pinta de ser Helena? —le ladro.

—Pues... no —retrocede con las manos en alto y murmura en voz baja con tono acusador—: Ella es más guapa y simpática.

—Sí, Helena es estupenda —respondo con ironía, y apoyo la jarra vacía en la barra. Le hago un gesto a Wendy para que la rellene y ella se muestra un tanto vacilante—. Otra.

—¿No has bebido suficiente?

—No.

—Yo lo invito a la última —dice una mujer que se sienta en el taburete de al lado. La miro de reojo. Es atractiva. Exuberante. Pechos grandes y una cascada de cabello castaño que le llega por debajo de la cintura—. ¿Cómo te llamas?

—Puedo pagar mis propias copas, gracias.

Ella se muerde el labio y me evalúa de arriba abajo con todo el descaro del mundo. Sé lo que está buscando. Parece la clase de mujer que no se corta en pedir lo que quiere. Y me quiere a mí. Pero solo hay una mujer que me interese y para mi desgracia está casada con mi hermano.

—Guau, vaquero. Menudos humos te gastas.

—No me llames vaquero.

—No me has dicho tu nombre.

—Blake —respondo de mala gana, porque no me hace ni pizca de gracia que me llame vaquero. Helena solía burlarse de mí con apodosos de ese tipo. Su recuerdo es lo único que me queda de ella.

—Olivia.

Wendy rellena mi jarra y me acabo de un trago la mitad de la cerveza. Olivia me observa con un hambre feroz. Le sostengo la mirada sin inmutarme. Ella se pasa la lengua por el labio inferior, se levanta del taburete y camina en dirección al servicio con un contoneo de caderas muy sensual. Si eso no es una indirecta, que baje Dios y lo vea. Termino el contenido de la cerveza y pido otra. Wendy suspira con desgana.

—¿Por qué no te vas a casa?

—Porque no me apetece encontrarme con la parejita feliz —respondo con sorna, y al ver que no me entiende, añado—: Mi hermano y su preciosa mujer.

—¿Helena está en el rancho?

—Sí.

Wendy suelta un silbido y después me dedica una mirada cargada de lástima. No lo soporto. Stuart me mira de la misma forma. No merezco ser tratado con compasión porque soy un hermano de mierda. Así que hago lo único que me parece correcto para quitarme a mi cuñada de la cabeza: ir directo al servicio con la esperanza de que la tal Olivia resulte una compañía cariñosa. Ella me recibe encantada en cuanto cruzo la puerta. Su mano va directa a mi entrepierna y su boca a mi cuello. Cierro los ojos e intento olvidarme de todo. Necesito echar un polvo. Tengo delante a una mujer atractiva y que va buscando lo mismo que yo. ¿Cuál es el puto problema?

«La rubia».

—Tócame.

Su petición me hace reaccionar. La empujo contra la pared y meto la mano dentro de su falda. Olivia suspira de placer. Me vienen a la mente unos ojos azules y una boca carnosa y sonrosada.

Mechones de pelo rubio esparcidos sobre sábanas blancas. Su jodido olor. Su expresión rendida al placer cuando estaba a punto de llegar al orgasmo. Su voz murmurando mi nombre.

—¿Quieres que te la chupe, vaquero?

Sostengo a Olivia de los hombros y la aparto con brusquedad. Ella levanta la cabeza y me mira contrariada. No es para menos. Está de rodillas y a punto de desabrocharme la bragueta. Soy un gilipollas sin tacto. Le doy la mano para ayudarla a ponerse de pie. Ella enarca las cejas, visiblemente sorprendida. Estoy convencido de que es la primera vez que un hombre la rechaza. En fin, siempre hay una primera vez para todo.

—Lo siento.

—¿Estás hablando en serio? —pregunta atónita.

—Sí.

Ella sacude la cabeza sin dar crédito y sale del servicio dedicándome una mirada rabiosa. Respiro profundamente y abro el grifo para echarme agua en la cara. Maldita sea, no me reconozco. Yo no soy así. No me acuesto con la primera mujer disponible para olvidarme de otra. Es mezquino. Casi tanto como emborracharme para evitar a mi hermano y a su mujer. Por eso lo último que espero es encontrármela cuando salgo de baño. Mi corazón se salta un latido y comprendo que voy a necesitar algo más que un puñado de cervezas para hacerle frente. Jamás he sentido algo tan intenso por una mujer. Me hierve la sangre y un súbito calor se apodera de mi cuerpo. Ella todavía no me ha visto y aprovecho los segundos de ventaja para observarla a mi antojo. Es jodidamente preciosa.

Helena tiene el ceño fruncido y los ojos clavados en Olivia. Está furiosa. Se sobresalta al verme. Luego aprieta los labios y pone mala cara. Genial, acaba de sacar sus propias conclusiones. Supongo que es mejor así.

—¿Qué haces aquí, rubia?

—Wendy me ha llamado —arruga la nariz y me mira como si fuera el peor hombre que se ha echado a la cara—. Estás borracho.

—Sí.

Negar lo sería absurdo.

—No me llames rubia —me espeta con un resentimiento tan palpable que me escuece por dentro—. Para ti soy Helena. La única razón por la que estoy aquí es porque no quería que tuvieses un accidente de coche. Sería el colmo para Josh.

Josh. Su marido. Aprieto los puños e intento contenerme. Es lo que quería, ¿no? Helena está con mi hermano y se preocupa por él. Entonces ¿por qué me he alegrado cuando la he visto ponerse

celosa? El subconsciente es demasiado traicionero para buscarle razones. Una cosa es que intente actuar con principios, y otra muy distinta que disfrute viendo a Helena casada con otro hombre, aunque el susodicho sea mi hermano.

—¿Nos vamos o qué? No tengo toda la noche.

—Puedo conducir.

—No voy a discutir. Paso de perder el tiempo contigo.

—¿Debería darte las llaves de mi coche?

—He venido en el mío.

—Menos mal. Conduces fatal.

—Parece que hoy estás gracioso.

Helena se despide de Wendy y la camarera pone cara de circunstancia. Me siento como un chiquillo al que acaban de pillar haciendo una travesura. Olivia me dedica una mirada resentida cuando pasamos por su lado.

—¿Tu novia ha venido a buscarte? ¿Por eso tenías tanta prisa?

—Soy su cuñada —le aclara Helena.

—Pues mejor para ti. Este no sirve ni para pasar el rato.

Recojo mi sombrero e ignoro la pulla de Olivia. No me quiero ni imaginar lo que debe estar pensando Helena. Me encantaría explicarle que entre esa mujer y yo no ha sucedido nada, pero sé que lo mejor para ambos es que crea que soy un cabrón que a la mínima de cambio se acuesta con una completa desconocida.

—Gracias por venir a buscarme, pero no hacía falta —le digo cuando salimos del bar.

Helena ni siquiera responde. Va directa a un Ford focus azul eléctrico que supongo que habrá alquilado en el aeropuerto. Me abstengo de decir que estaríamos más cómodos en mi ranchera porque está hecha para las carreteras de La herradura. El ambiente se tensa cuando nos montamos en el coche. Ella conduce en silencio y por algún extraño motivo tengo la necesidad de romperlo. Yo, el tipo más reservado de Texas. Porque han sido dos semanas de mierda en las que la he echado dolorosamente de menos a sabiendas de que no tengo ningún derecho.

—¿Qué tal está Josh?

—Lo sabrías si hubieras estado en el rancho para recibirlo. Haz el favor de no dirigirme la palabra.

Aprieto los dientes. Está furiosa y decepcionada. «Enhorabuena, Blake. Has conseguido justo lo que querías y deberías sentirte muy orgulloso». Intento mantener la vista fija en la carretera, pero me resulta del todo imposible y de vez en cuando la miro de reojo. Helena ni siquiera se inmuta. Está absolutamente concentrada en la conducción, o eso parece. El silencio me resulta tan incómodo que me veo obligado a manipular la radio. Creí que lo soportaría, pero me duele en el alma que me odie de una manera tan visceral.

«Mierda».

Comienza a sonar *Bad Things*, la canción menos apropiada para este momento. Nuestra canción. Helena afloja las manos del volante y suspira. Me rasco la nuca. No lo he hecho a propósito, pero por su expresión rabiosa, estoy seguro de que piensa lo contrario. Apago la radio.

—¿Por qué la quitas? —pregunta a la defensiva.

—Pensé que te molestaría.

—Solo es una canción.

—No lo es.

—Y tanto que sí —reduce la velocidad cuando entramos en el camino que va directo al rancho —. No significa nada para mí

—Haré como que me lo creo.

—Me da igual lo que creas. Estas dos semanas he tenido mucho tiempo para reflexionar. Estoy enamorada de mi marido. Hice bien en largarme de Texas. Solo estoy aquí porque él lo ha querido.

—No tienes que darme explicaciones.

—Me veo en la obligación de aclarártelo porque no quiero que Josh se dé cuenta de algo que para mí ya no tiene importancia. Él debe centrarse en su recuperación. Eso es todo lo que importa.

—Me alegro de que lo hayas superado —me enervo al verla tan entera.

—No tenía nada que superar. Me dejé llevar porque me sentía muy sola —aparca el coche delante de la casa y se vuelve para mirarme sin contemplaciones—. No nos causes problemas.

—Yo no...

Me quedo tan cortado que no tengo tiempo de reaccionar. Ella se baja del coche y camina con prisa hacia el porche. La intercepto antes de que suba el primer escalón. Helena me lanza una mirada airada cuando la cojo de la muñeca y me veo en la obligación de soltarla. Es como si

hubiera apuñalado mi corazón. Su rechazo me duele más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Mi última intención es causaros problemas.

—Pues compórtate como un hombre y no huyas de tu hermano el primer día que pone un pie en el rancho —Helena sube los escalones y me habla con tono glacial. Ni siquiera se digna a mirarme—. Apesta a alcohol. Date una ducha.

Me quedo tan deshecho que no me veo con fuerzas de entrar en casa. En lugar de ello enciendo un cigarrillo y doy una profunda calada. Sé que me merezco toda su rabia. Joder. Sé que lo mejor para todos es que Helena me odie porque eso significa que está fuera de mi alcance. Pero es la primera vez en toda mi vida que odio hacer lo correcto. De pequeño me enseñaron a seguir las reglas y ahora me pregunto si en ciertas ocasiones ser un buen hombre no implica renunciar a tu propia felicidad. Nadie me contó que el amor es el sentimiento más egoísta e irreflexivo.

JOSH

No ha amanecido cuando me despierto. Me quedé dormido aferrando la mano de Helena porque su compañía es lo único que me consuela. Nuestros dedos siguen entrelazados y me aparto con cuidado de no despertarla. Ella duerme con la boca entreabierta y el cabello rubio esparcido sobre la almohada. Tiene esa expresión apacible y soñadora que tanto me enamoró de ella. El bajo del camisón se le ha subido por encima del muslo y muestra su trasero cubierto por las bragas de encaje. Tengo una erección instantánea y me pregunto si en algún momento de nuestras vidas, tal vez dentro de muchos años, mi mujer dejará de afectarme de una forma tan física. Es increíble que siga excitándome como el primer día.

La silla está colocada junto a la cama y me cuesta un gran esfuerzo subirme encima. Las piernas todavía no me responden del todo y lo que debería ser pan comido me hace respirar con dificultad. Voy directo al cuarto de baño y observo la ropa que hay pulcramente doblada sobre el lavabo. No quiero despertarla y pedirle me ayude a vestirme, pero me doy por vencido después de unos minutos en los que lo único que consigo ponerme es la camiseta. Para colocarme los pantalones tendría que incorporarme y sé que me caería de espaldas porque mis piernas aún no soportan mi peso.

Detesto necesitar ayuda para todo. Por suerte, los pantalones del pijama son de un gris oscuro y parecen los de un chándal. Soy demasiado orgulloso para dejarlo estar y me pongo unas zapatillas. Al menos así no pareceré un tullido del que mi familia tenga que compadecerse.

La casa está a oscuras y me dirijo hacia la cocina. Me cuesta pegar ojo y cuando lo consigo me invaden las pesadillas. Tengo ganas de disfrutar de mi soledad y dejar de hacerme el gracioso delante de todos aunque solo sea por unos minutos. Quiero que sigan pensando que soy el mismo Josh charlatán y bromista de siempre. Lo último que soportaría es despertar su lástima. Ya tengo suficiente con la silla de ruedas y con despertarme con una erección a la que no puedo hacer frente tal y como me gustaría.

—¡Dichosos los ojos! —exclamo al ver a mi hermano.

Blake está sentado delante de una enorme taza de café. Olvidaba que es el hombre más madrugador que conozco.

—Josh —Blake se levanta y es incapaz de no disimular su sorpresa al verme sentado en la silla de ruedas—. Me alegro de verte.

Se debate entre ofrecerme una mano o darme un abrazo. Le hago un gesto para que se acerque

porque me parece una gilipollez que nos comportemos como dos desconocidos. Blake parece incómodo cuando me estrecha entre sus brazos con ese aire protector que tanto lo caracteriza. Tarda dos segundos en ablandarse y me frota la espalda.

—¿Dónde te habías metido?

—Estuve negociando con un proveedor.

—¿Hasta tan tarde? Tú nunca te pierdes una cena en familia.

—El trabajo es el trabajo. De haber sabido que venías...

—Nos habrías ido a buscar al aeropuerto, lo sé —le resto importancia—. Quería darle una sorpresa a la abuela. Se enteró de que estaba en coma y todo este tiempo ha ido un paso por delante de ti, ¿cómo te quedas?

Blake suspira.

—Y yo intentando protegerla...

—Ya sabes cómo es. Nadie puede engañarla. Otra cosa es que se haga la tonta.

—¿Quieres café?

—Por favor —se acerca a la cafetera para servirme un tazón que casi parece un cuenco de cereales—. Tampoco te pases. Y con doble...

—De azúcar. Lo sé.

Blake me ofrece la taza y se apoya en la mesa de la cocina. Me mira de una forma extraña. Supongo que está preocupado. Tenemos muchas cosas que decirnos y ni siquiera sé por dónde empezar. Un «gracias por lo que has hecho por mí» no estaría de más.

—Ojalá no me hubiera perdido tu vuelta a los ruedos.

—Creo que está colgado en internet. No me preguntes dónde. Algo llamado *yotub* o algo por el estilo. Avery me lo enseñó.

«Yotub». Me parto de risa porque creo que es la primera vez que escucho a mi hermano pronunciar en voz alta «YouTube». O por lo menos lo ha intentado. Es un alérgico a las nuevas tecnologías y su móvil es una de esas reliquias con botones. Netflix podría hacer un documental sobre mi hermano. Es una especie en extinción.

—Youtube.

—Lo que sea.

—Lo buscaré. ¿Firmaste muchas tetas?

—Unas y a regañadientes.

—Qué soso eres.

—Ya sabes que no me gustan esas cosas.

Le doy un sorbo al café y esbozo una mueca de asco. Está imbebible. Olvidaba que a mi hermano le gusta muy fuerte. Me lee la mente y me ofrece una jarra de leche caliente con la que logro endulzarlo. Esto ya es otra cosa.

—Todavía no me explico que te arriesgaras de esa forma. La última vez casi la palmaste.

—No exageres.

—Tres costillas rotas, el brazo dislocado, luxación de rodilla y esa cara de la que tanto presumes hecha papilla. Seguro que la abuela intentó detenerte. Y luego no quieres que se lleve disgustos...

Blake endereza la espalda.

—No había otra forma de conseguir el dinero.

—Te devolveré hasta el último centavo.

—No empecemos —responde irritado—. ¿Para qué quiero tanto dinero? No sabría en qué gastarlo.

—En la universidad de tu hija, por ejemplo.

—Ni siquiera sé si Avery querrá ir a la universidad.

—Te gustaría que ella se quedara aquí arreando el ganado y ordeñando a las vacas. Un futuro más prometedor. Donde va a parar.

—Josh, no empieces.

—Ese dinero es tuyo.

—¿Tanto te cuesta aceptar la ayuda de tu hermano mayor?

—Sí.

—Pues no debería.

—Viniste a verme al hospital.

—¿Te acuerdas?

—Vagamente —miento, porque en realidad me acuerdo de todo—. Seguro que Helena te convenció. Puede ser muy persuasiva.

Blake no dice nada y sé que he dado en el clavo. Me rugen las tripas y él se levanta para trastear en la cocina en busca de algo que ofrecerme.

—Déjalo, me puedo preparar yo algo.

—Tú que vas a poder.

—Sí puedo.

Blake deja caer los brazos y me mira con incomodidad.

—No pretendía ofenderte.

—Ya lo sé —respondo crispado—. Pero estoy harto de que todos se me adelanten. No tengo planeado quedarme toda la vida sentado en esta silla, pero mientras tanto me gustaría que no me trataran como si fuera un inútil.

—Que se preocupen por ti no es lo mismo que tratarte como a un inútil.

—Ya, lo que tú digas. Me habría gustado verte a ti en mi lugar. Seguro que te lo tomarías con el sentido del humor que te caracteriza. Todos sabemos que tienes un carácter envidiablemente dulce.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte? —decide ignorar mi pulla.

La pregunta me deja con dos palmos de narices.

—¿Ya quieres que me vaya?

—No es eso. Pero deberías seguir tu rehabilitación en Nueva York. Es lo más sensato.

—No se me ha perdido nada en Nueva York. Mis lesiones no son graves y puedo continuar con la rehabilitación aquí. Voy a contratar a un fisioterapeuta y las revisiones las tendré en el hospital de Houston.

—No te entiendo —Blake está muy contrariado—. En Nueva York contarás con los mejores recursos médicos.

—Pensé que te alegrarías de verme.

—No me malinterpretes.

—Permíteme que lo haga —lo corto, un tanto decepcionado por su reacción—. Llevabas mucho tiempo echándome en cara que no os visitaba lo suficiente, y ahora que estoy aquí, me vienes con esas.

—Josh...

—Olvídame.

Me dirijo hacia el exterior para respirar aire puro. Sabía de sobra que mi hermano es demasiado orgulloso para montarme una fiesta, pero tampoco esperaba que quisiera echarme a patadas. Estoy a punto de caerme por las escaleras y consigo frenar a tiempo.

«Mierda».

—Esta tarde construiré una rampa de madera.

—Sería un detalle.

—¿Quieres que te ayude a bajar?

Me encantaría decirle que no. Acabamos de discutir y ahora necesito su ayuda para salir de la casa. Menuda forma más irónica tiene la vida de bajarme los humos. Antes de que pueda responder, Blake agarra la silla de los reposabrazos y me levanta con ella por los aires. No me da tiempo a protestar cuando ya me ha dejado en el suelo.

—No vuelvas a hacer eso —siseo indignado—. No soy un monigote.

—No nos ha visto nadie.

Una sonrisa socarrona asoma a sus labios. Esto es el colmo.

—Si estuviera de pie, te daría una patada.

—Pero no lo estás.

—Por poco tiempo.

—Eso espero.

Está amaneciendo y es un verdadero espectáculo. Mi hermano y yo disfrutamos de la belleza del paisaje. Los tonos anaranjados y violetas se entremezclan en el cielo. Sobre las montañas rocosas flota una espesa niebla. A lo lejos se escucha el ulular de un búho. Ojalá Helena estuviera aquí para presenciarlo, aunque supongo que después de pasar dos meses en el rancho, se habrá cansado de observar amaneceres.

Doy un paseo por el camino de mezquites y dejo atrás a Blake. Regresar al rancho es

enfrentarme a un puñado de sentimientos contradictorios. Paradise Lake siempre será mi hogar, pero también es el lugar del que tuve la necesidad de escapar porque sentía que jamás estaría a la altura de mi hermano. Vuelvo la cara y lo veo vigilándome con su característica mirada de ojos entrecerrados. Se parece al puñetero Clint Eastwood. Hay que joderse. Solo le falta el puro. Todas las chicas del instituto estaban coladas por él y recuerdo con nostalgia que me regalaban chucherías para que les hablara bien de ellas a mi hermano mayor. Y precisamente tuvo que fijarse en la tía más tarada de toda La herradura. Sé por qué lo hizo. Ella lo pilló en un momento muy vulnerable e intentó atarlo con el nacimiento de mi sobrina. Nuestro abuelo, la última figura paterna que nos quedaba, murió de un infarto fulminante. Y Blake se permitió un instante de debilidad con aquella mujer tan atractiva como venenosa. El resto ya lo sabemos todos.

El columpio de la rueda sigue estando colgado de la rama del mismo árbol. Recuerdo tener siete años y a un adolescente Blake quejarse porque tenía que ocuparse de mí. Me columpiaba tan alto que yo soñaba con rozar las nubes con las puntas de los pies. No siempre fue el adulto correcto y responsable que hace lo que se espera de él. Me caía mejor cuando se limitaba a salir con su pandilla de amigos y luego regresaba a las tantas con algún peluche que había ganado en un puesto de escopetillas. Yo lo recibía como si fuera el mayor tesoro del mundo y él me revolvía el pelo después de llamarme cariñosamente «enano». Me enseñó a montar a caballo y podíamos pasar horas cabalgando bajo el atardecer. Recuerdo el momento exacto en el que se torcieron las cosas entre nosotros. Es lo que pasa cuando idealizas a alguien: de repente se le cae la careta y lo ves tal cual es. Justo lo que me sucedió con mi hermano.

Un gruñido me saca de mis recuerdos. Freno la silla. Al principio lo confundo con un coyote, pero es demasiado grande. Está en los huesos y tiembla de miedo. Es un amasijo de greñas sucias. Pongo las manos en alto para que sepa que no soy ninguna amenaza. Solo es un perro sarnoso. Un chucho.

—Lo único que podría hacer es atropellarte con la silla.

El perro ladea la cabeza como si me entendiera. Es el perro más feo que he visto en mi vida. Pobre animal. No me explico cómo ha llegado vagando hasta el rancho. Sus ojos se iluminan esperanzados, deja de temblar y saca la lengua. Además de feo es bobo.

—No.

Le hago un aspaviento con las manos cuando intenta acercarse a mí. Aúlla de pena para intentar ganarse mi compasión. «Lo siento, colega. Pero no me queda compasión que ofrecer en este momento. Demasiado tengo con aguantarme a mí mismo».

—¡Paish, fuera! —le grito cuando se acerca y me da un lametazo en la mano izquierda.

Estiro la pierna derecha —no sé cómo lo consigo—, hago un falso ademán de incorporarme para parecer amenazador y el perro huye despavorido. Respiro aliviado cuando se larga. De pequeño siempre quise tener un perro. Ya no soy un puto crío. Ahora solo soy un hombre sentado en una silla de ruedas que está muy amargado y hace todo lo posible para que los demás no se lo noten.

HELENA

Me despierto más tarde de lo normal a propósito. Después de haber vivido durante dos meses en el rancho, me convertí en una persona muy madrugadora. Adoraba desayunar con los chicos y contemplar el amanecer a lomos de Daisy mientras arreábamos el ganado. Pero esta mañana me he hecho la remolona con la intención de evitar a Blake. Anoche no pude ignorar la llamada desesperada de Wendy. ¿Qué otra cosa iba hacer? ¿Permitir que ese zoquete tuviera un accidente de coche?

Tampoco se lo estaba pasando tan mal. Se acostó con aquella mujer y luego tuvo el descaro de llamarme «rubia» como si no hubiera sucedido nada entre nosotros. Por lo visto, Blake es de esos hombres que pasan muy rápido de página. No sé de qué me extraño porque él ya me lo dejó muy claro: solo fui un simple polvo que no significó nada para él. Dios, me estoy volviendo loca. Al principio estaba convencida de que lo dijo para alejarme de él, pero después de lo de anoche no sé qué pensar. Quizá iba completamente en serio y me hice ilusiones con un hombre que no merece la pena. No sería la primera vez que un Sackler me decepciona...

¿Y qué más da?

¿Acaso importa cuáles eran sus intenciones?

«Estás casada con Josh. Él te necesita. Lo de anoche te dejó muy claro la clase de persona que es Blake. Bórralo de tu cabeza. Olvídate de él. Hazte un favor a ti misma».

Es justo lo que intento cuando decido volver a trabajar. Marco el número de teléfono de Jace Petterson, mi jefe, para explicarle que estoy dispuesta a revocar la excedencia si él me permite trabajar a distancia. Se acabó lo de arrear el ganado y comportarme como si fuera una auténtica vaquera. Esa no soy yo. Viví una ilusión que se aleja diametralmente de la editora que soñaba con descubrir a grandes promesas literarias. Mientras esté en el rancho —espero que sea poco tiempo—, estaré ocupada trabajando con la Tablet. Me cruzaré lo menos posible con Blake y cada uno irá a lo suyo. Es un plan perfecto.

—¡Hola, Helena! —me alivia que Jace parezca tan contento de saber de mí—. Me preguntaba cuándo ibas a llamarme.

—Las últimas semanas han sido caóticas.

—Lo sé. Es lógico que aproveches para exprimir el tiempo con tu marido. ¿Qué tal está Josh?

—Se está recuperando.

—Dale recuerdos de nuestra parte, por favor. Tenéis todo nuestro apoyo. Sobra decir que puedes tomarte el tiempo que necesites.

—Hablando de eso... me gustaría volver al trabajo.

—¿A la oficina?

—Estamos pasando unos días en casa de la familia de Josh, y me preguntaba si cabría la posibilidad de trabajar a distancia.

—Por mí no hay ningún problema. Sabes que valoro mucho tu trabajo, pero quiero que sepas que puedes tomártelo con calma. Tu puesto no corre peligro.

—Me encantaría empezar ya.

—En ese caso, tengo el email abarrotado de manuscritos que esperan ser descubiertos por una editora con buen ojo.

Me siento inesperadamente mejor después de hablar con Jace. Regresar al trabajo es justo lo que necesito para mantener la mente ocupada. Ahora solo tengo que encontrar un fisioterapeuta que pueda ayudar a Josh con la rehabilitación. Esto es más complicado porque mi marido no tiene un carácter muy afable en este momento. Se irrita con facilidad y la persona indicada deberá tener mucha paciencia. Reviso mi bandeja de email con las recomendaciones que me han hecho desde el hospital de Nueva York. Leo el currículum de una tal Janice Parks. Su sonrisa contagiosa me anima a enviarle un email que ella responde al cabo de unos minutos. Soy de las que piensa que la sonrisa de una persona dice mucho de ella, y Janice tiene una sonrisa contagiosa.

Estimada Helena,

Soy justo lo que andabas buscando. Mi especialidad son las personas cascarrabias y que intentan ponérmelo muy difícil. Estoy segura de que Josh y yo conseguiremos grandes progresos. No te preocupes por mí. No soy de las que huyen a la primera de cambio ❖❖

Sé que debería consultarlo con Josh, pero despidió a su último fisioterapeuta porque no le permitió hacer todas las flexiones que a él le dio la gana. Seguro que les encontrará alguna pega a todos los candidatos. Lo conozco de sobra.

¿Cuándo puedes empezar?

Janice responde al instante.

Mañana a las diez. ¿Te parece bien?

Y tanto que me parece bien. Cuanto antes empiece con la rehabilitación, antes se libraré de esas malditas pesadillas de las que se niega a hablarme.

Perfecto.

Busco a Josh para darle la buena noticia, pero no lo encuentro por ninguna parte. No me explico cómo ha sido capaz de levantarse de la cama sin mi ayuda. Bueno, sí que me lo explico. Su orgullo ha hecho de las suyas. Josh cree que es menos hombre si depende de su mujer. Me desespera que sea tan susceptible y sé que no puedo presionarlo porque de lo contrario me ganaría una mirada exasperada de su parte. Tengo que concederle su espacio.

—¿Has visto a Josh?

—Hola, dormilona —me saluda Hannah con su característica sonrisa—. Hoy se te han pegado las sábanas.

—Estaba agotada —le miento.

—Josh ha salido a dar un paseo por el rancho.

Me sirvo zumo de naranja y cojo un cruasán de chocolate. Me apena no haber desayunado con los chicos, pero haría cualquier cosa con tal de no cruzarme con Blake.

—Deberías desayunar algo más si tienes pensado ayudar a los vaqueros con el arreo del ganado.

—No puedo —Hannah me mira extrañada—. He vuelto al trabajo.

Señalo la Tablet que he dejado encima de la mesa.

—¿Y no echarás de menos montar a caballo?

«Con toda mi alma. Ahora mismo subiría a lomos de Daisy y cabalgaría a toda velocidad mientras el viento me agita el pelo».

—Fue bonito mientras duró, pero tengo una profesión que me gusta.

«O me gustaba, ya no lo tengo del todo claro».

—Te van a echar mucho de menos. Hoy los chicos preguntaron por ti, pero Blake les pidió que no te esperaran porque dijo que estabas muy ocupada.

«Blake siempre tan considerado».

—Ha tardado poco en deshacerse de mi idea del campo de girasoles.

—Ay... —Hannah se sienta a mi lado y me mira apenada—. Intentamos que funcionara, pero era imposible llevarla a cabo en tu ausencia. Nos fuimos turnando para atender a los clientes, pero no dábamos abasto.

—Tranquila. Lo entiendo.

—Podrías volver a encargarte ahora que estás aquí.

—No tengo tiempo. Me espera un apasionante manuscrito sobre una viuda victoriana que se siente perdidamente atraída por un vizconde libertino y crápula de dudosa reputación. ¡Esto promete!

Cojo la Tablet y me pongo de pie. Mi intención es buscar un lugar tranquilo a las afueras del rancho. Hoy no hace tanto calor como otros días y estoy convencida de que las horas se me pasarán volando mientras corrijo una novela romántica. No hay mal que por bien no venga. En Chicago estaría encerrada en una oficina y aquí puedo respirar aire puro.

—Dile a Josh que estoy trabajando si lo ves.

—Eso está hecho. Helena —me llama antes de que salga de la cocina—. Estoy muy contenta de que hayas vuelto. Todos te echábamos mucho de menos.

Le ofrezco una sonrisa que se desvanece en cuanto me doy la vuelta. «Todos no». Porque a la mínima de cambio, John Wayne me había cambiado por otra.

Me siento bajo la sombra de un enebro con la Tablet sobre las rodillas. Lady Susan es una joven viuda que se casó con un marido al que no amaba para salvar a su familia de la ruina. Por primera vez experimenta lo que es la libertad después de un matrimonio tortuoso en el que su cruel marido la maltrataba. Por eso se cierra en banda al amor y decide dedicar su vida al cuidado de su hijo y a los servicios a la beneficencia para ayudar a los más desfavorecidos. Lady Susan se ha convertido en una dama de la alta sociedad muy respetada que se niega a contraer nuevamente

matrimonio —pese a la insistencia de sus familiares y amigos—, porque por fin tiene la independencia que siempre ha deseado. No le falta el dinero que le dejó en herencia su difunto marido y jamás se atará a otro hombre que se crea con derecho a maltratar su cuerpo y su corazón.

«Haces bien, Lady Susan. Todos los hombres te decepcionan tarde o temprano. Algunos te mienten diciendo que quieren tener hijos y anteponen su carrera a ti. Y otros parecen tipos íntegros y a la mínima de cambio admiten sin tapujo que solo querían echarte un polvo».

Pero a los cuarenta y cinco minutos de lectura, ya estoy poniendo los ojos en blanco. Cómo no. Lady Susan va a caer rendida bajo el encanto del disoluto vizconde de Stapleton, un auténtico mujeriego que se ha propuesto conquistar a la única mujer que se le resiste. Ya me veo venir el final. Seguro que nuestra bondadosa protagonista consigue reformar al vizconde libertino y él se da cuenta de que está perdidamente enamorado de ella. Pero en la vida real las mujeres no podemos cambiar a los hombres. Es ridículo. Si naces siendo una naranja, no puedes convertirte en una manzana. Nadie cambia por amor porque deberíamos querer a las personas tal cual son. Con sus virtudes y defectos. Con sus zonas blancas, grises y oscuras.

De todos modos, he de admitir que el manuscrito tiene potencial porque la prosa es exquisita y el argumento muy adictivo. Al cabo de dos horas me faltan noventa y cinco páginas para terminarlo. Es una historia romántica con una protagonista que calará en el corazón de los lectores y un vizconde crápula que hará las delicias de los amantes de la novela romántica, ¿qué más se puede pedir?

«Que no te interrumpan mientras trabajas, por ejemplo».

¿Cosas que odio en la vida además de los finales previsibles? Ser molestada mientras estoy leyendo. Por eso levanto la cabeza de la Tablet y me encuentro de frente a Blake tirando de las riendas de Balder. No lo he oído acercarse porque venía caminando. Siento el mismo cosquilleo nervioso que experimenté el otro día en el bar de Wendy. Con la salvedad de que anoche me carcomieron los celos cuando sumé dos más dos y llegué a la conclusión de que Blake se había dado un revolcón en el servicio con aquella extraña. Elevo la barbilla para demostrarle que no me afecta en absoluto. No sé lo que pretende, pero mi intención era centrarme en el trabajo y no pienso desviarme de mi plan.

—¿Qué quieres?

—¿Qué haces aquí?

Responde a mi pregunta con otra pregunta. Cómo no. Es el Blake que conozco. El tipo que intenta controlar la situación en todo momento porque tiene la necesidad de demostrar quién está al mando. Conmigo la lleva clara. Parece mentira que no me conozca. Devuelvo la vista a la pantalla y lo oigo suspirar.

—Corres el riesgo de sufrir una insolación. Deberías meterte en la casa. Puedo buscarte una

habitación en la que trabajes sin interrupciones.

—El único que me está interrumpiendo eres tú —respondo sin despegar los ojos de la pantalla.

—Hace demasiado calor.

—Estoy a la sombra, tengo agua y soy una persona adulta. ¿Me puedes dejar en paz? Estoy trabajando. Gracias.

Blake no se mueve del sitio y yo finjo estar muy interesada en la historia de Lady Susan. Pero me desconcentra que me observe con esa mirada tan profunda. Aprieto los labios cuando comprendo que no tiene la menor intención de marcharse. Tecleo un par de correcciones y se me escapa un suspiro cargado de irritación. No puedo trabajar mientras él me vigila. Me pone nerviosa. Levanto la mirada de la Tablet para mirarlo con hostilidad.

—¿Qué quieres?

—Firmar la paz.

—La paz se firma si estás en guerra con alguien. Ya te dije anoche que no tengo nada en contra de ti. Estoy casada con Josh y mi única preocupación es que él se recupere. Todo lo demás no me importa.

—Con todo lo demás te refieres a nosotros.

—No hay un nosotros.

—Ya me has entendido.

Me veo en la obligación de dejar la Tablet en el suelo para ponerme de pie. Blake me sostiene la mirada con esa seguridad arrolladora que lo caracteriza. Pero veo algo más intenso en sus ojos para lo que no estoy preparada. Las motitas doradas brillan como las brasas de un fuego bajo la luz de la luna. Un calor inesperado me sube por las piernas y toda la entereza que estaba fingiendo se viene abajo. Me cruzo de brazos para mantener la compostura.

—Tú y yo vamos a comportarnos como dos personas civilizadas que se toleran delante de los demás. Josh cree que nos llevamos mal y que por eso no quería venir al rancho. Me conoce de sobra y sabe que soy demasiado educada para hablarle mal de ti. Así que vamos a mantener las distancias para que él no sospeche, ¿te ha quedado claro?

—Como el agua.

—Bien.

Pero Blake no se mueve del sitio ni da la conversación por zanjada. Apoyo todo el peso en mi pierna izquierda y lo miro exasperada. No entiendo lo que quiere de mí. Me dejó muy claro que

solo fui la mujer de la que se apiadaba porque le causé lástima. Un polvo fácil.

—Quiero pedirte disculpas por el estado en el que me encontraste anoche.

Ah, así que era eso.

—Está olvidado —digo con frialdad.

—No soy la clase de hombre que se emborracha para no afrontar sus problemas, pero me costaba mirar a Josh a la cara después de haberme acostado con su mujer.

«Su mujer».

La palabra que utiliza me escuece más de lo que estoy dispuesta a admitir. Porque para él siempre fui Helena. O la rubia. Pero reducirme a la esposa de su hermano me parece del todo injusto. Como si no hubiéramos compartido una intimidad que traspasa los límites de las normas sociales.

—No me des explicaciones de lo que haces con tu vida.

—Maldita sea... —Blake se pasa una mano por la barbilla y me mira agobiado. Acaba de quitarse la careta—. No soporto que me mires de esa forma.

—No te miro de ninguna forma.

—Estás furiosa conmigo.

—No estoy furiosa contigo. Estoy furiosa conmigo misma por haber traicionado a Josh con un hombre que no merece la pena.

—Tienes razón. No merezco la pena.

Blake mete el pie en el estribo para subirse a lomos de Balder, pero de repente sucede algo completamente surrealista. En una fracción de segundo, un pájaro enorme cae en picado sobre nosotros y solo me da tiempo a cubrirme el rostro con las manos. Blake es más rápido y se abalanza sobre mí para protegerme con su cuerpo. Veo el destello de unas plumas grises y unas garras afiladas. Es un águila enorme con la cabeza blanca y el pico puntiagudo. Al no encontrar nada que llevarse a la boca, agarra la Tablet y extiende las alas para levantar el vuelo.

—¡No!

Le doy un empujón a Blake e intento recuperar mi Tablet. El águila suelta un graznido y acto seguido me da un picotazo en el brazo derecho. Aúllo de dolor y retrocedo asustada porque es un animal enorme. Blake se interpone entre nosotros sin pensárselo dos veces y murmura en voz baja:

—Estate quieta. No digas nada. Que no nos vea como una amenaza.

Está de más decir que no pienso volver a intentarlo. Me escondo detrás del cuerpo de Blake y no sé si reírme o echarme a llorar cuando el águila levanta el vuelo y se lleva la Tablet con ella. Es la cosa más surrealista que me ha pasado en la vida. Y ya he vivido unas cuantas, para qué engañarnos.

—Me ha robado la Tablet... —musito con un hilo de voz.

—Ha debido confundirla con un conejo —Blake se vuelve hacia mí—. Solo a ti se te ocurre ponerle una funda de pelo blanco con dos ridículas orejas.

Pongo mala cara. ¿Cómo se me iba a ocurrir que un águila podría confundirla con un conejo? Es una funda que me regaló mi madre porque sabe que me encantan las cosas suaves. Una monada con orejas y un pompón en forma de cola.

—Estás herida.

Me sobresalto cuando Blake me toca el brazo. No es grave. Un arañazo superficial por el que mana una hilera de sangre. Algunas gotas me han salpicado la camiseta y parece peor de lo que es.

—No es nada.

—Vamos a desinfectarte la herida.

—Puedo sola.

—Insisto.

—No.

Me gano una mirada irritada por su parte que compite con la mía. Resoplo. Él me mira como si fuera un auténtico problema que está dispuesto a resolver. De mala gana, lo acompaño en dirección a las caballerizas porque no tengo ganas de discutir. Todavía sigo alterada por lo que acaba de suceder.

—No sabía que las águilas fueran tan agresivas con el ser humano —digo para romper el silencio mientras caminamos, y también porque me pica la curiosidad.

—En realidad no ha sido agresiva con nosotros. Estaba tratando de proteger a su presa y te ha dado un picotazo de advertencia.

—Así que debería estar agradecida por su generosidad...

—Mira el lado positivo: acabas de conocer el emblema de los Estados Unidos. Un águila calva.

Ese ejemplar medirá aproximadamente un metro y tenía una envergadura de casi dos metros. Pueden alcanzar los ciento sesenta kilómetros por hora.

—¿Por qué se llama águila calva?

—Por las plumas blancas de su cabeza en contraste con las plumas oscuras de su cuerpo.

—Pues se va a dar un buen festín con la Tablet.

—La abandonará cuando se dé cuenta de que no sirve para alimentar a sus crías.

—¿Das por hecho que es una hembra?

—Las hembras suelen ser algo más grandes que los machos, de ahí que haya llegado a la conclusión. En realidad tanto el macho como la hembra se encargan de cuidar a las crías y se turnan para buscar alimentos. Uno de los padres siempre permanece con los polluelos mientras el otro se ausenta.

—Trabajo en equipo. Increíble.

—Es algo más que trabajo en equipo. Son aves monógamas. En cuanto se aparean con su pareja, la eligen de por vida. Vuelven todos los años al mismo nido y envejecen juntas.

—Qué romántico —siseo, y me pongo de mal humor sin poder evitarlo. O sea, que hasta un águila es más de fiar que un hombre.

Cruzamos la puerta de las caballerizas y sigo a Blake hasta el armario en el que se guarda el botiquín de primeros auxilios. Coge el bote de agua oxigenada y un paquete de gasas esterilizadas. Se lo arrebato de la mano antes de que pueda tocarme. No voy a permitir que vuelva a hacerlo. Jamás.

—Ya puedo sola.

—No es molestia.

—Adiós, Blake.

Le doy la espalda y lo escucho suspirar con pesar. No sé de qué se sorprende. No me quedo tranquila hasta que sale de las cuadras y puedo volver a respirar con normalidad. Entonces me permito pensar en lo que sucedió hace un momento entre nosotros. No lo entiendo. ¿Por qué ha arriesgado su vida por mí si no significo nada para él? No quiero darle importancia. Blake es la clase de hombre que protege a los suyos y yo soy parte de su familia. Lo ha hecho por eso.

BLAKE

Sé que me contradigo, pero no soporto que Helena me mire como si fuera el peor hombre que se ha echado a la cara. Ni siquiera me permite tocarla y se ha librado de mí con tanta determinación que no he encontrado una excusa digna para quedarme un rato a su lado. Sé que es justo lo que pretendía cuando le dije que no había significado nada para mí. Joder, pero me escuece más de lo que me esperaba haberme ganado su odio. Antes sus ojos azules me miraban como si fuera un enigma, y ahora me miran con una mezcla de resentimiento e irritación. Como si no soportara respirar el mismo aire que yo.

Me encantaría explicarle que ella es la única mujer a la que jamás reduciría a un polvo porque se me ha quedado grabada en el alma. Pero sé que eso lo complicaría todo y no puedo hacerle daño a mi hermano. Por el amor de Dios, se está recuperando de las secuelas físicas de un coma y está en silla de ruedas. ¿Cómo le voy a pedir a Helena que elija entre él o yo?

Ni siquiera he dudado cuando la ha atacado el águila. Menos mal que no había testigos, porque de lo contrario me habría dejado a mí mismo en evidencia. Pero Helena está demasiado dolida conmigo para apreciar lo mucho que me importa. Sé que es mejor así. Lo sé. De todos modos no puedo evitarlo y cabalgo a lomos de Balder con la esperanza de recuperar su portátil. Seguro que el águila lo ha soltado en cuanto se ha percatado de que no era un animal. Pensé que lograría aplacar su hostilidad con la explicación de las características del águila. Helena es una mujer curiosa por naturaleza y me encanta charlar con ella. Pero lo único que he conseguido es que ella me escuchara con un desinterés que, a pesar de ser falso, me ha fastidiado igualmente.

Encuentro el portátil a tres kilómetros de donde nos atacó el águila. La funda ha conseguido amortiguar la caída y no está tan destrozado como me imaginaba. Quizá el contenido pueda salvarse. Acaricio la funda de pelo blanco y esbozo una media sonrisa. Solo alguien como Helena podría tener una cursilada semejante. Busco mi teléfono móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Tal vez pueda hacer algo por ella. Marco el número de un viejo amigo y le explico lo que sucede. Cuando cuelgo, me percató de que tengo otro mensaje de Stella.

Respiro profundamente.

“¿Qué tal está Avery? Al menos no me privas del derecho que tengo como madre a saber de ella. Por favor, dile que su mamá la quiere muchísimo. Ojalá pudiera cambiar lo que hice. No sabes cuánto me arrepiento”.

No debería haberlo leído. Josh tiene razón. A estas alturas Stella no puede engañarme. Sé que su primera táctica será darme pena. La segunda me da más miedo porque me puedo esperar cualquier cosa de ella. Cuando le das tantas oportunidades a una persona, llega un momento en el que pierde la capacidad de decepcionarte. El único problema es que Stella sigue siendo capaz de decepcionar a nuestra hija, y eso no voy a permitirlo. Soy su padre y tengo la obligación de protegerla. Ojalá hubiera tomado la decisión de solicitar la custodia completa hace muchos años, pero siempre albergué la esperanza de que Stella fuera una buena madre. Yo me crié con dos padres que se amaban con locura y era justo lo que quería para mi hija. Pero uno no puede tenerlo todo en la vida. De lo contrario, me plantaría delante de Helena y le diría sin tapujos lo que siento por ella.

Llamo a la puerta de la habitación de Helena. Después del percance con el águila, es evidente que no va a volver a trabajar en el exterior. Pero es demasiado obstinada para pedirme un despacho y seguro que se ha conformado con trabajar sobre la cama. No me costaría nada ordenar la vieja biblioteca del abuelo para que ella pudiera trabajar más cómoda.

—Pasa, Josh —dice desde dentro.

Abro la puerta y asomo la cabeza. Ella me atraviesa con la mirada cuando me ve.

—No te he dado permiso para entrar.

—Sí que lo has hecho.

—Porque pensé que eras tu hermano.

—De acuerdo —vuelvo a llamar a la puerta y ella pone los ojos en blanco—. ¿Puedo pasar?

—No.

—Ya estoy dentro...

Me cuelo antes de que pueda tirarme un cojín a la cabeza. Sé que lo haría. Conozco su genio. Fue una de las tantas cualidades que me cautivó de ella.

—¿Qué quieres?

—Encontré tu portátil por casualidad —no le digo que lo estuve buscando a propósito porque no quiero quedar como un tonto—. Pero ha quedado inservible. El de la tienda de informática ha conseguido salvar el contenido.

Le entrego el pendrive que me ha dado mi amigo Bob. Trabaja en la única tienda de informática a las afueras de La Herradura y me ha hecho el favor. Sobra decir que apenas me he enterado de nada de lo que me explicaba. Soy un negado.

—No hacía falta —Helena acepta de mala gana el pendrive—. Lo tenía en la nube.

Arrugo la frente.

—¿Qué tienen que ver las nubes con tu portátil?

—En realidad era una Tablet.

—¿Qué?

—Déjalo...

A ella se le escapa una media sonrisa burlona. Me alegraría de no ser porque acabo de quedar como un imbécil. Se recompone al cabo de unos segundos cuando se percata del paquete que llevo en la mano derecha.

—¿Y eso?

—De segunda mano. No encontrarás nada mejor a menos que vayas a la ciudad, pero te servirá para trabajar mientras tanto. Bob dice que está en perfecto estado. Es igual que tu... ¿cómo la has llamado?

—Tablet.

—Eso.

La dejo encima de la cama cuando ella no la coge.

—¿Cuánto te ha costado?

—Es un regalo.

—¿Cuánto?

—Qué más da. Ya te he dicho que es un regalo.

—No la quiero —responde molesta.

La miro sin dar crédito. ¿Está hablando en serio? Por la cara que pone, soy consciente de que no se está haciendo la difícil. Por lo visto no quiere nada que venga de mí.

—No lo entiendo, ¿qué he hecho mal? —replico con humildad—. Solo quería tener un detalle contigo.

—Ese es el problema. No necesito que tengas detalles conmigo.

—¿Te molesta que sea amable contigo?

—Sí.

—No tiene ningún sentido.

—Tampoco tiene ningún sentido que primero te acuestes conmigo y luego finjas que no sientes nada por mí.

—Así que por fin vamos a hablar del tema...

—¡Yo no tengo nada que hablar contigo!

Helena se levanta hecha una furia y va directa a la puerta. Se exaspera cuando no la sigo. Intenta tirar de mi brazo para arrastrarme fuera de la habitación. No consigue moverme del sitio. Sonrío con suficiencia y ella me fulmina con la mirada.

—Blake Sackler, no te soporto.

—Coge el portátil. Es todo lo que te pido. Y luego me iré.

—¡La Tablet!

—Cómo se llame.

—¿Si la acepto te largas?

—Sí.

—Bien.

Helena regresa a la cama y abre el paquete. Examina con desinterés el contenido hasta que algo llama su atención. Sé justo lo que es. Me mira de reojo y con los labios apretados. Es una funda de pelito que me he tomado la licencia de comprar porque pensé que le gustaría. Es la más parecida a la suya que he encontrado.

—¿Para que vuelva a atacarme un águila? Así podrás hacerte el héroe. Es tu gran especialidad. ¡Soy el gran Blake Sackler y salvo a la pánfila de mi cuñada de las garras de una enorme águila calva!

—¿Tú te estás oyendo?

—Déjame adivinar... —murmura con ironía—. ¡Querías tener un detalle conmigo!

—Por lo visto siempre la cago.

—Será porque no tienes término medio. O eres un capullo sin sentimientos, o te comportas como un tipo de lo más agradable. Aclárate, John Wayne.

«John Wayne».

—Será mejor que me vaya.

—Cierra al salir.

Aprieto los puños y cuento hasta tres antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme. Abro la puerta y ni siquiera la miro cuando le digo:

—De nada.

—Yo no te lo he pedido. Para la próxima cambia de estrategia. Cuando uno se arrepiente de haber sido un gilipollas, lo mejor que puede decir es un «lo siento». El resto sobra.

—Yo no me arrepiento de nada de lo que te dije —le miento, dejándome llevar por la rabia que me carcome—. Porque era la pura verdad.

Helena corta la distancia que nos separa y abre la puerta de par en par. Pero su actitud la traiciona cuando me mira a los ojos y traga con dificultad. Tengo tantas ganas de besarla que no sé cómo logro controlarme. Acabo de descubrir que se puede echar de menos a una persona que tienes físicamente cerca y emocionalmente lejos. Es lo que me sucede cuando le miro los labios de manera involuntaria y pienso en lo bien que me sentiría al tumbarla sobre la cama y demostrarle que soy un mentiroso de mierda.

—Eso no te lo crees ni tú —me suelta, y acto seguido me da un empujón para después cerrar de un portazo.

Tengo que contenerme para no derribar la puerta de una patada y decirle que lo que yo crea o no es asunto mío. ¿Por qué todo me sale tan mal cuando se trata de ella? Solo quería sellar la paz con un gesto bonito. Eso es todo. Porque me duele en el alma que ella me odie y quería hacer algo para arreglarlo.

—¡Papi! —Avery me pilla desprevenido cuando tira de la manga de mi camisa—. ¿Has discutido con la tía Helena?

—Eh... no.

—La he escuchado gritar: «¡eso no te lo crees ni tú!».

—Porque le estaba explicando que soy el único hombre capaz de montar a Balder —le digo lo primero que se me ocurre.

—¿Entonces las mujeres y los hombres no pueden hacer las mismas cosas? —pregunta

enfurruñada.

—Yo no he dicho... —me froto la cara con las manos. Dios mío, ¿por qué es tan complicado hablar con las mujeres de esta familia? —. Las mujeres podéis hacer las mismas cosas que nosotros.

—¿Y entonces por qué la tía Helena no puede montar a Balder?

—Porque es mío y no quiero compartirlo con nadie.

—Pero tú me obligas a compartir los juguetes con los demás niños. ¿Por qué no compartes un ratito a Balder con ella para que no se enfade contigo?

—La tía Helena y yo no estamos enfadados.

—Pues ella estaba muy colorada cuando te ha mirado. ¿Quieres que llamemos a su puerta para que hagáis las paces?

—¡No!

La cojo en brazos antes de que pueda intentarlo. Lo que me faltaba. En algo sí que tiene razón: Helena estaba tan roja de ira que por un instante he pensado que iba a explotar. Mejor tenerla lejos por si las moscas. Ya he visto el carácter que se gasta y no quiero tentar a la suerte.

—Jo, papi. ¡Eres un zoquete!

—¿Cómo?

Le hago cosquillas y ella se parte de risa.

—¿Tú sabes lo que es la nube? —le pregunto confundido.

Avery me mira como si fuera un caso perdido.

—Donde se guardan todos los datos del ordenador y el móvil en internet. Papi, no te enteras de nada. Eres un neandertal.

Seguro que esa palabra se la ha enseñado Helena. O sea, que lo del pendrive no ha servido de nada. Ni siquiera sé para que me esfuerzo. Helena me ha dejado muy claro que me quiere lo más lejos posible y yo debería respetar su decisión. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

JOSH

Estoy dando un paseo por el rancho porque me aburro como una ostra. Me encantaría montar a caballo como en los viejos tiempos. Incluso me animaría a arrear el ganado a pesar de que nunca fue lo mío. Por aquel entonces yo estaba demasiado ocupado saliendo de fiesta y acostándome cada noche con todas las chicas del instituto. Por desgracia, no hay demasiadas distracciones en un rancho que carece de conexión wifi y en su lugar tiene un terreno repleto de obstáculos para un discapacitado. Así que daría lo que fuera por subirme a lomos de un caballo y galopar a toda velocidad.

—¡Tío Josh!

Corrección: la mayor distracción se llama Avery Sackler y llevo todo el día huyendo de ella. Malditas vacaciones escolares. El colegio debería durar todo el año para que los tíos con alergia a los críos pudiéramos respirar tranquilos. No es justo. Si no estuviera en silla de ruedas, saldría corriendo para librarme de ella. Estoy en desventaja.

—¿Dónde te habías metido?

—He estado por ahí dando una vuelta.

—¿Puedes ir muy lejos con la silla?

—Por supuesto. Te echo una carrera para demostrártelo. De hecho te voy a dar tres minutos de ventaja. Corre y luego te adelanto. Si me ganas te doy cinco pavos.

Ella me mira con los ojos entornados. Es demasiado lista para caer en mi trampa.

—Creo que estás intentando librarte de mí...

—¿Qué? —me llevo la mano al pecho y finjo sentirme horrorizado—. Yo jamás haría una cosa así. Eres mi sobrina favorita.

—¡Soy la única que tienes! —exclama enfurruñada—. ¿Por qué te caigo tan mal?

—No me caes mal.

—Nunca quieres jugar conmigo.

—Porque me fallan las piernas.

—Jo, tío Josh. Podemos hacer un montón de cosas juntos. Todos están trabajando y tú eres el único que no está haciendo nada útil.

—¡Muchas gracias!

—Cuéntame cómo os conocisteis la tía Helena y tú.

—Nos conocimos en la universidad.

—Te enamoraste de ella porque es super guapa, ¿a qué sí?

—Ajá —respondo, con tal de quitármela de encima.

—¿Piensas que las mujeres solo pueden conquistar a un hombre por su belleza? —pregunta con tono acusador.

—¿Qué? Niña, no me lées. ¿Por qué no invitas a algún amigo a casa para que juegue contigo?

—Porque en La herradura no hay cole. Todos mis amigos viven a más de una hora en coche. ¿Te gusta Ariana Grande?

Qué tendrá que ver una cosa con la otra.

—No.

—Cuando sea mayor voy a ser veterinaria. Antes quería ser influencer como las Kardashian, pero me voy a quedar a vivir con papi para siempre y cuidaré de los animales del rancho. Cuando me eche novio te invito a nuestra boda. Iré vestida de rosa y sonará *Stuck with you* de Ariana Grande. Es mi canción favorita y también la de la tía Helena.

—Que bien.

—¿Por qué te gusta tan poco el rancho?

—Sí que me gusta el rancho.

—Papi dice que nos visitas poco porque eres un gran periodista que está muy ocupado. A mí me encantaría que la tía Helena y tú os quedarais a vivir con nosotros para siempre. A ella se le da muy bien montar a caballo. Si tengo un primo, quiero que lo llaméis Peter. Mi mejor amigo del cole se llama así, pero se mudó a California con su familia.

—Eh... —me rasco el codo porque me está empezando a agobiar—. ¿La tía Helena ha aprendido a montar a caballo?

—¡Claro! Papi la enseñó.

La confesión me deja con dos palmos de narices porque Helena siempre le ha tenido pavor a los animales. Me imagino a Blake ladrándole órdenes y perdiendo la poca paciencia que tiene. Pobre Helena.

—¿Quieres ver mis gusanos de seda?

—No.

—Jo, ¡tío Josh! Eres un muermo.

—Los gusanos me dan asco.

—¡Los míos son super bonitos! Los tengo rosas, azules y amarillos. Dentro de unos días se convertirán en mariposas.

—De acuerdo, ve a traérmelos. Me has convencido.

Avery sale disparada hacia la casa y aprovecho para escaquearme. Voy todo lo deprisa que puedo en la silla. Antes muerto que pasar un segundo más en compañía de mi sobrina. No tengo la culpa de que el rancho esté a tomar por culo y sus amigos vivan muy lejos. Que Blake se ocupe de ella y me dejen en paz. No estoy de humor para cuidar de una cría. Antes los niños me gustaban muy poco y ahora todavía me gustan menos porque no me aguantan ni yo. Qué se le va a hacer. «El tío Josh» no está en su mejor momento. En el fondo le estoy haciendo un favor a la niña.

Me encuentro con un coche que se acerca por el sendero de entrada y le hago un gesto para que se detenga porque no lo reconozco. Al fin un poco de diversión. Un hombre trajeado se baja del coche con una carpeta debajo del brazo. Tiene toda la pinta de ser un funcionario. Menuda decepción.

—Buenas tardes. Estoy buscando al Señor Blake Sackler.

—Soy su hermano.

—¿Le importa recibir esta notificación en su nombre?

—¿De qué se trata?

—Es una citación judicial.

Firmo el recibí y le arranco el papel de las manos. Ni siquiera me despido de ese desconocido porque me muero de ganas de saber de qué se trata. Cuando termino de leer el contenido de la citación estoy muy desconcertado. No entiendo nada. Harry Walton ha denunciado a Blake por una supuesta agresión verbal y física. ¿Qué cojones ha pasado y por qué nadie me ha puesto al corriente?

Al final no me he podido librar de la niña porque la visita del funcionario me ha pillado desprevenido. Ahora tengo las piernas cubiertas de capullos de seda.

—Quítamelos de encima —me sacudo las piernas y algunos gusanos se caen al suelo. Avery se apresura a recogerlos antes de que los espachurre con las ruedas de la silla—. Qué asco. Son pegajosos.

—¡Son super bonitos!

—¿Por qué no puedes jugar con muñecas como el resto de las niñas?

—Las muñecas son aburridas.

—¿Y los gusanos no?

Avery me mira como si estuviera loco.

—¡No!

—Tienes razón. Son muy polifacéticos. ¿Por qué no les pones la correa y los sacas a pasear?

—Tío Josh —Avery cierra la caja de cartón y me dedica una mirada resabida—. Obviamente no puedo ponerles una correa. Ojalá tuviera un perro, pero papá no me deja. Si tuviera un perro lo llamaría Toby y estaríamos todo el día jugando. Pero como no tengo perro, me conformo contigo.

—Cuando te quedas dormida voy a tirar tus asquerosos gusanos por el retrete.

—¡No, tío Josh!

Sé que me he pasado tres pueblos cuando a Avery se le llenan los ojos de lágrimas. Dios mío, qué tortura. Lo que me faltaba: lágrimas infantiles para alegrar mi vida de mierda. Mi cinismo no es bien recibido por una cría de siete años, ¿o tiene ocho? Vete a saber.

—Ratita, ¿por qué lloras? —le pregunta Helena, que acaba de llegar sin previo aviso.

Avery me lanza una mirada acusadora y llena de lágrimas. Pongo mala cara. Esto es el colmo.

—El tío Josh me ha dicho que va a tirar mis gusanos por el retrete.

—Chivata.

Helena me mira de reojo.

—El tío Josh estaba bromeando.

—¿En serio? —musita sorbiéndose las lágrimas.

—Pues claro.

—¡Sabía que no podías ser tan malo!

Avery se cuelga de mi cuello para darme un abrazo y luego sale corriendo con la caja de gusanos de seda. Respiro aliviado en cuanto se larga. Helena tiene las cejas enarcadas y los brazos cruzados.

—Ya te vale.

—Solo era una broma.

—Tiene siete años. No las entiende.

Conque tiene siete años...

—Blake debería enviarla a un campamento de verano. Todos estáis trabajando y la abuela no puede ocuparse de ella. Mi hermano la lleva clara si cree que puede encasquetársela al lisiado de la familia.

—¡Josh!

—¡Helena!

—Te ha echado mucho de menos y quiere pasar tiempo contigo.

—Los niños me agobian.

—No me digas.

No quiero tener esta conversación. El tema de los niños es un verdadero problema entre nosotros y todavía está muy reciente. Sé que lo superaremos porque somos jóvenes. Ya tendremos tiempo de formar la familia que ella quiere. Dentro de, qué se yo ¿diez años?

—¿Tú sabes algo de esto?

Le tiendo la notificación y a ella se le cambia la expresión cuando la lee. Me la devuelve a los pocos segundos.

—Tendrás que hablarlo con tu hermano.

—O sea, que sí lo sabes. ¿A qué viene tanto misterio? ¿Mi hermano le dio de hostias a Walton?

—Helena aprieta los labios y me da la respuesta que necesitaba—. ¡Por supuesto que sí! Es un

bruto y todo lo arregla por las bravas. Estupendo. Se ha metido con el tipo más poderoso de este puto pueblo. La broma nos va a salir muy cara. Será mejor que vaya buscando a un buen abogado o de lo contrario el idiota de Blake va a tener un gran problema.

—Se lo mereció —murmura con voz queda, y su confesión me deja con dos palmos de narices porque la mujer con la que estoy casado jamás defendería el uso de la violencia—. Harry Walton es un tipo despreciable.

—Ya sé la clase de hombre que es, y precisamente por eso Blake debería andarse con ojo.

—Incendió el rancho.

—¿Qué?

—Provocó un incendio porque le quiso comprar el rancho a tu hermano. Deberías hablar con Blake.

—Y tanto que tengo que hablar con él... —sacudo la cabeza sin dar crédito—. ¿Hay algo más que no me hayáis contado? Lo digo para que lo sueltes de golpe. Las malas noticias mejor todas juntas, por favor.

Helena enmudece y le tiembla la barbilla. Joder, ¿qué diablos sucede?

—Helena, no necesito que me tratéis como si fuera imbécil. Sigo siendo el mismo de siempre. Las piernas no me funcionan pero el cerebro sí.

—Acabas de llegar. Apenas me ha dado tiempo a ponerte al corriente. Además, es un tema de tu hermano y yo no quiero inmiscuirme en sus asuntos.

—Haces bien —admito de mala gana—. Blake no es una persona con la que se pueda razonar. A las pruebas me remito.

Zarandeo la notificación judicial.

—¿Por qué mejor no hablamos de tu rehabilitación?

—Ah... eso. Mañana me pondré a buscar fisioterapeutas.

—No te preocupes por eso. Ya he encontrado a una.

—¿Qué?

—Viene mañana.

—¿Por qué no me lo has consultado?

—Viene recomendada por la Doctora Mallon. Sus credenciales son excelentes y podía empezar mañana.

—No has respondido a mi pregunta —respondo irritado—. No soy un puto crío. Que esté en una silla de ruedas no significa que no pueda tomar mis propias decisiones. Te recuerdo de nuevo que mi cerebro funciona perfectamente.

—Solo quería ayudarte.

—¿Ayudarme o decidir por mí?

—Ayudarte.

—Pues yo creo que te encanta meterte en mi vida. No soy tu maldito proyecto social. Métetelo en la cabeza.

Estoy tan indignado que ni siquiera me interesa escuchar lo que ella está a punto de decir. No soporto cuando Helena se mete en mi vida. Sé que lo hace con la mejor intención, pero se toma unas licencias que no le corresponden. Ya lo hacía en la universidad, presionándome para que tomara las decisiones que ella creía correctas. Pero ya no soy ningún pelele al que puede manipular. Ni de coña.

Menuda sorpresa, ¡han instalado la rampa! Cuzo el porche y sé que la mirada de mi mujer me persigue hasta que me adentro en la casa. Hoy es uno de esos días en los que tengo la impresión de que no vamos a superarlo porque los errores del pasado nos perseguirán allá donde vayamos.

HELENA

Todos estamos bastante tensos cuando nos sentamos a cenar. Ni siquiera el generoso banquete que ha preparado Hannah consigue aplacar los ánimos. Yo estoy molesta con Blake porque no soporto que se haga el amable conmigo. Cuando lo hace me desconcierta y no estoy preparada para afrontar mis sentimientos. Sobre todo después de que me humillara de una forma tan despreciable. Josh está furioso conmigo y no me dirige la palabra. Sé que me he metido donde no me llaman, pero lo he hecho por su bien. Mi marido no es la persona más sociable en este momento y esa es la única razón por la que me he encargado de contratar a la fisioterapeuta. A las pruebas me remito: ha sido capaz de hacer llorar a Avery porque está de un humor que no se aguanta ni él. Para colmo, Josh atraviesa a Blake con la mirada por lo sucedido con Walton. Al principio Blake lo ignora porque sospecho que quiere tener la fiesta en paz, pero de da por vencido al cabo de unos minutos.

—¿Te pasa algo conmigo? —le espeta.

—No sé, dímelo tú.

Blake desvía sutilmente la mirada hacia mí. Es un gesto imperceptible y del que solo me percató yo porque sé lo que acaba de pasársele por la cabeza. Cree que Josh se ha enterado de lo que tuvimos. Me veo obligada a intervenir para que la situación no se descontrole.

—Te ha llegado una citación judicial.

—Muchas gracias por meterte donde no te llaman, cariño —responde Josh, y añade con sorna—: Otra vez.

—Era de esperar —Blake corta un trozo de filete y sigue comiendo como si tal cosa.

Josh da un puñetazo en la mesa y los cubiertos rebotan. Todos guardan silencio y miran sus platos sin saber qué decir.

—Josh... —le pido con voz suave, porque no me apetece que Avery y la abuela presencien una bronca entre hermanos.

—Hagamos esto en otro momento —dice Blake sin inmutarse.

—Esta también es mi casa y las cosas no se van a hacer como tú digas.

—A buenas horas.

—La has fastidiado. ¿Por qué te cuesta tanto admitirlo? Eres un salvaje que está acostumbrado a arreglarlo todo por las malas. Ahí tienes las consecuencias.

—Por lo menos yo estaba aquí para hacer algo.

—¡Disculpa por haber estado en coma!

—Sabes de sobra que no me refiero a eso.

—¡Disculpa también por haberme largado a estudiar una carrera! Todos no servimos para la dura vida de un rancho, ¿no fue eso lo que me dijiste?

—Tienes buena memoria. Si no fue eso, seguro que se le parece bastante.

—Será mejor que te vayas buscando un buen abogado. ¿Te imaginas hasta dónde está dispuesto a llegar ese tipo para vengarse de ti por no haber aceptado su oferta?

—¿Debería haberlo hecho? —se enerva Blake.

—No estamos hablando de eso —responde Josh con tono sombrío.

—¿Qué habrías hecho tú de haber estado en mi lugar?

—Desde luego no le habría dado de hostias.

—Porque te habría tentado el dinero.

—¡Al menos yo no voy a entrar en la cárcel!

—Si lo hago, será con la cabeza muy alta y el orgullo de haber defendido a los míos.

—Estás desfasado. Se te ha frito el cerebro después de ver tantas películas del Oeste. Vivimos en el siglo veintiuno pero tú todavía no te has enterado. Las personas civilizadas arreglamos nuestros problemas llamando a la policía.

—Walton tiene comprada a la policía de este pueblo y lo sabes.

—¡Te encanta hacerte el duro!

—Papi, tío Josh, no discutáis —les pide Avery angustiada.

No puedo más. Me levanto de la silla y le doy la mano a la niña para sacarla de aquí. No debería presenciar algo tan repugnante. Les lanzo una mirada airada y ambos resoplan. La calma dura tres segundos, porque vuelven a enzarzarse en otra discusión en cuanto salimos de la cocina. Los gritos se escuchan desde el dormitorio. Bill y Stuart intentan mediar sin éxito entre ellos. Me veo

obligada a cerrar la puerta de la habitación de Avery. Ella está abrazada a su osito de peluche y hace un puchero.

—Eh... ratita... —me siento en el borde de la cama para consolarla—. No pasa nada. A veces los adultos discuten.

—¿Por qué papá y el tío Josh se odian?

—No se odian.

—Papi y tú también discutisteis esta mañana. Papi dice que es porque no te quiere prestar su caballo.

—Ya lo hemos solucionado.

—¿De verdad?

—Tu papá y yo somos buenos amigos. Y el tío Josh y él se quieren muchísimo, pero hay momentos en los que las personas que se quieren tanto chocan de manera irremediable. El tío Josh está preocupado por tu papá y no sabe cómo explicárselo porque es un pelín orgulloso —le guiño el ojo y me llevo el dedo índice a los labios—. No se lo digas. Secreto de chicas.

—¡Vale! —exclama más animada—. ¿Me cuentas un cuento? Los tuyos son mejores que los del tío Josh. Pero tampoco se lo digas. Secreto de chicas.

Entrelazo mi meñique con el suyo y las dos nos reímos. Es increíble que una niña tan pequeña pueda hacerme sentir tan bien. Los adultos deberíamos vivir con la inocencia y la ilusión de un niño. El mundo sería un lugar mejor.

—Érase una vez una gigante llamada Glenda que tenía a todos los habitantes de su reino aterrorizados. Glenda era muy fuerte y alta, así que todo el mundo huía despavorido cuando ella se acercaba. Nadie se tomaba la molestia de conocerla porque solo se fijaban en su aspecto. La pobre Glenda se sentía muy apenada porque ella solo quería hacer amigos, así que fue a visitar a una hechicera para que la convirtiera en una mujer de estatura normal. La hechicera le dijo que le concedería el deseo si a cambio ella derrotaba al malvado Wawel, un dragón que había quemado las casas del pueblo y por cuya culpa los habitantes del reino se habían visto obligados a esconderse en el bosque. Glenda se armó de valor y fue en busca de Wawel.

—¿Estaba asustada?

—¡Muchísimo! —enfático, y Avery abre los ojos de par en par—. Porque ser valiente no es carecer de miedo, sino ser capaz de superarlo. Glenda entró en la cueva del dragón y le exigió que dejara en paz a los habitantes del reino. Wawel se burló de ella y respondió que la iba a quemar. Entonces Glenda sopló tan fuerte que apagó el fuego del dragón. Porque Glenda era una gigante con unos pulmones enormes, claro está. Wawel se puso a llorar como si fuera una lagartija y se escondió en las profundidades de la cueva, ¡nadie volvió a saber de él!

—¿Y qué pasó con Glenda?

—Cuando Glenda regresó al reino, todos los habitantes salieron del bosque para felicitarla y darle las gracias. Hicieron una fiesta en su honor y la nombraron la protectora del reino. Ahora todo el mundo quería ser su amigo. Glenda fue a ver a la hechicera para que cumpliera su promesa, y esta le preguntó: «¿de verdad quieres deshacerte de aquello que te hace tan especial?» Glenda lo pensó durante un rato y llegó a la conclusión de que no debía renunciar a ser quién era para agradar a los demás. Y vivió feliz entre los suyos, aunque de vez en cuando tuvo que luchar contra algún monstruo y siempre salió victoriosa. Porque ser diferente no es malo y ella aprendió a aceptarse a sí misma.

Avery cierra los ojos y se abraza al osito de peluche. Me esfuerzo para que mis historias tengan una moraleja. Sé que no soy su madre ni pretendo serlo, pero me encantaría transmitirle ciertos valores que la conviertan en una persona de provecho el día de mañana.

—Cuéntale una de tus historias al tío Josh y a papá para que hagan las paces —me pide, y se le escapa un bostezo.

«Ojalá fuera tan fácil».

—Te quiero, Helena.

—Y yo, ratita.

Le doy un beso en la frente y apago la luz antes de salir de la habitación. No quiero volver a la cocina para ser partícipe de cómo Blake y Josh se despellejan. No podría mantenerme al margen y sé de sobra que soy la persona menos indicada para mediar entre ellos. Salgo por la puerta trasera y me dirijo sin pensarlo a las caballerizas. Unos minutos después, estoy ensillando a Daisy, que me recibe encantada. La acaricio durante un buen rato hasta que ella se tranquiliza porque está eufórica después de nuestro reencuentro. Me siento un pelín culpable de haberla dejado de lado.

—Siento haber tardado tanto en visitarte.

Me subo a lomos de Daisy y la espoleo para cabalgar bajo las estrellas. Corre una suave brisa que me despeina el pelo. Es maravilloso montar a caballo en plena noche. Lo único que se escucha es el repicar de los cascos sobre la arena. Me siento tremendamente libre cuando monto a caballo. Como si todas las preocupaciones se evaporaran porque lo único que siento es la adrenalina y la velocidad. Acelero el ritmo hasta que nos detenemos al llegar al campo de girasoles. Desmonto y dejo a Daisy pastando al aire libre. No sé por qué he venido hasta aquí. Quizá porque albergo la esperanza de que los girasoles tengan la propiedad de alentar el ánimo que algunos estudios les atribuyen. Me adentro en el campo y acaricio los pétalos amarillos. Las flores están mirando hacia el suelo. Mañana a primera hora estarán orientadas hacia el sol. Recuerdo aquella frase de Sophia: «Todos deberíamos ser como un girasol, que incluso en los días nublados se mantiene erguido y busca la luz del sol».

De repente, escucho el crujido de una rama unos metros detrás de mí. Me doy la vuelta con la respiración contenida y trato de orientarme en la oscuridad. ¿Habrás sido un animal? Percibo el inconfundible sonido de un jadeo humano y ni siquiera lo pienso. Huyo despavorida y presa del pánico mientras busco sin éxito una salida. Estoy a punto de pedir ayuda cuando alguien me derriba contra el suelo. Un cuerpo enorme y duro se aprieta contra el mío y mi primer instinto es darle un rodillazo en sus partes. Él extraño me inmoviliza las piernas con las suyas. Pero no es un desconocido. Reconocería el olor a tierra y gel de baño en cualquier parte.

—¡Blake!

—Helena —me mira tan confundido como yo a él—. Pensé que eras un intruso.

El cuerpo de Blake se amolda al mío de una forma que me abrumba. Sus rodillas se presionan contra mis muslos y sus manos siguen sosteniendo mis muñecas con firmeza. Su cara está a escasos centímetros de la mía y su respiración cálida me acaricia la punta de la nariz. Mi pecho sube y baja por culpa del miedo y el esfuerzo. Intento apartar los recuerdos de la noche apasionada que vivimos en aquella habitación de hotel. Respiro con dificultad. Los ojos de Blake brillan como las brasas de una chimenea.

—Suéltame —le ordeno con voz ronca.

—Perdona, yo... —Blake no reacciona y me mira a los ojos de una forma enigmática e intensa. Hasta que me revuelvo indignada y él recobra el sentido común—. Ya te suelto.

Me invade una poderosa sensación de abandono cuando su cuerpo se aleja del mío. Blake se pone de pie de un salto y me ofrece su mano. La acepto a regañadientes porque todavía estoy temblando.

—¿Estás bien?

—Me has dado un susto de muerte.

—Estaba un poco susceptible después de lo de la citación judicial y he salido a dar una vuelta. Te he tomado por algún enviado de Walton. Estás temblando.

Blake me frota los brazos y me aparto de golpe.

—Estoy bien.

—¿Qué haces aquí?

—Ensillé a Daisy y salí a dar una vuelta.

—¿Por la noche?

—Sí.

—Ten cuidado. Podrías tener un accidente.

—Como el placaje que me acabas de hacer.

—Ya te he dicho que ha sido sin querer —responde avergonzado—. ¿De verdad que estás bien?

—Sí.

En realidad estoy furiosa conmigo misma. No voy a confesárselo, pero cuando pensé que alguien me perseguía estuve a punto de gritar su nombre. Todavía sigue teniendo el poder de hacerme sentir segura. No tiene nada que ver con su aspecto, lo sé de sobra. Blake es la clase de persona que daría su vida por los demás sin pensarlo dos veces. Y sé que por mucho que se esfuerce en disimularlo yo le importo. Hasta qué punto es algo que solo lo sabe él.

Lo sigo hasta el exterior del campo. Daisy está pastando junto a un árbol. Blake camina a mi lado con las manos metidas en los bolsillos. Me gustaría decir algo, pero no soy capaz de mantener una conversación con un hombre con el que hace muy poco compartí una intimidad bestial.

—¿Qué tal está Avery?

—Asustada porque piensa que tú y tu hermano os odiáis.

—Mierda... —masculla contrariado—. Ha empezado Josh.

—Todos sabemos quién ha empezado, pero tampoco se puede negar que a ti te encanta tener la última palabra.

—Sí.

Me quedo muy sorprendida cuando me da la razón. El Blake que conozco se pondría a discutir porque es más terco que una mula. Pero también conocí a un Blake que en vez de follarte hacía el amor mientras te prometía cosas maravillosas. Qué se yo. Estoy a punto de subirme encima de Daisy cuando él me toca el hombro.

—¿Te importa quedarte un rato conmigo?

—Sí.

—No me apetece estar solo —admite sin tapujos—. No después de haber discutido con mi hermano. Necesito desahogarme con alguien.

—¿Tiene que ser conmigo?

—Si no te importa.

—Sabes que me importa.

—Se te da bien escuchar.

Daisy decide por la dos y se recuesta en el suelo. Los caballos son animales muy inteligentes y sociables. Parece que la yegua sospecha que tenemos una conversación pendiente. Me siento con la espalda apoyada en el lomo de Daisy y le acaricio la crin.

—Te escucho.

Blake se toma la licencia de sentarse a mi lado y me contengo de pedirle que no lo haga. Lo hace a una distancia prudencial, pero es un hombre tan enorme que su rodilla me roza el muslo. Es un contacto superficial e inocente que despierta un millón de sensaciones vertiginosas en mi piel. Es increíble. Me encantaría odiarlo, pero mi cuerpo se toma la libertad de desearlo. Es horrible no ser dueña de tus propias emociones, pero supongo que así me siento menos culpable. Me encantaría ser indiferente a Blake. Si pudiera pedir un deseo a una estrella fugaz sería que mi corazón no se acelerara cada vez que lo tengo tan cerca. Pero los deseos no existen y los finales felices se reducen a las historias que me invento para dormir a Avery.

—Sé que no me vas a creer, pero odio discutir con mi hermano. El problema es que no soy capaz de parar cuando nos enzarzamos en una de nuestras peleas. Tengo la impresión de que me pone constantemente a prueba. Ni siquiera me ha dejado explicarme por lo que sucedió con Walton.

—Si admitieras que te equivocaste...

—¿Tú crees que me equivoqué?

Blake se vuelve hacia mí y me veo obligada a sostenerle la mirada. Lo hago con fingida entereza, pero es complicado cuando las motitas doradas de sus ojos se expanden al encontrarse con los míos.

—Sí.

Blake no mueve ni un músculo de su cara, pero creo conocerlo lo bastante bien para saber lo que se le pasa por la cabeza. Es muy sobreprotector y no va a venirse abajo, pero Josh tiene razón. Podría ir a la cárcel. Lo que pasa es que Blake está acostumbrado a cuidar de todo el mundo y jamás agacharía la cabeza delante de los demás.

—Te lo dije en su día. Caíste en la trampa de Walton. Pero no sirve de nada lamentarnos por una mala decisión. Tienes que contratar a un buen abogado.

—Lo sé.

—No pasa nada si estás asustado.

—No estoy asustado —replica a la defensiva.

—Ya lo estamos los demás por ti.

—¿Tú estás asustada?

—Qué va. Me apasiona la idea de que mi cuñado pueda ir a la cárcel.

—No voy a ir a la cárcel. Creo —añade con tono sombrío—. Pero si acabo entre rejas, ¿vendrías a visitarme?

—No tiene ni puñetera gracia.

—Perdona —musita con una media sonrisa que lo traiciona—. Estoy muy tranquilo porque sé que Avery estaría en buenas manos si yo pasara una temporada entre rejas. Es lo único que me impediría conciliar el sueño. Pero saber que estaría a tu lado me deja dormir por las noches.

—¿Querías que yo cuidara de ella?

—No se me ocurre una persona mejor. —Antes de que pueda responder, vuelve al tema del que estábamos hablando—. Sé que el espectáculo de la cena sobra. No debería haber entrado al trapo. Al fin y al cabo, dos no discuten si uno no quiere. Estoy irritado porque mi hermano y yo jamás llegaremos a la misma conclusión. Tenemos formas muy diferentes de ver la vida.

—¿No podéis hacer un frente común contra Walton? Sois hermanos. No debe ser tan difícil que trabajéis en equipo —Blake no dice nada y sacudo la cabeza sin dar crédito—. No tengo ni idea de lo que sucedió entre vosotros, pero no puede ser tan gordo. Josh te quiere y está muy preocupado por ti, pero no sabe cómo decírtelo. Por eso ha reaccionado de esa manera. Una de las razones por las que ha vuelto al rancho es porque se siente en deuda contigo. Se quedó muy sorprendido cuando supo que habías vuelto a los ruedos para pagar su tratamiento.

—No sé de qué se sorprende. Haría cualquier cosa por él.

«¿Como renunciar a mí?».

—¿Por qué no se lo dices?

—Porque no es fácil hablar con él, y menos ahora. Nosotros no somos de hablar mucho de nuestros sentimientos.

—Así os va.

—¿Josh nunca te ha contado lo que nos pasó?

—Josh apenas hablaba de su familia. Siempre he pensado que no ha superado la muerte de vuestros padres y que por eso le dolía tanto regresar al rancho.

—Entre otras cosas —responde con tono misterioso—. Para él siempre fui un ejemplo a seguir. Como un segundo padre. Lo decepcioné.

—Si me vas a contar las cosas a medias, será mejor que no me cuentes nada.

—No me siento orgulloso de cómo lo traté. Éramos uña y carne antes de que él se marchara a estudiar a Chicago. Todas las historias tienen dos versiones. Será mejor que él te cuente la suya porque yo no quiero justificarme para que te pongas de mi parte.

—Josh no me va a contar nada.

Nos sumimos en un tenso silencio. Levanto la cabeza para clavar la vista en las estrellas porque no quiero seguir mirando a Blake. Estamos demasiado cerca. Me pregunto si fue sincero conmigo el día que nos separamos. Una parte de mí lo odia por haberme dicho cosas tan horribles, y la otra sospecha que solo lo hizo porque se sentía culpable de lo que sucedió entre nosotros. Del mismo modo que se culpa por la relación que tiene con su hermano. Es como si tratase de arreglarlo. Tengo ganas de gritarle que a veces es imposible ir por la vida sin hacerle daño a los demás. Pero supongo que los dos somos unos cobardes. Él por ser un mentiroso, y yo por ser una indecisa a la que le asusta enfrentarse a sus sentimientos.

—Hoy hay luna nueva y las estrellas son más visibles.

Me pica la curiosidad y no puedo evitar preguntar:

—¿Qué es luna nueva?

—Es una de las fases lunares que se da cada veintinueve días. En esta fase el lado visible de la luna está más cercano al sol y por ello es imposible apreciarla desde la tierra. En este momento somos un par de privilegiados. En ausencia de la contaminación lumínica de la ciudad y de la luz de la luna, la noche se vuelve más oscura y las estrellas se aprecian con más claridad.

Tiene razón. Hoy las estrellas parpadean con más fuerza y el cielo está cuajado de puntos brillantes.

—Hoy se puede ver Draco. Es muy raro que se deje ver —señala hacia un punto en el cielo que ni siquiera me esfuerzo en mirar—. La cabeza, la cola... venga, no te lo pierdas. Esto solo sucede cada veintinueve días.

De mala gana, levanto la cabeza y sigo el recorrido de su dedo índice. No logro ver nada. Blake coge mi mano y la lleva hasta un puñado de estrellas difusas. Intento ignorar el cosquilleo nervioso de mi estómago cuando nuestros dedos se tocan.

—La cabeza mirando hacia abajo y la cola hacia arriba. La cabeza está formada por un cuadrado de estrellas. No es una constelación especialmente brillante, pero si te fijas bien...

—Lo veo —se me escapa una sonrisa boba—. El dragón.

—Es la octava constelación más grande del hemisferio norte. Hay una lluvia de meteoros asociadas a la constelación: las dracónidas. Sucede cada año durante los primeros días de

octubre. Es un verdadero espectáculo. Avery y yo hacemos una fogata y competimos por ver quién es el primero en acabarse un cubo de helado de chocolate.

—Seguro que tú.

—No te quepa la menor duda.

Suena bien. Noches estrelladas en el rancho y padre e hija comiendo helado de chocolate mientras él le cuenta una de sus historias de estrellas. Noto un pellizco de añoranza en el pecho. Sé que es ridículo porque esta jamás será mi vida, pero hubo un tiempo en el que pudo haberlo sido.

—¿Te he contado alguna vez el mito de Draco?

—No, pero no me apetece escucharlo.

Porque hasta hace poco disfrutaba enormemente de nuestras charlas bajo las noches estrelladas y sé que no debería concederle ese derecho. Pero Blake comienza a hablar como si no me hubiera escuchado.

—Cuando la diosa Hera se casó con Zeus, recibió como regalo de bodas un precioso manzano dorado. Lo plantó en el monte Atlas y le pidió a las Hespérides que lo cuidaran. Además solicitó al dragón Ladón que lo protegiera y que nadie pudiera recoger ninguna manzana que se cayera del árbol. Pero por aquel entonces Hércules estaba realizando sus doce trabajos y uno de ellos consistía precisamente en robar una manzana de árbol. Estaban hechas de oro y otorgaban la eterna juventud a quien las comía. Hércules mató al dragón con una flecha envenenada y consiguió robar las manzanas. Pero Hera, que sentía un gran afecto por el dragón, se entristeció con su muerte y decidió convertirlo en la constelación que ves en este momento. Si te fijas, Draco está muy cerca de Hércules y tiene uno de los pies del héroe atrapado por su cabeza. Supongo que para vengarse del héroe que lo derrotó a pesar de que él solo era un pobre animal que había hecho lo que le ordenaron.

Cuando Blake termina de contar su historia, estoy tan distraída buscando el pie de Hércules dentro de la boca del dragón que me percató demasiado tarde de que su mano está justo encima de la mía. Es un contacto reconfortante y me gusta aunque no debería. Las yemas de sus dedos acarician mis nudillos. Está distraído y no sabe lo que hace. Aparto la mano de golpe y me ruborizo sin poder evitarlo.

—No veo el pie de Hércules por ningún lado.

—Si te fijas con atención...

—Estoy cansada —me levanto malhumorada y le toco el muslo sin querer—. Buenas noches.

—Gracias por escucharme.

—No hay de qué.

Blake también se pone de pie. Tiro de las riendas de Daisy y la yegua se levanta con un resoplido. Estaba la mar de a gusto durmiendo bajo las estrellas. Pero sé que cometería un grave error si me quedo escuchando las historias de Blake.

—Ten cuidado al montar a Daisy. No hay luz y podrías tropezarte.

—Voy a regresar andando.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

Blake me mira resignado. Tengo ganas de gritarle que no sé a qué viene esa expresión porque esto es justo lo que él quería.

—Buenas noches, Helena.

Tiro de las riendas de Daisy y nos alejamos caminando en dirección a las cuadras. Siento la mirada cálida de Blake sobre mi nuca. Estoy más aliviada ahora que no puede verme la cara porque no tengo la necesidad de fingir que no me afecta. ¿A quién quiero engañar? Me habría encantado quedarme a su lado escuchando sus mitos sobre las estrellas. Pero estoy casada con Josh y él me necesita. Tendré que vivir con la incertidumbre de lo que podríamos haber sido Blake y yo. Porque Blake es como el dragón que cuidaba el manzano del jardín de las hespérides. Tan leal hacia los suyos que es capaz de traicionarse a sí mismo.

BLAKE

Le doy una calada al cigarro y cierro los ojos. ¿Alguna vez te has sentido en una puta encrucijada? Porque es justo como yo me siento. Hace un rato tenía a Helena a mi lado y todo lo que quería era tumbarla en el suelo y besarla hasta que me faltara el aire. Pero cada vez que sentía la tentación de abrirle mi corazón, me acordaba de Josh y rompía la magia.

No es atracción. Si lo fuera, no tendría ningún problema en frenarla.

Estoy absolutamente enamorado de ella. No me cabe ninguna duda porque hasta que la conocí, no había sentido algo parecido —ni de lejos— por otra mujer. Lo que siento cuando la tengo cerca es igual a lo que sentí la primera vez que tuve en brazos a Avery. Con mi hija fue amor a primera vista. Con Helena sentí que el suelo temblaba bajo mis pies y que toda la seguridad que había construido a mi alrededor se venía abajo. Todavía recuerdo el pánico que me invadió cuando la vi tirada en la carretera. Supe que me traería problemas desde un principio. Podría fingir que lo que me cautivó de ella fue esa belleza tan evidente, pero lo que me volvió loco fue esa mirada obstinada y repleta de determinación que no se dejó amedrentar por mi actitud huraña.

—Ese vicio te va a matar.

Josh me pilla desprevenido cuando aparece detrás de mí. Su silla se coloca a mi lado. Deberíamos nacer programados para no enamorarnos de determinadas personas. ¿Qué cojones hago con mis sentimientos si solo me sirven para atormentarme? Ojalá pudiera recogerlos y tirarlos a la basura. No quiero un amor que ni me pertenece ni tengo derecho a sentir. Sobre todo si gracias a él puedo destrozar a mi hermano.

—Mejor para ti —expulso una bocanada de humo y abro los ojos—. Así no tendrás que soportarme.

—No digas gilipolleces.

Percibo esa vulnerabilidad en Josh que me hace querer abrazarlo con fuerza y prometerle que va a levantarse de esa silla. Cuando él era un crío, lo arrojaba por las noches y le aseguraba que no había ningún monstruo en su armario porque habían huido aterrorizados después de que yo les hubiera dado una paliza.

—¿Vamos a volver a discutir o hablamos como dos personas civilizadas?

—Apaga el cigarro. Me molesta el humo.

De mala gana, hago lo que me pide.

—No le digas a Helena que me molesta que fume. Sé que lo dejaría por mí y tengo la impresión de que la relaja.

—A mí también me relaja.

—Te aguantas.

Josh se ríe por lo bajo y yo resoplo. Es un puto crío. Pero al final sonrío de mala gana porque mi hermano pequeño siempre ha sido mi gran debilidad. Hasta que cumplió los dieciocho lo pasábamos en grande juntos. Me lo contaba casi todo.

—¿Te acuerdas cuando te presté mi coche porque tenías una cita con aquella chica? —recuerdo con nostalgia—. Estabas muy nervioso y te pillé fumando a escondidas en el patio trasero. Me di la vuelta e hice como el que no te había visto. No te quería fastidiar la cita.

—Emma Parker. Y tanto que me acuerdo. Era la animadora del instituto y todos estaban colados por ella. Lo hicimos en los asientos traseros de tu camioneta. La llevé a aquella colina desde la que se ven unas vistas alucinantes del pueblo.

—Ahórrame los detalles.

—¿Con quién fue tu primera vez?

—Madison Parker.

—¡Venga ya!

—No tenía ni idea de que la tuya había sido con su hermana pequeña. ¿Qué edad tenías?

—Quince.

—Siempre fuiste un adelantado de cojones.

—¿Qué fue de Madison?

—Se mudó a Houston y se hizo maestra. Está casada con su novio del instituto. Me la encontré hará cosa de un año en el bar.

—¿Te puso ojitos?

—No.

—Siempre has sido demasiado modesto. Estaba colada por ti y me compraba caramelos para que

te hablase bien de ella. Una buena chica. La culpable de mis caries en los dientes de leche.

—¿En serio?

—No sé qué te veían.

Esbozo una sonrisa de medio lado. Yo tampoco. Nunca he sido de los que dan el primer paso. Encadené varias relaciones cortas hasta que conocí a Stella. El resto ya es de dominio público. Llevo toda la vida intentando enamorarme porque aspiraba a un matrimonio como el que tenían mis padres. Y justo he tenido que hacerlo de la única mujer que está fuera de mi alcance.

—Tú también tenías tu público —le recuerdo con tono acusador—. A nadie se le olvidará el día que Emma vino a buscarte a casa para gritarte que eras un...

—Rompe bragas de mierda —me interrumpe Josh—. Todavía me da miedo encontrármela por La herradura.

—No le faltaba razón. Le pusiste los cuernos con...

—Brenda Watson. Y en mi defensa diré que era demasiado joven para atarme a una sola chica porque acaba de descubrir el sexo. Me echaste una bronca de tres pares de narices. Y la abuela otra.

—Porque eras un ligón de mucho cuidado. ¿Sabes cuántas madres me echaron en cara que mi hermano Josh les había roto el corazón a sus hijas?

—Venga ya...

—Te lo juro. Nunca te lo dije para no avergonzarte. Te ganaste una reputación de mujeriego que te persiguió por todo el pueblo. Cuando me contaste que te habías casado no me lo podía creer.

—Siempre le he sido fiel a Helena —me confiesa, como si me estuviera leyendo la mente—. He cometido muchos errores con ella, pero no de ese tipo. Helena es lo mejor que tengo en mi vida y no quiero perderla. Sé que la estoy alejando de mí con esta actitud de mierda, pero no puedo evitar ponerme a la defensiva cuando me trata como si fuera un niño. Mañana viene la fisioterapeuta que ha elegido para mí. Hemos discutido.

Josh me mira con la esperanza de que le dé algún consejo. Debería alegrarme porque de repente volvemos a ser los mismos de antes. Pero no quiero meterme en su matrimonio. Soy el menos indicado. Joder. Ni siquiera soporto que me hable de ella porque me carcomen los celos.

—Helena solo se preocupa por ti.

—Lo sé. Ojalá algún día encuentres a alguien que signifique tanto para ti.

«Ya la he encontrado. Es ella».

—Stella sigue dándome la brasa —cambio de tema.

—Pasa de ella.

—Se preocupa por Avery.

—Está fingiendo —dice sin dudar—. Prepárate para lo peor. Sabes de lo que es capaz. Tuviste aquel accidente por su culpa. No permitas que siga haciéndote la vida imposible. Que sea la madre de tu hija no significa que tengas que atarte a ella de por vida. Sobre todo cuando es una bruja de la que nunca has estado enamorado.

—Ni siquiera sé qué decirle a Avery...

—No le digas nada hasta que se resuelva el tema de la custodia.

—Supongo que será lo mejor.

Agradezco tener esta conversación con Josh porque él siempre ha tenido una opinión muy tajante sobre Stella. Me recriminó que le diera tantas oportunidades y me aseguró que me estaba equivocando. Supongo que es el momento de hacerle caso y cortar de raíz una relación que no me lleva a ninguna parte.

—Siento haberme puesto así contigo. La abuela y Avery no deberían haberlo visto.

—Los dos nos hemos comportado como un par de energúmenos —respondo con sinceridad.

—Sí, pero yo he empezado. Estaba furioso contigo porque no soportaría que fueras a la cárcel.

—Nadie va a ir a la cárcel. Solo le di un par de puñetazos...

—Joder, Blake... —Josh se ríe entre dientes—. Cuéntamelo todo. Desde el principio.

Josh tiene todo el derecho a saberlo porque el rancho también es suyo. No le oculto nada referente a Walton. Le explico que él y su hijo estuvieron presionando a Helena para que me convenciera de vender el rancho. Le cuento lo del incendio y por qué fui a buscarlo a su casa. También le digo que de no haber sido por Helena, la cosa habría ido a mayores.

—Hijo de puta —escupe Josh con rabia—. No me puedo creer que amenazara a Helena.

—Está dispuesto a todo con tal de hacerse con el rancho. Hasta Steve le tiene miedo y me ha advertido de que su padre está tramando algo.

—Se referiría a la citación.

—No, creo que es peor. Con Walton nunca puedes estar del todo seguro. Está empeñado en que el rancho tiene reservas de petróleo y haría cualquier cosa para hacerse con él. Tú eras demasiado

pequeño para acordarte, pero en su día intentó comprarle la propiedad a nuestro padre.

—¿Y por qué cesó?

—Te va a parecer una locura, pero siempre sospeché que estaba enamorado de mamá.

—Qué dices.

—La miraba de una forma muy extraña. Poco antes de sufrir aquel accidente, papá y Walton discutieron. La única que consiguió mediar entre ellos fue mamá. Él dijo que la única razón por la que lo dejaba en paz era por ella. Me acuerdo perfectamente de aquella frase y durante años le estuve dando vueltas. Solo son conjeturas, pero me dio que pensar.

—¿Tú crees que ella y él...?

—No —respondo contundente—. Mamá estaba enamorada de papá. Estoy convencido de que ella nunca habría traicionado a papá. Y desde luego, menos con un hombre como Harry Walton. Pero él es la clase de hombre que quiere todo lo que no puede tener. Supongo que nos dejó en paz porque éramos muy jóvenes cuando ellos murieron y tuvo la decencia de respetar su memoria durante un tiempo.

—Pues habrá que hacerle frente.

—No quiero que te metas en esto.

—Ni se te ocurra dejarme al margen por culpa de esta puta silla —responde mi hermano con tono orgulloso. Luego rebusca dentro del bolsillo de sus pantalones y me tiende un trozo de papel—. He hablado con mi jefe del periódico. Es un gilipollas pero tiene un montón de contactos. Me ha pasado el número de teléfono del que dice que es el mejor abogado de Texas.

—¿Y podemos pagar sus honorarios?

—Al capullo de mi jefe le caigo bien. Dice que no tendremos problemas si vamos de su parte. Llámalo mañana a primera hora. Seguro que Helena querrá testificar a tu favor. Lo presencié todo.

—No quiero que testifique.

—Ja, buena suerte con eso —a Josh se le escapa una carcajada—. Se nota que no la conoces. Nadie decide por mi mujer.

«Sí que la conozco».

—Gracias.

—Ni se te ocurra dármelas después de lo que has hecho por mí —Josh me da una palmada en el

brazo y sé que es su forma de decir «te quiero, tío»—. Estamos juntos en esto. Walton se va a arrepentir de haberse metido con nosotros.

—No hagas ninguna locura.

Josh pone mala cara.

—El que hace las cosas sin pensar eres tú. Yo soy el de la mente fría. Ya se me ocurrirá algo para librarnos de ese capullo. Esto no se va a quedar así. Se ha metido con mi hermano y con mi mujer. Ha amenazado a mi familia. Tú ocúpate de llamar al abogado. Lo bueno de estar sentado en esta silla es que tengo mucho tiempo libre para pensar en una estrategia. Ya puedes fumar tranquilo. Me voy a la cama.

Josh mueve la silla para regresar a la casa. No lo ayudo porque sé que lo que menos necesita en este momento es que lo subestimen. Si en algo nos parecemos es que los dos somos igual de orgullosos. La abuela dice que el amor propio de un Sackler no conoce límites.

—Josh —lo llamo antes de que entre—. No te lo digo a menudo, pero te quiero.

—Lo sé —mi hermano sonrío—. En el fondo eres un blando.

JOSH

Estoy corriendo por el laberinto y el aliento fétido del monstruo me hiela la nuca. Me duelen las piernas y cada vez que doy un paso es como si caminara sobre un puñado de cristales que me atraviesan las plantas de los pies. Las lágrimas resbalan por mis mejillas mientras pienso que soy un puto débil. Ojalá Blake estuviera aquí para luchar contra el monstruo. Él se daría la vuelta para plantarle cara. Porque Blake siempre ha tenido las agallas que me faltan. Para llevar el rancho. Para darle de hostias a Walton. Para ser un buen padre. Para ser mejor que yo. Por eso me limito a ser un cobarde que huye del monstruo porque es lo único que sabe hacer en la vida.

—Josh...

No mires atrás. Corre. Corre. Corre. Estoy jadeando cuando doblo la esquina y me encuentro con una pared sin salida. Mi primer impulso es retroceder y buscar otro pasadizo, pero sé que no tengo tiempo porque el monstruo me pisa los talones. Así que intento trepar con desesperación por las enredaderas. Las espinas me arañan los brazos y chilló aterrorizado.

—¡Josh! Eh, cariño. Despierta. Es una pesadilla.

Me abalanzo contra el monstruo en un arrojito de gallardía. Pero cuando abro los ojos, Helena me mira aterrada porque la estoy cogiendo del cuello. Tardo unos segundos en reaccionar. La suelto horrorizado por mi comportamiento. Ella se acaricia la garganta y observo consternado las marcas rojas que le han dejado mis dedos en su piel.

—Lo siento muchísimo —murmuro avergonzado—. Lo siento. Joder, lo siento...

—No pasa nada —Helena se sienta en la cama y me frota la espalda—. Ha sido un segundo. Estoy bien.

—Helena...

Me tapo la cara con las manos porque no quiero que me vea llorar. Estoy furioso conmigo mismo, pero sobre todo estoy muerto de miedo. Mi mujer me abraza y me susurra palabras tranquilizadoras. Me acuna contra su pecho como si fuera un niño pequeño. Me encantaría apartarme y hacerme el fuerte, pero no puedo. Me espanta ser consciente de lo mucho que la necesito y no me reconozco cuando le digo con voz llorosa:

—No me sueltes. No me dejes solo.

—No me voy a ninguna parte.

—Por favor.

—Estoy aquí, Josh.

Helena sostiene mi rostro con las manos y me obliga a mirarla. No quiero hacerlo porque me da vergüenza que me vea llorar. Pero mi mujer busca mi mirada y no se rinde hasta que lo consigue. Sus ojos azules son como un remanso de paz.

—Estoy contigo.

—Siento ser un cobarde.

—No eres ningún cobarde.

—Soy débil.

—Lo superaremos juntos —me asegura, antes de volver a abrazarme. Termino tumbado sobre su pecho mientras ella me acaricia el pelo—. No eres débil. Solo eres un hombre que ha pasado por algo horrible y ha vivido para contarlo. Cada vez que te caigas, estaré ahí para levantarte.

Aferro su mano y me siento inesperadamente mejor cuando sus dedos se entrelazan con los míos. Sé que no me la merezco. Sé que un hombre de verdad la miraría a los ojos y le diría que se acuerda de todo el daño que le hizo porque jamás será capaz de olvidarlo. Pero solo soy un marido asustado y que haría cualquier cosa porque la mujer de la que está enamorado permanezca a su lado.

La joven que tengo delante mide un metro sesenta y es un derroche de alegría difícil de asimilar para un hombre que está tan amargado como yo. Sonrisa de oreja a oreja. Melenita por encima de los hombros. La típica chica mona con la absurda necesidad de alegrarle la vida a los demás.

«Pues conmigo la llevas clara».

Todavía no me he repuesto de lo que sucedió anoche. Decir que estoy abochornado es quedarse corto. Me siento como un mierda que necesita que su mujer le coja la mano porque le asustan los monstruos de sus pesadillas. Helena ha tenido la delicadeza de no mencionar lo sucedido cuando nos hemos despertado esta mañana. Se ha limitado a darme un beso y a mirarme con una mezcla de preocupación y cariño.

—Encantada de conocerte, Josh. Soy Janice, tu nueva fisioterapeuta.

«Ya veremos por cuanto tiempo».

Le estrecho la mano de mala gana. Su apretón es decidido y sincero. Seguro que sale corriendo en cuanto le demuestre lo *encantador* que puedo llegar a ser cuando me tocan los huevos. Los ejercicios de rehabilitación duelen y sacan lo peor de mí.

—Soy de Nevada, pero vivo aquí desde hace un par de meses porque me vine a cuidar de mi tío Charlie.

«¿Y a mí qué me importa?».

—Me encanta Texas. Nunca había vivido en un lugar con tanto sol. ¿No te parece que esto pone de buen humor a cualquiera?

—No.

Janice se ríe.

—Será mejor que empecemos con los ejercicios. Tu musculatura está muy débil después del accidente, pero estoy convencida de que juntos haremos grandes progresos. Tú, yo y Mason.

—¿Quién es Mason?

Janice acaricia la camilla. Genial, me ha tocado una chiflada.

—Mason lleva conmigo un par de años. Ha conseguido rehabilitar a un montón de pacientes desde entonces. ¿Por qué no te subes encima y pruebas lo cómoda que es?

La camilla está a una altura que me permite impulsarme con los brazos.

—¿Quieres que te ayude?

—Puedo solo.

—Genial. Me gustan los tipos duros.

Me sorprende que Janice no insista y me deje peleándome con Mason mientras se disculpa para ir al baño a lavarse las manos. Sé que lo hace para concederme intimidad. Tardo casi cinco minutos en subirme encima. Cinco minutos tras los cuales estoy jadeando por culpa del esfuerzo. Y ni siquiera hemos empezado con la parte difícil.

Janice se frota las manos y me guiña un ojo antes de colocármelas sobre los tobillos.

—¿Están frías?

—No.

—Hoy empezaremos con unos ejercicios suaves de movilidad. Si te duele o soy demasiado agresiva, me gustaría que me lo dijeras.

Aprieto los dientes cuando Janice flexiona mis piernas. Me duelen las rodillas y hago todo lo posible para que no se me note. Primero cinco flexiones con una pierna, y luego con la otra. Va alternando las piernas mientras charla como si le hubieran dado cuerda. Ni siquiera le presto atención. Estoy demasiado concentrado en evadirme del dolor. Veinte minutos después y tras un puñado de ejercicios, ella sigue contándome su vida como si yo tuviera algún interés en escucharla.

—Así que no lo dudé cuando mi tío Charlie enfermó. Trabajo por las mañanas mientras su cuidadora se encarga de él, y por las tardes pasamos el tiempo juntos. Los médicos dicen que le quedan tres años. Quizás cuatro si no le llega un trasplante. Pero yo soy optimista y sé que el trasplante llegará tarde o temprano. Mientras tanto, pienso aprovechar el tiempo con mi tío favorito.

Me entran ganas de decirle que su tío Charlie y su vida me importan un comino.

—¿A qué te dedicas?

—Periodismo —respondo con sequedad, para dejarle claro que no me apetece hablar con ella.

—¡Qué interesante! Mi hermano es periodista en un pequeño periódico local de nuestra ciudad natal. ¿Qué tipo de artículos escribes?

—La contaminación producida por los pedos de las vacas fue uno de mis grandes éxitos. Más de trescientas mil lecturas.

A Janice se le resbalan las manos y me mira ojiplática. Se recompone al cabo de unos segundos y se le escapa una risilla.

—Ese tipo de artículos le alegran la vida a la gente. Yo suelo leerlos cuando voy en el transporte público.

—No me hagas la pelota.

—Voy a empezar con el masaje —me ignora a propósito—. Necesito que te bajes los pantalones. No pongas esa cara. No voy a aprovecharme de ti, ¡lo juro!

—Puedo seguir con los ejercicios.

—Mason y yo tenemos una regla: la fisioterapeuta manda cuando un paciente se sube a la camilla —Janice tiene la poca vergüenza de taparme la boca con la mano antes de que pueda protestar. Ni siquiera se inmuta cuando la atravieso con la mirada—. Lo sé, quieres recuperarte lo antes posible y piensas que si le das caña a la rehabilitación estarás caminando dentro de dos semanas. Pero ni tú eres Superman ni yo hago milagros.

Me deja con dos palmos de narices y no soy capaz de encontrar una réplica que esté a la altura. De mala gana, me bajo los pantalones para que ella comience con el masaje. Me duele la cabeza de escucharla. Dios, qué mujer tan pesada. ¿Por qué no se calla?

—No es por echarme flores —dice, antes de embadurnarse las manos con un aceite que huele a almendras—. Pero dicen que tengo buenas manos. Lo mismo me las aseguro como hizo Jennifer López con su trasero, ¿qué te parece la idea?

—Buenas manos no sé, pero si te callas un poco te lo agradezco.

—Eres un encanto.

—Lo sé.

—Me encanta hablar. Mi madre dice que cuando los demás niños estaban aprendiendo a decir «mamá», yo ya cantaba todas las canciones de Madonna. ¿Quieres escuchar el repertorio?

—No, por favor.

Janice se parte de risa. Maldita sea. Helena ha contratado a la fisioterapeuta más estresante de todo el catálogo. Hay que joderse. ¿No las había mudas?

—Al final me vas a coger cariño. Todos mis pacientes me hacen algún regalo cuando me voy de sus vidas. Por si acaso, me encanta el chocolate y mi perfume favorito es *J'adore* de Dior.

—Ja, ja —respondo con desgana. Tengo ganas de ponerla en su sitio para que sepa que no soy una presa fácil y le suelto—: Soy alérgico a las almendras.

—¡Ostras! —exclama, y retrocede cuando estaba a punto de poner las manos en mis piernas—. Perdona, no recuerdo haberlo leído en tu expediente...

—Venga, Dior. Te estaba tomando el pelo.

Janice me mira sorprendida.

—Guau, ¡si hasta tienes sentido del humor!

Se me escapa un suspiro de placer cuando me pone las manos encima. Uf, hay que reconocer que es buena dando masajes.

HELENA

Estoy llegando al centro comercial más cercano. Conduzco rozando el límite de velocidad y estoy escuchando a todo volumen el último temazo de Dua Lipa en un intento por borrar de mi cabeza lo sucedido anoche. El pánico en la expresión de Josh. Su terror cuando me miró a los ojos y me suplicó que no lo abandonara. Su expresión avergonzada cuando se disculpó por haberme agarrado del cuello y luego murmuró que era un cobarde. Aparco en el primer estacionamiento libre que encuentro y permanezco unos segundos dentro del coche. Mis manos siguen aferradas al volante.

Ojalá pudiera convencerlo para que visitara a un psicólogo. Pero sé que Josh se cerrará en banda y me gritará que no necesita la ayuda de nadie. Me encantaría meterme en su mente y borrar todas las pesadillas que lo atormentan. Pero lo único que puedo hacer por él es cumplir la promesa que le he hecho: permanecer a su lado.

No puedo abandonar a Josh en el momento más vulnerable de su vida, justo cuando más me necesita. Está aterrorizado y soy la única persona en la que confía. Ni siquiera he podido abordar el tema esta mañana porque él me ha mirado con un desconsuelo tan evidente que no he querido presionarlo. Pero ¿cómo ayudas a una persona que no se deja ayudar? No lo sé. No tengo ni la menor idea. Pero sí sé lo que debo evitar si quiero que Josh siga adelante. Tengo que alejarme de Blake aunque me duela en el alma. Aunque eche de menos nuestras noches bajo las estrellas y sus caricias prohibidas. No voy a traicionar a Josh. No voy a dejar en la estacada a mi marido porque cuando me casé con él lo hice con la intención de permanecer a su lado en las buenas y en las malas. Por eso bajo del coche y entro con determinación en el centro comercial. Voy directa a la sección de informática y cojo la primera Tablet con un precio asequible que encuentro.

«Lo siento, Blake. Pero si tengo que elegir entre el hombre con el que me casé y el hombre que me hizo promesas que no tuvo el valor de cumplir, me quedo con el marido que me necesita».

Mi felicidad no importa en este momento. Lo único que quiero es que Josh se recupere lo antes posible. Quiero que vuelva a ser el mismo que era. El hombre que irradiaba sentido del humor y tenía un carisma tan arrollador que todo el mundo quería estar a su lado. No sé si podemos volver a ser los que fuimos cuando nos conocimos en la universidad, pero haré todo lo que esté en mi mano para protegerlo de esas pesadillas que tanto lo atormentan.

El rancho está en calma cuando regreso. Hannah está enfrascada en la cocina, Avery está columpiándose en la entrada y Josh debe estar haciendo los ejercicios con la fisioterapeuta. Espero que Janice se haya ganado su beneplácito. La única nota discordante es Sophia, sentada

en el banco del porche a pesar de que el médico le ha pedido que se refugie en el interior durante las horas de sol porque el calor le viene fatal para la tensión.

—¿Y la bombona de oxígeno?

—Hoy me encuentro perfectamente. No la necesito.

Me abstengo de pedirle que entre en la casa porque sé que me ganaría una mirada irritada por su parte. Es el orgullo de los Sackler. Todos lo tienen en común y es ridículo tratar de pelear con ellos cuando se les mete una idea en la cabeza. Mi abuelo suele decir que el orgullo es un lastre para el alma. No sé si tiene razón. Supongo que el orgullo puede ser venenoso cuando se tiene demasiado, del mismo modo que carecer de orgullo puede acarrear graves consecuencias para la dignidad de una persona.

—Voy a buscar tu bombona. El médico dice que siempre debes llevarla contigo —Sophia está a punto de protestar, pero yo soy más rápida—. Solo por si acaso. Ahora vuelvo.

Aprovecho para ir directa a la habitación de Blake. Lo hago todo tan deprisa que ni siquiera tengo tiempo de pensar. Saco la Tablet que me regaló y la dejo sobre su cama junto con una nota. Sé que es cruel, pero él también lo fue conmigo. No me estoy vengando. No soy ni quiero ser una persona vengativa. Pero es la única forma que se me ocurre de enviarle un mensaje que, como el buen orgulloso que es, obtendrá la respuesta que busco. Acabo de cortar nuestra relación de raíz. No quiero que la intimidad de anoche se repita. No nos conviene a ninguno de los dos. ¿Para que saborear la miel si no puedes acabarte todo el tarro? Solo nos estamos haciendo daño.

Regreso al porche al poco tiempo y lo hago con la bombona de oxígeno y una jarra de limonada que sé que le vendrá bien a Sophia. Me siento a su lado con la intención de hacerle compañía. Lady Susan puede esperar un par de horas.

—¿Qué tal te encuentras hoy?

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Bien.

Sophia me observa con esa profundidad que la caracteriza. Sirvo un par de vasos de limonada para fingir que todo va como la seda.

—¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—No puedes engañar a una vieja.

—Si te refieres a aquella conversación que tuvimos sobre el amor... —murmuro avergonzada al recordar que le hablé sin tapujos de mis sentimientos por Josh sin que ella supiera que estaba

casada con su nieto—. Creo que la vida nos ha dado una segunda oportunidad.

—La vida le ha dado una segunda oportunidad a él.

—Y a mí.

—Te la dio cuando viniste por primera vez al rancho, pero no supiste apreciarla porque estabas muerta de miedo.

—Sophia, no te sigo.

Ella toma un sorbo de limonada.

—No hay nada más importante en esta vida que ser fiel a uno mismo —su comentario me deja pensativa y no sé qué decir—. La primera vez que te vi te reconocí de inmediato. Eras tal y como Josh te describió. Mi nieto dijo que tenías una sonrisa de la que cualquier hombre podría enamorarse, pero yo pensé que tenías un corazón roto que estaba buscando un lugar donde sanar. No sé si te curaste en el rancho, pero tengo la impresión de que encostraste algo que ni siquiera sabías que buscabas.

—Un momento... —estoy tan confundida que me cuesta pensar con claridad—. ¿Me estás diciendo que sabías desde el principio que yo era la mujer de Josh?

—Firmaste la carta como Helena. De repente una mujer a la que no se le ha perdido nada por aquí, aparece en el rancho cuando mi nieto está en coma en el hospital, y se llama exactamente igual que su mujer. Las coincidencias no existen. Se puede saber mucho de una persona por lo que otros dicen de ella. Josh siempre habló maravillas de ti. Decía que la palabra belleza se quedaba corta para definirte. Que tenías una inteligencia que lo retaba constantemente y que a veces tenía miedo de no estar a tu altura. Te reconocí nada más verte. No me hizo falta ninguna foto para saber que eras tú.

—Ay, madre...

—No te sientas mal. Me imaginé que Blake te había pedido que me lo ocultaras y no quise presionaros. Una se acostumbra a que la traten como si fuera tonta y al final lo más sencillo es fingir que lo es.

—Quisiste emparejarme con Blake —digo en voz baja.

—Sí.

Me quedo a cuadros cuando no lo niega. Sophia es la mujer más misteriosa que he conocido en mi vida.

—Estoy casada con Josh.

—Hay cosas que deben ser. Hay otras que no.

No le pregunto si se ha tomado las pastillas porque no quiero herir sus sentimientos. Me temo que no son más que los desvaríos de una anciana que siente predilección por su nieto mayor. Será mejor que Josh no sepa nada de esto, porque de lo contrario se sentirá ninguneado.

—Quiero a mis dos nietos por igual —me advierte.

La miro a los ojos y guardo silencio. A veces tengo la impresión de que es medio bruja y tiene un poder sobrenatural para meterse en la cabeza de los demás. De lo contrario, no me explico que vaya un paso por delante de todo el mundo.

—Yo no he dicho lo contrario.

—Porque no te atreves —me da una palmadita afectuosa en la mano—. Eres buena persona. Las buenas personas a menudo se equivocan porque están más preocupadas por los demás que por sí mismas. Ojalá sepas encontrar tu camino. Nada me haría más feliz.

Después de mi charla con Sophia, me quedo tan pensativa que soy incapaz de concentrarme en la historia de Lady Susan. Janice sale del rancho y se tropieza conmigo en el porche. Su sonrisa es idéntica a la de la foto de su currículum.

—¿Qué tal ha ido? —pregunto esperanzada.

—Es un hueso duro de roer —admite sin perder la sonrisa, y luego me guiña un ojo—. Pero yo me lo voy a ir ganando. No te preocupes. Está todo controlado. Lo bueno de Josh es que su actitud competitiva nos viene de perlas para la rehabilitación.

—¿No te ha gritado ni se ha puesto a la defensiva?

—Bah, lo ha intentado.

Me quedo más tranquila después de hablar con Janice y cerciorarme de que tiene la situación controlada. Al menos puedo dejar de preocuparme por el tema de la rehabilitación. Por desgracia, las palabras de Sophia han calado demasiado en mí para ignorarlas.

BLAKE

Hago una bola de papel con la nota después de leerla. Luego recapacito y la rompo en varios pedazos que tiro por el retrete porque no me gustaría que cayera en las manos equivocadas. Ni siquiera sé por qué la he leído. Sabía lo que decía en cuanto he entrado en mi habitación y he visto la Tablet encima de la cama. Helena no se ha tomado la molestia ni de devolvérmela en persona.

No quiero nada que venga de ti.

Helena.

«Mensaje recibido, rubia. Te aseguro que a partir de ahora te voy a dejar en paz». Pero, maldita sea, ¿tanto le costaba aceptarla? Solo era un regalo. Un gesto amable para demostrarle que ella es importante para mí. Supongo que voy a tener que acostumbrarme a su resentimiento. Helena no quiere saber nada de mí. No debería extrañarme. Fue mi intención cuando le solté toda aquella sarta de mentiras tan hirientes. Quería empujarla a los brazos de mi hermano porque pensé que no volveríamos a vernos. Sin embargo, Helena está aquí y me veo obligado a enfrentarme a su desprecio. No me queda otro remedio que aceptar que somos las decisiones que tomamos. Yo decidí alejarme de ella y ahora tengo que aceptar las consecuencias.

Esta mañana llamé al abogado que me recomendó Josh. Me gustó que fuera un tipo parco en palabras y que se limitara a exponer la situación sin tapujos. Me dijo lo que ya sabía: Harry Walton es un hombre poderoso y al que le sobra el dinero para dilatar un proceso judicial. Me comentó la posibilidad de llegar a un acuerdo extrajudicial, lo que descarté de inmediato porque sé la clase de acuerdo que me obligará a aceptar Walton. Querrá el rancho a cambio de retirar los cargos. Esta solo es otra de sus tretas para meterme miedo. Pero lo de anoche iba en serio. Lo único que me preocupa de ir a la cárcel es dejar a Avery desamparada. Por eso estoy tan tranquilo. En el hipotético caso de que pase un tiempo entre rejas, sé que Helena se encargaría de mi hija. Avery estaría en las mejores manos. Avery lo es todo para mí.

El abogado me ha explicado que la posibilidad de que pase un tiempo en prisión existe, pero que es ínfima. El parte de lesiones de Walton no es grave y solo tiene un par de heridas superficiales en el rostro. Pero yo sé la clase de hombre sin escrúpulos que es Harry Walton. Es capaz de mentir, manipular e incluso comprar a falsos testigos para que se pongan en mi contra. Se lo he

comentado al abogado y su respuesta ha sido clara: «Helena tiene que testificar a mi favor». Le he dicho que quería mantener al margen a mi cuñada porque es la pura verdad. No quiero que Helena se vea involucrada en todo este lío. Walton es el hombre más despreciable que conozco y temo que pueda tomar represalias contra ella.

Durante la cena hago todo lo posible por ignorar su presencia. La verdad es que Josh me lo pone muy fácil porque hoy está de lo más hablador. Me alivia que hayamos hecho las paces, aunque tenemos una conversación pendiente. Tarde o temprano tendremos que hablar sobre lo que sucedió antes de que él se marchara a Chicago. A ver quién es el valiente de los dos que da el primer paso.

—Hoy he visto un perrito en el rancho —cuenta ilusionada Avery—. Estaba muy flaquito.

—¿Todavía sigue por aquí? Yo también lo vi hace un par de días y lo espanté —responde Josh.

—¡Tío Josh, no hagas eso! Es un pobre perrito abandonado.

—Es un perro pulgoso y feo.

—¡No es feo! —se enfurruña Avery—. Solo está sucio y asustado. Seguro que se convierte en un perro precioso cuando le dé un baño. Como en el cuento de Cenicienta. Además, no me importa que no sea el perro más bonito del mundo porque la tía Helena me ha explicado que la belleza está en el interior. ¿A qué sí, tía Helena?

—Pues...

—No vas a bañar a ese perro —interrumpo a Helena porque no estoy de humor para escuchar su opinión. Ella me atraviesa con la mirada y la ignoro a propósito—. Si alguien vuelve a verlo, quiero que llame a la protectora de animales para que se lo lleven del rancho.

—Pero... papi, ¡jo! Yo quiero un perro.

Sigo cortando el filete para dar la conversación por zanjada. Helena aprieta los labios y sé que está haciendo un gran esfuerzo para contenerse. Mejor. Avery es mi hija y yo decido si puede o no tener una mascota. ¿No dice que no quiere nada que venga de mí? Pues que se atenga a sus palabras.

—Ja, buena suerte. Tu padre tampoco me dejó tener un perro cuando yo tenía tu edad Además, ¿para qué quieres un perro tan feo? —se burla Josh.

—Tío Josh, tú también eres muy feo y la tía Helena se casó contigo. — Avery le saca la lengua.

Stuart, Bill y Hannah se parten de risa. Mi hija sonrío eufórica por su pequeña victoria. Pero Josh no lo va a dejar estar porque él también es un crío. El día que madure me caigo de espaldas.

—Yo por lo menos no tengo pulgas.

—Toby no tienes pulgas.

—No le pongas nombre. No te lo vas a quedar. Eres una avariciosa. Ya tienes una mascota que es peor que un perro rabioso.

Avery lo mira sin entender.

—Yo no tengo ninguna mascota.

—Claro que sí. Tu padre. Mañana le compro una correa para que lo saques a pasear.

Avery infla las mejillas y se pone muy colorada. Stuart y Bill están llorando de la risa. Lo dicho: Josh tiene la madurez de una piedra. Me haría el ofendido, pero ya estoy más que acostumbrado a sus pullas infantiles. Todavía no me ha perdonado que en su día no le permitiera tener un perro.

—¡No te metas con mi padre!

—Vamos Blake, ladra. Avery te dará una galleta si lo haces bien.

—Tío Josh, ¡eres tonto!

Avery le lanza una patata frita y Josh la esquivo. Helena pone los ojos en blanco. No sé quién es más niño de los dos.

—Ni caso —le digo a Avery—. Tu tío Josh sigue resentido porque cuando tenía tu edad no le dejé tener un perro.

—Al menos el mío hubiera sido más bonito. Yo quería un pastor alemán. Lo habría llamado Rusell. Ese sí es un buen nombre para un perro.

—Me da igual que Toby no sea de raza.

—Avery, no te encariñes con el perro —le pido.

—Me parece buena idea que Avery tenga una mascota. Le hará compañía y demostrará que puede ser muy responsable. Está científicamente demostrado que los niños que crecen con mascotas desarrollan su empatía. Además tiene múltiples beneficios a nivel emocional y de desarrollo personal —interviene Helena.

—Nadie te ha pedido opinión —le espeto.

Helena tensa los labios en una fina línea de disgusto. Eso le pasa por meterse donde no la llaman. Josh está demasiado divertido con la situación para dejarlo estar.

—Ni lo intentes, Helena. En su día no me hizo ni caso cuando escribí un folio con cincuenta razones por las que estaba preparado para tener un perro.

—¡Me acuerdo! —exclama divertido Stuart—. Te pusiste a llorar cuando Blake no cedió.

—Ja, ja. ¡Eres un llorón! —se burla Avery.

—Ja, ja. ¡No vas a tener un perro!

Avery arruga la nariz.

—Ya veremos.

—No veremos. Un rancho no es lugar para un perro —le digo.

—Un lugar con miles de kilómetros de espacio libre para correr no es lugar para un perro... —musita Helena en voz baja y con tono irónico.

—No lo es —respondo categórico y sin mirarla—. Aquí hay caballos y vacas. El perro podría provocar algún accidente si se mezcla con el ganado. Todos estamos demasiado ocupados para encargarnos de un animal doméstico. La respuesta es no. Fin de la discusión.

—Y tiene pulgas —añade Josh.

Avery resopla disgustada.

—¿Sabes, tío Josh? Antes me caías mejor. Eras más simpático.

—Voy a tirar tus gusanitos de seda por el retrete.

Pasamos una cena de lo más movidita con esos dos peleándose. Al final de la noche me han sacado de quicio y me voy a dar una vuelta para no escuchar a Josh respondiendo a las burlas de mi hija como si tuviera siete años. Regreso al cabo de un par de horas y me encuentro la casa en calma. Menos mal. Me siento en las escaleras del porche y enciendo un cigarro. Alguien se acerca caminando por el sendero de mezquites. Va fumando y está distraída. No me ve hasta que está a punto de subir el primer escalón. Helena endereza la espalda cuando se percata de mi presencia.

—Hola.

No respondo. Me limito a disfrutar de mi vicio. Ella apoya la espalda en la barandilla y clava la mirada en el horizonte. Ninguno de los dos está dispuesto a renunciar a las pocas caladas que les quedan. Somos un par de adictos a la nicotina.

—Es curioso —murmura, y sé que lo siguiente que va a decir no me va a gustar—. Dices que te quedarías más tranquilo si yo cuidase de Avery, pero me mantienes al margen cuando intento dar mi opinión.

—¿Nunca te han dicho que las opiniones se dan cuando te las piden?

Helena pone mala cara.

—A tu hija le hace falta un amigo. Todos sus compañeros de colegio viven muy lejos y se aburre.

—Gracias por decirme algo que ya sé.

—De nada.

Los dos expulsamos una bocanada de humo. La luz de la luna ilumina sus delicadas facciones. Tiene una nariz respingona y pequeña. Todo en ella está hecho de una manera jodidamente perfecta. La boca carnosa. Los ojos azules y grandes. Tiene la cara más bonita que he visto en mi vida, pero supongo que lo que la hace tan atractiva es que no le da ninguna importancia a su aspecto. Helena no es una mujer presumida. Me pregunto cómo es posible que me resulte tan cautivadora con unos vaqueros gastados y una camiseta blanca con el dibujo de un oso panda roncando.

—Un perro no solucionará las carencias de Avery. Conozco a mi hija. Se aburriría del perro a la mínima de cambio y luego me tocará cuidarlo a mí.

—No me des explicaciones —responde con sequedad—. Ya me has dejado claro que solo soy la segunda opción si tú entras en la cárcel.

—No digas gilipolleces.

Los dos nos retamos con la mirada. Helena es demasiado insolente para dejarlo estar y me la sostiene sin problemas. Dios. Qué fácil sería ponerme de pie y demostrarle quién está al mando. Seguro que no sería tan valiente si mi boca se aplasta contra la suya y la reclamo por completo.

—Josh me ha dicho que has llamado al abogado. ¿Cuándo tienes pensado pedirme que testifique?

—Nunca.

—¿Y la que dice gilipolleces soy yo? —replica atónita y furiosa—. ¡Tienes que llevarme como testigo! Yo lo vi todo. Seguro que Walton exagera y pone las cosas peor de lo que fueron. Puedo echarte un cable.

—He dicho que no.

—¿No te cansas de ser tan terco? —Helena se planta delante de mí con los brazos en jarra—. No te corresponde tomar esa decisión por mí. Ya sé por qué lo haces. Sientes la absurda obligación de proteger a todos los que te rodean. ¿Y qué hay de ti? ¿Tú no mereces que te protejan? ¿Tan fuerte te crees que eres?

—No me creo nada.

Me pongo de pie y tiro el cigarro al suelo. Helena retrocede un paso cuando nos rozamos. Su olor me deja atontado durante unos segundos. Es increíble que siga siendo tan vulnerable a su olor. Mi autocontrol me traiciona y los ojos se me van a sus labios. Es una fracción de segundo en la que ella me mira angustiada. Aparto la mirada porque sé que sería capaz de todo. Incluso tumbarla sobre la hierba y hacerle al amor a plena vista de todos. Dios, me estoy volviendo loco.

—En lo que respecta a mi vida, yo decido a quién le pido ayuda. Y tú no estás en la lista.

—Estás cagado de miedo.

Le doy la espalda y subo los escalones del porche.

—No tengo miedo por mí.

—Lo sé —responde sin vacilar—. Tienes miedo de lo que me pueda pasar a mí.

—Porque eres la mujer de mi hermano.

—El porqué es lo de menos.

—Mi abogado no te va a llamar porque yo se lo he pedido. Y los abogados de Walton tampoco te van a citar en el juicio porque no les conviene. Olvídate del tema.

La oigo suspirar detrás de mí. Sé que está buscando una réplica que pueda convencerme, pero en el fondo sabe que soy un hombre de ideas fijas. No voy a permitir que se ponga en riesgo por mi culpa. No quiero mezclarla en este asunto. No soportaría que Walton la sumara a su lista de personas con las que desquitarse.

—Tampoco hacía falta que me la devolvieras —le digo, y los dos sabemos que me refiero a la Tablet. Sé que debería dejarlo estar, pero me escuece demasiado. Ella no responde—. Habría bastado con decirme que no quieres saber nada de mí y yo habría respetado tu decisión.

—Vete a contarle tus historias sobre las estrellas a otra.

Me dejo llevar por la rabia cuando respondo:

—Lo haré.

JOSH

—Y por eso tuve un cólico de minihamburguesas de cangrejo. Quedé la primera en la competición y gané cien dólares y una noche de vómitos en urgencias. Pero no podía permitir que aquel zampabollos que me llamó «bicho palo» se saliera con la suya. Le arrebaté el récord y se quedó con una cara de lelo... —me cuenta Janice mientras yo resuello por culpa de los ejercicios de rehabilitación—. ¿Sabes cuántas hamburguesas me tuve que comer por culpa de ese tarugo?

No tengo el menor interés en saberlo, pero Janice se toma mi silencio como una respuesta afirmativa y decide sacarme de dudas.

—Veintidós minihamburguesas. No he vuelto a probar el cangrejo desde hace cinco años. Y los que me quedan.

—Impresionante.

—¿A qué sí? —replica con orgullo. Las manos de Janice corrigen la trayectoria de mi pierna derecha—. Un ángulo de noventa grados. Eso es. Tan importante es el número de repeticiones como ejecutar bien el ejercicio. Cambiamos. Ahora bicicleta.

Tengo la espalda recostada sobre la camilla y respiro profundamente antes de levantar ambas piernas. Parezco una abuelita con artritis que utiliza uno de esos cacharros de la teletienda. La sensación es idéntica a tener pesas de cincuenta kilos atadas a cada tobillo. Me agarro a la camilla con las dos manos y aprieto los dientes.

—Ayer me quedé despierta hasta las tantas viendo una serie de Netflix... —continúa, y tengo que controlarme para no gritarle que se calle de una puñetera vez—. Tobillos mirando hacia abajo. Eso es. Una sobre vikingos. Hay dos hermanos: Ragnar y Rollo. Si te soy sincera, si yo fuera la tal Lagertha los iría alternando porque están los dos para chuparse los dedos. Al principio me gustaba Ragnar, con sus ojos azules y esa cara de loco con un punto sexy y rudo. Pero su hermano Rollo tiene unos pectorales... madre del amor hermoso. Hasta a ti te gustaría, Josh. Ya sé que no debería ponerme de su parte porque zarpaban en sus barcos y asaltaban a gente inocente, pero a mí no me habría importado que me raptaran. Ragnar o Rollo. Qué más da. A ninguno le hago ascos. Total, eran más listos que nosotros y no creían en la monogamia. Ahí dándole que te pegó todo el día. Hasta el cura que raptaron se lo pasa bomba en la serie.

Diez minutos después, Janice sigue cacareando sobre la serie. Reconozco que su estrategia para que me evada del sufrimiento es de lo más efectiva. Ya no me duelen las piernas, sino la cabeza

por culpa de escuchar sus tonterías.

—¡Y le hicieron un águila de sangre! —me está frotando las pantorrillas para reactivar algo relacionado con el flujo sanguíneo. La verdad es que llevo un buen rato con el cerebro desconectado—. Te ahorro los detalles porque son muy escabrosos. Tienes que verla. En serio. Vas a alucinar. A mi tío Charlie solo le gustan las películas del Oeste y mis amigas son demasiado remilgadas para darle una oportunidad. Me encantaría comentarla con alguien.

—Ya me la has destripado.

—¡Solo los primeros capítulos!

Janice se aleja de la camilla para acercarme la silla de ruedas.

—Puedo seguir.

—Llevamos dos horas y media.

—¿Ya?

—Lo sé. Conmigo se te pasa el tiempo volando. Soy la mejor —me dedica una sonrisa arrebatadora.

—Lo decía porque puedo continuar. Estoy nuevo. Puedo pagar horas extras si es lo que te preocupa. Aleja esa puñetera silla de mi vista.

—A ver cómo te lo digo... —murmura más seria, pero sin perder un ápice de la vitalidad que la caracteriza—. Los pilares de la recuperación son tres: paciencia, disciplina y fuerza de voluntad. Los dos últimos los cumples a rajatabla, pero me da que vamos a tener que trabajar en la paciencia. No es tu virtud, eh.

—La paciencia está sobrevalorada.

—Si no tienes paciencia, te pierdes los pequeños placeres de la vida. El mundo se va a seguir moviendo mientras tú te lamentas de estar sentado en la silla de ruedas. La vida te ha dado una segunda oportunidad y tú la desperdicias estando enfadado la mayor parte del tiempo. Lo sé —me tapa la boca antes de que pueda protestar—. Estás deseando matarme. ¿Ves como no tienes ni un ápice de paciencia?

De mala gana, me apoyo en la camilla para sentarme en la silla. No lo hago porque quiera darle la razón, sino porque estoy deseando perderla de vista si no va a servirme de ayuda. Janice me estresa. Cogería todo su optimismo y alegría y los mandaría a la otra punta del mundo de una patada. Pero no puedo.

—Vamos a dar un paseo.

—No quiero.

—Me encantaría que me enseñes el rancho —une las palmas de sus manos—. Por favor. Sé un buen anfitrión.

De mala gana, salimos de la casa y le ofrezco unas explicaciones vagas sobre la propiedad. Janice no para de hacerme preguntas sobre todo. Las plantas, el clima, los caballos... y me veo obligado a responderlas mientras pienso que Blake lo haría mejor que yo. Siempre he tenido sentimientos encontrados con el rancho. No voy a negar que yo habría aceptado el dinero de estar en el lugar de Blake. Es ridículo pensar que traicionamos el recuerdo de nuestra familia. Solo son cuatro paredes y miles de kilómetros de pastos áridos. La familia no es un lugar, sino las personas que la componen. ¿Por qué no aceptar la oferta de Walton? Seríamos ricos y nos quitaríamos de preocupaciones.

—Debe de ser precioso crecer en un lugar como éste.

—Eh... sí —admito a regañadientes.

Reconozco que tuve una buena infancia. Mientras que los demás niños jugaban con sus videoconsolas, yo aprendía a montar a caballo o me bañaba en el lago. Las tardes las pasaba trepando por los árboles o inventando alguna travesura con la que desquiciar a mi hermano. Por las noches asábamos malvaviscos mientras Blake tocaba la guitarra. Fueron buenos tiempos.

—Vamos a hacer una cosa. Es un ejercicio de meditación. Soy de las que piensan que para sanar el cuerpo debe existir un equilibrio entre éste y la mente.

—Paso de esos rollos.

—Mi ojo clínico no se equivoca contigo. Cuando el alma sufre, el cuerpo lo nota.

—¿Nos ponemos filosóficos y discutimos sobre la existencia del alma?

—No hay discusión al respecto. El alma existe.

—Lo que tú digas —respondo escéptico.

—Todos los días vamos a tener un pensamiento positivo. No me iré de aquí hasta que me ofrezcas uno. Y ni lo intentes con pensamientos generales del tipo: «tengo familia o un techo bajo el que vivir». Quiero que te esfuerces de verdad. Es un ejercicio de honestidad con uno mismo.

—Menuda chorrada.

—Empiezo yo —Janice me coge de la mano y suspiro. Qué horror de mujer—. Hoy quiero dar las gracias porque mi mejor amiga ha tenido un bebé sano y me ha pedido que yo sea su madrina. Me siento bendecida porque ha pensado en mí y significa mucho para ella.

Janice me mira expectante. Me encojo de hombros. No sé qué decir.

—Vamos, Josh. Inténtalo. Te sentirás mejor

—¿Por qué no te largas de una vez?

—No me iré de aquí hasta que tengas un pensamiento positivo. No cometas el error de subestimarme como hizo aquel idiota en la competición de minihamburguesas. Soy muy testaruda.

—De acuerdo —respondo, porque estoy deseando perderla de vista. Busco algo que pueda contentarla y de repente caigo en la cuenta de que en realidad no necesito mentir. Sí que hay algo por lo que me siento agradecido—. El otro día tomé la iniciativa de hablar con mi hermano. Estuvo bien. Fue como volver a los viejos tiempos y comprendí que lo había echado de menos.

Janice me mira a los ojos sin pestañear. No sé lo que está pensando hasta que esboza una sonrisa de lo más sincera. Su mano me aprieta con afecto antes de soltarme.

—Hasta mañana, Josh.

—Adiós.

Janice se aleja con esa forma de caminar que la caracteriza. Trota como si fuera una especie de hada que se ha empeñado en hacer felices a todos los que toca con su varita mágica. De repente se vuelve hacia mí y añade con tono burlón.

—Y recuerda: chocolate y *J'adore* de Dior.

—Sigue soñando.

No me doy cuenta de que estoy sonriendo hasta que la veo meterse en su coche. Es un personaje. Borro la sonrisa de un plumazo. No quiero encariñarme con Janice. Lo que de verdad deseo es que desaparezca de mi vida cuanto antes porque entonces me habré librado de esta silla.

Antes de regresar a la casa, doy una vuelta por el rancho porque me siento más agitado de lo normal. No sé por qué he compartido algo tan íntimo con Janice. Hoy es uno de esos días en los que me he despertado pensando en cómo sería mi vida si mis padres siguieran vivos. ¿Me habría marchado a estudiar a Chicago? De no haberlo hecho, jamás habría conocido a Helena ni tampoco habría acabado en esta silla de ruedas. Por supuesto que no me arrepiento de haberme enamorado de ella. Pero a veces me pregunto si dos personas tan diferentes tienen alguna oportunidad de construir un proyecto juntos. Ella me pidió el divorcio porque había llegado a la conclusión de que solo sabíamos hacernos daño. Dios, estoy tan loco por ella que haría cualquier cosa con tal de mantenerla a mi lado. Y no me refiero a fingir una puta amnesia. Supongo que tendría hijos por ella. Me conformaría con un trabajo mediocre. Renunciaría a mis sueños porque me pesa demasiado renunciar a mi mujer.

Me sobresalto cuando el perro me ladra. Vaya, mira a quién tenemos aquí. O mejor dicho: a qué. Un bulto lleno de greñas y con toda probabilidad pulgas. Se acerca esperanzado y con la lengua fuera. Extiendo el brazo en un intento de parecer autoritario.

—¡No!

El perro gime y se tumba en el suelo. Debería decirle a Blake que acabo de encontrarlo. Se lo llevarían a la protectora. No sé por qué lo hago, pero cojo una piedra y la tiro a escasos centímetros del perro para asustarlo.

—¡Largo!

El animal huye despavorido. Ya no soy un niño. Antes quería un perro como mascota. Ahora solo quiero que me dejen en paz.

HELENA

Lady Susan se ha casado con el vizconde de Stapleton después de que fueran descubiertos en público en una actitud de lo más comprometida. Mala suerte, querida. Desventajas de ser mujer en 1839. Así que él se ha visto obligado a casarse con ella para salvar su reputación, no sin antes advertirle que él no es la clase de marido que ella se merece.

«Eso podrías haberlo pensado antes de meterle la lengua hasta la campanilla, Sir Stapleton».

Ahora Lady Susan se siente muy desdichada porque cree que ha renunciado a su vida de libertad e independencia para caer en las garras de un hombre que la someterá como hizo su difunto marido. «Venga ya, Lady Susan. Puede que el vizconde de Stapleton sea un imbécil, pero no es tan mezquino. Con lo fácil que sería hablar con él de tus sentimientos. Ambos me sacáis de quicio».

Bill y Blake se acercan a caballo. Estoy sentada bajo la sombra de un árbol porque me encanta trabajar en el exterior. No pienso privarme de las horas de sol ahora que tengo la oportunidad de trabajar en un entorno tan espectacular. Cuando regrese a Chicago ya tendré tiempo de encerrarme en un despacho y acostumbrarme a los días grises y el estrés de la ciudad.

Bill es el primero en desmontar del caballo. Tiene el rostro contraído por el esfuerzo y las botas embarradas. Me puedo imaginar lo que ha sucedido porque hasta hace poco yo trabajaba con ellos arreando el ganado. Cada día era una aventura distinta. Mis aventuras actuales se reducen a los libros en los que me sumerjo.

—¿Te puedo robar un vaso de limonada?

—Toda tuya.

—Gracias.

Bill se sirve un vaso que se acaba en dos tragos. Blake desmonta del caballo y sacude la cabeza cuando le ofrece un vaso.

—Creí que habíamos quedado en que trabajarías dentro de la casa.

—No recuerdo haber quedado en nada contigo.

Bill nos mira con curiosidad.

—¿Por qué debería trabajar dentro de la casa? Hace un día estupendo.

—Un águila le robó su Tablet.

—¿En serio? —Bill está alucinando.

—Ya no corro riesgos —acaricio la funda de silicona negra—. Esta vez ningún águila la confundirá con un conejo.

—Ignoraré lo de la Tablet y el conejo porque no tiene ningún sentido. ¿De qué trata el libro? —pregunta con interés Bill.

—Lady Susan es una viuda victoriana que tiene un pésimo gusto para los hombres.

Blake me mira con el ceño fruncido. No ha ido por él. Lo juro.

—¿Y qué más? —insiste Bill.

—Coincidió en una fiesta con el vizconde de Stapleton y entre los dos surgió una intensa atracción. Pero él tiene un montón de taras y ella se empeña en creer que puede sanar todos esos traumas del pasado. Lady Susan es un pelín ingenua. No se entera de que las mujeres no tenemos que cambiar a los hombres. No funciona así.

—Al menos acabará bien.

—Seguro —respondo con tono jocoso—. Esos dos terminan juntos y comiendo perdices. Solo es otra estúpida novela romántica. Ni siquiera creo vaya a incluirla en el catálogo.

—A todo el mundo le gustan las novelas románticas. Te alegran la vida. La gente busca finales felices porque para estar tristes ya tenemos la realidad que nos rodea. ¿Tú que piensas, Blake?

—Las novelas románticas no son mi especialidad.

—A él le van más las películas donde un montón de machotes pegan tiros y beben whisky en un burdel repleto de meretrices —soy incapaz de contenerme—. Películas para no pensar demasiado.

Blake me atraviesa con la mirada.

—¿Me estás llamando tonto?

—Lo has dicho tú.

—No te recordaba tan inflexible respecto a las novelas románticas. Yo al menos soy de gustos firmes. Y tienes razón: me encantan las películas del Oeste. Algunos tenemos claro lo que queremos.

—Bueno... bueno... no me hagas hablar.

—¿De verdad quieres hacer esto?

—¿Hacer qué? —replico furiosa—. Yo estaba trabajando hasta que tú has llegado a molestarme.

—Ni siquiera he abierto la boca hasta que me has provocado.

—¡Yo no te he provocado!

—Venga, chicos, tengamos la fiesta en paz —sugiere Bill, visiblemente contrariado por nuestra salida de tono.

Me quedo bastante cortada porque me había olvidado de él. Uf, no sé lo que me ha pasado. Estoy bastante susceptible desde lo de anoche. Bill tira de las riendas de los caballos y murmura que va a llevarlos a beber agua.

—Perdona —le digo a Blake en cuanto nos quedamos a solas—. No sé qué mosca me ha picado.

—Da igual —Blake se pasa la mano por la barbilla—. Yo también he puesto de mi parte para discutir contigo.

—¿Quieres limonada? —le ofrezco en un gesto de buena voluntad—. Es la primera vez que la hago. Hannah me ha enseñado su receta.

Blake observa la limonada como si estuviera envenenada. Pongo los ojos en blanco. Bill se ha bebido dos vasos sin rechistar. Al final se agacha para servirse un vaso que se acaba de un largo trago.

—¿Qué tal está?

—Demasiado dulce.

Luego se sirve otro vaso.

—Has dicho que está demasiado dulce.

—Pero tengo sed.

—Eres demasiado orgulloso para admitir que me ha salido riquísima.

—La de Hannah le da mil vueltas.

—Ya lo sé —me pongo de pie y le arrebató la jarra de limonada—. Eres un tragón. Te la vas a acabar toda.

—Qué más te da.

—Si te acabas la jarra, tendré que entrar en la casa a prepararme otra. No me apetece. Hace un buen día y quiero disfrutar de las horas de sol.

—No te recordaba tan avariciosa con la comida.

—Será porque tú sacas lo peor de mí.

—Si lo saco, será porque lo tienes.

—Habló Míster Simpatía.

—Me gustaba más cuando me obsequiabas con apodos más originales, rubia.

—En primer lugar; no me llames rubia. Y en segundo lugar; John Wayne, tengo el repertorio lleno de apodos. Pero no te los digo porque eres un hombre con un sentido del humor muy pobre.

—Adelante. Soy todo oídos.

—Clint Eastwood de pacotilla.

—Sé que puedes hacerlo mejor —Blake levanta la cabeza con arrogancia—. Barbie de Malibú.

—Serás... —respiro profundamente porque esto no se va a quedar así. La lleva clara si piensa que puede ser más original que yo—. Me parece que me he venido muy arriba al compararte con Clint. A él le sobra el encanto del que tú careces. Te pareces más al típico sheriff solitario y huraño que se queda solo ante el peligro cuando una banda de forajidos amenaza a su pueblo. Como te crees mejor que nadie, piensas que no necesitas ayuda y al final te acaban pegando un tiro.

—Ya me he visto esa película: *Solo ante el peligro*.

—Eres... como una de esas bolas de matojo que van rodando por el desierto al inicio de una de esas películas que tanto te gustan. No hay algo más icónico. Ése eres tú. Un anticuado de los pies a la cabeza que nació creyendo que no necesita a nadie para sobrevivir.

—Llama a las cosas por su nombre. Esas bolas a las que te refieres se llaman «estepicursor». Y no son matojos, sino plantas rodadoras que son arrastradas por la fuerza del viento. Durante el otoño se desintegran y dejan tras de sí todas las semillas. No eres tan lista como tú te crees, rubia.

—No me llames rubia —respondo, fastidiada porque no tenía ni idea de que esas estúpidas bolas eran en realidad una planta.

—¿Qué pasa? —la sonrisa arrogante de Blake se ensancha—. ¿Se te ha agotado el repertorio?

—Pues...

Me estrujo el cerebro para ofrecerle una réplica que pueda estar a su altura. A Blake se le escapa una carcajada grave. Uf, no lo soporto. Qué risa tan atractiva tiene. Arrugo la frente. Esto no se va a quedar así. Blake se cruza de brazos. Imponente. Desafiante. Sexy a rabiar. De su sombrero de cowboy escapan algunos mechones de cabello castaño claro. El hoyuelo de su barbilla se acentúa por su sonrisa arrogante. Le brillan los ojos. Está disfrutando de lo lindo.

—Te estoy esperando, rubia.

—Un momento.

—¿Rubia?

—No me llames así.

—Antes te gustaba.

—Nunca me ha gustado.

—Haré que me lo creo.

—Con ese sombrero te pareces a Lucky Luke —la sonrisa de Blake se esfuma cuando lo comparo con el personaje de dibujos animados. Me vengo arriba y canturreo una de sus frases—: Soy un pobre vaquero solitario y estoy lejos de mi hogar.

—Te encanta cómo me queda el sombrero.

No puedo evitarlo. Le doy un manotazo y el sombrero se cae al suelo. Blake me dedica una mirada asesina. No me gusta cómo le queda el sombrero porque la pura verdad es que está mejor sin él. Pero eso me lo guardo para mí. No hace falta que sepa que es un hombre tan apuesto que le sobran los adornos. Blake se agacha para recoger el sombrero y le sacude el polvo con evidente molestia. Suspiro y pongo los ojos en blanco.

—¿Ves como no tienes sentido del humor? Solo es un sombrero.

—Era de mi padre.

Me quedo tan cortada que me muerdo el labio. Mierda.

—Perdona. No tenía ni idea de que ese sombrero significa tanto para ti.

Blake se cala el sombrero.

—No podías saberlo.

—En realidad no te queda tan mal.

—Me gustaba cuando me llamabas John Wayne —musita con voz ronca.

—Blake...

—Helena —él da un paso hacia mí. Trago con dificultad porque está demasiado cerca y no comprendo lo que se propone. Ha perdido el juicio. ¿Le da igual que alguien nos vea? —. Siento haberte hecho daño.

—No quiero hablar del tema —aparto la mirada y me acaricio el brazo derecho—. Está olvidado.

—No lo está. Ni siquiera me puedes mirar a la cara.

—Porque me siento culpable.

—Creo que es algo más que culpabilidad lo que sientes cuando me miras.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le doy un empujón para apartarlo de mí y ni siquiera consigo moverlo del sitio—. Para de una vez. No me confundas.

—No se puede confundir al que está seguro de lo que siente.

—Y yo lo estoy —me reafirmo, mirándolo a la cara. Un leve temblor se apodera de mi cuerpo cuando mis ojos se encuentran con los suyos—. Lo mejor que hicimos fue ponerle fin a algo que no debería haber existido.

—Tal vez tengas razón —Blake se pasa la mano por la barbilla y me mira completamente deshecho—. Pero te echo jodidamente de menos.

Se me escapa el aire por la boca cuando su mano libre me roza el costado. Lo que siento es tan intenso que no puedo ignorarlo. Va más allá del deseo contenido. Es desconcertante y abrumador. Recuerdo lo que me dijo Sophia sobre haber encontrado algo que ni siquiera sabía que estaba buscando. Blake llegó a mi vida cuando menos lo esperaba. No puedo evitar preguntarme qué habría sucedido si nos hubiéramos conocido en otro momento de nuestras vidas. Porque tengo la impresión de que él y yo estábamos destinados a encontrarnos. Y aquí estamos, a escasos centímetros el uno del otro tratando de contener las ganas que tenemos de besarnos. Es injusto. Doloroso. Humano. Y muy real.

BLAKE

Estoy a punto de besar a Helena y mandar todos mis miedos al infierno. Ya tendré tiempo de arrepentirme y de suplicar el perdón de Josh. Necesito que entienda que dejarla escapar fue el mayor error que he cometido en mi vida. Sostengo su rostro con ambas manos y ella murmura que es una locura. Pero, si es una locura, ¿por qué me siento tan bien cuando la beso? Mi boca roza la suya con cautela porque no sé si va a rechazarme. A ella se le escapa un suspiro trémulo que es lo más excitante que me ha pasado en mucho tiempo. Mi corazón bombea con fuerza porque sabe que, si la beso, ya no habrá marcha atrás. Quiero gritarle al mundo que Helena no es propiedad de nadie. Helena no pertenece a Josh. Helena tampoco me pertenece a mí. Porque Helena es una mujer libre que tiene derecho a sentirse amada y amar a quien ella elija. Y, si me elige a mí, viviré lo que me queda de vida haciéndola feliz porque nada me haría más rico que compartir mi vida con una mujer de la que estoy profundamente enamorado.

Mi boca está rozando la suya cuando escuchamos el grito de Josh. Ambos nos separamos sobresaltados. Ella me mira aterrada. El pánico en sus ojos me devuelve con brusquedad a la realidad. Me siento como el hombre más miserable del mundo. Mi primer impulso es pedirle perdón. El segundo es salir corriendo en busca de mi hermano porque no tengo ni idea de lo que acaba de suceder. ¿Nos ha visto?

—¡Bájate del maldito árbol!

—¡No me da la gana!

Respiro aliviado cuando comprendo que Josh está discutiendo con Avery. Helena me sigue hasta el sendero de mezquites. Avery está subida a la rama de un árbol mientras Josh discute con ella.

—Te vas a caer.

—¡Me da igual!

—¿No te parece que ya has llamado suficiente la atención?

—¡No estoy llamando la atención! ¡Estoy en huelga! —Avery trepa por el árbol y se encarama a la rama más alta—. No pienso bajar de aquí hasta que busquéis a Toby. El pobre está muerto de miedo y muy hambriento.

Josh pone mala cara cuando llegamos a su lado.

—Tu hija es una dramática. Sería buena actriz. ¿Nunca has pensado en apuntarla a clases de teatro? Al menos se distraería y no se subiría a un árbol para salirse con la suya.

—Te recuerdo que tú hiciste lo mismo.

—Y no funcionó —dice con aspereza.

—Será mejor que vaya a buscar al perro —decido, porque es lo mejor para todos. No me da miedo que Avery se haya subido al árbol. Es una lagartija y está acostumbrada a trepar como un mono. Pero hoy se le ha ocurrido esta travesura, y mañana podría inventarse algo peor. Cuanto antes dé con el perro y lo envíe a una protectora, antes dejará de darme la brasa—. Vigílala, Josh.

Mi hermano me ignora porque está demasiado ocupado poniéndose a la altura de su sobrina de siete años.

—Te voy a atropellar cuando bajas.

—¡Mentiroso! —Avery le saca la lengua—. Porque me quieres mucho.

—No me gustan las renacuajas que causan problemas.

—¡Yo no soy una renacuaja!

Me alejo caminando con la intención de encontrar al perro. Por el rabillo del ojo, veo que Helena se aleja en la dirección contraria. Los latidos de mi corazón siguen disparados porque todavía no me he recuperado de la impresión. El mundo se me vino encima cuando creí que Josh nos había descubierto. Joder, es la primera vez en mi vida que actúo como un cobarde. Detesto sentirme así porque soy un hombre que siempre ha tenido principios. O al menos pensé que los tenía. ¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué me es tan difícil resistirme a ella? Mi padre me enseñó que la familia debe ser lo primero. Tengo que velar por mi familia. Tengo que cuidar de mi hermano.

Media hora después, el perro no aparece por ningún lado. Estoy regresando a la casa cuando diviso una silueta a lo lejos. Es Helena. Su melena de ondas rubias la hace inconfundible. Está de cuclillas mientras intenta acercarse a un bulto tembloroso y repleto de greñas que le enseña los dientes. Ella le habla con voz melosa y alarga el brazo para acariciarlo. Ni siquiera me da tiempo a gritarle que tenga cuidado. Helena es la mujer más tozuda que conozco y, por supuesto, no iba a dejarlo estar. El perro se abalanza sobre ella y le muerde la mano. Ella grita. Quiero perseguir a ese chucho, pero lo primero que hago es llegar hasta Helena y agarrar su muñeca para inspeccionar la mano. Tiene la señal de la mordedura sobre el dorso de la mano y está sangrando.

—¿Te duele?

—Un poquito.

Viniendo de ella, sospecho que esa respuesta es una verdad a medias. La herida no es grave, pero me asusta que pueda infectarse.

—Vamos al hospital.

—¿Por el mordisco de un perro?

—Un perro callejero y que probablemente no esté vacunado de la rabia. Lo más sensato es que te apliquen la vacuna antirrábica. No vamos a correr riesgos. Tampoco acepto un no por respuesta.

—Supongo que tienes razón —admite de mala gana—. El perro está muerto de miedo y se ha sentido amenazado cuando me he acercado a él. Pobre animal. Está en los huesos.

—Te ha atacado. Le pediré a Stuart que salga a buscarlo. No lo quiero en el rancho. Es un animal peligroso.

Helena está a punto de protestar, pero esboza una mueca dolorida cuando intenta cerrar la mano. Me sigue sin rechistar hacia el coche y sé que debe dolerle más de lo que demuestra, porque de lo contrario se negaría a acompañarme al hospital. O quizá le he metido el miedo en el cuerpo por lo que le he contado.

—Seguro que no será nada. La rabia está erradicada de América desde hace muchos años. Pero es un protocolo. Cuando estaba en el instituto a un amigo le mordió un pitbull y le administraron la vacuna. Tu herida es superficial y no va a necesitar puntos. Ni siquiera te quedará cicatriz.

—¿Y qué le pasó al pitbull?

—Lo sacrificaron.

Helena se queda pálida y me entran ganas de abrazarla porque sé lo que está pensando. Ella es así. Incapaz de guardarle rencor ni a un animal que acaba de morderle. Tampoco me lo tiene a mí. Cuando me devolvió la Tablet lo hizo para marcar la distancia y no porque deseara hacerme daño. Por eso me gusta tanto.

—No quiero que sacrifiquen al perro.

—Nadie va a sacrificar a ningún perro —la tranquilizo. No soy ningún desalmado y me fastidia que me vea como la clase de hombre sin sentimientos que sería capaz de tomar una decisión tan cruel. Le abro la puerta del coche porque sé que es diestra—. Aquí todos los animales te tienen cariño. Los escorpiones, las águilas, los perros...

Mi intento de hacer una broma cae en saco roto porque ella me atraviesa con la mirada.

—No tiene gracia.

Cierro la puerta y respiro profundamente. Va a ser un viaje movidito. Le permitiré escoger la emisora de radio para que se calme. Supongo que puedo soportar cuarenta minutos de horripilante música pop.

Estamos en la sala de espera de urgencias después de haber compartido un incómodo viaje en coche en el que Helena ha rehusado poner música porque no le apetecía escuchar nada. Se encogió de hombros cuando le pregunté si le importaba que yo encendiera la radio y luego murmuró que podía hacer lo que me diera la gana porque era mi coche. Después puso los ojos en blanco cuando sonó *Hurt* de Johnny Cash y le pregunté si tenía algún problema con el mejor cantautor de música country de América. Ella apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos. Me habría escocido menos que me hubiera mandado al infierno.

Y aquí estamos. Helena es como una incógnita que nunca logro descifrar del todo. Ya he resuelto el acertijo de «te sientes atraída por mí y no puedes hacer nada por evitarlo», pero me sigo preguntando si sus sentimientos por mí van más allá de una mera atracción física. Quizá solo fui el segundo plato al que se aferró cuando creía que su marido no despertaría del coma. Pero estoy completamente confundido porque alguien que te mira con tanto resentimiento después de haberla rechazado, no puede ser tan indiferente a ti como intenta demostrarte.

«Dios. Estoy en un sinvivir».

—¿Te duele mucho?

—Un poco —admite a regañadientes.

Traducción: «me duele bastante».

—Voy a llamar a un médico para que te atienda. Llevamos más de treinta y cinco minutos esperando.

Helena me pone la mano sana sobre el muslo cuando hago el amago de levantarme. Mi polla se sacude bajo los pantalones y agradezco que ella no se dé cuenta. Me da vergüenza tener estos impulsos tan primitivos. No soy un animal, pero me siento como uno cuando la tengo tan cerca.

—Acaban de llevarse a un hombre que se estaba desangrando. Hay un niño con cuarenta de fiebre y una anciana desorientada que cree haber visto a Jesús. Si ellos piensan que lo mío puede esperar, es porque no reviste tanta gravedad como otros pacientes. Confío en el criterio de los médicos. No los molestes —me dice muy tranquila, aunque su gesto dolorido la delata. Y luego añade con tono conciliador—: Pero gracias por preocuparte por mí. Es todo un detalle.

—Lo dices como si fuera un extraño que te ha encontrado haciendo autostop en la carretera — respondo con tono agrio—. No tienes que darme las gracias por preocuparme por ti.

—Debería escribir a Josh para decirle dónde estamos —dice, ignorando mi comentario de manera deliberada—. Esto va para largo.

Helena tiene la mano derecha inflamada e intenta desbloquear el móvil con la izquierda sin éxito. Tuerce el gesto al tercer intento.

—¿Te ayudo?

—Sí. El patrón de desbloqueo es una H.

—Muy original y poco seguro.

Helena me arrebató el móvil cuando lo desbloqueo.

—Si alguien me lo robase, tendría que saber que su propietaria se llama Helena para averiguar el patrón de desbloqueo. Además, solo es un teléfono móvil. Los datos importantes los tengo guardados en la nube.

—En uno de esos servidores de almacenamiento de internet.

Helena me mira sorprendida.

—No soy un completo imbécil.

—Yo no he dicho que lo seas. Tienes otras prioridades y la tecnología no está entre ellas. Tampoco te pierdes nada. La gente finge tener una vida perfecta en las redes sociales.

—Entonces me alegro de no permitir que Avery tenga Facebook.

Hace unos meses discutí con Stella porque me ocultó que le hizo un perfil de Facebook a nuestra hija. Al final lo terminó borrando. ¿Qué se le ha perdido en una red social a una cría de siete años? Stella me recriminó que era un carca. Si ser carca significa proteger a tu hija de los peligros de internet, entonces lo soy.

—¿Quieres que le escriba un mensaje por ti?

—Le voy a enviar un audio —Helena acerca los labios a la pantalla y dice—: Josh, estoy en el hospital con tu hermano. No es nada grave. El perro me mordió y Blake cree que debería ponerme la vacuna antirrábica. No sé cuándo llegaremos.

Estos somos nosotros. ¿Por qué me hago ilusiones con una mujer que no es para mí? Estoy enamorado de una mujer que tiene que darle explicaciones a su marido, que para colmo es mi hermano. Siempre he sido de los que han criticado a la clase de tipos que se acuestan con mujeres casadas porque pensaba: «venga ya, tío. ¿No hay mujeres solteras con las que puedas echar un polvo?». Pero aquí estamos. Si la vida quería ponerme en mi sitio, lo ha hecho de la forma más cruel. Creía tener unos principios inquebrantables, pero supongo que al final somos las decisiones que tomamos y los principios no sirven de nada si no los llevas a la práctica.

—No tenía ni idea de que esos matojos rodantes se llaman en realidad... ¿cómo dijiste?

—Estepicursor —respondo, sorprendido de que quiera hablar conmigo.

—¿Puedes darme conversación? Me ayudarías a distraerme porque la verdad es que la mano me arde.

Así que era eso. Solo le sirvo para distraerse. Me pregunto si solo fui un entretenimiento pasajero o llegó a sentir algo más por mí. Me da miedo preguntárselo porque no sé si estoy preparado para escuchar una respuesta que tal vez no me guste.

—Claro —me rasco el codo mientras busco algo interesante que decir. Cuando estoy delante de ella, tengo la impresión de que no tengo nada valioso que ofrecerle salvo el verdadero Blake al que muy pocos conocen en realidad—. El estepicursor es una planta típica del desierto. También se la conoce con el nombre de rodamundos y la razón es muy obvia. Se la considera una mala hierba porque ni siquiera la quiere el ganado. A finales de otoño la planta empieza a necrosarse y un golpe de viento la desprende. Entonces empieza a rodar y a esparcir sus semillas. Ha llegado a convertirse en una especie de lo más invasora en Texas. De hecho es originaria de Rusia y hasta el siglo XIX no había ni rastro de ella en América.

—Vaya... —murmura decepcionada—. ¿Me estás diciendo que cuando una de esas bolas aparece en un *spagueti western* antes del duelo entre el héroe y el malo, en realidad es todo mentira porque en aquella época no existían?

—Sí.

—En fin... parece que la novela romántica no es el único género cargado de clichés. Las peleas de puñetazos en el techo del tren, el robo en el banco por una banda de forajidos, los habitantes del pueblo que tienen miedo de ayudar al héroe y una joven elocuente los convence con un discurso grandioso...

—Y no te olvides de los pistoleros que disparan desde la cadera y siempre dan en el blanco.

—¡Esa es buena! —Helena se queda pensativa durante unos segundos—. Por no hablar del tipo que se sube a lo alto del campanario para disparar con el rifle.

—La típica pelea que empieza en la cantina. Alguien es arrojado por la ventana, a otro le parten una silla en la espalda y la pelea se extiende hacia la calle donde, por supuesto, un tipo acaba tirado en el abrevadero de los caballos.

—Todos los pueblos del oeste tienen una sola calle.

—Los caballos corriendo a toda velocidad en el desierto durante millas...

—Pobres caballos.

Ambos nos reímos. El sonido de la risa de Helena me estremece de placer. Nunca he conocido a una mujer que se ría con tanta sinceridad como ella. Se le achinan los ojos y echa la cabeza hacia

atrás. Me gustaría ser el encargado de hacerla reír durante todos los días de nuestras vidas.

—No sabía que estuvieras tan versada en el tema. Pensé que odiabas los *spaguetti western*.

—Mi abuelo era un gran aficionado a las películas de Clint Eastwood. Fue mi amor platónico de la adolescencia. Como se lo cuentes a alguien, te mato —bromea, antes de seguir hablando como la mujer parlanchina que me conquistó—. ¿Sabes por qué se llaman *spaguetti western*?

—No.

—Los *spaguetti western* eran películas de producción europea que tenían un presupuesto muy ajustado en comparación con las de Hollywood. Solían rodarse en Italia y España porque eran localizaciones más baratas que el Lejano Oeste. Muchas de ellas en lugares como el desierto de Tabernas de Almería. Pero el *spaguetti western* fue rechazado en su época por los críticos, que inventaron ese término para despreciar a las películas europeas. Eran películas de poco diálogo y mucha acción. *La trilogía del dólar*, en la que Clint Eastwood interpreta a *El rubio*, es el mayor emblema de este género, que llegó a su punto álgido con *El bueno, el feo y el malo*. Actualmente han recibido un gran reconocimiento y el *spaguetti western* es considerado un género muy importante del cine. Directores como Tarantino se han inspirado en él para sus películas. Así que lo que comenzó como un término peyorativo para burlarse de las películas dirigidas por extranjeros, se convirtió en un emblema del cine. Lo de *spaguetti* iba por los directores italianos, por cierto.

—Eres una enciclopedia, rubia.

—«El mundo se divide en dos categorías, los que tienen el revolver cargado y los que cavan. Tú cavas». Siempre he querido decir esa frase, pero nunca encuentro el momento adecuado—dice con los ojos brillantes de diversión—. Una de mis películas favoritas es *El bueno, el feo y el malo*.

—Una de mis películas favoritas es *Lo que el viento se llevó* —le confieso, y ella abre los ojos de par en par—. Pero te mataré si se lo cuentas a alguien y esconderé tu cadáver en algún lugar recóndito del rancho. Lo juro.

—¡Venga ya!

—Era la película favorita de mi madre. Lo que más me gustaba era sentarme con ella en el sofá porque significaba que podía comerme todas las palomitas dulces mientras ella suspiraba por Rhett Butler. Se sabía los diálogos de memoria. Con el paso del tiempo aprendí a apreciarla y ahora la veo todos los años. Al principio lo hacía porque tenía la impresión de que mi madre seguía sentada conmigo en el sofá. Supongo que le cogí cariño a todos los personajes.

—«Francamente, querida, me importa un bledo» —Helena me mira como si no me reconociera y su expresión me hace bastante gracia—. Tranquilo, John Wayne, tu secreto está a salvo conmigo. De todos modos nadie me creería. Siempre serás un tipo duro. *Lo que el viento se llevó* también tiene algunos clichés. Al final todos los géneros se nutren de ellos. En este caso, el de la mujer

que idealiza el amor de otro hombre cuando en realidad tiene al tipo perfecto a su lado.

—Aquí no te puedo ayudar. Confieso que estoy bastante verde en novela romántica.

—Suspenso, John Wayne. Hay un montón de clichés. El de los polos opuestos, los que fingen ser pareja por alguna situación absurda y al final terminan enamorándose, los compañeros de piso, los amigos que tienen miedo a dar el primer paso, los que son de diferentes clases sociales, el chico popular y la chica tímida...

—¿Cuál es tu favorito?

—El *enemies to lovers* por supuesto. Me encantan los piques y esa tensión sexual no resuelta que te hace disfrutar hasta la última página.

—¿Y nosotros cuál seríamos? —me atrevo a preguntar.

Ella parpadea atónita. La acabo de pillar con la guardia baja. Son unos segundos que me aceleran el corazón porque parece estar pensándolo. Hasta que aprieta los labios y me mira disgustada.

—Nosotros no seríamos nada.

—¿No hay un cliché en el que la protagonista se enamora del hermano de su pareja?

No me reconozco. Este no soy yo. El hombre que mira a los ojos a Helena en busca de una respuesta afirmativa porque todavía alberga esperanzas. El hombre cuyo corazón bombea con fuerza porque sabe que es capaz de todo si ella le dice justo lo que él necesita oír para dejar de ser un cobarde.

—Lo hay —responde de mala gana—. Pero esos libros son una basura.

—¿Por qué?

—Uno de los personajes siempre acaba con el corazón roto. No valen la pena. Los lectores merecen un final feliz.

—Los protagonistas pueden tenerlo —insisto, y busco un resquicio de complicidad en sus ojos.

Pero Helena aparta la mirada y farfulla:

—No merecen serlo a costa de traicionar la felicidad de otra persona.

Entonces una enfermera anuncia su nombre por megafonía y la magia entre nosotros se rompe. Si quería una respuesta, ya la tengo. Lástima que no sea la que me habría gustado.

JOSH

El chucho asqueroso ha mordido a Helena. Tendría que haber llamado a la protectora cuando tuve la oportunidad. ¿Por qué no lo hice? Porque soy un puto blando. Blake ya me lo dijo una vez.

«Te miro y siento que no eres un Sackler».

Pero ¿qué significa ser un Sackler? Comportarse con gallardía. Llevar un sombrero de cowboy como si te lo hubieran cosido sobre la frente. La mirada arrogante y el ceño fruncido. Esos aires de «soy el que manda y aquí se hace lo que yo diga, pero voy por la vida como si fuera el tipo más humilde del mundo porque mi padre me inculcó unos valores que son mejores que los tuyos». Ni siquiera sé por qué estoy tan molesto con mi hermano. Quizá porque a él sí le funcionan las piernas y se ha tomado la licencia de llevar a mi mujer al hospital. Él siempre será el hombre. El gran macho alfa. Y yo seré el hermanito pequeño que no cumple con su deber.

—*Así que te largas.*

—*Lo dices como si no tuviera derecho a perseguir mis sueños.*

—*¿Y qué hay de tu familia?*

—*¿Y qué hay de mí, Blake?*

Sí que tenemos una conversación pendiente, porque la pura verdad es que la discusión que tuvimos antes de que yo me fuera a estudiar a Chicago cambió nuestra relación de manera radical. No quiero ser la clase de hombre que le guarda rencor a su hermano. Sé que no se lo merece. Pero es complicado estar a la altura moral de Blake. Sobre todo cuando se comporta como un maldito caballero y se lleva a tu esposa al hospital sin ni siquiera preguntar si quieres acompañarla. Para qué. ¿De qué sirve el puto lisiado? Solo es su hermanito pequeño y del que tiene que compadecerse.

Joder...

—*¿Sigues enfadado con el mundo?*

Mi abuela aparece en el porche con la espalda erguida y su cabello trenzado sobre los hombros. No tiene el aspecto de una anciana que sufre una arritmia cardiaca. Su imagen es el de la fortaleza en mayúsculas. Siempre ha sido una mujer con una entereza envidiable. Capaz de enterrar a un hijo, una nuera y un marido sin derramar ni una sola lágrima porque estaba demasiado ocupada consolando a los demás. Pero sé que su estado de salud es delicado y me he propuesto hacer todo lo posible para ser la clase de nieto que ella se merece.

—No estoy enfadado con nadie, abuela.

—Cuéntaselo a otra vieja que no te conozca tan bien como yo —se apoya en la butaca con dificultad. Maldigo para mis adentros el no poder ayudarla. Los Sackler somos muy testarudos. A las pruebas me remito. Nadie va a convencerla de utilizar un bastón ni mucho menos el andador. Mi abuela consigue sentarse en la butaca y necesita unos segundos para respirar con normalidad—. ¿Qué te pasa, muchacho?

—Estoy preocupado por Helena.

—¿Estás preocupado por tu mujer o estás preocupado porque sabes que no te necesita?

—Abuela...

—Lo entiendo —me ofrece una mirada seria y que a diferencia de los demás no está cargada de compasión, lo cual agradezco—. Tú la necesitas más de lo que ella te necesita a ti. Estabas acostumbrado a cuidar de Helena. Hubo un momento de vuestras vidas en el que ella se apoyaba constantemente en ti. Pero ahora no reconoces a la mujer fuerte y que te presta su apoyo incondicional. Lo único malo de necesitar a alguien es no ser capaz de aceptarlo. Te sentirás mejor cuando admitas que no puedes hacerlo solo.

—Me da miedo.

—¿Qué te da tanto miedo?

—Perderla —murmuro angustiado.

—No es tuya.

—Lo sé —tengo un nudo en la garganta y me cuesta reprimir las ganas de llorar—. Pero me gustaría que lo fuera. Antes solo necesitaba ser yo mismo para que ella me quisiera. Nos queríamos de una forma tan intensa que a veces nos sobraba el amor. Tengo la impresión de que cometí tantos errores que jamás volverá a verme de la misma forma. Le fallé cuando más me necesitaba. No lo soporto, abuela. El mundo se me viene encima si contemplo la posibilidad de que Helena haya dejado de quererme.

—Ella te quiere. Hay muchas formas de amar, mi niño. Tienes que estar preparado para cualquier posibilidad. El amor no es egoísta. Lo aprendes con el paso de los años.

—Voy a hacer todo lo posible para que ella vuelva a verme de la misma forma —soy consciente de que las lágrimas corren por mis mejillas—. Le daré todo lo que le negué en su día.

—Te vas a traicionar a ti mismo para mantener a tu lado a Helena.

—Sí.

—Te estás equivocando.

—El error sería dejarla marchar, abuela.

—¿Y si ella quiere irse?

—La convenceré de que se quede a mi lado.

HELENA

Vamos en el coche de regreso al rancho. Un médico me ha desinfectado la herida y me ha aplicado una vacuna antirrábica después de explicarme que las probabilidades de que el perro estuviera infectado de rabia son ínfimas, pero que de todos modos he hecho bien en acudir a urgencias siguiendo el protocolo. Lo cierto es que no habría ido al hospital de no ser por Blake.

Blake.

Me cuesta respirar el mismo aire que él. Me encantaría decir que no sé a cuento de qué ha venido nuestra conversación sobre clichés en la novela romántica, pero entonces estaría mintiendo y no tengo por qué hacerlo conmigo misma. Demasiado tengo con aparentar delante de los demás.

«Ay... Blake. Primero me alejas de ti y luego me preguntas si cabe la posibilidad de que tengamos un final feliz».

Un final feliz a costa de romperle el corazón a otra persona. Y, sinceramente, mis sentimientos son tan contradictorios que no estoy segura de nada. Quiero a Josh. Estoy enamorada del recuerdo de la pareja que fuimos en la universidad. Pero también estoy enamorada de todo lo que viví con Blake en el rancho. Lo único que sé a ciencia cierta es que no puedo soltar la mano de mi marido cuando más me necesita. Sí, mi intención era divorciarme de Josh porque los dos queríamos cosas diferentes. Pero ¿qué clase de persona abandona a su mejor amigo en el peor momento de su vida? Porque Josh y yo siempre seremos algo más. Mejores amigos, amantes, novios, marido y mujer. No quiero reducir nuestra historia a un final donde uno de los dos es traicionado de una manera tan cruel. No es justo.

El coche se hunde en un socavón y luego se desplaza con brusquedad hacia el lado izquierdo de la carretera. Las ruedas derrapan sobre el camino sin asfaltar y Blake consigue a duras penas mantener el control antes de frenar. He acabado tirada encima de su regazo porque el movimiento me ha pillado desprevenida. Me aparto el pelo de la cara y me apoyo en su pierna para incorporarme. Pero un segundo después me percaté de que estoy tocando algo duro y que, definitivamente, no es su rodilla. Retiro la mano como si acabara de meterla en una olla con agua hirviendo.

—¿Estás bien? —la voz de Blake suena más grave de lo normal.

—Eh... sí —me echo hacia atrás con una vergüenza difícil de disimular—. Perdona. Ha sido sin querer.

—No pasa nada. Creo que hemos pinchado.

Blake se baja del coche y dejo escapar un suspiro. Madre mía. Le acabo de tocar la entrepierna. Literalmente. Mi mano le ha agarrado el paquete y he notado como su miembro se revolvía debajo de los pantalones. No me da tiempo a recuperarme de la impresión cuando Blake abre mi puerta.

—Es una de las ruedas traseras. Voy a tener que cambiarla.

—Vale.

Salgo del coche a sabiendas de que no voy a ser de utilidad, así que aprovecho para estirar las piernas. Blake abre el maletero y farfulla una maldición. Luego lo cierra de un portazo mientras murmura que siempre tiene que encargarse de todo y que está hasta las narices. Me acerco a él intuyendo que vamos a pasar más tiempo aquí del que nos gustaría.

—¿Qué pasa?

—Hace una semana le presté mi coche a Bill porque fue a visitar a un amigo. Tuvo un pinchazo y utilizó la rueda de repuesto. Me prometió que iría a la tienda de repuestos para comprar otra rueda. Ese chaval es un desastre. Le voy a echar una buena bronca cuando volvamos.

«Pobre Bill. No sabe la que le espera».

—Llamaré a la grúa —busco el número de teléfono de la grúa más cercana en Google, pero resoplo al descubrir que no hay cobertura. Cómo no. Estamos en una carretera polvorienta en mitad de la nada—. No tengo internet.

Blake regresa al coche y rebusca dentro del salpicadero hasta dar con un papelito en el que hay apuntado un número de teléfono.

—¿Cómo sobrevives cuando no tienes internet?

Le arrebato el papel y luego caigo en la cuenta de que no puedo marcar el número porque carezco de cobertura. Se me ocurre algo que he visto en las películas y, ni corta ni perezosa, levanto la pierna para subirme al capó del coche.

—¿Qué haces?

—Voy a buscar cobertura en el techo.

—Te vas a caer.

—Qué no —respondo decidida, pero me cuesta conseguirlo porque mi mano derecha está inutilizada—. No te quedes ahí parado. Ayúdame.

De mala gana, Blake me aúpa para que pueda subir. Sus manos me agarran el trasero y me pongo tan nerviosa que le doy una patada en el hombro.

—Joder, Helena.

—¡Me has tocado el culo!

—Ha sido sin querer —no me hace falta mirarlo para saber que sus ojos están echando chispas—. ¿Dónde puedo poner las manos, rubia?

—En mis caderas. Y no me llames rubia.

—De acuerdo, rubia —sé que tiene una sonrisa socarrona en los labios—. Sería más fácil si lo hiciera yo.

—Yo puedo.

—Cabezota.

Ignoro su comentario y consigo encaramarme al techo gracias a su ayuda. Me pongo de pie y extiendo el brazo hacia el cielo. Blake me observa con suspicacia, pero él es un negado para la tecnología. Qué sabrá.

—Ten cuidado. No quiero que te caigas. Paso de volver al hospital.

—No me voy a caer.

Camino por el techo en busca de esa codiciada rayita de cobertura. Lo hago sin mirar al suelo. Blake está protestando desde abajo.

—¿Qué quieres? ¿Un carnet de puntos para urgencias?

—Cállate, John Wayne —me quedo inmóvil cuando la rayita de cobertura parpadea—. ¡La tengo! Dime el número.

Blake me dicta el número y yo lo marco. Activo el altavoz porque no me atrevo a moverme por si pierdo la señal. Tres segundos después, le estoy repitiendo al de la grúa las indicaciones de Blake para llegar hasta donde nos encontramos. El tipo me dice que está a más de dos horas y que tardará un buen rato en venir. Blake me ayuda a bajar del coche colocando sus enormes manos sobre mi cintura. Me coge a pulso como si no pesara nada. Dios, he de admitir que me encanta la fuerza bruta que se gasta. Es imposible mantener la distancia y mi pecho roza el suyo antes de que mis pies toquen el suelo. Un súbito calor me invade cuando nuestros ojos se encuentran.

—Parece que vamos a estar aquí un rato —digo, por decir algo.

—Sí.

Blake se aleja de mí y abre la puerta del maletero para coger una manta enorme que extiende sobre el terreno árido que hay junto a la carretera. Observo el trozo de tela con recelo. Estupendo. Está atardeciendo y voy a pasarlo tumbada en una manta con Blake. Esto promete.

—Creo que lo más prudente es que nos alejemos de la carretera.

Sé que tiene razón y me acerco a él de mala gana. Me siento en el borde de la manta con las rodillas flexionadas contra el pecho. Blake tiene una postura más relajada. El codo apoyado sobre su rodilla y la otra pierna extendida. Tiene la mirada clavada en un horizonte repleto de pinceladas naranjas y ocre. Parece el cuadro abstracto de un paisajista melancólico.

—Disfruta del espectáculo, rubia. No te voy a violar.

Pongo los ojos en blanco y decido hacerle caso porque una puesta de sol tan preciosa no se ve todos los días. El sol se está ocultando detrás de las montañas y el cielo parece arder en llamas. La belleza me sobrecoge porque sé que cuando regrese a Chicago jamás presenciaré un atardecer semejante. Hubo un tiempo en el que quería criar a mis hijos cerca de Hyde Park, en una de esas casas de dos plantas de algún barrio residencial con sus jardines bien cuidados por cuyas calles los padres pasean a sus retoños en los cochecitos mientras ojean las noticias en sus teléfonos móviles. Pero esa época se me antoja lejana y frívola porque sé que nada me haría más feliz que respirar el aire puro del rancho. El olor a caballo y tierra. Las fogatas bajo las noches estrelladas. El llanto de un bebé rechoncho llenando cada rincón de una casa que huele a masa de galletas.

—Es precioso —murmuro con los ojos vidriosos—. Y lo voy a echar de menos.

La mano de Blake roza la mía y ninguno de los dos se aparta. En este momento solo somos dos personas que ansían con desesperación algo que saben que no pueden tener. El sol es una esfera de un intenso rojo escarlata que está siendo engullido por una imponente montaña rocosa sobre la que flotan un puñado de nubes blancas.

—Hay una leyenda india sobre el atardecer —me cuenta Blake, mientras observamos desaparecer los últimos rayos de sol—. Hace mucho tiempo, los atardeceres no eran como los conocemos ahora. El sol se ocultaba sin más y la noche se tornaba oscura. En aquella época vivía una joven india que estaba enamorada de un apuesto guerrero de su tribu. El joven le pidió matrimonio y ella aceptó con la exigencia de que debía convencer a su padre y al anciano más sabio de la tribu. El joven habló con el padre de la india, que le pidió que se echara a pescar para demostrar que era un hombre de provecho. El joven indio era un excelente pescador y regresó con un montón de peces, por lo que el padre de la muchacha le dio su beneplácito. Después fueron a visitar al anciano de la tribu. El anciano miró al cielo y exclamó: «¡hay luna llena y un sol repleto de estrellas, por lo que seréis muy felices!». Y les dijo que podrían celebrar su boda dentro de tres lunas. La pareja no cabía en sí de la alegría y organizaron su boda según lo previsto. El festejo transcurrió con normalidad hasta que de repente empezó a llover con mucha fuerza. El anciano más sabio les explicó que el Dios Tupa, el dios supremo de los guaraníes, no

estaba contento con el enlace y por eso se echó a llorar. Les aconsejó que se desterraran del pueblo para aplacar al dios, consejo que la pareja siguió entristecida. El joven indio era un excelente nadador y cruzó el río con su esposa entre los brazos. Pero algunos indios de la tribu estaban furiosos porque pensaban que la lluvia era culpa de la pareja y querían contentar al Dios Tupa, así que comenzaron a insultarlos y a lanzarles flechas. La pareja no sabía cómo escapar de aquello, pero el dios Tupa lo estaba presenciando todo desde el cielo y se apiadó de ellos. En aquel momento estaba atardeciendo y tiñó el sol de rojo. El efecto fue tal que el río pareció sangre y los indios que increpaban a la pareja se asustaron. Comprendieron que era un designio del dios y la pareja logró cruzar la orilla, donde se instalaron lejos de su tribu y formaron una familia. Dicen que el Dios Tupa se sintió tan orgulloso que decidió mantener el atardecer anaranjado para recordar a los humanos que el amor siempre triunfa sobre todas las cosas.

—Es una historia preciosa.

Nuestras manos están entrelazadas y el corazón me va a mil por hora. Sé que debería apartarme de él, pero no quiero. Lo que de verdad me gustaría es pedirle que me cuente otra de sus historias porque nos quedan dos horas en las que podemos fingir que somos dos personas que no tienen prohibido quererse.

Su pulgar me acaricia el dorso de la mano y sé que está distraído. Ni siquiera lo está haciendo a propósito. Me vuelvo hacia él y aprovecho ese momento de despiste para observarlo a mi antojo. La nariz recia, la boca ancha y la barbilla pronunciada. Está anocheciendo y las sombras le acarician las facciones. Blake no es un hombre guapo, pero sí sumamente atractivo. Como si cada parte de su anatomía estuviera dibujada con una masculinidad tan abrumadora que mi cuerpo no puede ser inmune al suyo.

—¿Te gusta lo que ves? —sus ojos miel me pillan mirándolo.

—Sí —esbozo una media sonrisa y añado—: El paisaje es espectacular. En Chicago no hay puestas de sol porque está plagado de luz artificial. Lo echaré de menos cuando me vaya.

Blake retira su mano y siento una poderosa sensación de abandono. Intento enmascarar mi decepción y aprieto las rodillas contra el pecho. Noto un cosquilleo subiendo por mi brazo izquierdo y primero lo confundo con sus dedos, pero luego bajo la cabeza y descubro a la cucaracha.

—Dios... —se me revuelve el estómago—. Dios... quítamela de encima.

Blake tarda unos segundos en adivinar a lo que me refiero. Entonces se ríe.

—Solo es una cucaracha.

—Blake, por favor.

No me importa quedar como una dramática. Las cucarachas me dan asco. Pavor. Terror. Lo que siento por esos bichos es un miedo irracional. Estoy hiperventilando y se me escapa una arcada.

Blake la espanta de un manotazo y la cucaracha aterriza sobre mi pierna derecha. Me retuerzo como una verdadera histérica y acabo tirada, no sé cómo, sobre el cuerpo de Blake, que me observa atónito. No es para menos. Pero yo no puedo pensar en la intimidación física que compartimos porque estoy demasiado preocupada por ese bicho repugnante.

—¡Quítamela, Blake! —suplico con los ojos llorosos—. ¡La tengo encima!

—Para —Blake me sostiene por los hombros con autoridad—. Estate quieta.

Blake me sacude los pantalones y la cucaracha aterriza en la manta. Escondo la cabeza en su pecho porque las odio con toda mi alma. Es superior a mí. Les tengo tanto asco que no puedo evitar comportarme como una boba. Blake me da una palmadita en la espalda.

—Ya se ha ido.

—¿De verdad? —musito, negándome a abandonar el calor de su pecho.

—Ha escarbado en la arena y ha desaparecido. Es una arenivaga. Un tipo de cucaracha del desierto que vive bajo tierra.

—Me da igual cómo se llame.

—Solo es un bicho. ¿Qué piensas que puede hacerte?

—Ya sé que no tiene lógica, pero me dan muchísimo asco.

—Esta actitud no es propia de ti, rubia. Tú eres más de hacerte la valiente en situaciones peligrosas porque te encanta llevarme la contraria.

—No me encanta llevarte la contraria —respondo enfurruñada—, lo que pasa es que a ti te gusta que todo se haga según tus reglas.

Saco la cabeza de mi escondite y eche un vistazo desconfiado a mi alrededor para cerciorarme de que no hay rastro de la cucaracha. Blake se ríe. El sonido de su risa me pone de buen humor y esbozo una mueca, hasta que me percaté de que estoy sentada a horcajadas encima de él. Es imposible no ser consciente de su erección apretada contra mis muslos. Contengo la respiración y me quedo paralizada. A él se le escapa un gruñido y murmura algo que no llego a entender.

«Santo...cielo».

Dios.

Dios.

Dios.

Sé que él lo nota. Los dos somos conscientes del deseo contenido. Es algo más peligroso que el sexo. Son las ganas de mandar todo nuestro autocontrol al garete y arrancarnos la ropa. Blake me acaricia los brazos y me mira fijamente a los ojos. Las motitas doradas de sus iris se expanden como llamaradas. Le pongo las manos sobre el pecho con la intención de apartarme de él, pero cometo un grave error al tocarlo. La fricción es demasiado buena. La postura es increíblemente íntima. Mi sexo apoyado contra su erección. Sería increíble sentirlo dentro de mí. Duro, enorme y exigente. Sería maravilloso montarlo en este sitio mientras el sol termina de ocultarse. Solo una última vez. Nuestra despedida. Porque no tuvimos la oportunidad de decirnos adiós y ponerle el punto final a aquella noche de pasión que lo cambió todo.

¿Cómo es posible que lo sienta todo con tal intensidad? La presión de las yemas de sus dedos sobre mis brazos. El roce de nuestra ropa. Mi sexo húmedo y cálido. Los latidos de su corazón, acelerados y fuertes bajo mis manos.

—Te va el corazón a mil por hora.

—Me pasa siempre que estás cerca —responde con sinceridad y sin apartar la mirada.

—No soy buena para ti.

—Eso déjame decidirlo a mí.

Mis manos suben por su pecho y él suspira. Me parece increíble que consiga excitarlo con una simple caricia. Hago algo que me moría de ganas de hacer. Entierro las manos en su pelo y él me mira confundido.

—¿Qué haces?

—Me gusta tu pelo.

—Mi pelo.

—Sí —admito ruborizada—. Es de color castaño claro. Pero, si te fijas bien, tiene algunos mechones dorados que brillan bajo la luz del sol. La primera vez que te vi me pregunté qué era lo que se ocultaba debajo de aquel sombrero de cowboy. Tenía que contenerme para no quitártelo y acariciarte el pelo.

—Te doy permiso para acariciarlo siempre que te apetezca —las manos de Blake bajan por mi cintura hasta agarrarme el trasero. Esta vez no me quejo. Lo que se me escapa es un gemido cuando me aprieta contra su erección—. ¿Qué más te apetece hacer conmigo?

—Besarte —respondo con voz estrangulada.

—Mi boca también es tuya.

—Pero no debería.

—Lo sé.

En lugar de apartarse, Blake me mira expectante. Sus manos ancladas en mi culo. Las mías sobre su pecho. Mi boca a escasos centímetros de la suya y yo tratando de ignorar el deseo que siento de demostrarle que su boca es y siempre será mía. Mía. Mía. Mía. Porque si otra mujer la besa me moriré de celos a pesar de no tener derecho a sentirlos. Estoy a punto de besarlo cuando me suena el móvil. El sonido nos devuelve de golpe a la realidad y me bajo de su regazo.

Sé que es Josh. Lo sé antes de leer su WhatsApp. Bendita cobertura haciendo acto de presencia en el momento más inoportuno. Blake me observa resignado y yo sé que no va a volver a intentarlo. Es mejor así.

Josh: ¿todavía estáis en el hospital?

Yo: hemos pinchado una rueda. Estamos esperando al de la grúa.

Josh: siento que tengas que estar a solas con Blake. No es la compañía más agradable. Qué se le va a hacer.

«Qué se le va a hacer». O mejor dicho, qué diantres estaba haciendo. Esta no soy yo. No soy la clase de persona que traiciona a su marido, y menos con su hermano mayor. No quiero serlo. Josh no se lo merece.

—¿Es Josh?

—Sabes que sí.

Aparto la mano cuando estamos a punto de tocarnos. Blake respira profundamente y no dice nada. No sé de dónde saco la fuerza para volverme hacia él y mirarlo sin tapujos.

—No puede volver a pasar —le digo, furiosa conmigo misma por haberme dejado llevar—. Tu hermano me necesita. Tiene pesadillas por las noches. No sé si algún día podré mirarlo a la cara sin sentirme culpable, pero al menos tengo que estar a su lado. No puedo dejarlo solo. No ahora.

—Lo sé.

—No me lo pongas más difícil... por favor.

—No lo hago a propósito.

—Tú tomaste una decisión y a estas alturas no quiero saber qué parte de lo que me dijiste fue verdad y qué parte no. —No pretendo que suene como una recriminación, pero creo que no lo

consigo del todo—. Me largué a Nueva York y acepté seguir siendo su mujer. Esa también fue mi decisión.

Blake se levanta con ímpetu y se aleja en dirección al coche. No sé si está enfadado o dolido. Es lo suficiente sensato para saber que no tiene derecho a estarlo. Regresa al cabo de unos segundos con un puñado de chocolatinas.

—¿Tienes hambre? —pregunta, y comprendo que no vamos a volver a hablar del tema. Esa es nuestra táctica. Fingir que no sucedió nada entre nosotros.

—Sí.

Escojo una chocolatina twix y rasgo el envoltorio. El sabor del chocolate no me hace sentir mejor.

—Háblame de la historia de Lady Susan.

—No te gustan las novelas románticas.

—Háblame de lo que sea o no respondo porque me muero de ganas de besarte, Helena.

—Vale —respondo nerviosa—. Al principio del libro Lady Susan es una viuda con un hijo de cinco años. Le encanta leer, dar paseos y ayudar en una organización de beneficencia para los más desfavorecidos. Nunca ha conocido lo que es el amor. Al menos no el amor entre un hombre y una mujer. Se sintió aliviada cuando su marido falleció. Cree que es una mala cristiana porque no debería alegrarse de la muerte de su esposo, pero la triste realidad es que ese cabrón la maltrataba física y psicológicamente. Así que Lady Susan se hizo una promesa a sí misma: jamás volvería a casarse porque quiere disfrutar de su libertad. Hasta que coincide en una fiesta con el vizconde de Stapleton, por el que siente una atracción tan peligrosa como irracional.

—¿Y cuál es el problema si los dos se gustan?

—Stapleton tiene un pasado bastante tortuoso. Su madre se suicidó cuando su padre tuvo un hijo ilegítimo con su amante y la relegó de su vida. Desde entonces no cree en el amor, pero en el fondo lo que le pasa es que tiene pánico de que una mujer le rompa el corazón y acabe igual que su difunta madre. Stapleton se crio sin el afecto de una madre y con un padre distante y altivo, así que no es la clase de hombre que le abre su corazón a los demás. Pero tiene una debilidad. En realidad son dos: Lady Susan y su hijo pequeño.

—Sigo sin saber cuál es el problema...

—¡Los dos tienen miedo!

—¿Y por qué no lo hablan?

—Yo qué sé. Estamos cansados de ver películas románticas y leer libros románticos, pero

supongo que no es tan sencillo cuando el amor te alcanza de lleno. Los dos están aterrados. Ella no quiere volver a someterse a ningún hombre, y él no desea entregarle su corazón a ninguna mujer.

—Acabarán juntos.

—Por supuesto —pongo los ojos en blanco—. Me faltan treinta páginas para terminar el libro. Stapleton no entiende por qué no puede dejar de pensar en Lady Susan si ya se ha acostado con ella. A ese le quedan tres páginas para reconocer sus sentimientos y unas cuantas más para declararse.

—¿Tú crees que nosotros somos como Lady Susan y el vizconde de Stapleton?

—Blake...

—Tú solo responde a mi pregunta.

—No —le digo, absolutamente convencida—. Nosotros no somos tan imbéciles como esos dos.

Me tumbo bocarriba y cierro los ojos. Blake permanece sentado y me pregunto si mi respuesta lo ha decepcionado. Ha sido una verdad a medias. Nosotros no somos como Lady Susan y el vizconde de Stapleton porque ambos sí sabemos reconocer nuestros sentimientos. El problema es que no podemos hacerles frente.

—¿Vas a incluirlo en el catálogo de la editorial?

—Sí.

—Hace unas horas dijiste que no lo tenías del todo claro.

—Hace unas horas estaba furiosa contigo.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—Sí que lo sé.

Blake se tumba a mi lado y su brazo roza el mío. No lo hace a propósito. Tampoco hace falta que se esfuerce para que toda la intimidad que estamos tratando de evitar nos invada de golpe. Abro los ojos y me encuentro con un cielo oscuro en el que van apareciendo las primeras estrellas. Me pregunto dónde estará Draco. Quizá luchando con el héroe que lo derrotó por ser un guardián leal a su dueña.

—Imagino un universo paralelo en el que tú y yo no fuéramos cuñados. Y te juro que seríamos tan felices que no tendría que pedirte que te quedaras conmigo porque tú jamás querrías

marcharte.

—Pareces muy seguro —respondo con la boca seca.

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida —se lo piensa mejor y añade con tono grave —: En realidad sí. La primera vez que vi a mi hija pensé que daría la vida por ella y que mataría a cualquiera que intentara hacerle daño. Con esa excepción, te juro que jamás he estado tan seguro de algo.

Me vuelvo hacia él y se me parte el alma cuando lo miro a los ojos. No hay otro universo. Estos somos nosotros. Estas son nuestras circunstancias. Me acerco a él y apoyo la mejilla en su pecho. Sé que no debería hacerlo, pero me siento inesperadamente mejor cuando me rodea con sus brazos. No creo que estemos rompiendo ninguna regla al abrazarnos. Solo somos un hombre y una mujer que se están despidiendo de lo que podrían haber sido.

BLAKE

Helena se queda dormida sobre mi pecho y sé que este es el último momento que vamos a compartir juntos. No voy a intentar que cambie de opinión. No voy a insistir. Voy a respetar su decisión porque no tiene ningún sentido jugar a este juego del gato y el ratón. Ella tiene razón. Está casada con Josh y él nos necesita. Eso es todo lo que importa. Por eso disfruto de este instante y lo atesoro en mi memoria. Nadie va a poder quitarme todo lo que vivimos. Las charlas mientras compartíamos un cigarrillo, los paseos a caballo y el sonido de su risa, que no me preguntes por qué, suena diferente cuando está conmigo.

Le acaricio el pelo como si fuera una niña pequeña. Tampoco me preguntes por qué sé que le gusta. He aprendido muchas cosas de Helena. Algunas me las ha contado ella sin darse cuenta. Otras las he descubierto porque no hay nada que me cause más placer que observarla sin que ella se dé cuenta. Me gusta su olor a rosas y a vainilla y el remolino que tiene en el lado izquierdo de la frente. Me enamora cada día un poco más —tampoco me preguntes cómo es posible—, cuando se sienta en el borde la cama de mi hija y se inventa una de esas historias que logran dormirla. Me encanta verla charlar con mi abuela porque no es la clase de persona que la escucha por compromiso. Helena le presta toda su atención y abre los ojos con sincera sorpresa cuando la abuela le cuenta algo que le resulta emocionante. Me gusta como arruga la nariz cuando algo no le sale a la primera. Los abrazos sinceros que comparte con los chicos, o la forma que tiene de guiñarle un ojo a Hannah cuando ésta le ofrece la porción más grande de tarta.

Nunca sabré si está enamorada de mí.

Nunca sabré si habríamos sido un matrimonio feliz. Porque yo le habría pedido que se casara conmigo, claro está.

Nunca sabré el aspecto que habría tenido al despertar cada mañana a mi lado.

Le acaricio la mejilla y ella murmura algo en sueños. Nunca sabré si sueña conmigo. Es preciosa. Lista. Buena. Valiente. Y la quiero. Estoy tan enamorado de ella que me parece una verdadera injusticia no poder gritárselo al mundo. No quiero guardarme algo tan bueno para mí.

Me levanto con cuidado de no despertarla cuando un coche se aproxima por la carretera. Helena se acurruca de lado. Tiene la boca entreabierta y las mejillas sonrosadas por el calor. Cinco minutos después, también descubro que es la clase de persona que duerme profundamente. Ni siquiera se inmuta cuando el tipo de la grúa me ayuda a cambiar la rueda mientras suena a todo volumen *Welcome to the jungle* de Guns N´Roses.

—Listo tío, y perdona por la espera.

Le ofrezco una propina extra y me abstengo de decirle que en realidad me ha regalado un buen rato con Helena. Regreso para despertarla y me hace gracia que ella proteste diciendo: «un ratito más», como si fueran las siete de la mañana y se le hubieran pegado las sábanas.

—Eh... levanta. Nos vamos.

Helena abre los ojos y me mira confundida.

—Ya se ha ido el de la grúa.

—¿Por qué no me has despertado?

—Roncabas a pierna suelta y me has dado pena.

—Yo no ronco.

Ella se pone de pie y camina malhumorada hacia el coche. Otra cosa más que añadir a la lista: tiene un pésimo despertar. Nunca la podré despertar llevándole el café recién hecho a la cama y esos bollos de canela que sé que tanto le gustan. Del mismo modo que nunca sabré si le apetece hacer el amor por las mañanas.

Helena ha vuelto a quedarse dormida en el coche. Es la persona con más facilidad para conciliar el sueño que me he echado a la cara. Me hace gracia que lo primero que murmure cuando la despierto al llegar al rancho es que tenía los ojos cerrados pero no estaba dormida. El rancho ya está en silencio y a oscuras. Son las tantas de la madrugada y todos se han ido a la cama.

—¿Tienes un cigarro?

—Sí, pero solo me queda uno.

—No seas egoísta.

De mala gana, meto la mano en el bolsillo del pantalón y enciendo el cigarro. Le doy una calada antes de ofrecérselo. Nunca sabré si habríamos conseguido dejar de fumar.

—A Josh no le gusta que fumes, pero no le digas que te lo he chivado.

Helena expulsa una bocanada de humo mientras vamos caminando en dirección al porche.

—Me da igual.

—Pensé que querías dejarlo.

—Quería —matiza, y acepta con ansia el cigarrillo—. Pero los chicles de nicotina son una porquería. Fumar me relaja.

—A mí también. Pero deberíamos unir fuerzas. El tabaco es una mierda.

—Deja de comprar tabaco. Acabé mi último paquete esta mañana.

—Si dejo de comprarlo, ¿tú harás lo mismo?

—Supongo. Es difícil dejar de fumar cuando alguien te tienta.

—O sea, que la culpa es mía. Que cara más dura.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Si tú lo dejas, yo también —le ofrezco la mano y ella la acepta sin dudar. Intento ignorar el chispazo de electricidad cuando nuestros dedos se tocan. A Helena se le escapa un bostezo—. Buenas noches, rubia.

—Buenas noches, Blake.

Blake. No John Wayne. Nunca sabré cuáles eran los apodos que tenía guardados en la recámara. Me siento en las escaleras del porche y apuro la última calada mientras me pregunto si tengo el valor suficiente para abandonar este vicio. Luego apago el cigarro con la suela del zapato y saco el móvil del bolsillo porque no tengo ganas de irme a la cama. Sé que no sería capaz de dormir porque le daría vueltas a la cabeza. Tengo un mensaje de Stella.

Tú lo has querido.

Genial. Pasamos de la táctica pasiva a la agresiva. Stella acaba de declararme abiertamente la guerra. Pero esta vez no voy a ser el Blake que disculpaba todas sus salidas de tono. La lleva clara si cree que puede salirse con la suya.

JOSH

Me despierto cuando Helena se acuesta a mi lado. Sé que se ha dado una ducha porque su pelo está húmedo y huele a ese gel de vainilla que me pone tan cachondo. Me doy la vuelta para abrazarla. Ella está tumbada en el borde de la cama y lleva puesto el camisón negro que se le sube hasta los muslos. Lo sé porque lo primero que toco al extender la mano es la tela de encaje. Le paso un brazo por encima de la cintura y ella me da la mano. Mi erección es automática y me recuerda que sigo siendo el mismo hombre al que le gusta acostarse con su mujer.

Fui absolutamente sincero cuando le dije a mi abuela que convencería a Helena de que se quedase a mi lado. Incluso si tengo que armarme de valor para echar un polvo porque no estoy en plenas facultades físicas. Subo mi mano por su costado y le rozo el pecho. Luego le bajo la tiranta del camisón y le doy un beso en el hombro. Helena está profundamente dormida y se le escapa un suspiro. Mi mano desciende por su cintura para subirle lentamente el camisón. Aprieto mi erección contra sus glúteos y le muerdo el hombro. No quepo en mí de la excitación cuando descubro que Helena lleva esas braguitas de encaje que tanto me gustan. Ella se sobresalta cuando le acaricio la pierna.

—Josh, ¿qué haces? —su voz suena más ronca de lo normal.

—¿Tú qué crees?

Le doy un empujón para tumbarla bocarriba sobre el colchón. Me cuesta moverme porque todavía no he recuperado la plena capacidad de las piernas, pero las manos me funcionan a la perfección. Y soy jodidamente capaz de conseguir que mi mujer tenga un orgasmo. Sigo siendo el mismo hombre. No ese ser del que ella se compadece porque tiene pesadillas por las noches.

Mi boca busca la suya con desesperación. Al principio, a ella le cuesta responder a mi beso. No sé si porque sigue un poco dormida o porque no comparte mi deseo. Lo apuesto todo a la primera opción porque me destrozaría que Helena no me deseara con la misma intensidad que yo a ella. Meto la mano entre sus piernas y separo sus muslos. Helena suspira contra mi boca y murmura algo que no llego a entender porque estoy demasiado excitado. Le muerdo el labio inferior y me vuelvo loco cuando ella abre la boca. Siempre hemos funcionado en el sexo y hoy no va a ser la primera vez que fallemos. Helena me pone las manos en el pecho y me lo tomo como una invitación. La acaricio por encima de las braguitas y mi otra mano va directa a su pecho izquierdo. Le pellizco el pezón como sé que le gusta. Quiero demostrarle lo hombre que soy. Quiero demostrarle que no tiene por qué acudir a mi hermano cuando sufre un accidente. Por eso le rompo las tirantas del camisón y mi boca va directa a sus pechos. La estoy devorando. Quiero comérmela enterita. Mi único deseo es que mi mujer grite mi nombre una y otra vez hasta que se

corra.

—Josh... para.

—¿Por qué? —pregunto confundido.

No puedo ver su rostro en la oscuridad, pero sí siento la humedad entre sus piernas. La noto cuando acaricio su hendidura por encima de la tela. Helena respira con dificultad. Nunca ha sido ajena a mis caricias. Sé cómo tocarla. Sé lo que le gusta.

—Esto no está bien... —responde con voz trémula.

—¿No está bien que quiera follar con mi mujer?

Le bajo las bragas de un fuerte tirón y mi dedo índice le acaricia el pubis. Helena se retuerce debajo de mí. No entiendo su reticencia porque sé que se muere de ganas de hacerlo conmigo.

—Nos pueden oír...

Así que es eso. Me río roncamente antes de capturar su boca. Ella murmura algo contra mis labios. Su camisón es un amasijo de tela arrugada debajo de mi cuerpo. Vuelvo a capturar su pecho con la boca y hago caso omiso a sus protestas, que cada vez son más débiles. Siempre me han vuelto loco sus tetas. Redondas, pequeñas y firmes. Succiono primero un pezón y luego otro.

—Tócame —le ordeno desesperado—. Tócame, nena. Por favor...

Helena me saca la camiseta por encima de la cabeza y luego me acaricia los antebrazos. Es todo lo que necesito. Mi polla se sacude debajo de los pantalones del pijama. La penetro con un dedo y a ella se le escapa un gemido. Estos somos nosotros. Helena y Josh. La pareja que es capaz de decirse muchas cosas a través del sexo. Cojo mi miembro y le acaricio la vulva. Lo froto contra su sexo hasta que ella separa un poco más los muslos y sé que está preparada para mí. Me fastidia no ser capaz de penetrarla en esta postura porque tendría que impulsarme con las piernas y ya empiezan a dolerme demasiado, así que me veo obligado a tumbarme bocarriba.

—Ponte encima de mí.

Le quito el camisón —o más bien lo que queda de él—, cuando ella cambia de postura. Me agarro a sus caderas y su pelo húmedo me acaricia el pecho. Helena coloca las manos en mis hombros y se sienta a horcajadas sobre mi erección. Se me escapa un gruñido cuando mi erección se entierra dentro de ella.

—Ah...

Helena se mueve como sabe que me gusta. Le agarro el culo y le doy una cachetada. Ella me pide en voz baja que no haga ruido. Joder, me da igual. Tengo todo el derecho del mundo a follar con mi mujer. Una de mis manos va directa a su vulva y le acaricio donde sé que voy a volverla

loca. La otra le agarra el pecho izquierdo. La roza. La toca en sus puntos débiles. Hasta que Helena sube las manos y me acaricia las mejillas. Echo la cabeza a un lado para darle un beso en la muñeca.

—Helena... joder... cuánto te he echado de menos.

Aprieto sus caderas contra mi cuerpo porque necesito sentirla más dentro de mí. Algo húmedo me salpica el pecho y tardo varios segundos en darme cuenta de que ella está llorando. No sé si son lágrimas de felicidad o de tristeza, pero me desconciertan. Lo que pasa es que estoy tan cachondo que me corro como un animal. Helena se deja caer sobre mi cuerpo. Exhausta y temblorosa. Le acaricio la espalda mientras soy consciente de que es la primera vez que la siento tan lejos de mí después de habernos acostado.

Algo le pasa a mi mujer.

Ni siquiera sé si ha fingido el orgasmo.

Estoy muerto de miedo cuando la abrazo contra mi pecho y le susurro al oído que la quiero sin recibir una respuesta que me reconforte.

No he podido pegar ojo durante toda la noche. Sé que Helena tampoco ha dormido nada. La escuchaba darse la vuelta de un lado a otro de la cama, hasta que al final la he agarrado del brazo y le he pedido que se estuviera quieta. Y aquí estamos. No sé de dónde he sacado las fuerzas para tumbarme de lado y mirarla a la cara. No podemos vernos, pero sé que ella también me está mirando a los ojos.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Ella no responde. Se limita a alargar el brazo para acariciarme la mejilla. Sé que está muerta de miedo. Sé que algo la atormenta. Helena y yo nos conocemos demasiado bien para mentirnos. Otra cosa es que ignoremos deliberadamente las señales.

—Lo entendería.

—¿A qué te refieres?

—Entendería que después de tanto tiempo tú te hubieras acostado con otro hombre. O con otros hombres. No te culparía porque yo no sé lo que habría hecho de estar en tu lugar. Eres humana. Tienes necesidades y yo no estaba ahí para cumplirlas.

—No digas tonterías, Josh.

—¿Son tonterías? —pregunto esperanzado.

—Sí.

Respiro aliviado y cierro los ojos. Helena se acuesta sobre mi pecho. La noto rara y sé que no son imaginaciones mías. El porqué es algo que solo ella sabe. Quizá está indecisa porque sigue planteándose el divorcio. Quizá yo no estoy del todo equivocado y ella se ha acostado con otro hombre. No me da igual, pero puedo llegar a entenderlo. No sé qué es lo que habría hecho de estar en su lugar. Quizás acostarme con todas las mujeres que se me pusieran delante para intentar no echarla de menos. Me importa más nuestro presente porque tengo la impresión de que Helena no está segura de querer estar conmigo. Con aquel pensamiento y mi mujer tumbada entre mis brazos, me quedo dormido.

Janice está tan parlanchina como de costumbre. Yo también. Lo achaco a que no quiero comerme la cabeza porque Helena ya me ha dado una respuesta. Ella lo niega. No hay otro tío. Si hay alguien que se ganó con creces que desconfiaran de él, ese fui yo. Mi mujer siempre fue sincera conmigo en todos los aspectos. ¿Por qué voy a desconfiar de ella?

—Y esa es la razón por la que es mejor pedir comida a domicilio que intentar preparar una receta de internet —me cuenta Janice. Está terminando el masaje. La sesión de rehabilitación se me ha pasado volando y hoy los dolores no han sido tan fuertes como otros días—. Porque te juro que yo lo hice según las instrucciones del vídeo del canal de YouTube.

—Seguro que pusiste el horno a una temperatura muy alta.

—¿Alguna vez has preparado pollo al horno?

—Sí.

—Pues era mi primera vez y no salió tal y como yo esperaba. Pobre tío Charlie. Quería prepararle un cumpleaños muy especial y la comida estaba horrible. La tarta de chocolate también estaba asquerosa.

—Lo que cuenta es la intención —intento animarla—. ¿Al final qué cenasteis?

—Era muy tarde y lo único que estaba abierto era McDonald's. Pedí hamburguesas y su tarta fue un triste muffin con una vela. Pero creo que él estaba feliz porque es la primera vez que no celebra solo su cumpleaños.

—Seguro que piensa que es mejor que nada.

—¡Muchas gracias!

Los dos nos reímos. Janice me mira asombrada.

—Hoy estás muy feliz. ¿Por alguna razón que pueda saberse?

—He follado.

—Oh... —a ella se le escapan las manos y me roza sin querer la entrepierna. Se aparta ruborizada e intenta recomponerse—. Pues... ¡me alegro!

—Te has puesto colorada.

Janice me saca la lengua.

—Mi último paciente fue un señor de ochenta años con el que, evidentemente, no hablaba de estos temas.

—Yo espero llegar a los ochenta años siendo un semental. De lo contrario prefiero irme al otro barrio.

—¡No seas burro! —Janice me tira a la cara la toalla con la que se estaba secando las manos—. Los tíos no podéis ser así de básicos. Me niego a creerlo. Habrá otras cosas que os importen aparte del sexo.

—La mayoría siempre pensamos en lo mismo. No te fíes de los que no te dicen abiertamente que quieren echar un polvo contigo. Cuando una mujer te gusta, quieres hacer de todo con ella. Es ley de vida.

—Me parece que prefería al Josh que no mojaba el churro...

Janice da nuestra sesión por finalizada. Me hace bastante gracia que la joven parlanchina y extrovertida sea en realidad tan pudorosa. Jamás me lo hubiera imaginado. Creí que era la clase de mujer a la que no le costaba dar el primer paso.

—No sabía que fueras tan mojigata.

Janice me acerca la silla hasta la camilla. Su expresión de cabreo es evidente. También me sorprende su reacción porque pensé que era la clase de persona que estaba sonriendo las veinticuatro horas del día. Reconozco que esta versión me gusta más.

—¿Te has enfadado?

Esta vez, Janice ni siquiera me ayuda a sentarme en la silla.

—Sí.

—No es culpa mía —respondo, cuando consigo sentarme en la silla—. Ofreces una imagen equivocada a los demás.

—No lo estás arreglando.

—Eres muy extrovertida —acompañó a Janice hasta la salida—. O tal vez finges serlo porque en realidad te cuesta darte a conocer. ¿Es un mecanismo de defensa?

—Me reafirmo: prefería al Josh que me miraba con cara de odio y sufría en silencio.

—Perdona —me disculpo sin sentirlo demasiado. Bajo la rampa del porche y la miro de reojo. Su expresión de cabreo me hace bastante gracia—. ¿Volvemos a ser... qué somos tú y yo?

—Paciente y fisioterapeuta.

—Pues eso.

—No me gusta que me hables de esas cosas.

—Tú me has preguntado y yo he sido sincero. Y te recuerdo que la que me cuenta toda su vida siempre eres tú. ¿Hoy no jugamos a lo de ayer? El rollo ese de los pensamientos positivos.

—Ya me has contado tu pensamiento positivo.

—No.

—¿No?

Janice me mira sorprendida y asiento sin vacilar.

—He descubierto que soy capaz de perdonar cosas que jamás se me hubieran pasado por la cabeza. Y me siento tremendamente bien porque no quiero ser un gilipollas rencoroso.

—Vaya... —Janice parpadea atónita y su expresión se ablanda—. Ahí va el mío: acabo de descubrir que mi nuevo paciente no es tan gruñón como yo pensaba.

—¿Y te va cayendo mejor?

—Nunca me cayó mal. Pero yo a él sí y ahora se está replanteando su opinión.

—No me caías mal.

Janice enarca una ceja y me mira con recelo.

—Me caías como el culo. Eso es peor.

—¡Oye! —Janice me da un guantazo en el hombro, echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Por un instante tengo la impresión de que está coqueteando conmigo. Es un segundo fugaz y que termina tan rápido como empieza—. Nos vemos mañana a la misma hora, Josh. Y recuerda: chocolate y *J'adore* de Dior. Con eso me ganas fijo.

«Menudo personaje estás hecha».

Pienso en la falta que me hace tener una amiga. Hubo un tiempo en el que Helena y yo nos lo contábamos todo. No éramos solo una pareja y echo muchísimo de menos tener esa relación de confianza absoluta con mi mujer. Pero supongo que los matrimonios evolucionan. La cuestión es si el nuestro lo hará en la dirección correcta.

HELENA

Meto la Tablet dentro del bolso porque soy incapaz de concentrarme en el trabajo. No tengo el menor interés en saber lo que le depara la vida a Lady Susan y al vizconde de Stapleton porque tengo mis propios problemas. Enormes problemas que ya no puedo ocultar debajo de la alfombra como si fueran motas de polvo.

Ayer me acosté con Josh. Me encantaría decir que no lo disfruté, pero Josh y yo siempre seremos esa clase de pareja que logra conectar en el sexo. Fallamos en la comunicación y en un montón de cosas importantes relacionadas con la confianza y el respeto. Pero, Dios, él y yo nos entendemos a la perfección en la cama. Y me parece tan injusto que me siento tremendamente culpable después de haberme dejado llevar. Sobre todo cuando él me preguntó si me había acostado con otro hombre.

«Lo entendería».

«No, Josh, cariño. Tú jamás podrías entenderlo. La cuestión no es si lo he hecho, la cuestión es con quién. Y te sentirías tan traicionado que no podrías volver a mirarnos a la cara sin sentir repugnancia».

No quiero entregarle mi cuerpo a Josh cuando no soy capaz de ser sincera con él. Siento que estoy volviendo a fallarle porque sé que él me rechazaría sin contemplaciones si supiera la verdad. Por eso me eché a llorar mientras nos acostábamos. Porque me sentía como la mujer más horrible sobre la faz de la tierra.

Me animo a llamar a Penny porque no se me ocurre otra persona con la que desahogarme. Penny es la clase de amiga brutalmente sincera que nunca me dice lo que quiero oír. Voy hacia la parte trasera de la casa porque allí no suele haber nadie. Penny responde al cuarto tono.

—Supongo que me llamas porque estás en apuros.

—Soy una malísima amiga —me disculpo antes de comenzar a agobiarla con mis problemas—. Al menos dime qué tal te va la vida antes de que yo empiece a apropiarme de la conversación. Sé que no es justo. Últimamente solo te llamo para que seas mi paño de lágrimas.

—Y lo soy con gusto. Para eso están las amigas. Crystal y yo estamos bien. Creo que voy a pedirle que se venga a vivir conmigo, pero no sé si es demasiado pronto. Solo llevamos unos meses juntas y quizá me esté precipitando. ¿Tú que crees?

—Que no deberías perder el tiempo si piensas que es la persona adecuada —me abstengo de añadir que ojalá yo estuviera en su lugar y mi mayor preocupación fuera pedirle al tipo con el que estoy saliendo que se venga a vivir conmigo—. Salir en serio con alguien no es el fin del mundo. No tengas miedo, Penny. Ella no te va a cortar las alas. Nunca te había visto tan enamorada de alguien. Bueno, en realidad nunca te había visto enamorada. Así que si necesitas una señal...

—¡Ah, tienes razón! Venga, suéltalo ya. ¿Qué pasa? ¿Se te está desmoronando el chiringuito, no? Te dije que esta situación te acabaría explotando en la cara más temprano que tarde.

—Tengo una falta.

—¿Eh?

—Que tengo una falta —repito en voz baja—. Soy un reloj. Me tendría que haber venido la regla hace seis días.

—No fastidies, Helena...

Me apoyo en la pared y me doy cuenta de que estoy temblando. Al principio no he querido verlo porque pensé que era demasiado pronto para preocuparme. La primera vez que me quedé embarazada pensé lo mismo. Esta vez no tengo síntomas, pero estoy muerta de miedo.

—Pensé que no podías tener hijos...

—No quise escuchar a la doctora que me atendió aquel día. Estaba destrozada por el aborto. Me explicó que sería más complicado quedarme embarazada de forma natural, pero que no era del todo improbable. Dios, yo ya me había hecho a la idea de que no tendría hijos. Ni siquiera sé cómo sentirme. Estoy aterrada, indecisa...

¿Feliz? No debería estar feliz. Ni siquiera merezco ser feliz. Pero siempre he querido ser madre y esta es una noticia agridulce.

—¿Es de Josh?

—Sabes que no es de Josh —respondo avergonzada—. Esta noche nos hemos acostado por primera vez. Tengo una falta y solo me he acostado con otro hombre.

—Ay... madre...

—Penny, ¿qué hago?

—Lo primero de todo: una prueba de embarazo para saber salir de dudas.

—¿Y si lo estoy?

—No lo sé, Helena. ¿Y si le dices a Josh que el niño es suyo? No hay tanta diferencia.

—¡Penny! —exclamo horrorizada—. No puedo hacerle eso.

Me pongo enferma de solo imaginar que sería capaz de engañar a Josh de esa manera. Escucho un ruido detrás de las sábanas que hay colgadas en el tendedero y mi corazón se salta un latido. Creí que estaba sola.

—Tengo que colgar.

Ni siquiera me lo pienso cuando le doy un tirón a la sábana y descubro a una Hannah que me mira boquiabierta. Yo también la miro sorprendida y sin saber qué decir. Ella es la primera en hablar, y lo hace completamente abochornada.

—Te juro que no quería escuchar tu conversación —dice con las mejillas encendidas—. Estaba tendiendo la ropa y tú no me has visto. No tenía ni idea de que fuera una conversación tan privada. Para cuando me he dado cuenta, quería largarme y no sabía cómo hacerlo sin descubrirme.

—No es culpa tuya —le resto importancia, porque no soy capaz de enfadarme con ella—. ¿Cuánto has oído?

—Todo.

Hannah se muerde el labio inferior y yo no sé dónde meterme. Me puedo imaginar lo que debe estar pensando de mí. Me cuesta un gran esfuerzo sostenerle la mirada y me sorprende cuando en sus ojos no hay ni una pizca de censura. Pero Hannah es demasiado buena y transparente. Fue del todo sincera cuando me brindó su amistad sin pedirme nada a cambio. No me la merezco.

—Si quieres te acompaño a la farmacia.

—Gracias.

—Y no hace falta que me pidas que no me vaya de la lengua. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Lo sé —respondo más tranquila, y no me cabe la menor duda.

Me siento inesperadamente mejor cuando Hannah me da un abrazo. Hay veces en las que solo hace falta que alguien te tienda la mano para sentir que dejas de ahogarte. Puede que esté nadando en un mar embravecido, pero me consuela saber que no estoy sola.

He quedado con Hannah en ir esta tarde a la farmacia. Fingiremos que nos vamos a tomar algo al

bar de Wendy para no levantar sospechas. Sé que un embarazo es poco probable. Lo más seguro es que mi periodo se haya retrasado después del estrés al que me he visto sometida estos días. Es muy difícil que me quede embarazada de manera natural. Y no debería albergar esperanzas. De hecho, no quiero que esa prueba salga positiva. Pero...

Hay un gran *pero*. Porque quiero ser madre y ya me había hecho a la idea de que no podría quedarme embarazada de manera natural. Por eso una parte de mí —absolutamente egoísta—, desea con todas sus fuerzas que la prueba de embarazo dé positivo. La otra sabe de sobra que Josh no se merece una traición semejante y cruza los dedos para obtener un resultado negativo.

No soy capaz de centrarme en el trabajo y voy en busca de Avery para preguntarle si le apetece jugar conmigo. Seguro que sí. La pobre se aburre como una ostra en el rancho y no para de perseguir a Josh, que la ignora de manera deliberada. Llamo a su puerta y no contesta. Qué raro. No la he visto jugando fuera.

—¿Ratita?

—¡Lárgate!

Me sobresalto porque esa salida de tono no es típica de ella. Sé que está sucediendo algo y abro la puerta con la mosca detrás de la oreja. Lo último que espero encontrar es a Stella metiendo a toda prisa las pertenencias de su hija en una mochila. Estoy tan aturdida que tardo unos segundos en reaccionar. Es el tiempo que le basta a Stella para aferrar la mano de la niña y darle un tirón autoritario para que la siga. Logro plantarme delante de la puerta antes de que se marchen.

—Apártate de mi camino o no respondo —me amenaza Stella.

—Sabes de sobra que no puedo hacerlo.

Avery nos mira asustada porque no sabe lo que está sucediendo. Ella solo es una niña de siete años que está siguiendo las órdenes de su madre.

—Mami, ¿qué pasa?

—Nada, tesoro —Stella me atraviesa con los ojos llenos de odio—. Ya nos vamos.

—¿Qué haces? —le pregunto en voz baja.

Stella me da un empujón y me veo obligada a quitarme porque no quiero formar un espectáculo delante de Avery. Arrastra con fuerza a la niña por el pasillo y la pobre murmura que le está haciendo daño. Luego se vuelve hacia mí con gesto confundido.

—Helena.

—Soy tu madre y tienes que hacerme caso a mí —la increpa Stella—. Vamos. ¡Qué te muevas te he dicho!

—Pero, la tía Helena...

—¿La tía Helena? —repite incrédula Stella, y luego se fija en mí con gesto despectivo—. ¿Ahora eres la tía Helena? ¿Qué será lo próximo? ¿Intentar que te llame mamá? ¿Quieres quitarme a mi hija, pedazo de zorra?

—Mami, por favor, ¡no discutas con la tía Helena! —Avery se suelta de su mano y los ojos se le llenan de lágrimas.

—Esa mujer no es tu tía.

Stella vuelve a agarrarla de la mano.

—Sí que lo es. ¡Está casada con el tío Josh!

Stella se queda tan sorprendida que suelta a la niña.

—Vaya... —me observa como si fuera la primera vez que me ve y sé que en su mente no se está urdiendo nada bueno—. Esto sí que es una sorpresa...

—Avery, ¿por qué no vas a despedirte de tu papá antes de marcharte? Seguro que él quiere darte un abrazo enorme —le digo lo primero que se me ocurre para que la niña no se percate de lo que sucede. De lo contrario me verá obligada a arruinar su inocencia infantil para explicarle que sus padres se están peleando por su custodia en los tribunales—. Está en las caballerizas. Corre.

—¡Vale! —Avery sale disparada por el pasillo antes de que su madre pueda atraparla.

—Serás guarra... —Stella aprieta con rabia la mochila de la niña—. Y yo que pensaba que eras una rubita tonta y con buen corazón. Me equivoqué cuando pensé que intercederías en mi favor.

—Lo intenté. Menos mal que Blake no me hizo ni caso. De lo contrario habría cometido un gran error. A la vista está.

—A mí no me vengas con esas —me señala con un dedo pintado de rojo—. Yo al menos no voy de mosquita muerta. ¿Cuál es tu plan? ¿Quedarte con el rancho y apropiarte de mi hija?

—¿Qué está pasando aquí?

Josh acaba de llegar y se coloca a mi lado. Se me hiela la sangre cuando me percato de la expresión malévolamente de Stella. Sé que es capaz de cualquier cosa con tal de vengarse de mí. Así que no me queda más remedio que adelantarme para desmontarle el plan.

—Stella ha intentado llevarse a Avery a escondidas. Se ha colado en el dormitorio de la niña y ha metido algunas de sus cosas en esa mochila. Pretendía largarse sin que nadie lo supiera —le explico a Josh.

A Josh se le cambia la cara cuando ve la mochila.

—Lárgate. Ahora —le ordena con desprecio—. Antes de que llegue mi hermano y te saque por la fuerza. Te juro que yo no se lo impediré.

—¿Qué haces en una silla de ruedas? —le pregunta con tono burlón.

—Descansar del asco que me sigues produciendo a pesar de los años que hace que nos conocemos —Josh saca el móvil del bolsillo de sus pantalones y comienza a marcar un número—. Voy a llamar a la policía. ¿Sabes que es lo que acabas de hacer? Se llama secuestro infantil. Imagina lo que pensará de ti el juez cuando se entere de que has intentado secuestrar a tu propia hija. Acabas de cavar tu propia tumba, Stella. Eres tan mala como estúpida.

—¡Ya me largo! —Stella le tira la mochila—. Pero que sepas que tu mujercita te la ha estado pegando con tu hermano.

Mi corazón deja de latir. Stella exhibe una sonrisa victoriosa y cruel. Balbuceo una disculpa para Josh, pero él me coge de la mano para que me calle.

—Veo que además de mala y estúpida, sigues siendo la misma loca celosa que se monta sus propias películas.

—No es ninguna película. Esos dos...

—Fuera de mi casa —le espeta Josh.

—El que avisa no es traidor.

Stella se marcha despotricando que Josh es un incrédulo. Aprieto la mano de mi marido y no sé si reírme o echarme a llorar. Estoy muy agobiada cuando me vuelvo para mirarlo, pero lo único que hay en sus ojos es un profundo hastío. Ni desconfianza ni enfado.

—Esa mujer es un veneno. Menos mal que estabas aquí cuando ha intentado llevarse a Avery. No me explico cómo ha entrado en el rancho sin que nadie se diera cuenta. —Josh se lleva el teléfono a la oreja y comprendo lo que está a punto de hacer.

—¿Estás llamando a la policía?

—Esto no se puede quedar así. Stella ha ido demasiado lejos.

—Creo que deberías avisar a Blake.

—Que él haga lo que le dé la gana. Mi sobrina ha sufrido un intento de secuestro y yo voy a denunciarlo a la policía. Nadie me puede quitar ese derecho.

Jamás me he sentido tan orgullosa de Josh. Puede que finja que Avery no le importa, pero es

evidente que haría cualquier cosa por proteger a su sobrina. Ni siquiera ha dudado de mí. No le ha dado el menor crédito a las palabras de Stella. No me lo merezco. Josh está haciendo todo lo posible por nuestro matrimonio mientras yo flirteo con su hermano. ¿En qué clase de persona me he convertido?

BLAKE

Tengo ganas de estrangular a Stella cuando Josh me cuenta lo sucedido. Helena está a su lado y permanece impertérrita. Me imagino que no ha debido de ser un plato de buen gusto para ella. Stella puede ser muy desagradable y no sería la primera vez que descarga su ira contra Helena. No me extraña que Helena haya tenido una forma tan elegante de actuar. Cualquier otra persona se habría encarado con Stella, pero ella no se ha dejado llevar por la ira y ha pensado en todo momento en Avery. Sabía que algo iba mal cuando Avery ha aparecido en las caballerizas para decirme que Helena le había pedido que se despidiera de mí. Por poco me ha dado un infarto cuando me ha contado que su mamá llegó por sorpresa para llevársela de viaje. En el fondo me alegro de no haber estado presente, porque de lo contrario sé que habría sido capaz de cualquier cosa con tal de frenar a Stella.

Por Dios, ha intentado secuestrar a nuestra hija. ¿Esta mujer no tiene límites?

Me he inventado una excusa poco convincente para tranquilizar a Avery, porque mi hija se ha puesto a llorar al descubrir que su madre se ha marchado sin ella. Ha musitado, sorbiéndose las lágrimas, que tal vez ha hecho algo que ha podido enfadar a su mamá. Se me ha partido el alma y he vuelto a tener ganas de estrangular a Stella. Para colmo me ha preguntado si ha hecho mal en obedecer a Helena en lugar de a su madre, y que si no debería querer a Helena para no herir los sentimientos de su mamá. No he sabido qué responderle porque estaba completamente deshecho. Esta es la razón por la que siempre he intentado mantener una relación cordial con Stella, a pesar de que ella me lo haya puesto tan difícil. El único motivo por el que le he dado tantas oportunidades: el bienestar de Avery. Por supuesto que me he equivocado, pero yo solo quería que mi hija tuviera una familia tan feliz como en la que yo me crie.

—Hay algo más —dice Josh.

Nos hemos quedado a solas en el rancho después de que Helena se haya llevado a Avery para columpiarla en la rueda del árbol. Agradezco que Helena sepa cómo calmar a Avery. No le mentí cuando le dije que ser padre es el trabajo más difícil de mi vida. No busco otra madre para mi hija —sería rastrero y egoísta por mi parte—, pero me alivia enormemente que Helena forme parte de la vida de Avery. Las observo desde lejos. Avery se está riendo rebotante de felicidad y le pide a Helena que la columpie más alto. Se me encoge el pecho y lo que siento es tan intenso que no soy capaz de disimularlo. Josh me mira de reojo y enderezo la espalda.

—Tiene un don para los críos. Y la zorra de tu ex está celosa de la relación que tienen. ¿Te lo puedes creer?

Me ahorro pedirle a Josh que no hable así de la madre de mi hija porque sé que no serviría de

nada. Para mí hay ciertos límites que no se deben cruzar.

—Hasta ha insinuado que estáis juntos.

—¿Qué? —mi voz suena estrangulada.

—Que ha intentado hacerme creer que tú y Helena estabais liados —Josh sacude la cabeza y se ríe, como si lo que acabara de decir fuera una completa locura—. Stella es capaz de todo con tal de vengarse de ti.

Ni siquiera sé cómo sentirme. Debería estar aliviado porque Josh no ha dado crédito a las palabras de Stella, pero lo que siento es más parecido a una mezcla de estupor y vergüenza porque a mi hermano la posibilidad de que Helena y yo lo hayamos traicionado no se le ha pasado por la cabeza. Es lógico. Si lo dices en voz alta suena tan ruin que a cualquier hombre con un mínimo de moral le resultaría repugnante.

—¿Qué es lo que querías contarme? —le pregunto, más interesado por cambiar de tema que por saberlo.

—La he denunciado a la policía.

—Josh, no fastidies.

Hago un gran esfuerzo para no alterarme. No sé cuál será la reacción de Stella. Ni siquiera tiene pruebas de que Helena y yo hayamos tenido algo y aun así se lo ha contado a mí hermano para hacerme daño. Temo su próximo movimiento cuando le llegue la denuncia.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—La próxima vez que tomes una decisión que me incumba, te agradecería que me lo preguntases primero.

—¿Te parece mal que haya denunciado a esa loca por intentar llevarse a mi sobrina?

Pienso la respuesta antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme.

—No lo sé. No estoy seguro de querer denunciar a la madre de mi hija. Ya es todo bastante complicado entre nosotros —y luego añado con tono serio—: Pero desde luego, no me gusta que me mantengas al margen.

—He hecho lo que tú deberías haber hecho hace mucho tiempo, lo que pasa es que albergas la absurda esperanza de ofrecerle a Avery la familia perfecta. Te faltaban huevos para poner a esa bruja en su sitio. Deberías darme las gracias. Además, tú hiciste lo mismo el otro día. Te llevaste a Helena al hospital y ni siquiera me preguntaste si quería acompañarla. ¿Qué pasa? ¿Tú sí puedes tomar decisiones por los demás?

Estoy tan atónito que tardo unos segundos en reaccionar. Josh ha lanzado toda la artillería pesada contra mí.

—¿Me estás diciendo que lo has hecho para devolvérmela?

—Hay que joderse... ¿Me ves capaz de eso?

—En un momento me has bombardeado a reproches. Disculpa si tengo la impresión de que estás algo resentido conmigo —respondo con ironía.

—No lo he hecho para devolvértela —responde crispado—. Pero tenía que recordarte que tú sueles tomar decisiones sin consultar a los demás.

—No llevé a Helena al hospital para socavarte...

—Sé que no lo haces a propósito. Es parte de tu carácter. Siempre tienes que quedar por encima de los demás. Por eso tampoco quieres que te devuelva el dinero.

—¿Te sentirías mejor si te exigiera que me lo devolvieses? —no es mi intención gritarle, pero no puedo evitar alzar la voz.

—Todo se tiene que hacer como tú digas. Actúas como si el rancho te perteneciera y los demás fuéramos tus lacayos

—¿Desde cuándo te importa tanto el rancho?

—¿Lo ves? No soy tan válido como tú para tomar decisiones solo porque decidí desviarme del camino que marcaste para mí.

—Eso no es...

—Es la puta verdad —me corta con brusquedad, y me queda claro que sigue escocido por lo que sucedió antes de que se marchara a Chicago—. Tomas decisiones por los demás constantemente. Nadie te puede llevar la contraria y la gente tiene miedo de tus reacciones. Pero no eres tan bueno como tú crees y la cagas como el resto de los mortales. Asume que la actitud de Stella también es culpa tuya. Te habrías ahorrado toda esta mierda si la hubieras puesto en su sitio hace bastante tiempo. Pero siempre tienes que ser el bueno y noble de Blake.

—Me parece que tú y yo tenemos una conversación pendiente —le digo, apretando la mandíbula.

Le daría un empujón si no estuviera sentado en la silla. Por eso tengo que controlarme y apretar los puños. Intento no dejarme arrastrar por la rabia y el daño que me han hecho sus palabras.

—A buenas horas quieres hablar... —se ríe entre dientes—. Esta vez no será cuando tú digas.

—No seas infantil.

—No me extraña que Helena no te pueda ni ver e intentase convencerme para no volver al rancho.

—Tú que cojones sabrás —le espeto, completamente fuera de mí.

Que mencione a Helena es la gota que colma el vaso. Me alejo antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme. Josh me grita que le diga a la cara lo que me estoy guardando porque debe ser agotador «ser el bueno y santurrón de Blake todo el tiempo». Pero Josh no tiene ni idea. No soy tan bueno. Ni tan santo. Ni tan perfecto. Soy un hermano de mierda y justo ahora tengo que controlarme para no explicarle el motivo.

Estoy tan furioso que ni siquiera me presento a cenar porque no me apetece tener otra discusión con Josh. Lo último que necesita mi abuela es llevarse un disgusto por nuestra culpa. Además, cada vez me cuesta más disimular mis sentimientos por Helena. Menos mal que Josh no ha dado la menor importancia a las palabras de Stella, porque de lo contrario me faltaría valor para mirarlo a la cara.

No me reconozco. No soy un maldito cobarde. Soy un tipo con principios y que se viste por los pies. Pero supongo que lo único que me queda es agachar la cabeza y fingir que no siento nada por Helena, porque ella ya ha tomado su decisión. O yo la tomé por los dos. Qué más da. Helena está casada con Josh y él la necesita. No sirve de nada preguntarse a quién habría elegido si las circunstancias fueran diferentes.

He salido a dar una vuelta con la camioneta. Conducir me relaja. Es la tercera vez que me suena el móvil. Lo cojo de mala gana en cuanto aparco en la entrada del rancho.

Es Stella.

Esta conversación no va a ser agradable. Respiro profundamente antes de descolgar. Ni siquiera me da tiempo a responder. Ella ya me está ladrando y tengo que apartar el teléfono unos centímetros de la oreja.

—¡Me has denunciado, maldito hijo de perra!

No serviría de nada explicarle que ha sido Josh. Tampoco voy a justificarme. Creo que si Josh no la hubiera denunciado, lo habría hecho yo. Hay cosas que no puedes dejar pasar por mucho que albergues la esperanza de tener una relación cordial con la madre de tu hija.

—Es la última vez que pones un pie en el rancho. Tienes suerte de no haberte encontrado conmigo.

—¿O qué habría pasado? —su tono sarcástico me enerva—. No eres la clase de hombre que le pone una mano encima a una mujer, ni aunque ella haga todo lo posible por sacarte de tus casillas. El inválido de tu hermano es más peligroso que tú.

—No te atrevas a hablar de mi hermano —le advierto con la voz cargada de rabia—. Y te juro

que soy capaz de todo si intentas volver a llevarte a mi hija.

—También es mi hija y tú me la has quitado.

—La decisión la ha tomado un juez hasta que se resuelva la custodia. Y perdiste el derecho a fingir que la quieres cuando la pusiste en peligro para hacerle daño a Helena.

—Su querida tía Helena... —se burla con tono malicioso—. ¿Qué piensa tu hermano de que te tires a su mujer? ¿La compartís como buenos hermanos? ¿Esa es la educación que te dieron tus padres?

—Stella, para de una vez. Si de verdad quieres a Avery, deja de hacerles daño a todos los que la rodean porque así solo hieres a nuestra hija.

—Yo también sé jugar sucio —ignora mi petición porque es lo que hace cada vez que le imploro que mire por el bienestar de Avery—. Y estoy dispuesta a todo si no retiras la denuncia por intento de secuestro.

—Stella, no sé lo que se te habrá pasado por la cabeza, pero...

—Me asusta que mi hija se críe con un hombre tan violento y que fue a casa de Walton para arreglar sus diferencias con el uso de la fuerza. Por eso fui a buscar a Avery y me salté las medidas cautelares. ¿Qué madre no lo habría hecho para salvar a su hija de un hombre tan salvaje? —Stella habla con fingido dramatismo y una voz llorosa de lo más convincente.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—¿Qué te parece, Blake? ¿He sido lo suficiente persuasiva? Yo creo que sí. Seguro que el juez se traga que solo soy una pobre madre aterrada...

—Stella, no serás capaz...

—De eso y de mucho más —me asegura con voz vengativa—. Por cierto ¿sabes cuánto dinero me ha ofrecido Walton por testificar a su favor? Puede que no te tenga a ti, pero no me pienso quedar sin mi hija. Y si me puedo ir de este maldito pueblo con las manos llenas, que así sea.

Estoy tan sorprendido por este giro de los acontecimientos que tardo un buen rato en reaccionar. Stella disfruta de mi perplejidad y se ríe. Debería decir que no me sorprende porque Stella es capaz de todo para salirse con la suya. Pero, maldita sea, estamos hablando de Walton. Hasta ella sabe que es un tipo despreciable.

—¿Vas a testificar a favor de Walton?

—Ay, querido... —Stella suelta un suspiro lánguido—. Parece mentira que no me conozcas. Walton dice que para el tribunal sería muy convincente que la madre de la hija del hombre que le dio una paliza testifique a su favor. Tiene razón: los dos salimos ganando. Él consigue ganar la demanda, y yo saco una buena tajada y me quedo con la custodia de Avery. Ya sabes lo que

dicen: el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—Te has vuelto loca.

—¡No me llames loca! —exclama rabiosa—. Tú no me mereces. Nunca has valorado lo enamorada que estoy de ti. Podría tener al tío que me diera la gana con solo chasquear los dedos. Podría haberme casado con Steve y jamás me habría faltado el dinero. No sé por qué me fijé en ti. ¿Qué coño le has visto a esa zorra rubia, eh? ¿Qué es más joven que yo? Va de mosquita muerta y en el fondo es una guarra.

—Tú no le llegas a Helena ni a la suela de los zapatos. Y no, no tiene nada que ver con tu aspecto. Ojalá quisieras a Avery la mitad de lo que ella la quiere. Ojalá tuvieras un ápice de la bondad que tiene Helena.

—Ay, por favor, no me hagas reír... —su carcajada me revuelve el estómago—. No me compares con esa niña que juega a dos bandas. Vas a salir peleado con tu hermano por su culpa.

—No tienes ni idea.

—¿Sabes lo que sí sé? Que si no retiras la denuncia y vuelves conmigo, me voy a convertir en tu peor pesadilla. Convenceré al jurado de que eres un hombre despreciable. Ayudaré a Walton a destruirte. Voy a...

—Haz lo que te dé la gana —la corto con una frialdad que no sé de dónde saco—. Jamás volveré contigo. Haz hecho bien en llamarme. Después de esta conversación, me queda muy claro que cometería un grave error si te permitiera acercarte a nuestra hija. Eres un veneno.

Cuelgo el teléfono antes de escuchar su réplica. Sólo entonces me percaté de que estoy temblando. Stella va a aliarse con Walton. Juntos serán imparables y no estoy seguro de ser capaz de hacerles frente. Walton es un hombre sin escrúpulos y Stella es la clase de persona a la que no conviene tener de enemiga cuando se enfada. No tengo miedo de ir a la cárcel. Lo que de verdad me aterra es la posibilidad de perder a Avery. Porque si eso sucede, prefiero que me maten. Mi hija es lo más importante que tengo en la vida. Me dejó llevar por la ira y lanzó el teléfono por los aires.

—¿Estás bien?

Helena lo pregunta a mi espalda. Respiro profundamente antes de volverme hacia ella porque no quiero que me vea en semejante estado. Pero mi expresión debe decirlo todo y ella me mira preocupada.

—Blake, ¿qué pasa? —Helena se acerca a mí y pone una mano en mi hombro.

El contacto me estremece de la cabeza a los pies. Me encantaría estrecharla entre mis brazos y olvidarme de todo ahogando las penas en su cuerpo. En esa piel suave y marfileña que me vuelve jodidamente loco. Pero mi malestar y la culpabilidad que siento son mayores que el deseo y me

aparto con brusquedad. Helena aprieta los labios y no dice nada.

—Déjame.

—Te he visto lanzar el teléfono. Sé que has discutido con Josh. Él no lo ha hecho con mala intención. Solo intentaba proteger a Avery. Tal vez si lo habláis con calma...

—Josh es el menor de mis problemas en este momento —respondo con aspereza.

Ella me mira extrañada.

—¿Quieres desahogarte conmigo?

Dios, sí quiero. Me encantaría charlar con ella porque siempre consigue que el mundo me parezca un lugar más amable cuando está a mi lado. Pero sacudo la cabeza e intento hacerme el fuerte porque ella ya tiene sus propios problemas. Tenemos que alejarnos o de lo contrario nos haremos mucho daño.

—Será mejor que te vayas.

Helena asiente resignada. No sé qué es lo que me pasa. No soy un hombre que se emocione con facilidad. Soy la clase de tipo que aborrece mostrar sus sentimientos porque lo educaron para ser fuerte. Pero de repente me invade el pánico y un súbito temblor se apodera de mi cuerpo. Me cuesta respirar y apoyo las manos en el capó. No sé qué cojones me pasa. Abro la boca para buscar el aire que me niegan los pulmones. Tengo los ojos vidriosos y murmuro con la voz quebrada un débil «lárgate» porque me da vergüenza que Helena me vea en este estado.

—Blake...

Me sobresalto cuando ella me acaricia la espalda. Trago con dificultad y cierro los ojos. Una lágrima traicionera resbala por mi mejilla.

—Creo que estás sufriendo un ataque de ansiedad —ella habla con voz serena y agradezco que se haga dueña de la situación porque es la primera vez que yo no puedo—. Respira por la nariz muy lentamente. Cuenta hasta tres y retén el aire en los pulmones. Luego expúlsalo por la boca. Hazlo muy despacio. Tranquilo, estoy aquí.

Obedezco sin rechistar y me alivia el contacto de su mano sobre mi espalda. Helena me frota de un omóplato a otro y me susurra al oído que todo saldrá bien. Quiero creerla con toda mi alma, pero estoy cagado de miedo. No quiero perder a Avery. No puedo vivir sin mi niña. El pensamiento retumba en mi cabeza una y otra vez.

—Tómate el tiempo que necesites. Respira despacio.

No estoy acostumbrado a obedecer órdenes, pero sigo su consejo sin rechistar. Ella continúa acariciándome la espalda y el contacto me reconforta. A pesar del pánico que me invade, porque siento que no estoy del todo solo. Yo, el tío más independiente y cerrado de Texas, se siente

aliviado de contar con una mujer rubia y que está casada con otro hombre.

—Estoy mejor.

—Qué va —responde, y me pilla desprevenido cuando sostiene mi rostro con ternura—. ¿Quién te ha llamado?

—Stella.

—¿Qué te ha dicho?

—Va a quitarme a Avery... —mi voz suena estrangulada y atenazada por las lágrimas que me niego a llorar—. Le dirá al juez que soy un hombre violento... testificará a favor de Walton. Y yo... yo no sé qué hacer...

—Nadie va a quitarte a Avery —me asegura sin dejar de mirarme a los ojos. Me pierdo en esos dos trozos de cielo azul que me resultan tan cautivadores. Ella repite con tono categórico—: Nadie. No vamos a permitirlo. Nos tienes a todos para convencer al juez de que tú eres el mejor padre que Avery podría tener. Bill, Stuart, Hannah, la abuela, tu hermano, yo. Tendrá que pasar por encima de todos nosotros y sabes de sobra que eso es imposible.

—Vale...

—Blake, mírame —me pide con firmeza cuando agachó la cabeza—. Bórrate esa idea de la cabeza. Yo no lo voy a permitir. Te lo juro. Por encima de mi cadáver. Tienes que creerme.

—Vale...

Helena me acaricia las mejillas y agarro sus muñecas para que siga haciéndolo. No quiero que deje de tocarme. No quiero que deje de hacerlo nunca. Tengo la espalda apoyada contra el coche y separo las piernas para que ella se aproxime más. Me gusta cómo encajamos. Puede que no tenga derecho a mostrar en público mis sentimientos, pero nadie me va a quitar el amor que siento por esta mujer. La quiero y me encantaría gritárselo al mundo, pero sobre todo me gustaría tener agallas para decírselo a ella.

Sigo agarrando sus muñecas y tiro de ellas para besarle las manos. A Helena se le escapa el aire por la boca. Luego dejo sus manos en mis mejillas y cierro los ojos porque su contacto me tranquiliza. Y ella está aquí, conmigo, fingiendo que podemos ser algo más mientras yo me pregunto por qué una mujer que me está prohibida es la única capaz de consolarme.

—Nunca he necesitado tanto un abrazo en toda mi vida —le confieso aterrado.

Helena esconde la cabeza en mi pecho y rodea mi cuerpo con sus brazos. El olor de su pelo me reconforta. Ahora ni siquiera quiero acostarme con ella porque nuestra relación ha traspasado los límites de una atracción peligrosa. Me gusta el tacto suave de su piel y la ternura que despierta en mí. También me gusta sentirme mejor cuando estoy su lado. Pero sobre todo me gusta que ella sea capaz de aplacarme cuando no encuentro otra salida que arrojar mi teléfono por los aires.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo —musita, y aparta la cabeza unos centímetros para mirarme a los ojos—. Yo también puedo serlo por ti.

—Precisamente tenías que ser tú...

Helena sonrío con debilidad y me muero de ganas de besarla. No lo hago porque le prometí que le pondría las cosas fáciles. No quiero ser la clase de hombre que rompe la promesa que hizo a la mujer que ama.

No volvemos a dirigirnos la palabra cuando ella me abraza de nuevo. Tampoco hace falta. Hay silencios que dicen más que las palabras y nuestros cuerpos se entienden demasiado bien. Si alguien nos descubriera en este momento, daría por hecho que sólo se trata de una mujer ofreciéndole consuelo a un hombre. Pero ambos sabemos que es más. Siempre seremos más.

JOSH

Mi discusión con Blake me ha dejado hecho una furia. No esperaba que me diera las gracias por tomar una decisión para la que le faltaban agallas. Pero, joder, insinuar que lo he hecho para vengarme de él ha sido el colmo. Mi hermano es un bruto. Puede que no me gusten los críos, pero cualquiera con dos dedos de frente sabe que quiero a mi sobrina y haría cualquier cosa para protegerla de la loca de su madre.

«Esa zorra...».

Es más mala que el demonio. Hasta ha tenido la poca vergüenza de inventarse que Helena ha tenido un lío con mi hermano. Si que cabe la posibilidad de que Helena me haya engañado con otro hombre y, de hecho, podría llegar a entenderla. Ha estado sola durante más de quince meses y me pidió el divorcio. Pudo sentirse sola y perdida. Pero ¿con mi hermano? Venga ya. Ninguno de ellos me traicionaría de semejante manera. Los dos me quieren.

«¿Lo ves, Blake? Esa es la gran diferencia entre nosotros. Tú sí eres capaz de pensar lo peor de mí. Yo no».

Estoy dando un paseo por el patio trasero de la casa cuando vuelvo a ver al perro. Avery está arrodillada a escasos centímetros y estira el brazo para acariciarlo. Recuerdo la agresividad que mostró con Helena y ni siquiera me lo pienso. Ojalá pudiera levantarme de la silla y enfrentarme al chucho, pero hago lo único que puedo hacer en mi estado.

—¡No te acerques al perro!

La niña y el animal se sobresaltan. Avery se cae de culo y el perro me enseña los dientes porque percibe que soy una amenaza. Inclino la espalda hacia delante y busco una piedra con la que amedrentarlo. Mi sobrina se planta delante de mí con los brazos extendidos.

—¡No, tío Josh! Por fa, no le hagas daño.

—Te iba a morder.

Dejo caer la piedra cuando el chucho huye con el rabo entre las piernas.

—Lo has asustado. Antes me ha dejado acariciarlo.

—No vuelvas a acariciar a ese chucho.

—Lo acariciaré las veces que quiera. Nadie puede prohibírmelo

—En realidad sí que podemos. Porque somos adultos y ese perro está en nuestra propiedad. Ve despidiéndote de él porque tu padre lo va a enviar a la perrera. Luego le diré que se dé una vuelta para atraparlo.

—¿Por qué tienes que ser tan gruñón?

Estoy a punto de responder «porque me da la gana», pero me contengo justo a tiempo cuando a ella se le llenan los ojos de lágrimas. Se me escapa un suspiro de agotamiento. Lo que me faltaba. No se me dan bien los críos, y menos tener que consolarlos.

—¿Por qué lloras?

—Déjame...

—¿Es por el perro?

—No —responde con un hipido, y luego añade—: Bueno, también. Ojalá Toby se quedara conmigo. Quiero tener un amigo.

—Ya tienes muchos amigos.

—Viven muy lejos.

—Tienes a Hannah, Helena, tu padre...

—A Helena no.

La respuesta me desconcierta.

—Pensé que la querías mucho.

—¡Y la quiero! —Avery deja de taparse la cara y me mira angustiada—. Pero mamá se ha enfadado conmigo porque piensa que quiero más a Helena que a ella. Por eso se ha ido.

—Tu madre no se ha ido por eso —le aseguro, y Avery me mira esperanzada—. Se ha ido... porque tenía mucha prisa.

—¡Me estás mintiendo!

—Qué nooo —respondo, y pongo los ojos en blanco—. La han llamado de un trabajo y se ha ido corriendo.

Ella entorna los ojos y me mira con suspicacia.

—¿De verdad?

—Claro.

—¿Entonces puedo seguir queriendo a la tía Helena?

—Sí.

—Pero a mamá no le cae bien. No quiero que mamá se ponga triste por mi culpa.

Me rasco la barbilla sin saber qué decir. Menuda jugarreta le ha hecho esa víbora a su propia hija. No sé como salir airoso de la situación.

—Mi amiga Lucy dice que ahora tiene dos mamás porque su papá se ha casado con otra mujer. Y su mamá verdadera se pone triste cuando Lucy llama «mamá» a la esposa de su papá. Yo no pienso ser como Lucy.

—Nadie te pide que llames «mamá» a Helena. Es tu tía.

—Entonces, ¿por qué mamá está enfadada con ella?

«Porque está loca».

—A veces los adultos se enfadan los unos con los otros.

—¿Y yo también debería enfadarme con la tía Helena para hacer feliz a mamá?

—No —me doy una palmada en la rodilla para que ella se suba a mi regazo. Avery, poco acostumbrada a mis muestras de cariño, me observa con recelo y un deje de ilusión. Al final se acerca a mí y se sienta encima de mis piernas con una sonrisa difícil de disimular—. No tienes que enfadarte con alguien para hacer feliz a los demás. Ni a tu madre, ni a tu papá, ¿vale?

—Pero yo no quiero que mamá esté triste por mi culpa...

—No está triste por tu culpa.

—¿Entonces puedo querer a Helena?

—Por supuesto —le pellizco el moflete y ella se ríe—. El corazón de un niño es tan grande que puede querer a muchas personas a la vez. ¿No lo sabías?

—No —responde aliviada, y luego me da un abrazo—. ¡Te quiero mucho, tío Josh!

—Yo te quiero solo un poco.

—¡Mentiroso!

Avery se parte de risa cuando le hago cosquillas y sé que he tomado una buena decisión. Me da igual lo que diga Blake. Tengo todo el derecho del mundo a proteger a mi sobrina. En el fondo

me arrepiento de haberme perdido tantos momentos de su infancia por estar demasiado cabreado con mi hermano para visitar el rancho.

—¿Te apetece dar un paseo?

—¡Sí! —exclama emocionada—. ¡Arre, tío Josh!

—No te pases. No soy tu caballo.

—Si fueras un caballo, te llamaría Gruñón.

—Si fueras un mono, te llamaría Chita.

—¡Yo no soy un mono!

—Trepas por los árboles. Eres un mono.

—¡Tío Josh! —me reprende, partida de la risa—. ¡Más rápido!

—Voy todo lo rápido que puedo, Chita.

Avery se ríe cuando escucha como la llamo. Hago todo lo que puedo para ir muy deprisa. Avery levanta los brazos y finge estar en una montaña rusa cuando bajamos por una pequeña pendiente.

—¡Yujuuuuu! ¡Otra vez!

—Imposible —respondo jadeando—. Vas a tener que bajarte para que pueda subir.

—¿Os ayudo?

Helena aparece por sorpresa. Sé que viene de hablar con Blake porque hace un rato los vi charlando después de que mi hermano arrojara su teléfono por los aires. Dejé de prestar atención cuando mi mujer le acarició la espalda para intentar consolarlo. Lo dicho: no pegan nada. Helena jamás se fijaría en alguien tan bestia como mi hermano. Ella odia a los hombres que no atienden a razones y mi hermano es un ser de lo más primitivo. Pero me alegro de que sea capaz de aparcar a un lado sus diferencias para actuar como una buena cuñada. Seguro que si Stella hubiera estado aquí en ese momento, se habría montado una película de las suyas.

—Empújanos super fuerte, tía Helena.

Ella ya nos está subiendo por la cuesta. Echo la cabeza hacia atrás para mirarla. Sonríe con aprobación y sé cuál es el motivo. Le encanta que pase tiempo con mi sobrina. Y yo quiero demostrarle que soy la clase de marido con el que podrá tener hijos el día de mañana. Sé que la paternidad no estaba en mis prioridades, pero por ella...

—No quiero morir antes de cumplir los treinta.

—Qué tonto eres...

—Lo digo en serio. Si quieres divorciarte, no tienes que tirarme por una rampa.

Helena me saca la lengua y luego se ríe.

—Una... dos...

Avery se agarra con fuerza a mi cintura.

—¡Tres! —exclamamos al unísono.

Helena empuja la silla y bajamos a toda velocidad por la pendiente. Lástima que no haya una de esas cámaras colocadas en la bajada de una montaña rusa para ver la cara de terror de mi sobrina. Está despeinada y no puedo contener las ganas de tirarle de un tirabuzón azabache.

—¡Otra vez!

—Pero si estabas muerta de miedo.

—¡No!

—Prohibido decir mentiras, Chita.

—¿Chita? —pregunta divertida Helena.

—Porque es como un mono salvaje.

Avery se mete conmigo y yo, como el buen inmaduro que soy, le sigo la corriente. Bajamos por la pendiente un par de veces más hasta que a Helena le fallan las fuerzas y dice que está agotada.

—¿Tanto peso?

—Entre la silla, el peso de Avery y el tuyo...

—¡El tío Josh tiene el culo gordo! —se burla mi sobrina.

—¡Ven aquí!

No me da tiempo a atraparla y ella sale disparada hacia la casa cuando Hannah grita que hay costillas a la barbacoa para cenar. Helena tuerce el gesto. Bajo la luz de la luna, es la mujer más bonita que me he echado a la cara. Y me he propuesto reconquistarla para que esa absurda idea del divorcio se le borre de la cabeza. Porque estamos hechos el uno para el otro. Lo supe desde que la conocí en la universidad.

—Tu comida favorita —la pico.

—Ja, ja.

—Seguro que Hannah te ha preparado algún plato vegetariano. No creas que no me he dado cuenta de que siempre te da el trozo de postre más grande.

—Porque cree que estoy muy delgada.

—Estás estupenda.

Le doy una cachetada en el trasero y ella trata de fingir que no está incómoda. Yo también trato de fingir que no me he dado cuenta. Antes no tenía que pedirle permiso para tocarla. Helena se deshacía de placer con mis besos y me costaba muy poco esfuerzo hacerla llegar al orgasmo. Pero sé que algo ha cambiado entre nosotros. La noto tan lejos que no sé qué hacer para alcanzarla.

—¿Va todo bien?

—Eh... sí.

Está mintiendo. Se aparta el pelo de la cara y fuerza una sonrisa.

—Creo que la cena puede esperar unos minutos.

—¿Seguro? Te encantan las costillas a la barbacoa.

—Hannah me guardará unas cuantas —tiro de su mano para que se siente sobre mi regazo y ella me mira indecisa—. Tranquila, ya casi no me duele.

—¿Estás seguro de que la silla puede aguantar nuestro peso?

—Vamos a comprobarlo.

A ella se le escapa un grito de protesta cuando la siento encima de mis piernas. Helena me sostiene la mirada sin pestañear. Y yo solo la miro. Lo hago con la esperanza de que recuerde todos nuestros buenos momentos. Ella se pone rígida cuando le acaricio la mejilla con una mano. La tensión de sus músculos se va aflojando poco a poco y me complace averiguar que su cuerpo sigue siendo vulnerable al mío. Aprovecho ese momento de debilidad para robarle un beso. Ella se sobresalta un instante, hasta que termina sucumbiendo a mi beso sin la urgencia que me gustaría. Pero vamos por buen camino. Lo sé cuando nuestras lenguas se enredan y ella me acaricia los brazos con delicadeza. Acuno su rostro con ternura para demostrarle que la sigo queriendo igual que el primer día. Mis pulgares trazando círculos sobre sus mejillas. Mi boca aplastada contra la suya. Es increíble que llevemos tanto tiempo juntos y me siga produciendo una atracción tan vertiginosa. Nunca me cansaré de mi mujer y en el fondo me aterra ser consciente de que la tengo tan incrustada en el alma que jamás seré capaz de olvidarla. No sé si quiero sentirme así porque, por primera vez en mi vida, temo que mis sentimientos no sean recíprocos. Por eso intento con todas mis fuerzas reconocer en el beso a la joven dulce de la

universidad. A la chica que se reía con todas mis payasadas y que me miraba como si fuera el único hombre en la tierra.

La beso como haría el Josh descarado por el que ella estaba loca. Le muerdo el labio inferior y mi mano derecha se apoya en su nuca. Dirijo el beso porque sé que le encanta que tome la iniciativa. O le encantaba. No lo tengo del todo claro cuando me separo unos centímetros.

—Te quiero.

—Lo sé.

—Creo que no te haces una idea de lo mucho que te quiero —insisto con un deje de desesperación—. Te quiero tanto que eres la única persona por la que pregunté cuando desperté del coma. Me asustó que no estuvieras a mi lado. Fueron las peores horas de mi vida porque pensé que te había perdido.

Helena no dice nada, pero me mira como si quisiera decirme muchas cosas a la vez y no se atreviera a pronunciarlas en voz alta. Y yo quiero decirle que no se preocupe porque la perdono. Me da igual quién sea el tío con el que se haya acostado. Lo que importa es que ahora estoy aquí, con ella. No pienso irme a ningún lado. No quiero que ella se vaya a ningún lado.

—Josh, hay una cosa...

—¿Quieres tener una cita conmigo? —la interrumpo, porque no me interesa conocer una verdad para la que sé que no estoy preparado.

Tal vez en otro momento. Más tarde. Cuando hayamos superado todos nuestros errores y estemos preparados para hacer frente a la verdad. Quizá entonces sea capaz de mirarla a la cara, escuchar lo que tenga que decirme y perdonarla por ello.

—¿Una cita?

—Como en los viejos tiempos.

—Pero tú...

—Yo solo soy un marido que quiere tener una cita con su mujer —respondo, antes de que pueda alegar que no estoy en perfecta forma—. Te recojo dentro de quince minutos.

Ella me mira divertida.

—¿Dónde?

—¿Ves ese árbol tan alto? —señalo el álamo que hay a unos cincuenta metros.

—Sí.

—Espérame allí. Ponte guapa —le guiño un ojo.

Helena se levanta, sacude la cabeza sin dar crédito y me sigue el juego. Le robo otro beso antes de que se vaya. Uno lento y profundo. La clase de beso que le dice a la mujer con la que te has casado: «me importas. Haría cualquier cosa por recuperarte. Te quiero». Y Helena, que al principio parecía esquiva, termina enrollando los brazos alrededor de mi cuello para devolverme el beso con una pasión que me enloquece. Quiero creer que lo hace porque también me quiere y no porque se siente culpable y esta es su manera de recompensármelo.

HELENA

Estoy confundida cuando llego al árbol. Mis sentimientos por Josh siempre han sido complicados. Lo eran en la universidad. Lo fueron cuando nos casamos. Siempre me sentí superada porque nuestra relación se llevaba todo lo bueno y lo malo que había en mí. Cuando salimos en la universidad fue una época dulce y que sacó lo mejor de mí. Nuestro matrimonio sacó lo peor de mí. Me convirtió en la clase de persona que no quiero volver a ser. Así que a estas alturas no estoy segura de querer revivir una relación repleta de altibajos.

Sí, lo quiero. Seguía enamorada de Josh incluso cuando no comprendía que me estaba enamorando de su hermano. El problema es que Josh y yo siempre estaremos conectados por algo demasiado complejo y profundo. No puedo olvidar que le pedí el divorcio porque nos hicimos mucho daño. Tampoco puedo —ni quiero— olvidar que me acosté con Blake. O quizá el verdadero problema no es que me acosté con él, sino que llegué a soñar con una vida con él. Pero Josh despertó y lo hizo enterrándome en un mar de dudas.

Culpabilidad.

Compasión.

Cariño.

Nostalgia.

Sé que todo sería más sencillo si cada vez que lo miro no se me partiera el corazón. Si no sufriera por lo que me estoy callando, porque me resulta asqueroso ocultarle mi historia con Blake. También sé que todo sería más fácil si no estuviéramos aquí. Si cada dos por tres no me cruzara con Blake y me preguntase qué es lo que podríamos haber sido.

Y para colmo cabe la posibilidad de que esté embarazada de su hermano. Dios, me siento como el ser humano más horrible sobre la faz de la tierra. Josh está intentando acercarse a mí. De hecho, ha perdido la memoria y para él seguimos siendo los jóvenes de la universidad. Estoy siendo injusta con él. Lo único que necesita es que su mujer lo apoye de manera incondicional. La Doctora Mallon fue muy clara al respecto.

—Hola.

Me sobresalto porque estaba tan sumida en mis pensamientos que no lo he oído llegar. Se me escapa una sonrisa porque se ha cambiado la parte superior de arriba por una camisa que le

queda un poco grande. Tiene mejor aspecto que cuando despertó y la rehabilitación está dando sus frutos, pero todavía sigue muy delgado.

—Que guapo estás —señalo la bolsa que lleva sobre el regazo—. ¿Y eso?

—Ensalada de repollo, nachos con queso, aros de cebolla y un pedazo enorme de brownie de chocolate blanco.

—¿De qué restaurante?

—Uno vegetariano que han abierto cerca de aquí —me sigue el juego, y luego me hace un gesto para que lo acompañe.

El corazón me da un vuelco cuando Josh elige la explanada que hay junto al campo de girasoles. Estoy tentada de pedirle que nos vayamos a otro sitio, pero supongo que me pondría en evidencia si lo hiciera. Así que me limito a estirar la manta sobre el suelo y me siento de espaldas al campo de girasoles.

—¿Te ayudo?

—Puedo solo.

«Puedo solo» se ha convertido en el mantra preferido de Josh. Se me corta la respiración cuando consigue sostenerse de pie durante unos segundos, se apoya en la silla y se deja caer con gran esfuerzo sobre la manta. Respiro aliviada y no digo nada porque no quiero herir sus sentimientos. Sé que Josh necesita demostrar —sobre todo a sí mismo— que es un hombre capaz de valerse por sí mismo. Ya me ha dejado claro que detesta mi compasión.

—Uhm... cómo huele la comida de ese restaurante vegetariano... —digo, al destapar el envoltorio de los clásicos aros de cebolla que prepara Hannah.

Josh abre una lata de cerveza, le da un trago y luego me la ofrece.

—No deberías beber cerveza si te estás medicando.

—Solo ha sido un trago —pone cara de bueno—. Perdona, mamá.

Dejo la cerveza fuera de su alcance porque lo conozco de sobra. Josh nunca ha sido de tomarse las cosas demasiado en serio. Reconozco que esa parte tan rebelde de su personalidad fue una de las tantas cualidades que me conquistó de él.

—¿Te acuerdas cuando nos bebimos un par de Bud Light frente al cartel de Hollywood?

—Cómo olvidarlo. Quisiste saltar la valla y te dije que si te atrevías a hacerlo no te dirigiría la palabra.

—Se me había olvidado que eres una aguafiestas.

Le tiro un nacho, abre la boca y lo captura. Que poca vergüenza tiene y cuánto me gusta que sea así.

—Prudente, Señor Sackler.

—Prácticamente tuve que suplicarte para que me acompañaras al viaje.

—Sabía de sobra que iría, pero me estaba haciendo la difícil.

—Lo pasamos bien en Santa Bárbara —Josh me acaricia el tatuaje que llevo en la muñeca—. Si obviamos la parte en la que me obligaste a hacerme un tatuaje.

—No te obligué. Qué exagerado eres.

—Odio los tatuajes, Helena.

Resoplo para restarle importancia.

—Es un tatuaje minúsculo. Fueron dos minutos mal contados en los que no paraste de berrear como una princesita en apuros. Me diste vergüenza ajena.

—¡Será posible! —Josh arranca un puñado de hierba y me la tira la cara. Me pilla desprevenida cuando se abalanza sobre mí para hacerme cosquillas. Conoce mis puntos débiles y acabo temblando de risa mientras trato de defenderme en vano—. ¡Retíralo! Yo no berreé. Me limité a apartar la cabeza porque las agujas me dan pánico.

—¡Vale, vale! ¡Lo retiro!

Estoy tumbada bocarriba y Josh está tendido encima de mí. Los ojos le brillan de diversión. Vuelve a ser mi mejor amigo de la universidad. El mismo que me enloquecía en todos los sentidos.

—Deberíamos hacer algún viaje cuando me recupere.

—¿A dónde?

—Alemania —responde sin dudar—. Siempre has querido conocer el hogar de tu familia materna.

—Hace un frío terrible en Alemania y te recuerdo que tú eres de climas cálidos. Cuando llegaba el invierno en Chicago, te ponías de un humor terrible.

—No lo recuerdo.

—Qué morro tienes.

—Por ti iría a Alemania con los ojos cerrados. *Hasta el infinito y más allá*, como dice nuestro tatuaje —Josh me acaricia los labios con los suyos—. ¿Quedaría fatal si después de decir algo tan bonito me atiborro de costillas a la barbacoa? Estoy muerto de hambre.

—¿El restaurante no era vegetariano?

—Hacen excepciones para los carnívoros como yo.

—Pues sí. Quedarías fatal.

Josh se incorpora riendo y yo hago lo mismo. Nos damos un banquete con la cena preparada por Hannah. Josh se chupa los dedos cuando termina con las costillas a la barbacoa y le digo que es un cochino. Él me acerca los dedos a la cara y me aparto como si me hubiera enseñado una navaja.

—No me engañas. Echas de menos comer carne. ¿Quieres chuparme los dedos para saborear la salsa barbacoa? No se lo contaré a nadie. Será nuestro secretillo.

—¡Eres un guarro!

Le doy un manotazo y él se parte de risa. Luego nos peleamos por dividir el pedazo de brownie de chocolate blanco. Josh farfulla que él tiene más derecho que yo porque es amigo de Hannah desde hace más años, y yo respondo que Hannah siempre me premia con los pedazos más grandes porque mi dieta vegetariana incluye menos platos que el resto.

—Vale... hay una forma de decidirlo.

—No me fío de ti. Eres un tramposo.

—Te doy ventaja. Este es tu terreno. Siete letras. «Reptiles de gran papada y cresta espinosa a lo largo del dorso».

—Será posible —sacudo la cabeza sin dar crédito porque ha vuelto a recurrir a los crucigramas.

—Tres, dos...

—¡Espera, no estaba preparada!

—Uno...

—¡Iguanas!

Josh tuerce el gesto y yo suelto un grito de júbilo antes de coger el pedazo de brownie más grande.

—Tu recochineo es de mal gusto.

—Creí que a estas alturas ya habías llegado a la conclusión de que soy la mejor en los crucigramas. Uhm... —entrecierro los ojos y saboreo el dulzor del chocolate blanco—. ¿Sabías que el chocolate blanco no es en realidad chocolate? Está compuesto de leche, azúcar y manteca de cacao. La manteca es la grasa que recubre la semilla de chocolate, así que cuando comemos chocolate blanco, lo que estamos ingiriendo es una alta cantidad de azúcar y por ende de colesterol perjudicial para la salud. Si quieres me como tu trozo para que tus arterias no sufran.

—Ya me lo he acabado, listilla.

—Tenía que intentarlo.

—Olvidaba lo competitiva que eres.

—No soy *tan* competitiva.

—Te pusiste furiosa cuando perdimos aquel torneo de fútbol por pareja —me recuerda con tonillo acusador.

—¡Porque la pareja que nos ganó hizo trampas!

—¿Cómo diantres se hace trampas en el fútbol?

—Ella levantaba la mesa cuando la bola se acercaba a su portería. La pillé un par de veces.

—Me echaste la bronca porque perdimos y estuviste un buen rato sin dirigirme la palabra. Si eso no es ser competitiva...

—¡Porque la noche anterior saliste de juerga y te bebiste todas las reservas de cerveza de aquel pub tan cutre!

—No me lo recuerdes. Vaya resaca.

—¡Menudo eras!

—Cualquiera que te escuche...

—Josh —intento ponerme seria, pero me traiciona la sonrisa—. Casi tenía que sacarte amarrado porque eras un juerguista. No había estudiante de la universidad que no quisiera ser tu amigo. Por no hablar de las chicas.

Pongo los ojos en blanco. A él se le iluminan los ojos con ese brillo repleto de chulería. Le encanta gustar a los demás y no lo disimula ni un ápice. Josh es la clase de hombre que cautiva a ambos géneros sin demasiado esfuerzo. En la universidad todos los tíos querían ser su amigo, y las chicas...

—¿Qué pasa con las chicas?

—Lo sabes de sobra —resoplo, intentando que no se me note lo mucho que me fastidia el tema. En su día me hacía sentir muy insegura que la mayoría de las estudiantes de la universidad quisieran acostarse con mi novio—. Vamos a dejarlo estar.

—No te enfades...

Josh me da un empujoncito con el hombro.

—No estoy enfadada. Es agua pasada. Sentaste la cabeza conmigo. Al principio pensé que te cansarías de mí y que acabarías volviendo a las andadas, pero al final...

—¿Cómo iba a cansarme de ti? —Josh lo pregunta totalmente en serio—. Si eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Exagerado.

—Y lo bien que acabo de quedar...

Me río sin poder evitarlo. Josh aprovecha para darme un beso. Me aparta el pelo de la cara y me besa con un cariño infinito y que no me merezco. Casi me siento aliviada cuando se aparta. Y no es porque no disfrute del beso, sino porque sé que él no volvería a besarme de saber la verdad.

—Toda cita que se precie debe tener música.

Josh coge su teléfono y busca una lista de Spotify que sé que ha preparado para este momento. Se queja cuando tiene que utilizar los datos porque en el rancho no hay wifi. La canción tarda en arrancar porque aquí apenas hay cobertura.

—El anticuado de mi hermano podría contratar wifi.

Me abstengo de bromear al respecto porque cuanto menos nombre a Blake, mucho mejor para los dos. Pero sé de sobra que Blake jamás se preocuparía por el wifi. Está demasiado ocupado con el trabajo del rancho y le tiene una alergia incurable a internet. Me muerdo el labio cuando suena *I'll be there for you* de The Rembrandts. Es la música de cabecera de *Friends*. Josh y yo podíamos pasarnos horas en la habitación de la residencia viendo capítulos de la serie. Corrección: follando y viendo capítulos de *Friends*. Yo era fan de Mónica y a él le encantaban los chistes malos de Chandler.

—¿Sabías que esta canción estuvo en las listas de éxitos durante más de un año y catapultó a la fama a la banda? The Rembrandts era el único grupo disponible que en aquel momento tenía un contrato discográfico con Warner, que era la productora de la serie. Fue el mayor éxito de la banda y después no hicieron gran cosa. Se separaron en 1997 y se reunieron un par de veces con álbumes de recopilatorios. Pero supongo que todavía siguen viviendo de las regalías de la canción, así que visto así no fue una mala decisión.

—Y luego te extrañas de que en el colegio no tuvieras muchos amigos...

—¡Josh!

Pongo los ojos en blanco porque es inútil reñirle. Me tumbo bocarriba y cierro los ojos para disfrutar de la música mientras él se ríe de mí. Es lo peor.

—¿Y cuál es la historia detrás de esta? —pregunta Josh cuando comienza a sonar *Woke up this morning*, la canción de cabecera de Los Soprano.

—Paso. Luego te burlas de mí.

Josh se tumba a mi lado y me da un tirón de la camiseta.

—Venga, lo estás deseando.

Me hago la digna durante unos segundos antes de responder.

—Tengo entendido que el líder de Alabama 3, Rob Spragg, compuso la canción al inspirarse en la historia real del asesinato de un hombre a manos de su mujer, quien llevaba varios años sufriendo abusos —Josh me mira con cierta suspicacia, así que añado sin pestañear—: Lo vi en un documental de HBO sobre la música de *Los soprano*. Es muy interesante. Es una charla entre el creador de la serie y el redactor jefe de la revista Rolling Stones en la que explica, entre otras curiosidades, que el director quería iniciar cada capítulo con una canción diferente, pero desde HBO le recomendaron que eligiera una sola canción para que el público reconociera fácilmente la serie.

—Eres increíble...

—Soy curiosa —me encojo de hombros. De repente empieza a sonar la cabecera de True Blood y se me corta el cuerpo. Es *Bad Things*, la canción de Blake. Josh me aparta el pelo de la cara y me mira a los ojos.

—¿Y esta?

—Ni idea.

—Vamos, seguro que sabes algún dato curioso.

—No.

Josh frunce el ceño, desconcertado por mi respuesta tan brusca. Y lo dejo todavía más perplejo cuando me levanto para coger el móvil y cambiar de canción. Me siento repentinamente aliviada cuando suena la intro de *El príncipe de Bel Air* y le cuento que la versión extendida duraba tres minutos. No paro de hablar de la serie en un intento desesperado por apartar a Blake de mi cabeza. Josh se queda callado cuando termino y siento la necesidad de seguir cacareando porque

estoy muy nerviosa.

—¿Qué tal va tu rehabilitación con Janice?

—Bien.

—Parece que habéis hecho buenas migas.

—Es maja.

Nos quedamos en silencio. Josh está más serio de lo normal y me mira a los ojos de una manera difícil de descifrar. Mi inquietud se hace más evidente e intento mantener la compostura para que no me haga la pregunta de rigor: «¿qué te pasa?», porque de lo contrario yo no sabría qué responder.

—¿Sabes que puedes contarme cualquier cosa?

Josh me aparta el pelo de la cara y mantiene su mano en mi mejilla. Le agarro la muñeca y contengo a duras penas las ganas de llorar.

«No, no puedo contarte la verdad. Te destrozaría».

Así que me limito a cerrar los ojos y agarrar su mano porque no sé qué decir. Josh se tumba bocarriba con la vista clavada en el cielo y me pregunto si estará pensando quién es la mujer que está tumbada a su lado. Sé que ahora soy diferente y que él lo ha notado. Por eso me pregunto quién será el primero en ser valiente y me aterra la posibilidad de tener que vivir con este secreto para siempre. Porque no creo que sea capaz.

Nos hemos quedado dormidos en el exterior y los gemidos asustados de Josh me despiertan. Me cuesta unos segundos recordar que sucumbí al sueño mientras escuchaba *Save Me*, la canción de Los vigilantes de la playa. Josh estaba haciendo chistes malos sobre David Hasselhoff y algo relacionado con un coche fantástico. Ahora Josh ha dejado de reírse porque está sumido en otra de sus pesadillas.

—¡No! ¡No! Por favor...

—Josh —lo zarandeo con suavidad—. Solo es una pesadilla.

—La salida... la salida...

—Josh, eh, no es real.

Mi marido abre los ojos de par en par y me mira aterrado. Su miedo es tan visceral y auténtico que durante unos segundos solo me limito a coger su mano para que sepa que puede contar conmigo. A él le cuesta un buen rato respirar con normalidad.

—Tenemos que hablar de tus pesadillas.

—Es tarde.

Josh se incorpora con dificultad y me aparta con brusquedad cuando intento ayudarlo, así que me limito a observarlo con los labios apretados.

—Puedes hablar conmigo del tema. Soy tu mujer.

—Igual que tú puedes hablar conmigo y no lo haces —me espeta con acritud—. Buenas noches.

No lo sigo porque sé que sería un error. Lo conozco lo suficiente para saber que necesita su espacio. No tengo ni idea de lo que se siente al estar en coma, pero sé que Josh está pasando por algo terrible y que no será capaz de superarlo si no lo comparte con alguien. Pero ¿cómo voy a alcanzarlo si yo también tengo mis propios secretos?

BLAKE

Hoy Helena y Josh no han cenado con nosotros. Tampoco ha hecho falta que nadie me aclarase el motivo. Los vi besándose en la parte trasera de la casa. Por si me quedaba alguna duda, Hannah le explicó a la abuela que estaban teniendo una cita romántica. No estoy celoso. Lo que siento es demasiado doloroso para ser comparado con los celos. Una parte de mí se alegra de que se den una nueva oportunidad porque quiere que Helena y Josh sean felices. Pero la otra está desgarrada por completo porque añora a la mujer que dejó escapar por ser un cobarde.

Ni siquiera sé explicar lo que sentí cuando vi a Helena sentada en el regazo de mi hermano. Fue como si me arrancaran el corazón del pecho y lo tiraran a la basura. Me quedé frío. Vacío. Y luego sentí un dolor lacerante cuando la vi responder a su beso. Me di la vuelta y regresé a la casa intentando hacerme a la idea de que Helena ya no formaba parte de mi vida. O al menos no como me gustaría.

Me toca quedarme con las migajas de su cariño y las acepto con gusto. Si lo único que Helena puede ofrecerme es su consuelo a través de un abrazo, no voy a negárselo. Porque estoy enamorado de ella y no me veo con fuerzas para renunciar a lo poco que me queda. Ni siquiera estoy enfadado con ella, ¿por qué iba a estarlo? La empujé a los brazos de Josh y estoy recogiendo los frutos. Es lo que hay. Más vale que me haga a la idea.

—Será posible.

Me la encuentro con un cigarro en la boca cuando salgo al porche a tomar el aire. No puedo pegar ojo y me ha parecido lo más sensato porque me estaba volviendo loco. Helena se sobresalta cuando la pillo.

—Pensé que estabas dormido. La casa estaba en silencio.

—No puedo dormir.

Observo con envidia el cigarro que tiene en la boca. Ella me ofrece un gesto de disculpa y yo frunzo el ceño. Estas cosas no se hacen. Teníamos un trato.

—Embustera.

—No podía dormir y me he acordado de que todavía me quedaba medio paquete de tabaco en el bolso. Me ha podido la ansiedad. Pero no me lo estoy fumando. Solo... lo tengo en la boca.

—¿No te lo vas a fumar?

—No.

—Lo estás desperdiciando.

Estiro el brazo y no le queda más remedio que ofrecerme el cigarro. Enciendo el cigarro y ella retrocede unos metros. La miro de reojo sin entender qué mosca le ha picado. Es una adicta a la nicotina y de repente le da por torturarse de esta manera. Vete a saber qué le pasa. Le doy una calada que me sabe a gloria. Lo he echado de menos casi tanto como a ella. Casi.

—¿Estás mejor?

Tardo unos segundos en comprender que se refiere a lo que me sucedió hace unas horas. Ella lo catalogó como un ataque de ansiedad.

—Sí.

—Deberías hablarlo con todos.

—Deja que lo haga a mi manera.

—¿Por qué todos los Sackler sois tan orgulloso? —sacude la cabeza sin dar crédito.

—Herencia de mi abuela.

—Ya veo... —Helena se da la vuelta y apoya los codos en la barandilla—. Tenemos que hablar de Josh.

—No quiero que me des explicaciones sobre... vosotros —respondo agobiado, porque lo último que necesito es conocer los detalles de su matrimonio—. Es tu vida. Haz lo que quieras con ellas.

—No iba a darte explicaciones —responde con evidente irritación—. No sé con quién hablar del tema. Tú eres su hermano.

Me siento estúpido por haber pensado que Helena iba a darme algún tipo de justificación. Tengo que dejar de actuar como si tuviéramos una cuenta pendiente. Joder, es mi cuñada. ¿Por qué no me lo puedo meter en la cabeza?

—Perdona, ¿de qué se trata?

Helena parece indecisa. Le ofrezco el cigarro y ella lo rechaza. Mejor para mí.

—Tiene pesadillas. Yo creo que tienen que ver con lo que vivió estando en coma, pero no quiere abrirse conmigo. No sé cómo ayudarlo. Sé que se pondrá a la defensiva si le sugiero que busque ayuda profesional. No sé qué hacer, Blake.

—¿Y por qué crees que yo sí lo sé? —replico ofuscado, y sé que estoy siendo muy injusto con ella—. Josh y yo no somos los mejores hermanos. Si contigo se pondrá a la defensiva, imagina cómo reaccionará conmigo.

—¡Disculpa por pedirte ayuda!

—Tú y yo nos acostamos. Todo es bastante incómodo. Y si encima me pides ayuda...

—¿Y qué quieres que haga? Yo ni siquiera quería venir al rancho. Pero no podía dejar a Josh solo.

—Ya sé que no querías venir al rancho. Ya sé que no querías volver a verme. Entiéndelo, Helena. No puedo plantarme delante de Josh y preguntarle qué es lo que le pasa. Apenas puedo mirarlo a la cara.

—Yo tampoco —responde en un susurro, y las lágrimas la traicionan—. Estoy muy preocupada por él y no sé lo que hacer para ayudarlo. Olvídate por un segundo de nosotros. Te resultó muy fácil cuando nos despedimos aquel día.

—No me resultó fácil.

—Será mejor que me vaya a la cama. Ha sido un error hablar contigo. No se lo cuentes a Josh o se pondrá hecho una furia.

La cojo del brazo antes de que dé un paso. No quiero ser la clase de hombre que se comporta como un capullo porque no puede tenerla. No soy así. Pero me encantaría tener agallas para mirarla a los ojos y explicarle que dejarla marchar fue lo más difícil que he hecho en mi vida.

—Hablaré con él —le prometo, y no sé por qué lo hago—. Ni siquiera sé lo que voy a decirle. Soy un bruto. ¿De verdad crees que soy el más indicado para hablar con mi hermano?

—No —admite son sinceridad, y luego añade con voz estrangulada—. Pero ¿qué otra opción tengo? No soporto verlo sufrir. Puede que a ti te escuche...

No puedo resistir el impulso de borrar sus lágrimas con mi manaza. Su piel es tan suave que me pasaría horas tocándola. Helena entrecierra los ojos y sé que disfruta de mi caricia. Se le escapa el aire por la boca. Nos miramos. Siento que encajamos como la última pieza de un puzle.

—No llores.

—Pensarás que soy una tonta, pero no puedo dejar de llorar —musita, intentando contener un hipido.

—Es inútil que te tortures por lo que pasó entre nosotros. No tiene sentido, Helena. Las circunstancias eran diferentes. Tú también pensabas que Josh jamás despertaría. Ya está, olvídale.

—No es tan sencillo... Ni siquiera puedo mirarlo a la cara sin sentirme culpable. Quizá debería contárselo.

—Nos va a odiar.

—Sí —responde asustada, y comprendo que Helena sigue enamorada de él. No debería molestarme, pero lo hace. Porque nosotros también vivimos nuestra propia historia de amor y me niego a creer que fui el único que se enamoró de los dos—. Toda esta situación... es horrible. Josh me da tanta pena...

—¿Por qué te da pena? Está casado contigo. Es un hombre muy afortunado —le digo sin poder contenerme.

—Ay... Blake —Helena aparta mi mano y su rechazo me duele tanto que no soy capaz de fingir lo contrario—. Ojalá no hubiera venido a Paradise Lake, pero entonces Josh no habría despertado del coma, ¿no?

—No digas eso. Si no hubieras venido al rancho, no nos habríamos conocido.

—¿Y no sería mejor?

«Dios, no. Rotundamente no. Porque, ¿qué iba a hacer sin ti, rubia?». Pero en lugar de soltar a bocajarro mis sentimientos, me los guardo para mí. Helena respira profundamente antes de entrar en casa y sé que lo hace porque no quiere que Josh descubra que ha estado llorando.

—Hablaré con él, pero no puedo prometer que salga bien.

—Gracias.

«No me las des. Haría lo que fuera por él. Haría lo que fuera por ti».

—Buenas noches, Helena.

—Buenas noches, Blake.

JOSH

Me agarro a las barras paralelas como si fueran el borde de un precipicio. Me tiemblan las piernas y me duelen los brazos por el enorme esfuerzo físico. Es la primera vez que intento ponerme de pie en una sesión de rehabilitación. Para ello utilizamos una estructura de aproximadamente dos metros de largo con dos barras paralelas que me sirven de apoyo para caminar. Estoy suspendido por un arnés que me ayuda a mantenerme en pie en caso de que las piernas me fallen. Cada paso provoca que la boca me sepa a sangre y tenga la impresión de que camino sobre un suelo repleto de cristales puntiagudos. Son los dos metros más largos de toda mi vida. Estoy sudando a mares cuando consigo llegar al otro extremo. Janice ya ha colocado la silla de ruedas y me ayuda a sentarme cuando me descuelga del arnés. Janice es la única persona con la que no me siento *tan* vulnerable. Por eso no me pongo a la defensiva cuando me presta su ayuda. Su carácter directo y alegre hace que le reste importancia a la silla de ruedas.

—Para ser la primera vez, no ha estado nada mal, ¿no crees?

—Quiero probar sin el arnés. Parezco un bebé.

—Un bebé llorón y malhumorado —me toma el pelo.

Estoy a punto de protestar, pero Janice me frota los hombros y se me escapa un suspiro placentero. Sus manos son oro puro. Tiene un don para aliviar el dolor y llevarse toda mi mala leche, que no es poca.

—Deberías asegurarte las manos. Ahora lo tengo claro.

—No eres el primero que me lo dice —responde encantada de la vida—. ¿Tú crees que puede hacerse? Tengo entendido que Jennifer López aseguró su trasero.

—Ni idea.

Janice me da un masaje desde la nuca hasta el centro de la espalda. Cierro los ojos y disfruto del momento. Es agradable que te toquen con tanto mimo. Janice siempre huele a aceite de almendras. Pienso en lo diferente que es de Helena y creo que me gusta que lo sea. Cuando estoy con ella casi me olvido de los problemas de mi matrimonio.

—¿Quieres intentarlo de nuevo?

—Sí.

—Esa es la actitud.

Me frota la espalda antes de colocarme el arnés. Me ofrece una sonrisa sincera cuando nuestras miradas se cruzan. Sé cuándo le gusto a una mujer. Antes de salir con Helena prácticamente tenía que quitármelas de encima. Me gustaba gustar. Me gustaba flirtear y ser la clase de hombre que se preocupaba porque la chica con la que se acostaba disfrutara del sexo tanto como él. Esa época ya pasó, pero es inevitable que me deje querer un poco cuando siento a mi mujer tan lejos de mí. No es que le dé falsas esperanzas a Janice, pero supongo que tampoco hace falta. Tengo la impresión de que ella jamás cruzaría la línea con un paciente.

—¡Vamos, Josh! —finge tener unos pompones y me alienta como si fuera la animadora de un equipo de baloncesto—. ¡Josh, Josh, Josh!

Voy por la mitad de la plataforma y no sé si tengo ganas de matarla o de darle un abrazo. Lo cierto es que Janice siempre consigue que me olvide de la tortura que es la rehabilitación. Es una buena fisioterapeuta, pero sobre todo es una buena chica.

—Ah... —me dejo caer sobre la silla cuando consigo llegar al otro extremo—. Agua, por favor.

Me bebo de un trago la mitad de la botella de medio litro. Janice me observa con la satisfacción de una fisioterapeuta que ve como su trabajo está dando sus frutos. Y hay algo más. Algo que no es capaz de disimular. Las mujeres como ella son un libro abierto. Me pregunto qué es lo que le gustará de mí. Lo habría entendido si nos hubiéramos conocido cuando era un tipo divertido, atractivo y carismático, pero ahora soy un hombre desmejorado y de carácter volátil. Quizá sea de las que se sienten atraídas por los casos perdidos en procesos de reinserción. Pero yo no quiero ser el maldito proyecto social de nadie.

—Es increíble lo rápido que vas.

—No lo estaría consiguiendo sin ti —respondo, porque es la pura verdad.

Janice se sonroja sin poder evitarlo y se aparta un mechón de pelo que se ha escapado de la coleta. Es un gesto coqueto y del que ni siquiera se percata.

—Es mi trabajo.

—Eres buena.

—¿Quieres que avise a tu mujer para que vea tu progreso? —pregunta, evidentemente nerviosa y con la intención de marcar la distancia.

—No.

Janice enarca una ceja.

—¿No?

—Eso he dicho.

—Pero... —Janice intenta mantenerse al margen porque me conoce, pero al final sucumbe—. Estoy segura de que le gustaría ver como te mantienes en pie. No la prives de eso. Para ella también será importante.

—Te acompaño a la salida.

Janice lo deja estar cuando comprende que no voy a dar mi brazo a torcer. No me apetece que Helena me vea agarrarme a la barra. Donde Janice ve esperanza, yo veo indefensión. Es lo último que necesito: despertar la compasión de Helena. Porque lo único que deseo es aquello que no puedo tener: que ella me mire como lo hacía en la universidad. Como lo hizo el día que nos casamos en Las Vegas. Anoche me quedó muy claro que Helena me está ocultando algo. Me rehúye constantemente y me mira como si fuera ese marido débil con el que tiene que cargar. No lo soporto. Estoy furioso con ella. Estoy furioso con el tío que aprovechó que yo no estaba en su vida para mover ficha. Porque sé que Helena jamás se habría fijado en otro si yo hubiera estado a su lado.

Acompaño a Janice hasta su coche. Estamos en silencio durante todo el trayecto y sé que se está preguntando por qué he mantenido a Helena fuera de mi pequeño avance. Me gusta que Janice no se empeñe en empujar la silla porque sabe que puedo hacerlo. Pero sobre todo me gusta pasar tiempo con ella porque siento que sigo siendo un hombre capaz de despertar atracción en el sexo contrario.

—¿Cuál es tu pensamiento positivo de hoy?

—Hoy no.

—Vamos, esfuérzate un poco. Te cuento el mío —me dice sin ocultar su ilusión—. Ayer conseguí que mi tío Charlie hiciera las paces con mi madre. Llevaban casi dos años sin hablarse por una tontería y conseguí que descolgara el teléfono. Me siento tremendamente feliz porque dos de las personas más importantes de mi vida se han reconciliado.

—Me alegro por ti.

Janice percibe mi malestar y me mira pensativa. Está a punto de subir al coche, pero se lo piensa mejor y hace la pregunta de rigor.

—¿Quieres hablar de algo?

—Creo que mi mujer me engañó con otro mientras estaba en coma —le confieso, y ni siquiera sé por qué lo hago. Quizá porque ella es la única persona con la que no me da vergüenza desnudarme en este momento. Total, me ha visto en los momentos más vulnerables. Me ha escuchado aullar de dolor y maldecir en voz alta. Con ella no tengo que aparentar algo que no soy.

—Ay, madre... Soy pésima para este tipo de situaciones —responde abochornada, y no es la clase de respuesta de manual que esperaba oír—. Esto... ¿sabes que el mundo no se acaba porque te hayan sido infiel?

—Pues sí que eres pésima ofreciendo consuelo.

—¿Tan seguro estás de que tu mujer te engañó con otro?

—No lo sé. Eso creo. Puedo estar equivocado. Ella lo negó cuando se lo pregunté.

—Es para negarlo, Josh. ¿Cuánto tiempo pasaste en coma?

—Más de quince meses.

Janice da un silbido.

—Es mucho tiempo para estar sola, ¿no crees?

—¿La estás disculpando?

—¿Tú te habrías mantenido fiel durante tanto tiempo? —lo pone en duda, y no respondo porque los dos sabemos de sobra la respuesta—. Ni siquiera lo veo como una infidelidad si solo hubo sexo. Las mujeres tenemos las mismas necesidades que los hombres, aunque nos veáis como seres puramente románticos y que solo se acuestan con el amor de su vida. Estabas en coma y los médicos te dieron por muerto. Puedo entender que se sintiera sola y buscara consuelo en la compañía de otra persona.

—¿Y si encontró algo más que consuelo? —pregunto aterrado.

—Eso te lo tendrá que responder ella —me dedica una mirada comprensiva—. Tercer curso de la universidad. Creí que Liam y yo estábamos hechos el uno para el otro. Fue mi primer amor. Literalmente bebía los vientos por él y ya me había hecho a la idea de que me pediría matrimonio cuando acabáramos la universidad. Era la primera vez que le presentaba un novio formal a mis padres. Nunca había estado tan segura de una relación.

—¿Y qué pasó?

—Me la pegó con mi mejor amiga.

—No fastidies.

—Los pillé en su cama. Al pobre idiota lo único que se le ocurrió decir fue: «Janice, te juro que esto no es lo que parece». Y lo peor de todo no fue que me engañara con ella, sino que yo estaba dispuesta a perdonarlo porque podía entender que solo había sido un revolcón.

—Pero no fue solo un revolcón.

—Hoy están casados y tienen una hija. Perdí a mi novio y a mi mejor amiga. ¿Y sabes qué? No fue el fin del mundo. Aquel año estuve a punto de suspender los exámenes porque no me concentraba. Cada vez que los veía por los pasillos de la universidad tenía ganas de arrancarles la cabeza. Pero decidí que aquella situación no se llevaría lo único que amaba más que a nada: mi sueño de ser fisioterapeuta. Lo que quiero decir es que, si yo estuviera en tu lugar, podría perdonar una infidelidad dadas tus circunstancias. Pero si al final se trata de algo más importante, quiero que recuerdes que el mundo no se acaba porque tu matrimonio lo haga. Prométemelo, Josh.

—No te lo puedo prometer.

—Eres un buen tío —Janice se arrodilla para quedar a mi altura—. Eres gracioso sin pretenderlo, vas a levantarte de esa silla y sabes de sobra que no necesitas a ninguna mujer para salir adelante. Prométemelo, Josh. Ya sabes que puedo ser muy pesada.

Janice me da la mano y me mira con afecto.

—Te lo prometo, pesada.

—¿No me lo estarás diciendo para que me vaya?

Los dos nos reímos. Janice suelta mi mano y me da un abrazo que me deja confundido porque no me lo esperaba.

—Hueles a aceite de almendras.

—Porque el perfume que me gusta vale demasiado para comprármelo —me guiña un ojo.

—Quizá si te portas bien...

—¡Soy un ángel!

Janice me dedica una sonrisa amplia antes de subirse al coche.

—Solo por curiosidad. ¿Cuál fue tu reacción cuando los descubriste?

—Mi primera reacción fue salir corriendo porque estaba en shock —responde, y me decepciona un poco. Pero luego añade con tono jocoso—: Regresé al cabo de cinco minutos. Liam se estaba subiendo los pantalones. Me acerqué a ella y le solté: «espero que te haya valido la pena perder a una amiga por un tío con micropene y que se quedará calvo antes de cumplir los treinta». Fíjate si no me equivocaba que no ha llegado a los treinta y ya tiene más entradas que Nicolas Cage. La herencia paterna nunca miente.

Me río y la despido con la mano. Janice pisa el acelerador y doy gracias de no estar sentado en el asiento del copiloto. Por lo poco que he visto es una pésima conductora. Aunque he de reconocer que me encantaría tener su autoestima para recuperarme de una ruptura. Solo espero que si

Helena me engañó fuera solo sexo. Creo que podemos superarlo si se trató de un revolcón sin importancia. Porque en caso contrario, no sé si voy a ser capaz de cumplir la promesa que le he hecho a Janice.

HELENA

Ayer debería haber ido con Hannah a la farmacia para comprar la prueba de embarazo, pero la inesperada visita de Stella alteró nuestros planes. Por eso hemos quedado en ir esta tarde. Así que llevo toda la mañana trabajando en el manuscrito de Lady Susan, que al final he decidido incluir en el catálogo de la editorial, porque trabajar me ayuda a mantener la mente ocupada. Buena falta me hace. No sé si me equivoqué en pedirle ayuda a Blake la otra noche, pero ¿qué otra opción tenía? El problema es que mi pulso se acelera cada vez que lo tengo cerca y sé que lo mejor para todos es que mantengamos la distancia.

Estoy hecha un mar de dudas. Me cuesta ponerle nombre a mis sentimientos porque tengo el corazón dividido. Odio verme a mí misma como una persona tan indecisa. Si me hubieran preguntado hace unos meses si es posible amar a dos hombres, habría respondido sin dudar que el amor verdadero no entiende de dobleces. Porque cuando me casé con Josh veía el amor como un sentimiento absoluto. Posesivo. Desbordante. Pero Blake me enseñó que hay otra forma de querer. Más calmada. Que no te hace daño. En la que puedes entregar lo justo sin renunciar a ti misma.

Los quiero a los dos. Sé que parece absurdo. Egoísta. El capricho de una mujer que no sabe lo que quiere. Porque cuando estaba en la universidad tenía muy claro que quería construir mi futuro alrededor de Josh. Lo único que sé ahora es que no voy a construir mi vida alrededor de un hombre. En su día cometí un error al renunciar a mis sueños porque prioricé mi matrimonio. Puede que no sepa lo que quiero —todavía—, pero lo averiguaré en un futuro y lucharé por conseguirlo.

Solo tengo algo claro: seré sincera con Josh cuando se levante de la silla. Lo miraré a los ojos y le hablaré sin tapujos. Le explicaré que en el pasado nos hicimos mucho daño y que tomé la decisión de divorciarme. Le diré que no estoy segura de que tengamos un futuro juntos. Y me armaré de valor y le confesaré que me acosté con Blake porque este secreto me está pudriendo por dentro.

Josh nos odiará, Blake tiene razón. Pero quizá con el tiempo pueda llegar a perdonarnos. Yo necesito perdonarme a mí misma porque llevo demasiado tiempo sintiéndome culpable. Por el accidente de Josh. Por mis sentimientos por Blake. Por intentar ser feliz a pesar de que la vida no me lo ha puesto fácil.

—Pensé que estabas trabajando.

Me encuentro a Stuart cuando voy a la cocina para servirme un vaso de limonada. Me extraña

verlo con el pijama puesto porque ya es casi medio día. Pero su expresión atormentada lo dice todo.

—Me he levantado con treinta y ocho de fiebre.

Le pongo la mano en la frente para constatar que está muy caliente.

—¿Has llamado al médico?

—¿Por una gripe? —señala el cuenco de sopa de pollo que hay sobre la mesa—. La receta de Hannah es mejor que cualquier antibiótico. Mañana estaré como nuevo.

—Eso espero —me siento a su lado para hacerle compañía—. Pero mañana llamaré al médico si no mejoras.

—Se te echa de menos.

—Pero si estoy aquí.

—Ya me entiendes —Stuart toma una cucharada de sopa—. Nos habíamos acostumbrado a que trabajases con nosotros.

—Seguro que os las apañáis sin mí.

—¿Tú no lo echas de menos?

—Sí... —se me escapa un suspiro de añoranza—. Muchísimo.

—¿Y por qué no aprovechas el tiempo que estés aquí?

—Tengo trabajo —le doy un golpecito a la Tablet—. Fue bonito mientras duró, pero mi vida no es esta.

—Las prioridades cambian. Que estudiaras para ser editora no quiere decir que tengas que serlo durante el resto de tu vida. Yo era albañil antes de llegar al rancho.

—Qué dices —respondo sorprendida, porque pensé que ya había nacido con el sombrero de cowboy y la pasión por los caballos.

—Me quedé en paro y cogí el primer autobús con destino a Texas. Llegué por casualidad al rancho cuando el padre de Blake y Josh todavía vivía. Mi intención era quedarme durante un tiempo hasta que me saliera algo de lo mío, pero acabé enamorándome de este trabajo. Y aquí sigo. Las prioridades cambian.

—Yo no tengo muy claro cuáles son mis prioridades —le confieso en voz baja, a pesar de que nadie nos escucha.

—Josh se marchará tarde o temprano.

—Lo sé.

—No estás obligada a seguirlo.

—Es mi marido.

—¿Y qué?

Parpadeo sin entender, o sin querer entender, a qué viene ese comentario. De repente me siento muy incómoda y me levanto.

—No soy la clase de hombre que se mete donde no me llaman, pero a estas alturas te he cogido el suficiente cariño para considerarte una amiga. Permíteme que te dé un consejo: disfruta del momento mientras estés aquí. Mi padre solía decir que las personas nacemos con una vida que nos esforzamos en desperdiciar porque creemos que tenemos tiempo de sobra.

—Yo creo que lo mejor para todos es que me vaya cuanto antes.

—Y yo creo que lo mejor para ti es que hagas lo que te dé la gana.

Se me escapa una sonrisa porque es una forma muy radical de verlo. Supongo que a estas alturas es inútil disimular con Stuart. Me tiene muy calada y sabe lo que pasa. En el fondo me siento muy aliviada de no tener que fingir. Es agotador actuar como si fueras otra persona.

No sé por qué lo hago, pero ensillo a Daisy y cabalgo en dirección a dónde sé que voy a encontrar a Blake y a Bill. El ganado está pastando en una explanada de hierba fresca y los dos vaqueros están recostados bajo la sombra de un árbol para protegerse de los intensos rayos de sol. Bill está roncando a pierna suelta y no me oye llegar. Blake levanta la cabeza y me mira extrañado.

—¿Qué hay de «el lugar más seguro para un vaquero es a lomos de su caballo»?

—¿Qué haces aquí? —no hay acritud en su voz, sino una visible sorpresa.

—Os falta uno y he venido a echar un cable.

—¿No tienes trabajo?

—Sí —me siento un poco desilusionada porque me reciba con tanta frialdad—. Pero me apetecía arrear al ganado.

Daisy relincha y Bill se levanta sobresaltado. Me entra la risa floja y Blake también se ríe. Bill se pone de pie de un salto y se sacude los pantalones.

—No estaba dormido.

—Ya, estabas descansando los ojos —me burlo.

—¿Significa eso que vas a ayudarnos con el ganado? —pregunta, al verme subida a lomos de Daisy.

—Si al jefe le parece bien —hago un gesto con la cabeza en dirección a Blake.

—Vamos, se acabó la pausa. Tenemos trabajo.

Blake camina hacia Balder y coloca un pie en el estribo. Bill no puede disimular la alegría que le produce volver a tenerme con ellos.

—Eso es un sí.

—Supongo.

Espoleo a Daisy para seguir a Blake en dirección al ganado. Bill se suma a nosotros y obedecemos las instrucciones de Blake para reorganizar a las reses. Hace un calor terrible y no me extraña que se tomaran un descanso. Pero a pesar del sol abrasador y el sudor que me corre por la nuca, disfruto enormemente de la sensación de libertad. El olor a tierra y a naturaleza pura. De un día luminoso en el que no hay ni una nube en el cielo de un precioso tono turquesa.

—Cuidado ahí delante.

Observo atentamente hacia dónde señala y no encuentro nada fuera de lugar. Blake aminora la velocidad hasta colocarse junto a mi montura.

—Las madrigueras.

Me fijo en los pequeños hoyos que hay en el terreno arenoso y tiro de las riendas hacia el lado contrario para esquivarlos.

—¿Son peligrosos?

—Mira, ahí tienes a uno de ellos. Se llaman perritos de pradera.

Un animal rechoncho, de patas cortas y pelaje castaño, similar a una marmota, asoma la cabeza por encima del hoyo y se esconde en cuanto escucha el sonido de los cascos de los caballos.

—¡Es una criatura adorable!

—Esas ratas pueden tirar a un jinete de su caballo. Y si no que se lo pregunten a Bill.

—¡Doy fe! —exclama unos metros por delante.

—Sus madrigueras tienen hasta diez metros de profundidad. Si el caballo tropieza con una de ellas, te puedes imaginar lo que sucedería. Bill saltó por los aires y se partió una pierna. Trescientos de ellos comen casi tanta hierba como una vaca y su cría. En el siglo XX llegaron a ser una plaga en Texas con más de cuatrocientos millones de perritos.

—¿Y qué sucedió con ellos?

—La mayoría fue aniquilada y su población ahora está controlada. ¿Te siguen pareciendo adorables?

—Sí —respondo con la boca pequeña, con tal de no darle la razón—. Pobrecitos, ellos no tiene la culpa de que sus madrigueras estén en los lugares menos apropiados para nosotros. ¿Por qué los llaman perritos de praderas?

—Su grito de alarma es parecido al de un perro.

Cada vez que estoy con Blake aprendo algo nuevo, y eso, para una mujer tan curiosa como yo, no tiene precio. Como tampoco lo tiene trabajar como vaquera y pelearme con el lazo corredizo porque hace un tiempo me prometí que terminaría cogiéndole el tranquillo. Bill se ríe a mi costa cuando lo único que consigo es arrojarlo sin gracia y arrancar una brizna de hierba.

—Algún día lo conseguiré —les prometo malhumorada.

—No se te puede dar todo bien. Llegas aquí, aprendes a arrear el ganado en un tiempo récord, le das una paliza a los dardos a Blake...

—No me dio una paliza —responde indignado.

—¡Y tanto que sí! —exclamamos los dos al unísono.

—Me ganaste por los pelos.

—Tú y yo recordamos aquella partida de manera muy diferente, John Wayne.

—Siete puntos de diferencia, rubia.

—Te aniquilé.

—Será posible... —Blake sacude la cabeza y a sus labios asoma una sonrisa socarrona—. Te hecho una carrera hasta las cuerdas para que se te bajen esos humos.

—Estoy desentrenada. No es justo.

—Te doy ventaja.

—No quiero ventaja.

—Porque sabes que ni con esas puedes ganarme.

—¡Vas a morder el polvo! —grito, antes de espolear a Daisy.

No puedo evitar entrar en su provocación. El corazón me late desbocado cuando escucho el relinchar de Balder. Sé que no tengo nada que hacer contra Blake, pero disfruto de lo lindo agitando las riendas de Daisy y gritándole que corra todo lo rápido que pueda. Me gusta la sensación de velocidad. El viento cálido acariciándome el pelo. La adrenalina recorriendo mis venas. Soy tremendamente feliz cuando monto a caballo. Blake me adelanta antes de que consiga llegar a las cuadras. Por el rabillo del ojo veo su sonrisa de suficiencia. Es tan competitivo como yo.

—Por los pelos —digo, cuando bajo de la montura.

—Te he dejado creer que podías ganarme.

—¡Porque casi lo he conseguido!

—En tus sueños, rubia.

Meto la mano en el abrevadero de los caballos y lo salpico para que se le bajen los humos.

—Yo he visto la cosa muy empatada —responde Bill nada más llegar.

—¿A qué sí?

—Tú siempre te pones de su parte.

—Porque es más simpática que tú.

—Tampoco es muy difícil...

Blake nos fulmina con la mirada y los dos nos reímos.

—Te toca bañar a los caballos —le ordena Blake—. Por reírte del jefe.

—Qué humos se gasta John Wayne...

Acompaño a Blake al interior de las cuadras para quitarle la montura a Daisy. Le doy una zanahoria como premio por haber estado a la altura. Le estoy acariciando la crin cuando Blake pasa por mi lado para coger el rastrillo y entra en el habitáculo de Balder para adecentarlo.

—¿Te pudo ayudar?

Ya he cogido un rastrillo y él me hace un hueco para que barra el fondo. Limpiamos el box de los restos de paja sucia y lo cubrimos con paja nueva para que Balder pueda descansar en su nueva cama. Luego hacemos lo mismo con el box en el que duerme Daisy. Durante toda la tarea estamos en silencio y nos damos la espalda. Pero me es imposible no espiarlo de reojo. Los músculos de sus brazos, contrayéndose cuando hace algún movimiento. La espalda ancha y el gesto concentrado. No es ni medio normal lo bien que le sienta el sombrero de cowboy.

—Me extraña que hayas tardado tanto en volver al trabajo.

—Lo de hoy es una excepción. Lo echaba mucho de menos y he pensado en echaros un cable porque os faltaba un vaquero.

—No necesitas ninguna excusa para arrear el ganado.

Me muerdo el labio y no digo nada. Sabe de sobra por qué he mantenido la distancia. Terminamos de preparar la cama de Daisy y me tropiezo con él cuando intentamos salir al mismo tiempo. Blake es enorme y estoy a punto de caerme de espaldas. Él me sostiene por los brazos con esa mezcla de fuerza y delicadeza que lo caracterizan. El calor me invade de golpe. Me pregunto si algún día me acostumbraré a la sensación que produce en mi cuerpo cada vez que me toca. Sé cuál es la respuesta.

—No te he visto.

—Pues ya es difícil.

—Tampoco eres tan grande.

—¿No?

—De pequeño puede que te dieran de comer demasiados petit suisse, pero no eres tan impresionante.

—Sí que lo soy —responde sin un atisbo de duda ni de chulería. Simplemente lo afirma porque es la pura verdad—. Tú también eres alta.

Y aun así me saca más de una cabeza. No voy a negar que me encanta lo grande que es porque Blake es la clase de hombre que te hace sentir segura. Siempre he tenido la sensación de que a su lado no me podía suceder nada malo. Sé que es absurdo, pero es la pura verdad. Porque Blake es la clase de hombre protector y por el que nunca creí que podría sentirme atraída. No es para nada mi tipo, pero...

—La respuesta es no —dice.

Es entonces cuando me doy cuenta de que sigue sosteniéndome por los hombros. Me gusta que lo haga. Casi estoy tentada de pedirle que no me suelte nunca.

—No te entiendo.

—La respuesta a la pregunta que me hiciste anoche. Me preguntaste si no sería mejor que no nos hubiéramos conocido. La respuesta es no.

—Era una pregunta retórica.

—No lo era —niega con tono categórico—. Querías que yo te dijera que había merecido la pena conocerte, pero no tuve el valor para decírtelo. No me arrepiento, Helena. De nada.

—Blake...

—De nada.

—Para, por favor.

—¿Cómo me iba a arrepentir de algo tan bueno? —insiste sin querer escucharme.

Sus manos se deslizan por mis hombros en dirección a mi cuello. Mi estómago se contrae cuando me acaricia la piel con una ternura que me abrume. Trago con dificultad y le sostengo la mirada con mucho esfuerzo. Esto es mucho más peligroso que el sexo y las ganas contenidas. Lo que veo en sus ojos es más profundo. Honesto. Real. Y me da miedo.

—Jamás podría arrepentirme de haberte conocido y quiero que sepas que fui un capullo mentiroso y cobarde el día que nos despedimos en el coche. Ojalá pudiera dar marcha atrás. Lo siento tanto...

Blake me estrecha entre sus brazos con la intención de besarme. Cierro los ojos y me es imposible no sucumbir a él. A todas las promesas que nos hicimos en su día. A lo mucho que me gusta y a lo bien que me siento cuando estoy con él. Las mariposas revolotean en mi estómago cuando su boca roza la mía. Al principio con cautela, casi pidiéndome permiso. Luego con un anhelo en el que me permito perderme durante unos segundos que me saben a gloria. Hasta que consigo encontrar mi fuerza de voluntad y pongo las manos en su pecho. Blake suspira contra mis labios. Apoya su frente contra la mía. Se niega a soltarme.

—No puede ser, ¿verdad? —dice con voz grave.

—No.

—Siempre he sido un hombre racional, pero te juro que en este momento mandaré todos mis principios a la mierda con tal de estar contigo.

—Me he acostado con Josh.

Blake aparta la cabeza y me mira desconcertado. No lo he dicho para hacerle daño porque es lo último que querría en la vida. Pero sé que esta es la única manera de apartarlo de mí. Aunque me

odie por ello.

—De puta madre, Helena.

Blake me suelta, se quita el sombrero y se pasa una mano por el pelo. No sé si está dolido, furioso o ambas cosas.

—Es mi marido.

—No hace falta que me lo recuerdes —responde con voz queda—. Porque ya me podía hacer una idea de que tú y él tendrías intimidad. No era necesario que me lo escupieras a la cara.

—Tú también te acostaste con aquella mujer —siento la inesperada necesidad de justificarme—. Estoy haciendo lo que me pediste...

—Yo no me acosté con aquella mujer. No pude. Fui incapaz de borrarle de mi cabeza y te juro que no será porque no lo he intentado.

La confesión me deja tan desconcertada que no sé ni qué decir. Siento un alivio tremendo, para qué negarlo. Sé que es egoísta, pero la verdad es que no soportaba que Blake se hubiera acostado con otra. Blake no me mira y no me quiero ni imaginar cómo debe de sentirse después de lo que le he dicho. Quería apartarlo de mí. Genial, lo he conseguido. Entonces, ¿por qué me siento como una auténtica basura?

—Lo siento.

—No me pidas perdón, Helena —Blake se vuelve hacia mí con la expresión crispada—. No tengo derecho a pedirte explicaciones. Ese es el problema.

Blake ni siquiera me mira cuando sale de las cuerdas. Me quedo tan hecha polvo que durante unos minutos permanezco allí de pie, sin saber qué hacer. Si la forma más efectiva de alejar a Blake de mí era rompiéndole el corazón, el mío también se ha roto cuando se ha dado cuenta de que ya no es capaz de mirarme a los ojos.

BLAKE

No estoy celoso. Reducir lo que siento a un ataque de celos sería ridículo. Ni siquiera estoy enfadado con Helena. Estoy cabreado conmigo mismo porque gracias a mi cobardía la he perdido. Ahora Helena está haciendo su vida con Josh y ni siquiera tengo derecho a mostrar en público mis sentimientos.

Me froto la cara. Dios, cuánto necesito un cigarro en este momento. A la mierda la promesa de dejar de fumar. Cojo el paquete de tabaco que tengo guardado en el bolsillo trasero del pantalón y que tenía pensado tirar a la basura. No es un buen momento para abandonar el vicio. Demasiada tortura es fingir que no estoy enamorado de mi cuñada. Todo tiene un límite. Yo ya he llegado al mío.

—Tío, ¿tienes un mal día o quieres matar a alguien?

Expulso una bocanada de humo. Mierda, es Josh. Justo la última persona a la que quiero ver en este instante. Enderezo los hombros porque una parte de mí se pone a la defensiva al verlo como el hombre con el que está casada Helena. La otra sabe que es absurdo y se limita a intentar expulsar la rabia. Ahí tienes el amor, ese sentimiento tan bonito del que hablan las películas. Convierte al tipo más taciturno y comedido en el ser más primitivo e irracional del mundo. No me reconozco. Intento ablandarme porque mi hermano no se merece que pague mi frustración con él.

—Un mal día —respondo, porque no le puedo decir otra cosa—. Si vienes con ganas de guerra...

—Vamos a aparcar a un lado nuestras diferencias —dice con tono conciliador—. Por nosotros. Por la abuela.

—Me parece bien.

—Si quieres que retire la denuncia contra Stella, lo haré. No me parece lo correcto, pero lo haría por ti.

—No.

Josh me mira sorprendido.

—¿En serio?

—Stella me llamó en cuanto le llegó la denuncia.

—Me imagino que no fue una conversación amigable...

No soy la clase de hombre que se desahoga con los demás, pero si algo me ha enseñado Helena es que no puedes ir por la vida actuando como si no necesitaras a nadie. Así que se lo cuento todo a Josh. La amenaza de Stella y su inesperada alianza con Walton.

—Qué hija de puta —la voz de mi hermano es un rugido de rabia—. Ningún juez la tomará en serio. Cualquiera que te conozca un poco sabe la clase de padre que eres. Todos testificaremos a tu favor. Le demostraremos al juez que no hay mejor hogar para Avery que el rancho. Puedes estar tranquilo, Blake.

—No estoy tranquilo.

Josh me da una palmada afectuosa en la espalda.

—Tienes que estar preparado para que Avery testifique en el juicio.

—No voy a mezclarla en esto. Es solo una niña.

—Tu hija no es tonta. Tiene una inteligencia emocional que está por encima de los críos de su edad. Es muy difícil engañarla. No vas a poder mantenerla al margen todo lo que te gustaría.

—Ya lo sé. Pero, de todos modos, no voy a permitir que Avery pase por un trauma semejante. No quiero que se vea obligada a elegir entre su madre o yo. A la abuela ni una palabra de esto.

—No soy imbécil.

—Por si acaso.

Josh pone los ojos en blanco. Me había olvidado de lo bien que me sienta hablar con mi hermano. Por eso me aterra tanto perder este vínculo tan frágil que tenemos. No lo soportaría. Josh no se hace una idea de lo mucho que lo quiero. Si se entera de lo que sucedió entre Helena y yo, pensará que no me importa.

—¿Tú crees que sobrevivirá a este verano?

—No lo sé, Josh —le soy del todo sincero—. El médico no es optimista. Me dijo que para una persona más joven cabría algún tratamiento que le alargara la vida, pero con ella no pueden arriesgarse a meterla en un quirófano. No soportaría la operación. Lo único que le ofrecen son cuidados paliativos.

—A veces la veo muy bien.

—Tiene sus rachas.

—Menuda mierda... —Josh aprieta los labios y su mirada se torna vidriosa—. Ella me ayudó a salir del coma. Pensarás que es una locura, pero escuché la voz de la abuela antes de despertarme.

—Yo creo que la abuela es medio bruja —lo digo totalmente en serio. Mi abuela es la mujer más sabia que he conocido en mi vida. Siempre va un paso por delante de los demás. Josh afloja una sonrisa y aprovecho que ha sacado el tema para abordarlo—. Nunca hablas de tu experiencia al estar en coma. Quizá te vendría bien hablar del tema.

—Qué sorpresa. Me preguntaba cuánto tiempo tardaría Helena en irse de la lengua —responde con sorna y la voz afilada—. Ya te ha hablado de mis pesadillas.

—Se preocupa por ti.

—No se preocupa por mí de la forma que yo necesito.

—Te quiere —siento el impulso de defenderla—. ¿Te sentirías mejor si mirase para otro lado?

—¡Estoy bien!

—No lo estás —me vuelvo hacia él y le pongo una mano en el hombro—. Es normal que estés asustado. Has pasado por una experiencia traumática. No sirve de nada que ignores lo que te está sucediendo. No soy psicólogo, pero tal vez podría escucharte. Intentar entenderte.

—Nadie me puede entender. Y no necesito ir a un maldito psicólogo.

—Está bien —le doy un apretón cariñoso en el hombro—. Eres un luchador. Los médicos te habían desahuciado y aún así te aferraste a la vida. Te estás recuperando con una velocidad que nos ha dejado a todos sin palabras. Tener pesadillas no te hace menos hombre. ¿O te crees que yo no he tenido ninguna?

—No me regales los oídos.

—Maldita sea, Josh —aparto la mano y me la paso por la barbilla—. Estoy intentando ayudarte y me lo pones muy difícil. Dime cómo tengo que hacerlo para no cagarla.

—No hagas nada. No te he pedido ayuda.

—Solo me preocupo por ti.

—Haberlo hecho antes.

—¿De verdad quieres hacer esto justo ahora? Porque por mí no hay ningún problema. Sé que tenemos una conversación pendiente.

—Yo no soy tu hermano.

—Qué cojones dices.

—Que no hace falta que vayas de digno conmigo. Lo entiendo. Helena te ha pedido que hables conmigo y tú, que eres un puto santo, obedeces porque siempre haces lo que se espera de ti. Pero yo no soy tu hermano. Fue lo que me escupiste aquel día —me recrimina con todo el rencor que tenía guardado.

—Te pedí perdón.

—Vete a la mierda. Me pediste perdón a tu manera. Hay que joderse. Me pediste perdón con esa arrogancia que te caracteriza porque nunca entendiste que me marchara a Chicago.

—¡Porque te necesitaba aquí!

—No me respetas.

—Eso es mentira.

—No tenemos una relación de iguales —estoy a punto de intervenir, pero Josh me corta con un aspaviento—. Y no me vengas con que tú eres el hermano mayor y te comportas como tal, porque no va de eso. Aquel día te quitaste la careta y me dijiste lo que pensabas de mí desde hacía muchos años.

—Tú estás delirando. No tengo la culpa de tus problemas de autoestima.

Ambos nos volvemos hacia la persona que acaba de salir al porche. Helena nos mira alucinada e incómoda.

—Perdón, las voces se escuchaban desde dentro. Solo venía a pedirnos que hablaseis más bajo porque vuestra abuela acaba de echarse la siesta y no quería que la despertara. Ya me voy.

—No, quédate —le pide Josh con amargura—. ¿No querías saber lo que pasó entre mi hermano y yo?

—Es cosa vuestra.

—Ya va siendo hora de que sepas la clase de hombre que es mi hermano. De que te enteres por qué no quería venir al rancho ni presentarte a mi familia.

—Josh, por favor —le pido avergonzado.

—¿Qué pasa, Blake? ¿Te parece mal que mi mujer se entere de que soy adoptado? Porque aquel día no tuviste ningún problema en escupírmelo a la cara.

Helena abre los ojos de par en par. Josh sonrío con pesar y extiende los brazos como queriendo decirle: «ahí tienes la puta verdad». Yo no sé ni dónde meterme. Si hay una persona que no

querría que se enterase de lo que sucedió entre nosotros, esa es ella. Porque va a dejar de verme como el tipo íntegro y leal a los suyos.

—Blake quería que me quedase en el rancho. Intentó convencerme para que no fuera a la universidad. ¿Qué pasa, no dices nada? —me alienta cuando guardo silencio—. Muy bien, ya lo hago yo por ti. Para Blake mis sueños no valían nada. Lo primero era el rancho. Lo segundo el rancho. Y lo tercero, el rancho. Por eso me gritó que era un egoísta cuando decidí que mis sueños valían tanto como los suyos. Y me dijo que no merecía que nuestros padres me hubieran adoptado porque era un desagradecido de mierda. ¿Se me ha olvidado algo, Blake?

—No.

Josh baja por la rampa y Helena intenta seguirlo, pero la detengo porque sé que mi hermano solo pagaría su rabia con ella.

—¡Déjame!

—Dale su espacio. Lo necesita. No serviría de nada hablar con él ahora.

Helena suspira y se está quieta.

—Espero que tengas razón.

Me da tanta vergüenza mirarla después de lo que le ha contado Josh que evito su mirada. Pero me lo pone fácil y tampoco me busca. Me pregunto lo que estará pensando y llego a la conclusión de que debe creer que soy una persona horrible. Nos sumimos en uno de esos tensos silencios que parecen eternos, hasta que ella se anima a romperlo.

—¿No me vas a dar tu versión?

Ahora sí me mira, y me sorprende no encontrar decepción o recriminación en sus ojos, sino una palpable curiosidad.

—Josh ha hecho un resumen bastante sincero.

—Quiero oírlo de tu boca.

Así que es eso. Helena se niega a creer que le fallé a mi hermano. Supongo que no puede soportar el haberse acostado con alguien como yo. Pero no soy tan bueno como todos piensan. Estoy lejos de ser perfecto.

—Es lo que hay, Helena. Fui un gilipollas. Me equivoqué.

—Insisto.

Hablo de mala gana porque sé que ella no va a dejarlo estar. Helena es la persona más obstinada

que conozco después de mí.

—Estábamos pasando por una mala época en el rancho. Hubo una temporada de heladas que destrozó los pastos. Tuvimos que vender gran parte del ganado a la mitad de precio para subsistir. Fíjate si estaba desesperado que estuve a punto de tirar la toalla y aceptar la oferta de Walton.

—No te creo.

—Es la pura verdad —le explico con honestidad—. Se me pasó por la cabeza durante una fracción de segundo porque era la opción más fácil. Ni siquiera podía pagar los salarios de Stuart, Bill y Hannah. Ellos le restaron importancia y se quedaron a mi lado. Todos arrimamos el hombro para salir adelante como pudimos.

—Menos Josh. Por eso lo culpaste —adivina sin acritud.

—Sí —respondo desolado—. Era la primera vez que el rancho se me venía encima. Estaba completamente superado por la situación y di por hecho que él se quedaría con nosotros. Toda ayuda era poca para salir adelante. Cuando me dijo que se iba a estudiar fuera, pensé que el rancho no le importaba tanto como a mí. Estaba furioso con él porque era el legado de nuestros padres. Se me juntó todo. Stella y yo acabábamos de separarnos y me presionaba con la niña. Íbamos fatal de dinero. El temporal de aquel año nos dejó en la ruina. Necesitaba a mi hermano, y en vez de explicarle cómo me sentía, actué como un capullo y le grité cosas horribles. Por aquel entonces Josh acababa de enterarse de que era adoptado.

—No tenía ni idea de que lo fuera. Jamás dijo ni una palabra. Pero ¿tanto importa?

—Para él sí. Cuando mis padres lo adoptaron, yo tenía diez años y me hicieron prometer que jamás se lo contaría.

—¿Por qué?

—Supongo que hay dos formas de enfrentarse a una situación semejante: le cuentas la verdad o se la ocultas porque temes que cuando sea mayor busque a sus padres biológicos. Me imagino que a mis padres les daba miedo la segunda opción. Yo lo único que hice fue cumplir con su voluntad. La adopción de Josh fue una casualidad del destino. Mis padres llevaban bastante tiempo intentando tener otro hijo. Casi desde que yo nací. Y de repente, un bebé llorón nos despierta a las tantas de la madrugada. Alguien lo había dejado abandonado en el porche. Un recién nacido envuelto en una manta y con una nota: «por favor, cuidad de él. Sé que sois una buena familia».

—Qué dices...

—Justo donde tú estás.

Helena se mira los pies y frunce el ceño.

—Yo solo tenía diez años, pero recuerdo perfectamente el alboroto que se formó. Mis padres se miraron y comprendieron que era un regalo del destino. La abuela eligió su nombre.

—¿Cómo se enteró?

—De la peor forma. Tenía diecisiete años y llevaba bastante mal la muerte de nuestros padres. Cuando falleció nuestro abuelo, yo me convertí en algo muy parecido a una figura paterna. Estaba rebuscando entre las pertenencias del despacho de mi padre porque quería encontrar una foto y dio con su partida de adopción. Te puedes imaginar la cara que se me quedó cuando se plantó delante de mí y me exigió una explicación. No me quedó otra opción que contarle la verdad.

—¿Se lo tomó mal?

—Fatal —recuerdo el momento y se me parte el alma—. Actuó como si todos lo hubiéramos engañado a propósito. Me llamó mentiroso. Exigió conocer a sus padres de verdad y yo le dije que se dejara de gilipolces porque sus padres, que también eran los míos, habían muerto en un accidente de tráfico. Me costó un gran esfuerzo que se calmara y desde entonces la muerte de mis padres se convirtió en un tema vetado para él. Siempre he tenido la impresión de que Josh está resentido con ellos por no haberle contado la verdad. Pero qué se yo. Nunca me atrevo a sacar el tema porque se pone hecho una furia...

—Ahora me cuadra todo... —Helena se frota el rostro. Parece tan apenada que tengo que contener mis ganas de abrazarla—. Por eso no hablaba de su familia. Siente que no es uno de vosotros.

—Pero eso es una tontería. Lo quiero como si fuera mi hermano de sangre. ¿Qué más da que no lo sea? Y mis padres lo amaban con locura. Era el ojito derecho de mi madre. ¡Es el ojito derecho de mi abuela! Por el amor de Dios, ya no sé cómo explicárselo. Y para colmo, aquella discusión que tuvimos lo empeoró todo. Le dije cosas terribles, Helena.

—¿Qué cosas?

—No quiero repetir las —respondo con voz queda—. Me da vergüenza.

—Me ayudarías a entenderte.

—¿Y para qué me quieres entender? Ya sabes todo lo que necesitabas para entender a Josh. Eso es lo que cuenta.

—También quiero entenderte a ti.

Suspiro derrotado.

«Y a mí me encantaría entenderte a ti. ¿Qué es lo que quieres de mí, Helena? ¿Fui un bálsamo para curar tus heridas o llegaste a sentir algo más por mí?».

—Como ya te he explicado, nuestra relación era bastante tensa por aquel entonces. Pero Josh trabajó como el que más mientras sobresalía en el instituto. Yo estaba orgulloso de él. Te lo digo en serio. No se lo decía lo suficiente porque Josh se volvió un tanto esquivo y yo... no es que sea demasiado bueno mostrando mis sentimientos —le confieso, y ella afloja una sonrisa que lo dice todo—. Era mejor vaquero de lo que yo soy. Sé que es difícil de creer, pero Josh lo llevaba en la sangre. Estaba muy tranquilo porque sabía que si yo faltaba algún día, Josh sabría dirigir el rancho. Era el mejor montando a caballo y tenía un puto don. Por eso no entendí que lo desperdiciara. No supe comprender que sus prioridades eran otras. Me quedé a cuadros cuando me contó que se iba a la universidad. Debería haberme alegrado por él. Debería haberlo animado a perseguir sus sueños. Me equivoqué. Mi padre y mi abuelo me enseñaron que el rancho es lo primero y yo seguí su palabra al pie de la letra. Pensé que de lo contrario estaría fallando a su legado. Por eso le dije a Josh que era un egoísta de tres pares de narices si no se quedaba a echarme un cable. Él respondió que tenía derecho a pelear por sus sueños y que la vida en el rancho no le llenaba. Y yo...

Respiro profundamente porque esta es la parte más difícil. Helena me mira sin pestañear. Aparto el rostro y clavo la mirada en el horizonte. El rancho no es lo primero. Lo primero es y siempre será mi familia.

—Le grité que si mis padres estuvieran vivos se habrían arrepentido de haberlo adoptado, y que debería estar agradecido porque de lo contrario habría acabado en un orfanato. Le grité que si se largaba ya no lo consideraba mi hermano. Le grité que por mí podía buscar a su familia biológica porque a la del rancho ya la había perdido.

No me dejo nada. Esa es la historia. No me he atrevido a maquillarla porque Helena merece saber la verdad. Tiene que saber la clase de hombre que soy. Ella aprieta los labios y no dice nada. Su expresión es un completo enigma.

—El resto ya lo sabes. Josh venía por obligación a ver a mi abuela y no me dirigía la palabra. Al principio intenté pedirle disculpas, pero cuando no funcionó, le recriminé que estaba dejando de lado a su familia y que la abuela no se merecía su desprecio. Él me recordó con aspereza que, ciñéndose a mis palabras, no tenía hermano ni familia. Por eso no quería visitarnos. No puedes culparlo.

—Estabas asustado.

—¿Qué?

—Estabas asustado. Tú mismo has dicho que te sentiste superado por la situación y que te habían inculcado que el rancho era lo primero.

—No me estaba justificando...

—El miedo es casi tan peligroso como la rabia. Nos hace decir cosas horribles. ¿De verdad me tengo que creer que no ves a Josh como a un hermano solo porque en un momento de debilidad

le gritaste lo primero que se te pasó por la cabeza?

—Estás siendo demasiado buena conmigo.

—Te jugaste la vida para salvar la suya —Helena me tapa la boca cuando estoy a punto de protestar que competir en una monta de toros no es jugarse la vida—. Llevabas siete años sin competir y sufriste un grave accidente. Vamos... Blake, no quieras engañarme. De no haber sido por Josh, no habrías vuelto a competir. Eso solo lo hace alguien que está terriblemente arrepentido y que quiere con locura a su hermano.

—Qué más da. Ya has visto lo que piensa de mí.

—Lo que veo es a un Josh aterrado y que quiere muchísimo a su hermano mayor. Eres su ejemplo a seguir. Lo vi en sus ojos cuando le conté que habías competido en el torneo. La sorpresa, el susto, la satisfacción de averiguar que seguías preocupándote por él. Josh solo quiere un abrazo y no sabe cómo pedirte. Para él no eres solo su hermano, también eres como un padre. Por eso le dolió tanto lo que le dijiste. Pero es demasiado orgulloso para admitir sus sentimientos.

—El orgullo de los Sackler.

—Uf...

—No va a querer escucharme.

—Habla con él igual que has hecho conmigo. Cederá. Lo conozco.

Yo no lo tengo del todo claro. Y para colmo me he acostado con su mujer. No solo eso, estoy enamorado de ella. Maldita sea, soy un hermano de mierda. Ningún torneo de monta de toros salvajes logrará paliar el daño que le he hecho.

—Necesito un cigarro.

A Helena se le van los ojos al paquete de tabaco. Su deseo es palpable. Le ofrezco un cigarro y sacude la cabeza con vehemencia. Menuda fuerza de voluntad que se gasta. La envidia. Pensé que ella era la más débil de los dos para dejar el vicio, pero ha vuelto a sorprenderme. Como siempre.

—¿Vas a dejar de fumar para siempre?

—No sé.

Se lleva la mano al vientre y frunzo el ceño. Qué respuesta más rara. No lo tiene del todo claro pero se muestra muy vehemente al rechazar el tabaco.

—No me eches el humo.

—Los fumadores que dejan el tabaco son los peores. Se pasan años escupiéndole el humo a otros en la cara, y cuando por fin lo dejan, son los más extremistas.

—Me lo pones más difícil si fumas a mi lado.

Me desplazo un par de metros y le pregunto antes de encenderlo.

—¿Así está bien?

—Un poco más —me hace un gesto con las manos como si tuviera algo contagioso.

Pongo mala cara y doy tres pasos hacia atrás.

—¿Ya?

—Perfecto —me guiña un ojo.

Le doy una calada al cigarro que me sabe a gloria.

—Gracias por no haberme juzgado.

—La vida me ha enseñado que no soy la más apropiada para juzgar a los demás. Yo cometo errores como la que más.

La observo resignado.

—¿Acostarte conmigo fue un error?

—No nos acostamos —responde nerviosa, y se aparta el pelo de la cara—. Hicimos el amor. Eso es peor.

—¿Peor?

—Siempre es peor cuando hay sentimientos de por medio —se muerde el labio y baja las escaleras del porche—. Debería ir a buscar a Josh. Creo que ya le he concedido suficiente margen.

La observo con un deje de esperanza a pesar de que no debería sentirla. Acaba de admitir que siente algo por mí. O lo sentía. ¿Cómo es posible que me sienta tan bien después de haber hecho algo tan malo? La respuesta llega en cuestión de segundos. Porque no fue malo. Hacer el amor con Helena fue maravilloso. Increíble. Lo repetiría mil veces y luego pediría disculpas por ello. Pero jamás pediré perdón por haberme enamorado de ella porque a estas alturas he llegado a la conclusión de que al corazón nadie le da órdenes.

JOSH

Maldigo para mis adentros cuando veo a Helena acercarse. Seguro que Blake le ha contado el resto de la historia. La conozco de sobra. Ahora se pondrá en plan compasiva y me explicará que ser adoptado no cambia quién soy. Qué cojones sabrá ella. Helena es la hija única de una familia en la que encaja a la perfección. Yo soy la oveja negra de un rancho. El bebé al que adoptaron por lástima. El hermanito lisiado de Blake.

Hay que joderse.

—Vengo en son de paz —me advierte en cuanto se planta a mi lado.

—Lárgate.

—Eh —Helena se pone delante de mí y me mira con algo muy diferente a la compasión. Está muy seria—. No pagues tu rabia conmigo.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Helena?

—Si vuelves a hablarme en ese tono, hago las maletas y te dejo aquí solo. ¿Te ha quedado claro?

«Como el agua».

—Sí —respondo de mala gana—. ¿Tan difícil es respetar mi espacio?

—Eres adoptado —dice ton total naturalidad—. ¿Y qué? Me lo podrías haber contado. No había razón para ocultarlo.

—¿Quieres una buena razón? ¡Todavía me escuece hablar del tema! Unos meses antes me enteré de que era adoptado, y cuando por fin me animé a contarle a Blake los planes que tenía, su respuesta fue llamarme desagradecido de mierda. A veces desearía haberme criado en un orfanato, porque así no me sentiría como un impostor que no ha sido lo suficiente digno para la familia que se apiadó de él.

—Josh... ¿qué dices?

—Lo que oyes.

Helena me coge la mano y me vengo automáticamente abajo. Durante los últimos años he sentido que estaba de prestado en el rancho. Las palabras de Blake me agujonaron el orgullo.

Me sentí desconcertado y abrumado cuando descubrí que tuve unos padres que me rechazaron nada más nacer. No fue plato de buen gusto descubrir que no era un Sackler de verdad, porque durante toda mi vida había vivido deslumbrado por el brillo de Blake. Luchando para parecerme lo más posible a mi hermano mayor. Intentando ganarme a toda costa su respeto. Yo no quería trabajar en el rancho. Nunca fue mi sueño. Lo único que anhelaba era que Blake se sintiera orgulloso de mí.

—Tu hermano te quiere muchísimo.

—Tú no sabes nada.

Me cuesta hablar y tengo la garganta atenazada por las lágrimas.

—Sé lo difícil que ha debido de ser para ti. Lo inseguro que te sentías y que te sigues sintiendo. Pero no tienes nada que demostrar. No llevar su sangre no te hace menos válido. Blake se arrepiente de lo que te dijo y no sabe cómo hablar contigo. Sois igual de orgullosos. Tienes el orgullo de los Sackler. Vamos, no eres idiota. El hombre con el que me casé no lo es.

—El hombre con el que te casaste...

Suelto su mano porque no me veo con fuerzas para devolverle el apretón. Helena me mira apenada y al menos me consuela que lo haga por otros motivos. Sabe que yo lo sé. Nos conocemos demasiado bien para mentirnos.

—Estás muy lejos de mí, Señorita Jones.

Helena se arrodilla y detesto que lo haga. Apoya la cabeza en mi rodilla y me dedica una mirada triste. No necesito que me lo confirme. Tiene los ojos tan vidriosos como yo. Durante unos segundos solo somos dos almas rotas que se observan a través de las lágrimas. Dos personas incapaces de recomponer los pedazos del otro porque están demasiado deshechas. Cierro los ojos y una lágrima traicionera resbala por mi mejilla. Soy incapaz de rechazarla. Me gustaría empujarla y gritarle algo hiriente para devolverle el daño que me ha hecho. Pero no puedo. Porque la amo. Porque sigo albergando la esperanza de que sea mi alma gemela. Por eso entierro la mano en su pelo y sueño con lo que podríamos haber sido si yo no me hubiera comportado como un auténtico capullo que no estuvo a la altura cuando me contó que estaba embarazada.

—Hoy he logrado caminar.

Ella levanta la cabeza y me mira. Parpadea para borrar las lágrimas y sonrío con debilidad. Pero es una sonrisa tan sincera que va directa a mi corazón. Si no estuviera tan resentido la besaría. La abrazaría con fuerza. Le pediría que nos diéramos una segunda oportunidad porque estoy jodidamente loco por ella.

—¿Por qué no me dejaste verlo?

—Porque estoy enfadado contigo.

Ella asiente. No hace falta que le explique los motivos porque los sabe de sobra. Mis dedos acarician su mejilla. Tan suave. Trazo un círculo sobre su pómulo mientras me pregunto cómo es posible que me siga gustando tocarla si me ha hecho tanto daño. Las personas que nos hieren deberían estarnos prohibidas. Pero aquí estamos. Dos personas que se han hecho tanto daño el uno al otro que deberían rechazarse, pero sus cuerpos se atraen como dos cargas de diferentes signos porque la fuerza eléctrica está por encima de sus voluntades.

—No sé si alguna vez dejaré de estarlo —le confieso con la voz quebrada—. No sé si puedo perdonarte.

—Ay, Josh...

Ella sostiene mi mano contra su mejilla. Entrecierra los ojos. Disfruta del contacto. Me mira con una mezcla de vergüenza y anhelo. Está a punto de hablar, pero la corto porque no estoy preparado para escucharla pedirme perdón.

—No digas nada.

Mi mujer aprieta los labios. No puedo resistir el impulso de besarla porque tal vez sea la última vez que lo haga. La beso para decirle todas las cosas que me callo. Ella responde a mi beso con un afecto que casi logra aplacar mi furia. Como si estuviéramos en aquella playa de Santa Bárbara donde solo éramos dos amigos que tenían miedo de dar el primer paso. Seguiré enamorado de Helena hasta el día en el que sus besos no me remuevan las entrañas. Menudo cóctel más peligroso somos. Quiero gritarle que ha cometido el mayor error de su vida al cambiarme por otro porque jamás le incendiará el cuerpo como lo hago yo. Los dos lo sabemos. Somos la química elevada a la máxima potencia. Somos capaces de destruirnos. Somos capaces de amarnos con una intensidad arrolladora. Somos capaces de enloquecernos mutuamente con un beso que se torna demasiado peligroso cuando nos separamos jadeando. Ella me mira sorprendida por el ardor que sigo despertándole. Con los labios hinchados y el pelo revuelto. Con esos ojos azules por los que haría cualquier cosa. Hasta tragarme el orgullo y fingir que soy un idiota que no se entera de nada.

Quiero volver a besarla porque no me canso de ella, pero el inoportuno ladrido de un chuchito que ya conozco nos sobresalta. El bulto lleno de greñas saca la lengua y me ladra. Es un ladrido amistoso. Pongo mala cara y lo señalo con la cabeza.

—¿Qué hacemos contigo?

HELENA

Josh se ha empeñado en llevar el perro al rancho. El animal es una mezcla de varias razas. Diría que un cuarenta por ciento galgo, un treinta por ciento podenco y el tanto por ciento restante de algún perro de pelo largo. Está en los huesos y tan sucio que va a necesitar más de un baño para sacar toda la mugre de un pelaje que, con agua y jabón, debe ser de un tono castaño rojizo. Ni siquiera sé qué pretende hacer con él porque en este momento Josh es una incógnita para mí.

Nos hemos besado. Dios mío, ha sido como regresar a la universidad y descubrir de golpe que estoy colada hasta las trancas de mi mejor amigo. Porque mi cuerpo jamás será indiferente a Josh. Pero ¿y mi corazón? ¿Logrará sobreponerse a un matrimonio que lo dejó hecho pedazos? ¿Sigue amando a su marido con la misma intensidad? No lo sé. La única verdad es que Josh lo sabe. Sabe que hubo otra persona porque me conoce demasiado bien para engañarlo. Y a mí lo único que me apetece es abrazarlo y pedirle disculpas una y otra vez porque sé que acabo de romperle el corazón. Ojalá pudiera consolar al niño que fue en el pasado. Ojalá me hubiera contado que ser adoptado lleva atormentándolo todo este tiempo porque creo que podría haberlo ayudado. O al menos lo habría intentado. Ahora entiendo por qué no quería volver al rancho. Lo desubicado que debió sentirse. Sospecho que su negativa a tener hijos tiene que ver con el hecho de haber sido abandonado cuando era un bebé. Nos habríamos entendido si él me hubiera abierto su corazón. Quiero creer con todas mis fuerzas que los jóvenes que se enamoraron en la universidad no habrían llegado hasta este punto si hubieran sido sinceros el uno con el otro.

Pero aquí estamos. Tengo que contener las lágrimas cuando recuerdo lo que me ha dicho: «Estás muy lejos de mí, Señorita Jones». ¿Cómo le voy a contar toda la verdad si él apenas soporta mirarme a la cara?

Acelero el paso de manera instintiva cuando escucho una algarabía de voces que provienen de la entrada del rancho. Es una discusión en toda regla. Lo sé cuando reconozco el lujoso coche de Harry Walton aparcado junto al camino de mezquites. Tres figuras masculinas. Una mujer con un delantal. Una anciana que se sujeta a duras penas en el andador. Todos han salido para hacerle frente a Walton, que observa la escena con esa mirada repleta de superioridad. Josh me da la mano y frena mi impulso de echar a correr. Me habla con una voz inusualmente calmada dada la situación.

—Tranquila.

—Están discutiendo —señalo a Blake, que está zarandeando a Walton mientras éste se ríe de una forma jactanciosa y desagradable—. A tu hermano se le va a ir la cabeza como no lo paremos.

—Lo sé. Deja que yo me encargue.

Lo miro dubitativa. Josh está impedido y no puede hacerse cargo de la situación. Por eso desoigo su consejo y voy directa a interponerme entre Blake y Walton antes de que mi cuñado cometa una locura que le cueste un disgusto. Pero Stuart se planta delante de mí y sacude la cabeza.

—¡Lo va a matar!

—Ese miserable tiene que entender que no puede aparecer aquí y trastocar nuestra paz.

—Pero...

—¿Cómo te atreves a utilizar a mi hija para quedarte con el rancho? —brama Blake. Tiene sujeto a Walton por la pechera de la camisa y lo ha estampado contra el coche—. Quizá debería hacer lo que me pide el cuerpo y arrancarte la cabeza de un puñetazo.

—Irías a la cárcel.

—Dormiría muy a gusto y se acabaría el problema. Ambos sabemos que tu hijo no tiene lo que hay que tener para perpetuar tu legado. ¿Crees que me da miedo ir a la cárcel? ¿Crees que puedes plantarte en mi casa e insultarme con tu maldito dinero?

—Lo vas a necesitar para costear un buen abogado. Tu ex puede ser muy convincente. Nunca subestimes a una mujer despechada. Son casi tan peligrosas como un hombre de negocios dispuesto a todo para conseguir lo que quiere.

—¡Tú no eres un hombre de negocios, eres una sabandija! —le grito, incapaz de mantenerme al margen.

Walton gira la cabeza hacia mí y me mira como si fuera un molesto insecto que ya trunció sus planes una vez.

—¿Quién está al mando? ¿Tú o el coñito rubio?

—No la mires —Blake lo empuja contra el capó del coche—. Ni se te ocurra mirarla.

—¿O qué? No tienes agallas para comportarte como un hombre. Me vas a dejar marchar.

—¡Te está provocando! —le digo a Blake—. No entres en su juego. Está desesperado y venir aquí ha sido su última opción.

Pero Blake está demasiado furioso para escucharme. Entiendo lo que tiene dentro. Ese hombre intenta arrebatarle las dos cosas que más le importan en la vida: el rancho y su hija. Me vuelvo hacia Josh para pedirle que llame a la policía porque tengo la impresión de que es la única persona sensata que queda en el rancho. Los demás se limitan a observar la escena y no quieren intervenir. ¡Han perdido el juicio! ¿De verdad creen que la guerra con Walton se va a solucionar

con la violencia?

—Josh... —pero cuando me vuelvo hacia él, ha desaparecido. Mis ojos se clavan en el porche cuando a Hannah se le escapa un grito aterrado. No me puedo creer lo que estoy viendo. Josh, armado con una escopeta que apunta hacia Walton. Estoy tan sorprendida por este giro de los acontecimientos que ni siquiera logro articular una palabra. Este no es Josh. No lo reconozco. Él siempre ha sido un hombre contrario a las armas de fuego.

—Josh, baja el rifle —le pide Blake, que está tan sorprendido como el resto.

Las carcajadas de Walton se desvanecen y en su semblante brilla el miedo. Está pálido y sus ojos miran desorbitados el rifle que lo está encañonando. La única que parece satisfecha es Sophia, que contempla a su nieto menor con ojos fieros y orgullosos.

—Josh... ¿qué haces? —pregunto con un hilo de voz.

—Poner a este miserable en su sitio —responde sin vacilar. El primer disparo revienta el espejo del retrovisor derecho. El perro comienza a ladrar con furia. Se ha plantado junto a la silla de ruedas de Josh como si fuera su protector. Todos están pasmados y nadie se mueve. Incluso Blake ha soltado a Walton y se limita a mirar a su hermano pequeño con incredulidad—. Ya no te ríes tanto, eh. Pedazo de cabrón.

El segundo disparo hace pedazos la luna delantera. Walton se tira al suelo y se cubre la cabeza con las manos. Ha dejado de ser el hombre amenazador y seguro de sí mismo para convertirse en un despojo tembloroso y acurrucado en posición fetal.

—Josh, por el amor de Dios, para —le ordena Blake.

Pero mi marido tiene un brillo decisivo en los ojos. El brillo de un hombre que está dispuesto a demostrarle a su familia que él es uno de los suyos. El tercer disparo arranca de cuajo el retrovisor izquierdo. Walton comienza a suplicar por su vida. El cuarto disparo impacta a escasos centímetros de su pierna izquierda y levanta una polvareda de tierra. Me tapo la boca con las manos y ni siquiera sé cómo no me desmayo. Walton se ha orinado encima. Me acuerdo de Avery y quiero gritarle a Josh que ha perdido el juicio y que una niña no debería contemplar algo tan horrible. Pero él se me adelanta.

—La he mandado a su habitación y está viendo los dibujos —me informa con frialdad, y acto seguido devuelve la atención a Walton. Lo señala con la escopeta—. Tú, levanta.

Walton se incorpora con dificultad. Los brazos en alto y las piernas temblorosas. Su cara es una mezcla de rabia mal disimulada y terror. Gana la rabia cuando escupe saliva y todo el odio que lleva dentro al hablar.

—¡Has cavado tu tumba, muchacho! ¡Se abrirá una investigación policial!

El quinto disparo roza la oreja de Walton y destroza la ventanilla trasera del coche. Walton

agacha la cabeza y rompe a llorar como si fuera un niño que se ha perdido en el supermercado al separarse de su madre.

—Cuento con ello —responde Josh con una calma peligrosa—. Tengo un montón de testigos. Todos han visto lo que ha sucedido. Allanamiento de morada con intento de agresión. Has disparado tu arma y me he visto obligado a abrir fuego para defender a mi familia. En América lo llamamos defensa propia. Eres todo un patriota. Seguro que estás familiarizado con el término y sabrás que ningún jurado norteamericano condenaría a un pobre lisiado que se armó de valor y reventó a balazos el coche del odioso empresario que lleva demasiados años amedrentando a una buena familia de Texas.

—Pero yo no he disparado mi arma... —balbucea Walton sin comprender.

—Blake —dice Josh.

Blake no necesita más explicación. Entra en el coche de Walton, abre la guantera y coge la pistola. Walton intenta detenerlo, pero el perro le gruñe a modo de advertencia y él se queda paralizado. Blake dispara tres veces al aire y Josh le guiña un ojo a Walton.

—Mi hermano logró desarmarte y por eso sus huellas están en el arma. La policía ya viene de camino. Ahora te voy a explicar lo que vas a hacer: móntate en el coche y lárgate de mi casa o te juro que el sexto disparo va directo a tu cabeza. Tengo buena puntería. Ya lo has visto.

—¡Me las vais a pagar! —brama Walton, antes de subirse al coche y alejarse a toda velocidad.

Estoy mareada cuando el coche de Walton desaparece a toda velocidad. A mi alrededor todo sucede como si estuviera en una película demasiado surrealista. Josh le da instrucciones a todo el mundo. Habla por teléfono con el que imagino que debe de ser el abogado. Les dice a todos que se preparen para la llegada de la policía. Y todos obedecen sin rechistar, incluido Blake, que pasa por mi lado y me pregunta:

—¿Estás bien?

Es entonces cuando consigo reaccionar y le grito a Josh:

—¿Tú has perdido el juicio?

Josh se encoge de hombros.

—He hecho lo que tenía que hacer y ha salido bien.

—¡Podría haber salido mal! —exclamo horrorizada.

Josh acaricia al perro para tranquilizarlo cuando el animal me toma como una amenaza y me enseña los dientes. Lo que faltaba. Ahora resulta que son los mejores amigos. Me llevo una mano al pecho e intento respirar con normalidad. No reconozco a Josh. Ni que fuera el maldito Harry

el Sucio. Dios mío. Dios mío. Dios mío.

—Deberías quedarte con Avery. Ya somos suficientes para testificar —me pide con suavidad Blake, al ver que no voy a ser capaz de mentirle a la policía.

Asiento a sabiendas de que es lo mejor para todos.

—Enhorabuena, Josh —le digo, más furiosa con él de lo que he estado en toda mi vida—. Acabas de demostrar que puedes ser igual de bruto que tu hermano.

—Gracias —responde sin inmutarse.

Cuando logre calmarme, tendré una conversación con él. Y probablemente me sienta tan orgullosa como el resto porque, a pesar de la locura que ha cometido, ha tenido la capacidad de mantener la mente fría y nos ha librado de Walton. Al menos por ahora. Pero por el momento estoy demasiado alterada y me limito a entrar en la casa. Me siento más aliviada cuando abro la puerta de la habitación de Avery. Tiene los cascos puestos y está viendo Barbie Rapunzel. Ni siquiera me ha oído llegar. La abrazo con fuerza y ella se queja de que la he interrumpido en el momento más interesante de la película. Gracias a Dios que no se ha enterado de nada. Al final va a resultar que Josh no es tan bruto como pensaba.

BLAKE

Todo ha sucedido tan deprisa que apenas me da tiempo a digerirlo. En menos de treinta minutos el rancho se llena de sirenas de policía. Una agente de gesto circunspecto nos toma declaración y consigo calmarme cuando comprendo que nadie va a meter la pata. Josh esta absolutamente tranquilo y se ha hecho el dueño de la situación. Nunca imaginé que cuando hablaba de actuar con *mente fría* se refería a esto. Tiene unos nervios de acero, pero no sé de qué me sorprende. Josh siempre ha sido el inteligente de los dos. El que hincaba los codos veinticuatro horas antes de un examen y regresaba a casa con un sobresaliente y una nueva novia que le duraba menos que una piruleta en la puerta de un colegio.

Se me escapa una sonrisa cuando recuerdo que Helena le ha dado la enhorabuena por demostrar que puede ser tan bruto como yo. Pero Helena se equivoca. Mi hermano es una de las personas más estrategas que conozco y acaba de expulsar del tablero de ajedrez a Walton con un movimiento rápido y certero. Jaque mate. Al menos por el momento. Conozco lo suficiente a Walton para saber que se lo pensará dos veces antes de atacar porque la jugada de Josh lo ha dejado por los suelos. El abogado nos ha echado la bronca, pero luego ha admitido que este giro de los acontecimientos pondrá al jurado de nuestro lado. La abuela borda su papel de víctima y narra con fingido dramatismo cómo Harry Walton nos amenazó con su arma y me vi obligado a desarmarlo. Nadie osaría contradecir la versión de una anciana respetable.

—Qué huevos tienes —le digo, en cuanto nos quedamos a solas—. Sigues teniendo buena puntería.

—Tuve un buen maestro.

—Me has dejado sin palabras. Tienes la misma templanza que la abuela.

—Acabo de descubrir que me crezco ante las adversidades —bromea para quitarle hierro.

—Menuda cara ha puesto Walton.

—Y tanto.

Los dos nos reímos al recordarlo. Walton se ha largado con el rabo entre las piernas. Ha sido una escena digna de recordar para la posteridad. Jamás imaginé que sería Josh quien lo pondría en su sitio. Supuse que a mi hermano le tentaba demasiado el dinero y que intentaría convencerme de vender el rancho. Pero Josh es una caja de sorpresas.

—Gracias —le pongo una mano en el hombro y lo miro sin tapujos—. Estoy en deuda contigo.

Josh resopla.

—No seas capullo.

—Pero te debo una.

—No me debes nada. En caso contrario, yo te deberé a ti cientos de miles de dólares y estoy sin un pavo. Prefiero que nos quedemos en tablas si a ti no te importa.

—Me parece bien —acepto, porque jamás permitiría que me devolviera un centavo—. Estoy orgulloso de ti. Debería decírtelo más a menudo.

—No pasa nada, eres lento.

—Tampoco te pases.

—Al menos tú sí has visto con buenos ojos lo que he hecho. Helena está cabreadísima conmigo y luego me tocará aguantarla. Que Dios me pille confesado. Menuda es.

—Me parece que estaba más aterrada que enfadada. Por un instante he pensado que ibas a disparar a Walton.

—Ganas no me faltaban —responde con una sonrisilla traviesa—. Pero tampoco estoy loco. Tú eres el bruto de los dos, por mucho que a mi mujer le haya dado por hacer comparaciones absurdas. Supongo que tienes razón. Helena tiene alergia a las armas y nunca me había visto disparar una.

—Se le pasará.

—Me da igual. No voy a ir detrás de ella como un perrito faldero —responde crispado, y su confesión me pillá desprevenido—. Por cierto, el perro se queda.

Josh señala con la cabeza al perro que está tumbado a su lado. No tengo nada que objetar. Supongo que en el fondo sigue siendo ese crío que me suplicaba tener una mascota y a estas alturas no soy quien para negárselo.

—Es una perra.

—No jodas —responde sorprendido, y el animal levanta las orejas al darse por aludido—. ¿Eres una hembra?

El chucho ladra en señal afirmativa. Josh pone cara de disgusto.

—Ya no la quiero. Paso de las tías, siempre lo complican todo. Que se la quede tu hija.

—No me eches el marrón a mí —la perra nos sigue cuando comenzamos a caminar sin rumbo. Josh intenta espantarla con la mano, pero el animal no se mueve del sitio—. Parece que ya ha elegido a su dueño. ¿Por qué eres tan drástico? Hacéis buena pareja.

—Qué te den, Blake.

Se me escapa una carcajada y Josh suspira resignado cuando la perra camina obediente junto a la silla de ruedas. Nos sumimos en uno de nuestros silencios habituales mientras yo busco las palabras adecuadas para decirle todo lo que quiero.

—No eres tan valiente como te pintan.

—¿Perdón? —enarco una ceja.

—Que al final siempre soy yo el que tengo que dar el primer paso. Bah, te perdono. No me apetece seguir cabreado contigo. Mi vida ya es demasiado complicada en este momento como para añadirle más problemas.

—Me gustaría decir...

—Que lo sientes, que sí me consideras tu hermano, bla, bla, bla... Vamos a ahorrarnos todo ese rollo —Josh me tiende la mano—. Sin cursilerías. No somos de esos.

Nos damos un apretón que al final termina en un abrazo torpe. Josh me da una palmadita en la espalda porque lo estoy apretando demasiado.

—Te quiero, Josh.

—Y yo —me guiña un ojo—. Borrón y cuenta nueva, ¿entendido?

—Entendido.

Me rasco el brazo con incomodidad. «Borrón y cuenta nueva mis cojones porque me vas a matar cuando te enteres de toda la verdad». Josh presupone que me sucede algo y suma dos más dos.

—No hace falta que hablemos de mis pesadillas. El coma me ha cambiado. Fue una experiencia horrible y de la que no quiero hablar.

—¿No crees que te vendría bien desahogarte?

—Terminaré superándolo.

—Al menos explícame que es lo que se siente porque me gustaría entenderte.

—Te enteras de todo lo que sucede a tu alrededor. Sabes que los médicos te han dado por muerto y estás aterrado por si a tu mujer algún día le da por desconectarte porque tú, encerrado en ese

puto cuerpo que no responde, te sientes tremendamente vivo y te gustaría gritárselo a todo el mundo a la cara. Te sientes impotente. Así como resumen.

—Joder, Josh... —murmuro, porque no sé qué otra cosa decir. Mi hermano ha debido vivir un auténtico infierno y las pesadillas se lo están prolongando—. Supongo que tus pesadillas están relacionadas con el coma.

—Sí.

—No sé si te sirve de consuelo, pero a Helena jamás se le pasó por la cabeza desconectarte. Ella estaba absolutamente segura de que despertarías.

—Y mejor que no lo hubiera hecho...

—¿Qué dices, gilipollas?

—Nada, cosas mías —Josh pone cara de «hasta aquí he llegado y no me presiones porque te mandaré a la mierda»—. El tío Josh va a sorprender a su sobrina favorita con una mascota. Lo sé, no me mereces. Soy un santo.

Aflojo una sonrisa cuando ya no me ve. Dios, lo quiero con locura. Ojalá Josh lo recuerde cuando descubra que lo he traicionado.

JOSH

El perro que ha resultado ser una perra me sigue cuando entro en la casa. Lo miro de reojo y con mala cara. La vida siempre poniéndome la zancadilla. Hay que joderse. No es que tuviera pensado adoptarlo, que conste. La tontería de tener una mascota se me pasó hace varios años. Pero me fastidia que sea una hembra porque tenía un buen nombre con el que sorprender a mi sobrina. Mucho mejor que *Toby*, donde va a parar. *Berlín*. Como el de la serie esa de atracadores que Helena y yo nos ventilamos una madrugada en la que hicimos maratón de sexo y Netflix. Qué tiempos aquellos.

—Perra tenías que ser.

La perra saca la lengua y me dedica una mirada que más que amenazadora, resulta bobalicona y un tanto tierna. Luego me da un lametón en la mano y me limpio las babas en los pantalones

—No hagas eso —le pido disgustado—. No soy tu dueño. Sé que tengo cierta reputación entre el sexo contrario, pero aquello se acabó hace unos años. Voy a presentarte a tu nueva propietaria. Tiene siete años y un mal genio que en el futuro competirá con el de su padre. Haréis buenas migas.

La perra ladra y luego da vueltas a alrededor de la silla. Tengo la impresión de que puede entenderme y esta es su forma de demostrar su descontento.

—No voy a quedarme contigo. Demasiado he hecho al impedir que el neandertal de mi hermano te envíe a la perrera.

La perra aúlla, se recuesta en el suelo y se tapa la cara con las patas delanteras. Reconozco que la respuesta me deja alucinado.

—No cuela —me hago el fuerte, ignorando su mirada de ojillos suplicantes. Llamo a la puerta de Avery. Dentro se escucha la inconfundible risa de mi mujer—. ¡Abre!

—¡Contraseña! —exige Avery.

—Abre de una vez.

—Incorrecta.

Me vuelvo hacia la perra con cara de circunstancia. Esta es otra de la interminable lista de

razones por las que no quiero tener hijos: no tengo paciencia. Ni un ápice. La poca que me quedaba se esfumó cuando me atropelló aquel coche.

—Abre o me largo.

—Pues vete —responde con tono insolente.

Si pudiera ponerme de pie, derribaría la puerta de una patada para demostrarle quién está al mando. Lo sé. Soy un especialista en ponerme a la altura de una cría de siete años. Escucho a Helena pedirle que me abra la puerta y susurrar algo que no llego entender pero que me puedo imaginar: «tienes que ser amable con el tío Josh. El pobre está lisiado y todos tenemos que ser buenos con él». Tengo que contenerme para no aporrear la puerta y gritarle que sigo siendo el mismo de siempre y que la compasión se la puede meter por donde le quepa. ¿Hay algo peor que producir lástima en los demás? Lo dudo. Porque la lástima es una lacra que te despoja de la dignidad. Ojalá se compadeciera menos de mí y tuviera la valentía de decirme sin tapujos lo que siente. Sería más sencillo para los dos.

—¿Quieres que te diga cuál es la contraseña?

—¡Sí! Pero no la vas a adivinar porque eres tonto —escucho su risilla maliciosa y un murmullo de voces—. *Vaaaaale*. La tía Helena me está obligando a pedirte perdón por lo que acabo de decir. *Lo siiiieeeeeento*.

—No te perdono, mono salvaje.

—¡No soy ningún mono!

—Tienes cara de mono y cuerpo de mono, así que a partir de ahora te llamaré Chita.

—¡Y yo te llamaré...! —Avery abre la puerta de par en par y su réplica se queda en el aire en cuanto observa a la perra—. ¡Oh, tío Josh! ¿Es para mí? ¿En serio? ¿Puedo quedármela?

—Toda tuya.

Avery se abraza a la perra con tal efusividad que pienso que en un futuro podría ganar un Óscar como actriz dramática. Helena está sentada en el borde de la cama y nos observa complacida. Sobre la alfombra de estrellas rosas hay un despliegue de barbies y me imagino que ha estado jugando con mi sobrina. Nuestras miradas se cruzan y los dos nos tensamos.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —Avery se cuelga de mi cuello y me llena la cara de besos—. ¡Eres el mejor tío del mundo!

—Ya, ya —la aparto porque tanto cariño me va a producir urticaria—. Tienes que pensar un buen nombre. Es una perra.

—¡Una perra! —exclama ilusionada—. ¿Y papi me deja tenerla?

—Ya lo he convencido —me jacto, aunque en realidad no ha existido tal discusión. Básicamente me he plantado porque por una vez quiero hacer lo que me da la gana—. Necesita un baño.

No sé cómo me dejo convencer para ayudar en la tarea, aunque en realidad es Helena la que se encarga de la mayor parte. Mete a la perra en la bañera y la frota con jabón. Tarda un buen rato en conseguir que el agua no salga turbia, mientras yo le explico qué partes se ha dejado sin frotar, y Avery acaricia a la perra y la llama por un centenar de nombres por si reacciona a alguno.

—Menudo sargento estás hecho —responde disgustada Helena.

—El rabo. Sigue estando sucio.

Ella suspira y termina de enjuagar a la perra. El animal se lo paga sacudiéndose y empapándola de agua. Avery y yo nos reímos. Helena trata de disimular su irritación y seca al animal con una toalla.

—¿Has decidido ya que nombre vas a ponerle?

—¡Wanda!

La perra ni se inmuta. Avery arruga la nariz y la mira resignada. Pero es demasiado obstinada para dejarlo estar. Se parece a alguien que yo me sé.

—¡Nala! ¡Rubí! ¡Trufa! —se da por vencida y me mira esperanzada—. Te toca, tío Josh.

—Paso.

—¿Arya? —sugiere Helena.

—La mitad del país ha llamado así a sus mascotas. No puede tener un nombre tan común —intervengo indignado.

—Si tanto te preocupa su nombre, ¿por qué no le eliges tú?

—Bruma —digo lo primero que se me ocurre.

La perra ladra con energía.

—¡Le ha gustado! —exclama emocionada la niña—. ¡Bruma!

Vuelve a ladrar en señal de aceptación, salta de la bañera y me da un lametazo en la cara. Extiendo los brazos para quitármela de encima y ellas se ríen. Esto es el colmo. Termina con la ropa empapada y babas de perra por toda la cara.

—Bruma, ¡quieta!

La perra obedece sin rechistar y me deja anonadado.

—Alguien le va a coger mucho cariño a Bruma... —canturrea Helena.

—Lo dudo —respondo, y la atravieso con la mirada—. A menudo nos encariñamos con aquello que no merece la pena.

Helena me mira boquiabierta. Salgo del cuarto de baño y no tarda ni tres segundos en seguirme. Qué maravilla. Vamos a tener una de nuestras discusiones. Me pregunto cómo acabará esta vez. ¡Qué emoción!

—¿A dónde te crees que vas? —pregunta con voz afilada a mi espalda.

—A hacer aerobio.

Helena pone los ojos en blanco y me corta el paso. El pasillo es demasiado estrecho para esquivarla con la silla. Le dedico una mirada tan desagradable que trata de competir con la suya.

—¿Ahora nos lanzamos pullas delante de nuestra sobrina? ¿En esa clase de matrimonio nos hemos convertido?

—Dime tú en qué clase de matrimonio nos hemos convertido —tengo que contenerme para no gritarle que es una traidora y un par de insultos peores que tengo en la punta de la lengua—. Aparta de mi camino. No quiero atropellarte los pies.

Helena tiene los brazos en jarra y no se mueve del sitio. Qué terca es. Me entran ganas de hacerle de todo. Para que te hagas una idea: gritarle, follar con ella, decirle lo mucho que la quiero y lo mucho que la odio en este momento. Así, a bote pronto.

—Es de mal gusto obstaculizar el paso de un inválido, querida.

—Tú no eres ningún inválido —responde sin una pizca de compasión, y eso me gusta—. Hoy has caminado y no me has dejado verlo. Te levantarás de la silla más pronto que tarde. Así que deja de hacerte la víctima.

—Es complicado cuando tú me tratas como una.

—Yo no...

—Tú sí.

—No —insiste con el semblante tenso—. Es difícil saber cómo acertar contigo. Voy de puntillas e intento no molestarte. Si me dieras una pista de lo que quieres de mí...

—Pues mira, ya que sacas el tema, que no te folles a otro a la primera de cambio.

Helena se sobresalta por el golpe bajo. Sé que lo es. Pero, uf, qué a gusto me he quedado cuando lo he soltado. Intenta decir algo y cierra la boca de golpe. Casi tengo ganas de esbozar una sonrisa de suficiencia porque la he dejado sin argumentos. Casi. Si no me doliera tanto mirarla a la cara porque su silencio me ha roto el corazón.

—Josh, ven aquí.

La voz de mi abuela se abre paso entre nosotros. Fuerte. Autoritaria. Imponente. Helena se echa a un lado para que pueda pasar y voy directo a la habitación de mi abuela. Está sentada en su mecedora y tiene la mascarilla puesta. A su lado la bombona de oxígeno de la que tanto reniega.

—Estamos para una pelea, abuela —trato de bromear.

Mi abuela se quita la mascarilla y me hace un gesto para que me acerque. Su mano huesuda y pálida me da un guantazo en el brazo que no veo venir.

—¡Abuela! Si me pegas no puedo salir corriendo.

—Yo no te he educado para que le faltes el respeto a tu mujer.

—Abuela... —mi fingido buen humor se esfuma porque es inútil aparentar con ella—. A tu edad está fatal que sigas escuchando detrás de las puertas.

—No me hace falta. Ya te encargas de airear a gritos los problemas de tu matrimonio —se pega la mascarilla a la boca para aspirar una bocanada de oxígeno. Aferro su mano y noto que carece de la fortaleza que la caracteriza—. ¿Tú eras el que iba a luchar por ella?

—Sé que te cae bien, pero te agradecería que no te pusieras de su parte —respondo con voz queda—. Ya es demasiado doloroso para mí.

—También para ella.

—Vamos, abuela... —pongo mi mano libre encima de la suya y la miro con una mezcla de afecto y temor. Se nos está yendo y no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Las abuelas deberían ser eternas—. No es lo mismo.

—Mi madre solía decir que a cada uno le duele lo suyo. Estamos tan preocupados por nuestro propio dolor que no nos paramos a entender el de los demás.

—¿Quieres que perdone a Helena? —pregunto, porque sería capaz de hacerlo si ella me lo pide.

—Quiero que te reconcilies con todo ese dolor que llevas dentro.

—Ya he hecho las paces con Blake, si es a lo que te refieres...

—Haz las paces contigo mismo.

—No te entiendo, abuela.

—Sí que me entiendes —tiene un acceso de tos y no sé qué hacer para ayudarla. Me limito a observarla con una creciente preocupación que no cesa hasta que la tos remite. Mi abuela vuelve a colocarse la mascarilla y tarda unos segundos en recomponerse—. No tienes nada que demostrar. Lo de antes me ha hecho sentir orgullosa, pero tu hermano no necesita que le aclares la clase de hombre que eres. Quizá eres el único que todavía no se ha enterado de quién eres. No quiero que vivas con rencor, Josh. El rencor te pudre por dentro y saca lo peor que tienes.

—Vale...

—No me des la razón como a los locos. Soy vieja, pero la cabeza la sigo teniendo muy bien amueblada —responde con ese orgullo que la caracteriza. Con el orgullo de nuestra familia—. Prométeme que, pase lo que pase, siempre considerarás el rancho tu hogar, y las personas que viven aquí tu familia.

—Lo juro —le digo con vehemencia—. No volveré a ausentarme durante tanto tiempo. Lo prometo.

—Romper las promesas que se le hacen a una vieja moribunda trae mala suerte.

—¡Abuela! —la censuro, porque no soporto que lo mencione—. Te juro que esta promesa voy a cumplirla. Sabes que soy un hombre de palabra.

—Lo sé.

Le doy un beso y trato de aguantar las lágrimas como puedo. El día que la abuela nos falte, el rancho se convertirá en un lugar más vacío. Pero pienso cumplir la promesa que le he hecho. Siempre consideraré a Paradise Lake mi hogar y a las personas que lo habitan mi familia. Pase lo que pase. Palabra de Josh Sackler.

HELENA

Hannah me aborda a la mañana siguiente. Acabo de enviar el manuscrito corregido a mi jefe y me tomo unos minutos de descanso en los que solo cierro los ojos y respiro profundamente. A veces hay que parar para poder seguir. Retroceder unos metros para coger impulso. Tirar a la basura tus miedos y enfrentarte a la vida porque no te queda más remedio.

Ayer fue un día agotador. Han sucedido muchas cosas en muy pocos días y necesito un tiempo del que no dispongo para asimilarlas. El beso con Josh, la visita de Walton, la reacción de Josh, nuestra discusión...

—¿Qué tal? —Hannah se sienta a mi lado, con la espalda apoyada en el tronco del árbol que me da sombra.

—Estaba pensando.

—Creo que eres demasiado pensativa. A veces hay que coger el toro por los cuernos y montarlo.

—Lo he estado posponiendo porque hemos tenido unos días muy moviditos. El numerito de Stella, Walton...

—Te ha venido de perlas para escaquearte.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada acusadora. Pero Hannah no es la clase de persona que te lo pone difícil y su expresión se ablanda al cabo de unos segundos.

—Los problemas no desaparecen porque los ignores.

—Lo sé... —respondo con un hilo de voz, y le abro mi corazón porque sé que Hannah es una amiga que jamás me traicionaría—. Me da miedo conocer el resultado. Hace un tiempo sufrí un aborto y tuvieron que operarme de urgencias. Fue una operación bastante invasiva. Me explicaron que sería más complicado quedarme embarazada de manera natural. El mundo se me cayó encima y di por hecho que no tendría hijos. No quería ni oír hablar del tema. Estaba furiosa, triste y llena de rabia.

—Parece que cabe la posibilidad de que sigas siendo fértil —dice con suavidad.

—Sí —abrazo mis rodillas contra el pecho y la miro angustiada—. Tengo miedo. ¿Y si lo estoy? No seré capaz de renunciar a ese bebé porque para mí será un milagro a pesar de... las circunstancias. Pero para Josh será...

Me muerdo el labio porque no encuentro una palabra para definirlo. Hannah se me adelanta y habla con una voz inesperadamente fuerte.

—Josh no tiene nada que decir al respecto. Sería tu bebé. Tu decisión.

—Sabe que hubo otra persona. Le voy a romper el corazón si esa prueba sale positiva — respondo hecha un basilisco—. Ni siquiera sé cómo debería sentirme. Se supone que debería desear que la prueba saliera negativa, ¿no? Por el bien de Josh y de nuestro matrimonio.

—Se supone que tienes que mover el culo y seguirme hasta la farmacia más cercana —Hannah se pone de pie y me ofrece su mano—. Y se supone que yo soy tu amiga y me veo en la obligación de decirte que nadie, ni siquiera tu marido, debería determinar cómo te sientes. A pesar de que la situación sea muy injusta para él.

Acepto la mano de Hannah y me levanto.

—Qué difícil es todo...

Después de comprar la prueba de embarazo en una farmacia —Hannah ha tenido la amabilidad de hacerlo por mí a pesar de que es una chorrada—, paramos en una gasolinera que está de paso porque me niego a realizarme la prueba en casa. Salgo del lavabo más pálida de lo que he estado en toda mi vida. Sostengo la prueba y ni que decir tiene que no soy capaz de mirarla.

—No puedo. Dímelo tú.

—Todavía no ha salido nada.

Los segundos se me hacen eternos. Uno, dos, tres, cuatro. Las probabilidades son dos y cualquiera de ellas me aterra. De repente, a Hannah se le escapa un gemido de impresión y me coge la mano.

—Positiva.

—No.

Abro los ojos de par en par. Observo las dos inconfundibles rayitas rosas. Estoy mareada de la impresión. Me entran ganas de vomitar y sé que no es por culpa del embarazo. Hannah me sujeta el pelo cuando vomito el escaso contenido de mi desayuno porque llevo toda la mañana sin apetito.

—Ay, cielo...

—Vamos a repetirla —decido, porque no estoy dispuesta a creer en el resultado.

Llevo un montón de tiempo haciéndome a la idea de que no puedo concebir un hijo. Quizá porque sabía de sobra que la paternidad no entraba en los planes de Josh y no albergaba mi vida sin él cuando sufrió el accidente que lo dejó en coma. Quizá porque así era más fácil sobrellevar el aborto.

—Positiva... otra vez.

Tengo las dos pruebas en la palma de la mano. Hannah me deja tiempo para que lo asimile. Unos minutos después, las tiro a la basura y abro la puerta del cuarto de baño. Fuera hace bochorno. El viento cálido me acaricia la piel y es un recordatorio de lo que sucedió entre Blake y yo. Del hijo que está gestándose en mi vientre.

—Al final ha resultado que el ovario y la trompa de Falopio que me quedan no son del todo inútiles... —bromeo con debilidad.

Subo al coche y pongo al máximo el aire acondicionado. Hannah se sienta a mi lado y me mira de una manera distinta. Supongo que lo de antes eran bonitas palabras de aliento y ahora me toca enfrentarme a la realidad.

«¡Bienvenida al mundo real, Helena! Esto es lo que sucede cuando te acuestas con tu cuñado sin utilizar preservativo».

—¿Es de Blake? —pregunta sin tapujos.

Estoy tan avergonzada que me limito a asentir sin decir nada. Hannah suspira. Quiero que me grite que soy una sinvergüenza porque al menos sabré lo que se le está pasando por la cabeza.

—¿Tanto se nota?

—Sí —responde con sinceridad—. Para todos era bastante evidente que entre vosotros había algo. Conozco a Blake desde hace muchos años y no podía disimular la forma en la que te miraba. Nunca lo he visto mirar a una mujer como te miraba a ti. Como te sigue mirando. Creo que el único que no lo sabe es Bill, pero el pobre no se entera de nada. Siempre está en su mundo.

La broma de Hannah intenta sacarme una sonrisa que no llega.

—Di por hecho, cuando nos enteramos de que eras su cuñada, que Blake jamás traspasaría la línea.

—Ha sido culpa de los dos.

—No te estoy recriminando nada.

—Pues deberías.

—Deja de buscar culpables —me aconseja con suavidad—. Josh estaba en coma y todos pensábamos que jamás despertaría. Te dejaste llevar porque te enamoraste de Blake. Estoy segura de que a él le pasó lo mismo contigo.

No digo nada porque negarlo sería absurdo. Sí, estoy enamorada de Blake. El problema es que también estoy enamorada de Josh y no quiero hacerle daño.

—Lo que no entiendo es como Josh no se ha dado cuenta de lo que hay entre vosotros. Por mucho que intentéis disimularlo, es bastante evidente...

—Porque jamás le entraría en la cabeza que las dos personas a las que más quiere fueran capaces de traicionarlo de esa manera —digo compungida, y apoyo la cabeza sobre el volante.

—Vas a tener que decírselo.

—Lo sé —musito asustada—. Nunca le ocultaría algo así.

—Se va a poner hecho una furia. Conozco a Josh. Nadie tendría una buena reacción después de enterarse de una noticia semejante. Él menos. Es muy temperamental y tienes que estar preparada para lo peor.

—Lo sé.

—Tienes que contárselo a Blake.

Aparto la cabeza del volante y la miro angustiada.

—A Blake ni una palabra de esto.

—Tiene derecho a saberlo.

—Y yo tengo derecho a tomar mis propias decisiones —respondo con vehemencia.

Hannah me mira dubitativa.

—Te estás equivocando, Helena.

—No digo que no vaya a contárselo. Ya estoy harta de tantas mentiras. Pero necesito tiempo para... encontrar las palabras.

—Ya sabes cuáles son las palabras. Cielo, no hay una forma suave de decirlo. No te preocupes por la reacción de Blake, él te apoyará pase lo que pase. Prepárate para la reacción de Josh y todo será más fácil cuando llegue el momento.

Hannah se equivoca. Los conozco de sobra a los dos. Sus fortalezas y debilidades. Sé quién es el hombre con el que me casé. Sé quién es el hombre del que me enamoré al llegar al rancho. Y es este último quien me preocupa porque sé que si Blake descubre que estoy embarazada, luchará con uñas y dientes para que me quede a su lado. Y yo no estoy segura de resistir la tentación.

JOSH

Estoy eufórico porque acabo de hacer cuatro repeticiones en las barras paralelas. Ni siquiera he utilizado el arnés. Por primera vez me siento como si la silla de ruedas fuera un aliado que me está ayudando a llegar a la meta. Algo a lo que mirar sin resentimiento. Estoy orgulloso de mí mismo y eso ya es decir mucho viniendo de mí. Porque ayer les demostré a todos que soy tan Sackler como mi padre o mi hermano. Porque voy a levantarme de la silla y volveré a ser el mismo de antes.

—Guau... —Janice me acerca la silla de ruedas para que pueda descansar—. Josh... guau.

—¿He dejado sin palabras a la parlanchina de mi fisioterapeuta?

—Sé que debería estar contenta por ti, pero me vas a dejar sin trabajo antes de lo que me esperaba. ¡Eso no se hace!

Los dos nos reímos. Janice se abalanza sobre mí para darme un abrazo que me deja desconcertado. Su pelo me hace cosquillas en la cara. Me abraza como deben de ser los abrazos: fuertes y cariñosos. Sé que no debería disfrutar abrazando a una mujer que no es la mía, pero me siento extrañamente satisfecho. Como si el mundo hubiera puesto a Janice en mi camino para recordarme que sigo resultándole atractivo al sexo contrario. Janice me da un beso en la mejilla que dura más de lo necesario. Luego se aparta y camina hacia la puerta para echar el pestillo. Frunzo el ceño porque no sé lo que se propone, pero viniendo de ella me puedo esperar cualquier cosa.

—¿Vas a violarme? Lo digo porque todavía no estoy en plenas facultades físicas y te llevarías una decepción.

—Tengo una sorpresa para ti —saca dos cervezas de su mochila y me guiña un ojo—. Sé que no debes beber alcohol porque es contraproducente para tu tratamiento, pero tenemos que celebrarlo. Me he cerciorado de que tiene muy pocos grados. Como se lo digas a alguien, juro que te mato.

—Eres una fisioterapeuta irresponsable. Y pensar que te tenía por una mujer con dos dedos de frente...

Su expresión se descompone hasta que me echo a reír. Entonces pone los ojos en blanco y me tiende la cerveza. Brindamos con las latas. A ella le brillan los ojos de ilusión. Es la clase de emoción sincera que solía producir en Helena y siento un pellizco de añoranza en el estómago.

Tomo un trago de cerveza y el líquido amargo me renueva el ánimo.

—Es hora de que vayas alternando las muletas con la silla.

—¿Tú crees?

—Alternar no significa olvidarte de la silla, que te conozco —me advierte, intentando ponerse seria—. Alternar significa que puedes dar pequeños paseos ayudándote con las muletas. Para levantarte de la cama, ir al baño... ese tipo de cosas. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Nos acabamos la cerveza mientras Janice me cuenta una historia surrealista sobre cómo intentó matar a una cucaracha que se encontró en el porche de casa de su tío Charlie y acabó cayéndose de culo y chillando como una histérica. Me imagino la escena y me entra la risa floja.

—¡No te rías de mí!

—¿Por qué a las mujeres os dan pánico las cucarachas?

—Ese comentario es sexista —me señala con un dedo y frunce los labios—. También hay hombres que les temen.

—Helena también les tiene pavor.

—Hablando de tu mujer... ¿va todo bien entre vosotros? —Janice sabe que ha cruzado la línea y se ruboriza sin poder evitarlo. Luego se aparta el pelo de la cara y comienza a recoger sus pertenencias dándome la espalda a propósito—. Lo pregunto porque un pilar fundamental de la rehabilitación es que el estado anímico del paciente sea estable. Para ello la familia es fundamental.

—No te preocupes por eso. Tengo la ayuda de los míos.

—¿Y de ella? —insiste como quien no quiere la cosa.

Me arrepiento de haberle hablado del tema porque tal vez le haya dado esperanzas. Tenía la impresión de que Janice mantendría a raya sus sentimientos porque es lo suficiente profesional. No me importa dejarme querer un poco porque lo necesito. No es plato de buen gusto despertar del coma y descubrir que tu mujer se ha acostado con otro. Pero no pienso pagar a Helena con la misma moneda. No soy así.

—También.

—No pareces muy seguro...

Janice se vuelve hacia mí con la mochila colgada de un hombro. La media melena sujeta por una

coleta de la que se escapaban algunos mechones de pelo. Los ojos castaños y rasgados. El puñado de pecas sobre la nariz. Janice es atractiva y muy diferente a mi mujer.

—Janice, será mejor que lo dejemos.

—Claro —responde un tanto desanimada—. No quería molestarte, Josh. Tú fuiste el que sacó el tema. Solo quiero que sepas que puedes hablar conmigo cuando lo necesites.

—Te lo agradezco.

Me siento más aliviado cuando Janice quita el pestillo y me pregunto si no cerró la puerta albergando otras intenciones que poco tenían que ver con ofrecerle una cerveza a su paciente. En cuanto salimos de la habitación, nos encontramos con Bruma recostada delante de la puerta. Lleva toda la mañana siguiéndome de un lado al otro del rancho y no se larga por más que le recuerdo que Avery es su dueña.

—¡Tienes una perrita!

—No es mía.

—Pues no se separa de ti... —Janice señala lo evidente. La perra camina pegada a mi silla de ruedas y moviendo el rabo en señal de alegría—. Los perros son muy leales. Cuando escogen a una persona, no se separan de ella. ¿Cómo se llama?

—Bruma.

Janice acaricia a Bruma detrás de las orejas.

—Es de mi sobrina.

—¿Estás seguro? —responde con tono burlón cuando Bruma nos sigue fuera de la casa—. Parece que le gustas.

—Vete, Bruma —le ordeno, haciendo un aspaviento con la mano para que se largue.

La perra no se mueve del sitio.

—Está coladita por ti.

—No sé por qué. No le hago ni caso y no tengo la menor intención de quedármela cuando me vaya del rancho.

—¿Te vas a ir?

—Mi trabajo me espera en Chicago.

—Bruma quiere que te la lleves a Chicago. ¿Verdad que sí? —la perra ladra en señal de asentimiento y Janice se parte de risa. Me limito a resoplar para dejar clara mi postura—. ¿Qué me dices, Josh? ¿Le vas a dar una oportunidad a esta chica que te elige sin contemplaciones?

Janice me mira sin pestañear y sospecho que su pregunta guarda una doble intención. Estamos demasiado cerca y ella me roza el brazo como si no se hubiera dado cuenta. Pero lo ha hecho a propósito. Lleva tonteando conmigo desde el día en el que nos conocimos y no puedo culparla porque yo se lo he permitido. Estaba demasiado herido para no dejarme querer.

—No voy a darle una oportunidad a esa chica —respondo sin un ápice de duda.

—Vaya... —Janice se muerde el labio y al hacerlo me recuerda un poco a Helena—. Se va a poner muy triste porque es evidente que le gustas. A Bruma, me refiero...

Janice me acaricia el dorso de la mano con el dedo índice. Me excito sin poder evitarlo y toda la sangre se me va al mismo sitio. Me digo que no es culpa mía porque Janice es una mujer atractiva, simpática y cariñosa a la que he conocido en el momento más vulnerable de mi matrimonio. Por eso tengo que hacer gala de todo mi autocontrol y apartar a un lado las ganas que tengo de vengarme de Helena.

—Janice —la freno.

—Me gustan tus ojos —dice con voz melosa, y acto seguido me acaricia el pelo pillándome desprevenido. Disfruto del contacto durante unos segundos porque me encantaría que Helena me tocara con tanto anhelo—. Son de un verde increíble...

Agarro la muñeca de Janice con toda la delicadeza de la que soy capaz y la aparto de mi cabeza. Ella muestra sin tapujos lo mucho que le escuece que la rechace.

—Eres estupenda y deberías irte a casa —le pido con tacto—. Soy la clase de hombre que causa problemas.

—Me encantan los problemas.

—Tienes un gusto pésimo. No voy a decir que mereces a alguien mejor que yo porque ya lo sabes. Vete a casa, Janice.

Janice asiente resignada, se inclina y me da un beso en la mejilla. Sus labios son suaves y el olor a aceite de almendras me deja medio atontado. Mi polla se sacude en los pantalones y me exige a gritos que no la deje marchar porque necesita acostarse con una mujer. Pero mi mente logra mantenerse fría —vete a saber por qué—, y le dice a mi cuerpo que necesita averiguar si todavía tiene una oportunidad con su mujer porque está enamorado de ella y eso no hay ninguna fisioterapeuta parlanchina y cariñosa que vaya a cambiarlo.

—Nos vemos mañana, Josh.

Respiro aliviado cuando Janice se monta en el coche. Solo entonces me percató de que hay alguien detrás de mí. Temo que sea Helena y maldigo para mis adentros. Luego me pregunto cuál será su reacción y siento un regocijo desconcertante porque me encantaría verla celosa y soltarle: «¿lo ves, cariño? Yo también sé jugar a lo mismo que tú». Pero cuando me vuelvo no veo a Helena, sino a mi hermano, mirándome con una expresión censora que deja poco a la imaginación.

—¿Qué cojones estabas haciendo? —me recrimina con dureza.

BLAKE

Estoy que hecho fuego por los ojos después de haber visto a mi hermano en semejante actitud con su fisioterapeuta. Por mi cabeza pasan miles de ideas y ninguna es buena. No me quiero ni imaginar lo que hacen esos dos cada vez que se encierran en la habitación. Joder. Y delante de todo el mundo. Ni siquiera se ha cortado. ¿Qué le pasa a este idiota? ¿Ni siquiera le preocupa que Helena pueda pillarlo? ¿Tan poco la quiere?

—No pongas esa cara.

—¿Y qué cara quieres que ponga? —corto la distancia que nos separa y tengo que contenerme para no levantarlo de la silla y zarandearlo.

—No sé qué es lo que crees que has visto, pero...

—Te ha tocado el pelo. Te ha dado un beso en la mejilla. Te estaba poniendo ojitos. No fastidies. ¿O me vas a hacer creer que no le gustas a esa chica?

—Sí que le gusto —responde, y tiene el descaro de mostrarse orgulloso—. Pero el sentimiento no es mutuo.

—Desde fuera parecía lo contrario —me paso la mano por la barbilla y agradezco que Helena no estuviera aquí para presenciarlo—. ¿A qué juegas, Josh? ¿Te gusta darle falsas esperanzas a tu fisioterapeuta para acrecentarte el ego? ¿De eso se trata?

—Tú no puedes entenderlo.

—¡Y tanto que no puedo! —exclamo furioso—. Estás casado. Le debes respeto a tu mujer. ¿Tan poco te importa Helena?

Josh me atraviesa con la mirada. Yo hago lo mismo con él. Me fastidia más de lo que se puede imaginar que Helena esté casada con un hombre que no la valora. Porque ella vino hasta el rancho para luchar por él cuando nadie daba un duro por Josh. Porque ella lo ha elegido a pesar de mí.

—Tú qué sabrás lo que me importa Helena.

—Visto lo visto, parece que muy poco.

—No tienes ni idea. No te metas donde no te llaman.

Me encantaría gritarle que intervengo porque estoy enamorado de ella y no encuentro un motivo más poderoso que ese para exigirle que la respete. Sé que Josh no está enamorado de Janice. Al menos lo mío con Helena fue especial. Pero él, ¿a cuento de qué viene que haga carantoñas en público con su fisioterapeuta?

—Me meto porque lo haces a plena vista de todos.

—Si Helena me pide explicaciones, se las daré. Al fin y al cabo ella también me tiene que explicar muchas cosas... —dice, con la voz rebosante de rencor.

—¿A qué te refieres?

—Se acostó con otro mientras yo estaba en coma, ¿qué te parece? La moralista de mi mujer, que siempre tiene un comentario acertado para cada situación y a la que todo el mundo adora porque es jodidamente perfecta. Pues resulta que no es tan perfecta y me ha sido infiel.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he notado. La conozco. La noté distinta desde el primer día. Fría, inaccesible... rara.

Sé que no debería alegrarme porque eso me convierte en una persona horrible, pero el amor es un sentimiento irracional y al que no se le pueden poner etiquetas. Por eso ahora estoy actuando al mismo tiempo como el hermano mayor que sermonea a Josh por su comportamiento, y como el amante que hace valer el honor de la mujer de la que está enamorado. Y al final, contra todo pronóstico, es el último quien gana.

—Eso no te da derecho a actuar de esa manera con tu fisioterapeuta.

—Se llama Janice.

—¿De verdad quieres vengarte de Helena acostándote con Janice? ¿Eres esa clase de hombre?

—Hay que joderse... —Josh sacude la cabeza y me mira sin dar crédito—. Soy tu hermano, ¿qué demonios te pasa? Acabo de contarte que mi mujer me ha sido infiel y te estás poniendo de su parte. ¿Te haces una idea de cómo me siento? ¿De lo ninguneado y humillado que me hace sentir esta situación? Despierto del coma siendo un hombre que necesita ayuda para lo más básico y encima descubro que Helena está conmigo por compasión. ¿De verdad no puedes entender lo que me pasa con Janice? ¡Me hace sentir halagado! Sus atenciones, su cariño, sus caricias... vuelvo a sentir que soy un hombre de verdad.

—Venga ya, no digas eso... Helena está enamorada de ti. Por eso está contigo.

«Por eso te ha elegido».

—No sé qué pensar —responde cabizbajo—. Ojalá tuvieras razón, pero no lo tengo del todo claro. Creo que puedo aceptar que ella se acostara con otro si se trató solo de sexo.

No digo nada porque no sé qué decir. ¿Cómo le explico que yo albergo precisamente la esperanza de que Helena sintiera algo más por mí? Estoy hecho un puto lío porque quiero ser un buen hermano y también la clase de hombre que no se traiciona a sí mismo y lucha por la mujer que ama. La vida no debería darte a elegir entre dos personas a las que quiere con locura. No es justo.

—Estoy asustado —admite Josh, y me mira desconsolado—. Cada vez la noto más lejos y no sé lo que hacer para acercarme a ella. A veces tengo ganas de alejarla porque me ha hecho mucho daño. Otras tengo ganas de pedirle que nos demos una segunda oportunidad. Estoy enfadado y rabioso. Fingí una amnesia porque estaba convencido de que despertar del coma era una señal de que debíamos estar juntos. La forcé a estar conmigo e ignoré que me pidió el divorcio porque creí que estaba haciendo lo correcto...

—¿Qué?

Maldita sea, esto lo cambia todo. No tenía ni idea de que Josh estaba jugando esa baza. Puedo entender que estuviera aterrado cuando despertó del coma, pero mentir a Helena para retenerla a su lado es muy ruin.

—Cuéntale la verdad.

—Si se la cuento, será el fin de nuestro matrimonio.

—No es una sugerencia —le digo con tono inflexible, y él me mira sorprendido—. Helena tiene derecho a saberlo.

—Venga ya, Blake... —Josh está atónito por mi actitud—. Eres mi hermano, ¿qué te pasa? Ponte de mi parte aunque solo sea por una vez en mi vida.

—¡Esto no tiene que ver con ponerse de parte de nadie! Se trata de hacer lo correcto. De no condicionar a tu mujer para que se quede a tu lado por compasión. ¿Es eso lo que quieres? Porque creí que detestabas la lástima.

—¿Tú siempre lo haces todo bien?

«No. Cometo errores como el que más. Si tú supieras...».

—O se lo dices tú, o se lo digo yo.

—No te creo.

—Estoy hablando totalmente en serio.

—En el fondo sigues siendo el mismo moralista patético de siempre... —masculla con rabia, y luego esboza una sonrisa cínica—. Harías buena pareja con ella. A los dos os encanta dar sermones.

—¡Josh! —lo llamo cuando se marcha por el camino de mezquites.

Bruma lo sigue y me gruñe cuando estoy a punto de dar un paso en su dirección. Levanto los brazos para demostrarle que no soy ninguna amenaza y la perra prosigue su camino al lado del que considera su amo. Me froto la cara y decido que, si Josh no va a contarle la verdad a Helena, seré yo quien lo haga. No voy a permitir que la siga engañando.

Ni siquiera me lo pienso cuando la veo llegar. Helena se baja del coche acompañada de Hannah. Voy directo hacia ella con la intención de levantar las cartas que siguen sobre el tablero. Ella se sobresalta cuando me ve llegar.

—Tengo que hablar contigo.

—Ahora no me apetece hablar con nadie.

Está más pálida de lo normal, como si acabara de recibir una mala noticia. Hannah nos mira preocupada, pero sabe que esto no va con ella y murmura una excusa antes de entrar en la casa.

—Blake, de verdad que no es un buen momento.

—Es importante —insisto, y me gano una mirada irritada—. Es sobre Josh. Dudo que él vaya a contártelo y creo que es justo que lo sepas.

Helena me presta toda su atención.

—¿Qué pasa con Josh? —pregunta a la defensiva.

—Sabe que le has sido infiel.

Helena suspira.

—Ya lo sé —responde con un deje de crispación—. Me lo ha dicho. Si lo que te preocupa es que haya preguntado con quién lo he engañado, puedes estar tranquilo. Por el momento no lo sabe.

«Por el momento».

—¿Habéis hablado del tema?

—No exactamente —en su expresión hay un dolor difícil de disimular—. Me gritó que me había follado a otro a la primera de cambio.

—Qué gilipollas...

—No es que no me lo mereciera —lo defiende—. ¿Tú como te lo habrías tomado? Josh se siente traicionado y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. Si ese es el precio que tengo que pagar por haberle sido infiel, lo acepto con gusto.

—No deberías aceptar cualquier cosa para ganarte su perdón.

—Eso es cosa mía.

—Estás con Josh por compasión. No es justo para él ni para ti.

—Para —me advierte con las mejillas encendidas—. No tienes ni idea. No sabes los pormenores de nuestro matrimonio.

—Sé que no era perfecto y que habías decidido divorciarte de él. Josh ha fingido no acordarse de nada para tener una segunda oportunidad contigo.

—¿De qué hablas? —su voz suena más aguda de lo normal—. No te pega ser así. Si esta es tu manera de hacer que me aleje de él...

—¿Así me ves? —replico estupefacto—. Jamás me inventaría algo semejante. Él mismo me lo ha confesado y pensé que tenías que saberlo. Disculpa por meterme donde no me llaman.

Helena se queda congelada por la impresión y durante unos segundos se limita a asimilar lo que le he contado. En su cara hay desconcierto, estupor, rabia y tristeza. Todas ellas pugnan por salir a la vez y sé que yo seré el encargado de recibir el golpe.

—Dime una cosa —me habla con una calma peligrosa—. ¿Me lo has contado porque crees que debo saberlo, o porque es tu manera de vengarte de Josh?

—Helena, ¿qué dices?

—Tú no eres tan mezquino —se aleja de mí cuando intento tocarla y me mira como si le produjese asco—. Sería la clase de actitud que tendría Josh. Como fingir una amnesia porque está cagado de miedo. Sé la clase de hombre con el que me casé. También creía saber la clase de hombre que eras tú. ¿Quién eres, Blake?

—Helena, yo no...

—Deberías haber permitido que él me lo contara, pero en lugar de ello, has corrido directo a mí porque en el fondo no puedes soportar que siga casada con él. Ojalá hubieras tenido las agallas suficientes aquel día.

—Las estoy teniendo ahora.

—Tú quieres seguir siendo el buen hermano y el buen hombre con el que me acosté. Pero no puedes tener las dos cosas. Búscame el día que te decidas, Blake. Mientras tanto, déjame vivir mi

vida.

—Ten cuidado con Janice —no sé por qué lo digo. Quizá porque estoy dolido con ella y necesito demostrarle que tengo razón.

—Ser así no te pega nada —murmura con tristeza y como si no me reconociera.

HELENA

Estoy absolutamente devastada cuando me encierro en la habitación. No sé qué me resulta más difícil de creer: que Josh haya fingido una amnesia para retenerme a su lado, o que Blake se haya chivado para desquitarse. Me siento en el borde de la cama con un creciente malestar.

Estoy embarazada de Blake.

Josh lo recuerda absolutamente todo y ha fingido lo contrario para aprovecharse de la situación.

«Dios mío».

Me llevo las manos al vientre. Al minúsculo ser que está creciendo dentro de mí ajeno al caos en el que se ha convertido la vida de su madre. Voy a ser madre. La idea me provoca un súbito arranque de fortaleza. Se acabaron las mentiras. No quiero ser la clase de persona que vive mintiéndole a los dos hombres que más le importan. He cometido errores y ya va siendo hora de dar la cara.

Josh abre la puerta en ese momento. Se está apoyando en dos muletas y todas mis convicciones se tambalean cuando lo veo ponerse en pie por primera vez desde hace tanto tiempo. Quiero gritarle que es un maldito egoísta, pero lo único que me sale es levantarme de la cama, cortar la distancia que nos separa y abrazarlo con todas mis fuerzas. Josh me recibe con una mezcla de sorpresa y recelo. Hasta que se ablanda poco a poco y lo único que queda es un hombre que me devuelve el abrazo porque me quiere tanto como yo a él. Puede que no sepamos querernos bien. Que nuestro amor sea destructivo y a ratos tóxicos. Pero Josh y yo siempre seremos dos personas que se quieren de una forma surrealista y a la que le sobran los adjetivos.

—Estás caminando... —le digo, con los ojos rebosantes de orgullo.

—Si a esto se le puede llamar caminar.

—Me alegro mucho por ti. No sabes cuánto.

Su cara está oculta en mi pelo. Mi corazón se estremece cuando me percató de que está oliéndome. Sé que no he sido ese apoyo incondicional que él necesitaba. Me gustaría decirle que lo he hecho lo mejor que he podido porque es la pura verdad.

—Necesito sentarme.

—Claro.

Me aparto de él y le ofrezco mi brazo, pero Josh sacude la cabeza y se apoya en las muletas para llegar hasta la cama. Su esfuerzo es evidente y estoy tentada de gritarle que no hace falta que se haga el fuerte conmigo. Me enamoré de él siendo tal cual es. ¿Cómo no es capaz de entenderlo? Fueron las malas decisiones las que nos separaron. Nuestras diferentes formas de ver la vida. Su ambición y mi anhelo de ser madre.

Me siento a su lado cuando Josh se deja caer en la cama con un resuello. Respira con dificultad durante unos segundos en los que aprovecho para cogerle la mano. Mis dedos se entrelazan con los suyos. ¿Cómo es posible que esté feliz y enfadada con él? Estoy contenta porque sé que es cuestión de días que Josh se recupere por completo. Y estoy enfadada porque todo habría sido más sencillo si me hubiera contado la verdad.

—Lo sé todo.

Josh suspira y tensa los hombros.

—Blake ha tardado muy poco en irte con el cuento. Menudo gilipollas.

—Vamos a dejarlo al margen —le pido, porque no quiero hablar de él—. Esto solo nos incumbe a nosotros.

Josh asiente y se limita a mirarme sin decir nada. Nuestras manos siguen entrelazadas. Dentro de mí hay muchos sentimientos que pugnan por salir. Intento tranquilizarme porque no quiero convertir esto en otra discusión de las gordas. Cuando discutimos somos nuestra peor versión y nos gritamos cosas hirientes.

—¿No dices nada?

—¿Qué quieres que diga? —replica a la defensiva, y trata de soltar mi mano. Se lo impido porque no voy a permitir que huya del problema.

—Has fingido una amnesia para obligarme a estar a tu lado. Me has manipulado —le dedico tal mirada que él cierra la boca cuando está a punto de contradecirme—. Te acordabas de todo. ¿Cómo has sido capaz de fingir lo contrario? Por el amor de Dios, Josh, te pedí el divorcio porque nuestro matrimonio se había acabado. Me fallaste cuando más te necesitaba y sabes de sobra que yo no podía mirarte de la misma forma porque cada vez que lo hacía me torturaba con lo que sucedió. Cuando despertaste lo único que esperaba era que por fin fuéramos sinceros el uno con el otro. Yo habría estado a tu lado. No te habría dejado tirado y lo sabes. Puede... que no hubiera estado a tu lado como tú querías, pero me habrías seguido teniendo. Y sin embargo, volviste a ser un egoísta y fingiste no acordarte de nada. ¿Tienes idea de lo doloroso que ha sido para mí? Tu doctora me explicó que debía apoyarte y que los sobresaltos emocionales eran muy peligrosos para tu salud. Yo solo quería hablar de lo sucedido, mirarnos a los ojos y tratar el tema del divorcio como dos personas civilizadas. Pero tú me negaste ese derecho y me obligaste a permanecer a tu lado. ¿Cómo has podido?

—Tenía miedo.

—Yo también tenía miedo.

—Tú no lo entiendes, Helena. No podía renunciar a la única persona que confiaba en mí cuando los médicos me dieron por muerto. Tú luchaste por mí. Y yo... quería luchar por nuestro matrimonio. Sé que he sido un cobarde, pero pensé que la vida me había dado una segunda oportunidad y quería aprovecharla contigo. En el pasado cometí muchos errores y quería compensarte por ello. Quería darte todo lo que te negué.

—¿Y no pensaste que podrías haberme compensado siendo sincero?

—Estabas muy lejos de mí... —dice resignado—. Lo supe en cuanto te vi aparecer en el hospital. No soy perfecto y lo sabes. Por eso te engañé. Lo hice con mi mejor intención.

—¿Cómo puedes decir que lo hiciste con tu mejor intención?

Suelto su mano y lo miro horrorizada.

—Te quiero, Helena.

—No digas eso —le pido, indignada porque utilice dos palabras con un significado tan profundo para su conveniencia—. No es justo.

—Pero es la verdad.

—Si me quisieras no me habrías engañado. No me habrías manipulado para obligarme a permanecer a tu lado. El amor no funciona así.

—Tú tampoco has sido del todo sincera conmigo —me recrimina con aspereza.

En sus ojos brilla un rencor mal disimulado. Me preparo para lo que está por venir porque sé que esta conversación no va a ser agradable.

—No lo he sido —admito con un hilo de voz—, porque tú no me has dejado.

A él se le escapa una carcajada rabiosa.

—¿En serio también me vas a echar la culpa de haberte tirado a otro?

—¡Te pedí el divorcio! No estábamos juntos cuando sufriste el accidente. Y aún así viajé a Texas porque quería ayudarte. No me siento orgullosa y te juro que algo así no entraba en mis planes. Pero deja de actuar como si te debiera algún tipo de explicación porque los dos sabemos que nuestro matrimonio estaba acabado. Lo estuvo desde el momento en el que te conté que estaba embarazada y tú me pediste que abortara.

—Seguías casada conmigo —insiste con resentimiento, y luego me mira a los ojos con un deje de esperanza—. Sigues casada conmigo.

Me armo de valor y digo:

—No sé si quiero seguir casada contigo.

—Helena...

Aparto mi mano cuando él intenta tocarme. Sé que si me toca me vendré abajo y no seré capaz de tomar una decisión. Todo es muy difícil cuando se trata de Josh. Cuando se trata de nosotros.

—¿No me quieres?

—Sí —respondo sin vacilar, y quiero gritarle que ojalá no lo hiciera—. Pero no quiero quererte de una forma que me hace tanto daño.

—Aprenderemos a hacerlo mejor.

—Josh... —lo miro a los ojos con una tristeza que me parte el corazón—. Tú y yo no sabemos querernos bien. Follamos de vicio. Nos lo pasamos genial juntos. Pero un matrimonio no es solo follar y ver series de televisión. Si solo consistiera en eso, nosotros seríamos perfectos. Pero no lo somos.

—Puedo llegar a perdonarte.

—Tú eres demasiado orgulloso para perdonar algo así.

—Vamos a llamar a las cosas por su nombre. Te has acostado con otro tío. Creo que puedo llegar a perdonarlo si tú... si tú no sentiste algo más por él. Tú misma has dicho que me sigues queriendo. Podemos ir a terapia de pareja. Puedo ser la clase de marido que tú necesitas. Podemos volver a Chicago y empezar de nuevo. No me digas que no te tienta la idea.

Sí que me tienta. Él me conoce de sobra para saberlo. Hace un tiempo me habría convencido sin tanto esfuerzo porque habría creído en él con los ojos cerrados. Pero ya no creo en Josh. Ni en nosotros.

—¿Quién es él? —pregunta con furia.

—¿Acaso importa?

—Importa que él te importe. Importa que lo mires de la misma forma que me mirabas a mí cuando nos casamos en Las Vegas. Porque yo podría soportar que te hayas acostado con otro, pero no que te hayas enamorado de él.

Josh espera mi respuesta, pero yo no sé qué decir. Así que toma mi rostro entre sus manos y me

obliga a mirarlo a los ojos.

—Helena, por favor.

—No lo sé, Josh.

Él deja caer sus manos y me mira como si no me reconociera.

—¿Cómo puedes decir que me sigues queriendo y admitir que sientes algo por ese tío?

—Porque es la verdad.

—Y una mierda la verdad. No se puede querer a dos personas a la vez. Y si se puede, yo no quiero que me quieras de esa manera. Joder, Helena... —Josh intenta ponerse de pie y le fallan las fuerzas. Una de las muletas se le cae al suelo y maldice en voz alta. Le acerco la muleta y le toco el brazo. Él se aparta de mala manera—. No me toques.

—Lo siento.

—No me digas que lo sientes —Josh arroja las muletas contra la pared porque no es capaz de ponerse de pie. Está fuera de sí—. Quiero que me dejes solo. Saldría yo, pero ya ves que no puedo.

Me levanto de la cama y le rozo sin querer la pierna. Ambos nos estremecemos. Me encantaría abrazarlo, pero sé que no me lo permitiría. Acabo de decirle que siento algo por otro hombre. No me gustaría estar en su lugar.

—¿Quieres que duerma en otra habitación?

—Lo que quiero es que nos demos un tiempo —dice con evidente malestar—. Aclara tus sentimientos. Me encantaría hacerme el digno y decirte que no estaré esperándote en el caso de que vuelvas a mí, pero...

Josh agacha la cabeza. Tiene los ojos vidriosos y no es capaz de terminar la frase. No puedo contener el impulso de agacharme y darle un abrazo. Al principio él intenta rechazarme porque está muy dolido, pero termina aceptándome de mala gana.

—Te quiero, joder —me da un beso en la mejilla y se borra las lágrimas con la mano—. Y si tú sigues sintiendo lo mismo por mí, mandaré a la mierda mi orgullo porque quiero seguir casado contigo. Se acabó lo de ser un cobarde que se calla lo que siente. Lamento haberte mentado. Ya no me estoy guardando nada. ¿Y tú?

Lo miro a través de las lágrimas y solo entonces soy consciente de que también estoy llorando. Debería contarle lo del embarazo, pero lo veo tan roto que me resulta imposible. No quiero hacerle más daño. No quiero hurgar en su herida. No puedo.

—Tampoco.

—Será mejor que hoy duermas en otra habitación.

—Vale —respondo apenada, a sabiendas de que es lo mejor para ambos—. Yo también lo siento, Josh.

—Ojalá volviéramos a ser los amigos de la universidad que tenían miedo de dar el primer paso.

Sonríó con debilidad antes de abrir la puerta.

—Ojalá.

JOSH

No puedo dormir. Acabo de desnudarme delante de Helena y lo que he recibido a cambio es enterarme de que cabe la posibilidad de que ella sienta algo más por el tío con el que se acostó.

¿Quién es ese cabrón?

No miento si digo que lo estrangularía con mis propias manos.

Estoy tumbado bocarriba con los ojos abiertos de par en par. Debería estar contento porque hoy he caminado unos metros con ayuda de las muletas. La silla de ruedas pasará a ser historia dentro de poco. Pero lo que siento es un enorme vacío. Como si me hubieran arrancado una parte de mí. No es justo. No estoy preparado para divorciarme de Helena. Quiero creer que seguimos teniendo una oportunidad, pero tampoco soy tan patético para rogarle que se quede a mi lado.

Me he acostado sin cenar porque no me apetecía ver la cara de mi hermano. De lo contrario le habría gritado: «¡muchas gracias por meterte donde no te llaman y arruinar mi matrimonio!». Pero sé que estaría siendo injusto porque yo me encargué de estropear nuestro matrimonio. Lo hice cuando dejé tirada a Helena cuando más necesitaba. Y le di la estocada final cuando fingí una amnesia porque me aterraba hablar con ella de nuestros problemas. Estoy recogiendo lo que he sembrado. Pero...

También estoy furioso con Helena. No quiero estarlo, pero es lo que hay. Nadie me puede decir cómo debo sentirme cuando descubro que mi mujer se ha acostado con otro. Porque no importa lo que ella diga: seguimos estando casados. Lo estábamos cuando ella se acostó con otro. Estoy tan cabreado que tengo que contenerme para no aporrear la puerta de la habitación de invitados en la que Helena se habrá instalado y gritarle: «¡espero que te haya merecido la pena!».

Algo está arañando la puerta de mi habitación. Por un instante clavo las uñas en las sábanas porque temo que el monstruo de mis pesadillas haya traspasado la frontera que separa los sueños de la realidad. Pero es del todo imposible y lo averiguo cuando la puerta se abre y Bruma entra en la habitación.

—¿Cómo has abierto la puerta?

Su respuesta consiste en subirse a la cama de un salto.

—¡Fuera! —le ordeno malhumorado—. Vamos, lárgate.

Bruma se tumba bocarriba para que le rasque la barriga. Resoplo. Esto es el colmo. ¿Por qué no me deja en paz?

—No me gustas.

Bruma me ladra. Vete a saber lo que significa ese ladrido.

—Quiero estar solo.

La perra se arrastra por el colchón hasta recostar la cabeza sobre mi brazo. Le dedico una mirada sombría.

—Mira que eres pesada.

No me preguntes por qué no la echo. Quizá porque muy en el fondo odio la soledad y agradezco la compañía de la perra —aunque me haga el duro—. El caso es que Bruma me tranquiliza porque se ha convertido en mi fiel escudera, e incluso me animo a echar una cabezadita porque tengo la corazonada de que ella me despertaría de un ladrido si vuelvo a tener pesadillas.

—¡Aquí estás!

La luz de la habitación se enciende y mi sobrina se planta a los pies de mi cama. Le dedica una mirada resentida a Bruma. Está inflando las mejillas y tiene los brazos cruzados. Yo estoy al borde del infarto porque estaba a punto de quedarme dormido.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

—Estaba abierta —responde con total impunidad—. Me has robado a mi perra.

—No te la he robado. No tengo la culpa de que me prefiera a mí.

Avery pone mala cara cuando Bruma se acurruca a mi lado como queriendo subrayar mis palabras.

—¿Por qué no has cenado esta noche con nosotros?

La habilidad de mi sobrina para cambiar de tema es increíble.

—Porque no me ha dado la gana.

—Eres un gruñón.

—Y tú una pesada.

—Puedo serlo. Tengo siete años y medio.

No tengo nada que objetar ante su lógica infantil. Avery se toma mi silencio como una invitación

para meterse en mi cama. Pongo los ojos en blanco. La que faltaba.

—¿Qué haces?

—Dormir contigo. Helena dice que debo ser amable con las personas que lo están pasando mal.

«Vaya, vaya... conque Helena dice eso. Pues ya podría aplicarse el cuento».

—No lo estoy pasando mal. De hecho estoy perfectamente. ¿Por qué no te llevas a Bruma y me dejáis dormir solo?

—Tío Josh —Avery se pone de rodillas en la cama y me mira muy seria—. Estás triste. No me engañas. Soy tu sobrina favorita.

—Eres mi única sobrina.

Avery esboza una sonrisa traviesa y tira de las sábanas para hacerse un hueco a mi lado. Suspiro resignado. Supongo que hoy seremos tres en la cama. Bruma duerme sobre mi brazo izquierdo y Avery se acurruca junto a mi brazo derecho. Sé que es una chorrada, pero me siento inesperadamente mejor.

—Yo creo que Bruma te ha elegido porque sabe que necesitas un amigo.

—Lo que necesito es dormir.

—Eres un antipático —se le escapa un bostezo y apoya su cabecita en mi pecho—. Pero te quiero mucho. Casi tanto como a papá.

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—¡Sí!

—Érase una vez una mona llamada Avery a la que le encantaba subirse a los árboles.

—¡Tío Josh!

—¿Qué?

—Menuda birria de cuento.

—Pero si no lo has escuchado.

—¡No quiero ser una mona!

Es muy divertido tomarle el pelo y durante unos minutos disfruto picándola. Hasta que le vence el sueño y se queda dormida con su manita agarrando la mía. Observo a mi sobrina sin pestañear y me doy cuenta de lo infinitamente afortunado que es mi hermano. Ojalá yo hubiera sabido

apreciarlo cuando Helena me contó que estaba embarazada. Ojalá pudiera dar marcha atrás y estar a la altura. Pero no puedo. Creo que la he perdido para siempre. Y tal vez tenga que hacerme a la idea de que nuestro matrimonio ha llegado a su fin.

Mi sesión de rehabilitación con Janice es más silenciosa de lo habitual. Ambos mantenemos la distancia y sé que ella está tan incómoda como yo. Ni siquiera soy capaz de disfrutar de mi progreso. Tampoco me alegro cuando Janice me explica que voy más rápido de lo que ella había previsto y que muy pronto podré caminar solo con la ayuda de las muletas.

—¿Va todo bien? —pregunta cuando terminamos la sesión.

—Lo de ayer estuvo mal.

—No sé a qué te refieres.

Janice me da la espalda y termina de recoger sus pertenencias. No puedo dejarlo estar. Anoche estuve dándole vueltas a la cabeza y llegué a la conclusión de que no quiero ser la clase de hombre que le paga a Helena con la misma moneda. He cometido muchos errores. Ya es hora de dejar de meter la pata.

Le he pedido un tiempo a mi mujer. No sé cuál será su decisión. Pero, mientras tanto, me mantendré fiel a mi corazón porque no quiero dejarme llevar por el rencor. Por eso necesito aclarar las cosas con Janice antes de que la situación se nos vaya de las manos.

—Sí que lo sabes. Ayer tonteamos a plena vista de todos.

Janice se vuelve hacia mí con las mejillas ruborizadas por la vergüenza.

—Te estaba tomando el pelo.

—No puedo verte de *esa* forma mientras esté casado con Helena —le digo con total rotundidad a pesar de que le estoy haciendo daño—. Estoy enamorado de mi mujer.

—Ella te ha engañado.

—Sí —respondo molesto porque ella lo utilice para meter mierda entre nosotros—. Quizá pueda perdonarla. No es asunto tuyo y lo sabes. A partir de ahora tendremos una relación estrictamente profesional. Entendería que quisieras pedir un cambio de paciente.

—No quiero otro paciente.

—Bien.

Yo tampoco quiero desprenderme de Janice. Es una buena fisioterapeuta y no estoy seguro de ser capaz de trabajar con otro.

—No quería hacerte sentir incómodo... —Janice se rasca el brazo y aparta la mirada.

—No es culpa tuya. Yo también te he dado pie porque estaba furioso con mi mujer. Te pido disculpas por haberte utilizado. Soy un capullo.

—La primera vez que te vi me di de bruces con un hombre roto. No eres un capullo, Josh. Eres divertido, atractivo y sabes de sobra que le podrías gustar a cualquier mujer. No sé por qué no pedí el cambio de paciente cuando empecé a mirarte de otra forma. Te juro que es la primera vez que me pasa. Creo que también te gusto... aunque puede que no lo suficiente para dar carpetazo a un matrimonio que no te hace ningún bien.

—Te agradecería que no hablastes de mi matrimonio.

—Vale —Janice se cuelga la mochila al hombro y fuerza una sonrisa—. Supongo que hoy no me acompañas.

—No.

—Hasta mañana, Josh.

—Hasta mañana, Janice.

Ni siquiera sé cómo sentirme cuando la puerta se cierra detrás de ella. Janice no me conoce en absoluto. Se ha enamorado de una fachada. De un hombre que no existe. Y lo peor es que me encantaría ser esa clase de tipo porque entonces todo sería más fácil.

BLAKE

Después de la jornada de trabajo, salgo a dar un paseo por el rancho a lomos de Balder porque necesito despejarme. Todavía sigo atormentándome por culpa de la conversación que mantuve con Helena. Maldita sea, ella tiene razón. ¿Cómo he podido ser tan...?

«Mezquino». Ella me llamó mezquino.

«¿Me lo has contado porque creías que debo saberlo, o porque es tu manera de vengarte de Josh?»

«Ser así no te pega nada»

En este momento me avergüenzo de mí mismo, pues no tengo del todo claro que lo hiciera porque creyese que Helena merecía saber la verdad. Creo que en realidad me dejé llevar por un impulso bastante primitivo porque no soporto que Helena esté casada con Josh. Es superior a mí. Me escuece más de lo que puedo admitir. Ya está. Ya lo he dicho.

Soy humano. Llevo toda la vida siendo la clase de hombre racional y que se cree por encima de ciertos impulsos, y acabo de descubrir que puedo ser tan ruin como el que más. Bienvenido, amor. Gracias por sacar lo peor de mí.

Desmonto del caballo y lo dejo pastando junto al campo de girasoles. Le acaricio la crin cuando una mujer se acerca galopando. El pelo rubio y suelto. El rostro rebosante de energía. Es Helena y mi cuerpo reacciona de esa manera tan salvaje e irracional. Supongo que ella va a dar un rodeo en cuanto me vea, pero contra todo pronóstico, se baja de la yegua cuando llega hasta donde estoy.

—Daisy necesita descansar —dice, como si tuviera que buscar alguna excusa para estar conmigo —. Y yo necesitaba dar un paseo. Me relaja montar a caballo.

—¿Quieres que me vaya?

Doy por hecho que está disgustada conmigo y quiero ponérselo fácil. Helena sacude la cabeza y se sienta mirando hacia el campo de girasoles con las rodillas flexionadas contra el pecho. Coge un puñado de tierra y deja que esta se escurra entre sus dedos.

—He hablado con Josh.

—No tenemos que hacer esto.

—Siéntate, Blake —me pide con tono neutral—. Te guste o no, eres parte de esto desde que metiste las narices donde no te llaman.

Su acusación me duele, pero me siento a su lado porque no me queda otra opción. Lo hago a una distancia prudencial y no sé cómo terminó rozándole la pierna sin querer. Helena apenas se inmuta y me percato de que está ensimismada en el campo de girasoles. O quizá en sus propios pensamientos. Mi rodilla toca la suya y ninguno de los dos se aparta.

—Josh y yo nos hemos dado un tiempo —me cuenta, y no sé descifrar la emoción de su voz—. Él me lo ha pedido después de hablar de todo. Yo tampoco he querido insistir. Supongo que estamos aferrándonos a un matrimonio que hace aguas por todos lados. Era cuestión de tiempo.

—Lo siento.

—No lo sientes.

Helena gira la cabeza y me observa con una sonrisa triste. Quiero abrazarla y prometerle que siempre estaré ahí. Pero me contengo porque sospecho que ella me rechazaría sin contemplaciones.

—Claro que lo siento —respondo con total sinceridad—. Yo lo último que quiero es verte sufrir. Tenías razón. He sido ruin y no me reconozco. Me dije que lo hacía porque merecías saberlo, pero en el fondo me movían otros motivos más egoístas.

—No somos perfectos, eh —dice con suavidad—. Creo que fui muy dura contigo. Lo de anoche me pilló desprevenida y me desquité con el mensajero.

—Yo creo que fuiste bastante justa.

—Ayer Josh me aseguró que podía llegar a perdonarme, ¿sabes? —Helena sacude la cabeza como si no diera crédito—. Pero yo sé que él no es esa clase de hombre. Ni siquiera sé si quiero que nos demos una segunda oportunidad. Me preguntó si el hombre con el que me había acostado significaba algo para mí...

Mi corazón se salta un latido.

—¿Y tú qué le respondiste?

—Le respondí que no lo sabía.

—¿No lo sabes? —pregunto resignado, y me es inevitable acercarme a ella. Mi rodilla contra la suya y mi hombro rozando el suyo.

—Sí que lo sé, pero le mentí porque me faltaron agallas para decirle la verdad.

Helena me mira a los ojos. Pongo mi manaza sobre su mejilla y a ella se le escapa el aire por la boca. Sé que no debería aprovecharme de este momento de vulnerabilidad. Sé que debería respetar su espacio y no intervenir cuando su matrimonio pende de un hilo. Pero, joder, soy débil. Y tengo delante a la mujer de la que estoy enamorado. Helena entrecierra los ojos e inclina su cabeza hacia mi mano para prolongar el contacto.

—Tú significaste algo para mí y me da miedo ponerle nombre porque estoy absolutamente confundida. Sé que creerás que soy una inmadura. Una niña caprichosa que no sabe lo que quiere. Porque estoy enamorada de Josh, pero, cuando te miro, no sé lo que siento por ti. No me acosté contigo porque me dejase llevar. De lo contrario jamás me lo habría perdonado. Pero hace mucho tiempo que me disculpé a mí misma, porque desde el día en el que te conocí, supe que tú y yo...

No necesito más para besarla. No me interesa porque la entiendo. Por eso capturo su boca con la mía y la interrumpo con brusquedad. Mi mano sigue posada sobre su mejilla y Helena me agarra la muñeca, supongo que para detenerme. Pero suspira contra mis labios con un inconfundible ardor que me vuelve loco. Se me escapa un gruñido de satisfacción cuando ella me devuelve el beso. Mi mano libre va directa a su cintura y la atraigo más hacia mí porque nada me resulta suficiente tratándose de ella. Si se puede perder la cordura con un beso, nosotros renunciamos al último atisbo de sensatez que nos quedaba. Deslizo mi pulgar por su pómulo con una ternura infinita. Helena pone las manos sobre mi pecho y murmura contra mi boca algo que no llego a entender. Nuestras lenguas se enredan y todo explota. Por si acaso quedaba un mínimo resquicio de contención entre nosotros.

Me separo un centímetro y un instante para mirarla a los ojos y cerciorarme de que el beso es real. Ella me mira con los ojos nublados por el deseo. Los labios hinchados. Las mejillas sonrosadas. Vuelvo a besarla, no vaya a ser que se le ocurra pedirme que me detenga. Helena me acaricia el pecho y luego agarra mis brazos. Quiero pedirle que no deje de tocarme porque me hace mucha falta que lo haga, pero lo único que puedo es besarla. Morderle el labio inferior para demostrarle que encajamos. Que las convicciones no sirven de nada cuando se trata de nosotros.

La empujo para tumbarla bocarriba y cubro su cuerpo con el mío. Helena entrelaza sus manos alrededor de mi cuello cuando me aparto para besarle la barbilla. Murmura una palabra de protesta. Sonríe contra sus labios y le doy un beso corto. Y otro. Y otro. Hasta que ella se derrite como el caramelo y se le escapa un gemido cuando separa las piernas y nota mi erección. Aprovecho su momento de desconcierto para besarle la garganta. El cuello. Morderle el lóbulo de la oreja mientras la acaricio por encima de la ropa. Ella se retuerce de placer.

—Blake...

—Eres tan... —intento encontrar la palabra que defina lo que significa para mí, pero no la encuentro. Deberían crear un diccionario para nosotros. Así que en lugar de hablar capturo de nuevo sus labios. Esta vez el beso es más profundo y primitivo. Despojado de la delicadeza habitual. Porque solo soy un hombre besando a una mujer que lo está llevando al límite.

—No dejes de besarme —Helena entreabre los ojos y entierra sus manos en mi pelo—. Me olvido de todo cuando lo haces. Me haces soñar que existe un futuro entre nosotros.

—Lo hay —le aseguro con vehemencia, y reclamo sus labios como si me pertenecieran.

Helena mete las manos por dentro de mi camiseta y me acaricia el abdomen. Cuando me toca, es como si volviera a tener quince años y fuera un crío inseguro y que no tiene ni puta idea de sexo.

—Dios, Blake...

Apoyo mi frente contra la suya y cierro los ojos. Me quedo paralizado durante unos segundos en los que me limito a disfrutar de sus caricias. De sus manos temblorosas acariciándome el pecho. Helena echa la cabeza hacia atrás para que siga besándola porque es tan insaciable como yo. Nos hemos convertido en un par de animales que no miden las consecuencias de sus actos. Ya tendré tiempo de arrepentirme. O no. Porque esto es demasiado bueno para hacerme sentir mal.

Desabrocho uno a uno los botones de su blusa. Luego mis dedos acarician la piel que se va descubriendo. A ella se le escapa otro gemido y tengo que contenerme para no arrancarle la blusa. La miro a los ojos mientras la voy desnudando. Lo hago porque quiero grabarme en la retina su expresión rendida a la pasión. Helena saca las manos del interior de mi camiseta y busca mi rostro. Sus manos a cada lado de mis mejillas. Solo me mira. No hace falta que diga nada porque la entiendo. Ella también quiere recordar este momento. Porque nosotros siempre seremos la clase de amantes que se miran a los ojos.

—¿Me vas a hacer el amor?

—Sí.

Noto su respiración, casi tan acelerada como la mía. Le desabrocho otro botón. Helena me mira sin pestañear.

—No puedo prometerte un para siempre, Blake —dice con una sinceridad que no debería estar permitida en un momento en el que ambos somos tan vulnerables—. Pero te necesito tanto que me duele.

—Te voy a hacer el amor y no hará falta que te pida que te quedes, porque tú no querrás marcharte de mi lado —le aseguro con vehemencia.

El miedo brilla en sus ojos durante unos segundos y sé que me cree. Paso mi pulgar por sus labios. Me debato entre besarla de nuevo o desabrocharle otro botón de la blusa porque ambas opciones me tientan. Al final me decanto por un beso corto y profundo. Los dos nos separamos jadeando cuando me suena el móvil. Meto la mano en el bolsillo trasero de mis pantalones y lo arrojo de mala manera sobre el suelo porque no estoy dispuesto a permitir que nos interrumpen. Helena parece pensar lo mismo y me agarra de la camiseta para atraerme hacia ella. Estoy a punto de ofrecerle el beso que me pide cuando veo la pantalla por el rabillo del ojo.

Hannah.

Mi cuerpo se tensa sin poder evitarlo. Algo no va bien. Hannah jamás me llama por teléfono. Sabe que estoy en el rancho y se esperaría a que regresara si no fuera importante.

—Tengo que cogerlo.

Helena no dice nada. Se limita a abrocharse la blusa cuando descuelgo. Mi cuerpo se enfría de inmediato cuando respondo la llamada y una llorosa Hannah me da la noticia que jamás querría oír. Helena me mira preocupada.

—¿Qué pasa?

—Es mi abuela.

Me pongo de pie y le doy la mano. Ambos nos miramos apenados porque no necesito decir nada más. El momento que tanto temía acaba de llegar.

HELENA

Ni siquiera puedo pensar en lo sucedido con Blake porque la casa es un completo caos cuando llegamos. Bill y Stuart caminan nerviosos alrededor de la sala de estar. Hay determinadas situaciones para las que una persona no está preparada y despedirse de un ser querido es una de ellas. Hannah está sentada en el sofá y tiene el rostro cubierto por las manos. No puede parar de llorar. Josh está pálido y aterrado cuando sale de la habitación de su abuela. Va caminando con ayuda de las muletas y la alegría de verlo de pie me dura muy poco cuando le dedica una mirada recriminatoria a Blake.

—¿Dónde estabas?

—¿Has llamado al médico? —es la respuesta de Blake.

—Viene de camino.

Blake se acerca a su hermano y nuestras miradas se cruzan. Menos mal que todos están demasiado ocupados con su propio dolor para percatarse de que ambos apartamos la cara, visiblemente abochornados por lo que acaba de suceder entre nosotros. Sé lo que está pensando y no lo culpo por ello. Nosotros dando rienda suelta a la pasión, y Sophia debatiéndose entre la vida y la muerte.

—No me toques —Josh aparta a Blake de un manotazo cuando éste intenta tocarlo—. Yo no quiero que ella, joder...

—Tranquilo.

Blake lo abraza con torpeza y Josh rompe a llorar. Mi corazón se rompe en mil pedazos. Contemplo la puerta entreabierta de la habitación de Sophia. Yo tampoco estoy preparada para dejarla marchar. Por eso intento mantener la mente fría y apartar el dolor.

—¿Y Avery? —me temo.

Blake y Josh me miran preocupados.

—Está en su habitación viendo una película —responde Josh—. Pero no puede ver a la abuela. Es demasiado pequeña para pasar por algo así.

Blake me mira con la esperanza de que encuentre una solución porque él está tan deshecho como

Josh y no puede pensar con claridad.

—¿Tienes el teléfono de algún amigo del colegio con el que se pueda quedar a pasar la noche?
—es la única opción que se me ocurre.

—Creo que sí.

Blake se pelea con el móvil y al final se da por vencido. Se lo arrebató con suavidad y busco en la agenda de contactos hasta dar con la madre de la mejor amiga de Avery.

—La entretendré mientras tanto.

Paso por el lado de Josh y él ni siquiera me mira. Aprieto los labios y algo se desmorona en mi interior. No soy una persona horrible. Ese término se me quedaría corto. Soy una traidora de la peor calaña. Esa soy yo.

No me queda más remedio que hacerme dueña de la situación. La madre de Lucy, la mejor amiga de Avery, es una mujer muy amable y que me asegura que Avery estará en buenas manos cuando la llevo a su casa. Me toca inventarme una excusa para que Avery no sospeche nada. Pero es una niña muy inteligente y no es fácil engatusarla.

—¿La abuela se va a morir? —pregunta a bocajarro cuando aparcamos delante de la casa de Lucy.

—Ratita, ¿Por qué dices eso?

—Papá nunca me deja quedarme a dormir en casa de ningún amigo entre semana. La puerta de la habitación de la abuela estaba cerrada y todos estabais muy callados.

No sé qué decir. Ojalá tuviera a mano a algún psicólogo para preguntarle qué es lo que debes responder a un niño que te hace semejante pregunta. Opto por actuar con tacto y sinceridad porque sé que Avery es demasiado perspicaz para su edad. No es la clase de niña a la que puedes engañar.

—La abuela no se encontraba bien y el tío Josh ha llamado al médico. Por eso los adultos tenemos que quedarnos en casa y cuidar de ella.

—Yo también quiero cuidar de la abuela.

—Eres muy pequeñita para cuidar de otra persona.

Avery hace un puchero y le doy un abrazo en un intento por consolarla.

—No quiero que la abuela se muera.

—Yo tampoco, ratita.

Avery se niega a bajar del coche y tengo que hacer un gran esfuerzo para convencerla. Al final consigo que se quede a dormir en casa de Lucy y le doy las gracias a su madre. Cuando regreso al coche lo hago con la determinación de ser de utilidad. No es momento de pensar en mis sentimientos por Blake o Josh. Lo único que ellos necesitan de mí es que les ofrezca consuelo. Creo que puedo hacerlo. Sin embargo, cuando regreso al rancho me encuentro con un panorama desolador. Blake está discutiendo con el médico mientras Josh intenta tranquilizarlo. Porque Blake no es la clase de hombre que acepta que no puede proteger a las personas que ama.

—Lo siento, señor Sackler —dice el médico con tono cauteloso, probablemente angustiado por la envergadura física de Blake—. No hay nada que pueda hacer por su abuela salvo ahorrarle parte de su sufrimiento.

—¿Me está diciendo que va a dejarla morir? —replica Blake fuera de sí.

Blake no está siendo razonable, pero supongo que nadie lo es cuando toca aceptar la partida de un ser querido. Josh le pone una mano sobre el hombro y le susurra algo al oído que no llevo a escuchar.

—Le estoy diciendo que lo único que puedo hacer por su abuela es sedarla —responde el médico con una sinceridad brutal—. El momento que temíamos ha llegado. Su arritmia le ha debilitado el corazón y sus pulmones se están encharcando. La fortaleza de Sophia es admirable, pero...

—¿Cuánto tiempo le queda? —quiere saber Josh.

—Es imposible de prever. Tal vez horas o menos.

Blake masculla una maldición y le da una patada a una silla.

—Por favor, ahórrele todo el sufrimiento que pueda —le suplica Josh con la voz rasgada, y acto seguido se vuelve hacia su hermano—. No voy a permitir que ella te vea así. Sal a darte una vuelta, fúmate todos los cigarros que quieras y grita donde nadie pueda oírte. Vuelve cuando estés preparado para despedirte de ella.

Me sorprende que Blake obedezca a su hermano pequeño sin rechistar. Él, tan acostumbrado a dar órdenes, está absolutamente deshecho y por primera vez no es el dueño de la situación. El médico entra en la habitación de Sophia y solo entonces Josh se deja caer sobre una silla. Llevaba todo el tiempo apoyado en las muletas y tengo la impresión de que el dolor que siente es tan profundo que se ha olvidado del dolor físico.

—¿Estás bien? —le pregunto con suavidad.

—¿Tú qué crees?

Aprieto los labios porque no sé cómo acercarme a él. Sé que es repulsivo intentar consolar a mi marido cuando hace un momento estaba a punto de acostarme con su hermano, pero Josh siempre será mi mejor amigo y el hombre con el que me casé creyendo que sería para siempre.

—No quiero pagarlo contigo —dice con tono sombrío—. ¿Qué tal está Avery?

—Mal. No he podido engañarla.

—Es más lista que el hambre.

—Ya sabemos a quién ha salido.

Josh me hace un gesto para que me siente a su lado. Cojo una silla y la coloco junto a la suya. Me encantaría darle la mano o frotarle la espalda. Ofrecerle aunque solo fuera un poco de cariño. Pero me contengo porque sé que Josh me rechazaría y lo último que quiero es ser la protagonista en uno de los peores momentos de su vida.

—He sido un imbécil. Tanto tiempo sin venir a visitarla porque estaba cabreado con mi hermano y con mis padres. Ella no se lo merecía y jamás me lo recriminó. Podría haber disfrutado más de mi abuela si hubiera dejado de lado mi orgullo. Sé que es tarde para lamentarme, pero me siento como un auténtico miserable —dice afligido.

—Lo importante es que estás aquí.

—¿Cómo se supone que voy a mirarla a la cara? —me pregunta aterrado—. ¿Qué se le dice a una persona que está a punto de morir?

—Estoy segura de que tu abuela no tiene miedo a morir. Quizá lo único que necesita es que le cojas la mano y le digas por última vez lo mucho que la quieres.

—Dios... —Josh agacha la cabeza y sus ojos se llenan de lágrimas—. Esto es lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

No puedo reprimir el impulso de poner mi mano sobre la suya. Me sorprende que Josh no la aparte y se limite a mirarme desconsolado.

—No estás solo. Me tienes a mí, si me dejas estar a tu lado. Sé que nos hemos dado un tiempo, pero eso no significa que yo no pueda...

—Cállate y dame un abrazo —me interrumpe con una urgencia que me parte el corazón.

Esto sí que puedo hacerlo. Lo estrecho con fuerza para demostrarle que a pesar de todo siempre ocupará un lugar importante en mi corazón. En eso he sido del todo sincera. Ya tendremos tiempo de hablar sobre nuestro matrimonio, pero hoy solo soy su mejor amiga y quiero demostrarle que me tiene aquí. Para llorar. Para maldecir. Porque no importa todo el daño que nos hayamos hecho, nosotros siempre seremos una parte fundamental de la vida del otro. Sé que

es difícil de entender, pero a veces el amor no tiene por qué tener un final de cuento de hadas. En ocasiones el amor te enseña y te reconstruye. Hay momentos en los que el amor solo es una parte más de tu vida y tienes que aprender a dejarlo marchar. Aunque duela. Por muy complicado que sea.

—No quiero interrumpirlos, pero Sophia quiere hablar con usted —dice el médico.

No soy consciente de que se está refiriendo a mí hasta que Josh me aprieta la mano. Ni siquiera sé cómo consigo reunir el valor para cruzar la puerta de su habitación. Porque una cosa es darle un consejo a Josh, y otra tener que aplicármelo. Sophia está tumbada en la cama con el rostro pálido y el cabello blanco extendido sobre la almohada. Me pregunto cómo es posible que perciba cierta belleza en la muerte.

—Ven aquí, muchacha.

Me siento en el borde de la cama y sostengo su mano con delicadeza. Intento aguantar las lágrimas a duras penas. Me gustaría decir algo elocuente y que estuviera a la altura de las circunstancias. Pero no sé qué decir y Sophia es demasiado especial para murmurar un puñado de palabras grandiosas y vacías. Por eso digo algo que me sale del corazón.

—No es justo. La vida me ha regalado muy poco tiempo a tu lado. Yo quiero tener más charlas contigo y disfrutar de un vaso de limonada mientras intento absorber un poquito de tu sabiduría.

—Si las personas fuéramos eternas, no viviríamos la vida con la intensidad que se merece. Y yo he tenido una vida llena de grandes momentos. No te apenes por mí. Me voy muy tranquila de este mundo. He amado tanto como me ha sido posible. Solo quería que supieras que me alegro mucho de haberte conocido. Puede que haya sido durante un corto periodo de tiempo, pero cada minuto a tu lado ha merecido la pena.

—Sophia...

Me abrazo a ella y lloro sobre su regazo como si fuera una niña pequeña. No quiero que se vaya. Es una injusticia que el mundo se quede sin una persona tan maravillosa. Por eso me aferro a Sophia como si al hacerlo pudiera anclarla para siempre a la vida. Pero ambas sabemos que los milagros no existen y ella ha aceptado su marcha con una serenidad que me abruma.

—Muchacha, deja que te mire a los ojos.

Levanto la cabeza, me seco las lágrimas y fuerzo una sonrisa porque no quiero que la última imagen que se lleve de mí sea la de mi rostro de ojos llorosos.

—Cuida de mis nietos aunque te lo pongan muy difícil. Sé fiel a ti misma. Sé sincera, Helena. Porque el único pecado imperdonable de la vida es vivirla siendo una cobarde. Prométemelo.

—Te lo juro.

Sophia parece quedarse tranquila y cierra los ojos. Tengo tanto miedo que apoyo la mejilla en su pecho y me tranquilizo cuando escucho los latidos débiles de su corazón. Solo entonces permito que las lágrimas salgan sin control.

—Te voy a echar mucho de menos. No sabes cuánto.

JOSH

Helena sale de la habitación sin poder contener las lágrimas. Quiero ser la clase de hombre que deja a un lado su orgullo para ofrecerle el consuelo que ella me ha brindado hace un momento, pero me resulta del todo imposible. ¿Hay un sentimiento más egoísta que el dolor? Lo dudo. Porque te apropias de él, lo haces tuyo y monopolizas el sufrimiento como si fueras el único que tiene derecho a estar hecho una mierda. Sé que no es justo porque ella también quiere a mi abuela. Sé que el cariño que se tienen es mutuo. Pero...

—Se ha quedado dormida.

—Le haré compañía por si despierta.

Cojo las muletas e intento ponerme de pie. Sacudo la cabeza con vehemencia cuando Helena intenta ayudarme.

—¿Quieres que te prepare algo de beber? —pregunta con amabilidad.

—No.

—Voy a ver qué tal se encuentran los chicos y Hannah.

Me da un beso en la mejilla y me pongo rígido de manera involuntaria. Lo hago porque es un mecanismo de defensa para no ablandarme por su contacto. Ella lo nota y no dice nada. Me pregunto si es igual de cariñosa con el otro. A partir de ahora lo voy a llamar así. El otro. El que se ha follado. Ese por el que tal vez sienta algo más.

—Será mejor que entre.

—Claro.

Me la quedo mirando cuando se dirige hacia la sala de estar. Su melena de ondas cayendo con gracia hasta la mitad de la espalda. Deberíamos nacer con un manual de instrucciones que explicase que el amor no siempre es suficiente. Que no te vendan lo contrario. El amor no lo puede todo. Si lo pudiera todo, ella y yo estaríamos juntos porque nos queremos.

La abuela ya está despierta cuando entro en la habitación. Tiene los ojos rebosantes de una energía que debería ser impropia de una mujer a la que le quedan horas de vida. Pero así es mi abuela. Se niega a morirse antes de dar a cada uno de nosotros el mensaje que tiene preparado.

Tozuda hasta para irse de este mundo. No hay mujer más fuerte que ella.

—Pensé que nunca te vería ponerte en pie —dice con la voz rebotante de orgullo—. Al menos me puedo morir sabiendo que ya no necesitas la silla de ruedas.

—¿Y por qué no te esperas a que no necesite las muletas?

—Creo que no te lo he dicho nunca, pero sabes de sobra que eres mi nieto favorito.

—Las abuelas no tienen nietos favoritos, del mismo modo que las madres quieren a todos sus hijos por igual.

—Yo tengo los nietos favoritos que me da la gana —responde con vehemencia, y su comentario me saca una sonrisa débil—. Siéntate a mi lado.

Me siento en el borde de la cama y dejo las muletas apoyadas sobre la mesita de noche. Nos miramos durante unos segundos en los que no hace falta que ninguno diga nada. Mi abuela no solo es mi abuela, sino también mi figura materna. La mujer que me preparaba sándwiches de mantequilla de cacahuete para merendar y me regañaba cuando no hacía los deberes.

—Escuché tu voz cuando estaba en coma. Tú me trajiste de vuelta a la vida. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo contigo.

—¿Por qué ibas a querer traer de regreso a una anciana a la que ya se le ha quedado pequeño este mundo? La vida es para los jóvenes y yo ya he vivido suficiente. He sido muy feliz. He disfrutado de dos nietos maravillosos y una bisnieta a la que adoro. Recé por ti día y noche, y hoy puedo irme en paz sabiendo que tienes toda la vida por delante.

—Abuela, que solo me dejas... No sé qué voy a hacer sin ti.

—Vivir, ¿te parece poco? —consigue levantar el brazo para acariciarme la mejilla. Sostengo su mano contra mi piel y cierro los ojos—. Pero vivir sin rencor, tal y como me prometiste. Dejando a un lado la rabia y el resentimiento porque la vida es demasiado corta para desperdiciarla con sentimientos que no merecen la pena.

—Te lo juro, abuela.

—Y yo confío en ti, Josh. Siempre lo he hecho. Incluso cuando tú dudabas de ti mismo, no me cabía duda del gran hombre que eres.

BLAKE

Hago exactamente lo que Josh me pide. Doy un paseo, fumo siete cigarros seguidos, grito y maldigo hasta que me quedo completamente vacío. Solo regreso al rancho cuando estoy más tranquilo y ya no tengo ganas de pegarle una paliza al médico. Ya me he resignado porque sé que no me queda otro remedio.

Helena está apoyada en la barandilla del porche y está llorando en silencio. Ni siquiera me lo pienso cuando subo las escaleras, le toco el brazo y ella se sobresalta. Me mira avergonzada y sé cuál es el motivo. Pero en este momento todo me importa una mierda y le doy un abrazo porque sé que lo necesita tanto como yo. No sé cuánto tiempo dura el abrazo. Segundos. Minutos. Ni idea. Lo que sí sé es que cuando nos separamos no me siento mejor, pero sí más entero para mirar a los ojos por última vez a mi abuela.

Apenas puedo sostenerme en pie cuando cruzo la puerta de su habitación. Por su expresión impaciente y cansada, sé que soy el último en hablar con ella. Me estaba esperando. Respiro profundamente y camino con pasos temblorosos hacia su cama. Me arrodillo a sus pies porque me da miedo aplastarla con el peso de mi cuerpo.

—Mi nieto mayor —dice con voz débil.

—De repente me siento muy pequeño —le confieso avergonzado.

—Será el amor... —le entra un ataque de tos y no sé qué hacer para ayudarla. Me levanto para colocar las almohadas por si la postura la ayuda a estar más cómoda—. El amor...

—Abuela —digo desesperado y cogiéndole la mano—. Abuela, por favor. No te vayas sin saber lo mucho que te quiero.

—El amor —insiste, y consigue sostenerme la mirada—. El amor es lo que hace grande a esta familia. El amor que se tuvieron tus padres fue lo que te trajo a este mundo. El amor que se tuvieron fue lo que les hizo tomar la decisión de adoptar a tu hermano. El amor te ayudará a criar a una niña extraordinaria y que el día de mañana se convertirá en una gran mujer.

—Ojalá estuvieras aquí para verlo.

—Te veré desde las estrellas. Mira al cielo y acuérdate de esta vieja que te quiere con locura. Túmbate en la tierra de nuestros antepasados, levanta la cabeza y abre bien los ojos. Siempre estaré en tu corazón.

—Siempre, abuela —le prometo, llevándome su mano al pecho.

—El amor... Blake. El amor que sientes por Helena y al que no debes renunciar porque sé que es recíproco. El amor de dos personas que se han encontrado porque ese era su destino. El amor será lo que obligue a Josh a perdonarte cuando ya no le quede espacio para sentir rencor. Y mi amor es el que me obliga a daros mi beneplácito porque sé que sin él serías incapaz de luchar por ella.

—Tú siempre lo has sabido —digo sorprendido, y mi abuela me hace un regalo muy valioso al aliviar mi culpa. Porque tiene razón. Jamás podría luchar por Helena sin sentir que tengo su bendición.

—Tus padres lo tuvieron muy difícil para estar juntos. Tu abuelo y yo tuvimos que luchar contra viento y marea para poder casarnos. Por eso no se puede engañar a las mujeres de esta familia. Reconocemos el amor cuando lo tenemos delante. Somos unas románticas empedernidas y creemos con los ojos cerrados en los finales felices. Y tú vas a tener un final feliz con Helena. Lo supe desde el primer momento en que la vi. No me decepcionas porque te hayas enamorado de la mujer de tu hermano. Me decepcionas si no le confiesas tus sentimientos y le pides una oportunidad porque sé que estabais destinados a encontraros. El amor verdadero no entiende de límites y yo quiero que mis nietos vivan siendo fieles a sí mismos. Prométemelo, Blake. Prométeme que serás valiente.

—Te lo juro, abuela —respondo emocionado—. Te doy mi palabra.

HELENA

Hay personas que están en este mundo para dejar huella en los demás. Sophia era una de ellas. Las normas sociales le importaban un bledo y sentía la obligación de comportarse según sus propios principios. Una mujer de un coraje arrollador que siempre tuvo una palabra de aliento para los suyos. Vivió tal y como quiso. Murió tal y como decidió. Rodeada de los suyos mientras el amanecer se colaba por la ventana. Fantasmas de luces rojas, púrpuras y anaranjadas que llegaron para llevársela como la gran mujer que era. Exhaló su último suspiro mientras todos nos cogíamos de la mano. No hubo lágrimas suficientes para llorar su pérdida.

La muerte de un ser querido siempre es algo terrible. Nos enfrentamos a la muerte con rabia, tristeza y desesperación. Pero Sophia me hizo comprender que la muerte es una parte inevitable del camino y que lo importante es vivir en el corazón de las personas que te quieren. Ella vivirá para siempre entre nosotros.

Me siento muy orgullosa de haberla conocido. Creo que soy una privilegiada porque me ofreció una familia cuando más falta me hacía. Le estaré agradecida de por vida. Echaré de menos su acento sureño mientras me llamaba «muchacha» y me miraba como si me conociera de toda la vida. Nunca he conocido a una mujer tan fiel a sí misma. Vivía según sus propias reglas y su único miedo era decepcionarse a sí misma. En mi recuerdo siempre atesoraré sus buenos consejos y la pasión con la que vivió hasta su último día. Ese carácter luchador y de envidiable fortaleza que incluso cuando estaba en silencio te inspiraba a ser mejor persona.

Sophia descansa donde siempre habría querido hacerlo. Bajo la sombra del álamo que hay frente al campo de girasoles. La mañana en la que Josh y Blake esparcen sus cenizas sopla un viento suave que las hace volar por encima de los girasoles. Comprendo que es su manera de despedirse de nosotros. Es una forma preciosa de decirnos adiós.

Stuart está tocando la harmónica mientras Blake canta *God Blessed Texas*, la canción favorita de Sophia. Es una despedida tan hermosa para un ser querido que no puedo llorar. Esbozo una media sonrisa mientras escucho la letra de la canción y las cenizas de Sophia forman figuras misteriosas sobre el cielo turquesa. No solo es una despedida, sino también un homenaje a una mujer que ha marcado la vida de todos los que estamos aquí. Un homenaje a ella y a la tierra en la que nació y murió. Nuestro hogar.

Come on texas let's show'em how we do it / Vamos, Texas, mostrémosles como lo hacemos

Stars at night are big and bright / Las estrellas en la noche son grandes y brillantes

Deep in the heart of Texas / En lo profundo del corazón de Texas

The prairie sky is wide and high/ El cielo de la pradera es ancho y alto

Deep in the heart of Texas/ En lo profundo del corazón de Texas.

En lo profundo del corazón de este rancho, Sophia siempre vivirá entre nosotros. Y en lo profundo de nuestro corazón, su recuerdo permanecerá vivo mientras cada uno de nosotros piense en ella.

—Adiós, Sophia —me llevo la mano al pecho, cierro los ojos y recuerdo sus palabras.

«Cuidaré de tus nietos. Seré fiel a mí misma. Seré sincera y viviré sin cobardía. Te hice una promesa y pienso cumplirla».

JOSH

Ha pasado una semana desde que falleció mi abuela y cada uno de nosotros lo sobrelleva como puede. Hannah se abstrae en la cocina y prepara tantos postres que a más de uno le dará una sobredosis de azúcar. Bill hace chistes que no tienen gracia porque es la clase de persona que vive fingiendo estar feliz el cien por cien del tiempo. Stuart, el mayor de todos, nos da consejos que nadie le pide. Blake se sumerge en el trabajo para mantener la mente ocupada. Avery está triste y la he pillado más de una vez sentada en la cama de la abuela. Pero Helena es la que más me desconcierta. Con la mirada clavada en su Tablet y encerrada en sí misma. Tan callada y distante que ni siquiera la reconozco.

Y yo... lo llevo como puedo. Nadie te explica que la parte más difícil del duelo viene después de la pérdida de un ser querido. Pensé que despedirme de mi abuela sería terrible, pero me tranquilizó tener la oportunidad de decirle adiós. Lo complicado es vivir con su recuerdo porque la casa está plagada de ellos. Un duelo es un camino de aprendizaje y aceptación. De reconciliarte con tu propio dolor y aceptar que las personas que amamos no son eternas. Porque si hay personas que deberían ser eternas son las abuelas. Con su sabiduría y cariño infinito. Pero no lo son. Todo lo que merece la pena en esta vida tiene un final y al menos me consuela saber que el amor de mi abuela vivirá en cada uno de nosotros.

Todos tienen su manera de ocupar la mente. Hannah con la cocina. Blake, Bill y Stuart con el arreo del ganado. Helena con su trabajo de editora. ¿Y yo? Hago lo único que la situación me permite. Entrenar incluso cuando Janice se marcha y el día me resulta demasiado largo para pensar. O eso o atormentarme con la falta que me hace mi abuela y el declive de mi matrimonio. Porque Helena y yo dormimos en habitaciones separadas y no sé si quiero pedirle que vuelva a mi cama. O peor aún: no sé si ella quiere regresar a mi lado.

En esta semana he experimentado una gran mejoría. Camino con soltura ayudado de las muletas y ya ni siquiera me canso. Sé que es cuestión de tiempo que las cambie por un bastón. Mi pierna izquierda es la más resentida por el accidente porque me fracturé el fémur cuando el coche me atropelló. Pero Janice es optimista y está convencida de que dentro de unos meses podré hacer una vida casi normal. El *casi* me toca la moral y sé que debería estar agradecido de esta segunda oportunidad, pero deseo ser el mismo de antes. No puedo evitarlo. Sé que le prometí a mi abuela que viviría sin rencor y voy a hacer todo lo posible para cumplir mi palabra, pero a veces se me hace tan cuesta arriba...

—No tengas tanta prisa —Janice me lee la mente cuando empieza a recoger sus pertenencias tras dar por finalizada la sesión de rehabilitación—. Ya sabes lo que dicen: Roma no se construyó en un día.

—Todos los que no habéis pasado por algo parecido me dais el mismo consejo. Y no me sirve de nada.

—Si quieres dejo que me atropelle un coche para ponerme en tu lugar...

Pongo los ojos en blanco y ella esboza una media sonrisa burlona. Bruma está tumbada a los pies de la camilla. No se ha despegado de mi lado desde que falleció mi abuela. Janice está encantada con la perra y la premia con una galleta siempre que termina la sesión. Por eso la perra ya está esperando su chuche cuando Janice rebusca en la mochila.

—Qué lista es.

—Tampoco es para tanto.

—No finjas que no te impresiona. ¿Has pensado lo que vas a hacer con ella cuando regreses a Chicago?

—Mi sobrina es su dueña y la perra se quedará en el rancho. Ya te he dicho que no es mía.

—Pues se ha convertido en tu sombra.

—Es su problema.

Janice se cuelga la mochila al hombro y me mira. Frunzo el ceño porque sé lo que está pensando.

—¿Por qué te cuesta tanto admitir que le has cogido cariño?

—Porque no es verdad.

—Yo creo que en el fondo tienes miedo.

—¿De qué hablas?

—Ya sabes. Te sientes traicionado por tu mujer. Y para colmo tu abuela, que era uno de tus mayores apoyos, acaba de fallecer. No quieres encariñarte con la perra porque te asusta aferrarte a alguien.

—Eso es una gilipollez y no quiero hablar de mi abuela. Qué poco tacto tienes.

—Mira quién fue hablar —Janice se dirige a la puerta y deja la mano sobre el pomo—. Te vendría bien salir y despejarte. Aquí todos tienen algo que hacer menos tú. Si sigues encerrado en el rancho, te vas a volver loco.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Vamos a dar una vuelta. Conozco un sitio donde tú y Bruma lo pasaréis bien. Buena falta te

hace.

—No creo que tú y yo debamos salir juntos.

Janice me mira con total inocencia. He de reconocer que desde que le paré los pies no ha vuelto a intentar nada conmigo. Nuestra relación es estrictamente profesional y no me ha hecho sentir incómodo.

—¿Temes que vaya a violarte? —bromea atónita—. Ay, Josh. No estoy tan desesperada.

—¿A dónde me vas a llevar?

—¡Es una sorpresa! Un poquito de emoción para esa vida tan deprimente que llevas.

Admito que la idea de salir del rancho me tienta y Janice es mi única opción de encontrar algo de diversión. En el rancho todos vagan como almas en pena y definitivamente no voy a pedirle una cita Helena. Estamos en un punto en el que nos cuesta mirarnos a la cara. Corrección: soy yo el que no soporta mirarla a la cara.

—Espérame en el coche.

Janice me mira sin poder disimular su alegría. Salgo de la habitación y voy directo al dormitorio en el que Helena se ha instalado. Lleva una semana encerrada dentro y apenas se relaciona con nadie, así que doy por hecho que voy a encontrarla allí. Ni siquiera sé por qué me molesto en darle una explicación cuando nos hemos dado un tiempo. Quizá porque muy en el fondo deseo hacer las cosas bien.

—¿Puedo pasar? —pregunto después de llamar a la puerta.

—Claro.

Me quedo en el umbral. Helena está tumbada en la cama y aparta la cabeza de la Tablet para prestarme atención. El colchón está repleto de papeles desperdigados y me pregunto qué novela estará corrigiendo.

—Voy a salir a dar una vuelta con Janice. Solo quería que lo supieras.

Helena me mira extrañada y albergo la esperanza de que sienta una punzada de celos. Un mínimo resquicio de que todavía le sigo importando. Al menos no me sentiría tan patético porque se me llevan los demonios cada vez que pienso en ella engañándome con otro.

—Vale —responde con el ceño fruncido.

Asiento resignado. No le importo una mierda. Creo que en el fondo le haría un favor si me acostara con Janice, porque así uno de los dos le pondría fin a este matrimonio que hace aguas por todos lados.

—¿Por qué no te vas a la feria con Blake y Avery? —sugiero con mi mejor intención—. Lo he convencido para que saque a la niña del rancho.

—No me apetece ir a ningún lado.

—Avery lo necesita. Te adora.

—¿Y por qué no os la lleváis Janice y tú? —su tono acusador me deja bastante sorprendido.

—¿Me ves capaz de ocuparme de mi sobrina? Lo de correr con las muletas todavía no lo controlo.

Helena está a punto de decir algo, pero se lo piensa mejor y cierra la boca. Devuelve la mirada a la Tablet y se centra de nuevo en su trabajo.

—Pásalo bien.

—Descuida.

Intento ignorar el resentimiento que me arde en las venas cuando salgo de la casa. Bruma camina obediente a mi lado. Helena ni siquiera se ha mostrado interesada en mi escapada con Janice. ¿Para qué? Supongo que está demasiado ocupada tratando de ordenar sus sentimientos por el gilipollas con el que me engañó.

Janice me lleva a un local donde se admiten mascotas y un montón de tipos barbudos se apuestan un puñado de dólares en una competición de pulsos. Suena a toda voz *Highway to hell* de AC/DC, mientras un armario empotrado gruñe como una mala bestia porque una mujer con la cabeza rapada le está tatuando en la espalda un dragón que escupe fuego. Creo que Bruma está tan horrorizada como yo por el espectáculo.

—¿A dónde diantres me has traído?

—Suelo venir a menudo con mi tío Charlie. Nos encanta apostar quién de todos esos machotes ganará la competición de pulsos. Me decanto por el que tiene cierto parecido a Sylvester Stallone antes de que se destrozara la cara a base de cirugías.

—Apuesto a que voy a coger algo malo en este sitio.

—¡No seas melindroso!

No soy melindroso, sino realista. Estamos sentados delante de una mesa de madera en la que podría quedarme pegado si apoyo los codos. Dudo que este sitio haya pasado los controles de

sanidad. Una camarera con los dos brazos tatuados y un vertiginoso escote nos trae una botella de jägermeister y dos vasos de chupitos.

—Y un cuenco enorme de agua fresquita para esta monada —la camarera acaricia a Bruma y deja el bebedero en el suelo. Solo por ese detalle se gana mi respeto—. ¿Su nombre?

—Bruma.

—Te preguntaba el tuyo.

—Josh —respondo avergonzado por no haberme dado cuenta. Estoy bastante desentrenado desde que me casé.

—Ellie —me guiña un ojo y añade—. Pégame un toque si necesitáis algo.

Janice se está riendo cuando la camarera se marcha contoneándose.

—¿Qué?

—Estaba ligando contigo. Ese «si necesitáis algo» ha sonado a que dejaría que le hicieras de todo.

—Supongo que los lisiados también tenemos nuestro público.

—Como el Doctor House. Al final el tío se las llevaba a todas de calle.

—Hoy estás graciosa.

—Apuesto a que eras de los que cada noche se acostaba con una chica diferente hasta que empezó a salir con la mujer que hoy es tu esposa.

—No sé de qué me hablas —me hago el inocente, y sostengo en alto la botella de jägermeister—. ¿Y esto? ¿Me quieres envenenar?

—Vamos a jugar.

—Paso —ignoro el puchero de Janice—. Llevo demasiado tiempo sin beber y me tendrás que llevar a rastras.

—¡Será divertido! —Janice hace caso omiso a mis deseos y llena los vasos—. Te hago una pregunta. Si no respondes, bebas.

—Janice...

—Josh... —imita mi tono censorial—. Estoy segura de que antes eras un verdadero juerguista. Solo quiero poner a prueba mi teoría. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Es tu primera pregunta?

—Ajá.

—Lo era.

—¿Y qué ha pasado para que estés tan amargado?

—Es mi turno —señalo su vaso y pregunto—. ¿Por qué haces esto?

Janice opta por beberse el chupito de un trago.

—¿Qué tal está?

—Sabe a rayos. Siguiendo pregunta. ¿Me encuentras atractiva?

La pregunta me deja momentáneamente desconcertado y comprendo por qué Janice me ha traído hasta aquí. Sé que debería pararle los pies, pedir un taxi y regresar al rancho. Pero recuerdo la actitud indiferente de Helena cuando le he contado que me iba a dar una vuelta con Janice y el rencor se apodera de mí. Por eso cojo el vaso y bebo. El líquido me quema en la garganta. Janice se parte de risa cuando esbozo una mueca de asco.

—Habría sido más fácil responder con un sí.

—Quizá era un *no* y he preferido no herir tus sentimientos.

—Tal vez —responde con una media sonrisa que lo dice todo, y comprendo que Janice es la clase de mujer a la que no le importa dar el primer paso. Me gusta que sea así porque estoy cansado de ir detrás de Helena y por una vez me alivia que las tornas se cambien. Que Janice me persiga e intente jugar conmigo porque está empeñada en conseguir lo que quiere.

—¿Tienes la esperanza de emborracharme para que cometa una locura contigo?

A Janice le brillan los ojos cuando bebe. Estoy convencido de que no va a responder a ninguna de mis preguntas.

—¿Quieres cometer una locura conmigo? —pregunta con tono seductor.

Debería responder que no. Simple. Tajante. Directo. Pero en lugar de terminar un juego que jamás debería haber empezado, me bebo el chupito. Bebo porque estoy resentido a pesar de que le prometí a mi abuela que no me dejaría llevar por el rencor.

—¿Por qué haces esto? —le repito mi primera pregunta.

—¿Tú qué crees?

—No vale responder a mi pregunta con otra pregunta.

—Puedo hacer algo mejor...

Janice se inclina hacia mí y noto lo achispada que está. No hace falta que me explique por qué lo hace. Acabo de averiguarlo. Emborracharse conmigo le da el valor que le falta para mover ficha después de mi rechazo.

—Puedo... besarte.

Janice aplasta su boca contra la mía. Sé que debería frenarla porque no quiero pagar a Helena con la misma moneda. Pero su boca es suave y tentadora. Me es imposible rechazarla y respondo a su beso con una necesidad que no me sorprende. No tardo en hacerme el dueño del beso. En dirigirlo como sé que le va a gustar, porque soy la clase de hombre que siempre les da a las mujeres lo que quieren. Janice coloca una mano sobre mi muslo, muy cerca de mi entrepierna. Pienso en la minúscula mano de mi mujer. Pálida y cariñosa. En los besos que todavía podríamos darnos si yo no fuera un gilipollas que intenta follarse a otra cuando las cosas van mal entre nosotros. Ni siquiera sé cómo consigo apoyar las manos en los hombros de Janice para apartarla con suavidad.

—Voy a pedir un taxi.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —respondo, evitando su mirada—. No debería haberte seguido el juego.

HELENA

No paro de darle vueltas a la cabeza después de que Josh se haya marchado. Se ha ido a dar una vuelta con Janice. Con su fisioterapeuta. No tenía ni idea de que se llevaran tan bien. Pensé que a Josh le resultaba tolerable y que Janice era una persona con una paciencia infinita para aguantar a mi marido. Por lo visto se han hecho muy amigos. De repente me acuerdo de lo que dijo Blake.

«Ten cuidado con Janice».

¿Por qué debería tenerlo? ¿Me estaba intentado advertir de algo? Sacudo la cabeza sin dar crédito y me levanto de la cama con un repentino malestar. Esto es absurdo. Ni siquiera tengo derecho a sentirme celosa. Soy la menos indicada para pedirle explicaciones a Josh. He sido yo la que lo traicionó. La que siente algo más por Blake. La que ha aceptado su decisión de darnos un tiempo y se ha encerrado en esta habitación porque está hecha un lío.

Lo único que tengo claro es que estoy evitando a Blake porque no puedo permitir que lo que sucedió entre nosotros vuelva a repetirse. Por el amor de Dios. Estuvimos a punto de acostarnos mientras Sophia estaba agonizando en su cama. Ahora todos estamos demasiado deshechos y sé que no es el momento de añadir más problemas a la vida de nadie. Me siento sucia. Hipócrita. Mala. Por eso me he encerrado aquí dentro. Porque no soy capaz de fingir lo contrario. Porque quiero contarle a Blake que estoy embarazada pero no me atrevo porque Josh ya ha sufrido demasiado. Primero el coma y sus secuelas. Luego mi infidelidad. Después la muerte de su abuela. ¿Cómo lo voy a mirar a la cara mientras le digo que estoy embarazada de otro hombre? Y no de un hombre cualquiera, sino de su hermano...

Me levanto para ir a la cocina y servirme un vaso de coca cola. Necesito cafeína porque tengo el cerebro abotargado. Estoy corrigiendo una distopía adolescente que auguro que va a ser todo un éxito, pero mi cabeza está tan centrada en sus propios problemas que he confundido cuatro veces el nombre de los protagonistas. Necesito un respiro. Abro el frigorífico y cuando lo cierro me encuentro con los ojillos suplicantes de Avery.

Mi pequeña ratita. Estoy tan ocupada conmigo misma que apenas le he prestado atención estos últimos días. De repente me siento infinitamente culpable. Avery acaba de perder a su abuela, sus padres están luchando por su custodia y todos estamos demasiado rotos para tratar de consolarla. Si Sophia levantara la cabeza, se avergonzaría de mí. Lo único que me pidió fue que cuidara de sus nietos y que fuera fiel a mí misma. Ay, Sophia, pero es tan difícil... ¿Cómo cuido de uno sin traicionar al otro? ¿Cómo ser fiel a mí misma si no tengo ni idea de lo que quiero y estoy muerta de miedo?

—¿Vienes a la feria? —pregunta esperanzada.

La dichosa feria. Por lo visto, el último fin de semana de agosto hay una feria en el centro del pueblo. Atracciones infantiles, puestos de algodón de azúcar y música en directo. El típico espectáculo al que las familias llevan a sus hijos. Y Josh ha convencido a Blake para que salga del rancho acompañado de la niña porque la pobre está haciendo de todo para llamar nuestra atención.

—Por fa, Helena —la niña tira del dobladillo de mi camiseta—. Lo pasaremos bien. Van a venir todos.

—¿Todos?

—¡Sí!

Hannah aparece en ese momento con una sonrisa de circunstancia. Sé que le apetece tan poco como a mí salir a divertirse.

—¿Te apuntas? Josh dice que no querías venir y Blake me pidió que no te molestase. Por eso no te hemos dicho nada.

—¡Ven con nosotros, tita! —Avery me coge de la mano e intenta arrastrarme en vano hacia la puerta—. ¡Lo pasaremos bien! ¡Hay una noria enorme y una casa del terror!

Después de un montón de «por favor» y un sinfín de pucheros, claudico porque Avery es mi gran debilidad y quiero hacerla feliz. No me apetece estar a solas con Blake. Bueno, sí que me apetece. Muchísimo. Pero los dos sabemos que sería catastrófico y por eso nos hemos estado evitando. Aunque el hecho de que Bill, Stuart y Hannah nos acompañen me tranquiliza porque el público mantendrá a raya nuestras emociones. Así que permito que Avery me lleve hasta el coche.

—¡He olvidado a mi muñeca favorita!

—No la necesitas.

—Sí que la necesito. Quiero subirla a la noria porque le encantan las alturas.

Se me escapa una sonrisa cuando la veo correr hacia la casa con la coleta de tirabuzones azabaches meciéndose de un hombro a otro. Blake llega en ese momento y me mira sorprendido y con una incomodidad palpable. Me acaricio el brazo izquierdo sin saber dónde meterme.

—Pensé que no querías venir.

—Avery me lo ha pedido y yo no he sabido negarme. Vienen todos —digo, porque siento el impulso de justificarme—. Menos Josh. Él ha salido a dar una vuelta con Janice.

Blake aprieta la mandíbula cuando escucha el nombre de la fisioterapeuta.

—¿Por qué me dijiste que tuviera cuidado con Janice? —le pregunto con curiosidad.

—Por nada.

—No te creo.

—Estaba furioso y dije lo primero que se me pasó por la cabeza —responde, y tengo la impresión de que me está mintiendo—. Olvídalo.

—¿Te importa que vaya a la feria? He pensado que Avery merece pasarlo bien y que a Sophia le gustaría que no estuviéramos todo el rato llorando. De hecho creo que se disgustaría muchísimo si nos perdiésemos la feria. Pero si te hago sentir incómodo, puedo inventarme alguna excusa y quedarme en casa.

—Helena... —Blake me mira con una honestidad que me traspasa—. Tú no me haces sentir incómodo. Sobre todo después de lo que vivimos hace una semana. Lo que me hace sentir incómodo es la situación. El tener que ocultarlo.

—Quizá sea mejor que me quede.

—Tú también mereces pasarlo bien. Creo que todos lo merecemos. Es una pena que Josh se haya largado. Podría haber venido con nosotros.

—Josh aborrece los sitios con la etiqueta «para todos los públicos». Tiene alergia a los niños. Parece mentira que no lo conozcas.

—Lo conozco de sobra —responde con voz queda, y sé que me está ocultando algo respecto a Josh y a Janice. Ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. ¿Insegura? ¿Traicionada? ¿Celosa? —. Sé que nos hemos estado evitando, pero los dos sabemos que tenemos una conversación pendiente.

—Tú y yo no podemos hablar. Cada vez que lo intentamos, acabamos...

Avery llega en ese momento y me alivia no tener que terminar la frase. Nos repartimos en dos coches y yo elijo ir en el de Stuart porque sé que de lo contrario pasaría todo el trayecto compartiendo miradas de soslayo con Blake a través del espejo retrovisor. Hay cosas que no pueden ser. Nosotros somos el fiel reflejo de ello, ¿no?

La feria es un despliegue de luces, música a todo volumen, puestos de comida ambulante y atracciones para los más pequeños. Me alivia que Josh no haya venido porque sé que lo pasaría

fatal esquivando con las muletas a los críos que corretean por las calles abarrotadas de gente. Yo, por el contrario, lo observo todo con un deje de ilusión infantil. Avery va cogida de mi mano y de la de su padre. Tiene los ojos rebosantes de felicidad y solo por su expresión sé que ha merecido la pena venir.

Bill y Stuart compiten en un puesto de escopetilla para ver quién es el vaquero con mejor puntería. Hannah y yo nos partimos de risa y acabamos con un montón de chorradas inútiles porque ellos no saben cuándo parar. Tengo el bolso lleno de llaveros y bisutería barata. Damos una vuelta por la feria y decidimos dejar la noria para el final porque hay una numerosa cola. Avery se monta en todas las atracciones mientras yo le hago fotos y Blake me pregunta si hay algún modo de tenerlas en papel. Madre mía, lo de este hombre con la tecnología es un caso perdido. Luego Bill, Stuart, Blake y Avery se suben a los coches de choque. Hannah y yo lloramos de la risa porque Blake es enorme y no cabe en el coche. Acaba sacando una pierna por encima de la puerta y maldiciendo en voz alta cuando Bill lo embiste por detrás. Avery se queja de lo mal que conduce su padre y él masculla que es la última vez que se sube a uno de esos ridículos cochecitos.

—He hecho un vídeo —le digo cuando la atracción llega a su fin.

—Bórralo —me pide malhumorado.

—¿Por qué? Estás muy gracioso. Pareces un gigante encerrado en una casita para hobbits.

Blake me arrebató el móvil y lo golpea con su manaza. Intento aguantarme la risa como buenamente puedo.

—Demasiado tarde. Ya se lo he pasado a los chicos.

—Eres maligna.

—No sabes cuánto —recupero mi teléfono antes de que él lo estropee—. Oh, oh. Tu hija quiere subir a la casa del terror. Recuerda: el tipo de la motosierra es un actor y no quiere llevarse un puñetazo porque no gana suficiente para enfrentarse a un papá furioso y sobreprotector.

—Te toca.

Blake me da un empujoncito cuando Avery nos llama. Está plantada delante de la entrada y da saltitos de emoción. Creo que es la única cría de siete años que conozco a la que le hace ilusión entrar en la casa del terror.

—Paso.

—¿Te da miedo, rubia?

—Las casas del terror no son lo mío. Odio las películas de miedo y ni siquiera fui capaz de terminar esa horrible película sobre un payaso que se come a los niños.

—No se los come. Los rapta porque se alimenta de sus miedos.

—Lo que sea. Ya te he dicho que fui incapaz de terminar de verla.

—No te hacía tan cagueta. La rubia que conozco es valiente y se empeña en demostrarle a todo el mundo que ella puede con todo.

—Pues con esto no puedo —me cruzo de brazos y añado—: No vas a convencerme por mucho que intentes picarme. Os espero fuera.

—¡Buh! —exclama alguien a mi espalda, y me sobresalto sin poder evitarlo.

Blake se ríe y pongo mala cara. Cómo no. Ha sido Bill.

—¡Ya he comprado las entradas!

—Helena no viene —le dice Blake.

—¡No seas aguafiestas! —Bill me agarra del brazo y me arrastra hacia la entrada de la casa del terror—. No me reembolsan el dinero. ¡Un día es un día!

—Pero yo no quie...

No puedo terminar la frase porque Bill me empuja dentro y se hace la oscuridad. Delante de mis ojos hay un estrecho y oscuro pasillo por el que no se ve nada. Extiendo los brazos para tratar de protegerme de lo que sea que haya oculto en las sombras. Apenas logro tranquilizarme cuando escucho las voces de los demás.

—¡Quiero ir la primera! —dice Avery.

No me lo puedo creer, hasta una niña de siete años tiene más agallas que yo.

—¡Yo te protegeré, señorita Avery! —exclama Bill.

—No necesito que me protejas. Soy una mujer hecha y derecha. Eres un anticuado —responde con orgullo la niña antes de perderse por el pasillo.

Al menos me consuela que mis cuentos con moraleja feminista hayan tenido un efecto positivo en Avery. Busco a tientas a Hannah para que me dé la mano porque soy incapaz de dar un paso. Odio los sustos. Se me encoge el corazón y soy de las que lo pasa fatal cuando en una película de terror suena la clásica música de intriga que anticipa un sobresalto. Lloré cuando vi *Expediente Warren*. Josh se pasó tres semanas recordándomelo e incluso se atrevió a hacerme un retrato en el que salía llorando como una magdalena en el cine. Él dijo que era clavadita a El grito de Munch y estuve dos días sin dirigirle la palabra porque yo quería ver *Una cuestión de tiempo*.

—¿Hannah? —musito con un hilo de voz y sin moverme del sitio.

—¡Estoy aquí!

El eco de su voz resuena lejano en el pasillo. Debería darles vergüenza. Me han dejado tirada. Me doy la vuelta para salir de esta pesadilla y me encuentro con la puerta cerrada. Entonces algo me roza el brazo y se me escapa un grito.

—Soy yo.

—¡Blake!

Me arrojo a sus brazos sin importarme lo patética que pueda resultar. A él le tiembla el cuerpo y sé que se está riendo. No me importa. Me pego a él como si fuera una lapa y escondo la cabeza en su pecho. Dios mío, qué bien huele. Creo que jamás me acostumbraré a su olor. A esa mezcla tan varonil de gel de baño y tierra que me nubla todos los sentidos.

—Deberíamos movernos si quieres salir de aquí.

—Como me sueltes la mano te mato.

Blake entrelaza sus dedos con los míos. A pesar de la situación, un inesperado calor me sube por las piernas. Respiro de manera acelerada y no sé si es por el miedo o por el contacto.

—¿Todavía piensas que no debería darle un puñetazo al tipo de la motosierra? —pregunta con tono burlón contra el lóbulo de mi oreja.

Su respiración cálida me hace cosquillas.

—¿Hay hombre de la motosierra?

—En todas las casas del terror hay uno.

—Voy a matar a Bill —siseo cuando Blake tira de mi mano. Camino detrás de él, agarrada de su mano y con mi otra mano apoyada en su espalda.

—¿Qué piensas hacer si de repente aparece la niña de la curva?

—Empujarte contra ella y salir corriendo —respondo sin dudar.

—Qué bonito. Me vas a utilizar de escudo.

—Por supuesto.

Sé que está intentado distraerme y funciona. Hasta que un bulto deforme y pálido, con el rostro cubierto por el pelo negro y vestida con un camisón, aparece sin previo aviso. Es la maldita niña de The ring. Suelto un grito tan desgarrador que ya quisiera la protagonista de Psicosis. Me abrazo al cuerpo de Blake con tal fuerza que estoy a punto de asfixiarlo.

—Ya se ha ido.

—¿Seguro?

—Y tanto. Ha asustado a la pobre mujer.

—Ay... —estoy aferrando su camiseta y se la voy a dejar hecha un guiñapo, pero a él no parece importarle—. Voy a matar a Bill.

—Eso ya lo has dicho.

—Te juro que no puedo moverme. Pensarás que soy una idiota, pero es superior a mí.

—Si quieres intento algo...

—¿Qué?

—¡Demonios y demás personajes de películas de terror! Voy acompañado de una mujer aterrada y no respondo de mis actos para protegerla. Vosotros veréis —habla a voz en grito.

—Qué vergüenza... —se me escapa la risa floja y logro dar un paso—. Creo que los has asustado de verdad.

—Haría lo que fuera por mi rubia.

Puedo ver su media sonrisa a través de la oscuridad y siento unas ganas tremendas de besarlo. Tengo la impresión de que lo ha dicho en serio. Blake vuelve a darme la mano y me acaricia el dorso con su pulgar. Para salir de la casa del terror tenemos que vérnosla con La niña del exorcista, Freddy Krueger y, por supuesto, el tipo de la motosierra. Blake no le da ningún puñetazo y estoy pálida cuando salimos de la atracción.

—¡Cuánto habéis tardado! —exclama disgustada Avery.

—Esta me la pagas —le digo a Bill.

—¿No te ha gustado la experiencia? —pregunta con tono inocente.

—O me consigues el peluche más grande de la feria, o te juro que no te lo perdono.

—Eso está hecho—me guiña un ojo.

—Tú qué vas a conseguir —interviene Stuart—. Tienes peor puntería que un ciego.

—Habló el que se estaba quejando de que el cañón de la escopeta de aquel puesto estaba trucado...

—¡Porque estaba trucado!

—Sois peor que los niños —se burla Hannah.

Al final es Stuart quien me consigue un enorme peluche de un elefante al que bautizo como Dumbo. Bill me pregunta si ya se me ha pasado el disgusto y le saco la lengua porque en el fondo no puedo estar enfadada con él más de tres minutos. Paramos a cenar en una pizzería ambulante y, contra todo pronóstico, me lo paso genial con las pullas que se dedican Bill y Stuart. Me recuerda a nuestras noches en Paradise Lake cuando todavía no me sentía culpable. Al calor de un hogar inesperado. El sentir que encajas en un sitio del que no quieres marcharte. La mirada de Blake y la mía se cruzan. Algo en mi interior explota. Como un millón de fuegos artificiales iluminando el cielo. Como la última pieza de ese puzle que no podías terminar. Y me pregunto si tal vez sí es posible. Si podría existir un nosotros. Si...

—Ahora vuelvo —me disculpo con el corazón acelerado por la emoción.

Voy directa al servicio público porque necesito alejarme de Blake o de lo contrario estaré perdida. En sus ojos ámbar. En todo lo que me hace sentir cuando me olvido de que estoy casada con su hermano. Pero no puede ser. No hay un nosotros. No debería haberlo. Por eso me echo agua en la cara e intento apartar un puñado de pensamientos que no deberían estar en mi cabeza. Salgo del servicio y comprendo que lo único que me mantendrá alejada de Blake es regresar a Chicago. Porque a estas alturas solo la distancia puede interponerse entre nosotros.

De repente reconozco a dos personas entre la multitud. Una pareja que va riéndose ajena a todo el daño que han causado. Steve Walton y Stella. Ni siquiera me lo pienso cuando camino directa hacia ellos. Porque le prometí a Sophia que iba a cuidar de sus nietos y es justo lo que voy a hacer ahora. Se acabó la buena chica. A un cuerno la diplomacia. Esa bruja no sabe el carácter que me gasto cuando se trata de defender a los míos.

—Tú.

Stella se queda sorprendida cuando me cruzo en su camino. No sé lo que hay entre esos dos ni me interesa. Son tal para cual. Un par de sabandijas.

—Hola, Helena —me saluda Steve con fingida educación.

—¿Te importa dejarnos a solas? —le pido.

Steve mira de manera interrogativa a Stella y ella se limita a asentir. Stella me observa con una mezcla de chulería y desprecio cuando Steve se larga.

—¿A quién te estás follando esta vez? ¿Josh? ¿Blake? ¿A otro incauto?

Corto la distancia que nos separa y le hablo a escasos centímetros de la cara. Estoy fuera de mí. No me reconozco. Tengo que controlarme para no arrastrarla por los pelos porque haría cualquier cosa por Avery y Blake.

—Escúchame atentamente, pedazo de bruja, porque solo te lo voy a repetir una vez —le digo con

la voz temblorosa de rabia, y ella abre los ojos de par en par porque jamás había empleado este tono con ella—. Deja en paz a Blake y dile a Walton que te lo has pensado mejor y que no vas a testificar a su favor.

—¿O si no qué? —alza la barbilla y me mira desafiante.

—O si no te juro que me voy a convertir en tu peor pesadilla. He intentado hacerlo por las buenas. He intentado ponerme en tu piel. Cometí el gran error de pedirle a Blake que te perdonase porque me partía el corazón separar a una madre de su hija. Pero tú, maldita seas, no te la mereces. Eres egoísta, manipuladora y una persona horrible que fue capaz de poner en peligro la vida de su propia hija para hacerme daño. Ni siquiera estoy segura de que Avery te importe lo más mínimo porque tu único afán en la vida es vengarte de su padre.

—Yo no tengo por qué...

—Cállate y escúchame —le ordeno con voz iracunda—. Si dejas a Blake tranquilo, no testificas a favor de Walton y prometes ir a terapia, te aseguro que convenceré a Blake para que te deje ver a la niña si los servicios sociales consideran que estás preparada psicológicamente para ello. Pero si intentas arrebatárselo a Avery, te juro por mi vida que haré todo lo que esté en mi mano para que tu hija sepa la clase de persona que eres. La enseñaré a odiarte. Me comportaré como si fuera su madre. Me ganaré su amor y para ti no quedarán ni las sobras. Me aseguraré de que Blake jamás te deje verla y Avery crecerá rechazándote. No querrá irse contigo en el hipotético caso de que un juez te conceda la custodia, y tú misma la traerás de regreso al rancho porque no soportarás que me quiera más a mí.

Stella me mira horrorizada.

—Tú no...

—Yo sí sería capaz —le miento—. Pero si llegas a un acuerdo amistoso con Blake, te prometo que jamás intentaré ocupar tu lugar como madre y nunca permitiré que Avery me llame mamá. Para ella siempre seré Helena. Podrá contar conmigo y tú estarás tranquila porque te juro que la querré como si fuera mía, pero sin apropiarme de tu papel como madre. Te doy mi palabra.

Stella me mira sin pestañear. No sé lo que hay dentro de su cabeza. Yo jamás sería la clase de mujer que le arrebatara su hija a otra persona. Me he marcado un farol. Pero espero haber sido lo suficiente convincente porque creo que es la única opción para que Stella deje de hacerle daño a Blake.

Stella se da la vuelta sin decir nada y se aleja caminando. La veo perderse por una calle de la feria y me pregunto si no habré cometido un error y habré avivado su ira. Pero algo me dice que no, porque lo último que he visto en sus ojos ha sido la resignación de alguien que sabe que ha perdido la guerra.

HELENA

Helena

Abrazo contra mi pecho a Dumbo. Nos estamos dirigiendo a la noria y Avery corretea a nuestro alrededor. Blake y los demás son ajenos a la conversación —si es que se le puede llamar así—, que he mantenido con Stella. En realidad ha sido una amenaza en toda regla. Santo cielo, no me reconozco. No soy esa clase de persona. Pero si algo me ha enseñado Paradise Lake es que la familia está por encima de todo. Y ellos son mi familia. Haría lo que fuera por ellos. Incluso rebajarme como persona y gritarle cuatro cosas a Stella para ponerla en su sitio.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Blake.

—Estaba en el servicio.

No quiero ponerlo al tanto de mi charla con Stella porque solo serviría para preocuparlo. Esta noche todos merecemos pasarlo bien. Observo con una sonrisa a Avery. Mi ratita. Qué duro me va a resultar despedirme de ella cuando regrese a Chicago. Casi tanto como alejarme de Blake.

—Vamos a subirnos a la noria —pone una mano sobre mi hombro y esboza una media sonrisa traviesa—. No me digas que también tienes miedo a las alturas.

—Con las alturas no tengo ningún problema

—Menos mal. No me veía con fuerzas para amenazar también al maquinista de la noria.

—¿Sabías que la noria más grande del mundo está en Las Vegas?

—No tenía ni idea —me escucha con curiosidad.

—Se llama High Roller y mide casi 168 metros de altura. Pero pasará a la historia cuando se construya la noria de Dubái, que medirá más de doscientos metros.

—Te juro que a veces pienso que tienes un microchip instalado en el cerebro y que se encarga de almacenar todos esos datos.

—No hay nada que no puedas encontrar en internet —le resto importancia—. Lo sabrías si no fueras alérgico a las nuevas tecnologías.

—No se me ha perdido nada en... cómo se llame el sitio ese en el que la gente sube fotos y habla de su vida privada.

—Facebook —me aguanto la risa como puedo.

—Eso —Blake se queda pensativo conforme nos vamos acercando a la noria—. Aquí fue donde se conocieron mis padres. ¿Te acuerdas de la historia que te conté en el lago?

—Por supuesto. No tenía ni idea de que fuera la misma feria.

Su expresión se ilumina como cada vez que habla de sus padres.

—No sé si llegaron a montarse en la noria, pero lo que sí sé es que se enamoraron en este sitio. Y treinta y seis años después, te aseguro que no ha cambiado ni un ápice. Solían traerme cuando era un crío. ¿Tú crees que puedes enamorarte de una persona en menos de veinticuatro horas?

Se me acelera el corazón cuando lo miro a los ojos.

—No creo en el amor a primera vista —respondo con franqueza—. Sí creo en la atracción instantánea. En la química. En las mariposas en el estómago cuando conoces a alguien que te resulta especial. Pero estoy convencida de que el amor llega con el paso del tiempo. Muy poco a poco y de una forma tan encubierta, que para cuando te das cuenta de lo que te sucede ya estás perdidamente enamorada de esa persona y no hay nada que puedas hacer para remediarlo.

—¡Nos toca! —exclama Avery unos metros por delante de nosotros.

Blake y yo estamos tan distraídos que no nos percatamos de que somos los primeros en la cola. Bill, Stuart, Hannah y Avery salen disparados hacia la cabina. Blake me pone una mano en el centro de la espalda para que pase primero y el calor invade mi cuerpo. El operario de la noria nos impide el paso.

—Máximo cuatro personas por vagón.

—Nos tocará esperar al siguiente —responde Blake encogiéndose de hombros.

—¡Adiós, papi! ¡Adiós, Helena! —Avery nos despide con la mano cuando la noria vuelve a ponerse en marcha.

—No parece que vaya a echarnos mucho de menos...

Aprieto los labios. Blake me mira de reajo y percibe mi malestar. He vuelto a quedarme a solas con él. Uf, parece que lo hago a propósito o que el universo confabula en mi contra para reunirnos.

—No voy a aprovecharme de ti, rubia —intenta quitarle hierro al asunto.

—Tú y yo en un espacio reducido. Suena fantástico.

—Lo es.

Cuando lo miro a los ojos, me doy cuenta de que lo ha dicho totalmente en serio. Se me escapa el aire por la boca. Mi corazón late con fuerza. Porque como le he dicho a Blake hace un momento, cuando te das cuenta de que estás enamorada de esa persona es demasiado tarde para remediarlo.

Sostengo gran parte de mi peso sobre la pierna derecha y doy toquecitos en el suelo con el pie izquierdo. Ojalá que la duración de la atracción sea corta porque de lo contrario estoy perdida. Blake me da la mano cuando el operario nos indica que ya podemos subir a la siguiente cabina. No me extraña que antes nos impidiera el paso. El interior es minúsculo —o eso me parece—, y Blake se sienta en frente. Pero es un hombre tan grande que sus rodillas se apoyan contra las mías. De repente el ambiente me resulta asfixiante y asomo la cabeza por la ventanilla. La noria comienza a moverse y el aire me acaricia las mejillas y despeina algunos mechos de mi pelo. Sé que Blake me está mirando y eso me hace sentir muy incómoda. No, la palabra no es incómoda, sino vulnerable. Soy como un ratoncito a punto de ser cazado por un gato que sabe que tarde o temprano tendrá que salir del agujero de la pared.

—¿Qué?

—Solo te estaba mirando.

Lo dice como si quedarse mirando fijamente a una persona fuera lo más normal del mundo. Entrelazo las manos sobre mi regazo e intento disfrutar del paisaje. Desde aquí arriba hay unas vistas increíbles de la feria y el pueblo. Un espectáculo de luces y chiquillos correteando de un lado para otro mientras sus padres les piden que no se alejen demasiado. De repente, el cielo se ilumina con una explosión de fuegos artificiales. Una lluvia de rojos, azules, verdes y violetas.

—¡Somos unos privilegiados, Blake! —exclamo como si tuviera cinco años, porque me siento muy afortunada de haber subido a la noria durante el espectáculo de fuegos artificiales. Una estela de estrellas fugaces en tonos rosas y blancos estalla en el cielo. Me vuelvo hacia él para tocarle el brazo porque no está prestando atención—. ¡Te estás perdiendo el espectáculo!

—Tengo todo lo que quiero ver delante de mis ojos —dice con voz grave.

Mi corazón se salta un latido. Blake aprovecha mi momento de desconcierto para apartarme un mechón de pelo de la cara y lo coloca detrás de mi oreja. La caricia me estremece de la cabeza a los pies.

—¿Qué haces? —musito con un hilo de voz.

Estoy absolutamente aterrada. Sus ojos se expanden como las llamaradas de una chimenea. La noria se detiene justo arriba y sé que aquí no puede vernos nadie. Somos dos personas en la cima del mundo y que pueden observar con total impunidad lo que hay bajo sus pies. Pero también somos dos personas que han perdido el interés por lo que hay a su alrededor y que ya ni siquiera prestan atención a los fuegos artificiales o al bullicio de la feria porque solo pueden mirarse el uno al otro.

Blake toma mis manos entre las suyas y me mira con una franqueza para la que no sé si estoy

preparada. En sus ojos brilla una determinación diferente y que no deja lugar a dudas de lo que está a punto de hacer.

—Cuando te miro tengo la impresión de estar reviviendo la historia de mis padres. Sé que es una locura, no me malinterpretes. Pero una vez te conté que hay una tradición en el rancho según la cual todos los hombres de mi familia se declaraban en el lago a la mujer de la que estaban enamorados. Ojalá lo hubiera hecho aquel día que nos bañamos en el lago. No creas que no se me ha pasado por la cabeza. He desperdiciado un puñado de buenas ocasiones porque soy un cobarde. Nunca he sentido tanto miedo, Helena. Pero estoy cansado de ignorar mis sentimientos y ya me es del todo imposible guardarme lo que siento.

El corazón me late desbocado. Quiero decir algo, pero no puedo. Las palabras se atascan en mi garganta y apenas puedo respirar por culpa de la emoción. Sus pulgares me acarician los nudillos y me mira a los ojos sin vacilar, como si quisiera demostrarnos a ambos que ya no es ningún cobarde.

—Llegaste a mi vida y la pusiste patas arriba. Mi mundo ordenado se convirtió en un caos. Desde que te conozco no puedo dejar de pensar en ti. Da igual la distancia que nos separe. No importa si estás en Nueva York, en la habitación de al lado o almorzando delante de mí mientras te ríes por alguno de los chistes sin gracia de Bill. Te has adueñado de mi corazón y no hay nada que yo pueda hacer para sacarte porque te has metido muy dentro.

—Dios mío... —es todo lo que puedo decir.

—Lo más difícil que he hecho en mi vida es fingir que no estoy enamorado de ti —Blake tira de mí y mi cuerpo acaba a escasos centímetros del suyo—. Y a estas alturas ya ni quiero ni puedo seguir fingiendo.

Una de sus manos sube hasta mi rostro y me acaricia la mejilla. La otra se coloca en mi costado y me atrae hacia él. Pienso que es el momento y el lugar perfecto para un beso cuando presiona su boca contra la mía. Porque es el beso más bonito que me han dado en la vida. Un beso que es toda una declaración de amor. La boca de Blake reclama la mía como no lo había hecho hasta entonces. Exigente y dura. Por si me hubiera quedado alguna duda del alcance de sus sentimientos.

—Te quiero, Helena —murmura con voz ronca contra mis labios—. Estoy profundamente enamorado de ti.

Me besa de nuevo y yo me derrito sin poder evitarlo. Siento vértigo en el estómago y sé que no tiene nada que ver con la altura a la que nos encontramos. Es Blake. Cogiendo todas mis convicciones y lanzándola por los aires. Demostrándome que al amor no se le pueden poner etiquetas.

—No sé qué decir...

—No digas nada —sus dedos acarician mi mejilla—. Solo quería que lo supieras. Porque si hay

una mínima posibilidad de que estemos juntos, no pensaba desperdiciarla por culpa del miedo.

La noria vuelve a ponerse en marcha y nos vemos obligados a separarnos. Blake me ha desnudado su alma como nunca pensé que lo haría. Ha sido todo lo valiente que yo no soy. El corazón me va a mil por hora y estoy absolutamente embriagada. Confundida. Tan perdida que me tiemblan las piernas cuando la puerta de la cabina se abre. Él me da la mano y me arrastra lejos de esa fantasía que acabamos de vivir. Pero no ha sido una fantasía, sino algo muy real. Tan real que sé que voy a tener que enfrentarme a él porque no puedo ignorar semejante declaración de amor. Ni puedo ni quiero.

BLAKE

Ya está, ya lo he dicho. Y me siento inesperadamente mejor después de haberme declarado porque me he quitado un gran peso de encima. Acabo de descubrir que el amor ocupa demasiado espacio si te lo guardas solo para ti. Los demás han debido largarse a otra atracción, o tal vez al puesto de algodón de azúcar porque Avery lleva toda la noche pidiéndolo. Agradezco este momento de intimidad porque de lo contrario todos notarían que sucede algo entre nosotros. Pero ¿qué más da? Supongo que a estas alturas ya es más que evidente. Si Helena me corresponde, me armaré de valor y hablaré con Josh. Y si no lo hace, permitiré que ella siga con su matrimonio porque lo único que quiero es que sea feliz. No soy ni tan rastroso ni tan egoísta para interponerme entre ellos si ella escoge a mi hermano. Supongo que el amor también implica dejar ir a la otra persona cuando no es para ti.

Nos perdemos por las calles de la feria y empiezo a agobiarme cuando ella no dice nada. No esperaba una gran respuesta. Sé que Helena tiene una posición complicada y lo último que pretendo es presionarla. Pero necesito saber si debería albergar alguna esperanza o de lo contrario me voy a volver loco.

Por eso ni siquiera lo pienso cuando la cojo de la mano y la arrastro hacia un callejón solitario. La empujo detrás de una furgoneta que nos oculta de las miradas curiosas. Helena me mira con un pánico que me hace sentir como una mierda.

—No quiero agobiarte —le juro, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no tocarla—. Solo dime si debería tener esperanza.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes —respondo muy seguro—. De lo contrario no me habrías besado cuando estábamos en la noria.

—Me has besado tú.

—No te has apartado —no puedo resistir el impulso de sostener su barbilla con dos dedos y obligarla a mirarme—. Solo dime si cabe la posibilidad de que sientas lo mismo. Si cuando aclares el lío que tienes dentro de la cabeza existe una probabilidad, por pequeña que sea, de que quieras estar conmigo. He sido absolutamente sincero contigo y creo que me merezco lo mismo.

—Es complicado...

—Dios, Helena. No lo es. Estás casada con mi hermano y te acostaste conmigo porque sentías algo por mí. Corrígeme si me equivoco. Puedo entender que tengas miedo de hacerle daño. Puedo entender que no me quieras del mismo modo que yo te quiero a ti. Que estés indecisa y no te atrevas a tomar una decisión. Pero no actúes como si no te hubiera confesado que te amo porque entonces me rompes el corazón.

—Yo lo último que quiero es hacerte daño.

—Alguien va a salir perjudicado. Es inevitable —apoyo mi frente contra la suya y ella me mira apenada—. Puedo soportarlo. Lo que no puedo permitir es que me expulses de tu vida porque estás asustada.

—Pues estoy muerta de miedo.

—Yo también.

—La respuesta que tengo no va a gustarte.

—No me digas que estás enamorada de los dos —pongo mis manos a cada lado de su cuello—. No es posible. En mi corazón solo hay cabida para una mujer y lo sabes. Casi prefiero que me digas que no sientes lo mismo que yo. Sería una putada, no voy a negarlo. Pero sé aceptar un rechazo.

—¿Y si te digo que necesito tiempo para aclararme?

—Tiempo... —repito un tanto desilusionado—. Puedo concedértelo.

—No voy a negar que me he imaginado una vida contigo. En mis sueños tú y yo éramos muy felices. Tremendamente felices. —Helena pone sus manos sobre mis muñecas y me mira con sinceridad—. No sé en qué punto estaríamos si aquel día no me hubieras mentido porque te sentías culpable. Pero lo que sí sé es que cuando salí del aeropuerto lo hice porque quería estar contigo. Solo contigo.

—Y luego Josh despertó.

—Sí.

—Y volvieron a asaltarte los recuerdos —trato de entenderla.

—Sí.

—No es agradable ser tu segundo plato.

—No eres mi segundo plato.

Helena me besa con una ternura que me enloquece. «Si no soy tu segundo plato, ¿qué soy para

ti?»), quiero preguntarle. Pero lo único que hago es responder al beso con tanta pasión que pierdo el control. Empujo a Helena contra la pared del callejón y sé que si ella no me frena le haré el amor aquí mismo. Porque con ella no sé hacer otra cosa. Nosotros no follamos. Ni de coña. Por eso me adueño del beso por completo. Para demostrarle que está enamorada de mí aunque ella no lo sepa o no quiera darse cuenta. Para explicarle que dos son multitud en un corazón.

—¿Y entonces qué soy? —pregunto contra sus labios.

—No lo sé —responde jadeando.

—Sí que lo sabes —mi pulgar se desliza por su boca—. Pero no quieres afrontarlo.

La beso de nuevo y ella no me frena. Craso error. Mi cuerpo la necesita casi tanto como mi corazón. Esta mujer me nubla el juicio. La acaricio por encima de la ropa y ella gime. Le muerdo el cuello. Meto las manos en su pelo y me comporto como un animal insaciable. Puedo sentir su pulso acelerado bajo la piel. Su respiración entrecortada. Y mi erección apretándose contra los pantalones. Una de mis manos se desliza por su costado y ella se estremece. Me maravilla que su cuerpo sea tan receptivo al mío. Que seamos capaces de despertar tantas sensaciones en el otro con un simple roce. Esto es jodidamente bueno para ser malo.

—Maldita sea, Helena... te quiero hacer de todo en este sitio. Vámonos al rancho.

—No —su voz es ronca. Pone una mano sobre mi pecho y me mira con los ojos nublados por el deseo—. Por una vez quiero hacerlo bien. No quiero seguir escondiéndome. Voy a hablar con Josh. Se lo voy a contar todo.

—¿Todo?

Helena asiente y me aparta con suavidad. Ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. Sé que ha tomado una buena decisión. Me gusta que sea valiente.

—No voy a quedarme el margen —le aclaro.

—Creo que será mejor que tú no estés cuando tenga esa conversación con Josh —dice con voz queda.

—Estás loca si crees que voy a dejarte sola en esto.

—Pero Blake...

—Pero nada. Estamos juntos en esto. ¿Qué clase de hombre sería si me escondo mientras tú le cuentas a mi hermano lo nuestro?

—No serías tú —admite con una sonrisa débil.

«Desde luego que no».

Hay algo en mi interior que me inquieta más que su decisión. Y por eso me veo obligado a decirlo. Acabo de decidir que no quiero que haya secretos entre nosotros.

—Helena —digo con voz grave—. No quiero que te quedes conmigo solo porque Josh te rechace. Los dos sabemos que jamás perdonará algo así. No quiero ser el hombre al que recurres cuando te quedas sola.

Ella se sobresalta y la indignación se apodera de su rostro. Me arrepiento al instante porque ella no es una oportunista. Ha hablado mi miedo. El miedo a veces nos hace escupir nuestros peores temores aunque sean infundados.

—¿Por quién me tomas?

—No lo soportaría.

Ella sacude la cabeza sin dar crédito y me mira profundamente herida.

—¿Me ves capaz de utilizarte de esa manera? ¿Lo dices en serio?

—No —respondo después de pensarlo mejor—. Tú no eres esa clase de persona. Pero si lo fueras, creo que yo no tendría el valor de pedirte que te fueras. Me gusta demasiado estar contigo. Ese es el problema.

Helena me sigue cuando salgo del callejón. Caminamos por la feria sin dirigirnos la palabra. La miro de reojo. Está pensativa y aterrada. Ojalá pudiera meterme en su cabeza para saber qué es lo que está pensando. Porque me temo que llegar a su corazón es lo más difícil que he hecho en la vida después de declararme.

JOSH

Janice aparca el coche en la entrada del rancho. Las luces de la casa están apagadas y doy por hecho que no hay nadie. Me alegro de que Helena se haya animado a ir a la feria con los demás. De lo que no me alegro —ni una pizca— es de haber besado a Janice. Ella me mira como si no hubiera sucedido nada entre nosotros y comprendo que no la conozco en absoluto. Creo que Janice no ha sido del todo sincera conmigo y la simpática fisioterapeuta que se ruborizaba si le hacía algún comentario subido de tono era pura fachada. Porque delante tengo a una mujer lanzada y atrevida que no vacila en pedir lo que quiere. Y me quiere a mí.

—Voy a prescindir de tus servicios. Creo que es lo mejor para ambos.

Janice me mira sorprendida porque mi decisión no entraba en sus planes. Tengo la impresión de que he sido una especie de juego morboso para ella. Una tentación inalcanzable. Un tipo casado al que se ha propuesto llevarse a la cama. Me pregunto si el tío Charlie existirá o si no fue ella quien le puso los cuernos a su novio con su mejor amigo. Me pregunto quién es en realidad.

—No voy a contarle nada a tu mujer —promete con voz melosa.

Me enfurece que Janice continúe intentando manipularme como si fuera un pelele que no se entera de nada. Todo habría sido más sencillo si se hubiera quitado antes la careta. Reconozco que la versión de la chica que va buscando un polvo no me asusta tanto como la de la fisioterapeuta inocente que temí que pudiera enamorarse de mí. El único problema es que solo me acostaría con ella por los motivos equivocados.

—Podrías contárselo y tal vez me harías un favor. Pero creo que esta es la primera decisión sensata que tomo en mucho tiempo.

—Es un error prescindir de tu fisioterapeuta en mitad de la rehabilitación.

—Encontraré a otro fisioterapeuta y tú a otro paciente.

—No quiero otro paciente —ahora suena irritada.

—No me conviene seguir viéndote. A ti tampoco.

—Eso déjame decidirlo a mí.

—Si te dejo decidirlo, los dos sabemos que acabaremos acostándonos —mi franqueza provoca

que ella se emocione durante unos segundos—. Pero no quiero echar un polvo por despecho porque estoy enamorado de mi mujer y no puedo darte lo que buscas.

—A lo mejor yo solo busco echar un polvo.

—Creo que eres una gran manipuladora emocional que me ha pillado con la guardia baja para reconocerla —le digo con acritud, y ella ni siquiera se inmuta—. No sé qué es lo que quieres de mí. Puede que solo divertirme un poco. Qué se yo.

—A lo mejor solo busco echar un polvo con un hombre que me resulta muy atractivo.

Se me escapa un suspiro agotado.

—Si fuera eso lo único que quieres de mí...

—Si fuera eso, ¿lo cogerías?

Janice se inclina hacia mí y pone su mano en mi entrepierna. Me mira con un descaro que casi me resulta cómico. Nos lo habríamos pasado tremendamente bien si nos hubiéramos conocido en otro momento de nuestras vidas. Pero ahora estoy demasiado cansado para seguirle el juego. Cansado de un matrimonio que está roto. Cansado de las mentiras que lo han jodido todo. Por eso aparto su mano sin una pizca de delicadeza.

—No.

—¿Por qué no? —exige saber.

Sé lo que piensa. No le entra en la cabeza que la rechace porque soy un cornudo al que una mujer muy atractiva le está ofreciendo un poco de consuelo. La humillación brilla en sus ojos.

—Porque los polvos por despecho deberían estar prohibidos.

—Te habría encantado —responde, enojada como una cría caprichosa que no ha conseguido lo que quería—. Sal de mi coche.

Abro la puerta y estoy a punto de decirle que la próxima vez que escoja a su presa sea más sincera porque las mentiras lo pudren todo. Lo sé de sobra. Pero me lo pienso mejor y me limito a bajar del coche. Bruma está en el asiento trasero y salta por encima de la ventanilla abierta. Janice acelera y levanta una polvareda. Bruma comienza a ladrar enfurecida.

—Ya sé que no te gusta. Pero sus galletas bien que las aceptabas.

Camino hacia el rancho ayudado de las muletas y me siento algo mejor. Es la primera vez en mi vida que me alegro de no haberme acostado con una mujer porque sé que no lo habría disfrutado. Antes tengo una conversación pendiente con Helena y le prometí a mi abuela que no me dejaría llevar por el rencor. Es hora de mirar a mi mujer a los ojos y hacerle la pregunta que podría

cambiarlo todo: «¿me sigues queriendo?»

HELENA

Sé que le dije a Blake que no lo mantendría al margen, pero no puedo permitir que esté delante cuando Josh descargue toda su rabia conmigo. Conozco de sobra a mi marido y sé la clase de reacción que tendrá cuando le cuente lo nuestro. Por eso aprovecho que Blake se ha marchado a visitar a su abogado y no regresará hasta muy tarde. Lo hago para protegerlo. Para protegerlos a los dos a pesar de que la noticia destrozará por completo a Josh. Por eso no puedo consentir que estén cara a cara cuando Josh se entere. Necesito que primero la asimile. Que me grite cosas hirientes solo a mí. Que me llame de todo. Para que cuando se reencuentren Josh se haya quedado tan vacío que pueda mantener una conversación medianamente civilizada con su hermano mayor. Es lo mínimo que puedo hacer por ellos.

Me sorprende estar tan tranquila cuando me despierto por la mañana. Creo que en el fondo llevaba demasiado tiempo esperando este momento. Vivir en una mentira implica fingir el cien por cien del tiempo. Pero ya no tengo fuerzas para ser otra persona y lo único que quiero es mirar a mi marido a los ojos y contarle toda la verdad. Cuando los engaños se apoderan de un matrimonio, el futuro está abocado al fracaso. Solo espero que Josh no me odie lo suficiente para alejarme por completo de su vida, porque albergo la esperanza de ser su amiga. Quizá con el paso del tiempo pueda llegar a perdonarme. Sé que no va a creerme, pero yo lo sigo queriendo de una manera muy complicada. Porque el primer amor nunca se olvida y nosotros somos la viva prueba de ello.

Hoy me he levantado con la zona lumbar dolorida y un cansancio extremo, síntomas que achaco al embarazo. También tengo una conversación pendiente con Blake. Después de sincerarme con Josh, le contaré que estoy embarazada de él. Si ayer no lo hice fue porque sus palabras me hicieron sentir asqueada. ¿De verdad cree que es mi segundo plato? ¿En serio me ve como la clase de oportunista que se quedaría con él con tal de no estar sola? Entiendo que esté asustado, pero creí que me conocía. Por eso no le confesé lo del embarazo. Porque temí que Blake diera por hecho que lo elegiría solo por albergar un hijo suyo en mi vientre.

Josh está apoyado en la barandilla del porche. Sus muletas a escasos centímetros por si las necesita cuando le fallen las fuerzas. Estoy tremendamente orgullosa de él. La Doctora Mallon no daría crédito si lo viera en este momento. Su ansia de superación no conoce límites. En otro momento de nuestras vidas me habría irritado porque en el pasado su ambición nos distanció por completo. Pero ahora solo puedo verlo como un gran luchador. Por eso lo abrazo por la espalda y le doy un beso en la mejilla. Porque sé que este será el último momento que me permitirá tener una muestra de cariño con él. Josh se sorprende y apoya una de sus manos sobre las mías. Huele a Hugo Boss. A las tardes en el jardín de la residencia tomando el sol y escuchando a U2.

—Hola, Señorita Jones.

—Hola, Señor Sackler —lo estrecho con más fuerza de la que él está acostumbrado y emite un gruñido de protesta. Le doy otro beso en la mejilla antes de apartarme de él con una pena que intento disimular—. Hoy no has tenido rehabilitación.

—He despedido a Janice.

—¿Y eso? —pregunto desconcertada.

—Quería acostarse conmigo.

La respuesta me deja con dos palmos de narices y no sé qué decir. Josh observa atentamente mi reacción y tengo la impresión de que me está midiendo. Como si esperase algo que ya no puedo darle y no se hubiera resignado del todo. Quiere que me sienta celosa. Y reconozco que en mi interior hay un puñado de sentimientos contradictorios.

—Ayer me besó.

«Josh, no hagas eso, por favor. No intentes devolverme todo el daño que yo te he hecho con una mujer que no significa nada para ti». Pero en lugar de decirle lo que opino, me limito a mirarlo sin pestañear.

—Por un momento quise acostarme con ella.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque habría sido un error acostarme con Janice para ponerme a tu altura —responde sin acritud—. No te cuento esto para hacerte daño. Te lo juro. Pero estoy cansado de que nos mintamos. Quiero mirarte a la cara sin sentir que te oculto algo. Fingir una amnesia para obligarte a permanecer a mi lado fue rastroso, cobarde y egoísta. Tendría que haber sido valiente y hablar contigo del divorcio. Pero tenía la corazonada de que tú ya habías tomado una decisión y me faltaron las agallas para pedirte una segunda oportunidad. Lo siento.

Su confesión me pilla desprevenida. Le acaricio el brazo con una ternura infinita porque sé lo mucho que le habrá costado pedirme disculpas. Sobre todo teniendo en cuenta que ya está al tanto de mi infidelidad.

—Yo también quiero ser sincera contigo —respiro profundamente y siento una punzada en el estómago. Arrugo la frente y me sujeto a la barandilla—. Quiero que sepas que lo último que pretendía cuando llegué al rancho era...

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Aprieto los labios e intento asentir. Genial. Los primeros síntomas del embarazo llegan en el momento más inoportuno. Me llevo una mano al vientre y contengo la expresión de dolor.

—Vine a Paradise Lake porque quería que recibieras los mejores cuidados médicos. Me sentía muy culpable por tu accidente y pensé que si seguía postrada a tu cama no te estaba ayudando lo suficiente. Por eso hice las maletas y vine hasta aquí. Te juro por Dios que lo último que esperaba era...

No soy capaz de terminar la frase porque me sobreviene un intenso dolor en la parte baja del abdomen, justo en el lado derecho. Como una especie de calambre que me obliga a agarrarme a la barandilla para sostenerme en pie.

—Helena, ¿qué te pasa?

—Ay...

Josh se queda blanco. Estoy a punto de decirle que no tiene de qué preocuparse, pero me veo obligada a seguir la dirección de su mirada cuando el terror brilla en sus ojos. Entonces descubro la sangre entre mis muslos y un súbito mareo se apodera de mí. Lo único que puedo pensar es «otra vez no». Josh intenta agarrarme cuando me desvanezco y creo que los dos nos caemos al suelo. A mi alrededor todo se convierte en un borrón y lo último que escucho es la voz estrangulada de Josh pidiendo ayuda.

Un par de horas después, despierto anestesiada y confundida en una habitación de hospital. Tengo la boca seca y las extremidades flácidas. Junto a mi cama hay un hombre muy parecido a mi marido. Pero no puede ser Josh. Él estará furioso conmigo después de haber descubierto el embarazo.

El hombre que se parece a mi marido se inclina para acariciarme el pelo de una forma que me resulta muy familiar. La anestesia va dejando de hacer efecto y descubro sus ojos verdes esmeralda. Sí que es Josh. Pero en lugar de rabia, lo que hay en su expresión es una absoluta preocupación. Me coge de la mano sin dejar de acariciarme el pelo.

—¿Estás bien?

Su pregunta me desconcierta. Lo miro aterrada y asiento con debilidad porque en este momento no me duele nada. Estoy atiborrada de calmantes y lo único que siento es un profundo dolor en el corazón.

—Hoy te van a dejar ingresada —me explica con voz tranquilizadora—. Era un embarazo ectópico. Sucede cuando el óvulo fecundado se adhiere a la trompa de Falopio en lugar de hacerlo en el útero.

Sé lo que es un embarazo ectópico y comprendo que Josh me lo está contando con tacto porque pretende que lo asimile. Pero hay algo en mi interior que ha cambiado. Cierta frialdad. Por eso

no me sorprende que las lágrimas no lleguen ni que el desconsuelo se apodere de mí. Porque con mi primer embarazo me hice ilusiones y deseé con toda mi alma tener aquel bebé. Pero con este estaba tan aterrada y confundida que algo en mi interior me decía que no podía ser. Que era demasiado bueno para ser verdad. Tal vez este sea mi precio a pagar por haber traicionado a Josh. Mi castigo.

—Es un tipo de embarazo inviable y la única opción es la interrupción del embarazo. Cuando has llegado al hospital sufrías una hemorragia interna y te han realizado una laparoscopia para retirar el tejido de embarazo y reparar la trompa de Falopio —Josh observa mi reacción con cautela—. La... buena noticia es que la trompa de Falopio no ha sufrido daño. He hablado con los doctores que te han atendido y les he comentado lo del primer aborto y tu miedo a no poder quedar embarazada. Me han comentado que en un futuro no deberías tener problemas para quedarte embarazada puesto que la trompa de Falopio y el ovario que te quedan están en perfecto estado. Solo hay un dos por ciento de probabilidades de sufrir un embarazo ectópico. Ha sido mala suerte, Helena. Algún día tendrás un bebé. Lo sé.

—¿Por qué haces esto por mí? —pregunto, y ahora sí asoman las primeras lágrimas.

—Porque nadie debería pasar dos veces por lo mismo —Josh continúa acariciándome el pelo—. Sé lo mucho que quieres ser madre y sé que en el pasado yo no estuve a la altura. Por eso ahora tengo que estarlo. Aunque el bebé que acabas de perder no sea mío.

—Josh... —su nombre es lo único que puedo pronunciar antes de romper a llorar.

Él me abraza con delicadeza y noto los puntos de la operación en el abdomen. Pero el dolor que siento por nosotros es mucho más profundo y desgarrador. Ojalá me hubiera apoyado en su día tal y como lo está haciendo ahora. Jamás nos habríamos distanciado. Tendríamos un bebé. Un matrimonio con futuro. Tantas cosas...

—¿Por qué no me lo contaste? —no es una recriminación.

—Tenía miedo.

—De mi reacción.

—Sí.

Josh suspira y me acaricia la mejilla con un afecto que no merezco. Su actitud provoca que me entren más ganas de llorar. No soy capaz de tranquilizarme. No soy capaz de gestionar su cariño.

—No llores, por favor.

—¿Por qué tienes que ser lo que necesitaba justo ahora?

—Porque soy gilipollas —responde resignado, y luego me mira con un deje de esperanza que me parte el alma—. Te quiero, Helena. A pesar de todo. A pesar de que llevo todo este tiempo

intentando no quererte. Pero resulta que mi corazón ya ha tomado una decisión y quiere estar contigo. Volvamos a Chicago. Empecemos de nuevo.

No puedo responder. La gratitud que siento es enorme. Las dudas, tremendas. El pánico, infinito.

—Tengo que contarte algo.

—¿Y si no quiero saberlo?

—Tienes que saberlo.

—Cuando salgas del hospital —responde apenado—. Ahora solo debes preocuparte de recuperarte. Y mientras tanto yo estaré a tu lado.

BLAKE

Estoy muy sorprendido cuando el abogado que contraté para el juicio por la custodia de Avery me informa de que Stella ha decidido firmar el acuerdo amistoso que le hice llegar en su día. No lo entiendo. Me otorga la custodia completa de Avery. Ella solo podrá verla los fines de semana alternos y bajo la tutela de un trabajador social. También se compromete a asistir a terapia una vez a la semana. El convenio será revisado dentro de un año.

Un año de paz.

¿Por qué ha cambiado de opinión? Tengo la copia firmada sobre el escritorio. Hay un post-it con un escueto mensaje encima de la pila de documentos: «*no voy a testificar a favor de Walton*». Estoy tan aturdido que me cuesta coger el bolígrafo.

—¿Hay alguna posibilidad de que rompa el acuerdo? —pregunto al abogado para no hacerme ilusiones.

—En cuanto usted firme, el convenio regulador será ratificado por un notario.

Estampo mi firma en el acuerdo antes de que Stella cambie de opinión. Luego estrecho la mano de mi abogado y salgo de su despacho habiéndome quitado un gran peso de encima. Tengo la custodia de mi hija. Le he declarado mis sentimientos a Helena. Todavía me queda hablar con mi hermano y enfrentarme a Walton, pero por primera vez la vida parece una carretera asfaltada de cuatro carriles y no el camino estrecho que serpentea por la ladera de una montaña.

Stella me envía un SMS que leo con el corazón pendiendo de un hilo porque temo que esta vaya a ser otra de sus tretas.

Creo que es la primera decisión sensata que tomo en mi vida. Eres un buen padre y no debería haber intentado quitarte a nuestra hija. Lo creas o no, voy a trabajar duro durante un año para convertirme en una persona mejor porque quiero ser la madre que Avery se merece. Te deseo lo mejor.

Dios, soy tremendamente feliz. Le envió un escueto *Gracias* que lo dice todo porque ella me conoce. Necesito hablar con Helena porque es la primera persona a la que quiero contárselo. Me

apetece celebrarlo con ella. Llevarla a tomar un helado a aquella cafetería que tanto le gustó. Ir con ella y mi hija a la playa. Hacer planes de futuro. Lo típico de un hombre que está enamorado hasta las trancas. Lo típico de un hombre que ya está cansado de esconderse.

Me estoy montando en el coche cuando me suena el móvil. Últimamente estoy pegado a este cacharro porque no me queda otra. Debo estar pendiente de los avisos del abogado y espero que el tema de Walton se solucione pronto. En cuanto pueda guardaré el teléfono en el cajón de la mesita de noche y pasaré de él. Mientras tanto...

—¡Blake! —la voz de Hannah suena más aguda de lo normal.

Me pongo a la defensiva porque sé que algo va mal. Hannah no me llamaría si no fuera importante. Conoce mi alergia a las nuevas tecnologías.

—¿Qué pasa? ¿Walton ha vuelto a aparecer por el rancho?

—No —responde, y la tranquilidad me dura dos segundos—. Es Helena.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto angustiado.

—Está en el hospital. Josh llamó a una ambulancia, pero ella estaba sangrando mucho y al final Stuart la llevó en coche.

—Sangrando —repito horrorizado—. Hannah, por el amor de Dios. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Josh no nos ha contado nada. Solo me ha dicho que estaba fuera de peligro y...

—¿En qué hospital está? —la interrumpo con brusquedad.

—En el Houston Methodist, pero no sé si es buena idea que te presentes teniendo en cuenta que Josh está allí con ella y a ti se te nota demasiado que...

Cuelgo el teléfono porque ya he tomado una decisión. Arranco el coche y piso el acelerador. Levanto el pie del pedal cuando me doy cuenta de que estoy conduciendo como un loco. No quiero tener un accidente. Lo único que quiero es llegar cuanto antes al hospital para estar al lado de Helena. Me trae sin cuidado que Josh esté presente. Me trae sin cuidado que sea mi hermano. Porque en este momento siento que tengo todo el derecho del mundo a estar con Helena y no hay nada ni nadie que pueda impedírmelo.

Tardo cuarenta y cinco minutos en llegar al hospital. Cuarenta y cinco eternos minutos. Cuarenta y cinco minutos en los que me da tiempo a elucubrar un montón de teorías a cual más terrible. Se han llevado a Helena sangrando al hospital. Joder, y yo no estaba con ella. Me va a dar un infarto

cuando dejo el coche mal aparcado. Lo primero que veo es la puerta del hospital. Lo segundo a mi hermano apoyado sobre un muro de carga. Estoy a punto de ignorarlo y gritarle al primer celador con el que me cruce que me diga cuál es la habitación de Helena cuando él me saluda. Parece aliviado de verme. Y contrariado.

—Gracias por venir —Josh me pone una mano en el hombro—. No hacía falta. Le he pedido a Stuart que se fuera. Pensé que te vería en el rancho.

—¿Qué le ha pasado a Helena? —estoy tan alterado que me trae sin cuidado parecer algo más que un cuñado preocupado.

Pero Josh está tan abatido que no se da cuenta.

—Un aborto.

—¿Qué?

El mundo se me cae a los pies. Helena acaba de sufrir un aborto. No lo entiendo. Pensé que ella no podía tener hijos.

—Lo que oyes —Josh se pasa una mano por la barbilla—. Un embarazo ectópico. Te ahorro los detalles médicos. Helena estaba embarazada de otro tío.

—Mierda.

Josh cree que lo estoy compadeciendo y me ofrece una sonrisa débil. Sé que yo era el padre de ese bebé. Y ni siquiera sé cómo sentirme. No entiendo que ella me lo haya ocultado. No comprendo por qué no ha sido sincera conmigo después de que yo le abriera mi corazón.

—La he dejado descansando porque necesitaba salir y tomar el aire. No es plato de buen gusto enterarme y menos de este modo. Sé que debo apoyarla. Por eso estoy aquí. No quiero que perciba ni un ápice de mi resentimiento. Me lo guardo en exclusiva para el cabrón que la dejó embarazada.

—Haces bien.

—Y tanto —la rabia se apodera de su voz—. No sé quién es. Creo que no quiero saberlo. Porque de lo contrario sería capaz de cometer una locura.

—Tranquilízate. No es el momento.

—Lo sé.

—¿Cómo está ella?

—Más entera de lo que me esperaba. Creo que en el fondo estaba tan asustada de mi reacción

que no ha podido llorar todo lo que necesitaba. Sé que Helena quiere ser madre y me preocupa que no exteriorice el dolor de otra pérdida.

—¿Puedo verla?

Josh me mira extrañado.

—Claro —me da una palmada afectuosa en el brazo—. Le vendrá bien hablar con alguien que no sea yo. Conmigo no puede ser todo lo sincera que le hace falta porque piensa que no tiene derecho a quejarse delante de mí.

Sé que debería sentirme fatal por mi hermano porque acaba de enterarse de que su mujer estaba embarazada de otro hombre. Pero solo puedo pensar en Helena y en la falta que me hace verla. Por eso subo las escaleras bastante ansioso.

—Blake —la voz de mi hermano me detiene antes de que cruce la puerta—. Eres un buen tío.

Me siento como una auténtica mierda cuando le ofrezco una sonrisa falsa. Luego me prometo que será la última vez que le mienta. En cuanto Helena se recupere, le contaré toda la verdad. Y entonces podrá dejar de estar resentido con su mujer y se centrará solo en mí.

HELENA

Doy por hecho que se trata de Josh cuando la puerta de la habitación se abre. Ni siquiera lo miro porque estoy demasiado avergonzada y triste. Delante de él no quiero ni puedo exteriorizar mi pérdida. Porque cuando lo miro a los ojos veo a un hombre enamorado y que finge no sentirse traicionado porque sabe que debe apoyarme.

—Estoy bien, Josh —lo tranquilizo, con la vista clavada en el trozo de sábana que tapa ese vientre que vuelve a estar vacío—. Ve a comer algo. Yo intentaré dormir un poco.

—No estás bien.

La voz de Blake me sobresalta. Siento una vergüenza diferente cuando levanto la cabeza para mirarlo. La vergüenza de haberle ocultado que estaba esperando un hijo suyo.

—No deberías estar aquí.

—Estoy donde debo estar —Blake cierra la puerta y camina sin vacilar hacia la cama—. Acompañando a la mujer que acaba de perder un hijo mío.

—Ya sabes a lo que me refiero —respondo con voz débil, y aparto la mirada porque me duele demasiado mirarlo—. Josh podría vernos y...

—Josh me da igual —su tono es más duro de lo normal. Lo miro con un deje de incredulidad porque sé que es un hombre de familia que jamás se perdonará por haberse enamorado de mí. Pero al mirarlo a los ojos me encuentro con un Blake diferente—. Sé que suena fatal, pero es la verdad. Tengo derecho a estar a tu lado sin esconderme. Tengo derecho a sentirme fatal porque no me entra en la cabeza que me lo hayas ocultado. Y tengo derecho a consolarte porque era el padre de tu bebé y sé que me necesitas.

Blake se agacha para quedar a mi altura. Una lágrima traicionera resbala por mi mejilla y él la borra con su pulgar.

—Deberías habérmelo contado.

—Lo sé —respondo sin justificarme—. Quise hacerlo ayer.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿No te pareció un momento apropiado después de que yo te confesara que estoy enamorado de ti?

—No quiero que suene como una excusa, pero me dolió que me vieras como la clase de persona que se quedaría contigo si se veía sola. Pensé que si te decía que estaba embarazada, llegarías a la conclusión de que me quedaba contigo solo y exclusivamente por el embarazo.

—Me pasé tres pueblos. Ya te dije que habló el miedo.

—Tendría que habértelo contado mucho antes. Pero sabía cuál sería exactamente tu reacción y yo no estaba preparada para hablar con Josh. Por eso lo fui prolongando. Te juro que no soy la clase de mujer que te ocultaría un embarazo. Te lo iba contar. En serio.

—Lo sé —responde sin dudar—. Pero enterarme así ha sido...

—¿Una mierda?

—Sí —Blake coge mi mano entre las suyas—. ¿Cuál crees que hubiera sido mi reacción?

—Me habrías pedido que me casara contigo.

—¿Tan antiguo te crees que soy?

—Sí.

Pese a la situación trágica, los dos nos reímos sin poder evitarlo. Blake es más antiguo que La Biblia. Luego esbozo una mueca dolorida porque los puntos de sutura se tensan por culpa de la risa.

—Me conoces bastante bien —admite para distraerme—. Y tú habrías respondido que no podías aceptar mi propuesta porque estás casada con Josh.

—Pero tú no te habrías detenido. Tu respuesta habría sido algo así: «Helena, no me conoces en absoluto si piensas que soy la clase de hombre que va a permitir que a mi hijo lo críe mi hermano».

—Qué calado me tienes.

—Eres bastante previsible, John Wayne.

—Si soy previsible, entenderás cuál va a ser mi próximo movimiento.

—Vas a besarme.

—Ajá.

—Blake, aquí no...

Pero él hace caso omiso a mis palabras y dejo la frase sin acabar cuando me besa. Me encantaría

decir que mi moral está por encima de todo y que no disfruto del beso. Pero la verdad es que me derribo en cuanto su boca se posa sobre la mía. Es un beso corto y no por ello menos cargado de significado. De hecho, el significado me asusta cuando se separa y me mira a los ojos.

—Hablaremos con él cuando te recuperes —me promete—. Sé que lo necesitas tanto como yo. Él se merece saber la verdad.

—Va a ser horrible.

—Sí —negarlo sería absurdo—. Pero será menos horrible si tú decides quedarte a mi lado cuando él se marche. No te pediré que te quedes. Aceptaré tu decisión sea cual sea.

«Sea cual sea».

Blake adivina lo dolorida que me siento y se levanta para colocar otra almohada debajo de mi espalda. Estoy algo más cómoda, pero se está pasando el efecto de los analgésicos e intuyo que voy a tener una noche movidita.

—¿Qué tal estás? —pregunta preocupado—. Conmigo puedes ser todo lo sincera que no has podido ser con Josh.

—Fatal.

—¿Y emocionalmente?

—Vulnerable.

—Pensé que no podías tener hijos.

—Yo también. Lo di por hecho después de sufrir la primera pérdida. Me hicieron una operación bastante invasiva y perdí una trompa y un ovario. Estaba tan hecha polvo que pedí el alta voluntaria y no quise escuchar a los médicos cuando me contaron que quizá me costaría más trabajo quedarme embarazada. Fue un golpe tan duro que no atendía a razones.

—Has vuelto a perder un bebé, Helena —me habla con una empatía que traspasa las barreras que he construido—. Tienes derecho a llorar y a lamentarte. Nadie te va a juzgar porque el hijo que esperabas no fuera de Josh. Y si te juzgan, que se atrevan a decírmelo a la cara.

—Eso no es justo. Mides casi dos metros.

—Alguien me dijo una vez que de pequeño me dieron demasiados petit suisse.

Mi sonrisa se mezcla con el sabor amargo de las lágrimas.

—¿Te apetece escuchar una buena noticia? —pregunta en un intento por alegrarme.

—Muchísimo.

—He llegado a un acuerdo amistoso con Stella.

Siento un alivio tremendo al descubrir que mi conversación con Stella tuvo un efecto positivo. Menos mal.

—Es una noticia maravillosa.

—Tampoco va a testificar a favor de Walton.

—Vaya...

—Sí, vaya —Blake me dedica una mirada intrigada—. ¿Cómo lo has conseguido?

—No sé de qué me hablas.

—Pues tengo la impresión de que has tenido mucho que ver en su cambio de actitud.

—¿Yo? —me hago la tonta—. Stella no me soporta. Habrá cambiado de opinión porque sabe que eres un buen padre.

—Me prometiste que no me iba a quitar a Avery. Lo juraste —dice con voz grave, y añade emocionado—: Y te creí.

Una enfermera entra en la habitación y me explica que va a administrarme un calmante. Se lo agradezco porque el dolor empieza a ser insoportable. Blake se acerca más cuando la enfermera vuelve a dejarnos a solas. Ha perdido el juicio. La puerta está abierta y ni siquiera le importa que alguien nos vea.

—Ojalá no lo hubieras perdido. Habrías sido una madre maravillosa. Te habrías cansado de tenerme todo el día pegado a ti y habrías puesto el grito en el cielo cuando no te dejara cargar peso o hacer el mínimo esfuerzo físico. Te habrías quejado de lo sobreprotector que era contigo, pero en el fondo lo habrías disfrutado. Habríamos sido unos padres increíbles.

—Sí...

Se me cierran los ojos sin poder evitarlo cuando el calmante empieza a hacer efecto. Quiero seguir escuchándolo. Me apetece saber más cosas sobre ese futuro tan hipotético e idílico. Suena como el mejor de mis sueños.

—Te habría subido conmigo a lomos de Balder y nos habríamos quedado dormidos observando las estrellas. Como eres una adicta a los dulces, todos tus antojos estarían relacionados con el chocolate. Creo que Hannah habría acabado hartándose de nosotros, y entonces me habría visto obligado a conducir varios kilómetros para traer cantidades ingentes de ese helado de galletas que tanto te gustó...

—Se derretiría antes de que llegases al rancho... —murmuro adormilada.

—No me estropees la fantasía, rubia.

—¿Qué más?

—Avery se habría puesto celosa, por supuesto. Pero tú sabes manejarla y le prometerías que en cuanto naciera su hermanita la llevarías a un concierto de Ariana Grande. Me habrías excluido. «Plan de chicas», diríais.

—Ni siquiera sabes si habría sido una niña...

—Yo solo sé hacer niñas. Las niñas son mi gran debilidad. Una niña clavadita a ti. Con los ojos grandes y azules y la capacidad de conquistarme con una sonrisa. Habrías sido la embarazada más preciosa y cabezota —dice sin dudar—. Y algún día serás una madre maravillosa, Helena. No me cabe la menor duda.

Estoy a punto de responder que lo elegiría sin dudar como el padre de mis hijos, pero el sueño se apodera de mí.

JOSH

Lo que siento durante los últimos días es más complicado que la rabia. Y más peligroso. Porque a Helena le dan el alta dos días después y se recupera en el rancho mientras todos la cuidan. Yo incluido. Ya tendré tiempo de montar un escándalo. De arrancarles la careta y escupirles un puñado de verdades. Pero ahora estoy tan destrozado que ya ni siquiera me quedan fuerzas para sentirme resentido con mi mujer. No, mi rabia no es con ella. Ahora se dirige en exclusiva hacia el hombre con el que iba a ser madre. El cabrón que la dejó embarazada. El mismo que me la ha arrebatado. El miserable que se interpuso entre nosotros cuando yo no estaba en su vida.

Hannah, Bill y Stuart tienen la poca vergüenza de mirarme con lástima. Nadie ha hablado de lo sucedido, pero la palabra «aborto» flota en el ambiente. Y la palabra «infidelidad». La única que me consuela es Bruma. La perra se limita a seguirme a todas partes y a tumbarse a mi lado cuando estoy exhausto después de una caminata. Ahí va una verdad como un templo: acabo de descubrir que el perro es el único amigo verdadero del hombre. Porque yo aquí no tengo amigos. Solo un puñado de traidores que me han dado la espalda. Mi recuperación es tan rápida como el odio que me va consumiendo. Invade cada recoveco de mi cuerpo. Pudre mi alma. Me asfixia.

Soy el cornudo del rancho. Todos lo saben. Al final va a ser verdad que el cornudo es el último que se entera de la película. Ya me podrían haber contado el argumento antes de venir al rancho. Pero hay algo que ellos desconocen: sé quién es el hombre con el que Helena me ha engañado. Tengo demasiado tiempo para pensar. Para encajar los detalles. Para unir las piezas sueltas. Y todo cobra un sentido demoledor: la razón de que ella no quisiera regresar al rancho, su enemistad con Blake, su frialdad, sus dudas...

Recuerdo sus palabras antes de que sufriera la hemorragia y se me llevan los demonios.

«Vine a Paradise Lake porque quería que recibieras los mejores cuidados médicos. Me sentía muy culpable por tu accidente y pensé que si seguía postrada a tu cama no te estaba ayudando lo suficiente. Por eso hice las maletas y vine hasta aquí. Te juro por Dios que lo último que esperaba era...»

Ya acabo la frase por ti, cariño. Lo último que esperabas era «ponerme los cuernos con él».

Él.

Tenía que ser él. ¿No había otro? ¿No existían suficientes hombres en Texas? Joder...

Dios, lo voy a matar. Menos mal que he tirado las muletas a la basura y ya solo camino ayudado por el bastón. Pero me veo con suficiente entereza para plantarle cara. Gritarle cuatro verdades. Tener las agallas que a él le han faltado.

Él.

¿Cómo ha podido ser tan miserable?

¿Cómo ha podido traicionarme de esa manera?

No es rabia.

No es tristeza.

Es odio. Odio en mayúsculas. Porque ya sabes lo que dicen: del amor al odio solo hay un paso. Y yo lo he dado.

HELENA

Me siento fatal porque cuando regreso al rancho todos me tratan de maravilla. Durante un par de días tengo que guardar reposo porque todavía me molestan los puntos. Dos días de falsa calma en los que Hannah insiste en engordarme a base de postres caseros, Avery se mete conmigo en la cama y agota mi repertorio de cuentos, Bill y Stuart me preguntan a todas horas qué tal estoy, y Blake y Josh... El primero entra en mi habitación cuando nadie nos ve y me aterra la posibilidad de que alguien nos descubra porque no es capaz de comportarse como un cuñado. El segundo me visita de vez en cuando y trata de fingir que no está profundamente dolido cuando me mira a los ojos.

Es horrible.

Al tercer día me encuentro mejor y abandono la seguridad de mi habitación. Josh me dirige la palabra como si no acabara de descubrir que estaba embarazada de otro hombre. Pero lo conozco de sobra y sé todo lo que se guarda. La rabia. El rencor. La ira. Formando una montaña tan enorme que explotará tarde o temprano.

El cuarto día es como caminar por un puente inestable construido a gran altura. No es seguro. Temes que vaya a venirse debajo de un momento a otro. Pero de todos modos te aferras a la barandilla y sin saber cómo logras cruzarlo.

El quinto día la tensión se puede cortar con un cuchillo. Me percató de que Josh observa con inquina a todos los que hay a su alrededor. Bruma y Avery son las únicas que se libran de su resentimiento. Y entonces sé que lo sabe. Recuerdo vagamente lo que le dije antes de desmayarme. Había tomado la decisión de confesárselo todo. Le dije que cuando vine a Paradise Lake lo último que esperaba era...

Ahí me desmayé. Josh es muy listo. Ha debido completar la parte de la frase que faltaba. Por eso el odio brilla en sus ojos. Porque sabe que el hombre con el que me acosté es Blake. Sé que algo terrible está a punto de suceder y decido armarme de valor antes de que la situación estalle. Voy directa a las caballerizas con la esperanza de encontrar a Blake. Tenemos que hablar con Josh. Ahora. Ni mañana, ni pasado, ni dentro de una semana. No podemos seguir posponiéndolo. Él lo sabe y tengo miedo de que monte un escándalo.

Bill está bañando a un caballo. Se ha quitado la camisa porque hace muchísimo calor. Se vuelve hacia mí con esa característica sonrisa sin maldad.

—Hola, guapetona.

—Hola —intento que no se me note lo agitada que estoy—. ¿Has visto a Blake?

—Estaba aquí hace un minuto. Creo que ha ido a por algo de beber porque ha dejado a Balder sin cepillar. Estará al volver.

—Vale.

Bill suelta la manguera y me mira preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Helena —Bill corta la distancia que nos separa y me sostiene por los hombros como si tuviera miedo de que me fuera a caer—. Estás pálida. El médico te mandó reposo. Voy a traerte una silla.

—No, no. De verdad, estoy bien.

—Es como si hubieras visto un fantasma. Ya sé que no soy gran cosa sin camiseta, pero tampoco es para que pongas esa cara de espanto —bromea para hacerme sentir mejor.

Aflojo una sonrisa débil.

—Te quiero un montón, idiota. Consigues que hasta la situación más terrible me resulte menos mala.

—Pues anda que yo... te quiero tanto que casi me cambiaría de acera por ti —me guiña un ojo—. Casi.

Bill pone las manos en mis mejillas y me da un sonoro beso en la frente. Se me escapa una risilla. Luego me da un abrazo cariñoso y protector que agradezco en el alma. Estamos abrazados cuando alguien grita. Me cuesta comprender lo que sucede hasta que nos apartamos desconcertados. Josh nos mira furioso. Con el rostro congestionado por la rabia. Entiendo demasiado tarde lo que sucede. Josh ha visto a un hombre semidesnudo abrazando a su mujer tras darle un beso en la frente. Josh cree que lo he engañado con Bill.

—Josh, no es lo que piensas—intento tranquilizarlo.

—¡Hijo de puta! —brama encolerizado, y se abalanza sobre Bill tras arrojar el bastón al suelo.

Bill pone los brazos en alto y lo mira sorprendido. Logra esquivar el primer puñetazo de puro milagro. Pero sé que no será el último.

—Tío, ¿qué te pasa? —pregunta confundido.

—¿Te has follado a mi mujer! ¿Y tú te llamas amigo?

Bill está tan anonadado que se queda plantado en el sitio y frunce el ceño. Por eso no ve venir el segundo puñetazo de Josh. Bill suelta una maldición y se acaricia el pómulo. Por la cara que pone, le ha debido de doler mucho.

—Te voy a matar —ruge Josh con desprecio.

—Yo no he tenido nada con Helena más allá de una amistad sana. Tío, parece mentira que no me conozcas. Somos amigos desde hace un montón de años. ¿Por quién me tomas?

—¿Josh! —lo cojo del brazo en un intento por detenerlo—. ¡Para! ¡No es él!

Josh me da un empujón que está a punto de tirarme al suelo. Bill interviene y se pone delante de mí con actitud protectora. Josh lo mira con rabia.

—Ni se te ocurra volver a tocar a Helena —le advierte Bill, con el tono más serio que le he oído en la vida.

—Ya la tocas tú por mí, ¿no?

—Estás delirando.

—Eres tan poco hombre que ni siquiera tienes el valor de mirarme a la cara y decirme la verdad.

Josh cierra los puños. Bill extiende un brazo para impedirme que me acerque a él. Mi marido se tambalea cuando apoya el peso en la pierna izquierda. Necesita su bastón. Pero la rabia que siente en ese momento le basta para mantenerse en pie y darle otro puñetazo a Bill. El vaquero lo recibe resignado. El tercer puñetazo consigue tirarlo de espaldas.

—¿Defiéndete! ¿No eres tan hombre? Vamos, ¡defiéndete! —grita furioso Josh.

—No te voy a tocar ni un pelo... —masculla dolorido Bill, y se limpia la sangre que tiene en la boca.

—¿Para! —tiro del brazo de Josh y él me mira con un resentimiento que, ahora sí, me alcanza de golpe.

—Tú ni te me acerques...

Josh se zafa de mi agarre y tumba a Bill de otro puñetazo cuando éste se está poniendo en pie. Las lágrimas me impiden ver la escena. Lo único que puedo hacer es gritarle que se detenga. Rogarle que pare. Suplicarle que deje de pegar a Bill porque está cometiendo un grave error. Pero él no me escucha. No lo reconozco. Josh aborrece la violencia. Josh jamás se ha peleado con nadie. Los gruñidos de Bill se mezclan con el ruido de los puñetazos de Josh al impactar contra su cara.

—¡Estate quieto!

Estoy temblando cuando Blake aparece de repente. Tengo ganas de vomitar porque sé lo que va a suceder. Josh se vuelve hacia su hermano con los puños ensangrentados. Respira con dificultad. Apenas logra mantenerse en pie.

—Ese cabrón... ese... —Josh señala a Bill porque no es capaz de pronunciar su nombre—. Se ha acostado con Helena delante de mis narices.

Blake respira profundamente. Sus ojos reparan un segundo en mí antes de clavarse en Josh con determinación.

—No ha sido él.

Josh entrecierra los ojos y lo mira con recelo. A pesar de la serenidad que transmite, puedo ver el temor en los ojos de Blake. La angustia cuando se arma de valor y dice:

—He sido yo.

BLAKE

Josh me mira como si acabara de gastarle una broma pesada. No sé cómo logro sostenerle la mirada. Él sacude la cabeza, absolutamente incrédulo. Retrocede un par de pasos y observa a Bill, que va a necesitar varias bolsas de hielo para bajar la hinchazón del pómulo. Mi hermano vuelve a apretar los puños y centra su rabia en Bill. Quizá porque es más fácil pegarle a un amigo. Quizá porque es más fácil odiar a un amigo.

—No —se niega a creerme—. Has sido tú. Pero mi hermano solo intenta protegerte. Es lo que hace siempre. Proteger a todo el mundo.

Bill levanta la cabeza y me mira como pidiendo permiso. Pero no voy a permitir que otro cargue con la responsabilidad de mis actos. Se acabó. Es hora de asumir las consecuencias.

—No me he acostado con Helena —responde Bill con dificultad.

—Mientes.

—Qué va —Bill fuerza una sonrisa sarcástica—. Soy gay.

—¿Qué? —Stuart llega en el momento justo para descubrir que su mejor amigo es homosexual. No sé si está más sorprendido por la confesión o por verlo tirado en el suelo después de que Josh le haya dado una paliza.

—Tarde o temprano te ibas a enterar...

Stuart, sin poder ocultar su sorpresa, se agacha para ayudarlo a levantarse y se lo lleva con él porque sabe que necesitamos intimidad. Josh se permite un instante para observar a Bill con un deje de turbación y culpabilidad. Hasta que nos quedamos solos. Entonces me mira con un odio visceral. Demoledor. Tan real que quiero pedirle que me golpee para sentirme mejor conmigo mismo.

—Repítelo —me ordena con la voz impregnada de una mezcla de rabia y asombro.

No digo nada. Es la primera vez en mi vida que me faltan las palabras para responderle. Josh se vuelve hacia Helena. Ella está llorando y lo mira consternada. Josh se pasa una mano por el pelo y masculla algo que no llego a entender. Creo que nos ha llamado «hijos de puta» o algo parecido. Está conmocionado. Tiene los puños cerrados y la respiración agitada. Nos mira de manera alternativa como si su cabeza no diera crédito. Como si fuera incapaz de creer que

nosotros dos hemos estado juntos.

—Repítelo —insiste, completamente fuera de sí—. Mírame a la cara y dime que te has estado follando a mi mujer.

—Lo siento —es todo lo que puedo decir.

—¿Lo sientes? —pregunta atónito, y se le escapa una carcajada vacía—. ¿Lo sientes?

—Josh, nosotros no queríamos... —comienza a decir Helena.

Él se aparta de ella y la mira asqueado. Helena se queda paralizada. Se tapa la cara con las manos porque no soporta mirarlo al recibir el rechazo de mi hermano. Porque es un rechazo brutal. Una mueca de repugnancia en sus labios y un brillo de desprecio en sus ojos.

—Hay que joderse... —se frota la cara y sacude la cabeza como si esperase despertar de un mal sueño. Por desgracia, es muy real. Su odio es tan grande que llena por completo las paredes de las caballerizas. Incluso los caballos relinchan nerviosos dentro de sus cuadras—. Las dos personas más importantes de mi vida. Las dos personas que en el fondo siempre me han hecho sentir que no estaba a su altura porque ellos eran moralmente perfectos. Intachables. Superiores. Increíblemente buenos para este mundo...

—Déjala al margen y desquítate conmigo —le pido, en un intento por proteger a Helena de su rabia—. Helena, vete.

—No, quédate —Josh la coge del brazo y tengo que contenerme para no arrancarle la cabeza a mi hermano—. Voy a ser breve, cariño.

Ese «cariño» suena como un insulto. Como una puñalada en el alma. Porque lo pronuncia con tanta aversión que ella se encoge como si la hubiera golpeado. Helena lo mira apenada y él la suelta como si tocarla le produjese un asco infinito. Ella rompe a llorar de nuevo. Él se aparta como si sus lágrimas lo ofendieran. Se agacha con dificultad para recoger el bastón y casi estoy tentado de ayudarlo, pero sé que me lo partiría en la espalda.

—Sois tal para cual —su voz es un gruñido de ira—. Sois un par de mentirosos que no paran de dar lecciones a los demás y que en el fondo son pura fachada. Tú siempre te las has dado de digna y mírate. Te hice daño, pero nada de lo que hice podrá estar a la altura de tu traición. Porque en el fondo eres una niña caprichosa que no tiene ni puta idea de lo que quiere y que se piensa que todos deben amarla y venerarla porque es mejor que nadie. Pero no vales nada. Te tenía en un pedestal cuando eres una farsante. Te has acostado con mi hermano. ¿No había otro tío? ¿Te resultaba más cómodo porque el apellido sigue siendo el mismo? Dime algo, Helena.

—No sé qué decir —admite compungida.

—¿La tiene más grande que yo? ¿Es eso? ¿Te folla bien?

—Josh, para —le advierto, porque no voy a permitir que la humille—. Desquítate conmigo. Yo soy el único culpable.

Josh clava una mirada iracunda en mí.

—Y tú... —corta la distancia que nos separa y me habla a medio metro—. Siempre te las has dado de que la familia era lo más importante para ti. ¿Qué pasa? ¿Se te ha olvidado cuando conociste a mi mujer? Porque te recuerdo que está casada conmigo por mucho que tú te la follaras cuando yo estaba en coma. Sí, Blake. ¡En coma! Debatiéndome entre la vida y la muerte mientras vosotros os reíais de mí.

—No ha sido así. No sucedió así.

—¿Y cómo fue? Eh, dime. ¿En qué momento dejaste de comportarte como ese hombre íntegro y repleto de principios? ¿En qué momento dejaste de ser el Blake al que todo el mundo admira y respeta? El que se permitía darme lecciones de vida porque él estaba por encima de su hermano pequeño.

—Yo nunca te he dado lecciones. He intentado ser como una especie de padre que...

—Se folla a mi mujer —me corta asqueado—. Espero que os haya merecido la pena. Para ti solo habrá sido un polvo, pero a mí acabas de romperme el corazón.

—Estoy enamorado de ella.

Josh me da un empujón que apenas me mueve del sitio. Sus ojos se tornan vidriosos. Me da otro empujón. No me defiende. Quiero que me golpee hasta que se sienta mejor.

—Tú qué la vas a querer.

—La quiero, te lo juro. De lo contrario jamás te habría traicionado. Sé que estás furioso conmigo y que no vas a entenderme, pero quiero que sepas que si no me hubiera enamorado de ella, jamás...

—¡Cállate! —me grita, y empieza a llorar—. ¡Cállate!

—Vamos, pégame.

Josh cierra el puño y lo deja a escasos centímetros de mi cara mientras con la otra mano me sostiene de la camisa. Lo miro afligido. Quiero que me golpee. Me lo merezco. Pero él me suelta asqueado.

—No te mereces que me rompa los nudillos —Josh se aleja cojeando. Pasa por el lado de Helena si ni siquiera mirarla—. No os voy a volver a mirar a la cara. Para mí estáis muertos. ¿Me oís? Muertos.

Helena se queda paralizada y no reacciona cuando él está a punto de cruzar la puerta. Yo estoy tan hecho polvo que no me veo con fuerzas para ofrecerle el consuelo que ella necesita.

—Estáis hechos el uno para el otro. Sois unos hipócritas —comenta Josh con amargura, y sé que va a darnos la estocada final. Ni siquiera se vuelve para mirarnos. Las lágrimas le atenazan la voz cuando habla—. Os dejo vía libre. Voy a venderle mi parte del rancho a Walton. Que os jodan.

En cualquier otro momento, iría detrás de él y le suplicaría que lo reconsiderara porque el rancho es el legado de nuestra familia. Pero lo único que puedo hacer es dejarlo marchar porque Josh ya no se siente un Sackler. Y no puedo culparlo. Lo he traicionado y no hay nada que pueda hacer para solucionarlo. Salvo aceptar su desprecio porque me lo merezco.

JOSH

Quién lo habría dicho: el odio te mantiene en pie. Es una poderosa razón para ignorar el dolor de la pierna izquierda, coger las llaves de la preciosa camioneta de mi hermano y robársela. Hannah me observa boquiabierta cuando gruño al bajar las escaleras del porche. Un gruñido mitad sufrimiento físico mitad rabia. Consigo arrastrarme hacia el coche, abro la puerta y lo arranco. El rugido del motor provoca que el odio que me corre por las venas aumente. Tal vez lo estrelle. Puede que lo tire por un barranco. También cabe la posibilidad de que lo reviente con un bate de béisbol. Quién sabe. Las opciones son infinitas. El resultado: catastrófico. El placer de la venganza no tiene precio.

Que se joda.

Que se jodan. O que se jodan mutuamente. Porque es lo que hacían a mi espalda, ¿no?

Arrojo el bastón de mala manera sobre el asiento del copiloto. Piso el acelerador. Las ruedas traseras derrapan sobre el camino de grava cuando salgo disparado a toda velocidad del rancho. Me cuesta ver a través de las lágrimas, pero soy capaz de orientarme porque este es mi hogar. O lo era. ¿Cómo va a ser mi hogar si las dos personas a las que más quiero me han traicionado?

Hipócritas.

Traidores de mierda.

Tengo que controlarme para no dar un volantazo, regresar al rancho y pasarle el coche por encima a Blake. También tengo que controlarme para no salirme de la carretera porque no es plan de sufrir un accidente después de haber sobrevivido a un coma. No quiero palmarla. A pesar de la rabia y el odio que siento. A pesar de que el desprecio me está consumiendo y siento que estoy muerto en vida. Porque en el fondo quiero vivir. Y hacerles mucho daño. Necesito sentirme vivo con una desesperación que me arde en las entrañas. Por eso detengo el coche a un lado de la carretera y le envío un mensaje.

Quiero verte. ¿Dónde estás?

La respuesta no se hace de rogar. Ella me envía una ubicación y vuelvo a poner el coche en

marcha. Sigo las indicaciones del GPS del móvil. Me siento tan idiota... ¿Cómo se han podido reír en mi cara? ¿Cómo no he sido capaz de verlo? Las señales estaban ahí desde un principio. La negación de Helena de regresar al rancho. Su supuesta enemistad con Blake. Cuando él la llevó corriendo al hospital. La frialdad de Helena y sus continuas dudas. El empeño de Helena para que nos reconciliásemos. La expresión angustiada de Blake cuando se enteró de que ella había sufrido un aborto. El embarazo. Hijo de puta. Dejó embarazada a mi mujer, ¿se puede ser más miserable?

Llego al descampado en un tiempo récord. Es lo que tiene conducir veinte kilómetros por encima del límite de velocidad. Le hago una señal con las luces al coche que hay aparcado unos metros delante porque lo reconozco. Es el coche de Janice. Ella se baja y camina con resolución. Abre la puerta del copiloto y se sienta a mi lado. Primero me mira intrigada. Luego, asustada.

—¿Estás bien?

—No quiero que hablemos. ¿Tienes un preservativo?

Janice enarca una ceja. Parece pensárselo. Como si temiese que va a aprovecharse de mí en un momento muy vulnerable. Pobre ilusa. La he llamado porque esto es justo lo que necesito. Desquitarme con ella. Sacar a esos dos de mi cabeza. Pero sobre todo a Helena. A ella y a nadie más.

—Sí —responde al fin—. ¿Estás seguro?

Me abalanzo sobre Janice para mostrarle lo seguro que estoy. Ella se sobresalta un poco, pero en seguida me recibe encantada. Sé exactamente la clase de sexo que ella va buscando. Sé por qué me eligió. Por eso la beso sin una pizca de cariño —tampoco podría dárselo—, y en su lugar le ofrezco algo sucio. Que le encanta por la forma en la que se retuerce de placer cuando meto las manos dentro de su camiseta y le desabrocho el sujetador. Ella me muerde el labio. No sé cómo acabamos en los asientos traseros de la camioneta de mi hermano. Como aquella vez que me acosté con la líder de las animadoras de mi instituto. Janice me desabrocha la bragueta. Yo le bajo las bragas. Sé como tengo que tocarla. Sé como tengo que besarla. Se lo que tengo que hacer para que esté mojada y excitada. Lo bastante para arrodillarse y hacerme una mamada. La cojo del pelo. Me siento como un hombre. Ella se sube encima de mí. Ni cinco minutos duramos. Ella acaba laxa, sudorosa y sonriente encima de mi cuerpo. Y yo... me siento absolutamente vacío después de correrme.

No voy a decir «no sé por qué lo he hecho», porque tengo muy claro que me he acostado con Janice para pagar a Helena con la misma moneda. Ha sido un clarísimo «ahí lo llevas» en toda regla. Sabía que no me sentiría mejor después de hacerlo. Me dio lo mismo. Tampoco me siento repugnante porque jamás habría podido utilizar a la encantadora e inocente fisioterapeuta que me atendía. Pero la mujer que tengo delante venía buscando lo mismo que yo. Un polvo fácil. Y parece que se ha quedado muy satisfecha. Me alegro por ella. Janice se levanta y yo me quito el condón. Le hago un nudo y lo tiro sobre la alfombrilla. Verás qué risa le entra a Blake cuando lo encuentre. Seguro que su cara no se parece —ni de lejos—, a la que se me quedó a mí cuando me

contó que él era el hombre con el que me había engañado Helena. Para una foto, oye.

—No ha estado mal —Janice se sube las bragas y me mira de reojo con una sonrisita de aprobación—. Nada mal.

—Solo por curiosidad ¿el tío Charlie existe o es otra de tus invenciones?

Janice suspira como si, en este preciso momento y después de haber conseguido lo que quería, le pareciera absurdo ser sincera. Pero de todos modos responde.

—No vivo con mi tío. Sí que existe, pero vive en Nevada y voy a visitarlo de vez en cuando. En realidad vivo con mi novio.

—Menudo giro argumental —respondo con ironía—. ¿Hay algo de verdad en ti?

Janice se encoge de hombros. No está, ni de lejos, avergonzada de que haya descubierto su mentira.

—Soy una buena fisioterapeuta. La mejor —me señala con la cabeza y una mirada repleta de orgullo, como si hubiera hecho un gran trabajo conmigo—. Mírate. Estás increíble. Dentro de nada llevarás una vida prácticamente normal. Soy lo que mis pacientes necesitan. Un día tengo un tío llamado Charlie del que cuido de manera abnegada y hablo por los codos, y otro soy una fisioterapeuta estirada y fría porque percibo que el paciente es demasiado propenso a mostrar cariño.

—Qué profesional. ¿Tampoco te llamas Janice?

Ella pone los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí. Y antes de que lo preguntes: es la primera vez que me acuesto con uno de mis pacientes. Has sido un capricho demasiado tentador para dejarlo pasar. Mi novio no me da sexualmente lo que necesito. Es un amor, no me malinterpretes. Pero en la cama tenemos una química nula. En cuanto te vi supe que eras el candidato perfecto. No te ibas a enamorar de mí. No le irías con el cuento a mi pareja. Y lo necesitabas tanto como yo. Ya está todo dicho.

—Pues sí —respondo, sorprendido de no conocerla en absoluto.

—Avísame si quieres volver a quedar.

—Solo ha sido esta vez.

Ella pone cara de pena y luego me da un beso en la mejilla. Entonces abre la puerta y pregunta con interés:

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—He descubierto que el hombre con el que me engañaba mi mujer es mi hermano.

—Ay... Dios —Janice se sienta de nuevo y me mira horrorizada. Casi prefiero a la mujer fría y calculadora con la que acabo de echar un polvo por despecho—. ¿Estás bien?

—No hace falta que me consueles. No es lo que ibas buscando. Ni yo tampoco.

—Pero estarás hecho una mierda.

—Tú qué crees —respondo con sequedad.

—Que has intentado devolvérsela a tu mujer conmigo, pero ni con todos los polvos por despecho podrías estar a la altura de semejante traición. Lo siento, Josh —ella me aprieta la mano con algo parecido al afecto—. Déjame que te dé un consejo que no me has pedido. Uno rápido, ya que va a ser la última vez que nos veamos y me has regalado un orgasmo alucinante. Cuando te conté que mi novio de la universidad me puso los cuernos con mi mejor amiga, fue absolutamente verdad. Y me sentí como una mierda. Pasé el resto del curso odiándolos. Deseándoles lo peor. Hasta me creé una cuenta falsa de Instagram con la que le mandaba mensajes anónimos a ella y criticaba todas sus fotos. ¿Y sabes qué? No sirvió de nada. Bueno, sí. Para sentirme peor de lo que ya me sentía. Solo empecé a levantar cabeza cuando me olvidé de la rabia. No te conviertas en un capullo rencoroso. No te pega. Tú eres mejor. Demuéstraselo.

Me quedo muy pensativo cuando Janice se marcha. Y, de repente, recuerdo la única petición que me hizo la abuela. Algo relacionado con vivir sin resentimiento y que yo he incumplido al acostarme con Janice. Pero yo no quiero ser como Blake. Ni como Helena. No quiero ser la clase de miserable que incumple sus promesas. No quiero ser la clase de hombre que hace daño a las personas que más quiere.

HELENA

Estoy muy alterada cuando me quedo a solas con Blake. Ambos estamos tan destrozados por lo que acaba de suceder que ni siquiera somos capaces de mirarnos a la cara. Por eso salgo de las caballerizas. Estoy mareada. Aturdida. Triste. Y muy asqueada de mí misma.

No voy a decir que la reacción de Josh me haya sorprendido. Ni un ápice. Estaba preparada para sus palabras hirientes, pero me han afectado de todos modos. Me asusta no saber dónde está porque sospecho que puede cometer una locura. Por eso me armo de valor y consigo escribirle un mensaje a través de mis ojos empañados por las lágrimas. No hay espacio para un «lo siento». Es una palabra que debo decirle a la cara. No hay espacio para un «te quiero». Él no me creería y tampoco tengo ya derecho a decírselo. Por eso me limito a escribir:

No hagas ninguna tontería, por favor.

Sé que Josh se ha llevado la camioneta de Blake. No está aparcada en la entrada del rancho y no hay rastro del coche ni de él. Si sumas dos más dos... pues eso. Tengo miedo de que haga alguna estupidez del tipo: *me salgo de la carretera* o algo por el estilo. Después de un par de horas me estoy mordiendo las uñas. Me consta que Blake ha salido a buscarlo porque he escuchado a Stuart gritarle que era una pésima idea. A Blake le importa un bledo su ranchera, por supuesto. Pero sabe que su hermano es capaz de hacer alguna gilipollez y quiere detenerlo.

Camino como un alma en pena por el rancho. Ya no me quedan uñas. No sé qué ha sido más doloroso: su odio o su asco. Ambos sentimientos legítimos y muy sinceros. Brutalmente sinceros. Estaba muy acostumbrada al amor de Josh. Casi lo daba por hecho. Como das por hecho que todos los días el sol sale y se pone al atardecer. Pero voy a tener que hacerme a la idea de que en el corazón de mi marido ya no hay espacio, ni un centímetro, para sentir algo de aprecio por mí. No vamos a ser amigos. Seré la mujer que le rompió el corazón. Y tendré que vivir con ello durante el resto de mi vida.

Voy a la parte trasera de la casa porque quiero encerrarme en mi habitación sin hacer ruido. No soportaría enfrentarme a la reacción de Hannah y los chicos. Por eso me sobresalto cuando un magullado Bill me saluda con la mano. Tiene un aspecto lamentable. Un ojo morado y el pómulo hinchado y sanguinolento. Aprieto los labios. Pobre Bill. Me siento fatal por él. No es justo.

—¿Qué tal estás? —pregunto con suavidad.

—Uf, hecho polvo.

—Déjame ayudarte —le pido, porque siento la necesidad de hacer algo bueno por él. Cojo la bolsa de guisantes congelados y la sostengo contra su pómulo inflamado—. Voy a traer otra. Se está empezando a descongelar.

Voy a la cocina y me encuentro con Hannah y Stuart. Están delante de la mesa y hablan en voz baja. No hay que ser un lince para adivinar cuál es el tema de conversación. Se callan cuando me ven.

—Voy a... —señalo el congelador, dejo la bolsa de guisantes y cojo lo primero que veo—. Ya me voy.

Estoy casi tan avergonzada como cuando tuve que enfrentarme a la expresión desgarrada de Josh. Como aquel día que llegué tarde a mi primera clase de la universidad y el profesor me puso en evidencia delante de todos los estudiantes. Bill está apoyado contra la pared y tiene cara de dolor. Apoyo la bolsa de judías congeladas contra su cara.

—No quedaban guisantes.

—Da igual. Me dan casi tanto asco como las judías.

—Lo siento —me disculpo, sin saber qué otra cosa decir—: Muchísimo.

—Tú no me has pegado.

—Pero... he sido el motivo. Ya sé que no debería disculpar a Josh por lo que ha hecho, pero no hay una reacción lógica para cuando te enteras de algo así. Ojalá no lo hubiera pagado contigo. Te pedirá disculpas cuando se calme.

—Y yo las aceptaré —responde sin una pizca de rencor.

—Ni siquiera te defendiste.

—No podía. Jamás le pondría una mano encima a Josh. Y menos cuando todavía no está físicamente recuperado del accidente. No te agobies por mí, Helena. Suficiente tienes ya con...

—Bill no sabe ni cómo definirlo—. Por lo visto soy el único, a parte de Josh, que tampoco sabía lo vuestro. Se me quedó la misma cara con el final de *Saw*.

—¿Y no te lo olías?

—¿El final de *Saw*? —intenta bromear— Me olía que a Blake le molabas. Me olía que a ti te molaba. Pero nada más. Di por hecho que no cruzaríais la línea.

—Pues la cruzamos. Somos dos personas horribles.

—Dos personas a las que quiero tanto no pueden ser horribles. Me niego a creerlo —Bill me da un empujoncito con el hombro—. No tengo tan mal gusto.

—Ay, Bill...

Lo abrazo y él me acepta sin más. Es un abrazo sincero y me alivia que no me rechace porque no lo soportaría. En este momento me hace mucha falta un amigo.

—Siento muchísimo que Stuart se haya enterado de esa manera. Sé que tú querías contárselo cuando estuvieras preparado.

—Bueno... —Bill intenta sonreír, pero no puede—. Hay que ver el lado positivo. Me acabo de quitar un gran peso de encima. Y resulta que mi mejor amigo es más tolerante de lo que pensaba. ¿Sabes lo que me ha dicho después de haberse enterado?

—¿Qué?

—Nada —la expresión de Bill, a pesar de las magulladuras, es casi el reflejo de la felicidad—. No ha dicho ni una palabra. Solo me ha abrazado. Como en los viejos tiempos. Como tú y yo estamos abrazados ahora. Creo que intentaba decirme que le trae sin cuidado que sea gay porque él va a seguir siendo el mismo conmigo. Ya ves, Helena. No hay mal que por bien no venga.

—Me alegro muchísimo por ti. Sabía que Stuart no podía fallarte.

—No te alegras. Y no te culpo. Estás demasiado hundida para sentir algo que no sea ira contra ti misma. Pero ya se te pasará. Aunque no te lo creas, todos estaremos ahí para cuidar de vosotros. Porque somos una familia. Y las familias se apoyan en los buenos y en los malos momentos. Y este es un momento chungo, para qué nos vamos a engañar.

BLAKE

A las tres de la madrugada, me doy por vencido y regreso al rancho. La herradura es un pueblo muy pequeño para esconderse, así que doy por hecho que Josh estará en otra parte. He visitado todos los sitios en los que creía que podía refugiarse —incluido el bar de Wendy—, y la respuesta ha sido la misma. No hay rastro de Josh. No han visto mi camioneta. Es un coche demasiado llamativo para pasar desapercibido. Sé que Josh se la ha llevado para fastidiarme, pero no entiendo que el coche me importa una mierda y que me duele más sospechar que podría hacer alguna locura. No del tipo: «venderle el rancho a Walton». Está en todo su derecho a desquitarse y tendré que acarrear con la decisión que tome. Lo que me asusta es que Josh se haga daño a sí mismo. Dios, no lo soportaría.

Cómo nos ha mirado. Los insultos a Helena. Lo que me ha gritado a mí. Ojalá solo se hubiera cabreado conmigo porque no soporto ver a Helena tan hecha polvo. Pero Josh nos odia y estoy convencido de que no puedo hacer nada para solucionarlo. Salvo esperar un milagro.

Estoy fumando como un cosaco cuando Stuart aparece en el porche. Me mira con una mezcla de preocupación y dureza. Sé lo que está pensando. Stuart casi me dobla la edad. No me culpa por haberme enamorado de Helena, sino por habérselo ocultado a Josh. El problema es que me enseñaron a pensar primero en los demás y luego en mí, así que no estaba preparado para hacer frente a mis sentimientos, sentarme delante de mi hermano y explicarle cuál era la situación cuando despertó del coma. Tal vez, si hubiera sido valiente, nada de esto habría pasado. Sí, Josh se hubiera puesto hecho una furia y me habría odiado al principio. Pero estoy convencido de que no se habría puesto a dar vueltas con mi coche a las tantas de la madrugada y haciendo vete a saber qué.

—A lo hecho, pecho —dice Stuart, y se sienta en los escalones del porche—. Es inútil que te lamentes.

—No me estoy lamentando —respondo, y es una mentira que no me creo ni yo—. Estoy aterrado por si a mi hermano le da por hacer alguna gilipollez.

—Se ha llevado tu coche para vengarse. Pero no lo veo capaz de hacer ninguna tontería. Josh ha despertado de un coma y sabe que la vida le ha dado una segunda oportunidad.

—Lo único que Josh ve en este momento es que las dos personas a las que más quiere lo han traicionado.

Stuart se echa a un lado para hacerme un hueco. Necesito con desesperación un amigo y me

siento a su lado. Él me da una palmadita en la espalda. Los dos somos bastante reacios a las muestras de cariño. Stuart es más duro que una piedra y yo, tres cuartas partes de lo mismo. Por eso agradezco su gesto en un momento en el que me veo absolutamente superado.

—Josh no es idiota y sabe cuidar de sí mismo. Ahora necesita su espacio y que lo dejen en paz. ¿Qué le dirías si lo tienes delante?

—Que lo siento.

—¿Sientes haberte enamorado de Helena?

—No —respondo categórico—. Siento haberle mentido. Siento... que las cosas se hayan dado así. Pero no he podido evitarlo. Me gustó desde el primer instante que la vi. Mis sentimientos estaban por encima de mi voluntad. Y no será porque no intenté sacarla de mi cabeza. Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas.

—Pues lamento decirte que a tu hermano no le servirían de nada tus palabras, así que lo mejor que ha podido suceder es que no te lo encontraras. ¿O me vas a decir que tú habrías reaccionado mejor que él de estar en su lugar? —Stuart guarda silencio y mi respuesta es un profundo suspiro—. ¿Cuál fue tu reacción cuando te enteraste de que Helena era tu cuñada?

—Desorbitada —respondo avergonzado al recordarlo—. Fue muy cruel con ella. Me costó ponerme en su piel.

—Todos somos crueles cuando nos dejamos llevar por la rabia.

—Y por el odio.

—Josh no te odia. No podría ni aunque lo intentara, que es lo que está haciendo. Esta furioso y triste. Se siente traicionado. Y muy humillado. Pero no os odia. Porque sigue enamorado de Helena y tú eres lo más parecido a un padre para él.

—Pues menudo padre...

Cojo un cigarro con una mano temblorosa y no sé cómo consigo encenderlo. Cierro los ojos y doy una profunda calada. El humo me quema en el pecho porque lo que siento es una congoja difícil de asimilar.

—No puedes hacer nada por Josh. Tal vez más adelante, cuando le de tiempo a asimilarlo, él quiera escucharte. Mientras tanto, ahí dentro también hay alguien que te necesita. No permitas que tu dolor te aleje de ella.

—No sé si va a querer verme.

—Los dos estáis igual de metidos en esto. No juguéis a echaros la culpa.

—Yo no la culpo.

—Lo digo por si acaso —Stuart se levanta apoyándose en mi hombro. Ya va siendo hora de que se jubile, pero no se lo digo porque sé que le sentaría como una patada en el estómago—. Hoy ha sido un día intenso para todos. Trata de descansar.

—Lo mismo digo.

Stuart entra en casa y me deja sumido en mis pensamientos. Un día intenso. Caótico. Agotador. Pero en el fondo me siento muy agradecido por la familia que tengo. Sé que Stuart ha reaccionado como esperaba de él cuando se ha enterado de que Bill es gay. Sé que Hannah se ha llevado a Avery al centro comercial para que la niña no se percatara de lo sucedido. Y sé que ahí dentro hay una mujer de la que estoy profundamente enamorado y que necesita mi consuelo. Por eso me levanto y voy directo a su habitación. Llamo a la puerta y no recibo ninguna respuesta. De todos modos giro el pomo y me atrevo a entrar. La habitación está a oscuras y me oriento como puedo.

—Eh... —me siento en el borde de la cama y estiro el brazo hasta dar con la muñeca de Helena —. ¿Qué tal estás?

Es una pregunta ridícula porque ya sé cuál es la respuesta, pero no sé qué otra cosa decir.

—No puedo dejar de llorar —responde con la voz rasgada por las lágrimas.

Dejo mi mano sobre la suya y descubro que está helada. Por eso cojo la manta que hay a los pies de la cama y le tapo las piernas.

—¿Has encontrado a Josh?

—No.

A ella se le escapa un suspiro resignado. No sé qué decir para consolarla porque estoy tan roto como ella. Helena ha perdido a un marido. Yo he perdido a un hermano. Creo que no hay nada que podamos hacer para recuperarlo.

—¿Puedo tumbarme a tu lado?

Tengo miedo de que me rechace, pero ella se limita a moverse hacia el centro de la cama para que pueda echarme. Me tumbo muy pegado a ella. Con mi brazo envolviendo su estómago y mi otro brazo por debajo de su cabeza. No me siento mejor, pero tampoco me siento culpable. Me siento como si la balanza se hubiera decantado hacia un lado y yo me limitase a coger lo que la vida me ofrece. Porque si ella quiere estar conmigo, no habrá moral ni lealtad fraternal que me lo impida. Quiero estar con Helena. Necesito que ella lo entienda. Que comprenda que estaré aquí, esperándola, si ella decide aparcar a un lado su dolor y darme una oportunidad.

—Te quiero.

Helena está tumbada bocarriba. Se vuelve hacia mí e intento adivinar su expresión a pesar de la oscuridad que nos envuelve.

—Yo también te quiero —admite en un susurro—. Pero de una forma muy complicada y que no es del todo justa para ti.

«Porque sigues enamorada de Josh».

—No sé si me sirve.

—No quiero que las mentiras se interpongan entre nosotros. Estoy harta de mentiras, Blake.

—Yo también.

Acerco mi cara a la suya. Le acaricio la mejilla con la punta de la nariz. No voy a besarla. No voy a tener intimidad con ella aunque me muera de ganas. Solo quiero estar aquí. En su cama. Abrazándola hasta que el dolor deje un poco de espacio para algo mejor. Y entonces sí querré acostarme con ella y el resto de las cosas que das por hecho cuando te enamoras de alguien. Quiero el pack completo. No me pienso conformar con las migajas. Cuando la conocí supe que con ella sería o todo o nada. Yo lo quiero todo. Pero si ella me va a ofrecer menos, entonces estoy dispuesto a quedarme sin nada.

JOSH

Harry Walton me ofrece un puro que rechazo con un movimiento negativo de cabeza. Está eufórico. No puede creer que yo esté aquí para venderle mi parte del rancho. El cincuenta por ciento de la propiedad que son más de cinco mil hectáreas. Ahora podrá hacerle la vida imposible a Blake. Se paseará por el rancho con esa sonrisa de capullo arrogante y mi hermano no podrá hacer nada para remediarlo. Invadirá su privacidad. Molestará a su familia. Y Blake se verá obligado a venderle su parte porque no lo soportará.

Al principio Walton no me quería ni ver. Sé que me tiene miedo desde que lo amenacé con la escopeta. Hace bien porque dadas las circunstancias me veo capaz de todo. Pero apenas me ha hecho falta insistir cuando le he dicho a uno de sus guardaespaldas que venía para venderle mi parte del rancho. Walton es un tipo codicioso y ha dejado sus reparos iniciales a un lado. La avaricia te nubla el juicio.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunta con cierto recelo.

Me veo obligado a contarle la verdad para que confíe en mí.

—Mi hermano se ha acostado con mi mujer.

Walton se echa hacia atrás en la silla y suelta una sonora carcajada. Aprieto los puños y me tenso. Tengo que contenerme para no partirle el bastón en la espalda.

—Las mujeres son todas unas guarras —escupe Walton, y noto como la bilis me sube por la garganta—. Y los hermanos están sobrevalorados. Mírame a mí. Soy hijo único. Ningún hermano con el que pelear por la herencia que me dejaron mis padres. Es mejor así.

Walton le da una calada al puro y tres segundos después su despacho se llena de humo. No soporto respirar el mismo aire que este malnacido. Me digo que es un sacrificio que merece la pena e ignoro el dolor punzante de mi pierna izquierda. Me he dejado los calmantes en el rancho y no pienso regresar a por ellos. Dentro de cuatro horas estaré subido a un avión con destino a Chicago. Ya he llamado a Martin para contarle que regreso al periódico. A los titulares sensacionalistas y los artículos basura. Tracy me ha llamado para darme la enhorabuena y ha dejado caer un «me muero de ganas de verte» que lo dice todo. Quizá me acueste con ella. Puede que folle con todas las solteras atractivas de Chicago para sacarme a Helena de la cabeza.

—La oferta es muy suculenta. Ni siquiera he rebajado la cantidad que le ofrecía a tu hermano. Y eso que me lo he pensado después de saber que el pequeño de los Sackler, el mismo muchacho

en silla de ruedas que cosió a balazos mi coche, quería hacer un trato conmigo. Pero soy de los que separan los temas personales del trabajo. Por eso soy un empresario de éxito. Vas a ser inmensamente rico.

Inmensamente rico cuando me siento inmensamente fracaso. Ya ves tú. Hay cosas que ni todo el dinero del mundo pueden comprar. Como lo que estoy a punto de hacer ahora.

—Siempre pensé que tu hermano era el que tenía las agallas, pero me equivoqué. Tú eres el listo de los dos.

—Por curiosidad —digo, cuando sospecho que ya se ha relajado conmigo—. ¿Por qué dejaste de molestarnos cuando mis padres fallecieron en aquel accidente? Blake dice que estabas coladito por mi madre y que te escondiste a llorar en tu mansión porque habías perdido al amor de tu vida. La mujer que nunca te hizo ni caso y se casó con el hombre que no quería venderte su rancho.

—¡Tu hermano es un imbécil! —exclama Walton fuera de sí, y pega un puñetazo rabioso en la mesa—. ¡No sabe de lo que habla!

—Entonces, ¿no estabas enamorado de mi madre?

—Yo no... —Walton se afloja el nudo de la corbata—. Os dejé en paz porque no quería hacer un trato con unos críos. Eso es todo.

—Así que Blake se equivoca —insisto para obligarlo a hablar.

—Por supuesto que se equivoca. ¡No sabe nada de mí!

Me encojo de hombros con fingido desinterés.

—Supongo... ya sabes cómo es mi hermano. Mataría con tal de conservar el rancho porque significa mucho para él. Por eso voy a darle donde más le duele. Querrá matarte cuando se vea obligado a compartir la mitad del rancho contigo. Si me tiendes el contrato para que lo vaya firmando...

Walton desliza los papeles por el escritorio, pero no puede contenerse porque le he dado donde más le duele. La vanidad de este tipejo no conoce límites.

—¡Tu hermano no me preocupa!

Me pongo a leer los documentos y hablo con un tono muy estudiado.

—Solo era una sugerencia. Es evidente que tú lo tienes todo controlado. Al final te vas a salir con la tuya después de haberlo incordiado durante tanto tiempo. ¿Te acuerdas de aquella vez que le gritaste que se anduviera con cuidado y mirase a su espalda?

—¡Y tanto que me acuerdo! —se ríe—. Se puso hecho una furia y respondió que no lo amedrentaba.

—O aquella vez que provocaste un incendio en el rancho porque sabías que Blake iría a buscarte. Fue una jugada maestra. Sabías que mi hermano te daría una paliza y luego solo tendrías que denunciarlo y chantajearlo con el rancho con la condición de quitar la denuncia.

—¡Sí! —Walton esboza una sonrisa repugnante—. Un bote de gasolina sale muy barato. Casi tanto como pedirles a un par de mis hombres que provocaran un incendio en vuestro rancho. Pero la zorrilla de tu mujer tuvo que meterse en medio y tranquilizar a tu hermano. Blake bebe los vientos por ella y la obedeció como un corderito.

—Por eso tuviste que recurrir a Stella.

Walton chasquea la lengua.

—Mi hijo está enamorado de esa mujer. Pensé que mataría dos pájaros de un tiro. Le pedí que saliera con Steve, ya sabes, para tener un poco contento al muchacho, y le dije que la haría inmensamente rica si testificaba en contra de Blake en el juicio.

—Supongo que te costaría mucho convencerla...

—¡Qué va! —Walton se ríe—. No hay nada más peligroso que una mujer despechada. Aceptó sin dudar. Me dijo que hablaría pestes de Blake. Que repetiría por su boquita todo lo que yo le ordenara. Quería vengarse de él. Pero no sé por qué se echo atrás en el último momento. Me llamó hace unos días para decirme que no había trato. Las mujeres son muy volubles, no se puede confiar en ellas.

Meto la mano en el bolsillo del pantalón y cojo el teléfono.

—Tampoco puedes confiar en un hombre —le digo, tras comprobar que la grabación se ha subido a un servidor seguro—. Sobre todo en uno tan jodidamente roto como yo.

—Muchacho, ¿qué dices?

La sonrisa de Walton se esfuma cuando me apoyo en el bastón para levantarme. Por si no le hubiera quedado claro, rompo el contrato por la mitad.

—Eres más bocazas de lo que recordaba. Pensé que sería más difícil hacerte hablar. Muchas gracias por admitir que quemaste el rancho de mi familia, amenazaste a mi hermano e intentaste comprar el falso testimonio de Stella. Eso son varios cargos. Antes de que le pidas a alguno de tus matones que me dé una paliza y me roben el móvil, te advierto de que la grabación ya se ha subido a un servidor seguro y también se la he enviado por WhatsApp a una amiga. Así que ahí va mi trato: deja en paz a mi familia o la grabación irá directa a la policía y a todos los medios de comunicación. Seguro que a un importante hombre de negocios como tú no le gustaría tener en la entrada de su casa a un séquito de periodistas. Sería terrible para tu reputación que se aireasen

todos tus trapos sucios. Entonces el mundo sabría la clase de hombre que eres. Capaz de extorsionar y quemar propiedades ajenas para conseguir lo que quiere. Tus inversores huirían espantados y tu empresa caería en la bolsa.

—Tú... no... —Walton se pone rojo de ira y se levanta con tal ímpetu que tira la silla al suelo—. Tú no serás capaz de...

Me doy la vuelta y camino todo lo erguido que me permite la leve cojera de la pierna izquierda.

—¡Eres un idiota!

—Soy un Sackler —le aclaro con orgullo—. Y eso el dinero no puede comprarlo.

—¡Corre! ¡Corre a casa con tu mujercita y tu hermano a ver como te la pegan delante de tus narices!

Sus insultos me persiguen hasta que salgo de su mansión y me subo al coche de mi hermano. Pero me resbalan por completo. Porque sé que acabo de tomar una buena decisión. Porque sé que mi abuela, allá donde esté, se sentirá orgullosa de mí. Y eso no hay dinero, rencor o venganza que pueda pagarlo.

HELENA

Me ha costado convencer a Hannah de que me dejase intentarlo, pero sabía que ella iba a reunirse con Josh en cuanto la he visto entrar con sigilo en su habitación y meter sus pertenencias en una maleta. Hemos tenido una breve y tensa discusión. Hannah sentía que estaba traicionando otra vez a Josh al faltar a su palabra de reunirse con él sin informar a los demás. Por eso me he visto obligada a suplicar hasta que ella ha suspirado resignada, me ha entregado las llaves del coche y la dirección en la que iba a reunirse con Josh.

Necesito hablar con él. Necesito verlo por última vez. No soporto quedarme con ese último recuerdo: su cara de asco y decepción. Sé que Josh no va a querer ni verme, pero tengo que intentarlo. Me pondré delante de él y le daré todas las explicaciones que me exija.

Bruma está sentada en el asiento del copiloto. Saca la cabeza por la ventanilla y mueve sin parar el rabo. Es tan feliz que casi logra contagiármelo. Sabe que va a reunirse con el hombre al que ha elegido como dueño. Ha sido subirme al coche y ella gimotea para que le abriese la puerta. Es una perra muy lista y a Josh le vendrá bien tener compañía. Mi corazón se acelera cuando llego al estacionamiento del motel de Wendy y lo veo. Bruma salta por la ventanilla y sale disparada hacia él. Josh todavía no me ha visto cuando abro la puerta. Recibe a la perra con una mezcla de sorpresa y alegría mal disimulada. Por mucho que se haga el duro, es evidente que le ha cogido cariño al animal.

—Hola, ¿qué haces aquí?

Bruma le pone las patas delanteras encima y está a punto de tirarlo de espaldas. Josh se queja y ella corretea a su alrededor mientras ladra. Josh está hecho un cuadro. Tiene bolsas debajo de los ojos y una expresión tan triste que me muero de ganas de abrazarlo. No lo hago porque sé que él me daría un empujón.

—Bruma se ha montado en el coche porque sabía a dónde íbamos —digo.

La expresión de Josh se ensombrece cuando me ve. Se me parte el alma e intento mantener la compostura. Una simple mirada me basta para mantener la distancia porque entiendo que él no soporta tenerme cerca. Su rencor me alcanza de lleno.

—¿Qué haces aquí? —me recrimina indignado—. Le pedí a Hannah que viniera.

—No ha sido culpa suya. Prácticamente le he robado las llaves.

—Te creo —responde de mala gana—. Tiene gracia. Creo en la palabra de la traidora de mi mujer.

«Traidora».

Lo miro apenada y sin poder decir nada. Porque ¿qué puedo decirle para arreglarlo? No hay palabras que vayan a consolarlo. Todas las frases que se me ocurren parecen excusas vacías. Por eso me limito a observarlo. La barba incipiente, los ojos verdes y más apagados de lo normal, las sombras bajo sus párpados señal de que no ha dormido nada. Josh está destrozado y no me cabe duda de que va a tardar mucho tiempo en superarlo. Puede que la herida nunca termine de cicatrizar del todo.

—¿No dices nada? Claro, qué vas a decir... Ya está todo dicho, ¿no?

—Estaba asustada por ti.

—Ahórratelo —me pide furioso—. Nuestro matrimonio ha llegado a su fin. Ya no nos debemos nada.

—Pero...

—Me he acostado con Janice.

La frase me sobresalta. Sé por qué lo ha hecho. Sé lo que esperaba conseguir al acostarse con ella. Espero que al menos le haya merecido la pena. Si quería hacerme daño, lo ha conseguido. Pero no sé si por los motivos acertados. Porque lo que siento es imposible de explicar. Es pena y compasión. No me imagino a Josh en los brazos de otra mujer porque sé que él me sigue queriendo.

—No te debo ninguna explicación —me aclara por si acaso.

Se me escapa un suspiro.

—Ya lo sé —respondo con voz queda.

—¿Dónde están mis cosas? Tengo prisa. Mi avión sale dentro de tres horas.

—¿Te vas?

—Por favor... —Josh pone los ojos en blanco—. No hagas como que te interesa lo que hago con mi vida.

—Pero me interesa.

—Supongo que mis cosas están en el maletero.

Me ignora cuando pasa por mi lado y cojea hacia el coche. No puedo evitar adelantarme para ayudarlo y él me atraviesa con la mirada cuando abro el maletero.

—Puedo solo.

Lo primero que hace es hurgar en la bolsa de ropa hasta dar con el bote de analgésicos. Se mete un puñado en la boca y los mastica. Debe estar rabiando de dolor. Intento mantenerme al margen, pero me es del todo imposible porque Josh no puede apoyarse en el bastón y arrastrar la maleta con la otra mano. Así que hago caso omiso de su mirada centelleante y voy a coger la maleta, pero él pone una mano sobre la mía. Tarda menos de un segundo en apartarla, como si tocarme le produjese un asco enorme.

—Solo quería comprobar que Hannah no se había olvidado de nada. Llévate el coche de Blake. Como podrás apreciar, no le he hecho ningún arañazo.

—Creo que a él no le habría importado.

—Lo dudo. Le tiene más aprecio al coche que a muchos de nosotros. A las pruebas me remito.

—Josh, lo...

—No —me ordena crispado—. No digas que lo sientes. No digas que te arrepientes. Será mejor que no digas nada porque me va a resultar imposible creerte. Cállate, Helena. Por una vez en tu vida, cállate y escúchame.

Asiento resignada porque no quiero ponérselo más difícil. Bruma se sienta a su lado como si fuera su fiel escudera. Tengo la impresión de que empieza a mirarme mal, como si de repente también me hubiera convertido en su enemiga.

—No podía venderle el rancho a Walton. Jamás habría traicionado la memoria de mi abuela de esa manera. Pero ayer estaba completamente fuera de mí y dije lo primero que se me pasó por la cabeza con tal de herir a mi hermano.

—No hace falta que te justifiques.

—No me estoy justificando —me aclara con aspereza—. Lo que trato de decirte es que he engañado a Walton y él ha cantado como un pajarito. Le he enviado la grabación a Hannah. Estoy convencido de que no volverá a molestaros. De lo contrario, la grabación irá directa a la policía y a los medios de comunicación. Él sabe que no le conviene.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto impresionada.

—Porque le prometí a mi abuela que viviría sin resentimiento y no os merecéis que malgaste mi tiempo odiándoos. Dile a Blake que no me busque. Que deje de llamarme al móvil porque no voy a cogérselo. Que se haga a la idea de que para mí está muerto.

—Josh, no digas eso...

Hago el amago de tocarlo, pero él pone tal cara de advertencia que dejo caer el brazo. Sé que lo he perdido para siempre y todavía me cuesta hacerme a la idea. Porque he perdido una parte muy importante de mi vida. A un amigo, a un marido, a mi primer amor.

—Si no te digo que tú también estás muerta para mí es porque en el fondo de mi corazón, y para mi desgracia, te sigo queriendo. Pero algún día dejaré de hacerlo. Serás solo un mal recuerdo — promete con vehemencia.

Tengo los ojos empañados por las lágrimas y me doy la vuelta porque no quiero que él me vea llorar. Josh no se merece que le haga más daño porque, a pesar de que intente rechazarme, en el fondo sé que estaría encantado de dejar a un lado su orgullo para darme un abrazo. No solo ha perdido a su mujer, también ha perdido a una amiga. A una parte fundamental de su pasado. Y, maldita sea, duele muchísimo.

—Dile a Hannah que puede recoger su coche en el aparcamiento del aeropuerto. Y dile a Bill que lo siento.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—¿Y regresar al rancho? —pregunta con ironía—. ¿En qué mundo vives, Helena? No voy a volver a poner un pie en el rancho. Le venderé mi parte a Blake cuando pueda mirarlo a la cara y no tenga ganas de matarlo. Mientras tanto, que se joda.

—Pero allí tienes una sobrina y a tus amigos. Ellos no se merecen...

—Ellos lo sabían y se callaron —me corta exasperado—. Sois todos igual de hipócritas. Lo siento por Avery. Es la única que me duele.

Josh acaricia a Bruma entre medio de las orejas y le habla como si ella fuera capaz de entenderlo.

—Tienes que volver con tu dueña.

—Deberías llevártela contigo. Bruma te adora.

—Es la perra de Avery.

—Ella lo entenderá.

—Adiós, Helena —él abre la puerta del coche e ignora los gimoteos lastimeros de Bruma—. Te agradecería que durante una temporada no nos cruzásemos por Chicago si decides volver. Sabes donde trabajo y cuál es mi círculo. Me voy a quedar en el que fue nuestro apartamento. Ponme las cosas fáciles en el caso de que decidas volver a tu vida en Chicago. Si me dejas en paz, te lo agradeceré.

Así que regresa a Chicago. Asiento muy seria porque lo último que quiero es complicarle la vida. Acataré la decisión de Josh aunque me duela en el alma no volver a verlo. Josh me mira intrigado, diría que casi sin una pizca de rencor, cuando está a punto de subirse al coche.

—¿Lo quieres?

Respiro profundamente y lo miro con la intención de ser sincera porque es lo mínimo que se merece.

—Sí.

Josh encaja el golpe y esboza una sonrisa triste.

—Entonces tal vez deberías quedarte en el rancho.

Estoy temblando cuando Josh entra en el coche y el rugido del motor anuncia nuestra despedida. No es la despedida que imaginaba, pero es la que me merezco. Bruma comienza a ladrar nerviosa y araña la puerta. Aprieto los labios y la agarro del collar cuando el coche comienza a alejarse. La perra lloriquea y la acaricio en un intento por tranquilizarla. Pero Bruma no está dispuesta a renunciar a su dueño. Se revuelve, logra zafarse y sale disparada detrás del coche.

—¡Bruma, ven aquí!

Bruma ladra y corre detrás del coche. Las lágrimas empañan mis mejillas cuando la llamo a gritos. Pero entonces sucede algo extraordinario. El coche se detiene y la puerta del copiloto se abre. Bruma salta dentro sin pensarlo. Respiro aliviada porque al menos Josh no se va solo. Se harán compañía y mucho bien. Porque el amor de un perro es incondicional y Josh va a necesitar mucho apoyo y cariño para salir adelante. No me cabe la menor duda de que conseguiré empezar de nuevo. Es un hombre muy fuerte

BLAKE

Los días en el rancho transcurren con una lentitud abrumadora. A todos nos cuesta hacernos a la idea de lo que ha sucedido. Sobre todo a Helena y a mí. Avery se ha quedado bastante conforme después de que Helena le explicase que Bruma se había marchado con Josh y que no se preocupara porque su tío la iba a cuidar muy bien. Mi hija suspiró resignada y dijo: «no importa, a él le hace más falta que a mí. Siempre supe que Bruma prefería al tío Josh».

No me puedo quitar de la cabeza lo generoso que Josh ha sido con nosotros. Principalmente conmigo. Ha vuelto a poner a Walton en su sitio y ha ejecutado una jugada maestra. Por más que trato de entenderlo, no logro comprender que Josh haya aparcado el rencor. Hasta que Helena me cuenta que mi abuela le pidió que no se dejara llevar por el resentimiento. Entonces descubro que mi abuela seguirá echándonos un cable desde las estrellas.

Me cuesta no tratar de contactar con Josh y obedezco de mala gana cuando Helena me dice que él necesita su espacio. Helena... me pregunto qué hay dentro de su cabeza. Han pasado dos semanas desde que Josh se marchó y la siento más lejos que cuando llegó al rancho con él. No sé si se siente culpable o profundamente arrepentida de haberse acostado conmigo. No me veo capaz de preguntárselo porque la respuesta me asusta.

¿Seguirá enamorada de Josh?

Lo único que puedo hacer por ella es concederle el espacio que necesita durante dos semanas. No quiero agobiarla ni convertirme en el hombre en el que se refugia porque echa de menos a su marido. Quiero ser el hombre con el que quiere empezar de nuevo porque le apetece. Porque quiere estar conmigo. Porque está enamorada de mí. Pero es difícil ignorar la atracción cuando convivimos en el rancho. A pesar de que ambos postergamos el momento porque lo sucedido con Josh está muy reciente y nos avergüenza dejarnos llevar porque es como si volviéramos a traicionarlo. Un día la encuentro cepillando a Daisy y me armo de valor para plantarme delante de ella. Tiene esa arruga de concentración en la frente y está escuchando música porque lleva los auriculares puestos. Tararea distraída la letra de la canción. Sonrío porque tiene una voz horrible. Ahora entiendo por qué se negó en su día a cantar en el karaoke. Pero todo no se le puede dar bien. De lo contrario no sería humana.

—Hola.

—Hola —ella se quita los auriculares.

—¿Qué escuchabas?

—*Shadow* de Lady Gaga.

—¿La cantante que se puso un vestido de filete de ternera para recibir un premio?

—No solo era un vestido. También llevaba el sombrero, las botas y un bolso a juego —responde divertida—. Sé lo que estás pensando. Como vegetariana me parece un verdadero horror, pero su música es una auténtica pasada y se supone que el vestido llevaba un mensaje político.

—Si tú lo dices...

—Esta canción la interpreta con Bradley Cooper y forma parte de la banda sonora de *Ha nacido una estrella*. Gaga ganó el Óscar a mejor canción original y la cantó junto a Bradley Cooper en la ceremonia. Tenían tanta complicidad sentados frente al piano que todo el mundo pensó que estaban enamorados de verdad. Hasta yo me lo creí.

Intento aguantarme la risa porque me fascina la pasión con la que habla de todo lo que le gusta. Logra que hasta al tipo más escéptico de las películas románticas le apetezca ver una.

—¿Debería sonarme? —la provoco.

—¡Es una película maravillosa! —exclama, impresionada porque no la conozca—. Se han rodado cuatro versiones de la historia. Mi favorita es la de Judy Garland. No era la actriz más talentosa ni tampoco la más guapa de Hollywood, pero siempre he pensado que tenía algo especial y que te obligaba a mantener los ojos pegados a la pantalla. Una pena que muriese tan joven. ¿Te estás riendo de mí, John Wayne?

—No —intento ponerme serio—. Te miraba embobado porque te pones muy guapa cuando hablas de algo que te apasiona.

Helena se cruza de brazos y enarca una ceja.

—Me estás haciendo la pelota. Te estabas riendo de mí. Te traiciona esa media sonrisa que no puedes contener del todo.

—Me rindo —extiendo los brazos y esbozo una sonrisa amplia—. ¿Te apetece salir a dar una vuelta conmigo esta noche?

Ella me mira con un deje de asombro porque acabo de pillarla desprevenida. El cepillo se le cae al suelo y se agacha para recogerlo. No sé si está nerviosa o incómoda.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Sí —estoy tan agobiado por su respuesta que seguro de que se me nota en la cara—. Tú y yo nunca hemos tenido una cita de verdad. Me encantaría tener una ahora que no tenemos por qué escondernos. Entendería que tú necesitases tiempo para estar sola, claro está. Pero si no te lo pedía, me iba a volver loco.

—Me gustaría mucho tener una cita contigo —confiesa tan avergonzada como yo.

—Te recojo a las siete en... tu habitación.

—Vale —a ella se le escapa una risilla—. Me pondré guapa.

—Tú siempre estás guapa. Lo pasaremos bien —le prometo, por si acaso le queda alguna duda. Y luego añado con voz grave—: Tenemos derecho a pasarlo bien. Pese a todo.

Hace tanto tiempo que no tengo una cita con una mujer que estoy desentrenado. Parecerá una tontería porque Helena y yo estamos acostumbrados a vernos todos los días. Sí, incluso nos acostamos hace un tiempo. Pero nunca he podido caminar cogido de su mano. No sé lo que es tener un noviazgo con ella —no me preguntes lo que somos porque no tengo ni idea—. Por eso disfruto de nuestra cita como si volviera a tener quince años y estuviera delante de la chica del instituto que me gusta. Pero esto es mejor. Lo supera con creces. Porque Helena no es mi amor de juventud, sino la mujer de mi vida. A ver cómo se lo explico para que le entre en la cabeza.

La he llevado a ver una versión extendida de su película favorita *El bueno, el feo y el malo*. Vamos a un cine clásico donde siempre hay alguna película antigua en la cartelera. Compró un cubo enorme de palomitas y ella picotea mientras observa embobada la película, como si fuera la primera vez que la ve. Se muerde el labio cuando El Rubio, el personaje interpretado por Clint Eastwood, le dice a El Feo: «el mundo se divide en dos categorías. Los que tienen el revolver cargado, y los que cavan. Tú cavan». Está tan distraída que apoya la cabeza en mi hombro y ni se inmuta cuando paso mi brazo alrededor de sus hombros en plan: «el fingido desperezo de un adolescente que no sabe cómo acercarse a la chica que le gusta». Ella está absorta en la película, y yo apenas le presto atención a pesar de que soy un adicto a los spaguetti western. Es más interesante observarla de reajo. Sus reacciones de asombro. Sus mejillas encendidas cuando Clint Eastwood —su amor platónico—, se come la pantalla. Sus labios entreabiertos cuando se le escapa un suspiro apenado porque la película ha llegado a su fin.

—Clint Eastwood llevó el mismo poncho durante las tres películas de *La trilogía del dólar*. Dicen las malas lenguas que nunca lo lavó. De ser así, yo creo que tenía que oler a tigre —me cuenta cuando salimos de la sala—. El cementerio que aparece en la película fue construido por más de ciento cincuenta soldados españoles. Y el puente que hacen volar por los aires tuvo que ser construido dos veces por el ejercito porque el hombre que se encargaba de accionar el detonador no avisó al director Sergio Leone, que en aquel momento no estaba grabando. Yo creo que los pobres acabaron hartos de la película. ¡Oh! ¿Y sabías que Clint Eastwood odiaba en realidad el tabaco? Pero se hizo adicto porque el director lo obligaba a fumar en cada escena. Yo creo que si hubiera rechazado los puros, jamás habría tenido el mismo efecto en la pantalla. Ya sabes, el de vaquero de moral ambigua y mirada fiera que era diametralmente opuesto a ese cowboy respetable del estilo de John Wayne. Y no te des por aludido. Hoy tiene más de noventa

años y una salud, por lo que se ve, envidiable. Yo creo que deberíamos pedirle consejo para dejar el tabaco. Si él pudo después de un montón de westerns, nosotros también.

Helena habla tan acelerada que se parece a uno de esos muñecos que funcionan con cuerda. Gesticula con las manos mientras me explica algo relacionado con Sergio Leone y sus dificultades para encontrar un actor para el personaje de *El hombre sin nombre* porque todos rechazaban el papel al ser un director italiano desconocido. Entonces me doy cuenta de que era imposible que no me enamorase de ella porque siempre me resultará arrolladora. Tiene un encanto natural y una espontaneidad de lo más atractiva. Es sexy sin proponérselo. Va más allá de su belleza. La primera vez que la vi pensé que era una rubia de piernas infinitas y cerebro vacío a la que tuve ganas de echar un polvo. Luego comprendí que su cerebro estaba por encima de su físico. Y me conquistó.

—Ay... —ella se detiene con brusquedad y aprieta los labios. Se ha ruborizado—. Pensarás que soy la típica repelente que acapara la conversación porque tiene la necesidad de dárselas de lista. No lo hago a propósito. Cuando me gusta algo, no puedo parar de hablar del tema. Es un defecto de nacimiento.

—¿Un defecto de nacimiento?

—Sé que resulto... insoportable. Cuando estaba en el instituto, empecé a salir con el que fue mi primer novio. Me dijo que hiciera el favor de hablar menos cuando me presentara a sus amigos, porque de lo contrario pensarían que era la típica sabelotodo insufrible y a él lo dejaría en evidencia.

—¿Y qué pasó después?

—Intentó meterme la lengua hasta la campanilla y se ganó un tortazo.

—Hiciste bien.

—Regresé a mi casa y me encerré a llorar toda la noche en mi habitación. Por aquel entonces no tenía ninguna amiga a la que recurrir. Los tíos solo me querían para una cosa, y mis compañeras de clase me habían hecho la cruz porque era el ojito derecho de los profesores y alguien hizo una lista absurda sobre quién tenía el mejor polvo de la clase. Adivina quién quedó la primera y fue catalogada como la “guarra oficial” de su instituto.

—No fastidies —estoy tan furioso que conduciría hasta Iowa para pegarles una paliza a sus excompañeros de instituto.

—Ni siquiera perdí la virginidad y ya aprendí que todos me veían como un trozo de carne sobre el que emitir juicios de valor.

Me siento un poco culpable porque yo también la juzgué a la ligera la primera vez que la vi. Di por hecho que era una rubia superficial que solo me serviría para calentarme la cama.

—Entiendo que tu paso por el instituto no fue... agradable.

—De todo lo malo se aprende —le resta importancia—. Me centré en mis estudios y en el amor por la literatura. Conseguí salir en el cuadro de honor de mi instituto y gané una beca para estudiar en Chicago. ¿Cómo fue tu paso por el instituto?

—Menos traumático que el tuyo —le soy sincero—. Terminé la secundaria porque no me quedaba más remedio. Estaba destinado a trabajar en el rancho. Hice un puñado de amigos a los que fui olvidando con el paso del tiempo. Tuve un par de novias con las que la cosa no funcionó... eso es todo.

—¿Siempre supiste que querías trabajar en el rancho, o fue más la responsabilidad de echarte el legado familiar sobre los hombros? —pregunta con interés.

—Un poco de ambas. Me encantaba trabajar en el rancho, y no podía dejar solo a mi abuelo cuando mis padres murieron. Yo creo que a veces el destino elige por ti y hay que saber adaptarse a las circunstancias. Para ser honesto nunca me he imaginado otra vida que no esté ligada al rancho. Pero no volveré a cometer el mismo error de dar por hecho que lo que me llena a mí, también hará feliz a las personas que más quiero. Cuando Avery sea mayor le pediré que luche por sus sueños, sean los que sean. Aunque la envíen lejos de los brazos protectores de su padre.

—De los brazos sobreprotectores —me corrige con tono bromista—. Yo tampoco te veo en otro sitio que no sea el rancho, ni trabajando de otra cosa que no sea subido a lomos de un caballo. Siempre que te miro pienso que has nacido con ese sombrero de cowboy cosido a la frente.

Me quito el sombrero y se lo coloco en la cabeza. Ella se lo cala y me guiña un ojo.

—¿Qué tal me queda?

—De maravilla.

—Bah... a ti te queda mejor. No hay parangón. Es como quitarle el poncho y el puro de la boca a Clint Eastwood. Hay cosas que deben ser así.

—Pero yo sí lavo el sombrero.

Los dos nos reímos. Ella se equivoca. El sombrero le queda mucho mejor a ella. Sobre esa mata de pelo rubio le otorga un aspecto tremendamente sensual. Ella se muerde el labio cuando intuye que voy a besarla, así que me tomo mi tiempo para prologar el momento. Pongo una mano sobre su barbilla y la otra en su nuca. Ella echa la cabeza hacia atrás porque le saco varios centímetros. Sé que le gusta que sea más alto que ella. Y sé que le gusta ese puntillo de rudeza con el que la beso. El sombrero se cae cuando le rozo los labios y logro atraparlo con una mano antes de que toque el suelo. Helena sonrío contra mi boca.

—Érase una vez un vaquero pegado a su sombrero...

—Érase una vez una mujer que se moría por mis huesos.

Ella está a punto de protestar, pero no se lo permito porque capturo su boca debajo de la mía. Apenas logro contener el gruñido de satisfacción porque llevaba demasiado tiempo esperando este momento. El de poder besarla a plena vista de todos sin ocultarme. En cualquier sitio. Mientras ella sucumbe a mi beso con un ardor que me enloquece porque ya no tiene que fingir que me es inmune. Tiene la boca más apetitosa que he probado en mi vida. Me pasaría horas besándola. Mordiéndole el labio. Pero sé que estoy equivocado cuando mi lengua encuentra la suya y mi erección crece encerrada en los pantalones. Demasiado tiempo conteniendo lo inevitable. Demasiado tiempo ignorando esta atracción tan salvaje. Dios, así me siento. Como un salvaje que la besa enloquecido e ignorando los códigos de buena conducta en público. No sé en qué momento mis manos han pasado a atraparla por los hombros, como rogándole que no se vaya de mi lado. Pero Helena me devuelve el beso para dejarme claro que no tiene pensado largarse. Al menos por ahora. Suspira contra mis labios cuando nos separamos unos segundos para tomar aliento. Nuestras respiraciones entrecortadas se mezclan. Si no estuviéramos en mitad de una calle abarrotada de gente, le haría de todo y creo que ella lo sabe. Me gusta que sea ella la que tome la iniciativa y me coja de la camiseta para atraerme de nuevo hacia su boca. Exigente. Entregada. Con la piel ardiendo porque está llena de deseo. Una de mis manos baja por su cintura y la otra se entierra en su pelo. Ella coloca las manos con delicadeza sobre mi pecho, esta vez no para apartarme, sino para acariciarme hasta ponerme más cachondo de lo que he estado en toda mi vida. Por eso me veo obligado a detener el beso con brusquedad o de lo contrario no respondo de mis actos. Ella me mira confundida a través de los ojos nublados por la pasión. Tiene los labios hinchados y las mejillas encendidas. No me explico cómo es posible que cada vez que la miro me resulte más... guapa. No, no es la palabra adecuada. Seductora. Fascinante. Cautivadora. Algo por el estilo.

—Vamos a cenar —digo con voz grave, y sé que ella lo entiende cuando la cojo de la mano y caminamos entre la multitud.

Vamos a un restaurante vegetariano de precios estratosféricos que me ha recomendado Stuart por mediación de un conocido. Yo me comería un buen filete, pero por ella soy capaz de tragarme mis convicciones de carnívoro incorregible y atiborrarme de lechuga. Al final resulta que la carta del restaurante no es tan horrible como imaginaba y me dejo aconsejar por Helena. Compartimos ratatouille, un plato de la gastronomía francesa que consiste en un estofado de verduras al horno; musaka, una receta de origen griego que es una especie de lasaña de berenjenas; y unas croquetas de garbanzos llamadas falafel y que pruebo más por no escuchar a Helena que por su poco apetitoso aspecto. No están mal.

—Pero no pueden competir con un entrecot en su punto.

—Dice el hombre que ha rebañado la musaka.

Helena se acaba el brownie de chocolate cuando le aseguro que no tengo más hambre. Le pueden los postres. Menuda golosa está hecha.

—Tienes un poco de chocolate en la boca.

Alargo el brazo y paso mi pulgar por su labio. Ella sigue embobada la dirección de mi dedo cuando me lo llevo a la boca y entrecierro los ojos. Sus pupilas se dilatan y me alivia descubrir que tiene tantas ganas como yo.

—Te has esforzado mucho para que sea una gran cita —se pasa la mano por el pelo. Sé que está nerviosa.

—¿Y lo he conseguido?

—Uhm... —intenta hacerse la difícil y al final sonrío—. Absolutamente, John Wayne. Has ganado muchos puntos después de traerme a un restaurante vegetariano. Eso no lo hace cualquiera.

—Estaba desesperado por impresionarte —admito sin despeinarme. No soy la clase de hombre que finge desinterés o se comporta como un cretino para poner celosa a la mujer que quiere. Si me gusta, voy a por todas.

Ella me mira con una ternura que va directa a mi corazón. Se muerde el labio y apoya los codos en la mesa para inclinarse hacia delante y observarme más de cerca.

—No tienes que impresionarme. Habría bastado con un paseo por el rancho mientras me contabas alguna de tus historias —me confiesa con la sencillez que la caracteriza, y luego añade con una sonrisa—: Pero lo he pasado de maravilla contigo.

—Menos mal —respiro aliviado—. Hace tanto tiempo de mi última cita que ya no recordaba cómo se hace. Aunque a decir verdad, contigo siempre me dejo llevar y puedo ser yo mismo. Es la primera vez que me pasa.

—¿Y qué sientes cuando te dejas llevar?

—Siento... —arrugo la frente porque no sé cómo explicarlo—. Siento demasiadas cosas para ponerle nombre, Helena.

—Eres increíble. Cuando te conocí pensé que eras el hombre más inaccesible que me había echado a la cara. Pero cuando te abres, confiesas sin tapujos lo que sientes. Es raro porque los hombres soléis ser emocionalmente vulnerables. Como si os aterrara la idea de parecer débiles delante de una mujer.

—¿Y tú qué opinas, rubia?

—Que eres tremendamente sexy cuando admites lo que sientes.

—En ese caso... he de admitir que aquel día en el lago me moría de ganas de besarte. Estuve a esto de confesarte mis sentimientos —formo un minúsculo espacio entre el pulgar y el índice.

Helena se echa hacia atrás. Parece tan impresionada por mi confesión que no puede disimularlo.

—¿Ya sabías que estabas enamorado de mí?

—Lo sabía desde mucho antes.

—Imposible.

—Creo que lo supe cuando tú me contaste que eras mi cuñada. No me pareció ni medio normal lo enfadado que me sentí. Quería llevarte a rastras al aeropuerto y alejarte de mi vista.

—¿Y por qué no lo hiciste? —pregunta en un susurro.

—Porque necesitabas mi ayuda.

—Podrías haberme pedido que me fuera mientras tú te encargabas de entrenar para el torneo. Yo no era de tanta utilidad. Lo habrías conseguido sin mí y los dos lo sabemos.

—Sí, podría habértelo pedido. Pero en el fondo no quería. Nunca he querido alejarme de ti. Se está demasiado bien a tu lado.

Hay un brillo diferente en sus ojos y sé lo que significa. Helena se pone de pie para alcanzarme y no me pilla desprevenido cuando me besa. Pero de todos modos, mi cuerpo se revoluciona como si fuera la primera vez que me besa. Como si fuera la primera vez que vamos a acostarnos.

HELENA

El corazón se me va a salir del pecho cuando Blake aparca en el rancho. Los dos salimos del coche sin mediar palabra. Me muerdo el labio porque estoy decidida a acostarme con él. Cuando prolongas durante tanto tiempo algo que deseas con todas tus fuerzas, tienes miedo de que llegado el momento no supere tus expectativas. Pero yo ya sé lo que es hacer el amor con Blake. Lo que implica que te miren a los ojos mientras se corren dentro de ti. Lo imposible que resulta borrar el sabor de la piel de un hombre que se ha metido dentro de ti. Que te ha tocado el alma y te ha ofrecido su corazón en bandeja mientras tú estás demasiado rota para aceptarlo.

Pero ahora quiero aceptarlo. Quiero acostarme con Blake. Necesito borrar todo este dolor que me oprime el pecho y cambiarlo por algo bueno. Muy bueno. Por eso tomo la iniciativa cuando estamos subiendo las escaleras del porche. Me pongo de puntillas para besarlo y enredo mis manos alrededor de su cuello. Lo beso con una ansiedad que nos sorprende a ambos. Blake me coge de los brazos para apartarme con delicadeza.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Solo quiero que sepas que si necesitas más tiempo, yo...

Lo agarro de la camiseta y pego mi boca a la suya.

—Deja de ser tan correcto —le pido, y de nuevo rodeo su cuello con mis brazos—. Ya sabes lo que me gusta. Tú solo... dámelo.

La respuesta de Blake es besarme hasta que me tiemblan las piernas. Literalmente. Él me coge de la cintura y mis pies se levantan del suelo. Dios, me encanta que sea tan fuerte. Me enloquece cuando sube las escaleras conmigo en brazos, intenta abrir la puerta y las llaves se le caen al suelo. Masculla una palabrota. Me río. Vuelve a besarme. Entrelazo mis piernas alrededor de sus caderas y él me empuja contra la pared. Echo la cabeza hacia atrás cuando me besa el cuello. Respiro de manera acelerada cuando me lame la garganta. El corazón me va a mil por hora y sospecho que él puede notar mi pulso acelerado.

—¿Es esto lo que quieres de mí?

—¿Qué? Sí... yo... no me hagas preguntas en este momento —respondo confundida.

Blake se ríe con gravedad. Su risa me estremece de placer. Casi tanto como sus manos cuando se cuelan por dentro de mi camiseta y me acarician el vientre. Evita la cicatriz de mi abdomen. Sus ojos me miran apenados y hambrientos una fracción de segundo antes de que su boca se aplaste contra la mía... otra vez. Meto las manos en su pelo. Creo que se ríe porque recuerda que le dije que me gustaba muchísimo su pelo. Yo también me río. Nos reímos mientras nos besamos.

—Idiota... —digo cuando consigo respirar.

—Te gusta —responde fanfarrón contra mi boca.

—Uf... sí.

Total, para qué negarlo.

Blake me toca por encima de la ropa. Por debajo. En cada centímetro de piel y de tela que abarcan sus manos. Clava una mano en mi pierna y la otra se desliza desde el vientre hasta la parte baja de mi espalda. No estoy dispuesta a quedarme al margen de algo tan bueno y le acaricio los antebrazos. ¿Cómo es posible que unos brazos me resulten tan atractivos? Ni idea. Pero está durísimo lo toques por donde lo toques. Sobre todo justo ahí. En esa parte de su anatomía que se aprieta contra mis muslos. Ambos jadeamos. Me tapo la boca porque no quiero hacer ruido. No es plan de despertarlos a todos. Blake apoya su frente sobre la mía. Arruga la frente y tensa la mandíbula. Repite el movimiento. Sus caderas hacia adelante, su erección pegada a mis muslos. Noto un intenso calor entre las piernas.

—Tenemos que entrar —balbuceo.

—Lo sé.

Pero él se niega a apartarse de mí. Le cuesta un mundo despegar las manos de mi cuerpo y por eso me veo obligada a darle un empujoncito. Blake suspira, me deja en el suelo y se agacha para coger las llaves. Mi corazón es un *bum, bum, bum* frenético. Se me ha nublado el juicio. Lo necesito dentro de mí y lo deseo con una intensidad que me duele. Por eso le arrebato la llave cuando él no consigue introducirla a la primera en la cerradura. Blake me aparta el pelo de la cara y susurra contra el lóbulo de mi oreja:

—Ansiosa...

Me estremezco de placer y agradezco que no vea mi cara de «ansiosa» porque me moriría de la vergüenza. Pero vergüenza es lo último que tengo cuando abro la puerta y me vuelvo hacia él para ponerle el dedo índice en los labios.

—Sssh —le ordeno.

Blake me besa y no tengo nada que objetar porque no hacemos ningún ruido. Hasta que me empuja para que pase y me tropiezo con el aparador de la entrada. El mueble se tambalea y el jarrón de porcelana está a punto de caerse al suelo. Él lo atrapa, lo devuelve a su sitio y me coge

en brazos. Todo con tal rapidez que se me escapa un gritito de impresión cuando mis pies se levantan del suelo. Cuatro segundos después estamos encerrados en su habitación. No me hace falta pedirle que eche el pestillo. Tampoco es necesario que le ordene que se quite la camiseta porque le sobra toda la ropa. Me lo como con los ojos. Lo observo con tanta lascivia que él ladea una sonrisa de suficiencia. Estoy tendida bocarriba en su cama. No sé qué me impresiona más. Si estar en su cama y descubrir su olor en las sábanas, o tenerlo delante y dispuesto a hacerme de todo. Retrocedo juguetona hasta que mi espalda se pega al cabecero de la cama. Blake ni pestaña. Me observa con la mirada oscurecida, y comprendo que ya hemos dejado de jugar. Me siento de rodillas y lo miro a los ojos cuando me quito la camiseta. Él entra en la cama e imita mi postura. Solos nos miramos. No sé durante cuanto tiempo. Y me pregunto cómo es posible que una mirada me despierte tantas reacciones. Estoy temblando y él todavía no me ha puesto una mano encima. Me derrito como el chocolate a fuego lento cuando me acaricia los hombros y desabrocha el cierre de mi sujetador con una sola mano. Blake observa mis pechos sin pestañear. Como si fuera la primera vez que los ve. Como si quisiera grabarse la imagen en la retina.

—Eres...

—¿Soy? —pregunto inquieta cuando deja sin acabar la frase.

—No eres un polvo. No eres un capricho pasajero y del que me vaya a cansar dentro de un tiempo. Eres la mujer a la que quiero contarle historias durante el resto de mi vida.

Me gustaría responder algo elocuente y a la altura, pero no puedo encontrar mi voz cuando Blake agarra uno de mis pechos con su mano y se lleva el pezón del otro a la boca. Exploto de placer cuando lo succiona. Entierro las manos en su pelo y tiro de él. Cierro los ojos cuando sus dientes muerden el pezón, lo justo para provocarme una mezcla de dolor y gusto que me enloquece. Pierdo la noción cuando me atormenta de esa manera. No soy dueña de mi cuerpo. Ni de mi voz. Lo único que puedo hacer es gemir y permitir que haga lo que quiera conmigo. Regalarle mi cuerpo cuando me tumba en la cama y me quita los pantalones. Morderme el labio cuando me arranca las bragas. Dios, sí. Me las arranca. El pedazo de tela de encaje queda inservible y tirado en el suelo. Blake separa mis piernas con una mano y con la otra se desabrocha la bragueta. Me besa de nuevo porque sabe que tenemos mucho tiempo para tocarnos. Experimentar. Conocernos con esa intimidad que solo permite el sexo.

Me acaricia la mejilla mientras me besa. Su otra mano se enreda en mi pelo. Su cuerpo cálido y duro sobre el mío me obliga a abrir las piernas para envolverlo. El calor se expande por mis extremidades cuando su erección, cubierta todavía por los pantalones, se frota contra mi sexo. Soy como una gata en celo y no me importa demostrárselo. Blake sabe lo que necesito. La mano que está en mi pelo se desliza entre mis piernas. Respiro con dificultad cuando me toca justo ahí.

—Ah... —es todo lo que puedo decir.

Él me muerde el labio. Me besa. Intercala besos y mordiscos. Presiona el pulgar contra esa delicada parte de mi anatomía. Me está enloqueciendo. Logro encontrar a tientas su bragueta. Ahora es él quien respira con dificultad... y todavía no lo he tocado. Meto la mano dentro de sus

calzoncillos y atrapo su erección. Mi mano agarra su polla dura y caliente. Nos masturbamos. Nos besamos. Gemimos. Nos otorgamos placer el uno al otro. No sabría decir durante cuánto tiempo porque pierdo la noción. Hasta que a los dos nos pesa demasiado para prolongarlo y Blake se aparta. Se quita los pantalones mientras yo lo observo. Mis ojos se clavan en su erección cubierta de vello castaño oscuro. Me arrodillo y él se sobresalta cuando me la meto en la boca. Blake tarde tres segundos en reaccionar. Al cuarto su mano derecha está recogíendome el pelo y sus caderas me penetran. Pronuncia mi nombre con voz ronca. Estoy absolutamente excitada al prodigarle placer.

—Por favor... no pares.

Son cuatro palabras que me enloquecen. Meto la mano entre mis muslos para tocarme. Blake murmura algo que me excita y que jamás sería capaz de repetir en público. Hasta que está tan cachondo que sospecho que no puede más. Me aparta con cierta brusquedad y me tumba sobre la cama. Separa mis piernas con una mano y con la otra se agarra el miembro. Me emociono porque doy por hecho que va a penetrarme. Llevamos tanto tiempo atormentándonos que ningún hombre lo soportaría. Pero Blake tiene sus propias reglas. Lo sé cuando frota su miembro contra mi sexo y comienza a atormentarme de otra manera que... uf, debería estar prohibida.

—Blake... —me retuerzo de placer y agarro las sábanas.

—Esto no se puede acabar tan deprisa.

—Me estás... torturando...

—Yo llevo demasiado tiempo torturándome e imaginando lo que iba a hacer contigo. Solo déjame... disfrutar unos minutos más de una de mis tantas fantasías.

Me gusta que me hable sin tapujos. Que exprese lo que quiere, lo que le gusta y lo que siente. Porque entonces me excita todavía más cuando creía que ya no era posible. Blake juega conmigo. Me lleva al límite. Me susurra al oído su larga lista de fantasías. Hasta que ninguno de los dos puede más y me mira a los ojos. Es increíble que sea capaz de transmitirme tanto amor después de lo que hemos hecho. Pero esto va más allá del sexo sucio o carente de significado. Comprendo lo que represento para él cuando me mira mientras se introduce muy despacio en mi interior. Me agarro a sus brazos y contengo el aliento. No me puedo creer que sea tan intenso... tan real. Que se abra paso a través de todo el dolor y me toque el corazón como creí que no volvería a ser posible.

Blake me penetra con un ritmo muy lento. Y me encanta. Lo atraigo hacia mí para besarlo. Nos besamos mientras entra y sale de mí. Tan despacio... tan bueno... tan increíblemente perfecto. Hasta que gruñe contra mis labios y murmura con voz grave:

—Ponte encima de mí. Quiero verte. Lo necesito.

Lo necesita. Uf, no me puedo creer que sea de verdad. Me siento a horcajadas encima de él y Blake me mira como si no fuera de este mundo. Así me siento yo cuando sus ojos me recorren

sin pestañear. Acelero el ritmo porque estoy a punto. Me entrego por completo a él porque ya no puedo más. Blake respira más deprisa, pone sus manos en mis caderas y cierra los ojos. Me dejo caer sobre su cuerpo cuando me tiemblan los muslos, tres segundos antes de que él se corra murmurando mi nombre. Estoy exhausta y respiro agotada encima de su pecho. Noto los latidos fuertes de su corazón. Casi me tranquilizan por lo que acabamos de hacer. Casi.

Blake me abraza con cierta posesividad que en otro hombre jamás toleraría. Pero en él funciona. Lo hace porque Blake no quiere encerrarme en una jaula. Él quiere volar a mi lado... si yo lo dejo. Pero ¿quiero hacerlo? ¿Soy capaz de enterrar los recuerdos y comenzar una nueva vida a su lado?

Blake y yo hacemos el amor durante toda la noche. Estoy tan exhausta que pierdo la cuenta del número de veces que nos acostamos. Jugamos a conocernos debajo de las sábanas. A descubrir nuevos lugares en la piel del otro. A entrelazar nuestras manos y mirarnos a los ojos cuando llegamos al orgasmo. A saber lo que nos gusta y lo que no, a pesar de que ya ha quedado bastante claro que somos sexualmente compatibles.

Es maravilloso.

Muy placentero.

Y aterrador. Porque abrir de nuevo tu corazón a otra persona siempre da miedo. Sobre todo cuando acabas de romper una relación con el que creías que era el hombre de tu vida. No hay manual de instrucciones que te ayude a enfrentarte a esa algarabía de sentimientos contradictorios que te oprimen el pecho.

No sé cómo hemos acabado en la bañera. ¿De quién habrá sido la magnífica idea de refrescarnos? Blake es enorme y parecemos un tiburón y su presa metidos casi a presión en un acuario para peces. El agua se desparrama por el borde con el menor movimiento y termina salpicando el suelo. Se me escapa una risa floja cuando él se queja de que lo estamos poniendo todo perdido.

—Te dije que no cabíamos.

—¿Eso me dijiste? —los dos tenemos las piernas flexionadas y estoy tratando de aguantarme la risa porque la situación es más cómica que erótica—. Creo recordar que me cogiste en brazos cuando te pregunté si te apetecía darte un baño conmigo.

—Porque no pienso con claridad cuando me haces propuestas indecentes.

—Ah, así que la culpa es mía...

—Totalmente.

Lo salpico en la cara y él alarga el brazo para atraparme, pero al moverse lo único que consigue es que se forme una pequeña ola que rompe contra los azulejos de la bañera y termina empapando el suelo.

—En el hotel resultó más fácil.

—Porque era un jacuzzi. Eso te pasa por medir un metro noventa y ocupar más espacio del que te pertenece.

—Explícame eso del espacio.

—Ya sabes... —me agarro a sus brazos para palparle los bíceps—. Invades el espacio personal de los demás. Creo que no te das cuenta, pero cuando te sientas a cenar, al que le toca a tu lado tiene que apartarse un poco porque tú apoyas los codos en la mesa de tal forma que le robas el sitio. Por eso nos turnamos para cenar a tu lado.

—No me lo puedo creer —responde atónito y ligeramente ruborizado.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no reírme. Le estoy tomando el pelo. Pero lo de los codos es verdad, que conste.

—Eres un gigante. Esta bañera sería perfecta para dos personas de proporciones normales, pero en tu caso...

—¿En mi caso?

—En tu caso necesitaríamos... una piscina olímpica.

—Ven aquí, graciosa.

Blake me coge de la cintura y termino sentada a horcajadas encima de él. Su miembro me roza los muslos y contengo el aliento. Su mirada se oscurece y sé que está pensando lo mismo que yo: «¿cómo es posible que siga teniendo ganas de ti después de lo que hemos hecho?». Yo tampoco me lo explico.

—¿Qué tal ahora? ¿Te sigo pareciendo demasiado acaparador?

—Ajá...

Blake agarra mi trasero con las dos manos y frota su erección contra mi vulva. Se me escapa un gemido y él esboza una sonrisa satisfecha. Inclino mi rostro y, justo cuando cree que voy a besarlo, le muerdo el labio inferior. Durante esta noche he descubierto que a Blake le encantan los preliminares. El tonto previo. Los juegos que te dejan al borde del abismo.

—¿También te sigo pareciendo demasiado grande?

—Enorme...

Gira la cabeza y encuentra el lóbulo de mi oreja.

—Enorme es una palabra muy fea, rubia —susurra provocador.

No me parece fea cuando siento ese bulto gigantesco empujando contra la entrada de mi sexo. Blake presiona sus manos en mi trasero y apenas tiene que hacer más esfuerzo para penetrarme. Estoy excitada, mojada y el agua hace el resto. Ya no nos importa que el agua se desparrame por la bañera. Nos trae sin cuidado que el suelo de baldosas grises se encharque con cada nueva embestida. Apoyo la boca en su hombro y él desliza una mano hacia arriba para acariciarme la espalda con un dedo. La otra mano sube por mi costado y me agarra un pecho. El otro se lo lleva a la boca y hace ese movimiento con la lengua que, por desgracia para mí, descubrió hace un par de horas que me vuelve loca. Ya sabe lo que hacer para tenerme en sus manos. Tan fácil como chasquear los dedos. Y se aprovecha de lo vulnerable que es mi cuerpo para atormentarme de placer hasta que ya no puedo más.

—Blake...

—¿Te sigo pareciendo un gigante? —pregunta burlón.

—Sí... —entrelazo mis manos alrededor de su cuello para demostrarle que yo también sé jugar mis cartas—. Pero me gusta que seas tan grande. Me pone muchísimo.

—Helena...

Yo también descubrí hace un par de horas algún que otro truco para acelerar su ritmo cardiaco. Como, por ejemplo, que si le susurro un par de comentarios subidos de tono, a él se le nubla el juicio y tarda menos de diez segundos en correrse. Con cada nueva embestida se forma un maremoto a nuestro alrededor. El suelo del baño se convierte en una piscina. Los gemidos se confunden con el rumor del agua. Nuestros cuerpos resbaladizos se buscan hasta que ninguno de los dos puede más. Termino con la mejilla apoyada en su pecho mientras él me aparta el pelo húmedo de la cara y me da un beso en la frente. Adoro sus besos en la frente. Menudo gesto tan protector y varonil.

Me doy la vuelta para apoyar mi espalda sobre su pecho. Blake me rodea con sus brazos y vuelvo a pensar que es enorme. Pero es mi grandullón. El hombre que haría lo que fuera para protegerme. Me muerdo el labio y me alivia que no pueda verme la cara. No sé si merezco un amor tan incondicional. Cuando alguien te entrega su corazón de una manera tan honesta, o lo correspondes en igual medida o corres el riesgo de aventurarte en una relación desequilibrada. Y no es justo para él.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—No pienso en nada —miento, incapaz de abrirle su corazón tal y como él hizo conmigo—. Me has nublado el juicio después de lo que hemos hecho.

—Hemos hecho el amor, Helena... —me corrige un tanto dolido.

—Lo sé.

—¿Por qué tengo la impresión de que te arrepientes?

—Te equivocas.

—¿Me equivoco?

—Sí.

—Prométeme que no seremos la clase de pareja que se oculta lo que siente. Quiero ser el hombre con el que puedes hablar de todo. El hombre que te escucha sin que tú sientas que te juzga. Con el que puedes sincerarte sobre tus sentimientos, tus inseguridades, tus sueños... sobre cualquier cosa —me da un beso en la raíz del pelo para demostrarme que lo dice en serio—. Incluido Josh. Porque no soportaría que fuera un tema vetado y acabara interponiéndose entre nosotros.

Me tenso sin poder evitarlo cuando menciona su nombre. Porque todavía sigo casada con él. Porque su hermano todavía sigue siendo una parte de mi pasado y no estoy segura de haber cerrado ese capítulo. Yo no quiero escribir otra página con Blake. Lo que deseo es empezar un libro en el que los dos seamos los protagonistas de nuestra propia historia. Pero es complicado cambiar de libro cuando no le has puesto el punto final a la anterior historia. Por eso no puedo hablarle de Josh. Sé que Blake no lo entendería. ¿Cómo le explico que tengo una cuenta pendiente con él? ¿Cómo le abro mi corazón si sé que voy a hacerle daño?

BLAKE

Han pasado cuatro días desde que Helena y yo nos acostamos. Si una relación se basara solo en el sexo, nosotros obtendríamos la matrícula de honor. Por las noches acabamos exhaustos sobre las sábanas. Ya la tengo en mi cama. Podría acostumbrarme a esta situación. A esperarla con ansiedad cuando cae el sol y rendirme a una noche de pasión repleta de gemidos y orgasmos. Pero yo quiero más y no voy a conformarme con menos. Incluso si mi decisión consigue apartarla para siempre de mis brazos.

¿Cómo voy a acostarme con una mujer que no está del todo segura de sus sentimientos?

¿Cómo voy a seguir mirándola a los ojos cuando hacemos el amor si cabe la posibilidad de que ella siga enamorada de mi hermano?

¿Cómo mirar para otro lado si yo lo quiero todo con ella y ella no sabe lo que quiere?

Por eso me armo de valor y la abordo esta tarde. Han sido cuatro días maravillosos. Un auténtico regalo. Pero no estoy dispuesto a seguir viviendo en una fantasía mientras ella no es capaz de mirarme a los ojos y decirme «te quiero». Creo que no es justo para ninguno de los dos. Le prometí a mi abuela que lucharía por Helena, y siento que estoy haciendo lo correcto, porque no me entra en la cabeza otra forma de luchar por ella que no sea aspirar a su corazón. Ya se lo dije una vez: «No quiero ser tu segundo plato. No quiero que te quedes conmigo solo porque Josh te rechace».

—Hola.

Helena se sobresalta porque estaba distraída. Fingía trabajar en su Tablet, pero en realidad tenía la vista clavada en el campo de girasoles. Está sentada bajo la sombra del álamo donde esparcimos las cenizas de la abuela. Hasta hace unos segundos, absorta en sus pensamientos y tan inalcanzable como de costumbre.

—¿De qué va? —pregunto para romper el hielo.

—Es una distopía juvenil. La protagonista es una joven de diecisiete años llamada Bella que vive en un mundo gobernado por un tirano. Bella es su nieta y durante toda su vida ha vivido en el palacio de Cristal, ajena al sufrimiento de su pueblo y rodeada de privilegios. No es una mala chica. En realidad es ingenua, bondadosa y tiene un gran corazón. Cuando *Los rebeldes* la raptan

para chantajear a su abuelo, Bella tiene que ser más valiente de lo que ha sido en toda su vida y demostrarles a todos, pero sobre todo a sí misma, que es algo más que una niña mimada. Pero no cuenta con sentirse atraída por Kumar, un joven de *Los rebeldes* que al principio le hace la vida imposible durante su cautiverio porque la ve como una enemiga, pero del que se va enamorando poco a poco cuando ambos se dan la oportunidad de conocerse y comprenden que en el fondo no son tan diferentes como pensaban. Voy por la página doscientos veinte. Ahora Bella está en una encrucijada porque acaba de descubrir que su abuelo no es el hombre íntegro ni el buen soberano por el que lo tenía. Así que se debate entre unirse a *Los rebeldes* para hacer justicia, o ser leal a su familia y regresar al palacio de Cristal con su abuelo y su hermano pequeño. La pobre está hecha un lío porque siente que, independientemente de la decisión que tome, alguien saldrá perjudicado y traicionará a la gente que quiere.

—¿Tú cuál crees que será la decisión de Bella?

—Uhm... —Helena arruga la frente—. Ni idea. Tengo la impresión de que va a aliarse con *Los rebeldes* y los ayudará desde las sombras cuando regrese al palacio de Cristal. Pero también pienso que se vendrá abajo cuando vea a su hermano pequeño porque para ella es la persona más importante de su vida. No tengo claro que Bella sea capaz de resistir la mala influencia de su abuelo cuando se reencuentren. Se debate entre el amor y la lealtad. He de reconocer que el tema se las trae y da que pensar.

—¿Cuál sería la decisión que tomarías de estar en su lugar?

Helena deja la Tablet en el suelo y se queda desconcertada. Suspira, se pone de pie y me mira a los ojos sin pestañear.

—Blake, ¿intentas decirme algo?

—Llevo cuatro días intentando hacerlo —respondo con la sinceridad que nos merecemos—. Porque estás muy lejos de mí.

—Pero nosotros...

—Nosotros follamos de maravilla —la corto con suavidad—. Y Dios, no creas que no me gusta que te metas en mi cama. De hecho, me encanta. Porque cuando te tengo en mis brazos ni puedo ni quiero soltarte.

Ella se muerde el labio y asiente sin decir nada. Respiro profundamente. Qué fácil sería besarla y llevarla hasta mi dormitorio. Arrancarle la ropa y encender su cuerpo a besos. Pero a la mañana siguiente volvería a sentirme vacío porque no la tengo del todo.

—Yo no solo quiero ser ese hombre con el que te acuestas por las noches. Cuando te dije que estaba enamorado de ti, lo hice con la esperanza de que tú sintieras lo mismo por mí. No soy la clase de hombre que se conforma con acostarse contigo, porque quiero una vida juntos. Pero sé que no vamos a tenerla mientras tú dudes.

Helena abre la boca y va a decir algo, pero la cierra y me mira angustiada. La contemplo resignado y triste porque acaba de darme la razón. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá me hubiera mentido.

—Creo que ha sido un error que comenzásemos algo cuando tú no has dejado atrás tu pasado —observo su reacción y suspiro cuando ella no responde—. Helena, por favor, di algo. Ya es lo suficiente difícil para mí.

—No sé qué decir...

—Solo quiero la verdad.

—La verdad es que estoy siendo muy injusta contigo. No creo que puedas entenderme.

—Lo intentaré.

Cojo sus manos para que sepa que no voy a juzgarla. A ella le cuesta hablar porque tiene miedo de mi reacción.

—Te quiero, Blake. Si no te quisiera, jamás me habría acostado contigo. Pero echo muchísimo de menos a Josh porque siento que no nos despedimos como nos merecíamos. Él era una parte fundamental de mi vida. En la universidad fue mi mejor amigo y mi primer amor. Me casé con él porque pensé que sería para siempre. Y no... no soporto que me odie. Necesito que me perdone y no soy capaz de darte lo que te mereces porque siento, en el fondo de mi corazón, que no le he puesto el punto final a mi historia con Josh.

Suelto sus manos sin poder evitarlo porque sus palabras son como si me hubieran arrancado el corazón del pecho. Quiero entenderla, lo juro. Pero el miedo que siento es más profundo y arrasa con toda mi confianza en Helena.

—Sigues enamorada de Josh.

—No es eso...

—Dices que lo echas de menos.

—Pero no de *esa* manera —murmura, y tengo la impresión de que ni ella sabe de qué manera lo echa de menos—. Yo no...

—Tú no lo tienes claro —la corto con acritud, y hago un gran esfuerzo para aparcar la rabia que siento porque no quiero hacerle daño—. Tienes algo pendiente con Josh.

—Sí —me mira a los ojos y busca un resquicio de fe en ellos. Pero no puedo dársela. No cuando ella tampoco está segura de sus sentimientos—. Pero no es lo que piensas. No es esa clase de cuenta pendiente.

—¿No? —la contradigo dolido—. Porque yo lo único que sé es que estás hecha un lío.

—Sí —admite con un hilo de voz—. Estoy hecha un lío. Sé que no es lo que querías oír, pero Josh y yo siempre tuvimos una relación muy complicada.

Me da igual la clase de relación que tuvieran. Por eso me aparto cuando ella intenta tocarme y deja caer el brazo. Ni siquiera soporto mirarla a los ojos. Estoy enamorado de ella y lo único que recibo a cambio son un puñado de dudas. Una patada en el estómago me habría dolido menos.

—Vete, por favor.

—¿Lo dices en serio? —pregunta con voz estrangulada.

Esta vez sí la miro.

—Quiero que te vayas del rancho —le pido con voz dura—. Tienes que aclarar tus sentimientos y resolver tus cuentas pendientes con Josh. Regresa cuando sepas lo que quieres. Vuelve si estás segura de lo que sientes por mí. Te lo dije, Helena. Yo no voy a ser tu segundo plato ni me voy a conformar con las migajas. Porque tengo clarísimo que quiero una vida contigo y aspirar a menos me convertiría en un cobarde.

Helena asiente y hace el amago de acercarse para darme un abrazo, pero sabe que si me abraza yo no podré soltarla. Así que retrocede, recoge la Tablet y la abraza contra su pecho mientras me mira apenada. Logra contener las lágrimas a duras penas. No sé cómo he sido capaz de pedirle que se marche. Me encantaría abrazar a la mujer asustada y que casi parece una niña perdida. Pero no puedo. Si lo hago, estoy perdido.

—Por favor, no me odies. No soportaría que tú también lo hicieras —dice antes de darse la vuelta y alejarse caminando.

Dejo escapar el aire que llevaba todo este tiempo conteniendo.

«No podría odiarte ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas, Helena».

JOSH

Ha pasado un mes desde que las dos personas que más quería —o sigo queriendo, no lo tengo del todo claro—, me traicionaron. Un mes en el que mi vida da un giro de ciento ochenta grados. Regreso al trabajo en el periódico y me reciben con una pequeña fiesta de bienvenida que termina desmadrándose. Al final acabo enrollándome con Tracy en la sala de la fotocopidora. Súmale varias copas de más y un alto porcentaje de despecho y ahí tienes el resultado. Luego vamos a su casa y follamos en el incómodo sofá de la sala de estar. Después regreso cabizbajo a mi apartamento y más vacío de lo que me he sentido en toda mi vida.

Se podría decir que mi recuperación consiste en agotar todas las reservas de alcohol del pub que está en la calle donde vivo y acostarme con todas las mujeres solteras de Chicago. No funciona. A veces entro en Facebook para cotillear la vida de Helena. Lo sé, es tan patético que me moriría de vergüenza si tuviera que admitirlo en público. Ella lleva mucho tiempo sin actualizar su perfil y me entero por boca de Penny de que ha regresado a Chicago. ¿No está con Blake? Ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. Lo único cierto es que hago todo lo posible para sacarla de mi cabeza. La alianza de nuestra boda está en algún cajón de la cocina. Ojalá mis sentimientos por mi mujer, porque todavía lo sigue siendo, también pudiera meterlos en un cajón. Así me olvidaría de ella y trataría de encauzar mi vida.

He empezado a escribir porque es lo único que consigue que me evada. Una historia en la que permito que todo el rencor y la rabia salgan de mi cuerpo. No sabría explicar de qué va el argumento. Un hombre. Una traición. Tanto dolor que cada frase escrita me desgarró la piel a jirones.

Cuando follo con Tracy siento que me estoy vengando de Helena a pesar de que mi compañera de trabajo no significa nada para mí. Cuando termino me siento como un miserable porque la pobre se está haciendo ilusiones conmigo. Me voy a buscar un problema si no termino con ella. Pero mi vida es demasiado mediocre en este momento. El trabajo me repugna incluso más que cuando empecé. Ya ni siquiera lucho por un ascenso porque me trae sin cuidado trabajar para uno de los grandes. He perdido la ambición y las ganas. No me reconozco.

Un día recibo una llamada inesperada cuando estoy paseando a Bruma. Todo sería más difícil si la perra no estuviera a mi lado. Quien dijo que el amor incondicional de un perro te obliga a levantarte de la cama, tenía más razón que un santo. De no ser por Bruma, pasaría todos los fines de semana encerrado en casa y mezclando los analgésicos con el alcohol. La Doctora Mallon se sentiría orgullosa de mí, nótese la ironía. Pero Bruma me obliga a dar paseos y a tirarle la pelota cuando llegamos al parque. La pierna izquierda se está recuperando y tengo una leve cojera. Tracy me dijo que mi bastón la pone muy cachonda porque parezco el protagonista torturado de

algún cuento lúgubre a lo Edgar Allan Poe. Tracy intentó hacerme un cumplido porque la pobre es más simple que el mecanismo de un chupete.

Ah... la llamada. Como iba diciendo, estaba paseando a Bruma cuando me sonó el móvil. Se me hizo un nudo en el estómago al leer en la pantalla el nombre de Helena. No tuve el valor de cogerle el teléfono y dejé que sonara. Al tercer intento por su parte apagué el móvil. Ni siquiera podía oír su voz porque me entraban ganas de cometer una locura. Supuse que me llamaba para pedirme el divorcio. Podía estar tranquila. No tenía la menor intención de ponérselo difícil. No iba a suplicarle una segunda oportunidad porque ya no quería estar con ella. Sí, la amo. Tardaré muchísimo tiempo en levantar la cabeza y desenamorarme de mi mujer. Pero jamás volveré a mirarla de la misma forma después de conocer quién era el hombre con el que me ha traicionado.

Y hablando de mi hermano... cada vez que pienso en él se me llevan los demonios. A Helena la recuerdo con nostalgia y un cariño infinito porque he intentado odiarla en vano. A Blake agradezco no tenerlo delante porque no sé de lo que sería capaz. De todo. De nada. Dependiendo del día. Me gustaría arrancarle la cabeza de un puñetazo o exigirle una explicación que de todos modos no me consolaría. Pero lo peor es que él alberga la esperanza de que lo perdone —hay que joderse—, y me llama de vez en cuando. ¡Cómo si fuera a cogerle el teléfono!

Yo lo único que quiero es que me dejen en paz.

Que sean felices juntos. O no. Ya no me importa. Solo aspiro a levantarme un día y darme cuenta de que ya duele menos. Que lo único que me pese sea la cojera de mi pierna izquierda porque ya he pasado página. Sé que le prometí a mi abuela que viviría sin resentimiento, pero hay promesas que son casi imposibles de cumplir. Porque el rencor es una losa que te aplasta el alma y te nubla el juicio.

Cerca del parque al que llevo a jugar a Bruma hay un estudio de tatuajes. Un martes cualquiera me animo a cruzar la puerta. Corrección: voy contentillo porque me he bebido cinco cervezas y un par de chupitos de whisky. Aparco a un lado mi pánico por las agujas porque necesito borrarla de la piel. No soporto mirarme al espejo y ver esas seis palabras. «Hasta el infinito y más allá». Menuda estafa.

Hay un timbre sobre el mostrador. El local es aséptico y las paredes están repletas de cuadros con dibujos hechos a mano. Predominan los tonos negros y burdeos. Una banda de heavy metal retumba en los altavoces que hay colocados sobre un mueble. Los ladridos de un perro me resultarían más agradables. Me imagino que el estudio pertenecerá al típico tatuador barbudo y con pinta de expresidiario. No me importa. Golpeo con la palma de la mano cinco veces seguidas el timbre. Estoy impaciente.

—¡Ya voy!

Es el grito es una voz femenina desde el interior de una puerta que se abre cuando estoy a punto de volver a llamar al timbre. Me mira disgustada. Tiene pinta de haberse corrido una buena juerga y estar en plena resaca. Es pequeña y menuda. Ojos emborronados de un maquillaje negro

y poco favorecedor. El pelo tan oscuro como el pelaje de un cuervo y cortado a lo pixie. Me horroriza y me fascina a partes iguales. Es complicado llegar a una conclusión sobre su aspecto porque es evidente que se está ocultando debajo de toda esa ropa negra y ancha que no consigue disimular sus curvas. El corte de pelo a lo chico tampoco ayuda.

—Está cerrado —dice con la voz rasposa.

Definitivamente está de resaca. Pero yo no estoy dispuesto a volver otro día porque necesito borrarme a Helena de la piel.

—En el cartel de la puerta pone «abierto» —entro con la poca vergüenza que me caracteriza—. ¿Dónde me siento?

Ella me dedica un vistazo repleto de desinterés y repara menos de un segundo en mi bastón. Me sorprende su actitud porque el bastón es lo primero que ve de mí todo el mundo. Como si me definiera.

—Primera puerta a la derecha —ordena irritada. Es evidente que no entraba en sus planes trabajar hoy—. Ahora vuelvo.

La tatuadora regresa al cabo de quince minutos. Por sus pupilas dilatadas, sé que se ha metido algo para mantenerse de pie. No me importa. No he venido buscando ninguna obra de arte. Solo necesito un apaño.

Se ha quitado la sudadera y lleva una camiseta negra de mangas cortas con el logo de *Metallica*. La observo intrigado y ella me devuelve una mirada desabrida. No estoy acostumbrado a dar semejante impresión en las mujeres. Me ordena con un gesto de cabeza que me tumbe en la camilla y enciende la máquina.

—¿Qué miras? —su pregunta es una advertencia para que no le toque las narices.

—No tienes tatuajes.

—¿Das por hecho que todos los tatuadores están tatuados?

—Sí —respondo con naturalidad—. Es como si a un narcotraficante no le gusta la cocaína. No tiene ningún sentido.

Me imagino que tendrá algún tatuaje oculto debajo de la ropa. Me pregunto en qué parte del cuerpo.

—¿Qué quieres?

Me quito la camiseta y le enseño la parte interna del brazo.

—Bórramelo.

—Quieres un *cover up* —se inclina para observar el tatuaje y noto que hace una mueca burlona—
—. Será fácil. Es muy pequeño. ¿Qué has pensado?

—Nada.

Ella enarca una ceja.

—¿Nada?

—Me trae sin cuidado lo que pintes encima. Como si me haces un tachón para que no pueda leerlo.

—Yo no hago apaños de mierda. Para eso búscate a otro tatuador. Lo mío es arte.

—Lo que tú digas —al ver que ella se niega, añado—: Pinta lo que te dé la gana.

—Si quieres te pinto una polla.

Resoplo. Me tenía que tocar la pirada de turno. Cómo no. Ella me pone una mano en el pecho cuando estoy a punto de levantarme para buscar otro estudio. Me observa con un deje de interés.

—Los tatuajes son para toda la vida. Qué menos que posea algún significado. Me lo agradecerás dentro de un tiempo, cuando no vayas por la vida con esa cara de amargado —me suelta sin despeinarse—. Algo habrá que sea importante para ti y merezca cubrir ese tatuaje horroroso.

—¿Tan horroroso es?

—Da vergüenza ajena.

—Con esa actitud tendrás pocos clientes.

—Me sobran porque soy muy buena —responde con chulería, y tengo la ligera sospecha de que dice la verdad—. No eres el primero que viene a borrarse un tatuaje. Tampoco es para tanto. Tiene solución.

Ella se aleja para cambiar de canción y sube el volumen.

—¿Podrías bajar la...?

—No —me corta antes de que pueda acabar la pregunta—. Me gusta trabajar con música.

Desinfecta la zona de trabajo porque da por hecho que voy a tatuarme.

—Tú eso de que el cliente siempre lleva la razón lo practicas poco, ¿no?

—La mayoría de los clientes son gilipollas y no saben lo que quieren. A las pruebas me remito —me señala con la cabeza y un desdén que no disimula—. ¿Te has decidido ya o qué? No tengo

todo el día. Me he levantado con una resaca de órdago y en cuanto te largues voy a colgar el cartel de cerrado. Te agradecería que no me hicieras perder el tiempo.

Lo sabía. Tiene toda la pinta de haberse corrido una buena juerga. Me pregunto con quién. Hay que tenerlos bien puestos para aguantar a esta tía.

—El nombre de mi abuela —decido en un impulso.

—No puedo cubrir la frase con un nombre. ¿Hay algo que sea importante para tu abuela? Así podré tapar tu tatuaje por completo.

—Le gustaban las flores.

Ella se ruboriza a través de todas las capas de maquillaje cuando se percató de que hablo en pasado. Agradezco que no me ofrezca el pésame. Las palabras de consuelo de gente que no te conoce resultan vacías y frívolas. Mejor que no diga nada.

—¿Cuál era su flor favorita?

—El girasol.

Ella coge un papel y un bolígrafo y comienza a dibujar. En sus ojos hay un brillo repleto de pasión porque se nota que le encanta su trabajo. Apenas tarda diez minutos en terminar el boceto. Me lo enseña para que le dé el visto bueno. Es un girasol de estilo gótico con el centro amarillo y los pétalos negros. El tallo está formado por el nombre de mi abuela. No soy un amante de los tatuajes, pero es una auténtica pasada y sé reconocer el talento cuando lo veo.

—¿Qué te parece?

Me tumbo en la camilla y es todo lo que ella necesita para ponerse a trabajar. Apenas compartimos un par de frases sueltas mientras ella me tatúa. Agradezco el silencio y la música de fondo. Tarda una hora y media en terminar el tatuaje. Me da instrucciones para la curación y me pongo de pie para observarme delante del espejo.

«Te llevo para siempre conmigo, abuela».

—¿Te gusta? —pregunta a mi espalda.

—Sí.

—Me alegro de que estés satisfecho —la acompaño al mostrador y pago con la tarjeta de crédito. Estoy a punto de marcharme cuando ella dice—: Tienes buena espalda para un tatuaje. Las proporciones perfectas para un boceto que tengo entre manos.

—Ni de coña.

Las comisuras de sus labios se curvan en una media sonrisa y su rostro se ilumina un poco. Tengo la sospecha de que sin todo ese maquillaje es una chica muy guapa.

—Tenía que intentarlo —se encoge de hombros—. Que te vaya bien.

—Lo mismo digo —abro la puerta y añado con tono burlón—: Lo mejor para la resaca es beber mucha agua y tomar vitamina B12.

Salgo del estudio de tatuajes con la impresión de que hoy no ha sido un mal día. Quizá el comienzo de algo diferente. No lo sé. Tengo el brazo envuelto en un plástico que tengo que quitarme dentro de una hora. Me apetece llegar a mi apartamento, ponerle la correa a Bruma y salir a dar una vuelta. Por primera vez desde hace un mes, tengo ganas de empezar de nuevo.

HELENA

Llevo casi un mes intentando contactar con Josh. No me sorprende que él no me coja el teléfono porque entiendo que no quiera ni verme. El problema es que yo necesito hablar con él. Me muero de ganas de verlo. De saber si seguirá produciéndome esa sensación de vértigo en el estómago cuando me ponga delante de él. De lo contrario, no podré regresar con Blake. Y no es justo porque él me ama. Lo hace de una forma incondicional y tan profunda que me abruma porque sé que no estoy a la altura.

Uf, lo echo tanto de menos...

Nuestros paseos a caballo por el rancho. Las charlas mientras estábamos tumbados bajo las estrellas. Sus dedos entrelazados con los míos. Mis *John Wayne* y sus *rubia*. Ese acento sureño y grave cuando pronuncia mi nombre antes de llegar al orgasmo. Su forma de mirarme. Lo echo tanto de menos que tengo que controlarme para no comprar un billete de avión con destino a Texas. Porque Blake no se merece mis dudas. Blake es un buen hombre que se merece un amor a la altura de sus sentimientos. Solo espero poder corresponderlo porque sé que sería muy feliz a su lado.

Penny me ha dejado que me quede a vivir con ella porque no he encontrado un alquiler medianamente razonable. Todavía no está viviendo con Crystal, pero no quiero ser un obstáculo entre ellas y tengo pensado marcharme a pesar de que ella insiste en que le gusta vivir conmigo. «Como en los viejos tiempos cuando éramos compañeras de habitación en la universidad», dice tras guiñarme un ojo. Sé que Penny sigue manteniendo el contacto con Josh y que él le ha pedido que no le hable sobre su vida. Josh me ordenó que no frecuentara su círculo si decidía volver a Chicago y pienso cumplir mi promesa. Solo espero que en algún momento logre aparcar el rencor y me deje hablar con él. Ambos lo necesitamos.

Tampoco doy pie con bola en el trabajo. De repente siento que no me llena. Tengo un listado de autores prometedores y acabo de editar una distopía juvenil que será todo un éxito. No lo entiendo. Siempre soñé con trabajar en el mundo literario. Pero... quiero subirme a lomos de Daisy y cabalgar mientras el viento me despeina el pelo. Siento que me estoy equivocando al vivir una aventura a través de las páginas de un libro cuando he dejado escapar la aventura más emocionante de mi vida. Hasta Jace, mi jefe, me echa una pequeña bronca porque no estoy rindiendo al máximo. Le pido disculpas porque tiene razón y soy perfectamente capaz de asumir mis errores. Total, uno más...

Es domingo y Penny y yo estamos viendo una comedia romántica de Jennifer Aniston. Apenas he probado la pizza de cuatro quesos y estoy de un malhumor que no me aguanto ni yo. Hasta

que mi amiga coge el mando a distancia, detiene la película de Netflix y se vuelve para mirarme sin contemplaciones.

—¿Por qué has vuelto a Chicago si está claro que esta vida ya no te llena?

—Porque tenía que hablar con Josh.

—Y dejas escapar al hombre del que estás enamorada porque te sientes culpable —ella sacude la cabeza sin dar crédito. Está cabreada conmigo—. Helena, no te entiendo. De verdad que intento ponerme en tu lugar, pero no puedo. Tú quieres estar con Blake. ¿Cuál es el problema?

Meto la mano en el bolsillo de mi pantalón de chándal y le enseño la alianza.

—Este es el problema.

—La solución se llama divorcio.

—Es complicado divorciarte de alguien que no te coge el teléfono.

—Menuda excusa tan barata —responde molesta—. Si no te coge el teléfono, lo obligas a afrontar la situación. Buscas un abogado y él se encarga de todo. Le enviará un fax y Josh no podrá ignorarlo. Pero tú te empeñas en seguir protegiéndolo porque crees que Josh se quedará hecho polvo cuando le pidas el divorcio. ¿Y sabes qué? En el fondo Josh también está deseando cortar el vínculo que os une porque necesita empezar de nuevo.

—¿Has hablado con él?

Penny pone los ojos en blanco.

—¡Sabes de sobra que sí! Y no me tires de la lengua —me pide agobiada—. Alguno de los dos debe dar el primer paso. Lo puedo llegar a entender. Me refiero a esta forma de haceros daño y alargar vuestro matrimonio de manera innecesaria. Vivisteis una preciosa historia de amor. Todos pensábamos que lo vuestro sería para siempre. Cuando conocí a Crystal, te juro que me dejé llevar porque me dabais una envidia tremenda. Pero no ha podido ser. Asímelo de una vez. No es el fin del mundo.

—¡Ya sé que no es el fin del mundo! —exclamo indignada—. Solo es el fin de mi matrimonio. Pero, joder, me duele. Me duele muchísimo.

Penny me da un abrazo.

—Creo que estás muerta de miedo porque mientras te desenamorabas de Josh, te enamorabas de su hermano.

—Supongo.

—Mándale un mensaje. Lo leerá. ¿O crees que Blake te estará esperando eternamente mientras tú resuelves tus dudas?

Me muerdo el labio porque ella tiene razón. Voy a perder a Blake si no soluciono esta situación. Por eso me armo de valor y le escribo un mensaje a Josh para quedar. Estoy a punto de enviarlo cuando me sorprende recibir uno suyo. El corazón me da un vuelco cuando lo leo.

“Quiero el divorcio”

Respiro profundamente y le escribo una respuesta. Mi amiga tiene razón. Ha llegado el momento de enfrentarme al final de mi matrimonio.

BLAKE

—Papá, ¡más alto!

Empujo a Avery para complacerla. Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Mi pequeña granujilla es la que me mantiene de pie cuando solo tengo ganas de derrumbarme. Intento devolverle la sonrisa, pero me cuesta sonreír desde que Helena se marchó. ¿O le pedí que se fuera? No tengo del todo claro si la obligué a irse o ella se largó porque necesitaba estar sola. Hace más de un mes y medio que no sé nada de ella. La incertidumbre me está matando.

¿Habrá descubierto que sigue enamorada de mi hermano? ¿Se habrán dado otra oportunidad? ¿Y si prefiere empezar de nuevo lejos de ambos?

A veces creo que debería llamarla, pero luego recuerdo que Helena ya es mayorcita para tomar una decisión y se me pasa. No voy a presionarla. No soy la clase de hombre que obliga a una mujer a permanecer a su lado. Aunque me duela. Aunque la eche tanto de menos que el rancho se me caiga encima.

Quizá la he perdido para siempre. No voy a decir que no puedo vivir sin ella porque sería mentira. Sí puedo vivir sin Helena. El problema es que la vida sin ella me resulta menos emocionante. El maldito problema es que me he enamorado hasta las trancas y tengo la impresión de que no volveré a amar a otra mujer. Sé que es la mujer de mi vida. Sé que es la mujer con la que estoy destinado a casarme y formar una familia. Lo sé. No me preguntes por qué, pero lo sé. Del mismo modo que albergo la esperanza de reconciliarme con mi hermano y por eso lo llamo todos los días. Me imagino la cara que pondrá cuando lea mi nombre en la pantalla. Lo mismo me ha cambiado el nombre por *traidor*, *cabronazo* o algo por el estilo. Pero me niego a creer que va a estar eternamente enfadado conmigo. Porque entonces recuerdo las palabras de mi abuela y pienso que la mujer más sabia que he conocido en mi vida no podía estar equivocada.

«El amor que sientes por Helena y al que no debes renunciar porque sé que es recíproco. El amor de dos personas que se han encontrado porque ese era su destino. El amor será lo que obligue a Josh a perdonarte cuando ya no le quede espacio para sentir rencor».

Avery protesta cuando dejo de columpiarla y me veo obligado a regresar a la realidad. Empujo a

mi hija y rezo para que mi abuela tuviera razón. Ojalá el amor pese más que las dudas de Helena.
Ojalá el amor pese más que el rencor de mi hermano.

JOSH

Un día no puedo más y le pido el divorcio a Helena. Es el mismo día que le pongo la palabra *Fin* a la historia que estaba escribiendo. Decido que ya estoy cansado de no cogerle el teléfono y que evitarla no sirve de nada. De repente me sobra el valor para mirarla a la cara y decirle todas las cosas que necesito sacar fuera.

Otro día le digo a Tracy que deberíamos dejarlo y ella me suelta que dónde voy a encontrar a otra que le haga semejantes mamadas. Sus palabras me resbalan.

Otro día me animo a enviar el manuscrito a un puñado de editoriales. Tengo contactos en el mundo editorial porque trabajar en un periódico —debía tener alguna ventaja, menos mal—, te abre la puerta de un mundo que antes te resultaba inaccesible. Y otro día recibo un email de un editor que está interesado en publicarme. Cataloga el libro como «una bofetada de realidad y un vómito de resentimiento escrito por alguien que está muy jodido». Razón no le falta.

Otro día decido salir a celebrarlo y acabo hasta el culo de whisky barato. Me despierto en la cama de una mujer que no conozco y cuando llego a casa, con la pierna izquierda ardiéndome de dolor y la cabeza a punto de explotarme, Bruma me recibe con una mirada acusadora. Así que decido tirar a la basura todas las botellas de vino y whisky que tengo guardadas por los cajones de la cocina porque, por primera vez en mucho tiempo, quiero ser un hombre nuevo.

Otro día mi editor me llama para comunicarme la fecha del lanzamiento del libro. Me pagan un pequeño anticipo que no es gran cosa, pero que me llena de orgullo porque siento que estoy haciendo algo bueno y que me pertenece que nadie va a poder arrebatarme.

Otro día voy directo al estudio de tatuajes sin saber lo que voy buscando. La tatuadora, esa chica de maquillaje oscuro, ropa ancha y pelo cortado a lo chico, me recibe sorprendida cuando cruzo la puerta. No esperaba volver a verme. Yo también me había hecho a la idea de que no volvería a verla.

—¿Te vas a tatuar la espalda?

—No.

Voy directo a la sala donde tiene la camilla y me siento sin preguntar. La música de heavy metal retumba en las paredes, pero ella no tiene pinta de estar de resaca.

—¿A qué has venido? —pregunta con un interés casi amable.

—A charlar contigo —respondo con ironía—. Este es un estudio de tatuajes, ¿no?

—Pensé que no querías tatuarte la espalda.

—Y no quiero —me quito la camiseta y le ofrezco el brazo en el que tengo tatuado el girasol—. Quiero una fecha en el antebrazo.

—¿Por algún motivo especial?

—Voy a sacar un libro.

—Enhorabuena —ella coge el taburete y se sienta delante de mí—. Cuando te vi no pensé que tuvieras pinta de escritor.

—¿Y de qué tenía pinta?

—De fracasado.

«Qué hija de puta. Me cae bien».

—Mejor no te digo yo de lo que tienes pinta...

—Ni me interesa —me aclara con una sonrisa que la hace ver más atractiva—. Vale, una fecha. ¿Y qué tal una pluma estilográfica? Algo para acompañar el tatuaje. No podemos estropear tu brazo porque el diseño del girasol es precioso y necesita algo que esté a la altura.

—No tienes abuela.

—Ni falta que me hace.

—Me da que en el fondo te caigo bien y estás deseando pasar más tiempo conmigo. Por eso quieres que me haga un tatuaje más grande.

—Lo que quiero es sacarte la pasta. A más grande el diseño, más cobro. Así que sigue soñando, Casanova —me guiña un ojo.

Me río. Creo que es la primera vez que lo hago desde que pasó toda esta mierda. Ella coge un bloc de dibujo y un bolígrafo. Pone esa cara de concentración a la que no sé que acabaré acostumbrándome porque con el paso de los meses me convertiré en un adicto a la tinta. La lengua fuera y los ojos entrecerrados mientras tiene esa mirada de concentración.

—Que fea te pones cuando pintas.

—Mejor fea que ser gilipollas.

—La primera vez dijiste que era un amargado.

—También —me enseña el dibujo. Una pluma estilográfica, del mismo estilo gótico que el girasol, de la que gotean unos trazos de tinta que salpican un pergamino sobre el que hay escrito una fecha. De la pluma se desprenden tres cuervos que alzan el vuelo—. ¿Qué te parece?

—Que aunque me caigas mal, eres una puñetera artista.

Ella esboza una sonrisa de oreja a oreja, enciende la máquina y sube el volumen de los altavoces.

—Te vas a hacer adicto a la tinta —se pone los guantes e ignora mi comentario de protesta—. Conozco a los tipos como tú. Venís con esos aires de superioridad y dando por hecho que los tatuajes son para la gente chunga, y al final os tragáis vuestras palabras porque tenéis mucha mierda dentro y necesitáis exteriorizarla con un tatuaje.

—Tú no me conoces —respondo indignado.

—Ni me apetece —acerca la aguja a mi piel y esboza una sonrisa burlona cuando aparto la cabeza—. Venga, Casanova, no llores. Tampoco es para tanto.

—Tú qué sabes si no estás tatuada.

—Tú qué sabes si yo llevo algún tatuaje.

—¿En la nuca?

—No me gusta hablar mientras tatúo.

—Venga, distráeme —le pido cuando empiezo a notar ese dolor punzante.

—Frío.

Consigo que entre en mi juego y me doy cuenta de algo increíble: no he pensado en ellos desde que crucé la puerta del estudio. Al final va a resultar que hay esperanza después de todo. En el momento y en el lugar más inesperado. Qué maravilla.

HELENA

Estoy a punto de cruzar la puerta del edificio, pero se me hace un nudo en el estómago y me quedo paralizada. Tengo muchísimo miedo. Abro y cierro las manos en un intento por relajarme. Todavía faltan tres minutos para las diez y media de la mañana. Por eso enciendo un cigarro y me prometo —como siempre—, que será el último. No me siento mejor cuando le doy una calada. Levanto la cabeza para observar el día nublado. Empezará a llover dentro de unas horas. Aborrezco los días grises porque me ponen triste. Pero supongo que ya estaba triste cuando salí del apartamento de Penny.

Las diez y veintiocho. Uf, ya queda nada. Tengo el pulso disparado y seguro que la tensión por las nubes. Llevo cuatro días sin pegar ojo. Soy incapaz de dormir desde que me llegó la cita para el despacho de abogados. Por supuesto, es una pura formalidad. Es un divorcio de mutuo acuerdo en el que ninguno le reclama nada al otro. Hasta hemos escogido al mismo abogado. Josh me lo ha puesto muy fácil. Tan fácil que no me lo creo. Pero supongo que le asquea seguir casado conmigo. Y yo... ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. Tengo la alianza guardada en el bolsillo trasero del pantalón. A veces la cojo y me la pongo para comprobar que sin ella sigo siendo la misma persona. Solo es un mero trámite. Una firma y se acabó ser la Señora Sackler. Volveré a ser Helena Jones.

Las diez y veintinueve. Le doy una última calada al cigarro y lo apago antes de tirarlo a la papelera. Me aliso la blusa porque quiero causar buena impresión. Menuda chorrada. Seguro que Josh no puede ni mirarme a la cara. Tal vez ni siquiera esté aquí. Quizá haya venido un par de horas antes para firmar los papeles y evitar coincidir conmigo. Lo entendería, pero me gustaría que estuviera porque necesito hablar con él. Solo mirarlo a los ojos por última vez para comprobar qué es lo que siento. Para saber si me sigue produciendo ese cosquilleo en el estómago.

Las diez y media. Respiro profundamente y entro en el edificio. Quince pasos hasta el ascensor. Un puñado de segundos hasta la séptima planta. Las puertas se abren y tardo tanto tiempo en reaccionar que me veo obligada a sacar el brazo para accionar el sensor de movimiento cuando están a punto de cerrarse. Es la puerta del fondo. Llamo al timbre, anuncio quién soy y una recepcionista muy amable me conduce hacia una sala.

—La están esperando.

Le doy las gracias, trago con dificultad y giro el pomo. Lo único que veo es a Josh. Ni el inmenso ventanal con unas vistas privilegiadas de Chicago, ni al abogado de gesto circunspecto, ni la biblioteca de madera de arce repleta de códigos de leyes. Solo veo a Josh. Él está distraído

mirando su móvil y todavía no me ha visto. Me percató de que ha tenido una gran mejoría física desde la última vez que nos vimos. Ha cogido unos kilos que le sientan de maravilla, le ha crecido el pelo y ha recuperado su tono bronceado de piel. El único recuerdo del accidente es el bastón que hay apoyado en la mesa. Bruma está tumbada junto a él y levanta las orejas cuando me ve. Ladra de manera amistosa y se acerca a saludarme moviendo el rabo. Al menos ella se alegra de verme.

—¡Bruma!

Acaricio a Bruma entre las orejas, justo donde sé que le gusta, y Josh suelta el móvil. Endereza la espalda y me mira. No sé interpretar su mirada.

—Hola, Helena.

—Hola, Josh.

—En vista de que ya estamos todos reunidos, si es tan amable de tomar asiento, paso a leerles el contrato y terminamos a la mayor brevedad posible —dice el abogado con tono impersonal.

Me siento justo en frente de Josh con la respiración acelerada. Apenas puedo prestar atención a la lectura del abogado. No me interesa. Es un formalismo. Palabras vacías y vocablos legales que no tienen nada que ver con lo que significamos el uno para el otro. Cuando el abogado termina de leer, Josh coge el bolígrafo y firma sin dudar. Comprendo lo que sucede cuando me mira expectante y le ofrezco una tímida sonrisa de disculpa. Entonces cojo el bolígrafo que tengo delante y firmo el acuerdo de divorcio. El abogado recoge los papeles y nos estrecha la mano.

—Enhorabuena, están ustedes oficialmente divorciados. Ojalá todos los divorcios fueran así de civilizados —se queda callado cuando ninguno de los dos dice nada y añade con tono incómodo—: Los dejo para que hablen a solas. Tienen treinta minutos disponibles porque luego tengo otro divorcio.

Josh está acariciando a Bruma y sé que lo hace porque se siente tan fuera de lugar como yo. El ambiente se enrarece en cuanto nos quedamos a solas. Me rasco el brazo porque estoy deseando romper el hielo. Él ni me mira.

—Bueno... ¿qué tal estás?

—De maravilla —responde con la ironía que lo caracteriza, y levanta la cabeza para mirarme—. ¿Y tú?

—Regular.

—No me alegro.

—Ya lo sé.

—No tenemos que estar aquí durante treinta minutos. Ya estamos divorciados. Se acabó. Nada nos obliga a volver a vernos las caras.

Me duele que hable con tanta frialdad, pero lo entiendo. Es su mecanismo de defensa para enfrentarse a la situación. Al menos me consuela que ya no haya ese brillo de odio en sus ojos. No sé lo que hay, pero desde luego no tiene nada que ver con el odio. Es... extraño.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿De qué?

—De qué va a hacer —murmuro abochornada—. De todo lo que sucedió. Ya han pasado casi tres meses desde la última vez que nos vimos. Creo que tenemos una cuenta pendiente.

—Sí, se llamaba divorcio. Ya la hemos resuelto.

Josh coge su bastón y se pone de pie. Arrastra una pequeña y casi imperceptible cojera de la pierna izquierda. Nada grave. Dentro de poco volverá a ser el mismo hombre vigoroso de antes.

—Te veo bien.

—Sí, por la tarde tengo una clase de crossfit.

Me aparto el pelo de la cara e intento aguantar una sonrisa. Es complicado. El humor sarcástico de Josh no es para todos los públicos.

—Venga, te puedes reír. No me lo voy a tomar mal.

—No... es que... —me pongo de pie porque es absurdo seguir aquí si él se marcha—. Me alegra de corazón verte tan físicamente recuperado. Y de mejor humor.

—Tengo mis días —admite sin tapujos—. Si quieres hablar conmigo, no estoy dispuesto a hacerlo en un despacho de abogados. Vamos a dar un paseo. Cerca de aquí hay un parque al que llevo a Bruma a jugar con la pelota.

La perra da vueltas a su alrededor y ladra con la lengua fuera.

—Parece que «pelota» es la palabra clave —digo, siguiéndolo hacia el ascensor.

Bruma ladra de nuevo.

—Ni la menciones. Tiene una fijación enfermiza con la pe... —Josh se corrige justo a tiempo. La perra ya había levantado las orejas—. Estoy pensando en contratar a un adiestrador canino porque se ha vuelto bastante caprichosa. El otro día me despertó a las cuatro de la mañana porque dio por hecho que era una buena hora para tirarme la pelota a la cara.

Bruma ladra al escuchar la palabra. Josh suspira cuando entramos en el ascensor y la perra ladra y camina nerviosa dentro del pequeño espacio en el que estamos encerrados.

—Bruma, ¡para!

—Parece que la tienes un poco mimada...

Él se encoge de hombros.

—Me hace compañía y es más lista que el hambre. El otro día le pedí que me trajese el periódico y me trajo la carta del restaurante chino. Poco a poco, pero irá aprendiendo. Lo mismo me quita de trabajar cuando la lleve a un concurso de talentos perrunos.

—¿Sigues pidiendo a ese restaurante chino? —me escandalizo.

—Los rollitos de primavera están de vicio.

—Por favor... —pongo cara de asco cuando las puertas del ascensor se abren—. Eres un escrupuloso de mucho cuidado. No me puedo creer que hagas la vista gorda solo por los rollitos. Los dos vimos aquella cocina. A Gordon Ramsay le daría un infarto si les hace una visita.

Lo acompaño hasta la salida y caminamos por las calles de Chicago. Lo miro de reojo. Me gusta verlo bien. Ya sé que no vamos a ser amigos, pero me consuela que sea capaz de mirarme a la cara sin ese desprecio tan visceral.

—¿Qué es de tu vida? —le pregunto con tacto, por si acaso le da por responderme con una de sus salidas de tono.

—He escrito un libro.

—¡Qué dices!

—Y me lo van a publicar. Saldrá dentro de quince semanas.

—Vaya... —estoy muy impresionada y él casi sonrío—. Al final tú has resultado ser el escritor de los dos.

—Me puse creativo. No sé... salió sin más. Resulta que soy mi mejor versión cuando hago las cosas por placer y sin ambición.

—¿Cómo se titula?

Josh está a punto de tropezarse.

—Ya lo verás.

—Claro —respondo, porque tengo la impresión de que ya me ha dicho todo lo que podía y quería—. Me alegro mucho por ti. Ojalá sea todo un éxito.

—¿Y tú qué tal en el trabajo? Penny me contó que habías regresado a Chicago. Que conste que no le pregunté, pero ya sabes que ella no puede mantener la boca cerrada.

—He dejado el trabajo.

—¿En serio?

Me mira asombrado.

—Hoy he firmado mi carta de dimisión—le explico—. No me llenaba. Ya sé que quería ser editora y que estudié para ello, pero... cada mañana que iba a trabajar se me hacía un mundo. De repente todos los libros me resultaron tediosos. He llegado a la conclusión de que me gusta leer por placer, y nada más.

—Me imagino que tendrás un plan B.

—No —me río.

Josh me mira desconcertado.

—Tú siempre lo planeas todo. Eres ordenada, meticulosa y aspirabas a un trabajo estable.

—Tú has escrito un libro y yo he dejado el trabajo. Supongo que los dos hemos cambiado.

—Tal vez —responde pensativo, y cruzamos un paso de peatones que hay justo en frente de un parque. Bruma tira de la correa y él le ordena que se esté quieta—. ¿De qué quieres hablarme?

Sé que Josh no va a permitir que entre al parque con ellos. Hasta aquí hemos llegado. Él tiene una vida nueva en la que ya no tengo cabida. Pero para empezar mi nueva vida, tengo que mirarlo a los ojos y decirle lo que siento. Los dos nos merecemos empezar de nuevo.

—No sé ni por dónde empezar... —respiro profundamente y lo miro a los ojos. Agradezco que él me sostenga la mirada sin rencor—. No era mi intención engañarte con Blake. Quiero que sepas que yo... que nosotros...

—Habla solo por ti —me pide con voz grave.

—De acuerdo —respondo, porque entiendo que tiene una conversación pendiente con su hermano en la que yo no pinto nada—. Yo no quería hacerte daño. Te lo juro. Por eso no pude ser sincera contigo cuando despertaste del coma. Estaba aterrada y hecha un lío. Pensé que debía protegerte cuando me dijiste que no te acordabas de nada. Te he querido tanto que pensaba que no podía vivir sin ti. Sabes lo enamorada que me casé. Tienes que entender que lo hice creyendo que lo nuestro sería para siempre. Si te dijera que me arrepiento de lo que pasó, te estaría

mintiendo. Gracias a que tomé la decisión de ir al rancho, tú ingresaste en Nueva York y quiero pensar que el tratamiento te ayudó a despertar del coma. Yo no quería que las cosas se dieran así. Yo no quería...

—Está bien —me corta con suavidad—. No sigas, no hace falta.

—Pero quiero pedirte perdón —insisto agobiada—. Porque te he querido muchísimo. Porque te sigo queriendo como el primer amor de mi vida. Marcaste mi vida. Yo quiero recordar lo nuestro como algo bonito. Y me da pena que tú no lo hagas. Me duele muchísimo, Josh. No sabes cuánto.

—Te sigo queriendo, Helena —dice sin más, y rompo a llorar sin poder evitarlo—. Al final me ha pesado más el amor que el rencor. Pero estoy construyendo una vida nueva y empiezo a ser feliz. Yo quiero pasar página y para ello es fundamental que te perdone. Por eso ya te he perdonado. Lo hice el día que te pedí el divorcio.

—¿En serio? —musito aliviada.

Él esboza una sonrisa triste.

—Sí —responde, y me acaricia la mejilla con cariño. Entrecierro los ojos y apoyo mi mano sobre la suya—. Pero no significa que ya no me duela. Lo que pasa es que me duele menos que el primer día. Y mañana me dolerá algo menos. Y pasado igual. Hasta que el dolor se esfume por completo y deje de quererte. Me va a costar, pero te juro que lo voy a conseguir. No eras la mujer de mi vida, pero sí has sido una mujer muy importante en ella.

—¿Te puedo dar un abrazo?

Josh asiente y lo estrecho con fuerza. Su perfume de Hugo Boss ya no me produce mariposas en el estómago. Sus brazos ya no me despiertan esa atracción peligrosa y salvaje. Lo quiero de otra forma. Siempre lo voy a querer. Como a un exmarido. Como a mi primer amor. Como a un amigo que sabe que puede descolgar el teléfono si tiene algún problema y yo estaré ahí la primera.

Es un abrazo breve y sincero que no solo me ayuda a reconciliarme con él, sino también conmigo misma. Tengo los ojos vidriosos y el corazón lleno de gratitud cuando nos apartamos. Me gusta el nuevo Josh. El que es capaz de ser generoso a pesar de que le hayan hecho daño. La mujer que lo enamora va a ser muy afortunada.

—En fin... será mejor que me vaya. Bruma está loca por demostrarle al resto de perros que ella es la que manda. Y por jugar con ese juguete redondo cuyo nombre está vetado.

La perra tira de la correa en dirección al parque para demostrarme que su dueño está en lo cierto. Josh se mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón y me enseña su alianza de bodas.

—Todavía la conservo. No sabía qué hacer con ella.

—Yo también —le muestro la mía.

—¿Qué hace la gente con las alianzas cuando se divorcian?

—Ni idea.

—No quiero tirarla —dice para mi sorpresa—. Si te parece bien, podrías llevarlas a fundir y hacer una joya para Avery. Al fin y al cabo las alianzas son un símbolo de amor y los dos adoramos a la niña. ¿Qué te parece?

—Es una gran idea.

Josh me entrega su alianza y la guardo con la mía dentro de mi bolso. Bruma gimotea porque quiere ir al parque. Josh me mira como diciendo: «¿ves lo que tengo que aguantar?», y yo me río porque la perra hace lo que quiere con él.

Me debato entre darle un beso de despedida en la mejilla o un apretón de manos. Él se decide por los dos y me da un apretón cariñoso en el brazo.

—Te deseo lo mejor, Helena.

—Yo también —me acerco para darle un beso en la mejilla porque no quiero que la despedida sea tan fría. Él no se aparta—. Y deja de ir al restaurante chino. El hindú de la calle de atrás es mejor y más limpio.

—Lo que tú digas —pone los ojos en blanco.

Se aleja caminando en dirección al parque mientras yo deseo que se convierta en un gran escritor. Ojalá venda tropecientos mil ediciones de su libro y tenga mucho éxito. Avery se sentirá muy orgullosa de él y presumirá en clase de que tiene un tío que es más famoso que la escritora de Harry Potter. Josh se lo merece. Ojalá sea tan feliz que el amor que siente por mí se convierta solo en un buen recuerdo. Está a punto de entrar al parque cuando se da la vuelta y me mira.

—Os deseo lo mejor —dice, y sé que lo hace de corazón.

Josh suelta a la perra y ella sale disparada hacia el parque. Nos miramos por última vez y comprendo que ya no tenemos nada más que decirnos. Nuestra historia está cerrada y es el momento de que cada uno inicie su camino por separado. Sé que Sophia estaría muy orgullosa de él.

BLAKE

Es la noche de las Dracónidas y ya lo tengo todo preparado para disfrutar de la lluvia de estrellas con mi hija. Hay dos cubos enormes de helado de chocolate esperándonos en el congelador y una manta sobre la hierba. Es una noche templada de octubre en la que el típico invierno de Texas se resiste a llegar todavía.

—¡Avery! —la llamo.

—¡Ya voy, papá! —responde desde su habitación—. ¡Me estoy poniendo guapa!

Me da por reírme porque no puedo hacer otra cosa. Miedo me da cuando se eche novio. Me imagino que se estará vistiendo con su pijama de Frozen y aparecerá dentro de diez minutos con los labios pintados de rosa porque a Hannah le ha desaparecido misteriosamente su neceser de maquillaje. Camino por el pasillo en dirección a la cocina. Hannah, Bill y Stuart están jugando a las cartas. Me alegra que nada haya cambiado entre Bill y Stuart. Siguen siendo igual de amigos.

—¿Quién va ganando? —pregunto con curiosidad.

—Ella —responde ofuscado Stuart.

Hannah recoge una montañita de billetes de un dólar y sonríe con orgullo. Bill pone mala cara.

—Estás haciendo trampas.

—No tengas tan mal perder.

—Cocina mejor que nosotros y es una crack jugando a las cartas. Asúmelo, chaval —la defiende Stuart.

—Solo le haces la pelota para que mañana te prepare lasaña. Culo gordo.

—¿Qué me has llamado?

—Díselo tú, Blake. Le pesa el culo y su pobre caballo está deseando que se jubile.

—Voy a hacer que te tragues tus palabras, chaval.

Hannah se guarda el dinero y pone los ojos en blanco. Bill y Stuart echan un pulso para ver quién la tiene más grande. Son de lo que no hay. Sacudo la cabeza, sonrío y salgo de la casa. La lluvia

de estrellas está por empezar y me da tiempo a fumar un cigarro. El último, lo prometo. Enciendo el cigarro, cierro los ojos y le doy una calada.

Ya han pasado casi dos meses. Dos meses desde que ella se marchó porque yo se lo pedí. Me pregunto si habrá encontrado lo que buscaba. Me pregunto si será feliz allá donde esté. Sé por boca de Hannah y de los chicos lo que ha sido de mi hermano y me alegro mucho por él. Pero no tengo ni idea de lo que es de la vida de Helena. Sí, muchos días me he levantado con ganas de llamarla. Pero luego lo he descartado porque le dije que aclarase sus sentimientos y no sé si lo ha hecho.

Si lo tuviera claro estaría aquí, ¿no?

Apago el cigarro y voy hacia la parte trasera de la casa, donde está colocada la manta y un puñado de cojines porque mi hija es una comodona. Me entran ganas de fumarme otro cigarro, pero no lo hago porque entonces Avery se quejará diciendo: «papi, hueles a tabaco y no me gusta». Busco en los bolsillos del pantalón por si tengo algún chicle de menta. Maldigo para mis adentros y voy directo hacia la puerta trasera porque seguro que tengo alguno en la mesita de noche. Lo que sea con tal de que la granujilla de mi hija no proteste. Estoy a punto de entrar cuando escucho un ruido. Como si alguien hubiera pisado una ramita seca. Por un instante creo que es Walton, otra vez haciendo de las suyas, pero es imposible porque Josh consiguió que nos dejará en paz para siempre. Me doy la vuelta y rehago mis pasos con cierto recelo. Mi corazón se salta un latido cuando la veo. A ella. La persona a la que ya me había hecho a la idea de que había perdido.

Helena.

—Hola —saluda con timidez. Levanta una bolsa de la que gotea un líquido amarillo—. He ido a la heladería que nos gustaba, pero resulta que el helado se ha derretido por el camino. Me acordé de que hoy es la lluvia de estrellas y pensé que era un buen momento para haceros una visita. Si... a ti no te importa que me una a vosotros.

—Helena —es todo lo que puedo decir.

Nos miramos. Está más guapa que nunca. Quizá un poco más delgada. Nada que no pueda arreglar la cocina de Hannah. Sus ojos azules me miran con un deje de esperanza y mi corazón late muy deprisa al comprender por qué ha venido. Pero necesito oírsele decir. Lo necesito con toda mi alma porque no sé si estoy soñando.

Ella se muerde el labio y noto lo nerviosa que está. Es evidente que le ha costado mucho esfuerzo venir hasta aquí. Como si creyera que voy a gritarle o recriminarle alguna tontería. Pero estoy tan emocionado que me cuesta encontrar mi voz. No despego los ojos de su cara. De ese rostro de rasgos delicados y boca apetitosa. Pasarán los años y me seguirá pareciendo la mujer más bonita del mundo.

—¿De qué sabor es?

—Vainilla y galletas. El que probamos aquel día.

—Deberías meterlo en el congelador.

—Sí... —ella se rasca el brazo y me mira ilusionada—. Me refugié en Iowa durante una temporada. Necesitaba pensar. Tal vez debería haberte llamado antes de venir, pero quería darte una sorpresa. En mi cabeza todo salía de maravilla, pero supongo... que quizás no te apetece verme. Al fin y al cabo han pasado más de dos meses. Lo que pasa es que necesitaba estar sola cuando me divorcié de Josh. Para darme un tiempo antes de empezar algo nuevo con otro hombre.

—¿Y ese hombre soy yo?

—Sí —responde sin vacilar, y luego añade asustada—: Bueno, si tú quieres.

El corazón se me va a salir del pecho. Todavía sigo sin poder creer que esté aquí. A menos de tres metros de mí. Su pecho sube y baja porque respira de manera acelerada. Ella se toma mi silencio como un rechazo y suspira apesadumbrada.

—Entendería que no quisieras perdonarme y estuvieras tan enfadado conmigo que no quisieras darme una oportunidad.

—No.

—¿No? —pregunta con un hilo de voz.

—No estoy enfadado contigo.

Corto la distancia que nos separa y le quito la bolsa de las manos. Ella se sobresalta cuando la toco. Le acaricio la mejilla como llevaba tanto tiempo deseando hacer. Está temblando.

—¿En serio? —musita asombrada y sin poder ocultar su alegría.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en darte cuenta de que sentías lo mismo que yo. Porque sientes lo mismo, ¿no? De lo contrario tendré que pedirte que te vayas porque...

Helena me besa antes de que pueda acabar la frase. Entrelaza sus brazos alrededor de mi cuello y me atrae más hacia su boca, como si no le pareciera suficiente lo juntos que estamos. La bolsa del helado se me cae al suelo cuando la abrazo. Dios, cómo me gusta besarla.

—¿Responde esto a tu pregunta? —dice contra mis labios.

—Por si acaso... me encantaría oírtelo decir.

Ella acaricia mi boca con la suya. Sonríe y se aparta un poco para mirarme a los ojos. Es la primera vez que la veo tan segura de sí misma. No hay ni un atisbo de duda en sus ojos. Me está

tocando el pelo y me acuerdo de que me dijo que le gustaba. Se me escapa una sonrisa de satisfacción porque me siento muy halagado.

—Te quiero, Blake. Te quiero tanto que un día me desperté y comprendí que mi vida en Chicago ya no me llenaba. Dejé el trabajo porque echaba mucho de menos el rancho, montar a caballo, a los chicos, a Hannah y a Avery. Pero sobre todo te echaba de menos a ti. Lo comprendí cuando me divorcié de Josh y supe que ya no estaba enamorada de él. Fui a Iowa para explicarles a mis padres que, si el hombre del que estaba enamorada me aceptaba, tenía la intención de empezar una nueva vida con él en Texas. No sabes la cara que pusieron... por poco les dio algo.

—Tendré que conocerlos para demostrarles que soy un hombre de fiar.

—Lo están deseando. Puede que dentro de un tiempo se animen a hacernos una visita. Por lo pronto, les he dicho que no tengan prisa porque te quiero solo para mí. No te haces una idea de lo acaparadora que puedo resultar.

Le aparto el pelo de la cara y pongo mis manos sobre sus mejillas.

—Has tardado mucho.

—Lo sé.

—Por poco me vuelvo loco.

La atraigo hacia mí para volver a besarla. Ella cierra la boca y me besa como nunca antes había hecho. Sin miedo y con una entrega absoluta. Para demostrarme que su amor está a la altura del mío. Quizá le pida que me lo repita un par de veces más, solo para hacerme a la idea. Pero por ahora me conformo con esta declaración que supera todas mis expectativas. Sé que vamos a ser muy felices juntos. La aventura más emocionante de nuestras vidas.

—Guau... —respondo cuando nos separamos respirando con dificultad—. Menuda sorpresa me has dado.

—¿Te he sorprendido, John Wayne?

—Absolutamente, rubia.

—No tienes ni idea de cuánto he echado de menos que me llamas así.

—Sabía que en el fondo te encantaba.

Le tiro de un mechón de pelo y echa tiene la poca vergüenza de quitarme el sombrero y colocárselo en la cabeza. Dentro de unas horas la llevaré a mi cama y la desnudaré. Puede que le deje el sombrero. Puede que le pida que me llame John Wayne mientras jugamos a recordar lo buenos que somos en la cama.

—¿Y mi ratita? Me muero de ganas de verla. Y le he traído un regalito.

Me enseña una cadenita de oro con un lazo en el que hay grabado su nombre.

—Me voy a tener que hacer a la idea de que vas a consentirla demasiado. No es justo. Dos mujeres contra un pobre hombre. No tengo nada que hacer —me hago la víctima.

Avery sale en ese momento por la puerta trasera de la casa y suelta un grito de alegría al ver a Helena. Comprendo que acabo de pasar a un segundo plano cuando la niña corre disparada hacia Helena, da un salto y ella la coge en brazos.

—¡Helena! ¡Cuánto te he echado de menos!

Helena la abraza con fuerza y los ojos se le llenan de lágrimas. Pero son lágrimas de felicidad. Lo sé cuando me mira y comprendo el significado. Ha encontrado su hogar. Aquí, con nosotros. Y no hay nada ni nadie que vaya a apartarla de nuestro lado. Cojo la bolsa del helado para meterla en el congelador y voy directo a la cocina. Bill, Stuart y Hannah prácticamente me quitan de en medio cuando corren por el pasillo después de que les cuente que Helena ha vuelto.

Menuda lluvia de estrellas vamos a vivir esta noche. Abro el congelador, cojo los dos cubos de helado y salgo de la cocina. Se escuchan risas. Es un sonido precioso. No puede ser de otra forma porque es el sonido de la felicidad.

Epílogo

Un año y medio después

JOSH

Quién habría dicho que me iba a convertir en un escritor de éxito. Al principio empieza de una forma muy lenta. Un mes después del lanzamiento de mi libro, mi editor me llama para darme la buena noticia de que la primera edición se ha agotado. Tres semanas después, sacamos la tercera edición. Ya ha pasado un año y medio y se han vendido más de trescientos mil ejemplares de mi primer libro. La crítica me ha encumbrado como uno de los autores revelación del año. Estoy ganando tanto dinero que me he mudado de apartamento después de hacer una gira por toda Norte América. También dejé el empleo en el periódico porque estaba harto de escribir artículos basura y no tenía ningún sentido que siguiera trabajando allí. Me han pagado un jugoso anticipo para mi siguiente libro, y de vez en cuando colaboro en algún periódico de renombre con artículos de opinión. ¡Me pagan por decir lo que pienso! ¿No es increíble?

Estoy tan ocupado respondiendo a los emails de mis lectores, escribiendo el segundo libro, acudiendo a coloquios literarios y asistiendo a firmas de libros por todo el país, que apenas tengo tiempo de pensar en *ellos*. Ya sabes: Helena y Blake. Sé que están juntos. Pues vale. Que les vaya bien. Creo que me dejé todo el rencor en mi libro.

Traición, una novela de Josh Sackler.

Sí, ya sé lo que estás pensando, pero no va de eso. Es una historia de traición, rencor y rabia. Pero no es nuestra historia. Utilicé mis sentimientos para vomitarlos en la página en blanco. Es la historia de un hombre que siente que la sociedad le ha dado la espalda. La vida de un hombre que intenta salir adelante a pesar de que no tiene ganas de vivir. A los lectores les ha gustado. Mi editor dice que tengo mucho carisma y por lo visto caigo bien entre el público. Incluso me ha llegado una oferta para colaborar un día a la semana en un programa de radio. No sé si aceptaré. Estoy bastante ocupado con esta nueva vida a la que trato de acostumbrarme.

Hace varios meses, durante una firma en la ciudad de Amarillo, me encontré entre el público con tres caras conocidas: Hannah, Stuart y Bill. Se quedaron los últimos con la intención de charlar conmigo. Les firmé tres libros y ellos insistieron en pagarlos a pesar de que quise regalárselos. Los invité a almorzar por compromiso, y lo que empezó siendo un almuerzo tenso se prolongó hasta la cena. Comprendí que seguía teniendo a tres buenos amigos en Texas. Le pedí disculpas a Bill y las aceptó diciendo que él ya se había olvidado del tema. Me gustó volver a verlos. Me gustó saber que tengo una razón para regresar al rancho. No, no pienso volver. Al menos por ahora. No estoy preparado para verles las caras a Helena y Blake. Sigo estando enamorado de ella, quizá con menos intensidad. Y es evidente que sigo queriendo a mi hermano porque... joder, es mi hermano. Pero no estoy listo para plantarme delante de ellos y fingir que no me entran ganas de vomitar cuando los vea juntos.

Hannah me entregó una foto y un papel doblado antes de despedirse. En ella salía Avery,

sonriendo de oreja a oreja y con un diente mellado, señalándose con orgullo la cadenita de oro que colgaba de su cuello. Al final Helena fundió las alianzas. Desdoblé el papel y descubrí un dibujo de mi sobrina. Nos había dibujado a Bruma, a ella y a mí jugando frente al columpio del árbol. En el reverso había escrito:

Gracias por la cadenita. Me encanta y jamás me la quito. Bueno, cuando voy a ducharme porque Helena dice que se puede estropear. Les he dicho a mis compañeros de clase que eres más famoso que la escritora de Harry Potter. Ven a verme pronto. Dale besitos a Bruma. Te quiero, tío Josh.

Firmado: Avery (tu sobrina favorita)

Ahora la foto y el dibujo están pegados en la puerta de mi frigorífico. Tal vez me anime a llevarme a la niña a Disneyland Paris. Me lo puedo permitir y le echo mucho de menos. Bruma está nerviosa mientras me observa hacer la maleta. Me voy de gira dos semanas por Europa. Por supuesto, una de las exigencias que le hice a mi editor fue que Bruma me acompañara y viajase conmigo en la cabina —y en primera clase, que para eso soy un escritor revelación—. Nada de ir encerrada en un transportín en la bodega del avión. Mi perra es sagrada y la quiero más que a la mayoría de las personas que conozco. Mi editor dijo que estaba acostumbrado a las excentricidades de sus escritores y que no había ningún problema. Si pedir que mi perra me acompañe es una excentricidad, pues vale, soy un excéntrico. Y a mucha honra.

Mañana embarco a las cuatro de la madrugada, pero no quiero irme sin parar por el estudio de tatuajes. Lleno el cuenco de Bruma hasta rebosar y le prometo que luego volveré para llevarla al parque. Me abstengo de pronunciar la palabra «pelota» porque se pondría a ladrar. Al final ha resultado que la tatuadora tenía razón y me he hecho adicto a la tinta. Con esta ya son cinco las veces que la he visitado. La primera para el tatuaje del girasol con el nombre de mi abuela. La segunda para tatuarme la pluma con la fecha de publicación del libro. La tercera me tatué el nombre de mis padres. La cuarta me tatué una de mis frases favoritas de Hamlet: «sabemos lo que somos, pero no lo que podemos llegar a ser».

La música de heavy metal ya se escucha cuando cruzo la esquina de la calle en la que se encuentra el estudio. Todo lo que rodea a esta chica es enigmático y despierta mi curiosidad. Como el tipo que sale del estudio abrochándose la bragueta y con cara de habérselo pasado muy bien. Contengo una sonrisa burlona antes de cruzar la puerta. «Esta es de las mías. Una adicta a las juergas y al sexo».

—Hola.

Está detrás del mostrador y no puede disimular la sonrisa cuando me ve. Creo que en el fondo le caigo bien. Debajo de todas las capas de maquillaje, ropa negra e indiferencia, me parece que se esconde una mujer que tiene mucho que ofrecer al mundo.

—Ey —coge un montón de archivadores y camina tambaleándose hacia mí—. Ayúdame con esto.

Me veo obligado a coger la pila de archivadores. Hoy no vengo con el bastón, lo cual no significa que todavía no lo necesite. Tengo mis días. Hoy es buen día. Mañana podría ser uno malo si me esfuerzo más de la cuenta. De todos modos, no me quejo y la sigo hasta lo que creía que era el almacén. En realidad hay una pequeña cocina, una mesa con dos sillas y una cama deshecha al fondo. Está desordenado y hay un montón de papeles desperdigados por el suelo. Dejo los archivadores sobre la encimera de la cocina y me agacho para coger un dibujo. Aprieto los dientes cuando noto un tirón en la pierna izquierda. El dibujo es imposible de definir. Trazos negros y furiosos. Lo alejo de mi cara para intentar descifrar lo que es y ella me lo arrebató. Prácticamente me saca a empujones de su casa. Cierra la puerta y me mira de manera inquisitiva.

—Has vuelto.

—Ya ves —le resto importancia—. Vivo cerca y eres barata.

—No soy barata.

Eso es verdad. Pero cada dólar pagado merece la pena porque es una artista. Le he traído bastantes colegas porque todos me preguntan por ella cuando les enseño el brazo. Por supuesto, ella jamás me lo agradece ni me hace un mísero descuento. Me gusta que valore su trabajo hasta el punto de resultar tan vanidosa.

—¿Qué va a ser esta vez? —pregunta mientras la sigo hasta la sala de tatuajes.

—Unos dados con el número cuatro y el número seis.

—Como los que aparecen en tu novela.

La miro sorprendido porque esto sí que no me lo esperaba. Hace un mes, cuando vine a tatuarme la frase de Hamlet, le traje mi libro de regalo porque pensé que le haría ilusión. Ella respondió con frialdad que no debería haberme molestado y lo dejó olvidado sobre una estantería. Di por hecho que no iba a leerlo.

—¿Lo has leído?

—Claro —responde con naturalidad—. Te refieres a esa partida con la banda de mafiosos en la que el protagonista se juega su vida, que le importa una mierda, a que salga un diez en los dados.

En efecto, me refiero a la partida de dados. Los lectores me suelen decir que es una de sus escenas favoritas de la novela.

—¿Qué te ha parecido el libro?

—Te lo digo después de que te tatúes —dice con una sonrisa burlona—. Para que te duela

menos.

—No seas cabrona. Te ha gustado. De lo contrario ni te habrías acordado de esa escena.

—Uy... a alguien le duele un poquito el ego cuando no le dicen lo que quiere escuchar... —me provoca, y acto seguido coge el cuaderno de bocetos para ponerse con el diseño del tatuaje.

Ya estoy más que acostumbrado a su cara concentración. Los ojos entrecerrados y la lengua fuera. Está en su mundo.

—¿Te ha gustado o no?

—No me hables mientras trabajo. Me desconcentras.

Me tumbo en la camilla y suspiro. Menuda es. Qué paciencia hay que tener para aguantarla. Ni siquiera sé por qué sigo viniendo. Averiguo la respuesta cuando, cinco minutos después, me enseña el dibujo. Vengo porque tiene un gran talento.

Ella enciende la máquina cuando le doy mi aprobación. Murmura que la próxima vez me tatuará directamente lo que le dé la gana porque soy un conformista de mierda. Yo respondo que la próxima vez me busco a otro tatuador porque paso de aguantar sus salidas de tono. Se ríe mientras se pone los guantes. Intento aguantarme la risa porque en el fondo me cae bien.

—Ya es la quinta vez que vengo y todavía no sé tu nombre —le digo antes de que me pinche.

—No me lo has preguntado.

—A ver, Miss Simpatía, ¿cómo te llamas?

—Hope.

«Esperanza».

Cierro los ojos cuando comienza a tatuarme. *Esperanza*, qué nombre más apropiado para esta nueva etapa de mi vida. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy sonriendo hasta que ella me pregunta: «¿de qué puñetas te ríes, Casanova?». Me muerdo la lengua porque si se lo contara creo que me bajaría de la camilla de un puñetazo. Con esta chica es mejor andarse con pies de plomos. *Hope*. Me gusta su nombre. Me encantan los retos y adoro complicarme la vida. Quién sabe. Podría ser. ¿Por qué no?

BLAKE

Los primeros rayos de sol del amanecer se cuelan por la ventana. Últimamente me despierto más tarde de lo normal porque me gusta ver su rostro adormilado y consentirla trayéndole el desayuno a la cama. Helena tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Su cabello de ondas rubias está esparcido en la almohada. Todavía me sigue provocando esa impresión cada mañana. Como si estuviera viviendo un sueño y fuera demasiado bonito para ser real. Le acaricio la mejilla y ella murmura: «un ratito más».

Pero no es un sueño. Lo nuestro es absolutamente real. Como el día que nos casamos, hace un año, en una boda muy íntima a la que solo asistieron Stuart, Bill, Hannah y Avery. La niña fue la encargada de llevar los anillos y lo celebramos yendo a cenar a un restaurante. Al principio, a Helena le asustaba que Avery no comprendiera que su tía estaba saliendo con su papá. Pero los niños son más inteligentes que los adultos y cuando hablamos con ella, mi hija se encogió de hombros y respondió: «me gusta veros contentos».

Se podría decir que estoy viviendo la época más dulce de mi vida. Lo único que lo empaña es que todavía no me he reconciliado con mi hermano. Helena dice que tenga paciencia porque el momento llegará. Yo no las tengo todas conmigo. Sobre todo porque hace unos meses recibí un paquete. Josh me envió un ejemplar de su libro, titulado *Traición*, y por poco me dio un infarto porque pensé que se había hecho famoso a costa de contar nuestra historia. Helena me animó a leer el libro y lo hice a regañadientes. Descubrí que mi hermano tiene un gran talento para la escritura —es más irónico de lo que ya resulta en persona, así que te puedas imaginar cómo es el libro—, y comprendí que *Traición* era su forma de reconciliarse con todo el dolor. La historia de un hombre repleto de miedos y angustia que trata de encontrar su lugar en el mundo. Me gustó el libro. Lo que no me gustó tanto fue que me enviara un cheque con la cantidad que gané en el torneo de monta de toros. Fue un «ahí lo llevas» en toda regla. Recibí el mensaje y tuve ganas de coger un vuelo con destino a Chicago para gritarle que no quería que me devolviese el dinero. Helena me tranquilizó y dijo que me pusiera en su lugar. Me fastidió que Josh no quisiera nada de mí. Al menos me consuela que esté interesado en mantener el contacto con Avery. Le envió un email a Helena—ya hay que ser frío—, para que me preguntase si podía llevarse a Avery a Disneyland Paris. Se van dentro de un mes y Avery no para de decir que su tío Josh es el mejor del mundo. Ojalá Josh venga algún día al rancho. Sigo soñando con darle un abrazo. Nunca perderé la esperanza.

Me levanto de la cama con cuidado de no hacer ruido. Me visto en el cuarto de baño y luego me dirijo a la cocina. El desayuno ya está servido en la mesa. Bill y Stuart deben estar arreando al ganado. Se han acostumbrado a que se me peguen las sábanas y lo entienden.

—¡Buenos días!

—Buenos días, Hannah.

Me sirvo café y un copioso desayuno. Ignoro la mirada burlona de Hannah porque me pongo colorado cuando alguien da a entender que me levanto más tarde de lo normal porque cierta rubia me exprime sexualmente por las noches. Después de desayunar, cojo una bandeja y la lleno de pasteles, fruta cortada, tostadas con mantequilla y mermelada, café con leche y zumo de naranja.

—¿Sabes que es imposible que se coma todo eso?

—Tiene que alimentarse por dos.

—Eso es un mito —Hannah sacude la cabeza como si no supiera de qué planeta vengo, y luego añade con tono amable—: Pero me sigue pareciendo bonito que le lleves el desayuno a la cama todos los días. Ojalá algún día un hombre haga lo mismo por mí.

—Seguro que sí —respondo sin dudar—. Eres una mujer maravillosa.

—Si tú lo dices...

Hannah sale de la cocina y pienso en la buena pareja que haría con Stuart. Sé que él le dobla la edad, pero siempre lo he pensado. Si no he dicho nada es porque no me gusta meterme donde no me llaman. Si se lo comentase a Helena, ella querría hacer de Celestina. Pero Stuart es más lento que una tortuga y se va a tomar su tiempo para declararse a Hannah. La conoce desde que era una adolescente y creo que por eso se siente tan avergonzado de sus sentimientos. Pero yo lo conozco de sobra y es más evidente que siente algo por ella. Busca en todo momento su atención y siempre la está halagando. Por desgracia, Hannah está muy ciega y no se da cuenta.

—Buenos días... —entro en la habitación mientras Helena se está desperezando. Se le iluminan los ojos en cuanto ve la bandeja repleta de comida—. ¿Qué tal has dormido?

—Fatal —se queja—. Tu hija no ha dejado de darme patadas. Cómo se nota que ha salido a su padre.

Tendrá morro. Ha dormido como un lirón. Helena es de las que cierra los ojos y duerme plácidamente hasta la mañana siguiente. No la despertaría ni un terremoto. Se sienta en la cama y su vientre abultado se hace más que evidente. Está embarazada de seis meses. Vamos a tener una hija. Cuando nos dijeron el sexo del bebé, me puse a dar saltos por el hospital. Todavía me avergüenzo al recordarlo.

—Te has pasado tres pueblos. No puedo comerme toda esta comida. ¿Quieres que me ponga como una vaca?

—Estás preciosa.

Le doy un beso en la frente y ella suspira.

—Tú qué vas a decir —coge un cruasán de chocolate y se le pasa el disgusto—. ¿Qué tal «Emma»?

—No me gusta.

—Mi hija no se va a llamar «no me gusta». Hazte a la idea, John Wayne.

—No tengo la culpa de que no me guste ningún nombre.

Quiero que nuestra bebé tenga un nombre especial. Un nombre del que los dos nos enamoremos. Tiene que ser tan especial como su madre. Ya me imagino su cara. Sé que tendrá los ojos azules y el pelo rubio de Helena. Ella dice que va a tener mi cara. Yo le digo que pobre criatura. Helena dice que soy tonto. Yo creo que ella es infinitamente más guapa que yo. Y así podemos estar discutiendo como dos zoquetes. No sé quién es más terco de los dos.

—Rose —propongo.

Helena tuerce el gesto.

—Rose se llamaba la chica del instituto que me hizo la vida imposible.

—¿Y yo qué iba a saber?

Ella me atraviesa con la mirada como si lo hubiera hecho a propósito porque he rechazado el nombre de Emma. Helena toma un sorbo de zumo de naranja y coge un pedazo de brownie de chocolate blanco.

—Ya se nos ocurrirá algún nombre. Deberías ir con Bill y Stuart. Luego dicen que ya no les prestas atención porque te tengo esclavizado.

—Me gusta que me esclavices... sexualmente.

A ella se le escapa una risilla cuando la beso.

—Pero no soy una inútil —pone sus manos en mi pecho para separarme y me mira muy seria—. Agradezco que cuides de mí. En serio. Pero estoy embarazada, no enferma. Puedo trabajar y hacer cosas de utilidad.

Conclusión: mi mujer es más terca que yo.

—Sigo pensando que el arreo del ganado es un trabajo físicamente peligroso para una mujer embarazada. No te preocupes. En cuanto nazca Evelyn, yo me quedaré cuidando de ella y tú saldrás a arrear el ganado con los chicos. No tengo ningún problema con ser amo de casa.

—Mi hija no se va a llamar Evelyn —dice con el ceño fruncido.

Uy, casi cuela.

—¿Qué vas a hacer después de llevar a Avery al colegio?

—Voy a ir a comprar con Hannah y luego bañaré a Daisy y al resto de los caballos.

—Helena —me pongo más serio.

—¡Blake! —exclama irritada—. ¿Tan poco puedo bañar a los caballos? Si quieres me quedo todo el santo día tumbada en el sofá y sin hacer nada.

—No me importaría...

Ella me lanza su mirada de «voy a hacer lo que me dé la gana» y yo asumo que no puedo hacerla cambiar de opinión. Como mucho le pediré a Bill que vaya a echar un vistazo por si necesita ayuda. Porque como yo aparezca, es capaz de tirarme un cubo de agua a la cabeza.

—Me tengo que ir. El trabajo me espera.

Le doy un beso en los labios y ella se deshace. Ya se le ha pasado el enfado. No falla. Es besarnos y los dos nos volvemos loco. Helena deja la bandeja encima de la mesita de noche, se sube el camisón y se sienta a horcajadas encima de mí. Casi me pegó cuando le pregunté agobiado si podíamos hacerle daño al bebé al mantener sexo. Cierro los ojos cuando mi miembro se introduce muy lentamente en su interior. Unos minutos después, los dos acabamos exhaustos y sudorosos. Tengo que darme una ducha, porque de lo contrario se me notaría en la cara lo que acabo de hacer y no es plan. Aguantar las bromitas de Bill y Stuart requiere de mucha paciencia.

—Nos vemos a la hora del almuerzo. Llevo el móvil encima —le recuerdo, porque ya me he acostumbrado a cargarlo por si tiene alguna emergencia—. Llámame si me necesitas.

Helena pone los ojos en blanco.

—Qué sí...

Abro la puerta y estoy a punto de salir, pero me lo pienso mejor y le digo:

—Te quiero, rubia.

Su expresión se ilumina de felicidad. Desde que empezamos a salir, me prometí que se lo diría todos los días. Nunca he faltado a mi promesa. Como tampoco faltaré a la promesa que nos hicimos cuando nos casamos: querernos y respetarnos durante el resto de nuestras vidas. Sin mentiras. Con amor. Porque ella es mi mejor elección y acerté cuando decidí ser valiente y apostar por nosotros.

HELENA

Ayudo a Hannah a preparar las brochetas de malvaviscos a pesar de que repite que no hace falta. Pero estoy harta de sentirme como una inútil. Si baño a un caballo, Bill aparece por “casualidad” para ayudarme. Si me pongo a regar las plantas, Stuart me quita la regadera de las manos. Y así todo el tiempo. No voy a negar que es muy bonito sentirse mimada y querida, pero se pueden quedar sentados si piensan que voy a estarme quieta durante los tres meses que me quedan de embarazo.

Me acaricio el vientre con gesto protector. Casi me volví loca cuando no pude quedarme embarazada. Fueron doce meses de desesperación hasta que Blake me cogió de las manos, me miró a los ojos y dijo que podíamos probar con la fecundación in vitro. No fue un proceso fácil y en algunos momentos tuve ganas de tirar la toalla. Pero ambos estábamos muy seguros de tener un hijo y el proceso nos unió muchísimo. Cuando una pareja pasa por un momento difícil, cabe la posibilidad de que se distancien porque cada uno se centre en su propio dolor. Yo creo que esta ha sido la primera prueba que nos ha puesto la vida y la hemos superado. Será la primera de muchas, estoy segura. Porque un matrimonio es una carrera de fondo. Pero Blake y yo nos prometimos que jamás nos mentiríamos. Cuando tengo un mal día, cuando estoy asustada porque no sé si seré una buena madre... lo miro a los ojos y le digo lo que siento. Podemos hablar de todo y me consuela haber elegido al mejor compañero de vida.

Uno de los días más felices de mi vida fue cuando nos casamos. Otro de los días más felices de mi vida fue cuando estuvimos en la playa con Avery y ella regresó de la orilla con una piedra en forma de corazón. Me la entregó, me abrazó muy fuerte y susurró en mi oído: «te quiero mucho, Helena». Pensé que era tan feliz que ya nada podía superarlo, pero entonces me enteré de que estaba embarazada. Embarazada de una niña. A Blake se le cae la baba y ni siquiera ha nacido. Él dice que se parecerá a mí. Yo quiero que se parezca a él. Una niña de ojos ámbar y con el cabello castaño claro de su padre.

Avery está un poquito celosa porque piensa que cuando nazca su hermanita, no la voy a querer igual. Por eso me la llevé a tomar un helado después de recogerla del colegio y le prometí que cuando diera a luz, la llevaría a un concierto de Ariana Grande. Creo que se ha quedado satisfecha. Al final Blake tenía razón.

Las cosas con Stella están bastante calmadas. Ha empezado a llevarse a la niña algunos fines de semanas alternos. El trabajador social dice que su conducta es intachable y que se está esforzando para ser una buena madre. Ha encontrado un trabajo estable y Avery viene muy contenta después de que su madre la traiga puntual al rancho. El fin de semana pasado me dejó a cuadros porque me regaló unos patucos rosas. Me quedé tan asombrada que ella se rio y dijo: «tranquila, no vienen con escorpión. He aprendido a tejer. El punto me relaja y pensé que te gustarían». Le di las gracias y la invité a tomar café porque quiero llevarme bien con ella. Blake

por poco se cayó de espaldas cuando entró en la cocina y nos vio charlando como dos buenas amigas. «No te fíes de ella», me pidió cuando Stella se marchó. Pero tengo la impresión de que ha cambiado de verdad y estoy dispuesta a darle una oportunidad. En la vida no te puedes dejar llevar por el rencor, y si no que se lo digan a Josh.

Josh...

Me ha gustado su libro. Es crudo. Mordaz. Adictivo. Entiendo perfectamente su éxito. A veces lo busco en Facebook para estar al tanto de sus éxitos. Ya ha vendido más de trescientos mil libros y acaba de irse de gira por Europa. Se lo cuento a Blake porque sé que a él le gusta saber cómo le va la vida a su hermano. Mi marido se puso furioso cuando recibió el cheque. Le aconsejé que lo aceptara porque de lo contrario Josh se sentiría humillado. Blake lo ingresó de mala gana en una cuenta bancaria a nombre de Avery. No piensa tocar el dinero.

Yo creo que Josh vendrá al rancho. Tal vez tarde días, meses o años, no lo sé. Algún día nos presentará a una mujer maravillosa y con la que haya rehecho su vida. Sé que Blake necesita reconciliarse con su hermano. Sé que Josh se merece ser feliz, y necesariamente para serlo no puede renunciar a su hermano. Sucederá. Cuando doy un paseo por el rancho y me siento a descansar bajo el álamo en el que esparcimos las cenizas de Sophia, ella me susurra al oído que todo lo bueno se hace esperar.

Cuando cae la noche nos sentamos delante de una fogata en la que asamos malvaviscos. Blake se hace el difícil cuando le pedimos que cante. Al final se anima cuando Stuart coge la guitarra. Yo creo que en el fondo le encanta tener público porque suele hacerse el interesante. Tengo mariposas en el estómago cuando escucho los primeros acordes de la canción. Blake me mira de reojo y sonrío de manera provocadora. Nuestra canción. *Bad Things* de Jace Everett. Disfruto de su voz ronca y grave. Disfruto de los piques verbales de Bill y Stuart. Disfruto de los abrazos de Avery y de los «¿puedo tocarte la barriga?» de Hannah. Disfruto de mi vida en el rancho porque soy feliz. Tremendamente feliz. Ahora solo leo por placer. No monto a caballo todo lo que me gustaría porque el embarazo no me lo permite. Pero me gusta esta vida. Dios, me gusta muchísimo.

Blake y yo nos tumbamos bajo las estrellas cuando nos quedamos solos. Nuestras manos entrelazadas y mi cabeza apoyada en su pecho. Me está contando la historia de la constelación de Hércules. Cuando termina, me apoyo en los codos para mirarlo a los ojos. Él me aparta el pelo de la cara con esa ternura que lo caracteriza. Sonríe.

—¿Sabes una cosa? —digo emocionada.

—¿Qué?

—Soy tan... tan feliz...

Le doy un beso que me sabe a poco. Él se niega a ponerse encima de mí porque dice que va a aplastarme y yo protesto. Nos besamos. Meto las manos en su pelo. Uf, cuánto me gusta su pelo.

De repente me aparto y lo miro. Blake frunce el ceño porque no sabe a qué viene mi rechazo. Pero tengo un poderoso motivo para frenarlo.

—¿Qué tal «Sophia»? —sugiero maravillada.

—Sophia —repite conmovido—. Me gusta.

—A mí también —le doy un beso y estoy contenta de haber encontrado el nombre perfecto para nuestra hija. Lo miro a los ojos y digo sin un atisbo de duda—. Sé que Sophia estará muy orgullosa de nosotros. La siento conmigo. No me ha dejado sola.

—Lo sé —Blake coge mi mano y señala al cielo—. Está ahí arriba. En las estrellas. Cuidando de nosotros.

SOBRE LA AUTORA

Querido lector, si has llegado hasta aquí, significa que has vivido hasta el final la historia de Helena, Blake y Josh. ¡Más de ochocientas páginas, casi nada! Quiero darte las gracias porque sin ti, esto no sería posible. Espero que hayas disfrutado en Paradise Lake y el sufrimiento —lo sé, he sido un poquito mala—, haya merecido la pena.

Construir estos personajes fue muy difícil. Pero meterme en la piel de cada uno de ellos en esta segunda parte ha sido... uf, ¡intenso! Porque no son perfectos, tienen miedos y meten la pata. Por eso espero haber estado a la altura de lo que esperabais en esta segunda parte. No sé si la elección de Helena habrá sido de vuestro agrado. Sé que algunos queríais que Helena se quedara con Josh. Sé que otros preferíais que se quedara con Blake. Sinceramente, he sido fiel al final que tenía en mi cabeza desde que imaginé esta historia. Pienso que es el final más justo para cada uno de ellos. Pero si te apetece comentar detalles del libro o hacerme alguna pregunta, puedes seguirme en mis redes sociales para charlar conmigo. Suelo ser más activa en Instagram, donde subo fragmentos, hago sorteos y hablo mucho de mis próximos proyectos:

Instagram: [@chloe.santana](#)

Facebook: [Chloe Santana](#)

Por cierto, no olvides dejar tu valoración en Amazon (sin spoilers, por favor). Tu opinión me ayuda a mejorar, es muy importante para mí y me anima a seguir escribiendo.

¡Mil gracias por leerme!

Chloe Santana

